

Edward Blumenthal
Ignacio Zubizarreta (eds.)

**El diario íntimo de un exiliado.
Ramón Gil Navarro entre
Argentina, Chile y California
(1845–1856)**

**Estudio preliminar y edición crítica
Primera y segunda parte**



Edward Blumenthal / Ignacio Zubizarreta (eds.)

El diario íntimo de un exiliado. Ramón Gil Navarro entre Argentina,
Chile y California (1845–1856)

HISTORAMERICANA

Herausgegeben von
Debora Gerstenberger, Michael Goebel,
Hans-Joachim König und Stefan Rinke
Band 53

Wissenschaftlicher Beirat

Pilar González Bernaldo de Quiros (Université de Paris)
Sandra Kuntz Ficker (El Colegio de México)
Federico Navarrete Linares (Universidad Nacional Autónoma de México)
Thiago Nicodemo (Universidade Estadual de Campinas)
Scarlett O'Phelan (Pontificia Universidad Católica del Perú)
Ricardo Pérez Montfort (Centro de Investigaciones y Estudios Superiores
en Antropología Social, México)
Eduardo Posada-Carbó (University of Oxford)
Hilda Sabato (Universidad de Buenos Aires)
Rafael Sagredo Baeza (Universidad Católica de Chile)
Lilia Moritz Schwarcz (Universidade de São Paulo)

Edward Blumenthal / Ignacio Zubizarreta (eds.)

**El diario íntimo de un exiliado.
Ramón Gil Navarro entre
Argentina, Chile y California
(1845–1856)**

Estudio preliminar y edición crítica

Primera y segunda parte

Die Deutsche Nationalbibliothek verzeichnet diese Publikation
in der Deutschen Nationalbibliographie; detaillierte bibliographische
Daten sind im Internet über www.dnb.de abrufbar

wbg Academic ist ein Imprint der wbg
© 2023 by wbg (Wissenschaftliche Buchgesellschaft), Darmstadt
Die Herausgabe des Werkes wurde durch die
Vereinsmitglieder der wbg ermöglicht.
Umschlagsabbildungsnachweis: María del Carmen Ferreyra (Chichina) und Familie
Satz und eBook: Satzweiss.com Print, Web, Software GmbH
Gedruckt auf säurefreiem und
alterungsbeständigem Papier
Printed in Germany

Besuchen Sie uns im Internet: www.wbg-wissenverbindet.de

ISBN 978-3-534-40736-1

Elektronisch ist folgende Ausgabe erhältlich:
eBook (PDF): 978-3-534-40737-8

Parallele Veröffentlichung auf dem Refubium der Freien Universität Berlin: <http://dx.doi.org/10.17169/refubium-36399>

Dieses Werk ist mit Ausnahme der Abbildungen (Buchinhalt und Umschlag) als Open-Access-Publikation im Sinne der Creative-Commons-Lizenz CC BY International 4.0 (»Attribution 4.0 International«) veröffentlicht. Um eine Kopie dieser Lizenz zu sehen, besuchen Sie <https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/>. Jede Verwertung in anderen als den durch diese Lizenz zugelassenen Fällen bedarf der vorherigen schriftlichen Einwilligung des Verlages.

Tabla de contenido

Primera parte

Índice de ilustraciones y mapas	6
Agradecimientos	7
Estudio preliminar.....	8
1 El protagonista y su época.....	10
2 El diario como fuente histórica	16
3 Redes familiares y circuitos comerciales	20
4 Vida cotidiana, género y cultura material	25
5 Prácticas políticas de exilio y retorno	30
6 Giros ideológicos e influencia californiana.....	33
7 Ideas románticas y representaciones nacionales.....	38
Bibliografía	43
Mi Diario: Lo que contiene y lo que significa para mí	47
Argentina y Chile, 1845–1849	58
California, 1849–1852.....	256

Segunda parte

California, 1849–1852 (continuación)	563
Chile, 1852–1855	856
Argentina y Chile, 1855–1856	995
Índice onomástico.....	1121

Índice de ilustraciones y mapas

Ilustraciones

F. 1	Foto de Ramón Gil Navarro	52
F. 2	Árbol genealógico	61
F. 3	Incendio de Valparaíso	101
F. 4	Vue de la rade de Talcahuano	112
F. 5	Una chingana	123
F. 6	Una tertulia en 1840	160
F. 7	Vendedores en las calles	187
F. 8	Casa del Cacique Penoleo en Concepción, hacia 1846	196
F. 9	View of San Francisco, 1850	294
F. 10	Gold washers at Mokelumne (Moquelemos) River in California	373
F. 11	Realizacion – Effectuation	454
F. 12	Celestial empire in California: Miners/Gamblers	526
F. 13	California gold diggers, a scene from actual life at the mines	542
F. 14	Molino de Puchacay	553
F. 15	Sociedad de templanza	619
F. 16	California gold diggers, mining operations on the western shore of the Sacramento River	734
F. 17	Plaza de la independencia	866
F. 18	La plaza de Mendoza antes del terremoto del 20 de marzo de 1861	998
F. 19	Litografía de la catedral de Córdoba	1020
F. 20	Casa de Gobierno de la Confederación, Paraná, Litografía Carl Müller de Berlín	1025
F. 21	Catedral de Montevideo	1059
F. 22	Buenos Aires. Vista tomada de la Plaza de la Aduana	1067

Mapas

M. 1	Mapa del Río de la Plata y Chile	69
M. 2	Mapa de California	300

Agradecimientos

En primer lugar, nos gustaría agradecer encarecidamente a María del Carmen Ferreyra (Chichina), a quien recordamos con gran cariño y gratitud por habernos hecho conocer el diario íntimo de Ramón Gil Navarro, y quien muy generosamente nos facilitó importante información y nos envió partes del texto mecanografiado. Quisiéramos, también, agradecer la gestión de Stefan Rinke para que esta obra pudiera ser publicada en el marco de la colección que él dirige. Hacemos, por otro lado, extensivos los agradecimientos a la *Université Sorbonne Nouvelle* por la financiación y el apoyo para que el diario, de inestimable valor histórico, y su correspondiente estudio preliminar, pudieran salir a la luz. El aporte de las siguientes instituciones fue de gran ayuda: la *Bancroft Library* de la *University of California, Berkeley*, Memoria Chilena, de la Biblioteca Nacional de Chile y el Museo Histórico Cornelio de Saavedra, de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Los comentarios de Alejandro Gómez Pernia y de Alejandro Rabinovich fueron invaluable para la preparación del estudio introductorio. Una versión preliminar del trabajo fue presentada en la jornada “Exilios latinoamericanos en el largo siglo XIX” que tuvo lugar en la *Université Sorbonne Nouvelle* en 2019, y las sugerencias e ideas que en esa instancia recibimos también nos ayudaron de forma inestimable. Leonardo Canciani confeccionó los mapas y Diana Alejandra Molina, la imagen de Ramón Gil Navarro que aparece en la tapa, lo que amerita nuestra gratitud para con ellos.

Estudio preliminar

Por Edward Blumenthal¹ e Ignacio Zubizarreta²

La voluminosa obra que tiene el lector entre manos es probablemente uno de los retratos –o mejor dicho, autorretratos– más fidedignos sobre la vida íntima de un miembro de la elite social hispanoamericana de mediados del siglo XIX³. Se trata de un rico acervo documental que merece ser indagado y estudiado por colegas y curiosos de nuestro pasado.⁴ Permite descubrir, desde otro punto de mira, esos años en que las nacionalidades y las estructuras administrativas de los florecientes estados se estaban gestando, aquellos momentos en los que la Confederación Argentina atravesaba una dilatada guerra fratricida, Chile promediaba el periodo de la “República Conservadora”, mientras California vivía su frenético despertar aurífero.

Un simple texto autobiográfico puede ser un disparador para analizar la historia de un conjunto de países interconectados por múltiples causas. La política, la guerra, el exilio y la economía traspasaban fronteras y relacionaban a las personas por porosas vías y dinámicas comunicaciones, como se comprueba de forma meridiana en las páginas del diario. La originalidad del relato que nos lega Navarro radica en la franqueza con la que vuelca a la hoja los pensamientos y experiencias con que fue gestando, con el paso de los años, el voluminoso corpus documental que presentaremos a continuación y que se enmarca en sus experiencias de vida entre Argentina, Chile y California.

¹ Edward Blumenthal, Université Sorbonne Nouvelle/Centre de recherche interuniversitaire sur les champs culturels en Amérique latine/ICMigrations, Francia.

² Ignacio Zubizarreta, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas/Instituto de Estudios Históricos y Sociales de La Pampa, Universidad Nacional de La Pampa, Argentina.

³ Incluimos a California en esta designación porque hasta 1848 formaba parte de México, y Navarro se insertó en un marco social todavía con una impronta hispano-americana muy importante.

⁴ Consiste en un documento único en su clase. Una primera lectura íntegra del manuscrito nos ha persuadido de lo oportuno que resultaría editar su versión completa. Pocos años atrás nos topamos por fortuito azar con María del Carmen Ferreyra, descendiente directa de Navarro. Ella atesoró por un tiempo el diario original que fue pasando de generación en generación. Se trata de un ejemplar encuadernado en cuero, escrito a mano con una traza fina y pulcra grafía, que luego María del Carmen transcribió y publicó parcialmente en dos volúmenes –y en colaboración con el historiador David Sven Reher–. La presente edición, en cambio, (imposible de llevar adelante sin la generosa colaboración de la propia María del Carmen) contiene, por vez primera, la versión integral del manuscrito autobiográfico de Ramón Gil Navarro.

Siguiendo la cronología que marca la fuente, en un primer momento Navarro se afincó junto a su familia en Chile, en la localidad de Concepción; allí transita la pubertad y sus principales preocupaciones se centran en sus precoces amoríos y sociabilidad cotidiana. El texto de este periodo nos ayuda a comprender la sensibilidad del autor en dicho rango etario tanto como los mecanismos que eran utilizados para el cortejo y las nuevas experiencias románticas. En un segundo momento del diario se narra el rocambolesco desembarco de Navarro en California. En esas páginas hallamos una trama dinámica, mayor madurez en su estilo de escritura y un perfil más aventurero y emprendedor que deja fragmentos sumamente entretenidos y que nos sumerge en un proceso social compartido por gran parte de la juventud chilena de mediados del siglo XIX: la peregrinación a la California de la fiebre del oro. El tercer y último momento de la obra retrata una segunda etapa chilena y el postrero retorno de Navarro a su país natal. También refleja las peripecias de un hombre más maduro, menos intimista, más ambicioso e interesado por el desarrollo de sus negocios. Pero principalmente, destacan sus nuevas dotes de periodista y político.

Presentamos, en las páginas siguientes, un texto de género ensayístico dividido en siete breves apartados con los que buscaremos reconstituir y analizar varios aspectos que engloban y contextualizan a este verdadero *bildungsroman*.⁵ Los diferentes sitios de exilio y las circulaciones entre la cordillera de los Andes y el “mundo del Pacífico” atraviesan este análisis. A su vez, surgen repentinamente en el relato varios personajes de antología que se topan con Navarro. El carácter íntimo del diario deja vislumbrar aspectos de la vida cotidiana, la sexualidad y la cultura material del periodo a menudo obturados en la mayoría de las fuentes de época. Mientras permite abordar temas como las políticas de exilio y retorno, la creciente importancia del romanticismo literario y político y las representaciones nacionales desde una perspectiva novedosa.

Buscamos, con este trabajo introductorio, demostrar las múltiples aristas y enfoques posibles de una fuente excepcional, cuya riqueza, empero, no se agota en los tópicos aquí propuestos. Invitamos al lector a adentrarse en las páginas del diario de Ramón Gil Navarro, un exiliado argentino cuyas metódicas y detalladas transcripciones periódicas nos permiten embarcarnos en un asombroso viaje a través del tiempo. Pero también, a la interioridad del alma y a la intimidad más profunda de nuestro diarista.

⁵ Dado su carácter de texto ensayístico, el estudio preliminar no se sostiene en un exhaustivo corpus de citas y notas. No obstante, presentamos al final del trabajo una bibliografía general para el lector interesado en profundizar las temáticas aquí abordadas y la que, además, nos sirvió de guía para nuestra narración.

1 El protagonista y su época

Ramón Gil Navarro vivió en Catamarca hasta sus 18 años, luego debió partir al exilio. Catamarca es una provincia del noroeste argentino que, como el resto del país, experimentó un proceso largo y traumático de guerras civiles durante la mayor parte del siglo XIX. Demás está decir que entre las múltiples consecuencias que generó este dilatado entramado de conflictos, el exilio no fue el menos significativo, pues comprendió a varias generaciones e implicó profundos cambios en la vida de miles de personas. Por cuestiones de practicidad logística, los exiliados solían encontrar en el país más próximo su primer destino de escape. Así sucedió con Ramón Gil Navarro cuando decidió cruzar la cordillera de los Andes. Pero antes de ese momento crucial, transcurrió una infancia todo lo plácida y afable que podía resultar en un contexto de permanente estado de guerra. Es justamente a través de las páginas de su diario íntimo que podemos conocer mucho de lo que experimentó en su niñez; no contamos con una fuente más fidedigna y detallada al respecto.

Era hijo de Ramón Gil Navarro de Velazco y de Rosa Ortiz de Ocampo, descendientes de familias que habitaron la región del noroeste desde los inicios de los tiempos de ocupación española. Su escolaridad comenzó a los siete años, en el establecimiento particular de la señora Paula Vera, pero su mal comportamiento lo depositará pronto en otro de análogas características. A los 8 años ingresó a la escuela de San Francisco de Catamarca, institución con profunda educación religiosa y dependiente de un convento local. Al referirse a ese alejado pasado, recuerda Navarro en su diario “al cabo de un año salí de la escuela más diestro en el trompis y la pillatería que en escritura y aritmética”. A pesar de ello, reconoce que los conocimientos que aprendió en esa casa de estudios no sólo le resultarían de utilidad, sino también a sus condiscípulos “y compañeros de desgracia”, quienes se ocuparán en el exilio como preceptores en los principales colegios de Perú, Chile y Bolivia. Luego, Navarro estudió filosofía por tres años en Catamarca, momento crucial que recuerda como el más feliz que le tocó vivir; alternando travesuras, el nacimiento de sólidas amistades, su despertar sexual y aprendizajes académicos. Entre estos últimos se suceden los éxitos en los exámenes de lógica, ontología, metafísica, ética, física y teología. Navarro recuerda con especial énfasis el examen público con el que se recibió de Teología, día en que su madre se “había ocupado en adornar la cátedra en que debía sentarme con todo el lujo y el virtuoso amor propio del apellido Ocampo”. Esa fecha fue de las más significativas que relata en su diario.

En 1840 se llevó a cabo en todo el norte argentino una revuelta contra el régimen del gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas. Recordemos que, a partir de su segundo mandato en 1835, Rosas obligó a todas las provincias argentinas a encolumnarse tras su liderazgo, no tolerando ninguna forma de gobierno que no fuese federal y a ningún gobernador que no se comportara como su aliado. La revuelta fue promovida por seis provincias que conformaron una alianza (la Coalición del Norte) para desafiar la oposición sistemática que Rosas hacía a la organización

institucional del país por medio de la promulgación de una Constitución. Los gobernadores rebeldes formaron un importante ejército y se pronunciaron públicamente contra el gobernador bonaerense en la ciudad de Tucumán. El general Gregorio Aráoz de Lamadrid, héroe de la Independencia y destacado miembro de la facción unitaria, fue nombrado comandante del ejército antirrosista. Pero en la batalla de Rodeo del Medio, en septiembre de 1841, fueron las fuerzas federales aliadas a Rosas y lideradas por Ángel Pacheco las que triunfaron de forma categórica. Así, la Coalición del Norte llegaba a su fin, y el federalismo volvía a tener el control de todo el país.

A la derrota, le sucedió en el interior de la Confederación una cruel “pacificación” de las provincias llevada a cabo por las fuerzas rosistas entre 1840 y 1842. La brutalidad de los ejércitos vencedores con las tropas derrotadas y con las poblaciones del interior dejaron profundas marcas. A través del degüello, la decapitación, la mutilación y la exposición del cuerpo del enemigo (generalmente en la plaza principal de un pueblo) las acciones de venganza cumplían un rol pedagógico y político, expresado en forma de castigo público y como elemento disuasorio. Navarro, cuya parte de su familia provenía de tradición unitaria, mantuvo recuerdos muy vívidos como testigo presencial de esos sangrientos días en que las fuerzas federales ingresaron a la misma ciudad de Catamarca. Muchos de sus conocidos y algunos familiares terminaron decapitados y sus cabezas, clavadas en picas y exhibidas. Su padre, complicado en la revuelta, había logrado fugar a tiempo, salvando su pellejo en la expatriación chilena. No había sido la primera vez que su progenitor había padecido problemas de esa índole. Algo más de diez años atrás se había enemistado con el caudillo federal Facundo Quiroga, quien lo había retenido en Tucumán algún tiempo y embargado parte de sus propiedades. La expatriación de su padre generó la separación familiar y motivó nuevas estrategias de subsistencia; la red parental, como se desprende de su propio diario, resultaría determinante en la supervivencia de los Navarro.

En 1845, a los 18 años y recibido en teología, Ramón Gil experimentó dos momentos trascendentales en su corta existencia. La decisión de abandonar Catamarca junto a su madre y hermanos, y la de redactar un diario íntimo. El derrotero de exilio comienza en su propio país. El grupo familiar se detuvo algunos meses en las moradas de sus parientes en las provincias de La Rioja y San Juan, mientras organizaba la logística y determinaba las condiciones más apropiadas para el cruce de la cordillera. Los Navarro, al llegar a Chile, y a diferencia de la tendencia general, no probaron suerte en las principales ciudades de recepción de exiliados, sino en la localidad sureña de Concepción. Ramón Gil se encontró con un país que contrastaba con el propio. A pesar de enfrentar un sinnúmero de tensiones sociales y políticas, Chile gozaba de un régimen de gobierno relativamente estable desde hacía 15 años, constituyendo lo que algunos historiadores han denominado una “República Conservadora”⁶. Para los emigrados

⁶ Para otros se trató del “orden portaliano” haciendo alusión al hombre fuerte de la década de 1830, Diego Portales.

argentinos y muchos otros sudamericanos, Chile podía parecer un asilo de estabilidad, con una sucesión de gobiernos electos –aunque estos últimos fueron marcados por revoluciones periódicas– y el uso frecuente del estado de sitio para gobernar. Durante la década de 1840, el país experimentaba el cenit del sistema político ideado por la Constitución de 1833. Los emigrados argentinos jugaron un papel no desdeñable en la formación de instituciones republicanas. Pero este orden también comenzaba a mostrar sus primeras fisuras, las que condensarán poco más tarde en la fallida Revolución de 1851. Antes de ese momento, un sostenido crecimiento económico (de muy desigual distribución), sin haber sido espectacular, había servido para atenuar las tensiones sociales y políticas; el rol del ministro de Hacienda Miguel Rengifo fue determinante para ese desarrollo, aunque tanto más lo fue Chañarcillo, una explotación argentífera cercana a Copiapó que, aunque descubierta en la década de 1830, no lograría su plena explotación sino algunos años más tarde. La extracción minera impulsó varios adelantos en la región –verbigracia: el primer tendido del ferrocarril en suelo chileno con la línea Caldera-Copiapó– y atrajo capitalistas y numerosa mano de obra tanto desde otras regiones como desde las provincias limítrofes argentinas.

En paralelo, Valparaíso se estaba transformando en uno de los puertos más dinámicos y re-dituables del océano Pacífico. Por allí circulaba la mayor parte de las mercaderías que llegaban al país desde el exterior, pero también de allí partían las embarcaciones que nutrían al mundo de productos chilenos. Entre 1845 y 1855 se sumaban nuevos mercados, sobre todo para la exportación de trigo y harina. El descubrimiento de oro en California y en Australia sirvió de aliciente para que Chile pudiera ampliar su capacidad productiva de alimentos. Los molinos harineros se expandieron gracias al *boom* triguero –y al impulso de importantes capitalistas como Matías Cousiño– en la región sur, cerca de la bahía de Talcahuano. No por casualidad en esos años se intentó correr la frontera austral para poder poblar esas regiones con colonos y acrecentar la producción agrícola. Si la ocupación de la Araucanía se llevaría a cabo algo más tarde (por Cornelio Saavedra Rodríguez, entre 1862 y 1870), para 1850 ya estaban arribando los primeros pioneros alemanes al pueblo de Valdivia, prestos a instalarse de forma definitiva en la zona costera del lago Llanquihue y en la localidad marítima de Puerto Montt.

Navarro, como ya se dijo, se instaló con su familia en Concepción. Este pueblo histórico apostado frente al río Biobío se había desarrollado como último bastión español en tierras de frontera. Promediando el siglo XIX, no pasaba por su esplendor. Aún gozaba de una nada despreciable gravitación política y militar; recordemos que los presidentes Joaquín Prieto (1831–1841) y Manuel Bulnes Prieto (1841–1851), además de estar emparentados, ambos eran oriundos de Concepción. Su economía se encontraba eclipsada por el desarrollo mercantil y portuario de Valparaíso y por el atractivo minero de Copiapó, Coquimbo y a partir de 1849, California. Además, todavía no había logrado salir del trauma y del proceso de reconstrucción urbano que implicó el terremoto que la devastó en 1835, y que tuvo las consecuencias nefastas

narradas por Charles Darwin en su clásica obra *Viaje de un naturalista a través del mundo*. Chillán constituyó la otra población del sur de Chile en la que Navarro vivió cierto tiempo. Emplazada al oeste de Concepción y en las orillas del río Ñuble, esta localidad tenía algo más de seis mil habitantes cuando en 1835 también fue destruida por el mismo terremoto que asoló a toda la región. Las terribles secuelas que dejó ese siniestro aún eran muy palpables cuando nuestro biografiado se instaló allí.

En Chile, Navarro abrió una tienda de comercio siguiendo el ramo que ya su padre había emprendido cuando debió encontrar una actividad que le permitiera vivir, y con eso satisfizo las necesidades básicas. En un principio y desde Concepción, atendía la tienda de su familia. También usufructuaba el tiempo para practicar guitarra, idiomas e incursionaba en la lectura y en el estudio. Un poco después, abrió una tienda comercial en Chillán, bajo su directa supervisión. Sus testimonios poseen un alto valor historiográfico para comprender la dinámica social de las principales localidades del sur de Chile. Navarro nos ofrece un panorama muy interesante de la vida social de Concepción. Verbigracia: qué y cómo se bailaba en las fiestas, cómo se debía ir convenientemente vestido, las diferencias entre las santiaguinas y las provincianas, etc. Otro buen ejemplo: el entierro del intendente Francisco Bulnes Prieto, hermano del presidente, fue un evento que conmovió a toda la localidad y es registrado al detalle en el diario íntimo.

La situación económica de la familia Navarro distaba de ser óptima durante la proscripción. En 1849 y con 22 años, motivado por las esperanzadoras y seductoras noticias que llegaban desde California, Ramón Gil partía a probar suerte a ese nuevo El Dorado. Así, se instalará en Stockton y en otros campamentos auríferos cercanos a San Francisco, junto a su hermano Samuel y varios chilenos de su círculo. El joven Navarro llegaba a su nuevo destino en un momento de grandes cambios. California, antigua provincia mexicana, había sido anexionada por los Estados Unidos luego de su triunfo en la guerra contra México y del tratado de Guadalupe Hidalgo (1848). El territorio recién conquistado estaba en proceso de convertirse en un nuevo estado de la Unión, a la que se incorporaría en 1850. El descubrimiento de oro y la posterior inclusión de California a la soberanía norteamericana motivaron el surgimiento de una serie de tensiones políticas y sociales generados por la esclavitud (la que llevaría poco después al inicio de la guerra civil), el genocidio indígena y la masiva inmigración global. Navarro presenció estos acontecimientos y en ocasiones, incluso, participó de ellos.

Vale la pena recordar que los descubrimientos de los grandes depósitos auríferos habían comenzado en enero de 1848, acarreado la famosa fiebre del oro californiana (*gold rush*) en la que participó Navarro y su familia. El epicentro de este movimiento se desarrolló en San Francisco –aún una aldea minúscula– y su zona aledaña, puntualmente en los lechos de los ríos y arroyos de donde se extraía oro gracias a técnicas que se irían sofisticando con el correr del tiempo (como la minería hidráulica). La fiebre del oro provocó una expansión vertiginosa de la población y la economía, además de haber generado todo tipo de conflictos sociales y

étnicos entre angloamericanos, hispanoamericanos y chinos, sin contar con la casi exterminación de la población indígena. En pocos años se edificaron grandes ciudades, escuelas, comercios, caminos y creció de manera significativa la agricultura mientras se desarrollaron a ritmos inéditos los medios de transporte como el barco de vapor, un complejo sistema de diligencias y el ferrocarril. En una escala mayor, la fiebre del oro también causó una gran aceleración de las conexiones interoceánicas con el resto de América, el Pacífico sur, las Islas Sándwich –o Hawái– y el Asia. Pero en los años de residencia de Navarro, California era todavía un territorio profundamente hispano. Entre otras razones, además de las históricas, porque seguía siendo más rápido arribar a tierras californianas desde Chile u otros puntos del Pacífico que desde Nueva York u otras importantes ciudades de la Unión. El viaje desde la costa este de los Estados Unidos implicaba una larga travesía por mar y por suelo centroamericano (o por la aún mucho más dilatada ruta de cabo de Hornos). Sin embargo, la fiebre del oro –y la llegada concomitante de decenas de miles de angloamericanos y europeos– significó, para la población hispana asentada en la región, una pérdida de poder económico y político aún más pronunciada que la que padecería en el sur de California o en Nuevo México.

En la experiencia californiana de Navarro la suerte le sería dispar, tanto en los negocios como en los inicios de su intensa vida sentimental. Pero sin lugar a dudas, le otorgaría un cúmulo de experiencias que resultará vital a su regreso, primero a Chile en 1852 y luego –de forma definitiva– a la Argentina tres años después. Las condiciones de vida en California no le resultaron sencillas, y ese desgaste sumado a la noticia de la caída de Juan Manuel de Rosas en la batalla de Caseros (febrero de 1852) lo llevaron a regresar a Concepción para unirse nuevamente a su familia. En esta segunda etapa chilena Ramón Gil comenzó a rozarse con la política y con el periodismo. Vivió entre Concepción, Valparaíso y Santiago, y publicó asiduamente trabajos y artículos para *El Mercurio* y para *El Correo del Sur*. Ya en su país natalicio, gracias a sus vínculos familiares y a una personalidad activa, lograba ser elegido diputado del Congreso de la Confederación Argentina con sede en la ciudad de Paraná.⁷ No perdamos de vista que Rosas había sido derrotado en la batalla de Caseros por el general Justo José de Urquiza. Mientras que el primero, batido, se exilió en Inglaterra, Urquiza, en calidad de Director Provisorio de la Confederación, propició la anhelada organización constitucional para el país. Convocó, para ello, a un Congreso Constituyente en la ciudad de Santa Fe, el que redactará la carta magna que aún rige en la Argentina desde 1853. Pero un poco antes, en septiembre de 1852, había estallado en la ciudad de Buenos Aires un levantamiento contra el propio Urquiza que terminaría

⁷ Recordemos que por ese entonces el país trasandino se encontraba fraccionado en dos mitades contendientes, la antedicha Confederación, liderada por el vencedor de Caseros, el general Justo J. de Urquiza, y por otro lado el Estado de Buenos Aires, renuente a delegar muchas de las facultades y privilegios que había obtenido desde su ascenso a capital virreinal (1776) y fortalecidas durante los más de 40 años de autonomía luego de la independencia de España.

triunfando. Antiguos rosistas y unitarios se habían aliado para evitar que la ciudad más importante del país y su provincia se sometieran al vencedor de la batalla de Caseros, quien, además de su carácter de “provinciano”, utilizaba los pingües ingresos de la aduana porteña de manera discrecional. Urquiza no lograría someter militarmente a la discolia Buenos Aires, que se transformaría en Estado autónomo a partir de 1854 y promulgaría su propia Constitución, manteniéndose separada de la Confederación Argentina hasta 1859. Pero llegaría a ser designado Presidente de esta última entidad estatal en marzo de 1854.

Continuando los pasos de Navarro, a partir de su instalación definitiva en suelo argentino en 1855, ya no abandonará, en lo que resta de su vida, la dimensión periodística y política que había comenzado a gestar en Chile, ni lo hará tampoco con sus proyectos mercantiles. En los primeros años de su intensa agenda política priorizó dinamizar y allanar las relaciones entre los gobernantes de las provincias del Noroeste y el Cuyo argentino con las autoridades de la capital confederal. Tenía, para ello, dos grandes ventajas. La primera, sus vínculos familiares: entre 1856 y 1859 el gobernador de Catamarca, Octaviano Navarro, era su primo. La segunda: su profunda amistad con el presidente Urquiza, lazo de aprecio mutuo que durará por años. En 1856, inmerso en plena vorágine de viajes, negocios, amoríos y compromisos políticos, decidió concluir con su costumbre de redactar el diario íntimo. A partir de ese año la información que poseemos sobre su vida comienza a ser fragmentaria. A pesar de que siguió escribiendo epístolas, notas en la prensa, y libros, esas narraciones no nos permitirán calar tan hondo en su vida y su pensamiento como a través del diario que concluía.

Hacia finales de la década de 1850 Navarro continuó sus actividades políticas. Fue elegido ministro general del gobernador de La Rioja, Manuel V. Bustos. Entre otras medidas logró que arribara a la capital de esa provincia una imprenta con la que editó el diario “La Patria”, primera publicación de esa índole en la ciudad. En 1860, luego de muchas relaciones sentimentales que no prosperaron, se casó con Malvina Ocampo y Argüello, prima segunda suya que residía en la ciudad de Córdoba. Urquiza, hasta hacía muy poco tiempo presidente de la Confederación Argentina, fue elegido padrino de bodas. Del matrimonio entre Ramón Gil y Malvina nacieron seis hijos.

Dos años después de su matrimonio, en una delicada situación del país por los conflictos entre la Confederación Argentina y el Estado de Buenos Aires, Navarro fue capturado en Catamarca y puesto en cautividad por el coronel José Miguel Arredondo, al parecer, por haberlo increpado. En ese preciso momento de su vida escribió una obra titulada “Actor, Testigo y Mártir”; además de constituir un alegato a sus ideas y sus posturas políticas, en sus páginas introduce reflexiones valiosas sobre la importancia de las autonomías de las provincias en momentos en que Buenos Aires recuperaba el predominio sobre el resto de sus pares. Saldría liberado poco después, previo pago de un importante rescate. Su falta de libertad lo afectó significativamente, a punto tal que además de la obra recién aludida también publicó un folleto

(*Veinte años en un calabozo*) que rememoraba el cautiverio de los presos políticos del ex Dictador Supremo Gaspar Rodríguez de Francia. En 1867, Navarro fundaba en Córdoba el diario “El Progreso” con aporte pecuario del propio Urquiza y con el objeto de defender los intereses del por entonces aletargado partido federal. En esta última tarea se topó con grandes obstáculos. Una fuerte oposición a dicha corriente política dominaba el escenario cordobés. En mayo de 1868, varios hombres enmascarados entraron a la editorial del periódico y destruyeron una importante porción de los materiales utilizados para editar la publicación, quedando ésta interrumpida por algunos meses.

En 1870 Ramón Gil volvía a sus andanzas políticas como diputado nacional por La Rioja. A pesar de haberse afincado en Córdoba y de haber mantenido un vínculo más estrecho con Catamarca, aún las provincias contaban con algunas dificultades para seleccionar candidaturas idóneas para representantes. Esa flexibilidad lo llevó poco después, por ejemplo, a representar a Córdoba como diputado y luego como senador de su Legislatura. Algunos años más tarde, en 1880, el contexto político argentino se modificó de modo radical. Una nueva y poderosa agrupación, el Partido Autonomista Nacional (PAN), llegaba al poder de la mano del joven general Julio A. Roca. A pesar de que los valores e idearios políticos ya no eran exactamente los mismos que defendía el federalismo, esta facción tenía su centro de gravedad en el interior del país –principalmente en Córdoba– y por ello contó con el apoyo de muchos de los que antes se habían opuesto al predominio de Buenos Aires, Ramón Gil entre ellos. Desde sus columnas del diario *El Progreso* había defendido la candidatura de Roca, y desde una banca de diputados apoyó la propuesta de federalizar la ciudad de Buenos Aires, la que se convertirá en la capital de la República Argentina ese mismo 1880, luego de tres cruentas batallas entre las fuerzas nacionales que obedecían a Roca y las bonaerenses lideradas por el autonomista Carlos Tejedor. Victorioso el flamante presidente, un nuevo periodo político comenzaba en la República Argentina. Ramón Gil poco llegará a ver con sus propios ojos de dicho proceso al morir de una pulmonía en la ciudad de Córdoba el 26 de julio de 1883, con sólo 56 años.

2 El diario como fuente histórica

La mayoría de las fuentes que los historiadores disponemos para analizar fenómenos como el exilio político en el siglo XIX varía desde memorias, relatos de viajeros, correspondencia, hasta documentos oficiales, periódicos de época, y un largo etcétera. En las memorias, escritas varios años después de los acontecimientos que allí se narran, predomina, por lo general, un aire reivindicatorio, cierta justificación de las decisiones tomadas y el auto-halago. Además, suelen ser escritas mucho tiempo después (incluso décadas) de que sucedieron los acontecimientos que son dados a conocer. La intención del autor es generalmente extender a la opinión pública sus

“verdades”, y quien escribe es completamente consciente de las reacciones y consecuencias que puedan devenir de su publicación. Todas esas características hacen que las memorias, aunque ineludibles para la investigación, deban ser analizadas con mucha cautela. Sin lugar a dudas, es a través de los diarios personales (o íntimos) que podemos indagar con mayor profundidad varios aspectos de la sociedad de un determinado momento que en las otras fuentes se encuentran vedados. El diario íntimo constituye unas de las principales fuentes para el estudio de las mentalidades⁸ y junto a las confesiones, puede ser considerado como un subgénero de la autobiografía.

Para el ámbito hispanoamericano del siglo XIX existen varios ejemplos de fuentes de esta naturaleza, uno de los más conocidos es el diario de Heinrich Witt. No sólo por su extraordinaria extensión (12 tomos), por el hecho de que fuera escrito durante más de 30 años, sino por la riqueza de su contenido. Witt fue un comerciante dinamarqués que siendo joven se afincó en Lima y allí, vinculado a la clase alta limeña, constituyó una gran familia. Su texto tiene el propósito de explicar a la posteridad quién fue, qué hizo en su vida y cómo era el mundo en el que vivió. Las informaciones que suministra “son indispensables para conocer los mecanismos mediante los cuales se procesaban las relaciones políticas y económicas del Perú del siglo XIX”⁹. En Chile, sin encontrar una fuente de tal envergadura, existieron durante dicha centuria varias colecciones y documentos que nos permiten introducirnos en la vida pública/privada de muchos de los principales actores de su tiempo. Así, destaca el *Diario Militar* de José Miguel Carrera; sólo se extiende temporalmente por menos de cuatro años mientras su información abunda en el ámbito de lo marcial. Pero también *Los recuerdos de treinta años* (1810–1840) del músico José Zapiola, las *Memorias* del pedagogo Abdón Cifuentes, los *Recuerdos del Pasado* de Vicente Pérez Rosales, los *Recuerdos Literarios* de José V. Lastarria y, finalmente, las *Páginas de mi diario durante tres años de Viajes*, de Benjamín Vicuña Mackenna. En todas estas fuentes de extraordinaria riqueza podemos descubrir trazos de intimidad y reflexiones sobre la vida privada y pública del siglo XIX chileno.

Para el caso del Río de la Plata decimonónico también existe abundante material de género autobiográfico. Las *Memorias curiosas* de Juan Manuel Beruti ocupan un lugar singular. Aunque poco tienen de memorias, se trata más bien de un libro íntimo que, pese a que no se caracteriza por una gran prodigalidad en descripciones sobre su vida privada, sí ofrece cuantiosa información de lo que vivenciaba año por año en materia de acontecimientos públicos. Como un cronista, desde 1790 (cuando contaba con 13 años) hasta 1855, casi antes de su muerte, y con una interrupción entre 1830 y 1843 –durante los más crudos años del rosismo–, relata los principales

⁸ Bouthoul, Gaston. *Las mentalidades*. Que sais-je? Oikos-tau, Barcelona, 1971, p. 18.

⁹ Macera, Pablo, “Prólogo”. *Diario y observaciones sobre el Perú, 1824–1890*. Cooperación Financiera de Desarrollo, 1987, p. 24.

sucesos que acaecían en la Buenos Aires de su tiempo. En la primera mitad del siglo XIX rioplatense proliferan las memorias de corte marcial, las que acompañan (y nos exhiben) la turbulencia política y el contexto guerrero que experimentó el país por esos años. Fueron las guerras independentistas y civiles las que sirvieron de principal insumo a estos trabajos autobiográficos. Así, destacan las memorias del general José María Paz y las subvaloradas y monumentales –8 tomos y 10 mil páginas– memorias del general Tomás de Iriarte. También sobresalen las memorias del General Lamadrid y las del célebre Manuel Belgrano. Estas últimas, según su propio autor, fueron escritas para “que sirva de ejemplar que se imite, o dé una lección que retraiga de incidir en sus defectos”. Así, observamos el grado de conciencia de su autor sobre la difusión que tendrá su legado en la posteridad. Muchas de estas obras dialogaban entre sí. Por ejemplo, parte de las *Memorias* de Paz fueron escritas para “rectificar” las de Belgrano; mientras Lamadrid las redactó para “desmentir” al propio Paz. Los *Recuerdos del pasado*, de Pedro Agote, en cambio, reflejan –como lo hace el propio diario de Navarro–, las peripecias de un exiliado del régimen rosista. Lo mismo sucede con el rico epistolario de Mariquita Sánchez de Thompson y la algo escueta *Auto-biografía* del unitario Florencio Varela, ambos desterrados en Uruguay, o con *Mi defensa y Recuerdos de provincia*, de Domingo F. Sarmiento y escritas en Chile. Desde el otro espectro ideológico-político, la *Vindicación y memorias* del rosista Antonino Reyes nos muestra una versión hartamente diferente del mismo periodo histórico gracias a la magistral labor periodística de Manuel Bilbao, quien logró interrogar a Reyes durante sus últimos años de vida.

Los ejemplos brindados no agotan el material autobiográfico del periodo, sólo presentamos casos emblemáticos para demostrar que el diario de Navarro no fue un evento aislado sino que se enmarca en un continuo de ejercicios autorreferenciales, propios del mundo occidental e hispanoamericano. Pero también y como profundizaremos a partir de ahora, para destacar la originalidad del texto remarcando las diferencias con otros similares del mismo periodo. La mayoría de estas fuentes pertenecen a una elite letrada y reflejan la mentalidad de esa categoría socio cultural. A su vez, las memorias, los epistolarios, pero en mucha mayor medida los diarios personales, permiten comprender la evolución o el desarrollo del pensamiento de un sujeto a lo largo del tiempo. La mayoría de las memorias que citamos arriba retratan exterioridades del narrador, verbigracia: la cantidad de soldados que marcharon a una guerra, apreciaciones de índole política, la descripción de una ciudad o el carácter de una determinada persona o grupo. Se filtran, no obstante, ideas propias y en alguna medida, íntimas. El diario personal también revela exterioridad, pero como ninguna otra fuente proyecta la vida privada y los pensamientos intimistas de quien lo redacta.

La franqueza con la que Navarro narra sus sentimientos en su propio diario permite presumir que no escribía pensando en una futura publicación¹⁰. Lo motivaban razones de otra

¹⁰ Al menos eso está claro en los primeros años del manuscrito. Hacia el final del mismo, cuando Navarro mantenía una exposición destacada, es probable –aunque no podamos comprobarlo

índole, como él mismo lo confiesa en más de una oportunidad. Se declara inspirado en el poeta e historiador romántico Alphonse Lamartine, quien en sus confidencias recomendaba conceder “una hora a la fijación de tus impresiones en el papel y al examen silencioso de tu conciencia (pues) es muy dulce fijar las alegrías que huyen de nosotros, o las lágrimas que brotan de nuestros ojos, para volverlas a hallar algunos años después en aquellas páginas”. De esta forma quedarían retratadas por siempre y para uno mismo “el tumulto de la vida, la fogosidad de las pasiones, el movimiento de los lugares, de las personas, de los pensamientos, de las cosas, etc.”¹¹. Pero la diferencia entre el modelo de Lamartine que Navarro admiraba, y su propio acto de escribir radicaba en que este último no pensaba en hacerlo público. En una parte de su diario Navarro profundiza el motivo que lo llevaba a escribir:

“Nunca me he figurado por un momento que alguien pudiera ver las páginas de mi diario y la prueba de ello es que no he reservado confiarle ni aquellas flaquezas y deslices de que uno debe ser el único confidente. Yo he escrito en él como si yo fuese el único que debe leerle, sin reglas, a mi modo, a mi capricho, ya en una forma ya en otra y sin reservar ni el más insignificante secreto de mi vida; por consiguiente él es mi conciencia escrita desde que yo tengo uso de razón. Cualquiera que lea una palabra de mi diario sin mi consentimiento, peca contra Dios y las instituciones de los hombres, comete una horrenda violación de Derecho y derecho de conciencia que es doble propiedad de uno [...] Estas páginas contienen arranques de pasión, confesiones de mi alma, desahogos de mi corazón, rasgos de orgullo y altivez quizá ridículo para otros, pero no para mí. Encierra humildes súplicas, fervorosos elogios, tiernas despedidas, arroyos de lágrimas, arrebatos de dicha y de ventura, pero todo dirigido a mí sólo. Sin intento, sin vanidad ni presunción, como hojas que en mi vida serán sólo leídas por mí y después reducidas a cenizas y a la Nada como la Nada de que se componen.”

El diario original se encuentra en la biblioteca Bancroft de la Universidad de California Berkeley. Un nieto de Ramón Gil, René Navarro Ocampo, que lo heredó de su padre Carlos Navarro Ocampo, lo vendió a dicha casa de estudios en la década de 1970¹². Esta fuente notable fue aprovechada por el trabajo de algunos historiadores. Fernando Purcell para describir

fehacientemente— que haya sido algo más cauto en su forma de narración y más consciente de que su diario podría, algún día, tener algún grado de trascendencia e interés público.

¹¹ Lamartine, Alphonse de, *Las Confidencias*, Madrid, Imprenta de la Biblioteca del Siglo, 1849, p. 9.

¹² El original contiene dos volúmenes elegantemente encuadrados en cuero colorado con adornos dorados. Escrita en una letra prolija en extremo, la mayoría de sus entradas eran hechas por su autor durante la noche y se basaban en notas ligeras que tomaba durante el día, al calor de los acontecimientos y que guardaba de forma celosa en otro anotador negro. El manuscrito fue transcrito y

la situación de chilenos e hispanoamericanos en la California de la fiebre del oro; Ariel de la Fuente, para analizar la realidad socio-política del noroeste argentino a mediados del siglo XIX y Ana L. Lanteri, para describir el itinerario y la actividad legislativa del propio Navarro luego de su postrero retorno a la Argentina. Más allá de los trabajos recién aludidos, el diario de Ramón Gil no parece haber despertado aún mayor interés historiográfico, tal vez por la ausencia de una edición integral y la dificultad para adquirir los fragmentos editados de su obra.

3 Redes familiares y circuitos comerciales

El periplo de exiliado de Ramón Gil Navarro y Ocampo se inserta en un marco de circuitos comerciales existentes desde tiempos coloniales, pero que comenzaron a transformarse sustancialmente con la creación de repúblicas independientes y la apertura al comercio exterior. El actual noroeste argentino y Cuyo estaban vinculados con Chile y el Pacífico a través del comercio arriero trasandino. Las descripciones de los pasos de la cordillera y de la comunicación por mula que se encuentran en el relato de Navarro dan una cabal idea de las condiciones materiales de estas rutas, a menudo precarias desde la época de las guerras de independencia. Sin embargo, es el diario de otro emigrado político catamarqueño, Pedro Agote, el que brinda una idea más precisa de la importancia económica de estos circuitos. Agote describe los vaivenes políticos y los motivos comerciales que estimularon los reiterados periplos de su familia. Su progenitor ya había trabajado en el comercio ganadero trasandino, viajando por Jujuy al lago Titicaca e incluso hasta la costa del Perú. Padre e hijo emprendieron estas mismas rutas en 1831 para huir de la invasión de Facundo Quiroga. Años después, Agote se dedicó al comercio por propia cuenta, vendiendo tabaco y otros productos en el norte de Chile, donde conservaba buenas relaciones con la colonia “argentina” cuando los acontecimientos políticos lo llevaron a emigrar, primero a Valparaíso y después a Copiapó.

Al igual que con el caso de Agote, en el diario de Navarro la línea entre emigración política y económica es bastante borrosa. Aunque su padre había huido a Chile en razón de su oposición al gobernador federal Santos Nieva, las causas del posterior exilio de Ramón Gil con su madre, hermanos y su séquito familiar son ambiguas, como veremos adelante. En efecto, es probable que hayan decidido partir como consecuencia de los apuros económicos del clan y para colaborar con la empresa comercial familiar asentada en Concepción. En este sentido, la emigración de los Navarro resultó tanto de una lógica económica familiar como del efecto de

publicado parcialmente: una parte en español y otra en inglés y en ambos casos editados y prologados por María del Carmen Ferreyra y David S. Reher.

las presiones políticas inmediatas. No es sencillo distinguir netamente entre ambos móviles ya que las dificultades económicas familiares fueron causadas, en parte, por la situación política.

Una vez en Chile, y aún después en California, Navarro se dedicó a los negocios familiares. El comercio de la primera mitad del siglo XIX se sostenía en un entramado de relaciones personales, a menudo familiares, basadas en el honor y la reputación, necesarias para compensar un marco jurídico incierto y la falta de un sistema bancario moderno. En este contexto, parecido en muchos aspectos al antiguo régimen, viajes comerciales y relaciones epistolares cimentaban la confianza en estas redes personales. Sin embargo, la formación de sociedades por acciones, como la fundada por Navarro con inversores exteriores a la familia para financiar su aventura californiana, ya había comenzado a cambiar la faz del comercio sudamericano.

Cuando Ramón Gil arribó a Chile en 1846, como vimos arriba, se estableció en el negocio familiar de Concepción. Al poco tiempo fue enviado como agente a Chillán, donde vivió durante ocho meses antes de vender el negocio y volver nuevamente a Concepción. Esta ciudad no era el sitio de exilio más importante de Chile. Empero, albergó un pequeño grupo de trasandinos, algunos vinculados a la familia Navarro, puntualmente a su tío Domingo Ocampo, secretario del intendente y juez de la corte de apelaciones y con quien se casaría Elisea, hermana del propio Ramón Gil. Los Navarro contaban con una extendida red familiar en Chile a través de los Ocampo.¹³

Copiapó era la ciudad con mayor población emigrada proveniente de la Confederación Argentina en razón de las migraciones económicas a dicha región minera, pues ofrecía empleo abundante. Según el censo chileno de 1854, más de 8.000 “argentinos” residían allí, sobre cerca de 18.000 que lo hacían en todo el país. No queda claro cómo determinaron en dicho censo la nacionalidad de la población minera popular, altamente móvil.¹⁴ En comparación, el censo de Montevideo de 1843 computó alrededor de 2.500 “argentinos”.¹⁵ Entre los radicados en Chile encontramos a varios parientes del propio Ramón Gil de la rama Ocampo, como su tío el jurista Ramón Ocampo –primo de los hermanos Gabriel y Domingo–, quien ofrecía servicios jurídicos al sector minero.

¹³ El más conocido es, como vimos, Gabriel, destacado abogado y autor principal del Código de comercio que entró en vigor en 1867. Además, participó en la elaboración del Código civil a partir del texto de Andrés Bello, se naturalizó por ley especial del Congreso chileno en 1857, en razón de sus servicios al país y fue nombrado miembro de la Corte Suprema en 1878.

¹⁴ *Censo Jeneral de la República de Chile levantado en abril de 1854*. Santiago de Chile: Ferrocarril, 1858. Navarro participó en la elaboración de este censo desde Membrillar, aunque su diario no indica cuántos argentinos había en este pueblo o en la región penquista.

¹⁵ “Padrón de Montevideo, levantado en Octubre de 1843”. En Lamas, Andrés, *Los apuntes estadísticos*, Montevideo: El siglo ilustrado, 1928, 28–29.

Los puertos marítimos en donde residían los expatriados se conectaban al espacio más amplio del Pacífico. Emigrados de las provincias argentinas se habían establecido también en Cobija, Potosí, Sucre (Bolivia), Lima, Cerro del Pasco (Perú) y Guayaquil (Ecuador). Se trata sobre todo de ciudades marítimas y/o mineras, vinculadas por las rutas de cabotaje del antiguo imperio español. Navarro y otros emigrados como él gozaban de una experiencia previa en el comercio del Pacífico y en la minería que resultaría provechosa en California, antiguo territorio mexicano al otro extremo del extinto imperio español. Una experiencia previa compartida con las decenas de miles de chilenos que siguieron las sirenas de la fiebre del oro.

La densidad de estos circuitos comerciales del Pacífico –aunque no se pueda comparar con la del comercio atlántico– explica en gran parte la importante presencia de chilenos en California a partir de 1848. Las noticias del descubrimiento de yacimientos auríferos llegaron primero a Chile, y cuando comenzaron a circular en el este de los Estados Unidos a fines de 1848, varias expediciones ya se preparaban para zarpar desde Valparaíso. Hasta el establecimiento de una ruta regular por Panamá –y sobre todo luego de la inauguración del ferrocarril en 1855–, para llegar a California desde la costa este de los Estados Unidos, como ya advertimos, era más rápido pasando por el Cabo de Hornos, lo que implicaba una escala en Talcahuano o Valparaíso. Para las mercancías, este mismo itinerario siguió vigente durante más tiempo aún.

Si la ola migratoria de chilenos en California era causada por motivaciones económicas motorizadas por capitalistas chilenos formando compañías y trasladando peones enganchados como mano de obra, también existieron otras causales vinculadas al fracaso de la revolución de 1851. Estos emigrados políticos se extendieron por el Pacífico, principalmente con destino a Lima; no fueron pocos los que pasaron una temporada en California. Figuras como Santiago Arcos y Benjamín Vicuña Mackenna también se radicaron en San Francisco. Los tiempos de la política chilena resultan importantes, porque aquellos que debieron tomar el camino del exilio –hacia fines de 1851 o comienzos de 1852, según los casos– lo hicieron cuando la euforia inicial de la fiebre aurífera ya había pasado.

Los chilenos no eran los únicos que llegaron a California siguiendo las rutas del Pacífico. Sin mencionar a los chinos o hawaianos, es importante recalcar la presencia de peruanos en estos flujos. Navarro los menciona en repetidas ocasiones, a menudo con la fórmula “chileno, peruano o argentino”. Panamá fue un lugar de tránsito importante que articulaba los espacios del Atlántico con el Pacífico.¹⁶ Un observador de la época estimó que 1.350 chilenos y 227 peruanos se hallaban en California antes de junio de 1849, mientras 5.000 sudamericanos llegaron en 1848, y 50.000 entre 1848 y 1852. Sin embargo, la historiografía más reciente ha establecido una

¹⁶ Un peruano jugó un papel notable en el conocido “incidente de la tajada de sandía” en el cual se enfrentaron estadounidenses y panameños en 1856 después de un conflicto por la compra de fruta que rápidamente tomó un giro violento. Véase el trabajo de McGuinness en la bibliografía.

cifra más modesta de 3 o 4.000 chilenos para el periodo entre 1848 y 1860.¹⁷ Pero la población hispana más importante era, sin dudas, la mexicana, en su mayoría proveniente de Sonora, la que se mezclaba con la nativa californiana. Navarro se refiere a estas distintas corrientes migratorias cuando hace una diferenciación entre el “español” hablado por sudamericanos y el “español-Mejicano-Californio” que predominaba en América del Norte.

En este contexto de diversidad de hispanoparlantes, denominado por Summers Sandoval “la primera comunidad latina” de los Estados Unidos, la emigración rioplatense era muy minoritaria. Si Navarro menciona una compañía dirigida por su tío Casimiro Rodríguez, compuesta de “64 o más argentinos” –en la que se destaca la presencia sanjuanina– es muy poco lo que se sabe sobre esta colectividad. En efecto, el diario es la fuente principal para comprender el exilio rioplatense en California, y solo se mencionan por nombre propio una decena de emigrados.¹⁸

Los Navarro en California comenzaron a lograr cierta prosperidad, aunque es factible que sus ganancias hayan provenido más del comercio con Chile que de la minería propiamente dicha. Samuel Navarro estableció una casa comercial en Stockton, mientras Ramón Gil se ocupó del negocio al menudeo en los *placers*¹⁹ al mismo tiempo que dirigió un pequeño grupo de peones chilenos dedicados a la extracción del oro. Otro hermano, Mardoqueo, avocinado en Copiapó, aseguraba la comunicación desde esta ciudad. También los Navarro entraron en sociedad con Pedro Agote: los primeros aportaban un navío, mientras el segundo, el dinero para abastecerlo de “artículos de especulación”. La actividad principal de los Navarro consistió en la importación de harina tostada chilena y de azúcar peruana –productos esenciales para los mineros– y en el transporte de pasajeros con su propia flota. Comercian todo lo necesario para suministrar los *placers*: alimentos diversos, pero también herramientas y otro tipo de artículos. Algunas fuentes aseveran que hasta el vino era importado de Chile. Navarro también hizo traer un molino para procesar el pinole (*pinol* en el texto), un alimento mesoamericano fabricado a partir del maíz, muy popular entre mexicanos. Aun después de regresar de California, la fortuna de la familia siguió vinculada a estos flujos. El diario cuenta cómo Ramón Gil, con la ayuda de su familia y las ganancias de California, acrecentó sus inversiones en haciendas

¹⁷ Monaghan, *Chile, Perú and the California Gold Rush*, p. 250. Perkins, *El Campo de los sonoraenses*. Purcell, *Muchos extranjeros*, p. 33.

¹⁸ También existieron casos de migraciones en el sentido contrario, como sucedió con el indígena cherokee que, después de haber servido en los ejércitos de Manuel Oribe en el Río de la Plata, y ver rota su promesa de matrimonio con una joven chilena en razón de su religión protestante, emigró a California. Apareció un día en el campo de Navarro para tomar mate y conversar en un fluido castellano rioplatense. Esto sin duda después de haber zarpado de algún puerto estadounidense del Atlántico en vez en emprender el *camino de lágrimas*, como lo hicieron aproximadamente 60.000 cherokee entre 1830 y 1840, expulsados por el estado federal de los territorios del sudoeste de los Estados Unidos.

¹⁹ Palabra que se utilizaba para referirse a los campos auríferos.

trigueras en el sur de Chile antes de volver a Catamarca, rescatar las tierras familiares y comprar nuevas.

En algunos diarios de chilenos que “hicieron la California”, como Benjamín Vicuña Mackenna o Vicente Pérez Rosales, aparecen actividades parecidas. El primero, en realidad un emigrado político –aunque no lo manifiesta en sus *Páginas de mi diario*–, se marchó a California con un barco y una carga de harina antes de proseguir con un periplo que semeja más un viaje burgués de iniciación que una verdadera apuesta comercial. El segundo tuvo una experiencia similar a la de Navarro, pues pasó tiempo en los placeres auríferos y también desarrolló un negocio secundario de venta de productos chilenos a los mineros de la zona. Si estos circuitos “hispanos” deben mucho a las antiguas rutas coloniales –a tal punto que, en vez de hablar de la primera comunidad latina de los Estados Unidos, pareciera más apropiado referirse a una comunidad de españoles americanos–, también se fortalecieron con la llegada a suelo hispanoamericano de comerciantes estadounidenses, británicos y franceses como consecuencia de los procesos de emancipación de España y la creación de repúblicas independientes. Nos referiremos más adelante a la cuestión de la formación de nacionalidades culturales, pero es importante detenernos un momento en las cuestiones comerciales y económicas. Las sociedades por acciones se articularon con las más antiguas casas comerciales familiares en el contexto de una creciente importancia de los comerciantes estadounidenses, británicos y franceses en el Pacífico. Estos años fueron, justamente, los de la introducción del vapor, que, aunque no reemplazaría definitivamente la vela por varias décadas, comenzó a reducir los tiempos de circulación de personas y correos. Muchos veleros, incluso de propiedad de ciudadanos de las repúblicas hispanoamericanas (como la *Elisea* de los Navarro) continuaron con el comercio de cabotaje. Sin embargo, vapores franceses, británicos y estadounidenses conectaban los espacios del Pacífico con los del Atlántico por el Cabo de Hornos y la escala chilena. La fiebre del oro habría estimulado y acelerado su introducción en el Pacífico sur, mientras permitió que Panamá se incorporara al imperio comercial estadounidense cincuenta años antes de su independencia y de la construcción del canal homónimo.

Entre los socios de la compañía original, con la cual Navarro llegó a California, hay un médico inglés, el Dr. Mackay, al parecer residente de Valparaíso antes de unirse a la empresa. Además de sus conocimientos médicos, solía actuar de intérprete en razón de su dominio del inglés. Rápidamente (para fines de 1849), la compañía se disolvió, como muchas efímeras sociedades californianas frente a las ideas divergentes de sus directores y la huida de los peones que buscaban trabajar por cuenta propia. Aun así, la participación del Dr. Mackay destaca la importancia de la población anglosajona en el Pacífico sur durante la fiebre del oro. La presencia de franceses, tanto en Chile como en los placeres de California, se resalta en el relato de Ramón Gil. Se trataba de una emigración que llegó al Nuevo Mundo con motivaciones económicas con las que también confluían otras de índole política. La migración angloamericana

de Chile hacia California no era desdeñable tampoco. Los comerciantes ingleses, y en menor medida estadounidenses y franceses, jugaron un papel central en la economía de Valparaíso, y estaban muy bien posicionados para responder al repentino llamado de las sirenas californianas. Los apellidos anglo-chilenos se destacaron entre las principales compañías mineras, con los patronímicos de Cross, Hobson, Price, Waddington y Wheelwright, por citar algunos ejemplos. Inclusive Sam Roberts, uno de los dirigentes más notorios de los *galgos*,²⁰ el grupo parapolicial xenófobo responsable de las exacciones más violentas realizadas a chilenos y mexicanos en California, había vivido en Valparaíso y al parecer, hablaba el castellano de manera corriente y tuvo una novia chilena. La importancia de estos apellidos anglo-chilenos llegaba hasta tal punto que a veces resulta difícil distinguir en las fuentes si se trata de un inglés residente en Valparaíso o un chileno de segunda o tercera generación con apellido anglosajón, lo que por momentos complica el análisis de la recepción de estos anglo-chilenos en la sociedad californiana.

Cabe afirmar que el diario de Navarro es un ejemplo llamativo de los múltiples cambios de una época cuando el imperialismo informal y el capitalismo moderno surgieron en un contexto de nacimiento de repúblicas independientes e importantes flujos migratorios. El papel de los hispanoamericanos en California y los angloamericanos en Chile, evidencia la imbricación de estos fenómenos como las lagunas historiográficas todavía patentes –a pesar de algunos recientes trabajos– para comprender la extensa región del Pacífico americano en el siglo XIX.

4 Vida cotidiana, género y cultura material

Como lo anticipó en buena medida Jürgen Habermas, el siglo XIX constituye un periodo vital para comprender las diferencias cada vez más marcadas entre lo público y lo privado²¹, proceso que en América Latina será doblemente motivado por el ideario de un modelo político liberal-republicano y por el desarrollo de una economía capitalista. La vida de Ramón Gil Navarro poseyó rasgos excepcionales. Perteneció a una elite, gozó de una educación privilegiada, atravesó viajes y vivencias que la mayoría de sus contemporáneos no llegaría jamás a experimentar. Pero, por otro lado, su trayectoria representa, en varios aspectos, un recorrido bastante prototípico de un exiliado del régimen de Juan Manuel de Rosas, compartiendo una sociabilidad frecuente e intensa con buena parte de los proscriptos asentados en Chile y California, buscando formas de vida y actuando políticamente de manera similar a otros individuos que

²⁰ *Hounds* en inglés (sabuesos) pero traducido por Navarro como galgos.

²¹ Habermas, Jürgen, *Historia y crítica de la opinión pública*, Gustavo Gili, Barcelona, 1982.

pasaron situaciones semejantes. Con esto, queremos decir que para poder apreciar en su justa medida la riqueza de la fuente legada por Navarro, debemos también contextualizarla de forma adecuada. Y para ello, brindaremos de aquí en adelante algunos ejemplos.

La religiosidad del diarista es un caso que merece singular atención. Su educación y su formación estuvieron estrechamente vinculados a la iglesia católica. Muchos de sus amigos se habían volcado a la vida eclesial y sus impulsos para que en Stockton se celebrara misa lo ubican como un defensor del culto apostólico romano. Una parte muy significativa de los recuerdos de infancia que evoca desde la expatriación se remiten a celebraciones y fechas del calendario religioso. Pero en sus más íntimos pensamientos, y en su forma racional de comprender el origen de los fenómenos que experimenta, la religión y el rezo como forma de comunicación ante un ser supremo no se plasman habitualmente en los escritos de su diario. Tampoco parece rendir devoción ante santos, a la Virgen o a otras figuras del culto, como era común en ese tiempo. Las expresiones “espero en Dios”, “Dios nos protege”, o “Dios mío”, que se repiten por doquier, parecen fórmulas vacías que reflejan exteriorización de deseos. Con ya más de 20 años y en su travesía marítima hacia California tuvo contacto con personas de culto protestante. Su relación abierta, amistosa y tolerante para con ellas denota una postura distante del fanatismo, aunque sí tomó posiciones “ultramontanas” contra la secularización creciente de la sociedad (como lo reflejan algunos de sus trabajos periodísticos). Entre sus casi 80 libros con que contaba en Stockton, ni uno sólo contenía exclusiva temática religiosa, en momentos en que todavía un sinnúmero de las obras que se publicaban en el ámbito hispanoamericano eran apologéticas o devocionarios.

El despertar sexual de nuestro narrador también merece un análisis particular. La mayoría de fuentes contemporáneas suelen ser muy parcas en estas cuestiones. Su inclinación recurrente hacia las mujeres es una constante en toda la fuente. Recordando desde California su infancia y su primera adolescencia, evoca en un lugar destacado la primera vez que contempla cuerpos femeninos. También destaca la pormenorizada descripción de cómo espiaba a una vecina que se paseaba desnuda por su habitación. El interés y fascinación de lo que observa y cuenta contrasta con los comentarios que vierte de “impudencia”, “desvergüenza”, “obscenidad” y “horror”. Su atracción por las mujeres y en particular, por buena parte de sus primas, su capacidad de dialogar con el sexo opuesto, sus paseos por la ciudad y su presencia en la misa para mirar jóvenes, sus dotes para tocar la guitarra, su forma de vestir a la moda o bailar la zamacueca y otras danzas, nos permite apreciar y comprender mejor el arte de la seducción decimonónica.

Las relaciones de Navarro con las mujeres estaban permeadas por los códigos de género de las élites de la época. Cuando despuntaba su deseo sexual (el cual con frecuencia se limitaba a roces, besos y abrazos), inmediatamente reaccionaba al narrarlos en su diario insistiendo en la “pureza” de sus intenciones y pensamientos, destacando el valor de la castidad premarital.

Los encuentros amorosos ocurrían, en general, en el marco de visitas familiares acompañadas, de ese modo podía frecuentar varias mujeres a la vez y aun así resguardar el honor suyo y el de la joven. Adolecía de una personalidad extremadamente celosa y egocéntrica, al exigir siempre un nivel elevado de atención y exclusividad. Cuando rompió con su principal amante en California (una mujer casada) se volvió obsesivo y hasta violento. Sus relaciones con las mujeres no estaban desprovistas de manipulación y violencia psicológica. William Perkins, amigo íntimo de Navarro y quien escribiera unas extraordinarias memorias sobre su propia experiencia en suelo norteamericano, señala:

“En Sonora había muchas mujeres negras pero ninguna blanca excepto cuando alguna sudamericana, sin mucha sangre india en sus venas, se nos aparecía. Generalmente eran ‘chinas blancas’, ‘mestizas blancas’, o ‘quinteras’ y, con ellas, formamos la aristocracia de nuestra sociedad. La posición social de una mujer respecto a un hombre, se graduaba por su color, a pesar de que nosotros, a veces, preferimos una mujer de compleción morena siempre que no perteneciera a la raza negra”.²²

De esta forma, esa sociabilidad con el sexo femenino tan habitual en Chile o Argentina, se tornó abruptamente en rareza durante su estadía californiana. La falta completa de mujeres en los albores del ciclo del oro llevó a los colonos a idealizarlas en extremo, a buscar, como lo hacía Navarro, observar los cuerpos desnudos de las nativas en las zonas fronterizas, de estatuas y pinturas en los hoteles y bares, en prostíbulos o a través de los cuadros vivos –“tableaux vivants”– que se escenificaban en ciertos locales de Stockton y San Francisco. Con el paso del tiempo, la vida ermitaña de Navarro entre montañas y minas, se transformó en otra más sociable y urbana, y sus relaciones estrechas con mujeres (casadas en su mayoría) lo llevarían a frecuentes problemas sentimentales. De regreso a la Argentina y años más tarde, lograría entablar una vida marital convencional.

Sus relaciones con algunos hombres se caracterizaron también por una carga emocional elevada, propia del romanticismo literario de la época. La intensidad de estas emociones, sentidas fuertemente en los años de juventud, se refleja en la amistad que mantuvo con otro joven, “Pepe” Martínez, antes de marcharse al exilio. El vocabulario que utiliza para describir dicho vínculo –“amarme”, “nunca me seas infiel”, etc.– subraya la fuerza de su turbación que continúa en sus recuerdos durante las estancias en Chile y California. Esta carga homo-erótica latente, aparece también en otros episodios que recuerda de su infancia. Las relaciones trucas que iba dejando en cada lugar en el que vivió lo llenaban de nostalgia y lo sumían en recurrentes

²² Perkins, William, *El campo de los sonoraenses. Tres años de residencia en California, 1849–1851*, Buenos Aires, Editorial Tor, 1937, pp. 53–54.

estados depresivos. Esperaba una reciprocidad constante a través de una activa comunicación epistolar, tanto con sus amantes como con sus amistades y familiares. La frustración por no lograr esa reciprocidad y las profundas recaídas anímicas consecuentes no sólo retratan aspectos exclusivos de su particular personalidad, sino también denotan las notables dificultades de comunicación, la sensación de aislamiento, la percepción de abandono y el estado de alienación que podían prevalecer en los estados emocionales de aquellas personas que experimentaban la proscripción.

Otros aspectos de la vida cotidiana que se destacan en la fuente –además de la religiosidad y la sexualidad– se vinculan con la educación, la sociabilidad, las amistades, la vida familiar y los sueños. En relación a la educación, que como hemos visto, le fuera impartida a Navarro en diferentes institutos religiosos, recibió una crianza familiar y vinculada al orden de lo privado. Se descubre, por ejemplo, una diferencia muy marcada en cuestiones de género. Las responsabilidades que iba asumiendo Ramón Gil con el transcurrir de sus años eran muy diferentes a aquellas que contraían sus propias hermanas. Es remarcable, en este sentido, la reflexión que introduce en su diario sobre la educación maternal recibida por su hermana Elisea, en un contexto familiar particular en el que el padre de familia se encontraba desterrado y con casi nulas posibilidades de participar en el proceso de formación de sus hijos. Navarro admite que Elisea nunca conoció un día de felicidad por culpa del “duro azote de mamita” que caía “rigurosamente sobre su débil cuerpo”. Una concepción mucho más moderna del sentido educativo chocaba como consecuencia del cambio generacional que lo distanciaba de su progenitora, la que buscaba en su hija un modelo de virtudes “y en la rústica y bárbara educación que ella misma recibió, no encontraba otro estímulo, otro ejemplo, ni más palabras ni convicciones que el látigo y el rigor o el desprecio y la tiranía”. Ese sistema educativo, con reminiscencias coloniales, era, para nuestro diarista, una:

“... máxima brutal heredada también por ella e hija de la ignorancia de que los padres en la educación de sus hijos no deben dispensarles ningún cariño, ninguna palabra de amor y ternura pues que sería infundirles confianza, falta de respeto y después y más tarde desprecio, en una palabra el niño debía ser hijo del rigor y de la tiranía, no del amor y la ternura”.

La fuente permite observar, además, ciertos parámetros de comportamiento íntimo: la relación entre hermanos y entre padres e hijos, no sólo en un mismo hogar sino también desde la distancia y por vía epistolar. A su vez, las relaciones entre amigos, la frecuencia de las reuniones sociales, las fiestas patrias, la camaradería espontánea de un largo periplo marítimo, los vínculos entre compatriotas o entre empleadores y mineros en los placeres californianos, etc. Incluso, el diario nos adentra al contenido de los sueños del diarista, que en algunos casos los

describe con minuciosidad y una verosimilitud asombrosa. Remiten, por lo general, a su infancia en Catamarca y denotan cuotas de enorme nostalgia.

La vida cotidiana y la esfera privada, que tan bien se puede examinar y conocer a través del diario, es imposible concebirla sin sus soportes materiales. Para Fernand Braudel, “la vida material son los hombres y las cosas, las cosas y los hombres. Estudiar las cosas –alimentación, vivienda, vestido, lujo, herramientas, instrumentos monetarios, pueblos y ciudades–, en suma todo aquello que el hombre utiliza”²³. Así, la relación del hombre con los objetos genera una cultura propia y es estudiada por historiadores, antropólogos y otros campos del saber. Sobre los elementos mencionados por Braudel –que obviamente no se agotan en esa enumeración–, el texto de Navarro da cuenta de todos. Sus explicaciones sobre su dieta en la zona minera de California, la descripción de su vivienda, su vestimenta, los productos que consume, la forma en la que manejó sus emprendimientos, los remedios que se aplicaba, los utensilios que utilizaba, etc. Pero también las misivas que remitía a su familia, el propio diario que redactaba todos los días, los medios de transporte que lo desplazaban, los libros que leía, las urbanizaciones y las culturas que conoció y describió, podrían contribuir al estudio de la cultura material del siglo XIX hispanoamericano.

Entre esas nítidas descripciones que nos acercan a la materialidad que lo rodeaba, destacan, por citar algunos ejemplos, la enumeración de los productos que vendía en su tienda de Chillán y el sugestivo listado de pertenencias que realizó antes de dejar Stockton sobre muebles, ropa y libros que existían en su morada. Gracias a esa información, se infiere el buen pasar de Navarro, el gusto para vestirse de una persona de su posición social, y otros lujos como su “reloj de oro, esfera y números de oro”, o la “lapicera de oro, pluma de oro, montada en piedra ágata”, o un “anillo doble peso, oro de Calaveras sacado por mí con secreto de guardapelo y las iniciales de mi nombre”. El pormenorizado cómputo de sus libros también es un indicativo no sólo de la moda literaria de su momento, sino de sus aspiraciones y de su cosmovisión. Los diccionarios y los libros de gramática inglesa denotan un interés por aprender ese idioma en profundidad. A su vez, reflejan el gusto por las letras francesas, a tal punto que los cuatro tomos de Don Quijote son en lengua gala, como varios tomos de los autores románticos del periodo. Otro género de la literatura que atesoraba apunta a su perfil más pragmático e industrial, como “teneduría de libros”, “geografía universal” o “2 obras grandes de artes y materias y oficios con láminas”. De este modo se aprecia la riqueza de la fuente y nos permite imaginar la posibilidad de ahondar en la cultura material del periodo como muy pocos testimonios de ese tiempo.

²³ Braudel, Fernand, *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV–XVIII*, t.1, Madrid, Alianza, p. 8.

5 Prácticas políticas de exilio y retorno

Entre los aspectos remarcables del diario de Navarro, no es menor el que nos permite ver, en el recorrido de un solo emigrado y su familia, la amplia gama de prácticas relacionadas con el exilio político durante el siglo XIX. Estas prácticas de exilio se refieren tanto a las políticas estatales o estadales –en el caso de las provincias argentinas–, como a las estrategias de fuga practicadas por los mismos emigrados. Ya nos referimos en otra parte a las dificultades para distinguir netamente entre emigración política y económica. En el grupo de los rioplatenses que moraban en Chile había, por ejemplo, comerciantes que no emigraron por razones políticas y solo se vincularon a las contiendas trasandinas después de haber llegado al país receptor. Un caso emblemático es el de los comerciantes de Valparaíso que trabajaron en la importación del ganado argentino a Chile y en la re-exportación de bienes manufacturados británicos a Cuyo vía Valparaíso, verbigracia: Carlos Lamarca y Gregorio Beéche. A partir de 1852 siguieron jugando un cierto papel en la política argentina; Lamarca y Beéche en particular actuaron como representantes diplomáticos de la Confederación –durante el periodo de la secesión de Buenos Aires– y posteriormente, de la República Argentina.

El diario de Navarro demuestra cómo estas prácticas existieron en un continuo entre la emigración económica “pura” hasta el destierro más clásico, es decir, cuando las autoridades políticas o judiciales decretaban la expulsión. Si, como ya mencionamos, el padre de nuestro diarista habría fugado por razones políticas en razón de la persecución del gobernador federal, las circunstancias tanto del conflicto político que mantuvo con las autoridades, como su huida, permanecen oscuras. Lo que consta en el diario es que Ramón Gil Navarro padre no pudo volver a Catamarca desde Chile porque el gobernador rehusó su solicitud para la obtención de un pasaporte, lo cual también nos demuestra la importancia de este documento de salvoconducto como regulador de los exilios decimonónicos.

Lo señalado anteriormente permite vislumbrar la línea borrosa que podía existir entre destierro y fuga en un contexto de alta conflictividad política y una institucionalidad en muchos casos informal. La ausencia de una orden de expulsión, ya sea del gobernador o de un juez, impide saber hasta qué punto las autoridades habrían intimado a Navarro (padre) para que se fuera o si huyó antes de caer en una redada política. Esta ambigüedad se resalta aún más en el propio caso de Ramón Gil hijo. En lo que se infiere del relato de su diario no parece haber predominado una motivación política en la decisión de abandonar Catamarca en 1845, más allá del antecedente de su padre. Años más tarde, después de la caída de Rosas y justamente en el momento en que se preparaba para volver a Catamarca, Ramón Gil escribió en su diario otra versión de la fuga familiar en la que argumenta que tuvieron que huir de Catamarca porque su madre había servido mistelas celestes (color comúnmente identificado al bando unitario, enemigo acérrimo del federalismo gobernante) después de un acto religioso en el convento de San Francisco.

Las relaciones con las autoridades federales en Catamarca y las demás provincias por las que pasó la familia camino a su exilio chileno son sumamente confusas. No se trató de una fuga desesperada de una muerte segura, suerte que les tocó a muchos otros que buscaron emigrar; más bien se trató de un exilio consentido por las autoridades, casi coreografiado, con una misa solemne asistida por la alta sociedad. Esto remite a la práctica de autorizar la fuga de opositores entre la “gente decente” a través de la concesión de un pasaporte. La falta de una válvula de escape podía llevar a una explosión de odios y a la activación de la violencia internotabiliaria, como ocurrió, por ejemplo, después de la ejecución de los hermanos de Juan Miguel Carrera en Mendoza en 1818, o de Manuel Dorrego en Buenos Aires, en 1828. Así, el exilio permitió muchas veces atenuar la violencia mientras se esperaba un cambio en la fortuna política. Si en el contexto chileno estas prácticas se dieron a través de cortes marciales que conmutaban la pena de muerte por una de destierro, en el marco de la Confederación Argentina la obtención de un pasaporte podía significar la diferencia entre el destierro, el encierro o el entierro, para retomar el viejo dicho latinoamericano.

El recorrido hacia Chile de la familia Navarro en 1845 también nos muestra la importancia de las soberanías provinciales en las prácticas de exilio. Al cruzar la frontera de Catamarca y entrar en La Rioja y San Juan, la familia se ponía a resguardo del gobernador Santos Nieva. Los Navarro tenían relaciones bastante cercanas con los gobernadores federales de las provincias del Noroeste Argentino y Cuyo, relaciones existentes gracias a vínculos sociales de larga data entre las élites de la región. Navarro narra cómo fueron acogidos en el camino a La Rioja por un enviado del Juez de policía, este último a su vez cuñado de su madre. Al llegar a La Rioja se organizó un baile con la presencia del propio gobernador federal Vicente Motas. La familia se quedó varios meses en San Juan esperando noticias del padre de Ramón Gil desde Concepción; periodo en que mantuvo una intensa sociabilidad con las élites locales. Por ejemplo, la madre de Ramón Gil, Rosa Ocampo y Herrera, recibió a las señoras de la alta sociedad local, entre ellas la mujer del gobernador Nazario Benavídez. Es probable que la relación política que mantuvo Navarro con el propio Benavídez después de 1852 haya comenzado en este momento, a partir de las relaciones entre sus respectivas familias.

Una parte importante de la dinámica de exilio radicaba en hacer política desde el exterior. A pesar de los múltiples comentarios anti-rosistas que Navarro vierte en su diario, la política no parece haber jugado un rol preponderante durante los primeros años de su exilio, fuera de contextos particulares. Esa postura pueda quizás constituir un ejemplo más representativo de un emigrado promedio, en contraste con casos más conocidos como los de Domingo Faustino Sarmiento o Gabriel Ocampo. Por cierto, la relativa ausencia de “lo político” en el primer tramo del diario de Navarro parece condecir con una representación “clásica” del exilio, es decir, como un lapso temporal “apolítico” a la espera de tiempos mejores. No ocurrió lo mismo con

otro perfil de emigrados más politizados que participaron activamente en la lucha antirrosista desde el mismo comienzo de sus expatriaciones.

La participación más notable de Navarro en la política desde el exilio fue con el Club Constitucional Argentino de Valparaíso. Este club, bajo la dirección de Juan Bautista Alberdi y los comerciantes emigrados involucrados en el comercio cuyano, tenía un homólogo rival en Santiago bajo la tutela de Sarmiento y buscaba incorporar a los expatriados del Pacífico a las discusiones en torno a la organización constitucional en curso en la Confederación Argentina después de la caída de Rosas. Navarro se jactaba de haber “sacado en limpio” el credo que se publicó en Valparaíso en 1852, y fueron seis los Navarro y dos los Ocampo que lo firmaron (cuatro Ocampo refrendaron el manifiesto del club rival, y Gabriel Ocampo firmó ambos, quizás reflejando una cierta división en el seno familiar). La participación de Navarro en el Club Constitucional marcó el comienzo de su carrera política y es representativa de cómo, para muchos, sus primeras experiencias en ese dominio podían comenzar –o incluso consolidarse– en el exilio, tal el caso de varios otros protagonistas de la escena pública de su generación. La emigración de los Navarro es también un ejemplo del carácter familiar y reiterado del exilio en América del Sur durante el siglo XIX. Se observa, por una parte, que puede repetirse de generación en generación, creando así toda una larga tradición familiar de emigración política. Por otra, el exilio a menudo también significaba el desplazamiento de parentelas enteras. Familias chilenas como los Carrera, los Barros o los Bilbao son emblemáticas en este sentido.

El tema de la emigración política como experiencia histórica aparece en ciertas representaciones del exilio exhibidas en el diario, y que se advierten en muchos de los escritos de emigrados políticos sudamericanos de la misma época. La circunstancia de atravesar la cordillera figura en el relato como un momento de reflexión en torno a similares experiencias pasadas. Ramón Gil destaca el paso de San Martín en 1817 y la fuga de Gregorio Aráoz de Lamadrid hacia Chile después de la derrota de sus fuerzas en Mendoza en 1841 como precedentes notables de su propia experiencia. El tropo literario de la cordillera nevada recuerda una historia común de revolución y exilio, pero también sugiere una lectura de representaciones literarias románticas que aparecían en la prensa de estos años. Entre otros muchos ejemplos destaca el conocido artículo sobre Chacabuco con el cual Sarmiento inició su carrera de periodista en Chile. Sin embargo, es solo en los placeres de California que comienza a aparecer en el diario la figura literaria del exilio como sinónimo del sufrimiento, sin duda porque en Concepción la presencia de su familia y su integración en las élites locales ayudaron a mitigar la tristeza y la añoranza. California aparece entonces como un segundo exilio: “yo sólo sé lo que es la patria que se abandona ya que he salido nuevamente de Chile dejando allí mi familia para mendigar en los desiertos de California el buen modo y el asilo de los menos hospitalarios que hay en el mundo”. En este contexto, Chile semeja una segunda patria de la cual debió emigrar.

Las experiencias del retorno que aparecen en la trayectoria de Navarro y su familia son también sintomáticas de un contexto más general. A pesar de que su tío Manuel Navarro había accedido al poder en Catamarca después de una revolución –la familia recibió las noticias en San Juan a principios de 1846– y había presentado un indulto al padre de Ramón Gil, la familia optó igual por continuar su rumbo a Chile. Esta decisión se debe, sin duda, a motivos a la vez económicos y políticos. Por una parte, Navarro padre había logrado una posición relativamente estable en el exilio, y el contexto económico de Catamarca no era ideal; algunos de sus bienes seguían embargados. Además, la situación política de fondo no había cambiado y Rosas seguía controlando los destinos de todas las provincias confederadas.

Cuando Ramón Gil tomó la decisión de volver a la Argentina en 1854 –retornaría efectivamente al año siguiente–, se encontraba motivado por razones económicas, pero también por deseos de progresar en su flamante carrera política. Invocaba el “nombre y el prestigio” de su familia que se encontraba en Chile, y expresaba su voluntad por recuperar las propiedades pecuarias de los Navarro y Ocampo. Sin embargo, sus intereses seguían siendo sólidos en el país trasandino como “colaborador” de *El Mercurio* y regenteando otros emprendimientos. Mientras tanto, el resto de su familia se quedaba en Concepción y Copiapó para atender los intereses de su negocio. Era el joven soltero quien se marchaba para Catamarca, en lo que también constituía una decisión que respondía a las necesidades del extenso grupo familiar. En efecto, logró recuperar una parte del patrimonio perdido y en los años venideros se convirtió en una figura política gravitante. No queda muy claro cómo al llegar a La Rioja fue inmediatamente reclutado para ser diputado en el Congreso nacional. El apoyo de Benavidez pudo haber sido crucial. Pero cuando se incorporó al congreso, lo hizo en calidad de “Diputado de la Nación y miembro del Club Argentino de Valparaíso”. Esta doble identificación sugiere la importancia del exilio para legitimar las carreras políticas en la Argentina post-rosista. El capital político y social adquirido en su exilio chileno y californiano estaba en la base de su desempeño político en la Confederación.

6 Giros ideológicos e influencia californiana

Resulta quizás sorprendente lo poco que Ramón Gil Navarro hace referencia a cuestiones o hitos políticos contemporáneos y de enorme transcendencia. La revolución francesa de 1848, la chilena de 1851, los debates en los Estados Unidos en torno a la abolición de la esclavitud y la incorporación de California como estado pasan casi inadvertidos. Esto es llamativo. Por un lado, porque la historiografía ha tomado el “48” y el nacimiento del socialismo como eventos claves en la evolución política y social del mundo occidental –y la revolución chilena como parte de estos más amplios procesos–. Por otro, porque los diarios de la época se encontraban

atestados de noticias y análisis de dichos sucesos y cuesta imaginar que nuestro diarista haya podido pasar ese torrente de información con total indiferencia.

La revolución francesa de 1848 aparece solo de manera tangencial y anecdótica. Navarro, desde California, destaca impresionado la llegada en “el vapor Unión (de) una compañía de la Guardia Móvil de París de 250 hombres, todos uniformados en vestido y con fusiles de infantería ligera”. Se trató de un evento destacado en muchas de las fuentes de ese tiempo, tanto anglo-sajonas como hispanas. En otro momento del diario se resalta el arribo a suelo americano del héroe de la revolución húngara, Lajos Kossuth, otro hito que marcó la sociedad estadounidense de esa época. Pero este impacto es sobre todo cultural, un elemento más del nuevo encuentro en esa torre de Babel que era California. Hay muy poco en el diario –por no decir nada– sobre los aspectos políticos de la revolución del 48. Si dicha ausencia se puede explicar por la distancia y la falta de conocimientos sobre los hechos que ocurrieron en Francia, la poca atención dada a la política chilena es aún más llamativa. Durante una breve estadía de la familia Navarro en Quillota y Viña del Mar, en abril de 1846, antes de continuar su viaje hacia Concepción, Ramón Gil anotó en su diario que: “Valparaíso estaba convulsionado con motivo de las elecciones” de ese año, pero no parece dar mayor trascendencia al acontecimiento. La revolución de 1851, a pesar del lugar destacado que ocupa en la historiografía chilena, es mencionada tangencialmente, porque su amigo Fabio Zañartu había sido detenido por haber participado del movimiento. Ramón Gil advierte en ese pasaje de su diario las facultades extraordinarias arrogadas por el gobierno y el fusilamiento de cinco prisioneros. A pesar de ello, no ofrece muchas más pistas para comprender su interpretación de la política chilena ni de los eventos que estaban conmocionando al país. Sin embargo, paradójicamente, es un observador agudo de la sociedad chilena y emplea su talento como corresponsal de *El Mercurio* en varias ocasiones a partir de 1847.

La ausencia de la política en buena parte de su diario podría tener que ver con una visión muy poco ideologizada de la lucha facciosa. Desde su punto de vista, Rosas era un tirano y la oposición de Navarro hacia su gobierno queda manifiesta, pero también expresa su pesar por ver a la sociedad argentina dividida entre “unitarios y federales, ambos partidos destructores de la sociedad”. Existe en el diario una idea de la política todavía fuertemente condicionada por el unanimismo y el rechazo a la pluralidad. Algunos tropos sobre la facción unitaria son llamativos, entre ellos la importancia dada a la tumba de Juan Lavalle en el Panteón de Valparaíso como sitio de peregrinaje de los emigrados, o el canto frecuente de la “canción argentina” o la Lid del ejército del mismo Lavalle. Aparece con frecuencia, empero, la cuestión política del exilio a través de las representaciones de Rosas y del rosismo como el arquetipo de la tiranía. Se trata de un tema muy estudiado, notablemente en torno a la conocida obra de Sarmiento, *Facundo: Civilización i barbarie*. Navarro no menciona esta obra, publicada en Chile poco después de su llegada, pero su impronta es difícil de eludir. Cuando Ramón Gil se encontró de

nuevo en 1855 con el gobernador de San Juan, Nazario Benavidez, advertía el contraste entre su impresión favorable a él y "... el caudillo, el tigre, descrito por Sarmiento". Es la primera mención al autor de *Facundo* en su diario, aunque a partir de allí se suceden otras más en el contexto del conflicto entre el Estado de Buenos Aires y la Confederación Argentina. Sin embargo, las persecuciones de Facundo Quiroga forman parte de un tópico recurrente –el aniversario de su asesinato en Barranca Yaco merece una entrada aparte en 1850–, el tono romántico del texto y las reflexiones en torno al papel de los caudillos hacen pensar en una cierta sensibilidad a los temas presentes en el *Facundo*.

El antirrosismo de Navarro se debe enmarcar en una lealtad facciosa y familiar heredada. Un ejemplo notable de lo dicho se advierte cuando su hermano Juan trató de convencer a un grupo de peones de la hacienda que el anticristo nacería de la familia de Rosas, o cuando el mismo Ramón Gil bautizó "Juan Manuel" a uno de sus caballos ridiculizando al gobernador bonaerense. Esta sensibilidad ante las representaciones del "Tirano" no se limita al exclusivo contexto chileno o argentino, puesto que en California Navarro también fue testigo de los ecos rioplatenses que le llegaban de boca de mexicanos y anglo-americanos. Por ejemplo, cuando le comunicó a un grupo de mexicanos que era oriundo de Buenos Aires –nombre general dado a los rioplatenses en el censo de California–, recibió por respuesta: "ahí es donde un hombre llamado Rosas [...] dicen que es muy malo", y le detallaron, incluso, algunos de los asesinatos más célebres que le atribuían. Otro testimonio notable de la circulación de estas representaciones de Rosas aparece en el diario cuando unos amigos mexicanos le regalaron un ejemplar de *El Demócrata*, de la ciudad de México, con un poema anti-rosista del poeta rioplatense José Mármol.

La experiencia californiana dejó en Navarro otro tipo de impronta ideológica. Imbuída en el contexto de un liberalismo en auge, se fue nutriendo de nuevas ideas. Aunque al principio expresaba un gran rechazo hacia los anglo-americanos y su idiosincrasia en general, en razón de las diferencias culturales –pero sobre todo por las exacciones ejercidas sobre chilenos y otros hispanos– poco a poco iría mutando esa primera impresión por una admiración hacia su sistema político y por el vigor empresarial del país. En algunas partes del diario critica al norteamericano por su hipocresía y su racismo, y se queja de "la insolencia del carácter americano". Cuando se refiere a la violencia ejercida sobre la colonia chilena, afirma irónicamente que "de estas cosas pasan mil al día. Así se vive entre americanos cuya nación decanta ante el mundo entero su libertad y sus leyes". Hasta la forma de ajusticiamiento le parece más cruel en California, y señala con horror la prontitud con que se ultima por ofensas menores y la falta de los rituales católicos durante esas mismas ejecuciones. También deja implícita la diferencia de criterios con que se impartía justicia: "cómo no han castigado a los que han dado un balazo a un hombre dormido y van a ahorcar al que ha robado quizá de hambre".

Con el correr de los años, aunque la visión que Navarro había construido de la sociedad estadounidense no desaparece, se morigera y se mezcla con sentimientos que expresan una

profunda admiración. Exhibe al nuevo diario de Stockton como símbolo del progreso de la ciudad y del joven estado que, de unas carpas miserables mutó a una ciudad ampulosa en escasos ocho meses. Admiraba con más asombro aún cómo San Francisco lograba una y otra vez reconstruirse luego de cada incendio. A su vez, el lujo y la eficiencia del sistema de diligencias: “Dios mío, ver esto así y pensar que en Concepción una de las provincias más ricas de Chile, no haya diligencias a su puerto de Talcahuano. Dios mío, hasta dónde puede llegar la inacción y el desaliento de los habitantes”.²⁴ Concepción aparece como su punto de comparación natural, el lugar de residencia familiar desde hace tantos años. Este tipo de comentarios sobre California se registran reiteradamente en otras fuentes de época. Los avances materiales estadounidenses, la habilidad para crear riquezas y una sociedad próspera y bastante igualitaria, fueron objeto de fascinación y emulación. Eran vistos por las elites hispanoamericanas como un ejemplo a seguir, aun cuando la conquista violenta del norte de México se convirtiera poco después en una amenaza para otras regiones del continente.

Esa era la perspectiva sobre los Estados Unidos que portaba Navarro en su retorno hacia América del Sur. El exilio ayudó a afianzar las carreras políticas de muchos de los que volvieron, no solo porque otorgó una inmaculada legitimidad antirrosista, sino porque también se constituyó en una escuela de aprendizaje, idea sugerida por Alberdi y Sarmiento. En el caso de Navarro, es incuestionable su afán por llevar los progresos que había observado en California al territorio de la Confederación. El exilio proveyó una experiencia práctica en la minería y el comercio, además de una sensibilidad liberal marcada a fuego en su estadía norteamericana. La minería era una actividad pujante en La Rioja, y aunque no poseemos pruebas de que su familia la haya practicado antes de emigrar, se ha señalado la importancia de la experiencia previa para explicar el éxito de muchos chilenos en California. Tanto en este último punto como en Copiapó, la minería formó una parte importante de las actividades comerciales de la familia Navarro y Ocampo, ya sea directa o indirectamente. Cuando Navarro regresó a la Confederación Argentina, le brindó una atención particular a las cuestiones mineras, como se puede advertir en la Ley de minería de 1855, que él presentó como una propuesta más avanzada que la propia legislación chilena sobre ese rubro.

Después de la caída de Rosas, el comercio entre Chile y las provincias transandinas siguió siendo importante, tanto para la Confederación como para la diplomacia chilena, lo que queda evidenciado en la decisión de reconocer diplomáticamente a Paraná y no a Buenos Aires, resolución que tuvo expresión en el tratado de 1855. En el marco de la Confederación, Navarro apoyó la ley de derechos diferenciales que buscó estimular el comercio directo con el puerto de Rosario a través de la imposición de aranceles a todas las mercaderías llegadas desde Buenos Aires, como una expresión del “pensamiento uniformado de las provincias”. En Valparaíso, en

²⁴ Carta a Darío Navarro, Stockton, 26 de julio de 1851.

1856, notó la presencia de varios diputados argentinos del interior, todos antiguos emigrados en Chile, entre ellos Martín Zapata, Francisco Delgado y Juan Esteban Pedernera. Su estancia en ese país resulta representativa de cómo muchos emigrados, particularmente los del interior, siguieron manteniendo importantes conexiones económicas y sociales en Chile, aun muchos años después de sus retornos a su país de origen.

La carrera política de Navarro se legitimó en estas dinámicas trasfronterizas de emigrados políticos. Su encuentro con Benavídez en 1845, camino al exilio chileno, se convirtió en amistad diez años más tarde, cuando devino su aliado y protegido. En este juego político, la baza de Navarro era su posición en la sociedad chilena, notablemente como redactor de *El Correo del Sur* y corresponsal de *El Mercurio*. Al principio, el trabajo de periodista le sirvió para apalancarse en la sociedad, hacerse conocer y ganar un prestigio tanto literario como político. Sin embargo, con el tiempo se convirtió también en un pingüe negocio. Navarro ocupó la redacción del *Correo del Sur*, e instaló a uno de sus hermanos en un periódico de Valparaíso, mientras afirmaba –de forma algo exagerada– que su familia controlaba la prensa de Concepción. En dichas páginas publicó a favor del presidente chileno Manuel Montt, en 1853, después de la derrota de la rebelión en el sur. Apoyó en la prensa chilena la gestión del gobernador Benavídez, a quien veía como un pilar de la Confederación Argentina. Jugó un papel parecido con el presidente Urquiza, con quien se entretuvo en discusiones sobre la percepción e imagen política de este último en Chile. Su trato con Urquiza le valió un puesto pago en *El Nacional Argentino*, diario principal de Paraná. Mardoqueo Navarro fue comisionado por el presidente de la Confederación para construir la sociedad *La bienhechora de la Plata*, tomando por modelo su homónima el *Porvenir de las familias* de Chile. Estas alianzas, construidas entre Chile y Paraná, formaron la base de su devenir político en el Congreso argentino de allí en adelante. Pero a su vez, las meteóricas relaciones que estableció con los sectores gobernantes de las provincias cuyanas en su regreso del exilio. El último tramo del diario de Ramón Gil representa justamente su activo rol como mediador entre el incipiente gobierno confederal (personificado en la figura del presidente Urquiza) y las provincias de San Juan, Catamarca y La Rioja. En su carácter de enviado en misión confidencial a dichas provincias, Navarro debió, entre varias tareas, no solo reafirmar el apoyo de los gobernadores a la causa general, sino tratar de aunar los intereses de todos los sectores políticos del Cuyo, incluyendo a los opositores. Como la propia fuente lo deja entrever, sus éxitos en ese sentido terminarían siendo dispares. La delicada situación en San Juan, que nuestro diarista no logró resolver, motorizará pocos años después el asesinato de Benavídez y el desencadenamiento del conflicto armado entre el Estado de Buenos Aires y la Confederación Argentina (Batalla de Cepeda de 1859), con el consecuente pacto de pacificación que finalizaría en la aceptación por parte de Buenos Aires de la Constitución Confederal y en la postrera unificación nacional después.

7 Ideas románticas y representaciones nacionales

Desde hace algunas décadas el tema de la circulación de las ideas románticas y nuevas concepciones de nacionalidades ha recibido una atención importante en las historiografías sudamericanas. El diario de Navarro permite tener una visión menos intelectual y más llana sobre el impacto de estas ideas. Si bien se trata de un comerciante blanco alfabetizado, y la lista de títulos de su biblioteca que aparece en su diario demuestra una importante lectura romántica, no hay en el texto una discusión acerca de las ideas filosóficas más eruditas que se pueden encontrar, por ejemplo, en obras de algunos de sus contemporáneos como Vicente Fidel López o José Victoriano Lastarria, entre otros. Se trata, sobre todo, de novelas de gran tiraje, muchas veces con traducción (en castellano o inglés), de Víctor Hugo, “Jorge Sand” o Alexandre Dumas, Charles Dickens en inglés, o Zorrillo y Larra en castellano. *América poética*, la obra del emigrado porteño Juan María Gutiérrez, se publicó en Valparaíso en 1846. Aunque Navarro no precisa lo que le aportó esta obra, la referencia es llamativa porque es un ejemplo del romanticismo cultural sudamericano en la encrucijada de miradas americanistas y nacionales. Más que un aporte teórico intelectual a la cuestión de la construcción de las nacionalidades culturales, el diario íntimo es un ejemplo de lo que estas ideas pudieron haber significado para un joven aventurero con el nivel cultural suficiente para leer las obras románticas de gran circulación.

Al cruzar la cordillera y llegar a Chile, su diario comenzó a llenarse con observaciones del nuevo país y comparaciones entre su patria chica –que comenzó a perfilarse como una “Argentina” posible– y su hogar de adopción. Estas comparaciones continuaron desde California con descripciones de tinte romántico sobre la naturaleza y los frutos del país. Más allá de la nostalgia por la patria añorada, se puede observar cómo la distancia contribuye a la construcción de categorías nacionales, las que serían pronto reificadas en tanto diferencias culturales entre chilenos y argentinos. Sin embargo, aunque Navarro critica la hipocresía religiosa de la sociedad provincial –notablemente durante su estadía en Chillán–, no parece haber compartido ciertos estereotipos nacionales de otros emigrados rioplatenses que criticaban las jerarquías sociales y el poder de la “aristocracia” chilena.

Los festejos patrios constituyen un momento ideal para comparar las nacionalidades en formación. Las costumbres populares de las chinganas chilenas y el 18 de septiembre son temas predilectos de Ramón Gil para poder grabar sus impresiones sobre la sociedad que lo acogía. En particular, las preparativas para el 18 lo dejaron impresionado y participaba gustoso en los bailes y eventos organizados por la “buena sociedad”. Las representaciones “culturales” de la Argentina se consolidan en la mente de Navarro en su experiencia californiana. La mayor distancia geográfica y cultural pareciera contribuir a una cierta necesidad de conservar (o inventar) los rasgos de la nacionalidad. O tal vez, las características disgregadoras del cosmopolitismo californiano lo empujaron a afirmarse culturalmente. Es probable que las sociedades

chilena y catamarqueña fuesen demasiado parecidas entre sí para reforzar este sentimiento de diferencia. Entre los tropos “nacionales” que figuran en la fuente, destacan algunos, verbigracia: el asado “como lo asan los gauchos argentinos”, el mate, la habilidad del jinete, etc. Pero también ciertos rasgos “raciales” auto-atribuidos, como cuando Navarro afirmaba que los estadounidenses consideraban a los argentinos como blancos, y que incluso solían confundirlos con franceses.

Recién en su etapa californiana Ramón Gil comenzó a anotar en su diario las celebraciones del 25 de mayo y del 9 de julio, además de mencionar en varias oportunidades el canto de la Lid argentina. Este último fragmento musical emergió en la campaña del ejército de Lavalle (1839–1840) pero luego se extendió y consolidó como un verdadero himno entre los emigrados del rosismo, con letras parcialmente modificadas que pasaron de reflejar una situación marcial a otra de exilio. Navarro, inclusive, advierte que el pianista vienés Henri Herz interpretó canciones nacionales de Estados Unidos, Chile, México, Francia y Rusia frente a un nutrido auditorio durante uno de sus conciertos en San Francisco. Parece constituir todo un indicio de cómo el cosmopolitismo podía reforzar el sentimiento de pertenecer a una nacionalidad cultural. Sin embargo, esta visión muy incipiente de lo “argentino” tiene atributos propiamente cuyanos, a diferencia de la tendencia más común de confundir lo porteño con lo argentino. “La numeración sanjuanina sigue siendo de *alto bordo* siempre, amigo. Los mismos ponchos, los mismos tiradores, las mismas petacas y siempre y por siempre amén, las mismas ideas, las mismas palabras, la misma Federación, etc. Pero al fin son argentinos y en cuatro meses más ni el *Cheí* les quedará de San Juan”. Lo argentino –hasta el uso del *che*– parece asimilarse a un marco provincial cuyano y, como se desprende del diario, arribar a ciudades más importantes como Santiago o Valparaíso implicaba la inmersión en un nuevo contexto social más cosmopolita y urbano. Por cierto, después de volver a la Confederación Argentina en 1855, durante sus primeras visitas a Paraná y a Buenos Aires, se percibe en la fuente el ojo del viajero “foráneo” a través de las descripciones que vierte sobre el río Paraná y el lujo de la capital porteña, o “la Emperatriz de la Plata”.

En California, el auge del sentimiento de pertenencia nacional también quedaba subsumido a otro tipo de pertenencia ampliada, americanista, ligada a la unidad lingüística y cultural hispanoamericana, y de algún modo, enfrentada a otro sistema de pertenencias anglo-americano. Se puede observar esto, por ejemplo, cuando Navarro colaboró en los esfuerzos entre “españoles” para crear un diario en su idioma. La religión católica también cobró una importancia inusitada en California, y nuestro diarista afirma sentirse “más religioso y mejor católico a manera que se prolonga mi destierro en California”. Una suerte de apego identitario que implicaba cierta oposición hacia el norteamericano protestante, lo que se puede apreciar en una carta a Juan Ocampo en la que con indignación confiesa haber visto a un estadounidense bailando polka vestido de cura, con indumentaria robada en la guerra de Estados Unidos con

México.²⁵ Esta oposición entre América del norte y del sur –en el origen del mismo término “Latinoamérica” que surge por estos años– facilita comparaciones bastante clásicas de los atributos culturales de los pueblos: unos industriosos, prácticos y dinámicos; otros rezagados, oscurantistas y “espirituales”.

La confrontación cultural experimentada por Ramón Gil le permitió reflexionar sobre las relaciones interétnicas entre élites hispanoamericanas, afro-descendientes, indígenas, chinos, judíos y anglo-americanos. Desde las primeras páginas del diario nuestro autor da cuenta de la complejidad de las jerarquías interétnicas en América del sur, y los cambios acarreados por la abolición gradual de la esclavitud, en vigor en Chile desde 1823 pero en la Confederación Argentina solo a partir de 1853. El hecho que Navarro no mencione en su diario la abolición definitiva, es sin duda un fiel reflejo del relativo consenso que existía sobre el asunto en su país natal. Empero, destaca que los sirvientes de su clan familiar eran afro-descendientes, aunque no detalla –y a lo mejor ignora– su condición jurídica. En La Rioja, en camino al exilio chileno en 1845, ocurrió un incidente interesante que destaca este contexto cuando una sirvienta de la familia, identificada en la fuente como “la Jesús”, generó un conflicto jurídico entre la familia y el hermano de la criada quien buscaba impedir que se fueran al exterior con ella. Navarro precisa en este caso que se trataba de la hija de una esclava, refiriéndose implícitamente a la libertad de vientres de 1813. Insiste en la voluntad de la joven por permanecer con la familia, demostrando el sesgo paternalista de las relaciones sociales. El juez determinó fallar en favor de la familia Navarro. De regreso a Catamarca en 1855, esta relación paternalista entre patrones y clientes se resalta nuevamente cuando el diarista expresa su alegría al encontrarse otra vez con los sirvientes de su juventud, “algunos de ellos esclavos”, aunque, de hecho, su condición jurídica ya había cambiado.

El paternalismo de Navarro no parece entrar en contradicción alguna con las jerarquías raciales sudamericanas, como se desprende de las quejas emitidas en Mendoza, en 1855, sobre la cantidad de negros que transitaban las calles de la ciudad. Este hecho pareciera convivir con la opinión que fue formando sobre la esclavitud en Estados Unidos. California era oficialmente un estado libre a partir de 1850, en razón de la compleja balanza de poder entre estados después de la guerra con México, cuyo desbarajuste llevaría poco después a la guerra civil estadounidense. Sin embargo, la California recién conquistada era objeto de la codicia de los esclavistas de los estados sureños, quienes entraban regularmente al flamante territorio con su propiedad humana para ser partícipes de la fiebre del oro. En su diario, Navarro expresa el horror de ver algunas “yuntas de esclavos negros, helándose por sus amos” en los cerros nevados, y advierte la contradicción que le generaba la existencia de “esclavos en California y más, encadenados por americanos cuya nación más que todas las del mundo blasona de libre”. La brutalidad de los

²⁵ Carta a Juan Ocampo (Chile), Stockton, 25 de abril de 1851.

norteamericanos con los chinos y los indígenas también le causó una honda impresión, aunque sus comentarios sobre los conflictos fronterizos de Chile y la Confederación Argentina con los pueblos mapuches no parecían ir en el mismo sentido. En California se advierte una evolución de su forma de considerar la suerte de los indígenas. Si al principio se encuentra consternado por la violencia interétnica y experimenta conmisericordia hacia el bando más débil, luego de sufrir en carne propia los malos californianos su opinión da un brusco giro: “Ya no me da lástima de que los americanos los maten como a fieras que perjudican a todos los hombres”. En esos meses también recibió noticias de un ataque mapuche en la región de Concepción que lo dejó consternado por la suerte de su familia.

Sin embargo, fueron las relaciones entre hispano- y anglo-americanos las que sufrieron mayor tensión en términos de representaciones socio-étnicas, como la historiografía sobre California suele destacar. En efecto, la situación social fluctuante en la California de la fiebre del oro significó una renegociación permanente de categorías sociales y étnicas. Para los peones, en particular chilenos, California generó una situación de mayor libertad laboral en un contexto de salarios altos y faltante de mano de obra. Estaban ausentes las presiones sociales y jurídicas de Chile, y las clases populares –desde esclavos y peones enganchados hasta marineros y aventureros– aprovechaban la falta de ley y organización para fugar de sus obligaciones contractuales y buscar su fortuna en los campos de oro. Así, un tema recurrente tanto en el diario de Navarro como en la mayoría de fuentes de época consistió en las disolventes relaciones sociales y jerárquicas que se generaban en suelo californiano. En este mismo sentido, nuestro diarista denota una notable pérdida de status de las élites hispanas. A él mismo lo confunden con un peón o un marinero, y observa con mucha lástima esta situación cuando se cruza con algún *dandy* santiaguino reducido a la categoría de peón o estibador. Esto ocurría también en la medida que se “barbarizaban” los hábitos (y atuendos) en los placeres y se perdía la condición de hombre “civilizado”. El declive de estatus también se originó por la pugna entre dos concepciones distintas de las jerarquías socio-raciales: una anglo-americana y otra hispano-americana. Navarro detalla, en ese sentido, las medidas xenófobas tomadas contra la población chilena y mexicana en California, y advierte cómo los chilenos pertenecientes a la élite trataban de resguardar su status frente al racismo estadounidense que parecía nivelar a todos por igual.

Por ese motivo, existieron ciertas estrategias para no padecer la discriminación. Una común fue hacerse pasar por francés, como lo practicaron con frecuencia Navarro o Pérez Rosales. Lo facilitaban las afinidades culturales –idioma latino, religión católica, etc.– pero también, el afrancesamiento de las élites hispanoamericanas (lecturas románticas y afinidades intelectuales y políticas). Otra estrategia utilizada por Navarro en dos ocasiones consistió en ubicar a los socios anglo-americanos a la cabeza de las empresas que formaban. Los estrechos vínculos con anglo-chilenos deben haber colaborado en buena medida. Buscaban así, escapar

a la racialización de la categoría de “hispano” –o *greaser*– acrecentada en el contexto de la conquista del territorio mexicano durante la guerra de 1846–1848. Navarro destaca cómo los norteamericanos se referían a ellos de “negros o cobrizos o lampiños”. Por otra parte, señala que los estadounidenses identificaban a los argentinos –a diferencia de los demás hispanoamericanos– de blancos, y que a él lo reconocían argentino porque hablaba bien el inglés. Esto, seguramente, reforzaba los incipientes estereotipos nacionales.

Lo anteriormente dicho suscita el tema de la integración de las élites hispano-americanas a la sociedad californiana. La historiografía de *borderlands* ha destacado la diversidad de experiencias locales después de la conquista estadounidense, desde el despojo violento de sus propiedades, su status social y su poder político, hasta una incorporación a las élites locales en la cual sobresalía la herencia española frente a la cultura popular vista como “mexicana”. En el caso de migrantes sudamericanos se suele enfatizar que fueron vistos por los anglo-americanos como racialmente inferiores. Esta ha sido la interpretación, por ejemplo, que se le asignó al caso conocido de los patrones chilenos que intentaron detener a algunos anglo-americanos acusados de crímenes cometidos contra sus compatriotas, con el apoyo de un juez local y siguiendo las normas jurídicas de entonces. No obstante, fueron luego acusados de usurpar los derechos de los anglo-americanos y terminaron muertos o presos. Navarro no parece haber experimentado este *déclassement* en carne propia. Al contrario, por lo menos en una ocasión, fue invitado a participar en un jurado popular, algo, en teoría, reservado a los ciudadanos, aunque, en la práctica, otorgado a ciertos extranjeros con un alto nivel de integración económica y social. Colaboró a ello el trato cotidiano y fluido con ciertos anglo-americanos como William Perkins, un emprendedor canadiense que terminaría asentándose en Argentina y casándose con su propia hermana, Parmenia Navarro.

En conclusión, el diario de Ramón Gil Navarro facilita la comprensión de los medios de subsistencia y de las actividades que realizaban los exiliados del rosismo, tanto para la supervivencia como aquellas vinculadas al activismo político. Permite el análisis de la acogida que brindaban los países receptores mientras ofrece pistas acerca de las motivaciones, modalidades y estrategias tanto del exilio como de los retornos. Nos acerca al fenómeno de la reinserción de los exiliados en las nascentes estructuras estatales nacionales, donde cumplieron roles destacados en el proceso de afianzamiento del estado-nación argentino luego de la caída del régimen de Juan Manuel de Rosas (1852). La fuente puede ser leída según los parámetros de la nueva historia global. La transmisión de la información, las comunicaciones, la navegación, el comercio transnacional, las redes internacionales, el nuevo clima de ideas, la consolidación de un flamante orden mundial, etc. Todas estas perspectivas y muchas otras pueden ser abordadas con provecho en las páginas que continúan.

Bibliografía

- Agote, Pedro, *Recuerdos del pasado*, Catamarca 1816–Buenos Aires 1909, Buenos Aires, Emecé, 1968.
- Allende Navarro, Fernando, *Apuntes Genealógicos de las familias Navarro y Ocampo*, Santiago, Editorial Universidad Católica, 1959.
- Aráoz de Lamadrid, Gregorio, *Memorias*, Buenos Aires, El Elefante Blanco, 2007.
- Bazán, Armando Raúl, *Historia del Noroeste Argentino*, Plus Ultra, 1986.
- Bazán, Raúl, A., *Historia de Catamarca*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1996.
- , *Historia del noroeste argentino*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1986.
- Belgrano, Manuel, *Autobiografía*, en: https://es.wikisource.org/wiki/Manuel_Belgrano,_Autobiograf%C3%ADa.
- Beruti, Juan Manuel, *Memorias curiosas*, Buenos Aires, Emecé, 2001.
- Blumenthal, Edward, “Los clubes constitucionales argentinos en la costa del Pacífico (1850–1855): Exilio y retorno en la provincia flotante”, *Boletín de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, no 51, 3 serie, 2 semestre, 2019, pp. 17–55.
- Borges, Jorge Luis, *Conferencia en el Teatro Coliseo*, Buenos Aires, 1977.
- Bouthoul, Gaston. *Las mentalidades. Que sais-je? Oikos-tau*, Barcelona, 1971.
- Brands, H. W. *The Age of Gold: The California Gold Rush and the New American Dream*, Knopf Doubleday Publishing Group, 2008.
- Braudel, Fernand, *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV–XVIII*, t.1, Madrid, Alianza, p. 8.
- Campos Harriet, Fernando, *Historia de Concepción, 1550–1970*, Santiago, Editorial Universitaria, 1979, pp. 57–74.
- Carrera, José Miguel, *Diario militar del General don J. M. Carrera, ejemplar manuscrito, 1815*, en: <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-99227.html>.
- Cartes, Armando (ed.). *Chillán, las artes y los días*. Concepción. Ediciones del Archivo Histórico de Concepción, 2015, p. 47.
- Cartes, Armando, *Concepción contra “Chile”. Consensos y tensiones regionales en la Patria Vieja (1808–1811)*, Santiago, Centro de Estudios Bicentenario, 2010.
- Cifuentes, Abdón, *Memorias*, Santiago, Ed. Nacimiento, 1936.
- Collier, Simon y William F. Sater, *Historia de Chile, 1808–2017*, Santiago, Akal, 2019, pp. 38–46.
- Cushman, Gregory T., *Guano and the Opening of the Pacific World: A Global Ecological History*, Cambridge University Press, 2013.
- Cutolo, Vicente Osvaldo, *Nuevo diccionario biográfico argentino (1750–1930)*, Buenos Aires, Editorial Elche, 1968.
- Darwin, Charles, *Viaje de un naturalista a través del mundo*, en: http://www.dominiopublico.es/libros/D/Charles_Darwin/Charles%20Darwin%20-%20Viaje%20de%20un%20Naturalista%20alrededor%20del%20Mundo.pdf, pp. 195–209.
- De la Fuente, Ariel, *Los hijos de Facundo. Caudillos y montoneras en la provincia de La Rioja durante el proceso de formación del Estado Nacional Argentino (1853–1870)*, Buenos Aires, Prometeo, 2007.

- Delgado, James P., *To California by Sea: A Maritime History of the California Gold Rush*, University of South Carolina Press, 1996.
- Di Stefano, Roberto, *Ovejas negras. Historia de los anticlericales argentinos*, Buenos Aires, Sudamericana, 2010.
- Donoso, Ricardo, *Las ideas políticas en Chile*, Buenos Aires, Eudeba, 1975.
- Fernández Valencia, Antonia, “La educación de las niñas: ideas, proyectos y realidades”, en: Gómez-Ferrer Morant, Guadalupe y Gabriela Cano, *Historia de las mujeres en España y América Latina*, Madrid, Cátedra, 2008, vol. 3, pp. 427–453.
- Fernández, Joaquín, “Las guerras civiles en Chile”, en: Jacksic, Iván y Juan Luis Ossa (eds). *Historia política de Chile, 1810–2010*. Tomo I: Prácticas políticas, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2017, pp. 53–82.
- Ferreyra, Carmen y David S. Reher, ed., *Memorias de una sociedad criolla*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2005.
- , *The gold rush diary of Ramón Gil Navarro*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2000.
- Fuente Machaín, Enrique, *Enrique Lafuente, 1815–1850*, 1946.
- Gazmuri Riveros, Cristián, *El “48” chileno: igualitarios, reformistas radicales, masones y bomberos*. 2a. ed. Santiago, Universitaria, 1999.
- Grez Toso, Sergio, *De la “regeneración del pueblo” a la huelga general: génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810–1890)*, Santiago, Dibam, 1998.
- Habermas, Jürgen, *Historia y crítica de la opinión pública*, Gustavo Gili, Barcelona, 1982.
- Hernández Cornejo, Roberto, y Benjamín Vicuña Mackenna, *Los chilenos en San Francisco de California (recuerdos históricos de la emigración por los descubrimientos del oro, iniciada en 1848)*, Valparaíso, Imp. San Rafael, 1930.
- Illanes, María A., *Chile Des-centrado: formación socio-cultural republicana y transición capitalista 1810–1910*, Santiago, LOM eds., 2003, pp. 161–226.
- Iriarte, Tomás de, *Memorias* (8 tomos), Buenos Aires, Sociedad Impresora Argentina, 1951.
- Jaksic, Ivan, Juan Luis Ossa Santa Cruz, Francisca Rengifo, Andrés Estefane, y Susana Gazmuri. *Historia política de Chile, 1810–2010*. 4 vols. Fondo de Cultura Económica, 2017.
- Jitrik, Noé, *Autobiografía, biografía y fuerte desplazamiento hacia la narración: Sarmiento en el origen de una literatura*, en: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/autobiografia-biografia-y-fuerte-desplazamiento-hacia-la-narracion-sarmiento-en-el-origen-de-una-literatura/>.
- Lamartine, Alphonse de, *Las Confidencias*, Madrid, Imprenta de la Biblioteca del Siglo, 1849.
- Lanteri, Ana Laura. “Legislador se hace, no se nace: El derrotero de Ramón Gil Navarro en la Confederación argentina”, *Revista de Estudios Sociales Contemporáneos*, no 17 (2017): 19–35.
- , *Se hace camino al andar. Dirigencia e instituciones nacionales en la “Confederación” (Argentina, 1852–1862)*, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2015.
- Lastarria, José V., *Recuerdos Literarios*, Santiago, Imprenta de la República de Jacinto Núñez, 1878.
- Levy, Jo Ann, *They Saw the Elephant: Women in the California Gold Rush*, University of Oklahoma Press, 1992.

- López Urrutia, Carlos, *Episodios chilenos en California, 1849–1860*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Universidad Católica de Valparaíso, 1975.
- Macara, Pablo, “Prólogo”. *Diario y observaciones sobre el Perú, 1824–1890*, Cooperación Financiera de Desarrollo, 1987.
- Martínez Baeza, Sergio, “El diario de Ramón Gil Navarro Ocampo: Argentina, Chile y California (1845–1856)”, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, enero 1, 1997, n. 64, pp. 305–336.
- McGuinness, Aims, *Path of Empire: Panama and the California Gold Rush*, Cornell University Press, 2008.
- Monaghan, Jay, *Chile, Peru, and the California Gold Rush of 1849*, University of California Press, 1973.
- Mücke, Ulrich, “El diario de Heinrich Witt y la historia del Perú en el siglo XIX”, *Histórica*, XLI.1 (2017), pp. 171–186.
- Myers, Jorge, *Orden y Virtud. El discurso republicano en el régimen rosista*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1995.
- Nasatir, Abraham P, “Chileans in California during the Gold Rush Period and the Establishment of the Chilean Consulate”, *California Historical Quarterly* 53, no 1 (1974): 52–70. <https://doi.org/10.2307/25157486>.
- Navarro, Ramón Gil, *La Provincia de Catamarca y la portentosa riqueza de sus minas*, Valparaíso, Impr. y Libr. del Mercurio, 1855.
- , Ramón Gil Navarro. Actor, testigo, mártir. Córdoba: Lerner, 1984 (1862).
- , *Veinte años en un calabozo: o sea la desgraciada historia de veinte y tantos argentinos muertos o envejecidos en los calabozos del Paraguay*, Editorial-Tall. Gráf. Zamphirópolis, 1977.
- Owens, Kenneth N, *Riches for All: The California Gold Rush and the World*, U of Nebraska Press, 2002.
- Paz, José María, *Memorias póstumas*, vol. 2, Buenos Aires, Emecé, 2000.
- Pérez Rosales, Vicente, *Diario De Un Viaje a California (1848–1849)*, Santiago, Sociedad de Bibliófilos Chilenos, 1949.
- , *Recuerdos del pasado (1814–1860)*, Santiago, Zig-Zag, 1860. <http://archive.org/details/recuerdosdelpasaoopere>.
- Perez, Emmanuelle, “‘Nuestra California’: faire Californie entre deux constructions nationales et impériales (vers 1810–1850)”, 2014, <http://www.theses.fr/s54091>.
- Perkins, William, *Three Years in California William Perkins’ Journal of Life at Sonora, 1849–1852*, University of California Press, 1964.
- Perrot, Michelle, “La vida de familia”, en A. A. V. V., *Historia de la vida privada*, vol. 4, Madrid, 1989, pp. 193–198.
- Prieto, Adolfo, *La literatura autobiográfica argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982.
- Purcell, Fernando, *¡Muchos extranjeros para mi gusto!: Mexicanos, chilenos e irlandeses en la construcción de California, 1848–1880*, Santiago, FCE, 2017.
- Reyes, Antonino, *Memorias del Edecán de Rosas*, Buenos Aires, Editorial Americana, 1943.
- Rousseau, Jean-Jacques, *Les Confessions*, Folio classique, Paris, 2009.

- Ryan, Mary P., *Civic Wars: Democracy and Public Life in the American City during the Nineteenth Century*, University of California Press, 1997.
- San Agustín, *Confesiones*, Editorial Porrúa, México, 2015.
- Santamarina, Antonio, ed., *Los culones del Paraná: perfiles de los últimos elegidos del Gobierno Nacional*, Buenos Aires: s. n., 1858.
- Sarmiento Ramírez, Ismael, “Cultura y cultura material: aproximaciones a los conceptos e inventario epistemológico”, *Anales del Museo de América*, 15, 2007, pp. 217–236.
- Sarmiento, Domingo, F., *Mi Defensa*, en: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/mi-defensa--o/>.
- Sarmiento, Domingo, F., *Recuerdos de provincia*, Buenos Aires, AGEBE, 2006.
- Serrano, Sol, *¿Qué hacer con Dios en la República? Política y secularización en Chile (1845–1885)*, Santiago, FCE, 2008.
- Smith, Stacey L., “Remaking Slavery in a Free State: Masters and Slaves in Gold Rush California”. *Pacific Historical Review* 80, no 1 (1 de febrero de 2011): 28–63. <https://doi.org/10.1525/phr.2011.80.1.28>.
- Stuven, Ana María, *La seducción de un orden: las elites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2000.
- Summers Sandoval Jr., Tomás F., *Latinos at the Golden Gate: Creating Community and Identity in San Francisco*, UNC Press Books, 2013.
- Varela, Florencio, *Auto-biografía*, Montevideo, 1848.
- Vicuña Mackenna, Benjamín, *Pájaros de mi diario durante tres años de viaje: 1853–1854–1855*, Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1856.
- Villaseca (ed.), *Cartas de Mariquita Sánchez*, Buenos Aires, Peuser, 1952.
- Wood, James A., *The Society of Equality: Popular Republicanism and Democracy in Santiago de Chile, 1818–1851*, University of New Mexico Press, 2011.
- Zapiola Cortés, Diego, *Recuerdos de treinta años*, Fundación Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/recuerdos-de-treinta-anos>.

Mi Diario: Lo que contiene y lo que significa para mí²⁶

Desde que yo tengo uso de razón, al menos desde que pude raciocinar, tuve siempre la intención de guardar notas y de escribir apuntes sobre todo. De donde me vino a mí ese carácter contemplativo como para fijarme desde niño en todas las cosas y escribir su relación con sus fechas y demás minuciosidades, yo no lo sé. Ignoro quién infundió en mí ese sentimiento de reconcentración propia, para entregar al examen de sus mismas acciones, estudiarlas en reposo y fallar a su favor o en su contra. Educado por los 10 últimos años en un convento recoleto de la orden más estricta que se conoce, no tuve jamás oportunidad de leer ningún libro o novela en cuyas páginas pudiera haber encontrado la idea de tener un diario ... Me acuerdo en tercer año de Filosofía, mi respetado profesor de Latinidad el padre Quintana, que me quería con predilección, me dio a leer la Historia de Don Quijote de la Mancha y que me la quitó después diciendo que no era para mí, todavía, esa obra ... He aquí cuantos libros han pasado por mis manos y en ninguno de ellos encuentro nada que me diere la idea de formar un diario. Me acuerdo que a pesar de ser muy juguetón en el colegio, siempre en mi interior era reflexivo y a veces me hacían burla los demás muchachos porque me veían escribir cosas sin sentido, como ellos llamaban.

Todas mis notas han venido a coordinarse y tomar la forma de un diario, cuando he salido de Catamarca conduciendo mi familia para Chile. Mis apuntes entonces eran sobre las distancias que andábamos, nombre de los lugares, y renuencias en el camino ... Resulta pues que yo no he visto ni conocido más diario que el mío al principiar a llevarlo. Mi diario ha marchado con mi edad y es mi vida palpitante, mi conciencia patentizada, mi corazón descubierto. Principiando por la letra y la ortografía y concluyendo por las ideas, cada página marca perfectamente el camino que llevaba mi vida. En cada hoja y forma de letra diferente puede bien notarse la marca pausada y lenta, pero muy perceptible, que yo creía y cambiaba la forma de letra como

²⁶ Es probable que la presente introducción a su diario haya sido redactada en la última etapa que Navarro pasó en California, en el año 1852. En relación al texto original, no sólo para la introducción al diario sino para la totalidad del manuscrito, hemos tomado como política editorial modernizar la ortografía y la gramática –lo justo e indispensable– en pos de agilizar la lectura. Hemos también incorporado, por razones prácticas, a la estructura de la fuente, una separación por partes que atiende a criterios temporales y geográficos y que no se encuentra reflejada de ese modo en el original, el que no posee mayores particiones internas más allá de las entradas diarias. Para finalizar, quisiéramos aclarar que las traducciones de los fragmentos del diario que están en latín, inglés, francés e italiano, son nuestras.

de ideas y tendencias en mi carácter. Perfectamente se conoce el transcurso de un año de mi vida al abrir mi diario en 45 y verlo después en 46. Mi diario es pues el espejo de mi vida en que pueden verse una a una las acciones de mi vida. Cuando yo, como todo hombre en la vida, he principiado a entrar en el mundo, he tenido más necesidad de mi diario y entonces cuando yo más dichoso me veía de haberlo comenzado. En mis primeros sufrimientos en la vida, en los primeros pesares de mi alma, en vez de buscar el consuelo y el desahogo en el seno de una madre o en la amistad de un amigo, hermano, o en la franqueza de un confidente, yo busqué instintivamente mi diario, y en él encontré el bálsamo universal. Él sólo ha sabido las primeras angustias de mi alma y las primeras expansiones de mi corazón. Cuando he sentido mi corazón henchido de pesar, he abierto mi diario y mis ojos han sentido las lágrimas de desahogo y de consuelo. Desde entonces mi diario pasó a ser el todo para mí, en la vida. Yo lo he abierto con igual constancia en mis pesares y mis dichas. Y marca la marcha de mi vida en cada una de sus páginas, al notar como todos los hombres más o menos son felices antes de saber que son hombres ... dichosos o infelices al mismo tiempo, conforme van entrando en el mundo y completamente desgraciados una vez que conocen el mundo, sus miserias y engaños. Cada año que se pasa en la vida del joven mientras camina a la madurez de su edad va perdiendo su primer encanto, y cobrando la realidad. Pierde en cada día una ilusión y adquiere una experiencia. Nada hay más marcado que ese convencimiento práctico que muestra mi diario según van apareciendo las diferentes fases de mi vida.

Se ve bien que cuando yo comenzaba a entrar en el mundo y conocer la sociedad, todo era hermoso para mí y lleno de encanto. En cada objeto hallaba novedad y alguna cosa de buena me entusiasmaba. Amaba la sociedad y creía que eran ciertas sus falsas atenciones, y realidad sus mentidos cumplimientos. No concebía yo que para agradar fuese necesario fingir y mostrar como cierto lo que no existía en realidad. Creía que las palabras de amistad e interés generoso que se prodigaban mutuamente, eran nacidas del corazón y no mentidas vanidades de la estimada política. Yo creía en los caballeros, y en su rangosa generosidad, creía que había hombres imitación de Dios en su caridad y filantropía; pensaba que cada uno se dolía de los males y sufrimientos de sus semejantes, y que cada uno estaba obligado a ayudar al desvalido en su quebranto y abandono ... Juzgaba a los viejos, exentos de pasiones, llenos de sabiduría de consejo y de unción, penetrados de la necesidad de castigar el mal. Los comparaba al paciente Job y si tenía hijos me figuraba ver en él a Jacob enseñando, aconsejando, bendiciendo y acariciando los niños con sus manos temblorosas y arrugadas con la vejez. Me figuraba que cada uno sabía amar en la vida y ser amado en retorno. Yo me pintaba las mujeres como ángeles en la tierra, como a palomas sin hiel, como a niños sin malicia, y como rosas sin espinas. Fácil es ver en mi diario cómo pintaba yo en mi fantasía las mujeres y el dolor con que iba perdiendo una a una las ilusiones que mi mente había creado para ellas. Aún no corrompido yo con el impuro y contagioso hálito de la sociedad, y con mi corazón virgen todavía, juzgaba por mí a los demás y creía que era una ley

de la naturaleza el ser bueno y ser hermoso en cuerpo y alma. Viendo pues ángeles su belleza me pintaba su alma igualando su cuerpo y sobre pujando como de origen más divino.

Yo creía pues en cuanta virtud y gracia da mi imaginación a las mujeres. Pensaba que no mentían, ni fingían ni disfrazaban sus acciones y sentimientos, que amaban y eran amadas; que eran sencillas llenas de dulzura y caridad del mismo Dios y sus ángeles. Yo me las figuraba incapaces de venganza, seres indefensos sin garras ni veneno, cándidas palomas sin hiel ni ponzoña, y exentas de toda pasión que no fuese amor, franqueza, sinceridad, ternura y caridad. Me habría muerto antes de hacerme creer que una mujer mintiese su amor a dos o más, antes de pensar siquiera de que fuera posible que hubiera coqueteos. Pero si abro mi diario seis años más tarde, entonces veo la diferencia de pensamientos y mi cambio, en una palabra. Mi diario respirando siempre el desencanto y la ilusión perdida, como había tenido antes paraíso y cielo. También creía que había fe en los hombres, que ninguno iba a engañar a las mujeres, que el que mentía era un villano y el que engañaba un criminal ... Todo pinta en mi diario cada paso que daba yo en la vida real. A cada momento veo nuevas ideas conforme pierdo una ilusión o tengo un desencanto. Mi corazón llora en cada una de esas reacciones porque el encanto arrancado del alma es un pedazo arrancado del corazón. Mi diario, pues, contiene esos desahogos, esas quejas que no se dirigen a nadie, que nadie responde por ellas pero que sin embargo encuentran consuelo sino remedio.

Todo estaba sembrado de flores y de ilusiones en mis primeros pasos en el mundo, y yo me lanzaba en él, contento, lleno de fe y de esperanza en el porvenir. Pero año tras año y día a día yo he ido perdiendo el encanto y la esperanza a la vez. Mi corazón ha sufrido desencantos horrendos, tan crueles y dolorosos, cuanto dorados eran los sueños que me disipaban. He visto que los amigos no lo eran sino en cuanto pudiera servir y convenir a sus propios intereses, he visto venderse el uno al otro y ser después emponzoñados rivales. He visto, palpado, y sufrido ingratitudes dolorosas como la misma agonía. Este desencanto sobre todo debe ser el que más tortura el alma de los generosos. Jesucristo sufrió 5.000 azotes, sufrió afrentas, sufrió insultos y sufrió crucifixión y llagas, pero no pudo sufrir la ingratitud de los hombres sin quejarse. En sus últimas horas de agonía nada taladró tanto su corazón como la presencia que tenía de la ingratitud con que le habían de pagar los hombres su pasión y muerte por redimirlos. Visto es, pues, la ingratitud hizo lanzar el ay del dolor que no arrancaron al Dios hombre, ni sus azotes ni sus tres horas de agonía en tres clavos. Plagado está mi diario de esos sufrimientos de ingratitud. Se me ha dicho siempre que soy muy exigente, que pido mucho, más de lo que piden todos en general. Puede ser cierto, pero también es verdad que yo doy más que todos y que no pido sino a medida de lo que doy. Siempre hay quejas en mi diario que revelan desencanto e insuficiencia en los sentimientos que recibo en retorno a los míos. Tal vez soy exagerado en mis afectos interiores y por eso es que exijo que así sean conmigo. Si tengo amigos soy todo de ellos, y si entre todos hay uno que prefiero y a quien doy el nombre de preferido, de íntimo, ese es dueño de mí, de mi vida, de mi fortuna y de cuanto hay a mis órdenes, inclusive mis secretos,

mis esperanzas, mis penas y sufrimientos. Pero después no han realizado ellos mi ideal. Los he encontrado fríos, pero exaltados, no capaces de sacrificios y obligaciones, en una palabra, han sido más amigos míos que de otros, pero sin salir de lo común y de la esfera de lo vulgar.

Si amo algún día, yo amaré con la sinceridad de los antiguos caballeros que vivían por su dama y morían por ella, al menos así lo espero. No mentiré la pasión cuando no la haya; amaré una sola mujer a quien daré mi alma y mi fortuna, si la tengo, no sufrirá con celos porque no le daré motivos; salvo de las ridiculeces porque pasan algunas amantes, yo todo será suyo, en mis pensamientos como en mis palabras de amor; sobre todo. Como acabo de pintar qué será mi amor, así de esa manera no he amado nunca, y espero que no será sino una vez. Lo demás es mentira por mentira, disfraz por disfraz, amores que nacen y mueren con la misma facilidad que se engendran; amores de salón, o mejor, como de lotería y de otros juegos de prendas, que viven por una noche o dos y que mueren al fin no dejando tras sí ni llanto ni dolor, ni luto ni vacío en el corazón, pues que no entró él en el juego de prendas de donde nació la simpatía, pero, ¿dónde encontrar la mujer que dé al ideal de mi vida y que prometa amar como prometo yo, que no me dé más, sino lo que le prometa dar? ¿Dónde hallar la mujer pura, la castísima virgen en cuerpo y alma? ¡La virginidad del alma no se cuida tanto y son pocas las que se encuentran con esa prenda de oro! ¿Dónde encontrar la mujer cuyo corazón no haya latido de amor por otro, cuya alma no haya abrigado una pasión, cuyo pecho esté virgen todavía de emociones? ¿Cuál será la que tenga su vida destilando sangre por las mentiras que ha oído, por los galanteos que se le han vendido, por las mentidas promesas de amor que ha escuchado de mil y mil jovencuelos, sin presente ni porvenir? ¿Cuál será la que a su vez no haya también prestado parto a ese amor de pacotilla, la que no haya amado, la que no haya mentido su amor a cuatro o a diez a la vez? ¿Cuál será la que no esté corrompida con el pestífero álito de la sociedad, la que no mienta ni haya oído mentiras, la que no finja, la que no disfrace, la que no torture dando celos para encender la pasión, la que sea sencilla y franca en sus palabras y acciones, la que no emplee el arte y la táctica femenina en que se adiestran todas al pasar de ocho años? ¿Dónde dar con la virgen sin mancilla, pura como la sonrisa de la inocencia o como el aliento de un ángel, la que sea todo amor y caridad; sensible como el Manto Mismo y ardiente como la misma pasión? ¿A dónde acudir en busca de un ideal semejante, de la mujer que no especule con su amor vendiéndolo al que más oro le dé, o al que tenga más honores, glorias y riquezas? ¡Las ramera venden sus cuerpos, pero hay otras que no son ramera y que venden su amor! ¡Quién sabe cuál de las dos clases sea más vil y desgraciada! ¡Aún no he encontrado el ideal de mi vida y mi diario, sobre este punto, tiene desahogos grandes y quejas a él sólo que no van más allá de sus páginas como las presentes! En las diferentes tribulaciones de mi vida como en las ligeras horas de dulce expansión y placer, siempre abrí y escribí en mi diario ya sea complaciéndome en recordar las pasadas horas de ventura o buscando el consuelo y el desahogo a mi corazón en mis sufrimientos. Mi diario está regado con lágrimas de gozo y lágrimas de dolor. Cada vez

que he tenido un pesar íntimo, un agravio recibido, una ingratitud que sufrir, no he juzgado a mis hermanos ni a mis amigos para confesarlo. He escrito páginas enteras y cada palabra estampada tenía el efecto para mí de la lágrima vertida en la angustia para el alivio del corazón. Jamás me he quejado en nadie de los agravios y desengaños recibidos; mi diario sólo lo sabe y él sólo guardará el secreto que no estaría mejor depositado en los amigos ... Una ventaja inmensa, incalculable, he sacado yo siempre de mis apuntes y es la de cotejar el primer día de un año con el primero del siguiente, y comparar la situación de mi vida y mi corazón en una y otra fecha. En los renglones del uno me encuentro con el corazón hecho pedazos de dolor por el peso de una fatalidad, llorando tal vez una desgracia irremediable y llamándome el hombre más infeliz del mundo. Abro enseguida mi diario en la fecha del primero de enero del siguiente año y me veo puesto de rodillas bendiciendo a la providencia por un favor especial por el que gocé una noche sin comparación por la completa felicidad de que goza mi alma. Yo me digo entonces ¿quién creyera que yo en un año antes, en este mismo mes y día y hora, me llamaba el hombre más infeliz del mundo, sea ahora el más venturoso, el más lleno de esperanza y porvenir? Resulta pues, de esa comparación de fechas, de ese argumento contra la estabilidad de las cosas, que uno no debe desesperar jamás en medio del dolor y de la angustia que le aqueja. Confiar siempre en que la desgracia debe pasar como pasan a su vez los días de felicidad, y que nadie puede ser en ese mundo ni eternamente feliz ni eternamente infeliz.

Así pues mi Diario es a la vez mi fiscal y mi acusador, y mi relicario, mi consuelo, mi Biblia que me enseña a cada paso lo que fui, lo que soy y lo que seré siguiendo el camino que llevo, feliz a ratos, infeliz en otros, cantando un momento y llorando los demás. En una palabra, él me enseña a que tome las cosas de acá abajo en buen medio sin embriagarme con la dicha y la prosperidad, ni sucumbir tampoco al peso del infortunio. Preciso es partir de un principio. Dios no nos ha echado del mundo para ser siempre infelices en él; él contrarió su infinito amor por sus criaturas, ha previsto todo para su dicha con tal que de ello no se abuse. Así pues, nadie debe llamarse en esta vida eternamente infeliz. Pero he aquí que yo me he puesto a filosofar saliendo completamente de mi propósito. Pero volvamos a él.

Yo debo a mi diario la paciencia no desmentida jamás con que he llevado mi imaginación y padecimiento de 4 años en California y diez y ocho meses de destierro y de vida salvaje en las entrañas de Calaveras. Yo después de ser joven, entusiasta, aventurero ardiente y sensible, acostumbrado, no a la malicie, pero sí a la vida del hombre civilizado, después de saber lo que es placer y ventura, con un alma apasionada, ávida de amor y de emociones, con un corazón de 20 años con sus correspondientes ilusiones, la edad más florida de la vida, yo, decía, con todas esos antecedentes he vivido más o menos como muerto para el mundo, sin patria, sin familia, sin amigos, sin sociedad, sin leyes ni religión, sin placer, sin emociones y sin amor, en fin ... y he vivido conforme, sino feliz, debido a la compañía de mi diario y mis libros. He visto dormirse en mí la ambición, y enfriarse todo un corazón de 20 años lleno de fuego y de pasión, le he

visto caer en la inacción y perder por 18 meses toda su eficacia para sentir y gozar a la vez. En una palabra, me he visto muerto en ese tiempo y me he llamado dichoso por eso.



F. 1: Foto de Ramón Gil Navarro. Agradecemos a María del Carmen Ferreyra el uso de esta fotografía familiar.

Sí, por 18 meses debido a la influencia de mi diario sentí dormido mi corazón y mi alma toda extraña a las exigencias de un corazón joven y entusiasta. ¿Qué hubiera sido de mí si no hubiese conseguido ese triunfo sobre mí mismo? ¿Qué habría hecho si mi corazón hubiera permanecido despierto, si me hubiese perdido el placer en qué embriagarme, las riquezas con qué proporcionárselo, los honores para llenarse de fatuidad y vanidad, si me hubiese perdido objetos que amar y en quién derramar los torrentes de corazones tiernos con que rebalsaba sin desahogo de ningún género; qué habría hecho si hubiese permanecido vivo mi corazón y me hubiese perdido a gritos sin Eva, como pidió el de Adán la suya, si me hubiese perdido el ángel de paz y de ventura, el ideal de su vida, la mujer sin mancilla que adorar y bendecir? ¿Con qué habría llenado yo esas exigencias de mi corazón si no hubiese sabido consolarlo con otros placeres, y darle otras tendencias a sus ímpetus, y otro ser real en vez de ideal de la mujer? Mi diario llenaba en esas ocasiones las horas vacías de mi vida. Cada vez que mi memoria me transportaba a mejores días, que me mostraba la dicha pasada y la inacción presente, que me ponía por delante el salón, la música, ángeles y querubines en trajes de niñas, cada vez que mi corazón saltaba y pretendía revoluciones con esos recuerdos de oro, ahí estaba mi diario para templar su fiebre y sujetar sus dudas. Tomaba la pluma y ya sea llorando sobre esos recuerdos y placeres idos, o ya contemplando la nada de ellos, al fin, de otro día, de un modo o de otro, llorando o filosofando; yo hallé en mi diario el desahogo y el consuelo a la vez.

Cada objeto daba a mi vista y a mi imaginación ávida de asunto en qué pararse, un objeto sobre qué meditar y escribir en mi diario sus impresiones. Yo fui amigo con los indios, cultivé las relaciones de caciques de tribus bárbaras, me identifiqué con ellos y sus costumbres para estudiarlos mejor, admiraba su inocencia y completa ignorancia en unas cosas, y su amabilidad y perspicacia en otras. Me internaba en las selvas por donde no penetró jamás el pie del hombre, encontraba lindísimos arroyuelos con oro que explotarles y pájaros que cazar, encontraba bosques magníficos en que el alma se extasía de admiración por el creador de aquellas maravillas, echaba al hombro mi escopeta y corría días enteros tras los siervos, los venados, las liebres, los osos y las codornices en seguida buscando la sombra, escogía un hermoso porrón de viña formada por la naturaleza y de que pendían grandes racimos de uva, toda silvestre y como si la mano del hombre hubiera andado en ello. Allí tendido bajo de uno de esos doseles, siendo el dueño único de esos inmensos bosques, sus animales y sus pájaros, abría yo mi diario y escribía siendo el hombre más feliz del mundo en aquellos momentos. ¡Ahora mismo leo aquellas descripciones tomadas exactamente y en vista de los objetos y las cosas y hallo que un poeta habría encontrado allí su imaginación pequeña para sus rimas, tanta real maravilla! ¿Cómo no gozar así, cómo no ser dichoso teniendo un diario en que tomar el daguerrotipo de aquellos edenes para contemplarlos más tarde en las horas perdidas de su vida? ¿Cómo no habría de formar el corazón otros gustos, muy convenientes aunque menos embriagadores, otros placeres más duraderos que los mentidos con que alucinan y ofuscan aunados al mundo y la sociedad?

En las largas horas de soledad, en las eternas noches de invierno cuando llovía como si fuese un nuevo diluvio, entonces yo tomaba mi diario y escribía en él al son monótono de la lluvia. Allí en compañía de 30 peones casi bárbaros como los indios mismos yo pasaba mi vida en las entrañas de Calaveras y Moquelemos, sino feliz, al menos muy conforme. Como no soy ángel y ni siquiera un hombre virtuoso, no siempre he abierto con placer mi diario, porque no siempre he tenido una conciencia limpia como la nieve que presentarle. Como quien se arrodilla delante del Ministro de Dios a confesar sus faltas, así he sentido respeto y veneración cuando al fin de algún día he escrito en él la relación de alguna acción no muy derecha, algún arrebato o desliz de genio o algún pecadillo de los que yo culpo al corazón sólo y no a mí. Así contiene mi diario mis acciones buenas y malas, y así me sirve él muchas veces de freno para mil acciones, a no ser la severidad de su tribunal, no saldrían de mi tan acrisoladas.

Nunca me he figurado por un momento que alguien pudiera ver las páginas de mi diario y la prueba de ello es que no he reservado confiarle ni aquellas flaquezas y deslices de que uno debe ser el único confidente. Yo he escrito en él como si yo fuese el único que debe leerle, sin reglas, a mi modo, a mi capricho, ya en una forma ya en otra y sin reservar ni el más insignificante secreto de mi vida; por consiguiente él es mi conciencia escrita desde que yo tengo uso de razón. Cualquiera que lea una palabra de mi diario sin mi consentimiento, peca contra Dios y las instituciones de los hombres, comete una horrenda violación de Derecho y derecho de conciencia que es doble propiedad de uno; comete una villanía, pasa por una bajeza sin nombre en el diccionario de los apodos negativos. En una palabra, el que profana las tapas de mi diario abriéndolas sin mi permiso no es un caballero sino un miserable aprendiz de espía, indigno hasta de ser desafiado por mí. Estas páginas contienen arranques de pasión, confesiones de mi alma, desahogos de mi corazón, rasgos de orgullo y altivez quizá ridícula para otros, pero no para mí. Encierra humildes súplicas, fervorosos elogios, tiernas despedidas, arroyos de lágrimas, arrebatos de dicha y de ventura, pero todo dirigido a mí sólo. Sin intento, sin vanidad ni presunción, como hojas que en mi vida serán sólo leídas por mí y después reducidas a cenizas y a la Nada como la Nada de que se componen.

¡Puede imaginarse ahora cuál sería mi dicha cuando por primera vez leí las Confidencias de Lamartine! El modo como yo di con su libro, las circunstancias de que la casualidad rodeó el hallazgo, todo contribuyó a hacerlo más santo, más venerable, más bíblico para mí. Hacia mediados de octubre del año 51 viajaba yo en el interior de los minerales de California. Había dado la vuelta por casi todas las ciudades mineras, y me detuve en la hermosa, poética Sonora, con sus alamedas naturales de pinos y robles en las calles principales. Después de una visita de algunos días a mis amigos Perkins y Enyart, Jefe de la sociedad masónica el primero de febrero del condado del segundo, partí para el fabuloso mineral de Melones, el 13 de octubre a las 9 de la mañana. Yo iba a visitar una mina que tenía allí en compañía con un tío mío, el general Rodríguez, antiguo soldado de la independencia. Llegué a Melones a las 2 de la tarde en medio

del sol más abrazador que jamás haya soportado. Aquella ciudad que poco antes del suceso llamado de Melones y con mi diario, había sido la codicia del mundo entero en ese momento, con sus casas y muebles pero con sabandijas por habitantes, como a cada [ilegible] que se abandona temiendo el contagio. Había un silencio sepulcral imponente; era la siesta y ninguna hoja de árbol se movía con la brisa. Había calma completa y el sol quemaba como en los desiertos del África. Allí llegué a la casa de mi tío, abrí la puerta y cuando creía que el viejo vendría a estrecharme en sus brazos como a su hijo querido, como él me llamaba, me llené de sorpresa al no encontrar a nadie allí. Entré al almacén y no habían sino algunos cajones por el suelo y botellas vacías en los armazones. Pasé a su departamento; allí estaban sus baúles, sus útiles de baños hidropáticos, su ropa y allí en fin estaba su cama como la había dejado al levantarse en la mañana. Este último hallazgo me dijo que mi tío debía andar en aquellos alrededores y no muy lejos. Desensillé mi caballo, me quité las espuelas y cansado como estaba, me tendí en la cama y principié a gozar de la soledad y del misterio que a mis ojos presentaba aquella desierta Jerusalén de quien bien se podrían decir también las palabras del profeta Jeremías, *quomodo sedet sola civitas plena populo, quasi vidua il ipsa domina gentium consti facta est sub tributo*.²⁷ Así estaba yo pensando en el material que encontraba para apuntar en mi diario cuando llamó mi atención un lagartito muy pequeño que se arrastraba por el suelo con toda la gracia y flexibilidad que le son propias. Enseguida vi uno o dos ratones más y otra porción de pequeños insectos como si fuesen por entonces los únicos dueños de la casa, y que hubieren salido a tomarme cuenta de la licencia con que yo me había introducido en su morada. Me incorporé de la cama y seguía maquinalmente con la vista uno a uno los movimientos del lagartito y los ratones que hacían sonar las migas de pan que encontraban por el suelo. Seguía así con mis ojos fijos en el lagarto que corría para bajo del mostrador, cuando cerca de una cueva de ratones distinguí por tierra un libro. Me fijé después mejor, salté de la cama y un momento después leía en las tapas del libro tan raramente encontrado “Las confidencias de Lamartine”.

Que portentoso hallazgo ¡Dios mío! El lugar, la hora, las circunstancias, todo daba al hallazgo lo más novelesco y hermoso. Yo me preparaba a escribir en mi diario la ocurrencia, pero tenía aquel libro desconocido para mí aún y principié a leerle.

Yo no conocía aún ese libro aunque tanto había leído y respetaba a Lamartine. Cuál fue mi asombro al ver que era un diario de su vida, en él mi placer y mi locura cuando leí el prólogo. Dios mío. Aquello me parecía providencia y me parecía estar viendo y oyendo a la voz de mi corazón, mi alma misma explicada en sus tendencias y misterios diferentes de que yo no había sabido darme cuenta hasta ese momento. Yo también tenía mi diario en que iba a escribir en

²⁷ Lamentaciones 1.1: *¡Cómo yace solitaria la ciudad de tanta gente! Se ha vuelto como una viuda la grande entre las naciones; la princesa entre las provincias se ha convertido en tributaria.* Traducido del latín.

ese momento pero a pesar de eso yo no comprendí sino entonces lo que yo mismo hacía sin saber qué hacía. Yo pensaba lo mismo que el autor de aquel libro, sin embargo él era un sabio, un portento de elocuencia y podía decir lo que sentía en vez de mí, que sintiendo como él, ni sabía siquiera pintar para mí mismo mis impresiones. Al fin lo que yo saqué en limpio después de leer en el prólogo que me ocupa, que Lamartine, el hombre más notable y sabio en el mundo, explica y canta con notas de oro lo que yo, infeliz, muchacho, sentía en mi alma desde muchos años sin poderlo decir como él. Yo, sin ser como él, tenía también, como él, un corazón. En medio de aquella calma, silencio y soledad de panteón estaba en éxtasis de placer y admiración, leía yo el prólogo siguiente de las Confidencias de Lamartine.

“Mi madre tenía por costumbre desde muy joven como efecto de la educación algo romana que recibió en Saint Cloud de destinar un intervalo de recogimiento entre la noche y el sueño, así como los sabios procuran establecerlo entre la vida y la muerte. Cuando todos estaban acostados en su casa, que sus hijos dormían en sus pequeños lechos alrededor del suyo, que tan solo oía el soplido uniforme de sus respiraciones, el ruido del viento en los postigos, los ladridos del perro en el patio, abría entonces sin ruido la puerta de un gabinete lleno de libros de educación y devoción; se sentaba ante un pequeño escritorio de palo de rosa engarzado de nácar y marfil cuyos dibujos formaban ramilletes de flores de azahar: sacaba de un cajón un cuaderno forrado de cartón como libro de cuentos. Escribía en él durante una o dos horas sin alzar la cabeza una sola vez, sin que la pluma se detuviera sobre el papel esperando que la palabra asomase para colocarse en su lugar. Era la historia doméstica del día transcurrido, los anales de la hora, el fugitivo recuerdo de los sueños y de las impresiones, afianzando el vuelo, determinándole en su curso antes que la noche le hiciera desaparecer los recuerdos afortunados o tristes, los acontecimientos interiores, la caída de la arena del tiempo fijada sobre la libreta, desahogos de inquietudes y de melancolía, ímpetus de agradecimiento y de ventura, ardorosos ruegos salidos del corazón hacia Dios, todas las notas de un alma sensible, de una naturaleza entusiasta que vive, que ama, que goza, que sufre, que bendice, que invoca, que adora, un alma escrita, en fin. Esas notas esparcidas de ese modo al terminar el día sobre el papel, como si fueran gotas de su propia existencia, han llegado a reunirse y a formar un inmenso y precioso depósito de recuerdos para sus hijos. Componen veintidós volúmenes. Siempre los tengo a la mano y cuando quiero encontrar, volver a ver o ver el alma de mi madre, abro uno de aquellos volúmenes y se me aparece. Harto sabido es que ciertas costumbres son hereditarias. ¡Ay! ¿Por qué las virtudes no habrían también de serlo? Esa costumbre de mi madre fue desde muy temprano la mía. Cuando salí del colegio me enseñó aquellas páginas y me dijo “Haz lo que yo, hijo mío, preséntate un espejo de tu vida, dedica una hora a estampar tus impresiones y examen silencioso de tu conciencia”. Conviene pensar durante el día antes de proceder a tal o cuál acto, tendré que sonrojarme a la noche al escribirlo. Es grato también dejar anotadas las venturas que se olvidan tan fácil, o las lágrimas que derraman nuestros ojos, para hallarlas algunos años después en

esas páginas y poder decirse, he aquí lo que me hizo derramar lágrimas de dolor, he aquí lo que me causó mi dicha. Así se aprende la estabilidad de los sentimientos y de las cosas; así se saben apreciar los goces y las penas, no al precio del momento que es engañoso, sino al precio de la eternidad, el único que no nos engaña. Escuché estas palabras y obedecí, solamente que no obedecí del todo.

No escribí todos los días, como mi madre el día transcurrido. La velocidad de la vida, la fogosidad de las pasiones, el atractivo de lugares, el disgusto de una conciencia a veces turbada que yo no hubiera podido sujetar a examen sin humillación y sin dolor, me impidieron llevar el diario exacto de mi vida con la piadosa regularidad de aquella santa mujer. Pero de tiempo en tiempo, en las horas de calma, en que el alma se serena, en las épocas de soledad en que el corazón llama a sí mismo los sermones y las imágenes, en los tiempos muertos de la existencia en que no se revive sino con lo pasado, escribí sincero sin calcular si otro que yo leería algún día esas páginas, escribí, digo, no todas pero las principales emociones de mi vida entera. Removí con la punta de mi pluma las frías o ardientes cenizas del pasado, reanimé el fuego apagado en mi corazón para detener algunos momentos más en mi seno, su calor y su reflejo. ¡Lo llevé a efecto en muchas ocasiones en formas de notas, sin más enlace entre ellos que la identidad del alma que la dictó!”.

Argentina y Chile, 1845–1849

Diario que contiene el itinerario hecho por mi familia desde Catamarca hasta Concepción de Penco y todo el tiempo de mi estada en Chile desde el 24 de Marzo que llegué a San Felipe alias Aconcagua. Ramón Gil Navarro.

Catamarca. Sábado 6 de septiembre de 1845. A las 4 de la tarde

Habiendo hecho todos los preparativos de marcha desde mucho tiempo antes, éstos se concluyeron en que despaché el equipaje que constaba de 11 cargas con Don Antonio Herrera, pariente que hacía de arriero nuestro hasta San Juan. Yo me quedé para salir el 6 con la familia. Como despaché todo el equipaje, no tuvimos en qué dormir la noche del 5. Algunas amigas mandaron camas a la familia y para mí, Doña Carmelita Ares. Yo, como acostumbrado ya, dormí en mi apero o montura, cediendo mi buena cama a los más delicados.

Levánteme a las 4 de la mañana y como me pareciese muy temprano para hacer ensillar los caballos, salí a pasearme por última vez, por derredor de casa, di vuelta después en contorno de las tres cuadras que la rodeaban. A pesar de que la luna estaba radiante, y llegaba ya al punto de medio día, todo me pareció triste. Me paré en una esquina de la plaza y no descubriendo ningún objeto humano, “todos duermen, dije, sólo mi familia vela, esperando el día, no para entregarse al descanso de haber concluido su tarea en la noche, sino para presenciar una despedida; transe amargo! para alejarse para siempre de su Patria y de sus más caras afecciones”.

Di fin a mi triste paseo deteniéndome a ver la suntuosa casa que en tan poco tiempo se levantó en la esquina titulada de la Merced, por el actual Gobernador Santos de Nieva y Castilla (que de Pomán fue su semilla). Vi también en la esquina del Sur del Convento demolido de la Merced, que se reedificaba a largos pasos por la Compañía de Jesús, existente ya en Catamarca desde el mes de mayo del 45 y establecida por sanción de la Sala en el mes de febrero del mismo año. Como quiero recordar siempre los nombres de estos Reverendos Padres es que los apunto y entran también en mi diario. Consta de 6 su Compañía, cinco sacerdotes y un coadjutor. El Padre Juan Gandaseguí Prior de la Compañía, el Padre Hidelfonso de la Peña, el Padre Landá, el Padre Juan Mata, el Padre Francisco Enrrihe, que dirigía el trabajo del Convento y el Padre Ramis, coadjutor que vino a San Juan para cambiarse con otro de los que habían allí. En este estado dejé la Compañía de Jesús y retirándome a pasos largos dejé de ver por última vez su

convento porque ya se me hacía de día y me había detenido más de lo que debiera en el paseo de despedida.

Vuelto a casa, yo y mis dos peones José Rearte y Agustín Santillán, ensillamos los caballos, que estuvieron listos antes de salir el sol, es decir, a las seis. A las ocho mamita estuvo de vuelta de la Iglesia con toda su familia donde fue a oír una misa que se celebró por Fray Miguel Ferrera a la Virgen del Valle, por el feliz éxito de nuestro viaje.

“Nada falta ya”, dije, viendo a mamita que llegaba a caballo. No pretenderé pintar la emoción que mis palabras causaron en todas las amigas de mamita que, reunidas, la esperaban para darle el último abrazo; sería imposible, sólo diré que en ese instante solo, se derramaron mares de lágrimas y que por espacio de más de un cuarto de hora, nuestra casa parecía más bien un mortuorio que otra cosa que se le pareciese. No quiero olvidar el nombre de todas estas personas que tan sensibles se mostraron a nuestra despedida, y cada uno tiene su fin particular al hacer alguna cosa, como yo tengo el mío al nombrar minuciosamente todas estas personas. Las señoritas Ares, Doña Pastora Augier, Señoras Villafañes, Juanita Herrera, mi tía, Carlota Lemus y su madre, Doña Rosita, hermana de las Villafañes, Don Gregorio Moreno. Las que acompañaron la familia fueron mi tío Isidoro Navarro, León Córdoba, Gregorio Segura, Luis Lobo, Agustín Narváez, el presbítero Juan (buen hombre para nosotros), el Sr. Cobacho y Bernardo Delgado; todos estos hasta Tiorco. Efigenia Navarro, Arsenia Delgado hasta Ongull. Gregorio Agüero y mi amigo Pepe Martínez hasta Miraflores, seis leguas más adelante, que después de haberse desayunado en reunión de la familia, a las doce, bajo una hermosa sombra de un mistol, se volvieron. El Sr. Casimiro Rodríguez nos acompañó también hasta Tiorco. Ignacia Soria y su prima Concepción Soria, hasta Capayán, de donde volvieron el día después.

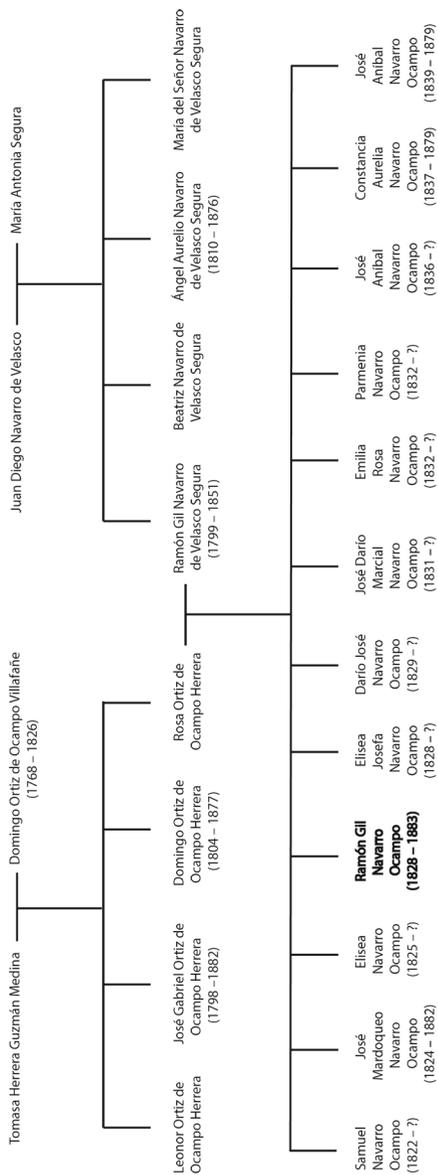
Las personas que viajaban conmigo eran las siguientes: mamita, Elisea, Emilia, Parmenia, Aurelia y Darío; Doña Tomasa Álvarez que quiso acompañarnos hasta San Juan, de donde se volvía el 28 de octubre. Yo fui el último que dejé de ver las murallas de nuestra casa, detenido allí para dar un recibo a Doña Petrona Ares, salí unos minutos después que la familia. Me dirigí enseguida a la casa del Gobernador, y al pasar por la casa de Augier, acercándose a mí, Neófita me alargó su blanca mano diciéndome “ya puedo darle la mano, a Dios, a Dios”. Llegué después a casa de Gobierno, encontré a Don Santos en pañales aún, y a su lado, al tipo de la intriga y cobardía a un tiempo; a Ruiz ... Después de haber pedido órdenes para mi destino al Gobernador Nieva. “Al cabo, me dijo, van a ver al Doctor y a su Tatita”. Y no pudiendo reprimir un acceso de resentimiento al ver su serenidad, cuando presenciaba la expatriación de una familia desgraciada que emprendía un largo y peligroso viaje sin más apoyo que una tierna madre y sin otro director que un inexperto joven, le contesté con los ojos preñados de lágrimas, “no le debemos a Vuestra Excelencia más que los trabajos que suframos en nuestras largas travesías, y a éstos la dicha de ver a Tatita.” No se exasperó con esta atrevida respuesta, no por pacífico sino por su natural flema y poca pena en todos los asuntos que como éste, no le

quitasen el mando, “si fuese más racional Ud., hoy me daría gracias, me contestó, por no haber hecho venir a su Tatita, porque si le hubiese sucedido como a otros que después de garantidos por mí les han dado un pistoletazo mis oficiales, entonces ¿no habría sido mejor que no viniese? Oyen cantar el gallo y no saben dónde, él, además, ha sido mi amigo, y así dígamele que él mismo hallará racional que no haya querido firmar su pasaporte.” Después, despidiéndome con mucho respeto, subí en mi caballo y alcancé la familia. El mismo día 6 llegamos a Capayán, un poco después de entrado el sol. Las 2 sirvientas Lauriana y Jesús, un poco después. Mi tío Mauricio [Navarro y Segura], en cuya casa alojamos, nos recibió con toda la expresión con que nos distinguía.

Domingo 7 de septiembre de 1845

Levánteme antes que el sol saliera, ensillé mi caballo, y heme ya pronto a regresarme 14 leguas al pueblo nada menos. ¿Y la causa? La siguiente. Habíamos firmado con el Señor Cano dos documentos de un tenor por el alquiler de la casa. El primero estaba firmado ya por los testigos que debían firmar. El segundo, hecho el siguiente día, como no habían estado los testigos, sólo tenía nuestras firmas. Cano se fue a Capayán y se llevó el firmado y concluido, quedándome el otro para hacerlo firmar con Moreno y Cortes, que eran los testigos. Teniendo tantas cosas que atender, se me olvidó y en Capayán, queriendo cotejarlos de nuevo, el mío estaba sin testigos. Entonces mi tío y yo le dijimos que él, que tenía que regresarse a los cuatro días al pueblo, llevase el mío para que se los firmasen allí avisándoles a Moreno y Cortes el olvido mío. “No me lo querrán firmar” dijo, “y yo me quedaré fregado”. Le ofrecí dar una carta para cada uno y no habiendo qué tratar de ningún modo, subí en mi caballo poniendo mi lazo y mis maletas a la grupa con un par de tortas. No habiéndole sido suficiente ver por último llorar a mamita y las chiquillas, cuando yo me volvía tan lejos, me arranqué de mamita que llorando me hacía algunos encargos, y de Elisea que limpiándose los ojos me dijo, “tráeme mi loro, que se me olvidó”. Nada de particular me sucedió en el camino. Volvía a Catamarca después de haber salido para no volver sino después de muchos años. Me parecía que éstos habían pasado ya, y que volvía para encontrar toda clase de mejoras. En fin llegué por la tarde temprano. Al desembocar en la plaza encontré a la Señorita Carmen Ares que al verme, prorrumpió en un grito de sorpresa “¡vuelven!”. Dirígeme a casa, aunque Carmelita me decía que era lo mismo que me baje en su casa que en la mía, puesto que una de otra no distaba ni cinco pasos. “A tanta instancia”, dije desmontándome, “quién se resiste”, y luego entrando, “caramba, qué ha tiempo he llegado, la mesa está puesta y la comida muy buena”. En efecto, me senté, pero caramba, parecíamos novios, ni ella ni yo comimos.

ÁRBOL GENEALÓGICO DE FAMILIA RAMÓN GIL NAVARRO OCAMPO



F. 2: Árbol genealógico²⁸

²⁸ Elaborado por los autores a base de Allende Navarro, Fernando, *Apuntes Genealógicos de las familias Navarro y Ocampo*, Santiago, Editorial Universidad Católica, 1959, p. 17–19.

Después de la comida salí a caballo con dirección a casa de Moreno. Al salir encontré al maestro Eduardo (buen amigo) que también nos acompañó el día anterior, quién al verme, se sorprendió agradablemente y después, acompañándome, nos paseamos a caballo después de haber hecho firmar con Moreno y Cortes el tal documento. Este Cortes es amigo nuestro y esposo de la Señora Tomasa Álvarez que se iba con nosotros hasta San Juan, sin otro objeto que acompañarnos como he dicho antes, me ofreció también su casa para que alojase esa noche por estar tan vecino de nuestra casa. Me separé del maestro Eduardo para ir a casa de las señoras Villafañes. Al verme atravesar las calles, todos me miraban con sorpresa, habiéndome visto salir el día antes con toda la familia, y con sorpresa terminaban preguntándome, “¿se vuelven ya?; ¡qué felicidad!”. “Todo lo contrario”, les contestaba, imponiéndoles de la causa de mi vuelta. Llegué a casa de las señoras Villafañes, pero ¡ah! ¡Nuevo llanto! Nueva alegría, en fin. “¡La Rosa! ¡La Rosa!”²⁹, exclamaron a un tiempo. Después las impuse de todo lo sucedido y habiéndose frustrado sus esperanzas, de nuevo se abrazaron llorando. Estuve un cuarto de hora y me despedí prometiéndoles volver si tenía lugar. Volví temprano a casa de las señoritas Ares para pasar a nuestra casa. En efecto, por un pedazo de tapia por donde se comunicaban las dos casas, me introduje a la quinta y principié a mirar una por una las plantas como si echase de menos alguna que cuatro o seis años antes había dejado allí. En efecto, me pareció que después de este tiempo estaba de vuelta en casa, y más prolijamente recorría todo. Salí de la quinta y me fui al interior de la casa, pero ¡que espantoso! en una casa que un día antes era pequeña para encerrar tantas personas no vía ni una sola, ni un insecto siquiera se me ofrecía a la vista; en una casa que un día antes era notable por la algazara causada por un tumulto de gente, reinaba el más profundo silencio, en una palabra, una calma horrorosa había en toda la casa. Las puertas de las piezas abiertas enteramente y sin ningún mueble, representaban una casa de mortuorio que para evitar el contagio no sólo se deja de habitar, sino que sacando fuera todos los muebles y retirándose lejos las personas, se le deja a que ventile y exhale todo el aire impuro y contagioso. Fuime enseguida al comedor, pero ¡qué sorpresa tan triste y agradable al mismo tiempo! al entrar vi en un rincón de la pieza al Tirano, un valiente perro, recostado con la cabeza apoyada a la muralla como si él fuese el único dueño de aquella inmensa casa. Al momento de verme dio un salto y poniendo las manos en el cuello, me lamía entero gritando como si me averiguase del resto de la familia. Después de un momento quise irme y le hice señas para que me siguiera, bajó la cabeza y fue a recostarse otra vez donde mismo lo encontré; en vano quise sacarlo llamándolo, permaneció siempre en su misma postura. Entonces, qué idea tan triste se me vino a la memoria.

Pareciome que hacía como si me reconviniese que habiendo nosotros abandonado el techo que nos cubrió por tantos años, él sólo se quedaba a custodiar aquella aislada casa. Al pensar esto, no pude contener las lágrimas, y volviendo a levantar al perro, quise llevarlo en mis brazos, imposible, se deslizó por entre mis brazos y volvió a ocupar su puesto. Si los brutos,

²⁹ Se trata de Rosa Ocampo y Herrera, su propia madre.

como los hombres desean la libertad ¿por qué este perro no la usa cuando la tiene, sino que esclavizándose de una manera tan cruel, se deja estar sin salir ni a comer, en un oscuro rincón? Sumergido en estas tristes reflexiones llegué hasta el portillo de la tapia por donde me introduje y de nuevo, me encontré en casa de las señoritas Ares. “Y bien”, me dijo Carmelita luego que me vio, “esta noche duermes acá, tu caballo está ya bien acomodado, trataremos de ti ahora”. “Yo quiero dormir en mi cuarto”, le contesté. “¡Ah! Por Dios, solo allá, déjate de cumplimientos, quédate acá”. “Hablares”, le dije entrando en la salita. Ya estaba entrada la noche y deseaba más bien dormir que velar. Después de las ocho tuvimos una ligera cena, concluida la cual traté de retirarme. Paso en silencio todas las instancias que me hicieron las niñas y el Sr. Guzmán porque me quedara, todas las amenazas de resentimiento, porque sería muy largo todo esto. Arranqueme de donde a fuerza de tanta instancia querían resistirme y me dirigí a casa del Sr. Cortes. Su esposa, que acompañaba a mamita hasta San Juan, me había dicho encarecidamente que me alojase allí, y por esto, lo hice con preferencia a otras cosas. Luego que me acosté, me dormí y ni soñé ni siquiera hasta el otro día, menos me pasó digna de referirse cosa alguna.

Lunes 8 de septiembre de 1845

Me levanté a las 6 y me dispuse para ir a misa porque era día de fiesta. Luego que me vestí, me fui a la Matriz y en el corredor encontré entre mucha gente, muchos amigos y condiscípulos que ya me creían muy distante, por lo que al verme todos, se sorprendieron agradablemente. Después de misa ensillé mi caballo para regresarme, lo dejé bien ensillado y me dirigí a pie a la pieza de las señoras Ares. “Aquí viene el etiquetero,” exclamaron a un tiempo, “¿dónde dormiste, al fin, después de habernos desairado?”. “He dormido en casa de Cortes, no las he desairado”, les contesté, “la esposa de éste me repitió muchas veces que no fuera a otra parte, y ésta ha sido la causa de haberme resistido a dormir acá”. Como me viesan dispuesto para marcharme tratose de almuerzo y luego me lo presentaron, que aunque ligero, no estuvo malo. Se componía de huevos fritos, bistec y una botella de Angullón muy bueno. Ya estuve en pie para marcharme cuando entró el Sr. Guzmán con Lucas Gutiérrez, mi amigo.

“¿Qué es esto, que ya se regresa?”, me dijo Guzmán. “Sí señor, quiero que el sol no me tome en el camino”. “Pues bien, aquí tiene una carta para el Sr. Illiguer en San Juan”. “Muy bien”. Púsela en mi cartera, ¡miento! no tenía ni cartera ni pizca, en mi bolsillo sí, y después de algunos gestos tiernos y medios abrazos, partí. Desde que salí, tuve una tristeza grande que no experimenté en mi otra salida. Confieso que muchas veces di vuelta mi caballo para volverme y detenerme un día más, pero como esa noche se daba una función de maroma, no quise exponerme a que digan que me había quedado por una mera diversión. Nada de particular me sucedió en todo el camino ni descansé tampoco en ninguna parte. Un cuarto de legua me faltaría para llegar a

casa de mi tío cuando encontré a Ignacia y Conchita que se volvían. Ambas iban del todo cubiertas y sea porque no me conociesen o por qué sé yo ... no me saludaron y así nos raspamos y pasamos. Llegué a casa de mi tío y encontré la familia de mi tía María del Señor [Navarro y Segura] entre llantos y abrazos. Estaban despidiéndose para volver a Concepción de donde vinieron con este único objeto. Llegué muy a tiempo, con lo que también se despidieron de mí las niñas y mi tía. Después que se fueron di cuenta de mi misión. ¡Pero caramba! ¡Me ahogaban con preguntas! “¿Has entrado en casa? ¿Qué parece que no estamos nosotras ahí?”. Y las más chiquillas, “¿está ahí la casa?, ¿el perro está ahí?”. Tales eran las preguntas que interrumpiéndose unas con otras me dirigían. Satisfice a todas como pude. Por la noche nos reunimos todos en una sola pieza y después de una muy buena cena, cada uno se retiró a su cama. Por mi parte estaba muy triste y por consiguiente toda la noche soñé con Catamarca.

Martes 9 de septiembre de 1845

Como dormí en el patio en medio de las cargas, al rayar este día sentí mucho frío y me levanté antes que amaneciera para calentarme en la cocina. Luego que salió el sol los peones trajeron los caballos que estuvieron prontos una media hora después. Un poco después llegó la tropa y los peones principiaron a cargar. En almuerzo y algunos otros aprestos, nos entretuvimos hasta las diez en despidiéndonos de mi tía. Subimos a caballo. Mi tío Mauricio y todos sus hijos, desde el primero hasta el último, nos acompañaban. Matías, un negro y antiguo fiel sirviente nuestro, no pudiendo viajar, se quedaba con mi tío Mauricio. Cuando ya salíamos y después de haberlo abrazado cordialmente, le di algunos reales y salí a alcanzar a mamita. Se habían detenido en las Trojas (casa de otro tío) para despedirse de Belisaria, nuestra prima que estaba sola en la casa pues que mis tíos, padres de ésta, se habían trasladado al pueblo poco antes. Quiso acompañarnos y subiendo a la grupa del caballo de su esposo y primo Pepe, salimos marchando. Yo marchaba a retaguardia con mi asistente Darío, en este orden caminamos como legua y media cuando parándose de repente la vanguardia, se fue estrechando el paso hasta que la retaguardia hizo alto y con esto se formó un taco. Me adelanté para averiguar la causa y tomar mis medidas. ¡Vamos! ¿Nueva despedida? Al paso que me acercaba a la vanguardia pasaba por frente de las cuatro niñas; pero qué gestos, qué facciones tan torcidas. Viendo todo esto iba chanceándome, pero no fue así, cuando llegué donde estaba el resto de la familia, cuando vi a mi tío Mauricio, su semblante respetable, parecía reprenderme por mi indiferencia; unas gruesas lágrimas corrían por sus ya rugadas mejillas al tomar la mano de mamita diciendo “¡adiós!”. Esto acabó de enternecer a todos, que después de mil llantos en cada despedida seguimos el camino arrancándonos casi por fuerza de estos dignos parientes. La jornada no era larga, pues no distaban sino cinco leguas a Chumbicha, ¡no! digo siete. Llegamos a la una de la tarde sin contratiempo. Después de comprar pasto y acomodar

bien los animales tratamos de formar el alojamiento que se hizo bajo de unos árboles, poniendo algunos cueros de techo para impedir el rocío. Antes que concluyésemos este ligero alojamiento, ya la Sra. Tomasa estaba con el fuego encendido y la caldera de agua hirviendo. En todo esto se pasó la tarde. Luego que principió la noche, reunidos en comunidad, rezamos el rosario. Después de cenar se fue cada uno a hacer su cama. Nuevo ruido, nuevo trajín de montura no para ensillar si no para tender nuestras camas. Yo, Don Antonio [Herrera] y mi asistente, pusimos las camas en medio del rodeo y después de haber sancionado las disposiciones y trazado las leguas para el día siguiente, todo quedó en silencio. Mucho tiempo estuve sin poder dormir, mil recuerdos tristes me afligieron toda la noche, hasta que dominado por el sueño grande que tenía, me dormí.

Miércoles 10 de septiembre de 1845

Muy temprano se principiaron a ensillar los caballos. El de mamita amaneció manco y no era pequeño trabajo no acostumbrándose a ningún otro. “¡Qué lástima! Ya no sirve para nada”, fueron las palabras de mamita. “¡Vamos! al mal sin remedio buena cara, ensíllele el blanco”, dije. En efecto, ensillaron el que yo ordené y salimos marchando un poco después de salido el sol. Caminamos sin cesar hasta la Punta (diez leguas), donde nos bajamos un momento para dar agua a los animales. Eran las doce o la una y el sol, en la mitad de su carrera, aunque era de septiembre quemaba sin embargo como el de diciembre. En ninguna parte se oía cantar y revolotear los pajarillos sino era en los frondosos árboles que hacían sombra a la fuente o manantial donde brotaba el agua. Saliendo de aquel palmo de tierra delicioso no aparecía ya ningún árbol que fuese capaz de tener a nadie en su sombra. Todo era estéril y seco; y así en comparación de esto, el lugar de la fuente sin ponderación, se podía llamar hermosísimo. Después de refrescarnos un poco, pasamos una o dos leguas adelante, donde nos alojamos. Antes que el sol entró, todo se acabó de acomodar. Después de la merienda rezamos el rosario y se disolvió la junta. La noche estaba deliciosa. El cielo despejado y lleno de estrellas, la luna tocando la mitad de su carrera en un campo abierto, todo esto presentaba un aspecto hermoso al viajero; de cuando en cuando se oía a alguna distancia el cencerro de la tropa y su sonido llevado por un ligero soplo del norte iba a perderse en las inmensas serranías de que estábamos rodeados. En esta contemplación me tomó el sueño que no fue interrumpido hasta el otro día.

Jueves 11 de septiembre de 1845

De necesidad teníamos que hacer una jornada más larga que la anterior y así nos levantamos al salir el lucero y en el momento oímos el cencerro de la tropa que se acercaba al rodeo. Corría un

viento tan frío que aún los peones, a pesar de su agitado trabajo, no lo podían sufrir. Se oía un ronco y no interrumpido silbido y era la caldera de la Sra. Tomasa que hervía a borbotones. Antes de salir el sol, todo estuvo preparado y después de un ligero desayuno, marchamos. Nada nos sucedió hasta el Salado, pasamos cuatro leguas adelante y nos alojamos temprano en un lugar lleno de pasto. Después de concluir los acostumbrados oficios, acortamos la noche reunidos en comunidad. Luego que me recogí a la cama, me dije “mañana a estas horas estaré en la Rioja. Luego que llegue haré saber a Castillo y Barros (padres franciscos y condiscípulos míos) nos reuniremos en fin, ¡qué gusto cuando nos veamos!”. En esto pensé hasta que me dormí, que fue como a las doce y media, según me decía mi tacho que rastrillaba como tercerola tomada bajo mi almohada.

Viernes 12 de septiembre de 1845

No siendo larga la jornada que teníamos que hacer hoy, salimos un poco después que el sol. Nada sucedió en el camino hasta las doce o la una, en que llegando a las Tres Cruces, dos leguas adelante se alojó la familia. Yo debía pasar a la Rioja y así no hice sino mudar caballo y ponerme en camino con mi asistente. Legua y media anduvimos cuando al abrocharme mi chupa me encuentro el mazo de llaves que yo cargaba siempre y que cerraba todos los baúles y petacas del equipaje. ¡Ah! ¡Caramba, que me he traído las llaves! ¿Qué comen, en qué duermen? No hay remedio. No cesamos de galopar hasta las seis leguas. “¡Caramba! ¿A qué horas llegamos?”, me dijo Darío. “Dos leguas nos faltan para llegar, mira acá”, le dije señalando un arenalcito en frente de una barranca que le daba sombra. “Acá mismo me acosté a dormir el año pasado para aguardar a los Padres que venían atrás.” En fin, después de galopar un rato llegamos al Pozo de Vargas, donde nos apeamos para dar agua a los caballos. Mientras estábamos allí, llegó un guarda y después de saludarnos me dijo, “¿viene Ud. de Catamarca?”. “Sí”. “Qué noticia me da de una familia que viene y el Juez de Policía hace muchos días me está encargando que pregunte antes que llegue acá pues según él, me dice, la señora es su hermana política”. “Está”, le respondí, “a siete u ocho leguas de acá, nosotros somos hijos de esa señora”. “Mucho me alegro, vamos pronto a casa de su tío”. Salimos caminando y unas cuadras antes de llegar al pueblo, viendo salir a un joven y atravesar la calle por cerca de nosotros, le dije a Darío, “¿conoces a ese joven?”. “¿No, quién es?”. “Fernando Villafañe”, y como él oyese que lo nombraban, se volvió, estuvimos un momento con él y nos despedimos hasta el día siguiente. Luego que descubrí la casa de mi tío, vi un negro que estaba sentado a la puerta y tan luego que nos vio con el guarda, partió. Cuando nosotros llegamos a la puerta ya nos encontró mi tío y demás niñas. Después de satisfacer minuciosamente a una mujer a todas sus preguntas, se trató de nuestro estómago que pronto fue satisfecho. Ya había principiado a anochecer y estábamos todos reunidos en la cuadra cuando se oyó un ruido de caballos, y luego abriéndose la puerta, entró el padre Barros y Castillo que al momento de haber sabido mi

llegada, se vino a casa. Después de media hora se despidió quedando convenidos en que al otro día muy temprano se vendría a casa para que fuésemos a encontrar la familia. Todos después (en la cena) convenimos en lo mismo y después nos retiramos a dormir como a las diez.

Sábado 13 de septiembre de 1845

Amaneció el día muy lluvioso, pero todos, sin embargo, se preparaban para ir a encontrar la familia. Villanueva, el esposo de Felicinda, había ensillado su caballo y me instaba que yo hiciese lo mismo para que nos fuéramos adelante, pues que mi tío esperaba a los demás parientes y que saldrían más tarde. En esto llegaron los Padres que fueron de la misma opinión que Villanueva. En fin, no hubo qué hablar, ensillar y marchar fue todo de un momento. Nos lloviznaba bastante fuerte pero nosotros éramos aún más fuertes puesto que no nos acordábamos que llovía. Yo iba en el caballo de Castillo y me llevaba sin aliento por su demasiado brío. Villanueva y Barros se adelantaron de nosotros. No dejábamos de galopar y no los alcanzábamos. Tres leguas andaríamos ya cuando nos pareció que oíamos ruido de caballos. No nos engañamos, a distancia de una cuadra descubrimos ya la vanguardia que se nos acercaba a todo galope. Era imponente y aterradora. Venía todo ella vestida de capas verdes y bien armada de cascotes y balas, digo bizcocho y pasas ... En fin, descubrimos la retaguardia que la capitaneaba D. Luis Alberto Villafañe, que habiéndonos prometido alcanzarnos antes de llegar a la Rioja, cumplió exactamente reuniéndose la noche antes con la familia cuando me adelanté para ir a la Rioja. Había dispuesto que mamita ensillase su mula castaña y de una distancia ya le oíamos al viejo en su ronca y riojana tonada, “¡Qué animal tan excelente! ¡Qué paso! Hace silbar las piedras, cuatro onzas me han ofrecido, pero más que nunca me ofrezcan diez.” En esto descubrimos ya el numeroso acompañamiento de parientes y amigos que venían a encontrar la familia. Luego se encontraron y bajaron todos en una especie de arroyo (no es admirable, estaba seco). Pasaré en silencio los llantos, abrazos y demás minuciosidades con que llenaría este diario. Luego subimos a caballo y marchamos. El acompañamiento era grande y todos eran parientes. Nombrarlos sería imposible, siendo tan muchos. Uno de los que más llamaron mi atención fue el actual cura y Vicario de la Rioja: Tristán Sotomayor. Iba montado en un grande y hermoso caballo doradillo lujosamente ensillado. Sus pies (digo los del cura) cubiertos de una rica bota y ceñidos con unas macizas y ricas espuelas de plata descansaban en unos estribos del mismo metal primorosamente trabajados. Luego que vio a un sujeto dijo “ah ... pucha digo, ¡qué está celoso el malacara! Como nos irá en la depositada, no la hay sacar pelada el Jefe (un caballo) se han de haitiar (sic)”.

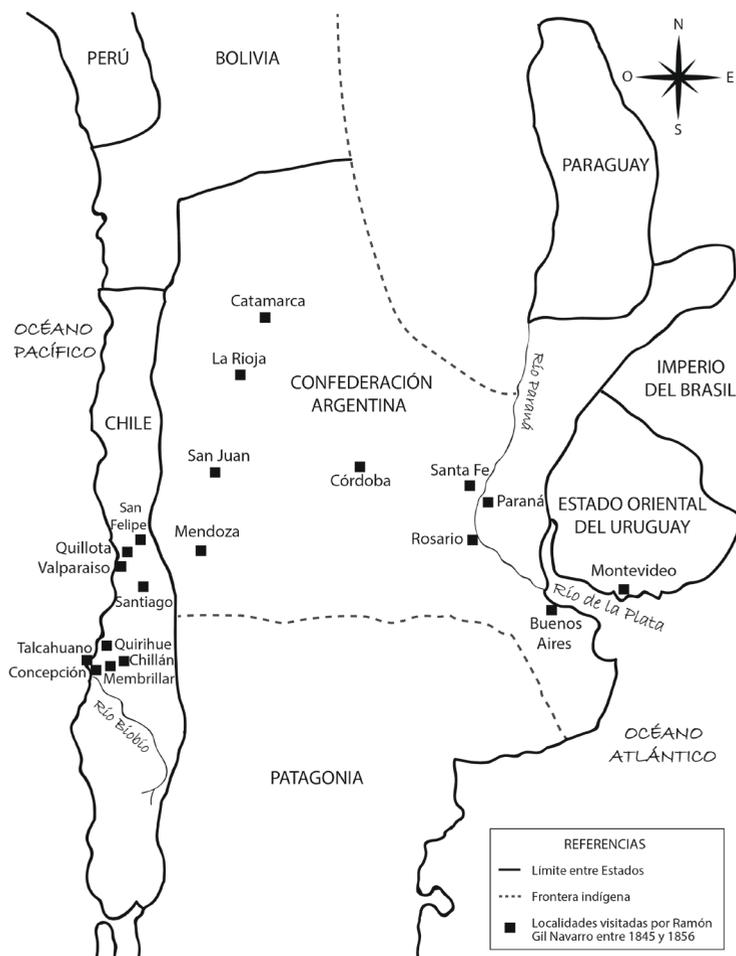
En conversaciones de esta clase nos entretuvieron hasta llegar a la plaza. La música estaba en la puerta de la casa formando dos hileras y luego que llegamos a la esquina de la plaza rompió el golpe de música acompañado con el ruido de las campanas de la Matriz que ya fuese por

casualidad o porque el cura nos quisiese prestar este homenaje, lo cierto es que entramos a la plaza al son de música y campanas. Todo fue placer y alegría al entrar en la cuadra. La música siguió hasta dos horas después en que todos los parientes se retiraron después de abrazar de nuevo a mamita. A las dos de la tarde llegó Don Antonio con el equipaje. Sentose a la mesa con nosotros mientras los peones descargaban y acomodaban las cargas. Antes de todo le pusieron una taza de caldo para que tomara y en lugar de cuchara, tenedor. Mis tíos, con todas sus instancias, no pudieron conseguir que tomase nada a pesar de que tenía disposición, hasta que al fin advertimos todos que era por falta de cuchara y sustitución de ésta en tenedor. Después de la comida que se concluyó tarde, arreglamos todos los aperos y el equipaje se acomodó para pasar seis días. Despachamos la tropa al campo con los peones y Don Antonio se alojó en medio del patio parando la carpa. Yo también hice mi cama bajo la carpa para acompañar a Don Antonio. Mil recuerdos tristes me turbaron a mí el sueño, hasta cerca del día en que me dormí.

Domingo 14 de septiembre de 1845

Seguramente porque me dormí tarde, hoy me levanté un poco más tarde pues ya el sol estaba andando algún rato. Antes de todo, se trató de la misa, porque no estando alerta para oír la que se decía en la Matriz, se exponía a quedarse sin misa puesto que no habían sino tres, una en cada Iglesia servible, las otras dos no se abrían sino muy rara vez. Después de salir de la misa almorzamos y mi tío Ángel Mariano [de la Colina], queriendo distraer a mamita, proyectó un baile para la noche reuniendo los parientes y amigos. Durante ese tiempo hasta las doce mamita tuvo muchas visitas y todas parientes pues se trataban de “Ñañaí, guai chú que no te acordais po”, etc. Después de comer magníficamente, se principió a preparar la cuadra y demás cosas necesarias para la noche y todo estuvo pronto antes de la oración. A esta hora mamita, que debía ir a vestirse, ya estaba con una visita y la hacía Don Gaspar Villafañe, su tío. Más de tres horas ¡horazas! digo, había estado ya y aún no tenía miras de irse, cuando avisándole mi tío que mamita debía vestirse ya, se fue diciéndole a mamita, “adiós Rosa, hasta mañana hijita.” Pobre hombre, sin saber lo que te esperaba al otro día, prometías tan cierto el volver. Los convidados principiaron a llegar ya y ocupar la cuadra que estaba bien dispuesta. Luego llegó el Sr. Gobernador Vicente Molas y el baile se principió a las nueve. Y con qué música me preguntará alguno ¡De Viento! y mezclada con violines y violones; buena música para de balde. Rompieron el baile mamita y Su Excelencia. Hubo mucha concurrencia y las niñas, ¡hum! estaban bien vestidas ... Yo bailé también algunas cuecas, zambas, algunas carambas, en fin, todo baile excepto, muy excepto polka, también cuadrillas porque no se conocían ni tampoco su nombre, se hablaba de un baile de cabrillas, que después supe que era cuadrilla. El baile se concluyó a las dos o tres de la mañana. En seguida nos reunimos en el comedor y principió la tijera a hacer su oficio. Dejaré

vestidos, ramos, etc. y diré solamente que no sólo entre nosotros sino entre todos los concurrentes fue el objeto de la risa un joven educado en Chile y que bailaba la zambacueca como en dicho país. A su modo de bailar le llamábamos (yo también) ridículo, escandaloso y cuanto se quiera decir, tal era el atraso con respecto a baile. Se llamaba Félix y ridiculizándolo se le decía Felicito. Su modo de vestirse, que jamás lo he visto más elegante (así estaba esa noche) también fue ridiculizado. Pues para que se conozca el atraso, también a este respecto digo que si lo hubiésemos cotejado con el mejor modelo traído de Francia en ese tiempo, no tendría diferencia alguna. Su pelo, su delgada cintura, su frac, todo, todo, estaba conforme con los últimos modelos. Se acabó la tijera y yo me fui a dormir a mi cuarto de lienzo y no desperté hasta el otro día.



M. 1: Mapa Río de la Plata y Chile

La Rioja. Lunes 15 de septiembre

No sucedió cosa digna de notarse hasta las doce en que fui a casa del Sr. Tesorero a presentarle la guía que traía la Sra. Tomasa. No estando él, me recibió su hija en la cuadra. Muy digna señorita, tocaba la guitarra y cantaba muy regular. Vino mucho después el Sr. Tesorero y después de hacerme mucho cariño con mate, naranjas, etc., me despachó la guía. Luego que volví a casa, encontré con mamita al viejo Luis A. Villafañe, que alcanzó la familia en Amilgancho. Estuve un momento con él y luego, entrando una sirvienta, le dijo, “señor, su hermano, el amo Gaspar, está muy enfermo ...” al momento se levantó y salió. Yo salí enseñada y me dirigí a la casa del Sr. Gaspar. Llegué al umbral de la puerta después de romper un inmenso grupo de gente que se agolpaba ya a la novedad. Lo primero que se me presentó a la vista fue el cuerpo exánime de Don Gaspar, en manos de sus hijas, que ya en vano le prodigaban mil remedios. Me volví a casa con miras de ocultarle a mamita semejante desgracia, pero fue en vano, cuando yo volvía a casa ya encontré a mamita que impuesta por una criada de lo sucedido, se dirigía a la casa. Le faltaba una cuadra para llegar cuando faltándole las fuerzas, cayó casi desmayada. Entró a casa de unas señoras que vivían en frente y después de muchos remedios, se compuso y volvió a proseguir el camino. Después de haber visto inútilmente a su tío y reunido sus lágrimas con sus primas, conseguimos al fin volverla a la casa. Siguió enferma casi toda la noche. A las doce se durmió y yo fui a hacer lo mismo pero fue en vano, no se me quitaba de la memoria el cadáver de nuestro tío, si conseguí dormirme fue cuando ya venía el día.

La Rioja. Martes 16 de septiembre

Me levanté temprano y fui a ver a mamita. Luego que me vio, me dijo llorando “¿qué has sabido de mi tío, no habrá vuelto?”. “No, mamita, ni volverá tampoco.” Más tarde nos dieron de almorzar y luego que nos levantamos de la mesa llegó el hermano de la Jesús (nuestra sirvienta, que por muerte de su madre, nuestra esclava, se quedó y se crió en casa). “¿Y bien, qué quiere Ud.?” le dijo mamita. “Vengo a llevarme a la Jesús porque ya es libre, yo y mis hermanos vamos a hacernos cargo de ella”. “¿Y ella quiere quedarse con vosotros?”. “Sí, señora, porque ella nos ha dicho que no quería pasar, es que nosotros la vamos a hacer quedar”. “Si eso es así, que se quede”, contestó mamá. Luego, llamando a la Jesús, le dijo, “tu hermano me acaba de decir que tú no quieres ir con nosotros, sois libre ya, y no quiero que me sigas por fuerza, puedes irte con tu hermano si quieres: ¿Qué dices?”. Sus lágrimas contestaron primero que ella y luego, ahogándose en sollozos, dijo “yo no he dicho nada a mi hermano y no quiero quedarme”. Entonces, el hermano salió diciendo “ya me la han sonsacao a la chinita, yo haré que me la entreguen”. Luego

volvió diciendo que por orden del Gobernador³⁰ compareciesen allí a contestar demanda. Yo fui y el Gobernador preguntó que si nosotros le habíamos retenido la hermana; le respondí que no. Entonces, escribió y mandó autorización a cierto hombre para que entendiéndose la demanda y a mí me dijo “llévense la sirvienta a casa de este hombre, a quien yo comisiono y allí se compondrán.” En efecto, la llevamos y el Juez después de varias preguntas a la sirvienta le dijo que estaba libre, que podía hacer lo que quisiese, seguir o quedarse y habiendo dicho que quería seguir con mamá y que por nada no se quedaba, el Juez sentenció en mi favor; después la llevé a casa y todo quedó concluido antes de la una del día. Por la tarde asistí al entierro del Sr. Gaspar, que se concluyó todo muy cerca del anochecer, en que me volví a casa. Enseguida hice los preparativos de marcha para el otro día. Mi tía Restituta debía de llegar de la Costa de un momento a otro para despedirse de mamá, ésta no pudiendo esperar más se dispuso a marchar al día siguiente.

Miércoles 17 de septiembre

Antes que el sol saliera alzamos la tienda y principiamos a ensillar los caballos que estuvieron bien prontos a las ocho en que salimos acompañados del padre Barros, mis tíos y su familia y algunos otros parientes. A las dos leguas principió el llanto con la despedida, al cabo se acabó y seguimos la marcha, teníamos que andar 14 leguas hasta Ampisa, donde debíamos alojarnos. Hacía un sol abrasador y a la una nos bajamos un momento antes de llegar a Tanín (fue una estancia). Luego seguimos el camino sin ninguna interrupción fuera de suspiros de mamita por la larga jornada. Nos acompañaba aún un sirviente de mi tío Ángel quién traía con nosotros un hermoso perro y no faltó en qué probarlo. Pasó un zorro en el momento que se alababa el perro y lo sacó corriendo perdiéndose de vista; a las dos cuadras ya lo encontramos saboreándose con el zorro. Llegamos al fin a la pascana, paramos la carpa para mamita y niñas, y yo, mi asistente y Don Antonio, nos alojamos bajo un árbol. La noche alumbrada por la luna y estrellas estaba deliciosa. Ninguna pascana habíamos tenido más en buen lugar y más divertida. Cuando acabamos todo el acomodo ya, Doña Tomasa estaba haciendo tincar su caldera. Después de cenar cada uno se fue a su cama.

Ampisa. Jueves 18 de septiembre

No se volvió el sirviente de mi tío hasta después que ayudándonos a ensillar y cargar, se despidió. Mi tío, además de habernos hecho acompañar con este sirviente, nos prestó tres o cuatro caballos para que nos sirviesen hasta San Juan. Llegamos a Tuctun a las doce, y a la una o las

³⁰ Vicente León de la Mota, gobernador de La Rioja entre 1846 y 1848.

dos a Los Médanos, donde fue preciso alojarnos por el mucho pasto que allí había. Después de haber concluido con los acostumbrados quehaceres, cada uno se dividió a su tienda. Nosotros estábamos bajo de una retama. Hacía un frío casi insufrible y los peones hicieron un fuego cerca de nosotros y rodeándolo entre todos, cada uno en sus guasos términos, contaba sus aventuras en sus viajes, sus rastreos, etc.; toda la noche la pasaron divertidos y nosotros recordando cada momento a sus risotadas.

Los Médanos. Viernes 19 de septiembre

Muy temprano se reunió la tropa y después de contar, vimos que nos faltaban seis de los mejores. Nuestro peón José, célebre por su habilidad en el rastró, dijo que siguiesen ensillando que por él no se demorarían; en efecto se fue y todo lo que tardó para volver fue el tiempo que empleó en llegar adonde estaban los animales, a pesar que se extraviaron mucho del camino. Llegamos a los Colorados y casi no llegamos todos porque el caballo de Emilia se disparó, la suerte fue que ella se bajó antes que el caballo principiase a disparar, el cual no paró sino después de haberse desensillado haciendo pedazos la silla. Una pobre vieja nos regaló una gallina que nos sirvió perfectamente. Llegamos a la pascana que fue 3 o 4 leguas adelante. Dormimos bien y sin ninguna pérdida.

A las 4 leguas de los Colorados. Sábado 20 de septiembre

Después de un ligero desayuno marchamos al salir el sol. Nada nos sucedió hasta que llegamos a la Iglesia donde almorzamos y paramos. Llegamos a las casas viejas (2 leguas), no encontramos sino una muchacha de doce años sola enteramente y nos dijo que su padre se había ido al Valle Fértil. Llegamos a Paganzo (2 leguas) y después de tomar mate pasamos y llegamos a las cuatro de la tarde a Vinchinita. Alojamos en reunión de una tropa sanjuanina que encontramos allí, pues era un delicioso campo lleno de pastos que no se encontraban para atrás ni para delante, y por consiguiente, toda tropa se alojaba allí uno o dos días para que comiese bien lo que no se lograba pasando de allí. Nosotros paramos dos días en los que nos divertimos mucho viendo toda la hacienda de esos campos que bajaba allí al agua.

Vinchinita. Martes 23 de septiembre

Salimos a las cuatro de la tarde y sin ningún contratiempo llegamos al Portezuelo (4 leguas) ya un poco oscuro y después de concluir con los acostumbrados rezos, cada uno se retiró a

su campamento. Nos alojamos todos juntos en el pie o cimientto de un cerro muy elevado y a la media noche un peón se levantó diciendo que lo habían espantado, porque desde la cima del cerro había rodado una piedra hasta su cama. Desde esa hora los peones encendieron fuego y pasaron el resto de la noche en cuentos y pasajes, casos, etc. de espantajos. La noche estaba muy serena y el cielo muy estrellado, me dieron mucho en que distraerme hasta que me dormí.

Vinchinita. Miércoles 24 de septiembre

Como dije, los peones no habían dormido y así trajeron los animales muy temprano y marchamos al salir el sol. Tres leguas habíamos caminado cuando espantándose el caballo de Emilia (que ya no era el mismo del otro golpe) la tiró al suelo y asentó con la cabeza en una piedra y además del golpe, se rompió la cabeza y perdió mucha sangre. Doña Tomasa venía atrás y al ver su caballo y a Emilia en el suelo se espantó y la tiró al suelo, y lo mismo a la chinita que la traía a la grupa pues con este golpe contaba dos la señora Tomasa, dos Emilia, dos la sirvienta Jesús, dos la Lauriana. Después de curadas las heridas que parecieron ligeras, caminamos sin ningún contratiempo hasta Hichibalastro,³¹ donde nos alojamos como a las cuatro de la tarde dos cuerdas más delante de las casitas o vertiente. Al entrarse el sol subimos al cerro que lo teníamos muy cerca y después de pasearnos un rato, nos bajamos. Principió a lloviznar y paramos la carpa en un momento. Al otro día también llovió y nos fue necesario parar este día también. La noche del 24 estuvo muy serena y así nos aprontamos para marchar el 25.

Hichibalastro. Jueves 25 de septiembre

En este día teníamos que caminar todo el día para salvar la quebrada que tenía más de 14 leguas. Salimos muy temprano después de un ligero almuerzo; entramos al fin en la quebrada y de una vez nos vimos en medio de dos cerros tan altos que los árboles que estaban en su cima, a pesar de ser elevados, apenas se alcanzaban a ver. La anchura de la quebrada era de diez o doce varas en algunas partes. Así pues, el caminante, al entrar en esta estrechura para no salir sino a las 14 leguas, parece ahogarse en tan estrecho camino después de haber pasado por tan inmensas llanuras; antes de acabarse esta quebrada tiene un paso que apenas la carga, es decir, de tal modo se juntan los cerros allí, que topándose sería difícil a cualquiera volver atrás. Viendo para arriba se puede muy fácilmente decir que son dos murallas, tales

³¹ Ichigualasto, Valle de la Luna.

son los cerros en este lugar porque cada uno forma una sola piedra lisa y del todo pareja. A las tres o cuatro cuadras dijo un peón “esta cruz se puso para un joven sanjuanino que habiendo llegado muy de noche se alojó acá; llovió mucho durante la noche y bajó una gran creciente en que se ahogó en estas estrechuras por no haber podido trepar al cerro.” Al fin acabamos de salir de aquellas dos enormes murallas y nos alojamos en el primer rodeo que se encontró a su salida. Mamá tuvo una leve indisposición y le hicimos una especie de cuarto de los cueros, por no poderse clavar la carpa por la mucha piedra. Luego se mejoró y todos quedamos tranquilos.

A la salida de la quebrada del peñón. Viernes 26 de septiembre

Muy temprano se reunieron los animales y faltaban cinco. ¿Y cómo rastrearlos en unos cerros donde ninguna pisada se estampaba por sus lugares pedregosos? Sin embargo “sólo que la tierra los trague se me escapan,” dijo nuestro José. Y así fue; en efecto los animales habían pasado a otro cerro y José se dirigió allí sin bajar sino de tarde en tarde la vista para distinguir una pisada. Un poco después de salir el sol nos pusimos en marcha sin que nada nos falte. A la una de la tarde, ya muy fatigados por el sol, quisimos descansar cuando un peón nos mostró las casas de las Salinitas de Bustos, que parecían a lo lejos. Después de media hora llegamos y nos bajamos en la sombra de un algarrobo junto a la casa. El dueño de la casa nos llevó y nos obsequió en ella. Cuando el sol estuvo muy bajo, salimos de las Salinitas y nos alojamos a las 4 leguas. La Lauriana sufrió un golpe antes de llegar donde dormimos.

A 4 leguas de las Salinitas de Bustos. Sábado 27 de septiembre

Este día salimos muy temprano sin ningún contratiempo. Durante el camino de este día Agustín (peón de mano) se encargó de distraer la familia con las invenciones agudas y cuentos que sabía muchísimos. Nos alojamos dos leguas antes de llegar al río Bermejo, no habiéndonos sucedido cosa alguna durante el camino, que fue como catorce leguas. Nos alojamos dentro de un corral bien cercado y cuadrado y por la noche dormimos perfectamente.

En el río Bermejo. Domingo 28 de septiembre

De nuevo se perdieron en este día dos de los mejores caballos que los fue a buscar José. Como tardasen en venir los caballos y hubiesen que los reemplazaran, marchamos confiados en

que José nos alcanzaría. Le dejamos su montura y su maleta en el alojamiento. Luego que no nos alcanzó, principiamos a temer por él. En primer lugar porque no tenía agua y tenía que andar 16 leguas para encontrarla. Tampoco tenía qué comer y en caso que volviese tarde al alojamiento anterior donde necesariamente tenía que volver ¿qué comía?, o más bien ¿qué bebía? No se hablaba de otra cosa en el camino; decían las mujeres “perecerá de hambre o de sed, sin duda”. Cualquier polvo que aparecía a lo lejos se celebraba diciendo “¡es él!”. Luego, como el polvo, se desvanecía la esperanza. Ya eran las dos de la tarde y sin embargo no llegaba, nadie se reía ni cantaba porque faltaba el eje de toda esta comitiva en camino. Cuando el sol se entró llegamos a las orillas del río que por sus barrancas se llamaba el Zanjón. Después de haber descargado y dado agua a la tropa en el río, la llevaban los peones al pasto que distaba una legua. Mamita, muy triste por la demora de José, se había sentado en una petaca y ofrecido más antes el pagar las albricias al que primero le diese la buena nueva de la llegada de José. Uno de los peones que llevaba la tropa al pasto llegó de galope diciendo a mamá, “¡señora, las albricias! ¡Ya viene José!”. Todos nos levantamos para verlo y como la llanura presentaba vista hasta de una legua, le vimos a lo lejos y lo conocimos por los prisioneros que traía arreando (era un caballo blanco como la leche y un bayo). Ya se acercó mucho y lo vimos que puesta su pierna derecha en el pescuezo de su caballo, caminando paso a paso con suma serenidad y tarareando una vidalita, arreaba los caballos siguiendo el compás con el azote que suavemente caía sobre ellos. Luego que se bajó, lo abrazaron los chiquillos y casi no lo dejaban desensillar su caballo, que le dirigían acerca de hambre y sed. Todo quedó tranquilo con la llegada de José, que fue bien premiado. En seguida nos contó minuciosamente los lugares por donde había rastreado los caballos avisándonos las vueltas que lo habían hecho dar caminando una legua al norte, luego volviéndose otra al sur, tomando después al naciente, a veces sin dejar ni una pisada. Por todas éstas los había seguido José hasta su alcance. Cierto es que la habilidad de este peón era muy rara en esta materia y nunca se le podría bien ponderar.

A las márgenes del Zanjón. Lunes 29 de septiembre

Temprano estuvo todo listo y nos acercamos a pasar el río. Tenía poca agua pero era pantanoso y al entrar tenía una barranca en que los caballos se perdían hasta más arriba del pecho. Mamá tuvo mucho miedo y la pasó un peón poniéndola por delante, lo mismo que a las demás niñas. En fin, acabamos de pasar nosotros y después las cargas, con mucha felicidad. Llegamos a Famacoa a la una y pasamos un poco más adelante, donde nos alojamos. En Famacoa nos bajamos un momento para tomar agua; en la aguadita encontramos unos salineros que llevaban a San Juan unas cargas de sal en burros. Nada nos sucedió por la noche.

Por las inmediaciones de Famacoa. Martes 30 de septiembre

Ningún caballo faltó al otro día y así salimos muy temprano. Llegamos al Pajonal y allí nos alojamos. No había pasto sino algunas yerbas que los animales, a falta de pasto, los llegaban a morder, se temía por esto que los animales se desesperasen y ordenamos que los peones velasen turnándose de dos en dos. Los que estaban de ronda actualmente, estaban cantando y nosotros (digo los hombres arrimados al fuego) los oíamos divertidos, cuando a nuestras espaldas se oyó algún ruido y pasos de animal. Nos levantamos todos a ver y luego vimos que llegaba al fuego un burro cargado de sal, pues luego nos acordamos que era de los salineros que dejamos en Famacoa. En balde nos enronquecimos gritando para avisarles que se les había quedado una carga, fue imposible que nos oyesen. Atamos al burro a una jarilla después de descargarlo y nos retiramos a nuestras camas que estaban puestas a campo raso porque no paramos la carpa. Yo me dije al acostarme “esta es la última vez que duermo en el campo, mañana dormiré en San Juan, en una rica cama.” En estas dulces reflexiones me dormí. Una hora pasaría cuando nos despertamos a los gritos de un hombre que con todas sus fuerzas decía, viendo los fuegos desde lejos, “¿no han visto un burro cargado de sal?”. Un peón le contestó hinchando sus pulmones “eh, salinero bárbaro, aquí está el burro que has perdi...i...io...o”. Luego llegó el hombre y los peones, burlándose de él, le ayudaron a cargar y se fue. Los gritos de alerta se repetían en el rodeo por los que velaban. Estos acabaron su tarea al venir el día en que trajeron la tropa.

Del Pajonal a las 6 de la mañana. Miércoles 1 de octubre

A esta hora salimos del Pajonal llenos de gusto por ser la última jornada en el campo. Como a las 4 leguas dijo uno de los peones “ya parecen los álamos de la Punta del Monte.” Sea cierto o no, nosotros nos alucinamos creyendo que efectivamente parecían. Al paso que nos acercábamos, nos parecía distinguir más claro los álamos, tal era el deseo de llegar. Cerca de las doce ya vimos muy claros los álamos que se doblaban con el norte. Pero cuando más nos acercábamos, tanto más se nos distanciaban. Al fin llegamos a las primeras posesiones a la una de la tarde. Increíble era el gusto que tuvimos al ver aquellas grandes campañas llenas de un verdor tan parejo que parecía una sola alfombra después de haber atravesado un campo inmenso tan seco como estéril. Llegamos a un potrero que tenía un rancho pero inhabitable. Encontramos un pastor de ovejas que tenía su rebaño allí y nos dijo que más adelante estaba el dueño de esta posesión. Yo fui y le pedí licencia para alojar un día allí, conseguí al momento y me volví. Aunque podíamos llegar a San Juan al entrarse el sol, no quiso pasar mamita el mismo día, mientras yo no volviese del pueblo pues me marchaba al momento. Había una espaciosa alameda a cuya hermosa y fresca sombra se alojó mamá y, después de acomodar todo, hice mudar mi

caballo para irme al pueblo con Agustín. La Sra. Tomasa hacía tincar ya su caldera para darme un mate antes que me fuese. Después que me hizo algunas ligeras advertencias sobre el peligro del río, calle de su casa y de la de mi tío Agustín [Herrera y Lima], me marché a las dos de la tarde con mi peón Agustín. Mamá me dijo al salir “paga algún hombre que te haga pasar el río sin riesgo”. En efecto, dije que buscaría quién me hiciese pasar el río porque ni yo, ni mi peón, conocíamos el camino y mucho menos el paso del río.

En la primera casa preguntamos por el camino que llevaba al pueblo y aunque las señas que nos dieron eran muy confusas, nos marchamos. Nos hacía un sol abrasador pero nos salvaba la sombra de la alameda, que no se cortaba en ninguna parte, en una palabra íbamos por una ancha calle, su piso muy hermoso y sus murallas se representaban en las alamedas cuyos álamos estaban tan bien colocados que tirando la vista por ellos de perfil, ninguno sobresalía de otro. Ni un momento dejamos de galopar y llegamos a una especie de arroyo que lo pasamos casi al trote, enseguida encontrando un hombre le preguntamos si estaba lejos el río y él, riéndose, nos contestó “es ese que acaban de pasar”. Nos admiramos realmente porque esperamos una cosa muy grande, pero esto solo había sido en verano. Llegamos a las primeras cuadras del pueblo y preguntando por la calle que llegaba a la plaza, nos dirigimos allí. Llegando a la plaza que entramos por la esquina del Cabildo di vuelta para el lado de la Catedral. Pasé por una tienda y me paré delante de la que seguía para preguntar a unos mozos que estaban allí por la tienda de mi tío Agustín. Uno de ellos, alto y bizarro (éste era Francisco primo también de mamá), me respondió “es esa que ha pasado”. Luego que me vio mi tío Agustín, demostró mucha alegría tomándome por la mano para que entrásemos a la tienda. Otro joven que estaba allí, participaba de la misma alegría que mi tío, que al fin se dio a conocer por Andrés Herrera (también primo). Después de satisfacer a sus preguntas, le avisé a mi tío que venía a buscar casa para que mamá entrase al día siguiente. “No perdamos tiempo”, dijo, y salimos con dirección a su casa. En la puerta encontramos a mi tío Francisco, que habiéndole avisado mi tío quién era yo, me hizo mil cariños invitándome a que entrase. Entré a un cuarto (que después se llamó mi cuarto) y al entrar mi tío Agustín, dirigiéndose a dos señoritas que allí estaban, les dijo “ahí les dejo ese joven hasta que vuelva”. Las señoritas eran Benjamina Ocampo, mi prima y Carmelita Herrera, hermana de mi tío Agustín.

Confieso que por un rato estuve muy cortado, lo mismo que ellas, que esperaba me preguntaran quién era y de dónde venía. Esto sucedió después de un rato en que todo lo supieron. Un poco después, entró Merceditas, también hermana de mi tío y en seguida Escolástica y Manuelita, por último, mi tía Casimira, madre de esta familia. Inexplicable era el cariño que todas me manifestaban sabiendo que era sobrino. Andrés, que también había venido conmigo a la tienda, principió a hacer idea a Benjamina diciéndole que le pagase unas albricias por una encomienda que le tenía llegada de Chile y que pertenecía a todas las riojanas. En esta broma estuvimos cuando entró mi tío Agustín diciendo que ya había conseguido, o al menos no tenía

duda de conseguir, la casa que solicitaba. Lo restante de la noche, hasta las ocho y media, pasamos reunidos hablando de la crónica de Catamarca. Después fuimos a cenar, durante lo cual mi tío Agustín embromaba a Benjamina con cuentos de la Rioja. Yo me constituí defensor de la Rioja como hijo suyo y convidé a Benjamina que brindásemos por nuestra patria; ella se rehusó diciendo que nunca probaba siquiera el vino. Esta broma duró mientras la cena, después me llevó mi tío Agustín al cuarto que me tenía preparado y me dejó solo, diciéndome que descansase. La predicción de la noche anterior de dormir en una excelente cama me salió cierta.

Mi cama estaba puesta con toda elegancia. Luego no teniendo que hacer, me entré en la cama apagando la vela. Mi cuarto, o en el que me alojé, tenía una puerta que daba al segundo patio. Golpearon la puerta diciéndome “patrón, estoy encerrado en este segundo patio y no puedo ir a verlo.” “Mañana me verás,” le dije, y se retiró. Sea porque extrañase mi cama de mi montura por la rica que tenía, mis jergas por las sábanas de hilo, no puede dormir hasta más de la media noche en que casi por fuerza me dormí.

San Juan. 1 de octubre. Yo solo en casa de mi tío Francisco

Me levanté muy de mañana antes que nadie y me dirigí al segundo patio a ver a Agustín. A mi vuelta hallé ya el lavatorio bien pronto y después de lavarme, salí a la puerta. Mi tío Agustín me dijo que la casa acababa de quedar de su cuenta y así mandamos a mi peón que ayudase a disponerla. A las ocho me llevaron el almuerzo a mi cuarto y después de éste, salí a la calle a cumplir con un encargo de la Sra. Tomasa. No faltó quién me dijese en la calle, “acaba de llegar de Mendoza un padre franciscano y para verlo puede ir a la calle de Don Francisco Herrera”. “Ya sé quién es”, dije y proseguí. Volví a la una hora en que nos sentamos a la mesa. La conversación durante ella rodó sobre la Compañía de Jesús que actualmente se establecía en Catamarca y después sobre la Rioja ... con Benjamina. Me levanté de la mesa para ir a ver al padre que me anunciaron y después de imponerme de la casa, me dirigí. Fui derecho sin errarme y me introdujeron a un cuarto. Lo primero que se me presentó a la vista fue Juan Antonio Alcayde (mi amigo y discípulo) que estaba recostado en un estrado, quién luego que me vio se levantó diciendo “¡hombre! Ramón Gil, ¿cómo estás? ¿Y tu familia, ha llegado buena?”. Satisface a estas preguntas por otras que quería hacerle yo. “¿Te ha ordenado el Obispo? ¿No se ha puesto de mal humor contigo?”. “No me ha ordenado”, me contestó, “sino de Evangelio porque no ha querido dispensarme el año que nos dispensan a los franciscanos”. Después de algunos malayas no hablamos más de esto. “Yo me voy, dentro de algunos minutos para el monte o la punta del monte”, me dijo. “Yo también”, le dije, “nos iremos juntos”.

Volví a casa y di orden a Agustín para que ensillase los caballos y yo entré adentro del cuarto a despedirme. Me entretuve un momento mientras Benjamina me mudó cinta punzó en el

sombrero por otra que tenía, pues Merceditas me dijo que era peligrosa ... Salí al fin en busca de Alcayde con quién me reuní y marchamos. Durante el camino hasta el río tuvimos que hablar en latín porque no nos entendiese Agustín, pues eran asuntos peculiares a nosotros solos. Pasamos el río y como él tenía que tomar un camino opuesto al mío, nos despedimos prometiéndole que al otro día volvería por su casa a despedirme por última vez. Luego principiamos a galopar hasta después de una loma en que vimos ya fuego en la tienda de mamá. Llegamos a las ocho; ¡pero qué porción de preguntas! casi me ahogaban y así les contesté “mañana todo lo sabrán”, sin dejar por esto de satisfacer a algunas, como acerca de las personas que componían la familia de mi tío. Oía un ruido sordo y parecía que alguna persona estuviese rezongando, pero me equivoqué, era la caldera de la Sra. Tomasa. Esta me dio un mate y después de las órdenes necesarias para la marcha al otro día, me retiré a mi cama. De nuevo mis jergas y con mis jergones, paciencia, como ha de ser. A la media noche llegó un norte tan fuerte que me vi desnudo en la cama; al mismo tiempo oí que mamá me gritaba, pues el viento había arrancado la carpa y todo se volvió un laberinto. Aunque no como al principio, duró hasta el otro día. No pude reconocer a nadie porque todos estaban enterrados en el polvo.

De la Punta del Monte a San Juan. Jueves 2 de octubre

Trajeron la tropa muy temprano y principiamos a ensillar. Al salir el sol, todos estuvimos prontos. El bayo que (un caballo) según dije, venía suelto porque se mancó en Chumbicha, estaba bueno ya y muy gordo. En éste iba mamá y al tiempo de levantarla o sentarse en la silla, Aníbal tocó al caballo con una varilla, al momento dio unos corcovos antes de salir disparando y sin duda mamá habría sufrido un terrible golpe a no ser que Agustín, que la subió, la barajase en el aire. Nada nos faltó después y marchamos. Caminaríamos dos leguas y paramos en una casa de donde, por las señas que nos dieron, debía estar Alcayde. En efecto, luego que éste nos vio, salió a la puerta de quién nos despedimos después de mil novecientos noventa y nueve encargos que cada uno le hicimos. Antes de llegar al río, encontramos a mi tío Francisco, quién después de abrazar cordialmente a mamá y resto de familia, siguió con nosotros lo mismo que un compañero que él trajo para que ayudase a pasar el río. Este era un pariente de la Sra. Tomasa. En fin, llegamos al río y dijimos a mamá que era una acequia, que adelante estaba el río y así pasó perfectamente lo mismo que el resto de familia. Luego que acabamos de pasar el último arroyo mi tío hizo bajar a mamá y chiquillos, que quisieron descansar un momento. “Pobres criaturas, deben tener hambre”, dijo, sacando de sus alforjas un gran pedazo de queso y otro de pan que repartía después entre todos. Ofrecía a la vista un bonito cuadro mi tío ya hombre anciano, rodeado de una porción de chiquillos repartiéndoles un pan. Seguimos el camino y un poco después nos encontramos con Andrés y Severo Ortiz (éste último, esposo de Merceditas

Herrera Carril). Con parientes de Doña Tomasa se integró un gran acompañamiento. Un poco después de entrar el pueblo, Elisea cambió su caballo por el de Andrés por estar el suyo muy rendido. Al fin llegamos a casa de mi tío y pasamos a la que desde ahora le llamaré nuestra, que estaba pared por medio con la de mi tío. Mamá y demás niñas fueron recibidas por Merceditas y Benjamina, y poco después, por mi tía Casimira y resto de niñas quienes todas manifestaron un indecible gusto al abrazar a la familia. Mamá no acertaba a romper un silencio que ya principiaba a ser notable y después de satisfacer a las primeras preguntas de molestia de camino, etc., al fin rompió dirigiéndose a Benjamina con una pregunta que ignorando mamá lo que causaba con ella y por una equivocación en el modo de entenderla o interpretarla, hirió a la familia de mi tío y después, más de una vez, hizo derramar lágrimas a mamá tan inocente entonces, al hacer esta fatal pregunta. Felizmente la funesta equivocación, al interpretarla, costó tanto resentimiento a Merceditas y demás, y a Mamá muchas lágrimas, se aclaró después, no dejando ni rastros de su fatal veneno. A las dos de la tarde Merceditas apará la mesa de comer y nos sirvió después, espléndidamente. Los peones y sirvientes la tuvieron también buena por su parte, habiéndoles dado yo con qué divertirse esto es agu...ar...diente. En todos los semblantes se pintaba la alegría y el fin de un largo y penoso camino, no sin peligros y heroicamente con la ayuda del Cielo por una Madre e hijos no acostumbrados nunca a semejantes travesías. Llegamos a San Juan a las 12 del día 2 de octubre.

El mes de octubre en San Juan

Desde el siguiente día de nuestra llegada, las otras familias Herrera, (Don Andrés y Da. Martina, representantes de estas familias) se nos presentaron con todas las muestras de cariño. Pero todo lo que diga para ponderar el cariño con el que nos recibieron estos parientes es nada, nada enteramente en comparación de lo que hacían por nosotros, puesto que en una palabra, nos consideraban como a hermanos y no como parientes. Las señoras que componían la sociedad de San Juan, todas, visitaron a mamá. La señora del Gral. Benavidez estuvo también a visitar a mamá. Sin embargo, no podíamos olvidar a nuestro país, varias fechas particularmente en que habíamos contado el hallarnos allí, nos entristecían. Esto se aumentó con la vuelta de Don Antonio a los ocho días que llegamos. Este benemérito hombre nos había conducido hasta San Juan sin ningún interés, pero estábamos más ligados a él por otro servicio mucho mayor. En los mayores disturbios de la Guerra, cuando se asechaba más la vida de papá, este hombre lo salvó en su casa con peligro de la suya, pues según los diferentes decretos que a ese tiempo se publicaron, tenían la misma pena los ocultadores que los Unitarios, ocultados y encontrados; además de la vida que se les quitaba si les secuestraban los bienes botando la familia a la ... Todas estas penas que se han visto cumplir rigurosamente tenían los que ocultaban a algún

titulado Unitario en sus casas, y todos estos peligros los arrojó este hombre por salvar a papá jugando, en una sola mano o de un tiro, su vida y el sustento de su dilatada y pobre familia. Al fin se volvió el 10 u 11 coronando sus buenos oficios con habernos conducido en su tropa hasta San Juan, 150 leguas, sin interés.

Mientras nosotros estábamos tan tranquilos en San Juan, nuestra Catamarca estaba envuelta en revolución. Provenía ésta de la pérfida aspiración de Don Santos Nieva a mandar contra todo el torrente del pueblo que se le oponía. Había sido ya, una vez a fuerza de armas, reelegido en el mando y ahora valiéndose de la misma que antes, quería sentarse de nuevo pero se le opuso mayor fuerza por Balboa y otros Jefes de la campaña, y lo obligaron a abandonar la plaza, retirándose a la Sierra. Estas fueron las últimas noticias que en el mes de octubre tuvimos de Catamarca.

Mes de noviembre en San Juan

Al paso que se pasaban los días, se aumentaba nuestra semi fraternal amistad con la familia de tío Francisco y las otras dos. No teníamos sino un pensamiento triste que nos traía siempre pensativos; este era el no tener la menor noticia de nuestra familia residente en Chile; a pesar que llegaban pasajeros de Copiapó y Valparaíso, ninguna noticia nos daban. Manuelita Herrera se dispuso a hacer un paseo a los baños de Zonda y queriendo distraer a mamá, que lo pasaba muy triste, le propuso llevarla con Elisea. Mamá asintió en esto y señalaron el día. Al fin llegó el día y partieron a las tres de la tarde quedándome yo de padre de familia. La comitiva se componía de Manuelita, Ma. Carril, su esposo, Mercedes Herrera Lima, mamá y Elisea. Unos días antes de esto, había llegado Pedro Oviedo, amigo y condiscípulo, a ordenarse. El Obispo le dijo que no lo ordenaba porque las dimensiones eran dadas por un provisor que ya no existía. Los padres jesuitas, que tenían mucho influjo con Su Señoría, se empeñaron y el contesto fue que volviera a Catamarca, que él no lo ordenaba. Entonces ¿a quién volver sus ojos este infeliz forastero y sin otra recomendación que la que acababa de ser desairada? Vio a mamá, quien le prometió hacer todo lo que pudiese por él. En efecto, vio a Ovejero (íntimo amigo nuestro) y que lo era también del Sr. Obispo, para que éste se empeñase con él. Fuimos con el Señor Ovejero a la casa de Su Señoría y después de haberle hecho patente su solicitud, nos contestó “a los jesuitas que se han empeñado por lo mismo, les he dicho que, pues, además del embarazo de las dimisorias, el tal Provisor no se ha dignado escribirme, puesto que no estoy obligado a ordenar a nadie, no siendo mi Diócesis; a Ud. no puedo decirle que no y consiento en ordenarlo”.

Fui volando a dar esta nueva a Pedro, quien la recibió con tanta más sorpresa y alegría cuanto que no esperaba lo consiguiéramos tan pronto. Se ordenó el día prefijado por el Obispo y después de darnos las gracias, no teniendo expresiones con qué pintar su reconocimiento, partió

en la tarde del día en que se ordenó pues le era difícil esperarse más, pues el río se aumentaba cada día. La señora Tomasa, que nos acompañó, también se volvió el dos, no teniendo valor para despedirse, tal era la amistad que durante el camino habíamos contraído. Al día siguiente a que se fue mamá, recibí un propio de ella haciéndome llamar (esto era debido a Manuelita) y al concluir su carta me decía “no te vengas sin traerme noticias de Chile, estoy desesperada por saber alguna cosa”. Convidé a Pancho (hermano de Manuelita) y como era tarde, quedamos en salir al otro día. Salimos muy temprano y llegamos a Zonda a buena hora, estaban almorzando una rica cabeza. Era aquel paseo lo más delicioso que se puede dar. Tenía un baño hermosísimo en un arroyo de agua enteramente cristalina y que cuanto más quemaba el sol, tanto más fría se ponía; a este baño veníamos varias veces al día. A mamá le hizo daño el primer baño por habérselo dado muy poco tiempo después del almuerzo. Lo que completaba aquel paseo era la magnífica casa que ocupábamos de un pariente de Manuelita, pues no había muchas mejores en el pueblo. Todas las piezas tenían ventanas a una hermosa quinta y ésta, estaba rodeada de unos anchos corredores enladrillados y tan limpios como un cristal. En el techo del corredor estaba formado un hermoso parrón cuyos vástagos se traían desde la planta que estaba a la orilla del corredor.

Ocho días nos detuvimos en este paseo y nos volvimos al pueblo desesperados por saber alguna cosa de nuestra familia. Nos engañamos, ninguna noticia encontramos. A veces corría esperanzado a más de una legua de distancia a averiguar alguna cosa, a los recién llegados de Chile, pero luego me volvía desconsolado porque ninguna noticia me daban de nuestra familia. Mi tío Agustín se afligía demasiado también con esta incertidumbre, pero trataba siempre de consolar a mamá diciéndole que aún no era tiempo de que Samuel llegase a Valparaíso. Siempre tratando Manuelita de distraer a mamá la llevaba a su casa todos los domingos, donde reunidos con Andrés, Francisco y María Carril nos distraíamos perfectamente todo el día. ¡Ah! ¡Con qué voces ponderar el cariño tan tierno que estos parientes nos profesaban! Partían con nosotros nuestras penas y trataban de calmarlas proporcionándonos diversiones y paseos que nos distrajeran de las terribles sospechas que principiaban a nacer en nosotros con la incertidumbre de nuestras familias. Manuelita se llevaba a su casa todas las semanas a que la acompañaran pues era muy solita y quedaba más sola cuando se iba María al campo.

Recibimos una carta del padre Quintana, ¡qué gusto!, decía que no cesaba de dar gracias por la felicidad de nuestro viaje, toda su carta estaba llena de profecía en nuestro favor. También recibimos otra carta del Padre Perado, otras de las señoras Villafañes y de mi tía María del Señor. Estas cartas nos sirvieron de mucho consuelo y tuvimos un día de gusto al leerlas.

No me olvido que al recibir estas cartas padecí mucho no recibiendo contesto a ninguna de las cartas que escribí a mis amigos y parientes; repetí y tampoco me contestaron. Lo anoto en mi diario, puede servirme alguna vez. Lucas Gutiérrez, Tesor Niceo, los reverendos padres LL. Benjamín y Wenceslao Achával, *et alibi aliorum plurimorum [sanctorum] Martyrum et*

*Confessorum atque sanctarum Virginum.*³² ... *quas etiam scripsi; amen Deo gratias, passentia pro hoc Allelulla.*³³ R. G. N. y Opo.

Mes de diciembre de 1845 en San Juan

La amistad de nosotros con nuestros parientes se estrechaba cada día más. Yo hice un paseo a Cauçete, convidado por María y Andrés. Teníamos que pasar el río que estaba crecido y no estando pronto el bote pasamos con el agua al pescuezo de los caballos, que a veces eran llevados por la mucha corriente, pero al fin salvamos bien. Nuestra diversión consistía en hacer por la mañana después del almuerzo algunas correrías de caza a caballo y a nuestra vuelta, a las doce, en aquellos abrasadores días de diciembre, encontrábamos una gran batea de ensalada de lechugas perfectamente compuesta por Salvador que devorábamos como verdaderamente asados de calor. Después de dormir o pasar la siesta, hacíamos otras salidas a los inmediatos bosques o a algunas lagunas a cazar. Ocho días pasamos en este hermoso paseo. Esta vez al pasar el río nos embarcamos en un bote y por la primera vez me vi en medio de un inmenso río y dependiendo mi vida no de un gran capitán como en un buque, sino de unos débiles remos mal manejados por hombre inexperto. Temblé de miedo al no poder salir el bote de un especie de remanso; yo que tenía que atravesar después poco más de 400 leguas por mar, me estremecí al ver aquel leve contratiempo en un espacio de media cuadra. Al fin salvamos bien y llegamos a casa de Manuelita como a las siete de la noche. Estaba sola con Parmenia, alrededor de la mesa, leyendo con mucho empeño. Después de tomar mate y algunos bocados de dulce que Manuelita nos convidó, Andrés y yo nos dirigimos a casa. Encontramos a mamá en la cuadra, siempre triste, siempre afligida porque no tenía cartas de Chile. Yo le traje de Cauçete una carta para Benjamina fingiendo ser escrita por su tío, un cura de Sañogasta. Le hablaba de vigilancia sobre Gav...i...la...nes, etc., esto era fingido todo por mí, pues me pagó bien las albricias. Mes y medio hacía que yo le enseñaba música y más por su capacidad que por la mía en esta materia, después de los primeros ejercicios tocaba ya en la guitarra alguna cosa. Me era muy agradable esta ocupación, pues a no ser ésta me habría pasado enteramente ocioso, cosa que no me venía bien, salido días antes del Colegio para venirme. Esto pues, me distraía y me servía, pues al paso que enseñaba, aprendía lo que nunca había sabido pues enseñar. Al cuarto en que estudiábamos se le llamaba el cuarto de Ramoncito y yo también me había acostumbrado a llamarlo mi cuarto. Mis paseos diarios eran a la calle ancha de Manuelita, a la tienda

³² *Y en otros lugares, en diversos lugares, muchos otros santos mártires, confesores y santas vírgenes. Oración católica de la prima, traducida del latín.*

³³ *... y las cuales he escrito; y Amén gracias a Dios, pasión por esta aleluya. Traducido del latín.*

de Andrés y concluía en la de mi tío Agustín. En la música nos ocupábamos comúnmente dos horas por la mañana y dos por la tarde; algunas veces era mucho menos tiempo y otras mucho más cuando mamá se hallaba allí. Mamá y demás niñas se reunían todas las noches en casa de mi tía Casimira porque nuestra casa y las de mis tías estaban juntas, pues cuando nosotros no íbamos, ellas venían.

Este estado de vida que adoptamos desde nuestra llegada a San Juan seguía sin variarse en nada. Mi ocupación era la que he dicho y a nuestra felicidad nada le faltaba, sino estar ciertos que nuestra familia, como nosotros, estaba bien en Chile.

El mes de enero de 1846 en San Juan

Como he dicho, mucha incertidumbre del bien estar de nuestra familia y sospechas de alguna fatalidad que diestramente se nos ocultaba, fundado todo en el silencio, nos hicieron pensar en un propio a Valparaíso. Todo estaba pronto cuando supimos que un hombre se dirigía a Valparaíso o San Felipe, si la persona en busca de quien se dirigía está ya en San Felipe. Esta proporción nos ahorró un gasto grande y así mi tío Agustín (que era quien trabajaba todo esto) escribió a San Felipe a un tal Tello, por mano de quién debía hacerse el propio a mi tío Ventura a Valparaíso. Todo se arregló, como he dicho, y tal sujeto salió como el 1 o 2 del presente, poniendo veinte días de plazo. Mamá no perdía la cuenta del día ni de la hora que salió (éste era sábado por la tarde) pues aunque algunas veces se equivocaba, era más bien aumentando días al viajero que quitando. Al fin expiró el plazo de 20 días, siguió 22, 24, 28 y no había ni noticias del tal viajero, se concluyó el mes y tampoco apareció. Entonces, ¡qué temores! ¡Qué sospechas! ¡Qué noticias funestas corrían y tan alarmantes! Se habían encontrado en la cordillera once personas muertas, tres o cuatro sujetos de alguna importancia habían perecido ahogados en el río de las Vacas. Mamá, en algunos raptos de tristeza decía, “¡tal vez uno de esos! ... ¡hijo mío! ¡Dios no lo permita!”. Realmente esperábamos a Samuel [Navarro] y mamita, no sin alguna razón, temía por éste, pero mi tío Agustín la consolaba siempre estos casos funestos, haciéndole ver la imposibilidad de que Samuel se expusiera, habiendo algún peligro aún en la cordillera o en los ríos. Con estas reflexiones se calmaba y luego decía “¿por qué tarda el propio? ha llegado y sin duda me ocultan.” Tales fueron los últimos días de enero.

Febrero de 1846 en San Juan

Había llegado el 1 de éste sin que tuviésemos noticias de este propio que traía a mamá tan afligida. Al fin llegó como el 6 o 7 y nos entregó unas cartas que tenían diez días de fecha.

Eran de San Felipe, de Tomasita [Ocampo y Herrera] y de Constancia [Ocampo y Herrera] que sólo decían que aún no había llegado Samuel a San Felipe porque lo esperaban, pero nada nos decían del propio ni se habían recibido nuestras cartas por el conductor de éste, en una palabra, nada conseguimos de nuevo por estas cartas, al contrario, más aflicciones, más sospechas nacían. Yo trataba de disimular las que tenía, pero sufría más que todos. Nos sentamos a la mesa así disgustados con las tales cartas pero luego se nos ocurrió la idea de hablar con el conductor porque las cartas no habían sido entregadas por él. En efecto fui, pero no estaba dónde me dijeron que podía encontrarlo, se había marchado a Puyuta tres leguas del pueblo. Me volví a casa y ensillando el caballo de mi tío Agustín me marché. Por las señas me detuve en la puerta de una casa cuyo patio estaba lleno y rodeado de aparejos de viaje y cuyas caronas recién quitadas a las mulas humeaban aún. Después que supe cuál era el hombre que yo buscaba de cuatro que habían allí, le dije “vengo a saber el resultado de la comisión que Ud. llevó a San Felipe”, y él contestó “el Sr. Tello hizo el propio a Valparaíso y recibió en contesto este paquete”, dijo, y me alargó un gran paquete. Después saludé y de un galope me puse en casa, radiante de alegría. Por mi modo brusco y atropellado al entrar, conociendo que traía buenas noticias, salieron todos a recibirme. Abrimos el paquete en presencia de mi tío Francisco, que se halló allí y contenía cartas de mi tío Ventura, Pedro Agote y una de tío Ramón [Ocampo y Herrera] y aunque no había de Tatita, mi tío Ramón nos incluyó una que había recibido pocos días antes de Concepción. Todo fue alegría, nuestras infundadas sospechas se disolvieron pues según decía Tatita, en su carta a mi tío Ramón, Samuel debía salir el 20 de enero de Concepción para San Juan. Ya no teníamos aflicción y nuestra alegría era completa. La noche que siguió a este día feliz se reunieron todos los parientes para felicitarnos. Desde entonces ya no se pensaba sino en la próxima llegada de Samuel de un día para otro, que debía completar nuestra alegría. Sin embargo muchos días se pasaron sin que llegase y de nuevo principiábamos a inquietarnos.

Marzo de 1846 en San Juan

A mediados del mes anterior había llegado la señora Presentación Segura. Alojose en casa cuatro días y pasó a Mendoza en busca de su hijo Gregorio que se hallaba allí. Iturbes, que vino con ella a ordenarse, se había quedado en San Juan y ya despachado de sus pretensiones, esperaba a Doña Presentación para regresarse y como debía llegar a casa, iba allí todos los días a preguntar si habíamos tenido noticia de ella o de Samuel a quien esperábamos con inquietud a cada momento. Se había pasado febrero sin que llegase Samuel, lo que no creíamos y con siete días que se habían pasado del presente, principiábamos de nuevo a desesperar. El 5 salí a caballo y me dirigía a casa de un hombre que había llegado de Santiago con fin de adquirir alguna noticia. Sobre caminar más de una legua, no me dio la menor noticia aquel hombre que aunque

noble, me pareció tan guaso y tan brusco. No pude sacarlo del sí y del no, pues como traía cargamentos de contrabando, sospechaba hasta de mí, no dándome la menor noticia. Me volví del todo fastidiado y entré a casa de Manuelita, estuve un momento y me dirigí a casa. Hallé a mamá con Eloísa Bascoí, que me esperaban alegres, creyendo alguna buena noticia. Luego que supieron lo mal que me fue volviéronse a quedar tristes. Unos minutos después yo estaba en mi cuarto (en casa de mi tía), ya había tomado lección a Benjamina y Manuelita (digo la chica) y contábales el viaje tan infructuoso que había hecho. “No te aflijas que ha de llegar Samuel”, me dijo Benjamina riéndose. Así estuvimos embromando cuando se oyó un tropel que se perdió entrando a casa. “¿No ves?, ahí lo tienes a Samuel, ya ha llegado,” dijo siguiendo, y yo le contesté, “es el arriero que quiere llevarnos y viene a tratar ahora”. Luego entró la Lauriana y enjugándose las lágrimas con su pañuelo me dijo “acaba de llegar ...”, y se reía y lloraba al mismo tiempo. Tal fue la agradable sorpresa que tuve, que me callaba sin responder ni levantarme. La Lauriana se fue y yo me quedé aún con la misma serenidad. Luego entró Darío de nuevo a llamarme y le dije “bueno, déjalo que vaya estando.” Este salió y no pudiendo resistir por más tiempo me levanté y sin sentir, salí corriendo. ¡Pero qué gusto! abracé con todas mis fuerzas a Samuel y por primera vez experimenté lo que es reunirse con un hermano después de ocho años de separación. Samuel estaba elegantemente vestido para a caballo. Un hermoso ceñidor de seda lacre ceñía su delgada cintura, atrás apretado con el ceñidor tenía un rico puñal, cuyo cabo apretaba su chaqueta verde de paño bien abotonada. Su chaleco era de fina cachemira y de un verde hermoso, lo tenía cruzado y bien abrochado. Una delgada cadena de goma que resaltaba en el verde claro del chaleco, siendo tan negra, atravesaba su pecho y se perdía en el bolsillo derecho donde tenía un reloj. Luego llegó la familia de mi tía Casimira. Un poco después mi tía Martina y sus hijas, al fin entró mi tío Agustín y Andrés. Antes que vino mi tía Martina, su hija Merceditas le mandó a Samuel un ramo de diamelas y no le daba a nadie, a pesar de que habían innumerables niñas, tal era el gusto que tenía al volver a ver diamelas.

Samuel llegó el 5 de marzo, día jueves a las 12 del día y desde este día se principiaron los aprestos de viaje. A las cuatro o cinco de la tarde, hora en que Manuelita supo su llegada, se vino a casa pues participaba del gusto lo mismo que nosotros. Tres o cuatro días antes de la llegada de Samuel a San Juan, había llegado también Doña Presentación con su prisionero y se preparaba a volver. Por la misma Doña Presentación supimos que Don Santos Nieva fue depuesto por Balboa poniendo en su lugar a Don Manuel Navarro, nuestro tío, quién ofrecía indulto a papá. ¡Tamaño sonsera! bajar del cielo a la tierra sería lo mismo que dejar Chile por la República Argentina, la paz y la tranquilidad por las aflicciones y zozobras, en una palabra, la libertad por la esclavitud. Sólo yo, que tengo pasión ciega a mi país, volvería aún en el estado que se halla, pero otro que yo, no.

El 6, después de presentarse Samuel, fuimos a casa de Manuelita, de vuelta entramos a lo de mi tía Casimira. Querían verlo bailar la polka pero como no había quién le acompañara, yo

tenía que hacer de señorita, que la aprendí tan luego que bailé con él una vez. Todos los preparativos de viaje se estaban haciendo compartidos en casas de los dignos parientes que hasta el último nos servía en cuanto podía. El 15 se acercaba y en él un día para nuestros parientes y nosotros que nos queríamos mucho, como para no separarnos jamás. La llegada de Samuel, que tanto celebraron al principio, comenzaba a pesarles por su precipitada vuelta con nosotros. A mi nada me consolaba y sólo me calmaba diciendo “voy a ver a Tatita”. Medio año de estada en San Juan me parecía un día no entero, tal fue aquel hermoso tiempo que pasamos en medio de nuestros parientes y que pasó como un delicioso sueño.

El fatal 13 de Marzo de 1846 Viernes, último día de estada en San Juan, Digo jueves a la una de la tarde.

El arriero que debía conducirnos era Benegas, chileno, quién vino muy temprano y principió a cargar el equipaje que debía salir. Como yo hice la entrega de la familia a Samuel el día que llegó, ya no era el que disponía yo de los aprestos, sino él. No me detendré mucho en la escritura de este día que contiene la despedida más triste que jamás se podrá presentar igual. Los ojos de las niñas no se secaron desde este día hasta muchos después. A las diez se despachó el equipaje, hora que yo llegué de la Merced ocupado en cierto asunto con el padre jesuita Ugarte ... A las 12 principiaron a llegar los parientes, digo la familia de mi tía Martina [del Carril] que apenas tuvo el valor para arrancarse de mamá. Si hablo de mí en particular, diré que en los días de mi vida no he tenido una tristeza que se parezca, siquiera mucho menos que alcance a ser igual, jamás mi corazón se desgarró más de dolor. Yo, que he sufrido, no soy capaz de explicarme ahora el sentimiento que tuve. Tal fue lo que padecí al separarme de tan caros parientes. Tenía una especie de atolondramiento que casi me hacía insensible y provenía de la opresión que sentía. Merceditas por cierta, deuda que en broma contrajo conmigo, tenía que pagarme alguna cosa a mi elección, al fin transamos dándome una sortija que tenía estas letras (S. J.); después de dármele por ciertas reflexiones que yo le hice, trató de recobrarla pero sobre esto hubo una cuestión tan larga que tuvo por resultado el quedarme yo con la sortija. Las dos familias estaban reunidas en un oscuro dormitorio y sin resolverse a separarse, un solo llanto ahogaba a todos y mil mal articuladas palabras se confundían y perdían en medio de los sollozos. Estrechándose en los brazos unos y otros se hacían mil protestas tan difíciles de cumplirse como lo más imposible. Me sería imposible, como he dicho más antes, dar un bosquejo siquiera de esta triste despedida. Sería mejor que no llegase el trance de arrancarse nuestra familia de la de mi tío, me sería muy doloroso escribirlo pues sólo su memoria me estremece. Yo salí del dormitorio donde se presentaba una escena tan triste como aturrido y subí en mi caballo, siendo muy doloroso renovar otro sentimiento despidiéndome de Manuelita, que estaba en la cuadra.

¡Ah! pero no sabía yo que esto me costaba y me costaría caro. Manuelita atribuyó este paso a indiferencia. Yo, aunque no pudiendo sufrir, me volví a verla, ya fue tarde, ella pensó de otro modo. ¡Qué porción de sentimientos se me reunieron a un tiempo! aun no comprendo cómo sufrí cuando oí la palabra ¡ingrato! ... ¡Ingrato a mí, que sufría más que todos! ¡Ingrato a mí, que por la primera vez sentía desgarrarse mi corazón! Este es el mayor insulto que pude recibir. ¡Ah! me horrorizo al acordarme de esto, que completó mi dolor, pero éste entonces no era ya como el que sufría antes ...

El Pocito. 5 leguas de San Juan

A este lugar llegamos a la oración, pero no sé en qué tiempo atravesamos la distancia que nos dividía de San Juan. Llegamos al Pocito acompañados de mi tío Agustín, Andrés y Pancho o Francisco. Mi tío Francisco y María se volvieron cerca del pueblo, pues el último tenía que irse a Zonda y era tarde ya. También nos acompañó Ramón Losa y éste, hasta el Pocito. Se me representaba mi cuarto de lecciones, ¡qué sentimiento! ... qué ... Si, la quería realmente ... por la primera vez su mano se encontró en la mía y por la primera vez sentí que mi corazón latía fuertemente ... Tal fue mi primer amor por mi prima Benjamina Ocampo, pero tan sencillo y puro que yo mismo no lo comprendía. Llegados al Pocito nos alojamos en una casa que Benegas nos facilitó por estar desocupada por los dueños y casi abandonada para que se aloje el que quiera. Era nueva, hermosa y con toda comodidad. Si hubiésemos estado allí para volver a San Juan y no para alojarnos para siempre, se hubiese creído que estábamos de paseo, tal era el gusto que tuvimos al estar reunidos con el resto de parientes en una hermosa hacienda, pero luego recordábamos a San Juan y cesaba nuestra ilusión. A las ocho de la noche estábamos todos reunidos en el patio cuando llegó Juan Lavaise y Giménez, su compañero, que debían acompañarse de nosotros para Chile. Pasamos una parte de la noche reunidos y con una mentida alegría que luego, volviendo en nosotros, se convertía en tristeza. Nos separamos los hombres para dormir reunidos.

En el Pocito. Viernes 14 de marzo

Temprano nos reunimos los que dormimos en un lugar y nos encontramos donde sacaban leche dos mujeres o tres solas, a más de cuarenta vacas que había en el corral. Tomamos leche al pie y en seguida principiamos a jugar con los terneros. Nos reunimos a almorzar y después se regresaron mi tío Agustín y Francisco, que tenían precisión de volverse. Pasaré en silencio lo que sufrimos con la despedida del tío que diré, en una palabra, sirvió de padre en cuatro

años que faltó papá a nuestra familia y que después, en San Juan, coronó sus servicios con la hospitalidad que le prestó. Andrés se quedó con nosotros, pues no marchándose en este día quiso acompañarnos. A las doce despachamos un propio al pueblo por cierta cosa que se nos olvidó. Llevaba éste las alforjas llenas de cartas y para personas con quienes habíamos estado el día antes. Volvió por la tarde y había perdido en el camino las tres onzas que llevaba y a no haber sido un chileno Chalinon que encontró las cartas y las onzas, que se las entregó a mi tío por muy honrado, la alforjada de comunicaciones se habría extraviado. Todos nos contestaron menos mi tía Escolástica, que no me gustó mucho. Manuelita me contestó pero siempre en su craso error. Andrés se despidió al entrarse el sol y nosotros seguimos los aprestos para marchar al alba del siguiente día.

En el Pedernal. Sábado 15 de marzo 1846

Del Pocito salimos a las dos de la mañana. Al pasar por la casa del guarda, que según su cargo, tenía que registrar nuestro equipaje, lo mismo que todos los que pasasen, nos quedamos yo y Juan para presenciar este registro y mientras llegaban las cargas, nos entramos en la casa a registrar una lechería por si encontrábamos algún requesón. El guarda y su familia dormían en el patio mientras nosotros, no habiéndolos encontrado, nos dirigíamos donde ellos estaban. El guarda se despertó y nos recibió allí. Mientras llegaban las cargas volvimos a la lechería donde ya estaban sacando leche. Tomamos dos vasos recién sacados y nada nos cobraron. Este cariño se debía a Juan que le dijo al guarda “tengo que escribirle al Ministro y avisarle que hasta ahora vamos muy bien, se interesa tanto en nosotros y es tan bueno ...”.

Después llegó el equipaje y mediante la futura carta que íbamos a escribir al ministro nos registraron sino una carga y esto hizo el guarda más por ceremonia que por otra cosa.

Luego que nos despachamos, seguimos la marcha. No se acercaba el día aún y nosotros no cesando de galopar, apenas conseguimos alcanzar la familia a las diez de la mañana. Nos hacía un sol abrasador y a la una de la tarde, cuando más nos quemaba, llegamos al Pedernal y nos alojamos en una quinta llena de higueras y duraznos cuyos gajos se quebraban con el peso de unos hermosos duraznos. Las higueras eran tan grandes y coposas que ningún rayo de sol penetraba en su sombra, en una palabra, no podía darse un lugar más delicioso y recreativo para el alma y donde más se encontrase de todo para el cuerpo, pues en toda nuestra larga travesía no habíamos encontrado un lugar más pintoresco y halagüeño que dijese más mal con su nombre de Pedernal. Luego que descansamos un momento se pidió qué comer y listo, el sirviente vino diciendo que se había quedado en el Pocito la carga de petacas que encerraba el negocio de boca. Benegas mandó al momento un propio y todo se suplió con duraznos y choclos, pues lo exquisito de éstos no dejaba apetecer otra cosa. En un grande tronco de higuera grabé mi

nombre y la fecha que estuve en el lugar. Todos los demás hicieron lo mismo que yo en las demás higueras. A la media noche llegó la carga sin ninguna falla y no faltando ya nada nos fuimos a acostar para marchar al día siguiente.

En Acequiones. Domingo 16 de marzo de 1846

Después de almorzar se principiaron a ensillar los caballos pues la jornada que teníamos que hacer no era larga. Salimos a las 9 o 10 teniendo un camino muy alegre con los chistes de Juan. Llegamos a Acequiones a las 2 de la tarde y aunque era buena la casa, preferimos una quintita para pasar el sol en la sombra de unos duraznos. Una acequia de agua cristalina pasaba regando los duraznos y luego una huerta de sandías. Pasamos el sol perfectamente. Don Domingo Iribarren llegó al entrarse el sol y se alojó con nosotros. De este lugar de Acequiones volvimos a escribir a San Juan incluyendo una para mi tío Mauricio. Por la noche, reunidos en coro, cantamos el Salchichín, el Trágala y otras canciones contra el tirano. A pesar que no habíamos pisado aún el cielo libre pero nos entusiasmábamos oyendo a Juan, que era el promotor de todo esto y todos cantamos sin recelos. Había allí muchos guasos que se aterraban de oírnos y a quienes Juan los reunió y proclamó diciéndoles que el tirano caería precisamente pues que marchaban contra él el Faraón por el occidente y Saúl y Moctezuma por el norte. De Inglaterra venía Ricardo Corazón de León, pues que a esfuerzos de todos estos caería sin duda el Tirano. Hizoles creer también que de la familia de Rosas nacería el anticristo y que por esto, este Tirano era ya enemigo de la raza humana. Al concluir Juan su arenga, todos los guasos gritaron ¡viva! pues creyeron que realmente estaban viviendo engañados hasta que Juan les reveló todo. Lo restante de la noche, hasta recogerlos, estuvimos oyendo al almanak (sic) de Juan relatar toda la vida de Quiroga, de Ibarra, etc. Cuando nos recogimos, tuvimos una reñida cuestión teológica acerca de la infalibilidad del Papa ...

En las Cuevas. Lunes 17 de marzo de 1846

A las 4 de la mañana salimos de Acequiones. Siempre el camino fue divertido por Juan, que nos relató una comedia trágica compuesta por él. Sus personajes eran el Tirano y demás secuaces y ministros suyos. Era muy bonita y a no haber estado impuesto uno en su talento y capacidad, habría creído que no era obra suya. Al pasar por Santa Clara entramos a sacar unos quesos que Samuel había encargado para su vuelta. Había una hermosa muchacha a quien Juan principió a embromar desde que llegamos porque los dos llegamos antes que todos. Estaba sin más compañía de la de una sirvienta, ésta se fue y quedamos solos. Corrimos

la vista por el reducido cuarto y luego deseamos que ella también se fuese. Así sucedió, y cuando ella se acababa de perderse de vista, ya Juan de un salto se puso frente a frente con una fuente de quesillos, y yo de una olla de mantequilla: en ambas cosas no dejamos de hacer algún daño, pero muy pequeño dejando todo conforme estuvo al principio. Juan se dirigió a un nicho donde destapándolo vimos una Santa Rita y algunos libritos. Entre otros, de mística, encontró Juan uno muy interesante y moderno que no sabiendo el mérito que tenía, lo trataron mal, pero él se lo echó al bolsillo diciendo “es una herejía que estas gentes tengan este libro, pues sin saber lo que hacen están profanando al célebre Figaro”. Y sin duda se lo habría llevado a no ser que mamá, que acababa de entrar, le rogase para que lo dejara. Llegamos a las Cuevas a la una y nos alojamos en las casas que estaban sin gente; habían dos cuartos cerrados donde necesariamente debía haber lo que tanto necesitábamos. Samuel y Juan aplicaron al candado el gran mazo de llaves y de pronto, abriéndose con una de tantas, tuvimos lo que necesitábamos sin perjuicio del dueño porque era una cosa tan insignificante lo que sacamos. También nos sirvieron por la noche perfectamente algunos muebles porque ni en la Cordillera nos hizo tanto frío como en las Cuevas. Nos acostamos temprano porque teníamos que madrugar.

En Uspallata. Martes 18 de marzo de 1846

Antes de las 4 de la mañana ya estuvimos en marcha. Dejamos algunos animales para que los busquen los peones porque se habían extraviado de la tropa. Entre los perdidos andaba Juan Manuel (un caballo que Juan le puso este nombre por ridiculizar a Rosas) y casi sin esperanzas de encontrarse. Ya el sol estaba un poco alto y nos paramos con Juan a registrar las alforjas de Samuel. Los tres sacamos tortitas envueltas en papel. Samuel quitó el papel a la suya y lo botó; desgraciadamente el viento se lo llevó y lo pegó en las patas del caballo tordillo de Samuel que luego que lo sintió partió de carrera dando corcovos pues apenas se le veía poner los pies en el suelo. Mamá nos esperaba a distancia de tres o cuatro cuadras donde se dirigió el caballo disparando. Luego que Samuel vio el peligro que amenazaba a mamá, que estaba montada en un caballo (como el bayo) que disparaba endureciendo la boca luego que veía correr, se echó a correr de a pie, pero ya fue tarde; el tordillo pasó por el grupo de familia haciendo un desparra-mo. El caballo de mamá partió de carrera sin que lo pudiese sujetar y a poco andar la botó. Yo y Juan que aún estábamos distantes, dimos un grito a un tiempo al ver caer a mamá. Felizmente no le sucedió cosa alguna, aunque después la incomodó mucho. Al fin los caballos cansados de disparar se pararon cerca de los otros. Nada más nos sucedió hasta que llegamos a Uspallata a las dos de la tarde. En el cuarto que nos alojamos había trazados en la pared más de dos mil nombres de los que se alojaron allí cuando pasaron a Chile y principalmente de los emigrados

que salvaron con Madrid³⁴. Nos encontramos allí con dos jóvenes amigos de Samuel con quienes Constanza nos hacía decir que nos esperaba aún en Aconcagua. La noche la pasamos muy divertidos en compañía de estos jóvenes.

En las Laderas. Miércoles 19 de marzo de 1846

En este día teníamos que salvar el mayor peligro, tal era el de las Laderas. Salimos temprano y llegamos a la Guardia de Mendoza donde nos bajamos un momento para arreglar o pagar los derechos. Juan, que tenía unos ojos de reptil, vio bajo la cama una hermosa sandía como no la habíamos visto hasta entonces más grande. Juan y Samuel se quedaron a negociar la sandía. Juan principió por intimidar al guarda diciéndole que Benavidez marchaba a Mendoza a depone-
ner al Gobernador y que por ser éste y el ministro sus amigos, les iba a escribir avisándoles. El guarda creyó entonces que el que le hablaba así, era digno de respeto, pues que estaba impuesto en los secretos más ocultos de Benavidez. En efecto, Juan escribió al ministro de Mendoza avisándoles lo que dijo al guarda. Hacía Juan esto con el fin único de hacer chocar a Mendoza con San Juan, ambos gobiernos federales; le importaba poco que se rompiesen la cabeza y menos le importaba cuando pisaba ya la raya de Chile. Logró que el guarda le regalase la sandía por su oportuno aviso.

Principiamos a pasar las Laderas a las 12, el camino estaba del ancho de media vara y viendo para abajo en línea recta se veía correr rápidamente las piedritas y la arena se deslizaba hasta el río a más de cuadra y media para abajo. Mamá y demás niñas temblaban a la vista de este precipicio. Samuel, montado en el famoso y brioso tordillo, se puso a retaguardia de todos y ya algunos que habíamos pasado mirábamos a los que iban a pasar. Ya estaban en medio de la Ladera, cuando el caballo de Samuel, incómodo por el paso lento de los demás animales y acostumbrado siempre a andar adelante, principió a dar saltos por pasar por encima de los otros ¡Que peligro tan grande el de Samuel, su caballo dando saltos en un camino de ancho de media vara! Los que lo estábamos viendo de la otra parte del cerro, temblábamos de miedo, cuando le vimos de repente dar un riendazo al caballo con todas sus fuerzas, entonces el vigoroso animal se desesperó más, pero gracias a la presencia de ánimo de Samuel que, cargando con el cuerpo al cerro impedía que el caballo pisase mal en la orilla del angosto. Ya fuera de peligro nosotros mirábamos las cargas que principiaban a pasar y que tenían doble peligro

³⁴ Gregorio Aráoz de La Madrid (1795–1857). La derrota de La Madrid en Mendoza en 1841 y su huida a Chile con varias centenas de sus hombres fueron narradas en sus memorias y en las de Domingo F. Sarmiento. La Madrid, Gregorio Aráoz de. *Memorias del general Gregorio Aráoz de la Madrid*. Buenos Aires: El Elefante Blanco, 2007. Sarmiento, Domingo Faustino. *Recuerdos de Provincia*. Santiago de Chile: Julio Belin y Cia, 1850.

por su volumen y principalmente dos baúles que hasta entonces no se habían subido a la altura de los Andes otros mayores. Viendo Benegas que aún las cargas más pequeñas se topaban en el cerro dando un bote con el que necesariamente se ladeaban al lado del precipicio, saltó él de su caballo y pisando enteramente en el derrumbe, las sostenía con su pecho hasta que saltaban los más difíciles pasos y exponiéndose a que dando un bote la carga, lo botase al río sin que tuviese enteramente de qué asirse. Gracias al valor y baquía de este hombre, salvaron bien las cargas.

Llegamos a la segunda ladera cuyo peligro consistía en ser casi del todo empinada. De a pie habían pasado ya mamá y niñas y estaban en la cima del cerro esperando que pasásemos yo y Giménez que principiamos a subir. Iba yo delante de a pie tirando mi caballo y habíamos subido ya como media cuadra, cuando uno de los caballos de la tropa que iban saliendo a la cima, al pasar por una piedra enteramente lisa se resbaló y venía rodando a donde yo estaba. Desesperado yo con el peligro que me amenazaba, tendí los brazos en acción de rechazar al caballo pero casi desesperando de salvarme. Fue increíble como salvé: pues no creía ni aun lo que estaba viendo, el caballo en medio de la furia con que rodaba y ya al llegar a mí todo coloreando de sangre, pudo agarrarse con los dientes o manos en una peña que era quebrada y recostarse a una meseta. Parecíame haber nacido de nuevo al librarme de caer al río sin remedio, si el caballo, por una casualidad, no se hubiese tenido dos pasos antes de llegar a mí. A la oración, nos alojamos después de haber pasado todas las laderas. Por cerca de nuestro alojamiento pasaba el río de Mendoza. Yo fui y me senté en una de las peñas que sobresalía no en medio del río, pero sí las bañaba ya y yo pude entrar hasta donde me senté saltando de peña en peña. Divertíame solo viendo sucederse unas tras otras las espumosas ondas de aquel hermoso río. Luego me acordé del paseo a Zonda en San Juan cuando íbamos con Manuelita al Estero (Río de Zonda). Tenía una tristeza con mezcla de alegría acordándome de mis parientes y los días que pasé con ellos en San Juan. Entregado allí a estos tristes recuerdos, sin que mis pensamientos fuesen interrumpidos sino por el ligero ruido de las olas, pensaba en la despedida de San Juan. Al tomar mi cortaplumas del bolsillo del chaleco me encontré un papelito de Benjamina que era contesto a uno que le escribí el día antes de salir de San Juan para que buscara en la cuadra un botón de camisa que perdió Samuel bailando Polka. De pronto se me presentó como la vi al despedirme. Dos gruesas lágrimas surcaban su hermoso rostro cuando me dijo, tomándome de la mano, “haste amigo con Ramoncito”. Estos dulces recuerdos fueron turbados por los peones que llegaban a dar agua a la tropa. Pasamos parte de la noche divertidos con Juan que nos representaba una comedia de Zorilla.

En las casuchas. Jueves 20 de marzo de 1846

Salimos muy temprano y sin inconveniente ninguno. Juan montaba ya su Juan Manuel, y al paso que se acercaba a la raya daba gritos de contento. A las dos de la tarde principiamos las altas montañas que se encuentran antes de la Cordillera. Llegamos a la cima, pero apenas podíamos tenernos en el caballo, tan fuerte era el viento que corría; además del barbiquejo de mi sombrero que me lo sujetaba, lo amarré con un pañuelo por debajo de la barba, porque aún no lo creía seguro con 4 puntadas con que Benjamina prendió el barbiquejo. Una bocanada de viento que casi me sacó de la mula, me arrancó el sombrero y lo llevó estrellando de roca en roca hasta una profundidad de más de 2 cuadras. Un rato lo estuve viendo, al fin me despedí diciéndole “no me has costado más que 14 reales, me has servido fielmente desde Catamarca hasta acá; ¿temes la Cordillera?, quédate libre ya, te doy la baja”. Dos cuadras anduve cuando me paré de repente acordándome que mi sombrero valía más de 14 reales y más que todo lo que yo tenía, pues me llevaba en su forro una sortija de oro, la famosa sortija del 13 de Merceditas y una bolita de oro memorias de Benjamina: estas dos prendas valían para mí más porque eran memorias, que por el metal de que se componían. Me volví pues y aunque temía la bajada y la subida en espacio de dos cuadras de profundidad tan en línea recta, bajé corriendo y llegué casi sin aliento donde estaba el sombrero, lo tomé antes que volase de nuevo y me acosté sobre él a descansar, tal era la agitación que tenía que por un rato me quedé perdido. Luego que alcancé el aliento me puse en pie para trepar, pero me faltaron las fuerzas cuando vi para arriba. Hice mi subida descansado, o más bien, cayéndome a cada 8 o 10 pasos que andaba. Llegué al fin donde dejé mi mula y nada me importaba ya el cansancio cuando a trueque de éste había rescatado mis prendas. Alcancé a los demás y a poco andar nos alojamos antes de llegar a una casucha que distaba una cuadra. Nosotros nos alojamos debajo de una gran peña en figura de casa; encontramos allí varias mitades de breviarios, de misales, y otras obras, restos de una carga de libros que el Padre Frenches perdió allí cuando casi pereció a su pasada. Luego que acabamos de alojarnos nos dirigimos a la famosa Casucha que salvó a Madrid y a otros desgraciados próximos a perecer (y que perecieron otros muchos) por la nieve. Antes de la casucha, como a 20 pasos, estaba una peña, debajo de la cual había una especie de escondite donde encontramos muchos huesos que por su forma eran humanos, pues ningún animal podía internarse allí puesto que apenas podía entrar un hombre agachándose mucho. Luego encontramos una bota y zapatos, dos cananas, etc. Ninguno de nosotros pudo contener las lágrimas cuando dijo Juan “¡qué bravo será el que ha perecido acá víctima de la nieve y del hambre!” Recorrimos enseguida los contornos de la peña y contamos 19 caballos que aún no habían perdido el pelo y se distinguían sus colores. Entré a la casucha y saliendo dimos vuelta en derredor encontrando siempre los mismos vestigios que en el escondite. De vuelta al alojamiento Juan cantaba de memoria los Laúdes en el Breviario, las profecías, etc.,

pues no ha olvidado aun lo que aprendió cuando estuvo de fraile. Nos recogimos temprano pensando madrugar al otro día.

La cordillera. Viernes 21 de marzo de 1846

A las 4 de la mañana estábamos cargando para marchar cuando llegó a nuestro alojamiento una señorita que bajaba para Valparaíso con sólo su esposo llevando en sus brazos una chiquilla de 4 años. No pudiendo sufrir el frío, se llegó a nosotros y después de tomar algunos mates y calentarse bien, marchó. Nosotros salimos un poco después y los alcanzamos subiendo la Cordillera. Nosotros caminábamos sin ninguna incomodidad pues íbamos bien arropados. El sol principiaba a dorar estas altas montañas de los Andes cuando llegando a su cima nos pusimos entre la república Argentina y Chilena. Por última vez pisábamos el suelo patrio y antes de entrar en Chile quisimos disfrutar últimamente de los argentados rayos del sol que principiaban a salir. Yo me ocupaba en pensamientos tristes, pues verdaderamente sentía el dejar mi patria. Mi imaginación voló en ese momento a Catamarca y recorrí en un momento cuanto lugarillo conocí. De repente me vi en San Juan, vuelo a mi cuarto, me despido, en un segundo recorro la calle ancha, Caucete, Zonda y de repente me encuentro de nuevo con un pie en Chile y el otro casi por levantarse en mi patria. Con toda la expresión de júbilo cantamos en coro la Lid Argentina; con la boca bien abierta y respirando un aire libre gritábamos con toda la fuerza de nuestros pulmones: “¡Guerra, guerra y muerte al Tirano cobarde!”³⁵ En medio de la alegría con que me entusiasmaba, de repente sentía tristeza al aspirar las palabras “¡Guerra, Guerra!”, parecíame traicionar a mi patria pues que yo me alejaba deseándole la guerra y la desolación con ella. Luego, volviendo en mi entusiasmo decía, “sí, corra sangre si es preciso, pero seamos libres”. Nos despedimos así y principiamos a bajar toda la altura a la que habíamos llegado. Un pobre joven que se acompañaba con la señorita que iba a Valparaíso venía atrás de todos con el caballo cansado. Había tratado de alquilar otro caballo a los arrieros pero hallándose necesitados le negaron. Veía el peligro que le amenazaba llevando su cansado caballo en medio de la Cordillera, pero, ¿qué hacer? Así se resignó aquel desgraciado y dejando caer su cabeza sobre el pecho, resignándose al parecer a la suerte que le cupiese, caminaba lentamente atrás y alejándose cada vez más del grupo. Yo, que lo miraba desde mucho tiempo, no pude sufrir más, hice tomar un caballo de la tropa y le di que ensillara. ¡Pero con qué placer, humildad y reconocimiento recibió el caballo! Dejó en seguida su caballo y principió a andar con

³⁵ La Lid era la canción del ejército del general unitario Juan Lavalle, muerto en 1841 al final de una importante campaña militar para derrotar a Rosas. Existe también una versión cantada en el exilio, popular entre los emigrados en Chile durante los años siguientes.

nosotros. Al acabar de bajar la Cordillera todavía en bastante altura, principiámos a ver unos bultos en la llanura que seguía al pie de la Cordillera, eran como 20 las personas que aparecían y desde luego nos persuadimos que serían los guardas que perseguían un contrabando que nosotros encontramos de 380 o 400 cargas de azúcar. Nos aproximamos más y luego dijo Juan “seguramente que llevan esperanzas de alcanzar el contrabando, vienen montados en burros.” Luego dijo otro “vienen montados en burros, traen grandes maletas, calzones de picote blanco a las pantorrillas, sin dudas son collas o paceños.” Esto era lo cierto, era una partida de collas que regresaba de Valparaíso. Juan, llegándose, les dijo “¿Federales o Unitarios?”. “¡Rosistas!” gritaron a una voz. Juan sacó su pistola y martillándola a la sien del que parecía el capitán o mayor le dijo “vas a morir por Rosista.” Todos retrocedieron pasmados a un tiempo y después de un momento dijeron, “nosotros somos de Bolivia señor y nada tenemos que hacer con Rosas.” Los tales creían estar ya en la República Argentina y creyendo que les convenía, respondieron ¡Rosistas! Al fin los dejamos en paz y seguimos a alojarnos algunas leguas adelante. Nada nos sucedió de particular en la noche.

La guardia de Chile. Sábado 22 de marzo de 1846

Llegamos muy temprano a la Guardia y pasamos a alojarnos en el primer lugar o valle de Santa Rosa. Tan luego que llegamos, se marchó Samuel a San Felipe. Juan también se adelantó por la mañana y así quedamos solos con la familia, yo y Giménez. Nos hicieron mucho cariño los dueños de la casa donde nos alojamos. Por la noche salimos al patio porque ya la noche estaba con luna y principiando a tocar la guitarra se reunieron muchos guasos que nos regalaron muchos canastos de fruta. A las diez, después de todos los preparativos para marchar al otro día, nos recogimos.

San Felipe. Domingo 23 de marzo de 1846

Poco tiempo hacía que nos habíamos levantado de dormir cuando llegó Samuel diciéndonos que nos aprontásemos a salir, que luego llegarían Constancita, Tomasita, Don Sinforoso y su esposa que vendrían para acompañarnos hasta San Felipe. Ya estábamos por montar a caballo cuando llegó Don Sinforoso con Doña Jesús y poco después, Tomasita y Onofre, montada la primera en un caballo como azabache, su largo vestido también negro ondeaba hasta arrastrarse en el suelo a pesar de la extremada altura del caballo. Traía una bonita gorra negra tirada para atrás y cubría su blanco rostro un velo negro también, y graciosamente levantado de un lado de la cara. De este modo estaba vestida Tomasita cuando me pareció tan hermosa la

primera vez que la vi. Llorando de gusto, abrazó a mamita y demás niñas y después, entrando yo, recibí dos fuertes abrazos de mi joven y hermosa tía. Luego salimos en marcha con el deseo de ver a Constancia, que venía atrás. Llegó pues, venía en birlocho y no podía apurarse por venir indispueta. No tardó en oírse el ruido del birlocho y luego llegando apareció Constancia en la puerta tendiendo los brazos a mamita. Mamita y Constancia siguieron el camino en el birlocho y no cesamos de galopar hasta que llegamos al pueblo a las doce del día. Un poco después llegaron las cargas y después de acomodarlas despachamos a Benegas como para no salir en seis días más. Después de almorzar pregunté yo si se podría ir a la cárcel, todos se sorprendieron de mi pregunta pero me contestaron por qué. Yo quería ir a la cárcel a ver a un primo político mío, Don Custodio Ferreyra, esposo de Concepción Soria mi prima, que a nuestra salida de Catamarca nos acompañó hasta Capayán. Estaba separada de su marido desde la segunda entrada de Maza a Catamarca, ha más de cuatro años.³⁶ En todo este tiempo no había tenido la menor noticia de él y al despedirse de mí, me encargó la averiguación del paradero de su esposo, lo mismo que nos encargaba en una carta que nos dirigió a San Felipe. Sabiendo por Samuel que estaba preso en San Felipe, me fui a verlo pues, aunque temía su encuentro en tal situación, al menos podría consolarlo siquiera dándole noticias de su esposa.

Llegado a la cárcel, pedí licencia al sargento que luego me introdujo a un patio. Abrió en seguida unas rejas de fierro y entramos a uno segundo donde, enseñándome el cuarto de Ferreyra, se despidió. Hice entrar recado a Ferreyra y luego salió siempre con su estatura derecha y paso firme y estaba quizá más gordo y buen mozo que cuando en Catamarca. Luego que me tomó de la mano, le pregunté “¿me conoce Ud.?” “No.” Y luego que sí, como si en un instante se hubiese acordado, me estrechó en sus brazos llorando y diciéndome “es mi primo Ramón Gil que yo dejé tan chico.” Después entramos en su cuarto y siguió la conversación sobre su esposa, me dijo que creía muerta por una carta que había recibido de mi tía Beatriz y que hacía muy poco que recién había descubierto que la tal carta era fingida. Después le habían dicho que su esposa se ofendía cuando en las cartas la llamaban Soria de Ferreyra pues que ni su nombre podía oír. Pero fue increíble su contento cuando falsificando todos estos cuentos le impuse de todo el afecto y ternura de que él era deudor a su mujer y cuánto suspiraba ella por reunírsele donde quiera que fuese y en cualquier situación. No me explicó bien la causa de su prisión, pero sí me dijo que su defensa en el despacho de su pleito se haría luego en la Corte por mi tío Gabriel.³⁷ Después sacó una hermosa sandía y me convidó, pues de nada carecía en su prisión,

³⁶ Mariano Maza, militar argentino rosista que participó en la campaña contra la Coalición del Norte, en 1840. Se hizo célebre por su virulencia y su responsabilidad en los homicidios de los gobernadores Marco Avellaneda y José Cubas.

³⁷ Gabriel Ocampo y Herrera (1798–1882), destacado abogado y jurista de origen rioplatense, autor del Código de Comercio de Chile, miembro de la corte suprema, decano de la facultad de leyes, se naturalizó por un acto especial del congreso chileno. Jugó un papel en la política argentina en el exilio,

que consistía solamente en no fugarse bajo su palabra teniendo así licencia para salir cuanto tuviese que hacer. Nos despedimos prometiéndome ir, luego que pudiese, a visitar la familia. Por la noche Juan, que se alojó en el café, vino a ver bailar Polka a Tomasita que de tal modo le pareció bien, que para ponderar decía “demonio, ángel o espíritu de danza o lo que seas, tengo que seguirte por doquiera a gozar de verte bailar.” A las diez o las doce nos recogimos pero yo en esta noche no pugué mis ojos ni un momento recordando toda la noche mi entrada primera a San Juan y en seguida, todo lo que conocí después.

Siete días en San Felipe

Llegamos el domingo como he dicho. El lunes por la noche también volvieron Juan y Giménez a ver bailar polka. El martes Juan vino a despedirse para ir a Santiago y lo convidamos a la mesa pues estábamos comiendo. A la una o las dos llegó Don Custodio a visitar la familia; ¡qué gusto tuvo al encontrarse entre los suyos! Estaba elegantemente vestido, pues en nada se conocía su prisión a no ser que él dijese “estoy preso”. Por la noche estuvo Chávez y su esposa con sus dos chiquillas a visitar a mamita. Cuando yo entré, me presentó a su esposa y a sus hijas diciéndoles “este joven es el chiquillo de quien les he contado que cuando entraba prisionero en Catamarca descalzo y envuelto en una jerga, se acercó y me dio un real llenándome de agua también los chifles que llevaba al hombro”.³⁸ Después, muy minuciosamente, me preguntó de Da. Pastora Galindez, de Ignacia Soria, su proyectora, en fin, de mi tía María del Señor y su familia. Muchos días hacía que Chávez no había tenido motivo de alegría ninguna, sino al contrario, de tristeza cuya causa era la perfidia de un amigo que habiéndole prestado cuatro mil pesos y no exigiéndole pagaré ni documento alguno, confiado en su palabra, negó después el empréstito, pero de todo parece que se olvidó Chávez cuando estuvo con nosotros, según lo notó también su mujer. Bailaba perfectamente la polka pues era quien enseñó a Tomasita y otras, en una palabra, Chávez estaba un tanto más joven que cuando yo lo vi en Catamarca, pues que cesando sus penas y trabajos, volvió del todo en sí. Al otro día estuve en su casa a visitarlo. Me introdujo en una cuadra perfectamente amueblada: él estaba rodeado de sus chiquillos, teniendo en sus brazos al de pechos para que no incomodasen a su mamá que dormía. Después de un rato me hizo servir una fuente de moscatel y mientras tomábamos, principió la conversación sobre Catamarca y las personas que lo sirvieron en su desgracia. Nos despedimos para vernos en Valparaíso, pues debía irse pronto pues lo llamaban sus muchos negocios.

notablemente en la Comisión Argentina de Santiago y el Club Constitucional argentino de la misma ciudad.

³⁸ Navarro relata este episodio en detalle en la entrada del 26 de marzo de 1850.

Sería imposible describir todo el cariño que durante nuestra estada en San Felipe recibimos de Don Sinforoso Navarro y su esposa y familia. Todas las noches nos divertíamos con sus bromas y sus polkas. Constancia y Tomasita, que habían venido de Valparaíso a mudar temperamento, se aprontaban para volverse con nosotros. Pensábamos salir el lunes pero Benegas vino el viernes diciendo que no podía detenerse más, así nos preparamos para salir al otro día. Don Custodio pasó un día con nosotros antes de despedirnos encargando mucho a mamá que se empeñase con mi tío Gabriel para que despachase luego su causa.

Sábado 29 de marzo de 1846, a las 4 de la tarde salimos de San Felipe

Don Domingo Iribarren estaba ya de vuelta de Valparaíso para San Juan y debía salir de San Felipe el mismo día que nosotros para Valparaíso. Yo estaba cerrando un paquete mientras él volvía del despacho de Intendencia. No volvió pronto y salí a buscarlo porque no me dejase las cartas. Después de haberlo buscado inútilmente por todo el pueblo, me volvía ya a casa desconsolado cuando nos encontramos al doblar una esquina. Le entregué el paquete y me volví a casa pues ya Benegas estaba saliendo.

Después que salió el equipaje principiamos a ensillar para marchar; a las 4 nos despedimos y salimos de San Felipe acompañados de Constancia, Tomasita, sus sirvientes y resto de familia. Don Sinforoso debía ir también hasta Valparaíso. Onofre nos acompañó como dos o tres leguas. Teníamos que andar hasta el alojamiento seis leguas. Una legua nos faltaba para llegar cuando ya estaba enteramente de noche. Dos caballos venían sueltos y uno de éstos era el célebre petizo de Samuel, que después de haberlo traído a éste en su lomo muchos años en Catamarca y haberse mezclado en toda la guerra sirviendo a unos y otros, sirvió últimamente de sillero a Parmenia hasta San Juan y desde San Juan hasta Chile. Aunque Samuel le dijo que le daría la baja luego que llegase a Valparaíso, él no consintió en esto y se aprovechó de la oscuridad de la noche para quedarse antes de llegar a la primera pascana saliendo de San Felipe. Nos alojamos en una casa especie de Convento. Velamos hasta las doce con Tomasita y Samuel a quién atacó un fuerte dolor de muelas. Nos recogimos cuando Samuel estuvo mejor.

En la Villa del Mar. Miércoles 2 de abril de 1846

Temprano principiamos a pasar la calle larga del pueblo de Quillota. A la una de la tarde nos bajamos un momento en la última posada. Allí supimos por el mesonero que Valparaíso estaba convulsionado con motivo de las elecciones que en un encuentro del populacho con los vigilantes habían muerto muchos rotos, se había saqueado algunos almacenes y cometido otras mil

tropelías de esta clase, pero que se decía había calmado ya. En todo el camino de este día encontramos jóvenes que venían a pasear a Quillota de Valparaíso pues en la Semana Santa es el único tiempo en que pueden pasear en todo el año y así llegado el Lunes Santo, queda desierto con la salida del pueblo para Quillota.

Llegamos a la Viña o Villa del Mar dos o tres leguas de Valparaíso y allí nos alojamos para entrar al día siguiente. Toda la noche estuvimos oyendo el sordo ruido de las olas que estrellaban en las peñas. A las 9 oímos el cañonazo que a esta hora se tira en Valparaíso. Velamos con Tomasita hasta las doce en que nos recogimos.

En Valparaíso. Jueves 3 de abril de 1846

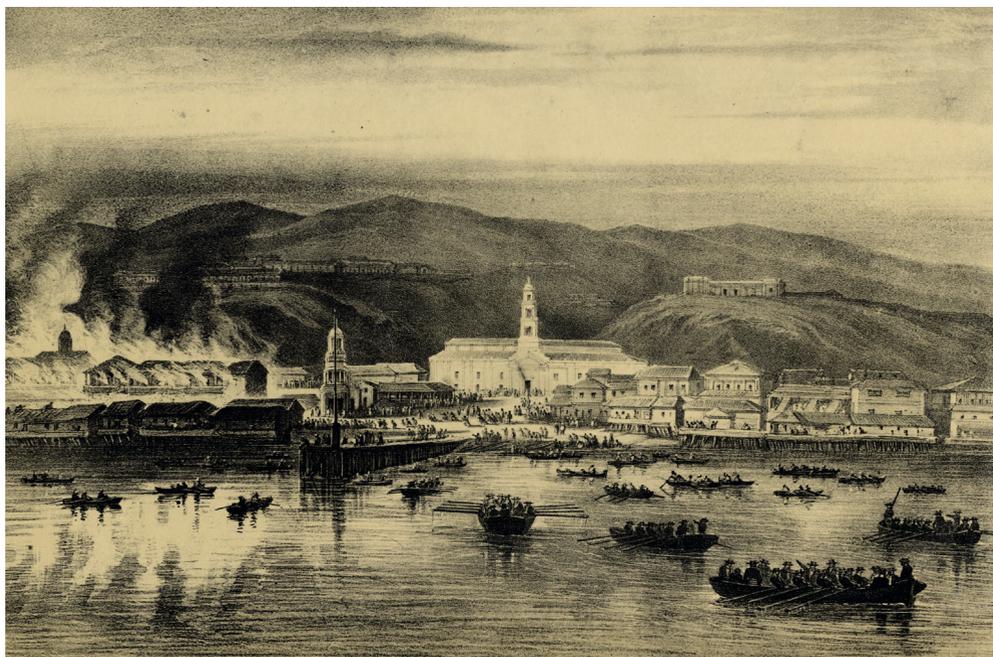
Salimos en marcha cuando ya el sol estaba un poco alto. Luego que caminamos un poco, principiamos a ver los buques que estaban anclados en el puerto, algunos que entraban y otros que salían. Nos acercamos y distinguimos al fin la miscelánea de casas situadas desde los cimientos hasta la cima de los cerros, sin que les quede un solo palmo de tierra desocupado. No puede darse una cosa más magnífica que la vista imponente de Valparaíso entrando de la República Argentina. Las magníficas casas edificadas caprichosamente en lo más alto de los cerros, el resplandor de los vidrios aquí y allá por la desparejura de las casas en un lugar tan quebrado, presentan una vista admirable al argentino. Las casas levantadas en las orillas del mar, cuyas olas van a estrellarse en sus murallas, parecían construidas en el mismo fondo del mar. Todo esto nos divertía de tal modo que no sentíamos en qué tiempo nos acercábamos al pueblo. De repente, yo que venía atrás, oí gritar a Constancia y Tomasita “¡Ramón!, ¡Ramón!”. En efecto, era él, que por una casualidad se paseaba a caballo por allí, sin alguna sospecha de encontrarnos.

Luego que principiamos a entrar a las calles del pueblo, casi no podíamos sufrir el desagradable olor del alquitrán que después de algunos días no se siente ya. Al llegar a la plaza, lo primero que se nos presentó a la vista fue la imponente fachada del Teatro que puede competir en todo con los mejores de Europa. También se nos presentó otra fachada, como de teatro (digo por su grandor) tal era mi tío Ventura que se paseaba dominándolo todo por frente de su casa. Luego que llegamos, vi a un joven que no dudando fuese Ramoncito, me abracé con él. Qué gusto tenía mamita cuando vio al fin reunidos en la cuadra a mi tío Ramón, Constancia, Tomasita, mi tío Ventura, Ramón y Cupertino, ¡sus sobrinos! nada le faltaba, estaba en medio de sus hermanos y si Rosas se le presentó alguna vez menos odioso, fue en esta ocasión en que por él, derramaba lágrimas de ternura abrazando a sus hermanos.

El Mercurio de ese día anunciaba la Opera para la noche, que era la última que se daba, sin duda llegamos a tiempo, pero desgraciadamente no se dio por enfermedad de la Sra. Rossi, dejándola para el Domingo.

Diez y siete días en Valparaíso

A los dos días que llegamos se volvió Benegas a quien entregué un gran paquete para San Juan. A los 6 días llegó mi tío Gabriel de Santiago, a visitar a mamita, aprovechándose de la Semana Santa en que cerraba su estudio. No pudo detenerse más que tres o cuatro días y se volvió, haciendo a sus sobrinos un regalo de 6 u 8 onzas. La ópera no tuvo lugar el domingo, pero en su lugar se dio una de pruebas de fuerza que hasta entonces no se había visto más admirable. Los que no conocíamos el teatro podíamos haber concurrido por conocerlo solamente, tal era el lujo con que estaba dispuesto y la inimitable naturalidad de las decoraciones. En la noche siguiente yo y Ramoncito, montados en un birlocho, nos dirigíamos al Café del Puerto a pesar de lo lluviosa y oscura que estaba la noche. Tomamos allí los dulces que quisimos y nos volvimos. Este ejercicio hacíamos todas las noches a las 9, paseándonos por distintas calles y plazas a fin de conocer bien el pueblo.



F. 3: *Incendio de Valparaíso (15 Marzo 1843)*³⁹

³⁹ F. Lehnert según una pintura de Rugendas, propiedad de Mr. Hubert. *Atlas de la historia física y política de Chile por Claudio Gay*. Paris: En la Imprenta de E. Thunot, 1854. www.memoriachilena.cl. Imágenes consultadas el 22 de enero de 2022.

En Valparaíso. Viernes Santo, 10 de abril de 1846

Los demás días de la Semana Santa confieso que no supe en qué tiempo se pasaron, tal era el recuerdo que de ellos se hacía. Recordé de repente como de un sueño y no pude menos que admirar cómo pasé en olvido unos días de tanta solemnidad en mi país. Este día viernes santo debía predicar un Padre francés y celebrarse las 3 horas en el puerto de la Iglesia Matriz y yo, con Ramoncito, nos fuimos allí. Aún no daba principio al sermón y la gente se agolpaba a ver el hermoso cuadro, obra maestra que representaba el descendimiento de Jesús Cristo de la cruz y que costaba más de 4 mil pesos. Todos los personajes que contenía eran de estatura regular de hombre pero era preciso tocar para certificarse de que no eran personas vivas las que se veían, tal era la propiedad con que estaban representadas. Baste decir en elogio de este cuadro que su vista habría tenido más influencia en la conversión de un infiel, que la fecunda persuasión de un Sacerdote misionero.

Este día, llamado en Valparaíso “de ver y ser visto”, es el día de más lujo y coquetería como lo indica su nombre y, siendo las Iglesias el punto de reunión, diré francamente que este día se profanan más que nunca. Me horrorizo cuando me acuerdo de los momentos que estuve en la Matriz esperando el sermón que, no habiendo tenido lugar en la hora que yo estuve, me volví sin oírlo ... Por la noche volvimos pero no a la función del descendimiento, sino a la reunión de la música. Pero ¡qué horroroso! Jamás mis ojos habían sido testigos de tanta lascivia y desenvoltura. Me avergüenzo de mí mismo cuando me acuerdo que yo era un espectador de todo esto y que a pesar mío, tenía que aparentar condescendencia para no aparecer tonto ... fanático.

Sábado 18 de abril de 1846. Embarcados a las 4 de la tarde

El buque que debía conducirnos era el Gral. Rivera. Tres o cuatro días hacía que estaba por salir y sólo esperaba un viento favorable para hacerse a la vela. Este día fuimos citados para las 2 de la tarde y a esta misma hora todos los que debíamos embarcarnos, estábamos en el muelle, acompañados de mi tío Ramón y mi tío Ventura. La despedida de mamita de la estancia y de Tomasita no la presencié, pero previéndola tomé un birlocho y me fui al puerto con Darío un rato antes que ellas se despidieran, no me despedí tampoco de Ramón ni Cupertino. Cuando mamita y las niñas bajaron en el muelle, estaban dignas de lástima. En todos había desaparecido el color natural y en sus rostros no se veía sino pintado el horror que les causaba la vista del inmenso mar que iban a atravesar. Los chiquillos fijaban sus llorosos ojos en los desencajados y tristes de mamita y ésta en Samuel y mis tíos, aquellos como implorando socorro a mamita no sabiendo lo que les pasaba y ésta, buscándolo en Samuel, el único que se conservaba sereno, ayudando y consolando a todos y dando órdenes aún antes del embarque. Un momento después, un bote cargando la familia y mis tíos remaba hacia el buque que voltejeaba ya muy lejos. En otro iba yo, Samuel, Darío, los dos sirvientes y acompañados

de un hermano de Onofre. Luego que llegamos a cubierta, mis tíos principiaron a sentir los efectos del mareo y no pudiendo sufrir más se volvieron. Mamita, rodeada de sus niñas, estaba sentada, ya casi del todo mareadas, luego todas a un tiempo bajaron a sus camas a trasbocar. Eran las cuatro de la tarde y yo todavía sin marearme, estaba sobre cubierta mirando con mi anteojo los cerros y población de Valparaíso. A la oración, no pudiéndome estar ya en cubierta y no habiendo camarotes desocupados, nos fuimos con otros caballeros a la bodega donde luego, principió la jarana de vómitos. Todos pasamos una noche horrorosa. Durante la noche los marineros tuvieron que sacar una cadena de más de cien brazadas y luego la volvieron a meter. Este ruido de fierro tan penetrante y por tan largo tiempo, afectó mi conocimiento de tal modo que no supe donde me hallaba y luego, el olor a herrumbre de la cadena mojada que estaba a nuestros pies nos hacía revolver toda la máquina y prorrumpir en arcadas secas con tal fuerza que nos parecía exhalar el último aliento en cada una de ellas. El viento se aumentaba y de repente me parecía bajar del cielo a la tierra en cada balance del buque. Así pasamos yo y mis compañeros aquella noche memorable. Cuánto deseaba hallarme en el más triste lugar de Catamarca, cuyos rincones recorría, antes que de ocupar un solo instante el lugar donde me hallaba, sin saber quizá de mi existencia.

En alta mar. Domingo 19 de abril

Cinco días antes de salir de Valparaíso había estado yo enfermo en la cama y de nuevo me hallaba aún más enfermo en el buque. Todo este día caminamos con viento en popa y adelantamos mucho. Por la tarde ya pude salir a cubierta. Mamita y niñas si no pasaron peor noche que nosotros, fue lo mismo, pero hoy ya era menos su indisposición. Saqué mi anteojo pero, ¿dónde lo tendía? Donde quizá mis ojos no alcanzaban el fin de las aguas, pero más de una vez lo puse para el lado de Catamarca y me parecía alegrarme cada vez que dirigía el anteojo. Al entrarse el sol me dirigía ya a mi cama, pero más alegre hubiese marchado a la muerte que lo que iba a la tal bodega, pues que muriendo habrían encontrado fin los tormentos que no tenían intervalo en el lugar donde me dirigía, pero fue menos mala esta noche que la pasada porque conseguí dormir. De repente recordaba a un balance del buque llegándome a caer en la cara una porción de las fuertes olas que chocando en el buque, sonaba como un cañonazo. Cerca de la madrugada el viento calmó enteramente y el buque a penas se movía.

Lunes 20 de abril de 1843

Todo este día tuvimos calma, pero yo ya no estaba mareado. Podía salir y andar en cubierta. Nos hacía un sol no fuerte y nos divertíamos viendo la diversidad de pájaros marítimos que

se llegaban al buque, donde uno de los marineros le armaba una red con una cuerda larga con carne en la punta que luego que la comían, recogía la cuerda y los traía hasta el buque, hasta que volviendo la carne quedaban libres. Mamita y niñas ya no podían llamarse mareadas puesto que ya podían dar algunos pasos. Loran dijo que si soplabo un viento podíamos llegar al otro día temprano. Por la noche no dormimos de gusto, esperando el día en que debíamos desembarcarnos, y así casi nos amanecimos contando cuentos entre los compañeros, cada uno a su turno.

Mirando ya la Quiriquina. Martes 21 de abril de 1846

Desgraciadamente este día también tuvimos calma y nada adelantamos; nuestra llegada se retardaba tantos días cuantos teníamos de calma. Mamita pudo salir a cubierta un rato sin marearse, y recibió el aire que tanta falta le hacía. Loran tendió su anteojito y vio un buque muy a lo lejos. Después, lo vimos todos consolándonos en tener compañero de viaje. No nos dejó sin esperanzas Loran porque nos dijo que, aunque fuésemos con calma, llegaríamos al otro día por la tarde.

Cerca de Talcahuano. Miércoles 22 de abril de 1846

Apenas corría este día un airecito muy débil, sin embargo unos decían que llegaríamos por la tarde y otros que no. Algunos compañeros míos habían liado sus camas ciertos de no dormir ya otra noche a bordo, pero se frustraron las esperanzas y volvieron humildemente a hacer sus camas.

Toda la noche la pasamos contando cuentos; cuentos que nos hacían reír hasta quedar sin aliento. Uno de los marineros estaba con nosotros y nos contaba todos sus viajes a París, a Inglaterra, a la Gran China, etc. y nos decía que en todos había sido muy feliz excepto en algunas ocasiones que habían tenido padres o curas a bordo en que casi habían naufragado. “Ya he observado”, decía, “que siempre que hemos tenido de viajeros padres o curas nos han sobrevenido grandes borrascas”.

A la una de la mañana en Talcahuano y después en Concepción. Jueves 23 de abril

Estábamos en la anterior conversación con el marinero cuando a un grito que le dieron, se fue. Volvieron a sacar la cadena sin avisarnos nada y luego oímos el ruido de la cadena que bajaba

a fondo. Después, apareció el marinero y nos dijo “estamos anclados”. Difícil es pintar el gusto que tuvimos a este aviso. Esto pasaba a la una de la mañana, hora en que dormí deliciosamente ya sin ningún temor hasta el otro día. Luego que amaneció, vino a bordo de nuestro buque Luis Matheu (amigo de Samuel) quién luego que vio la familia, dijo “no me había engañado, luego que ancló el buque hice un propio a Concepción a avisar a Don Ramón Gil de la llegada de su familia, por lo que él debe estar luego acá con Mardoqueo”. Todos nos mirábamos a la cara y nuestros corazones latían expansivamente al saber que dentro de un momento abrazaríamos a Tatita y Mardoqueo. Sin sentir, corrían nuestras lágrimas de ternura, habían cesado nuestros trabajos y los peligros de una larga travesía por mar y por tierra habían sido superados ya y “dentro de un momento abrazar a Tatita”, nos decíamos. ¿Qué mayor gusto? ¿Qué mayor felicidad?

Pasado un cuarto de hora, toda nuestra familia y equipaje estaba en tierra en casa de Luis. Mientras llegaba Tatita nos pusimos a almorzar, pues hasta necesidad teníamos después de no comer en cuatro días. Almorzando estuvimos cuando oímos un tropel y luego, apareció Mardoqueo. ¿Cómo pintar la alegría?, todos lo estrechamos en nuestros brazos llorando y riéndonos a un tiempo. Él podía contener apenas su gusto y prorrumpió en una risa corta, entremezclada con lágrimas. La llegada y reunión con Tatita, un poco después, fue igualmente tierna, a la que ninguno de los presentes pudo resistir sin llorar. Nada pudo hablar papá cuando llegó. Estrechó a mamita en sus brazos y todos nosotros los rodeábamos, las chiquillas se le colgaban del cuello llorando. Tatita levantó su cabeza y habló estas únicas palabras “al fin me reúno con mi familia, gracias a Dios” y de nuevo volvió a estrecharnos a cada uno en particular. Pasado un momento, mi Tatita, limpiándose los ojos, dijo a mamita “y éste ¿quién es?” señalándome a mí; a esta pregunta todos prorrumpimos en risa sin saber él por qué nos reíamos. Después que mamita lo sacó de la duda, me abrazó como a su hijo heredero de su nombre y como el padre de familia durante cuatro años. Un rato después, yo, Samuel, y Mardoqueo seguidos del asistente Darío, nos marchábamos a Concepción a pesar que principiaba a llover y que Tatita nos decía que esperásemos. Nosotros partimos dejando la familia que debía acompañar Tatita hasta Concepción. Nuestra mojadura no pudo ser mayor, en todo el camino de tres leguas no cesó el agua. Luego que llegamos y desembocamos a la calle de nuestra casa, vimos a mi tío Domingo parado en la puerta de su casa. Nos abrazó fuertemente y luego, dijo Rosa, ¿por qué no viene? Vendrá luego, con Tatita, le respondimos. Un rato después, llegó mamita y bajó en brazos de mi tío Domingo. En este día todo fue gusto y alegría en que terminando del todo nuestro viaje, se reunió al fin nuestra familia después de 4 años de una penosa y no menos trabajosa separación.

Mes de mayo en Concepción

La familia Palma, a que pertenecía la esposa de mi tío, visitó a mamita el mismo día de su llegada. Todos los amigos y amigas de mi tío visitaron la familia. Tatita no pudo estar con nosotros más que seis días y se partió a la hacienda de Cucha con Darío, había querido llevarme a mí, pero me quedé para asistir a la tienda hasta su vuelta en que se trataría de mi ida al colegio. El 25 de mayo se me pasó sin saber en qué tiempo, tal es el mérito que acá tiene el 25 como allá el 18 de septiembre. Antes que el sol saliera, yo ya estaba a la tienda. Después de barrer, estudiaba dos horas la guitarra, otras tantas dedicaba al francés hasta que me llamaban al almuerzo. Pero es de entender que de las dos horas que dedicaba a cada estudio sólo me quedaría un cuarto, pues que los otros tres cuartos los ocupaba en despachar y, a veces, yo y Samuel no éramos suficientes. No salía a ninguna parte pero conocí a las bellas de Concepción en la tienda. Me recogía temprano a mi cuarto (de noche) y sacaba mi vademécum a recorrer los cuadernos de teología, mi último estudio, y durante su lectura me transportaba a Catamarca y en presencia de mis lectores, con qué gusto recorría los párrafos. De repente me acordaba de alguna discusión acerca de alguna proposición y me parecía que de facto estaba con mis condiscípulos en los ruegos y contras. No sólo yo tenía gusto en los recuerdos de Catamarca, sino toda la familia; sólo reían cuando a solas se acordaban de todas las pequeñeces de familia de Catamarca. Así se pasó este mes sin que yo pudiese dejar de estar siempre distraído y pensando en Catamarca.

Mes de junio en Concepción

A fines del mes anterior nos escribió anunciándonos su vuelta. Llegó a principios de este mes, y el gusto de volverlo a ver fue como la primera vez que lo vimos. Mamita y Elisea no podían sobreponerse al temperamento, pues que tenían continuamente indisposiciones de resfrío. Lo que más extrañaba toda la familia era el temperamento poco lluvioso de Catamarca, habiéndose encontrado con este que desde que llegamos, pocas veces habían visto el sol, tal era la continuación de llover todos los días. El día de San Pedro me fui a la función a ver si su celebridad se igualaba a la de Catamarca, pero vi todo lo contrario. Ninguno de los clérigos que asistieron sabía leer siquiera el latín, el sermoncito estuvo como puede estar predicado por uno que sabe traducir las palabras de su tema. Todo este día pensé en Catamarca y me decía “hay en Catamarca mejores oradores que acá, quién pudiera oír el sermón de hoy”.

Dedicamos un día domingo para salir a cazar, pero en vez de divertirme, me entristecía. En lugar de un antiguo amigo compañero de caza (Niceo) tenía a un francés, con quien no me hallaba para esto, en lugar de bosques hermosísimos y alfalfares, pantanos, lugarcillos enteramente estrechos, en lugar de torcazas, patos, pajaritos afrecheros de los que 8 o 10 podrán hacer

una paloma y ni aun así los encontrábamos, sino un tal que por vez. Yo, que podía dar un día de vida por uno de caza, dije que no volvería más.

Julio de 1846 en Concepción

El 2 de éste fue uno de los días más alegres para mí, desde mi llegada. A las diez de la mañana recibimos un gran paquete que contenía cartas de San Juan y de Catamarca. ¡Qué gusto experimenté al leer las cartas que escribían a mamita de Catamarca mi tío M. Navarro (sucesor de Nieva en el Gobierno) y el Clérigo Centeno! Yo recibí cuatro de San Juan y no encontraba por cuál principiar. La de Manuelita fue la que rompí primero. El gusto que tuve al principiar a leerla se mezcló luego con un sentimiento casi insoportable, porque aún recordaba el pasaje de la despedida atribuyéndolo a poco aprecio o ingratitud. ¡Ingrato otra vez a mí! Ahora actualmente al escribir esto tengo por delante la carta, pero me parece ver salir llamas del renglón fatal donde de nuevo se me cree ingrato, quisiera en este momento hallarme en su presencia, un segundo solamente y le diría entonces en mi frente la verdad. Sin embargo de inquietarme por esto, repase muchas veces la carta a costa de convulsiones al pasar ligeramente por el renglón homicida. Al fin de la carta leía las no menos alarmantes que misteriosas palabras “esos sí que son manotazos de ahogado”. Sin embargo, yo tendré su explicación algún día, pues que las pongo en mi diario para no olvidarme de pedir su explicación, si tengo la suerte de volver a ver a la redactora del insultante periódico ... En seguida leí la de Merceditas que tenía más de satisfacciones dadas sobre delitos no cometidos, que cariños de tía a un sobrino, pero en confirmación de la dulce emoción que me causaba su lectura y de las demás cartas, diré que algunos compradores que estaban en la tienda cuando yo leía, me decían “pero ¿qué diablos tiene que está tan alegre? Sin duda es la carta que lee ¡vamos! una rebaja ahora”. Tatita también tuvo mucho gusto al verme tan alegre. Las mismas sensaciones me causaron la de la tía Escolástica y Benjamina, pero esta última señorita muy sospechosa de mi modo de pensar acá, en fin, remedios sobre sano pues que me encarecía mucho quemara su carta antes que conservarla, si me había mudado y su carta me causaba risas, tales fueron las cartas que tanto me alegraron el dos de éste.

El 4 fue al contrario, un día triste pues, que me recordaba el día de gusto que tenía en Catamarca, tenía presente a todos mis condiscípulos y amigos y donde quiera que salía, me parecía andar acompañado de ellos. Me fui al convento de San Francisco pero nada encontré que me distrajese puesto que como en Catamarca, entraba y salía a todas las celdas de mis condiscípulos coristas. Por la noche me recogí temprano a mi cuarto y al estar solo, me dije “a esta hora ¿qué hará Martínez? si se acordará de mí ahora que yo pienso en él solamente ¿o se habrá olvidado que éramos los amigos más unidos? ¡No! ¡No puede

ser! Se habrá ido tal vez al convento. Son las once de la noche, cómo estarán jugando y riendo todos mis condiscípulos mientras uno, que era de su número, se envuelve en tristes recuerdos. Tal fue el día de San Buena Ventura que pasé en Concepción, tan enteramente distinto al otro anterior”.

A fines de éste Samuel se aprestaba para salir a Valparaíso. Supo un día que el general Rivera, en que debía embarcarse, se había marchado, partió al momento para Talcahuano y vio que el buque aún voltejaba a distancia de 4 o 5 leguas. Sin temer el mar que estaba tan embravecido por un norte furioso, se embarcó en una chalupa que fue juguete de las olas subiéndola a las nubes y sumergiéndola después al parecer en su seno. Pudo a fuerza de remo alcanzar el buque y embarcarse, pero de nada le sirvió esta acción de tanto valor porque el buque, viéndose en mucho peligro por el temporal, regresó al otro día. Unos días después pudo salir ya con un buen tiempo.

Los últimos días de este mes los ha pasado Elisea en cama por una enfermedad de estómago. El médico le ha dicho que sin embargo de ser enfermedad bastante atrasada, la sanará muy bien.

Hoy es día de San Ignacio de Loyola y que sin duda están en una gran función los jesuitas en Catamarca, esto es si la fatalidad que persigue siempre esta desgraciada y que les amenazaba, ya no haya descargado sus tiros aún sobre la que se estableció en Catamarca. Quiera el cielo protegerlos pues que en ninguna parte hacen tanta falta como en Catamarca.

He leído el Judío Errante, pero en mí, no ha desmayado la inclinación que desde el principio le tuve.

Concepción. Sábado 1 de agosto de 1846

El sereno acaba de cantar las 8 en la misma esquina de mi tienda; después de haber cantado en todas estas noches pasadas las 8 y nublado, acaba de decir el sereno. Para mí y para todo argentino que no está acostumbrado a ver llover día y noche sin cesar un momento, esta noche en que se puede leer fácilmente a la luz de la luna, es una de las que puede llamarse hermosa. Elisea, que desde esta mañana se revolcó y torció en su cama desesperada por un dolor de estómago que daba que temer a todos, descansa ahora en un delicioso sueño. Puede decirse que desde que llegó acá, no ha tenido un día de completa salud. Quiera el cielo sanarla pues que llegando a Chile creía ella ser dichosa cesando sus trabajos y continuadas tareas por más de 4 años, vistiendo a sus hermanas desde la mayor hasta la más pequeña para ahorrar el sustento de toda una dilatada familia. Así es que nada hay más sensible para nosotros que su enfermedad. Gracias al cielo parece que se mejorará.

Domingo 2 de agosto de 1846

Son las doce del día y la enfermedad de Elisea crece a momentos. ¡Fatal día! ni un momento siquiera tienen interrupción sus dolores. Con nada se puede hacer parar el mortificante vómito que la extenua cada vez más, ¿qué le haremos? ¡Pobre criatura! Padece hasta que el cielo se compadezca de ti.

Las 4 de la tarde

Ya no hay corazón que sufra, sus lastimeros ayes resuenan en todas las piezas de la casa y donde quiera, no se ven sino rostros pálidos y abatidos. Elisea descansa en brazos de Mardoqueo cuando un nuevo dolor y la vista repentina de su amiga Delfina la hacen prorrumper en ahogados gemidos; por la vez primera esta triste escena arranca lágrimas de dolor a Mardoqueo que se mezclan con las tiernas que vierten las dos amigas. Quién resiste ahora cuando Mardoqueo cede a la fuerza del dolor que le aqueja. Se ha resuelto una junta de médicos y su cita es para las 6 de la tarde.

La Junta

¡Qué prodigio! Son las 6 de la tarde que se han reunido los médicos y desde este momento Elisea siente una mejoría notable; mientras los médicos resuelven alguna cosa, en otra pieza todos estamos a su lado. El dolor ha calmado y el llanto trocado en risa ¡Que gusto! A una risa suya todos se ríen con ella y por un movimiento involuntario todos siguen sus gestos de risa o de llanto, si la primera tiene alguna interrupción por un leve dolor.

Son las cinco de la mañana ya. Elisea se durmió a las ocho, después de un remedio y no ha despertado sino recién, y dice que está muy buena, que aún quiere dormir más. Quiera el cielo que su mejoría siga con tan buenos resultados como ha principiado.

Lunes 3 de agosto

La mejoría de Elisea ha seguido hoy todo el día. Aún no se encuentra a qué atribuir su repentino alivio, pues antes de que los médicos resolviesen alguna cosa sobre su enfermedad y sin que se le hiciese otro remedio que el que no tuvo efecto, se mejoró repentinamente. En fin, después de mil opiniones del médico, de Tatita y de otros, ella sólo atribuye su alivio a una medida de la

Virgen del Valle que a petición suya se le aplicó al dolor que cesó al momento. Sea lo que fuere, lo cierto es que los dolores no tenían interrupción alguna con todos los remedios que se le hacían y que sólo cesaron del todo, según dice Elisea, al momento de atar la medida al estómago.

Son las ocho de la noche. A esta hora aún no debe haber concluido la celebración de la absolución del Rosario que hay en la matriz de Catamarca esta noche por ser víspera de Santo Domingo, quién pudiera volar allí y oír preludiar en el piano al Maestro León mientras dura la función ¡y quién tan dichoso que oyera el tenor sin par de mi lector F. Wenceslao Achával!

Martes 4 de agosto

Acabo de levantarme de la mesa y dejo en ella aún a Don Ignacio, Don Salvador, mi S. Antuca y toda mi familia, quienes todos se habían reunido en celebración del día de mi tío. Con nada otra cosa se ha celebrado que con esta reunión de las familias de nuestra casa a la hora de comer, pero también había sido imposible darle celebridad mayor si ésta consiste en demostrar la alegría que la causa de la solemnidad les incita; tal como esto ha sido nuestra reunión ahora; jamás he visto mayor gusto y alegría en las personas que nos acompañaban, ni nunca a mamita más llena de placer. Los sentimientos de amistad que afectan a cada persona en su interior han sido manifestados con todas las venas de un corazón poseído de alegría porque su mayor virtud en estos casos es la ingenuidad. El recuerdo de mi tía Encarnación vino a turbar en un momento toda esta alegría y trocar en llanto la risa. Ciertamente que digo mal al decir que se turbó nuestra alegría porque esta misma hace derramar lágrimas de ternura y llenas de gozo a la memoria de un objeto amado. Tal ha sido el día de hoy que ha concluido del modo que he dicho.

Miércoles 5 de agosto

¡Qué diablos! Hoy nada tengo que poner en mi diario a no ser que estampe mi paseo por ésta por todas las calles con mi primo Juan. Pero ¿qué ha tenido de particular? Bien, qué podré decir que las bellas salían a la puerta de sus casas cuando pasábamos, pero esto, ¿qué importa?, les habremos causado admiración por feos; diremos que se reían con nosotros y que se dejaban estar mirando hasta que doblábamos otra calle; éste sé que es argumento irresistible, porque si la admiración que les causamos no hubiera sido agradable nos habrían retirado de su vista al momento, como uno retira de un monstruo que causándole admiración se atreve a mirarlo pero luego, horrorizado, se tapa la cara. Esto no ha sucedido con nosotros sino todo lo contrario ¡vaya, vaya! Hermoso paseo, hemos visto hermosos ojos, y bonitas dentaduras, ¿qué más?, y decía que no tenía qué poner en mi diario ...

Jueves 6 de agosto

Son las once de la noche que llego de casa de las señoritas Ríos. A las ocho yo estaba con Mardoqueo en la tienda cuando llegó Fabio Zañartu diciéndome que las señoritas Ríos le habían dicho que me llevase a que bailásemos polka. Fuimos y ahora estoy de vuelta. He bailado mucho, y aunque oía murmurar “que bien que lo hace” no me estimulaba nada para esmerarme en hacerlo bien ...

Viernes 7 de agosto

Anoche, después de acostarme con la polka en los oídos, se me presentó a la memoria San Juan con todo lo que tiene de agradable para mí. ¿Qué hará a esta hora Manuelita? Me dije “¿estará tan sola como yo la encontraba, y cuando a estas mismas horas yo solo la acompañaba? No: no estará sola, es jueves y María, vuelta de Causete, la acompañará.” Así reflexionaba yo ¡pobre Ramón Gil! Quizás te empeñabas en recordar objetos de cuya memoria están borrados ... y quién sabe si cuando llamas y extrañas aquellos pasados días regocijándote a su memoria, tú sólo eres recordado como ingrato. ¡Injusticia! No: no soy ingrato, testigos son la aflicción y el dolor que me causa la asesina palabra ingrato; pero el tiempo, más bien, será el único que me vindique de esta injusticia.

Sábado 8 de agosto

Cualquiera que viese mi diario diría ciertamente “qué persona pública llena de sucesos notables es, ¿cómo para que lleve un diario como éste?”. En verdad, respondería yo que mi vida nada tiene de particular para otros, pero para mí, mucho. Esta respuesta sería suficiente para cualquiera que se admirase de mi diario que contiene todo el secreto de mi alma, si es que puede tener alguno.

Elisea está ya muy buena. Hoy a las 4 de la tarde salió Mardoqueo a hacer ejercicio y disfrutar del hermoso día, tan poco frecuente acá en este tiempo.

Domingo 9 de agosto de 1846

Hoy a las once del día salimos a andar y nos dirigimos al cerro del Caracol. Yo y Darío nos adelantamos de mi tío y Tatita que llevaban a mamita y Elisea. Nosotros subimos a esperarlos

al Castillo que es ya en la cima. Después de pasearnos viendo al otro lado las profundas quebradas y espesas montañas, nos acostamos en un gramillal desde donde veíamos todo el pueblo y descubríamos el interior de cada casa. No puede presentarse a nadie un paseo más delicioso. De allí se ve perfectamente al imponente Biobío, el puerto de Talcahuano y sus buques cuando entran o salen y toda la población entera, sin que no quede ni un rancho por más pequeño que sea. Después de entretenernos allí y no teniendo ya qué ver, nos fuimos a otra parte del cerro más alta para ver a San Juan y Catamarca pues que “nada se puede ocultar al que está en este cerro”, me decía. Tendí mi vista pero ésta se perdía en la inmensidad del mar y no pasaba más allá. Dirigí algunas palabras a mi amigo Martínez, preguntándole ¿dónde se hallaba en aquel momento?, otras tantas a mi cuarto y calle ancha, como lugares donde habitaban personas amigas, y finalmente un millón de anatemas al océano que me dividía de tantos objetos queridos. Viendo que mamita no llegaba, nos bajamos, ella se había acobardado en la mitad del camino y se volvió, tal ha sido el hermoso día de hoy.



F. 4: *Vue de la rade de Talcahuano*⁴⁰

⁴⁰ *Voyage au Pôle Sud et dans l’Océanie sur les corvettes l’Astrolabe et la Zélée/Jules Sebastian Cesar Dumont d’Urville*. Paris: Gide et Cie., 1842–1847. www.memoriachilena.cl. Imágenes consultadas el 22 de enero de 2022.

Lunes 10 de agosto de 1846

Nada sabemos de Samuel, es verdad que desde su ida a Valparaíso nadie ha venido de allí. Tampoco sabemos del otro lado por la cordillera que cierra toda comunicación, pero ya el verano se acerca, ¡qué gusto! Tendremos cartas de San Juan y Catamarca, ¡ojalá que mis amigos deseen con el mismo ardor que yo la apertura de la cordillera! Y ojalá que todos y todas cumplan las promesas de escribirme. Me acuerdo ahora que Carmen Ares me hacía siempre esta clase de promesas que no creyéndolas yo, trataba de convencerme con mil pruebas, las que deseo mucho que no se falsifiquen. Así me acuerdo de otros y otras muchas que me aseguraban su comunicación donde quiera que me hallase. Espero con ansia que la cordillera levante su blanco manto o que corra el telón que me oculta lo que yo quisiera ver claramente ...

Martes 11 de agosto

Hoy hace dos años murió mi tía Encarnación, esposa de mi tío Domingo. En este momento acaban de presentarme unos vales de misas aplicados para mi tía ¡que sentimiento! No la he conocido siquiera, pues que con esta dicha habría compensado el sentimiento que ahora tengo y que injustamente sufro, no habiendo gozado antes de su amabilidad, en una palabra, su muerte me castiga aún con el mismo vigor que a los que tuvieron la suerte de conocerla. He ido una vez al panteón, y vi que su mausoleo se elevaba entre flores sobre los demás. Pero ¡cuál fue mi espanto al leer en la hermosa loza de su sepulcro grabados en letras de oro su epitafio y su nombre! Triste espectáculo. Tan joven, tan hermosa y tan amable, la muerte la arrebató de los brazos y caricias de su esposo y familia. Volví del panteón muy triste trayendo en la boca una rosa de las que caían sobre su loza.

Miércoles 12 de agosto. Fatales noticias

Son las cinco de la tarde, François entra a mi tienda y llena mi alma de inquietud con la siguiente noticia “acaba de llegar, me dice, de Talcahuano un joven que me dice que anoche llegó una fragata cuyos marineros aseguran que el Gral. Rivera ha naufragado que este había apostado con el Caupolicano la carrera de Valparaíso y que cuando ellos salieron de este puerto ya hacía cuatro días que estaba fondeando Caupolicano y que aún no aparecía el Gral. Rivera siendo que habían salido juntos”. Al acabar de hablar François cerré la tienda y fui en busca de Mardoqueo, al único que me determiné avisarle. Hemos ido al momento con él al café donde encontramos al joven dador de esta noticia y nos ha dicho que lo ha oído a los marineros de

la fragata que llegó anoche pero que para cerciorarse sería mejor preguntar al Capitán; Mardoqueo irá mañana a Talcahuano a saber lo cierto sólo él y yo somos depositarios de esta fatal noticia mientras que el resto de la familia ríe ignorante de la desgracia que la amenaza ¡Dios mío! La noticia parece cierta a lo menos no carece de fundamento. ¡Oh! ¡Samuel! y tú habrás perecido víctima de las olas llamando a tu socorro tu desgraciada familia hallando socorro en los desapiadados marineros. No, no habrá perecido, el cielo lo habrá protegido si alguna borrasca ha amenazado al buque; “confío que Dios compadecerá de ti y de nosotros y te devolverá sano y bueno”.

Jueves 13 de agosto

A las once del día Mardoqueo está de vuelta de Talcahuano y gracias a Dios la funesta noticia se ha falsificado. Después de saber lo cierto, recién hemos avisado a mamita y Tatita quienes aun así se han sorprendido en extremo. Las 4 de la tarde: en este momento sabemos que ha llegado el Gral Rivera y Samuel no tarda en estar con nosotros, ¡qué gusto! después de haber temido por él, abrazarlo de nuevo. Las 9 de la noche: después de esperarlo hasta esta hora inútilmente, ya Tatita principiaba a afligirse pues que ni cartas recibía ni se encontraba de quien saber alguna cosa, cuando hemos recibido de repente cartas avisándonos que él se queda hasta la vuelta del Gral. Rivera pero nos manda en el mismo buque todo lo que ha empleado. Yo debo ir mañana a Talcahuano a recibir la carga.

Viernes 14 de agosto

La una de la tarde: acabo de llegar de Talcahuano y nada he hecho porque no se ha bajado la carga a tierra por el mal día. Lleno de gusto hacía mi camino al puerto pues me parecía que iba a embarcarme para pasar al otro lado, pero confío que un día no serán ilusiones sino que partiré realmente.

Sábado 15 de agosto de 1846

Llego de San Francisco y aún triste todavía con el recuerdo de San Francisco de Catamarca y de los amigos que en él tenía. Me paro en las demolidas celdas, quiero entrar y luego me acuerdo que allí no existe un padre, condiscípulo o amigo y esta esperanza frustrada me causa una tristeza increíble. Estoy sumamente triste, me voy a andar por las orillas del Pueblo con

mi escopeta al hombro por si encuentro a qué tirar. ¿Cuánto te hecho de menor querido Niceo, ahora que se antoja salir con escopeta? De vuelta te contaré lo que haya casado.

Estoy de vuelta, querido amigo, he andado muy poco, pero lo suficiente para envanecerme de mi buena puntería. Estaba parado con Darío (mi compañero) a la orilla de una laguna esperando ver algún pájaro a que tirar. Nada pudimos ver, sino un carancho que venía volando muy por arriba, le digo a Darío, levanta este carancho y al punto tomo la escopeta, suena el tiro y el milano que iba por las elevaciones cae a mis pies. Bella puntería sin duda; ¡pero caramba no haber una bella de ojos negros para votar a sus pies mi trofeo y recibir en premio una sonrisa! Ya ves, querido Niceo, habría preferido que tu estés y no la bella para hacerte burla como siempre nos hacíamos uno al otro cuando errando, éste acertaba aquel su tiro.

Domingo 16 de agosto de 1845

¡Qué diablos! Divertido el día. Sentados yo y Juan en el suelo, en la vereda frente a nuestra casa, cortejamos con qué gusto a todas las niñas o todo el mundo, diré sin que se escape nadie de tantos y tantas que ahora para disfrutar el buen día, se pasean, luciendo o creyendo al menos lucir su cuerpo. No creo por un momento que nosotros no estemos hechos trizas pero, que importa eso cuando nosotros somos tan felices en este momento. “Ya no tenemos aliento de tanto reírnos ...”

Lunes 17 de agosto

En este día me he ocupado de preparar la tienda para recibir los efectos. Son las 8 de la noche, han llegado ya las carretas y voy a ocuparme del acomodo. La una de la mañana; hora en que me voy a dormir. Si alguna vez me he fastidiado de tener en mi compañía tantas bella, ha sido esta noche, porque nada me han dejado hacer: aquí tropezaba con un fardo, más allá con una bella, diré más bien que he tenido tantas beldades cuantos fardos de tocuyo y lienzo en qué tropezar.

Martes 18 de agosto

He trabajado hoy todo el día sin descansar un momento para ir a almorzar. Ahora son las doce y media en que me retiro a mi cuarto, apenas puedo moverme de dolor de los pies, vamos a la cama, último recurso y alivio sin par para todos los rendidos al peso del trabajo, y cuán feliz es

este sueño. Con cuánta dulzura y alegría se entrega uno a sus delicias y cuán distinto del que, velando en cuales quiera clase de intrigas de las que no han conseguido su fin, vela aún en un lecho fastidioso y sin poder reconciliar el sueño por las muchas ideas funestas que se agolpan en el momento en que debiera reposar, Saludable consuelo para el que trabaja y gusta en seguir el fruto de él.

Miércoles 19 de agosto

Acaba de cantar el sereno las 12 en punto. La noche coronada de estrellas pasea su carro en profundo silencio, y toda la naturaleza reposa tranquila; yo solo velo, ¡qué tristeza! Esta noche me recuerda aquella última que pasé en Catamarca, donde solo me paseaba a estas horas sin que, como ahora, ningún ser viviente se ofreciese a mi vista ¡Tristes noches ésta y aquélla! La primera, porque me recuerda la última; última vez que pisaba el suelo que me vio crecer y formarme; por esto concluyo con el sabio principio que dice que es preciso perder el bien para conocer que antes lo poseía.

Jueves 20 de agosto

Descanso en fin: mi tienda ahora sí que se llama tienda de moda, pero maldito tiempo le ha antojado descomponerse y llover cuando debía estar más sereno para no estorbar que las niñas vengan a la tienda. No hay cuidado, sé que ellas se afligen y rabian también con el tiempo que las detiene en su casa.

Viernes 21 de agosto

Son las 10 del día: Llueve a cántaros sin que hasta ahora haya habido un pequeño intervalo desde anoche muy temprano. Paciencia, no hay que afligirse principalmente con el maldito temperamento de Concepción.

Sábado 22 de agosto

A esta misma hora en otra época estaba yo ocupado o en repasar mi cuestión que debía defender, o en repasar un libro buscando un texto que confirmase mi argumento contra el misterio de la

Santísima Trinidad, o bien en alguna celda de un discípulo religioso reunido con Martínez y riéndonos sobre alguna picardía maquinada contra el hombre o el Nerón del tiempo, que así llamábamos a nuestro lector. ¡Qué tiempo tan delicioso! Y cuánto lo extraño ahora, pues que no volverá, no, por cierto. Pero sí volverá la vista de mi amigo y compañero en mis inocentes placeres, y con ella rodará atrás la rueda del tiempo en que gustaré de nuevo de los pasados gustos.

Domingo 23 de agosto

Sigue lloviendo siempre. A esta hora (las 2 de la tarde) estoy solo en mi tienda entregado a los tristes pero dulces recuerdos de mi patria. En este momento me he transportado a las Chacras, a casa de mi prima Efigenia, llena de cariño para mí lo mismo que su esposo Viso, en seguida a casa de nuestro amigo el maestro Eduardo que con tanto gusto me recibían él y su esposa cuando llegaba a sorprenderle en su casa un día domingo como éste, y luego finalizo mi paseo en casa de mi amigo Martínez, donde reunidos gozábamos felices momentos. También recuerdo otras correrías que en estos días de fiesta hacíamos, primero con Fray Barros, después con Don Pesado, Castillo y otros religiosos discípulos ¡Si volveré a verlos qué gusto tendría! Quizás moriría si por un momento perdiese la esperanza de volver a mi patria y gozar nuevamente de la vista de mis amigos y de todos los objetos queridos.

Lunes 24 de agosto de 1846

Anoche, a mi vuelta de las Elideguis entré a lo de mi Sra. Juanita. Encontré a Tatita, Elisea y Quiroga de visita y ¡qué a tiempo! Estaban ya en el té. Quiroga me cedió su asiento al lado de Delfina y heme ya con ella en una conversación no menos filosa que una navaja de barba. Yo muy quedito “Delfina baile polka con” ... D. “No, ¡por Dios! Espere que se vaya y bailaremos los dos.” Yo: “yo, ¿por qué?”. D. “Ud. sabe ya por qué ... cálese, mire que le va a oír”. Esta conversación siguió más cortajeadora que he dicho, por más de un cuarto de hora no privándonos de reír como si nos hubiesen pagado para ello, el estar ... él mismo metido en la conversación. Aún fue más agría después que él se fue, que no se cortó hasta que yo me despedí.

Martes 25 de agosto

¡Maldito día! Amaneció muy sereno, a la media hora y sin saber en qué tiempo principió una lluvia tan fuerte de piedra que si me alcanza alguna a la cabeza a buen seguro que no quedo en

pie, tal era el tamaño de la piedra que caía. Luego dejó de caer y tan de improviso como si se hubiese corrido un telón entre el cielo y la tierra, sale el sol y he aquí ya el día como amaneció, sin que cubra el cielo una sola nube. Al cuarto de hora no duró esto sin que ya quedase del todo oscuro y principiase a llover sin cesar hasta ahora, que son las cinco de la tarde. Hele aquí a Francisco ¿qué quieres hombre?, “ya está la fuente en la mesa señor”. Santa palabra, bienvenido seas, dame suecos y paraguas y vámonos.

Miércoles 26 de agosto

Acaba de llegar un parte anunciando naufragio de señores marineros en el río Carampangue ¡infelices! Ninguno más desgraciado que ellos, pues que no solo han perecido con una muerte desastrosa sino privados de todos los auxilios y consuelos que un cristiano puede apetecer para dulcificar el más amargo trago. Nada de otra cosa particular tengo que anotar hoy en mi diario, pero esto es suficiente, para siempre que lea mi diario, los compadezca de nuevo.

Jueves 27 de agosto de 1846

Las 10 del día. Pasa en este momento un crecido número de carros acompañando al del Intendente [Francisco Bulnes] que va a embarcarse en busca de salud pues que acá estaba ya sentenciado a muerte por todos los médicos a excepción del belga que lo ha sacado del sepulcro pero que también le da muy poco tiempo de vida. En medio de toda la pompa y acompañamiento que le sigue, sólo su rostro se ve pálido y triste, ¡qué desengaño para los grandes! ¿Qué es lo que falta a este hombre tan favorecido de la fortuna en riquezas, honores, en numerosos amigos que le rodean y en fin, querido de un pueblo entero? ¿Qué es lo que, en medio de su grandeza, le hace decir que no hay viviente más desgraciado que él? Ninguna otra cosa que el saber que a la vuelta de algunos meses no existirá ya. Bien ha hecho en decir que es el más desgraciado viviente, pues que cualquiera que viva, es más feliz que el que tiene ya contados sus días. Quiera el cielo conformarlo y enseñarle desde ahora a apetecer una felicidad más duradera.

Viernes 28 de agosto

Anoche, al tiempo de acostarme, saqué de mi vade las cartas del otro lado para distraerme con su nueva lectura pues que siempre recorro a esto cuando estoy triste. Pero qué engañado estaba. Después de leer otras con mucho gusto, llegué a una y cuando creía tener más gusto, me

sucedió todo lo contrario. “¡Ah! Manuelita, mi mayor y más cruel enemigo no me había herido tan profundamente como tu carta!” Un fierro quemando y hecho ascua puesto en mis manos no me habría quemado tanto y lo hubiera soportado por más tiempo porque su activo fuego no afectaría más que una parte de mi cuerpo, mientras tu carta causó una completa revolución en todo mi ser; no comprendo pues cómo en ti, toda bondad, quepan tanta crueldad y amargura en tus expresiones o si no, ¿qué maldito genio enemigo de la amistad te dictó unos renglones que tienden más a destruir nuestra amistad que a conservarla? ¿Cómo estampar unas frases que no dejan virtud por destruir, ni buena cualidad ilesa? Y ¿cómo salvarse si el veneno que estila hiere aun lo que pudiera estar más a salvo de su ponzoña? ¡Ah! No creí nunca ver lo que he visto anoche en esta carta, crecía mi despecho y vergüenza al paso que la leía y me atreví aún a concluir la esperando que quizás daría fin con expresiones menos bochornosas y crueles, pero no; en vez de encontrar una palabra menos agria y con algo de afecto, cosa que siempre sucede en las cartas, aunque sean de un enemigo a otro, me encontré con peores aún que las anteriores. Así pues, pareciéndome que tenía a mi presencia la persona que las producía y avergonzándome hasta de la misma carta, apagué la vela y sucedió la oscuridad, último recurso de los rostros afectados de vergüenza. Huyó el sueño de mí y mi memoria se dilataba en la multitud de ideas que me rodeaban. Aunque la vez primera que la leí sentí ya el peso del resentimiento en mi pecho, el inexplicable gusto que tuve al recibirla no me dio lugar a sentir lo que en esta vez. No me afligiré más ya, dejaré al tiempo que obre y repare tranquilo, seguro de buen éxito. Solo una cosa encuentro imposible al tiempo y es la de hacerme olvidar la impresión que anoche recibí a la lectura de la carta.

Sábado 29 de agosto

Cerré mi tienda a las ocho; a las ocho y media me fui a casa de la Cruz con Fabio, y encontrando la cuadra sin luz nos volvimos, y nos separamos donde mismo reunimos. No quise desperdiciar la noche tan hermosa y así me salí sólo a vagar por las calles embozado en una capa hasta la frente porque no me conocieran las niñas que me encontrasen. Anduve mucho y de vuelta me recogí a mi cuarto. Me puse a leer y luego a dormir.

Domingo 30 de agosto

Las cinco de la tarde. Hoy, día de Santa Rosa, no he querido vestirme y todo el día he andado trayendo el distintivo o signo de la pereza o mala gana; esta es la capa bien terciada. A esta misma hora estoy en la tienda escribiendo, casi todo el día lo he empleado en caminar con Juan por

las orillas del pueblo, riéndonos de los trajes, de los talles y, en fin, hasta de lo que no se puede reír nadie, como que andábamos a propósito para criticar. Por todo, este día de Santa Rosa, y Víspera de San Ramón, ha concluido bien porque acaban de pasar media docena de fuentes bien colosales para mamita, y yo me diera de santo si mañana me mandasen, aunque no tanto, siquiera la mitad, que yo me contentaré como quiera que sea.

Lunes 31 de agosto 1846

Pensé esta mañana ir a San Francisco y al fin no fui porque se me hizo tarde. Anoche ha sido la primera de música desde la enfermedad de Bulnes. No me parece que gozaré segunda vez del placer que anoche al oír una pieza. Mi entusiasmo fue tal, que me pareció en aquel momento que el mundo me parecía pequeño para caber yo con toda mi felicidad, si ésta fuese capaz de ocupar más lugar o espacio que el que ocupa en la alma, y mi entusiasmo llegó tan a su colmo que acordándome luego de mi patria, fin último de todos mis pensamientos, y del Tirano de que era víctima, digo pues, que yo sólo me hallaba capaz de libertarla hiriendo al tirano a costa de mi vida. Todo esto duró tanto cuanto la música.

Pensé que hoy, siendo mi día, me vendrían, como ayer a mamita, algunos tapaditos, es decir, fuentes de *aliquid masticabile*⁴¹, pero ¡qué diablos! nada, nada; ni siquiera se han acordado de mí sino para cobrarse ¡No hay cuidado!, algún día Ramón Losa, cuando yo sea Presidente de la República o siquiera Intendente, o cuando menos Señor de alguna ínsula o condado que no me parece imposible, pues que no aspiro más que Sancho Panza siendo algo mejor que él, entonces digo, sí que tendré un mote o loco de chuchoca, y que muy fácilmente saldrán las ventanas por las puertas. Con que no hay más que esperar, que el tiempo y el dinero lo puede todo, hablo con respecto a la Ínsula y al condado.

Martes 1 de septiembre 1846

*Nocte hac hora octava scribo solus in taberna mea. Pos dimidiam horam eam in Domum Domine mei Crusis Barriga ubi indubitabiliter dansabo polkam auto alia que magis jucunde sint Domine iste. Mane narrabo papiro isto quando agam aut contigerit me nocte hac. Hoc ipso instanti scribendo in lingua hac.*⁴²

⁴¹ *Algunos masticables.* Traducido del latín.

⁴² *Son las ocho de la noche, estoy escribiendo solo en la tienda. En media hora [iré] a la casa del señor de mi Cruz Barriga, donde sin duda bailaré polka u otras cosas que serían más agradables que este señor.*

Miércoles 2 de septiembre⁴³

[...]

Jueves 3 de septiembre de 1846

La una de la tarde. En este momento entra Tatita a la tienda a despedirse de mí. Se va a la hacienda de Cucha a realizar sus negocios. No tendrá tiempo de volver para el 18, por más que él dice que volverá. Va también Darío, quien más que Tatita siente el no volver para el 18. Todo el negocio queda a mi cargo ahora porque Samuel no está y aun cuando venga, no podrá ayudarme porque él también está solo para sus negocios. Yo ya veo el cuento muy mal parado con respecto a la continuación de mi carrera en San Juan, ¡qué diablos!, Santiago quiero decir; nuestros negocios se han duplicado cuyas ramificaciones necesitan dobles personas quienes las atiendan; pero dentro de un par de años, yo ya no haré falta y aun cuando ya esté viejo, seguiré, contra todo el torrente de lo natural, mi primitiva inclinación que no podrán quitar ni la miseria, ni el tiempo como no me la han quitado en el tiempo de la guerra en el otro lado, la pobreza y persecución de mi familia. Más que todo me harán permanecer en mi pensamiento los grandes deseos que tengo de ser útil algún día a mí desgraciada Patria. Quiera el cielo proteger mis pensamientos y con ellos mi Patria y mi familia.

Viernes 4 de septiembre de 1846

Son las 12 de la noche en que llego de la Cruz Barriga. Fui a dar el parabién a la Sra. Rosalía por ser su día. Reverenda mentira. Pero qué hacerle, adelante ... quedo en que sirvió de alcahuete su cumpleaños ...y que yo sabía que Delfina y otras bellas se reunirían allí ... Bien. A mi ida encontré a Fabio, quien me dijo que ya había sondeado por mí, que la cosa parecía buena pero que él no me acompañaba por las reflexiones que entre todos hicimos por la tarde. Sonseras, no gran cosa, que por qué no nos habían dicho nada siendo que quisiesen bailar. Seguí mi camino y en efecto estuvo buena la cosa. Encontré las señoritas que yo pensaba y yo y mi tío solamente dimos abasto para hacer bailar a tanta niña. Yo solo diré, porque mi tío sólo me ayudaba en las cuadrillas. Sintieron todas la falta de Fabio y yo les avisé la causa. Bastante tijereamos y estando

Mañana escribiré lo que me sucederá esta noche. En este mismo momento estoy escribiendo en este idioma. Traducido del latín.

⁴³ Esta entrada se compone de un largo párrafo en latín que no pudimos descifrar.

presente y aun ayudándonos la misma persona a quien se dirigían nuestros tiros, pero me tocó estar entre Quico y Caco, o entre Delfina y Cruz, que es lo mismo y con una pequeña que no era entendida sino nosotros tres, o ya con una simple expresión significando para los demás una distinta cosa, nos reíamos a vista y presencia de todos, y más de la señorita, sin corazón o de otro modo mejor, la señorita del corazón intacto. Qué suerte, por Dios, encontrar un corazón así, o con unas personas tales que facilitan y ayudan con su persona con todo su ser espiritual y corporal al buen reír, como la tal señorita al nuestro.

Sábado 5 de septiembre

Después de estar en los Ríos con Fabio, (a falta de la Cruz que no nos recibió porque no está en la cuadra, sino en su cuarto con los conchos de anoche por delante, según lo sondeamos por los vidrios) salimos con Juan y Mardoqueo a andar a las diez. Dimos con una chingana y nos llegamos a la puerta a ver un momento. Lo primero que se nos presentó a la vista, una mujer y hombres vestidos a lo maromero y como unas imágenes o estatuas, sentados arriba en un entablado recibiendo los aplausos de una muchedumbre compacta que los admiraba desde abajo.

Al lado de estas dos personas estaba el que les tocaba y cantaba para que bailen. ¡Horroroso aspecto! una sola lámpara no bien lucida alumbraba esta inmensa casa de prostitución y al favor de su pequeña luz distinguimos un gran número de mujeres que se mezclaban y movían en medio de los hombres con la misma libertad que ellos, teniendo cada una su vaso en la mano y ya tomando por el poncho a su cada uno, o tomándolo por atrás hasta ponerle el vaso en la boca, a pesar suyo. Nos retiramos luego del abreviado infierno y nos volvimos a casa. A las doce salimos otra vez con Mardoqueo. Hallamos el café abierto y entramos a sacar dulces para nuestro camino. Encontramos a Sixto tanteando a dos tauros, quien se alegró mucho a nuestra vista. Luego salimos y anduvimos por las partes más apartadas del pueblo. El sereno acaba de cantar la una. Un año cabal ha que yo en esta misma noche y a esta misma hora, me paseaba solo por las calles de Catamarca esperando que amaneciera para despedirme de ella por muchos años y quién sabe si por toda la vida ¡Triste recuerdo! Me renueva ahora el mismo dolor que ahora un año tuve, ¿con qué dulcificarlo? Renovando el proyecto de no morir antes de volver, y pisar el suelo cuyo recuerdo lo causa. Sí. De nuevo prometo a mi patria una visita y a su exacto cumplimento obligo mi persona y bien ... ¡Qué diablos! Ya le había ido haciendo documento y ejecutivo. No obstante obligo mi palabra de caballero andante que vale más que todo. El humor está muy Diabla ahora y no sirve para otorgar documento, todo se vuelve chanza por más que quiera formalizarme.



F. 5: *Una chingana*⁴⁴

Domingo 6 de septiembre

La una de la tarde. A esta misma hora un año ha que después de haber dado la última despedida a nuestra patria y habiendo andado como 6 leguas, nos paramos en el mistol de Miraflores a desayunarnos y pasar el sol. Mi amigo Martínez y Gregorio también estaban con nosotros. Y allí di el último abrazo al amigo que ocupa más mi memoria ¡Oh querido Pepe! Si me contarás siquiera en el número de tus amigos, aunque no como el primero, ¡como yo a ti! Yo te celaría si tuvieras alguna obligación de amarme, pero aunque no sea más que la de corresponderme, ésta por sí sola me autoriza para ello. Ni aun así quiero, porque no quiero figurarme nunca que me seas infiel. No: no alimentaré esta idea ni por un momento.

⁴⁴ F. Lehnert según Mr. Gay. *Atlas de la historia física y política de Chile por Claudio Gay*. Paris: En la Imprenta de E. Thunot, 1854. www.memoriachilena.cl. Imágenes consultadas el 22 de enero de 2022.

Lunes 7 de septiembre

Se acerca el famoso 18 y toda la población está en un continuo movimiento. Dividían a la población dos partidos, uno del ministerio y otro de la oposición, trabajando cada uno por su partido dividían así a la sociedad hasta ayer, que se han reconciliado subscribiéndose para la función que se dé, cuando un día antes se habían negado los de la oposición abiertamente, pues que ellos pensaban dar un baile aparte, como lo habían hecho en los domingos pasados en cada una de sus casas.

Pensaba que saliendo de la República Argentina dejaría de ver unitarios y federales, ambos partidos destructores de la sociedad, pero acá los he encontrado tales y tan perjudiciales como allá.

Martes 8 de septiembre

Según me recuerda mi diario, hoy estaba en Catamarca vuelto de Capayán para dar un documento ¡Qué gusto después de despedirme para siempre! Un día hacía que faltaba de mi patria y el gusto que al volver fue como si hubiese estado ausente muchos años. A las ocho de la mañana estaba con Carmelita pero ya por marcharme a Capayán. No quise ver a ninguno de mis amigos por no renovar el sentimiento de dejarlos, y todo lo que me presentaba a la vista miraba sin mucho interés, como encontrándole algo de nuevo. Al tiempo de despedirme entró mi amigo Lucas, de quien me despedí con el sentimiento de un amigo.

Lunes 14. ¡Mandinga y cresta de Judas! De septiembre quiero decir

Gracias a Dios que tengo lugar para ver mi diario después de cinco o seis días en que no he tenido lugar ni para comer, que es para lo que siempre se deja lugar. El martes en la noche recibí carta de Samuel incluyendo la factura de efectos que he recibido, y desde entonces éste es el primer momento que dejo de trabajar, de día hasta la oración, y de noche hasta las doce sin haberle perdonado al dormir ni un cuarto de hora por ser día de fiesta. En estos días mi tienda ha sido un laberinto llena con una multitud de guasos que comprando por mayor se disputaban los fardos de tocuyo o lienzo. Este me ofrecía comprar 500 \$ por interés de un fardo de tocuyo, aquel me abrazaba haciéndome la misma propuesta y añadiendo a la anterior sus caricias y sus ruegos repetidos, otro traía por empeño a Don Ignacio o Mardoqueo y al fin, nada les faltaba para desafiarse disputando la preferencia sobre el tocuyo. Al fin lo obtuvieron dos de ellos tomando cada uno diez de 20 piezas que tenía un fardo obligándose a emplear

más de 400 \$. Otro vino después que prometía emplear mucho más que los primeros, pero con la precisa condición de que le había de dar 10 piezas de tocuyo. A mí ya no me quedaba ninguna y sentí el que se me fuese el guaso y así resolví a hacer la picardía siguiente. Aún no habían llevado los otros los efectos que habían empleado, abrí el fardo ya vendido, (y objeto de pependencias) saqué las diez piezas y le vendí al guaso que me empleó todo lo prometido. Los otros vinieron a llevar o partirse de su fardo y contando las piezas no salieron más de diez, a lo que yo respondí diciendo que habían parecido dobles piezas por ser tan grandes como que en efecto lo eran y puesto que había esta equivocación que no tenían más que partirse siendo así el trato. Pero señor, me dijeron, ¿cómo parecía tan grande y ahora salen tan solo de diez piezas? Parecían dobles piezas porque eran de 40 “y” (sic). Así será pues señor, no hay más, que nos hemos de partir de cinco cada uno”. Se tragaron la breva madura con palo en el culito y no la conocieron ni la olieron.

Martes 15 de septiembre

Son las 5 de la tarde en que recién tengo lugar de abrir mi diario, tal ha sido el trabajo tan parecido a los anteriores. Como conozco que mi sueldo de una onza mensual no paga bien mi trabajo, pues que siempre habría querido estar sirviendo de gratis a la compañía (a pesar de mi ignorancia), que no con un sueldo que no me llena, y que no lo gano a una casa extraña sino a la compañía; pero mi tío ha querido que se me pague sueldo todo el tiempo que yo esté con el negocio y él, más que nadie, sabe lo que hace.

Miércoles 16 de septiembre de 1846

Se advierte un gran movimiento en toda Concepción; el 18 se acerca y he aquí la causa. Todos se preparan con sus vestidos bien elegantes, éste se aflige por una arruga que le han sacado en su frac, aquél se queja por la falla del sastre con sus obras, otro da al Diablo por haberse quedado sin guantes blancos, yo sólo estoy en calma, mi frac no tiene arrugas porque aún no ha sido concebido ni por mí ni por el sastre, los guantes no me hacen falta puesto que ni ... y de propósito no he querido hacerme ropa por más que Mardoqueo me ha embromado tanto, siempre le decía, hay tiempo, me harán después, siempre esperando que recargue de obras la sastrería para salir en la mía, como ha sucedido en efecto.

Jueves 17 de septiembre de 1846

Son las 7 y media de la noche. Distingo desde mi tienda, a favor de la luminaria, la multitud compacta y numerosa de toda clase de gente que se mece y revuelve en la plaza, es innumerable el número de señoras y caballeros que en este momento están pasando por la calle de mi tienda a la plaza, se deja oír un ruido sordo, pero notable, semejante al ruido que hace una gran manga de langostas que abraza un campo entero, llenándolo al mismo tiempo de un espantoso como imponente sonido. Yo pienso dejarme estar en mi tienda y notar en silencio y sosiego todo lo más notable, sin que haya otra cosa que me perturbe. Pero he aquí Juan, veamos qué quiere, o qué pretende. No quiere otra cosa que la que pensaba, que lo acompañe a la plaza. Me es imposible resistir a cualquiera insinuación suya, vamos allá, de vuelta conversaré con mi diario.

Estoy de vuelta y no pensé que me causara tanta admiración el preparativo para la fiesta de mañana. Las 4 cuadras de la plaza están rodeadas de arcos hechos de caña verde y adornadas con toda clase de flores. De cada arco pende un farol de papel pintado de varios colores y de varias figuras de hombres y mujeres. En la cuadra del poniente, en las ruinas de la antigua Catedral, se han levantado unas semifondas o ranchos donde se encuentra de toda clase de dulces o comidas; en los otros ángulos de la plaza se han puesto mesas como de ramilletes, lujosamente adornadas de todas clases de vinos y dulces. En las cuatro calles que forman los arcos no se da lugar la gente, y para llegar de una esquina a otra bien se tarda uno un cuarto de hora, tal es el taco que se forma de los que vienen con los que van. No creo que haya quedado en su casa ninguna persona ni pobre ni rica, noble o plebeya, ni ninguna vieja por más jorobada y cascaruda que sea (que éstas he visto muchas con tamaña sandez no temiendo que se les pame la mollera con el rocío) pues de todo he visto ahora. En medio de la plaza se levanta un cuarto de tablazón donde se sienta la música del Carampangue. En frente de éste, al lado del naciente está otro del mismo modo que encierra la música de los cívicos y ambas músicas tocan toda la noche. Del medio del cuarto de los Carampangue sale un palo de extremada altura bien ensamblado y derecho, en cuya punta flamea suavemente la bandera chilena, causa de toda la pompa de ahora.

17 de septiembre

Sigue acá el 17 no concluido en el otro cuaderno. Después de haber andado con Juan y corrido toda la plaza me volví a escribir en mi diario, y al pasar por lo de mi señora Juanita vi a mi tío en la puerta, parado con Delfina y mi señora Antuca, les hice un reverente saludo y pasé. Al entrar a casa me encontré con Mardoqueo, quién me dijo “vamos a llevar a las niñas de mi señora Juanita a que vean los fuegos a la plaza.”

Me resistí todo lo que pude, pero al fin cedí, viendo que ni aún él quería ir, pero que era preciso puesto nos mandaron llamar. Salimos en marcha, pero no como yo quería. En la cuadra tratamos con Mardoqueo que él iría con Delfina, aunque era más propio que él tomase a mi señora Antuca. Toda nuestra combinación se frustró porque Mardoqueo, viendo un no sé qué de mal gesto de Delfina, se tomó a Emilia dejándome aquella con Elisea, mi tío se tomó a doña Antuca. Por cierta zoncera andábamos con Delfina algo torcidos, y era la causa porque yo no quería llevarla porque el tiempo no parecía a propósito para ajustar cuentas. Lo cierto es que yo no pude sufrir y se lo planté luego. Me expliqué dándole satisfacción de cierta broma en que yo creía que en ella había desagrado, pero dije aún más de lo que debía, porque juré por mi vida de no volver a jugar con ella. Negó mi acusación y quiso resentirse por mi juramento, pero no pasó adelante, aunque ella no quedó muy contenta porque no me retracté de mi juramento.

Los fuegos hubiesen estado buenos a no haberse humedecido la pólvora con el rocío, por lo que no prendían bien. Había un castillo en la plaza a quién demolían dos buques de guerra con apariencia bien engañadora de verdad, pero todo salió mal por lo húmedo de la pólvora.

Viernes 18 de septiembre de 1846

Después de almorzar salí a caballo un momento a vagar por las villas del pueblo. Con nadie encontré porque solo yo andaba fuera de la plaza donde estaba todo el mundo. A mi vuelta me encontré con Fabio y otros amigos que no se cansaban de ponderar mi desgano, sin saber a qué atribuirlo. Por la tarde salí un momento con Juan y volvimos al ratito. He aquí concluido para mí el día del 18, tan célebre y tan esperado para otros.

Por la noche pasábamos con Juan a la plaza y nos llamaron de mi tía Juanita para que acompañásemos a las niñas. Yo le dije que entrase él a excusarse por los dos, que yo lo aguardaba en la puerta. Luego salieron mi tía Antuca y Delfina y me sorprendieron cuando quise escaparme sin que me viesen.

Juan concluyó su excusa y seguimos. Cuando ya nos alejamos un poquito, oí a Delfina que dijo “Ramón Gil no ha querido llegarse acá”, y yo le respondí en secreto “cierto es ¿y qué coliges de esto?” Igual resistencia hice en otro encuentro en la plaza. Los mismos fuegos hubieron que la anterior noche, con la diferencia que en ésta ha tenido efecto todo el plan meditado. También ha habido ocho volcanes perfectamente bien imitados. Después de concluido todo, nos fuimos con Juan a mirar por las ventanas los concurrentes al baile de Novoa, por estar cerca de casa. Entre otras se ligó mi vista en Crucita que estaba muy hermosa, con un vestido celeste de gros y una coronita blanca que componía todo su adorno. Yo me retiré luego, dejando a Juan. Luego me metí en mi cama y no desperté hasta el 19, y lo primero que dije al levantarme rascándome fue “¿qué se ha hecho el 18?”, concluyó, y para mí mejor que para todos.

Sábado 19 de septiembre de 1846

Abrí mi tienda muy temprano y he tenido buen despacho hasta ahora, pues que ninguna tienda se ha abierto.

Ahora son las dos de la tarde, nublado. Juan sale de la tienda medio enojado por no haberme podido sacar a que lo acompañe al paseo militar. Mardoqueo sale en este momento de lo de mi tía Juanita llevando con mi tío Correa una gran pacota de niñas. Más de una hora hace que están pasando señoritas y cuanta clase de gente vi por mi tienda y se admiran de ver que yo solo quedo en el pueblo. He aquí viene Juan del paseo ¿por qué se volverá? “Vamos Ramón Gil, ¡si vieses como está tan bueno! Es como para matarte, ¿qué haces aquí? Dime ¿qué has sacado tú con ir allá? Ya estás de vuelta y ¿qué tienes más que yo, que no he ido allá?” Nada, me responde y se va enojado. Aquí vienen a carrera abierta Matilde y la hija de Delano, acompañadas entre otros de Rondizoni, vea pues. Pasan raspando por la puerta de mi tienda y todos viendo que escribo con tanto empeño sin saber que los estoy apuntando con todas sus acciones en mi diario.

¿Y tú, Pepe amigo, qué haces a esta hora? ¿Te acuerdas de mí como yo tanto de ti? Ya se abre la cordillera y sabré lo que acabo de preguntar.

Domingo 20 de septiembre

Acabo de recibir carta de Samuel con una nueva factura de efectos por el General Rivera. En este bergantín lo esperábamos y nos hemos chasqueado como la vez anterior. Dice que se ha quedado a un arreglo de cuentas con mi tío Ventura que, para mí, más bien, quiere arreglarlas con el 18 que no con nadie, como que si se viene, las habría tenido en el mar, pues que el buque ha fondeado el 20.

Lunes 21 de septiembre

Aún está en toda su fuerza el 18 porque si bien ha pasado el día, se esperan aún los bailes en su celebración. Mejor para mí, digo en cuánto a negocio, que en cuanto a lo que ahora se llama ir bien no me va ni me viene, esto es en los preparativos del baile que tanto ruido meten en toda clase de gentes.

Martes 22 de septiembre de 1846

Aún no ha descargado el Gral. Rivera ¡Qué aflicciones para los que esperan sus vestidos para el baile! Víspera ya y no llegan los vestidos ¡Por Dios! Otras que no tienen o que esperan, digo, los cortes para hacerlos ¡cómo estarán ahora! No cambiaría yo mi suerte ni por un momento con ninguna de estas personas, no obstante que son ricas y de llamarse felices porque vale más hoy día mi pobreza con mi tranquilidad, que sus riquezas con los sobresaltos que experimentan.

Miércoles 23 de septiembre de 1846

Son las diez de la noche y yo, en vez de ir al baile como todo el mundo, he ido a la Merced a ver los fuegos que han estado muy buenos. La noche, con su peregrina serenidad, con el cielo despejado cubierto de estrellas, y alumbrada de una clara y hermosa luna, convida a las almas poéticas a disfrutarla. Yo solo con Juan me he paseado por las calles del pueblo, sin encontrar a ninguna persona. Esta noche me recuerda una de San Juan en que yo me paseaba con la familia de mi tío Francisco, llevando a Benjamina del brazo, ¡qué suerte!, quizás yo entonces no la valorizaba por su justo precio. O tú, dueña de mi primer amor, y del amor más puro que supiste inspirar, cuán lejos estás de saber que en este momento haces padecer a una persona, que quizás en el concepto de otras muchas o de las más, pasa por apática y poco accesible. Y por lo mismo, cuán distante estás de corresponderme siquiera con un ligero recuerdo en mi favor. Esta ingenua confesión no la ha merecido mi diario, que es mi mismo corazón patente, por más que contiene cuanto yo puedo ocultar; siempre creyéndome indigno al más mínimo favor, he ahogado dentro de mí, una confesión que a mí mismo me avergüenza, puesto que eres más digna de otro cariño que te favorezca más que el mío y que más dignamente pretenda al tuyo. Tenía competidores más dignos, sí, es cierto ... Pero no más amantes y cuyo amor no den más nobles pensamientos que el mío. Sé feliz Benjamina, aunque tu suerte cueste cara a un tesoro, pero recuerda siquiera como única recompensa que de ti exige mi cariño, que mi virgen corazón latió por primera vez a tu presencia.

Jueves 24 de septiembre

Anoche, a las 4 de la mañana, llegó Mardoqueo del baile y me contó que había hecho maravillas en las contradanzas. Que todo estuvo muy bueno, que solo hacía mucho frío en la pieza, tanto que las señoras mayores daban encía con encía ya sin poder sufrir. Que ha habido en el baile bandadas de pájaros desconocidos que por primera vez se han dejado ver acá, y por primera vez

admitidos en sociedad, mal digo admitidos, porque nadie los admitió, sino que se metieron, aquí venimos porque es 18. Pero dice Mardoqueo que las oleadas de esta furibunda tempestad no se extendían ni pasaban más allá del rincón del salón, y ni en las mezclas de contradanzas, pues que siempre se estrellaban y volvían atrás en la primera pareja que encontraban superior a ellas. Veamos qué de bueno cuentan del baile de esta noche.

Viernes 25 de septiembre de 1846. Un complot

Las viejas están fraguando revolución para esta noche. Dicen que no van al baile para no helarse, como anoche. Nada fuera que ellas dejasen de ir yendo sus hijas, pero no van éstas por capricho de aquéllas; mal va la cosa pero se trata ya de calentar un poco la pieza y calentar las viejas hasta quemarlas si es posible, a fin de que concurran.

Mardoqueo volvió a las cuatro. El baile ha estado mejor que el primero. Las viejas han estado bien abrigadas (y creo que bien encerradas), han comido bien y por consiguiente sus hijas con más gusto han gozado de los placeres del baile. Han pasado los bailes ya, pero falta lo mejor. Falta el oír a las niñas cortajearse unas a las otras, y no sólo ellas, sino que también se morderán las viejas (no, no se morderán porque no tienen dientes) y se harán astillas criticando ésta a aquélla, porque comió más de lo que debía, y aquélla a ésta, por haber estado demasiado cumplida en no querer probar nada, como si ya no se le hubiese pasado el tiempo de fruncir su boca de chuspa y requebrarse a presencia de los jóvenes. Ya me parece que las oigo, qué dicha, ¡fuera!

Jueves 1 de octubre de 1846

Nada de particular he tenido que decir a mi diario en estos días que han pasado en silencio. Sigo con mi genio misántropo sin moverme de mi tienda, ¡qué hacerle! Así paso más tranquilo que muchos que llevan esta vida. Aún no llega Samuel, pero vendrá a la vuelta del Gral. Rivera.

Viernes 2 de octubre de 1846

Qué feliz recuerdo me ofrece este día. Y qué felices éramos. Un año ha: mi familia se reunió a las 10 de este día con la de mi tío en San Juan, y en cada uno de los que la componían encontró la mía; padre, madre, hermanos, y cuanto a uno le puede ser más grato en esta vida. Qué días de tanta ventura. Enajenados con la presente felicidad, no soñábamos siquiera en el provenir, no pensábamos en el momento fatal en que nos separaríamos, no en el espacio de tiempo en que la

suerte nos dividiera, no finalmente en la cordillera que por más de seis meses debía privarnos del último recurso para los ausentes, de escribirse. Esto hacía más completa nuestra felicidad, pues que su triste recuerdo no la amargaba nunca ¡Ah! Si volviere a ver algún día los objetos que la formaban. Sí. Volveré a verlos, nada tengo más cierto de hacer de lo que está sujeto a mi voluntad.

Domingo 4 de octubre de 1846

A las once del día yo y Mardoqueo nos dirigíamos al caracol, cierto de que él estaba misántropo cuando el día domingo no se vestía y me acompañaba al caracol, desechadero de penas. Luego que llegamos a la cumbre se nos presentó toda la población de Concepción, al poniente el majestuoso Biobío, al sur las quebradas y montañas que se dilataban sin interrupción. Casi no había parte donde tendiésemos la vista que no encontrásemos alguna cosa notable. Yo de vez en cuando, subiéndome a lo más alto del cerro y poniéndome de puntitas de pies, quería descubrir a Catamarca, o siquiera la torre de San Francisco “qué suerte sería el encontrarse allí,” me decía, “qué alegría y contento reinará hoy y a esta hora en el convento”. En otros tiempos yo habría estado reunido con mis condiscípulos en alguna celda de uno de ellos; ¿qué harán a esta hora Pesado, Alcayde, Esquiú, Elías y todos, en fin, de que ninguno me olvido en este momento? Estarán reunidos sin duda todos, entre ellos Martínez y Gregorio, y sin que haya quizás entre todos uno que recuerde mi nombre como el de uno de tantos amigos que formaban nuestra cuadrilla. No habrá uno que se acuerde de mí, mientras yo me acuerdo de todos. Tú, Pepe, que eres el distinguido en mi cariño, y tú solo a quién tengo reservado el nombre de amigo, apura una copa en mi nombre; pero no me oyes, ¡ni se te pasará por la imaginación el nombre de tu amigo!; triste idea y cruel tormento, cariño sin retorno. ¡Oh! Sí: ruego Pepe, por nuestra reunión, algún día, y tú leerás en mi corazón leyendo en mi diario, si de veras tenías y tienes un amigo verdadero.

Jueves 8 de octubre de 1846

4 días ha que no abro mi diario. Sin duda es porque nada me ha ocurrido digno de notarse. Son las 4 de la tarde, Larenas entra en la tienda y se empeña fuertemente por llevarse a Mardoqueo y a mí a un paseo donde concurren muchas niñas, entre éstas, la familia Rivera y Delfina. Nada ha conseguido Larenas a pesar de haber dicho que las niñas se empeñaban. Mardoqueo tiene sus causas y yo la mía ... Por cierto que él es valiente, pero no quiere exponerse ... También teme el ajuste de cuentas ... aunque nunca saldrá alcanzado pero no sé qué se tiene ... de una

vez, su no ida es un quite, y si se quiere, posición de ofensiva. Por mi parte, ¡qué diablos! Ni tiro ni pago, allá se los haiga con sus paseos, no son de esas palomas las que yo persigo, ni serán esas redes las que a mí me pesquen.

Viernes 9 de octubre

Tatita llegó el 7 de Cucha contando nada más de nuevo que una furiosa enfermedad en la que ha mudado todo su pellejo, pero gracias a Dios ya está del todo bueno. Al poner la mano izquierda sobre mi diario he visto de repente en mi dedo chico una sortija, y en el mismo acto me acuerdo de Merceditas que me la dio, y de todas las circunstancias que precedieron su dádiva. Qué hará a esta hora. Son las tres de la tarde, dormiré quizás. O estará con sus niñas en la escuela. ¿Se le habrá pasado hoy por la memoria el majadero nombre de su sobrino? No por cierto, que mi nombre ... ¿qué irá a decir? Nada ... que mi nombre no está escrito en todas las partes donde ella fije su vista ... nada más, sosiéguese señor mío, que no iba a decir más nada.

Es muy cierto y probable, por lo que acabo de decir, que no haya tenido hoy el mal pensamiento en mí; paciencia, puede ser que se acuerde cuando me vea. En estas ocasiones que hablo solo con mi diario, discuriendo entre los dos, solemos sacar algunas conclusiones teológicas, y él es más discursivo que yo, pues que me suele hacer reflexiones muy bien fundadas; veamos qué sale de una cosa que quiero que averigüemos entre los dos, pues que estando él tan impuesto de todo cuanto yo pienso y de cuantas me han sucedido desde un año a esta parte ... y nadie fuera de él, con él solo debo discurrir.

“Dime aquella de la calle ancha ... ya tú me entiendes”. Sí, sí: “bien qué te parece ¿se habrá desenojado ya conmigo? ¿Le habrán satisfecho mis cartas? ¿Habrá dejado de maldecirme ya cada vez que se acuerde de mí?”. A lo que a mí me parece, no creo que le haya echado ningunas maldiciones, puesto que no debe acordarse de Ud., ni para maldecirlo. “¿Cómo? ¿Dices que no debe acordarse de mí? ¿Cómo? Siendo que tantas veces me decía”. “A ese decir no se atenga Ud. y muchos más cuando el negocio no ha sido más que de discos y nada de positivo ni de real”. “Te atreves a decir eso cuando tú sabes (según otras conversaciones nuestras) que yo la he querido mucho, siempre lo mismo que ahora.” ¡Vaya! ... ¡si sabré yo que es cierto lo que Ud. dice! Es que al hablar de alguna cosa (positiva) hablaba de ella, porque me pareció quimera cuanto Ud. me ha contado en confirmación de que valía alguna cosa para ella, sino dígame, aquello, aquellito y aquello otrito ... ¿Qué le pasó con ella en un domingo que estaba Ud. en su casa ... y aquellita del brazo, que no se queda atrás, no prueban bien lo que digo ...?

“Dices bien amigo, pero” ... No hay pero que se tenga, no le dé vueltas, porque siempre encontrará lo mismo, el asunto por más que le revuelva buscándole mejoría, esto es si no se

le empeora: con que no lo hurguemos más, sino quiere que salga más ...” Ciertamente eres tan claro como nadie y pues que tus verdades me amargan, no sigamos adelante. Aquí llegaba mi conversación con mi diario cuando me llamaron a comer.

Sábado 10 de octubre 1846

Muy cerca de dos meses hacía que yo no salía a parte alguna, encerrado en mi tienda los días de fiesta en que podía salir a pasear, y de noche acostándome a las 8 y media, me dejaba pasar todo el tiempo de las fiestas y bailes sin que me dé un bledo por nada. Las ocho estaban cantando anoche cuando yo me dirigía a lo de Cruz Barriga y ni sé tampoco cómo me decidí a salir. Me encontré con las señoritas Urrutias y luego tomé a Zacarías por mi cuenta y razón, haciéndola caer, aquí, dándole vuelo allí y luego volviéndola a hacer rodar con más fuerzas. Luego se habló de polka, cosa ya extraña para mí, y menos, menos, me entusiasmaba al oírla tocar porque estaba tan bien acomodado, y por último, la polka no me parecía lo que me iba a quitar. Me equivoqué sin duda, porque bailé la polka y nada perdí. Creo que no vengo en toda la noche sino es que Fabio se paró sin decirme nada, por lo que tuve que seguirlo a pesar mío y las once en punto.

Domingo 11 de octubre de 1846

Me principié a vestir a las once del día, pero cosa extraña ciertamente. Confieso que hasta me había olvidado el nudo en la corbata, tal y tan mucho era el tiempo que hacía que no me vestía. ¿Dónde voy? Me dije después de concluir; corrí mi imaginación y vi que no tenía dónde ir. A la casa de mi señora Juanita no he entrado en más de mes y medio; y, ¿por qué? Preguntaría cualquiera, y le respondería yo, no sé: realmente viéndolo bien ha sido por una tontera poco común en su género. Estando en lo de Crusita una vez, embromé a Delfina sobre no sé qué cosa muy sencilla, sí. A mí me pareció que a ella no le había agradado, y antes que ella se disgustase le gané el quién vive, disgustándome yo. Después tratamos sobre el asunto y me dijo que no había pensado en semejante enojo, sin embargo yo le dije que no volvería a chancear con ella, y no solo no he chancado, sino que ni la he visto en todo el tiempo que he dicho. Sin duda se reirá y recibirá esto como de quien va, pero a mí también me queda el gusto de haber cumplido mi palabra, es decir de no chancarme nunca y lo cumplo porque dije, pues que para esto de tenerme fuerte en lo que digo, soy uno de los más famosos.

Lunes 12 de octubre de 1846

Tres meses ha que Samuel está en Valparaíso. Nunca me figuré que lo echase tanto de menos, y tengo tantos deseos de verlo como cuando lo esperaba en San Juan y verlo después de 7 años. Tarda ya el Gral. Rivera para llegar y tanto más cuanto que corren nortes seguidos.

Martes 13 de octubre

Son las nueve de la noche según el canto del Sereno. A las ocho estaba yo con Fabio jugando en broma con unos dados cuando con toda formalidad se nos presenta Samuel preguntándonos qué jugábamos; yo y Fabio nos quedamos sorprendidos pues que nada habíamos sabido, lo mismo ha hecho en las otras tres casas, entrando y sentándose como uno de tantos.

Martes 27 de octubre de 1846

Ciertamente que se han pasado muchos días sin que abra mi diario. No me ha faltado, como otras ocasiones, qué hablar, pero sí tiempo en qué hacerlo. El balance de la tienda tan temido (con razón) me ha ocupado todo el tiempo que he faltado de mi diario. Habría querido decir lo que ha habido de bueno y malo en las diferentes reuniones que por carambola me han tocado, pero hubiese ocupado más tiempo del que tenía y me permitían mis ocupaciones. El 19 hubo en lo de Crusita una segunda reunión, y por segunda vez vaciló mi libertad y firmeza. Duro, inaccesible y apático como me creía, me curaba poco de los tiros y quizás de la indiferencia con que miré el peligro una vez y de la ninguna precaución que tomé, resultó el sorprenderme.

Miércoles 28 de octubre de 1846

Unas gruesas y negras nubes cubren el cielo recordándome en este momento los días de octubre en Catamarca. Aquellas tardes nubladas cuando después de comer me dirigía al colegio, recibiendo con gusto, en la cabeza descubierta, las ligeras gotas de agua, al mismo tiempo que me gozaba en el perfumado olor del azahar y de otras flores y brotes de primavera tan abundantes como olorosas, y otras en que después de un ligero rocío con que se apagaba el polvo, quedaban serenas, frescas y de un olor de agua llovediza que suele anunciar la entrada del verano, aquellas tardes, digo, tienen ahora mucha parte en mi tristeza. Me recuerdan un tiempo que se va, el único que llamé feliz cuando tranquilo, sin pensar más que en mis libros, sin discurrir más

que para argüir y sin soñar siquiera en el porvenir, no esperaba sino el tiempo de las vacaciones en que debía dar la última mano a mis sencillos placeres. No sin sentimiento me acuerdo que algunas ocasiones que encareciendo a Tatita los pesados trabajos de las aulas, le decía que ya me eran insostenibles y que deseaba cuanto antes, concluir tan penosas tareas: “¡ay!” me contestaba, “llegará el día en que recordarás y echarás de menos esas penosas tareas como pasados placeres, lo mismo que a mí me sucede.” Se han cumplido exactamente sus palabras, pues que ahora cambiaría una de esas tareas por el mejor placer que pudiese tener, ¡oh! y quién pudiera hacer que el tiempo diese una o dos vueltas atrás sobre una infatigable rueda.

Jueves 29 de octubre

Muchas noches ha que quisiera haber ido a casa de Crusita para hacer una visita con ella, que interesa mucho a mis intereses. El tiempo lluvioso y algunos quehaceres imprescindibles me han privado de hacer lo que quisiera que estuviese hecho mucho tiempo ha. Tengo intenciones de ir esta noche y volver de allá a la música, puede ser que mi plan no se frustre como otras noches; ¡allá voy!

Viernes 30 de octubre

Anoche, como todas las noches anteriores, se ha frustrado mi plan; cerré la tienda a hora que ya pasaba la música a lo del Intendente por lo que ya me dio pereza de vestirme y me dediqué solamente a tener mis baterías en la música, pero nada operaron puesto que no encontraron en quién. Después de la música salimos a andar con Fabio y en una de tantas vueltas de esquina me encontré con lo que no pensaba que deseaba. Mi diario sabe ya quién es, con que no tengo necesidad de decir más.

Sábado 31 de octubre

Samuel y mi tío, con las chiquillas, salen en este momento para Chiguayante huyendo de los dobles. Mañana irá Mardoqueo con Sorraíndo. Yo sólo me quedo pues que he querido recordar el día de finados en Catamarca. A las 4 de la tarde anduve encomendando misas en todos los conventos por el alma de mi tía Encarnación y el padre Domingo.

Domingo 1 de noviembre de 1846

Las 4 de la tarde. Las campanas que hieren el oído con su lúgubre sonido me recuerdan que es día de todos los Santos. Ahora no es triste para mí como otros años pues que siendo el día final de mis vacaciones de octubre, por razón muy natural, me era muy triste; pero no así ahora que me recuerda las partes o diferentes lugares donde hoy me encontraba con mis condiscípulos sacerdotes, de quienes no me olvidé un solo momento; no pierdo un solo momento la esperanza de recorrer esas campañas.

Lunes 2 de noviembre

Anoche, cuando ya estaban para dar las ocho, digo las 9, me vestí. Fui a la música con Samuel, Mardoqueo, Sorraindo y Fabio. Luego que estuvieron tocando, llegaron las Riveras sin más compañero que don F. A. En parte, por instancias de Samuel fuimos con Fabio a tomar del brazo a las niñas pues que ellos no podían ir por no estar vestidos. Pero maldita la cosa: mi compañero fracasó, porque debiendo, como yo, dirigirse primero a saludar a la señora para tomar de ella el permiso de acompañar a las niñas, se fue derecho a tomar las niñas que iban distantes de la señora; pues confieso que del todo me corté y estoy cierto que Fabio, a quien siempre le suceden pequeñeces como ésta, se fue tranquilo, como inquieto quedé yo. Y como si ellas hubiesen tenido culpa en algo, protesté seguir firme en mi resolución de no pisar la casa en todo el tiempo que de mi voluntad penda. Este disgusto se compensó con 20 cuerdas de paseo con Delfina en una noche de luna en Concepción. Ha sido la primera vez que he ido a su casa en más de dos o tres meses. Durante el paseo se tocaron mil puntos como de quejas, satisfacciones, etc., etc.

Martes 3 de noviembre

Las 8 de la mañana. Llega don Manuel Palma (Intendente Interino) quién dice a Tatita, tomándole de la mano: “acabo de recibir parte de la muerte del Intendente Bulnes, ha muerto el 24 de octubre a las 9 de la mañana.” Cuando decía esto le escuchaba atentamente y no pude menos de decir entre mí “cómo se te conoce la alegría que trata de hacer pasar por pesar, ya te parece que te eligen propietario”, realmente yo le calé hasta el fondo y vi el contento lleno de esperanzas que tenía.

Bien escribía yo en mi diario cuando vi pasar al Intendente, lleno de un numeroso acompañamiento, a embarcarse en el puerto compadeciéndolo, y me acuerdo que decía “en medio de

la pompa con que es llevado se descubre en su rostro pálido y taciturno el pesar que consume a un hombre sentenciado a muerte, pues su sentencia de muerte está ya pronunciada por los médicos, y sus días contados como se cuentan las horas de un reo que está en capilla”.

Miércoles 4 de noviembre de 1846

Nunca he tenido deseos más grandes de hablar con mi diario que hoy, veamos si siempre salgo mal, como otras veces, en nuestros debates. Hombre, qué te parece de mis relaciones en San Juan, ¿habrá quién recuerde que yo he estado allá alguna vez? “Si ha quedado debiendo Sr. es muy factible que se acuerden de Ud. y no poco”. “Pero, ¿qué no hay otro motivo que éste para que se haga algún recuerdo de mí?”. “Sí, hay, según Ud., pues que siempre me dice que hacían demostraciones de aprecio con Ud., y que además lo ligaba el parentesco con esas personas, pero Ud. no ignora que las pasadas demostraciones no prueban cariño presente, y que éste tiene su poder y se mantiene con la presencia de los objetos, por lo que Ud. puede saber o imaginarse ya en qué estado se halla eso de cariño al de dos personas particularmente, desde ahora le digo que lo traje en el agua”. ¿Cómo? ¿Por qué? “Por causas que Ud. no las ignora y que además son muy claras, no debe olvidarse que aquella de la calle ancha se quedó enojada con Ud. y que hasta ahora, en sus cartas, destila un veneno mortífero; digo si no se ha olvidado de la carta que Ud. me contó en vez pasada que había recibido de ella, la última quiero decir”. “Sí, ya, ya; pero puede ser que ya haya desarmado y olvidado del todo”. “Si dice Ud. bien, pues que si se ha olvidado de todo, se ha olvidado de Ud. y de cuanto ha pasado con Ud., esto pues, es muy factible que haya sucedido, si no espere cartas de ella y verá (digo si las tiene) como es cierto lo que digo”. “Si esto es así, tú eres un testigo de su ingratitud, pues que eres sabedor que jamás me olvidó. Y la otra, ¿cuál es?” “La otra es su discípula de quien tanto me ha hablado otras veces, de ésta digo yo que pasado el tiempo de las lecciones se pasó también el tiempo de acordarse de Ud., después con mayor razón, pues siéndole corto el tiempo para pensar en su reciente esposo no debía gastar mucho en recuerdos, que además de no dejarle ni un 25 % de utilidad, le son ya insignificantes”. Pero como tantas promesas de cartas de memoria ¿se han de olvidar solamente porque se haya casado? Acaso mi cariño ... “calle, permítame que le interrumpa, es Ud. muy bisoño aún en estas materias, para esto de promesas son tan abundantes como prontas en olvidarlas, son capaces de prometerle el cielo, pero él solamente estando Ud. presente pero un poco tiempo después no sólo le niegan tal promesa sino que le salen diciendo que ha sido equivocación, que fue el infierno lo que le prometió, y esto cuando muy bien le vaya y no le diga que no lo ha conocido nunca.” Realmente que tengo miedo de hablar ya con mi diario, pues que siempre no veo sino desengaños que me amargan demasiado, pero ¿qué hacerle? Sufrir y esperar que se abra la cordillera ...

Jueves 5 de noviembre de 1846

Pensé que habría música y me vestí para ir, seguro de distraerme algún poco; pero no hubo música por consideraciones al difunto Intendente, sin embargo que toda la tarde ha habido música en la plaza. Entré a lo de mi señora Juanita después de haber vagado solo por todas las calles del pueblo disfrutando la hermosa noche. Después entró Samuel y mi tío, que no estuvieron sino poco tiempo y trataron de irse. Yo salí con ellos y al dar vuelta la esquina vimos frente nuestro, dos mujeres que no nos parecieron señoritas por el modo de andar y por el pañuelo que traían en la cabeza. Al pasar cerca de nosotros, escondieron mucho la cara, pero Samuel no dejó de reconocer en una a la Cruz Barriga y en la otra, a Antuca Urrutia. Después salimos con Samuel con el fin de sorprenderlas por ahí, pero a pesar de andar tan mucho, no las encontramos.

Lunes 16 de noviembre de 1846

No hay duda en que he estado muy ocupado cuando se han pasado tantos días sin que escriba en mi diario. A un tiempo he tenido que hacer factura para Tatita, Samuel y Estuardo, quienes todos han podido al fin salir hoy para el campo con diferentes direcciones. Según creo, nuestro apuro no merece la pena, y yo, que tengo más que nadie motivos para saber cómo estamos, soy capaz de decir que va a principiar desde estos últimos apuros nuestra fortuna; tal es la confianza que tengo en Dios; es cierto que la delicadeza vela mucho y se sorprende de lo más mínimo, pero nada hay que merezca la pena de aflicción; adelante.

Ayer, cuando yo estaba más apurado (sin embargo de ser domingo), vi que Tatita ponía en sobre una carta para el otro lado. Experimenté primero una indecible alegría, pues que aún no esperaba que la cordillera permitiese paso. Luego, toda mi alegría se trocó en despecho a una triste reflexión. “Si esta carta, me dije, llega a San Juan, ¿qué dirán de mí no viendo ni un recuerdo ni una letra mía? Qué injustas reconvenciones me dirigirán. Habrá personas que confirmen su equivocación y de nuevo profieran la palabra ingrato. ¡Oh! Es horrible cosa. En este momento sufro yo todo el peso de esta injusticia”. Quisiera haber escrito una carta siquiera, pero sé bien lo que es escribir una sola carta y más para mí, que pocas veces me contento con escribir un pliego, y mientras no exista todo como yo quiero, no tengo sino que sufrir y exponerme al injurioso dicho que ya ni repetirlo quiero. Tan cierto es que no he de escribir a nadie mientras no escriba a todos juntos, como que mis cartas, por más juntas y muchas que vayan, no han de sacar nada en mi favor.

Se retarda la marcha de la Fulana. Hace 3 o 4 días que debía haberse marchado, pero aún nos honra con su presencia. Quién sabe si sabrá cuánto cuesta su partida ¡Sí! Estoy cierto que sabe, y que no le es indiferente, si como dice mi amigo, es cierto que sus ojos más bien que su boca,

le expresan que no es perdido su trabajo. La vi ayer en misa y me vio ella también; y como si encontrase en mí una semejanza que le era grata, yo ya quisiese que supla la falta de mi amigo, me miraba y remiraba con avidez. Y cuando sus ojos se encontraban con los míos, no podía menos que decir yo, ¡qué dichoso es mi amigo!

Martes 17 de noviembre

Anoche, a las 7 de la noche, estaba en mi tienda clavado de cabeza estudiando una pieza que me enajenaba al paso que la tocaba. Cuando yo estaba más embebido en mi pieza, vino Samuel y me dijo “a las ocho te espero en casa de Crucita.”, luego me figuré yo que sería alguna combinación y que se trataría de baile. Yo tenía muy pocas ganas de ir, pues no me animaba a dejar lo que estaba estudiando, tal era el gusto que tenían las lúgubres notas de Aguado.⁴⁵ Fui sin embargo a las 9 en punto y me encontré con Antucas, dos, y una Delfina y algunos hombres. Muy amable estuvo la señorita Delfina y hablamos tanto, cuando pudieran hablar 2 personas que tienen gusto en oírse una a la otra. A la venida de allí tratamos del asunto del valse que, entre los dos, significa *plasieris soir* (sic), y también, de alguna niña mezquina de Flores. En esto nos entretuvimos hasta que dejamos a Delfina y mi señora Antuca. Luego que entré en mi cuarto cantó el sereno las doce, hora en que dormí.

Son las 4 de la tarde. Delfina, aunque está sentada en la ventana de su casa, pero sin embargo con mi anteojo y de mi asiento le estoy contando las pestañas, ¡ve! ¡ve! se ríe ... compone su pelo, da nueva posición a sus facciones, en una palabra, ha visto ya que alguien la mira con anteojo y da su acostumbrada pero bien aprendida ficción a sus facciones. Me llaman a comer ... me voy.

Miércoles 18 de noviembre de 1846

Las cinco de la tarde. Vengo de hacer vomitar 200 \$ a un tramposo, ¡qué gusto! lo he buscado, encontrado y molido hasta que me ha pagado todo en menos de media hora. Dejémosnos de tramposos, de lo que ya no veo la hora de librarme, y vamos al otro lado.

¿Si estará Martínez en Catamarca? ¿Qué hará a esta hora en que su amigo le habla y cuando le llama el único, exaltándose en su cariño, en qué pensará? ¿Cuán distintos serán sus pensamientos de los míos? No dudo que algunos momentos se ocupe de mí, pero sólo como uno de

⁴⁵ Dionisio Aguado y García (1784–1849) es considerado uno de los más célebres compositores y guitarristas españoles del siglo XIX.

tantos condiscípulos que han cursado con él, y no como el primer amigo, y el más exaltado en su aprecio; ¡oh! Es cruel esta desconfianza, o el más pequeño celo es capaz de mortificar a cualquiera. Diera el mayor gusto que yo me pudiera proporcionar aquí por estar un momento a su lado y tener a Campos por delante; ¡qué dicha tan completa fuera! Ya me parece que sucumbiendo al esfuerzo de una interminable risa (de Campos) caigo en sus piernas y oigo apenas a Campos que levantándose sobre punta de pie y botando fuego de rabia me dice “Carajillo de mierda, te he de sacar el alma o te he de beber la sangre chiquillo burlisto” y que yo de nuevo me río de él, burlándome de su enorme grandura, doy vuelta con la mayor agilidad en derredor de un pilar del claustro, repitiendo las mismas sonseras que causan su rabia. ¡Hay! Si volveré a ver siquiera el pilar que se me servía de escudo contra aquella ballena, y el amigo que tomaba parte en mis jocosidades. ¡Sí!, siempre digo que lo veré, a no ser que la muerte se ponga por medio.

Jueves 19 de noviembre de 1846

Anoche ha predicado el canónigo Luco (en la novena del Carmen) un escandaloso sermón, pues no de otra suerte habría venido a parar su memoria en mi diario. Ha difamado a muchas personas atribuyéndoles crímenes que no tienen, bien que no las ha nombrado, pero ha sido suficiente que diga “hay un clérigo en Concepción que ...” para que nadie quedase sin saber quién era, y lo mismo cuando dijo, “hay un casado cuyas ideas son las mismas del judío errante ... impío lo mismo que el clérigo.” Todos culpamos a una persona que, aunque no impío, juntando todo lo que dijo supimos por quién decía; este hombre fanático consumado ha profanado la cátedra no dejando libre, ni pudiéndose salvar de sus calumnias, el Gobernador del Obispado, y lo que más prueba su brutalidad, la difamación que ha hecho de sus mismo hermanos; ¡bien sabe él que la prensa se incendió y que sus cenizas no le harán ya en sus orejas el efecto que otras veces! Yo concluyo que el fanatismo es más impío que la misma impiedad refinada, y más atrevido como más ignorante. Tal como acabo de describir al Canónigo Luco es el que hasta ahora ha gozado de mayor reputación entre el clero, tanto en talento como en virtud, ¡Dios mío! Qué podré decir de los demás. Hace pocos días que entré en San Agustín a encomendar una misa. Luego entré a la sacristía y me encontré con un clérigo que con tamaña desvergüenza fumaba su largo cigarro frente a la mesa de preparación, tuve bastante rabia para no poderme sostener y decirle, afectando una suma ignorancia, “dígame señor, ¿que no es prohibido fumar en la Sacristía y más en lugar como ese?”, “sí para los seglares, pero nosotros tenemos licencia para hacerlo”. Conque Uds. sólo tienen licencia de profanar lugares sagrados, puesto que por ser una profanación no se permite a nadie fumar en ellos. ¿Quién les concedió esa licencia?”

“El canon”, tal me dijo, con un tono bastante picado y luego prosiguió “sería en vano decirle quién nos la dio pues que es un ignorante con quién no puedo entenderme sobre materias tan altas”. “Sin embargo de ser ignorante, sé que los cánones no tratan de privilegios ningunos para Uds. exclusivos y que al contrario, son hechos para poner freno a sus abusos y usurpadas licencias bajo el hábito de sacerdote, y si no sáqueme el Canon que si Ud. no lo traduce como creo yo, le enseñaré, sin ser sacerdote, al menos leerlo siquiera bien”.

Mudo se quedó cuando acabé de hablar, y antes que me botase, por evitar discusiones, me despedí con un gran saludo diciéndole “hasta que tengamos la suerte de encontrarnos otra vez, mientras repase los cánones para que me muestre cuál es el del privilegio exclusivo para Uds. de fumar, aunque sea delante del Espíritu Santo, conquese adiós pues!” Hubiese querido que hubiese habido un Sancho Panza que admire mi elocuencia quijotesca en materia eclesiástica y latina, como él decía cuando su amo se remontaba mucho en tales materias, “bien haya la madre que lo parió” bien puede tomar una cátedra en sus manos e irse predicando por esos mundos de Dios. En este lastimoso estado de atraso se encuentra todo el clero de Concepción pues que sus sermones lo indican más que nada; no teniendo la más mínima capacidad para desempeñar este ramo de su ministerio se emplean en publicar las ideas y sentimientos de cada persona.

Viernes 20 de noviembre de 1846

Anoche estuve en casa de Remedios y tratamos de las habladurías de las mujeres y de lo muy sin secreto que son generalmente. Defendíase Remedios algún poco, pero como su causa no era de las mejores, caía luego, lo mismo que la vieja. Nos reíamos sin cesar de mis muchas invenciones y realmente no sé de dónde diablos se me vino tanta tontera a la cabeza. Me entretuve hasta las once y media en que recogí.

Sábado 21 de noviembre

7 de la mañana. Me acuerdo que los sábados a esta misma hora, cuando estaba en San Juan, me dirigía a casa de Manuelita, de donde no volvía sino cerca de las 12 del día. Con qué gusto me dejaba estar y pasar al lado de Manuelita las horas enteras. Cuánto la quería yo ¡Era tan buena ella! Si se acordara de mí y de las diferentes cosas en que me ocupaba cuando estaba a su lado. Se acerca ya el tiempo en que pueda recibir carta suya, pero ¡ah! Vendrá quizás como la otra, entonces ¿qué remedio? ¿Me costarán a pesar suyo y mío algunos días de reposo, lo mismo que la otra? No: habrá recibido mis cartas y ya será más benigna conmigo. Quiera el cielo que este consuelo no pase de mera ilusión y que realmente lo tenga alguna vez.

Domingo 22 de noviembre

Esta mañana volvía de misa con Mardoqueo, Fabio y Juan, de la Iglesia de Santo Domingo y en una esquina vi un papel que creí que fuese un cartel, sin embargo no me había fijado en él, sino lo hubiera visto puesto patas arriba, lo sacamos y vimos que era el siguiente pasquín; “Nuevo sistema de Predicación”. El miércoles por la noche, en una plática que tuvo en la Iglesia de San Agustín, el canónigo Luco ha tenido la insolencia de acriminar directamente a algunas personas que aunque no las nombró, todos han conocido quiénes son. Este hombre ignorante y cruelmente supersticioso, no sólo ha faltado a la Caridad Cristiana, sino que ha profanado escandalosamente la cátedra de la verdad, ha faltado el respeto a todo un pueblo, ha vulnerado el decoro sacerdotal con falsas y atroces supersticiones y ofendido gravemente al gobierno del obispado diciendo varias cosas que lastiman su integridad y rectitud. Suplicamos al público que mire con el más alto desprecio cuanto ha dicho el canónigo Luco en desdoro de estas personas y que en lo sucesivo le miren con la consideración que merece. El tonto es digno de lástima y tal vez se ha figurado este mentecato que todos somos como él. Muchos agraviados.

No ha parado en esto nomás el negocio, está suspenso ya, y sus labios no lastimarán más en el púlpito la delicadeza de ninguna persona, ni los oídos de muchas personas sensatas que ningún caso han hecho de sus suposiciones.

Lunes 23 de noviembre

Según me recuerda mi diario, en este mismo tiempo poco más o menos nosotros estábamos de paseo en Zonda gracias a Manuelita. A esta misma hora, a las 7 de la mañana, nos dirigíamos todos al baño en el arroyo del estero. Oh, ¿quién pudiera poner allí por un momento a Chateaubriand? Seguro estoy que el aspecto delicioso de este valle le inspiraría y le arrancarían a un tiempo pensamientos que nos hicieran conocer lo que se puede gozar en tales lugares. Yo, que no tengo más de expresivo que la admiración misma no explicada, digo que es el lugar ideal que pudieran desear dos amantes para dedicarse en la soledad sin interrupción, el uno al otro, en una palabra, un lugar de asilo para un melancólico poeta desgraciado en sus amores. Si recordara Manuelita cuando haga este paseo, o si ya está allá de aquel que puesto a su lado al ir al baño, jugueteaba pretendiendo tomar por fuerza de sus manos alguna cosa que se negaba a dar. Oh, esperanza, recurso y consuelo único de todos, ¿cuándo podré cantar tus triunfos y la gloria que te mereces? Cierto que ahora estoy lleno de confianza y creo que mi nombre existe en el pensamiento de Manuelita y en sus labios una expresión de cariño a su sobrino.

Jueves 26 de noviembre

En esta noche pienso hacer muchas cosas, y más que muchas, porque pienso que serán buenas las que haga. Pero que haré que sea en mi pro, puesto que estoy separado del objeto por quien pensara trabajar.

Domingo 29 noviembre

Este domingo ha sido de trapillo para mí y para Mardoqueo. Hemos salido a andar después de comer, nos hemos paseado por la alameda y por las calles de Concepción bien embozados en nuestras capas, cosa extraña por cierto. “Los Navarro con capa y a la salida del invierno, es admirable”, tal era lo que decían las gentes; otras se persuadían de que andábamos así esperando que llegue la hora de ir al baile para vestirnos; va ... va ... equivocación, ninguno de los dos va a la Filarmónica mientras todos y todas se preparan, como que hace mucho tiempo que no ha habido. Buen provecho les haga, lo que yo pienso hacer esta noche es sentarme a la puerta de mi cuarto a tocar la guitarra como que la luna está convidando ahora.

Lunes 30 de noviembre de 1846

Anoche, a las ocho de la noche, estaba yo en la puerta de mi cuarto tocando la guitarra a la luna. A las nueve mi tío hizo llamar a Mardoqueo que estaba conmigo para que se vistiese y lo acompañase a la Filarmónica. Después de muchos debates, Mardoqueo dijo “no voy”. Luego, a consecuencia de esto, me pasó la orden de que me vistiese y esperase a mi tío, sin súplica ni réplica ni lugar a reclamo.

“¿Qué dirá Remedios cuando me vea allá dije, después de haber protestado ayer que no iría por nada?” Sin duda que, como no tuve intención de ir, no tenía gusto pues que la Reina de los primeros amores no iba y además, estaba distante ...

En fin, fui a la Filarmónica. Remedios, como lo esperaba, ya reía sin cesar de verme allí, lo mismo que todas las que sabían que yo no iría. No dije nada de bailar pero como una máquina que se mueve a impulsos de otros y nada más. La Vidaurra ha trabajado mucho anoche, pero si no la hubiese visto, habría sacado más de ella. ¿Qué más? Muchas miradas tiernas de Remedios y muchas mentiras de Delfina.

Domingo 13 de diciembre de 1846

A las 6 de la mañana estaba yo en marcha para Talcahuano a llevar un grandísimo paquete de cartas que la noche antes había escrito; el Gral. Rivera debía salir muy de mañana y por consiguiente me figuraba yo que, o debía haber salido o saldría mientras yo llegaba. Pero felizmente llegué a tiempo, y mi desvelo en la noche anterior no fue inútil. Puse a bordo, mi gran paquete para el otro lado. Almorcé en casa de Matigue y heme aquí de vuelta a las diez de la mañana. Ayer, al entrarse el sol, estaba yo en mi tienda cuando se me apareció Samuel acabando de llegar de Bulnes. “Hombre ¿qué negocio te trae? ¿A quién has dejado en tu lugar? Debes tener mucha prisa cuando dejas todo así y te vienes. Sí, vengo a la Filarmónica de mañana y me vuelvo pasado mañana”, tal fue la respuesta del tal. ¡Caramba! ¡Es humor galopar 25 leguas en un día por la Filarmónica! Qué te parece amigo diario, y aquí para los dos, la Filarmónica no está limpia como para comprarla a precio de una escaldadura. Así es Sr., pero si Ud. hubiese estado ausente, sin verla ni sucia ni limpia y sin tratar más que de tocuyo a tres cuartillos, de añil, de lana y naa ... más me parece que habría dado escaldadura y media por la Filarmónica *quomodocumque fuerit*⁴⁶ sucia o limpia, conque ya ve Ud. señor que es preciso hallar razón a los reclusos en Bulnes.

Lunes 14 de diciembre de 1846

Anoche a las once de la noche me llegué con Mardoqueo a ver los filarmónicos y nunca he visto mayor concurrencia. No vi nada que me llamase la atención, pues que no estaba Remedios ni Adelaida, mi único pensamiento por ahora; quien pudiera comprar una mirada suya a costa de un sacrificio, quizá ella la cediera por otra mirada, es decir mirada por mirada; pero llegará el día en que se remplazarán tantas miradas perdidas. Me volví luego con Mardoqueo, y después me acosté, nada ha pasado en el mundo hasta esta mañana que recordé.

Martes 15 de diciembre

Cada vez que se acerca la llegada del correo siento una alegría que parecen dos ... Me figuro que me vienen cartas del otro lado y he aquí donde nace mi contento; pero mi esperanza se desvanece con la facilidad que la concebí.

⁴⁶ *O lo que fuera.* Traducido del latín.

Sábado 19 de diciembre

Ayer llegó Tatita de Cucha sin ninguna novedad después de andar en el campo más de mes y medio. Su objeto, lo mismo que el de Samuel, fue realizar sus efectos que llevaba; ha hecho bastante para el tiempo que hace que se fue. En este momento acaba de llegar Samuel cuando acabábamos de hablar de él. Viene gordo, un poco quemado, de pera y bigote y algo más que a la *négligé*⁴⁷. Tatita saldrá para Valparaíso en el primer buque que se encuentre. Y Darío, que fue también con Tatita y Samuel. Darío ha quedado en Chillán y se ha hecho cargo solo del negocio de la tienda, y el muchacho se desempeña a las mil maravillas.

Viernes 1 de enero de 1847

Hoy entra el año 47, ¿qué será de mí este año? ¿Qué me esperará de favorable o de muy adverso que se haga de mí, memorable? Ya me resigno desde ahora a cualquiera de las dos cosas, nada me tomará desprevenido.

He escrito hoy para San Juan y Catamarca. Para San Juan he escrito ya dos veces y en cada una muchas cartas y para todos. Para Catamarca he escrito una sola, y para un amigo en vez de muchos parientes que tengo allí, para Pepe Martínez; sin embargo no he dejado de poner expresiones nombrando a todas las personas que conozco allí. Habría escrito para todos pero el tiempo no me ha alcanzado. Si la naturaleza se queja de haberle rendido sus tributos, diré que mi amigo es preferido entre él y mis parientes y nada más. Pero tampoco será otro amigo que al que ahora me dirijo.

Sábado 2 de enero

Ayer volvió Tatita de Talcahuano donde fue a embarcarse para Valparaíso porque el buque salía hoy recién. Acaba de irse ahora; su objeto es pedir esperas de dos años para la realización y cambio de negocio. Quiera el Cielo proteger sus pretensiones. Ayude a sus continuos desvelos y sudores por una numerosa familia.

Ayer dio mi tío a algunos amigos una buena comida. Han bebido y han comido como unos heliogábalos. Se han dicho vinitos brindis. Los convidados y asistentes fueron Vial, a quien fue dado el convite, Zorraindo, S. Correa, los Alemparte, Eguiguren, Ferrier. Yo y Juan nos

⁴⁷ *Descuidado*. Traducido del francés.

quedamos para atender el servicio, pero gracias a Dios ... no tenemos de qué quejarnos ... A las ocho o nueve, antes que se fueran los convidados, se indispuso mi tío pero no siguió adelante la cosa.

Martes 16 de enero

Cuántas palabras serán suficientes para decir que me fue bien esta noche; estoy cierto, sí, he oído más de lo que esperaba de su boca ... y testigo de que no exagero y de que es cierto lo que digo, sea mi diario mismo que es mi interior patentizado, cierto que he sido muy feliz esta noche. Hay recetas y remedios ... me quedo con lo último.

Jueves 21 de enero de 1847

He sacado del correo cartas para Isidro Quiroga y abriéndolas en mi presencia he visto que son de San Juan, “y yo por qué no tengo cartas ¿no tengo acaso quién me escriba? ¿No he escrito hasta 10 cartas a San Juan? ¿No he escrito dos y tres para cada persona? ¿Por qué no tengo contesto a ninguna?” Me abisma esto, vamos, ¡qué hacer! Sus predicciones han salido ciertas ... soy yo el ingrato ... bueno me gusta saber ... pero no era para creer ... así es ... no nos conocimos los unos a los otros cuando estamos más pagados ... ¡paciencia y barajar! Nada más. Amén. *N’y a pas rien à dire.*⁴⁸

Sábado 23 de enero de 1847

Son las once de la noche, hora en que escribo esto. Antes de todo: quisiera grabar esto con sangre o con fuego para que pudiera ser más ... o quisiera más bien escribir en mi mismo corazón ... así su memoria dejaría de existir cuando él no palpitase más y no olvidar lo que voy a escribir es lo que me propongo cuando digo que quisiera grabar en otra cosa que en el papel.

Acabo de llegar de un largo paseo con mamita y Elisea por todas las calles del pueblo. Inútil es decir de qué ha provenido lo que sigue, cuando ya se sabe que no falta cómo se encienda el fuego, siempre que hay combustible ... La conversación ha caído luego sobre la carta que Samuel me ha escrito de Chillán, y yendo y viniendo sobre ella, al fin mamita me ha dicho lo que sigue con las mismas palabras que yo lo copio “sabete que desde esta noche ya tú puedes ...

⁴⁸ *No hay nada más que decir.* Traducido del francés.

tú también hacer lo que quieras ... a mí no me importa nada ...”. Pero mamita ¿tengo yo acaso la culpa de que Samuel me haya escrito esa carta? “Tú sabrás ... desde que él te escribe a ti ... quién sabe ... es porque desde antes habrán estado de acuerdo ... y sin duda tú también serás del motín”.

¡Motín! ¡Motín! ¡Motín! ... Motín por Dios, ¡entre nosotros! ¡Dios mío! Cuatro puñaladas que me hubiesen dado mostrándome el puñal antes de cada golpe no me hubiese dolido y herido tanto, como las palabras que acabo de escribir; pero también lo juro que otra boca que la de mamita no habría acabado de pronunciarlas sin que mi mano hecha puñete (como la tenía por un movimiento involuntario) se hubiese hundido en su sacrílega boca, llevando tras sí, dientes y muelas y cuanto ...

Mi sentimiento después de haber ahogado por un rato una impetuosidad digna de semejante ofensa, se ha explicado ... ¿quiere saber alguien con qué? Con decir a mamita estas cuatro palabras “voy, mamita, a copiar en mi diario las asesinatoras palabras que en este momento acaba de decirme, no para guardar rencor ni para que me despierten la venganza cada vez que las lea, como debía ser con otras personas que las hubiesen dicho, sino para ... ¿quiere saber para qué? Para mostrarle algún día y que vea con sangre fría hasta dónde ha podido ofenderme llamándome motinero y de cuántas consecuencias terribles, funestas, sí, funestas ha sido capaz esa injuria, y para mostrárselas alguna vez, cuando mi conducta haya desmentido su sacrílego renombre probando lo contrario, diciendo al apuntarle con el dedo sus palabras vea mamita cuánto sufriría yo mi delicadeza, y cuánto mi orgullo sin poder castigar una injusticia, cuando Ud. me dijo estas palabras”.

Sí, y juro ante mi propia conciencia y de Dios que me oye, que al apuntar esto y guardar con esto una memoria de lo que he sufrido, mi corazón está lleno de ternura y sin ningún rastro de rencor o venganza futura ... perdono en cuanto está de mi parte ... perdono sí ... ¡y en este momento quisiera probar mis palabras con una caricia llena de amor a la que me ha injuriado y agraviado tan sin merecerlo! Dios ve muy bien mi corazón. Ramón Gil.

Lunes 25 de enero de 1847

Acabo de llegar del correo de donde vuelvo con tanta tristeza como alegría tuve al ir. He sacado diez o doce cartas, pero en ninguna he leído mi nombre, todas son de Catamarca y de los parientes que allí existen; pero nadie se ocupa de escribir mi nombre, no ya en un sobre solamente pero ni tampoco adentro por un recuerdo o memoria, ¡bonita cosa! sólo de mí no se acuerda nadie, bueno, después de ser yo el único que escribo por cuanto buque hay, sólo yo no leo una carta mía, ¡tanto mejor! La memoria de mí, existe solamente en las oscuras celdas de un claustro, y entre las personas separadas del mundo y de la sociedad entera; sí, allí existe solamente

un recuerdo, en el Colegio de Huérfanas (Catamarca) unas personas que no me deben más que un deseo de servir las, hacen votos de gratitud por mí. Fatal cosa pero muy cierta, “de donde más se espera, menos se obtiene, o viceversa.” Y estas cartas ¿por dónde han venido? Por San Juan y por mano de Don Agustín Herrera han llegado acá, según sabemos por las mismas cartas. ¿Y por qué no nos ha escrito él, ni sus hermanas ni ninguno de los otros parientes? ¿Qué significa que después de escribir, yo, YO, tantas y tan repetidas cartas a cada uno de ellos, no tengo contesto de ninguna? ¿Por falta de proporción? ¿Cómo han llegado acá las de Catamarca y dirigidas sin duda por ellos? ¿Por qué no han puesto siquiera en el sobre del paquete llegado acá?; Escribiremos, o más bien, no se cansen de balde. Voy a contestarme ya a este montón de preguntas.

¡NO SÉ! ¡NO SÉ! ¡NO SÉ! Realmente es una cosa que me abisma. No sé, repito, a qué atribuir esto. Yo mismo he sacado cartas del correo para Quiroga escritas de San Juan o diré más bien, Ovejero ha venido de San Juan a Valparaíso y otros muchos sanjuaninos a quienes mis parientes conocen mucho, y que no habrían rehusado traer en sus petacas el enorme peso de una carta, pero, nada, nada, nada. Antes que se cerrara la Cordillera el año pasado escribí muchísimas cartas diciéndome “sin duda van a estar sobresaltados, esperando que se abra la Cordillera para contestar tres cartas que tienen adelantadas o, cuando menos, no esperarán cartas nuestras para escribir recién porque tienen muchas a qué contestar”. Pero el contesto de las del año pasado duerme todavía. Y el de este año no ha pasado adelante que quimera, o existe en otro pensamiento que el suyo. ¡Oh! ¡Esto es horrible! ¡No puede ser! ¡No puedo creer! ¡No puedo conformarme! Esperaré ¿Para qué? ¿Para ver qué significa esto? ¡Oh! Nunca se aclarará este misterio. Para mí, ¡nunca!

Pero esperaré ... y después ... y después ... ¡Romperé! ... sí, como que tengo demasiada razón, y pues que así lo quieren. ¡Oh! Y quién creyera semejante cosa, semejante ingratitud. Y después de tanto aprecio, después de quererlos tanto yo ... romper ... pero no, mi delicadeza y mi orgullo lo piden. Pero me quedará el dulce consuelo de decir algún día abriendo bien la boca: ¡mía no ha sido la culpa ni yo he faltado a mis deberes como amigo!

1 de febrero de 1847. Lunes al entrarse el sol

Nunca se ha visto más concurrencia de gente en Concepción y casi ni en la función del 18. Toda esta muchedumbre se extiende desde mi tienda hasta la esquina de la plaza. Una porción bien considerable de niñas ocupa la vereda de mi tienda y un poco después, en mi tienda, se ven más bellas que mercaderías, qué hacerles, me la tomaron por asalto y realmente yo no tenía parte ya en ella, pues que me botaron a la calle haciéndose dueñas de todo. ¿Y qué es lo que quieren estas bellas amotinadas contra mi tienda, y ese populacho que no deja pared, ni casa o lugar

de bastante altura que lo domina? Ver la ruidosa pompa con que se conducen las cenizas de la esposa del Señor de Valparaíso. Tres días hace que se oye el preparativo de esta entrada fúnebre y ésta es la causa que esta tarde haya sido quizá la más divertida que he visto en Concepción. El sol está entrándose, jamás se ha visto el horizonte más hermoso e imponente, una delgada brisa refresca esta bonita tarde, fin de un día templado y caluroso. La bulla y gritería de los muchachos y un lejano ruido sordo anuncia que entran ya los carruajes del acompañamiento que va a pasar por esta calle a San Agustín. Voy a fijarme bien en todo a ver si merece tanto movimiento y revolución ...

Acaba de pasar ya el enlutado carro y todos los demás que lo acompañan. El que conduce las cenizas va forrado entero en terciopelo negro (en pana negra según otros), a las extremidades se le ve un ribete de galón blanco de plata de ancho de cuatro dedos y en la puerta, sobre el mismo terciopelo, una cruz del mismo galón. En cada esquina trae el carro un plumero negro de plumas flexibles y finas, las chapas y argollas del cajón son de plata. Tiran el carruaje cuatro caballos, ¡caballazos! blancos, cubiertos con un crespón negro que hace resaltar más su altura. Dos hombres bien vestidos de negro guían más adelante los cuatro caballos. Sigue a este carro el del viudo y otros dolientes y, a éste, los de las comunidades y a éstos, diez o doce de los principales sujetos de Concepción casi sin excepción. Sigue más atrás el acompañamiento de caballos y en seguida la canalla descreída que es doble a todo lo restante del acompañamiento. El acompañamiento ha entrado en medio de gritos y carcajadas del populacho por lo que ha parecido más bien otra cosa que función fúnebre.

Dicen que el preparativo para las honras es de doble más costo y más grande que la fiesta o función que durará tres días. Lo que hay, sobre todo, dicen que es el túmulo y unas pirámides que van a levantar al lado.

Yo no he sacado más ventaja de todo esto que el haberme botado las bellas de mi tienda y tener yo que sufrir callado, pero en fin, paciencia, qué hacer. Sufrir y ofrecer este castigo en satisfacción de mis culpas ...

Martes 2 de febrero de 1847

El correo se ha adelantado tres días y ha llegado hoy. Yo acabo de llegar de allí habiendo ido como siempre, con la esperanza de encontrar cartas para mí. Pero mis sospechas no son infundadas y veo con dolor que no se desmienten. Pero ¿quién deja de contestar una carta? La política impone este deber a todo hombre. Un celoso escribe a su amante aunque sus celos directamente se opongan a que conteste a sus disculpas. Un amigo a quien oprime el peso del resentimiento contra su amigo ha jurado cortar y romper su amistad sin decir nada, ahogando su agravio, pero al fin no sufre, su silencio lo enferma y por último escribe, aunque no sea más

que para dar rienda suelta a su resentimiento, y gozarse de las amargas palabras que el deseo de vengarse le arrancan. En fin, un enemigo contesta la carta que ha recibido de su rival, porque las injurias con que ella le hiere le hincan y no pueden quedar sin contestar. Pero ¡quién, quién! hay que por fuerza, por voluntad o por política ¿no conteste una carta? Su duda que no hay sino en San Juan y no otros que mis parientes. ¡Y decirme ingrato a mí! Oh, que blasfemia. Con que veamos Manuelita, quién es el ingrato ¿yo o tú? Me avergüenza al hacer esta pregunta sabiendo que ... que mejor es ... nada.

Pero ¿por qué me quejo yo? ¿No puedo romper sin faltar en nada a la amistad y a las obligaciones que a ellos me ligan? ¿He de ser tan ciego en mi cariño, que no vea y conozca que no puedo seguir en la amistad sin que padezca mi amor propio, mi orgullo, y sin parecer sobre todo tonto? Todo es cierto y más que cierto, evidente. Pero las raíces que la amistad han echado en mí son muy hondas para que puedan arrancarse de una vez a pesar de todo esto; pero mi resentimiento existe siempre y como muy justo y grande, tiene también mucho poder. Aquí queda ... unos cuantos días más ... y nos separará para siempre un ...

He sacado del Correo una carta que creí ser de negocio (era para Samuel) sin embargo que traía una colección de periódicos de encomienda. La abro, ¡qué sorpresa! ¡qué gusto! ¡qué amargura! Todo se mezcla a un tiempo. Es de mi tío Ángel Mariano, siempre en miseria, siempre desgraciado y reducido por último a publicar un periódico para sostenerse y a ser abogado en portugués para no morir de hambre, y si sus esperanzas, que ha concebido de su periódico le salen fallidas, dice él que será cien veces más infeliz que antes de haberlo tomado. Pobre mi tío. No halla con qué expresiones dar gracias por las doce onzas que Samuel le remite de Valparaíso. Las llama llovidas del cielo por haber llegado en sus mayores apuros. Lo que es el mundo. Uno de los primeros abogados de Buenos Aires y que ocupaba un grado distinguido entre los literatos, reducido a publicar un periódico y en portugués para vivir. Quién pudiera ayudarlo, pobre mi tío.

Martes 9 de febrero de 1847. A las ocho de la noche

En este momento Elisea no es solamente sobrina sino legítima esposa ya de Don Domingo Ocampo. Darío entra en este momento a la tienda y me dice que el padre de San Agustín acaba de bendecir su casamiento. Yo sólo no he estado presente a este solemne acto para nosotros. Quiera el cielo hacer a Elisea más feliz de lo que yo soy. Muchos días ha que una tristeza horrible me consume y hace progresos en mí. No sé qué será ni qué la causará (nada de amor, no). No sabré decir más que desde pocos días a esta parte el recuerdo de mi Patria y mis pasados años en el colegio, se me presentan con más frecuencia lo mismo que el tiempo pasado en San Juan. No sé qué me falta ni puedo, en fin, darme cuenta de mi tristeza. Veo a Tatita y mis

hermanos llegados juntos el sábado, el primero de Santiago y los segundos de distintos puntos, pero siempre tibio (miento), frío, frío; nada me gusta, todo me causa cansancio, abatimiento, en fin, no sé, no sé ...

Mi tío me hace, ya voy a abrazarlo pero no lo siento ...

Domingo 14 de febrero de 1847

Son las 4 de la tarde, hora en que acabo de escribir y sellar un paquete para el otro, pero no es todo mío como otras veces, no va más que una carta mía que sin duda será la última que escriba. Al fin sucedió ya lo que predecían mis sospechas con respecto a los parientes sanjuaninos, no se desmienten por más que yo pretenda, y como su conducta debía decidirme o no a dejar de escribirles, sabida es ya cuando ahora, en mi última carta a Manuelita, me despido. ¡Ah! Y cuán distinto lo que sucede ahora entre mí y ella, lo que sucedía un año ha, a esta misma hora en su casa. Quién creyera que a votos tan sinceros de amistad como fueron aquellos, había de suceder otros de separación y olvido como estos de ahora. Y quién también se imaginará a que a semejantes pruebas de amistad, y juramentos de recuerdo eterno habían de seguir a aquellas un rompimiento, y a éstos un olvido. Quién pues, finalmente, que Manuelita, ella, Andrés, Pancho y en fin, todos habían de dar un vuelco tan completo. ¡Ah! Y a esto seguirá ya un olvido eterno. ¡Oh! No, no, yo no me olvidaré nunca, nunca, vivirá conmigo el cariño que me inspiraron y la gratitud que les debo, pero también existirá conmigo el resentimiento y crudo agravio consecuencia de su conducta conmigo y a pesar mío, sabré cumplir lo que acabé de prometer en la carta de Manuelita.

Miércoles 10 de marzo de 1847

Son las diez de la mañana, hora en que la señora Carmen Serrano acaba de partir para la eternidad. Su enfermedad ha sido disentería. Hacen como diez días que Lacourt la sentenció a muerte; dos días después tuvo una mejoría y Ferrier y demás médicos se atribuían la sanidad de la señora llamando ignorante a Lacourt. Éste, riéndose, dijo que el tiempo diría quién era el ignorante; ya ha dicho. Doña Carmen no existe ya.

Viernes 12 de marzo de 1847

Ayer he recibido carta de Tatita, que está en Cucha y su soledad causa una tristeza que no lo deja comer ni dormir. Mucho temo que sus insomnios pasen a otra cosa; pero ¿qué remedio?

Darío, ahora más que nunca, teme el montar a caballo. Dios se compadecerá de Tatita y podrá sufrir hasta que vaya Darío.

Sábado 13 de marzo

Anoche he gozado de un contento que muy pocas veces he conocido. Sin duda que ha sido esto, darme una ligera idea del placer que sienten los artistas cuando ven aplaudir una pieza suya. Hace como un mes que compuse una pieza que realmente me parecía a mí muy buena. Se la toqué a Juan y me dijo que era la mejor que yo tocaba o que a él le gustaba más que todas. Después de algunos días le avisé al autor y nadie más que él sabe. Anoche la toqué en la cuadra delante de mi tío, Mardoqueo y demás familia nuestra, y todos a una voz admiraban el gusto y la originalidad del autor. Yo les dije que era de Aguado, avergonzándome de decir que era mía después de tanto entusiasmo al oírla, y porque conozco la influencia que tiene sobre una bonita pieza o mala pieza el nombre del autor. Esto está a la vista; seguro estoy que mi pieza no habría hecho tanta impresión llevando mi nombre delante, sin embargo de componerse de las mismas notas que han festejado en nombre de Aguado. No sé cómo explicar el entusiasmo de mi tío a cada armonía, a cada idea, a cada pasaje, le ponía nombre según su intención, y concluyó por decir que era lo más grande que tenía Aguado. Mardoqueo decía que al fin había oído una pieza en que estuviesen refundidas todas sus ideas musicales. Original en su idea como caprichosa en sus pasajes decía, concluyendo siempre con sus favoritas expresiones de ponderación “son ideas muy grandes y corpulentas”.

Domingo 14 de marzo

Mardoqueo me preguntó en qué libro estaba la pieza para estudiarla y yo le respondí “en el libro grande”; hoy la he buscado en todo el libro y no la he encontrado, y cuando me dio el libro para que yo se lo buscara le dije que no me acordaba bien si ese, o en el otro libro estaba; la buscamos los dos en el otro libro y tampoco parecía la pieza; él ha llegado a fastidiarse diciéndome “es muy admirable que tú no te acuerdes dónde está la pieza, tú que la has estudiado no ha muchos días”. Al fin hemos quedado en que no me acuerdo y no sé cuándo lo desengañaré de que no está en libros, y que no es de Aguado sino mía. Y me temo que ya no le guste mucho cuando sepa el autor.

Viernes 2 de abril de 1847, 3 de la tarde

Acabo de llegar de la Catedral donde no he podido penetrar sino un poco más adentro de la puerta. No he podido ver con serenidad esta fiesta fúnebre, no por la representación tierna y sensible, pues que carece de todo esto aquí, sino por el recuerdo de otra igual que he visto por más de diez y seis años en mi país. Los cantos, la solemnidad, el respeto debido a tan triste recuerdo, todo falta aquí, donde los cantos fúnebres de Semana Santa se suplen con ligeras entonaciones que produce la voz de un solo clérigo y que confunden los desacompasados gritos de diez o doce semi-sacerdotes ignorantes en toda materia como ellos solos, y los ásperos voza-chones de otros tantos monigotes todos de mala catadura y salidos o vomitados de lo más sucio de Concepción; negros, cabudos, sucios y asquerosos en todo su porte.

A la solemnidad se oponen después de la primera causa que son los sacerdotes ignorantes y supersticiosos, los rotos que se apostan a la puerta peleando, pechando y esperando que uno principie a gritar o golpear las puertas y las naves de la iglesia figurando la ceremonia de las tinieblas para lanzarse todos a imitarle, sin que sea capaz de contenerlos la presencia del señor Obispo y la de veinte y más canónigos, y sin que éstos ni aquel hagan la menor seña de desaprobación. Tal el fin de todas las santas e imponentes ceremonias de Semana Santa en Concepción y en todo Chile, a trueque del sentimiento y ternura religiosa que les dispensan en mi país. Ahora en este momento están en la leyenda o siete palabras: un crucifijo, una dolorosa y un San Juan a cada lado, colocados sin ningún aparato en el altar mayor (en la misma mesa) representan las tres horas de agonía del Salvador. Viendo esta tibieza, más bien falta de toda solemnidad, me vengo sin que concluya la ceremonia.

Todo me recuerda Catamarca por lo mismo; ¿quién será el que predica a esta hora allá? ¿Será el cura Segura, algún jesuita o algún franciscano? ¿Quién pudiera saber o encontrarse a esta hora allá? ¿Y Martínez, mi amigo, qué hará a esta hora? ... ¿Se acordará de mí o me echará de menos de su lado, cuando he pasado tantas semanas santas con él y mis otros condiscípulos? ... Apuesto a que ahora está en el coro con su tío León y Gregorio, que tocan y cantan en los intervalos de la ceremonia. Recibe amigo el recuerdo que desde aquí te envío y no olvides ni dejes de tributar una memoria a nuestra amistad.

Sábado 17 de abril de 1847

Son las siete y media de la noche en que acabo de llegar de Talcahuano. He visto embarcarse el batallón Carampangue y he presenciado las tristes despedidas, de un esposo de su mujer o de una amante, de su querida. Jamás dicen que se ha visto igual concurrencia en el puerto. Conseguí que los músicos antes de entrar en la lancha que debía llevarlos a bordo, me tocasen la

contradanza o paso doble que en días pasados les di. Yo estaba lleno de felicidad y gusto, pues que tenía en mis bolsillos más de veinte y tantas cartas que D. Ignacio me había entregado al subir a los altos. Todas eran de San Juan excepto dos o tres de Valparaíso. Aún no he abierto ninguna, pero por el sobre, conozco de quiénes son. Me reservo para tener un placer que quizá no tendré igual en mucho tiempo. Voy a meterme en mi cama dentro de una hora y allí abriré mi comunicación con mucha ceremonia.

Lunes 24 de mayo de 1847

Más de un mes hacía que no abría mi diario para nada, sin duda que nada tendría que comunicarle. Tatita llegó el 20 de la hacienda donde casi su juicio no ha vuelto a figurar más; tales han sido las cavilaciones a que su total soledad le había reducido que acabó por desconfiar de sí mismo y de todos sus hijos y amigos para salir de sus compromisos, dando por conclusión quiebra, cárcel, descrédito, etc. Aquí ha llegado casi lo mismo y tiene a toda la familia en total revolución. Todo es tristeza, pesares, lágrimas, malos presagios, diversidad de opiniones sobre cualquier cosa y disputas por fin; de que proviene que nadie tiene un rato de sosiego.

Ojalá que pudiera yo tomar todas las aflicciones de Tatita sobre mí y que descansase él, pues que así podría yo estar tranquilo un momento siquiera. Mamita por otra, sufre ahora como nunca. Al disgusto de verse fuera de su país, triste, sin amigas, sin sus comodidades domésticas, todo lo que constituía su felicidad en su patria y cuya falta causa en ella una tétrica melancolía, se agregó la noticia de la muerte de su madre, como último golpe en una naturaleza quebrantada, y por tantos otros pesares.

Después de haber sido víctimas toda mi familia del Tirano de nuestra patria, después de haber sufrido las calamidades de una guerra espantosa en que nuestras gargantas han sido más de una vez terriblemente amenazadas, después de haber desmembrado nuestra familia en términos de no quedarle más apoyo que un joven inexperto que aún aumentaba más el desasosiego por haber nacido hombre, después, en fin, de habernos separado por cuatro años en que hemos sufrido a más de la ausencia, pobreza, orfandad y miseria, parecía que el cielo debía compadecerse ya de tantas desgracias y darnos algún consuelo, pero aún exigió, como para colmo de tantos infortunios, la expatriación a un país extraño y lo que es más, la travesía de seiscientas leguas por caminos nada seguros, por cordilleras y por fin, por mar, todo esto sin más recurso que nuestra propia escasez. Ya parecía que nada más podría sobrevenirnos que amargase nuestros días; ¡qué equivocación! Las aflicciones de Tatita y las de mamita, consecuencia de aquéllas, causan el desasosiego de toda la familia. Un atraso en nuestros negocios nos ha hecho pensar en una quiebra, y en todas sus consecuencias. Pero espero en Dios que nada nos sucederá.

Concepción, 9 de agosto de 1847

Sin duda que hace mucho tiempo que he abandonado mi diario. Ocupaciones, y lo poco notable que ha habido durante todo este tiempo pasado, han hecho que descuide enteramente mi diario. ¿Por dónde principiaré ahora? Principiaré por mi situación actual. En cuanto a amor, si fuese menos ambicioso diría que voy bien. Estoy enteramente todavía como un picaflor, pero no he llegado a ser todavía como una coqueta. Tres hay que me ocupan más que todas. Remedios, Adelaida y Dorotea, llaman más mi atención. La primera pudiera decir con certeza que ha pensado mucho en mí, y que me ha dicho mucho para no creer que se halla enamorada. La promesa del primer ramillete que componga para ir a lucirlo en la Filarmónica, y el de ser mi amiga toda la vida, lo único positivo que cuento de ésta. Si me alimentase de palabras, contaría mucho. A la segunda no la he hablado más que dos veces, y hace un año ya, pero lo suficiente para que nos comprendamos. En la segunda vez que la vi ya tuve motivos para creer que no le era indiferente. Nos encontramos en un baile, en esta vez de que hablo. A propósito de lo que quería hablar con ella, la saqué para una polka. Nos paramos en una extremidad de la sala y principió su conversación por preguntarme si me había cortado un botón de mi levita. Le dije que no. Me arrepentí de mi ligereza, porque comprendí por dónde quería principiar ella. Se interesaba en el botón, ella me lo rehusó diciendo que no era mío; pasó en silencio cuantas palabras de doble sentido, y de cuantas metáforas nos valimos para llegar al fin, que es como siguió. El botón pasó de su seno al bolsillo de mi levita, con la condición de que yo pagaría el valor del botón en lo que ella quisiese pedirme. Prometió decirme en otras cuadrillas qué era lo que quería de mí, pero desgraciadamente el baile concluyó en ese momento y no hemos vuelto a hablar hasta ahora. Cierto es que nuestros ojos han hablado más de lo que queríamos o nos fuera lícito, pero no hemos podido encontrarnos juntos todavía. Tres días más y seré presentado en su casa, cosa que había rehusado hasta ahora por no entrar en su casa por conductos de personas de poco peso. Si he de creer en sus ojos, hay mucho adelantado ya.

A la última no le había hablado jamás del asunto, por más que nos habíamos encontrados juntos otras veces en su casa. Silencio, sobre las palabras que se cruzaron hasta que llegó a poner ella en mis manos una naranjita que en la contradanza anterior la vi guardar en el seno. Silencio, digo, porque nunca sería capaz de recordar ni relatar cuánto nos dijimos en ese solo momento. No hacen 8 días a que nos encontrábamos juntos en una tertulia. Silencio sobre lo que hubo para que me dijese *toute honteuse*⁴⁹ lo que Ud. quiera. No fui cargoso, pues que me contenté con pedirle un ramillete de flores que tenía en el pecho y que efectivamente pasa en mi poder. Sin embargo no me alucino mucho de esto, porque estoy seguro que yo soy el primero que he hecho sonar en su oído las palabras de ... y que por consiguiente, han encontrado

⁴⁹ *Toda avergonzada*. Traducido del francés.

un eco en su corazón tan virgen como ella, como pueden encontrar las de otros muchos que le hablen de lo mismo. Entra recién en escena apenas de catorce o quince años, por lo que no ha habido muchos que le hablen del asunto. No obstante mi desconfianza (porque yo no me alucino como quiera) soy capaz de asegurar que la primera vez que ha latido su corazón ha sido por mí ... El tiempo dirá lo que sea, cualquier adelanto que haya habido, estoy seguro de no perderlo. Hasta mañana.

10 de agosto

Con fecha dos del presente, escribí a los redactores del Mercurio incluyéndoles un artículo titulado “Una mirada sobre la sociedad de Concepción” y suscrito por “Candelario Pelucón” para que lo inserten en su diario. A otro que a mí, sin duda correspondía el hablar o el escribir algo sobre la sociedad de Concepción, pero el deseo de hablar algo sobre el asunto me ha hecho escribir ese artículo, con que estoy seguro que me acarrearía muchos enemigos si supiesen que soy el autor. La repugnancia que me causa la torpeza de los jóvenes me ha hecho hablar quizá más de lo que debiera. En fin, sea como fuese, espero sin temor el resultado que pueda tener.

Ya me he cansado de bailar. Por compromiso o sin él, hemos tenido que asistir a muchas tertulias a que nos han convidado, de las cuales han sido cuatro seguidas. Les ha entrado por bailar todas las noches hasta que al fin el baile llega a ser para ellos un pasatiempo lo mismo que el juego de lotería o naípe, no como lo pinta y quiere que sea Chateaubriand.

Lunes 16 de agosto

Anoche, como a las once y media de la noche, salía con mi amigo Fabio de hacer una visita. Al pasar por una casa, nos llamó la atención una persona que se desnudaba para meterse en la cama con las ventanas abiertas de par en par, y como la curiosidad no se hizo solamente para las mujeres, nos llegamos a ver quién era, la que invitaba a todo el mundo a ver sus bajos y meñiques. Era la ... ¿digo o no?, digo, ¡caramba! Era la Elisa Quiroga, la que se da los aires de elegante en Concepción. Vímosla desnudarse o quitarse desde el vestido hasta el último par de enaguas, con una indiferencia como si tuviese las ventanas cerradas y jamás he visto en ventana que caiga a la calle unos vidrios más bien limpios, parecía que los hubiese acabado de limpiar. ¡Pero qué impudencia! ¡Qué desvergüenza! Después de quedarse en camisa principió por ... ¡oh! me causa horror y asco el escribir esto, principió por espulgar los pliegues que formaban la costura de la camisa en el seno, y daba vuelta hacia la ventana cerca de la vela y de su cama. Naturalmente todo su seno quedaba patentizado. Gastaría como diez minutos

en esta operación, después se metió en la cama y principió a sacar pulgas de la frazada, y en toda esta operación que duraría como otros diez minutos, estuvo con el seno descubierto. ¡Oh! que obscenidad llevada tan a su extremo. Jamás había creído que una chuquisa, no digo una señorita, una virgen, fuese capaz de tanta deshonestidad. No le quedaba siquiera el derecho de decir “que ella no se figuraba que la estuviesen viendo”, porque sentía, estoy seguro, el ruido y movimiento que nosotros hacíamos afuera, y de otros muchos que pasaban cerca de la ventana. Otra prueba de que ella sabía que alguien la estaba mirando y realmente hacía adrede toda aquella burla a sí misma, es que yo me llegué a la ventana y di unos golpes en el vidrio, a que ella respondió con la mayor calma y siguiendo en su impúdica ocupación: “¡mierda para vos!”, ¡Jesús! qué palabra en boca de una señorita. No, ésta no era señorita, una señorita hubiese dado un grito de vergüenza, hubiese apagado la vela, etc. pero ésta no, permaneció así hasta que nosotros nos aburrimos y seguimos nuestro camino. Entramos a mi cuarto y encontramos a Mardoqueo y Juan, quienes apenas podían dar crédito de lo que les contábamos. En seguida volvimos los cuatro a la ventana y aún la encontramos como la habíamos dejado antes, esto es, sentada en la cama en la misma postura y posición que la dejamos. Se pasó un rato así, después se acostó, extendió sus trenzas sobre la almohada, despavesó la vela cuando sintió que alguien estaba en la ventana y, tomando un libro, se puso a leer, sacando los brazos desnudos afuera de la cama. Juan dio tres o cuatro suspiros muy tiernos cerca de la ventana, desplegando al mismo tiempo sobre los vidrios una carta. Ella oyó, vio la carta y respondió sin hacer ningún movimiento “para que se están quejando, dejen de meter bulla chiquillos”. Al fin, sin creer y sin convencernos aún de lo mismo que estábamos viendo, nos volvimos a nuestro cuarto. ¡Dios mío! se me ha desvanecido el respeto, la ilusión u agrado que me causaban ciertas mujeres, a quienes yo me las pintaba en mi imaginación llenas de pudor, como vírgenes sin manchas, o como divinidades de otra naturaleza que la nuestra. ¡Qué equivocación! ¡Son o habían sido tan obscenas como todo lo que reviste carne humana!

Concepción, 9 de septiembre de 1847

Anoche he estado en el baile dado por la oficialidad cívica en celebridad de la bendición de su bandera. Se ha dado en la misma pieza de la Filarmónica y hemos estado con mucha estrechez porque la concurrencia ha sido innumerable. Se ha servido todo muy bien, es decir horchatas y jarabes en los intervalos de un baile a otro, y dulces secos de que no doy fe porque no he tomado ni el olor. Respecto a asuntos políticos ... me ha ido quizá mejor que lo esperaba. La del botón de oro que ya mi diario sabe, me exigió a cuenta de la antigua deuda con que se formó nuestra relación, que le diera lo que yo quisiera muy seguro de que precisamente sería de su gusto. A las tres de la mañana se sirvió el té y yo encontré entonces con qué pagar mi deuda ventajosamente.

Le presenté un plato con varias colaciones en las que había unos corazones muy bien hechos, yo levanté un lacre y se lo presenté en satisfacción de lo que debía. Lo que ella aceptó con mucho gusto. Después del té, se tocó ya a retirada y como convenía a mis intereses, salí a acompañarlas. Mi rival (que nunca lo he reputado de tal y mucho menos ahora) se tomó a la vieja y yo a las dos niñas. Nada nos impedía, el testigo que llevábamos, para hablar de nuestro asunto pues que todos los términos son técnicos y nuestras palabras de doble sentido, aplicables solamente a lo que tratamos. Al tomarme el brazo, con cuánto placer vi que llevaba en la mano lo que acababa de darle como por precio de una deuda muy legítima. Dos otras veces estreché su brazo y no fui reprendido por eso. En lo que hemos hablado desde la filarmónica hasta su casa, he hecho más que en todas las otras veces que nos hemos visto. Antenoche jugamos en su casa (porque ha de saber mi diario que ya fui presentado según yo quise, y visto frecuentemente) el naípe y todo lo que otras veces esta clase de distracciones me ha chocado, me ha agradado antenoche. Mientras los demás jugaban su juego muy entretenidos, nosotros jugábamos ojos que era un gusto. Mientras mi rival y otro joven se levantaron un momento, ella cortó un gajo de toronjil del florero y me lo dio. Un rato antes me había oído decir que era lo que más me agradaba entre el olor de las flores. Pobrecito. Mi ... lo veo tan fundido, que lo compadezco. Pero con qué derecho, con qué título, con qué capacidad, y finalmente con qué persona quiere que lo ame, una belleza poco común. Jamás he visto un joven más feo y de menos atractivos ni físicos ni morales, ¿cómo pues, entonces? ... Con la de la naranja me ha ido a las mil o a las mil quinientas maravillas. *Sufficit hoc ut alias minor sim de rebus qz. in nocte acti sumus.*⁵⁰

11 de septiembre de 1847

Son las 6 de la mañana. A las 3 y media llegamos del baile dado por Nicolás Tirapeguí que ha estado muy bueno, quizá mejor que el que se dio el miércoles en la Filarmónica. Ha estado perfectamente bien servido. Un desafío poco más o menos quiere decir muy poco y más como son en Concepción. Después de una contradanza estaba sentado yo al lado de una señorita. Cuando llegándose a mí, Martínez, el grandote, me dijo con toda política que me sirviese oírle dos palabras afuera. Yo le respondí que tres, si quería. Cuando estuvimos afuera ya solos me dijo: “No sé qué antecedentes tenga V. S. Navarro para ofenderme como me ha ofendido en la contradanza que acabamos. Sin mirar que allí todos somos iguales, ha ido Ud. a ganarme la delantera en la contradanza y darme las espaldas, etc. etc. Exijo de Ud. una satisfacción”. Viendo la clase de ofensa de que se quejaba no vacilé en responderle “con mucho gusto, como

⁵⁰ *Suficiente es que los demás sean asuntos menores, quizás incluso en esta noche nos conducen.* Traducido del latín.

la quiera a florete o pistola o a trompadas, si es solamente del último modo permítame que no se lo admita”. “¡Oh! Yo no digo esa clase de satisfacciones, con cualesquiera otra quedará muy satisfecho”. Callo todo lo que le dije para satisfacer semejante bestia y una ofensa como de la que se quejaba. Por último, me dijo “señor Navarro, esto solo ha servido para estrechar más nuestra amistad, desde ahora cuente más que nunca con la sincera voluntad que le profeso”. Así terminó mi desafío, lo mismo que terminan los demás. ¡Justo Cielo! Qué graciosa cosa, los bestias, éstos piden satisfacción y desafían porque al bailar les dan las espaldas. Al fin se hizo el refrán el tal desafío y a cualesquiera cosa, aunque no fuera ofensa, se oía decir entre los demás jóvenes que sabiendo el hecho se reían a morirse “¡cuidado hombre! ¡Mira que te sacan afuera y te desafían!”.

Hablando de otra cosa que importe más, diré que me ha ido muy bien, para decir todo. No estaba la de la naranja, solamente estaba la del botón de oro. La recién llegada de Valparaíso, Rosita Fuentes, me dio, mientras bailábamos, unas cuantas flores, en ellas una rosa recién abriéndose muy particular. En la contradanza que siguió, la rosa fue a parar en manos de ... de ella, avisándole además quién me la había dado. Después de la contradanza me senté al lado de Rosita y viéndome sin la rosa me preguntó por ella y le respondí “como no sé mentir, le digo a Ud. francamente que la he regalado”. “Si ha sido a alguna bonita, no me desagrada, ni me resiento porque mi rosa lo haya quemado tanto en las manos que no la haya podido sufrir por un momento”. “No tenga cuidado que la Rosa, de no estar en sus manos, debía estar precisamente por orden de belleza en poder de la que la tiene ahora”. Conocí muy bien, por más que quiso disimular, que no le gustó nada lo que hice de su rosa, y mucho menos la respuesta que le di. No sé qué leo ya en sus grandes y expresivos ojos verdes ...

En fin, no seamos tontos desde el principio; quizás me equivoqué redondamente. Pero qué linda es, caramba.

15 de septiembre

Anoche estuve en casa de Da. Carmen Fuentes en una tertulia a que nos invitaron antes de ayer a mí y a Samuel. Durante una contradanza que bailé con Rosita (porque era lo único que había allí bueno, a causa de no haber concurrido todas las demás convidadas, por ser o amigas o parientes de la mujer de Novoa que estaba agonizando en frente de la casa misma donde se daba la tertulia), durante esa contradanza, como Rosita me hablase de nuevo de su rosa sin haber perdido ninguna de las palabras que yo le contesté esa noche sobre la dádiva de la rosa, dije para mi colete “aquí veo más amabilidad y más asunto que el necesario para pasar una contradanza, vámonos preparando, y tentando por si acaso ...”. Al fin de la contradanza, acompañado de no sé qué descompasada palabra, ¡sug! (sic). Un apretón de mano que fue recibido y acogido con demasiada paciencia.

Desde entonces ya no la perdí de vista en toda la noche. Siempre que la veía, aunque estuviese rodeada de otros tantos bribones, la encontraba con sus ojos clavados en mí.

Se sirvió un espléndido ramillete, o sea cena a las dos de la mañana después del té. Se sentó maestramente en frente de mí y desde luego busqué sus pies debajo de la mesa y zas, pisotón. Hizo un gesto todo lleno de estudio más bien que sorpresa. Luego acomodé mis pies sobre los suyos y so pretexto de estar distraída en otra cosa, no los quitó hasta que se concluyó la cena. Al despedirnos nos han invitado de nuevo sobre comidos y bailados para los cinchos de pasado mañana. Así veremos qué sale de eso.



F. 6: Una tertulia en 1840⁵¹

18 de septiembre

Anoche se tomaron los cinchos para que nos invitaron en la tertulia de la otra noche. La cosa va a las mil maravillas. Pasando sobre otras muchas cosas que significan mucho también pero

⁵¹ F. Lehnert según Mr. Gay. *Atlas de la historia física y política de Chile por Claudio Gay*. Paris: En la Imprenta de E. Thunot, 1854. www.memoriachilena.cl. Imágenes consultadas el 22 de enero de 2022.

que sería muy largo escribirlas, iré a lo más sustancial. Cuando nosotros entramos, se había bailado ya una contradanza y Rosita como siempre, estaba rodeada de seis o siete jóvenes que peroraban sobre un ramo de flores muy bonito que tenía en las manos. Bailose la segunda contradanza y yo no solamente no fui a saludarla, sino que saqué a bailar a otra de su lado. Nos encontramos en la contradanza y al pasar, me dijo “¿cómo está Navarro?” Se infiere lo que debí contestarle. Después de la contradanza y sin emplear muchos rodeos, viéndome sentado a su lado, me dijo “reciba este ramo aunque sea para hacer de él lo que hizo con la rosa de la otra noche, siempre las rosas somos desgraciadas”. “Con que Ud. se personificó en la rosa que me dio la otra noche”. Después de haberse puesto muy colorada con mi avance, me dijo sin verme la cara. –No le entiendo lo que quiere decir. Pasado un momento le dije, –yo sin saber lo que Ud. deba hacer de este pensamiento, se lo doy, sin exigir más que lo reciba, no me atrevería a más. Me dio una mirada que realmente confieso, me hizo temblar y sin decirme una sola palabra llevó el pensamiento a la boca y ... un momento después, como la viese yo con el pensamiento en la boca, le dije, “Rosita, si Ud. supiera dónde ha estado ese pensamiento antes de ir a su poder, no lo tuviera Ud. en la boca”. “¿Y dónde ha estado?”. –“Si Ud. me dispensa el atrevimiento, atendida la curiosidad que Ud. parece tener, ya le diré”. –“Sí, le perdono, dígame nomás”. –“Lo he tenido yo en mi boca mucho tiempo ... lo que ahora, puesto en su boca, viene a ser un b ... poco más o menos”. –“Con más razón”, me dijo, poniéndose del todo colorada, “lo tendré ahora en la mía y si me lo como, quedaré más contenta ...”. Callaré lo que hablamos en seguida, sería muy largo.

La había invitado yo a bailar un valse (así todo, entre chanzas y risas de modo que ni uno ni otro quedamos obligados). Llegado el valse, fui a sacarla. Conocí toda la impresión que sintió al decirme, “estoy en baile”. –“Y no se acuerda que lo estaba primero conmigo”. –“Creí que fuera en broma todo”. A este tiempo llegó ya el que debía bailar con ella, y oyendo decir que había estado yo en el baile con ella, me dijo, “baile Ud. señor, la señorita está en baile conmigo, pero no importa”. “No, Señor”, le contesté, “baile Ud.”, y a Rosita, “baile Ud. también y gracias por su buena memoria”. Y me perdí entre las parejas. Mi táctica que ya empezaba a desplegarse, me hizo comprender que yo debía alejarme de la cuadra por una hora u hora y media siquiera. Me puse en el dormitorio contiguo y recostado en una cama mirando para la cuadra. Se bailó ese valse y muchos otros bailes en seguida, sin que yo apareciera en la cuadra. Aunque yo aparentaba dormir, sin embargo, veía siempre a Rosita mirarme cuando le permitían las figuras. Cuando se pasaron tres o cuatro bailes, llamó ella a Samuel, en quien tenía mucha confianza con motivo de haberlo conocido mucho en Valparaíso y le dijo, “¿qué se ha hecho su hermano?”. –“Creo que está durmiendo, porque me dice que está muy cansado, y yo le creo porque esta tarde hemos dado vuelta al mundo a caballo”. Efectivamente yo le había dado esta respuesta a Samuel que, no viéndome en la sala, salió a buscarme. –“Pero”, continuó ella, “yo estoy en baile para una polka con él y se han pasado dos sin que venga a sacarme”. Samuel no

oyó más y se fue al momento donde yo estaba. “Pero hombre”, me dijo, “¿por qué has dejado en baile a Rosita? Acaba de decirme que estaba en baile contigo para polka y que se han pasado dos ya sin que vayas a sacarla”. Comprendí al momento todo lo que significaba lo que me decía Samuel, engañado por la mentira de Rosita. “Bueno, ya voy adentro”, le contesté, “no me había acordado”.

Me levanté y me paré cruzando los brazos en la puerta que caía del dormitorio a la cuadra. Las parejas para polka principiaban a salir ya y, a pesar de las furibundas miradas que sorprendía yo en Rosita, permanecía inmóvil y al parecer, pensando en cosa muy distinta que ella. De repente la vi salir a bailar con Belisario Uribe, (el más enamorado que ella tenía) y sin saber cómo lo llevó cerca de dónde yo estaba como, a una vara de distancia. Luego que estuvo allí, oí que le dijo a Uribe, – “permítame señor ir un momento adentro”. Pasó para adentro por cerca de mí, o más bien, rosando mi codo con el suyo. Yo apenas hice ademán de dejarle lugar sin parecer verla siquiera. Se tardó un momento y luego la vi ya que venía. Al pasar cerca de mí (aún no me olvido el modo con que me dijo estas palabras fuerte para que oyera Uribe). – “Navarro, hágame el favor de tenerme este pañuelo, mientras bailo”, y al mismo tiempo me alargó un pañuelo blanco bordado. Pero cuál fue mi sorpresa cuando tomando maquinalmente el pañuelo sin saber lo que me pasaba, noté que había adentro alguna cosa. Sin contar la sorpresa que le causó a Uribe esta acción y lo que le dijo y lo que ella le contestó sobre esto, diré que me salí afuera y vi que el pañuelo contenía una limeta perfectamente adornada, con las tres iniciales de mi nombre bordadas de mostacilla celeste, y con un corazón de lentejuela al extremo de las letras. Se comprende ya qué clase de sensación me causaría este encuentro. Fui al jardín, corté una marimoña y después de ponerla en el pañuelo, entré a la sala y me dirigí donde ella estaba. Uribe no nos perdía ya de vista. – “Acá tiene su pañuelo Rosita”, le dije entregándoselo. La convidé a bailar lo primero que se bailase, sea lo que fuere, y me retiré. Cuando volví a tomarla para bailar las cuadrillas que estaban tocando ya, tenía la marimoña prendida en el vestido en medio de su terco y blanco pecho ... Cuando estuvimos parados, bajó la cabeza y me dijo, – “muy poco recato, libertad o desvergüenza, como quiere que quiera Ud. llamar lo que acabo de hacer, lo cierto es que mentiría si no mostrase francamente lo que siente mi corazón” ...

Otra vez, en seguida de esto, me dijo, “también se complace Ud. en hacer padecer algunas veces, ¿qué le hice yo ahora?” ...

Con lo que yo le contestaba hacía parecer menos grande el sacrificio que hacía al hacerme estas confesiones. A una vez (en esta misma noche) que le estreché las dos manos más fuerte que otras veces, me dijo, “Dios mío, ya me quiebra Ud. mis manos y que yo no tenga suficiente fuerza para quebrar las tuyas entre las mías” ... Caramba, tan linda, tan espiritual y tan asesina con sus ojos como en esta muchacha, no sé ... me parece que me va a volver loco en menos tiempo que el necesario para enloquecerse. ¿Qué habrá visto en mí? ¿Qué le habrá llamado

la atención en mí tan de repente, antes de tratarla siquiera? ¿De qué se habrá enamorado?, en fin ... no sé ... no sé ... Es más que suerte ... ¿quién sabe?

24 de septiembre de 1847

Se han pasado ya todos los bailes y fiestas dados en celebridad del 18 de septiembre. Han estado perfectamente buenos, como no los he visto yo nunca. Elisea ha estado también en el primero, pero qué buena moza ha estado esta ñata a pesar de estar tan flaca, ha bailado poco y se retiró temprano con su marido creyendo que le haría mal la trasnochada. Su vestido ha sido muy sencillo, por lo mismo, muy elegante. Llevaba un vestido de gros de seda azul turquí a listas (cierto que es lo más rico que se ha visto, hasta ahora, en cosas de seda). El peinado ha sido de hermosos crespos que caían sin orden en contorno de su cuello y del pálido o blanco mate de su cutis, por todo adorno llevaba en la cabeza un riquísimo adorno figura de corona con una graciosa borla caída sobre el hombro izquierdo. Botines de raso blanco, guantes blancos de cabritilla con borlas de seda celeste. Una ancha y riquísima cinta de gros de seda blanca atada a la cintura y cuyas dos puntas llegaban separadas y en ondulaciones hasta los pies, completaban este sencillo y gracioso tocado de mi hermana que, como mujer del Juez de letras, rompió el baile!

Bailaba una contradanza con Dorotea y después de haber hablado mucho ya sobre el asunto de un par de naranjitas chinas dadas por ella a mí, en días pasados en dos diferentes bailes, después de haberme dicho que si no las había botado, que las conservase siempre, y que ella conservaría también la flor que yo le había dado. Después de haberle preguntado yo que cómo le había ido en la contradanza anterior y respondido en pocas palabras, que muy mal, “Por la sencilla razón, me dijo, de que no me gustaba mi compañero”. Arriesgando cualquiera mala respuesta, le pregunté yo, “¿y ahora, cómo le va a Ud.?” “Ahora, no habiendo el motivo que había antes para que me fuese mal, me va perfectamente bien”. Entonces sin poder contener yo un ligero movimiento de placer, le tomé su mano entre las mías, sin pensar siquiera en lo que hacía y estrechándosela fuertemente, le dije, “oh, gracias, a mí también me va muy bien, y me alegre que nos hayamos entendido ya”. Otras cosas por este tenor pasaron en el primer baile y en el segundo con esta misma. Los dos ramilletes que compuso para concurrir a ellos pararon en mi poder el último después de una mutua confesión, quién sabe de qué. Sé cuánto tengo ya adelantado ... más tarde veremos ...

¿Y Rosita? ¡Pobre Rosita! Fui a sacarla a bailar y me dijo que estaba en baile, yo no volví ya hasta después del té. “Más vale tarde que nunca”, me dijo. Después de hablar con bastante claridad, para que no entendiese yo que eran celos, saqué un corazón de pastilla de lacre que tenía en el bolsillo del fraque y alargándoselo, le dije, “desengáñese por esto de todo lo que piensa y reciba eso con toda la expresión del significado”. “Gracias, antes de ahora podía haberme dicho

esto y yo le hubiere creído, ahora no. Ese corazón que me ofrece, prosiguió bajando la vista, no es suyo ya y por desgracia sé a quién pertenece”. Callaré todo lo que hablamos para llegar a esto último. “Rosita, si Ud. no me recibe esto y cree lo que le digo, me exasperará y me obligará a que de veras busque en otra parte lo que Ud. sospecha solamente que no quiero hallarlo en Ud.”. “Sabe Ud. en qué campo se halla y hace muy bien de sacar las ventajas posibles de su conocimiento”, me dijo recibiendo el corazón y guardándolo en el seno. Inútil será decir qué pasó, lo mismo en la segunda noche del baile, con la diferencia que hubieron ya menos quejas.

15 de octubre de 1847

Llegan momentos para los enamorados en que mutuamente no hayan qué pedirse ya, habiendo obtenido cuanto no excede los límites de la palabra imposible. Me hallo yo en unos de estos casos. Nada me resta que obtener de todo lo que puede conceder el amor antes de volverse ciego y pasar de lo espiritual a lo puramente brutal. Anoche estuve en la Filarmónica donde por última vez debo ver a Rosita, pues que si la maldita vieja no nos engaña, debe partir hoy precisamente, aunque yo creo del todo imposible que sea hoy. No me acuerdo por qué motivo estuve yo más de dos horas sin llegarme siquiera a Rosita, mucho menos hablarla. Me encontró en una contradanza y me dijo, al hacer la figura conmigo, –“quisiera saber qué he hecho yo aquí para ...”. “Ya le entiendo, hablaremos”. No tuvimos más tiempo para hablar, la figura pasó. Llegó el tiempo de bailar con ella una polka y entonces, me dijo: “dígame ahora lo que quería decirme”.

Mi queja fue más bien inventada que realmente causada por alguna cosa. En un raptó de entusiasmo, la estreché fuertemente contra mi pecho, pero con mucha admiración vi que ella se sonrió tristemente, en vez de acoger como siempre esta clase de acciones con una sonrisa o una reprensión, consintiendo en estas palabras. “Vaya, no sea atrevido; pero Ud. sabe con quién lo hace, cuándo dejará de ser el más pícaro de todos”.

Más de una vez, me ha reprendido de este modo en semejantes circunstancias. Pero esta vez se sonrió, sin seguir adelante. “Rosita”, le dije, “ahora sí que me toca preguntar a Ud. por qué tanta frialdad, ¿qué le he hecho yo?” –“Ud. no me ha hecho nada, ni yo tampoco, ¿de qué se queja?” –“Me quejo yo, francamente, del modo con que ha acogido Ud. esa acción que otras veces ha reprendido en mí de otro modo”. –“Cierto es eso, y yo tengo la culpa de que Ud. extrañe que no le corresponda una demostración así, yo lo he acostumbrado a recoger esos triunfos, que Uds. llaman, a cada momento. Pero, acaso ¿le importa a Ud. algo que yo reciba bien o mal esa acción?”. –“Rosita, no hablemos más de esto, en mi mismo desengaño que acabo de sufrir ahora, veo todavía en Ud. un excelente y generoso corazón. En la última vez que la he visto, me ha querido decir con lo que acaba de hacer que he sido un insensato en esperar algo de Ud. por tanto tiempo. Al tiempo de irse, no ha querido Ud. dejar hacerme comprender la verdad

de una vez. No fijándome en lo terrible que es para mí este desengaño, le doy a Ud. mil gracias por lo que acaba de hacer. Otra que Ud. me habría dejado creyendo para siempre en lo que no debía creer ni un momento. ¡Le agradezco Rosita una generosidad, y le pido perdón de cuanto he hecho hasta ahora engañado como he vivido ahora por mi misma ilusión!” A este tiempo se acabó ya la polka, y todos nos sentamos. Le di las gracias y me retiré antes que tuviera tiempo de contestarme nada. Me siguió con la vista hasta que me vio entrar al cuarto de los hombres, levantar mi capa, mi sombrero y salirme de la filarmónica.

Confieso por mi honor que pocas noches he tenido tan mortificantes como el resto de la de anoche desde que salí de la filarmónica. He visto por la primera vez que la amaba más de lo que yo mismo pensaba. Mi resolución está tomada ya; sé positivamente que ella ha padecido más que yo anoche, y que lo que ha hecho no ha sido sino llevada del deseo de cerciorarse si de veras siento o no, por ella, alguna cosa. Anoche, a las horas que vine, saqué de mi escritorio un pliego de papel de seda y escribí allí todo lo que sentía en ese momento; parte es carta dirigida a ella y parte un fiel traslado de lo que pensaba o sentía en esos momentos. Si no se van, iré esta noche o sino mañana, y yo mismo le entregaré el pliego escrito, sacándola a bailar una polka.

Juro, caramba, que al leer mi carta temblará más de una vez, y que el corazón se le hará yesca ... no verá en mi carta el que ha conocido, le dolerá y le pesará más por lo mismo que me ha hecho sufrir. ¡Oh! Yo también, a mi vez, tengo gusto en saber lo que va a sufrir. Muy pocas veces me engaño. Hasta esta noche, o mañana ...

Concepción, 17 de octubre de 1847

Son las dos de la mañana en que llego de casa de Rosita. A las nueve y media de la noche entré allí y no encontré sino a Rosita con otra señora. La vieja había salido a despedirse con la Dominga. Encontré a Rosita con la cara atada, sin duda tenía dolor de muelas, no le pregunté ... Cayó el movimiento de sorpresa que le causó mi repentina presencia allí, cuando menos lo esperaba. Se pasó como una hora sin que yo me dirigiese a ella. Siempre la encontraba con la vista clavada en mí. De repente, entró la vieja y la Dominga. Ambas principiaron a quejarse que las había dejado en la filarmónica sin despedirme y que, después de eso, no había ido a verlas la siguiente noche de la filarmónica sabiendo que estaban por irse. Hice mis excusas y seguimos adelante. Después de un momento, le dije a Dominga: “¿vamos a la cuadra un momento, mi señora Dominga? Quiero oír la aria del Belisario”. “Vayan, pues, dijo la vieja”. Di el brazo a la Dominga, y salimos para la cuadra. En medio de la aria se apareció Rosita en la cuadra y se sentó muellemente en la punta del sofá. Seguida de la aria, tocó la Dominga una galopa diciendo, “en Valparaíso no bailamos con otra galopa que con ésta de Rivera”. “A propósito”, dije yo,

“¿quiere Rosita que vayamos a bailar esta galopa?”. “Estoy tan poco dispuesta para bailar que quisiera que me dispensase, Navarro”. “¡Tengo tales ganas de bailar con Ud. esta galopa esta noche que quisiera que, venciendo cualesquiera inconveniente, me acompañara Ud.!”. “¡Iré un momento adentro y volveré a bailar!”. “Sé que quiere ir adentro para ponerse alguna cosa que Ud. cree que le hace falta para bailar, ¡no quisiera que Ud. se mortificara para tres o cuatro vueltas que hemos de dar!”.

“¡Tres o cuatro vueltas, ya sé a cuántas más han de ascender!”.

“Rosita”, le dije con mucha formalidad, “¡le prometo que no la mortificaré más tiempo que el necesario para dar tres o cuatro vueltas, y para cumplir un deseo que es tanto más preciso que lo satisfaga cuanto mayor sea su resistencia!”. Me alargó la mano y salimos. Las voces del piano y el estar a las espaldas de Dominga nos permitían hablar con toda confianza. Luego que salimos, “se admirará Ud., Rosita”, le dije, “¡de que como nunca le haya hecho a Ud. tanta fuerza para que me acompañe en esta galopa! ¿Cree Ud. que la he invitado por sólo el deseo de bailar? ¿Se equivoca! Quería hablar dos palabras con Ud., quería despedirme, en fin, y no podía decirle delante de nadie lo que debía decirle al tiempo de despedirme de Ud. Reciba esto, le dije, y cuando haya leído Ud. lo que contiene este papel, entonces recién habrá acabado de conocerme, y hallará una disculpa a la ligereza que he tenido para creer lo que no debía creer ni esperar nunca de Ud”. “¿Qué, eso? ¡Una carta! ...”, me contestó, sorprendida, “imposible, no haré llegar hasta eso mi demasiada indulgencia” ... o como de “Rosita”, le interrumpí yo con la mayor calma del mundo, “ya sé lo que la detiene a Ud. en recibir esta carta, hace Ud. muy bien, pero le juro por mi honor que es por lo más sagrado que yo puedo jurar, que Ud. no encontrará una sola palabra que la haga ruborizarse y arrepentirse enseguida de haberla recibido. Recompense con recibir esto a la despedida, todo lo que he sentido por Ud. hasta ahora. Esta será la última vez que la vea ya, y por lo mismo, ésta es la ocasión también de pedirle a Ud. perdón de las licencias que el engaño que he padecido me ha hecho tomar con Ud.”. “¿Por qué dice que es la última vez que me ve? Nosotros no nos vamos ni en ocho días más”. “No importa, ni aunque se quede un año más aquí, no la veré más, y me parece que Ud. tiene ya motivos para sostener lo que digo, aunque sea a costa de un enorme sacrificio”. “Bien sé ya que cumple siempre lo que dice, júreme ahora por lo mismo, que acaba de jurar recién que ésta no será la última ni la penúltima vez que Ud. vuelva aquí a verme, y entonces pasando por la vergüenza de que Ud. mismo es testigo, recibiré esa carta”. “Bien”, le dije, “a Ud. sola está reservada hacerme desistir de lo que una vez he pensado, ahora bailemos”, le dije, y dando 4 pasos justos le dije, “Le prometí que no serían más de cuatro pasos justos, sentémonos”. “Ya comprendo por qué se interesaba en bailar conmigo, aunque fueran 4 pasos”. Todo esto se pasó en menos tiempo que el que se necesita para contar, y en mucho menos que el necesario para escribirlo. Rosita se fue enseguida para adentro y yo quedé en el piano con Dominga.

Como media hora se pasaría desde que quedé solo con Dominga, cuando vi entrar de nuevo a Rosita y sentarse cerca de nosotros. Todo su semblante estaba alterado. No me olvidaré nunca de esta noche y mucho menos de lo que vi y oí en ella. Después de un momento de silencio, dijo Rosita, “toca pues Dominga el valse de Calzadilla, no me canso nunca de oír ese valse, ¡qué lindo es para bailarlo!”. “Ya te entiendo”, dije yo para mi coletto, “quieres que te saque a bailar, nunca bailamos con otro valse”. Efectivamente, Dominga principió a tocar el valse y Rosita me dio una mirada tan fuerte y llena de expresión que no me dejó ya qué dudar. Me levanté y le dije en voz baja, “realmente Ud. quiere que la saque a bailar ahora, ¿no es esto?”. “Sí”, me respondió. Salimos y casi sin sentir, caminamos hasta la extremidad de la cuadra. Luego que llegamos allí, ¡Dios mío! No me olvidaré nunca de esto, soltó el llanto con tanta naturalidad y ternura que por la primera vez de mi vida sentí estremecerme entero a la vista de unas lágrimas de que quizá era causa yo. “Por Dios, Rosita”, le dije, temblando de que por casualidad se diera vuelta y la sorprendiera llorando mi señora Dominga. “Por Dios, Rosita, ¿qué tiene? Repóngase, mire que se expone mucho”. “¿Qué me importa? ¿Acaso es la primera vez que ellas me han sorprendido llorando? Y he mentido yo ... todo porque Ud. que tiene gusto en ... Cuando me han encontrado anoche llorando en mi cama creyendo yo que hoy nos iríamos, les dije que me acordaba de Valparaíso, de mi mamá, y mis hermanos, y mi tía me ha creído; ¡mentira! No lloraba por esto, porque iba a verlos luego ... Lloraba por ... y quizás a las mismas horas en que yo lloraba escribía Ud. su carta, ingrato”, dijo, apretándome fuertemente las manos.

Mi única respuesta fue estrecharla fuertemente contra mi pecho y ella casi sin saber lo que hacía ligó sus brazos en derredor de mi cuerpo ... Bailamos enseguida (yo no sé cómo bailaríamos) como para que Dominga no se apercibiera y después de pararnos otro momento, me dijo, “perdóneme si es capaz de sentir algo por mí, lo que Ud. vio en la Filarmónica, porque todo no fue sino de despecho y por ver si realmente Ud. ... entonces yo también le perdono todo lo que me ha hecho padecer Ud. con su carta, sea más bueno conmigo desde ahora”. Yo tuve más tiempo que para un sí, que solo ella podía comprenderlo con cuanta expresión lo dije. En seguida dimos unas cuantas vueltas y nos sentamos.

Concepción, 8 de noviembre de 1847

Muchos días hacían con motivo de haber cesado enteramente las tertulias en casa de Rosita, teníamos muy pocas proporciones de hablarnos a solas. Le escribí hace tres días una segunda carta, más o menos sobre el mismo asunto de la primera. Pintaba allí desconfanzas sobre su cariño apoyándome en tal, cual acción y en la ninguna prueba que había recibido de ella que enteramente no me dejase duda. Después que leyó (habiendo hecho hasta hacerla recibir a ella cuanto hice en la anterior) me repitió con la misma ternura y sinceridad que jamás me

había dado: “si alguna vez he merecido el infame título de coqueta, ha sido porque jamás he encontrado de tantos que me han rodeado, una persona en quién fijarme, cuyo corazón sea igual al mío, y cuyas prendas morales sean como yo las he buscado sin encontrarlas jamás. Pero si alguna vez he merecido con justicia el título de coqueta, ahora estoy pagándolo bastante caro”. Le exigí que me contestase si no mi carta entera, al menos siquiera la mitad, un pedazo, algunas palabras, en fin que las viese yo bajo su firma y que me confirmasen lo que yo pensaba con respecto, en una palabra que quería, que exigía eso como una última prueba. Lo que me contestó, me admiró realmente. “¿Todavía exige mayores pruebas que las que me ha arrancado hasta ahora, desde el primer día que me ha visto? Lo que me pide es ya absolutamente imposible. Ud. puede escribirme sin temor de que pierda en nada, porque yo no podré jamás mostrar sus cartas sin condenarme a mí, primero, que he consentido en que me escriba. ¿Y qué sería de mí si viera una firma mía? No sería suficiente que alguno viese mi firma y bajo de ella, una confesión para que me perdiese. Supongo que Ud. ahora me habla de buena fe y que realmente sus intenciones sean puras y que me prometiese no mostrar jamás mis cartas, puede ser que en poco tiempo más no piense ya lo mismo que ahora, pues que ni Ud. puede conservar siempre los mismos pensamientos, y entonces ¿qué será de mí, si por ostentar alguna vez entre sus amigos esa clase de confesiones y que ustedes llaman conquistas o triunfos, mostrase mi carta? Cuando no bastase eso a perderme, sería muy suficiente para menoscabo de mi delicadeza”.

Casi sucumbí al peso de estas reflexiones, pero no perdiendo la esperanza le dije, “le hallo a Ud. demasiada justicia pero ese menoscabo, y todo lo que Ud. quiera agregarle no sucedería sino en un caso; es decir mostrando yo la carta suya. ¿Pero no le basta a Ud. mi palabra de honor y la vergüenza que yo tendría que Ud. viese alguna vez que abusando yo de su generosidad y franqueza, cometiese yo la acción más indigna que puede darse?”. “Por Dios no exija más ya de mí que lo que ha sacado. ¿Qué más ...?”. “Pues bien”, le interrumpí, “supuesto que Ud. desconfía de mí, ya estoy cierto ahora de que no me ama, de la persona que se ama no se desconfía, se espera, al contrario, todo lo que se quiera conseguir aún a despecho de los justos motivos que puedan haber para desconfiar ...”. “Bien”, me dijo sin dejarme que concluya, “como siempre tendrá Ud. lo que pide ... Pero ¿cómo haré para hacer llegar a sus manos eso?, no bailaremos ya, porque el piano está encajonado y entonces, ¿qué debo hacer? ... Ningún criado de confianza hay como para esto”. Por un momento casi perdí las esperanzas ya, pero de repente se me vino a la memoria la idea que buscaba. “¿Se acuerda”, le dije, “que aquí hay un libro de música mío que hizo traer de casa mi señora Dominga para que tocase yo ayer o antes de ayer?”. “Sí, ¿y qué hay?”. “Yo mandaré ahora por ese libro de música y si Ud. se toma la pensión de entregarlo, creo que no le faltará un modo de hacer ...”. “Sí, sí, ya le comprendo, que pícaro es, no le falta nunca un modo de salir bien en lo que quiere”. Esto pasaba ayer domingo en la mañana. Vine a casa después de convenido esto y dando tiempo a Rosita para que escribiera, mandé al criado

después de media hora a que me trajese el libro de música. “Cuidado”, le dije, “con desenvolver el libro en la calle, lo traerás envuelto en este pañuelo conforme te lo den allí”.

Esperé con toda la impaciencia la vuelta. Llegó por fin el criado y me puse ligeramente a hojear el libro. Pero ¡cuál fue mi sorpresa cuando llegué a la última página y no encontré lo que buscaba! Con toda la rabia de que fui capaz en ese momento, boté el libro lejos de mí, pensando ya lo que debía hacer en la noche en consecuencia de esto. A las ocho en punto estuve allí ya. Me encontré en la puerta con el criado. “¿Quién está adentro?”, le pregunté. “No está sino el Sr. Obispo”, me dijo. “Tanto peor”, dije y pasé. Luego que entré en la cuadra me dio la mano el Sr. Obispo diciendo con su natural sonrisa, “¿cómo le va mi amigo Navarro? ¿Su padre y el señor Ocampo están buenos?”. “Bueno su Señoría y gracias”. “Estas niñas estaban ya durmiéndose con mi visita, como es natural”, continuó, “pero luego que ha entrado Ud. véalas de despiertas como están, alégrelas y más a ellas y a mí tocando un poquito, me dicen que lo hace muy bien en la guitarra lo mismo que su tío Juan Marcos que tocaba tan bien”.

Hubiese querido excusarme de todos modos, porque yo no toco bien sino cuando tengo deseos de agradar y de gustar yo mismo de la música, pero confieso que no estaba yo entonces para nada. Temía que se me conociese la repugnancia con que tomé la guitarra. Pero yo sabía muy bien el modo de dejar de tocar sin que nadie se apercibiera que no quería hacerlo. Tomé la guitarra y después de algunos preludios, sonaron a un tiempo la prima y la segunda ... “¿Y no hay más cuerda?”, dijo el Obispo. “No señor”, le contesté, dejando la guitarra donde mismo estubo. Rosita conoció, desde que entré, todo lo que pasaba en mí y ella sola sabía cuál era la causa de ello. Muchas veces la sorprendí haciéndome su seña favorita con los ojos, pero yo afectaba a no verla o no fijarme en nada. En fin, el Obispo se levantó y después de encargarme que divirtiese a las niñas, saludó y se fue. La vieja lo acompañó hasta la puerta de calle con la Dominga. Rosita hizo como de levantarse y salir tras ellas también, pero se quedó aprovechándose de la circunstancia. “Dos palabras”, me dijo, “bastarán para que no juzgue nada. Al tiempo que yo iba dentro del libro, vino Dominga y me lo tomó diciendo que quería sacar de allí una polka que tenía, después lo entregó ella misma”. “De cualquier modo que sea Ud. no ha hecho fuerza para cumplir lo que prometió”. “Ud. me insulta con eso”, me interrumpió, “yo cumplo con lo que prometo a despecho de mi delicadeza y mal que me pese después”. “Y bien, ¿cómo piensa cumplir ahora cuando ya no hay remedio, mañana se van Uds. y esta noche, por lo visto, ya no hay qué esperar?”. Se sonrió con una sonrisa burlona y me contestó, “¿le falta a una discurso cuando se halla en semejantes casos? Verá Ud. muy simplemente ahora cumplir lo que le he prometido”.

A este tiempo entraba ya la vieja y Dominga, que se sentaron de nuevo en el sofá. Rosita se fue adentro. Realmente yo no comprendía de qué podía valerse para cumplir lo prometido, me admiraban a un tiempo su calma y su resolución. Como diez minutos se pasarían cuando vi entrar de nuevo a Rosita. “¿A Ud. nunca le han regalado flores de las monjas, Navarro?”, dio en voz alta y dirigiéndose donde yo estaba, “voy a regalarle este ramo de unas flores que nos dieron

ellas esta tarde al irnos a despedir”. Y luego, en voz baja y clavando en mí su potente mirada, me dijo, entregándome el ramo, “por Dios, ¡cuidado!”. Recibí el ramo, hablando al mismo tiempo a la vieja como para distraerla. Pero cuál sería el espanto de Rosita cuando oyó que la vieja me dijo, “Realmente las monjas tienen muy bonitas flores, ¿a ver Navarro su ramo?”. Una pistola martillada en su frente me parece que no la hubiese espantado tanto a Rosita como la demanda de la vieja. Clavó en mí una mirada llena de súplica y de esperanza, en que muy bien se podría traducir por estas palabras. “¡Vea cuán expuesta estoy por Ud.! ¡Sálveme ahora como pueda!”. Parecía que su vida estaba pendiente de que yo entregase el ramo que se me pedía o no, ¡tal era la ansiedad que padecía! Dudé un momento pero comprendí rápidamente lo que debía hacer primero. Si retenía el ramo, comprometía la cosa horriblemente, así es que no pensé más y se lo alargué mirando antes a Rosita como para decirle que no tema, estaba pálida. Mientras la vieja tomaba el ramo, buscaba yo un modo de herir a la vieja, antes que pasase a examinar nada. El Dios del amor y de las vírgenes sin mancha me iluminó súbitamente, y no bien hube entregado el ramo a la vieja, y que ella principió su examen por el grueso volumen del tronco amarrado con una cinta, que le dije yo con toda la calma y aplomo que pedían las circunstancias. “Señora, voy a anunciarle una desgracia, y prepárese a recibirla con serenidad”. Imposible es pintar la impresión que hizo en ella y Dominga lo que dije. A este tiempo había ya desatado el primer nudo de la cinta del ramo. “Por Dios”, Navarro, “qué es lo que hay”, dijo, teniendo siempre en las manos el ramo que Rosita devoraba a miradas. “¿Sabe que la casa de Mercado acaba de quebrar en Valparaíso?” ... Yo sabía porque ella me lo había dicho, que tenía dado a otro comerciante 10 mil pesos a interés. Qué tal sería el golpe para ella. Pero yo habría hecho más todavía en el caso en que me hallaba. “¡Dios mío!”, dijeron a un tiempo la vieja y Dominga. En cuanto a Rosita estaba ya más serena y a una señal mía acabó de tranquilizarse. “Siéntese aquí Navarro, cuénteme de dónde sabe Ud. semejante desgracia”, me dijo la vieja, haciéndome lugar cerca de ellas, y poniendo el ramo a su lado. Me senté, casi tocándola a ella, y al sentarme puse la falda de la levita sobre el ramo y al tiempo que le decía al oído con el modo más misterioso del mundo lo que sabía a este respecto, introduje la mano por debajo de la levita y levantando el ramo muy suavemente, lo puse en el bolsillo. Después, mientras ella principió con sus dobles exclamaciones, me levanté y vi a Rosita con una expresión de triunfo que ella conoció al momento.

Antes que la vieja volviese en sí del terrible golpe que acababa de darle, traté de despedirme y así le dije, “señora, puede ser que no sea cierto, mañana voy yo a Talcahuano e iré a bordo del buque que ha llegado de Valparaíso, y allí sabré por el capitán la verdad”. “Gracias, Navarro, diga a Adler que averigüe él también y que venga a avisarme. Bien, será hasta mañana”. Al levantar mi sombrero, que estaba en la silla contigua a la de Rosita, le dije muy bajito “todo es mentira”.

Cuando estuve en la calle, saqué mi ramo, en aquel momento, por muchos motivos objeto de orgullo para mí y al desatarlo, no podía atinar qué me había sugerido en momentos tan

apurados. Pero luego dije entre mi *intelectus, apretatus discurrit*.⁵² Seguí desarrollando el ramo y di luego con el alma del ramo, que consistía en una cuartilla de papel con algunos renglones escritos. Llegué a mi cuarto, encendí la vela y leí lo siguiente.

“¿Quisiera saber Ud. si lo había engañado alguna vez? ¡Nunca! ¡Jamás! Téngame lástima cuando no tenga por mí otro sentimiento que me sea más halagüeño. A mi vez debía pagar yo a tantos que he engañado, con que no se me crea a mí ni a mis lágrimas lo que de veras siente mi corazón ... Me hace temblar esto ... no puedo más, a Dios”.

R. D. P.

“Acuérdese de lo prometido con respecto a mi carta”.

Cuando acabé de leer, me acosté y principié a pensar en la altura que me hallaba ya, y en que estaba tan ambicioso y tan poco satisfecho como en el primer día que la conocí. Entonces, nomás vi, cuán viejo es el amor. Camina, camina sin pensar en el fin de su camino, y que el último paso que le queda que hacer, es también el último de su existencia. La verdad, de esto saco por lo que en mí pasa. En la primera vez que la vi en el baile de ... creía ser dichoso con solo tener una flor de su ramillete. Tuve una flor, dos, tres, cuatro y principié a aspirar a una flor que en su significado me dijera alguna palabra de amor, la tuve como quise, porque estando una noche muchos jóvenes en su casa, sacándola yo a bailar, me dijo, después de hablar bastante durante el baile “en el florero de la izquierda bajo todas las flores encontrará un ramito ... tómelo, estaba destinado para Ud.”. Al ver la figura tan insignificante del ramito no le hice caso porque realmente la lila al verla nada tiene de particular. Pero vi en el significado de las flores y me decía en él “primera emoción de amor”. Después de esto quise ya estrechar sus manos entre las mías pareciéndome esto lo último a que podía aspirar. Bien, se las estreché una vez, dos, cuatro, y hasta las he tenido por más de un cuarto de hora entre las mías. Después, no me agradó que se dejase estrechar las manos, quería que fuese más; decía yo “quizá consiente solamente porque yo le tomo a fuerza sus manos y se las estrecho a pesar suyo, quisiera que ella también alguna vez ...”. Bien, pocos días después casi con locura me estrechaba las manos entre las suyas ... Cánseme luego con esta nueva licencia del amor, deseé entonces escribirle y pintar a mis anchuras mis sentimientos, lo conseguí como yo quise, aspiré por último a que hiciese una de esas acciones que ellas llaman sacrificios ya in extremis, que me escribiese, que me declarase en fin, bajo su firma y exponiéndose a cualquier acontecimiento desagradable, me dijese que me amaba. Bien, acabo de obtener ese sacrificio, así debo llamarlo porque no lo he conseguido sin una tenaz resistencia y como yo quería, exponiéndose quién sabe a qué. Ahora ¿a qué aspiraré? ... Me espanto yo mismo de ver la imperceptible carrera con que se avanza el amor a su fin, porque una vez conseguido lo último que desea, no amor ya, es lo mismo que el bruto que come, come hasta repletarse y después muere.

⁵² Cicerón: *En caso de aprietos el cerebro discurre (intelectus, apretatus discurrit qui rabiát)*. Traducción del latín.

Concepción, 27 de noviembre de 1847

Hace ya cuatro días que me ocupo del acomodo y balance de mi tienda para marcharme a Chillán. Cuánto ha pesado sobre mí esta resolución de traslado allí, que las circunstancias de los negocios nos ha hecho tomar a todos juntos. Debíamos separarnos a un tiempo en diferentes direcciones, ella a Valparaíso y yo a Chillán. Hace ya muchos días que están en Talcahuano esperando buque para embarcarse. Adler me dice que no deben salir hasta dentro de ocho días. Mi tío Domingo fue a embarcarse hoy a Talcahuano, lo acompañó Juan y Mardoqueo, yo no pude ir por estar aún ocupado con mi acomodo, pero saldré a las cinco de la tarde y pasaré en Talcahuano esta noche, mañana domingo. Como no me queda ya nada que hacer aquí sino esperar las carretas y tropas que debe mandar mi tatita, estaré allí con mi tío más descansado. Ahí veremos cómo va eso con tanto día de ausencia ya ...

No debo pasar en silencio el estado en que se hallan los negocios con Dorotea, pues que he parecido no ocuparme de ella cuando me ocupaba más. Por la Rufina, nuestra confidente y cómplice si se quiere, sé el estado en que se halla ella para conmigo. Sé cuánto siente, cuánto habla de mí. Sé cuánto ha hecho y dicho cuando en su cuarto y sola con la Rufina ha tenido en sus manos mi retrato. Después de los bailes del 18 me contaron algunas mentiras que yo sabía de dónde venían. Celos de Belisario, ¡pobre lesó! Fue él quien me dijo que él sabía que ella había dicho algunas cosas de mí, cosas que condecían muy mal con todo lo que pasaba entre mí y ella. Pero fuese cierto o no, yo quise sacar de esto todo el partido posible. Fue a casa una noche y como viese una mudanza total en mí, que me desentendía de todas sus miradas, comprendió que había alguna cosa porque yo estaba así.

Mi señora Juanita fue al piano y se puso a tocar un valse. Mi tío me instó a que lo bailara y como no había más que ella con quién hacerlo, parecí vacilar un momento y en seguida la saqué a bailar. “Tengo que decirle muchas cosas, pero no parecidas a las que oyó de mí en el baile del 18”. “¿Por qué no me dice ahora mismo?”. “No hay tiempo para decirle todo lo que quisiera y yo no quiero decirle a medias”. “Dígame algo siquiera”. “No puedo ni quiero decirle algo no más ahora, prefiero no decirle nada”. Al acompañarla a su casa con su mamá me instó de nuevo para que le dijera, pero fue inútil. Al día siguiente de éste vino a mi cuarto la Rufina y sus primeras palabras fueron, “El que no quiere decir nada, no oye nada tampoco”. “No eran circunstancias de decir nada anoche, ni se presentará otra ocasión”. “Ya está con la fecha a cuestras, deme mejor este ramito que está en este vaso para darlo en su nombre” ... “Ya no verás eso nunca, ya no te daré nada para ella”. “¿No dije yo que sería algún cuento, en fin? No me equivoco jamás, ¿qué hay? ¿Qué le han dicho?, ella está ignorante”. “Cualquiera cosa que sea lo que me han dicho ha bastado para hacerme volver en mí y saber cómo debo yo llevarme en adelante con ella, en una palabra, es mejor que no hablemos más de ella, bastante orgulloso soy para permitir que con apariencia de ... se haga un juguete de mí”. “Pero ¿qué le han hecho y quién ha sido capaz

de ...?”. “Cualquiera que haya sido, lo mismo es para que sea cierto”. “Bien, ¿quiere oír lo que ella me ha dicho ahora, al tiempo de venirme para acá? dile”, me ha dicho, “que se fije en la persona que le ha dicho eso ... que se fije también un poco más en mí y que después de habernos comparado, que decida” ... Casi me rendí a este sencillo y expresivo recado, pero gracias al dominio que tengo sobre mí, no dejé escapar sino una sonrisa de desprecio. “Dile tú también, le contesté, que cuando ella sepa, verá entonces si tengo o no justicia para dar a eso el mérito que doy”. Quince días se siguieron después sin que yo me diese vuelta a verla siquiera, porque la Rufina me decía todos los días “hasta impolítico se ha hecho, ¿quién deja de saludar cuando pasa uno cerca de una señorita?”. Dio la casualidad que mi señora Fabiera me convidó un domingo para que la acompañara a la Toma, ella debía ir también. Don Saturnino tomó a mi señora Fabiera y yo a ella y salimos. No anduvimos mucho cuando me dijo ya, “¿Se acuerda qué me dijo el otro día que tenía que decirme muchas cosas?”. “¡Sí, me acuerdo!”. “¿Por qué no me las dice ahora?”. “Sí, se las diré, pero antes quiero que Ud. me prometa formalmente confesarme lo que haya de cierto en esto, si Ud. me engaña ahora, quizá sin quererlo, me cause Ud. más tarde una desgracia que será suficiente a repararla. Por lo que Ud. me diga ahora, debo reglar yo para siempre mi modo de ser y de pensar”.

Ella se estremeció. “Con que decídase, continúe a decirme la verdad”. “Le juro por lo más sagrado que hay para las mujeres y por Dios que nos oye, que voy a decirle verdad”. Con toda la confianza díjele entonces lo que me habían dicho, entonces me respondió ella con toda la calma y solemnidad con que había jurado decirme la verdad. “Todo, todo es mentira, ¿no se acuerda que él me pedía en el último baile del 18 el ramillete que yo llevé y que no quise dárselo como yo misma le dije a Ud. allí mismo? ¿No se acuerda que él mismo ... Belisario viéndole a Ud. el ramo que le había negado a él, se enojó allí mismo tan terriblemente? Pues bien, saque de ahí la causa de todo lo que él le ha dicho. Por segunda vez le repito que todo es mentira”. Mi única respuesta fue entonces estrecharle el brazo con que se apoyaba en el mío. Después de un momento de silencio, le dije, “debo creer como siempre que Ud. no me ha engañado ni que me engañará jamás”. “¡Sí!”

Para escribir lo que seguimos hablando después, sería preciso volver un poco atrás. Un día antes que me dijese Belisario lo que él sabía que había dicho ella de mí, entrando a la tienda una de sus criadas a preguntarme si tenía mostacilla celeste y al mismo tiempo me mandaba dentro de un pañuelo una relojera que estaba haciendo para que cotejase con la mostacilla de la relojera, la que yo debía mandar. Con pretexto de buscar la mostacilla entré a la trastienda y puse un hermoso pensamiento detrás de la relojera, saqué la mía que estaba allí y envolviendo en el pañuelo las dos relojeras, le di a la criada el siguiente recado, “di a la señorita que he buscado mostacilla y que no he encontrado de la clase que me pide. Que vea esa relojera que le mando a ver qué le parece”. Un momento después volvió la criada con mi relojera diciendo que estaba muy bonita y que me daba las gracias ... Tomé mi relojera y

después que salió la criada, la abrí y encontré allí un pensamiento un poco más fresco que el que yo había mandado ...

Bien, después que acabamos de convenirnos sobre el asunto de arriba, le dije, “¿concluyó ya Ud. una relojera que estaba haciendo?”. “¡Ah! ¡Ahora que me acuerdo, que pícaro es Ud.! Por una casualidad no descubrió la criada el pensamiento que había puesto Ud. adentro, al desenvolver el pañuelo, cayó al suelo y yo lo oculté antes que ella pudiera verlo. Tenga siempre más cuidado y sea también un poco menos pícaro, un poco menos atrevido” ... “Las palabras atrevido y pícaro en boca de Ud. con respecto a mí, suenan en mi oído dulce y agradablemente y de distinto modo que su significado, quisiera oírlas siempre” ... “¡De nuevo le digo que es muy atrevido!”. Y yo le respondí, “Amén”.

El domingo siguiente fuimos con mi señora Fabiera y Ferrier a Talcahuano a ver la hermosa fragata Moisés. Es de imaginarse ya de todo lo que debíamos habernos ocupado en todo el camino. Después de estar a bordo de la fragata, fuimos a un frutillar y de allí al jardín de la casa, tomó ella un clavel, yo tomé otro. “Quiere que cambiemos flores, le dije”. La vi que vaciló un momento y entonces, después de hacer mil pedazos mi clavel, lo boté lejos de nosotros. Se quedó ella muda como una estatua. “Gracias”, le dije yo después de un momento. En esto llegó Ferrier y mi señora Fabiera y nos encaminamos al café donde, después de comer, debíamos salir para Concepción. Le hablé en el camino mientras llegábamos al café de cosas indiferentes. Al entrar en la fonda, le dije, “¡Ud. sabe que sé sostener mis propósitos! Pues bien, ésta es la última vez que Ud. me vea que yo haga una acción con Ud. como la que he hecho ahora. Ya no verá jamás” ... “¿Y qué he hecho yo?”, me interrumpió. A este tiempo entrábamos ya en la fonda y yo, que no quería seguir adelante, me alegré de que hubiese quién nos interrumpa. En el camino de vuelta para Concepción no le hablé una sola palabra por más que ella se quedaba a más de una cuadra de distancia de los otros. Tan pronto como llegamos a Concepción, le contó todo a la Rufina quien fue luego a mi cuarto a ver lo que había. “¿Por qué es tan malo?”, me dijo, “por qué al proponer cambiar Ud. una flor, no le ha contestado con mucho gusto al momento, ¿por eso se ha enojado? ¿Cómo quiere que ella no se haga repetir dos veces una propuesta así como lo debe hacer toda señorita? Y después que no ha querido hablar para satisfacerle por más que ella se quedaba atrás sola, a ver si Ud. quería hablar para componerlo”. “Mejor es que no hablemos ya de esto, Rufina, puesto que mi resolución está tomada y yo no desisto así nomás de lo que he pensado una vez”.

Más de mes y medio ha ya que mantengo, como en el primer día que sucedió, esto. La veo siempre clavarme su poderosa mirada, sin duda sabe ella la influencia que ejerce sobre mi sus lindos ojos; ha habido vez que, fascinado enteramente por su mirada llena de expresión, me he quedado yo también mirándola por más de cinco o seis minutos, pero pasando llega por mi memoria mi propósito, me he entrado al momento a mi cuarto de donde no he salido sino cuando ella no ha aparecido ya. Al otro día de esto, me dijo la Rufina, “creíamos que ayer Ud.

iba a ceder ya. Tanto tiempo ya, no creíamos que le durase tanto”. Aunque parezca que me rindo, me queda todavía suficiente valor y fuerza para sostener lo que he prometido. Por fin ha llegado ya la Delfina tanto tiempo esperaba por ella para confiarle sus secretos. Y ella me ha hablado ya dos o tres veces. “No se puede figurar todo lo injusto que es Ud.”, me decía antenoche, “y supongo que haya realmente concebido alguna ofensa a Ud. en no haber cambiado la flor en el mismo momento que Ud. proponía; no se puede perdonar una ligereza así a favor de la armonía. ¿Qué deja Ud. para ella si se ofende por tan poco? No debe nadie ser tan delicado que llegue al extremo de no perdonar una simpleza como esa, y hacer padecer cualesquiera clase de sentimiento” ... “¿Quién le ha dicho a Ud. que yo no padezco más que ella quizá? Mentiría yo, como Ud. sabe, más bien si dijera que para mí me es indiferente lo que pasa ahora entre los dos, pero aunque mi corazón se retuerza, y llegue a hacerse yesca consumido y devorado por el fuego del amor que me inspira, tendré todavía suficiente firmeza para vencerme yo mismo en primer lugar ... Soy muy delicado yo en todos mis sentimientos y muy particularmente en éste de que hablamos ahora, sería capaz de darme primero un balazo antes de consentir siquiera en ofender a la persona que quiero, y por el contrario soy muy delicado, como Ud. decía ahora, y el menor deslíz me ofende terriblemente, como Ud. ve ahora”.

Ayer había visto juntas a las dos pasarse en la vereda casi toda la tarde. Por la noche fui yo a lo de mi señora Juanita. Se sirvió el té, las señoras tomaban todas en el sofá, y yo y Delfina quedamos en la mesa donde la servimos. “¿Cuándo se va Ud.?” me dijo cuando estuvimos solos. “El lunes”. “Dios mío, ¡tan pronto! Y dígame, ¿qué quiere, irse Ud. con su capricho, y con el loco y brutal deseo de venganza que ha tenido hasta ahora? No haga tal cosa, las personas que padecen una vez exasperadas en su sufrimiento, son capaces de tomar una resolución tan firme como la suya. ¡Y entonces ya no habrá remedio!”.

“Eso es lo que yo creo y Ud. sabe muy bien lo que yo sería capaz de dar porque tuviera este remedio sin que yo dejase de cumplir, por eso lo que he protestado una vez. Le confieso francamente, Delfina, que si Ud. me hablase dos veces como me ha hablado ahora, me enloquecería, pero no haría más que eso. Ud. ejerce sobre mí una doble influencia. Una en nombre de la que habla y otra por Ud. No sé cuál será más grande de las dos, si la de Ud. o la de ella. Si hubiese alguna cosa grande que influyese en mí poderosamente para cambiar mi resolución, sería el deseo que tengo de dar a Ud. una prueba de la gratitud con que recibo el interés que Ud. toma por mí. Me dijo que Ud. veía esto como una cosa sin remedio, y se equivoca. Habíamos hecho nuestro plan y estaba preparado todo enteramente (al decirme esto se coloreaban sus mejillas). Ud. debía rendirse mal, que le pese, y quizá sin que creyese faltar a su propósito, pero todo se frustró, un incidente ha deshecho todo nuestro plan. Más tarde, sabrá mejor ... Pero por Dios, cómo piensa irse por tanto tiempo y así sin ... haga un sacrificio. Con todo lo que vi, me dice, no hace más que mortificarme más. En dos o tres días más estaré ya muy lejos de ella ... Ud. sabe cuán fácil le es al tiempo curar cualquier dolencia, en ocho meses o un año más que no

muera, verás, se olvidará muy fácilmente sin necesidad de que pase por ningún sacrificio. En cuanto a mí, no ensayaré el olvidarla, confieso que será imposible, viviré sufriendo si se quiere, pero siendo hombre de mi palabra. Así pienso yo y no es nuevo esto en mí. Considero cualquier vínculo de amistad, no diré de amor, como lo más sagrado que hay en la tierra, considere ahora cuánto debe ofenderme una falta, por más leve e insignificante que parezca, a los demás, cuando yo por no cometerla expondría mi vida primero. Dígame que erro yo, o al menos que es particular a mi modo de pensar que no hallaré jamás otra persona tan delicada en eso como yo. Dígame lo que quiera, es esa mi opinión a este respecto, y una vez a mi edad, por más joven que sea, sentado el parecer de cada uno, por más erróneo que sea, siendo que ese cada uno tenga conciencia verdadera de lo que opina, una vez sentada esa opinión decía, es ya difícil, y más que difícil el combatirla, aunque se le opongán evangelios”.

Domingo 29 de noviembre de 1847. ¡Una noche feliz en Talcahuano!

Acabo de llegar de Talcahuano con mi amigo Menchaca, quien me invitó a que ocupara el segundo asiento de su carruaje. Salí de acá el sábado, después de concluir todo el acomodo de mi tienda, y he pasado en Talcahuano hasta esta mañana en que salí de allá. Hacía muchos días que no veía a Rosita y me iba preparando desde acá a observar todos sus movimientos y sacar por ellos la impresión buena o mala que debía causarle mi visita. Llegué allí a la oración, estaba lloviendo, y al bajarme en el zaguán, en casa de Rosita, me dijo el criado “señor ¿le desensillo el caballo?”. No, le contesté. No le bastó a Rosita más que oír el no que yo dije en el zaguán para saltar en el acierto y decirle a Dominga “ve, Navarro”.

Yo oía y veía esto, escondido en la oscuridad del zaguán. Luego que entré, dijeron todas a un tiempo. “¡Ve, qué pícaro, dijo que había de venir a visitarnos siempre!”. “¿Y no he venido ahora estando lloviendo?”. Cuando pudimos hablar, me dijo Rosita, “mi corazón no me ha engañado nunca, desde esta tarde lo esperé ya porque nunca he estado más contenta”. “Pero tantos días sin vernos, ¿se ha acordado Ud. de mí?”. “Esto le probaré si me he acordado cada momento”, me dijo dándose vuelta y sacando del seno una carta que me la mostró en seguida y que yo vi que era una que había escrito cuatro días antes a la Dominga. “De las manos de Dominga ha pasado a las mías, y de las mías a mi pecho de donde no la he sacado sino para releerla a cada momento porque realmente me parece que me pertenece más a mí que a Dominga”. Esto era enteramente como ella decía, porque la P. D. que era suya ocupaba toda la carta. “Quisiera que fuera cierto todo lo que oigo de Ud.” ... “¡Oh!, ¡todavía Ud.! El gusto que tengo ahora no se puede comparar sino con el sentimiento que he tenido todos estos días, y principalmente el día que salí de allí.” La noche se pasó con conversaciones de esta clase. Yo debía venir con Menchaca al otro día para acompañarlas a San Vicente.

Al despedirme, me dijo Rosita, “mañana le he de dar su pañuelo, ¡Dios mío he hecho una locura!”. “¿Qué pañuelo?”. “Aquel pañuelo blanco de seda con que mandó envuelta su guitarra la última vez”. “Ya me acuerdo, pero quisiera mejor que cambiáramos de pañuelos”. “Sin dejar de decirle que su propuesta es atrevida como las que me hace siempre, le diré que Ud. se contentará más con su pañuelo que con el mío”. “¿Cómo?”. “No diga nada, mañana sabrá”.

¡En los casos extremos tienen más discurso ellas!

Al otro día, domingo muy temprano, estuvimos con Mardoqueo en su casa para acompañarlas a San Vicente. Pero el día estaba muy malo y se dejó el viaje, sin embargo de que lo que íbamos a ver (que lo vi yo después) era una inmensa ballena que acababan de pesar y sacar a la orilla del mar. “Voy a darle su pañuelo”, me dijo Rosita levantándose y marchándose para dentro; volvió luego con un pañuelo blanco de seda en las manos. “¿Y al fin se resiste a que cambiemos pañuelos? Significa tan poco eso”. “Me resisto, pero al fin cedería como siempre, si no supiese que Ud. no me hace esa propuesta sino porque no sabe lo que tiene de más el pañuelo ahora”. “Démelo entonces, pero ¿cómo me lo da sin que vea Dominga ni Menchaca?”. “No tenga cuidado por eso; Dominga”, continuó dándose vuelta, ve, llama a la Agustina a ver qué resuelve”. La Dominga salió. “Menchaca”, siguió Rosita, “¿qué le parece que representa aquel cuadro que está cerca del piano?”. Al tiempo que Menchaca se levantaba y nos daba las espaldas para ver el cuadro, ella, con una ligereza increíble, ponía el pañuelo en mis manos, y yo en el bolsillo del fraque. Inquieto como estaba por ver qué venía en el pañuelo, me levanté para despedirme. “No deje de venir a la noche si quiere aliviar todo lo que padezco desde anoche”, me dijo Rosita en voz baja. “Si de mí depende”, le contesté, “no debe preguntar si quiero, para mí será una felicidad si Ud. me dice que le sirvo en algo”.

¡A los veinte años de edad! Una confesión o dos a un tiempo

Anoche, a las siete de la noche, estuvimos reunidos ya en casa de Rosita cuatro o cinco jóvenes a excepción de Adler y un francés más que se decían de casa. Desde que me despedí de Rosita para ir a ver el pañuelo, y que me dijo ella que volviera por la noche, no he tenido ni un momento de sosiego. Luego que salí, desenvolví en la calle el pañuelo y encontré las iniciales R. G. N. marcadas con pelo que conocí al momento ser el suyo. Sin pensar y antes de salir de la alegre sorpresa que me causó el encuentro, llevé maquinalmente a la boca el pañuelo y lo besé. Lo primero que dije a Rosita luego que la vi otra vez, anoche, ¿cómo supiera yo que el pelo con que ha marcado Ud. mi pañuelo es suyo? “Confesándoselo yo y jurándoselo si quiere por lo que

más respeto yo aquí, que es mi delicadeza”. “Bien, Rosita, ese será un recuerdo que conserve mientras viva”, le contesté, estrechando sus manos entre las mías, gracias que a ese tiempo teníamos que hacer una figura en unas cuadrillas que me permitió hacer eso sin que se apercebieran los demás. Más tarde salimos todos a bailar valse y yo bailaba con Rosita, “Dígame”, le dije, “¿qué era lo que tenía que decirme Ud. esta noche?”. “¡Por Dios! No se acuerde de eso, adrede no he querido yo decirle nada”. No diré que hizo mucha resistencia, pero se resistió más que otras veces para ceder y contarme lo que sigue. “Anoche, se acordará Ud. que habló mucho de la tiranía de Rosas y sus parciales. Yo me acosté con la imaginación llena de esas cosas, de puñaladas, de degüellos y más fijada en la muerte de ese joven Maza,⁵³ sobrino de Rosas, que Ud. dijo que hacía poco tiempo que se había casado, como 15 días, y que Rosas había hecho arrancarlo de los brazos de su mujer para fusilarlo ...”. “¿Y qué hay con todo eso?”. “Bien, yo he soñado una cosa horrible. Soñaba no sé de cómo, que Ud. ... Mejor es que bailemos, nos están viendo quizá ...”. “Siga, siga ...”. “Soñaba que Ud. iba a casarse. Estábamos en una iglesia y después de haberle rogado yo y llorando inútilmente (no debo ocultar nada ya, mentiría si dijera que ahora mismo no tengo ganas de llorar) me había retirado ya desengañada y miraba, no con aborrecimiento, pero con dolor a mi hermosa rival, me parecía tan linda que, en ese momento, le hallaba justicia y me conformaba yo. Pero de repente, cuando ha sido tiempo de llegarse al altar, lo he visto tomar de la mano una mujer tan horrorosa que casi fascinada, como si estuviera delante de una fiera, cerré los ojos. Pero volviendo en mí, de nuevo me lancé sobre ella y la arranqué de su lado”. Temblaba toda entera al decir esto Rosita. “Entonces”, continuó, “viéndome Ud. a mí allí, y que le arrebatara la mujer que llevaba al altar, sacó un puñal ... ese mismo puñal de anoche, y me lo sepultó en el seno ...”.

Cuando llegué aquí ya no pudo detener más sus lágrimas ... pero no bien dijo ella la última palabra, acompañaba de dos gruesas lágrimas que vi correr y de que no olvidaré nunca, cuando yo de veras enternecido y sin fijarme ya en todos los que bailaban, la tomé entre mis brazos y la estreché con todo el enajenamiento de que era capaz en ese momento, pero acabé de salir casi fuera de mí cuando sentí también ligarse estrechamente a mi cuerpo sus brazos; me vi temblar de pies a cabeza cuando sentí los fuertes latidos de su corazón sobre mi pecho como respondiéndome a los del mío.

En ese momento abrazaba una mujer por la primera vez en mi vida, y a los veinte años de edad, ¡Dios lo sabe! Es la primera mujer que me ha tocado. Justo era por lo mismo que me causara semejante impresión.

⁵³ Ramón Maza (1810–1839), hijo del político rosista Manuel Vicente Maza, fue un militar federal que organizó una conspiración para derrocar a Juan Manuel de Rosas en 1839. Lo descubrieron y luego fusilaron por orden del propio gobernador bonaerense.

3 de diciembre de 1847. ¡Una diligencia bien ejecutada!

El domingo por la noche y un poco después del suceso que precede, del cual salimos bien por una felicidad, es decir porque nadie nos vio, entretenido como estaban todos y cada uno en su pareja o en la conversación que seguía, un momento después del anterior suceso decía, al despedirme ya, quizá para no volver a vernos más, me invitó la vieja y tía de Rosita a que viniera o volviese el jueves a una semitertulia que pensaba dar, después de un paseo a las frutillas. Le dije que era absolutamente imposible, porque esperaba de un momento a otro las carretas y tropas para salir, y que el jueves, el día del paseo y tertulia estaría yo probablemente en Chillán. Realmente así pensaba yo, pero hoy viernes ya, y heme todavía aquí. Nunca podía haber sobrevenido un accidente más al colmo de mis deseos que el que me obligó a ir a Talcahuano ayer. Recibimos una carta en que se nos anunciaba de Talcahuano haber llegado ya una partida de mostos o vinos que teníamos comprada, y heme a mí ya en la necesidad de ir a todo escape a embarcarla en el correo que debía salir al día siguiente a los dos días para Valparaíso. En 35 minutos anduve las tres leguas de Concepción a Talcahuano. Llevaba, como siempre, el firme propósito de no anteponer ninguna clase de pasatiempo a la urgentísima ocupación. Pero anduve con toda felicidad, fui a bordo del correo, volví a tierra con el capitán y a las tres de la tarde plegaba ya y guardaba en mi cartera el recibo del capitán del vino a bordo de su bergantín.

¡Un paseo a las frutillas y vuelta de noche!

Sabía ya que doña Carmen, Rosita y resto de comitiva estaban en el cerro donde debían comer al entrarse el sol, después de haber concluido la fiesta con las frutillas. Me fui al momento al lugar de la cita donde pensaba yo que nadie debía esperarme, excepto alguna persona ... Al momento que me vio la vieja, “hola”, dijo con una exclamación de sorpresa. “Yo no lo esperaba, pero la Rosa que estaba más arriba en el cerro con Dominga vino diciendo que le había parecido conocer a Ud. por la manta, que estaba parada en el resguardo”. Efectivamente, fue cierto, y a mí me pareció ver desde el resguardo dos niñas en la cima del cerro. La mesa estaba puesta en el patio de la casa y cuando llamaron a comer fui uno de los primeros que tomé mi asiento, porque no se fijasen en que esperaba que alguna persona se sentara, para elegir yo allí, cerca de mi asiento, Dominga se sentó a mi izquierda y Rosita a mi derecha. Durante la comida, que fue bien magnífica, me dijo, “nunca he dejado yo de creer que vendría Ud., ahora no tenía ningún motivo para esperar, pero ya le he dicho que mi corazón no me engaña jamás y ahora lo conocí al momento en el resguardo por su célebre manta”. “Rosita, esta es la última vez que nos vemos, o más bien, nos hemos vuelto a ver ahora después de habernos despedido ya; por lo mismo esta última vez que nos vemos debía ser más solemne, es decir, para no engañarnos ninguno de

los dos, y hablar con nuestros propios sentimientos”. “Dejo con todo gusto a tu arbitrio a que juzgue Ud. mismo, ahora por lo que va a ver y oír en mí, sí en toda en mí, repito, algo que no sea verdadero”. Tomaron todos como unos vacos, champaña, jerez, burdeos y mosto, en una palabra no había ya ninguno como se sentó. Yo, que más que nunca necesitaba ver y oír, tomé sino un trago o dos de champaña, a instancias de Rosita. Esta no estaba borracha, pero sí completamente alegre. Dominga, que estaba a mi lado ... era ya de noche y no había más luz que la de las estrellas; Dominga con toda su borrachera me tomó una de mis manos y la estrechó entre las suyas con toda la expresión de una borracha, diciéndome, “hable, dígame ... nunca me ha dicho Ud. nada. ¿Querrá que yo lo enamore? ¡Atrevido! ...”. Me tocó, o más bien elegí a Rosita para darle el brazo cuando salíamos ya de vuelta para la casa. ¡Oh! Que noche para mí, qué recuerdos tan agradables me traerá a la memoria en toda mi vida. ¡Oh! No me olvidaré, nunca, de todos los acontecimientos y aunque yo me olvide, mi diario los recordará siempre.

Siempre hay malos pasos en el camino cuando uno tiene niñas del brazo

La tía de Rosita se había ido ya adelante y todos los demás partimos un momento después, sin fijarnos nadie en lo que pasaba cerca de sí. Todos iban bien acomodados, y además, borrachos. Luego que tomé a Rosita, busqué su mano bajo de mi manta y no la solté más en media hora luego que anduvimos. ¡Oh! Con qué efusión, con qué locura la estreché en la oscuridad de la noche entre mis brazos. A cada media cuadra le decía, “Rosita aquí hay un mal paso, permita que la pase yo en mis brazos”. “Pícaro, ahora no más hay esos malos pasos, ¿por qué no los había hoy cuando vine?”. “Rosita, ¿sabe por qué? ¡Porque el que la traía no la quería tanto como el que la acompaña ahora!” ¡Oh! El Dios de los amantes, la oscuridad de la noche, me prestó anoche todo su favor, todo su poder. Al pie del cerro nos paramos un momento, muy poco se alcanzaba a distinguir, nada diré, de una pareja a otra. “Rosita, le dije con toda la formalidad posible”. “Vamos a vernos todavía mucho tiempo durante la noche, pero no sin testigos, por lo mismo es preciso que acá nos despedamos”. “¡Oh! ¡Por Dios!”, me dijo. “no hable de eso todavía, no me haga sufrir ahora”. “Es preciso Rosita, deme Ud. lo que debo yo conservar para recuerdo de Ud. en esta última noche y vez que la veo y Ud. reciba esto para el mismo recuerdo de esta última escena entre nosotros”. Tomó el papel escrito que le di y metiendo la mano en el seno, me dijo, sacando de allí un clavel, “no tengo ahora más que esto que darle, es el objeto que ha estado más cerca de mi corazón en este momento ... ha sentido sus latidos y si está marchito, es quizá por el fuego que ha sentido estando tan cerca de él ...”. Tomé el clavel medio loco pero me parecía que ardía entre mis manos. Al darme el clavel, me tendió la mano, pero yo me sonreí entre mí mismo y extendiéndole mis brazos, le dije, “antes de ahora podía haberme contentado con la mano ...”. Yo y ella sabemos lo demás que pasó entre nosotros al abrazarnos

en ese momento ... Pero Dios solo sabe también, fuera de nosotros, que mis intenciones y aspiraciones no eran, ni pasaron más allá del abrazo ... Ningún torpe pensamiento ofuscó el puro y casto amor a que me entregué en ese momento ...

Cuando seguimos andando, me dijo: “mi tía me ha hablado esta mañana de Ud., estábamos solas y se acordó de Ud., que quizá no vendría hoy y me dijo, Rosa, sé cuánto quieres a ese joven ... y te compadezco ... quizá no lo vuelvas a ver más, además de que” ... “No nos ocupemos más de esto Rosita”, le interrumpí yo, “si es cierto que Ud. me quiere no tiene su tía de qué compadecerla, porque yo la quiero más a Ud. ... Ciertamente es que ésta es la última vez que va a verme quién sabe hasta cuándo, pero hay otro modo de verse, de hablarse en una distancia cuando se conservan los mismos sentimientos”. “Ya le entiendo, pero eso es imposible entre nosotros. ¿Cómo llegarán sus cartas allá, y cómo vendrán las mías acá? ¿Por qué conducto? ...”. “Dígame ¿cuál es la mayor amiga que Ud. deja acá?”. “¿Qué quiere hacer?”. “Dígame no más”. “La Mercedes Mora”. “Bueno, yo le escribiré cuanto se me venga el casco y después firmaré Mercedes Mora, así, aunque le sorprendan la carta, verán que es de una mujer, aunque sea bastante amable para de amiga a amiga”. “Vaya, si no le falta a Ud. pero ¿yo qué hago?”. “Ud. podrá simplemente escribirme bajo su firma porque a mí nadie me sorprenderá su carta, ni tengo tampoco quién me vigile”. “Sí, pero vendrán por el correo, quién sabe si se empapela y después ...”. “Dice bien, escríbame entonces y firmese tu amigo Cupertino Ocampo, sepa que es mi primo y que no sería admirable que nos tratásemos con mucha amabilidad”. “Convengo en todo lo que me dice. Después de haber permitido a Ud. tanta cosa mal, podría negarle esto que para mí es más bien el consuelo”. Al llegar a su casa me estrechó las manos entre las suyas fijando al mismo tiempo su mirada en el cielo. Nos veremos todavía esta noche, pero no así ya, ¡adiós! Efectivamente nos vimos casi toda la noche. Después de concluida la tertulia quedamos solos en la sala, yo, Dominga, Agustina y Rosita. Llegó ya el momento de despedirme. Dominga me dio primero la mano, en seguida la Agustina, ya Rosita no tuvo tampoco impedimento para hacerlo. Me tendió su mano fijando en mí sus ojos llenos de lágrimas, no me dijo una sola palabra pero esa última mirada, con sus grandes y hermosos ojos, nunca más brillantes que en ese momento, con las lágrimas que asomaban a sus párpados, esa última mirada me perseguirá siempre, por mucho tiempo al menos ...

6 de diciembre. ¡Hay dos clases de amor y recién lo sé!

¿Seré particular yo o será que es falso lo que se dice siempre, que en materia de amor no puede uno a un mismo tiempo ocuparse de dos objetos? Lo que es cierto es que el amor que me inspira cada uno de los dos objetos de que me ocupo es bien diferente. Y ya veo yo de qué nace esa diferencia. Triste desengaño, sin duda. Aunque la diferencia no consiste fijamente en la palabra amor sino en la calidad de éste, es decir, más o menos fuerte, más o menos licencioso. Lo cierto

es que antes que yo subiera de escala en escala en mis licencias ... en mis atrevimientos, si se quiere, con Rosita, antes de que hubiese conseguido de ella más favores que los que me ha concedido hasta ahora Dorotea, no había ninguna diferencia entre el amor de aquella y de ésta ... Quién sabe cuánto tiempo se pasará para que vuelva a ver a Rosita y quién sabe hasta allá lo que será de mí ... Lo que hay de evidente, ahora, es que más me ocupará la que queda que la que se va, o se fue quizá. A pesar del estado de incomunicación verbal en que estamos, como ya sabe mi diario, entrando en mi táctica también esta especie de enojo o desafío que llevo por más de un mes, sin que hayan bastado ninguna clase de insinuaciones tuyas, por medio de la Rufina, y de los ruegos por Delfina, a pesar de toda esta indiferencia afectada, no me conformo con salir así mañana para Chillán.

Las Quilas. Martes 7 de diciembre

Son las doce y media del día y estamos en el paso de las quilas. Esta mañana, a las 7 de la mañana, salí de Concepción. Hora y media hace que nos bajamos acá a descansar bajo de una hermosísima sombra de un manzano. Darío y yo hemos dormido un poco y yo escribo esto en mi cartera para copiar en mi diario mientras cargan los peones. Dicen que tendremos solamente que andar hasta las ocho de la noche para llegar a Cucha; pero andaremos solamente hasta que se entre el sol y alojaremos en Taiquén en casa de Don Salvador Palma, a fe que llevo una buena noticia, su madre Doña Catalina Barrigas la dejó en Concepción ya por entregar el rosquete ...

Miércoles 8 de diciembre. El primer día de la Virgen en Taiquén y Cucha

Son las cuatro de la mañana en que yo escribo después de haber ensillado ya mi caballo. Pensábamos llegar a Cucha anoche, a las ocho, a alojar cuando se entrase el sol en casa de Don Salvador. Pero anoche a las ocho o más, llegamos aquí a las Águilas, de aquí al río hay una legua y del río otra a cada de Don Salvador. Me he desengañado ya que los guasos chilenos no son como nuestros gauchos argentinos, que le miden a uno la distancia y hora en que debe llegar de una parte a otra, cosa que saben tan bien como el color que tiene la camisa que visten. Tengo la curiosidad de medir yo las leguas por mi reloj y siempre hierran en un ciento por ciento. Uno de los peones que se ha envejecido andando este camino, dice que hay una legua y mi Tatita, que anda todos los días del Taiquén a Cucha, dice siempre que hay de siete a 8 leguas largas. Anoche no quisieron darnos alojamiento acá diciendo que no tenía orden del dueño de la hacienda para dejar alojar a nadie. Pero allá bajo los árboles, tan lejos de la casa, ¿qué le hace?, le dije yo. Ni así señor, no hay permiso, me contestó el mayordomo. ¿Quién es el dueño de esto? –Don Pablo

Romero, señor. –Hola, no está malo, me debe unas tres onzas y ahora es ocasión de que nos acomodemos. Realmente este bribón me debe tres onzas desde hace mucho tiempo. Él es muy mi amigo continué yo y no ... –“Bueno, puede alojarse aquí entonces, supuesto que Ud. manija conocencia (sic) con el Patrón ...”. ¿Qué diferencia de la hospitalidad que se presta en la República Argentina a todo viajero! Le ruegan a uno porque se aloje en su casa, le dan un cuarto si hay dos, y parten con el viajero si hay uno solamente. Parten después de la comida, pobre o suntuosa que sea, le dan pasto a sus caballos, en fin, le proporcionan cuanto necesita o cuanto pueden proporcionarle. Reservan sus pavos y gallinas para cuando les llegue un alojado, y aquí no sólo no le dan nada, sino que le niegan hasta el favor de venderle un pedazo de carne. A pesar de que allá hay mucha pobreza en la gente de segunda, se encuentra sin embargo doble hospitalidad y con mucha más razón, es mayor en la gente de primera clase y comodidad ... Ahora me acuerdo que hoy es el día de la Virgen tan solemne en mi país. En este momento corre por mi memoria toda la fiesta que debe celebrarse hoy allá, me acuerdo de todos los clérigos y religiosos amigos y discípulos, de todos en general y de cada uno de ellos en particular. ¿Qué hará a esta hora mi Martínez? ¿Se pensará él o alguno de los demás que en este momento hay uno que los saluda desde lo más secreto de su corazón, y desde lo más remoto de la república de Chile? Madre mía y Señora del Valle, tú sabes con cuánto placer pronuncio ahora este dulce nombre, por tantos años repetidos en mi infancia. Tú sabes con cuánta ternura y amor como vallista te evoco en este momento. En el laberinto del mundo en que, como hombre me he metido, te ruego que me protejas y que permitas que algún día más feliz para mí que aquél en que el injusto y bárbaro rencor de mis compatriotas me arrancó de mi país, que algún día arrodillado en la tarima de vuestro altar y con los ojos fijos en vos, exclame como otras tantas veces y como ahora mismo, “Madre mía y Señora del Valle”.

Jueves 9 de diciembre de 1847 ¡Mi Tatita en Cucha!

Ayer a las 8 de la mañana llegamos a casa de Don Salvador. Le comuniqué la noticia del peligro que corría su madre, y después de algunas maldiciones, se sosegó un poco. Almorzamos juntos y una hora después salimos para Cucha. Después de adelantarnos con Darío y galopar sin cesar, hemos llegado a Cucha, casi al entrarse el sol; he tenido la curiosidad de medir las leguas con mi reloj y he visto que del río acá hay más de 7 leguas. Encontramos a Tatita con muchas cosas que desde días antes nos guardaba. Lo he encontrado gordo, sano y enteramente alegre. Es admirable como se conserva tan bien aquí y mejor que en ninguna parte donde ha pasado su vida. Cada día me parece más joven y buen mozo, lo que hay de cierto es que ahora está más fuerte que nunca. Dentro de algunos minutos pasaremos a Chillán, donde debe estar ya nuestra carga desde el martes. Mi Tatita también nos acompaña hasta allí.

Viernes 10 de diciembre. Mi llegada a Chillán

Son las dos de la tarde y hace ya dos horas que llegamos acá. Nos hemos bajado en casa del Dr. Ardoy, médico francés y amigo de Tatita. Su casa sigue de la de Don Agustín Méndez, que es la que debemos ocupar con nuestro negocio. Aún no se ha concluido de hacer el armazón de la tienda, diré que no se ha principiado, porque aunque estaba casi concluido pero el Maestro lo había hecho para Botica, porque mi Tatita le había dicho que el mostrador lo hiciera alto del de la botica. Lo he mandado deshacer en el acto y principiar de nuevo. Mientras se acaba nos alojaremos siempre con Ardoy y Leopoldo su compañero, que son dos excelentísimos amigos, veo ya que Dios nos protege. El primero es el conjunto de todas las virtudes personificadas, es cuanto puedo decir. El segundo es el hombre más gracioso que he visto hasta ahora en toda mi vida. Canta muy bien y casi todas las óperas que se conocen por acá. Imita con perfección todos los instrumentos de la música de viento y remeda igualmente el canto y grito de las aves y animales. Hace pruebas de toda calidad. Tira perfectamente el florete, la espada, y pistola, es doctor en medicina después de todo. Baste decir que en un momento que he estado con él, me he enfermado materialmente de tanto reírme.

Sábado 10 de diciembre. Mi presentación a Dn. Agustín Méndez

Hoy he sido presentado a Dn. Agustín Méndez y su familia, que me ha recibido con todo el cariño y franqueza que se recibe a un pariente, no a un extraño. ¡Qué linda es Rosita! Muy pocas caras he visto tan cumplidas. Pero qué lástima, sin ninguna educación ni arte de que linda la haría subir a Diosa, si lo tuviera. Tiene diez y siete años y creo que es la primera vez que ha hablado a un joven en estas alturas. Me han oído tocar la guitarra y les han faltado expresiones con qué expresar su admiración por mi habilidad, como me dicen. Según oferta de Tatita, con consentimiento mío, yo debo enseñarle la música. Bueno, me acomoda. Le enseñaré música y algo de lo que debe saber necesariamente en la sociedad, por lo que realmente me da rabia así, que una niña tan linda no sea bien educada. En fin, yo le enseñaré la música.

No es la primera vez que la suerte me ha colocado de maestro de las personas a quienes no podía ver ni hablar de otro modo que como maestro. En el Colegio de Huérfanas de mi país (me acuerdo a propósito de esto) donde no entraban ni sacerdotes a excepción del capellán, tenía entrada yo dos veces al día a sentarme en la silla del preceptor de escritura de todas las niñas que se educaban allí. Y cuanto cariño tenían a su maestro, principalmente dos de ellas ... Al principio, cuando tomaba la palmeta en una mano y con la otra la de alguna de las dos, bajaban la vista que se fue levantando de día en día hasta encontrarse con la mía y no era ya entonces esa mirada sumisa del delincuente al juez ni la llena de respeto del discípulo al maestro,

era todo lo contrario, la de los quince años con la de diez y siete, la de los primeros latidos de un corazón virgen que busca la explicación y la correspondencia de ellos en los ojos del que los causa ... Más tarde tomaba la palmeta hasta por lo bien hecho, y les hacía más impresión la presión de mi mano a las suyas que el desagradable y duro peso de la palmeta ... He sido maestro de música en San Juan ... ojalá no lo hubiese sido ... Pobre mi prima Benjamina. Dios quiera que se haya olvidado completamente de su maestro.

Domingo 18 de diciembre. Mi tienda

Hoy recién hemos acabado de armar la tienda cuyo armazón se concluyó antes de ayer. Todo les llama la atención acá. Las dos banderas tricolor, celeste, blanco y lacre que flamean hasta el suelo en cada una de las puertas de la esquina, la variedad de mercaderías, lo grande y cargada de la tienda, los gros, tripes, espumillas, nunca vistos acá, hacen que se llame la tienda de moda, la tienda barata, la tienda abajina, esto es la primera clase; en la segunda el tocuyo, el lienzo, los quimones a la porca, los pañuelos, todo, todo a medio ha causado una gran revolución. Estos cuantos minutos que consagro a escribir, los robo a mis quehaceres dejando solo a Darío que no es bastante ni ayudado por mí. Cada día nos quieren más Dn. Agustín y su familia. Mis miradas no dan ya como antes de bronce ... no se estrellan como en los primeros días ...

Mi Tatita debe estar ahora en Concepción, convenimos el día que se fue a Cucha en que absolutamente era necesario que él se fuese allí para ciertos quehaceres indispensables, no debe estar allí sino dos días (aunque mamita se enoje) y volverse acá para pasar a Cucha después de hacerme una visita. Caramba, nuestra separación es total ahora ... no tengo tiempo para decir lo que pensaba ...

25 de diciembre de 1847. Chillán y sus habitantes

¡Sigue bueno el negocio! nada más de esto porque no tengo tiempo. Nada sabemos de Concepción y mucho menos de Valparaíso. ¿Qué será de Elisea pobrecita? Dicen que se mejora unos días, que se empeora otros, ¡qué diablos tiene que no sana! ¡Tan joven y tan desgraciada! Realmente no le he conocido a esta infeliz un día de dicha, Quisiera saber cuánto antes la noticia de su mejoría.

Pasamos acá unos ratos con Darío, ¡qué ratos Dios mío! principalmente los domingos, que tristeza, qué soledad, qué falta de distracciones y qué sobra de todo lo malo, ¡carajo! Ni un hombre, ni una mujer, ni un diablo siquiera. Putas y borrachos se vuelve todo este maldito

pueblo. En ninguna parte niñas ni jóvenes que paseen, pandillas de prostituidos se ven en falta de aquellos.

En ninguna casa se oye el piano herir los oídos del que pasa con sus armonías, mucho menos la melodiosa voz de un ángel que sentado al piano, y con las ventanas abiertas, llame la atención de un amante de música. En todas partes se ve en lugar de una casa con sala y ventanas, un quilombo de un aire y olor malsanos, en lugar del piano y de sus armonías, el horrible rasgido y bronco sonido de la vihuela en la chingana, en vez de un ángel, una chuquisa de horrorosa presencia sentada en lo alto de un entablado con desenvuelto además, en vez de voz, bramidos, y de melancolías, sonidos de cuernos de noche buena. No, ¡caramba! No he visto un infierno más completo, en una palabra no hay barrio, calle ni arrabal donde no se vea a toda hora sino borrachos, putas y chinganas y para diferenciar de objetos si se quiere, chinganas, putas y borrachos. Maldita sea la circunstancia de los negocios que ha hecho que yo venga aquí. Darío me compadece a mí y yo a él, ni yo ni él encontramos más remedio que el dormir y soñar en otra cosa que en Chillán. ¡Triste vida carajo! Pero paciencia, me desquitaré estos días, hablando aunque sea.

Llegó ayer mi Tatita de Concepción y no trae ninguna noticia de los que están en Valparaíso. Principia a inquietarnos esto ya ... quién sabe ... pero mejor es no pensar en nada. Anoche hemos discutido con Tatita sobre la absoluta necesidad que hay de que él se vuelva a Concepción a realizar allí ciertos negocios y pasar de allí a Nacimiento, los Ángeles y San Carlos, en estas tres últimas partes, a ejecutar unos deudores. Es larga, penosa y dificultosa la expedición y sus huesos, me dice él, no están en estado de volver a hacer más de cien leguas por caminos tan malos. Estamos de acuerdo ya sobre que es necesaria la presencia de uno de los dos en las partes o lugares indicados, pero no convenidos sobre quién de los dos deba hacer la expedición. Yo le pongo mil dificultades nacidas solamente de que no quiero ir de ningún modo a Concepción, haría 200 y 300 leguas pero sin pasar por allí. Él me ha dicho ya que si yo no me animo a ir se dejará el viaje, porque él no se anima, y que además de eso, la necesidad que hay de su presencia en la hacienda está en contrapeso con la de hacer esta expedición.



F. 7: *Vendedores en las calles*⁵⁴

Chillán. Domingo 26 de diciembre de 1847. Parto para Concepción

Son las tres de la mañana hora en que espero con mi caballo ensillado el peón que debe acompañarme a Concepción. Se decidió al fin que yo hiciese la jornada, pero tropezamos ayer con la falta de mozo que me acompañará. Así estábamos hasta anoche a las ocho, cuando vino nuestro amigo Ardoy y nos dijo “la madre de Dn. Ramón Zañartu corre mucho peligro, he ordenado que se haga un propio a Concepción por algunos remedios, este propio saldrá a las 3 o 4 de la mañana; si Ud. quiere aprovechar la proporción para volar a Concepción, le ordenaré que venga acá a reunirse con Ud.”. Yo le dije que estaba a las mil maravillas pero Tatita principió a poner obstáculos diciendo que como domingo era obligatorio, era preciso oír misa, y que a esas horas era difícil hacerlo. Yo le dije que oiría Misa en la Florida y todo quedó allanado. Hace ya un rato que espero al que debe acompañarme. El viaje de acá a Concepción lo he hecho en tres días a mi venida, pero yo quiero oír la música esta noche en la plaza de Concepción, y así será mal que les pese a los caballos de alquiler que tomé por ahí, si me falta el mío como es muy probable, aunque tan superior.

Son las once del día y estamos en Culenco, en casa de Don José María Pardo, en la orilla del camino y diez y ocho leguas distantes ya de Chillán. He parado aquí un momento por los ruegos del propio solamente que me decía que no podía ya sufrir el cansancio y el sol, ni él ni su caballo. Realmente hemos galopado sin cesar desde Chillán, pero es cosa admirable, mi caballo

⁵⁴ F. Lehnert según Mr. Gay. *Atlas de la historia física y política de Chile por Claudio Gay*. Paris: En la Imprenta de E. Thunot, 1854. www.memoriachilena.cl. Imágenes consultadas el 22 de enero de 2022.

no ha despedido ni una gota de sudor en ninguna parte, mientras que el del mozo está como si hubiese pasado a nado algún río. Al pasar el río Itata encontré dos o tres borrachos tirados en medio del camino como muertos y casi desnudos. Les di algunos huascasos pero ninguno dio señal de vida; hice que el mozo los arrastrara a la orilla del camino y pasamos sin detenernos hasta aquí. El mozo ha llevado los caballos a que coman un momento, yo creo que mi caballo es capaz de alcanzar Concepción si descansa ahora y si no se enferma con el galope que le he dado.

Las hijas del Viejo Pardo

Son las dos de la tarde hora en que el mozo está ensillando los caballos. El carajo del viejo me ha hecho demorar tres horas en hacerme de comer, y obligarme a dormir un rato. Estos carajos saben con quién lo hacen y viene a ser una contribución forzosa la que a uno le ponen. Por más que le he instado que me diga el precio de la gallina que hemos comido los dos no, ha querido decirme diciendo que lo agravio con eso y que ... ¡Bien, allá van doce reales para los chiquillos! ¡Qué señor! Para qué. Pero los guardaba el diablo. Tiene dos hijas muy buenas mozas; la menor acaba de regalarme una gran maceta de claveles de todas clases y colores, cosa que me ha admirado acá en estas alturas, en estos secadales, en este tiempo. La muchacha tiene lindos y expresivos ojos, pero nadie me quita de la cabeza que esta maceta de claveles no venga a ... ¡hum! ... Al estarme yo poniendo las espuelas, ha levantado ella de sobre la mesa mi rica cortaplumas diciendo “qué bonita, esta grande para cortar hojas, esta chica ... las tijeritas tan finas ... ¡y éste será para destapar botellas! ...”. –“Ahí la tiene Ud. señorita, úsela en mi nombre”, le dije yo. “Gracias Señor, a su vuelta fumaré en hojas cortadas por su cortaplumas”. “Gracias señorita, guárdelas para otro, no sé fumar yo ...”. En fin, monté a caballo ya gracias a Dios ... Como no vuelva otra vez por acá ... todo está bueno.

Estamos en Palmares. El caballo del mozo se ha cansado ya de remate, he alquilado un caballo hasta Concepción y mientras él ensilla, escribo yo esto en mi cartera y a caballo. El mío va como si recién hubiese salido andando, admirable cosa, no he visto yo hasta ahora una cosa igual, no le veo una sola gota de sudor. Son ya las seis y media de la tarde. Llegué aquí a las cinco, aún tenía dos varas de sol. Llegué lleno de gusto y desesperado por ver a todos. Encontré a toda la familia reunida en el comedor. Cuando entré al patio ya me bajé gritando, ¡buenas tarde gente comilona! A mi saludo salió Mardoqueo como de costumbre y en día Domingo, dije entre mí, todo vestido de negro. Aunque su formalidad ha pasado a ser ya para nosotros amabilidad, sin embargo noté sin, fijarme mucho en ello, no sé qué de melancólico y triste en su mirada, siempre tan expresiva. Pasé adentro y al momento en que yo entraba, salía Mamita rozándome el brazo, y con el pañuelo aplicado a los ojos. Atribuí a otra cosa y avancé siempre. Abracé a Emilia, a Parmenia y demás chiquillos, y aunque vi que lloraban, no sospeché por eso

ninguna desgracia, pues que yo también estaba con las lágrimas en los ojos de gusto. Vi que todas enteramente cargaban luto, pero me figuré que era por mi Madre⁵⁵ todavía. Seguimos comiendo todos juntos, pero nadie hablaba sino yo, a excepción de una que otra técnica pregunta de Mardoqueo, y que no comprendí sino más tarde, porqué me las hacía. Mamita volvió calmada ya, y le pregunté si estaba enferma; me hizo seña con la cabeza que no, aplicando de nuevo el pañuelo a los ojos. Después de comer me vine a mi cuarto con Juan, también él triste, flaco y su sombrero con luto ... Entonces él, en medio de su admiración de que yo ignorara todavía, me avisó ... pero qué Dios mío ... ¡que Elisea no existía ya!

Concepción. 26 de diciembre de 1847. La muerte de Elisea

¡Oh! ¡Dolor! ¡Oh! ¡Hermana mía! Ya no existe. Por ella era lo sombrío y melancólico de los ojos de Mardoqueo. Por ella, la salida precipitada de mi Mamita ocultando su dolor a mis miradas inocentes y llenas de alegría. Por ella, las lágrimas de Emilia y Parmenia cuando yo las abrazaba, riéndome. Por ello, todo el luto y en fin por su muerte eran las lágrimas y la tristeza que veía en todos los semblantes. Dichosos todos y mil veces venturosos, pues que lloran y aún tiempo desahogan su dolor y pagan ese precioso tributo siquiera a la memoria de una hermana tan digna de nuestro aprecio y compasión. Pobre hermana de mi corazón. Yo no puedo derramar ninguna lágrima por ti, pero quizás por ti sola, en este momento, no sea tan criminal como para los demás que no ven en mí más señales del profundo dolor que parte de mi alma, que el silencio que guardo. Sí, querida Elisea. Para ti no soy criminal, porque tú sola sabes el inmenso dolor que pesa en este momento sobre mi corazón. Tú sola le ves retorcerse, como queriendo ceder ya al dolor y salir de su centro. Tú le ves, en fin, hacerse yesca y consumirse de dolor y de amargura sin que mis ojos expresen, con una gota de lágrima siquiera, las convulsiones que él experimenta. ¿Por qué no lloro yo? ¿Es que se han secado ya para siempre mis ojos? Yo, que cuando más niño lloraba para expresar mi alegría y mi dolor, ¿por qué no lloro ahora? Dios mío, ¿por qué se ha endurecido así mi corazón? ¿O es que no puede uno acabar de ser hombre, sin que se sequen al mismo tiempo y para siempre las lágrimas en sus ojos? Dichoso, repito, y dignos de envidia los que dulcemente sienten correr por sus ojos las lágrimas y con ellas, el dolor que atormenta su alma. Dichosos los que gustan este consuelo, si quiera en medio de tanta amargura.

Pobre Elisea. Tan joven, tan buena. Y ya la hemos perdido para siempre. El 12 de diciembre. Fatal día que pesará siempre en mi memoria. Quizás yo cantaba y reía cuando tú, hermana querida, exhalabas un prolongado ay de dolor en tu agonía, y quién sabe si cuando yo, ingrato, menos me acordaba de ti, pronunciabas tú mi nombre por última despedida de tu hermano.

⁵⁵ Doña Tomasa Herrera, abuela materna de Ramón Gil Navarro.

Oh quién pudiera haberte estrechado en sus brazos e imprimir por última vez un beso de adiós en tu frente. Quién, tan dichoso como Samuel, que te hubiese oído arrodillado al pie de tu cama, momentos antes de expirar, entonar con una voz trémula pero tierna y melodiosa, albricias. Albricias se den por un niño nacido en Belén. ¡Oh! Elisea, te he oído cantar yo tantas veces esa misma estrofa y entonces, sin duda, como formabas ya parte del coro de los ángeles, arrebatada entonabas con ellos albricias, albricias ... cuánta felicidad habría tenido yo en abrazarte en ese momento. Tú agonizabas el 12 de diciembre y te despedías del mundo anunciando, con vuestro canto, el nacimiento del hijo de Dios para el 25. Yo no he sido feliz como Samuel en oír tus proféticas palabras de ¡Albricias! ¡Albricias!, al tiempo de morir, pero yo he visto cumplida tu profecía, he visto ayer nacer al hijo de Dios. ¡Oh! Pero no pensaba yo que el profeta, o que el ángel que anunciaba su nacimiento, volaba al cielo sin dejar más rastro ni memoria que la edificación con que recibían sus palabras los que lo oían. ¡Pobre Elisea!

Elisea y su educación

Ya no te veré más a ti, que por más de cuatro años has reunido el afecto y cariño de todos mis hermanos; tú sola eras depositaria de mis sentimientos como lo era yo de los tuyos, cuando la guerra, o más bien la cobardía y bajeza de nuestros enemigos, nos dejaron sin padre y sin hermanos por más de cuatro años. Cuántas veces has llorado tú en mis brazos confiando a mí solo tu pesar. Infeliz. Siempre ha sido desgraciada, no le he conocido nunca un día de felicidad. Lo que en mí o en los demás hermanos no era sino una ligera falta, en ella era grave y sufría su pena rigurosamente. ¡Oh! ¡Estrictez mal entendida de mamita! No quisiera yo por un momento ocupar ahora el lugar de mamita, ni experimentar el amargo sentimiento que ella sufrirá al recordar las crueldades, así materialmente, las crueldades, que hacía padecer a la pobre Elisea, quizás inocentemente con su celo de madre y creyéndolo para su bien. Cuántas veces me acuerdo haber visto con el corazón despedazado de dolor el duro azote de mamita caer rigurosamente sobre su débil cuerpo, cuántas veces he sentido yo sus lastimeros gritos herir mi alma sin que haya podido hacer más por ella que unir mis lágrimas con las suyas. Infeliz. El cariño de tu madre era fatal para ti, quería hacer de ti un modelo de virtudes como ella decía, y en la rústica y bárbara educación que ella mismo recibió, no encontraba otro estímulo, otro ejemplo, ni más palabras ni convicciones que el látigo y el rigor o el desprecio y la tiranía. Pobre mamita, ella ahogaba todos sus sentimientos maternos y ahogaba en nosotros los de hijos, por esa máxima brutal heredada también por ella e hija de la ignorancia de que “los padres en la educación de sus hijos no deben dispensarles ningún cariño, ninguna palabra de amor y ternura pues que sería infundirles confianza, falta de respeto después y más tarde desprecio, en una palabra, el niño debía ser hijo del rigor y de la tiranía, no del amor y de la ternura”.

O barbaridad, bestialidad sin par, mal digo bestialidad porque ni las bestias ahogan en ellas ni en sus hijos los instintivos sentimientos paternos y filiales. No. Obedecen a la naturaleza que imperiosamente les manda acariciar a sus hijos. Por esto es que Elisea ha sido desgraciada hasta con el cariño de sus padres, pues que por ese mismo cariño que le tenían, le aplicaban la tiránica educación que ellos creían a propósito para la felicidad de su hija. Pobres padres, sin saberlo, inocentemente eran los tiranos de sus hijos. Con cuánto dolor dicen ahora *ergo erravimus*,⁵⁶ erramos sin remedio, y con cuánta amargura dice ahora mamita “pobre Elisea, cuántos azotes ha sufrido la infeliz y al cabo ha muerto sin que me haya merecido más muestras de mi cariño y ternura maternal que los besos que estampé en su frente cuando mamaba, y las lecciones y serios consejos que le daba al tiempo de separarse de mí, para casarse y ser madre ella también”.

Tenía diez y siete años cuando estaba en mi país, pero nadie sabía que existía semejante criatura a excepción de los de la familia, su confesor y algunos clérigos más. Había fiestas públicas, había bailes, concurrían todas las niñas de su edad, todo el mundo, allí no faltaba más que mi hermana. Me acuerdo, a propósito de esto, que meses antes de venirnos a Chile se sancionó por los diputados de la Sala el establecimiento de la Compañía de Jesús en Catamarca. Para celebrar tan feliz acontecimiento, mi tía Fabiera, que les prestaba una protección abierta a los jesuitas, había hecho reunir en su casa todas sus amigas, entre ellas, como la primera se reunió mamita y por la primera vez se encontró Elisea en medio de una sociedad. Cómo bailaban todas sin excepción de ninguna, le tocó a mi hermana bailar con el hijo del Intendente, se resistió no sabiendo que era lo que le pasaba, pero a una mirada e imperiosa orden de mamita salió con sus lindos ojos arrasados en lágrimas como para dar a entender lo extraño que era para ella lo que le pasaba, y que solo la obediencia hacía de ella lo que no podía hacer su inclinación o educación. Lloró esa noche sin avergonzarse de nadie, y sin cesar hasta que concluyó el baile o tertulia. Esto dará una idea de lo que era mi hermana a los diez y siete años. Me acuerdo que muchas veces, con su sencillez, candor y curiosidad de mujer, me preguntaba “dime Ramón Gil, ¿cómo son los bailes? ¿Qué hacen allí las niñas y los jóvenes? –Bailan, hijita y cantan. ¿Y no tienen vergüenza de cantar allí y bailar delante de tanta gente? ...”. Se comprende ya lo que era y lo que gozaba mi hermana a los diez y siete años. Naturalmente su genio era triste, su natural, apático y poco amable, no le gustaba sino estar sola con su costura o labor.

⁵⁶ *Ergo erravimus a via veritatis*, Libro sapienciales 5 de la biblia cristiana. *Por lo tanto, nos hemos apartado del camino de la verdad*. Traducido del latín.

Elisea en Chile

Vino a Chile y con dolor, notábamos sus hermanos su desgraciada posición y sin embargo, nada podíamos adelantar con su tristeza, con su terquedad, hasta para nosotros. Le gustaba la música porque había aprendido de joven, pero no le gustaba, en una palabra, la sociedad, el baile, o le gustaba quizá y ahogaba sus inclinaciones, sus aspiraciones ...

Se casó, en fin, sin conocer el amor. ¡Oh! Recuerdo de aquella noche (martes 9 de febrero de 1847). No estuve yo presente cuando le echaron las bendiciones, llegué un momento después y la encontré a oscuras en su dormitorio, sentada sobre su cama. Luego que vio, exclamó Ramón Gil, echándose en mis brazos al mismo tiempo deshecha en lágrimas; qué linda, qué angelical estaba en ese momento en que también la estrechaba en mis brazos llorando. Ella sola sabía lo que pasaba en su alma en ese momento. En fin, ya eres feliz Elisea, le dije, tu esposo es el mejor de los hombres, te ama como a ninguna mujer, eres dueña de una fortuna amasada con toda la honradez de un hombre como mi tío Domingo Ocampo, gozas ya desde ahora de un rango distinguido en la sociedad, eres la esposa de la segunda autoridad del país y en vísperas de ser ... sobre todo debes tener la consideración de que haces feliz a un hombre a quién tú y todos nosotros debemos tanto". –Sí, yo quiero y distingo a mi tío como a ningún hombre, en fin, lo quiero como a un hombre que queriendo hacerme feliz me ha preferido a tantas otras mujeres más dignas que yo".

Nada faltaba ya a su felicidad, parecía que el cielo había querido compensarla dándole un marido que la idolatraba, en fin, dándole todo. Pero siempre triste, para ella sola su posición no era feliz. Desde el día que casó no tuvo ya ni un momento bueno, enfermó horriblemente pero con tanta lentitud que su mal crecía a pasos agigantados, cuando más sana la creíamos. Se puso rabiosa, disgustada de todo, insoportable (efectos de la enfermedad y que nadie conocía) y todos nosotros juntos la reprendíamos a cada instante, a cada paso. Pobre hermana mía. Perdona ahora, tú sabes ahora que ignorábamos tu enfermedad y que agravábamos tu desesperada situación sin saberlo. ¡Oh! ¡Infeliz! Ha sido desgraciada para todos. Solo su marido la compadecía y sufría diciéndonos que no la reprendiésemos, que todo era efecto de la horrible enfermedad que padecía.

Diez meses ha luchado su juventud con sus males, al fin de los cuales ha sucumbido al peso de su desgracia, que la ha perseguido hasta la tumba. Desgraciada. Infeliz más que ninguna. ¿Qué hiciste para ser tan desventurada? Ha vivido y caminado hasta la tumba sin gustar un solo día de consuelo, felicidad. Al fin está saciada ya la desgracia y fatalidad que te ha perseguido siempre, y a la muerte ha tendido sus garras y hecho presa de ti ... Maldición. ¿Por qué no han muerto primero que ella tantos hombres cargados de años y dolencias? Tantos otros mártires que desean, que claman la muerte como su última felicidad. ¿Por qué, en fin, la muerte, este monstruo, en vez de alimentarse de esos hombres malvados, enemigos de Dios y de los

hombres, por qué en vez de hacer un bien a la sociedad haciendo presa de uno de esos seres corrompidos que vician todo, hasta lo que ven y lo que tocan, se complace más bien en arrancar al padre, al hermano, al esposo, el objeto más querido de su alma?

Muerta ya. Después de tantas esperanzas justamente concebidas por su salud y felicidad, después de confiar en la palabra de los médicos que la veríamos luego buena y sana. Maldita sea la fatalidad que hizo fallar por primera vez la esperanza del hombre. Maldita, sí. Porque el tormento, es grande, es doble con una esperanza fallida. Pierde uno lo que justamente esperaba, una felicidad, y recibido en su lugar el dolor de la desgracia que le sobreviene ...

¡Adiós hermana de mi alma! Ya no te veré más, ya no lloraremos juntos. ¡Oh dolor! ¡Oh amargura! ¿Por qué no lloro yo?

Lunes 27 de diciembre. Debo ir a Nacimiento, los Ángeles y San Carlos

Mañana debo salir para Nacimiento, los Ángeles y San Carlos. Debo volver por Concepción y llevar a mamita a Cucha, si no hubiese venido yo, Mardoqueo habría tenido que desatender sus infinitos negocios para llevarla, porque realmente se consume. Pobre mamita, enteramente sola al recibir la fatal noticia, no ha tenido quién parta con ella el dolor. Dios parece que quiere todavía poner más a prueba a nuestra paciencia cristiana con nuevos golpes de desgracia. Todos nosotros parecemos familia de judíos, porque erramos como ellos por todas partes⁵⁷. Samuel ha muchísimo tiempo que fue a Valparaíso llevando a nuestra desgraciada hermana, y ni él ha estado acá para consolar a mamita. Tatita, ha muchos meses que no viene de Cucha, sino no ha sido en días pasados, por dos días solamente. Darío siempre acompañando a Tatita, aunque ahora queda en Chillán a cargo de la tienda. Hasta los que no nos hemos movido jamás de acá, hemos salido todos a un tiempo. Mi tío, que como juez de letras no se ha movido jamás, pidió licencia y se marchó a Valparaíso a despedirse de su mujer que clamaba por él⁵⁸ ... Mardoqueo salió un poco después a tomar balance del año a algunos dependientes del campo. Yo, que jamás había abandonado a mamita ni en lo más crítico de la guerra, yo, que la he acompañado solo siempre en todas partes, a falta de un padre y mis hermanos, yo, que he hecho con ella la larga peregrinación de Catamarca acá, yo también me he separado de ella porque era preciso, para que fuera más desgraciada, cuanto más desamparada, y para que ella tomase la parte de todos en el dolor de su hija. Aurelia tampoco estaba acá, había ido con

⁵⁷ “Errantes y proscritos andamos como la prole de Israel en busca de la tierra prometida”, Esteban Echeverría, *Dogma Socialista*, 1837.

⁵⁸ Juez de en la corte de apelaciones de Concepción, fue nombrado por Juan Bautista Alberdi a quien reemplazó como secretario del intendente.

la familia del Gral. Rivera a su hacienda de donde no ha vuelto aún. Hasta Juan se había mudado a Chiguayanta, y no se hallaba para que hubiese un hombre siquiera en la casa. Emilia y Parmenia le quedaban solamente a mamita de tantos hijos de que se veía rodeada siempre, y que algunas veces, viéndonos a todos reunidos, solía decir “¡tantos hijos! ¿No me quitará Dios 2 o 3 siquiera?”.

¡Pobre mamita! No sabía lo que pedía, ahí tiene ya uno en la eternidad y el resto, o su mayor número, diseminados, en una palabra, fuera de su lado. Tantos hijos. Busque ahora quién la consuele, los hijos no hacen falta. En esta situación ha recibido mamita el golpe fatal que ha hecho de toda nuestra raza un panteón de desgraciados. Buscaba necesariamente quién la sostenga en tan terrible situación, quién le diga siquiera una palabra de consuelo y no encontraba sino a Emilia y Parmenia que se arrojaban en sus brazos, deshechas en lágrimas y gritando, “¡mamita, Elisea se ha muerto! ¡Ay! Mamita pobrecita, la Elisea. ¡Oh! No deber ser cierto, ella no ...”. Infelices. Demasiado cierto es, oh, dolor ...

Martes 28 de diciembre. Una ejecución a tiempo

Hoy debía salir para Nacimiento, pero ayer después de comer, me convidó Mardoqueo para salir a andar, salimos en efecto y cuando menos pensamos, dimos con Ramón Campos, el principal deudor que yo debía ir a ejecutar a San Carlos. Él no nos vio, pero nosotros sí. El pilluelo, según supimos en ese momento, debía partir en una hora y desde que no había ido a verme, seguro era que quería irse como fugado.

Sacamos incontinenti una orden de embargo del subdelegado para el Comandante de Serenos que se la entregamos al momento. Este nos dijo que cabalmente Campos estaba alojado en su cuarto y que le era duro ejecutar la orden que se le daba. Nosotros le dijimos que reclamaríamos sobre él si lo dejaba ir. En fin, el resultado es que hoy muy temprano vino a vernos avisado y embargado.

No hubo remedio, Mardoqueo, con su seño habitual en semejantes casos, le dijo “señor Campos, después de haberlo esperado catorce meses sin reconvenirle por consideración a su caballería que yo creía intachable, ahora ya no hay remedio ni medios entre las onzas y la cárcel”. Ha clamado y gemido pero no ha habido medio, como le decía Mardoqueo, y hoy a las once ya vomitó los quinientos pesos con todos sus intereses, etc. Mi viaje ha quedado para mañana por los que faltan en Nacimiento y los Ángeles.

Miércoles 29 de diciembre. ¡Una vuelta por Coronel!

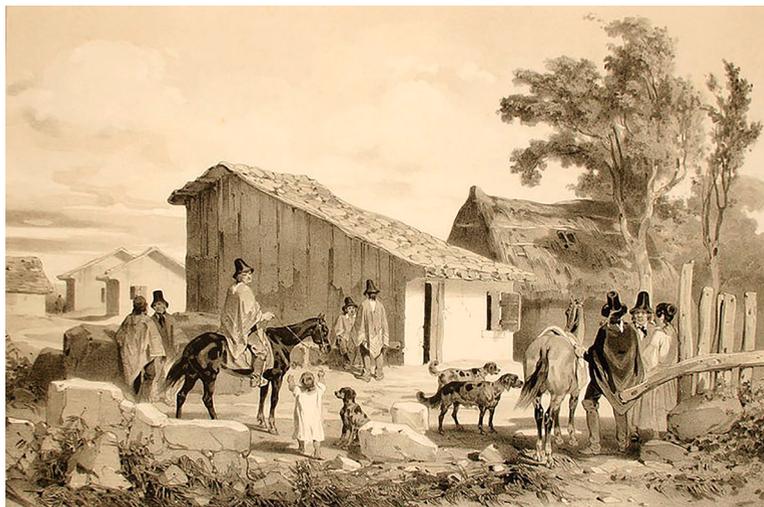
Son las seis de la mañana. Tan pronto como llegue el peón, saldré. Anoche estuve en lo de mi Sra. Juanita y no me encontré más que con Delfina. Increíble ha sido la alegría que ha tenido al verme, me dio la mano y enseguida nos sentamos uno en frente del otro. Yo sé cuánto le interesa a ella que yo esté por momentos siquiera en Concepción. Después de hablar de sus intenciones y negocios y de verla feliz y alegre por el buen resultado, me dijo, –“Al fin, Ud. ¿no me encarga nada? Todavía no ha cedido, no le ha bastado un mes para vengarse si quiere”. –“Yo no pretendo vengarme porque los efectos de mi venganza me herirían a mí más fuertemente que a la persona de quien Ud. cree que quiero vengarme; quiero solamente que si alguna vez he dado motivo para que se rían pensando o creyendo lo que estaba muy distante de suceder, no darlo otra vez como he jurado hacerlo”. –“¡Malvado! Qué injusto es Ud., realmente Ramón Gil como amigos que somos, le digo a Ud. que no me parece bien lo que Ud. hace ... Dígame, ¿no sería Ud. capaz de hacer un sacrificio por mí, como yo soy capaz de hacerlo por su amistad?”. –“Sí soy, Delfina, pero por Dios no me exija que ...”. –“No, no voy a exigir de Ud. nada que lo haga faltar a su palabra, quiero solamente que aunque sea lejos, aunque tenga que dar mucha vuelta, se vuelva para Coronel ...”. –“Ya le entiendo ... será como Ud. dice, adiós hasta por 8 o 10 días más”. –“Bueno, vuelva luego y con buena noticia”.

Ayer salió toda la familia de las Riveras para su hacienda de Coronel, mi Sra. Abelina, que instó que las acompañara por dos días siquiera, pero yo me excusé con mi viaje.

Jueves 30 de diciembre de 1847. Un franciscano en mi camino

Son las siete de la mañana y saldremos dentro de un momento para Nacimiento. Ayer, al pasar por la hermosa vertiente llamada el Agua del Obispo, cerca del pueblo de Hualqui, me detuve a tomar agua cuando de repente me alcanzó allí el padre misionero fray Felipe Neri. –“¿Ud. es el Sr. Navarro?” –“Sí, padre”. –“Vaya, celebro mucho el conocerlo. Desde que Ud. salió de Chillán lo traigo pisando sin poderlo alcanzar. Dos horas después que Ud. salió de allí, salí yo también, después de haberme encargado su papá dos cartas para Ud. y además que me reuniese en el camino, y siempre me ha traído dos leguas adelante. En Concepción pregunté a su hermano Mardoqueo y me dijo que acababa de salir. No dejé de galopar hasta las tres leguas, llegué a Chiguayante y preguntando al mayordomo de Dn. Domingo por Ud., me dijo que había almorzado allí y después de cambiar caballos, había salido. Casi había perdido ya la esperanza de alcanzarlo, por lo que de veras Ud. anda como un correo, pero ya ve cómo están mis caballos y debido a eso lo he alcanzado”. –“¿Y su Reverencia va también para Nacimiento?, en ese caso nos iremos juntos”. –“Sí, eso era lo que yo quería”. ¡Este sí que es sacerdote, según Jesucristo! Este

es el padre misionero de más mérito que tiene Chile, y el único que ha podido domar los indios, así es que sólo a él le obedecen. Dicen que llegaremos a la noche a Nacimiento.



F. 8: Casa del Cacique Penoleo en Concepción, hacia 1846⁵⁹

Nacimiento. Viernes 31 de diciembre de 1847. Yo actuando de Escribano en Nacimiento

Las nueve de la mañana. Anoche cerca de las ocho llegamos acá a Nacimiento, al convento y capilla donde da sus misiones el Padre Neri. Todo es exquisitamente trabajado por él o a su idea. La Iglesia es mejor que la mejor de Concepción, y su torre es de figura triangular y de 26 a 28 vs. de altura, es lo más bonito que he visto. Tan pronto salí del Padre para que me hiciera llamar a López el deudor. Al llamado del Padre se vino volando. Omito preámbulos; me dijo que no tenía plata. –“¿Qué tienes entonces?” –“No tengo más que una casa”. –“Pues vendamos la casa”. –“Señor, había uno que me la compraba, pero ahora ya se ha desdicho”. –“Vamos a verlo, yo te prometo”.

Fuimos en efecto y anduvimos en esas diligencias hasta las nueve y media pero no dimos con el sujeto. Quedó él en ir muy de madrugada a su hacienda (una legua) y realizar la venta a todo

⁵⁹ *Voyage au Pole Sud et dans l’Océanie sur les corvette l’Astrolabe et la Zélée/Jules Sebastian Cesar Dumont d’Urville.* Paris: Gide et Cie., 1842–1847. www.memoriachilena.cl. Imágenes consultadas el 22 de enero de 2022.

trance y esperarme con el dinero mientras yo volvía de los Ángeles hoy por la tarde. Salí en efecto para los Ángeles con el padre Felipe y después de andar dos leguas y al tiempo ya de embarcarme en el Biobío se me puso en la cabeza que López no haría nada, no faltándole excusa que darme. Escribí en el momento una carta a los Ángeles y me regresé acá. Sucedió lo que dije; López no había salido de su casa. Lo saqué y fuimos ambos a la hacienda del sujeto. Después de convenir en el precio de la casa y bases de la venta, nos vinimos acá a extender la escritura. No encontrábamos escribanos, ni otro ladrón que robase cuatro pesos por extenderla. Entonces le propuse que yo se las haría gratis y que haría convenir a ambos del mejor modo posible. En esta jerenga (sic) me he ocupado hasta ahora y a la hora en que escribo tengo a mi vista las onzas. Salvo enredo que a ellos pueda ocasionarles después la escritura en papel común ... Ellos se avendrán después, yo no tengo tiempo ... La cena de anoche fue espléndida y lo mismo mi cama y mi cuarto, espero que hoy será lo mismo en cuanto a todo, porque hasta estas horas he visto entrar ya gran cantidad de pollos, gallinas, pavos, huevos, etc. y este artículo no escaseará, me parece ... Anoche mientras cenábamos, llegó el cura del lugar, es decir un hombre de chaqueta bordada, sombrero de paja, pantalones a la *dernière* negro, y de estatura baja, cabellos lacios a lo pehuenche que después me presentó el padre Felipe como el cura de Nacimiento. Es rudo, huaso, de torpes maneras e ignorante, como la mayor parte de los curas y sacerdotes de acá. Qué lástima me da esto.

Sábado 1 de enero de 1848. ¡El Día de Año Nuevo!

Son las siete y media de la mañana. Acabo de oír la misa del Padre Felipe y dentro de una hora saldremos para Concepción. Él va conmigo pasando para Santiago con un asunto judicial y me ha pedido una carta de recomendación y yo se la he dado para mi tío Gabriel Ocampo. A la noche llegaremos a Santa Juana, a mi venida de Concepción no estaba allí mi amigo José María Abello pero dijeron que llegaría para cuando yo volviese. A mi pasada por Santa Juana pregunté al Padre de José María si se podría volver a Concepción por Coronel. “Eso sólo un enamorado puede hacerlo, porque además de que hay cinco leguas de vuelta, tiene que andar Ud. todo el camino por cerros hasta llegar allí, es, en una palabra, un camino malo y una vuelta endemoniada”. Le creí lo que me dijo pero rebajando de la ponderación la mitad, porque ya he dicho que estos huasos no saben nunca las distancias que hay de una parte a otra. De Concepción llegué a Santa Juana a la oración. Veamos ahora a qué hora llego de Santa Juana a Concepción dando la vuelta por Coronel. Prometí volver por sí y tengo que hacerlo aunque sea por sobre diablos, no digo por sobre cerros.

Domingo 2 de enero de 1848. Mi baqueano para Coronel

Anoche, antes de anochecer, bien llegamos con el Padre Felipe acá a Santa Juana, ya encontré a José María de vuelta y con esto tengo todo. Uno de mis caballos se ha enfermado y por fuerza tendré que parar un día acá, cuando yo quería estar hoy domingo en Coronel. El padre Felipe sale en este momento para Concepción prometiéndome ir a casa tan luego que sepa que yo he llegado.

José María ha reunido a todos los Santa Juaninos (de quienes le llamo el cacique) y me ha presentado a ellos, todos me han hecho mil ofertas. Se han convidado para darme un baile esta noche, y a pesar de que yo le he dicho a José María que es imposible que yo concurra, por el luto, él me ha dicho que acá nadie lo sabe y que además de eso, puedo ir a ver siquiera. “Dios te libre”, me ha dicho, “de que estas gentes orean que tu dejas de ir por desprecio, y pueden creer que cualesquiera excusa que echas no es sino ficción, por tener a menos reunirte con ellos”. Yo que tengo mis pensamientos como cada uno los tiene ... no quiero ni por un momento que esta porción de hombres de comodidad que tan abiertamente me han manifestado su cariño, se me escapen por nada. No se me irán, quedarán bien amarrados ... José María acaba de decirme que me tiene ya uno de sus clientes para baqueano a Coronel. He visto ya al tal diablo y casi me he muerto de risa con José María, quien por chasquearme no me había querido decir nada del físico de su cliente y de mi futuro baqueano. Le falta una pierna y la otra tiene la rodilla para el lado de adentro; es la figura más graciosa que yo he visto: de a pie por lo visto no vale ni un comino, pero dicen que puesto a caballo es el huaso más bueno de los campos de acá. Lo he citado para las 4 de la mañana, después de montar a caballo con una agilidad admirable se ha despedido hasta mañana.

Santa Juana. 3 de enero de 1848. El cura del lugar

Son las cuatro de la mañana. Como prometí a José María y sus amigos, asistí a mi baile con el papel de mirón. A las ocho principiaron ya a llegar las señoritas a la sala que estaba bien alfombrada y linda. Entre las que estaban, me llamó la atención la hija del Señor Campos de quién me había hablado mucho, otras veces, mi primo Juan, por haberla visto en Concepción. Era la mejor de todas en físico y educación. En éste me fijaba cuando me llamó la atención otra cosa más extraña que la que me fijaba. Vi entrar un joven como de veinte y tres a veinticuatro años, de estatura un poco baja, negro y de pelo lacio pero partido en media frente. Traía levita corta de talle largo a la última, chaleco de seda, reloj con cadena de oro y sombrero a la *dernière*. Venía en medio de dos señoritas las que muy familiarmente tomaban de cada lado un brazo suyo. Preguntando a Abello por el tal personaje, me contestó es el cura N. N. ¡Dios mío! el cura del

lugar. Un momento después le vi confundirse entre las figuras de la contradanza, él daba las figuras y su voz se seguía en todo. Bailaba perfectamente, él ponía todas las cuadrillas, él sólo bailaba valse por alto y polka cuando allí los demás jóvenes no la sabían. Dios mío, decía yo a cada cosa que veía cayendo de admiración en admiración.

Un poco después le vi sentarse y tomar la guitarra diciendo –“¡vamos zambacueca, resbalosa, lo que gusten!”– y todos los jóvenes bailaron uno después de otro sin que él se cansara de tocar. Cantaba en la zambacueca y resbalosa los versos más obscenos que yo he oído. Dios mío, el sacerdote, el vicario de Cristo en la tierra, el hijo que más honor hace a la mujer, el secretario y ministro del altísimo. Quién creyera. El apóstol de Dios encargado de propagar y predicar el evangelio y la moral cristiana, ofendiendo ahora la castidad de más de una señorita con sus impurezas ... Más tarde pidió un cuándo y lo bailó como no he visto nunca hasta ahora. Cuando ya estuvo más alegre con el ponche y la mistela, pidió una zambacueca que bailó haciéndole justicia como no he visto ni veré jamás con tanta perfección, casi con todas las niñas que le pedían barato mudando algunas veces la resbalosa, que movimientos, ¡Dios mío! Se sentó en seguida y tomó la guitarra de nuevo e invitó a los jóvenes a bailar y cada fin de zambacueca cantaba lo siguiente que me hacía temblar entero y espeluznar todo mi cuerpo. ¡De profundis clamavi ad te, Domine; Domine exaudi vocem meam!⁶⁰ Infame. Sacrílego. Después de profanar su ministerio y no cansado de tantas obscenidades, desafiaba todavía a Dios que oyese su voz, sus impurezas, a que oyera su canto alzarse de en medio de sus feligreses, deshonesto, corruptor e impregnado de la embriaguez que lo animaba, ¡Señor, oye mi voz! ¡Caramba y que uno ha de respetar así a esta canalla y vil baja con el nombre de sacerdote!

Por lo demás, yo, dueño del baile, me coloqué al lado de la Campos so pretexto de que a ella sola conocía por ser de Concepción y he pasado una bella noche. La palabrería la lleva el viento ... me queda de memoria y recuerdo de anoche un abrazo al conducirla a su casa, y una promesa al darme un clavel, ¡Dios mío, que promesa! ...

Ya está aquí el baqueano y salgo ya para coronel al salir el sol. Mi mozo Balero no conoce el camino por Coronel y ya principia a darle duro al cojo. Va a servirnos de risa todo el camino.

Coronel. Lunes 3 de enero de 1848. La vuelta por coronel

Son las dos de la tarde y yo escribo con mi lápiz mientras Valero ensilla los caballos. Un poco antes de las once del día llegué a Coronel. Ursulita estaba en el patio jugando con un cordero y al verme me sorprendió diciendo, “Ramón Gil”. Entré a la sala y me encontré con Matilde y

⁶⁰ *Desde lo profundo te clamo, señor; Oh Señor, escucha mi voz.* Traducido del latín, “De profundis”, Salmo 130.

Dorotea, que al verme de repente no pudo ocultar un primer movimiento de sorpresa, saludé a todas y a ella más bajo, con una inclinación de cabeza. Mi Sra. Rosario entró después con mi Sra. Abelina ofreciéndome a un tiempo un millón de cosas que comer. Acepté una olla de leche fría para acompañar a mi Sra. Abelina que se tomaba otra. Durante la conversación más de una vez se encontraron nuestros ojos ... Caramba, qué peligrosa mirada ... ¡Oh! No la he visto nunca tan hermosa ... con una palabra me había rendido y ya comprendo ahora por qué, Delfina quería que a toda costa volviese por Coronel, pero yo afectaba no mirarla más bien cuando me estaba haciendo pedazos. Me han instado porque me quede y me vaya mañana con Ferrier, pero he encontrado proporción de hacer lo que quería; me he resistido delante de ella casi con descortesía a todas las instancias de todas juntas, que por última prueba me han dicho que las acompañe esta tarde a un paseo que tienen a caballo, nada imposible. Dn. Saturnino en su cuarto con Luis principió a hacerme idea sobre las cinco leguas de más que había hecho por tan mal camino, “esto y otros pormenores que he oído me confirman en la sospecha que tenía desde ahora tiempo, mi querido paisano”. –“Ud. verá ahora que se equivoca redondamente, un enamorado no hace cinco leguas de más y por tan mal camino, para pasar en el momento en que después de haber vencido tantas dificultades está con su querida, por más ocupaciones que tenga y más cuando no tiene nada que le corra prisa, en una palabra, un enamorado no pierde proporción de levantar a caballo a su querida y conversar con ella durante el paseo, como hago yo yéndome en este momento”. “¿Se va Ud.? ¿Se va ahora mismo? ¡Bah! ¡Bah! Lo he de ver paisano montar a caballo y alejarse sin creerle, imposible estando acá su ... más que jurara ...”. “Ud. lo verá, voy a despedirme ya de las niñas, si quiere vaya adentro a ver qué cara pongo delante de mi querida al tiempo de despedirme”. –“No le creo que se va, pare, que voy”. Entré en efecto a la sala y mi Sra. Abelina me instó de nuevo que me quedase, que iba a hacer helados y que estaríamos de tertulia. Me negué y cuando dije, “¿qué se les ofrece para Concepción?”. Fijé la vista en alguna persona, tan ligera como una exhalación, pero encontré lo que quería. Cuando me paré a despedirme se salió para afuera ... yo me reí con la sonrisa del que triunfa ... Casi me han rendido acá, pero al fin triunfo y salgo para Concepción a las dos de la tarde después de haberme demorado acá tres horas. Don Saturnino me ve ya a caballo y se sorprende sin saber qué pensar; parto ya, una última mirada a través de los árboles ... hay cinco leguas de acá a Concepción.

Embarque del Biobío

Son las cuatro de la tarde y estoy en las márgenes del Biobío. El lanchero dice que no puede dar a la vela su lancha por una sola persona que a las cinco sale recién para el otro lado cargada con todo el cargamento. Me he alquilado una lanchita chica y me he embarcado yo en ella, mi mozo, el remero y tres caballos. Dice el remero que él no responde ahora porque la lanchita

jamás ha llevado esta carga, que además de eso el viento está ahora tan fuerte como nunca y a media legua de la orilla la corriente es como un rayo. Sin embargo me hago a la vela porque creo que estos lancheros son en sus ríos como tanto conocimiento como los huasos en las leguas que hay de un lugar a otro. Ya nos hacemos a la vela. Yo escribo esto sentado a proa de la lancha. ¡Caramba! no me va pareciendo tan bien mi arriesgón; ¡vuélvete bárbaro!

Casi no sigo yo escribiendo aquí, una ráfaga de viento ha arrebatado la lancha al medio de un canal y sumergido casi a más de la mitad llenándola de agua, una ligera advertencia de todos juntos nos ha salvado. Qué Diablos, el peso es demasiado para la lanchita tan pequeña, y luego también los caballos han dado saltos adentro de modo que la ha hecho darse vuelta. Acabamos ya de desembarcar, hemos empleado más de media hora en la navegación.

Son las cinco de la tarde ahora en que llego a Concepción. Ahí están las cinco leguas de vuelta por Coronel, el camino de diablos que decían y todavía he llegado acá quemándome el sol, después de haberme demorado en Coronel tres horas.

Martes 4 de enero. Recuerdos

Voy a Talcahuano en busca de unas encomiendas que mandó Elisea acomodadas por ella misma el día antes de morir. ¡Pobre Elisea! ¡Cuando se ocupaba de hacer un presente a su familia y amigas no sabía qué era despedida ya!

Estoy en casa de Agustina donde tantas veces he visto a Rosita con tan buen suceso. Oh, qué porción de recuerdos tan gratos y tristes a la vez. Allí, cerca de aquella ventana, sacó un clavel de su seno y me lo dio estrechando su mano ... Cerca del piano se ve el cuadro, aquel célebre cuadro que le dijo a Mancheca que lo examinase para aprovecharse de la ocasión de poder darme mi pañuelo con las iniciales de mi nombre marcadas con su pelo ... Aquí, cerca de este sofá, donde yo me siento ahora y cerca de la puerta que entra para el comedor, me contaba ella aquel terrible sueño cuyo trágico fin hizo que yo, conmovido, la estrechase en mis brazos. Allí, en fin, cerca del piano, donde tantas veces mientras tocaba Dominga ... Yo estoy solo acá y escribo en mi cartera mientras Agustina hace la corte a Lonjebin que acaba de entrar al cuarto de Adler.

A bordo del Águila

Después de haber buscado inoficiosamente a bordo del Bergantín Correo, las encomiendas, estoy ahora en la Fragata Águila cuyo obsequioso Capitán me ha entregado algunos papeles que le había dado Samuel para mí, un sombrero y una levita de luto para Mardoqueo, pero nada de

encomiendas. Mi chalupa boga ya para tierra sin que haya podido encontrar nada, me vuelvo a Concepción sin más que mis recuerdos ...

Miércoles 5 de enero. Consecuencias de la vuelta por Coronel

Hoy fui a Puchacay a vender unas cuatrocientas fanegas de trigo, y el maldito inglés bisteque no ha querido pagarme más que 12 rs. por fanega; por ser los vales de Urrejole y Alemparte, ambos, dos diablos a vela desplegadas. Anoche estuve con Delfina quien al verme me dijo, “¿volvió por Coronel? Cuénteme, ¿se acabó ya su maldita lesera? Estoy segura de que sí, no habrá podido allá ser por más tiempo injusto, cruel, brutal, si me permite que le diga”. –“Se equivoca Ud., yo no soy cruel, pero no se ha acabado tampoco lo que Ud. llama lesera, yo he hecho por Ud. lo que me pedía y quizá he querido concluir ya la lesera, pero he visto nada más que una mirada y no he encontrado nada que me alucine, que me rinda, en fin, y he renovado mi juramento, ¿qué quiere que le haga? Como le he dicho siempre, ¡no hay remedio!”. –“¡Vaya! Ahora ya es otra cosa, mañana será otra, nadie es culpable en esto sino Ud., estoy segura de que es falso lo que dice ahora, a mí me escribirán de allá y sabré quién es el culpable” ... “Bueno, Ud. lo sabrá, pero sacaré tanto como de la vuelta por Coronel y persuádase de que yo he hecho eso por Ud. solamente porque también estoy seguro de que cuando exija de Ud. alguna cosa ... así”. –“Ya le entiendo, yo cedo siempre” ...

Coronel. Sábado 8 de enero de 1848. Mi querida Delfina

Nunca ha visto una cosa más fría que la entrevista, mi querida Delfina ... Entró, saludó a las demás y a mí no me miró siquiera ... En cuanto a él, déjalo que sufra, ¿acaso lo siente? ... Déjalo nomás, no le he de dar yo ocasión de que me hable, porque de veras me tiene muy enojada, y a mí ya no me importa nada, porque te aseguro que ya no soy tan sonsa como antes. Al tiempo de despedirse me salí para afuera, para dejarlo más contento y no volví sino cuando ya había partido. Dn. Saturnino me hace burla duro, vieras las pesadeces que me ha dicho Luis que le decía Dn. Saturnino a ver si se iba. Tengo muchos deseos de hablar contigo, si la Fabiera se va, voy a ver modo de irme yo con ella; quémala a ésta o hazla tiras ... No sé lo que te escribo, solo digo lo que me inspira tu corazón.

Tu Dorotea.

Culenco. El baile

Son las ocho de la noche en que hemos llegado a Culenco. Mamita venía a dos leguas antes de llegar acá como muerta ya de cansancio, diciéndome a cada momento que alojásemos en cualquier parte, pero yo le hacía presente lo que padeceríamos nosotros y los caballos alojando en Chile en una parte donde no teníamos ningún conocimiento y así se ha dejado arrastrar aquí. Nos encontramos con un baile y mamita, recostada con Emilia en el estrado, ve bailar con todo gusto la zambacueca, la resbalosa, etc. Ha querido disolverse el baile con nuestra repentina llegada pero a nuestras instancias, mi amigo el viejo Pardo ha consentido que siga. Las dos niñas de Pardo, que es todo lo bueno que hay en el baile, se turnan tocando la guitarra. No quitan la vista de mí, particularmente la menor y las veo hablar en secreto mientras yo escribo sobre la mesa, al parecer sin fijarme en ellas. Mucho diera por saber qué es lo que se dicen en este momento. Quince días hace hoy a que pasé por acá también en día domingo.

Yo son más de las 12 de la noche y aún no concluye el baile. Mamita duerme ya profundamente con Emilia en la Cancha de bolas, allí se les antojó dormir.

Concepción. Domingo 9 de enero. Un crimen de que no me arrepiento jamás

Jamás me he ocupado con más placer de mi diario que hoy, en que tengo que confiarle la alegría y la dicha que experimento. Hoy, precisamente, debo salir para Cucha con mamita y Emilia. Antes de ir a misa me ocupaba en mi cuarto de cerrar unos paquetes de cartas que debía llevar Isidro para el otro lado. Después de concluir esta ocupación, me fui a ver a Mardoqueo si estaba ya dispuesto para que fuésemos a misa. Lo encuentro en su cuarto como buscando alguna cosa que le faltaba y respondiendo a mí invitación, me dijo, “voy a ocuparme de una cosa mejor que esa ... aquí tienes cartas de Coronel de Dorotea y Ursula para Delfina”, *et ego scribam alteram et introducam eam, intro ipsam quam scribunt et lam et portia ego ipse penam dublem literam in manus suas*.⁶¹ Comprendí entonces por qué sin fijarse en lo que decía, me contestó “voy a ocuparme de una cosa mejor que esa” y yo mismo aprobé su proyecto. Vi una carta bastante voluminosa que en el sobre me pareció conocer la letra de Dorotea, y al momento se me vino a la memoria mi pasada por Coronel, y lo que Delfina me dijo la noche anterior: “yo espero cartas de Coronel, yo sabré quién es el culpable”. Principié por ver si leía algunas palabras siquiera dándole a la carta diferentes posturas. No encontraba sino palabras incoherentes y de ningún sentido para mí hasta

⁶¹ *Escribiré otra y la traeré a manos tuyas, y ahora estoy escribiendo yo mismo con pena doble.* Traducido del latín.

que pude deletrear, “de-ja-lo-no-más”. A estas dos solas palabras tan insignificantes para cualquier otro, sentí latir mi corazón como nunca. Arrastrado por la esperanza de saber con certeza algo de lo que pensaba con respecto de mí, y triste como estaba en este momento en que debía marcharme para Chillán, sin haber tenido el placer de hablar siquiera desde tanto tiempo, concebí el crimen y la esperanza de leer la carta a toda costa. Comunicué mi intento a Mardoqueo y lo mismo que habría hecho yo en otras circunstancias, me lo reprobó diciéndome que no lo hiciera de ningún modo. Pero mi resolución era invariable, se me pintaba horroroso mi arrojo, pero más horroroso era lo que yo padecía, desde que pensé que allí, en aquella carta, debía saber yo a qué atenerme, por aquella carta debía regular mi conducta para siempre, en fin, otro cualquiera que se haya hallado en semejantes circunstancias puede saber lo que pasaba en mí, entonces. Enseguida me encargué yo de entregar a Delfina sus cartas y salimos dirigiéndonos a misa.

Mardoqueo entró a su escritorio a preparar algunas cosas que se pedían en Coronel y yo también encontré un pretexto para volverme a casa. Todo tenía para mí la apariencia de un crimen; la casa estaba enteramente sola, entré temblando a la cocina donde por suerte mía encontré una caldera hirviendo a borbotones, ya estaba abierta. La tengo a mi vista y la copio en el acto. Debe servirme para consuelo donde quiera. ¡Hela aquí!

¡Un momento de completa felicidad!

En mi vida he sentido un placer más completo, ni que menos amargura me deje después de saborearlo, sin embargo de ser hijo de un crimen quizá. Es triste el pensar que pudiéndonos hacer felices, algunas mujeres, con dos palabras solamente, nos atormenten por el contrario, ahogando sus verdaderos sentimientos y mostrándonos lo que de veras no sienten. ¡Pobre Llolloreñti! Dios y yo sabemos el efecto que ha hecho en mí la lectura de esos cuatro renglones. Ella escribía quejándose de mí en Delfina, quizá a las mismas horas en que yo hablaba con ésta, quejándome con todas las veras que me inspiraba la desconfianza. Después de leer yo la carta se la mostré a Mardoqueo, quedando él encargado de interceptar siempre las comunicaciones de ambas que precisamente tienen que pasar por su mano. Enseguida volví a poner la carta en la boca de la caldera y luego que la oblea fue completamente mojada con el vapor, la cerré de nuevo tan bien y tan sin ninguna señal que Mardoqueo mismo me dijo pues “si yo no la hubiese leído también, no creería que esta carta se ha abierto”. Un momento después hablaba yo con Delfina y le entregaba sus cartas diciéndole, “abra con cuidado y a solas todas sus cartas, me parece que todas vienen dobles”. Y me despedí quedándose ella sin saber porque le hacía esta advertencia. Harto lo sabe a estas horas ya.

Son las doce en punto y estamos en la hacienda del S. Zañartu en Palmares, cinco leguas de Concepción. Salimos con mamita y Emilia a las diez, con un terrible solazo. Juan y Mardoqueo nos han acompañado hasta aquí y se volverán después de comer.

Lunes 10 de enero

Son las 6 de la mañana, hora en que salimos en marcha. Mamita se ha levantado buena hoy y más fuerte ya para el camino. Me ponía las espuelas para montar ya a caballo cuando llegándose a mí, la hija menor de Pardo, me ha regalado una maceta de claveles tan grande y tan hermosa que realmente siento el que no pueda lucirse en los floreros de un salón. Valero es quien va a lograrla mejor porque no pudiendo llevarla ninguno de nosotros por grande y pesada se la he dado para que él la llevase.

Las Águilas. El barco de Itata

Son las 10 y media y estamos bajo de una hermosísima sombra en las Águilas donde otra vez me fue preciso avisar al mayordomo que el dueño de la hacienda me debía tres onzas para que nos dejaran alojar. Ahora no nos ha sido preciso esto y mamita y Emilia duermen tranquilamente después de haber almorzado, mientras llegan los peones con la carga. Yo he dado mi paseo por la quinta donde dos jovencitas que cortaban ciruelas me dieron algunas que me costaron dos reales. Ya llegan los peones y vamos a ponernos en marcha para embarcarnos en el Itata.

Estamos ya desembarcados al otro lado del Itata la una en punto. Mientras navegábamos, decía mamita, “Ramón Gil, ¿a qué horas sueltan este barco? ya hace una porción de tiempo que estamos embarcados y no sueltan aún la cadena”. Volviéndome a hacer la misma pregunta cuando ya íbamos a desembarcar en la otra orilla, le dije yo con mucha formalidad y haciendo seña a los barqueros para que no se rieran. “Ya van a soltar el barco mamita y es preciso que bajemos a tierra para desvararlo”, porque había estado varado en un banquillo de arena. Bajamos en efecto y después de hacerla sentar, le dije, “¿pero no ve mamita que hemos desembarcado ya en la otra orilla del río?”. Renunciaré a pintar la admiración que le causó esto, tal era lo mareada que venía que no conocía que el barco andaba con mucha rapidez hacia la orilla opuesta.

La Maseta

Estamos en un lugarcillo llamado el Infiernillo. No he visto un contraste más notable con su nombre que la sorprendente hermosura de sus huertas, de sus viñas, de los elevados bosques de árboles frutales, de manzanos y peras llenos de frutos y adonde a ninguna hora penetra ni un solo rayo de sol. Mamita dice que no había visto en su vida un paraíso igual, lo mismo digo yo. ¡Oh! es imposible bien ponderar las bellezas de este lugar que me parece uno de los mágicos

lugares del Don Quijote. Antes de pasar por acá entramos en casa de Don Pedro y me ha prestado con mucho gusto, hasta Cucha, una mula que necesitaba. Nos ha instado muchísimo a que descansemos algunas horas en su casa, pero no le hemos admitido por el deseo que teníamos de llegar luego a Cucha. Por disques y díceres sé que las dos hijas de este hombre son una belleza poco común, según me han dicho Mardoqueo y Darío; Mientras yo hablaba con Dasa, mi ojo de basilisco vio a un tiempo abrirse la ventana y la puerta del dormitorio muy poquito, lo suficiente para dar lugar a que salgan los tiros de cuatro pistolas cuyo fuego veía yo resplandecer a través de las puertas. Precisamente en el momento en que ellas me veían, tomé yo la maceta de claveles que aún venía muy fresca y dándosela a Dasa le dije en voz alta, “Regale esto a sus niñas en mi nombre, y como vieses ellas que él, se apresuraba a mandarles la maceta, acto continuo desaparecieron ambas. En otra ocasión alojaré yo acá y hablaremos ... de la maceta”.

Cucha, martes 11 de enero de 1848

Ayer a las cuatro de la tarde llegamos a Cucha sin ninguna novedad. Tatita andaba en su trilla, pero llegó un momento después, lleno de alegría. A prevención, nos había guardado toda la fruta que le habían traído de la huerta, es decir, peras, albaricoques, ciruelas, todo en abundancia. A mamita lo mismo que a Emilia le ha parecido muy bien la hacienda, principalmente la viña, que la miran desde los balcones para abajo.

Son las siete de la mañana hora en que salgo para Chillán. Mi mozo Valero dice que no entrará de día a Chillán ni a fuego, le echarían garra algunos a quienes debe. Hemos convenido en que al entrar la noche, entrará él con la carga, disfrazado.

Son las once del día en que acabo de llegar a Chillán. Anduve errando el camino por tomar uno más derecho y pasé el río tres o cuatro veces hasta que di con el camino. Darío debe salir para Cucha en el mismo caballo que yo he venido.

Son las ocho de la noche en que despacho a mi mozo Valero, que llegó a la oración y a quien no pude conocer al principio por su completo disfraz. Mando con él a Mardoqueo cuatrocientos pesos para probarle que no debe desconfiar de sus acreedores, porque lleva con qué pagarles.

Miércoles 12 de enero

Estoy completamente solo, Darío se fue a Cucha. Leopoldo se fue a los baños, Ardoy no para sino a dormir por sus muchos enfermos, así es que yo estoy solo en estas dos inmensas casas. En la familia de mis patronos no hay esperanzas de que vengan. Vamos sacando partido de la

soledad. Estudiaré música, literatura, historia, geografía, etc. Cada cosa a su hora, así no me será sino muy agradable mi abreviada prisión.

23 de enero

Hoy habíamos convenido con Ardo y Leopoldo para ir a Cucha a visitar a mamita, y cuando ya teníamos todo arreglado para salir a la madrugada de este día, le han caído cuatro enfermos a Ardo, a quienes en este momento les echo yo más de mil maldiciones por junto se entiende y al contado ... Sufrir y esperar dice Dumas, al fin del Conde de Montecristo.

25 de enero

Nada sé ni de Cucha ni de Concepción, espero casi con impaciencia alguna carta de Mardo que me imponga del resultado que tuvo la arriesgada medida que ambos tomamos el día de mi partida. He recibido una carta de Fabio y nada sé de Mardoqueo, no sé a qué atribuir esto. Me dice Fabio que se viene a Colichen a esperarme a mi pasada para Yumbel, pero mi viaje se ha retardado y no sé qué hacer para ver a Fabio. Quizá le dé ganas de venirme a visitar, aunque tenga que andar treinta y dos leguas como en vez pasada con este único objeto. No le hace, él es fuerte y los caballos de su hacienda son superiores y bien gordos.

Chillán. Martes 1 de febrero de 1848

Sigue mi soledad y el silencio de Concepción sin interrumpirse. Tatita me escribe de Cucha diciéndome que nos han esperado dos días seguidos a mí y mis compañeros y que al fin se han visto obligados a comerse solos los “pavos, patos y perdices en sabrosa letanía, por entre barba y narices”, como dice no sé quién. Me dice que mamita sale el sábado para Concepción y aunque me hace que vaya para que la lleve, sin embargo le escribo que no ha lugar, que haga la expedición con Darío.

4 de febrero. Fabio

Acabo de recibir una carta de Fabio de Colichen en que me dice que mañana a las ocho de la noche estará a la puerta de mi cuarto. Me dice que viene sin más objeto que visitarme,

desatendiendo los quehaceres que lo detenían allí. Yo por mi parte agradezco las demostraciones de su sincera amistad.

Chillán. Domingo 6 de febrero de 1848. Fabio

Hoy salía de misa de la Parroquia y mientras me desembarazaba de la multitud, bajo el corredor, sentí que me sostuvieron de las faldas de mi fraque y que no me dejaban dar un paso más. Creí que fuese alguno de los muchos uñas largas y afiladas que hay en Chillán, como en todo Chile y me di vuelta precipitadamente cerrando las manos, pero mi fastidio cambió en una admirable sorpresa porque me encontré con Fabio, que habiendo llegado en este momento se había ido a buscarme a misa. Tanto mayor ha sido el gusto que he tenido de ver a Fabio, cuanto que es la primera persona de las mías que veo desde ahora, veinte días. El martes de la semana pasada, o miércoles, según me acuerdo, pasó para los baños después de estar en Chillán un día Da. Abelina Rivera, mujer de Dn. Ignacio Palma. Iba acompañada de Da. Fabiera Villar Correa y J. José Reyes. Estos dos últimos alojaron en mi cuarto. Dn. Saturnino me dijo una vez, “amigo, de veras que no creía que Ud. se viniera de Coronel, como que no creía que Ud. no tuviera allí entonces su quebradero de cabeza. Ya verá ahora que se engañaba completamente”.

Lunes 7. Una carta de Mardoqueo

Ayer me entregó Fabio una carta de Mardoqueo de más de dos pliegos, fecha 27 del pp. Dice que la ha encontrado en un bolsillo de Dn. Ramón Zañartu y según éste se acuerda, la carta ha dormido en sus bolsillos más de 10 días. Los sucesos corresponden bien al buen talento de los que los han meditado ... Mardoqueo no cabe en sí de contento, jamás una maniobra de Napoleón en el campo de batalla, cuyo resultado fue conforme en todo a su previsión, ha dado pruebas más exactas de los conocimientos y de la táctica que la trazó. En nada hemos errado de lo que pensábamos que sucedería al enemigo con el último ataque dado el día de mi salida. La escena ha cambiado, la que estaba en Concepción está ahora en Penco, y la que en Coronel, en Concepción. Mardoqueo ha interceptado algunas comunicaciones de la de Penco a la de Concepción que han acabado de confirmar nuestro golpe maestro. La de Concepción, Lollorenti, contestaba a la de Penco una carta en que ésta le decía que le tenía unas albricias; he aquí el contesto de Lollorenti, “no creo ya en ningunas albricias porque no amo ya al ingrato, al ... sábelo tú ... lo que yo digo pero guárdate de hacer alusión a él porque esto me sería ruinoso”.

Hoy se regresó Fabio, llamado por su mayordomo a que haga la venta de 100 bueyes que han ido a comprar a la hacienda unos carniceros y que ha quedado más solo que nunca; paciencia ¡y a barajar! ...

14 de febrero. Le cap. Laurent

Anoche, a las ocho de la noche, llegó acá Laurent, Capitán del bergantín Gral. Rivera, que condujo la familia de Valparaíso, un amigo nuestro se fue a las Islas Canarias y de Sándwich⁶² de donde ha llegado y pasado inmediatamente para acá con dirección a los baños. Su viaje en el mar ha tardado cerca de trece meses y esta fecha hacía que yo no lo veía, de modo que su llegada me ha causado una sorpresa agradable. Se ha alojado acá conmigo y pasa mañana. El día que él salía para acá, acababa de llegar Samuel de Valparaíso, que hemos esperado tanto y por tantos motivos. Gracias a Dios somos ya tres con su jefe que vale algo ...

16 de febrero

Hoy se me apareció acá un paisano mío, Piñero, hermano de Piñero que llevaba el Mercurio en Valparaíso⁶³. La desgracia que ha perseguido a todos los argentinos lo ha llevado a todas partes y en todas partes con miseria.

Chillán. Jueves 17 de febrero. Una ojeada atrás a mis 21 años

Son las cinco de la tarde del 17 de febrero de 48. En este momento, leyendo el memorial de Santa Elena, llegaba a estas palabras, “*ce fut la galanterie du Pape que fixa au 15 de (sic) août sa fête, tout à la fois le jour de la naissance de l'Empereur et de la signature du concordat*”.⁶⁴ Llegando a estas palabras, me dije, “aunque no soy en nada parecido a Napoleón, yo también debo cumplir

⁶² Actualmente Hawái.

⁶³ Miguel Piñero, emigrado romántico, redactor de *El Mercurio* entre 1842 y 1843. Murió de tuberculosis en 1846.

⁶⁴ “Fue la galantería del Papa que fijó su fiesta en el 15 de agosto, a la vez el día de nacimiento del emperador y de la firma del concordato”. Emmanuel-Auguste-Dieudonné comte de Las Cases, *Memorial de Sainte-Hélène: Journal de vie privée et des conversations de l'empereur Napoléon à Sainte Hélène*, H. Colburn et Company, 1823, p. 132. Aunque sigue refiriéndose al libro en su diario, no aparece en la lista de libros al final de su estadía en California.

años algún día y de repente me acuerdo que estamos a 17 de febrero, día en que he nacido, yo creo, a estas mismas horas en el año 1827. Lo que quiere decir que a esta hora tengo ya 21 años cumplidos. ¡Dios mío! 21 años ya, y soy una nada todavía”. ¿21 años pasados en qué? Vamos a ver si reúno mis recuerdos. De siete años mi Tatita me puso en la Escuela de una Sra. Paula Vera que tenía una hija sin esperanza ... y ambas hacían de maestras de escuela para ganar la vida. La escuela sólo era para señoritas y allí estaba mi hermana Elisea; a mí me admitieron por influjo de mi Tatita y desde luego me acuerdo que no tenía momento en que no peleara con mis condiscípulas, tanto era lo que las aborrecía por el solo motivo de ser mujeres y porque me hacían casamiento con una de ellas. En una de estas peleas con mi futura, la vieja quiso casarme pero yo le di un pelotazo y me arranqué de sus garras, costando el pelotazo una docena de azotes mal contados y el no volver más a la escuela; entonces me dije yo, “aunque me hubieran costado dos docenas, el pelotazo lo hubiera dado meses antes, si hubiese sabido que me valdría, además, el no volver a la escuela.” Pero al volver el siguiente año me pusieron en otra escuela de otra vieja Micaela que con su hija Pepa completaban mis anteriores maestras. Pero éstas eran unas buenas señoras tucumanas a quienes un repentino golpe de fortuna les haría tomar ese oficio. Me acuerdo que la Pepita era bien hermosa. Aunque esta nueva escuela también era de señoritas, sin embargo yo tenía un condiscípulo también, Uladislado Augier, que hacía que para mí no fuese ya penosa mi permanencia allí. ¡Ah! de cuantas linduras me acuerdo ahora, producidas por las cabezas de dos diablos juntos como nosotros. Las niñas eran un año o dos mayores a mí, me acuerdo de la Teresa Recalde, Primitiva Segura, la hija del Gobernador Urburo, la Neófito Augier, hoy, u ahora, dos años la hermosura más completa de mi país. Pasé un año en esta escuela y salí porque no se enseñaba sino a leer y escribir.

Entré de 8 años a la escuela de San Francisco de Catamarca, el único establecimiento de esta clase fundado por los religiosos del convento y allí se educaba todo lo que se llama 1ª, 2ª y 3ª clase, siendo esta perjudicial cuanto indispensable mezcla la causa porque Mamita había preferido las anteriores escuelas para mí. Mi maestro era un santo padre, fray Juan Echeverría, benemérito por sus servicios al público por más de 25 años y respetado por los demás religiosos por sus inimitables virtudes. Ha sido también el maestro de todos mis hermanos y tíos Navarros y Ocampo, en fin, ha tenido el placer de ver figurar a sus discípulos en los más respetables empleos públicos de la República. Al cabo de un año salí de la escuela más diestro en el trompis y la pillatería que en escritura y aritmética. Entré de 9 años a la clase de gramática latina y castellana en el mismo convento bajo el preceptor fray Ramón de la Quintana, que igualmente lo ha sido de todos los hombres de mi familia y de todos de los demás de primera clase, no sólo de Catamarca sino de Córdoba, San Juan, Mendoza, La Rioja, Tucumán, Santiago, Salta, etc. por ser el único colegio y el más acreditado de la República fuera de el de Buenos Aires. Más tarde mis condiscípulos de Latinidad y compañeros de desgracia han ocupado como preceptores de latinidad esta clase en Chile y en los principales colegios del Perú y Bolivia. Estuve cinco años

(lo que era costumbre), lo suficiente para aprender el latín tan perfectamente como a comer el pan nuestro de cada día. Rendí mi examen y entré a Filosofía, con el padre fray Benjamín Achával.

Los tres años de Filosofía

Mis condiscípulos pasaron de setenta, que fueron disminuyendo poco a poco, hasta quedar en ocho o diez. Aquí es donde yo he vivido contento, feliz como un ángel, estos tres años de Filosofía, son mis años de oro, son mis sueños de todas las noches y serán el recuerdo de toda mi vida. Yo, seis de mis condiscípulos, Manuel García, Jacinto Rincón, Carlos Cubas, Melitón Mendoza, Vicente Cano y Rosendo Robín, como los más chiquillos de todos, formábamos una pandilla aparte, sin embargo que yo era el más niño de todos ellos, yo la capitaneaba. Oh, ¡recuerdos tan felices! Oh, picardías tan inocentes, pero tan soñadas por mí. Quién pudiera cambiar ahora un año de su vida por un día de aquellos. No había día en que yo y los de mi banda no estuviésemos de plantones al sol, o diez minutos encerrados en el de profundis (donde se velaban los frailes que morían) o diez minutos hincados en el paso, porque habíamos robado al fraile despensero una o dos varas de longaniza con un frasco o dos de vino del Provincial, o porque habíamos robado al hortelano las mangas de nuestros capotes llenas de uvas o porque habíamos chapeado las ollas a Tata Domingo, el cocinero, después de haberlo amarrado a los postes de la pileta de agua o, finalmente, porque en la misa a las cuatro de la mañana, validos de la oscuridad, cada uno de nosotros había cosido la falda de una levita a la de otro colegial o la extremidad de la capa, a la del vecino, y haberse hecho pedazos al salir por el claustro como unos potros y esto después de haber caído horriblemente sobre los ladrillos al querer tomar el uno para un lado, el otro para otro, pasando la muchedumbre por sobre ellos a pesar de sus desesperados gritos, o bien después de haberse tomado a trompones creyendo ambos, que uno de los dos era el sastre que tan bien había respuntado sus vestidos. ¡Oh! Cada una de estas pillerías y de otras innumerables las tengo todos los días en mi memoria con todas sus circunstancias, aún las más minuciosas e insignificantes.

Campos, o mi tiempo de oro

Tenía yo un condiscípulo de 20 o 21 años, tan inocente y candoroso como él sólo, a quién a causa de esto había perseguido con mis burlas y pesadas chanzonetas, desde dos años antes en latinidad. Era José María Campos, natural de la provincia de Tucumán (Monteros) pillado a bolas y puesto de repente en el colegio como quién pilla un salvaje y lo pone a que se domestique.

Entrado a Filosofía creía el haberse librado un tanto de mí, al menos no le tocaría un mismo banco conmigo y partir de tinteros y cortapluma, pero su desgracia lo persiguió hasta allí. Todos los demás condiscípulos que tenían su tertulia en nuestra vida enemiga como la del gato con el perro, influyeron con todos sus empeños en que yo y mi Campos nos sentásemos juntos, engañando al padre con que era una tiranía separarnos, porque desde la escuela habíamos siempre sido como hermanos.

Mi Ripelet en el colegio

Este pobre joven ha sido durante los tres años de Filosofía, mi único estudio, mi único amor, mi única felicidad, en una palabra, la primera ocupación de todos mis sentidos. Cuántas penitencias he sufrido por él, pero en los tres años no he tenido ni un día de arrepentimiento en esta falta. A veces explicaba el Lector la lección del día en el más profundo silencio, cuando de repente se le levantaba Campos, sofocado con mis pesadas bromas o acosado por mis picotones, y de pie cuan largo era con su vocecita de silbido decía, “Padre, Ramón Gil Navarro no me deja aquí tirándome de las mechas y diciéndome que soy un capón”. Aquí las risotadas y algazara de todos los condiscípulos sin exceptuar el mismo Lector que para ocultar su risa ponía el libro en su cara. Después de la bulla que causaban las palabras de Campos, decía el Lector, “¿Y por qué te dice eso?”. “Padre, porque me he criado grande, dice que soy capón”. A esto se seguía mi penitencia, pero al otro día se repetía la misma. Cuando no estaba el Lector y yo lo sacaba ya de paciencia, me corría hasta alcanzarme, aunque fuese dentro de la Iglesia y allí, cuando no me defendían los condiscípulos más grandes a cuya causa las más veces sucedía la pelea, me tomaba entre sus largos brazos, me estrujaba, me pegaba; lloraba yo con todo mi dolor, pero un momento después estaba ya delante de él haciéndole la pantomima con que él se enfurecía, o untándole tinta en la cara con que yo lo pintaba horriblemente dejándose él con toda tranquilidad para acusarme al Lector cuando llegara. Pero yo, una vez que lo pinté de negro y colorado, dejándole él con su segunda intención, me pinté yo lo mismo sin que él supiera para que cuando vino el Lector, se levantó y presentándose le dijo, “Padre, no he querido lavarme la cara para que vea su reverencia lo que es de lamo este muchacho”. “Padre”, respondía yo, “es falso, los dos hemos convenido en pintarnos para jugar una pantomima, y su Reverencia nos ha sorprendido antes de que tuviéramos tiempo de lavarnos, y ahora, como no le quise prestar mi cuaderno para que copiase un corral, me ha acusado a su Reverencia valiéndose de esto”. Es la verdad, exclamaban todos a una voz y yo y él volvíamos a nuestros asientos en medio de las risas que las nuestras causaban aun en el mismo Lector. Una vez estando el lector explicando la lección, pinté yo una caricatura con un puro en la boca y el sombrero sobre la oreja, y le dije a Campos, “hombre, ve tu retrato”.

Me lo arrancó de las manos y se lo enseñó al Lector, diciéndole, “vea, Padre, lo que me ha hecho Ramón G. Navarro”. El Lector se levantó y me pegó con rabia unos cuatro cordonazos. Lloré todo el tiempo de la clase pareciéndome esta vez muy poca cosa para que costase tanto. Pero los de mi banda, rabiosos con el triunfo de Campos, me propusieron una venganza con que consolé asestándola.

Un hecho horroroso

Todo quedó en silencio, la venganza debía ser a la siesta. Sería a la una de la tarde, Campos se paseaba en frente de la clase estudiando la lección cuando de repente caímos los siete sobre él, y a pesar de su resistencia y sus gritos, le amarramos las manos, después de ponerle un pañuelo en la boca, y levantándolo en peso lo metimos en la clase, cerrando las puertas y ventanas. Allí en medio de las risotadas que nos causaban sus gritos de ¡por Dios! le sacamos los pantalones y yo le di unas palmadas con todas mis fuerzas; enseguida entonamos todos un responso tendiéndolo en el suelo y a cada *réquiem, o asperge me isopo*⁶⁵, uno de la banda le levantaba una rama de alfalfa y sopándola en una calabaza con meadas, lo roseaba haciéndole pasar después la misma rama por la boca. Este último ultraje le fue tan insoportable que, haciendo un violento esfuerzo, rompió el pañuelo con que estaban amarrados sus brazos, y se lanzó sobre el primero que estuvo a su alcance. Tomó a Carlos por los cabellos, éste dio un horroroso grito, al mismo tiempo que vimos la mano de Campos llena de todos los cabellos que había podido abarcar, un gran pedazo de cabeza de Carlos quedó blanca y lisa como la planta de mi mano, o mejor, como si jamás hubiera tenido allí un solo pelo.

Yo y mi banda

Todos dimos un paso atrás, horrorizados, pero el hermano de Carlos, el primero, pasado el primer movimiento de sorpresa, se arrojó sobre Campos como una leona que ve despedazar su cachorro y sin fijarse en la desventaja, saltó a la cara de Campos, puso sus cuatro dedos en la frente de aquel como otras tantas garras, y los bajó enseguida arrastrándolos hasta la barba y trayendo tanto pellejo o cutis cuando el largo de sus uñas podía permitir. Cuatro rayas de sangre corrieron por la cara contraída de Campos, casi al momento que daba un horroroso trompón a su enemigo en la boca del estómago botándolo casi desmayado. Movidos como por un solo resorte nos arrojamos todos

⁶⁵ Oración de misa que comienza, *Asperges me, Domine, hyssopo et mundabor. (Me rociarás, Señor con el hisopo y seré purificado)*. Traducido del latín.

a un tiempo sobre Campos. Yo como la principal causa de todo aquello, no vacilé un momento en exponerme a correr la misma suerte que mis dos compañeros, le salté primero a los cabellos y su cuerpo se dobló como una débil rama al peso del cervatillo, al mismo tiempo mis compañeros le amarraban las manos quedando ya indefenso. En seguida, lo arrastramos a medio del cuarto y la clase, salté a la ventana y abrí uno de los postigos. Pero que horroroso espectáculo ¡Dios mío! Carlos tendido sobre un banco estaba deshecho en lágrimas, al mismo momento que el dolor le obligaba a llevar la mano de la parte de la cabeza donde no le quedaba ni un solo pelo. Su hermano yacía un poco más lejos como un triste despojo de una batalla. Todos teníamos los ojos llenos de lágrimas mientras que una expresión de salvaje furor se pintaba en la cara de Campos, con los cuatro rastros de las uñas de Máximo por donde corría la sangre como por cuatro canaletas. Levantamos casi en peso a Carlos y Máximo y los conducimos a la celda, cuando volvimos habían entrado ya algunos colegiales de los mayores que viendo así a los dos hermanos quedaron pasmados y más todavía cuando vieron a Campos. Nuestras lágrimas al contar lo que había sucedido les inspiró más lástima que la sangre de Campos, que aún estaba amarrado y que se revolcaba sin poder soltarse. Entonces dijo que iba a acusarnos al Lector, pero algunos condiscípulos lo hicieron desistir diciéndole que la calvicie de Carlos y el desmayo de su hermano no eran menores crímenes que los que podía acusar a nosotros. Así que, por consejos de todos, se fue a su casa, encargándonos nosotros de decir al Lector que estaba enfermo. Lo mismo dijimos de Carlos y su hermano. Campos no volvió a la clase hasta ocho días después, en que ya estuvo curado. Llenaría mi diario entero y otro como éste, en sólo la relación de las picardías nuestras que tengo tan presente, particularmente las innumerables de Campos. Pero lo que acabo de escribir lo recuerdo, no como una pequeña picardía sino como un hecho horroroso que no se me olvidará jamás.

Mis exámenes

Después de todas mis picardías, no me acuerdo que jamás haya faltado a mis deberes como estudiante, tenía mi amor propio para esto y siempre, en los exámenes o cuestiones, era de los mejores, cuando no el primero. Lo que perdía en jugar lo cobraba cuando llegaban los exámenes de algún ramo, estudiando día y noche, hasta el extremo de dejar de comer por estudiar. Un mes pasaba así, al fin del cual salía flaco y pálido como un convaleciente del hospital, pero con la satisfacción y el orgullo de que había sido de los primeros aprobados. Me habría muerto de pesar si en alguno de los exámenes hubiese visto una pequeña señal de descontento. Dígalo sino el certificado que tengo de mis estudios. Rendí mi examen de Súmulas, Lógica, Ontología, Metafísica, Ética, Física particular y general, y entré a Teología de 17 años, un poco menos.

Primer año de Teología y mis condiscípulos sacerdotes. 2º Año

Me acompañaron a Teología, Manuel García, Quintín Valles, Serapio Gómez, Pepe Martínez y de los religiosos, Inocencio Castillo, Benjamín Paz, F. Elías, Antonio Alcaydes y mi inestimable, mi inseparable Campos. El amigo más sincero y a quien desde filosofía distinguía yo más era a Pepe Martínez, hemos sido casi hermanos. Esta misma amistad nos unía con los religiosos condiscípulos recién ordenados y aún con los del curso anterior F. Barros, F. Pesado, Ramallo, etc. Dormía y comía casi todos los días, hoy en una celda, mañana en otra o en comunidad algunas veces. En una palabra, entre mí y ellos no había nada de mío ni tuyo aunque fuera de mucha importancia. Era el compañero inseparable de sus fiestas, de sus misiones, de sus trabajos y placeres, me había identificado ya con todos ellos lo mismo que mis ideas con las suyas. Juntos rendimos examen de moral para sacerdotes (nos hacían estudiar también a los seglares la moral) ellos se ordenaron y yo guardé mis certificados para ... lo que no sé para qué. En el primer año, a finales, rendí mis exámenes del tratado de la Santísima Trinidad y de la Visión Beatífica, cuyas intrincadas y oscurísimas cuestiones han servido para abrir mi comprensión y facilitarme un regular lenguaje. A mediados del 2º rendí examen del tratado de la Fe, como siempre muy feliz; y al fin rendí un acto público del Misterio de la Encarnación. Este feliz suceso fue para mí como la toma de Tolón y la campaña de Italia para Napoleón. Tres meses antes del día fijado para el examen público, principié mi penosa tarea. Estudiaba de día y de noche, comiendo y durmiendo, algunas veces me encontraba al despertarme repitiendo maquinalmente algunos trozos. Mi examen era de un tratado entero, mis arguyentes y réplicas eran muchos y hombres sabios, no sabía sobre qué cuestión de tantas que defendía, debían argüirme; con esto me desesperaba pero para animarme me figuraba ya estar en el día solemne delante de un pueblo entero, representado por todas sus categorías, pensaba, decía, en que el cual sería mi vergüenza y la de toda mi familia y parientes allí presentes si fuese a salir réprobo. Esto me estimulaba y hacía que no pensara en otra cosa. En mi casa nadie se ocupaba de otra cosa que de los preparativos, en fin, era el objeto de las conversaciones. En mi país para una familia es el triunfo más grande ver a un miembro suyo defender un acto público y recibir allí, en el templo, en presencia de todo un pueblo, el para bien y la aprobación de todos los sabios que lo examinan.

Mi examen público

Llegó por fin el día. Mi mamita, con las monjas y algunas amigas suyas, se había ocupado en adornar la cátedra en que debía sentarme con todo el lujo y el virtuoso amor propio del apellido Ocampo. Se compuso del mismo modo la silla en que debía colocarse el presidente en el acto.

La función era en la Iglesia de San Francisco. En la mitad de la Iglesia y pegado a la muralla se levantaba un altar. Un hermoso Crucifijo estaba colocado en el altar, y dos altos y bien compuestos cirios ardían a cada lado. En frente del altar, la cátedra suntuosamente compuesta, lo mismo que el cielo que la cubría. Toda la Iglesia estaba completamente bien entapizada. A mano izquierda de la cátedra se extendían dos hileras de silleas hasta el altar mayor, allí debía sentarse toda la comunidad franciscana. A mano derecha se extendían otras dos hileras de silleas hasta la puerta mayor, allí debían colocarse, en una los réplicas o doctores, y en la otra el Intendente o Gobernador y su séquito. Detrás de estas últimas hileras se seguían otras donde debían sentarse las diferentes clases de colegiales. A las dos de la tarde debía abrirse el acto.

Dos días hacía que yo no comía, que no vivía, se podía decir, no me ocupaba ni sentía otra necesidad que la de repetir maquinalmente algunas cuestiones. Felizmente sabía todo el tratado de memoria como un bendito. A la una y tres cuartos se habían reunido ya en la celda del Regente los padres jesuitas, los demás clérigos y doctores que debían honrarme con su examen, y a esa hora me vistieron una sotana de raso negro, una esclavina de mostacilla celeste y blanco, un largo manteo de paño negro y un bonete de cuatro picos. Las monjas y las beatas no me habían visto jamás más interesante, parecía un San Agustín o un San Luis. Jamás los dos martillazos con que el reloj indicó las dos, me hicieron tanto efecto como en aquel día, palidecí y los golpes de mi corazón me parecía que se oían a una distancia. En fin, entraron a la Iglesia los colegiales en hileras, después los jesuitas y clérigos, la comunidad que se componía de más de cuarenta y atrás de todos, entré yo; de un lado me acompañaba mi Lector, del otro el Regente y cerraban la marcha el Gobernador y su séquito. Subimos las gradas del altar mayor hasta llegar a la tarima, y cuando nos arrodillábamos, toda la concurrencia hizo lo mismo. No sé para qué sería aquella ceremonia, al arrodillarme levanté por un movimiento involuntario los ojos y el corazón hacia una imagen de María Santísima y luego no sé lo demás que hice allí. Cuando nos levantamos y vi aquella inmensa muchedumbre que se agolpaba por todas partes, todo aquel silencioso y pomposo aparato, todas aquellas hermosas cabezas y brillantes ojos llenos de curiosidad que se clavaban en mí, cuando vi, en fin, frente a frente a mí, aquel altar magnífico, aquella hermosísima imagen de Jesú Cristo en la cruz cuyos ojos llenos de amor, resignación y dulzura que parecían clavarse en los míos, las fuerzas me faltaron y casi sin quererlo caí en la silla de la cátedra.

Se pasó un momento de silencio parecido al que dicen los profetas que reinará cuando Jesú Cristo se siente en su silla a juzgar sus doce tribus, al menos así me pareció a mí en aquel momento, en que todo lo que pasaba en mi derredor me parecía como a Don Quijote fuerza de encantamiento. Al fin el Regente hizo seña con la campanilla y lleno ya de coraje y entusiasmo principié con estas palabras que aún no se me han olvidado y que durarán siempre en mi memoria, –“Los sentimientos bajos y serviles” ... Al decir esto, me puse en pie, tomé mi bonete en la mano, doblé una rodilla al dirigir el siguiente saludo, –“Soberano Señor Crucificado”. Todos se inclinaron hacia el altar, yo

seguí, –“Reverendo padre Regente, respetable comunidad, sabios doctores y numeroso concurso. Los sentimientos bajos y serviles”, continué, volviendo a tomar mi asiento, “no son efectos de la religión, sino de esa falsa filosofía que hace esfuerzos para deshonrarla y usurpar su lugar”. Esta oración político cristiana duró un poco más de media hora, por felicidad, a medida que me calmaba iba tomando la actitud y ademanes de un célebre orador que tiene conciencia del buen efecto que causan sus palabras en su auditorio. Concluí al fin con el siguiente párrafo. –“Sí señores, el fanatismo es propio de los hombres que prosternan su corazón ante el ídolo de la sensualidad y del interés y como éstos y demás ídolos profanos, fueron derribados con el nacimiento del Mesías, y milagrosa predicación de doce hombres destituidos de todo poder y atractivo humano, desde entonces hasta hoy braman sus adoradores contra la Encarnación del Verbo Divino en el purísimo vientre de María. Este es el gran dogma cuya posibilidad y verdad me propongo sostener bajo los auspicios de esta venerable comunidad y particularmente de mis respetables Maestros y Lectores. J. Ramón Quintana, fray Wenceslao Achával y fray Benjamín Achával a quienes consagro y dedico este acto, único tributo que en mi pequeñez ha encontrado mi gratitud: he dicho”.

Mi felicidad

Yo no dirigí, como otros, mi acto al Intendente que me había regalado algunas onzas, me parecía muy bajo esto. Me arguyeron, en seguida, según su antigüedad, algunos teólogos condiscípulos (entre ellos mi Campos), después los clérigos, los jesuitas a quienes temblaba, más que a todos temblaba. Felizmente respondí satisfactoriamente sin pararme ni en una sola palabra siquiera mal pronunciada. Concluidos todos los que me examinaban, se siguió una ceremonia de la aprobación del Regente y después la de todos los demás doctores y jesuitas. Concluida esta ceremonia, que fue en presencia de todo el público, rompió todo el golpe de música y a los expresivos sonidos de las flautas del órgano que seguía a la música, sentí rodar mis lágrimas de placer al mismo tiempo que veía a mamita y Elisea rodeadas de todas las señoras aplicar el pañuelo a sus ojos ... ¡Oh!, no experimentaré jamás otra felicidad más completa ... Enseguida salió todo el acompañamiento con el mismo orden que entró y nos dirigimos todos a casa, seguidos de la música. Atravesamos las calles por entre el estrepitoso ruido que hacían al reventar los cuetecitos y por sobre las flores que unas manos blancas y hermosas arrojaban por las ventanas. Llegamos a casa donde estaba ya servido en la sala un suntuoso ramillete que fue devorado por tanta boca contenida en el adviento y la cuaresma. En el cuarto de mamita estaban reunidas todas sus amigas y aquéllas quienes yo, de mil amores, habría dedicado mi pequeño triunfo ...

Hago recuerdo de todos estos insignificantes sucesos, si se quiere, para concluir diciendo que Napoleón, cuyas célebres memorias leía cuando me acordé de mis 21 años, no ha sido tan feliz admirado y aplaudido por la capital del mundo en sus colosales triunfos, que lo fui yo aquel día

de mi examen público. Él no podía esperar más aplausos de la muchedumbre que lo rodeaba y a mí tampoco se me negó ninguna clase de admiración y elogio en todo el círculo hasta donde por entonces se limitaban mis aspiraciones.

Una solfeada en despedida a mi Campos

Al entrar a Teología, no por ser Teología, ya dejé de ser lo mismo que en Filosofía en cuanto a mi Campos. Bien que ya estaba en Teología más avivado, sin embargo mis chanzonetas eran entonces ya de otro modo, o en versos, o en sátiras, o en figurarle anécdotas chistosas con sus queridas, etc. Esto no impidió que en los últimos meses de Teología, yo y Manuel, el único que me quedaba de mi banda, entre bromas, lo encerrásemos en la Teología y que cantando el mi-serere, le principiásemos a solfear las espaldas con una disciplina de fraile cada uno. Nuestros compañeros morían de risa de afuera oyendo los gritos y amenazas de Campos. Al fin los gritos cesaron lo mismo que los azotes; sucedió que de repente, en las tinieblas de la pieza en que estábamos con las puertas y ventanas cerradas, se nos desapareció Campos. En vano lo buscamos a tientas por todas partes. Abrimos la puerta y se precipitaron adentro nuestros compañeros, al mismo tiempo gritamos todos aun tiempo “ve dónde está”. Campos se había doblado en tres y ganado en un rincón de la pieza debajo de un banco que nadie lo ocupaba, y se había cubierto con una tabla que servía de asiento. Así libró el pobre Campos de nuestras disciplinas. Un mes o dos después, el 6 de septiembre, estábamos ya en camino para acá. Entonces tenía 19 años, el resto desde entonces hasta ahora que tengo 21, lo sabe ya mi diario.

21 de febrero. Mi Sra. Abelina

Ayer a las doce llegó mi Sra. Abelina de los baños con sus compañeros, mi S. Fabiera, Reyes, Dn. Saturnino. Me anunciaron un momento antes su llegada, y yo les tuve pronta toda clase de frutas. Las gallinas de mi patrona la pagaron ahora, oferta que no había tenido ocasión de ocupar. Estuve muy generoso en ceder mi cama a mi S. Abelina pero esta mujer tan hermosa y joven como poco cortés no ha tenido por su parte el comedimiento de ofrecerme partirla conmigo, y ha permitido que vaya a pasar la noche de claro en claro en medio de las pulas en la otra casa. Las mujeres lindas, para ser cumplidas, debían ser generosas, hay tiene Ud. que yo no le hubiera admitido su propuesta y habría quedado bien sin gastar. De mi S. Fabiera no me quejo ... gracias a Dios, se acostó en la cama de Darío sin invitarme, en esto era lo que acertó ella, como en lo que erró mi S. Abelina ... Nosotros no hemos dormido, pero hemos pasado una divina noche entre yo, Darío, Reyes y Leopoldo. A las dos di yo el grito de alarma y los

peones y D. Saturnino principiaron a los aprestos. A las tres recordamos a mi S. Abelina con un esquinazo de tres hermosos trozos de opera divinamente cantados por Leopoldo, y que otra vez que los ha oído me ha dicho a mí que se volvería loca si los oyera cantar al alba. A las tres y media les serví el café y partieron a las cuatro. Darío, que llegó antes de ayer, se fue también hoy para Cucha con J. J. Reyes. Vuelvo a quedar solo sin más compañeros que mis pensamientos tristes y ... estos son los únicos que no me dejan a ninguna hora. ¡El porvenir! Y que para otros sea tan cualquier cosa esta palabra ... Darío ha venido de Concepción, de casa y no me ha escrito nadie ... Me ha traído una carta de Valparaíso de la Dominga, Rosita me dice que la tenga por suya; ciertamente es más suya que de Dominga. Como Mardoqueo no me escribe, no sé nada de política ...

Chillán. Jueves 24 de febrero de 1848. Los que van y vienen

Acaba de llegar Laurent de los baños, debe quedarse acá unos dos o tres días con nosotros. Menchaca se me presentó esta mañana, de vuelta de S. Carlo. Antes de anoche, en vez de acostarme a las ocho como de costumbre, me fui al café a buscar a Piñero, y me encontré con Menchaca recién llegado. Ávido siempre de baile o sociedad me dijo que lo llevara a alguna parte, donde pudiera divertirse; lo llevé a casa de Gazmuri y allí pasamos hasta las once o doce. La Rosita tocó no sé qué, tomamos té, y hablamos un poco de Rosas. No obstante mis muchas relaciones ya acá, esta es la primera vez que me he presentado de visita en alguna casa. Diferentes veces me he encontrado en casa del Gobernador; de Dn. Ramón Zañartu, de Lantaño, pero he sido convidado a tomar el té, así se reúnen las familias y me convidan al té para oírme tocar la guitarra. Les faltan palabras con qué ponderar, pero a mí se me da tanto esta clase de triunfos como al que no los obtiene. Yo pensaba dejar roncha en Chillán, como dicen los huasos, pero cosa admirable. He visto cambiarse mis gustos, mi modo de ser. Yo, que azotaba el mundo en tiempos pasados, y que mi cama no me recibía hasta las doce o la una, no me separo ahora ni un paso, ni un minuto de mi cuarto acostándome a las ocho o nueve. Las niñas para mí son ahora como la opera para el gañán. Y más admirable todavía. Estoy contento, conforme, otra vez, otro tiempo me habría desesperado, me habría enloquecido. No hay duda, no hay situación de que el hombre no saque una ventaja si sabe estudiarla.

25 de febrero. Mi vida en Chillán

Hoy se fue Laurent para Valparaíso y escribí con él a la Dominga mandándole una fresada bordada que me encargó. La carta es más para Rosita y ella sola dará el verdadero sentido a algunas

palabras que para las demás serán bien insignificantes. También he escrito a Samuel y le mando a Mardoqueo unas riquísimas riendas.

Voy a hacer una ligera descripción de mi vida en Chillán, algún día cuando recorra de nuevo esto que escribo me admiraré quizá de cómo he podido mudarme y acostumbrarme a llevar una vida tan contraria a la que llevaba. Me levanto comúnmente antes de salir el sol, después de arreglar mi cuarto y la tienda me lavo y me visto. Antes de todo debo decir que habito dos inmensas casas, la de mis patrones, donde está mi tienda y la de Ardoy, quien no viene sino a dormir allí. Reina en las dos casas el más profundo silencio, ni un ser viviente respira a excepción de mí y de la cocinera que viene dos veces al día a hacer su oficio. En fin, estas dos casas tienen un aspecto tan lúgubre y silencioso, como las oscuras bóvedas de un panteón. Yo solo llego a interrumpir con mis pasos que parecen cañonazos el imperturbable silencio que reina de día y de noche, porque ni perros ni gallinas hay siquiera. Después de vestido (como el despacho no anda tan activo, me da tiempo para todo esto) me siento a estudiar alguna pieza en la guitarra. Gasto en esto hora y media o dos horas, enseguida gasto otra en leer la literatura de Batteux⁶⁶, otra en aritmética comercial y algunas veces un poco de geografía. El resto del tiempo, hasta las doce, lo empleo en leer el Memorial de Santa Elena que es lo que más me divierte. A las doce, como a la antigua española, cierro mi tienda como todos y me voy a comer o almorzar, y así aún llego sin disposición, pues que no como sino ensalada y me levanto. Abro después mi tienda y de nuevo principio este nuevo régimen sin variarse en nada hasta las ocho, con la diferencia de que en lugar de aritmética, escribo algunas páginas en francés. A las ocho me voy a comer o cenar, no sé cómo se llama y tomo otra vez mis berros como otro Rodin, con la enormísima diferencia de que éste tenía esperanzas de gobernar un día el mundo cristiano desde la silla pontifical, y yo no tengo esperanzas (bien fundadas) de ser más que un pobre diablo, sin embargo de que soy tan aspirante y ambicioso como aquél. Vuelvo a mi cuarto y tomo el diario de Santa Elena y leo hasta las once, doce o una, en que me duermo y desde entonces hasta el otro día no hago nada ya.

29 de febrero

Hoy salí con el sol para Pemuco. Llegué a casa de Pradel a quién iba recomendado y me costó mucho hablar con él porque es un hombre sordo que no oye sino con una bocina de que se sirven todos los que quieren hablar con él. Pero no he visto nunca un hombre más amable y cariñoso en su casa. Hablando con él, supe que el negocio que yo pretendía hacer allí era de

⁶⁶ Charles Batteux, filósofo y poeta francés del siglo XVIII.

todo punto imposible. Salí de Pemuco a las tres y heme aquí de vuelta a las ocho. He andado 28 leguas en 10 horas y estoy tan cansado como nunca.

Chillán. Marzo 1 de 1848

Hoy salgo para Cucha pasando a Concepción, intereses más que comerciales me llevan allí. Yo debo arreglar nuevas desavenencias. En fin, ya veré mañana como van esos negocios ... ¡Pobre Mardoqueo! ...

Chillán. Marzo 29 de 1848. Mi viaje a Concepción

Casi un mes ha corrido sin que mi diario me vea la cara, pero voy a contarle en pocas palabras mi ausencia. Partí de Cucha para Concepción antes de salir el sol y, como de costumbre en mis viajes, no me detuve sino media hora en el molino del ciego y partiendo de allí llegué a Concepción a las cinco de la tarde.

Samuel, Mardoqueo y las niñas acababan de salir para la Catedral a presenciar la oposición del Cura Jarpa a la canonjía vacante. Mamita, hacía 6 días que estaba de Gualpen en los baños, así es que no encontré en la casa más persona que la vieja cocinera. A las 9 o 10 de la noche volvieron recién los dueños de casa, según me dijeron, habían estado de ramillete.

Dos días después hablé recién con Delfina quién como siempre se llenó de placer al volverme a ver después de dos meses. Principió por quejarse de su posición y hacerme cargos de lo poco eficaces que eran mis curas. Después hablamos un poco de las cartas que yo le entregué al despedirme para Chillán. “¡Pícaro! Bribón”, me dijo, sin poder ocultar el placer que le causaba este recuerdo, y que se traslucía en su rostro a pesar suyo, “me ha de pagar Ud. esa doble picardía”. Senté mis condiciones y el tratado de paz se hizo en ese momento. Solo me dijo que no le volviese a entregar cartas a nadie (a ella le convenía afectar esta repugnancia), yo insistí diciéndole que en la posición en que ambos se encontraban era indispensable esta clase de comunicación a falta de toda otra. “¿Por qué no se comunica conmigo de otro modo?”. “Ud. sabe ya, mucho tiempo ha, 4 años lo menos que lo conoce a él con su genio” ... “Qué se haga un sacrificio”. “Imposible, cuatro años se han pasado sin que se pueda conseguir lo que Ud. y todos deseamos, y se pasarán otros intentándolo en vano” ... En cuanto a mí, dijo que de nuevo era un injusto, un temerario, que las cartas que yo le entregué el día que partí le habían dicho todo lo contrario que yo, de la entrevista en Coronel ... Pero le interrumpí yo, “¿Ud. puede ver de quién es la falta en esta vez que yo estoy acá?”.

Días antes de partir para Concepción escribí a Mardoqueo y le incluí una para Da. Rufina Cansino ... que sin duda debía costar para que llegase a su título. Cuando Mardoqueo me contestó y no vi el contesto de la que incluí, rabié como un no sé qué y esto era un motivo que más me tenía fijo en mi posición hostil. Hoy recuerdo perfectamente la conversación que sobre esta carta tuvimos con la Rosita en mi cuarto. “Recibí”, me dijo, “la cartita y la entregué en el momento. Escribió la contestación y me la dio recomendándome mucho cuidado. Yo no quise entregarla a Dn. Mardoqueo de miedo que la viera, ni a Dn. Darío tampoco, creyendo alguna indiscreción, y más bien se la entregué al criado de Dn. Javier, que iba directamente donde Ud. estaba. Se pasó un día sin que fuese y al otro día me embromaron todas las demás criadas con la tal cartita que creyendo alguna cosa, se lo dije a ella, y al momento me dijo que le tornase la carta. Se la torné y no hallando después con quién mandársela, la quemé, de lo que me hicieron más burla todavía”.

Se ve pues por esto que mi carta no quedó sin contesto. Yo hice como que despreciaba todo eso diciendo siempre que todo era mentira y que, por lo mismo, estaba en no desistir de lo que había dicho hasta entonces, es decir, de proseguir en mi obstinación.

¡Tristes y felices recuerdos a la vez! ¡Nueva táctica!

La Dorotea buscando nuevo modo de arreglar el asunto me dijo que tenía que hablar conmigo en la noche siguiente. Habíanse convenido, por lo que vi, en dar un último golpe al que sin duda sabían ambas que no debía resistir. Llegué pues al cuarto de Delfina, como iba a cada momento cantando, pero me sorprendí un momento al ver que no estaba sola y que ella ... también estaba allí. Comprendí desde luego la trama de Dorotea puesto que no podía dejar de reírse de ver su buen éxito. Hablamos en seguida de todo y, sobre todo, de la entrevista en Coronel, diciendo yo que allí había estado más de tres horas, a lo que me respondió, “a Ud. le parecerían tres horas, pero en realidad que no fue sino un momento” ... Parece que todo se arregló como sucede en semejantes entrevistas, donde se olvida todo lo pasado para entregarse libremente a lo presente.

Al otro día me dijo la Rufina que me daba los parabienes, etc. Yo le respondí que se equivocaba y que faltaba lo mejor, es decir, una prueba de esa reconciliación. “¿Y qué prueba?”. “Pídele su retrato y dámelo por algunos minutos”. Me prometió traerlo esa misma noche, supe realmente que ella había ido a mi cuarto. Al otro día me dijo que había estado en mi cuarto con el retrato y que no me había encontrado. Yo aparenté no creerle y le dije que si en dos horas más no venía con el retrato, no volviera a hablarme más, pues que yo juraba no ser sonso por más tiempo, y que ya sabían que sabía yo sostener. Sea que esto exaltase su orgullo ... o sea que la Rufina no pudiese venir tan pronto, lo cierto es que no fue, y desde ese momento las hostilidades

volvieron en todo como antes. Mardoqueo rompió también ese mismo día, y como esto pasase tres días antes de venirme, no fui en esos tres días ni un momento a casa de Dorotea donde siempre las veíamos reunidas en pleno consejo. Esta separación mía de Dorotea, que no había sucedido antes, sin embargo de estar mal los negocios, les daba más en qué pensar pues, que se cortaba toda comunicación: habíamos convenido con Mardoqueo en decir que el año entrante nos íbamos al otro lado, como que extendimos la noticia y ha sido preciso confirmarla formalmente a todos los de la casa a pesar de ser una invención solamente. Llegaron ambas a confirmar su noticia preguntando a mamita, quién les dijo que realmente así pensaban sus hijos. Esto surtió el efecto que esperábamos y debió hacerles mucha impresión puesto que Dorotea me dijo al otro día en medio de las íntimas confianzas que ambos nos dispensábamos, “al cabo”, me dijo suspirando, “mejor sería olvidar todo, para que alimentar semejantes ... esperanzas puesto que Uds. ... se van al otro lado”. Dije que yo entre mí, no le falsifiqué la noticia, pensando sacar mejor partido en otra ocasión al prometerles nuestra permanencia a costa de inmensos sacrificios.

Hacia tres días que no veía a Dorotea desde el rompimiento, cuando al tiempo de montar a caballo para venirme, fui a despedirme de mi S. Juanita y la encontré a ella también. Al salir ya, me dio la mano y estrechándomela, me dijo, “vuelva luego”. En este estado han quedado las cosas de allá, más desavenidas que nunca y quien sabe hasta cuándo, será sin duda hasta que yo vaya, pero yo no iré luego.

31 de marzo

A las 8 de la mañana después de almorzar salí para Cucha. Al pasar por el pueblo viejo, me detuve un momento en casa de Rosario Fuentes. Salí enseguida y después de andar un poco más de la primera legua, vi que aunque tenía en mi frente el cerro de Cucha, había tomado, sin embargo por espacio de algunas cuadras, un camino que no era el real. Salí luego al camino y después de 4 horas de marcha llegué a Cucha, como siempre, al acabar de comer mi Tatita. Lo primero que me dijo fue si había encontrado a Mardoqueo en el camino. “Ha salido de acá a las mismas horas que tú”. “¡Maldita sea la Francia!”, dije ente mí, “¡qué desgracia! Tenía tantas cosas que hablar con él”. Sin duda lo herré cuando me detuve en el pueblo viejo o cuando me extravié algunas cuadras del camino. Él debe haber rabiado otro tanto al no encontrarme en Chillán.

Chillán. Sábado 1 de abril de 1848. Quirihue

Salí de Cucha para Quirihue al salir el sol. Llegué al Portezuelo, pregunté por Estuardo y me dijeron que andaba en Quirihue. Salí del Portezuelo y marché con todo el rigor del sol. Como a las 4 leguas encontré una mujer y un hombre con una carreta. Pregunté si llevaban sandías para vender y me dijeron que no. La mujer preguntó a mi mozo como me llamaba yo y después de saberlo, le dijo, “dele Ud. esta sandía para que se refresque”. Yo le agradecí y dije entre mí, “sin duda San Ramón la ha hecho parir con felicidad alguna vez”.

Llegué a Quirihue a las tres de la tarde. Es un pueblito regular con su plaza y casas muy lucidas, pero más seco y estéril que las arenas que atravesó Malek Adel con Matilde en brazos⁶⁷. Llegué a casa de Don Narciso Concha y entrando a la cuadra, me encontré con media docena de niñas. Cinco minutos después me dieron ya la guitarra y ... Al anoecer salimos a andar; yo me veía embarazado para arrear un semejante piño cuando llegó Merino y N., jóvenes de Quirihue. Por supuesto que yo toqué la mejor; a la vuelta encontré a Estuardo que me esperaba y convenimos en regresar al otro día, domingo por la mañana, al Portezuelo. Mi misión estaba terminada puesto que no encontré allí a los amigos Silva y Ciudad.

Domingo 2 de abril. El Portezuelo y una portesolana

Después de almorzar salimos con Estuardo para el Portezuelo. A una legua y media de Quirihue entramos a casa de un Sr. Gutiérrez a tomar agua. Encontramos a las dos niñas solas, y al entrar a la sala le di un pellizco a Estuardo mostrándole con la otra mano unas cuatro hermosas sandías sobre la mesa.

Un momento después de pasarse los saludos, dijo Estuardo, “Qué hermosas sandías, señoritas, serán de Talca, porque por acá no hay tan grandes”. “Son de acá señor, no son tan buenas pero voy a convidarles porque deben tener mucho calor”. Después que nos chupamos la sandía me pasaron la guitarra, que aunque un poco mala, no me fue mal. Enseguida cantaron ellas con grande asombro mío el famoso rompa el aire, mi acento doliente, que tantas veces o que todos los días oía cantar a mis primas de Capayán, Constancia e Irene [Navarro y Herrera]. En ese momento se me vino a la memoria este tiempo y esa vida tan diferentes ...

Sin pensar nos detuvimos 3 o 4 horas y salimos de allí después de comer bien y beber mejor. Llegamos al Portezuelo y nos encontramos allí con las tres hermanas de Estuardo que habían venido allí de la hacienda a poner el óleo a un niño de una de ellas casada con un argentino

⁶⁷ Una referencia a la novela romántica sobre las cruzadas: Cottin, Sophie, *Mathilde, ou Mémoires tirés de l'histoire des croisades* (París, 1805).

Sánchez. Estaban comiendo buena comida, pero nosotros no quisimos comer y desde luego los ojos principiaron a jugar sobre los platos su acostumbrado papel. Una de las hermanas solteras de Estuardo me agradó desde el momento tanto por su trato y viveza como por su cara y elegancia. Sobrinas del Canónigo Estuardo no debían ser muy atrasadas. ¡Qué ojos! Y fijos en mí ya de otro modo que cuando recién entré, me parecían y me parecen del todo bonitos. Fuimos un momento con Estuardo a su cuarto y volvimos a la sala del óleo. Ya estaba el cura de vuelta de la Iglesia y la cantora preludiando su guitarra. Me tocó el asiento que yo quería y ya quedé contento.

En seguida bailó mi nuevo ángel una zambacueca, ¡pero qué zambacueca! No he visto sino a la Rosita Pérez de Valparaíso bailar así. Después de verla bailar, no había qué hablar ya ... me acomodaba a todo respecto.

Faltaba solamente que ella me oyese tocar. Felizmente sabía distinguir lo que es bien o mal tocado, algo de música, etc. agregándose a esto que la guitarra era bien regular.

Portezuelo. Domingo 2 de abril de 1848. ¡Don Juan Marcos Ocampo y yo por recuerdo suyo!

Me pasaron la guitarra y a una seña mía se levantó Estuardo y dijo que yo no tocaba con malas, “y el tal argentino, como toca como nadie, tiene también sus regalías”. Arancibia, el dueño de casa, acaba de llegar de Concepción con su tienda y dijo que él tenía cuerdas romanas y entorchados riquísimos. Encordé mi guitarra a mi gusto y antes que tocase yo, dijeron que sonaba como un piano. Con esta buena entrada toqué el fandango de Aguado con toda la expresión y habilidad de un enamorado y de un artista. Mi triunfo era seguro, ni una mosca voló en el aire mientras yo tocaba. El cura y los demás parecían estatuas. En fin, concluí y el cura dijo primero que no se había imaginado nunca que se pudiera tocar tan maravillosamente. La Sra. de Sánchez dijo, “otra vez no más he oído tocar en toda mi vida como el Sr. a un tal Juan Marcos Ocampo, que me acuerdo de su nombre, de su cara y del lugar donde tocó solo porque tocó tan bien”. “Es tío de Navarro”, dijo Estuardo. La otra dijo, “ya había oído hablar mucho de los tres Navarro en cuanto a música”. Sólo mi ángel no dijo nada estando cerca de mí, se contentó con una ligera inclinación de cabeza, pero yo sabía que ella decía más que todas ...

Un poco después vino una casualidad como de molde para las circunstancias en que ya nos hallábamos. Buscando el cura con qué comparar una flor que le dieron, dijo que parecía amor seco. Dijeron algunos que no, que el amor seco era así, y asado, etc. “Y usted, señorita, ¿conoce amor seco?”, dije yo a ella. “Sí señor”, me contestó poniéndose colorada, como si yo fuese el primero que había nombrado amor seco.

Se infiere el curso que debí dar yo a estas primeras palabras de una conversación. Bailé en seguida con ella y una mirada suya hizo atreverme a estrecharle la mano. Dejó pasar sin decirme

nada. A las doce se sirvió el té con fiambres, etc. En todo el tiempo permanecimos en tertulia en la mesa y no me quitó los ojos ni un momento, sino era cuando yo encontraba con los míos los suyos. Nos retiramos a las tres. Haría una hora que estaba yo en la cama con Estuardo cuando oí sonar la guitarra en la puerta. No me olvidaré nunca la impresión que me hizo a esas horas, y con los anteriores sucesos, esa serenata, en el tono del tres, que no he oído sino en mi país, y cantada por ella. Sí, ella era, porque conocí el momento en su voz y su expresión de su alma capaz de todo ...

Lunes 3 de abril. Un cuartillo compuesto

El lunes 3 debíamos partir a un tiempo, ellas para su hacienda y nosotros para Chillán. Mi caballo se perdió por la noche y no salimos por la mañana. En el almuerzo nos quedamos en la mesa hasta las once y ya su viaje y el nuestro quedaron para la tarde. En todos estos ratos de demora se considera ya que no debo yo haber permanecido ocioso. En la siesta nos encontramos un momento solos y más atrevidos que la víspera, reiteré mi pregunta, “¿Con que Ud. no conoce amor todavía?” (suprimí el seco). “No señor”. “¡Es extraño!” “Pero no he tenido ocasión de conocerlo, por la segunda vez de mi vida me encuentro con personas” ... bajaba la vista a medida que hablaba. En otra ocasión, a propósito de madrina, “¿quiere Ud. deberme un cuartillo?”. “Sí, si Ud. va a tomarlo”. “Convenido”. Por la tarde ensillaban los caballos, ella me veía como nunca y yo más que ella. “¿Qué hará Ud. esta noche?”, le dije. “Estaré triste, recordando ... la de anoche”. “¿Quiere Ud. quedarse todavía una noche más?”. “¡Qué pregunta! Hemos tenido la suerte de conocer a Ud. y gozar de una noche, la mejor quizá” ... “No me hable en plural, nómbrese Ud. sola si quiere”. “Muy bien”. “Entonces yo le prometo que Ud. se quedará hasta mañana. Dios quiera”. En este momento entraba su madre y la hermana casada y les hablé de mi empeño, interponiendo todo mi influjo y que todos nos quedaríamos para la madrugada del día siguiente. Ni un momento vaciló la vieja y menos la otra hermana. Salimos a andar después de esto y ella siempre conmigo, aunque la fea balanceaba del otro brazo; hermoso paseo. La comida y la noche fueron lo mismo que el día anterior. Por la mañana del día siguiente, al despedirme, me dio la mano que estreché sin recelo, sus ojos me daban permiso. Le reiteré la promesa de volverla a ver. No me será difícil porque su hacienda está en camino de Concepción.

Chillán. Martes 4 de abril de 1848. Un asombro

Llegamos a Cucha con Estuardo al acabar de comer mi Tatita, pero no por eso quedamos sin comer. En el camino encontramos mi caballo, y sin acordarme que era el colorado que Dn.

Antonio Herrera me regaló, me puse a correrlo. Nos costó trabajo, pero al fin lo tomamos. Salimos de Cucha a más de las tres y llegamos aquí a las 8. Encontré a Darío lleno de alojados todos franceses, nueve entre todos, cuando antes no éramos más que dos. Leopoldo estuvo divino. Hizo pruebas y bufonadas que aún no se las habíamos visto. Con grande asombro de todos se comió un vaso entero saboreándolo como al más tierno bizcocho y después de concluirlo lo botó hecho harina como si lo hubiésemos molido en almirez y esto sin cortarse ni hacer siquiera el menor gesto. Aún conservo la arenilla del vidrio por particularidad.

Talca. 6 de abril

Hoy se volvió Estuardo al Portezuelo para irse de allí a Concepción a obtener de Dn. Ignacio Palma el permiso de comprarme toda la tienda.

Recibí hoy una carta de Samuel, de Talca, aún no ha llegado allá Mardoqueo. Ha comprado, me dice, de 3 a 4 mil pesos en gordura y charqui, parece esto un buen negocio, quién sabe. Dn. Manuel Ribera, cuyos negocios y testamento va a arreglar Mardoqueo, debe morir de un momento a otro. Dios disponga de él cuanto antes.

7 de abril. Fabio y yo

Aún no parece Fabio que se fue de aquí hace más de 12 días y que no iba a tardar sino 8. En ausencia de él, he principiado nuestra siembra con 40 yuntas de bueyes y por más que el barbecho es de 150 \$ no durará sino hasta después de pascuas. Recogeremos según los cálculos del mayordomo que ha sembrado ya otras veces estas lomas 2 mil fanegas. Para el venidero, pensamos hacer con Fabio una siembra de 300 \$ a lo menos. Mi amistad con Fabio es ya fraternal, digo si las amistades fraternales son como la nuestra. Amigos íntimos desde dos años a esta parte, en términos de partir de los secretos de cada uno, con las mismas ideas, con los mismos proyectos y esperanzas para el porvenir, era preciso que hiciéramos también comunidad de bienes. Desde ahora 2 meses tenemos ya compañía en todo si Dios nos ayuda, en 3 o 4 años saldremos de apuros.

Chillán. 12 de abril. Intendencia

Hoy debía haber salido para Qurihué pero llovió y dejé mi viaje para mañana. Tengo que asistir allí a 2 concursos y cobrar un pagaré de Ciudad. Ojalá que se me presente otra vez la

oportunidad de encontrarme con Estuardo, ya sé que su hacienda está a 4 o 6 leguas del Portezuelo. ¡Eh! 30 y tantas he hecho siempre por día, ¿cómo no haré 6 si me da la gana de verla? ...

Dos meses ha que Chillán es intendencia sin intendente, porque a pesar de haberse decretado ya, aún no llega el intendente. Sigue Chillán siendo como siempre, sucio y asqueroso, fanático e hipócrita (las niñas no dan el brazo y sin embargo no mezquinan ...). Escaso en medio de su decantada abundancia, en fin, atrasado como ningún pueblo. Hay veinte niñas para un joven y así no es extraño que yo sea el caporal y que no se hable entre ellas sino de mí y de mi guitarra. La grande influencia que tengo yo con mi guitarra no es extraño, pues que acá hay pocos pianos todavía y menos tocadores, todas se inclinan a la guitarra, así es que no pueden dejar de admirar mi habilidad de cualquier modo que sea.

Chillán. Martes 25 de abril de 1848. Mi viaje a Quirihue

El trece a las 7 de la mañana salí para Cucha. Me llovió a torrentes desde Chillán hasta Cucha y por capricho, o porque ya me mojé enteramente, no quise entrar en ninguna parte y me mojé hasta donde uno no puede más. Llovió el 13 y el 14 hasta la una del día. Salí apenas compuso y llegué al Portezuelo al entrarse el sol. El 15 (sábado) salí por la mañana después de almorzar y llegué a Quirihue a las 4 de la tarde. La familia donde me alojé en el viaje anterior estaba en el campo, y solo me encontré con Nazario Concha, también de la familia. Por la noche fuimos a oír la plática de los ejercicios. ¡Qué leseras! ¡Qué pobreza de elocuencia oratoria! Me acordé del otro lado y no encontré comparación entre aquellos oradores y éstos.

El domingo de Ramos me levanté a las 7 de la mañana; estaba lloviendo y así me fui a misa. Luego que principió el evangelio me acordé de este día en el otro lado, porque escogíamos la misa de F. Pedro que no se le permitía que rezase el evangelio de la pasión sino uno muy corto de dos o tres renglones. Salí a la una del día para la hacienda del Taiquén, llamada Huerta, donde vive la Dolores Estuardo, hermana casada de las niñas que vi en el Portezuelo. Estando mi misión concluida en Quirihué, no quise volverme a Cucha sin pasar a ver algunas amigas. Llegué a la Huerta a las 8 de la noche, y encontré ya a Dolores por acostarse. Mientras yo cenaba, llegó su hermano Ramón. Conversamos hasta las once y nos acostamos.

Ellas y yo donde pensábamos

Salí el lunes a las ocho de la mañana para el Totoral, la hacienda que tiene en arriendo J. Maro. Estuardo, padre de las niñas que vi en el Portezuelo. Llegué a las 12 al pasaje que tiene Dn. José Manuel González, cuya casa se levanta en un alto de 50 a 60 varas del mismo pasaje. Viendo

que la lancha estaba del otro lado, le dije a mi peón, “Voy a ver un momento a Dn. Manuel González, me avisarás cuando venga la lancha”. Subí a la casa y preguntando por Dn. Manuel, salió a recibirme. Se llamaba Dn. Manuel González, pero no era el viejo que yo tanto conocía, sino un sobrino hijo ... suyo, a quién también conocía pero no con tanta intimidad. “Ya que Ud. se ha engañado y que, debido a su engaño tengo la suerte de verlo en casa, quédese acá hasta que vuelva la lancha”. Consentí y previniéndole que su Sra. estaba actualmente en una especie de bodega que se estaba haciendo, me introdujo allí. Pero Dios mío. Cuando me había figurado jamás encontrar allí lo que era el objeto exclusivo de mi viaje. Como dije, ya encontré por casualidad a la tal casa que no había llegado jamás. Pues bien, allí encontré las niñas del Portezuelo y por quién venía desde doce leguas de distancia. ¡Qué sorpresa! ¡Pero qué gusto! y tanto mayor, cuanto que ellas ni yo lo esperábamos.

“Hace un momento que nos ocupábamos enteramente de Ud.”, me dijo la Sra. de González, “y por todo lo que estas señoritas me han contado de Ud., deseaba mucho conocerlo”. Respondí como debía a tan cumplido saludo y desde luego todo fue ya confianza y placer. Tatita me había hablado ya de esta Sra. de González por su amabilidad, diciéndome que una vez extraviado del camino, había llegado allí y que había recibido el mejor hospedaje tanto de González, a quién ya antes conocía, como de su esposa. Pidieron luego la comida, al mismo tiempo mandaron desensillar mi caballo, y buscar en seguida una guitarra. Se les conocía el inmenso placer que tenían todos enteramente, y a fe que les salí al pelo y a propósito, porque las niñas estaban allí de paseo. Como yo les dijese que mi objeto era solamente el haberlas visitado a ellas y su mamá (mentira en cuanto a la última) quisieron que la Sra. las llevase luego a su casa, que estaba del otro lado a 6 u 8 cuadras. Pero ella y González dijeron que la visita podía hacerse allí, gozando también ellos de la suerte que la casualidad les había brindado. Consentimos en ello y no se habló más. Se supone en que me ocuparía yo desde que comimos hasta entrado el sol, habiendo quedado la mayor parte de todo este tiempo solo con ellas ... A la oración nos sentamos a la mesa, ya en el comedor siempre tocándome a mi lado mi ángel, quién desde la primera mirada me entendió y respondió ya ... “naturalmente fue ella en aumento su simpatía por mí desde el día que me vio” (palabras suyas). Un momento después llegó Yelli el médico cáustico y comió con nosotros. Después de comer, fuimos a la cuadra donde tertuliamos hasta las diez, en que se retiró Yelli a dormir, y yo y las tres niñas, como aún no teníamos sueño, pasamos de nuevo al comedor. González, que embromaba tanto a Carlota, dijo que no le gustaba mucho que se sentase junto de mí. “¿Y qué dirá Ud. si ahora me ve escribirle unos versos acrósticos para Carlota?”. “Me mato”, me contestó, “de celos”. “Vamos a ver si se mata”. Y tomando una pluma, no hice sino copiar lo que antes en la mañana había compuesto en mi imaginación, y como eran acrósticos los versos, no dudaron un momento que fueran hechos para ella. De este modo hallé cómo hacerla tragar los versos con mi firma, que se guardó ella en el seno más tarde.

Al otro día resolvimos que la Sra. de González fuese a dejarlas a su casa. Nos embarcamos y saltamos en tierra del otro lado del río. De allí teníamos que andar 12 o 14 cuadras de a pie. La Sra. tomó del brazo a la otra y me cupo a mí la suerte que tanto esperaba ... ¡Qué 12 cuadras! Media cuadra se me hizo ... Hablamos de los versos ... dijo ella que por qué había mentido tanto en ellos ... Concluí yo por decirle, después de muchas otras cosas, que quemase esos versos puesto que tan obstinada estaba a creer lo que le juraba ... “Eso sí que no haré, la ilusión siquiera”. A este tiempo llegábamos a la casa. La Sra. se volvió luego a su casa. Yo me quedé hasta el otro día. Durante el día y la noche no hicimos más que mirarnos y entendernos ya sin ningún recelo. Al otro día miércoles no pude salir porque amaneció lloviendo. En un pequeño momento que quedamos solos le dije que el agua no me impedía partir sino ella. Se puso colorada y bajó la vista, un momento después, como yo me riese, me dijo, “¡pícaro embustero, no sé qué placer encuentra en engañarme!”. Por la noche, a la oración, estaba yo sentado junto a ella casi tocándonos. Aún no habían puesto vela y la fea salió a decir que trajeran. Quedamos solos ... Pero qué instantes ... se abandonó enteramente a la fuerza de sus sentimientos, y con las palabras entrecortadas por la emoción, me dijo en contesto a cuanto yo le acababa de decir, “Ud. no debe dudar ya que yo soy una de tantas que Ud. habrá engañado ... Pero que remedia Ud. con engañarme ... Realmente ahora sufriría mucho si ... si supiese que me ha engañado”. Tomé su mano y la estreché por toda respuesta. La vela entraba en el momento alumbrando la flaca cara de la fea. Un momento después entró el viejo, la vieja y llamaron a rezar. Este viejo es enteramente un puritano de los de Walter Scott. Después del rosario llegó Arsenio, hermano mayor de las niñas, y en seguida nos sentamos a la mesa. No he visto nunca una persona más completamente alegre que Carlota esa noche. La comunicación duró casi toda la noche por medio de los pies debajo de la mesa. Mil veces consultó el oráculo, buscando si lo que le habían dicho era verdad y como hallaba siempre la respuesta como la buscaba, saltaba en su asiento y me miraba llena de alegría. Al otro día, al tiempo de despedirnos, estuvo muy triste, me dijo que cuándo me volvería a ver. En fin ... despedidas no describo yo ... Me alargó su mano que estreché con todas mis fuerzas y salí ... Volveré pronto, caramba ...

Jueves Santo

Sin cesar de galopar, habiendo salido a las ocho, llegué a lo de Daza a las 11 y media. Me embarqué y salté en tierra a las 12. No dejé de galopar un solo momento, y llegué a Cucha a las 2 de la tarde, un poco más. Como era Jueves Santo, mi Tatita me hizo dar una buena comida, pero de ayuno. Al otro día, viernes santo, salí de Cucha un poco después que el sol y después de galopar sin cesar y mojarme bastante en los ríos, llegué acá a las 12 en punto. Pregunté por Mardoqueo y Samuel si habían llegado a Talca, y me dijo Darío que ni noticias tenía. Entré a la

tienda a no sé qué cosa, cuando de repente, qué agradable sorpresa. Me abrazó Mardoqueo por detrás pegando un grito al mismo tiempo. Había llegado diez minutos antes, y viéndome venir a mí se había ocultado para sorprenderme.

*Chillán. Viernes 28 de abril 1848. Yo, Mardoqueo y Samuel el
Viernes Santo*

El viernes santo 21 de abril llegué, como dije, a las 12 del día a Chillán y encontré a Mardoqueo de vuelta de Talca. Pregunté por Samuel, quien debía volver con Mardoqueo. Este me dijo, preguntándole yo por Samuel, “quizá llegue hoy también, nos separamos ayer, ambos concluimos nuestro negocio, él compra 3.600 \$ de cecina y yo enterré a Don Manuel Rivera después de haber arreglado sus negocios”. “Y yo”, le dije, “no he enterrado a nadie por más ganas que he tenido de matar y enterrar a Silva o a Ciudad por sus pagarés”. En la iglesia Matriz había ya un inmenso gentío esperando el sermón. Yo habría querido oírlo (aunque me presumo que sólo habría oído barbaridades, en lugar de la elocuencia de los oradores de mi país) pero nos sentamos a comer, y después fue ya imposible entrar. A las 7 de la noche aún no nos levantamos de la mesa cuando Samuel sentó, en medio de todos, sin hacer el menor movimiento, ¡qué sorpresa! Qué gusto, los tres llegar de diferentes y opuestísimas direcciones en un solo día y viernes santo. Por la noche, tan solemne en mi país, tan imponente como llena de hermosas ilusiones y transportes, no hicimos más que conversar un rato entre todos, inclusive Darío, y después acostarnos hasta el otro día; harta necesidad teníamos.

El Domingo de Pascua tuvimos todos un paseo a caballo, a tomar empanadas al pueblo viejo que estuvieron bien buenas. También nos acompañaba Fabio y Santamaría. De vuelta comimos juntos, siempre con la acostumbrada bulla y contento. Nos acostamos a las doce; se nos pasó el tiempo en hacernos cosquillas y morirnos de risa sobre cualquier disparate que hablaba alguno.

El miércoles 26 salieron para Cucha, Samuel, Mardoqueo y Darío; este último debe quedarse allí y los otros pasar a Concepción llevando a Parmenia, Aurelia y al bribón de Aníbal a Concepción. Ya acabaron sus vacaciones. He recibido una carta de Juan y me incluye una de ... Rufina en contesto a otra que yo escribí 3 meses. Está llena de ternezas y quejas, la volveremos a leer después.

La vieja Catalina Barriga había muerto momentos antes de llegar mi tío Domingo de Valparaíso, siempre le tocan escenas tristes ... Pero aparte de todo, la Delfina queda ya libre de un estorbo para su vida de joven ... es decir, una que otra tertulia a que no asistía por la enfermedad de su abuela. Una vieja enferma y sin remedio. Llévasele el diablo cuanto antes, ni sana, ni muere, ni se divierte, ni deja a los demás gozar de lo que la juventud concede y regala, etc.

Chillán. Sábado 29 de abril 1848. Un baile en Chillán

De varias noches que se han reunido aquí todos los jóvenes a jugar lotería, me he encontrado yo ayer con la inmensa ganancia de 10 \$. Sin atinar a emplear mejor un capital tan mal adquirido, propuse a los demás jóvenes que diésemos un té a las niñas, que buenos meses hacían que no tenían más que ejercicios y sermones los domingos y que contribuyese cada uno con la módica cantidad de un escudito. Una algazara levantada entre todos fue la respuesta que dieron aceptando desde luego mi proposición. Hoy hicimos la lista de los que debían suscribirse, pedimos la casa e hicimos el presupuesto de los gastos que no pasan de 36 \$ para una cosa bastante buena. Hemos hecho una lista de los jóvenes del pueblo invitándolos a que se suscriban, veremos lo que dicen. Lo malo que hay en todo esto es que todos descansan en mí sin que quieran sacar la cara para nada, a excepción del abogado Barredo, que se ha ofrecido a ayudarme en todo. Voy a pedir los muebles y hacer la invitación al mismo tiempo para mañana.

Estoy de vuelta y muy contento, no tanto por el buen éxito de lo que iba a solicitar, cuanto por el gusto y reconocimiento con que todas las principales familias del pueblo han aceptado el obsequio, con tanto mayor gusto cuanto que les he dicho que el tal baile es en celebración de su provincia. El Gobernador y otros empleados me han dado las gracias en términos muy políticos, y me han rogado al mismo tiempo que acepte alguna suma de ellos para hacerlo más solemne. Yo con mi segunda intención de dejarlos obligados para otra, no he querido aceptar nada. Tengo ya todos los muebles necesarios y más con una cosa que no han tenido nunca acá, una música de viento. Con algunos seis o más músicos conocidos míos que se han venido de Concepción y algunos retirados que había aquí, hemos completado lo que se dice una música y gracias al riquísimo instrumental que tenía aquí el Gobernador, ha quedado todo completo. Ya los hice tocar esta mañana y está todo completamente bueno.

30 de abril

Los jóvenes del pueblo viejo no han querido suscribirse diciendo que qué les importaba a ellos de lo que pasa en el pueblo nuevo. La lista tenía que pasar por mano de todas las familias para que viesen el nombre de los que se daba el baile. A los que daban o suscribían les poníamos en seguida al margen lo que daba y como los del pueblo, estando mezclados con los de acá, no han querido suscribirse, les hemos puesto ceros y ceros para que al sumar la cantidad que hemos recogido contemos los ceros en lo que ellos valen, y también para que se avergüencen de las familias que van a ver la lista.

Son las doce del día y recién vengo a desayunarme. Yo sólo me he ocupado toda esta mañana del acomodo del salón. Seis y ocho jóvenes había conmigo entre ellos Fabio, pero como éste,

todos incapaces para esto y menos para sacar la cara y pedir lo que falta. En fin, falta ya muy poco que acomodar y aunque el día está lluvioso, siempre lo daremos a la noche.

Son las 6 de la tarde en que nos desocupamos con Barredo del acomodo del salón. Yo he tenido que limpiar y armar seis lámparas solares pues que ninguno entendía el mecanismo, y los dueños de ellas no las habían limpiado jamás, por no desarmarlas. Barredo se ocupaba de otras minuciosidades como de picar papel para los blandones, de arreglar los floreros. Ahora acabamos de salir a vestirnos, porque si no vamos nosotros a recibir a las señoras que llegarán a las 7 y media, no habrá quién lo haga de tantos jóvenes como hay. Aunque acaba de dejar de llover y hay mucho barro, sin embargo tenemos que dar el baile con las que concurren. Nada le falta al salón para que sea el de un baile magnífico. Ricos alfombrados de tripe con sus equivalentes silleas, mesas también muy buenas, seis lámparas, fuera de una de seis luces sostenida por un hombre de bronce, ricos blandones con mejores velas de esperma, floreros, etc.

Lo que más nos ha costado ha sido completar el servicio del té y de dulces para tantas personas. Pero al cabo, tendrán que acordarse de mí y de todos, pues que con tanto ardor por su provincia, ni el Gobernador ni nadie se ha acordado de celebrar tan importante suceso con una tertulia siquiera. Es verdad que el espíritu público, como en Concepción y la pesadez propia de todo el país más que ...

Chillán. Lunes 31 de abril de 1848. Personalidades entre los dos pueblos

Pasó anoche el baile que va a ser por muchos días el objeto de las conversaciones de Chillán. Aunque no hubo mucha reunión por el tiempo, hubo sin embargo la suficiente para divertirse perfectamente. Asistieron las primeras familias del pueblo. El Gobernador y su familia, la de Don Ramón Zañartu, Comandante Cantos y familia, Don Guillermo Cruz y su familia, las Ojedas, las Jiménez, Arraus, etc. Después de la primera contradanza nos retiramos con el Gobernador a un extremo del salón a conversar un rato. Luego hice rodar yo la conversación sobre la negativa de los del pueblo viejo y pinté con los colores más negros y horrorosos las funestas consecuencias que podrían resultar a los dos pueblos de esa rivalidad o enemistad que se tienen. “Podían señor,” le dije, “dejar esas personalidades y enconos para circunstancias más a propósito y no hacer alarde de ellas cuando hay extranjeros por cuyo respeto siquiera debían moderarse. Tanto peor me parece esto cuanto que la causa del baile debía ser muy honorífica y plausible para todos. En una palabra, señor, es un escándalo para los demás pueblos vecinos, que dos que se componen uno, y que están divididos más que por dos o tres cuadras, traten con tanto escarnecimiento de destruirse uno al otro, siendo que más que los demás pueblos necesitan de su mutua cooperación, empeño y espíritu público para adelantar, pues que ambos están por ser recién”. Estas y otras cosas dije al Gobernador, quién se exaltó muchísimo, diciendo que

era de la misma opinión y que trataría de hacer sentir a los del pueblo viejo su resentimiento por lo que habían hecho. Parecía que jamás habían estado con más humor todos. Solo el mío era fingido, y trataba de ocultar bajo de un contento mentido, la tristeza que me devoraba. Al momento de oír la música mil recuerdos agradables otra vez se me presentaban a mi memoria para no dejarme ya ni un momento de placer. Cada contradanza o cuadrilla me recordaba ... Pero quién sabe si cuando yo me batía con estos tristes recuerdos, había otras personas, que más contentas que yo, no se acordaban de aquel tiempo sino como uno de tantos sucesos indiferentes a la vida ... A las dos y media acabó el baile con la canción argentina entonada por todos a un tiempo y diré, no tuve más momento de placer que cuando cantaba y oía cantar guerra, guerra, guerra y muerte al tirano Rosas. Yo, Fabio y Santamaría nos vinimos juntos a casa, tomamos café a esa hora y desde entonces hasta el otro día nada, me sucedió.

3 de mayo. Los fletes en invierno

El martes primero fui a casa de Reyes (a 4 leguas) en busca de tropa para Concepción. Iba prevenido porque sabía que necesariamente debía decirme no. Pero estuve con él tres horas durante las cuales no dejé de hablar, y al cabo y al fin lo enredé y salí con mi contrata. Ayer fui a ver otros dos Acuña y Vargas (4 leguas de aquí), no fui feliz con ninguno de estos como con Reyes, sin embargo de haber trabajado con tanta habilidad; realmente era imposible. Salí de allí con el sol dentro. A la ida me había perdido como que nunca había andado por semejantes alturas, no era extraño que a la vuelta, con una noche tan mala, no me hubiese sucedido peor. Me extravié y sin saber a dónde iba, fui a salir cerca del pueblo viejo a las ocho de la noche. Pasé por casa de Don Ramón Zañartu, y vi por las ventanas del comedor que aún estaban en la mesa llenos de gusto entre vino y bellas ... ¡Que diferencia! Me dije, apenas puedo tenerme andando hoy más de 20 leguas y extraviado de noche por caminos desconocidos, y sin más compañía que mil recuerdos de mi país, de mi familia. Casi no dejé cosa que no resolví en imaginación anoche, mientras que caminaba por esos desiertos entre tinieblas, y sin otro ruido que el espolazo que de vez en cuando daba a mi caballo. Si se figurará Samuel lo que me cuesta el encontrar flete para cien cargas de cecina a principios de invierno. Si se figurarán todos en las alturas y situación en que me hallo. Don Ramón me ha dicho que no encontraré flete jamás.

4 de mayo

He andado todo el día sin descansar y nada he avanzado. Ya pocas esperanzas me quedan, pero caramba, si no encuentro habré al menos hecho lo que humanamente es posible hacer. He

pasado por cosas y trabajos que en otras circunstancias ... no las habría pensado siquiera. He sufrido mucho caramba, pero lo haré valer ...

Chillán, viernes 5 de mayo de 1848

Hoy salí de casa antes que el sol, y estoy de vuelta a las dos de la tarde. Todo este tiempo lo he ocupado en correr de una parte a otra en busca de flete. Me fue mal con todos. El último que vi estaba con su carga en el patio para salir mañana para el Tome, pero el empeño que llevaba pasó a ser en mí, capricho y dije entre mí que no saldría de allí sin que me fletasen. ¿Qué haría para vencer los justos imposibles de ese hombre? Pues bien, los vencí. Dijo por fin que sí, el capataz de la tropa después de ver la carga decía que sí, que el trato quedaba cerrado. Nos venimos con el capataz y antes de mostrarle la carga le he hecho dar de comer y regalado algunas frioleras. Ha visto en seguida la carga y cerrado trato conmigo.

6 de mayo

Don Ramón Zañartu, el mismo que tantas veces me ha aconsejado que no busque tropas en balde, acaba de cerrar contrata conmigo por 56 cajas que saldrán el lunes a más tardar. De 400 mulas que tenía, ha sacado esas pocas para fletármelas. Ya está completa mi carga, y según todos, he hecho lo que jamás se ha visto, encontrar fletes en invierno, y para cecina. Dios quiera que lo demás salga bueno.

7 de mayo. El malón de Chillán

Son las 9 de la noche y vengo de la plaza con Darío. Los jóvenes de quienes he sido hasta ahora el principal jefe, me han conocido a pesar de que huía de ellos disfrazado. Esta noche dan al Gobernador lo que ellos llaman un malón, y es que se reúnen todas las niñas y jóvenes y acompañados de la música, van de visita a la casa donde piensan divertirse, y el dueño que de antemano está anunciado, los recibe y he ahí formado el baile. A esto era lo que todos los jóvenes me obligaban ahora como su jefe diciéndome que no harían nada si no consentía en ir. Realmente me aprecian mucho todos ellos, y yo lo mismo para haberles contestado abiertamente no, y que dejasen de divertirse por mí. Les he dicho que vengo a vestirme y todos han partido ya a la casa del Gobernador. Los he engañado. No pienso ir más, ni contribuir con nada (mal digo, contribuiré pero no asistiré) a baile ni tertulia de

ninguna clase. Para esto se necesita estar alegre, conforme a lo menos, y sobre todo, tener allí el objeto de su amor.

Para mí el baile o malón no sería un pretexto para una cita, pero aquí de veras, para mí, no tiene objeto, me fastidia, me cansa, al contrario. No sé qué es lo que ellos y todos llaman divertirse con niñas, y realmente se divierten aunque estoy profundamente convencido de que ninguno de ellos dice una palabra de amor a ninguna de las que van allí. Sin amor, sin ilusión, sin esperanza de amor siquiera, no hay nada, nada para mí cerca de las niñas, aunque sea entre millones de ellas ...

10 de mayo. El día más apurado de mi vida

En los días de mi vida no me acuerdo que haya tenido nunca un día más afligido y penoso para mí. Ni en medio de las crisis de la guerra y las matanzas horribles de mi país he estado más trastornado que hoy. Es cuanto puedo decir. Y el motivo parece sencillo a primera vista. He tenido que despachar tres arrieros a un tiempo. Los tres peleaban por levantar la carga de charqui, diciendo cada uno por su parte, que no levantarían ninguna, pues que se les había prometido darle esa. Omito cuánto hice para que convinieran en levantar cada uno la que yo le diese. Un momento después cada uno me pedía chiguas, “que le era imposible manejar [sic] la carga sin chiguas”. Yo no tenía ninguna ... Convenimos en que irían sin chiguas. Mientras sacaba cada uno su carga, las panzas de grasa que habían sacado primero principiaron a derretirse. Cada uno me decía, “gangochos, señor, pellejos para cubrir esas panzas”. “No tengo”. “Qué haremos señor, entonces se pierde mucho”.

Que se lo lleve el diablo, ¡no le encuentro remedio! Son las 2 de la tarde y hará ya media hora que salieron esos carajos. En medio de todo este laberinto había otro joven con quien tenía que cerrar un trato por un negocio de tres mil pesos y que me hacía propuestas y reflexiones sobre esto, a un tiempo con los arrieros diciendo que él también tenía que salir en ese momento, y que quería saber mi última resolución para volver ... “¡Carajo!”, le dije, “¿cómo quiere que tratemos por entre paréntesis de un negocio que vale más que Ud.? Váyase Ud. a los infiernos, vuelva si quiere y sino, poco me importa” ... ¡Oh! Caramba, solo yo sé lo que he sufrido hoy.

Chillán. Domingo 14 de mayo de 1848. La sociedad y sus costumbres en Chillán

Hoy se da en casa de Don Ramón Zañartu otro malón o tertulia, donde concurrirá el pueblo. Ayer me dijo Don Ramón que si quería hacer como el otro domingo y dejarlos solos cuando

tendrían 4 niñas para un joven, y que los jóvenes no pasaban de 8. Muchas otras veces ha tratado ya Don Ramón, a la par de Barredo y de todos los jóvenes, hacerme desistir de mis propósitos “de no concurrir más a baile ni tertulia en Chillán”, pero es imposible. Don Ramón es el empeño más fuerte que podían ponerme, pero no el suficiente para hacerme desistir. Con sentimiento por estas personas que aprecio aquí, he visto que esta porquería de sociedad no es para mí, ni para ningún otro joven que no sea de Chillán. Lo digo sin ningún resentimiento y sin motivo particular de queja, puesto que evidentemente conozco el primer lugar que ocupo entre las niñas y los jóvenes. No puedo yo, por carácter, vivir entre gentes hipócritas, fanáticas, inciviles, sin que mi boca se desate en una crítica horrorosa, agria e impropia si se quiere, no puedo tolerar cómo los demás, por sólo el pequeño y ridículo motivo de bailar con ellas y divertirme como ellas llaman. Siendo los jóvenes los que debían sentar costumbres y promover el adelanto de su pueblo, se dejan dominar de ellas y dictar a su capricho los usos y costumbres establecidos en ellas por frailes tan ignorantes y fanáticos como ellas, y por viejos cuyos principios arraigados con la ceguera del más exaltado puritanismo no admiten tolerancia. ¡Las niñas acá no dan el brazo sino a su padre y hermano! Pero en trueque las niñas solteras hasta las de 10 o 14 años tienen la libertad de ir solas a las iglesias ... a la siesta ... a seis u ocho cuadras de distancia de su casa, y de noche a oír el sermón de fray Benito con la cocinera o con Sra. Loreta, la horrenda dueña de un bodegón de la vecindad ...

Si se sale a un paseo a pie (me ha sucedido) los jóvenes van atrás con los viejos y las niñas en cuadrillas como cabras adelante ... El que no reza en la iglesia en voz alta, después de la misa del trisagio y las siete palabras, más los gozos de María Santísima y los de San José, es hereje, infiel, peligroso ... Oh, es imposible que se acuerde de tantas otras religiosidades sino estando en sociedad con ellas ... No dan el brazo para dar otras cosas y besan cada día la oreja de fray Benito que con todo un ministro del altísimo que es, no impide con sus sanos consejos la enfermedad de la niña a los nueve meses.

No dejan a sus hijas dar el brazo, pero las llevan a la ventana o mosquetería de un baile y las dejan envolverse allí entre la multitud de esa gente de mosquetería ... y esto lo he visto hacer siempre, más entre las personas más timoratas y cuya religiosidad les ha impedido dejar que sus hijas entren en el baile que están presenciando.

Todos entran a ejercicio, se confiesan y comulgan durante la cuaresma, pero estos dos augustos y poderosos sacramentos no impiden que el domingo de Pascua se arrastre el pueblo en los mayores desórdenes y obscenidades y la religiosa aristocracia en disolutos festines donde no duran dueños de sus sentidos y acciones, sino el tiempo que ha tardado la chicha baya y el chacolí en hacer sus efectos en sus cerebros ... Horrorosas cosas he visto y estando o viviendo con los dos médicos de la ciudad ... Y así ¿me he de abajar yo hasta igualarme con esta sociedad y hacerme el sordo y el ciego como los demás jóvenes, que quizá conocen, como yo, sus defectos, por solo el donoso objetivo de pasar buena vida bailando y divirtiéndome? Veo que esto es

filosófico, pero mi carácter es más novelesco que filosófico si voy a verlo bien, y no puedo, no está en mí el mentir filosofía que no siento ...

Segundo malón, tercer baile

Son las once de la noche en que llego de las ventanas del salón donde se da el baile. Cubierto con una manta indiana hasta los talones y un sombrero hasta las orejas, fui con Darío que llevaba el mismo vestido, a ver el baile. He visto ahora repetirse lo mismo de que me quejo. Una señora conocida por su religiosa estrictez, y a quién convidándola yo para el baile pesado, dijo que ella no dejaría asistir a sus hijas, con quienes he pechado a la par de la muchedumbre, y cuyas groseras reconvenções recibía como uno de tantos insolentes que se agolpaban sobre ellas. Dudando todavía de lo mismo que estaba viendo, pregunté a Darío si conocía a esa Sra. y niñas. “Es”, me contestó, “mi Sra. M. A. y sus tres hijas” ...

Chillán. Lunes 15 de mayo de 1848. La mosca en el baile

Se deshacen bailando. La que mejor está vestida, o diré, la estrella en medio de tinieblas es la mujer del Capitán Barbosa, es verdad que es santiaguina y su modo de vestir, bailar y más que todo sus modales, forman un ridículo contraste con todo lo que se ve en las demás. Ridículo por parte de estas bestias que, como en mayor número y más guapas y potentes, confunden entre ellas la pequeña imagen de la elegancia y el buen gusto. Fabio y algunos otros amigos han estado una vez a dos pasos de mí y ninguno me ha conocido. Cantó la Barbosa un aria, ¡en qué alturas! lo hizo divinamente y con toda la dulzura y expresión que dan al canto la sensibilidad y el amor dignos hijos de un alma, no de Chillán. Sin duda ninguna, nadie comprendió lo que cantaba, y quedó sin su justo aplauso una cosa tan buena. Pero ella ignoraba que había alguno muy cerca de ella, en las ventanas, cuyo corazón hacía latir en medio del entusiasmo e interés de que estaba animado a su favor ... En fin, los bailes se siguen sin intervalo de ni un solo domingo, todo estaba en que principiásen. Se prepara el baile para el 21 o 22 de éste en casa de Dn. Gonzalo Gazmuri.

20 de mayo

Hoy me han convidado expresamente para el baile siendo que a los demás no los han convidado por ser cosa de malón. No puedo ir sin faltar a Don Ramón y el Gobernador a cuyos malones

no he asistido, es verdad que en esos no hay el motivo que ahora, pues que el Sr. Gazmuri me convida y con éste no tengo la satisfacción que con Don Ramón para decirle que no. En fin, veremos ...

24 de mayo. Un primer paso y quién sabe a dónde ...

Estuve en el baile de Gazmuri y no me pesa, ¡caramba! ... ¡Estaba allí la Barbosa! ... No sé por qué mis ojos no se engañan jamás, la he visto y tratado dos veces solamente antes de este baile y ya me pareció que no le era indiferente ... Antes de irme al baile encontré en el bolsillo de mi fraque, al sacar el prendedor de guantes, una hermosa naranjita china. Recordando sobre quién me la había dado, me acordé al fin que era regalo de mi hermana Emilia. Viendo entonces que podía disponer de ella a favor de otra, se me vino al momento una idea que puse en planta. Rasgué una hoja de papel de seda muy fino y escribí en un instante las locuras o impresiones del momento ... Envolví la naranjita en el papel y salí. Al entrar en el baile abrazaron mis ojos toda la escena de un golpe, allí estaba la Barbosa ... Se adelantaron a mí Don Gonzalo y el Gobernador, diciéndome, “Pero ¿qué se nos haría el primer motor de los malones? Nos ha puesto en el campo de batalla y ha excusado su cuerpo” ... Di mis excusas y tomándome el brazo el Gobernador nos fuimos a la pieza de los hombres. “No pensaba nunca”, me dijo, “que Ud. hubiese faltado al malón que se dio en casa, siendo que los jóvenes que fueron allí, solo Ud. visitaba la casa”. Mentí o me excusé como pude sobre la causa de no haber ido y al ruido de contradanza nos separamos. Se pasó la contradanza que bailé más por fuerza que por voluntad con la dueña de la casa ... Al fin llegaron las cuadrillas en que estaba en baile yo con ella ... bailamos o enredamos más bien el baile y las figuras con nuestra conversación ... Le dije que ella sola me haría quebrantar un propósito a que no tenía ganas de faltar, quién sabe qué más le diría ... Me respondió que ella también había venido por condescender solamente, “¿y ahora le pesa a Ud. hallarme aquí? Le interrumpí”. “¿Y a Ud. le pesa?”. “De ningún modo, ¡estoy muy contento!”. “¡Yo también estoy muy contenta!”.

Siguió un apretón de manos ... otros más y se acabó la cuadrilla entre linduras de la laya ... Quedamos en el baile para la primera polka, como no había sino ella y yo que la bailábamos como se usa, no era extraño que nos viesen salir otra vez, y más después de dos o tres bailes. Se tocó la polka y salimos. Qué cintura tan torneada y tan delgada ... al principiar a bailar tomé su mano izquierda y puse adentro el misterioso paquete. “¿Qué es esto?”, me dijo, tomándolo. “Más tarde sabrá, perdone mientras, pero debe figurarse desde ahora que una dádiva de cualquiera clase que sea, ¡no debe quedar sin recompensa!”. “¿Y qué quiere que le dé yo?”.

Chillán. Mayo 25 de 1848. Quién es ella ...

“¡Oh! Ud. sabe más bien a lo que debo aspirar, y lo que Ud. debe darme”. Estreché su linda mano al decir esto, y sentí también estrechar la mía, aunque muy suavemente. Bailamos otro momento y al irnos a sentar, le dije, “¿con que no me da Ud. Nada?”. “Sí, cuente con el doble de lo que vale su regalo, cualesquiera cosa que sea” ... Más tarde llegó el humor a tal punto con los licores que el baile se declaró en chingana, nadie se fijaba en los demás. Me senté al lado de ella, y le pregunté que por qué estaba tan triste. “Ud. tampoco está alegre”, me dijo. “Yo tengo motivo para estar triste cuando Ud. tiene para lo contrario”. “Se equivoca, yo sólo sé lo que sufro y nadie más”. En el curso de esta conversación arranqué confesiones que no esperaba. Como pensaba yo, su casamiento había sido puramente convencional. ¿Y cómo podía ser de otro modo? Una niña de 16 años como ella, bonita, bien educada en música y trato, de una familia distinguida, y casada con un simple oficial de batallón que además de feo y oscuro en su linaje, es sin gloria ni nombre militar ... Comprendí realmente que debía tener recuerdos muy tristes. Salida de Santiago y metida en Chillán entre un batallón. Después de hablar mucho, después de estas confesiones con tanta sencillez, me respondió a lo que yo le dije, “¡oh! eso es lo que me entristece más ... una barrera inmensa media entre nosotros, y sin remedio debemos olvidarnos el uno del otro ... ¡padeceremos más de lo que gocemos!”. Con qué orgullo salí del baile, siendo correspondido por la Reina de allí.

28 de mayo. Un heroísmo, obra mía y por ella

Anoche hice una de las expediciones más bonitas que podía haber hecho aquí. De veras que la Barbosa me hace pensar en ella más de lo que esperaba. Aún sin atinar el modo de verme con ella; y más todavía el modo de entregarle mi comunicación, escribí un medio pliego de papel vaciando en él cuanta locura cabe en un amante exaltado. Doblé mi papel en términos que podía taparse con dos dedos, tan chico estaba doblado. Viviendo ella a ocho o diez cuadras de la ciudad en su quinta, ¿quién se animará a ir allá y acompañarme? Haciendo estas reflexiones, salí de casa y me dirigí a casa de Don Pedro Contreras donde debía estar Leopoldo dando lección de francés a los jóvenes que pensaba conquistar. Encontré allí al abogado Barredo (mi más íntimo amigo) a Cerbello, a Leopoldo, Contreras, Bravo. Al entrar rasgué mi guitarra que llevaba bajo mi capa y con la mayor formalidad hice la invitación para que fuésemos a casa de Barbosa a un esquinazo. Ninguno hubo que aprobase tan disparatado proyecto. ¡Andar diez cuadras decían, fuera del pueblo con una noche tan mala, de a pie y con tanto barro! Me era preciso conquistar uno siquiera para resolver después a los demás. Conquisté a Barredo y se puso a mis órdenes. Necesitaba de Leopoldo porque él solo debía ayudarme a cantar la canción

que era en francés, y aunque lo vinieron a llamar para un enfermo, se puso también a mi disposición. Necesitaba después de Cerbello, sin él se frustraba todo mi plan, en fin, él debía tocar la polka en que ... Contreras, que es más paciente, debía sufrir el sólo del viejo ... y también accedió. Salimos al fin a las ocho y después de mil maldiciones con el barro, con los perros, con la distancia, llegamos allí. Cantamos en coro y entramos en medio de los agradecimientos. Pasaré en silencio las palabras sueltas y las miradas llenas de ternura. Bailaron zambacueca, y me instaron a mí a que hiciera lo mismo. Yo dije que bailarían polka siendo tan estrecha la estancia. Insistí con que era bueno que aprendiese las nuevas figuras que se usaban, en fin ... triunfé ... Salí a bailar y tomé la cintura y la mano que deseaba ... “¿Por qué está Ud. tan triste?”, me dijo. “Ya Ud. lo sabe mejor y acabará de comprender todo lo que sufro cuando lea eso”. Y al mismo tiempo introduje en su mano mi correspondencia. Ni sé si bailé, o no bailé, al tiempo de sentarnos le estreché yo su mano y ella correspondió con lo mismo. ¡Qué linda estaba! ... Ella es el objeto de la conversación de todo Chillán, de los jóvenes y de las niñas y los primeros dicen que no hay ninguna mejor, más elegante, ni que baile más bien, las otras quieren vestirse como ella, llevar el ramo o la corona como ella, en fin, imitarla en todo. Caramba. ¿Quién no arde así por un conjunto de gracias y atractivos? ¡Y aquí en estas alturas! ...

Chillán. Domingo 4 de junio de 1848. Un momento de placer

Son las 4 de la tarde en que acabo de llegar de casa de Barbosa. Dije que hoy debía salir para Concepción y fui a traer las cartas que mandaba la Barbosa a Santiago. Ella sola sabía que mentía y que no debía salir ni en ocho días más. Me entregó dos cartas y noté al momento que una venía abierta. Puse en mi bolsillo de levita las cartas, y después de haber comido a fuerza alguna cosa, me salí de allí.

¡Qué placer tan grande he tenido! Tengo a mi vista su carta ... su confesión de amor, su dolor por su desgracia, y al fin, su arrepentimiento por el mismo crimen de haberme escrito. ¡Oh! qué nobleza de alma y de sentimientos. Qué poco común es su capacidad, hasta su letra y ortografía, pequeñeces que revelan lo que es, a la clase que pertenece y la educación que ha recibido. Dice que me amará siempre, toda su vida, pero que no espere de ella más que amor y lágrimas. Oh, qué tormento. De veras que al amarla tanto no se me ha pasado por la imaginación ni un solo pensamiento torpe ... No sé si la amo como hermana o querida, no sé si su desgracia me inspira más lástima que amor; pero no: no me inspira lástima; ¡siempre amor!

Esta noche hay un gran baile en casa del mayor Cantos, a que estoy convidado ya que debe asistir ella y la familia. Yo dije que iría si no salía tarde de Concepción, así es que a excepción de ella, nadie me espera en el baile ... Voy a vaciar en papel toda la impresión que en este momento me causa su carta y se lo daré esta noche en otra polka ...

Lunes 5 de junio. ¡Y va de bailes señor! Una pieza en la guitarra

Anoche, a pesar del viento y el agua de un furioso temporal, tuvimos un buen baile en casa del señor comandante Cantos. Llegamos yo y Don Ramón Zañartu cuando aún no habían llegado sino la familia del Gobernador, las Barbosas y no sé quiénes otras. Entramos nosotros al cuarto de los hombres que ya estaba lleno y principiamos a conversar con el Gobernador. Pasado un cuarto de hora, como las niñas y señoras no llegaban por el agua, y las que estaban en la cuadra debían estar muy cansadas, dijo el Gobernador que por qué no pasaban los caballeros a entretener a las señoras. Ninguno se movió. Yo me levanté e iba a entrar a la cuadra, cuando el Gobernador me sujetó por el brazo en la puerta y me dijo, “voy a pasar a Ud. solo su cortesía y avergonzar a toda esta canalla, todo de un solo golpe”. Diciendo esto entró en la cuadra y un momento después volvió acompañado de diez o doce señoras que estaban, inclusive su señora y la mía, y dijo al entrar, “señor Navarro, todas estas señoritas suplican a Ud. las distraiga un momento tocando alguna pieza en la guitarra, se quejan al mismo tiempo que habiendo tantos caballeros aquí, las hayan dejado dormirse de aburridas en la cuadra, yo adjunto mi petición y mi queja”. Todo el mundo quedó en silencio, las señoritas tomaron asiento y yo cerca de ellas con el orgullo natural de una persona que, sin merecerlo, se ve honrado tan altamente. Tomé mi guitarra y animado como estaba con ella en frente de mí, toqué el Fandango de Aguado tan bien ejecutado quizá como nunca. No se oyó mientras tocaba ni el vuelo de una mosca, estando la antesala llena de caballeros de toda clase. Concluí y hubo un palmoteo de manos terrible, animado más por el Gobernador que es tan aficionado a la música. Mientras duraba el palmoteo de manos y los aplausos de todos los demás, yo recogía en mi corazón tres palabras; las más sencillas quizá que se dijeron en mi elogio, “¡nunca lo había oído tocar tan bien como ahora!”. Estas eran palabras suyas y las únicas que me hicieron una impresión profunda ... y a un tiempo llegaron muchos carretones cargados de señoras.

Chillán. Lunes 5 de junio de 1848. ¡Lo que puede una galopa!

Principió el baile y yo tenía ya unas cuadrillas prometidas. Llegaron mis cuadrillas y las pusi-mos yo y Labarca. En mi última carta le había pedido yo un recuerdo suyo, es decir algo con qué ocupar mi guardapelo. Me contestó ella en su carta que no se resolvería a darme lo que le pedía ... que creía que me burlaría después de su ligereza ... que sobre todo el pelo que le pedía no era suyo, sino del hombre a quién había jurado fidelidad ... sobre esta negativa peroré yo en las cuadrillas como un Cicerón. Se enterneció en términos de llorar ... ella sola tenía su semblante nublado y lleno de amargura mientras las demás se reían y divertían. Y digo yo, ¿cuántas de las otras habrían querido cambiar con Merceditas esos instantes de dulce y llevadera pena,

siempre que sea al lado de su amante? Entre muchas otras cosas me dijo, al fin de las cuadrillas, “debía Ud. arrepentirse de todo lo que me ha hecho sufrir desde la primera vez que lo vi ... ahora la memoria de mi marido me es más insopo ... ¡Oh! Solo yo sé cuánto sufro” ... No pude contenerme, por un movimiento involuntario la estreché yo, y ella a mí (mientras nos tomábamos para la figura de la galopa) ...

Tocaron una polka más tarde y el Gobernador me gritó desde su asiento, “Navarro, báilela con la Barbosa” ... No me hice decir dos veces, la tomé y salí. Algunos otros habían salido también y bailaban ya. Antes de principiar a bailar, le dije, “esta es la última vez que toco sus manos, la última vez que bailo con Ud., en fin, ya no nos veremos más. Si me ha amado Ud. no debe negarme ahora lo que voy a pedirle y lo que me ha negado ayer en su carta. Debo partir mañana ¿y tendrá valor todavía para negarme lo único que me he atrevido a pedirle en trueque de tanto amor? ¿Me negará una memoria suya?”. “¿Y no lo amo yo también? Y amándolo, ¿no padezco más que Ud.? Ud. tendrá lo que imprudentemente exige de mí” ... “Bien, reciba esto en despedida. Su lectura la hará acordar de mí, siempre”. ¡Introduje mi pliego de papel en su mano y oí apenas el gracias al mismo tiempo que sentía estrechar mi mano!

El momento más feliz de mi vida

Casi al fin del baile se reunieron en el pasadizo todos los hijos e hijas de Cantos a cantar la canción Nacional. Todos los caballeros estaban allí, y yo en el umbral de la puerta de la cuadra con el Gobernador. Principiaron la canción y viendo yo que las señoras quedaban todas sentadas, solo hice notar al Gobernador la falta de respeto y descortesía. Él, sin esperar más, gritó en alta voz. “Ya que las señoras no vienen a cantar, deben al menos quedar en pie al oír la canción”. Sin esperar otra reconvencción se vinieron todas donde nosotros estábamos. ¡Sin pensarlo de repente vi delante de mí a Merceditas! ... ¡Qué placer! ¡Qué montón de tentaciones! ... Todo me favorecía, la débil luz del farol que agonizaba, el alboroto de todos con el vino y la canción, en fin, ella cerca de mí rozándome con su vestido ... ¡Oh! No pude sufrir más, tomé su mano ... se estremeció pero no la retiró, antes me tomó ella la otra y la estrechó a un tiempo ... pasó así un momento. Nadie nos veía, era aquello un revoltín ... Dejé sus manos y enlacé mis brazos alrededor del cuerpo, cayendo mis manos sobre su lindo pecho, y rosando su cabeza y su ramo mi barba ... Hizo un movimiento de sorpresa pero no hizo más tampoco ... ¡Oh! ¿Quién era entonces más feliz que yo? ... Con las manos sobre su pecho contaba uno a uno los latidos de su corazón ... bajaba un poco mi cabeza abajo, y besaba la suya llena de un olor embriagador ... Ni una sola palabra le había dicho mientras estábamos así, ni hallaba tampoco qué decirle, todo hallaba menos expresivo, menos elocuente que mis manos sobre su pecho ... Al fin le dije, es preciso que nos separemos ... para siempre quizá ... qué me encarga o qué me exige de mí ...

Sentí que mi lengua se ponía pesada, y que mi voz era cada vez más trémula, no pude decirle más ... Me incliné un poco sobre su hombro y vi que estaba llorando ... ¡Oh! ¡Caramba! Mil gotas de mi sangre habría dado yo por una lágrima suya. Yo no supe lo que me pasaba en ese momento, no sentí tampoco en qué tiempo se acabó la canción y mucho menos cómo me hallé después paseándome en el cuarto de los hombres, del brazo con César Giménez ... Al servir el ponche vi una seña suya. “Tome esta taza”, me dijo, cuando me acerqué. “¿Qué hago yo con ella?”. “Tome Ud. la mitad mientras yo corto esta borlita del cordón de mi manteleta”. Comprendí al momento lo que quería hacer con su borla. Me la alargó y me dijo, “consérvela, y si algún día vuelve a verme y quiere recobrar todo sus títulos cerca de mí, ¡muéstremela nomás!” ... Nada más tengo que contar del baile.

Chillán. Martes 6 de junio de 1848

Vendí mi tienda al fin a Labarca y Marchand. Uno de los artículos de mi contrata me obligaba a darle los efectos a principales de Valparaíso; cuando fuimos a principiar la entrega, me dijo Labarca que cuáles eran las minutas de Valparaíso, habiendo convenido ambos antes en que mi balance tomado dos días antes sirviera en lugar de las minutas que estaban en Concepción. Le recordé nuestro convenio y sin embargo dijo que palabras no eran escrituras. Fuimos al juez de comercio y le dijo que mi balance podía hacer fe en juicio y servir de factura para los precios. Pero a pesar de cuánto dijo el Juez, no hubo qué tratar; dijo que entablaría un pleito, si no consentía en hacer venir primero de Concepción las facturas originales. En fin, vi que el pleito podía costarme más que el propio a Concepción, y convenimos con Darío en que él iría y mandaría de allí las facturas. ¡Este carajo! Se ha pensado mejorar de precios y es todo lo que quiere ... Me ha hecho mandar a Darío, quedar solo, demorarme quince o veinte días más en Chillán ... ¡Carajo! ¡Se la juré y me la pagó! ...

Chillán. Sábado 10 de junio de 1848

Mientras Darío me mandaba las cuentas yo me fui el mismo día que él salió, a Bustamante, a la hacienda de mis patrones, a quienes prometí una visita antes de irme a Chillán. Estuve allí 5 días como un príncipe. Creo que hijo que fuera no me mostrarían tanto cariño y distinción. Ya es de figurarse que en cinco días con sus noches en una hacienda ... sola, lejos del pueblo 10 leguas, y sin otra cosa que hacer que hablar, es pues, decía de figurarse que no debí estar ocioso con respecto a la Rosita, que es la más linda de este pueblo ... a pesar del frío, algo caliente le quedó la cabeza.

Hace 4 días que me llegaron todas las facturas de Valparaíso sin que me falte ninguna. Ayer acabé de entregar todo ya sin que haya habido ni un centavo de diferencia entre el balance y las facturas. Un artículo de la contrata daba a Labarca la libertad de excepcionar a su antojo 4 artículos, debiendo, como era natural, excepcionar aquellos artículos que los comerciantes llamamos huesos, ha excepcionado este carajo. Lienzos, quimones, paños y sedas, precisamente lo más florido que había en la tienda. Este carajo ha hecho esto con la siguiente intención. Separando esos artículos de más valor para la tienda, pensaba que yo debía quedar con la sogá al cuello sin hallar qué hacer con ellos, y que entonces se los vendería a él mismo por la mitad de su valor. Se había equivocado el pícaro y me he vengado ya cruelmente de su malicia. Apenas él dijo tales artículos excepciono, los borré del balance con gran admiración suya de que no entrase en propuestas por ellos. Mientras él se ocupaba en almorzar, fui yo en el momento al comercio y vendí con mucha mejor cuenta que él los artículos excepcionados. Cuando volví principió a hacerme propuestas muy exageradas por los artículos; el carajo. Había maliciado mi jugada y comprendido muy bien que lo fundía yo dejándolo sin los primeros artículos de la tienda. ¡Me ha ofrecido un ocho por ciento más sobre principal y redondamente le he dicho que no! “Ha llegado mi turno y quiero vengarme como se lo prometí”, le dije parándome delante de él. Ha echado empeño y todo ha sido inútil. Realmente el pobre diablo no sabía con quién se las había. En fin, ¡pobre Darío! ¡Ya estás vengado y más cruelmente que lo que él se figuraba! Son ya las once de la noche en que se acaba de firmar la escritura con todas las formalidades. He trabajado desde esta mañana sin almorzar ni comer. A las ocho fui a buscar al escribano y testigos, papel sellado, etc., y a las diez y media todo estaba ya concluido. ¡Gracias a Dios! En fin, se acabó y se escrituró el negocio más embrollado que he visto, hoy, esta noche a las 10 y media, debo contar esto como uno de los acontecimientos más grandes de mi vida, es decir en cuanto al placer que tengo de tener en mi bolsillo el valor de una tienda que el diablo cargue con ella. Voy a comer ahora con mucho gusto.

20 de junio

Las distracciones de los negocios que me han venido tan de un golpe me han impedido el que pueda hacer algo por ver o hablar de Merceditas a quien no había visto desde la última noche del baile 18 días ha. De veras que de repente su recuerdo me hace estremecer, la había querido más de lo que me figuraba. Anoche a la oración estaba pensando en ella y los últimos acontecimientos del baile. Qué hermosa y conmovida estaba de amor ... Me puse triste como un enamorado lejos del objeto amado. Tomé un medio pliego de mi papel favorito y escribí cuanto se me vino a la cabeza en ese momento. Quejas, delirios de amor, ráfagas de orgullo ofendido, humillación, súplicas después, en fin, de todo había; cuando menos pensé, estaba lleno de las dos caras. Ahora dije, es preciso que la vea a todo trance, no me gusta que mis comunicaciones

vayan por un tercero ... es preciso sobre todo principiar por hacer la conquista de los que deben acompañarme a la quinta, ¡10 cuabras!

En fin, salí con mi proyecto a ponerlo en planta. Barredo me dijo que iría por mí solamente, estaba enfermo y lo dejé. Bravo dijo que tenía que hacer una visita. Leopoldo no estaba. Cerbello quería ir pero si iban otros. Pedro Contreras estaba de purga. Lo hice vestir a fuerza y ponerse en aptitud de seguirnos. Busqué a Uribe que accedió, y ya no necesité más. Salimos en marcha, Cerbello, Contreras, Uribe y mi excelencia. ¡Qué noche tan perra, caramba! Al fin llegamos ... ¡por fin iba a verla después de 18 días de ayuno! ... Parece que su corazón le había anunciado mi visita, y que ella por su parte había querido recibirla con todo el arte y elegancia encima ... estaba encantadora, ¡qué miradas! Es verdad, ¡18 días! Es mucho. ¿Y cómo hablarla, y más todavía, cómo darle mi carta? No quería proponer polka, porque sería muy notable. En fin, en medio de mis cavilaciones, vine a encontrar el medio donde no la busqué jamás. Sirvieron uvas y todos excepto Cerbello, que estaba a mi lado, se levantaron a obsequiar a las señoritas. Ella estaba en medio de sus dos hermanas políticas, se levantó también y se llegó a la mesa. Entonces principió una obstinada contienda entre mí y Cerbello que no quería levantarse a servir también ... y dejarme solo en paz ... el golpe se me escapaba ... hice un movimiento de desagrado y lo dominé al momento, porque se levantó y fue a servir. Pobre Cerbello. Si él hubiera sabido que el levantarse y dejarme solo era un bien muy grande para mí, lo habría hecho veinte veces. Como dije, quedé solo con la guitarra en las manos, y las dos niñas frente a mí. Ella vio, estaba sirviendo un plato, me vio y se vino a mí con él. Saqué al momento del bolsillo de mi paletó mi contrabando y al mismo tiempo que ella me dio el plato, lo puse yo en el borde diciéndole, "Tome Ud. éste". Tomolo inmediatamente y en seguida corté un gajito de uvas y le di. Ella, que daba las espaldas a las otras niñas mientras hablaba conmigo, se dio vuelta de repente, y no le vieron más que el gajito de uvas. Al recibir mi contrabando, me dijo, "¡Gracias!" ... pero, ¡con qué ternura! ... Toqué yo enseguida una polka y la bailó Cerbello. Más tarde me invitaron a mí a que bailase polka también. No me hice rogar, salí a bailar con ella ... Otra vez estreché anoche esa mano hecha en torno y esa cintura tan flexible como el pimpollo de un naranjo al más ligero soplo del viento. "Siempre que bailo con Ud. se me enredan los pies ... no puedo bailar con Ud. ... ¿por qué no ha venido en tantos días? ... Creí que se había ido ya ... Si nos vemos en Nacimiento allí le daré o pagaré lo que le debo" ... Tales fueron sus palabras en la polka ...

Chillán. Jueves 22 de junio de 1848. Recuerdos que me ha traído el día de Corpus

Hoy día de Corpus me hallo aún en Chillán sin pensarlo. Cada festividad solemne me trae al momento a la memoria el otro lado. A esta hora, que son las doce del día, estarán todavía allí

empleados en la solemnidad de la misa, de la procesión, con toda la pompa y ostentación religiosa. ¿Quién habrá cantado la misa? ... ¿Será el cura Segura, mi tío o habrá ya dejado de serlo? ... Como siempre ¿resonará en la Matriz la alta y entonada voz de León Medina? ... A propósito, ¿qué será de mi amigo Martínez? ¿Quién creyera que el único joven a quién verdaderamente he llamado amigo, que el único a quién no he dejado de escribirle y de quién solo no me olvido jamás, sea tan ingrato? ¿Qué recuerdos me trae su memoria! Los dos últimos años de Teología ¡Oh! No volverán nunca aquellos felices momentos en que dominando yo la escena burlesca con Campos, nos quedábamos ya sin alientos de tanto reírnos. Qué será de mis amigos religiosos y condiscípulos Alcaide, Paz, Elías Romero, Esquiú, Ramallo, Quintín, Lucas Gutiérrez y mis lectores F. Benjamín, Wenceslao Achával, Fr. Ramón Quintana, Vicente Cano, Rosendo Robín, Gregorio Agüero, etc.

Nada sé de ninguno de ellos, les he escrito casi a todos y ninguno me ha contestado; todos se habrán ya olvidado de mí. Estoy tan lejos. Si pensaría cuando saltaba y brincaba con todos ellos que vendría un día a Chillán, que presidiría la sociedad, que daría lecciones de lo que se llama el gran tono, que dirigiría los bailes, que formaría una banda de música, que haría activar la policía, que enseñaría el francés y la música a los jóvenes y señoritas, en fin, si me figuraría ser yo el oráculo de los jóvenes, de los frailes, de los clérigos, de los militares y el deseado y admirado de todas las niñas ... Cualquiera que viera esto que acabo de escribir, lo criticaría lo mismo que yo, no sabiendo el desinteresado objeto que me ha hecho reunir todos estos recuerdos. Pero como mi diario es mi examen de conciencia y contiene todo lo que pasa dentro y fuera de mí, y como yo solo debo saber mi examen de conciencia, es por eso que hago recuerdos en mi diario que no los haría ni los haré jamás ni delante de mis hermanos. ¿Con que basta de satisfacciones a quién? ... a mí mismo. Y bien, ya que sabe mi diario qué es lo que he sido y lo que soy ahora, desearía yo saber, qué es lo que son hoy tantos amigos y condiscípulos que eran y tenían tanto como yo. ¿Alguno se habrá casado? ¿Se habrán ordenado otros? ... Cómo deseo saberlo y cuán imposible es ... Y si en dos o tres años ha habido tanto cambio en mí y los demás, ¿qué será en 4 o 6 años más? ¿Dónde estaré yo, qué será de mí? ... Si mis presentes intenciones pueden responder en parte a mis últimas preguntas, diré que estaré en Francia, en Italia, ¿quién sabe dónde? O habré naufragado o muerto de otro modo, lo cierto es que estaré yo o mi cadáver muy lejos de aquí a la vuelta de seis años. Mientras llega otra vez el Corpus u otra festividad, corramos un velo sobre tanto amigo y pariente ingrato que tengo en el otro lado ... harto hago yo en recordarlos cada momento cuando nadie piensa ya que yo existo.

21 de junio. Mi demora en Chillán

Cerca de un mes hace que se fue Darío con mi Tatita a Concepción y otro tanto tiempo hace que yo estoy solo como un faro en medio del océano. Yo también debía irme allí, pero primero me han detenido los negocios que tenía yo que realizar aquí, y después el tiempo.

Pensando ahora (como no tengo qué hacer) sobre las diferentes épocas de mi vida, recuerdo que la mayor parte de ella la he pasado cuando no dueño en absoluto de mis acciones, al menos con una libertad muy amplia y grande en comparación de la que el método de educación de mis padres podía permitirnos. Antes que mi Tatita se viniera a Chile, yo era un talón quemado, lo corría todo, lo andaba al mundo entero, sin embargo de que a la vuelta a mi casa tenía que cantar el miserere, con la sola diferencia de que era contra mi voluntad, y que otro tomaba la disciplina por mí ... Cuando mi Tatita y mis hermanos mayores se han venido a Chile, una carta de mi Tatita me daba todo su poder sustituyendo en mí al padre y al esposo. Entonces me subí yo a las nubes. Cinco años se han pasado así. Sin saber cómo sembraba y cosechaba en abundancia, único negocio que estaba entonces a mis alcances, y en medio de nuestra desgracia con nuestros intereses secuestrados, mi familia vivía en la abundancia y sobrada de todo.

*Chillán. 23 de junio de 1848. Algo sobre mi vida pasada. ¡Es muy difícil creerlo!
¿Lo oyen?*

Confieso que el Cielo me ha protegido entonces, y que no era yo el que obraba sino la divina providencia por medio de los ruegos de mis padres, quizá los más virtuosos que he conocido. Levanté mi numerosa familia, y sin más ni menos, atravesé seiscientas leguas por desiertos, por cordilleras, sufriendo toda clase de intemperies, al fin, para que no se nos quedara nada sin probar, surcamos también el Pacífico y de repente me hallé con mi familia en el puerto de Talcahuano. Allí concluyó todo mi poder de gubernatura. Con lágrimas en los ojos me acuerdo que dije a mi Tatita, cuando le vi, “ahí tiene Ud. su mujer y sus hijos ... no falta ninguno, todos están sanos y salvos”. Tatita me abrazó llorando. ¡Qué dicha para mí! ¡Qué gloria y engrimiento! ¿Cuántos hay que cuentan mi felicidad en ese momento? ... Después de llegar a Concepción fui todavía más libre. Entonces ya no veía a mamita sino en la noche a horas de comer. Mi cuarto en la calle no tenía comunicación con el resto de la familia. He pasado así más de dos años. Enseguida me he venido a Chillán donde a fuerza he acabado por ser dueño de mí mismo. He vivido acá nueve meses solo enteramente, es decir sin más que a Darío por compañero algunos días. Abandonado así a mi propia voluntad en mi edad, con mi genio y mi carácter fogoso, en fin, libre como el que más, y en Chile ... ¿cómo he podido yo sostenerme puro y sin mancha en cuerpo y alma? ¿Cómo he estado yo siempre en posición más elevada de los demás jóvenes con respecto a conducta y delicadeza? ¿Cómo he podido, en fin, criticar sus vicios y corrupciones con el atrevimiento y desfachatez del que nada teme que le echen en cara de lo mismo que critica? ... Realmente me admiro yo a veces, y a penas alcanzo a comprender qué es lo que me ha salvado a mí. ¡Oh! Cuánto debo a las dignas personas que dirigieron mi educación en los años más peligrosos de la vida del hombre. Cuántas gracias debo dar a la rigurosidad con que por espacio de nueve años,

he observado en un claustro esa vida tranquila y virtuosa, sino con el hábito sobre mis hombros, al menos con el capote de estudiante. Realmente no es fácil desimpresionarse así nomás de unos principios tan sabiamente inculcados en la cabeza de un joven. Veo aquí jóvenes de mi edad pasados o minados ya por la corrupción más escandalosa, en fin, es un fenómeno que un joven llegue a quince años sin conocer mujer, y sin haber pasado ya por todas las torpezas del deleite carnal. ¿Y qué dijeran, digo yo, si supiesen que tengo veintiún años y que aún no conozco una mujer? ... No sé lo que es un beso con malicia, ni sé tampoco lo que es la más ligera satisfacción torpe ... Tendré mis vicios, acaso, como cualquier otro y que sin embargo no los conozco, pero Dios sabe, y yo solamente, que todavía no he abrazado ninguna mujer con la intención de satisfacer un placer deshonesto ... Quizá habría muchos que se reirían si les confieso lo que no sabe más que Dios, yo y mi diario. Así son las cosas, quién sabe cuántos habrán que son como yo quizá más contenidos, más virtuosos, y que están calificados por la voz pública como corrompidos y degradados. Al fin, mal hago si me envanezco porque Dios y no yo lo hace todo, y no espero que Dios me castigue si siempre tengo orgullo en ser intachable.

24 de junio. Despedida de Chillán

Después de haber concluido la realización de todo el maldito negocio de trapos, me marché mañana para Concepción. Mi amigo Don Ramón me da caballos, mulas y peón para acompañarme. Fui a Bustamante por un día y me he quedado cinco por el temporal que me ha pillado allí. Pero estaba en casa del hombre que más quiero, en la casa donde me adivinan mi pensamiento y me abruma con tanto obsequio, en fin, estaba al lado de Rosita y he pasado los cinco días más felices que darse puedan.

Al fin me voy de Chillán y no me voy descontento pero me voy triste. No hallaba cómo recibir de Merceditas su billete de despedida, y la hice convenir en que escribiera dos cartas; una para su hermano que está en Valparaíso y otra para su madre, que está en Santiago y que en ésta última incluyese su papel. Hoy estuve allí a despedirme y recibí las dos cartas, y en este momento tengo a mi vista su billete. ¡Dios mío! ¡Qué conmovida estaba ella y yo al despedirnos! No olvidaré yo esta despedida nunca, y no entregaré tampoco la carta en que me ha incluido su despedida. Si la volveré a ver algún día.

30 de junio. Viaje de Chillán

Llegué anoche de Chillán después de un viaje de cinco días, cuando otras veces, siempre lo he hecho en un día. Llegué a Ñipas el día que salí de Chillán y allí me demoré dos días, el primero

porque llovió y el segundo porque me enfermé. Salí de Ñipas y llegué sin novedad a Rafael, pero apenas puse 2 leguas adelante cuando me tomó el furioso temporal de ayer que no he visto igual en toda mi vida. Al llegar a las cienaguillas me alojé en casa de un ricachón y apenas amaneció ayer salí con un vadeador. Llegué al estero de las cienaguillas y mi vadeador no quiso pasar, diciendo que nos ahogaríamos. Yo desensillé mi caballo, puse otra vez mi montura doblada y entré. Apenas pisé la orilla cuando el caballo principió a nadar. Llegué con grande admiración del huaso a la otra orilla y de allí le grité que dijera a mi mozo que no pasara ese día el estero porque mojaría todo el equipaje. Precisamente ejecutó mis órdenes, porque mi mozo acaba de llegar en este momento.

Concepción. Julio 30 de 1848. Concepción, mes de julio

Todo este mes lo he pasado con Samuel en el río del Andalien, atendiendo al peón que recogía el peaje del río. Nos vamos muy temprano allí y nos volvemos a la tarde a tomar de nuestra cuenta toda la noche. Yo no paseo tanto ya como ahora un año o dos, pero siempre mi compañero de noche es Fabio, como lo era antes. Mis negocios *par amour*⁶⁸ no van mal, van siempre como iban. Aún no están bien restablecidas mis relaciones con Dorotea. La Rufina, nuestra mediadora, dice que le ha dicho D ... que si no la busco yo tampoco, ella hará nada para anudar nuestras relaciones. Que quiere abatir una vez mi orgullo. Y yo digo que no lo abatiré. Sin embargo, ninguno de los dos nos acordamos que estamos en entredicho cuando nos encontramos. Nos olvidamos de todo ... Pero nuestras relaciones son tan castas y puras como lasas. Jamás, Dios lo sabe, hemos pasado de palabras, de papelitos o de apretones de manos. Esto es lo que rigurosamente se llama pasar el tiempo. De veras que el tiempo hace pasar el amor, y éste a su vez hace pasar el tiempo, como dice una antigua canción francesa.

Esta es la única época del año en que toda nuestra familia se reúne. He encontrado aquí a mi Tatita y Darío que han llegado de Cucha poco antes que yo. Ya mi Tatita está queriendo volverse porque no se halla un momento aquí. El campo le distrae y sus quehaceres no le dejan ratos ociosos, que es lo que a él le aburre. Pero al pobre Darío no le hace buen estómago la estada en el campo, porque a causa de esto va quedando sin aprender francés, ni guitarra, ni partida doble. Y es imposible quitárselo a mi Tatita porque sería dejarlo solo, que es lo mismo que matarlo. ¡Esto de ser rico cuesta mucho, eh! ...

⁶⁸ *Por amor*. Traducido del francés.

31 de agosto. Un bailecito

En poco o nada se ha diferenciado para mí el mes de julio al presente que va a expirar ya. Nada de notable me ha sucedido como para ocupar mi diario. ¿Mis negocios? ... Los de puro interés me van ya haciendo olvidar los de mero pasatiempo. No me hace mucho alto cualquier ganancia que obtengo en estos últimos. Verdad es que nada es positivo cuando se trata de pasar el tiempo solamente. A ver, un balance de este mes. Dorotea está como siempre, sin embargo esta tarde me mandó una tarjeta con la Rufina como que es día de mi santo. Esto parece que quiere componerse ya. La Adelaida me ha regalado, en noches pasadas, una naranjita de mostacilla llena de naranjas y hecho por ella, quién sabe cuánto tiempo. Esta diablilla me lleva más a su casa que cualquiera otra. Ya se ve, tiene los ojos más lindos del mundo y es tan amable. Ya se acerca el 18 de septiembre y entonces veremos más claro. La era primera principia recién ... sin embargo como es la única música de las tres, le gusta sobre manera lo que toco. Dejemos marchar las cosas.

Concepción. 20 de septiembre. Fuga del presidio

Ayer, mientras estábamos en el campo de Marte viendo el ejercicio llegó un vigilante de la ciudad diciendo que todo el presidio se había fugado y que después de matar a la guardia, robaban y asesinaban en todo el pueblo. ¡Dios mío, qué confusión causó esta noticia! Jamás se había visto en Concepción una reunión tan grande, un lujo más asiático, ni un entusiasmo más patriota. Había juegos de todas clases, fondas, despachos, ranchos, etc. con cuanto hay apetecible para comer y beber. Pues bien, cuando llegó la noticia que fue a las tres y media de la tarde, todo ese mundo entero se revolvió como si en ese momento la trompeta del juicio final se hiciese oír allí. Hay una especie de loma que domina todo el llano y desde allí veíamos lo que pasaba. Algún indiferente observador habría gozado mucho. Todo se veía mezclado en desorden, las tropas envueltas entre el pueblo, los carruajes y los cañones, los elegantes y los rotos, todo se movía en confusión hacia la ciudad. En las fondas y despachos se oían sonar lúgubrementemente (para los dueños) los vasos, las botellas, las tablas de armazón, etc. etc. Todo llegó así hasta la cárcel de la ciudad. Yo llevaba del brazo a Dorotea y Mardoqueo a Delfina. Al llegar allí vimos que sacaban en una carretilla un hombre muerto y envuelto en su sangre. Los soldados de la guardia llenos de sangre y tierra y un oficial con una oreja menos. Pero los presos estaban ya encerrados y el batallón Carampangue adentro de la cárcel. Esto y los hermosos juegos del 18 en la noche es lo único notable que ha habido hasta ahora.

21 de septiembre. ¡Un viaje a Chillán! Anticipado ...

Anoche he tenido una de esas noches de tormento y desesperación que tiene uno cuando algo hay que se atraviesa en el camino de sus proyectos. Pensé que anoche se arreglarían nuestras relaciones rotas ocho meses ha y he quedado más que nunca descontento.

Hablé con ella entre los saltos de una polka poco a propósito, cuando hay que emplear una hora en hablar, quejarse, disculparse y después darse la mano. Lo cierto es que no tuvimos tiempo de reconciliarnos. Nuestro coloquio quedó cortado al mismo tiempo que vibraba aún la última nota de la polka. Yo quedé fastidioso con este contratiempo, y a pesar de que el baile y la concurrencia eran de hacer olvidar momentáneamente cualquier contratiempo, sin embargo yo me fastidiaba cada vez más. Mardoqueo y algunos amigos más se llegaron a preguntarme la causa de tanto fastidio y Mardoqueo solo la supo y nadie más. Al fin, ni yo mismo pude aguantarme.

Vi mi reloj, eran las nueve y media solamente. “Me voy”, le dije a Mardoqueo, quien trató un momento de sujetarme, pero él más que yo sabe lo que es un fastidio. Me vine a mi cuarto, quise leer pero zumbaba en mis oídos el compasado retumbe de la tambora en la música y mi pensamiento volaba de nuevo al baile. Me recosté en la cama, peor que peor. Tomé mi capa y mi sombrero y salí a la calle a ver si algo podía distraerme un poco. ¡Pero qué diablos! Positivamente no la amo ni la he amado como para que me haga sufrir tanto. Pero me equivoco, no es ella, no es su amor, ya sé lo que es. Es la contradicción que he encontrado, la dificultad de no haber llevado a cabo lo que pensaba y la vergüenza de no haber triunfado al primer golpe. Mañana debía partir para Chillán, pero me voy luego, caramba. A esta hora en que están saliendo del baile, mi peón ensilla el caballo. Adiós.

Concepción. 15 de octubre de 1848. Entrada a Cucha y llegada de Chillán

Estoy ya de vuelta de Chillán. Pensé llegar a Cucha el mismo día que salí de aquí, pero nos extraviamos del camino y fuimos más allá del Membrillar, a las nueve de la noche. Un caballero Molina me dio alojamiento en su casa, y a saber yo que tenía una hija tan completamente hermosa, quizá me habría hecho el perdido en otras circunstancias para llegar allí. Pero no iba a propósito para hermosuras. Al otro día llegué a Cucha y habría pasado en el mismo momento a Chillán si un gesto de mi Tatita, y sus palabras mismas, no hubiesen expresado el resentimiento que le causaba el que no me quedase ese día siquiera con él, después de dos meses de separación. Al otro día ya casi no tenía ganas de ir a Chillán, tanto gusto y consuelo tenía

en estar con mi Tatita y Darío. Pero mi diligencia era urgente y partí a las seis de la mañana y llegué a las nueve.

Si me hubiera tardado media hora más, todo estaba perdido. Nosotros perdíamos muchísimo, se arruinaba para siempre la familia Mackdonell (sic) y habría tenido que llorar esta desgracia toda mi vida. Al llegar a la puerta salió al momento Merceditas y me dijo, “por Dios, Navarro, entre, todavía es tiempo”. Efectivamente entré y aún no se había firmado la contrata que debía cortar para siempre el pleito de divorcio de la Sra. Arriagada⁶⁹ con Ignacio Acuña, el hombre más malvado que ha pisado la tierra. La señora, estando por perecer de miseria, iba a firmar el contrato que el malvado le presentaba cuando llegué yo. Aunque conseguí desbaratar completamente cuanto había intentado el pícaro, sin embargo no pude realizar mi contrata con la señora sobre su hacienda, por no estar en Chillán Don Agustín Méndez, quien representaba en sus asuntos. Prometí a la señora ir en persona a buscarlo, y salí de su casa después de dejar todo completamente arreglado a mi favor. Tenía que andar ocho leguas y ya el sol se había entrado. Dejé el viaje para el día siguiente.

Un baile a mi llegada

A la oración fui a casa de Ramón Zañartu, quien saltó y me abrazó al momento de verme. Después de un momento, me dijo, “¿quiere que vayamos un rato a lo de Barbosa?”. “¿Está ahí todavía Merceditas?”. “Sí”, me contestó, “grandísimo pícaro”. “Pues vamos, entonces”. Salimos y al llegar a la puerta de calle encontramos al viejo Barbosa que salía con toda la familia para ir a un baile a casa del Coronel Cantos. Merceditas dio un grito de sorpresa al verme. ¡Qué linda que estaba vestida para el baile! Barbosa nos convidó a que fuéramos pues era el baile en casa de un amigo nuestro. Yo no hice resistencia ninguna, los ojos de ella nomás había para mí en ese momento. La tomé yo del brazo y partimos adelante de todos. Dios mío, qué momento tan feliz, y cómo se hizo corto el viaje a pesar de que habían seis u ocho cuadras. No podré nunca referir todo lo que pudimos hablar en tan corto tiempo. Al llegar a la casa, me dijo, “por Dios, quédese, hágalo por mí”. Yo se lo prometí. El Coronel me dijo al verme un montón de cumplimientos y tomando del brazo quiso llevarme a la cuadra, “gracias señor, me vuelvo”. “Con que me desaira”.

“No estoy en traje de baile”. “Dios le ayude al pobrecito, ¿y quién está aquí mejor que Ud.? Entre sin ceremonia”. Decía verdad el Coronel, porque yo, aunque de camino, estaba muy bien parado

⁶⁹ Al parecer Mercedes, hermana de Carmen Arriagada. Ver *Cartas de una mujer apasionada*, (Santiago: Universitaria, 1989), p. 509, nota 7. Carmen Arriagada, de Chillán, se enamoró del pintor romántico alemán Johann Moritz Rugendas y se relacionó con varios miembros de los jóvenes románticos argentinos, entre los cuáles figuraba Domingo F. Sarmiento.

en comparación de los demás. Estaba con la misma levita que había lucido en el paseo del Campo de Marte, y con pantalón, chaleco y corbata que no desmerecían la levita. Imposible sería decir todo lo que hablamos y lo que gozamos en aquella noche. Se goza tanto cuando, entre dos que se aman, desaparece ya la ficción, el disfraz y la mentira. Nada de esto hubo entre nosotros. Al acabarse el baile me preguntó, cuándo ya estábamos en la calle, que cuándo me marchaba. ¡Mañana!, le contesté. Se sorprendió con mi respuesta. ¡Silencio! sobre lo que debíamos hablar hasta llegar a su casa. Media cuadra faltaba para llegar. Se sacó del cuello un pequeño guardapelo que lo lució sobre su pecho esa noche y me lo dio diciéndome, “¡No se olvide nunca de mí!”. Nos separamos ...

Una despedida de Chillán

Dos o tres horas después volaba yo para el hermoso camino que lleva a Chillán a Bustamante. Pasé por la riquísima hacienda de los franciscanos. Dejé atrás el arroyo de Cato, pasé casi a nado el hermoso río de Nivilento y llegué a Bustamante a las dos de la tarde. Buenas diez leguas que las medí con el reloj. Estuve allí todo ese día y el siguiente, hasta que obtuve de Don Agustín que dejara sus inmensos quehaceres para ir a Chillán por mi interés. Se deja ver ya cómo me recibirían en una casa donde me quieren como hijo. Nada de Rosita, no tengo tiempo ... Salí de Bustamante a las 12 y llegué a San Carlos a la oración, 11 leguas. Como era domingo, Bamondes no estaba en el pueblo. Llegó a las ocho a su casa. Me contó los mil seiscientos pesos que buscaba y yo me acosté a dormir. Salí de madrugada y llegué a Chillán a las 12. Ya Don Agustín estaba esperándome. Seis o siete días nos tardamos para acabar de realizar un contrato en que tanto había que consultar los intereses propios como los ajenos. Mi mozo Mendoza se quedó muriendo en Chillán, y como yo no estaba para esperar, tomé otro y llegué a Cucha a las 12 del día lunes 14. Salí de allí con mi Tatita y Darío al otro día, y heme aquí ahora después de muchos trabajos con el temporal furioso que nos tomó anoche al llegar a Palmares. Hemos llegado a las once y media de la noche. Es de advertir que en los ocho días que estuve en Chillán, al volver a Bustamante y San Carlos, no debí estar ocioso ... La última despedida suya ... fue un billete en papel rosado que me dio entre las vueltas de una polka ... Ahí está el guardapelo y el papel. Pero esos recuerdos, juro por mi honor, están puros y sin mancha como no puede estarlo ninguna prenda de amor igual a éstos.

Concepción. 1 de febrero de 1849. Nuevo viaje a Chillán. ¡Un feliz encuentro!

Salí de aquí para Chillán el 23 de enero. Llegué a las ocho en punto y aun encontré en la mesa a mi Sra. Juanita, Don Salvador y Delfina. Partí al salir el sol del otro día y llegué a Cucha.

Estuve con mi Tatita y pasé al otro día. Llegué a Chillán antes de las nueve. Me vi con Fabio y Don Ramón. Di a la Señora Arriagada dos onzas para alguna cosa y salí de Chillán a las cuatro de la mañana. Llegué a Cucha a las 7. Mi Tatita se había ido el día antes, sábado, al Portezuelo a oír misa el domingo. Hice ensillar el caballo de Darío y partimos. Llegamos a las 12 al Portezuelo, antes de llegar al Portezuelo encontramos a mi Tatita de vuelta. Nos paramos en una casa para despedirnos. Comimos con Darío en Portezuelo y él partió para Cucha solo, y yo para la Huerta y el Totoral acompañado de Estuardo y Arancibia. Pasamos a nado el río Itata y llegamos al Totoral a la oración. Allí mismo, en donde estuve el 25 de abril del año pasado.

Siempre la misma ... Recibí nuevas pruebas de afecto ... pero estaba para partir quién sabe a dónde y no me fijaba en nada. Salí de allí con un mozo que me dio el señor Estuardo, pasé por Penco a las tres y media de la tarde, y heme aquí en Concepción. Llegué a las cuatro y media sin haberme bajado del caballo en ninguna parte, 28 a 30 leguas.

He venido a encontrarme aquí de repente con toda la familia Ocampo de Santiago y Valparaíso. Mi tío Gabriel, mi tío Pancho, mi tío Ramón, Constancia Ocampo, Constancia Pando y con Tomasita, que vale para mí más que todos los tíos. Apenas puedo expresar el gusto que he tenido al ver a ella y todos los demás tíos. Vienen a pasear aquí por un mes o dos, algunos de ellos.

California, 1849–1852

15 de febrero. ¡Mi viaje a la California!

Hemos tenido diferentes paseos en estos días con la familia. He ido con mi tío Gabriel y Ramón a Coronel, donde está ahora toda la familia Rivera. De vuelta de allí hemos tenido el domingo pasado otro paseo a Chiguayante, y el 11 dimos un paseo por Hualpén, acompañado de Zorraindo, su esposa Remedios Pando. Pocas épocas de mi vida he tenido tan completamente felices como ésta. Pero va a acabarse muy pronto y va a tener una transición horrible para mí ...

¡Me voy a California! Todo el mundo sabe lo que suena California. Toda la sociedad entera, desde el primer sabio hasta el más rústico gañán, se ocupa de California. Se habla de su oro en la iglesia entre los frailes, en los estrados, en los paseos y hasta en la oración se pide a Dios buen viaje para allá. Yo creo que en todos los siglos pasados no ha habido un fenómeno que haya ocupado más al mundo entero que California. Tanto se dice de allí que mi diario lleno no podría contener todas las noticias que llegan unas tras otras. Se dice, en una palabra, que allí hace su fortuna todo el que llega. Pues bien, allí voy yo.

Muchos días hace que Don Ignacio Palma, Don Manuel Serrano, Liljebach y Juan Alemparte trataban de arreglar una expedición para allí. Se nombraron cuatro sujetos para directores de la empresa, que consiste en llevar treinta trabajadores cargando un buque con víveres para dos años y trabajar allí en las minas de oro. Yo he sido nombrado como uno de los cuatro que deben dirigir esta empresa. Se ha comprado ya la barca Carmen, en 10.000 \$, y está cargando para el salir el 1º del entrante. Mis compañeros de dirección son Don Tomás Rioseco, Don Borjas Fernández, Don Manuel Santamaría. Ya he estado yo haciendo la contrata, todos somos socios a la parte. La expedición va a costar 30 mil pesos, pero este capital queda también a favor nuestro. Ya está dada mi palabra, yo no puedo retroceder. No sé qué quiere conmigo la suerte ... Tres años ha que no tengo paradero, pero en esos tres años he adelantado en algo ... he subido siempre. Quién sabe si quiere hacerme rico ... En fin, voy a seis mil millas de aquí. ¿Qué será, Dios mío? En fin, mis miras son santas, Dios me ayudará. Y si muero en el mar o allí donde tantos peligros corre la vida del aventurero ... qué hacerle. Pero no. Dios no querrá eso. Tengo una familia pobre que necesita ser feliz. Yo voy buscando eso y nada más. En fin, Dios me ayude y me acompañe.

30 de febrero. Nuevo arreglo de los socios

Ha habido una nueva disposición acerca de la empresa. Los socios han cuestionado ocho días para resolverse a hacer lo siguiente. Han creído, y con justicia, que la dirección de los cuatro sujetos sería un puro desorden, puesto que rara vez estarían los cuatro de acuerdo sobre cualesquiera asunto o medida que hubiere de tomar. De las diversas opiniones de los cuatro no debía resultar más que cuestiones que acabarían con toda la empresa en menos de un mes. Han resuelto pues que vaya yo solamente y el Dr. Mackay, como que es inglés y que nos ayudará a mucho esto. Además es Doctor en Medicina y nuestros hombres, siendo tan muchos, alguna vez tendrán necesidad de su profesión. Poco o nada congenio yo con los ingleses pero este hombre me parece bueno. Todo está ya casi listo. Llevamos a bordo de la Carmen ciento cincuenta pasajeros, inclusive la tripulación. La compañía es por dos años. Parece que el costo de ella asciende a más de treinta mil pesos. No queda en Concepción un solo joven. Todos los que no van con nosotros en la Carmen salen en el Gral. Rivera que está ya despachado y la Holandesa saldrá en 15 días más. La Freire debe venir también de Valparaíso para armarse para California. El Ovalle, que salió ya para allá hace 20 días, lleva también muchos pasajeros. Queda esto enteramente despoblado.

Talcahuano. Viernes 9 de marzo de 1849. Mi salida de Talcahuano

Salí de Concepción a las ocho de la mañana. Llegué a Talcahuano y no me embarqué sino a las cuatro de la tarde. A las cinco, nos hicimos a la vela poniendo todos las narices a California. Vamos en el buque ciento veinte personas inclusive la tripulación.

Al pasar la isla de la Quiriquina alcanzamos las dos lanchas de Mackay que van también a California y les hicimos a cada una tres salvas de hurras deseándoles buen viaje. Nos contes-taron del mismo modo y un poco más tarde las perdimos ya de vista. Llevaban ellas tan buen viento como nosotros. Contra todas mis esperanzas me mareé ayer lo mismo que todos, pues ni el mayordomo de a bordo ha quedado sin marearse. ¡Qué noche, Dios mío! qué diferencia de antenoche cuando sentados a la ventana de la cuadra veíamos con Tomasita la luna tan hermosa como nunca ... Cada momento que mi razón ha podido fijarse en alguna cosa, ha sido en ella, en su despedida, quién sabe si ella ha pagado siquiera uno de estos recuerdos.

10 de marzo. La angustia abordo es infalible

Hoy llevamos un viento inmejorable. Yo estoy mejor, ya ando sobre cubierta aunque sea como un borracho. Muy lejos estamos ya de Concepción y cuánto tiempo se pasará sin que vuelva a

ver los caros objetos que dejo allí ... Sentado a la baranda del buque, me he llevado más de dos horas viendo pasar las olas. ¡Qué triste estoy, Dios mío! Cómo me acuerdo de los ratos pasados en compañía de Tomasita. Quién se creará más desgraciado que yo ahora ...

12 de marzo. Volamos

Hoy lunes también ha amanecido muy nublado. Pero con el viento a las mil maravillas. Estamos en la altura de Coquimbo. El buque anda hasta nueve millas por hora. Parece que vuela; pero qué movimientos. Pobre Tomasita. Cómo padecen a ella que se marea tanto. Yo nada tengo yo del tal mareo, pero en trueque estoy seco, pálido como un hombre que ha tenido tres meses de cama. Mas puede por cierto en un hombre el sufrimiento moral de cuantos días, que quince o veinte de fiebre ... yo lo sé ...

Martes 13 de marzo. Por Coquimbo. Isla de San Félix

Ninguna novedad tenemos, navegamos con la mayor felicidad del mundo, ni un momento nos ha abandonado el buen viento que tomamos en Talcahuano. Los mareados están ya todos buenos y cada día se nota una nueva cara sobre cubierta, lo que prueba que hay un mareado menos. Esta mañana pasamos ya de la altura de Coquimbo y Copiapó. A esta hora, que son las cuatro de la tarde, vamos pasando frente a la Isla de San Félix.

Pasamos el día en leer y escribir. Digo en cuanto a mí, porque ninguno más escribe. Largos ratos paso yo sentado en la escala del palo mayor. Me divierte el ver para el lado de Concepción al mismo tiempo que me es muy agradable el aire que corre. ¿Qué persona habrá en Concepción que pague la cuarta parte siquiera de los pensamientos que yo les consagro? ¡Ah! nadie quizás me tendrá presente a cada momento. Verdad es que su posición no es la mía, que no viví sino pensando y recordando mejores ratos ... ¿Qué hará la Ñata?⁷⁰

14 de marzo de 1849. En el Trópico, 16 grados. Recuerdos de Tomasita

Son las dos de la tarde. Estamos solos yo y el Capitán en la cámara. Yo escribo en mi diario y él en el suyo, pero más números que letras. Siempre viento inmejorable, ninguna novedad. Me acosté anoche a las doce y media. La noche estaba hermosísima y sobre cubierta se gozaba

⁷⁰ Tomasita Ocampo.

de un fresco tanto más agradable cuanto que abajo era insufrible el calor. Todos dormían excepto yo y el centinela del timón, que conversaba conmigo a mezquinas palabras. ¡Qué noche tan deliciosa! Si estará en pie Tomasita, me decía, si tocará su valse o su coro, o su polka. ¡Oh! Dios mío no he sabido gozar con toda la fuerza de mi alma de estos ratos que ahora echo tanto de menos. Cuanto diera en este momento por estar con ella y oír el coro de Julieta y después, dormirme meciéndome cerca del piano en la poltrona a los lindísimos sonidos y armonías del valse de la Yema. Si se acordará ella de tocar algunas de estas piezas alguna vez, si nos volvemos a ver. Si recordará que yo respondo desde medio del océano lo que ella toca quizá sin fijarse en que me gustaba a mí. En medio de mis tristes pensamientos me acuerdo que tengo conmigo una carta suya, cuyo sello no he roto aun. Qué consuelo, qué placer tan dulce siento. Quisiera economizar este bálsamo para que me acompañe en toda la navegación. Me parece que esta carta cerrada me dice todo lo que quisiera que me diga, me figuro que está escrita con previo acuerdo de lo que yo había sufrido a bordo, y puesta en su carta como un calmante para todo lo que pueda padecer. Mucho te agradezco Tomasita, te pasaré esta buena obra, con todo el reconocimiento y gratitud de que es capaz mi alma. Ya no puedo escribir más, ¡qué tormenta!

El incendio a bordo

¡Santo Dios! ¡Santo Dios! ¡Virgen Santísima! Bendita seas, que nunca os olvidáis de vuestros hijos. Dios mío. Todavía no puedo creer que estamos salvos ... no puedo escribir siquiera ... Dios mío. Dios mío, acabamos de salvar de un incendio. Qué horrible cosa el incendio de un buque en medio del océano con 150 hombres a bordo ... Tatita, mamita, Mardoqueo, Tomasita, Emilia, en fin, todos los objetos que me son caros en esta vida se me pusieron delante, cuando oímos el terrible grito de “¡se incendia el buque!”. ¡Oh! Cosa tan horrible, tan espantosa. Ver la muerte por sus ojos y tan sin remedio. Dios de mi alma, apenas puedo contener los latidos de mi corazón. Ni un momento he pensado siquiera en los horrores de la muerte que iba a sufrir ... No me he acordado sino de mi mamita, de mi Tatita, Tomasita, Mardoqueo. Oh, Dios mío, ¿es posible que seáis tan bueno, que otra vez me concedáis el placer de pensar en todos estos objetos sin que el incendio del buque me diga que es la última vez que pienso en ellos? Dios de amor. Tu que estas y penetras en lo íntimo del corazón del hombre debes saber cuánto te bendice el mío, y de cuanto sagrado reconocimiento está lleno. Tatita, mamita. Ay, quién sabe si los ruegos de ellos velaban sobre mí. Tomasita. Emilia, Mardoqueo, permítaseme que los nombre repetidas veces, que los abraze, y que contenga desde acá mis lágrimas con las suyas.

Un incendio en la Carmen

Son las once de la noche. Todos los pasajeros estábamos sobre cubierta después del té, desde las ocho y media o nueve. Todos conversábamos tranquilamente y gozábamos de la hermosura de la noche. Yo tenía la palabra ... Cuando llega de repente a nosotros desde proa el grito matador de “incendio, se quema el buque, misericordia”. Qué sería bueno para nosotros ... Dios mío, 150 hombres correr aturcidos de un lado a otro del buque gritando, viendo luz a través de las velas y sin hacer más que toparse, unos con otros, caer y levantarse dando gritos de desesperación. ¡Oh! dejo la pintura de la escena horrible, porque padezco de nuevo y cualquiera se la pintará mejor en su imaginación descansada.

El fuego principió en la cocina, seguramente un fuego activo de seis y ocho días, caldeó los ladrillos que mediaban entre el fuego y la cubierta del buque y principió, de ese modo, el incendio. Si el Capitán no se hace paso así desnudo hasta la cocina, quién sabe qué habría sido de nosotros. El mismo deshacía las hornillas, mientras los demás echaban agua ... No puedo escribir más, siento que la cabeza se me va ... sufro horriblemente ... Estoy mojado, empapado hasta las rodillas y siento un calenturón horrible en la cabeza ... hasta mañana. Adiós Tomasita, adiós mamita, hasta mañana.

15 de marzo. Un buque a la vista

Después del suceso de anoche, nada me parece notable como para gravarlo en mi diario. El día ha amanecido bueno como siempre, buen viento. Después de almorzar salimos sobre cubierta y divisamos un buque que seguramente se dirija a Talcahuano o Valparaíso. Pasó como a tres millas de distancia de nosotros. Qué ansía tenía yo, después del suceso de anoche, de abordar y poner a su bordo algunas noticias mías. Qué placer habría tenido en saber algo de mi familia. Me hallo hoy sin ganas para nada, descontento y es como si necesitaba irremediamente para mis remedios el ver algunos o algo de mi familia. El Capitán y Mackay me preguntan qué es lo que tengo, y nada tengo que responderles. Algo, algo de mi familia. ¡Ah! Tengo, tengo más que algo. La carta de Tomasita. Qué placer, voy a leerla. Tengo mucha necesidad de ver algo, algo suyo ... hasta luego mi querido diario.

En el trópico. 16 de marzo de 1849. Las toninas

Sigue siempre el buen viento. Ya estamos hoy a 17 grados. El calor crece a prisa, pero por suerte nuestra, los días están nublados y se hace agradable la brisa que corre, más bien que sofocante,

para estar ya cerca de la línea. Nos divertimos mucho siempre viendo la variedad de pájaros y toninas que rodean el buque. De noche es doblemente agradable estar sobre cubierta. Después del té, subimos todos arriba. Yo paso arriba hasta la una y dos de la mañana. Algunas veces, como es insoportable el calor de la cámara, hago sacar mi cama arriba, y duermo a la luz de la luna como en Catamarca. Qué agradables recuerdos me vienen a la memoria. Recorro todos los parajes donde he vivido ahora cuatro años. Qué pensaría yo entonces de la mar y de los buques, si pensaría entonces encontrarme como ahora, en alta mar y a cuatrocientos leguas de tierra. Dios mío, cómo rueda el tiempo, cómo se obran las casualidades, y cómo se admira cada uno de ver su pasado, cualquiera que sea, tan cierto es que nunca son iguales el presente y el pasado. California. Yo creo que este nombre no pasó jamás ni por la imaginación de mis abuelos ... Ya compararé más tarde mi presente con lo que me pasa ahora.

Son las doce de la noche. El viernes pasado o jueves recibí de Tomasita su carta de despedida, para leerla unos días después de embarcarme; hoy hace ya ocho días y esta tarde estoy medio loco de contento como si realmente acabase de llegarme la carta, rasgue su sobre, con la agradable ansiedad de un ausente que recibe nuevas de su familia. Pero ¡qué equivocado estaba yo! ¡Qué chasco!

Ahora cuatro o cinco años

Yo había formado repetidas veces en mi fantasía esa carta análoga a mi situación; es decir llena de consuelos y de dulces esperanzas para hacer más llevadera mi situación. Bien, esa carta tiene escrito todo lo contrario de lo que pensaba. Tiene quejas injustas, tanto más cuanto de acá no puedo responder a ellas, porque es, como la impresión desagradable bajo de que se escribiera, como es desagradable una acción forzada. Quizá la carta se escribía por compromiso ... por eso no hay allí nada espontáneo y que sencillamente parta del corazón. Parece que se hubiesen querido tomar reglones a la ligera, y llenar el espacio de dos páginas, veo importe con que, [ilegible] ¡Oh! Que diferencia de lo que yo pensaba. Más bien no la hubiera leído. Así habría tenido una dulce esperanza de ver cuando yo quisiera de palabras. Meses de ternura y afecto, así habría conservado mejor el incomparable placer que experimenta cuando expresa un momento cierto de ser feliz. Quizá se goza más antes, que en el momento mismo de apurar la copa del placer. Yo pensaba tener una noche contentísima y me ha pasado todo lo contrario. Pero no hay quien me consuele, yo y mi diario solo sabemos lo que pasa en mí. Ahora, mientras estaba arriba, absorbo en los mismos tristes pensamientos que acabo de comunicar a mi diario, me creía solo. La noche está a medio nublarse y no se veía más luz que la que emplea la guardia del timón. Creía que el centinela sólo velaba como yo. De repente he levantado la cabeza que tenía apoyada entre mis brazos cruzados sobre la

baranda del buque, viendo para abajo del mar las pequeñas llamas que salían de la marcha del buque y dirigiendo mi vista hacia la popa me pareció ver un hombre en calzoncillos en la misma postura que yo. Me fijé un poco más y reconocí al Capitán. Un vago pensamiento se me vino a la memoria “en qué pensaré, me decía yo, ese hombre que parece sin afecciones en esta vida cuando manda con su voz de trueno a su tripulación. Habrá él también dejado familia, amigos, querida, en fin. ¿También padecerá tristezas de ausente? Todo lo que pensaba yo era legítimamente cierto”.

Me llegué a él y seguimos conversando cerca de dos horas. Preciso es saber que hay otro hombre que padece más que uno para conformarse de lo que uno sufre. Él padece más que yo. Con qué interés le escuchaba lo que él me contaba con tanta ingenuidad y como sintiendo un desahogo en confirmar su situación. Tiene una esposa en quién ha pensado e idolatrado cinco años y con quién después de casado, no ha tenido el placer de estar sino cinco días. Terrible cosa, a esa mujer que ama más que a su vida la ha dejado para ir con nosotros a California. Con entusiasmo me contaba su despedida y con qué ternura quería ella sujetarlo a su lado por algunos momentos más. Pobre Capitán, después de contarme todo hemos bajado a la cámara y me ha mostrado con las lágrimas en los ojos una trencita de pelo de su mujer. Con qué cuidado y ternura la conserva. Sin duda que me ha consolado este hombre. Me siento ahora más fuerte. La impresión que me hiciera esta tarde la carta existe todavía con toda su fuerza. Y me ha nacido de la conversación con el Capitán, ese triste y mezquino consuelo que se siente cuando se ve a otro sufrir lo mismo, y se ofrecen mutuamente esperanzas.

17 de marzo de 1849. A la altura de los trópicos. Las manzanas a bordo

Hoy ha amanecido el día bien nublado pero sigue el buen viento. Estamos a 18 grados hoy y no por eso sentimos más calor. Vamos ya sintiendo las escaseces de a bordo. Ninguno de nosotros se había acordado de traer un mil de manzanas que no cuesta sino diez o doce reales. Ahora no se consigue una docena de manzanas sino por tres o cuatro reales. Felizmente a mí me hacen regalos a cada instante de riquísimas sandías y manzanas. Y casi no tenemos disposición de comer otra cosa. Sin embargo, la comida es muy buena. Se sirve café por la mañana; a las diez se almuerza y se toma té o café después de un buen almuerzo. A la cuatro o cinco se come también muy regularmente y a las ocho se toma el té con pastas que se hacen para el efecto. Esto no impide que yo, el Dr. Mackay y el Capitán nos reunamos entre el día a tomar alguna cosa.

Son las doce de la noche. La campana de bordo acaba de sonar las doce para cambiar la guardia del timón. Yo solo he estado con el capitán más de dos horas sobre cubierta. Conversábamos sobre su familia, sus desgracias, su [ilegible] y las de sus hermanos, en fin, parece que encuentra un consuelo muy grande en conversar conmigo. “Ojalá, me decía, pudiéramos estar

así todas las noches”, yo por mi parte tengo por él igual simpatía. La navegación será menos pesada.

18 de marzo. La ballena

Buen día tenemos hoy y excelente viento. El día está nublado y el calor no se hace sentir mucho. Se está trabajando ya un toldo para poner sobre cubierta. El piloto vio ayer pasar por muy cerca del buque una ballena esperma inmensamente grande. No sería más grande que la yo me acuerdo haber visto en vez pasada en el puerto de San Vicente. Doy gracias a Dios de que los guasos no la hayan visto, se habrían levantado alaridos y malos presagios como en la noche del incendio. Todavía dura el recuerdo de esa noche, puesto que nadie fuma ahora de noche. Se hacen guardias ahora y se vela escrupulosamente.

19 de marzo de 1849. A inmediaciones de la línea. Una noche a cielo raso

Como todos estos días, ha amanecido nublado. Me levanté yo a las 4 de la mañana. Dormí sobre cubierta y gocé de la vista del buque envelado, el cielo completamente estrellado y el mar iluminado aquí y allí repentinamente. Se ve la larga senda o rastro de fuego que el buque va dejando a su paso.

Estudio yo mucho la guitarra, y apenas me oye el Capitán, baja a la cámara y se está conmigo todo el tiempo que estudio. Le agrada mucho la música y es un polquista insigne. Sabe muchos trozos de ópera. Apenas anochece, se reúnen ya todos a oírme tocar y hacen sacar la guitarra arriba. Toda la demás gente se reúne también hasta la división que se forma entre popa y proa. Es admirable el efecto que hace la guitarra, particularmente sobre los marineros. Casi involuntariamente perdiendo ese respeto que tienen al Capitán y que raya en veneración, saltan y dan vueltas golpeando las manos al son de la música. Así me entretengo yo hasta las doce en que después se acuestan todos. Me gusta velar una hora viendo correr el buque y conversando con el centinela del timón.

El recuerdo del domingo en Concepción

Ayer fue domingo, por consiguiente día para mí muy remarcable en la memoria. Habrá habido música en la plaza y mucha concurrencia. Quién sabe si a la misma hora en que yo endulzaba mi tristeza, tocando en reunión con los pasajeros, si paseaban en Concepción treinta o cuarenta parejas alrededor de la hasta de la bandera y oyendo también la música. Dos o tres veces pasó este pensamiento por mi memoria. Si, habría anoche en medio de esas mil o dos mil personas

alguna siquiera cuyo pensamiento se uniera con el mío. Si estará ahí Tomasita, Emilia, Mardoqueo, de quienes me acuerdo a cada instante. Indudablemente debió estar ahí Tomasita, pero no apostaría yo que es la que se acordó de mí anoche. ¡Pobre Emilia! La quiero menos todavía y ella me ama tanto a mí. Estoy seguro que ella se acordaría de mí y también, me llamaría con su favorito nombre de cariño, mi *Mon* Gil Ramón. Pobre Emilia, alguna vez si te vuelvo a ver te amaré con el extremo y ternura que amo a otras que quizá no se acuerdan siquiera de mí. Tanto más doloroso para mí es este recuerdo, cuanto que tanto cierto es que me he engañado en más de un afecto que he creído sincero ... Otra hermana a quien amaba más que a Emilia, no me llama hermano como lo haría ésta, obedeciendo a su natural ternura, apenas me llama amigo ... “Tu amiga” ... Caramba, que diferente es el nombre de amigo y el de hermano.

Grande es por cierto el nombre de amigo, habla cuanto quiera uno esa sola palabra, pero no es dulce, no es sagrado y santo como el de hermano, algo más que respetar y adorar hay en esta última que no hay en el primero. Aunque en la palabra amigo por sí revela confianza, cariño, ésta marca pero no une, no liga, no emparenta, no identifica como la de hermano. ¡Oh! Yo habría dado mucho por no ver escrito al pie de una carta “tu amiga”. Caramba, verdad es que todo lo que contenga la carta no hacía sino prevenir para ver secamente esa despedida tu amiga. Sin duda que yo he querido medir por el mío su cariño, y calcular por mi carta de despedida, la suya. ¡Equivocación! Ahora a propósito recuerdo aquella palabra: indiscreción, que Tomasita no sabe ni sabrá nunca lo que hizo en mí con esa palabra. Un mar de tinieblas se despejó para mí en ese momento. Quién sabe qué pensar de cosas [ilegible] me explique esa carta en que reconvendría [ilegible] sobre que había entrado dos o tres veces después de volver de un paseo a la casa donde yo estaba y que no me había saludado, me dijo “he tenido indiscreción!”. Santo Dios. Esta, la criatura a quien amamos todos con locura, aparte de pensar que será algún día vuestra hermana, cómo no sentiré yo esas palabras. Todo esto me explica que yo quiero hacer que la fuerza de su cariño sea como el mío. Imposible. Bien. Yo la amaré siempre lo mismo que antes y que ahora, aunque ella no sepa lo que pasa en mí; pero ya otra vez no exigiré más cariño que el que sencillamente puede dar a uno de tantos amigos. Así no me chasquearé yo, me tendré después que sufrir y quejarme sin remedio. Desesperante cosa es por cierto liberarme así en un momento de la persona a quien se ha querido tanto. Dios mío es horrible. Pero qué hacer. Cuando esa persona se ha liberado primero. Sino ... pero mi diario ... mi diario es mi conciencia; y a mi conciencia no la sabrá nadie en esta vida sino yo.

20 de marzo. Los temporales aquí

Buen día y buen viento siempre. Es una felicidad que en los trópicos, y ya cerca de la línea, andemos con tanta felicidad. Dice el Capitán que suelen hacer aquí calmas horribles o grandes

tempestades, que según me ha contado él son exactamente lo mismo que las del otro lado, en Catamarca. Dice que en una vez que pasaba la línea en este mismo tiempo lo tomó una horrible tempestad. Primero, truenos tan fuertes que aturdíán y sin caer una sola gota de agua. Después de unas fuertes detonaciones, cayó un rayo que le llevó la mitad del palo mayor, le desmayó tres o cuatro marineros, después siguió a lo largo de la cadena de fierro hasta el ancla y de allí se perdió. Por lo que vemos al respecto, vamos muy felices y hasta ahora, a excepción del incendio, de nada tenemos que quejarnos.

21 de marzo de 1849. Cerca de la línea. Lima

El viento principia a sentirse más flojo pero siempre andamos bien. Ayer habíamos pasado ya a la altura de Lima o del Callao. Hoy estamos dos grados más arriba. En esta altura se ha descubierto mucho pescado que algunos pasajeros que conocen el pescado dorado dijeron que era de ése, pero los marineros pescaron tres o cuatro y nos desengañamos que no era. Qué gusto tuve al oír decir que era pescado dorado. Desde que vine a Chile no había oído hablar más del tal pescado, que por la misma razón me parece más superior a todos lo que conozco en Chile.

La canción de Bellini

Anoche mientras me paseaba sobre cubierta, entre once y doce, experimenté sin pensar un placer lleno de tristeza al mismo tiempo. Había un grupo de guasos tendidos cerca del palo mayor que entonaban a un tiempo cierta cosa que me era a mí muy conocida pero que no la distinguía bien por la distancia en que me hallaba. Me acerqué, pero qué sorpresa. Era nada menos que la célebre canción *Los últimos momentos de Bellini*. Dios mío, en qué poder se ve la canción, quizás la más linda a la par que difícil; pero trabajo me costó conformarme con que realmente era esa la canción. Me paré sin que me vieran y la oí lleno de placer hasta lo último. Dios mío, ¡qué recuerdos! Esto he oído por espacio de un año cuando visitaba a Remedios, por consiguiente me recuerda esa época, esos amoríos, esas noches de invierno tenebrosas como la boca de un león, y que sin embargo yo salía envuelto en mi capa, a casa de Remedios, a la de las Ríos, a la de Adelaida, etc. Esto he cantado yo con Juan, Samuel o Mardoqueo, en esas noches de luna, antes de acostarnos, ya medio desnudos con el pecho libre al aire y después de habernos contado nuestra jornada de la noche. Dios mío. ¡Qué época tan feliz! En fin, esta misma canción es la que no hace muchos días oía cantar a Tránsito sentado en la poltrona cerca de ella ... Caramba, si tenía títulos y recuerdos para mí. Los pobres guasos que la cantaban sin hacer ningún mérito de ella, no sabían que con cada nota traspasaban mi corazón

más susceptible que nunca de tristeza. Qué desparramo por Dios. Cuando cantábamos esta canción en aquellas noches a que me refiero, quién pensaría que nos habíamos de separar tan pronto y en tanta distancia. Samuel ya en California, yo en los trópicos cerca de la línea, Juan, mi querido Juan, mi compañero de tres años, mi otro yo, metido y condenado en Chiguayante, enterrado vivo ... Pobre Juan, él no sabe lo que yo seré para él algún día. Ni yo sabía tampoco hasta donde llegaba mi semifraterna amistad. Dios quiera que él abrigue por mí los mismos sentimientos que yo por él. Ojalá que algún día nos volvamos a ver, pero que ya sea libre y bueno, que tenga voluntad y ánimo. Pobre Juan, si se acordará de mí cuando venga a mi cuarto, ese cuarto que me ha guardado por tres años, tan hermoso, tan a mi gusto, tan independiente. Qué será de él cuando yo vuelva.

22 de marzo. Un sueño

Hoy jueves el viento, como ayer, un poco blando, pero siempre andamos algo. Esta noche a las diez hará la luna y tendremos variación de tiempo, es decir aumentará mucho el sur porque en estas alturas no campean ya los nortes. Pero hemos sentido un calor horroroso como que vamos queriendo pisar las vanguardias de la línea.

Van ya tres noches seguidas que sueño con Catamarca. Cuando más lejos estoy de ella más me persigue en sueños. Me he soñado en mi clase de Teología, rodeado de mis condiscípulos, Quintín Valle, Manuel García, Pepe Martínez, mi mejor amigo; Campos (mi delicia, mi dicha) y mis otros condiscípulos sacerdotes, fray Inocencio Castillo, J. Benjamín Paz, fray Elías Romero, fray Antonio Alcaide, etc. etc., qué será de ellos y de cada uno en particular. Si estarán también ellos en situación diferente de la que nos hallábamos cuando estábamos reunidos. He soñado al Padre Quintana y mis lectores fray Benjamín Achával, fray Wenceslado Achával, etc. En este tiempo es en el que un catamarqueño debe acordarse más de su país. Quizás es el tiempo mejor que tiene, a pesar del calor.

23 de marzo. Cerca de la línea. A los 15 días

Anoche a las 10 de la noche; hizo la luna, y como esperábamos desde ese momento, aumentó considerablemente el viento que todo el día había estado muy flojo. Aumenta el calor a manera que nos acercamos mucho a la línea. Hace ya tres días que yo no pego mis ojos, a pesar de que tengo mi cama en el mejor lugar sobre cubierta. Hasta ahora gracias al Dios no llevamos ningún hombre enfermo, Dios nos libre de alguna peste en los seis u ocho días que tendremos que quedarnos en la línea. Hoy viernes hace quince días que me entregué, y

quince días que dejé de ver a mi familia. Quizá a estas mismas horas engañaba a Tomasita al despedirme, diciéndole que volvería otra vez. ¿Qué hará ahora la dueña de la carta? ... De veras la carta me ha cortado más de lo que debería ... quizá la he juzgado muy ligeramente, quién sabe ... Lo mejor que hay que hacer es combatir. Como desea ella. Pobre Tomasita. Pero yo no puedo combatir.

24 de marzo. La tempestad de verano aquí

Hoy he tenido un gran placer, es decir un recuerdo bastante vivo de mi país. A las diez estábamos todos sobre cubierta, hacía un gran calor y el aire que corría era muy pesado. Algunas pequeñas nubecitas se veían avanzar insensiblemente del horizonte. De repente y antes que nadie tuviera tiempo de advertirlo, el cielo estaba completamente entoldado, con esas nubes gruesas y negras. Grandes y pesadas gotas que resonaron sobre cubierta nos hicieron advertir que la línea principiaba a recibirnos con una de esas tormentas con que acostumbra saludar a los que la visitan. El viento apretó más y luego se oyó en el agua y sobre cubierta el ruido que hace una tormenta fuerte. Ha llovido así fuertemente por un cuarto de hora y luego se ha disipado el nublado, el sol ha aparecido de nuevo en toda su brillantez dejando así la tormenta un aire más fresco y olor casi indescriptible.

¡Qué gusto para un argentino!, para mí sólo, pues que entre ciento cincuenta hombres yo solo me llamo argentino. Esto me ha hecho recordar aquellas épocas que pasaban en Capayán al lado de mi tío Mauricio y de todas mis primas en tiempo de vacaciones. En un momento ha venido a mi memoria cada uno de mis primos, con los lugares y los sitios que hemos corrido ahora seis u ocho años. Me he visto ir de la huerta de sandías a la casa, en reunión de todas ellas, cargados de sandías y de meloncitos de Castilla, o yendo de la quinta a la casa con las canastas bien provistas de uvas, duraznos, uñigales, etc. Dios mío, recordar esas cosas precisamente cuando uno está más distante de ellas, cuando se encuentra a ochocientas leguas de tierra, y sin otra vista que cielo y agua ¡qué diferencia! Santo Dios, es de enloquecerse y dejar esos pensamientos donde ya no tienen nada de agradables. Sí, por el contrario, atormentan y desesperan a uno. ¡Oh! ¡Témpora! Dios sabe si volverán para mí.

Anoche me acosté a la una de la noche y me levanté sin pegar mis ojos a las cuatro de la mañana. A esa hora estaba ya la luna llena y me fui a bañar. “Yo creía, señor” me dijo el marinero que acababa de llenar la tina y me esperaba, “que Ud. no madrugaba tanto”. Mientras me bañaba hablábamos en francés con el tal marinero y me contaba que había estado cuatro veces en Buenos Aires y que era uno de los puertos de América que más le gustaban. Le pregunté su nombre y su patria. Se llama Chale y es nacido en Santo Domingo.

25 de marzo. Cerca de la línea. La misa del domingo a las 9

Hoy me he levantado a la misma hora de ayer y me he bañado con igual buen resultado a pesar de haberme bañado también anoche a las nueve. Mediante ese baño he conseguido dormir bastante sin incomodidad por el calor. Hoy, que es domingo, me he acordado mucho de Concepción. El asunto de la misa tan de mañana, era para nosotros agradable por todos respectos. La hora, la música de los batallones, la concurrencia ... todos nos convidaba a ir con diligencia a cumplir con el primer precepto de la iglesia. El sentimiento de verme yo solo entre cuatro o seis protestantes, me da más celo y fe en mis principios católicos. El Doctor, el Capitán y los otros a quienes aludo son la prudencia misma y jamás nadie toca la palabra religión para nada. Fuera de sus principios errados, son los hombres más buenos y honrados que conozco, como celosos y exaltados en el cumplimiento de sus obligaciones religiosas. Con sentimiento he visto hoy la escrupulosidad y gusto con que dejan de trabajar el día domingo. Hoy, viendo que una rodela del timón se había quebrado y que estaba ya al caerse, le advertí al timonero, diciéndole que por qué no la componían en el acto.

Mais vous savez, me contestó, *qu'aujourd'hui est dimanche et que les dimanches [nous] ne pouvons pas travailler.*⁷¹ Asombrado me quedé. Nada hay más sagrado ni de más necesidad que el timón, puesto que es el eje que sostiene toda la máquina en que viajan ciento cincuenta hombres, pues con toda esa necesidad y con el peligro que hay de que se quiebre del todo, no lo componen hoy por que es día domingo.

Ayer al entrarse el sol he visto lo más grande e imponente que puede verse al navegar. El sol al perderse entre el cielo y el agua. Un rojo, el más encendido que pueda darse proyectaba los rayos sobre toda la superficie, toda verde azulada del mar. El viento que calma a esa hora y que por consiguiente deja en calma y como una taza de leche las aguas del mar, nos permitía gozar con más gusto de este hermoso espectáculo. Claramente se veía la redondez del sol, como si subiese y bajase con nosotros, imitando el mismo vaivén del buque en medio de los rayos que parecían un fuego vivo, o más bien, sangrías de cobre líquido. Parecía que al concluir él su carrera y su jornada, se despedía de nosotros bailando, para saludarnos por la mañana del mismo modo que lo haría un compañero de viaje con su camarada. De veras, aquí no tenemos más compañero que el sol.

26 de marzo. Baño a media noche

Ha amanecido medio nublado, por consiguiente, fresco el día de hoy. Anoche a las doce me bañé y hoy a las cuatro repetí mi baño. Nada notable vemos ni nos acaece, sino es las bandadas

⁷¹ *Pero sabe usted que hoy es el domingo y que los domingos no podemos trabajar.* Traducido del francés.

de pescado volador que rodean el buque de repente. Pero es increíble. De repente se ve volar una bandada de innumerables, que parece como una nube, anda como una cuadra y baja enseguida al agua. También algunos pájaros grandes blancos vienen de repente y se paran en la punta de los palos del buque. Ayer, al entrarse el sol, parecía una faja de un azul un tanto más subido que el del cielo. Era muy grande y subía en figura piramidal desde el agua, hasta una altura muy considerable. Por la tarde de hoy, el aire se puso pesado, se nubló en un momento, llovió y luego quedó muy sereno.

27 de marzo. La calma

Anoche, como entre las 7 y 8 de la noche, quedamos en tanta calma que las velas iban y venían de un lado a otro, es decir de sur a norte y caían sin hacer la menor ondulación. Qué cosa tan horrible es una calma semejante, en medio del mar y a ochocientas o mil leguas de distancia de tierra. El agua del mar parecía sin verse apenas, se asemejaba así más bien a una laguna. Cuando menos esperamos, el cielo se entoldó enteramente, quedando la noche más oscura que las tinieblas del limbo. Algunos relámpagos alumbraron un momento y luego se desató la tormenta en una lluvia tan copiosa que el agua penetró hasta la cámara, a pesar que el viento venía medio del norte. La calma y la tormenta, todo solo fue cosa de dos horas. Después vino un viento fresco que dura hasta ahora y que bien nos ha compensado la desesperación que nos causó la calma.

27 de marzo de 1849. En la línea. El sueño más agradable de mi vida

Anoche mientras duraba la tempestad de que he hablado ya, me tendí en el sofá poniendo la cara al viento, o más bien a la delgada brisa que entraba por la ventana derecha de la popa. Con gusto sentía que aquel lugar me estaba muy a propósito, porque de repente, sin querer, se me cerraban los ojos y quedaba dormido. Poco empeño hice por resistir, me dormí y a excepción del delicioso sueño que voy a referir, nada más sé lo que pasó en mi derredor en toda la noche hasta esta mañana. Pero mi fantasía no podía haber elegido un argumento más a mi gusto, ni más a propósito para sueño, puesto que para despierto, son los mayores disparates del mundo. En sueños figuraba California y Catamarca a un tiempo, es decir, el sueño tenía su parte verídica. Soñaba pues que navegaba para California y que el Capitán me había dicho, “luego vamos a dar con una isla donde yo nunca he ido, pero que me aseguran que es la más bonita y poblada que pueda encontrarse.” Dos horas después de esto, avistamos ya los primeros y más elevados cerros de la isla. Cuando estuvimos más cerca, tomé el anteojito, ¡pero cuál fue mi

sorprea al descubrir en la dicha isla a Catamarca! Dios mío, qué placer, abrazaba al Capitán con los ojos llenos de lágrimas expresándole mi agradecimiento y contándole, a un tiempo, lo que era aquella isla para mí. Como el Capitán me pusiese reparo diciéndome que era imposible que fuese Catamarca, volví a tomar el anteojito, y sin retirarlo de los ojos, le decía, “no, no me he engañado, allí tiene la pirámide, la torre de la Matriz, la huerta del cura Colombes. No, no me engaño, es Catamarca.”

“Puesto que es así”, me dijo el Capitán, “vamos allí a conocer su país de que tanto me habla siempre”. Tengo tan presentes en este momento que escribo, las casas y las señas que daba al Capitán para convencerlo, que realmente me parece que en el sueño se me han impreso de nuevo, como si las hubiese vuelto a ver de veras y no en sueños. Entramos pues y anclamos en el río del valle y en frente del paseo que hay para ir a la hacienda de las Huérfanas. Dejamos, pues, nuestro buque, bajamos a tierra y nos dirigimos derecho a la plaza. Mientras caminábamos, me dijo el Capitán, “yo creo que Ud. se engaña Monsieur Navarro, no estamos en Catamarca, ¿de dónde hemos de venir a dar acá?”. Una idea me asaltó en ese momento (me acuerdo de esto también perfectamente), me pasé la mano por los ojos diciendo entre mí, ¿estaré soñando? Pero luego me desengañé, vi que no dormía, y que por consiguiente no soñaba y marché adelante. Al llegar a la esquina de Augier, tomé al Capitán por la mano y me llegué a la placera que me pareció más formal y le dije, “dígame Ña Lorenza ¿cómo se llama este pueblo?”. “Catamarca pues, quién no sabe eso” me contestó. “Ya ve Ud. Capitán” le dije y marchamos.

Me dirigí a casa y entré a la tienda y la primera persona que vi allí, la Carmencita Ares que dio un grito de sorpresa y abrió los brazos para recibirme, la abracé por dos o tres veces, respondiendo a sus preguntas de mi viaje. Luego le dije, “espéreme aquí un momento” y desaparecí como un rayo por la puerta que cae de la tienda al zaguán.

El Capitán me seguía siempre mudo. Llegué al cuarto de mi mamita, estaba la mesa sin carpeta, el sofá sin su colchado, y la cuja sin su cama. Todo me anunciaba la ausencia de mi mamita allí. Me paré un momento en la puerta y luego me acerqué a la cuna que estaba a los pies del catre de mi mamita. Clavé los ojos en la cuna y mis lágrimas que rodaron al momento con el mayor silencio, anunciaban al Capitán la impresión que había hecho en mi alma aquel recuerdo. “Qué hay”, me dijo el Capitán. “Mire” le contesté yo: “aquí en esta cuja, nos han mecido en niños a todos nosotros, aquí en esta pequeña hamaca ha habitado por 18 meses, uno después de otro, cada uno de los hijos de mi mamita. Aquí nos ha prodigado mi mamita todas las ternuras y cuidados, todos los besos y caricias con que una madre abruma a su hijo, en esa edad en que mudo todavía, no puede corresponderle sino con sonrisas. En fin, aquí me he dormido yo, mecido con aquel balance, parecido al del buque en calma, y al son de aquella cantinela tan usada duérmete niño que tengo que hacer”.

Dios mío, cómo me acuerdo en este momento de todas las explicaciones que hacía yo en el sueño al Capitán. De nada me he olvidado, me acuerdo hasta de lo más insignificante de lo que vi en la cuna, que tanta impresión me hizo. Había dentro de la cuna una mantilla verde, un cuerecito de oveja, algunos papeles o cartas desparramadas allí mismo, como cuando uno registra su escritorio y bota todos esos papeles que no le sirven; en medio de esos papeles había medio pliego de papel lija y algunas otras menudencias de la laya. ¡Dios mío! me acuerdo perfectamente de todo y ese sueño de los papeles esparcidos en la cuna debe venirme del recuerdo que conservo del día de nuestra partida para Chile. Me acuerdo que la cuna estaba desnuda y llena de esos objetos que he nombrado.

Recuerdo el sueño con mis parientes

Salimos a la calle enseguida, con el Capitán, quién me dijo, “ya va a anochecer, vamos a dormir al buque para que nos hagamos a la vela temprano con el viento terral”. “Déjeme acá un momento más”. Después principié a buscar a dónde ir a aquella hora y en qué mejor emplear los pocos momentos que me quedaban. De pronto pensé en el convento, y corrí en esa dirección, pero luego me acordé que debía estar ya cerrado y me despedí de él con un suspiro. Pensé después en la casa de mi tía Fabiera, donde todavía se balanceaba un farolito, pero me arrepentí al momento diciendo, “no estoy en traje, ni es tampoco la hora de ver a mi tía después de cuatro años”. Pensé después en mi tío Mauricio y su familia, que según recuerdo debía habitar la casa de Próspero Herrera. Corrí allí con mi infatigable Capitán. Golpeé la puerta repetidas veces, pero eran ya más de las nueve y debían estar durmiendo. Al fin, con todo el dolor de mi alma, tuve que despedirme a esas horas y volverme al buque sin haber visto más que a una sola persona. Este sueño que yo he escrito en un momento ha durado toda la noche, hasta esta mañana en que contra mi costumbre, he visto entrar el sol por la ventana. Cuando me creía en Catamarca y bajo la poderosa influencia de la naturaleza, es decir del campo, de los árboles, de los valles llenos de pasto, en fin, cuando la vegetación se ostentaba a mis ojos con toda la fuerza y vigor de su existencia, con todo lo lujoso y verde de una primavera, he despertado para encontrarme con el reverso de esa medalla que acabo de pintar, para encontrarme a mil o mil doscientas leguas de distancia donde creía estar, entre cielo y agua, y para diferenciar entre agua y cielo. Dios mío, cuando me preparaba para visitar y ver esas bellezas que deben haber crecido y acabado de formarse en Catamarca, he despertado para ver como siempre, la sucia y antipática cara de los marineros, siempre con el sello y seña del esclavo en la frente. Caramba, que en pocas horas he hecho un paseo a Catamarca desde el Ecuador y vuelto como un tunante antes del amanecer. Las siete de la mañana, hoy 27 de marzo, día miércoles, quiero decir día martes.

28 de marzo de 1849. En la Línea del Ecuador. Estudio inglés

Hoy sigue el buen viento que vino después de la calma de una hora que tuvimos. Pero tanto ponderar el insoportable calor de la línea, estando pisándola, tenemos días doble más frescos que ahora tres días. Es una suerte muy marcada la que hemos tenido en este viaje. Las calmas que temíamos tanto, no nos han tocado ni un momento. Y cuando pensábamos echar dos meses de navegación, ahora sólo pondremos cuarenta días, es decir, si hemos de calcular otros veinte días para la mitad del camino que nos falta, aunque el Capitán dice que menos. Todavía llevamos toda la gente sana a excepción de algunos que se han enfermado, pero están ya mejor. Todo el día tenemos nublados que pasan con la rapidez con que se forman dejando en nuestro favor el aire más fresco.

Yo lo paso ya menos triste gracias al estudio del inglés que me ocupa casi todo el tiempo y en que estoy prodigiosamente adelante ya, digo para estudiar yo solo sin maestro y tan en poco tiempo. Por la tarde leo un poco después de comer hasta que anochece y desde esa hora estudio la guitarra. Después salgo sobre cubierta y toco allí hasta las doce a la luz de la luna.

Mi guitarra

Todos los pasajeros y la tripulación se reúnen a oír y cantan en coro cualesquiera cosa que yo les enseñe. Ya saben el Cielito argentino y la Lid Argentina. Esta canción la cantamos casi todas las noches y había entre los pasajeros dos que la sabían muy bien. Pero el entusiasmo que les causa es muy grande. Cuando llegamos al pie que dice “Nadie tema cobarde la muerte, todo pecho respire venganza, todo brazo maneje una lanza”, entonces se levantan grandes griterías, incluso la del Capitán cuya voz domina las demás. Así pasamos el tiempo como lo haría un prisionero que al fin por fuerza, tiene que acomodarse a su suerte, sino quiere hacer más pesadas sus cadenas con arrastrar también con ellas la tristeza que es pesada como un mundo entero.

29 de marzo de 1849. En el Ecuador. Una hermosa noche que triste es sin su querida

Hoy estamos a cuarenta minutos de la línea y nos sigue el buen viento, de que doy gracias a Dios cada instante. Nada de calor se siente, aquí donde debiera asarnos vivos. Dios mío, ¿no es esto un favor especial y una protección marcada hacia nosotros? Qué ingratos somos que no nos pongamos a dar gracias a Dios a cada momento.

Anoche hemos tenido una de esas noches envidiables, maravillosas y que no pueden gozarse sino a bordo. Sin embargo, algo me faltaba a mí y a todos los demás que como yo, gozaban de la innata poesía que nace de la frescura embalsamada de la noche. Ese algo es una querida ... Cuanto más hay de que gozar, tanta mayor ansiedad sufre uno cuando no está allí la persona que debe compartir con uno ese placer. El viento corría anoche delgado y fresco, la luna ostentaba toda su brillantez reflejando sus rayos sobre el puro y transparente cristal de las olas que se agitaban sin grandes ondulaciones. Las estrellas parecían haberse puesto más brillantes y para hacer más interesante su claridad y la de la luna, algunas gruesas nubes venían a cubrir las de repente pero que pasaban con toda la rapidez de una nube y nada más. Al pensar ahora en lo que escribía de queridas no se acordaba el pobre Ramón Gil que no tenía ninguna a quién él propiamente pudiera llamar tal. De veras ninguna me llena, ninguna de cuantas puedo contar ... es digna de mí en cuanto a alma, todas son vulgares y pequeñas, sería preciso que yo me abajase mucho para ponerme a su altura. Y no teniendo una querida tal cual yo me la pinto en mi fantasía, ¿de quién podía acordarme anoche cuando me extasiaba con la hermosura de anoche? ¡A que no adivina mi diario! Me equivoco, él solo puede saberlo. Me acordé de una hermana ... a ella le consagraba anoche todos mis pensamientos ... la ingrata, la de la carta veneno en vez de ser carta consuelo. ¡Oh! Tomasita. De veras tú has estado muy pequeña, en esa carta, casi casi pidiéndote perdón te he querido comparar a esas mujeres de que hablaba más arriba. Tú que para mí eres la perfección misma ... Mil veces ingrata eres Tomasita. Pero en fin, quién sabe si me equivoco, o si he juzgado todo su modo de ser en un momento quizá el menor favorable para ella. Ojalá que yo no me engañara y que ella fuera como yo he creído que es, la más perfecta, la más buena de todas las mujeres, la mujer hermana y la mujer madre a un tiempo, quizás sentiría mucho hasta llorar, porque de veras yo he sufrido mucho. Se me han reunido a estos malos ratos todas aquellas de Concepción, el baile, los días de entredicho. En fin, estos recuerdos han agravado mucho mi emoción después de la carta. Pero, al fin, si la viera como la he soñado anoche llorando como le daban algunos objetos que fueron de mi madre Tomasina, yo le perdonaría todo, haríamos las paces, y para probárselo, le diría “eres la mata más horrible del mundo”. A esta hora en que corre un viento inmejorable; son las diez del día mientras se ha nublado completamente y ahora hay un fresco delicioso en la cámara.

Anoche después que acabé yo de tocar la guitarra, la tomó Estuardo y principiaron a bailar zambacuecas, resbalosas, cuándos y sanjurianas. Cantaban todo el tiempo y no se quedó ninguno sin bailar, excepto yo. El baile se acabó a las doce de la noche en que cada uno se retiró a su cama.

30 de marzo ¡En medio del mundo!

Son ahora las nueve del día. Anoche a las nueve en punto de la noche estábamos en medio del mundo sin una milla más o menos para ningún lado. Medio a medio de los dos polos de latitud. Pero qué felicidad tan grande Dios mío. En la línea donde se tuestan todos los pasajeros con el sol tan ardiente hemos tenido días más frescos que en cualesquiera otra parte; y en la línea donde se eternizan todos los buques con las calmas, cuando no tienen vientos contrarios, entonces es cuando nosotros hemos tenido mejores vientos. Creíamos que toda la gente se nos muriese en la línea, y no llevamos ningún enfermo. Una felicidad tan grande, no puede ser sino una protección especial del todo poderoso.

En estos mismos días, ahora tres años, viajábamos por tierra con igual felicidad en los caminos más peligrosos que pueden encontrarse en tierra. Quiero hablar de la Cordillera, según mi diario habíamos llegado ya a Aconcagua el día 29 de Marzo. Qué coincidencia, los viajes más largos que he hecho yo, han sido en los mismos días enteramente. Qué recuerdos los de ese viaje. La estada en la Rioja al lado de la familia de mi tía Concepción. Qué será de todos ellos ahora. La Felicinda se casó ... Yo quería mucho a esta chiquilla y ella también me quería a mí con el mismo candor e inocencia que yo. No me olvido de las peleas que teníamos después que se casó y cuestiones que formábamos sobre cualquier materia. Recuerdo también que mi tía escribió a mamita avisándole que Julia se casaba con un Noroña, sino me equivoco. Dios los haya protegido dándoles un buen sujeto que aumente el número de hombres y brazos en esa familia que hasta es tan perseguida de las desgracias. Sergia se casaría también, al menos es muy probable. Me acuerdo que era la bondad personificada y que sin ser completamente hermosa, era muy interesante por su bondad y su carácter. ¿Y la Admentaria? Quién sabe si también se ha casado esta maldita chiquilla. No sé por qué su recuerdo se conserva tan fresco en mi memoria. Me parece que era muy bonita y graciosa. Tenía un alma que desde luego podía llamarse la más sensible y capaz de grandes impresiones. Quién sabe qué recuerdos tan frescos como el de su memoria me hacen pensar así sobre ella. Lo cierto del caso es que me acuerdo perfectamente de ella, aquí en estas alturas, en medio del mundo y las olas del mar, no sé por qué me ha venido a la memoria su recuerdo tan repentinamente. Si habrá vuelto a acordarse ella de mí desde que no nos vemos.

Una chanza frustrada

Estábamos convenidos anoche con el Capitán para hacer una gran travesura a la hora de pasar la línea. Este cuento de la línea tan hablado, tan trillado y bajo de aspectos tan horribles a veces, ha llegado a ser para los guasos una especie de cosa encantada, donde algo de notable debe

sucedier al atravesarla. Los marineros les han hecho creer que al pasar la línea viene Neptuno a bordo y que como Rey de las aguas, impone una contribución a cada individuo y otras cosas de la laya. En fin, ya habíamos convenido que un marinero se pintase entero y que a la una o dos de la mañana viniese a bordo en el bote. Que al mismo tiempo como para anunciar su llegada, se dejaría caer de la cofa un barril o una tina llena de agua. Todo estaba enteramente pronto pero también todo quedó en nada. El Capitán temió que sucediera alguna cosa con las mujeres y algunos chiquillos que venían.

Sábado 31 de marzo. Un temporal

Hoy estamos ya a cuatro grados al norte de la línea. Esta tarde calmó el buen viento que habíamos tenido durante cuatro días. Seguíamos pues andando muy parejo por espacio de una hora. Cantábamos sobre cubierta con la guitarra a la luz de la luna cuando repentinamente se nubla y nos toma una borrasca, tanto más fuerte cuanto que ni las velas puestas para otro viento ni el Capitán mismo la esperaban. Dios mío, que horrorosa cosa. Subía el buque hasta las nubes y bajaba en seguida hasta el abismo. Sucedió esto en víspera del domingo de Ramos. Esto me recuerda las tormentas que suele haber en mi país en este mismo tiempo. Pero acá el viento es horriblemente fuerte y el buque puesto de costado por su fuerza recibe agua por la obra muerta. Nadie puede tenerse en cubierta. Yo me había quedado arriba porque no puedo ver un peldaño así y pasar sin palparlo por mí mismo. Oigo al Capitán que manda a dar a babor y apenas más en popa el buque, parece que el viento va calmando. Sin embargo llueve a torrentes y en la cámara hace un calor insoportable. Quién sabe si el trueno y el rayo atemorizan también a esta misma hora a algunos habitantes de mi país. Algo de agradables recuerdos me trae esta tormenta en medio del trueno que inspira la mar el temporal.

1 de abril de 1849. De la línea a 4 grados Norte. Sigue siempre el temporal

Hoy sigue el movimiento tan fuerte y firme como anoche al principio. Pero ahora marcha bien el buque con todas sus velas desplegadas. Hoy es Domingo de Ramos, ¡qué recuerdos! Quizás a estas horas cantan en la iglesia Matriz aquellos cantos cuyo recuerdo solo causa en mi alma una impresión que no se ha renovado en Chile ni en ninguna parte. Nada he vivido tan magníficamente tierno y agradable a la par que serio e importante. Se siente uno transportado quién sabe adónde, lo cierto es que al oír esas melodías cree más que nunca en Cristo, en la superioridad de su religión, sus gracias, se aumenta su fe, crece su cristianismo por imitar al que murió por

nosotros, cuyos padecimientos y amarguras nos traen vivamente a la memoria esos mismos cantos y ceremonias que vemos practicar. En este Domingo de Ramos ahora cuatro años era yo aún un colegial. Comulgaba con los demás colegiales al mismo tiempo que los clérigos y demás coristas, condiscípulos míos. De los ramos de palma y olivo que se llevaban a la Matriz para bendecir, tomaba yo con previo permiso de Ño Jacobo, el sacristán, el mejor ramo. Lo llevaba a casa y lo componía de mil modos, le hacía innumerables ramitos de la misma palma y en seguida lo llevaba la iglesia para bendecirse como los demás.

Por todos motivos era este grande para mí, y por lo mismo es que lo recuerdo ahora con cierto placer mezclado de tristeza. Como muy niño, a pesar de ser teólogo ya, creía de buena fe lo que a las viejas o viejos tan crédulos como yo se les antojaba meterme en la cabeza. A los millones de milagros obrados por el Salvador en este día y que se renovaban todos los años al mismo tiempo, agregaban mil otras agüerías que ellos o las creían de buena fe o nos las contaban a nosotros para exaltar nuestra fe en los misterios de la pasión de Jesú Cristo. También era notable para mí este día porque como colegial lo veía llegar entre agonías de ansiedad, como al primer día en que principiaban nuestras vacaciones hasta la pascua. Y quién creyera entonces que en pocos años más había de estar ya de allí distante 3 o 4 mil millas, que la escena cambiaría enteramente y que en vez de esos cantos, había de oír el “alá” de los marineros en la Línea.

2 de abril de 1849. De la Línea a 8 grados Norte. Semana Santa en la Línea

Hoy es Lunes Santo y estamos ya frente o a la altura de Granada. Sigue siempre el buen viento que no nos ha abandonado ni un solo momento. Hoy ha sido un día comparativamente fecundo en acontecimientos a bordo. El contra maestre peleó con el carpintero, quién sabe por qué, lo cierto es que este último vino a poner la demanda al Capitán que fue a proa y arregló el negocio. El marinero Manuel, un portugués, vino también llorando a acusar a Chale que le había pegado unas trompadas. Quién sabe si el Capitán no le hizo la justicia como él creía merecerlo, porque oímos unos gritos, voces de disputa, un momento después. Fuimos a ver y era Manuel que peleaba con Chale. Este último, aunque muy grande, ninguna ventaja le lleva a Manuel que es robusto y bien hecho. Al llegar el Capitán se separaron, pero luego que se retiró principiaron de nuevo a insultarse. Manuel le decía al Chale, que era negro, que era un artículo de venta como la yerba del Paraguay y que no tenía nada por qué ser tan orgulloso y tan malo; Chale le respondió con un francés más bien hablado que el otro, que la isla de Santo Domingo no había esclavizado ningún hijo suyo, que al contrario eran los más libres testigos los franceses, que en cuanto al orgullo, tenía también más en qué fundarlo que él, puesto que siendo negro era el Contra maestre de la Carmen y que lo gobernaba a él que tenía cara blanca.

Algunas riñas más ha habido entre los pasajeros. Los de segunda cámara se quejan por la comida diciendo que ya no les dan más gallinas y otros víveres frescos. El Capitán dijo que él no tenía que ver en eso, que él daba lo que había a bordo. Entonces la emprendieron conmigo diciéndome que ordenase yo que se les diera mejor comida, pues que representaba a los dueños del buque que les habían prometido mejor comida. Yo contesté lo mismo que el Capitán.

Martes 3 de abril. Quizá a estas mismas horas

Estamos hoy a 10/2 grados y sigue buen viento, buenos días, noches insoportables. Son ahora las nueve de la noche; a las 12 debemos pasar un [ilegible]. Todo el mundo está sobre cubierta pues según dice el Capitán, el peñón este se distingue muy poco y es preciso ir con toda precaución para no tropezar. La noche está tan hermosa como debió aquella noche en que Zorrilla compuso su poema a la luna. Estuardo tiene mi guitarra arriba, y todos cantan con vocal entusiasmo, inclusive el Capitán que tiene muy buen bajo. Han cantado muchas canciones ya y ahora están armando baile como el cuándo, la zambacueca, la resbalosa, la sajuriana, etc. No tardan ya en principiar la canción argentina. Es siempre con la que concluyen. El Capitán, el piloto y otro español la saben muy bien, y con todos los que vienen a bordo saben sus piezas. ¡Qué placer para un solo argentino entre 150 hombres oír cantar su canción en el trópico!; por un millón de voces de todas naciones. Yo me lleno de entusiasmo y acompaño a los demás cuando entonan sus canciones.

Hoy es día de San Benito de Palermo, abogado de los negros. Hoy es día de Chale, pero él no se había acordado siquiera, tal es el caso que hace él de todos los santos de la Corte Celestial. No he visto religión ni secta alguna más poco celosa que la nuestra. La mayor parte de los que se llaman cristianos no practican ni observan ninguno de sus preceptos, en una palabra, nadie puede saber si es católico, protestante o mahometano. Sucede lo contrario con los protestantes que cumplen rígidamente con los preceptos de su religión y con los mahometanos que mueren cien veces antes de faltar alguna fórmula siquiera de su religión.

4 de abril de 1849. La Línea a 11 grados Norte. Nuevo temporal

Hoy como a las diez nos ha asaltado una tempestad horrorosa de viento en remolinos. Bastante apurados los ha tenido a todos los de la tripulación, pero en fin, el buque está con sus velas izadas y es menos temible ya en fuerza. El viento que tenemos es casi por la proa pero siempre avanzamos algo.

Qué lástima me daba ahora ver a los muchachitos que vienen en la tripulación subirse a la punta de los palos mandados por el Capitán a tomar rizas. Qué desesperante sería para la madre de esos chiquillos verlos columpiarse en la punta de una verga sin sostenerse más que con el pecho soltando al aire todo el resto del cuerpo. Nada haría esto cuando no corriese viento, pero ahora que crujen las velas y los palos con horrible fuerza, de veras dan lástima ver cómo están estos infelices en estas ocasiones en un peligro próximo. Y sin embargo de que sucede continuamente que el viento arranque de los palos a un marinero y lo bote al agua, para ellos uno de estos temporales en que ellos trabajan más, no tiene ningún peligro. Saltan ahora de alegres porque cae el agua a torrentes y tienen con qué lavar su ropa.

Se oye sobre cubierta gritos y exclamaciones de alegría al lavar cada uno su ropa, hacen resbalar a uno sobre cubierta que se da un baño y he ahí motivo de risa para todo un rato.

El carpintero se ha amarrado un cabo a la cintura y se ha botado al agua por pura humorada. El buque corre como un rayo y hace la misma carrera al costado. Parece que los cerros de agua que se levantan vienen a tragárselo, pero él y el buque pasan por sobre ellos como una pluma. No sería extraño también que un tiburón, como quién no hace la cosa, le hiciera quedar de un bocado una pierna para memorias. Dice el Capitán que aquí hay y muchísimos.

5 de abril de 1849. La Línea a 12 grados Norte. Mezcla de católicos y protestantes

Ha seguido anoche, toda la noche y sigue hoy todavía el temporal. No tanto más perjudicial ahora cuanto que llueve a cántaros y no podemos salir sobre cubierta. Hay pequeños intervalos en que cesa el viento y todo queda en calma, pero esto es terrible, porque después viene el viento tan recio y tan repentinamente que no hay tiempo siquiera para prepararse. Ayer nos ocupábamos de trampear y cazar un tiburón que nos sigue desde dos días antes. Nada ha podido hacerle, el Capitán por más que ha batallado toda la mañana.

Mientras tanto la gente del entrepuente reza como que está en Semana Santa. Dicen que todo este temporal nos ha venido porque no se ha ayunado la cuaresma ni siquiera los viernes, y los de proa, es decir la tripulación, rabia, maldice con horribles blasfemias, diciendo que el temporal ha venido a causa de tanto diablo hipócrita rezador, que siempre que han tenido frailes o ésta clase de pasajeros a bordo, han tenido fuertes temporales. Dicen esto con tanta veracidad, con tan íntima persuasión que si nuestros rezadores no fueran tan católicos puritanos, hasta rayar en fanatismo, les habrían creído y dejado de rezar mucho tiempo ha.

Viene un viejo Concha que hace el coro no sólo en el rezo sino en todas las disputas por creencia religiosa. En el mismo entrepuente vienen cuatro o seis marineros portugueses, ingleses, franceses, etc. Se emborrachan como unos ingleses y principian a cantar en una semi-bandola

cuanta obscenidad marina saben, mezclando gestos y movimientos capaces de admirar a otros como ellos por lo asquerosos. Y esto a veces sucede en la misma hora del rosario, con que será bueno para nuestros puritanos cuando en medio de su *gloria patri* son interrumpidos por alguna torpe blasfemia y canto lleno de obscenas palabras.

¡Y en Jueves Santo!

Estos místicos-profanos contrapuntos o argumentos suceden casi todos los días, cuando almuerzan, comen o toman té. Este último lo presencié yo siempre porque sucede a las 9, una hora después de nuestro té. Salgo yo sobre cubierta a gozar de la luna y el fresco de la noche y me siento en la escotilla del entrepuente. Seguro es que se ha de tratar de religión. El viejo Smith que ha sido sacerdote protestante en su tierra, está en contradicción en ciertos puntos con otros de su misma creencia, así es que después de tenerlas con el viejo Concha hasta llegar a papirotazos, se las amarra con los suyos. Sienta sus conclusiones o ciertas o erróneas, le objetan, lo vencen, se enoja, hecha un *Goodemi* y le asestan un trompón con que se estremece la mesa, ruedan las tazas en la bandeja de té y arma entonces las de San Quintín. Llega el piloto y habla de contener a ingleses y españoles pero como no sabe más que el inglés, o no le obedecen o no le entienden, grita, pateo y al fin, entra él también en la liza. Preciso es que la aterradora voz del Capitán se haga oír y sólo entonces solamente se apaciguan todos. Esto es casi todos los días.

6 de abril de 1849. La Línea a 13 y medio grados al Norte. La noche del Viernes Santo

Hoy ha amanecido el día más sereno y tenemos un viento, aunque no del todo favorable, pero muy parejo y que no lleva al rumbo con una cuarta de diferencia. Siempre hay chubascos pero pasan luego. Anoche, por dos veces, se vio una ballena casi al costado del buque.

Son las doce del día. El año pasado en este día y a esta misma hora llegaba yo de Cucha a Chillán después de haber corrido por Qirihué, vuelto a Cohelemo, pasado tres días en el Totoral y arreglado unas cuentas en el Portezuelo. Tres o cuatro minutos antes que yo había llegado mi hermano Mardoqueo de Talca y un cuarto de hora después, se nos reunió Samuel llegando también de Talca por otro camino. Un año hace a estas mismas horas. Salimos a pasear con ellos y Fabio y de vuelta comimos recién. Qué casualidad de reunirnos a un tiempo.

Ahora en este mismo día estamos separados uno de otro, cientos de leguas o miles, qué digo cientos. No me había pasado por la imaginación siquiera tener que hacer una emigración tan lejos al poco tiempo. Bien dice el proverbio: Lo que es el mundo. Jamás he tenido muchas

esperanzas que se me cumplan mis deseos y me acuerdo cuando leía la historia de la conquista de Méjico y recorría la California con el historiador, me llenaba de un poderoso entusiasmo y decía caramba, quién fuera tan feliz que viajara por allí un año o dos. He aquí ya mis deseos cumplidos, si llego a California, aunque en la bahía de San Francisco me reciba el desengaño con todo su horror, siempre experimentaré un placer al verme en unas playas que sólo figuraban para mí en sueños.

Todavía quisiera saber, a costa de mucho, qué va a ser de mí el viernes Santo del año 50. Si me tomará en mar o en tierra, o al lado de mi familia, o lejos de ella y en miseria, o si me tomará en otra parte que en este mundo. Caramba, aquí voy cayendo insensiblemente en aquella cuestión que estudiaba en filosofía sobre el destino o la predestinación del hombre. Mejor es correr un velo sobre estos pensamientos.

A estas mismas horas deben estar en mi país en el Sermón de la Agonía. Toda la ciudad debe presentar ahora un aspecto triste, pero esa misteriosa tristeza llena de esperanza cual causa el recuerdo de la Pasión. Si habrá muerto alguna mujer en la estrechez y sofocación de la Matriz, como suele suceder ...

Sábado 7 de abril. El Sábado Santo

Anoche hemos tenido una noche hermosísima y viento parejo hasta el amanecer. A las seis vino un chubasco que pasó luego; quedó en calma una media hora y ahora que son las 7, tenemos ya un viento regular. A las diez debemos cantar un Gloria y quemar un Judas.

Mientras duraban lo chubascos no quise yo bajar a la cámara. Se nublaba y caía de repente un torrente de agua, al mismo tiempo levantaba unos cerros de olas. Sufría yo el agua y el fuerte movimiento del buque sin querer bajar abajo. Un cuarto de hora, cuando más duraban los chubascos, en seguida calmaba el viento, las nubes se disipaban y la luna volvía a aparecer en toda su pureza y claridad. Estos pequeños intervalos entre uno y otro chubasco era lo que yo esperaba para gozar de un montón de cosas a un tiempo. Me tendía sobre la cubierta de la escotilla donde estaba el compás, hacía cabecera mi manta trabajada con tanto esmero por el maestro Eduardo, y me dejaba estar así de espaldas viendo fijamente la luna, las estrellas, los grupos negros de nubes que pasando cada una a su vez como soldados de uno en fondo, las ocultaba para dejarlas otra vez brillar de nuevo. Otras ocasiones pensaba en la solemnidad del día y de la noche misma, me acordaba de la función en mi país y me transportaba del todo allí. Cerraba los ojos y en ese momento que no existía sino para ese recuerdo me parecía que oía perfectamente la música, las voces de los cantores en la procesión y en fin, hasta la ronca y acompañada voz de Don Isaac Acuña que decía “para el Santo entierro de Cristo y la soledad de María”. De este santo y delicioso recuerdo me sacaban los pasos retumbantes de Chale, que

quedaba haciendo la guardia sobre cubierta mientras bajaba el Capitán a dormir. Se acercaba a mí y me decía con la solicitud de un padre, *mon monsieur, ce sommeil peut-être vous fera mal ici, pour quoi n'essais pas*. *N'avez pas connaissance de ce que je joi ici; n'aies pas merci Chales*.⁷² En seguida principiaba nuestra conversación que al final interrumpía con alguna otra mirada en tenía que mandar la [ilegible] y luego seguíamos hablando de sus viajes, sus naufragios o, en fin, de su historia desde la salida de Santo Domingo hasta la fecha. Su vida, que está marcada de infinitas anécdotas marítimas, es muy interesante y más todavía vida contada de su boca con su francés a la gasconne.

8 de abril de 1849. Frente a Méjico. Domingo de Pascua

Nos sigue siempre el buen viento, y seguimos sin ninguna novedad. Estamos ahora enteramente en frente del mismo Méjico. Hoy Domingo de Pascua nos preparamos para celebrarlo con alguna cosa, o del modo que nos sea posible. Se nos han acabado ya las gallinas. Pero hemos tenido para hoy del modo siguiente.

Viene a bordo un español, Tousquet, chiquito como un granito de mostaza. La mujer de él, que es algo más que una ballena en su monstruosa magnitud y gordura, trae veinte y una gallinas con sus gallos correspondientes. No nos ha querido dar ni vender una sola siquiera para hoy. Hace ocho días que le rogamos y nada conseguimos. Viendo esto el Capitán, ahora tres días, me dijo “amigo, no hay más que hacer que poner un sitio y tomar la plaza por hambre”. Bellísima idea, le dije yo porque comprendí al momento lo que quería hacer. Pues bien, hace tres días que las gallinas no prueban ni un grano de trigo. Reclama Tousquet que sus gallinas se mueren, que le vendan por favor algunas libras de trigo. El Capitán lo manda a mí y yo lo mando a Mackay sin que de ninguno saque ni un grano. Esta mañana amaneció muerta una. Tousquet se mantenía duro todavía, sin querer vender. Ahora que son las doce se están ya pelando cuatro gallinas para la comida. La plaza se ha rendido mediante una contribución a favor de Tousquet.

Lunes 9 de abril. El Capitán y el Doctor

Todavía gusto del buen rato de ayer a propósito de las gallinas. Yo y el Capitán habíamos convenido con Tousquet en ponerle en San Francisco cinco gallinas y un gallo salvos de todo riesgo

⁷² *Mi señor, este sueño quizá le hará daño aquí (dormir aquí), por qué no lo intenta. No tenga conocimiento de lo que hago aquí; no tengas gracias (sic) Chales*. Traducido del francés.

de hambre o peste y que nos comeríamos todas las demás. Después bajó Rioseco a la cámara y tomando aparte a la señora, le pintó horriblemente la situación de sus gallinas que iban a perecer todas de hambre, etc. y concluyó este diplomático con que sería mejor que se cediesen todas las gallinas con la condición de que le hicieran llegar a San Francisco una gallina y un gallo. La señora, que nada supo del trato anterior entre nosotros y su marido, convino con mucho gusto. Mas luego que supo esto Tousquet, vino a la cámara con una furia con su mujer tratándola de bestia, entrometida y quién sabe qué otras cosas más de esta jaez. La señora, al principio se moderó un poco, pero después de vernos a todos allí, la vergüenza le vino a la cara y la rabia se pintó en sus ojos. Principió a volver insulto por insulto y una desvergüenza por otra. Nosotros reventábamos de risa. En fin, quién sabe qué insulto le hizo Tousquet a que ella respondió “calla indecente, medio hombre, zancudo guayaquileño, piojillo, atrevido etc.”. La cosa habría seguido y pasado quién sabe a qué, si el Doctor no hubiese mediado después de gozar lo suficiente.

10 de abril de 1849. De la Línea a 16 grados Norte. Los de cabeza fresca

Ayer ha habido muy buen viento, es decir, no malo porque aquí en la altura donde nos encontramos ya no se siente un soplido de viento que no sea norte. Pero siempre vamos adelantando, aunque no con la velocidad que al pasar la línea. Hoy en la comida ha habido una desavenencia entre el Dr. Makcay y el Capitán. Nada hay más malo y fastidioso que un entredicho a bordo. Ni pueden llegar a las manos, ni dejar de verse para no irritarse cada momento. A toda hora se codean los unos con los otros en la estrechez de a bordo y no hay ni cómo guardar ese rencor concentrado y mudo, ni cómo llegar a una decisión. No sé, volviendo al Capitán y al Dr., cómo se avendrán más tarde.

Hoy hemos tenido de qué reírnos hasta enfermarnos. Aquí estamos sufriendo excesivos calores que no experimentamos en la línea misma. Parece, pues, que el pelo diera más calor que el que puede sufrirse sin él. Vienen pues a bordo cuatro jóvenes entre estos dos de la Florida que usan melena, es decir de aquellas melenas como la de los indios, cae dura y tiesa sobre los hombros. Borja Fernández los ha instado desde ahora cuatro días para que se la corten, diciéndoles que pueden enfermarse. Al fin hoy les ha dicho que yo también voy a cortármela. Entonces se han puesto en manos de Borja, quién los ha afrentado de un modo horroroso ...

Miércoles 11 de abril. El Capitán y el Doctor

Hoy tenemos un viento muy fresco y enteramente de la proa. Vamos a salir ya del trópico y principiamos a sentir ya la influencia de la diferentísima temperatura en que nos hallamos.

Anoche nos llovió otra vez. Recogimos agua en una tina para tomar, pero ha tomado el gusto de la lona del toldo y se ha perdido nuestro trabajo. Pero al fin yo he tenido la gloria de bañarme en agua fresca y dulce después de un mes.

Todavía nos dura el gusto y el buen humor para reírnos a causa de las cuatro afrentas de ayer. Se ve por todas partes blanquear el casco de la cabeza, y las orejas tan enormemente grandes que es lo más ridículo y risorio que puede darse. Unos a los otros se miran y se ríen pensando que la cabeza ajena es la sola horrible que hay. Ya que han visto que yo y el Capitán no nos cortamos el pelo, siendo que habíamos prometido hacerlo, han principiado a sospechar algo e incomodarse con Borja, quien les dice con la mayor formalidad del mundo, que ellos son los únicos marchantes, todos los que ha pelado de balde que se le hayan descontentado con su trabajo. Nosotros los llamamos los de cabeza para pasar la línea. Es preciso que pase algo el tiempo para no fastidiarse de una vida tan monótona y zozobrar en el tiempo.

No se han hablado hoy el Capitán con el Doctor. Nadie casi se ha reído hoy en la mesa. Yo, que presido la mesa en cuanto a mi asiento, que está en la cabecera a popa, y en cuanto a la repartición o servicio soy el único que hablo un poco más con motivo de las demandas de segundos ... Dos veces ha querido revelarme algo por algunos días, y siempre ha hecho faltar la comida. Pero siempre es oficio honorable.

12 de abril de 1849. El Trópico a 16 y medio grados Norte. Un motín

Sigue el viento malo por la proa, y ahora tenemos el rumbo al noroeste, en vez del norte que llevábamos. Sigue el entredicho del Dr. y el Capitán y parece que la gente de entrepuente hubiese estado esperando para aprovecharse de ella en su favor. Un motín capitaneado por algunos marineros que vienen de pasajeros acaba de estallar hoy. Se quejan de mala comida, de falta de vino, de la lámpara en la noche, en fin, se quejan de todo.

El Capitán tomó su eterno paseo con las manos en los bolsillos sin tomarse siquiera el trabajo de contestar a ninguna de sus demandas. Cuando ya nada han sacado de él, se dirigieron a mí diciéndome que yo representaba a Don Ignacio [Palma] y a los Socios y que por consiguiente debía poner remedio en tanto abuso. Yo, sin alterarme en nada, respondí que yo no mandaba en cosas concernientes al Capitán. Que lo que él hacía nadie tenía que objetar, que él sabía dar cuenta del porqué de sus acciones una vez llegados a tierra, pero que antes no se cansaran de balde. Parece que mi respuesta les parecía bien porque no hablaron más, contentándose jurarle para cuando lleguemos a tierra.

Viernes 13 de abril. Las ballenitas

Hoy tenemos mejor viento, y más fuerte que ayer. A las seis estábamos todos sobre cubierta cuando vimos pasar muy cerca del buque dos ballenatos no muy grandes. Un momento después pasaron dos y más tarde, otros dos, y así pasaron infinitos. Muy divertidos hemos estado todos viendo estos ballenatos, su modo de andar o viajar siempre de a dos y la diversidad de tamaños y hasta del color mismo. Subían y bajaban con las olas como si cada uno de ellos fuese un oficial que las comanda. Los chorros de agua que botan por la boca al nadar se vuelven otros tantos arco iris cortando el agua vaporizada los rayos del sol horizontalmente.

Dicen los marineros que la pesca de estos animales cuesta casi el doble que las grandes ballenas. Esto lo explican ellos a su modo y hasta se valen de ciertos términos técnicos en la materia que hacen para nosotros más ininteligibles la cosa.

Los dibujos del Capitán

Cuando no nos entretenemos en esta clase de distracciones se me hace insoportable ya la navegación. Yo soy el menos cansado porque estoy siempre menos ocioso. O estudio la guitarra o el inglés o leo o escribo, tratando siempre de no dejar ratos enteramente ociosos que son lo que traen el aburrimiento y a veces, hasta el vicio mismo. El Capitán me distrae mucho, siempre, ya contando la historia de sus viajes, ya la de sus conquistas y amoríos. Hoy dibujó la Carmen envelada y con todos sus pasajeros. Es admirable el pulso que tiene para el dibujo. Casi todos los días dibuja en la pizarra que está sobre la escotilla todas las banderas nacionales y con una perfección digna de admirarse. El pabellón argentino, aunque sencillo en todo, lo tienen los demás escudos, es sin embargo lindísimo y hay muy pocas, dice el Capitán, que sean muy bonitos.

14 de abril de 1849. En el trópico a 17 grados Norte. Los pescados negros

Tenemos hoy un viento que aunque no nos lleva al rumbo, no perdemos tampoco. Quizás en seis u ocho días más, si el viento mejora, date mi diario en San Francisco. Hoy hemos visto andar al derredor del buque una gran cantidad de un pescado que por su tamaño creíamos al principio que fueran ballenatos, pero se llama pescado negro, tiene de 15 a 20 pies de largo y dan hasta 12 barriles de esperma. Su pesca, dicen los marineros, es aún más peligrosa que la de la ballena por que al ver la chalupa se lanzan contra ella, y encara con los mismos pescadores.

El día está muy frío, casi de no poderse sufrir sin estar bien arropado. No sería mucho que nos cayese una nevada bien firme. Algunos de los marineros conocen la costa y dicen que en

estos días precisamente suelen haber furiosos temporales que al fin suelen parar en grandes granizos y nevazones. El Capitán no ha navegado nunca por éstos y no deja de tener miedo porque no sabe dónde pudiera tener mejor tiempo. Navega por la primera vez en estos mares y no conoce el fondeadero español, que es el único hecho y prolijo que hay. Dicen que hay muchísimos bancos y peñones que los prácticos mismos temen tropezar en ellos. No deja de inquietarnos alguna de estas nuevas cuando el Capitán no es conocedor de la costa. Qué hacerle.

15 de abril. ¡Lo que es la esperanza de llegar!

El día de hoy ha amanecido hermosísimo, es decir, no tan frío como el de ayer. Está templado y verdaderamente como un día que es de primavera puesto que estamos ya fuera del trópico y casi en el territorio de California; digo mal y estamos pisando desde ayer pero adelantamos muy poco.

San Francisco está a los 37 gs. N. E. y nosotros estamos pisando recién veinte. Muchos días harán que no andamos tanto como ahora. Siempre sospeché el Capitán que de la línea adelante nos sería el viaje poco bueno, cuanto había sido feliz hasta llegar allí. Tenemos brisas suaves y calmas otras veces, agregase a esto el ir el buque tan cargado, necesitamos de un viento recio y fresco para andar siquiera seis millas por hora.

Qué día tan feliz debe ser para todos aquí al término de nuestra navegación. ¡Qué placer igualará al que experimenta el navegante cuando oye la mera voz que dice tierra! Cómo sonará en el oído de cada uno esa voz divina que anuncia a un tiempo la terminación de un penoso viaje y la seguridad de la vida que se ha ido jugando a cada instante. Con qué ansias debe tender el antejo el pasajero para ver la tierra después de haber creído ser devorado por los peces, después de haber sido trabado por un temporal. Caramba y cómo será para mí que he respirado por 17 años el aire libre de las pampas de mi país, que he dormido a la sombra de los espesísimos bosques, que he comido a caballo infinitas leguas, y que me he visto a bordo con tanta estrechez, sin acción, sin movimiento. ¡Debo yo ser muy feliz ese día, más que muchos!

16 de abril. En el trópico a 20 grados Norte. El mejor día a bordo

El viento de hoy felizmente no es fuerte porque si no perderíamos mucho. Nos lleva casi al oeste y no varía un solo momento. Me parece que la cosa se va poniendo nublada, cuanto clara y buena estaba antes. Quién sabe si perdemos toda la ganancia que llevamos. En fin, Dios dirá.

Ayer Domingo de Cuasimodo, recién hemos celebrado el Domingo de Pascua en forma. Hemos tenido carne fresca, es decir, el Capitán hizo matar ayer uno de los chanchos más gordos que venían a bordo.

Éste ha sido el único día de fiesta que hemos tenido a bordo. Jamás he visto más contento al Capitán ni a todos los pasajeros. Después de concluida la comida pidió el Capitán vino jerez. Por obligación había de tomar cada uno una copa. Así lo hicimos todos, ninguno quedó sin tomar. Pero luego siguieron los brindis y contestaciones hasta que ya todos se pusieron alegres. Ninguno dejaba de tomar habiéndole obligado otro con un vaso. Rioseco brindó porque la República Argentina, que tan gloriosa era para las demás naciones vecinas, sacudiera de una vez el yugo del tirano que la oprimía. Contesté yo como único representante de mi patria. Tousquet brindó por la Alemania y su representante, nuestro Capitán, quién contestó lo mejor que pudo a nuestro brindis. La sobremesa ha durado de este modo hasta la oración.

Martes 17 de abril. No se da marino ni buque de vela sin viento

El viento: es la primera palabra que encabeza un diario marítimo como que es el consuelo, la vida del que navega; es para él como el caballo para el que viaja por tierra, es la fuerza y la fe del marino, en una palabra, se puede decir, el viento es una condición sine qua non o su esencia sin la que no se da marino ni navegante, a no ser que el buque sea de vapor ... Pues hoy nosotros no navegamos, tenemos una calma horrorosa.

El buque tiene unos balances tan fuertes cuales no he visto en toda la navegación. Las olas formadas por la mar parecen cerros que amenazan tragar el buque. Las olas y arrastraderas se zambullen de un lado y de otro casi hasta entrar agua por sobre de la obra muerta. Es imposible que nadie pueda tenerse parado con semejantes corcovos, como decía un gaucho de las pampas que se embarcó por primera vez. Estos balances sí son capaces de marear a cualquiera que sea un poco débil. Como no hay viento que domine las olas, éstas vienen caprichosamente y vuelcan el buque de babor a estribor o de estribor a babor, de proa a popa o de popa a proa, que es el más horrible de todos.

¡Qué cosa habrá más triste que una calma de esta laya en alta mar! Cómo pierde uno la esperanza de terminar su viaje, cómo ansía entonces por volar y salir de aquel pantano en que parece haber caído. Entonces ve uno con indecible amargura alejarse y dilatarse más y más el horizonte, hasta parecerle interminable, eterno. Ese sonido tan acompasado y monótono a un tiempo de las velas agitadas para delante y para atrás por el solo movimiento del buque, esa lasitud con que caen las velas perpendicularmente, le parece a uno que es el cansancio mismo del buque que no pudiendo más, suelta lánguidamente sus brazos.

18 de abril de 1849. A veintidós grados Norte. Calma, descontentos, poca agua

Sigue la calma, como seguía antes el buen viento, es decir que la cosa va cambiándose del todo. Felizmente estamos fuera del trópico y más bien sentimos frío que calor. Es decir que, balanceada la cosa, siempre ganamos, y de nada tenemos que quejarnos. Siguen los entredichos también ... Se ha puesto a ración la gente en cuanto al agua, medio vaso cada 24 horas. Nos distraemos trampeando o cazando pájaros que hay muchos.

Los descontentos son casi todos, pero ninguno chista. Agregase al calor en que estamos, la escasez de agua, no escasez pero privación. El Capitán dice que probablemente nos sobrarán ocho o diez pipas de agua, pero que por nada quiere exponerse a andar todavía un mes sin dar con el puerto y con ciento cincuenta hombres a bordo. Hallo muy bien la medida del Capitán, pero quizás no me parecería bien si yo fuese el que estoy a ración. Caramba, algo debe sufrirse cuando se tiene sed, y no hay agua para apagarla. Yo que por casualidad no tengo sed, me parece que si me pusiera a ración, bebería agua por veinte.

Como poco tiene que hacer el piloto en las guardias con semejante calma, nos quedamos siempre sobre cubierta a hablar de sus viajes. Me contó anoche que el año pasado, casi en esta misma altura, encontró un buque perdido y que lo salvó él.

Jueves 19 de abril. Zorrilla

Y sigue la calma y quién sabe hasta cuándo. El buque no se puede gobernar puesto que sin viento está sin equilibrio y el timón nada puede hacerle. Es lo mismo que uno que se ha desmayado, y suelta aquí, allá, de un lado a otro las piernas, los brazos, la cabeza y cuando se le quiere hacer volver del lado donde ha estado inclinado, se va con todo el peso del cuerpo al lado opuesto, como que le falta la vida y la fuerza para sostenerse. Es exactamente lo que le sucede a esta Doña Carmen porque le falta la fuerza y el viento, como dije antes, le faltaba al desmayado. En fin, quiera Dios que al hacer la luna tengamos alguna brisa que nos lleve hasta San Francisco, hemos sido ya engañados tantas veces por el viento que lo veo venir fuerte y sin embargo no le creo. Se parece a las mujeres ... verdad es que la idea no es mía, el poeta más célebre que conocemos ha hecho primero que yo esta comparación en la siguiente estrofa: “¡Mas ay! del hombre que fía. En la mujer y en el viento. Que cambian en un momento. De rumbo y de fantasía”. ¡Oh! Qué cosa tan cierta, caramba.

20 de abril. Algo raro

La calma es cada vez más pesada, hoy se ve el mar sin una sola oscilacioncita, quisiera que cambie o mude lo trasparente de las aguas. No pensando en que la cosa más horrible produce eso, se puede gozar en ello como de un fenómeno que no se dé o no se ve sino cada 40 años al menos para el que no lo ha visto nunca esto, no es posible que se dé una claridad más pura y cristalina, ni una insignia más completa en todo el mar. Se ven pasar hasta los más pequeños pescados, se distingue hasta el menor de sus movimientos. Hemos visto mucho, así veo pasar raspando el buque dos o tres pescados de los más raros en su forma y color. Son casi redondos o de la figura de una tortuga, un poco más chicos y de un casi turquí. Quién sabe si el color del agua, herida por los rayos del sol producía este color sobre esos animales, o si realmente son así. El Capitán dice que varias veces ha visto esos pescados pero no tan azules como estos, al fin, algo nos distraemos con estas pequeñeces y con la flema de algunos ...

21 de abril de 1849. A veinte y dos y medio grados. ¡Casi perecen!

Hoy tenemos sur clavado ¡qué suerte! Pero aun si tenemos viento, quiero decir que este viento se bate ahora del sur al norte. Con que ansiedad espera el Capitán y todos nosotros que llegue el viento y que el buque principie a andar algunas millas. Seguramente que anda algo y nosotros no sabíamos. Dos o tres pasajeros, viendo tanta calma, se botaron al agua a bañarse. Pero al momento de caer, vieron que el buque los dejaba y que les era preciso nadar fuerte para alcanzarlo. Nada se le hacía esto al principio, pero de repente sopló el viento un poquito y el buque principió a andar un tanto más. Entonces principió el apuro, ya no era chanza. Nadaban como desesperados sin poder abordar y el mismo miedo hacía que viesan volar el buque. Al fin todos vimos que se exponían y a un grito de ellos les tiramos cables con que pudieron abordar. Malos juguetes.

Domingo 22 de abril. El encuentro de la Natalia

El viento ha amanecido como pintaba ayer. Viento sur y fuerte; al amanecer dijo un marinero que se veía un buque que seguía el mismo rumbo que nosotros. Algunos han subido a la copa, de los de la mitad han dicho que es cierto y la otra mitad que era falso. Ojalá tuviéramos la suerte de hablar con alguno, que gusto, ¡Dios mío!

Son las once del día. Ya no hay duda en que se ve una vela. Lo hemos visto todos ya y algunos se atreven a decir que es fragata, otro bergantín. Creemos que es la Ballenera o el Rivera que

salieron el mismo día que nosotros, en ese caso no han llegado aún y nuestro viaje es bueno todavía. El Capitán, que necesita mucho cotejar su cronómetro, está muy contento y prepara ya las banderas de señas. En este momento se ha puesto ya la proa al mismo buque y no vemos la hora de darle alcance. Visto, andamos más que él porque yendo adelante, cada momento lo tenemos más cerca. Dice el Capitán que a la una en punto debemos hablar con el otro buque.

El Capitán ha tenido ocasión de lucirse perfectamente. Es la una de la tarde y en este momento los buques están frente el uno del otro, sólo falta el abordaje. Yo escribo en mi cartera esto mismo mientras tengo todavía mi antejo en la mano. Dios mío que cosa tan solemne es el encuentro de dos buques en medio del océano después de un mes o dos de navegación. Qué alegría, qué placer tan mezclado de asombro y de ansiedad al mismo tiempo. Qué revolución a bordo de los dos buques. Aún no ha sido izada ninguna bandera a bordo del otro buque. El nuestro ha enarbolado la bandera chilena y está izando ya las señas. Qué buque será el otro, de donde vendrá, a donde irá, qué tal viaje, si fuera chileno, ¡qué placer!

Acaba de izarse la bandera chilena a bordo del otro buque ... Un millón de voces ha llenado el aire con el entusiasta grito de ¡Viva Chile! Ambos buques se saludan con repetidos hurras. Qué escena tan grande y tan imponente, dos porciones de paisanos encontrados en alta mar, y ofreciendo mutuamente sus servicios. Mil cabezas ávidas se ven asomar a bordo de cada buque ... Ya ha izado sus señas, el Capitán tiene en sus manos la copia de señas y banderas de buques ... Es la Natalia, perteneciente a los Luco, viene de Valparaíso y se va para California. Nuevos hurras. Los dos buques están el uno del otro distante cinco brazas. Ciento ochenta pasajeros de la Natalia hablan con 150 de la Carmen. Vienen a bordo una porción de conocidos míos. Estuardo ha conocido entre los pasajeros a un hermano suyo que residía en el Perú ... qué placer para los dos. Acaban de hablar los dos Capitanes y ya se despiden los buques. No podemos marchar juntos. Adiós. Adiós. ¡Hurra! ¡Hurra!

23 de abril de 1849. A veintitrés y medio grados. Buena esperanza

Sigue hoy el buen viento y quiera dios que siga así hasta llegar a San Francisco. Dónde quedaría la pobre Natalia. Ayer antes de las cuatro de la tarde ya la Natalia no aparecía. Caramba, que debe ser una cosa bien desagradable en el mar encontrarse con un buque y después quedarse atrás, es decir, que anda menos que el otro casi dos millas por hora. Yo me pongo en el lugar de los pasajeros de la Natalia, y ya me parece sentir una desesperación tormentosa, en ver alargarse el otro buque, saber que es mejor más andador, y que va a llegar dos días primero al puerto de salvación, y que quería en esos dos días que pierda, se levante alguna tempestad, aquí particularmente donde la bonanza no es más que de dos días. Todo esto deben sentir a esta hora los pasajeros de la Natalia.

Ayer, después de la fiesta del encuentro del buque, nos sentamos a la mesa, tan contentos como era muy regular. Todo pasó en silencio, es decir, en brusca armonía mientras llega el jamón. Al principiar yo a despedazarlo vimos todos que estaba demasiado crudo. El Dr. echó un reproche casi dirigiéndose al Capitán. Este respondió con otro más grande y he aquí como se termina una de las más horribles disputas, casi al llegar ya a las manos ...

24 de abril. Calma otra vez

¡Maldición! Apenas nos ha durado el viento dos días. Ya estamos en calma. Es la cosa más extraña lo que nos sucede a nosotros. Quién sabe si después de haber compadecido mucho a la Natalia, no es ella a su vez la que nos tiene lástima ahora. Tenemos tanta calma como viento en popa ayer. Tanto más extraño es en que aquí se experimentan temporales en todo tiempo, en vez de las calmas que nos vienen a cada instante. Desespera tanto esto como a un viajero a quien se le ha cansado el caballo cerca del término de su viaje. Quisiera como el ponerme espuelas de alfiler y hacer andar nuestro caballo a fuerza de dolor. Pero no hay aquí ese recurso, cuantas más velas tiene, menos se mueve. Pensábamos llegar el miércoles sin falta, quién sabe al final cuántos días perderemos antes de divisar tierra. Qué impresión debe hacer en todos el primer grito del marinero que vela en la cofa diciendo “¡tierra!”. Caramba, debe ser más agradable que la misma entrada en el puerto.

25 de abril. Aniversario

Sigue la calma, al menos así puede llamarse tan corto y flojo es el viento que corre. Según nuestra esperanza, nacida por el contento del Capitán, debíamos arribar hoy. Y no creo que desde ayer a hoy habremos avanzado ocho millas.

El 25 de abril del año 46 hacía dos días que había estado a bordo del Amando, también ahora a causa de una calma al llegar de Valparaíso a Talcahuano en el General Ribera. Tres años hace hoy. Este mismo mes y casi los mismos días me han encontrado al término de fe, largo y en las mismas circunstancias. También al llegar a Talcahuano quería poner fin a una peregrinación de dos meses con una escala de cuatro en un país extraño, qué diferencia. Entonces viajaba con una familia y sufría con gusto mientras que ahora ...

26 de abril. La ñata

Hoy tenemos más viento que ayer, pero como para llegar en quince días. Perdimos de nuevo las esperanzas. Vimos pasar cerca del buque pájaros y objetos que no pueden verse sino en tierra y sin embargo, quién sabe lo que dicta a todos nosotros. A bordo es donde los héroes de la paciencia tejieron su corona sin [ilegible] ninguna.

Y qué será mientras tanto de las mil personas queridas que dejo en Chile. Qué de la Ñata y si se habrá venido ya a Valparaíso. ¡Pobre Ñata! Parecía estar [ilegible] tanto allí. Ya se me va quitando la primera mala impresión que me hizo la lectura de su carta de despedida. Sin duda que no era como yo la esperaba y que debió haberla escrito bajo la influencia de algún desquite o malestar. Se reciente toda ella y reluce cierta agriedad (sic) y malicia punzante, que no se parece por supuesto a su corazón o a sus palabras siempre dulces. Esta es la carta que debía leer yo todos los días para consuelo a bordo. No la he vuelto a abrir siquiera; enemigo soy de ver dos veces lo que inquieta.

27 de abril de 1849. A veinticuatro grados Norte. ¡Si nos fallara!

Hoy tenemos un viento muy bueno y dice el Capitán que si no tenemos calma, fondearemos el domingo sin falta. Nos hemos ocupado hoy de todos los arreglos y aprestos para la llegada, quiera Dios que no nos engañemos más. Pocos hay que digan ya francamente que se ocupan de los preparativos para el desembarque, porque después del chasco viene la pesada burla de todos los demás, como único modo de pasar el disgusto que ocasiona una esperanza fallida.

Varias confesiones en vano han salido de estos últimos cuyo tema ha sido siempre el matrimonio de Popa. Bien nos han divertido estas sorpresas, porque en tratar averiguar el autor y contestarlas, ha habido cosas muy graciosas. Campean también en los versos las célebres Gallinas de la línea. Pero qué bien nos vinieron ...

Sábado 28 de abril. Nos falló otra vez

El viento de ayer no duró sino hasta las 5 de la tarde y tuvimos calma en la noche hasta ahora en que son las doce del día. Apenas corre una brisa muy delgada. El Doctor y el Capitán dicen que les parece que se ve tierra. Qué placer en pensar siquiera que pudiera ser posible. Lo que vemos claramente es un bergantín que con calma como nosotros se balancea, también a seis millas de distancia. Quién sabe si es el General Ribera que debía salir al otro día de nuestra partida.

Lo único que vemos bien de él son sus palos por los que sacamos que era bergantín. Qué suerte hubiera sido que la calma no hubiera tomado cerca alguno del otro.

Más de una ballena he visto hoy. Cómo se desesperan el Capitán y el piloto y cómo sienten dejar perderse cien barriles de aceite en cada una. El piloto abre tamaños ojos y se le dilatan las narices como a un león que quisiera lanzarse sobre la presa pero que le impide la jaula que lo aprisiona.

Domingo 29 de abril. Otro buque en la mar

Son las dos de la tarde. Ha amanecido hoy el día nublado pero con un buen viento, exactamente igual al que después de cuatro días de calma tuvimos el domingo pasado. No veíamos el buque que teníamos a la popa ayer, pero apenas dieron las doce abrió un poco y lo divisamos cerca de nosotros. El Doctor y el Capitán fueron a bordo hace ya dos horas y en este momento conversamos ya de un buque a otro. También el domingo pasado a las dos, hablamos con el otro buque. Nunca he visto un día más igual con otro. La misma calma de los días antes, el mismo buen viento, la misma hora en que nos reunimos, todo, todo ha sido igual. Hoy hemos visto como a una cuadra del buque un pez espada. El viento parece que no cesará ya y que llegaremos mañana.

30 de abril de 1849. San Francisco de California. Por fin tocó fondo el ancla. En la Bahía

Son las dos y media de la tarde en que acabamos de anclar en este puerto. Apenas puedo escribir y tiemblo entero de contento. Todavía suena la cadena de las anclas, pero su ruido es ahora para mí tan agradable, como triste y horrible era cuando las levantaban para hacernos a la vela en Talcahuano. Gracias a Dios que tan abiertamente nos ha protegido y nos ha concedido el viaje más feliz que darse puede. Hemos llegado primero que muchos buques salidos 20 o 30 días antes que nosotros. El buque que menos desgracia ha tenido ha llegado acá sin palos y haciendo mucha agua.

El puerto estaba atestado de buques de guerra y mercantes. Había anclados muy cerca de 100 buques. Presenta el puerto la vista más bonita e imponente que darse puede. La bahía es la más hermosa y segura de la América y quizás de Europa. Está completamente resguardada por todas partes. Los cerros están completamente verdes como primavera que es, sin embargo hace un frío horrible. No se ven árboles grandes sino bastante más al interior. La riqueza de las minas es efectiva, pero el costo de llegar hasta el lugar de ellas hace quizás imposible el ir allá.

Reina en el puerto el desorden y el laberinto más grande. Hay buques de guerra, hay gobierno establecido, pero no se respetan sus leyes, no hay vigilantes, no hay serenos que velen e impidan los desórdenes. Hay muertos y robos y nadie reclama, ni ninguno persigue al asesino ni al ladrón; cada uno carga sus armas, viviendo y durmiendo con ellas y se defiende como mejor puede. En una palabra, esto es más que una Babilonia porque hay confusión de idiomas, de religión, de leyes, de impuestos, etc. Todo esto lo hemos sabido por algunos chilenos que han llegado a bordo en este momento. Ya bajaré a tierra y pasará todo por mis ojos.

San Francisco de California. Martes 1 de mayo de 1849. De vuelta de tierra

Son las 9 de la noche en que llego de tierra con el Capitán. Ayer, toda la noche, y hoy por la mañana me he ocupado de escribir y poner las cartas a bordo del vapor que partió hoy a las dos de la tarde. Nada de lo que nos habían dicho y que he apuntado yo en mi diario es falso. Todo, todo es exactamente cierto. Hay tanta bulla y confusión en el puerto como debe haber en el valle de Josephat en el día del Juicio, donde se reunirán según los profetas todas las naciones del mundo. Pues esto no es menos; hay gentes de todas partes del mundo y en gran cantidad. Las casas tan bonitas quizás como en Valparaíso. El lujo de los cafés es casi increíble por ser esto tan caro a fuerza de haber tanto oro. Las ventanas de los cafés ofrecen de noche una vista como las de un palacio encantado. Se ven por de fuera hermosísimos paisajes, pinturas y cuadros como jamás he visto mejores, todo tan vivo y natural que a uno le parece estar tocando la realidad. Los salones de los cafés están lujosamente adornados y llenas las paredes de cuadros de todas clases y representaciones; yo llamo todos estos cuadros al mismo tiempo que bonitos muy obscenos. Las mesas de juego que hay allí son innumerables, se juega allí de sol a sol y mezclados jornaleros, artesanos, empleados públicos, oficiales, indios y cuánto hay de hombre, en una palabra. El que menos pone a una carta, es el que no arriesga en ella más que una o dos onzas de oro, y el tallador que menos tiene por delante, cuenta seis, ocho y diez mil pesos. En un salón sólo había seis u ocho clases de juegos. Había un tallador que más que todos me llamó la atención. Era un chileno que tenía el sombrero de paja sobre las cejas y que barajaba el naipes con una destreza admirable. Tenía en los cuatro lados de la mesa un hombre que se ocupaba de cobrar y recoger lo ganado, y otro para pagar lo que había perdido. Me llegué yo a la mesa y casi al mismo tiempo llegó un mejicano, con una manta hasta los talones, un sombrero tan grande que las alas se le doblaban hasta sobre los hombros, pelo cerca de la cintura y la barba al pecho. Sacó una bolsita, que creí fuera de tabaco picado, pero era de oro que vació sobre la primera carta que salió. Salió la contraria que le ganó y sin inmutarse en nada, tomó con los dedos un

peso del oro en polvo que había perdido y dijo para un trago de ron y a dormir. Yo quedé tan pasmado como que es la primera vez que pasa por mis ojos semejante cosa.

Al fin de un gran corredor vimos con el Capitán una concurrencia de hombres que jugaban a los dados y donde no corría sino oro. Se veía el oro en la mesa como si ésta fuera del mismo metal, tan grande era la cantidad que la cubría toda entera. Al salir, preguntamos en el despacho cuanto valía una taza de café y nos dijo el dependiente que 12 reales; es mejor que vayamos a tomarlo a bordo, dijimos con el Capitán y salimos fuera. Esto no es extraño. Una camisa vale 4 \$ y lavarla 2 \$. Por conducir de la playa a un almacén un solo bulto 4 \$. Pasaje de un hombre a las minas, quiero decir al desembarcadero 34 \$, sin comida. De allí a las minas la conducción de arroba vale 25 \$ cuando hay concurrencia de carretas fleteras y cuando no, dos onzas de oro. 25 \$ cuesta una pierna de carne en las minas y un peso 12 reales la libra de charqui o harina. ¡Oh! Parece que uno sueña aquí, y sin embargo todo es tan cierto y real como que yo escribo ahora.



F. 9: *View of San Francisco, 1850*⁷³

San Francisco de California. Miércoles 2 de mayo de 1849. Malhaya son tarde

Lástima da estar viendo la multitud de jóvenes que están en tierra chasqueados en sus esperanzas y obligados a cargar y descargar las lanchas para ganar la vida. Creyeron que aquí sólo era llegar y tomar el oro y volverse a Chile con su fortuna hecha en 2 o 4 meses. Qué

⁷³ CC Kuchel, litografía, Robert B. Honeyman Collection, UC Berkeley, Bancroft Library.

equivocación tan completa. Ahí he visto en tierra una porción de jóvenes elegantemente vestidos, que andan con los cajones al hombro, de la playa al almacén, para ganar cuatro pesos al día que no les alcanza para comer siquiera. Al llegar Samuel aquí consignó su cargamento a una casa inglesa y fue a vivir en su carpa a la casa de un amigo. También él ha tenido que lavar su ropa y cocinar para él y sus demás compañeros que se desesperaban y querían dejarse morir de hambre y desnudez antes que servirse a sí mismos. Pobre Samuel. Quizás él es el joven más elegante que yo conozco, el más botador de plata en su país y el más amigo de la comodidad, y sin embargo, me dicen los ingleses, que él sólo se mantenía fuerte y tranquilo en medio de tantos trabajos y privaciones. Y quién sabe lo que me espera a mí que hasta aquí no he tenido lugar sino para fijarme en las miserias y trabajos que pasan otros. Yo voy viendo ya que aquí no valen sino grandes capitales y aunque nosotros podamos disponer de alguno, en una compañía tan grande como la nuestra, temo el vernos de un momento a otro reducidos quien sabe a qué.

Veo que el Dr. Mackay se desmaya mucho y encuentra con inmensos imposibles que vencer para vender la carga, conducir la gente y víveres a Stockton, que nos costará 500 o mil pesos y de allí a las minas que es lo que más imposible encuentran todos. Pondríamos dinero a interés o sobre el buque o la carga hasta que ésta última se vendiera, pero hoy hemos visto con el Doctor la contrata y hay un artículo que directamente se opone a que ni él ni yo contraigamos ninguna clase de deudas que dé cuenta de la empresa. Podemos disponer de todo el dinero que produzca la venta de la carga y del buque pero ni una ni otro se puede vender al contado para echar mano de ese dinero. Hoy llevé muestras de todos los artículos a E. Mikel y Cía.,⁷⁴ quién me dijo que si no hallaba compradores, los pondríamos en el martillo, que es lo mismo que quemarlos. La gente, es decir los trabajadores, están como fieras enjauladas, a quienes no retienen sino los barrotes de las jaulas que las encierran. El Doctor les ha dicho ya que el que quiera fugarse puede hacerlo luego, pero que se dispongan a trabajar en la cárcel; y como ellos saben que todas las amenazas que pueden hacerles no llegarán a efectuarse, dicen que se van cuando mejor les parezca. Extraño es que no se hayan ido el día mismo de llegar, como ha sucedido a cuanta compañía ha venido. En fin, sea lo que Dios diga.

3 de mayo. Una revolución

Hoy hablamos con el Doctor y me dice que casi está resuelto ya a separarse y dejar todo a mi cargo. Y como yo le hiciere presente de que, según la contrata, él no podía abandonar la compañía sino en el caso de que no quedasen más que diez hombres, parece que se avergonzó

⁷⁴ Compañía mercantil de Valparaíso establecida en San Francisco en 1848.

de haberme hablado tan claramente sobre su disposición. Pero parece que mi observación le ha abierto el camino porque en este momento acaba de dar licencia a la gente para que vaya a tierra, y estoy casi cierto de que no volverá la mitad. Ya tres se han ido diciéndome claramente que no volverán. A un tal Montiel, que se fue ayer, lo encontré ayer en la plaza mayor, le ordené que me siguiera, al principio se resistió pero le mostré las pistolas que tenía en la cintura y como aquí no es Chile, y sabe él muy bien que se dan pistoletazos y puñaladas sin que haya ninguna bulla, me siguió sin decir una sola palabra. Pero esta mañana mientras iba la lancha de a bordo a tierra con algunos bultos, saltó en ella y entre riñas y cambios de insultos con los marineros llegó a tierra y se fugó. Esta vez me parece que yo no lo encontraré.

Esta mañana he escrito a Samuel a Stockton avisándole mi llegada y mi situación. Probablemente yo quedo con el peso de la Compañía y si él estuviese a mi lado estoy seguro que no toparía como el Doctor con ninguna dificultad. Creo que lo podría todo con él. Quizás me engañe, pero visto está que aquí él es más capaz que yo y el Doctor.

Viernes 4 de mayo. ¡Terrible situación!

Esta mañana muy temprano fui a ver si encontraba trabajo para los peones mientras tomamos alguna resolución respecto de las minas. Me hicieron varias propuestas que no me agradaron y al fin quedamos en ajustar el trato esta noche con un inglés que necesita ocho hombres para cortar adobes y cavar un pozo. Me ofreció seis pesos al día y la comida por cada uno, y yo le pedí ocho pesos dándoles yo la comida. Esta noche estoy citado para cerrar el trato en la plaza mayor, Café del Encanto. Algo me costará para dar con mi hombre en ese café donde se reúne casi todo California de noche.

El Doctor se ha ya casi desentendido de la Compañía. Ayer no ha venido a bordo en todo el día ni anoche tampoco. No sé qué será de él, ni dónde buscarlo. Se han fugado ya cuatro o seis hombres y él ni noticias tiene de lo que pasa entre ellos. Esta mañana me dijo E. Mikel, cuando le dije que querría buscar trabajo para los peones, que había propuesto al Doctor que le hiciese abrir una calle con sus peones, cuyo trabajo duraría ocho días empleando veinte peones, y que él no había querido admitir. Visto está que en esto ha perdido de ganar lo menos mil trescientos pesos quién sabe por qué. No quiero creer que sea por perjudicar a la Compañía, porque en esto no gana él nada. Pero no dándoles de comer a los peones, ni buscándoles trabajo, se aburren, se fastidian y se van, y no quedando más que diez, ya él es libre ... *Ergo c'est vrai il ne veut pas travailler pour la compagnie, il fait tout seul son affaire ...*⁷⁵

⁷⁵ Por lo tanto, es verdad que él no quiere trabajar para la Compañía, quiere hacer sólo su negocio ... Traducido del francés.

La playa está completamente llena de carpitas y casuchitas formadas con los mismos bultos por innumerables chilenos que no tienen qué hacer y que van pasando los días entre la miseria y el deseo de llegar a las minas. Ahí están los jóvenes Aldunates, Lucos, Martínez, etc. de Santiago, y ya no les queda, en su cuerpo y su cara, otra cosa que revele lo que ha sido que extenuación y el abandono con que van dejándose llevar por la miseria, quizá hasta la tumba, por no poder trabajar ni estar habituados a las intemperies que sufren. Nadie puede dejar de llorar al considerar lo que es el mundo y sus engaños. ¡Infelices! Tienen donde viven: por lado de tierra ese viento tan fuerte y tan frío que parece quemar como la misma nieve y por mar el aire tan helado y húmedo que corre de día, y en la noche la marea que sube y llega hasta sus casuchas. Quién le diría a esta porción de desgraciados que al salir de Chile dejaban su patria, su familia y sus comodidades, para venir a pasar por todas las privaciones y miserias de un mendigo. Dios mío, qué horrible situación.

Un ahogado en busca de oro

Uno de los jóvenes Martínez después de haber hecho su fortuna viajaba de nuevo para el Sacramento con un gran negocio. Al salir de la Bahía su agujereó o se rompió una tabla de la embarcación, se llenó de agua y se fue a pique. Él pudo agarrarse de su colchón que bogaba sobre el agua, pero la corriente lo arrebató y las olas lo tragarón en medio de los ayes y gritos con que pedía socorro, y entre las últimas despedidas que dirigía a su familia. Sus padres y seis hermanos acababan de perder quizás su único consuelo y esperanza, pero será más grande el dolor y la desesperación de haber perdido al hijo y al hermano.

Hoy han llegado algunos de las minas y dicen que los indios han invadido los campamentos de los chilenos y que aunque éstos triunfaron, murieron sin embargo cinco o seis, entre ellos un joven de Valparaíso. Otros dos o tres jóvenes chilenos acaban de morir de fiebre en el Sacramento, aún no sabemos a qué familias pertenecen. Yo estoy esperando lo que Dios quiera hacer de mí, aunque hasta ahora yo soy muy feliz.

Sábado 5 de mayo de 1849. Los adobes

Esta mañana muy temprano fui a ver si encontraba a mi hombre de los adobes. Lo encontré, pero me encontré también con la dificultad de que si mandaba a los peones a trabajar a tierra se fugarían todos antes de que llegue la tarde del primer día de trabajo. Estos pícaros buscan todos los días pretextos de qué valerse para abandonarnos. Uno de los que se han fugado me dijo esta mañana que yo una vez en el viaje, al pasar la Línea le habría ofrecido amarrarlo en la cofa, “¿y

por qué te ofrecí esto?” le dije, “porque a su Merced lo engañaron de que yo había llevado fuego al entrepuente para fumar a media noche”. De esta especie son todos los pretextos de estos pícaros. Ya veremos qué dicen los otros.

Domingo 6 de mayo. El primer convento de Misiones

Pensaba hoy ir a misa pero estoy yo solo a bordo, y no puedo gastar el día entero en oír misa sin exponer el buque solo quién sabe a qué. Aquí en San Francisco no tienen iglesia los católicos. A una legua de aquí hay un convento que se llama la Misión. Es la primera casa que se hizo para misiones en Méjico después de la Conquista y aunque de la primera está ya arruinado el convento, se deja ver sin embargo que los que fundaron esas misiones eran Jesuitas por el orden y gusto del trabajo. Allí existen ahora algunos jesuitas misioneros, los únicos sacerdotes católicos que hay aquí y allí es donde tenemos que ir a oír misa. Como estamos en primavera ya, los cerros y pequeños llanos que hay que atravesar para ir están cubiertos de vegetación y de flores de diversas clases y colores, así es que el viaje allí, es hermosísimo. Parece que el Dios de los católicos ha bordado de flores y bonita vegetación sólo el camino que lleva a su templo.

No he bajado a tierra hoy en el día ni ahora en la noche. Acaba de temblar el buque con el cañonazo de las nueve del navío Americano. Qué habría hecho a estas horas yo en Concepción ... Iría a la música con Juan, Mardoqueo, Fabio. ¡Ah! qué recuerdos tan tristes me han venido ...

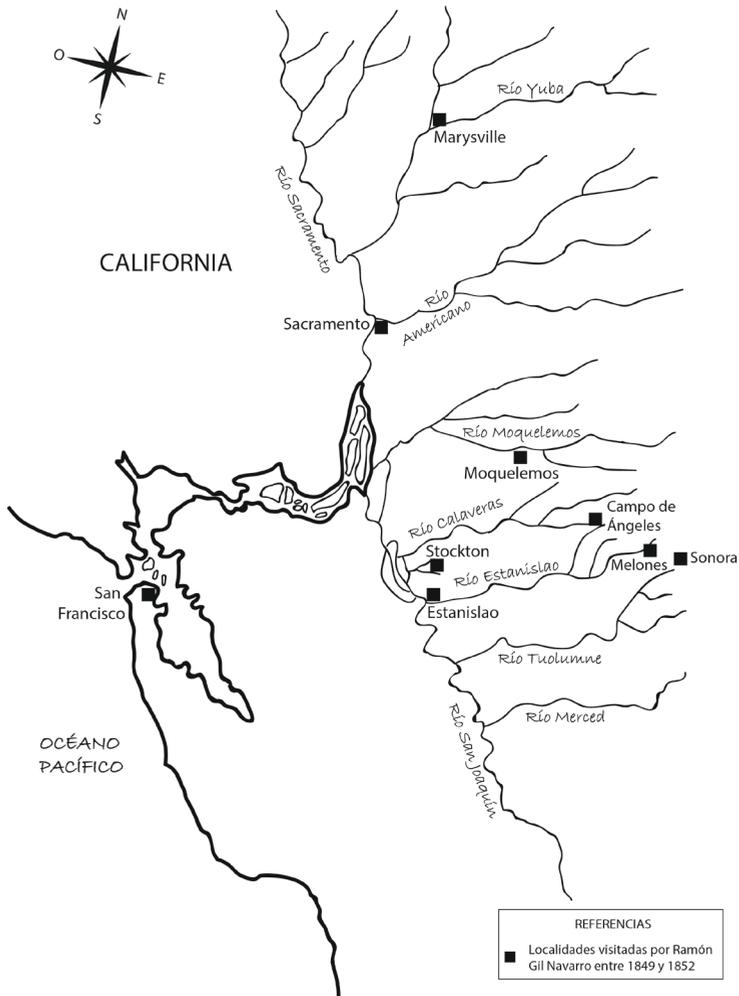
Lunes 7 de mayo. Mi primer oficio de lanchero

Hoy he tenido que cargar y descargar las lanchas y que remar solo con el Capitán en los botes para remolcarlos a la playa, y para ser la primera vez, no lo hago mal. Se me han levantado ampollas en las manos, pero ni yo ni mis manos lo sienten, sé que todo es falta de costumbre y nada más. Antes del amanecer estamos ya sacando carga con el Capitán y cargando la lancha. La conducimos enseguida hasta donde nos permite la baja de la marea. Allí estamos con la lancha varada hasta las 12 horas en que sube la marea y en que apenas nos es posible atracar para descargar. Dos o tres horas que demora en descargarse la lancha tengo que aguantarlas yo al rayo del sol, ayudando a levantar al hombro sus cargas a los peones. Como mi vestido, es decir mi chaqueta y mis pantalones no se diferencian de los de los peones sino en que están más limpios, nada tengo que llame la atención de nadie, así es que todos me miran y me tratan como jornalero, o como marinero fugado de algún buque.

Los ajos, las blasfemias y las suciedades de todas clases, salidas como es regular de boca de marinero, pasan por mi vista y mi corazón dejando tristes y amargas huellas. Rechinando los dientes tengo que sufrirlo sin chistar, y a veces autorizar con una sonrisa la desvergüenza más chocante. Todas estas cosas nuevas que yo no llamo trabajos, sufro con noble paciencia y soy fuerte para todo, mientras no viene a apocarme el recuerdo de mi familia. Entonces, ya soy más débil que un niño y lloro también como un niño, quizá sin querer. Cada vez que me veo en alguna circunstancia triste y el recuerdo de mi pasado y de mi familia me asalta repentinamente, ruedan mis lágrimas como si ese recuerdo solo tuviera poder y dominio sobre ellas. Pero qué dulce y consolador es caer en llanto; como alivian y fortalecen el corazón de uno corriendo sin fuerza y sin dolor, esas lágrimas que uno saborea como dulcificadas con la ternura misma de estar poseído cuando llora así por la ausencia de lo que ama. ¡Oh! Entonces yo soy muy feliz.

San Francisco, martes 8 de mayo de 1849. Vale mucho saber de todo

Este día ha sido en todo enteramente igual al de ayer para mí, con sola la diferencia de que me he visto más expedito en remar y descargar. Pero hay un acontecimiento que, como funesto para mí, no debo dejarlo de anotar en mi diario. ¡No puedo tocar la guitarra!, ¿qué más funesta cosa para mí? Esta mañana ayudando a Mister Enrique a remover algunos cajones en la bodega para hacer caber los nuestros, levantamos a uno que contenía chimeneas y al ponerlo encima de los otros, quedó mal equilibrado, rodó al suelo y de paso me llevó un considerable pedazo de cuero de la mano izquierda. Aunque me salió mucha sangre, no me dolía esta mañana, pero ahora me duele mucho y tengo toda la mano sin acción. Ahora el Capitán y yo estamos tristes porque los dos solos a bordo no tenemos otra distracción de noche. Estudio desde que anochece hasta la hora del té, y después, hasta que el Capitán, cansado de estarse escuchando con la cabeza entre las manos y rendido de sueño, se va a recoger. En seguida cuando quedo solo escribo o leo hasta que me acuesto.



M. 2: Mapa de California

Miércoles 9 de mayo. Mis cartas

Son las doce de la noche según dice la campana del navío. He escrito seis horas seguidas sin levantarme del asiento y aún me faltan cartas para Valparaíso. Y hoy he trabajado todo el día entero en el mismo suavísimo trabajo de siempre. Todavía nos queda la carga para divertirnos seis días. Ya me parecía que dejaba de escribir por falta de tiempo y esto ha hecho que active

tanto el descargo que hemos acabado a las 4 de la tarde en vez de las seis en que acabábamos los demás días. El buque que lleva mis cartas va en derecha a Talcahuano y sale mañana a las diez. Todavía me quedan 2 o 3 horas para escribir mañana.

Jueves 10 de mayo. ¡Una pesca en la mar!

Alcancé a escribir esta mañana lo que me restaba y entregué a tiempo mis paquetes. Acabo de llegar de tierra con el Capitán y al venir, hemos hecho una pesca maravillosa. Pasábamos a fuerza de remos por el laberinto de buques para llegar al nuestro cuando a un tiempo sentimos un chapaleo sobre el agua. Creímos que fuese pescado, pero luego distinguimos un bulto que nos hizo exclamar a un tiempo “es un perrito”. Seguimos bogando siempre hacia el lado de donde divisábamos el bulto, y como la noche está tan clara hemos visto desde lejos el tal pescado y no lo hemos perdido de vista, hasta que al llegar a la Chateaubriand le dimos caza. Pero cuando nos figuramos nunca pescar semejante cosa. Es un chanchito como de un mes o dos, que seguramente se cayó de algún buque e iba, como he dicho, con viento en popa quién sabe para dónde. Pero los gritos de este maldito han resonado en toda la bahía y aún no han venido a socorrerlos los dueños. Si no sale dueño criaremos a bordo a este portuguesito y le enseñaremos español.

Mientras descargábamos la lancha esta mañana llegó un muchacho que fue mayordomo a bordo cargado de una bateíta de tierra y apenas me vio, me dijo, “sabe Señor que me he hallado una mina”. Yo me puse a reír, pero él me habló formalmente y me contó que en una de las calles más cercanas al cerro había encontrado algunos granos de oro bastante grandes, y que le parecía que la tierra que traía en la batea contenía mucho oro. Efectivamente, allí en mi presencia se puso a lavar, y con gran admiración de cuantos estaban allí, vimos que tenía mucho oro. Siguió lavando y la noticia siguió creciendo desde los marineros hasta los patrones y de éstos a todo el pueblo. A las cinco de la tarde el muchacho acabó su operación y me presentó en un papel poco menos de media onza. Apenas podía creer lo mismo de que yo era testigo. Le propuse comprárselo más por la particularidad que ofrecía aquel hallazgo, que por interés de ganar. Me pidió doce reales por él y le di veinte. Después fue un laberinto, porque tuve que estar yo y mi oro en exhibición casi toda la tarde. La bulla crece, como ya se figurará cualquiera.

San Francisco de California. Viernes 11 de mayo de 1849. ¡Una desgracia inmensa, sin igual!

¡Una incomparable desgracia! Una desgracia que lloraré siempre. Esta mañana, como todos los días, cargamos la lancha muy temprano, y por la primera vez dejé de ir yo en ella, porque

tenía que sacar con los otros peones de la bodega la carga para la segunda lanchada. Llamé pues a Camaño y Juan Muñoz para que fueran a cuidar la lancha en tierra, mientras iba yo con el resto de gente para descargarla. Este Muñoz es peón de la Compañía, y Camaño, uno de tantos hombres formales y honrados que han abandonado su familia para venir acá, y que después de encontrarse aquí sin recursos se agregó a nuestra Compañía para ir a las minas. El Capitán y un muchacho fueron en el bote remolcando la lancha. Llegó a bordo el Capitán un rato después de haber partido y me dijo que la lancha quedaba varada donde la dejamos todos los días “hasta que suba la marea” me dijo, “acabemos de aprontar las pipas que han de ir en la segunda lanchada”.

Efectivamente seguimos trabajando como ningún día hasta ahora, siempre teniendo la lancha a la vista con los dos hombres que la cuidaban. Se pasaría así una hora desde que vino el Capitán hasta que acabamos de izar todas las pipas. Mientras los peones tomaban un vaso de vino y atracaban el bote para irnos a descargar la lancha, tomé yo el anteojo y miré hacia la playa. “Ya la lancha está atracada”, le dije, “y no tenemos necesidad de remolcarla, voy yo solo con los peones a descargarla”. Partí con todos los peones, pero cuál fue mi asombro, Dios mío, cuando al llegar a la playa vi que me había engañado. La lancha no estaba donde la dejaran ni se veía en ninguna parte. Dejé los peones en tierra y fuimos de buque en buque pidiendo noticias. Lo que nos dijeron todos fue que los hombres se habían dormido, que subió la marejada con que la lancha principió a boyar, que después vino la correntada de siempre y que la arrebató mar adentro. Que ninguno de los hombres despertaba mientras tanto, hasta que estando ya fuera de los buques se levantaron y principieron a forcejear sin pedir auxilio a nadie. Que así fueron perdiéndose de vista hasta que dieron vuelta “la punta” que se divisa desde a bordo. Infelices, dónde habrán ido a parar. Si estarán quizá ... Dios no lo permita.

He venido a bordo y en este momento que son las 11 del día parte el Capitán en un bote con una vela y dos bogadores en busca de esos infelices. ¡Santo Dios! que ansiedades voy a sufrir hasta que vuelva el Capitán ...

Es la una de la tarde, acaba de llegar el Capitán y dice que no hay ni noticias. Dios mío, habrán perecido ya estos infelices sin auxilio ninguno. El Capitán ha tomado provisiones en el bote y parte de nuevo con dos hombres más a ver si la encuentra. Lleva el anteojo por si puede distinguir desde lejos para dirigirse allí derecho.

Son las cinco y media de la tarde. Acaba de llegar el Capitán y dice que no tiene ya la más remota esperanza. Ha recorrido casi toda la costa de la bahía y no sólo no ha encontrado nada, sino que ni con el anteojo ha podido ver siquiera ningún objeto sobre el agua que le indique haberse ido a pique la lancha o atracado a alguna parte. Tenía a bordo 150 tablas de pellín y cinco pipas encima. Dice el Capitán que si los hombres son racionales, siquiera como para advertir botar las pipas al agua, entonces no haya miedo, la lancha puede resistir una eternidad sin irse a pique. De lo contrario, dice que habrán perecido ya. Pero si no han botado al agua

las pipas, y la lancha se ha ido a pique, ¿por qué el Capitán no ve con el antejo boyar las pipas y las tablas sobre el agua? Y si no se ha ido a pique, ¿dónde está lancha que no se encuentra ni viva ni muerta? He aquí lo que no alcanzamos a comprender con el Capitán. Éste y el Doctor, que estaba en tierra mientras tanto, han ofrecido a una chalupa 200 \$ con tal que vaya a buscar y traiga la lancha. Partió ya a toda vela.

San Francisco de California. Sábado 12 de mayo de 1849. ¡La maldición de un yanqui!

No hay noticia ninguna todavía de la lancha, hasta esta hora que son las 11 del día. El Doctor acaba de llegar a bordo y dice que aún no ha vuelto el bote que fue a buscarla. Ahora me acuerdo de una cosa con que no deja de coincidir con el suceso de ayer. Después de descargar antes de ayer la lancha, volvíamos en ella yo, el Capitán y los dos mozos perdidos y Cadenas. Encontramos un bote con tres marineros que remaban y otro que parecía ser el Capitán de ellos, que iba sentado en la popa. Al pasar cerca de nosotros se paró el Capitán del otro bote y enseñándonos el puño cerrado nos dijo en inglés “carajo, permita Dios que alguna vez se les dé vuelta la lancha y vayan a pique tanto chileno que trabajan de balde aquí.” Nosotros nos reímos no más y pasamos creyendo que éste sería uno de los tantos perjudicados que hay con la emigración chilena. He aquí un suceso que para uno, que cree en brujos y hechiceros, debe ser magnífico e incontestable argumento para apoyar su creencia.

Son las diez de la noche en que acabaos de llegar a bordo con el Capitán. Al hacer nuestra seña en la playa no nos contestaron y desde luego, creímos que el muchacho se nos había fugado. Pero volvimos a llamar y vino de un pelotón de frente que se veía como a veinte pasos de nosotros y nos dijo que acababan de robarle un bote a un inglés y que no encontraba el dueño rastro ni noticia de él. Tampoco nosotros tenemos noticias de la lancha. Hemos mandado otra embarcación en su busca, también ofreciéndole 200 \$ si la traen. Yo creo que con hartito dolor de mi alma que este es ya asunto concluido.

Domingo 13 de mayo ¡Al fin se salvaron! ¡Gracias de Dios!

Son las ocho de la mañana. Apenas me levanté, tendí el antejo a la playa a ver si distinguía alguna cosa que me diese esperanza de la lancha. Pero no hay nada a favor y algo más en contra. Uno de los botes que mandamos llegó esta mañana muy temprano y dice que no ha encontrado nada, nada que se parezca a rastros siquiera de la lancha. Ni tablas ni pipas porque poder calcular cosa alguna. Esperaremos el otro bote, última chispa de esperanza que nos queda, y

si ésta falla, los lloraremos a esos hombres como a los más desgraciados que han pisado estas playas. Dios mío, ¿y quién me diría a mí que esos hombres iban a perecer, para no ir yo en la lancha por la primera vez? ...

¡Gracias a Dios! Son las diez de la mañana. Acabo de abrazar a nuestros dos náufragos con toda la ternura que lo haría un padre con un hijo a quién ha creído muerto ya, y que de repente ve sano y bueno. El bote del navío Americano acaba de irse de a bordo de la Carmen. Un oficial nos ha venido a entregar nuestros hombres con toda política y ceremonia. Flameaba la bandera americana en el bote y éste volaba impelido por doce remos a la vez. Nuestros hombres venían a popa del bote, y uno a cada lado del oficial. No he visto nunca una escena que me enterezca más, en todo me he fijado y todo me ha parecido grande y digno de admirar. Quizás ha contribuido también la parte que tomaba yo en la desgracia de estos infelices. Apenas han subido la escala que mil brazos se han extendido a recibirlos. Una vez que se han visto a bordo han soltado el llanto a gritos, lloraban también los demás compañeros suyos y llorábamos todos a la vez porque nadie podía ver a esos hombres sin sentir grandes conmociones. En lo primero que se conoce que son náufragos es la ropa que traen, que no es la que llevaron. Cuánta gratitud expresaban todos los semblantes hacia el generoso oficial que los ha salvado y que es el mismo que los ha traído. Y cuánto habrá gozado ese hombre en un cuarto de hora no más que ha estado aquí a bordo. Esto es sin duda el premio que tiene el oficial que salva a algún naufrago, el ir en persona a entregarlo a bordo de su buque o al que lo reclame. Acaba de irse el oficial. Bogaba ya a 20 varas de la Carmen y aún debía oír los hurras y vivas que se le dirigían de a bordo porque se sacaba la gorra y nos saludaba cada momento. Este héroe de mi diario, en este día, apenas tendrá 24 años. No tiene bonita presencia pero su cara y su porte dicen que debe ser muy valiente.

San Francisco de California. Lunes 14 de mayo de 1849. Lo que cuentan los náufragos

Tiempo y palabras deben faltarles a los náufragos para contar lo que han sufrido durante los dos días que han disputado su vida a la muerte. Ayer, todo el día y anoche, quién sabe hasta qué horas, se han ocupado de referir lo que han padecido. He aquí lo que cuentan en sustancia. Después que los arrebató la corriente y el viento ya más allá de la “punta”, encontraron tanta marejada que la lancha principió a recibir agua por los dos costados. Camaño quiso al momento botar las pipas al agua pero su compañero no sólo no quería ayudarle sino que se oponía diciendo que ni en dos años acabarían de pagar el vino que tenían. A la oración, un poco antes de oscurecer ya, la lancha estaba llena de agua, los peones sumergidos hasta la cintura. Entonces fue cuando las pipas salieron ya de la lancha por sí solas pero luego el agua ocupó el lugar de las pipas y la lancha principió a sumergirse más con el peso de 150 tablas mojadas. Cuando

ya tuvieron el agua al pescuezo recién principiaron a botar tablas con los pies con que la lancha volvió a asomar sobre la agua. Entonces con el cabo que les quedaba hicieron una balsa y saltaron en ella dejando la lancha. Pero esto fue peor, porque con el movimiento de las olas principiaron a zafarse las tablas una por una y cuando ya no pensaron sino en perecer, porque ya no les quedaban más que cuatro, a eso de llegar el día tropezaron con la lancha cuando menos lo pensaban. Saltaron en ella y partieron una tabla con que se hicieron dos remos. Bogaron hacia la playa como Dios pudo ayudarles, pero de repente la lancha dio seguramente en alguna peña, porque sentían que estaba rota y que entraba un chorro de agua bien considerable. Vino de nuevo un furioso viento de tierra y los botó a alta mar. Allí anduvieron hasta las dos de la tarde del segundo día casi muertos ya de sed, de hambre y de frío, porque estaban casi desnudos. A las cuatro divisaron cerca de la costa el bote que los sacó, puso Camaño una bandera de su camisa. El bote vio la bandera felizmente porque hora después vieron que se acercaba con la bandera izada. Al entrarse el sol saltaron en el bote del navío, fueron enseguida a tierra, allí los vistieron, les dieron aguardiente y pan con ron “que nunca les falta a los americanos” y cuando ya estuvieron capaces de subir, se hicieron a la vela y llegaron a las 4 de la mañana de ayer al navío. Estos diablos han visto las hermosísimas arboledas, que se extienden por la costa del puerto de San José, han visto las envidiables flores que tienen las playas al otro lado, y están de vuelta ya, pero sin ganas de hacer nuevos descubrimientos.

Martes 15 de mayo. Los chinos

Anoche, a las doce de la noche partió, el Capitán con los dos José, Camaño y dos marineros más en busca de la lancha. Hoy en todo el día ha hecho un temporal horrible de viento, y quien sabe a dónde habrá ido a dar. Yo creo que en todo el mundo no hay un solo lugar en que los vientos sean más frecuentes ni más horribles. Sin embargo, también hay días lindísimos.

Ahora acaba de entrar un buque de la China, raro en su casco, en su velamen y arboladura. Toda la tripulación trae gorros colorados y hasta el mismo Capitán trae uno que se dobla y le cae hasta sobre los hombros. Han entrado dos buques más americanos con tropas y dicen que pertenecerá también a esta armada un buque que ha naufragado a 6 millas de aquí con 250 hombres a bordo. También ha entrado un bergantín de las Islas Canarias y el otro de las Islas de Sándwich que suman cinco buques entrados en un solo día.

Anoche, al pasar con Rivero por el Café del Encanto, oímos que tocaban algún instrumento y entramos. Efectivamente había dos mejicanos que tocaban primorosamente el arpa acompañándose. No he oído sino música tocada por máquinas que sea tan perfectamente ejecutada. Hemos pasado el rato más feliz y encantador que puede darse. Ésta ha sido la primera vez que mi corazón ha latido suavemente bajo la influencia del placer desde que he llegado a California.

Para esto ha contribuido también el que han tocado piezas que toco yo y que he tocado antes. Trozos de ópera que he cantado yo, Samuel, Mardoqueo, Juan, en aquellos días felices antes que pensáramos en errar por California ... Después que acabaron de tocar, se levantó uno de ellos con una bandeja en la mano a recoger lo que gratuitamente quisieran darle. Quizás de todos no hubo quién pagara con más gusto.

San Francisco de California. Miércoles 16 de mayo de 1849. Al fin se perdió

Son las diez de la noche, hora en que acaba recién de llegar el Capitán después de una excursión de dos días. La noche está oscura y fría como nunca. Han llegado todos mojados y duros de frío. Por felicidad estaba yo tomando té, recién, y además a prevención yo había guardado un jamón y un pastel con que me había obsequiado mi Chepe, hoy. Este inapreciable negro, como yo solo hablo francés en el buque, a mí solo me quiere con idolatría. El infeliz, sin embargo de tener tanto talento y capacidad, no entiende ni una jota de española ni de inglés. Dejamos a Chepe para después. El Capitán no ha encontrado ni rastro de la lancha, después de haber corrido más de quince leguas. Ha encontrado con un viejo hacendado que ahora dos años era el Gobernador de aquí y que ahora no es ni el último soldado. Lo ha obsequiado mucho, le ha regalado cuatro botellas de leche, pan y carne. Me pesa ahora no haber ido yo también.

Jueves 17 de mayo. ¡Una muerte a bordo!

Son las dos de la tarde en que acaba de suceder una cosa horrible. El Capitán de la Roland, que está anclado a 25 pies de nuestra Carmen, ha sufrido como los demás capitanes al llegar, una desertión de sus marineros antes de descargar. Hoy querían irse los dos últimos que le quedaban sin esperarse siquiera a concluir esta tarde un trabajo comenzado esta mañana. Él llegó a incomodarse y a quererlos retener por fuerza, como que tenía derecho según su contrata con ellos, que ha puesto de manifiesto. Le dijeron algunas desvergüenzas a que contestó con que los haría amarrar. Entonces el más atrevido de ellos tuvo la osadía de asirlo del cuello del levita. Ya el Capitán no pudo sufrir este ultraje de uno de sus marineros, quizás por la primera vez de su vida, el orgullo francés se exaltó y ya no hubo cabeza. Tomó una pistola de su camarote e intimó al marinero que lo largara, so pena de volarle los sesos. El marinero, en vez de soltarlo, lo agarró y levantó la mano para descargar un golpe. Pero no hubo tiempo, la mano debió quedar en el aire porque sus sesos fueron a parar a la puerta del camarote de enfrente, y hacer con la misma puerta un tricolor de blanco, rojo y verde ... El Capitán fue en el acto

a presentarse al General Smith⁷⁶ a quién refirió fielmente lo sucedido. Éste dijo que si tenía testigos que afirmaran lo que él decía; el Capitán presentó en el acto sus testigos, y el General contestó técnicamente “bien hecho”. Ahora acaban de botar al agua el cuerpo de ese infeliz dos de sus compañeros. Uno lo sostenía de los brazos y otro de las piernas. Parados en frente de la escala sobre la tarima. Horrible cosa pero la insolencia y la inmoralidad crecían y era preciso un escarmiento. Le tocó a este infeliz servir al efecto y ¿qué hacerle? Dios lo tenga al pobrecito donde merece.

Viernes 18 de mayo. Samuel

Acabamos de llegar a bordo con Samuel. Mientras estaba en casa de Nemesio Martínez, vi llegar un joven con el pelo a los hombros y negro como un San Benito. Apenas lo conocí, era Samuel. Traía su cama al hombro, una cajita de metal amarilla bajo el brazo, todo esto defendido por un rico par de pistolas sujetas a la cintura por un tirador bordado. Era un completo salteador. Viene gordo y tan sano como jamás. Gracias a Dios.

Sábado 19 de mayo. Cinco Buques

Hoy han entrado cinco buques, todos traen noticias buenas y malas. De Norte América vienen ya seis lanchas de Vapor para hacer el cabotaje del Río Sacramento y dos Vapores grandes están ya en camino para abrir la carrera entre este puerto y la gran China. Un buque que viene de Lima dice que nuestro amigo y compatriota, el Coronel Aquino, ha hecho revolución, que ha sido sofocada; que él y todos sus cómplices quedan presos. ¿Qué será de ellos? También se miente que en Chile ha habido una revolución y que el presidente ha sido asesinado.

Domingo 20 de mayo

Hoy anduvimos con Samuel haciendo varias visitas. Estamos ahora a bordo tocando y cantando en compañía del Capitán. Dentro de tres o cuatro días partiremos juntos para las minas. Parece que él tiene esperanzas de realizar algunos negocios que le darán más que las minas.

⁷⁶ Persifor Smith, gobernador militar de California a partir de la ocupación estadounidense. Autor del decreto de triste fama que impuso una contribución especial a los mineros extranjeros.

Lunes 21 de mayo. Aprestos

Hoy hemos acomodado ya nuestro equipaje y cargamento porque pensamos salir mañana. Tengo la suerte de que Samuel vaya conmigo hasta Stockton, donde recién debemos separarnos. Nada hay de muy notable hoy. Ayer nos invitó a comer un norteamericano amigo de Samuel, y a las 2 de la tarde estuvimos en la fonda. No he visto yo jamás tanto lujo ni en las mejores fondas de Valparaíso. Era el comedor, un salón como de 50 varas de largo y había dos hileras de mesas. En la que nosotros comimos había muy cerca de 200 personas. Encantaba el ver el lujo de la pieza, el servicio todo de losa de la China y los sirvientes tan diestros y tan aseados como el primer caballero. Había dos sirvientes chinos con las trenzas hasta las corvas y de una cara más fea que vomitar. Sin embargo, yo gustaba mucho de ver sus reglas y ademanes al servir cada cosa.

Martes 22 de mayo. Nuestra partida a las minas

Son las 9 del día, hora en que debimos salir, según la cita del Capitán y aún no ha acabado siquiera de cargar el buque. Este bergantín que nos lleva lo hemos fletado en tres mil quinientos pesos. Llevaré los víveres y los peones y quizás así nos salga más barato que pagar allí pasaje. Yo solo voy a Stockton con Samuel. Allí esperaré al Doctor que saldrá para allá en pocos días más. La Barca Z. R. que está fondeada a diez brazos de nosotros ha amanecido con su bandera a media asta en señal de luto. Anoche a las 9 venía el capitán de la barca en su bote, y al llegar al buque no pudo atracar, tanta era la corriente y el viento. En estas luchas se dio vuelta la chalupa y se fue a pique con sus dos muchachos. Casi a es misa hora, poco más o menos, veníamos a bordo de nuestro buque, yo, Samuel y el Capitán y no dejamos de figurarnos en la mucha correntada que había, porque a fuerza de tres remos apenas podíamos arribar a la Carmen. Pero anduvimos más felices para que llegáramos bien a bordo.

Acabamos de transportarnos con Samuel al buque que nos lleva y son las 12 del día, hora que nos hacemos a la vela con un viento y una marejada horrible. El Capitán me ha dado a mí su camarote y el piloto, el suyo a Samuel. Los dos Rioseco y Fernández van con nosotros en la cámara pero dormirán donde Dios les ayude porque el buque no tiene más camarotes sin embargo de ser el buque más grande de los que hacen el cabotaje. Las demás embarcaciones son lanchas y tienen que ir los pasajeros sentados como en el cepo porque no caben de otro modo, apenas pueden darse vuelta. Nuestro Bergantín lleva 80 personas de pasaje fuera de la tripulación.

Las seis de la tarde y estamos frente a Venecia. No han visto todavía mis ojos mayores bellezas. Vamos navegando a toda vela por entre dos cerros y entre uno y otro habrá como dos cuadras de distancia. El verde de sus pastos parece un terso terciopelo, pudiera decirse que

cubre todo un alfombrado verde. Hay de repente para hacerse más caprichosa la escena, unas pequeñas quebradas donde se elevan inmensos pinos tan frondosos como un naranjo. Otro cerro se descubre en este momento lleno de animales vacunos y caballares sin dueño, que pacen en un pastal tan alto que parece un trigal antes de soltar la espiga. El río es tan lleno de curvas y caracoles que casi no andamos una cuadra sin dar una vuelta y encontrar de nuevo bellezas que admirar. El llano en que va a situarse la ciudad de Venecia es igualmente hermoso; conviene muy bien con su nombre ... Se ven el puerto, seis grandes buques anclados, entre ellos uno de guerra. Este río del Sacramento muy bien puede sostener en cualquiera de sus bahías el navío Asia y otro más grande todavía.

Acabamos de anclar a las 7 de la noche, un poco más adelante de Venecia. No se puede navegar de noche porque nos vararíamos al momento a pesar de todo los conocimientos del práctico que traemos a bordo. Daremos a la vela al venir el día.

Venecia de California. Miércoles 23 de mayo de 1849. La Natalia

Las 9 de la mañana. Acabamos de encontrar a la Natalia varada con más de 100 pasajeros y en un lugar que, según dice nuestro práctico, no saldrá jamás. Este es el mismo buque que encontramos en 32º, el 22 de abril y que pasamos por la popa. Los infelices pasajeros están viéndonos desde el buque pasar como una flecha por frente de ellos que están varados hace tres días y por segunda vez deben llenarse de despecho viéndonos pasar adelante. Todos están parados en las vergas diciéndonos adiós. Qué horrible cosa debe ser para ellos y me pongo en su lugar y veo que para mí, sería eso intolerable. Todo eso es culpa del dueño Luco, que pudiendo tomar un buen práctico por 500 \$ ha tomado uno malo por 300 \$ y helo ahí pegado ya en la playa.

24 de mayo. El Sacramento

Hoy pensábamos llegar a Stockton a las diez del día y hemos tenido calma hasta ahora, que son ya las 12. Han pasado raspando nuestro buque un bergantín y una chalupa que vienen de las minas. El río aquí, donde estamos, es tan angosto que casi se pueden tocar las totoras al pasar, pero así es también la profundidad. Hoy es víspera, según recuerdo, de nuestro célebre 25 de mayo. Dios quería que no nos tome todo él en el Río.

Las 7 de la noche. Acabamos de anclar, y no tenemos esperanzas de que nos llegue viento. A 4 cuadras de aquí se ve anclado un buque de guerra que ostenta en sus palos dos hermosísimos faroles que proyectan una brillante luz sobre las aguas del río. Un poeta diría que son los ojos del benéfico genio que vela sobre el viajero durante la noche en la playa del Sacramento.

Viernes 25 de mayo. El 25 de Mayo en Stockton

Ha amanecido el día de hoy brillante y sereno como suele ser en mi patria. Ya se ve en el horizonte el radiante sol de Mayo, a quién han dedicado sus más célebres cantos nuestros mejores poetas Varela y Mármol. Qué felices debieron ser esos hombres en el momento en que desahogaban su corazón, entregando toda su alma y sus pensamientos a la memoria de este día. Yo no soy poeta como ellos y no puede decir mi lengua lo que siente mi corazón. Sin embargo yo te saludo día de mi patria desde el fondo de California. Tienes un hijo entusiasta por tu gloria y que desde las playas del Sacramento te envía sus votos. ¡Quiera Dios que algún día este mismo hijo tuyo que huye ahora del cuchillo del Tirano que te oprime y esclaviza, pueda ofrecerte con mejor éxito su vida y su corazón!

Las 12 del día. Estamos en calma y frente a un bosque de rosas y multiflores. Están las plantas llenas de flores. No he visto en ningún jardín plantas más hermosas ni más fecundas, ni un lugar donde la naturaleza ostente con más lujo sus bellezas. Tengo en la mano un ramo de rosas y multiflores que he cortado desde la escala misma del buque; Dios mío, qué contraste tan notablemente hermoso el que forma el buque mezclando sus palos con las ramas de los rosales. Y qué ingratos somos todos; vemos esa hermosura, ese portento, lo admiramos, gozamos de él pero sin acordarnos de la omnipotente mano que lo ha criado. Qué casualidad de encontrarme aquí el 25 de Mayo, navegando y cortando rosas de tierra desde el mismo buque. ¡Oh! quién pudiera estar en mi país y regalar a una bella estos ramos habidos con tanto misterio. Yo lo guardaré y en otro 25 de Mayo regalaré sus flores secas y la hermosa que las reciba será la más patriota, la que más entusiasmo tenga por las glorias del mayo de entonces. Tanto como esto merecen unas flores cortadas por las ventanas del buque a toda vela.

Son las 6 de la tarde hora en que acaba de atracar nuestro buque. Al momento de llegar sonaba la campana de la fonda Americana llamando a comer. Fuimos allí con Samuel y los Rioseco y nos encontramos con dos amigos argentinos. Sabido es que debimos brindar a la gloria de nuestro 25. Hay en la fonda el mismo lujo que en San Francisco en comida y en servicio. Nada tiene uno aquí que desear.

Sábado 26 de mayo ¡Un ahogado!

Ayer antes de nuestra llegada sacaron un militar ahogado del lago, y por más que hicieron, se murió tan bien que sin mayor ceremonia lo volvieron a botar a donde mismo estaba cuando lo sacaron. El pobre diablo iba borracho y cayó al lago sin apercibirse de que había tal lago tan cerca de él.

¡Otro naufragio!

Son las cuatro de la tarde y acaba de suceder en mi presencia una cosa horrible. Mientras estaba yo cotejando el conocimiento del cargamento con el libro del Capitán, llegaron cinco soldados y un oficial todos bastante embriagados. Tomaron una chalupa que estaba cerca de nosotros y principiaron a andar para el otro lado del lago. Seguimos nosotros en nuestra ocupación, pero yo no dejaba de fijarme en los balances tan grandes de la chalupa que recibía agua algunas veces y que sin embargo, ellos no se enteraban siquiera de escanciar. Al ir en medio del lago se oyó a un tiempo el grito horrible de seis hombres, nos dimos vuelta todos a un tiempo, pero qué horrible cosa, Dios mío. No vimos ya más que la chalupa boyando pesadamente con la quilla arriba sobre el agua. Mil gritos salieron de todos los buques y mil voces ordenaban echar un bote al agua en socorro de esos infelices, pero ninguno atinaba a hacer nada: viendo esto el Capitán cortó el cable de un bote que estaba amarrado y partió solo dentro del lago. Mientras que él bogaba, yo y todos los demás que estábamos cerca gritábamos animándolos a nadar a cuatro de ellos que manoteaban en derredor de la chalupa volcada. Pero qué triste y apurada situación la de esos infelices. Llegó el Capitán y tomó de la ropa al primero que atrapó y lo botó en su bote como si no hubiese levantado más que unas cuantas libras de peso. Dos seguían voltejeando y uno se inclinaba nadando hacia tierra. Uno de los dos que quedaba consiguió montar sobre la chalupa y el otro principió a ahogarse a ese mismo tiempo, porque ya a fuerzas de manotadas realmente de ahogado no sacaba sino la cabeza para botar el agua que tragaba. A tiempo que llegaba el Capitán, se sumergió ya del todo, pero él, más ligero que un rayo, metió su remo en el mismo lugar donde lo vio sumergirse y con asombro de todos, el náufrago sacó de nuevo su cabeza gracias al remo de que estaba agarrado y hercúleas fuerzas con que lo sostenía el Capitán. Al fin, éste estiró su brazo y tomándolo de la melena lo sacó cuan largo era del agua y lo tendió en su bote. Salió a tierra con sus dos náufragos; el oficial había ya llegado a tierra. Apenas vio sus dos compañeros en tierra los abrazó y se botó al agua de espaldas. Quisieron sostenerlo pero no hubo tiempo. Nadaba de espaldas hasta que llegó a su chalupa, tomó en los dientes la boya y atravesó a nado todo el lago hasta salir en tierra del otro lado; un palmoteo de manos le saludó al saltar en tierra. Salvaron tres, los otros ... Dios los haya recibido.

Domingo 27 de mayo. Los ciervos de California

Hoy a las doce trajeron unos mejicanos un hermosísimo ciervo. Su grandor nos admiró mucho pues nunca habíamos visto una cosa igual. Es poco más o menos que una vaca su tamaño. Los cuernos tendrán muy bien vara y media de altura, pero llena de ramos y cruceros. Una cosa hay en esto que no comprendo. De cada uno de los cuernos lo tenían enlazado y el lazo entraba

en el cuerno como en una marqueta de jabón, brotando muchísima sangre. ¿Por qué, digo yo, circula sangre, y hay vida en esos cuernos que vemos tan duros, como un hierro en los cabos de los cubiertos? Algunos mejicanos han dicho que ésta es hembra, y que el cacho del macho es lo único que sirve para trabajar los cabos de cuchillos; esto, casi increíble, pero quien sabe, la naturaleza tiene tantos caprichos. Y aquí es donde más ostenta su antojo.

Salimos a cazar hoy con los Rioseco, nos dicen que los venados y ciervos andan hasta muy cerca de aquí. Pero nosotros nos acostamos a la sombra de unos pinos teniendo al frente un hermoso bosque de rosas y multiflor llenos de flores. El aire fresco de la tarde nos traía una fragancia exquisita y nos daba ganas de ir más adelante en busca de caza. Del mismo bosque vimos salir varios conejos de castilla, pero ninguno pudimos tomar. Dicen que estos animales también abundan mucho aquí.

Lunes 28 de mayo. Nuestra carpa

Pensamos salir hoy o mañana para las minas. Estamos ahora descargando el buque en que ha venido ayer el Doctor. Trae consigo dos hombres que se nos habían desertado en San Francisco. Este flete también ha salido muy barato. Yo y Samuel hemos armado nuestra carpa y parece un palacio en comparación de todas las que hay aquí. Tenemos visitas casi todo el día sólo porque nuestra carpa es tan fresca como cómoda. Frente a nosotros tenemos un rosal y bonitos pinos a la vista. Nos hemos situado en la misma entrada del mineral así es que tenemos una concurrencia numerosa. Hemos hecho muchos amigos mejicanos, aún de los mismos americanos vienen aquí muchísimos y se llegan aquí dos y tres tratando de aprender algunas frases castellanas.

Stockton, martes 29 de mayo de 1849. A las minas por oro

Hoy casi todo el día nos hemos ocupado de dividir los útiles y víveres que debe llegar el Doctor a las minas. Hemos resuelto que vaya él solo allí y que yo quede aquí hasta ver si conviene todo lo que queda aquí de cargamento para irme yo recién. Mientras tanto, quedaré yo solo con un peón o el mayordomo a realizar algunos artículos.

El doctor ha fletado carreta a 17 \$ para las minas, yo había encontrado en la misma mañana a diez. Le he aviado esto y me dijo que venía esta tarde, le he preguntado otra vez y me ha dicho que ajustó su trato a 17 \$. Admirándome yo de esto, me ha dicho que el de 10 \$ no le prestaba tantas garantías y comodidades como el otro. Ya se ve, así debe ser porque es inglés el de 17 y mexicano el de 10. Sin embargo Rioseco se ha servido de este último con muchísimas ventajas

y en este momento acaban ya de marcharse para las minas con todos sus peones, equipajes y carga a puro cálculo todo. Seguro estoy que lleva 10 o 12 quintales de balde.

Salen ya las carretas fletadas por el Doctor con todos los peones y 64 quintales de carga; de 64, 19 son equipaje suyo ... Todo el de los peones asciende a 5 quintales, ¿qué tal? Bueno. Se ha pesado hasta la última hilacha. Los que llevaron a Rioseco han tomado toda su carga por el romaneo que se les ha dado. Sobre todo 7 \$ de diferencia, es más que algo.

Miércoles 30 de mayo. Bonito equívoco

Hoy a las 7 de la mañana salió el Doctor con su peón para alcanzar las carretas que salieron ayer a la tarde. Va al placer de las Calaveras en vez del Estanislao, donde va todo el mundo. (Aquí se llama placer al lugar donde está el laboreo de las minas). Esta medida del Doctor me parece bien, pues que allá, no estando tan concurrido, se puede sacar más ventaja en todo. Puede ser que encuentre alguna labor que le dé más que en Estanislao. Dios quiera que en quince días, más no, lo tenga de vuelta con toda su gente y sin haber cazado más que malos ratos y desengaños en vez de oro que tan caro está costando.

Todo el resto de este día me he ocupado en acomodar mi casa. Ha quedado ahora a mi gusto, es decir que la tengo como solía en Chile, aseada antes de todo y cómoda, enseguida. Yo tengo todavía la suerte de estar acompañado por Samuel. Así no me hace tan penosa la estada aquí en este purgatorio abrevadero.

Jueves 31 de mayo

Son las dos de la tarde y en este momento solo tenemos lugar para tomar una taza de chocolate con Samuel para desayunarnos. Hemos vendido mucha parte del cargamento y con buenas utilidades. La situación que tenemos es brillante, porque lo primero con que tropieza todo el mundo al venir de las minas es nuestra casa. Pensaba Samuel establecer aquí otra casa que tuviera relaciones con las que tiene en las minas y vemos que es inmejorable este sitio para el efecto.

Viernes 1 junio. El plano

Acaban de irse de la carpa los dos comisionados por el Gobierno para hacer el plano de la ciudad. Cinco días hace ya que están trabajando en él y lo acabarán en 3 o 4 más. El uno de ellos gana diez mil pesos por su trabajo y el otro cinco. Así paga el Gobierno americano cuando se

trata de una mejora o una cosa de común utilidad. Los sitios se están vendiendo ya muy caros y a gran prisa. Hasta ahora hay ya más de ocho mil habitantes aquí y no hay sino una casa de tablas. Todas las demás son carpas. No hay día que no se pare una carpa más. Sin duda que esto es cien mil veces mejor que San Francisco en cuanto a situación topográfica, no corren aquí esos furiosos huracanes, no hay nieblas glaciales como allí, en una palabra, la vegetación, la temperatura, el terreno, todo, todo es mejor que en San Francisco.

Sábado 2 de junio. Caballos a 200 \$

Hoy trajeron a vendernos dos caballos que se ladeaban con el viento de flacos. Feos caballos en todo, la crin caída de un lado y de otro, sin cola casi, en fin, uno de esos caballos que en otro lado o en Chile mismo no valen más que cinco pesos. Preguntamos el precio de ellos y ninguno bajaba de doscientos pesos, algunos subían hasta trescientos. Cómo me he acordado ahora de mi país. Quién pudiera estar allí y montar uno de esos caballos que los guasos o gauchos de allí preparan para Carnaval o Pascua. Qué felicidad sería correr por algún llano con toda la furia del caballo sin temer que el que se lo ha alquilado, le haga una onza o dos más por su caballo como sucede aquí.

Mucho pedía yo sin recordar que estoy en California de Méjico, en Stockton. Aquí no podría montar por ningún precio uno de esos caballos de Carnaval de mi país. Montaría sí uno de los mejores de aquí pagando por él de mil pesos para arriba. Quizás no pondero como debiera el valor de un caballo aquí. Algún día iré a mi país a buscar el desquite de lo que pierdo aquí.

Una falta, no grande ...

No me había fijado yo en que aquí no hay mujeres. No había notado, por eso la extrañeza que causaban a todo el mundo dos mujeres de mi Compañía. Todos se paraban a mirarlas como una cosa de contrabando. Maldito si yo me había acordado de niñas, mucho menos cualesquiera mujer, hasta hoy en que he sido convidado a casa de Sparrow para ver una mujer, o señorita mejicana que me pide porque la vea un momento muy caro. Me pide nada menos que le toque el fandango de Aguado, cosa que aquí es tan caro como los caballos de que hablaba más arriba, puesto que en medio de todo este pueblo civilizado y habituado a toda clase de música, no hay más instrumento que haga traer a uno buenos recuerdos de pasadas glorias, que mi pobre guitarra. Con que mire que es pedir. Pues señor, no he querido ir y he contestado que estaba muy ocupado. Caramba, si hemos de apreciar la escasez, mi guitarra vale tanto aquí como una niña,

pues que mi carpa con ella tiene tanta concurrencia como la casa donde vive la tal niña. Puesto que las dos niñas ningún rendimiento le debe la una a la otra.

Domingo 3 de junio. Un caballo en 225 \$

Son las tres de la mañana, hora en que acaba de partir Samuel para el placer, acompañado de su mozo Román Daza. Compró ayer un caballo de los mejores que hay aquí, muy barato. Dio por él doscientos veinte y cinco pesos, y muy pronto puede venderse en 300. Compramos también 20 quintales de pinole a 10 \$ y apenas lo compramos, nos ofrecían 15 \$ por quintal. No hemos admitido porque seguramente lo venderé a 20 \$. Samuel piensa llegar al placer a la ocasión y sin embargo hay 30 leguas, pero él y yo estamos acostumbrados a hacer esta jornada de Chillán a Concepción. Debe volver pasado mañana, si no me hubiera prometido esto, estaría yo muy triste, por quedarme solo aquí; después de haber estado tan bien acompañado con él.

No son las 12 del día y ya he vendido 4 quintales de pinole a 20 y uno a 21. El mismo que nos vendió a 10 \$ me ofrece 19 ahora y no le he admitido. Mañana lo acabaré de vender todo y este negocillo en dos días me dejará 200 \$ libres de ganancia. Esto vale más que escarbar la tierra por media onza al día al frío y al sol.

Lunes 4 de junio. Ensayos de minas

Ayer a las dos de la tarde llegaron dos sujetos recomendados por Samuel a quien han encontrado a 10 leguas de aquí. El uno es el Dr. Don Miguel Guzmán y el otro Don Estanislao Ceballos, ambos vecinos de San Felipe en Chile. Vienen ya aburridísimos de las minas sin haber podido sacar allí ni sus gastos. Me han dejado aquí un caballo y una montura para entregar a alguno que se ha quedado en las minas de los suyos y han partido para San Francisco allí mismo.

Martes 5 de junio. Ensayos de minas

Acaba de llegar a mi carpa Marcfal (sic) el americano o inglés dueño de las carretas que llevaron al Doctor y la Compañía. Se han situado bien según me dice Mr. Marcfal (sic). El Doctor me escribe diciéndome que puedo esperar hasta tener cómo costearme con los víveres que me queden. Parece que la labor que han ensayado es buena porque hay mucho oro aunque muy menudo. Le faltan muchas herramientas que me pide ahora. Ya veremos si podemos hacer alguna cosa.

Miércoles 6 de junio. Un consignatario

Se ha pasado ayer día sin que llegue Samuel como lo había prometido. Hoy lo espero también porque tengo algo que anunciarle. Su consignatario, Bawden, no anda muy bien según he sabido. Los que han tenido carga allí la han sacado al momento. Es preciso que él vaya en el acto a San Francisco.

Ayer a las cuatro llegó a mi carpa un jovencito santiaguino de mi misma edad. Viene en un estado de miseria bien lastimoso. Pobre hasta el extremo de pedir qué comer y toda su persona entera no muestra más que miseria. Con qué vergüenza me pidió alojamiento por dos días. Le he ofrecido todo cuanto yo tengo y valgo con todo placer. ¡Infeliz!

Las miserias de California.

Si pensaría pasar por semejante vergüenza. Pertenece a las principales familias de Santiago y al venir aquí trajo cuatro mil pesos para trabajar. La infelicidad lo ha perseguido donde quiera y ahora no tiene qué comer ya. Todo esto me ha contado él y lo ha confirmado mi paisano Preto, que al marcharse ayer, él mismo me lo ha recomendado mucho. Él y demás emigrados visitaban la casa de este joven en Santiago, donde recibían muchas atenciones y favores. Me he olvidado ya de su nombre.

Hoy le preguntaba yo a mi peón por qué no quería almorzar y me contestó que tenía hecha una manda de ayunar los miércoles por toda la vida. Le pregunté a propósito de que era la manda y me contestó que con ocasión de la pérdida de la lancha. Efectivamente está Marcelo Camaño, uno de los dos hombres que casi murieron cuando se perdió la lancha. Cada vez que se acuerda me decía que va a morir sin que su familia recibiera de él su último adiós, no puede contener sus lágrimas. Así es efectivamente. Yo no he visto muchos hombres en su clase tan honrado y con tan buena razón como este. Mientras estamos aquí solos, le estoy enseñando cuentas que las aprende con mucha facilidad. Todo el día se pasa estudiando.

Jueves 7 de junio. El Corpus en California

Hoy es día de Corpus y fiesta de guardar en todas las partes del mundo cristiano, menos en California; quizás yo soy el único que me acuerdo de este día. Son las once del día y corre la gente a la fonda llamada por la campana. Hace un calor insoportable como el que hace en el mes de diciembre en mi país. Quizás a esta hora en que escribo, se ocupan en mi país de la función del Corpus. He estado en las provincias de Cuyo y casi en todas de las del sur de Chile en este día,

y en ninguna parte he visto la solemnidad que en Catamarca. Qué será ahora de ese pueblo y sus habitantes. Van a hacer ya dos años que no tengo de allí la menor noticia. Dios quiera que sean más felices que cuando yo estuve allí.

Son las 12 de la noche y oigo desde mi carpa los juramentos y maldiciones de los ingleses y americanos borrachos en las casas de juego. El viento hace llegar aquí sus voces y sus groseras palabras casi con la misma fuerza y tono en que las pronuncian. Hace un rato oí una bulla como de pelea, después parecía que alguna pandilla de demonios hubiese atacado a bordo de uno de los buques, porque se percibían claramente sus maldiciones y enormes ruidos como de objetos hechos pedazos. En seguida se han oído tres o cuatro tiros seguidos unos tras otros y todo ha quedado en silencio. Ahora suena la campana de la fonda del Penacho como si tocara llamando a fuego. Quién sabe qué será tanta bulla. Camaño y el muchacho duermen mientras tanto como unos muertos ... Quizás a estas mismas horas las Manuelas de San Juan bailan ... qué diferencia.

Viernes 8 de junio. ¡Unas dos fantasmas! Sarapes.

Acaban de irse de mi carpa dos mujeres mejicanas o mejor dos indias californias. Son las primeras mujeres que he visto aquí del país. Pero testigo mi diario que sabe todo lo que yo he visto, no he encontrado hasta ahora con mujeres más horrorosas. El pelo tan grueso y tieso como una cola de caballo, lo tienen suelto sobre la espalda y sujeto en la cabeza por un pañuelo de algodón, las más veces lo usan de seda. Un vestido o saco de [ilegible] recién comprado aquí, y un pañuelo de algodón completan su vestido. Éstas que ya están civilizadas visten así, las otras andan completamente desnudas lo mismo que los hombres. Hablan una especie de español tan corrompido que apenas he podido yo comprenderles. Mezclan un poco de castellano con el idioma nacional mejicano antes de la conquista. Los indios que ya están más civilizados tienen un calzoncillo muy ancho y encima un pantalón de pana azul abiertos en los costados hasta la pretina de modo que parece un relámpago porque hay ráfagas de luz y oscuridad en cada paso que dan. Cualquiera creería que se van pialando, pero no, están muy acostumbrados ya a esa clase de vestidos. Encima del pantalón tienen una especie de poncho que llaman sarape, tiene el ancho de tres cuartas a cada costado y largo hasta casi llegar al arrastrarlo. Esto que es en lo que gastan su principal lujo es nada más que una frazada bordada de las que hacen y hay según la calidad de bordado desde una onza hasta doce y diez y ocho. Las indias han vestido un vestido de seda que traigo de Elisea hecho en Valparaíso y esperando yo sorprenderlas me han admirado ellas diciéndome que es muy mal hecho. Lo malo decían, consiste en que el ruedo y casi todos los cordones o vivos del vestido están sacatados (hilvanados). Entonces una me mostró la costura de su vestido y vi que realmente tenían razón. No he visto cosa más prolijamente cosida y con hilo que ellas mismas lo hacen.

Sábado 9 de junio. Rosas y su nombre

Dos mejicanos me han venido a comprar hoy algunos artículos. Contemplaron su carga que consistía en cuatro o seis bultos y me dijeron enseguida, “vea Señor lo que vale, tres cientos pesos”. La conversación entró por acá; me creían que era chileno pero les dije que era argentino. “Y donde es eso”, preguntaron, “en Buenos Aires”. “¡Ah!”, exclamó uno, “ahí es donde un hombre llamado Rosas que dicen que es muy malo”, “sí, ahí es”. Enseguida me contaron algunos hechos atroces de Rosas y algunas muertes de las más horrorosas, allí y es exactamente cierto lo que les han contado. Saben ellos la muerte del Dr. Maza y aquellos asesinatos cometidos por Bárcena⁷⁷ en Córdoba en la persona de tres niños cuyas cabezas aún humeantes presentaron a sus madres en una bandeja. La curiosidad me llevó a preguntarles de que país de Méjico eran y me contestaron que venían desde el mismo centro de Tlascal. ¡Dios mío! Hasta donde ha llegado la voz de tantas víctimas y el ruido de las horribles atrocidades del monstruo. Hasta el fondo de Tlascal. Caramba, preciso es que el nombre de Rosas se haga proverbial como el de un tirano y que se olvide ya el de Nerón, para no decir sino “tan bárbaro, tan cruel, tan monstruo como un Rosas”. Así debe ser en poco tiempo más.

Stockton. 10 de junio de 1849. Recuerdos de todas layas

Son las nueve del día de hoy domingo, que ha amanecido hermosísimo como día de otoño en mi país. Suenan a un tiempo ocho campanas en diferentes partes. Cómo me recuerda esto a Concepción. Pero estas campanas no llaman a los hombres como allí. No suenan para señalar alguna práctica o distribución religiosa, nada de eso y sí todo lo contrario. No llaman a los cristianos a misa, ni a sermón ni rosario, sin embargo que sus toques son iguales. Unas advierten a sus parroquianos que el almuerzo está servido en su fonda, otras avisan a los jugadores que la mesa y los naipes los aguardan. Otras, en fin, anuncian a todos los hombres corrompidos que se abre ya la taberna y que se va a dar principio a todas sus corrompidas funciones de juegos, borracheras, obscenidades, etc. ... Qué impresión harían esas campanas en un verdadero ministro de Jesú Cristo, qué dolor le causaría ver a todos los hombres de esta ciudad, inclusive los de su religión, correr así insensiblemente en un camino tan peligroso, sin darse vuelta a mirar siquiera lo que era antes de venir aquí, ni la religión o secta a que pertenecieron. No hay aquí ni cristianos, católicos ni protestantes, ni calvinistas, ni mahometanos, ni ningún hombre con

⁷⁷ Manuel Bárcena (1803–1846) fue un militar nacido en Córdoba que participó de las guerras civiles entre unitarios y federales en Argentina. Fue célebre por la crueldad que ejerció contra sus enemigos unitarios.

creencia alguna, todos los habitantes que contiene California, son una reunión de hombres sin patria, sin Dios, sin gobierno, sin leyes y quizás sin pasiones, porque todos han cedido su imperio a una sola, la codicia. He ahí lo único que se trasluce en todos y lo que suple todo lo que les falta ahora. ¡Qué horrorosa cosa, Dios mío!

Esta tarde salí a pasear a caballo con un amigo argentino, Saravia. Le presté yo caballo y salimos al otro lado del lago. Tres meses hacía que no montaba caballo, mucho tiempo para mí que siempre he viajado tanto a caballo. Qué hermosos pinos y robles hemos visto y hermosura de campos tan semejantes a la de los campos argentinos. Llegamos a un rancho distante cuatro millas de aquí. Había una niña de 16 años y muchos americanos estaban en su casa de visita.

Las flores

Hemos encontrado muchísimos bosquillos de rosales. En cada uno hacíamos nuestras visitas, y cada uno de ellos me arrancaba algún hondo suspiro por recuerdos. Cuánto más hermosas veía las rosas, más tristeza me causaban. Al fin ya me alivio a saber cuál de tantas será la que me hace suspirar por su ausencia ... Cualquiera que sea, a ella le consagro estas hojas de rosa traídas desde ese mismo bosquillo.

Lunes 11 de junio. Samuel

Anoche a las 12 llegó Samuel del placer. Aún estaba yo despierto leyendo. Doce horas ha puesto para andar 30 leguas. Román ha llegado sin poderse mover. Ha venido a encontrarme con nuestro negocio de pinole completamente realizado. Hemos ganado en él doscientos cincuenta pesos en cinco días. También a su llegada ha encontrado realizada la compra de los sitios para nosotros y unas posiciones, las más brillantes. En quince días se han vendido todos los sitios de la ciudad de este lado del lago, ahora se están revendiendo ya por el doble. Quién sabe lo que será más tarde.

Martes 12 de junio. Nuestra casa

Hoy todo el día nos hemos ocupado de acomodar de nuevo nuestra carpa y meter adentro toda la carga que teníamos, como 200 bultos, porque amenaza llover. El día está nublado pero no frío, corre un aire pesado y húmedo como el que anuncia las tempestades de mi país. En fin, si

llueve hemos salvado ya toda la carga, pero algo me ha costado a mí. Por darnos más prisa habíamos principiado a levantar con Samuel un saco de ocho arrobas solo cada uno. Levantamos así algunos, pero yo tomé uno mal e hice toda la fuerza con el pecho sintiendo un dolor tan fuerte que solté el saco y casi caí al suelo. Samuel me dio un vaso de salmuera y después otro de almidón con agua. Todo el día he sentido el dolor pero ahora ya estoy bueno.

Miércoles 13 de junio. Matías Manselli

Ayer llegó Matías Manselli que viene desde Valparaíso. Es un amigo nuestro. Se alojó en la carpa anoche con dos compañeros más y gracias a eso han salvado de la lluvia de anoche. Ha llovido toda la noche así como si estuviésemos en Chile en este mismo tiempo. Todos han movido su carga que tenían fuera de su carpa. Algunos perjuicios y horribles bajas va a hacer en la plaza la tal lluvia de verano.

Cuando este Manselli de Valparaíso ya estaban allí las niñas Consuela y Tomasita, yo le he preguntado y me dice que las ha visto no sé en qué casa. ¿Por qué, pues, no nos ha escrito Tomasita perdiendo así una de las mejores proposiciones que puede haber? Caramba, no es ese el modo de cumplir tantas promesas ni de corresponder a tanta solicitud para escribirle como tenemos nosotros. ¡Si supiera cuánto vale aquí para nosotros una carta! ¿Qué hacerle?

Jueves 14 de junio

Hoy ha recibido Samuel cartas de Chile de mi tío Ramón y Mardoqueo. Mardoqueo dice que avisó a Tomasita para que escribiera ... aquí no ha llegado ninguna carta suya. Bueno, este es un descuido para mí, imperdonable. Dios mío, ¡qué cuestan cualquier letra! Pero yo quiero hacer a todos como yo, que escribo cuantas veces hay opción y cuando no puedo escribir un pliego siquiera, escribo algunos renglones de todo. Nadie hace eso conmigo. He tenido yo como verlo desde que salí de mi país, ya estoy convencido de que nadie me cumple a este respecto y sin embargo me quejo.

Dice Mardoqueo que los Urrejola han quitado a Tatita la hacienda de Cucha, abriendo el remate porque le arrendaban la tercera parte de la hacienda en 25 \$. Mardoqueo se queja con ávidos deseos de venganza de tan horrible acción. Pobre Tatita. Siente Mardoqueo, y sentimos todos por él, y nada más. Yo pesaba media libra de oro a un indio cuando entró Samuel con esta noticia. Dios mío. Qué impresión me hizo, recibir por primera noticia de Chile semejante contraste.

Stockton, 15 de junio de 1849. Samuel a San Francisco

Hoy sale Samuel para San Francisco. Ayer llegó aquí el hermano del Dr. Mackay y ya hoy parte Samuel para San Francisco. Tengo noticias de que a Mackay parece le iba bien. El lugar en que él se ha situado es el mejor para la Compañía. El oro es menudo pero muy abundante. Hay allí precisamente su segura ganancia, poca o mucha pero cierta. Sé también que se les han fugado ya cinco hombres y una mujer. Esto era casi irremediable.

Antes de ayer mandé a Camaño de propio al Doctor remitiéndole algunas cartas, entre ellas una de Dn. Ignacio [Palma]. Necesito ponerme de acuerdo con él sobre algunas cosas. Camaño debía volver esta tarde pero aún no parece. Voy a quedarme ahora con Román.

Sábado 16 de junio. La primera piedra de nuestra futura

Samuel no pudo salir de aquí por el viento y creo que no se irá hasta mañana. Ha comprado un almacén en compañía con Sparrow y va a traer un surtido fresco de San Francisco. Nos parece un buen negocio por todos aspectos, tendrá relación con los sitios de aquí y las cosas que esperamos de Chile.

Todavía tengo conmigo al joven Aráoz que no halla en qué ocuparse. Pero dichoso de él que tiene en mi carpa casa y comida segura todos los días. Muy raro es el día que no tenga que dar hospitalidad a algún chileno o argentino que vuelve de las minas con el horrible desengaño de todos. Bendigo a Dios que me ha puesto en una situación de poderles servir de algo a tanto desgraciado. No extrañaría yo que alguna vez tenga que pararme a la puerta de una carpa a pedir qué comer.

Domingo 17 de junio

Anoche tuvimos en Stockton una gran bulla entre todo el pueblo. Se había perdido la fecha entre todos los habitantes de aquí. Unos alegaban que era viernes y otros que sábado, algunos que era 16 otros 15, en fin, se reunían americanos, ingleses, mejicanos y todos estaban discordes. Esto prueba el completo abandono que se hace aquí de todo lo que no sea negocio perentorio, hasta el extremo de olvidar la fecha como ahora. Mire que sería cosa notable para todo el mundo, pero digna de California, el que una población entera pierda la fecha en que vive. Sólo yo estaba cierto de la fecha, porque mi diario no puede engañarme. Pero yo tenía tanto crédito en mi aserción como cada uno de los que disputaban. Todos se han desengañado hoy. Nadie trabaja ni se mueve. Ni un solo hombre se ve siquiera tener hoy traza de comerciante. Parece

que todos sabían que ayer era sábado y alegaban por puro capricho; pero no era así, dudaban. Tal debe ser ya la costumbre en todas las partes del mundo de descansar el séptimo día de la semana, que llega precisamente sin que lo esperen, como ahora.

Lunes 18 de junio. Ya me olvido de las bellas

Ayer me convidaron los Thibault a que fuera en la noche a tocar la guitarra a bordo de su buque, hay allí dos señoras y algunos caballeros que desean oír alguna cosa de música; esta es ya la tercera invitación. Dos veces han venido antes de ayer y otro día a llevarnos a mí y a Samuel, pero nos hemos excusado porque de veras no tenemos disposición para reuniones de la laya. Pero a mí me ha sido imposible resistirme y estuve anoche allí. Vinieron a mi carpa a llevarme. Había muchísimos ingleses, dos señoras, una muy joven. De veras la guitarra merecía la pena de tocarse, es una buena guitarra y toqué en ella con todo el gusto que debía tener después de haber ayunado tres meses de buena guitarra. Me pagaron con la renta que tienen siempre los que tocan o cantan. ¡Muy bien! Divino. La señorita dijo que ella aprendería si tuviese un maestro ... Yo ofrecí los cuantos días que tendría que estar aquí y aceptó como por medio de distracción las lecciones en la noche. Yo no seré ahora muy buen maestro, me parece, porque no es muy bonita ... y después, lecciones tan públicas ...

Stockton, martes 19 de junio de 1849

Ayer llegó Camaño de las Calaveras; deja bueno al Doctor pero algunos peones quedan enfermos con la hiedra. Esta maldita yerba que es más abundante que todas las demás aquí, envenena con solo llegarse a ella⁷⁸. Sale en todo el cuerpo una horrible llaga, hincha la cara hasta dejarlos ciegos y casi sin rastros de ojos dando además una comezón capaz de despedazar el cutis, cosa que agrava y extiende más la lepra. Se han visto aquí postrados peor que unos lazarientos sin haber tocado la yerba, pero sí haber pasado cerca de ella. A los que irremediamente daña es a los enfermos, o lisiados de gálico y ataca precisamente las partes criminales ... de un modo espantoso. Llegan a crecer del tamaño de una sandía y a impedir al sujeto que dé un paso siquiera. Por el contrario, esta yerba tan venenosa debe ser una virtud exquisita para la botánica. Aún no se ha hecho sobre ella experimento ninguno. Gracias a Dios yo he llegado hasta ella, la he tocado y no me ha dañado en nada.

⁷⁸ La hiedra venenosa o “poison ivy”; es un tipo de planta trepadora existente en Norte América y que es famosa por su capacidad para producir dermatitis y otras reacciones severas en la piel.

Dice el Doctor que si su trabajo sigue como hasta aquí, haremos más que todos los demás empresarios. En ocho o diez días ha sacado dos mil cuatrocientos pesos de oro tan subido y hermoso como no he visto otro mejor. Quiera Dios favorecer nuestras miras y recompensar tantos trabajos.

Miércoles 20 de junio

Hoy he comprado la más hermosa pepa de oro que he visto hasta ahora. Ha sido una suerte muy marcada que el guaso que la tenía me la haya mostrado a mí primero, entre tantos que habíamos. En dos o tres minutos concluí la compra y al momento de mostrarla ya como mía, me ofrecieron el doble de lo que yo había dado. Es un león africano completamente formado con su crespa melena, cola, pata, boca, etc. Voy a conservar esta pepa para alegar a favor de la erupción volcánica. ¿Cómo habría podido formarse sin esto semejante prodigio? Esta clase de alhajas se conservan para toda la vida, o se deshace uno de ellas sea regalándola al museo o a una querida que valga la pena. Caramba, cada grano de oro que lleve, si llevo alguno, me cuesta un millón de penas, privaciones y trabajos.

Jueves 21 de junio

Van con hoy tres días de un calor insoportable. No hay nada con que pueda compararse esto sino con los doscientos arenales de la Siria, y algunos días de diciembre en San Juan de la República Argentina. Pero allí corre, para mitigar un tanto los ardores del mes de diciembre, una brisa tanto más agradable cuanto caluroso es el día. Pero aquí no se mueve siquiera la hoja de un árbol, los tordos y demás pájaros no cantan como allá en la sombra de los árboles, sino abren el pico y sueltan las alas como fatigados de un horrible cansancio.

Ayer fui a un inmenso bosque de robles y pinos que se ven desde aquí a seis cuadradas de distancia. Pero cosa extraña, antes de llegar allí, sentía que se cocía la planta de los pies, muy bien me parecía que se hubiera asado un huevo en un cuarto de hora; pero apenas llegué y entré bajo las ramas del primer pino, cuando sentí un temperamento del todo diferente. Reinaba bajo de aquellos árboles una primavera templada percibiéndose aún tiempo el fuerte y suave olor de las rosas. Pasé allí las tres horas más fuertes del día y me volví a la carpa a las cuatro y media. El calor que hace hoy parece aun doble al de ayer. ¡Cuántos amigos y amigas chilenas y argentinas temblarán de frío mientras yo me abrazo aquí como un guiso! Esto quiere decir que estoy a cuatro mil lenguas de allí ... Caramba, qué largo va a ser este verano para mí. Seis meses de verano en Chile y seis en California, son doce meses. Preferiría 24 de invierno con todo su rigor.

Stockton. Viernes 22 de junio de 1849

Hoy en la mañana fuimos a una lechería que hay a 2 o 3 millas de aquí con un amigo argentino Saravia, y el joven Aráoz, que aún está conmigo. Yo me levanté antes del amanecer y gocé de la venida del día anunciada por el canto de mil pajarillos a un tiempo. Qué hermosas son las madrugadas aquí. Se siente un fresco delicioso y se respira el aire embalsamado de las flores. Después de levantarme y dar mi paseo por el rosál, me fui a recordar a Sarabia cuando ya amanecía. Al rayar ya el día salimos los tres para la lechería de a pie. Cuando llegamos allí estaban sacando la leche y ayudamos a las lecheras a amarrar las vacas y los terneros. Es de advertir que las lecheras son una vieja y dos hijas suyas de 15 y 18 años. Blancas, rubias, ojos azules, de abultados y tersos pechos y delgada y flexible cintura. En fin, hermosas niñas sin mirarles los pies, porque los tienen como inglesas. Ninguna de ellas habla ni jota de español. Les dije yo en inglés que queríamos comprar leche y que les ayudaríamos a ordeñar porque sabíamos hacerlo. Nos dieron las gracias con suma cortesía. Estuvimos allí como una hora, en seguida pagamos 12 reales por un medio galón de leche y otros doce por ocho onzas de mantequilla. Salimos con buena disposición para quedarnos allí el día y la noche también ... Ahora son las seis de la mañana y acabamos de tomar un soberbio té con tostadas de mantequillas.

Sábado 23 de junio

Desde ayer hasta hoy van ya cuatro buques que han llegado cargados de pasajeros. Puede calcularse la entrada diaria a Stockton de 200 hombres. Pero es bien divertido estar allí en el desembarcadero. Unos se embarcan para regresar, otros saltan a tierra y todo el movimiento se hace a un tiempo. Los que llegan, traen la cara llena de risa, de esperanza y sus ojos parecen venir divisando un porvenir lleno de fortuna. En los que se van, se ve pintada la amargura de la esperanza fallida, los deterioros y estragos de un trabajo a que no estaban acostumbrados, de ese trabajo que hace cejar a cuanto hombre nacido hay, véase además en su rostro pálido y flaco los rastros de toda clase de intemperies, privaciones y de la miseria misma. Se ve en los que llegan un gesto de desprecio por esa miseria y estrago y de desdeñoso desafío.

Domingo 24 de junio

Hoy montamos a caballo temprano para ir a la lechería. Cuando llegamos, no había ya leche. Corrimos un poco más en el campo con Aráoz y nos volvimos a almorzar. Más 2 de la tarde vino un amigo inglés a convidarme para montar otra vez a caballo. Acudí, fuimos a la lechería

y después corrimos por todo el puesto como unos locos. A las 3 de la tarde fuimos en un bote a bañarnos al otro lado del lago. Encontramos allí, en el mismo baño, a Lauri con la mujer que el diablo le ha dado. Estuvimos allí como media hora y nos regresamos todos juntos en un bote. Yo remaba con otro joven, y lo hicimos tan bien como unos insignes lancheros.

Lunes 25 de junio

Son las 12 del día y acaba de parar cerca de mi carpa una carreta que viene cargada con un bote; el bote tiene adentro un hombre muerto ahogado en el río San Joaquín. Era un norteamericano que tenía antes su negocio en Valparaíso. Dicen que era muy buen mozo. Ahora es lo más horrible que yo he visto en toda mi vida. Está completamente vestido y tiene hasta los anillos en los dedos y las espuelas en los pies. Está negro como un Guinea y tan hinchado que parece reventar ya.

Las cuatro de la tarde. Le han hecho su entierro frente a un árbol que hay a media cuadra de mi carpa. ¡Qué ridícula la ceremonia! Uno de tantos americanos tomó la Biblia y al paso que rezaba con los demás, hacía cruces a derecha e izquierda sobre el cadáver. Después uno le echó un puñado de tierra. Concluido esto, el que tenía la Biblia dio a besarla a los demás y éstos lo iban haciendo con cierta genuflexión y otros movimientos ridículos.

Martes 26 de junio. Cuanto peligro corre aquí todo individuo

Quisiera grabar con caracteres de fuego en mi diario los sucesos de anoche para que no se borraran jamás y pudieran avergonzarse todos los americanos que blasonan de civilizados a la par de todas las naciones europeas. Era poco más de las ocho de la noche. Yo conversaba al fresco con Don José María Álvarez quién llorando me pedía consejos sobre el partido que debía tomar en su miserable situación. En esto, oímos unos gritos y alaridos horribles como de hombres desesperados. Un momento después llegó el joven Aráoz sin sombrero y lleno de susto. Nos dijo que realmente lo que habíamos oído eran gritos desesperados de mejicanos y chilenos a quienes garroteaba una pandilla de americanos para robarlos. Habían lastimado a muchos y al mismo Aráoz le habían pegado un garrotazo y quitado el sombrero. Esto pasó a las ocho u ocho y media de la noche. Se oía el ruido de botellas que quebraban y los alaridos que daban como unos verdaderos salvajes. Estaba la pandilla en una fonda francesa. Después de desmayar al fondero saqueaban la fonda y bebían gritando hurras hasta enronquecerse.

A las nueve se habían acostado ya Aráoz, Vargas, Trejo, Álvarez y mis dos mozos. Yo quedaba estudiando la guitarra. No hacía mucho rato que se habían acostado, cuando oí la bulla en

una carpa vecina. Seguí estudiando para no meter alarma. Un momento se pasó y los vi ya a 25 pasos de mi carpa a los quince hombres. Hablaban en voz baja y cargaban pistolas y rifles. No me movía yo. Se acercaron hasta ponerse a tiro de pistolas. Debieron estarme viendo a mí todo el rato que se quedaron allí, porque tenía yo la vela por delante que alumbraba el libro en que estudiaba. Al cabo de un rato pasaron.

Desconfié yo al momento y salí a ver lo que hacían. Llegaron al árbol donde ayer a la tarde enterraron al otro americano. Luego oí blasfemias, gritos, ruidos de armas, garrotazos y ayes de algunos mejicanos. Realmente allí había alojado una tropa de sesenta a setenta mulas. Seguía la bulla, luego vi que revolvían el fuego y botaban a él algunos objetos. Al fin vi cómo, acompañado de una detonación y de un doloroso ay de agonía ... “no hay duda” dije para mí, “han muerto alguno”. Entré ya en la carpa con el corazón oprimido pero lleno de un horrible ardor de venganza. Recordé a todos, les conté cuanto había visto y les propuse que fuéramos en socorro de esos infelices. Ninguno quiso. En esto llegaron cinco chilenos más de otra carpa vecina y cuando ya habíamos reunidos doce, les propuse de nuevo, puesto que todos teníamos buenas armas, y que además podíamos contar al primer grito con todos los demás mejicanos que se encontraran cerca. Tampoco quisieron acompañarme. Al fin toqué el orgullo y la humanidad de Vargas a quién creía más capaz de todos y levantándose al momento me dijo “¡Vamos!” Salimos cada uno con un par de pistolas y nuestros puñales. Al momento que nos vieron salir, se levantaron todos y dijeron “también vamos nosotros”. Todos salimos bien armados de fusiles, pistolas y puñales.

Cuando nosotros salimos, vimos ya que iban retirándose hacia el lago cantando y saltando. Seguimos rectamente nuestro camino y llegamos al real cuando ellos estaban ya un poco lejos. Pero qué horror, Dios mío, ¡y qué estragos! Habían partido los costales de harina y derramándola, desparramándola a propósito para que no pudieran recogerla, de modo que parecían sábanas extendidas aquí y allí. Lo mismo habían hecho con los costales de galletas, frijoles, garbanzos, vinos y aguardientes. Habían botado al fuego toda la ropa de uso y de negocio, habían hachado los aparejos, en fin, no dejaron piedra sobre piedra. Llamamos a los dueños, ninguno respondió, encontramos las camas abandonadas. Gritamos fuerte para que nos conocieran y volvieran los dueños, nadie nos contestó. Seguí yo buscando por las camas cerca de los aparejos y de pronto tropecé con un cuerpo ... salté al momento diciendo aquí hay uno. En efecto, como con la oscuridad de la noche nada podíamos distinguir, principiamos a tentar el cuerpo ... Estaba bañado en sangre ... “lo han muerto”, dijimos todos a una voz. Pero como si estas palabras hubieran sido un balazo, cayó desmayado uno de los que nos acompañaban, el señor Munita, santiaguino. Otra aflicción. Vargas puso la mano en el pecho del asesinado y dijo, “todavía me parece que respira”.

En efecto vivía aún. Frotamos un fósforo y buscamos la herida. La bala había entrado en el muslo de la pierna izquierda, pero había quedado dentro. Lo tapamos con su ropa y seguimos buscando. Ningún otro encontramos. Hallamos dos pares riquísimos de pistolas en dos

monturas mejicanas y armamos con ellas dos o tres de los nuestros que estaban con hachas. Volvimos a gritar de nuevo y entonces salió, de tras de un árbol, un hombre. Le preguntamos si era el dueño del real, dijo que no, si era peón, tampoco. Vi yo que mentía de miedo. Lo tomé del cuello del levitón, le dije, “amigo, las circunstancias apuran. Ud. está mintiendo de miedo, venga a ver a un compañero suyo que han muerto o que respira aún y que quizá tenga remedio. Todavía niega que es de Ud. el real”. “Tengo una pequeña parte en él”, dijo un tanto repuesto.

Volvimos a los muertos (nuestro compañero Munita no había vuelto) y el otro seguía lo mismo. Fuimos a llamar a otros mejicanos que vinieron a favorecerlo, porque el hombre no quería quedarse solo. Cuando volvimos, prendimos una vela y al primer llamado que le hicimos abrió los ojos y balbució “¡ay Dios mío! ¡Madrecita mía!”.

Esta última exclamación fue derecho a mi corazón y me vinieron las lágrimas a los ojos. Me acordé al momento yo de la mía ... y ya me figuré ... Tratamos de consolarlo primero hablándole al oído. “Me han desamparado solo” decía, echando una mirada sobre el hombre del levitón.

Qué vergüenza debió tener ese hombre (era uno de los dueños). Tratamos de traerlo a mi carpa pero se desmayaba de dolores al quererlo levantar. Al fin le dejamos dos hombres más que cuidasen con el otro dueño y nos volvimos a la carpa. Toda la noche entera han seguido en las mismas picardías esos bandidos. Nosotros nos atrincheramos siempre esperando, pero se ocuparon de la fonda Francesa y otras carpas donde hacían el mismo estrago. Cien pesos pedían por la vida de cada uno. Al amanecer tomaron un carro de los fletadores y pasaron por nuestra carpa como una exhalación por el camino de las minas.

Nuestro Munita había vuelto en sí ya antes de volver a la carpa. Al venirnos, tropezamos con el cuerpo del americano que habían enterrado y dejado apenas cubierto con tierra. Yo puse un pie sobre la barriga quizás porque sentí la cosa elástica, di un salto atrás y me volví por otra parte. Cuatro años antes, en el otro lado, no me habría horrorizado, pero he estado en Chile donde jamás se ve muerto alguno y ahora me horroriza ya cualquier cosa.

A esta hora que son las diez de la mañana tienen ya presos siete de los tales bribones. Están a bordo del buque de nuestro compañero Sparrow. Quién lo creyera, son unos caballeros en su porte y hombres que he visto entre los mejores americanos de aquí. Hay algunos jóvenes de 18 a 20 años.

Miércoles 27 de junio. Algunos presos

Están presos ya dos o más de los facinerosos de la otra noche. Esta tarde se va a formar el Juri para juzgarlos. Veremos lo que sale de él. Ellos están contentos y juegan a bordo del buque como unos chiquillos.

Son las cinco de la tarde, hora en que vuelvo de bañarme. El Juri no ha podido hacer más que hacerles dar a cada uno una fianza de 1.000 \$ con tal que no vuelvan a hacer alguna cosa semejante. ¿Y el pobre herido? Él queda con su bala en la pierna y ellos corren ya libres las calles de Stockton. Verdad es que no se ha descubierto quién fue el que dio el balazo.

Un pelotón de gente se ve en este momento en el llano, causa la novedad un indio que han traído por ladrón y que ya está sentenciado a ser ahorcado. ¡Qué prontitud y ligereza para el fallo de ese infeliz! ¿Cómo no han castigado a los que han dado un balazo a un hombre dormido y van a ahorcar al que ha robado quizá de hambre?

Stockton. Jueves 28 de junio de 1849. Unas pobres niñas mejicanas

El domingo mientras salí a andar para el lado de la montaña, encontré dos carretas cargadas y en cada una de ellas, algunas señoras. Me llegué a ellas y me dijeron que venían del placer. Es una señora con nueve hijos que anda también por estos mundos a propósito del oro. Me interesó al momento su situación. Trae dos chiquillos enfermos, una niñita se le ha muerto en las minas, el único hombre que viene con ella es un chiquillo de doce años, todas las demás son mujeres. Tres de ellas son niñas como de 16 a diez y ocho años, y dos muy bonitas. Le aconsejé que no se metiera al interior de la población y que se situara lo más sola posible. Al fin, ha elegido cerca de mi carpa como a 50 pasos. Yo le hice armar la carpa con los peones y le di cuanto necesitaba de pronto.

En la famosa noche del martes iba yo allí cada momento para animarlas, estaban más muertas que vivas. Les sirvo en cuanto se les ofrece aquí como único a quien ellas conocen, así es que la señora y las niñas están muy agradecidas y esperan sólo que yo las ocupe en alguna cosa para mostrarme su gratitud ... Pero yo tengo muy poco en qué ocuparlas según mi plan y sistema que he observado hasta aquí en toda mi vida. Mujeres, o lindas, bien educadas y sensibles para hacerles caso o nada.

Mi carpa se ha vuelto casa de alojamiento para todo el mundo. Cuanto chileno llega de San Francisco, sea que lo conozca o no, con pretexto o sin él, ha de venir a mi carpa a que le busque y proporcione cuanto le falta. Lo mismo sucede con los que vienen de las minas. No pasa ninguno para San Francisco sin quedarse aquí tres o cuatro días. Salen unos y entran otros. Más de veinte días hace que no faltan cuatro por lo menos.

Viernes 29 de junio. La vida de California y la mía en Stockton

Cuando uno se acuerda o piensa por un momento siquiera en su pasado y presente, cuando uno deja de ser salvaje por un solo instante para pensar en su vida, entonces decía, le parece

a uno haber despertado de un sueño. Le parece increíble lo mismo que pasa por sus ojos. Y precisamente tal debe ser una transición tan repentina como completa en todos los emigrados que en ciertos momentos nos parece soñar. Principiando por las comodidades de la vida y acabando por los gustos y placeres de una sociedad, se han concluido de golpe para nosotros, ya tan acostumbrados a ellos. Yo, cuyas comodidades no han llegado aún a su colmo, en ninguna parte puedo, sin embargo, hacer una diferencia inmensa entre mi pasado y presente. Vivo bajo el techo de una de las mejores carpas y así no estoy al abrigo de ninguna intemperie. El sol me abrasa en el día con tanta fuerza que al fin tengo que abandonarla como los demás y buscar paraje bajo la misma sombra de algún árbol para dejar de respirar llamas. Llueve y no hay remedio, la carpa al fin se pasa y me mojo, esto es después de haber tenido que cargar a la par de mis peones mis sacos de ocho arrobas para librarlos del agua. Llega la hora de almuerzo o comer y nuevos sufrimientos. La comida o es o no comida, no se sabe, lo cierto es que es desaseada, no hay mantel en qué servirla, ni mesa para poner el mantel así que si se tiene hambre, se come a la fuerza algunos bocados de pie y como de paso. En la noche, o hace muchísimo calor o no, porque corre viento, y entonces se llena uno de tierra como si de propósito se la hubieran vaciado a montones.

Al otro día preciso es que se ocupe medio día si es aseado para sacarse toda la tierra; y luego de estar el cuerpo limpio tiene de nuevo que poner su camisa de cuatro días, sería un escándalo a todo el mundo mudar de camisa antes de seis y ocho días, no hay quién lave por ningún precio así que es preciso hacer durar una camisa por seis días siquiera antes de sacársela para botarla.

¡Hay aquí tanto elegante! Pobre de los que fuimos algún día aficionados a vestirnos. Ya no conocemos chaleco, ni levita, ni suspensorios, ni pealas en los pantalones, ni corbatas ni sombreros, ni botas, ni zuecos de charole, todo, todo se acabó. No hay siquiera rastro de ese gusto en vestirse, sino lujosamente, al menos con aseo. El que peina su pelo y su patilla en día de trabajo, si su misma conciencia no lo remuerde, los demás hombres se lo vituperan. Y después de todo, ¿para qué vestirse? No hay aquí cosa que se parezca siquiera a sociedad ni de señoras ni de caballeros. No hay con quién reunirse, capaz es de perder uno hasta su idioma, porque para entenderse con todos es preciso hacer una miscelánea de francés, inglés, español y español-méjico-californio.

Sábado 30 de junio

Los domingos en que uno deja de trabajar para descansar y distraerse de algún modo, entonces es cuando más sufre uno aquí. Las campanas principian a sonar desde las seis de la mañana como llamando a misa y son las cuatro o seis fondas que llaman a un tiempo a sus

parroquianos. Estas campanas suenan del mismo modo tres veces al día, a las seis, a las doce y a las siete, y cada vez, como decía, mortifican a los católicos trayéndoles a la memoria un tiempo en que tenían religión y eran llamados los domingos por esas mismas campanas al sacrificio de la misa o la predicación del evangelio. Nada de esto hay aquí. Parece que esta reunión de hombres que hay en la California es la raza maldita del Señor que debe errar por todo el orbe sin Dios, sin patria, sin gobierno, sin ley ni religión. Llega la noche de un horrible día de calor y afanes, quiere uno distraerse, pero en qué ni dónde ni con quién hacerlo. Por fin, se acuesta triste y lleno de mil ideas funestas, es decir piensa entonces en su vida y su situación, hace comparaciones entre el presente y el pasado y el resultado es penar y sufrir, siempre con la esperanza de mejores días. ¡Ah! Pero cuántos han esperado ya como nosotros por seis meses y al fin de ellos han visto su desengaño, como viera un reo de muerte el lugar donde concluyen sus esperanzas todas con su vida.

Agréguese a todo esto las enfermedades, la hiedra por un lado y los mosquitos por otro. La hiedra lo lлага entero como un lazamiento, y cuando uno es tan feliz que escapa de ella, cae entonces entre los zancudos de los que nadie escapa. Le hacen pedazo a uno las manos, y lo hieren a través mismo de la levita, y es en la noche precisamente cuando más molestan, cuando quisiera dormir para olvidarse de su vida, así como se emborrachaba Martín para olvidarse de que era esclavo. A la cabeza de todas estas pequeñas incomodidades y peligro, está el capital y más próximo de todos, el que amenaza directamente a la vida del emigrado: los yanquis. El día que se les antoje pueden armar un revoltí como el de la otra noche y so pretexto de cualquiera friolera darnos una balazita como a ese otro infeliz, que acertando por casualidad a ser en cualquiera otra parte que en la pierna, acaba de un solo tiro de chancelar con todos.

Hoy es un día el más hermoso que he visto desde ahora cuatro meses. Está completamente nublado a la manera de mi país. Gruesas y espesas nubes ruedan confusamente como anunciando una verdadera tempestad de verano. Está tan fresco como un día de julio en el sur de Chile. Parece que la bonanza del día ha influido sobre todos, porque todos están contentos y parece que se han salvado ya de los rigores del verano.

He recibido hace dos horas cartas de Samuel desde San Francisco. Remite para el almacén de la casa varios artículos, los únicos que ha podido embarcar a bordo de la Golondrina. Me anuncia que empleará tres o cuatro mil pesos para mandar luego por otro buquecito.

También me dice que ha habido ya más que balazos. Unos frailes italianos, quién sabe de qué religión, pusieron una fonda en la que ganaban mucha plata, ahora pocos días. Algunos americanos iban allí a emborracharse y con motivo, y para dar quizás menos escándalos, se vistieron de seculares. Así han pasado ocho días, al fin de los cuales han tenido una pelea con muchos americanos en que uno de ellos ha muerto de un balazo a un americano. Huyeron al momento del hecho y los americanos deshicieron la fonda y vendieron todo en un remate. Buscan todavía

con encarnizamiento a los frailes. Se hizo el entierro del americano con un aparato militar y lleno de salvas cuando no era más que un bandido, quizá.

Stockton. Domingo 1 de julio de 1849. Nos amenaza, qué sé yo ...

¡Y va de peligros y desordenes! Para el cuatro del presente se prepara una revolución casi a un tiempo en todas partes. So pretexto de ser el 4 el día de la independencia de Estados Unidos se preparan en San Francisco y en todos los minerales grandes desórdenes. Los yanquis tienen una secreta asociación de 40 bandidos que se llaman públicamente los 40 y a quienes ninguna fuerza pueda imponerles. Éstos, según aseguran los mismos americanos honrados, se han repartido por todos los placeres a levantar el grito de exterminio y muerte contra todo chileno, mejicano o peruano. El atentado cometido en las noches pasadas, según se ha averiguado, era dictado por uno de los 40 que se fue al Estanislao después de haber predicado y plantado aquí su bandolera secta. Todos los días se oyen amenazas de los americanos a los extranjeros con el 4 de julio, aún delante del alcalde. Todas las tropas de mejicanos han salido ya de Stockton, se ve uno que otro que se apresta a abandonar el puesto. Ya veremos cómo salimos de tan apurado trance, los que tenemos por fuerza que permanecer aquí.

Lunes 2 de julio. Cartas de Calaveras de Mackay

He recibido carta del Doctor en que me dice que marche ya con todo lo que queda aquí, que ha descubierto un lugar bueno y que allí piensa pasar el invierno. No he podido encontrar ni una sola carreta ni mulas que fletar para el placer donde él se encuentra. Me veo de veras muy apurado por que quisiera zafar yo también de acá antes de ocho o diez días. No ha quedado aquí quienes quieran fletar máxime para Calaveras, donde muy pocos hay que conozcan. Agréguese este apurillo al del cuatro y la cosa va que vuela ...

Son las 5 de la tarde, acabo de recibir carta de Samuel y nuevas remesas de carga para la sociedad. Me dice que ha recibido cartas de Tomasita y que marchaba para Santiago con motivo de la enfermedad de Constancita, que ha sido desahuciada de los médicos. ¡No digo yo! Por todas parte buenas noticias y sucesos de vida y muerte; vamos bien, vengan más cosas encima, para sufrir y purgar pecados aun no cometidos hemos venido a California. Samuel me manda como veinte cartas para cuánto chileno hay aquí. Sólo para mí no se lee un sobre en ningún vapor, ni correo, ni en ninguno de los buques que han llegado de Chile. ¡Bueno!

Unos veinte americanos se han puesto en este momento armados en el desembarcadero y han intimidado a 40 o 50 chilenos y peruanos que han llegado en el buque en que Samuel me

escribe, que ninguno baje a tierra pena de la vida. Ni el alcalde ni Míster Weber han podido sacar nada, siguen allí plantados y nadie desembarca. Como digo y como repito, la cosa va que vuela.

Martes 3 de julio. Un amigo sin pensarlo

Un alemán amigo mío me dejó en días, al pasar para San Francisco, dos yuntas de bueyes para que se las haga cuidar con mis peones y me sirva de ellas cuando quiera. Recién me acuerdo de semejante cosa en medio de los apuros para buscar fleteros. Toda la mañana me he ocupado de buscar una carreta para alquilar y no he encontrado. En este momento, al venir para mi carpa, me encontró Míster Stockton, uno de los hombres más ricos de aquí, puesto que ha dado el nombre a la ciudad.⁷⁹ Me preguntó lo que buscaba, viéndome salir de una de sus fondas. Le dije lo que quería. Al momento mandó a un indio a traer una de sus carretas y mientras volvía me convidó a tomar un refresco con él, le acepté y con muchísima política tocando mi vaso me dijo “a su salud”. Me ha ofrecido su casa y cuanto necesite. He aquí una singular aventura, que se aumenta con la siguiente casualidad. En el paquete de Samuel viene una carta rotulada para Míster Stockton que me la recomienda por serle interesante al dueño. Yo no la entregué porque no conocía al dueño, y después de esto de la fonda, he visto de nuevo el sobre de la carta y he corrido a entregársela. Me la ha agradecido mucho.

Son las 10 del día y sale ya Camaño con la carreta cargada para las Calaveras. Lleva veinte y tantos quintales de carga. Esto sí se llama ahorrar por pura suerte. No encontraba quién me llevara dos carretadas o una siquiera, aun ofreciendo 1 onza de oro por quintal, y ahora van esos quintales sin ningún gasto. Se han ahorrado por lo menos 340 \$, porque Dios es grande y Míster Stockton bueno y nada más.

Me quedo completamente solo. Antes de ayer cedí uno de los peones para que fuera acompañando a un americano al placer. Este peón se llama mi buen Román. Ha ido ganando cincuenta pesos en el viaje, y si se tarda más de 4 días, le corre el sueldo de diez pesos diarios. Ahora sí que he quedado en gracia y en estado de que los yanquis hagan de mí lo que se les antoje. Pero Dios es muy grande, y Míster Stockton muy bueno. Espero a ellos y que vengan el cuatro de julio tan horriblemente temido de todos. ¿Y qué hacer ni qué remedio tiene mi situación? Lo mejor que puedo hacer es resignarme y esperarlos como en noche pasada. Diez hombres resueltos pueden

⁷⁹ Robert Field Stockton (1795–1866). Militar y político nacido en Princeton, Estados Unidos. Tuvo un importante rol en la ocupación del territorio que los estadounidenses conquistaron a México en la década de 1840. La localidad de Stockton, California, lleva su nombre justamente como reconocimiento a dicha actuación.

mucho, y más cuando son injustamente atropellados en sus casas. No faltarán quienes teman y se me plieguen como el otro día.

Miércoles 4 de julio. El 4 de Julio y su fiesta

Anoche, antes que principiaran las vísperas de la función de hoy, me trajo Sparrow a bordo de su buque. Lo menos a que yo me exponía quedándome era a que matara yo a alguno, esto salvando muy bien. En verdad, nada hay que me horrorice más como creerme por un momento siquiera matador de un hombre, aunque sea en justa y legítima defensa. Pero las vísperas se han pasado en gritos, cohetes y cañonazos y nada más. No ha habido ningún desorden y esto es debido a que el alcalde ha salido anoche a la oración con veinte hombres a celar en toda la población.

Hoy tienen una comida en una de las fondas, que les cuesta cerca de 4 mil pesos. Esta comida es dada por los principales comerciantes de aquí al comandante de la fuerza que está a 14 leguas de aquí. Hoy a las nueve llegó, entre una multitud de americanos que fueron ayer a convidarlo. Hasta aquí (hay más de dos cuadras) se oyen los estrepitosos hurras de más de 200 hombres. Quién sabe en qué vaya a parar tanta champaña. Desde anoche hasta ahora que son las doce no han cesado los cohetes y cañonazos. Veremos esta noche si todo pasa como anoche.

Jueves 5 de julio. Se calma ya

Anoche ha pasado todo más tranquilamente que antes de anoche. No se han oído siquiera gritos de borrachos ni nada que indique desorden. Ha sido la noche más linda que darse puede. La luna alumbraba como si fuese de día y corría una brisa muy fresca. Se han tirado anoche miles de cohetes o voladores de luces de los colores más vivos y lindos que verse pueden. Nosotros pasamos parte de la noche en pasear en el lago remando a la luz de la luna con Saravia y el joven Elordi. Los cohetecitos no han dejado de reventar ni un solo momento. Se hacían arder cajones enteros que producían un estruendo tan recio que temblaba la tierra. Han cantado muchas canciones y tocado lindísimos trozos de ópera en una corneta pistón. Tocaba el tal americano perfectamente.

Stockton. Viernes 6 de julio de 1849. Cupertino Ocampo

Acaba de llegar esta tarde mi primo Cupertino Ocampo. No lo esperaba jamás, por lo mismo me ha causado un gran placer que se ha disipado y convertido en tristeza tan pronto como me

ha dicho el objeto de su precipitado viaje. Se ha quemado el campo llamado de los Sonoreños⁸⁰ y se ha quemado también la casita que tenía allí Samuel, en compañía de Cupertino, con casi todo lo que quedaba sin venderse. Se han perdido sólo más de mil pesos, pero se han perdido casi las esperanzas de ganar mucha plata después de tanto sacrificio para acabar de establecerse. Bien digo yo que la cosa va que vuela para nosotros. Vienen los golpecillos uno sobre otro y sin tener siquiera el tiempo de calmarse del uno, cae el otro haciendo sentir con más gravedad su peso. El incendio ha sucedido el lunes en la tarde por una vieja que haciendo empanadas fritas incendió su carpita y enseguida todo el campo. Siempre las mujeres para ser como Elena⁸¹ causan incendios y grandes desgracias. Quizás es la única mujer que había en ese campo y esa sola ha arruinado a más de cuatro quemando el valor de trescientos mil pesos en menos de una hora. Y ser vieja y fea la indiana para mayor despecho y amargura de los que hemos perdido. Cada vez que un hombre sufre un golpe, cualquiera que sea a causa de una mujer hermosa, después de la primera impresión de su dolor, mitiga la pena la belleza de esa misma mujer, en cuyos hermosos ojos se pinta la ternura por el hombre que padece por ella, y cual si fuera un ángel o una divinidad mayor le comunica valor y serenidad en medio de la misma ruina. Pero una mujer fea y vieja, ¿qué consuelo puede darle a uno después de haberlo hecho desgraciado? Ninguno.

Sábado 7 de julio. La guitarra

A pesar de haber estado triste por el inesperado suceso anunciado por Cupertino, después de mil reflexiones nos consolamos el uno al otro y nos pusimos a tocar la guitarra. Pasamos así hasta las doce de la noche, después, salimos a dar una vuelta y gozar de la luna, placer tanto más agradable cuanto que en este valle de lágrimas no hay nada más marcadamente bello y agradable que las noches de verano.

Varias otras muertes han sucedido en el placer según me dice Cupertino tan alevosas y criminales como todas las demás. A propósito de muertes, antes de ayer murió el pobre mejicano que hirieron casi en mi presencia la noche del 20 del pasado. ¡Infeliz! Tendrá padres y hermanos que lo esperan como a su único consuelo, o quizá tendrá ya mujer que ha quedado sin otro recurso si su marido queda huérfano, que al abrir los ojos al mundo sabrá que su padre fue asesinado en su cama sin culpa y a causa del mero capricho de un hombre. Triste cosa caramba.

⁸⁰ Parece referirse aquí al campamento minero de Sonora y no al estado mexicano homónimo, de donde inmigraron muchos mexicanos durante la fiebre del oro.

⁸¹ En alusión a Elena de Troya.

Stockton. Domingo 8 de julio de 1849. Una serenata

Anoche como a las diez fuimos a dar una serenata a las señoritas Digsons, yo, Cupertino y Míster Thibault. Llevábamos dos guitarras. Cantamos primero y después tocamos algunas piezas a dúo con Cupertino que por suerte salieron muy bien. Recibimos muchísimos aplausos desde la casa misma y en seguida salió Míster Digson casi desnudo, nos hizo entrar sin más luz en la cuadrilla que la luna que daba de lleno en la puerta y bañaba toda la estancia. A ninguna podíamos ver, no se abrían las cortinas de las camas pero oíamos el murmullo de las niñas y tal cual mano levantando un lado de la cortina, para asomar tal cual cabeza, tal cual cosa blanca ... como camisa ... Nos sirvieron champaña dos veces y después de haber estado tocando y cantando por media hora, nos retiramos a las once y media.

Cantamos otra canción a la puerta de la viudita de Stockton y fuimos a bordo de la Susana donde por espacio de media hora cantamos y tocamos trozos de óperas con unos amigos de Mr. Thibault, a quienes fuimos presentados por éste. Nuevas botellas de champaña, nuevas hurras.

Una mala noche ... Algo parecido al diablo mundo de (Zorrilla) Espronceda⁸²

Salimos de allí cantando una marcha guerrera. La última estábamos cantando frente al buque de Míster Thibault ya para retirarnos cuando teníamos a nuestro alrededor más de veinte americanos que saltaban y palmoteaban llenos de entusiasmo. Un momento después se apareció Sparrow con cuatro más, y nos llevó a todos a su carpa. La partida era inmensa ya. Llegamos allí y se abrieron seis botellas de champaña, después de los brindis, cumplimientos de toda clase, nos pidieron que cantáramos la Lid Argentina. Al principiar el primer verso, todos los sombreros vinieron al suelo, todos siguieron nuestro ejemplo y no hubo uno que chistase salvo los que sabían la canción y nos ayudaban. En el coro cantaban todos. Al son de los últimos versos de “¡Guerra! ¡Guerra! y muerte ...” silbaron las tapas de otras seis botellas y el brindis general fue por la República Argentina. ¡Dios mío, qué placer!

Serían las dos de la mañana cuando nos retiramos con Cupertino a nuestra carpa. Al llegar, vimos luz todavía en la carpa de las señoras a quienes llamo mis protegidas (porque realmente lo son en todo) y nos llegamos allí de paso. Dios mío, qué espectáculo tan horrible se presentó a nuestra vista. En medio de la carpa, había un cuerpo amortajado. Dos velas, una en la cabeza y otra en los pies despedían una débil luz a causa de cuatro dedos de pavesa que tenía cada una. La hermana mayor de las niñas velaba sentada al lado del cuerpo, mientras las otras tres

⁸² Espronceda, José de, *El diablo mundo*. Madrid, Librería de A. Boix, Hermano y Compañía, 1841.

niñas y la madre yacían al otro lado casi unas sobre otras y completamente vestidas. De cuando en cuando se oía la respiración difícil y pesada de alguna de las que dormían rendidas por el dolor y la vigilia. De vez en cuando, un prolongado suspiro o un sollozo ahogado seguían al estremecimiento de alguna de las niñas y luego quedaba todo en un profundo silencio. Fácil es ya concebir la impresión horrorosa que debió causar en nosotros semejante cuadro, si a esto se agrega nuestra semi bacanal fiesta, que aún no hacía un minuto que acabábamos de dejar ... Después de algunos momentos de silencio, a una pregunta mía, nos respondió la que velaba, “es nuestro hermano que ha muerto esta noche, en vano hemos buscado a Ud. en los últimos momentos, no hemos podido encontrarlo”.

Dios mío, que nueva puñalada para mí ... quién sabe qué auxilio o qué consuelo habría podido prestarles y las he privado de él sin saber, por pasar y dar serenatas, mientras cerca de mi carpa hacía presa la muerte en esos mismos momentos. Nos sentamos un momento, pero qué insolente ñato este Cupertino. Apenas se sentó, se fijó que estaba en la falda de la más bonita de todas a quién contemplaba dormida con una extraña voluptuosidad sin recordar lo que tenía por delante. Luego, al hacerme una seña, puso su mano sobre la boca purísima de la dormida; la que velaba no se curaba de nada, y así siguió este infame muchacho por algunos momentos, haciéndome diferentes señas ... De balde yo le miraba fuerte y le hacía otra seña al lado del cadáver; se reía y seguía travesando. Yo estaba como en ascuas, hasta que me levanté y le dije imperiosamente “vamos Cupertino”.

En esto recordaron la madre, la dormida y todas las otras ... Salimos de allí después de haber hecho cuanto pudimos para consolarlas. Van ya tres hijos que pierde esta infeliz señora. Qué recuerdos va a dejarle esta peregrinación en busca del oro de California.

Stockton. Lunes 9 de julio de 1849. Un paseo por la República Argentina

Cupertino se fue anoche y quedé tan solo como un anacoreta. Se fue de aquí a las ocho cuando la luna principiaba a amanecer. Me puse a estudiar un poco la guitarra como hasta las doce y media, enseguida me acosté a la luz de la luna, y como no dormía, comencé a pensar y recordar fechas buscando coincidencias, como tengo de costumbre. De pronto me acordé que era 8 y víspera del célebre 9 de Julio, glorioso para toda la República Argentina. Qué miles de pensamientos se me agruparon al momento.

Corrí al instante a la República Argentina, volé de provincia en provincia y asistiendo a cada uno de los bailes o tertulias con que celebraban la víspera del 9. Dios mío, qué contento estaba así, soñando despierto. Cómo me extasiaba fijándome en cada una de esas fiestas, contemplando enamorado cada ligero salto de las hermosas jóvenes de mi país; cómo veía flotar como la nieve o como un fantasma aéreo, esos finísimos vestidos de gasa de seda blanco y celeste en recuerdo de aquella primera bandera que flameó libre en la América del Sur. Con qué avidez

oía la trémula voz de algún respetable anciano que con la copa en la mano hacía recordar a los jóvenes de ahora aquella época gloriosa, aquel día inmortal en que se abrió a la República Argentina un porvenir de paz y ventura.

Pero estos sueños poco me duraron. Recordé primero que la República Argentina gemía ahora en vez de cantar sus glorias y que sus hijos huían lejos de ella, y que yo era uno de esos, que en vez de abrazar la cintura de alguna bella paisana en una polka, me encontraba en California, en Stockton, oyendo en vez de cantos nacionales y música de bailes, oía las maldiciones y dicharacheras de mil borrachos en la taberna del Mormón.

¿Y quién se acordará de mí porque es nueve de julio, y que yo escribo acordándome de tantos y tantas? A las doce del día, antes de ponerme a escribir, recibí una carta de Samuel traída por el Capitán de la goleta Golondrina. En fin, gracias a Dios el nueve se ha marcado con algo para mí. La carta de Samuel cubría dos más, una para mí y otra para Cupertino de la Tomasita. Estas son las primeras cuatro letras que recibo de Chile desde que salí. Pero no por esto he dejado de fijarme que la ñanta me escribe en una cuartilla de papel cuatro o seis renglones, en vez de un pliego lleno, que escribe a Cupertino. Este no le ha escrito ni una letra a ella mientras yo les he escrito ya tres o cuatro cartas. Yo las dispense pero este maldito diario tiene la costumbre de no olvidar, ni dispensa nada, y más cruel es con los parientes y amigos que con los extraños.

Martes 10 de julio. Un robo a Saravia

Son las doce del día. El pobre Saravia acaba de salir de mi carpa. Ha venido a avisarme que anoche, mientras los dos estábamos en mi carpa, le han robado de la suya una caja de mercaderías, que tiene 300 o 400 \$. Me dice que tenía adentro cincuenta libras de munición, que seguramente el ladrón la escogió por el peso creyendo que allí estaba el oro, y se engañó el infeliz. La que tenía el oro no está tan pesada según creo.

Esta tarde ha encontrado Saravia su robo, es decir el hombre que le ha robado, y es uno a quién dio alojamiento en su carpa. A estas horas se ha hecho él solo la justicia y le ha tomado un bote con sus remos y vela. Los dos fuimos a dejarlo a bordo del buque de Sparrow. Ya tenemos un bote más liviano ahora para irnos a bañar y tomar leche todos los días. Aquel es el paseo más bonito que darse puede. Además, las que venden la leche son tan bonitas.

Stockton. Miércoles 11 de julio de 1849. Los chilenos expulsados

Samuel me ha escrito diciéndome que acababa de llegar a San Francisco una inmensa cantidad de chilenos expulsados por los americanos de las minas del Sacramento. Me dicen que son

horribles las injusticias que cometen todos los días con chilenos o, en una palabra, con todo el que habla castellano. Yo he sido hoy testigo de una injusticia la más atroz y clamaré al cielo todos los días hasta que caiga la venganza sobre el miserable que tan cruelmente abusa así del poder y la fuerza.

Un mejicano había tratado con un americano para llevarle veinte cargas a flete. Hoy, que debía levantar la carga, no llegó temprano porque se le habían perdido tres mulas y no llegó sino a las diez. Al momento de llegar, el americano hizo embargar la tropa haciendo cargo de mil pesos por el perjuicio. Reclamó el mejicano y el americano dijo que si el juez sentenciaba alguna otra cosa, el mismo le daría un balazo al mejicano. Pero el juez, en vez de oír la justa apelación del otro, sentenció que se quedara con toda la carga el americano y que pagase su valor en término de veinte y cuatro horas. De estas cosas pasan mil al día. Así se vive entre americanos, cuya nación decanta ante el mundo entero su libertad y sus leyes. Si los americanos que hay aquí, que son infinitos, dan el nombre a su patria, con justicia puede decirse que en el mundo no hay una nación más díscola, mas inhumana, más alevosa, más bestial, más fraudulenta y vil y más corrompida en todo lo que puede el hombre corromperse.

Jueves 12 de julio. Pedro Herrera

Acaba de llegar a mi carpa la compañía de Don Pedro Herrera que en días pasados me la recomendó y que pasó a los dos días de llegar. Viene ya de regreso, porque los americanos los han botado a balazos. No les han dado tiempo siquiera para que puedan traer sus equipajes y víveres y proporcionarse caballos. Así es que han llegado aquí de a pie de tres días casi muertos de hambre y de sed; hombres que son delicados porque han tenido fortuna y jóvenes los más de las principales familias de Chile. Llegan todos los días del mismo modo de las minas a hospedarse en mi carpa. Lo mismo todos los que vienen de San Francisco pasando a las minas. Ojalá yo fuera tan feliz que tuviera algunas comodidades para participarles a estos desgraciados y ayudarles en lo que pudiese.

Viernes 13 de julio. ¡Un buen trato eh!

Hoy he mandado al Doctor a las minas ochenta quintales de carga que el sonoreño que me las lleva los ha tomado por sesenta, no por engaño sino después de haber pesado todo. Es uno de los primeros que se consignaron a mí y a quién he servido muchas veces dándole carga al momento de llegar. Lo mismo me ha pasado con el que mandé que lleva también 53 quintales por 42. Es admirable la generosidad con que se han portado estos mejicanos una vez que ha llegado

el turno de corresponder lo que he hecho por ellos. Sólo así se puede economizar alguna cosa sobre gastos tan inmensos como tiene ya la Compañía. Pero por Dios, todavía no puedo yo comprender, para qué me pide el Doctor ciento cuarenta y tantos quintales más de víveres, que con 60 que llevó hacen 205, cuando no tiene necesidad ni de la mitad para pasar allí el invierno con quince hombres que le quedan. Y todavía cuando le pongo yo reparo en mis repetidas cartas sobre unos exorbitantes como ociosos víveres, me contesta diciendo que lleve conmigo todo lo que me queda. Qué haremos si por acaso tenemos que mudarnos con semejante bagaje de ejército. Enteramente, testigo de sus órdenes y operaciones, no pone reparo alguno en ninguna clase de gastos. ¡Que los justifique!

Stockton. Sábado 14 de julio de 1849. Los jóvenes Godoy y Casafus, argentinos

Hoy he recibido una carta de Samuel en que me recomienda a un Señor Casafus, un sujeto que según él dice, es de mucha importancia. Además de sus méritos personales tiene para nosotros la ventaja a su favor de ser paisano nuestro. Ayer, a estas mismas horas, llegaron también a mi carpa dos jóvenes hermanos de apellido Godoy que, viéndolos en San Francisco casi desesperados, los ha patrocinado y mandado hasta aquí recomendados a mí. Me recomienda también a Juan de Dios Sánchez, un joven a quien recuerdo haber conocido en San Juan, pero éste no había venido. Qué recuerdos tan agradables he tenido hoy a propósito de este Juan de Dios Sánchez. Me acuerdo que lo conocí en Zonda en aquel paseo de feliz memoria en compañía de Manuelita.

Pero también he recordado hoy que esta infame ingrata hace en diez y ocho meses que no me ha escrito lo mismo que las demás Herreras. Mientras yo soy tan exacto en mis relaciones, mi diario es testigo de lo infeliz que soy para que me correspondan. Las proposiciones solo que ya se han perdido son muchas y nada puede excusarlas. Ha venido Quiroga de Valparaíso ¿por qué no me han escrito con él? Ha venido mi primo Cupertino, y por fin ha venido hasta California Juan de Dios Sánchez y no tengo de San Juan una sola carta. ¡Ingrata Manuelita! Hoy repasando sus cartas he visto que me engañaba mucho y sin embargo, tienen siempre para mí el mismo aprecio. Tal he sido y tal soy siempre.

Otro recuerdo no menos feliz me ha traído hoy 14 de julio, día de San Buenaventura, patrón de los Colegios. Éste es el día solemne en el año para el colegial, esta es la fecha que más presente está en su memoria, una palabra en este día es el ser más feliz de la creación. Así era yo, ahora cuatro o cinco años. Ay, ya esos tiempos no volverán ... A estas horas estarán en el campo ... Si será a caballo o a pie la corrida, y si será aún el padre Quintana quién comunica su juvenil humor en este día a todos los demás ... Algún día sabré esto ...

Domingo 15 de julio. Llega Samuel de San Francisco

Hoy ha llegado Samuel de San Francisco y me ha presentado un joven Coronel, argentino. Me ha traído Samuel dos cartas, una es de Darío. Bien larga y llena de noticias, como yo necesitaba. ¡Cuánto le agradezco! Esta es la primera carta de Concepción y la primera de Chile que contenga alguna noticia de mi familia. La de Tomasita no son sino cuatro renglones.

La otra carta que he recibido es de San Juan, de Merceditas Herrera. Cabalmente me quejaba ayer del silencio casi absoluto de todos los parientes de San Juan. Pero esta no es más que una carta y yo tengo en San Juan más de veinte personas parientas y amigas, y éstas ni expresiones siquiera me mandan. Benjamina ya ni se acuerda ni de su primo ni de su maestro. Verdad es que él, que le puso la guitarra en la mano, no tiene otro título a su amistad y ese es bien pequeño ... La Manuela del Carril ... ésta ya no chista siquiera. Sé que vienen los Quirogas, hablaré con ellos a ver si ellos me traen cartas, lo mismo que Sánchez. Ojalá viera a éste, más que algo hablaría con él. Samuel me ha dicho que debe llegar de un día para otro.

Lunes 16 de julio

Aún no han vuelto los arrieros que mandé a las Calaveras. Espero noticias de allí para principiar a movernos ya para allá. Ha concluido mi misión aquí y nada tengo ya que hacer. Mucho gusto tengo en ir y ver de una vez el lugar del destierro que va a recibirme por dos años. No conozco sus campos, no obstante el lúgubre nombre de Calaveras tiene ya para mí algo de simpático ese lugar. Sin embargo, tiemblo al separarme de aquí. Cada vez más lejos y más imposible de comunicarme con los míos. Aquí tenía siquiera esperanza de recibir noticias de mi familia por la doble recomendación que tienen mis cartas. Pero allí donde nadie conoce, donde no hay más vivientes que nosotros, ¡quién me llevará cartas de aquí! Horrible cosa es perder el único consuelo que tiene uno en estas alturas.

Stockton. 17 de julio de 1849. ¡San Juan, argentinos!

Hoy a las doce del día llegaron seis jóvenes sanjuaninos y entre ellos, Rojo y Juan de Dios Sánchez. Tuve mucho gusto al ver a este último creyendo que me traía cartas desde San Juan. Ninguna. Ni expresiones. Le pregunté si había estado con los Herrera. Me dijo que sí. Que había ido a despedirse de Manuelita y que ésta no se acordó siquiera de ninguno de nosotros. A la una fuimos a pasar el sol al bosque con Samuel y todos ellos. Más de dos horas me he ocupado allí con Juan Sánchez. De veras son muy ingratas todas ...

Son las dos de la tarde. Acaba de llegar el Doctor de las minas y trae consigo dos arrobas de oro en polvo que han sacado los peones en seis semanas. Según pinta hasta ahora, nos irá bien o mejor que a muchos, y tal vez no sea más lo que debe dar nuestra mina. Peor que fuera, me conformo. Ya estaba antes muy resignado y dispuesto a sobrellevar con paciencia nuestra mala suerte.

Miércoles 18 de julio. A las Calaveras

Mañana debo salir para el placer. Hoy me ocupo de todos mis aprestos. El Doctor pasa mañana a San Francisco. Llegó su lancha allí y quizá venga hasta aquí. Va a emplear todo el dinero en compras de terrenos.

Ayer llegaron los fleteros y hoy se aprontan para volver conmigo. El flete mandado con éstos es de 152 quintales, me ha salido como por 7 \$, 4 reales, mientras se paga en la plaza 15 en mula y 18 en carretas. No ha habido compañía como la nuestra que haya gastado menos, tan grande como es. Gracias a mi residencia en Stockton he tenido cómo hacer cuanto quisiera con los sonoreños y mejicanos.

Acaba de morir otro niño de la señora mejicana y tiene otro que no pasará de dos años que no siga a sus hermanitos. Qué dichosa y desgraciada es al mismo tiempo esta señora.

Jueves 19 de julio. El cólera morbus

No faltaba más que una sola calamidad y esa está ya en camino. ¡El cólera morbus! Hace inmensos estragos en Estados Unidos y en Panamá según dice el vapor que llegó hacen tres días. También han muerto seis a bordo del mismo vapor y aquí y en todas partes tiembla todo el mundo. Qué hacerle, viene de arriba la cosa.

El domingo ha habido en San Francisco una revolución bien formal. Han muerto cuatro chilenos y dos americanos. La causa de la revolución ha sido la que siempre, emborracharse y salir a robar por todas. Dicen que parecía el día final el domingo en la noche. Inmensos estragos, robos, heridas y cuanta clase de bandalaje. Qué hombres, Dios mío. Pero Dios vela por todos y venga a todos los desgraciados. A las mismas horas que morían vilmente atacados cuatro chilenos en San Francisco, a esas mismas horas en que quizá al exhalar su último aliento, clamaban al cielo por su venganza, el domingo en la tarde, decía, luchaban cuatro americanos con las últimas convulsiones de una muerte horrible ... Agonizaban de sed en un inmenso arenal no lejos de aquí. Así han muerto con el rostro hecho pedazos por la desesperación, así vengaba el juez supremo cuatro inocentes víctimas. Al otro día de su muerte, los hallaron

unos mejicanos y chilenos y los dejaron allí mismo donde, ya revoloteaban al aire más de un millón de jotes ...

Viernes 20 de julio

Salí de Stockton a las 11 del día para el placer. Voy acompañado de los jóvenes sanjuaninos, Coronel, mis peones y Mr. Brentan que se me apareció de San Diego hace tres días. Son ahora las dos de la tarde si mi reloj anda bien. Quema el sol de un modo horrible. Se asan los pájaros. No creo que en los desiertos del África queme más el sol. Ahora escribo en mi cartera a la sombra de un hermoso pino que no lo abrazarían tres hombres a un tiempo. Aquí solamente puede soportarse el calor que hace.

Sábado 21 de julio de 1849. En camino a las minas

Anoche alojamos en la mitad del camino y en un hermosísimo paraje cuyas bellezas no he notado sino esta mañana al levantarme porque llegamos de noche. Estábamos a orillas de un brazo del río Calaveras cuyas riberas están de un lado y otro, cubiertas de robles y pinos y en todos ellos se enreda un espeso parrón. No he visto una cosa más bonita; las sombras que dan los parronales son muy deliciosas. Tomé un racimo de agraz y vi que son exactamente las mismas uvas de Chile y Buenos Aires. Sólo hay alguna diferencia en las hojas. Éstas son más redondas y no tienen tantas ondas como las nuestras. Me admiro mucho ver que estando en lo más riguroso del verano, están tan verdes las uvas y que aún haya rosas en todo el camino como si estuviésemos en primavera.

El paraje donde estamos ahora no es menos bonito que aquél. También es un arroyo y tiene sombras muy bonitas. Cuatro franceses nos han alcanzado aquí mientras pasábamos el sol. Vienen de a pie con semejante calor y cargando sus equipajes.

Domingo 22 de julio de 1849. Placer de las Calaveras, cómo entender esto.

¡Qué extraño es el nombre del lugar donde data hoy mi diario! Primero, en California no hay placeres y después, parece una quimera, un absurdo el tal nombre. Placer de las Calaveras. De cuando aquí tienen vida las calaveras y placeres en su sueño de muerte, y en su residencia de miseria y podredumbre, en medio del desengaño de lo que es la vida y en medio de la nada, en

fin. Pero así es California, país de rarezas, de hechos y sucesos nunca oídos, país de transformaciones, país compuesto de todas las razas, país mágico y susceptible de producir otro Quijote que conquiste todo su oro, por fin, país en que se ve todo, es decir hasta calaveras con placer.

Pues bien; ayer llegué aquí a las ocho de la noche. No sé cómo pintar y describir la impresión que me hizo llegar al lugar donde voy a vivir dos años sin otra sociedad que los trabajadores, sin otra distracción que el continuo trabajo sin cambiar de escena o de movimiento ni un día, viviendo siempre la misma vida penosa y sacrificada y sin más consuelo ni esperanza de mejorarla que tocar el término de setecientos y tantos días. Más tiempo que éste, trece años estuvo Rochefort⁸³ en la Bastilla, sin embargo dijo al salir que se le habían pasado como un sueño.

En fin, ya estoy aquí. He encontrado tres peones enfermos y en estos seis que ha faltado el Doctor han sacado mil doscientos pesos. Peor es nada. Ya vendrá el tiempo en que no saquen nada, como todos los demás hijos de Eva que andan por acá. Toda es pura suerte como minas que son las que se trabajan. Cuando menos piensa, se va la veta y no da ni un gramo de oro. Yo también voy a trabajar porque necesito algunas onzas de oro sacadas por mis manos de la tierra para recuerdos ... para un anillo de boda, por ejemplo ... y otras locuras de la laya.

Esta tarde hice mi primer ensayo y la tierra donde lavé las primeras paladas de tierra me han dado muy cerca de un cuarto de onza. Hoy es domingo y no debía haber trabajado, pero Dios sabe que ese oro tiene otro destino que negocio u ambición de riqueza. Es demasiado sagrado el objeto a que está destinado, para que Dios no me perdone el pecado de hacer falta a uno de los diez mandamientos del decálogo repetido en los cinco de la Iglesia. En fin, ya tengo más de lo que necesito para un anillo. Pero necesito más.

Lunes 23 de julio. Enfermos.

Hoy tengo enfermos ya cuatro hombres, entre ellos uno de fiebre. De veras que son tres onzas o cuatro lo menos que se pierde al día con cada uno de estos días en que no trabajan. El oro para mis anillos se aumenta, hoy saqué un poco más que ayer. Ningún poder de este mundo me hará trabajar más cuando yo haya entregado la pequeña cantidad que necesito para mi museo de recuerdos y curiosidades. No puede darse un trabajo más bárbaramente pesado. Tiene uno que trabajar con el agua hasta las rodillas y agachado; de modo que al fin de un cuarto de hora, parece que lo hubiesen quebrado. Los peones han sacado hoy doscientos veinte pesos sólo entre once que han trabajado.

⁸³ Personaje secundario de varias novelas de Alexandre Dumas. En *Veinte años después* pasó cinco años preso en la Bastilla.

Calaveras. Martes 24 de julio de 1849. Escasez de oro.

Hoy tengo un nuevo enfermo de fiebre, uno de los mejores peones que hay en la Compañía. No sé qué tienen, verdad es que vamos pisando ya el mes de agosto, tan célebre por malsano en todas las partes del mundo. O sería que la enfermedad huía antes de aquí porque había un médico.

Las labores de los peones no dan casi ya lo que sin tanto trabajo pueden sacar en otra parte. Esta madrugada salí con unos de los mejores mineros a buscar otras labores en los ríos vecinos. He encontrado un río lindísimo con inmensas alamedas de pinos a las márgenes. Hemos ensayado en varias partes y en todas sale oro, pero muy menudo y poco más o menos como en las mismas labores que queremos. Daría quién sabe qué por encontrar una buena labor donde he estado esta mañana. No puede darse un paraje más poético y delicioso. Ya quisiera yo trasladar toda nuestra habitación allí. Los peones han dado hoy 13 onzas.

Miércoles 25 de julio. Los Moquelemos.

Se ha descubierto una riquísima quebrada en Moquelemos, cinco leguas de aquí.⁸⁴ Pero parece que son los mejicanos quien la descubrieron y sin embargo se han reunido unos doscientos americanos y han botado de allí a fuerza armada y villanamente, como acostumbra, a cuanto chileno, peruano, mejicano, en fin, a cuántos hablan el español. Su encono mayor es con los chilenos, no sé de qué provenga. Todos los días pasan cientos de hombres emigrados de allí. No se dará una tiranía, una arbitrariedad igual a la que ejerce en este país al pueblo libre, republicano, al pueblo jefe, en fin, de la América del sur. Hay algunas compañías de hombres a quienes les han intimado la orden de salir en un cuarto de hora so pena de la vida. Así que han arruinado y botado cuanto tenían para salir de a pie a la ventura.

Sin embargo de todo esto, hoy he mandado yo allí dos hombres mineros con víveres para toda la semana. Van a cargo de Mister Alfredo, un inglés que pasa por americano. Vamos a ver, si los dejan trabajar meteré en seguida otros dos, más tarde tres más, hasta que venga el Doctor y entonces él, a su vez, será otro americano que vaya allí con más hombres.

Jueves 26 de julio. Un entierro

Hoy, mientras asistía a una de las labores de los peones, me llamaron de la carpa con mucha prisa. Era un sirviente de un americano que está establecido a media milla de aquí y que me

⁸⁴ Mokelumne Hill en inglés.

hacía pedir tres hombres para enterrar un americano que acababa de caer muerto en su casa o almacén, que no rehusase mandarlos porque les pagaría por minutos el tiempo que perdieran, y que si no los mandaba, que tuviera cuidado ... Al diablo, dije yo con el empréstito forzoso y con amenazas.

“Dile a tu patrón”, le contesté yo, “que los peones están ocupados y que cuando salgan del trabajo los mandaré sin interés ninguno.” Pasó a la carpa de los Rioseco con la misma demanda y de allí le dieron los tres hombres. El tal muerto era un francés y su cónsul quién hacía semejante demanda. Se ha encontrado allí el cónsul por casualidad, iba de paso para el Estanislao y por casualidad también, han entrado en su bolsillo las tres libras de oro que tenía en los suyos el difunto.

Aún no llegan los peones que mandé a Moquelemos; ya tuvieron tiempo de estar aquí si los hubiesen corrido. Pero quién sabe si lleguen hoy o mañana, que es lo mismo.

Viernes 27 de julio. Perdí mi mujer

Me ha sucedido una fatalidad, quizás una de las más grandes que pudiera esperar aquí. He perdido mi único consuelo, mi distracción, mi querida, en fin. He perdido mi guitarra. Esto es un quiebre para mí, un suceso que hará época en mi diario, una desgracia que lamentaré como la mayor de todas si pierdo, como pienso, la esperanza de remediarla. Se abrió primero la tabla trasera con el calor, y la di a componer al primero que se me ofreció. Éste la puso en la agua para enderezarla y hoy amaneció completamente deshecha, es decir, dividida en 9.999 mil pedazos. Yo he estado como un viudo o, mejor, como un amante que acaba de perder su ilusión con su querida. Dios mío. En los primeros momentos preguntaba de dónde sacar otra, y cómo hacerla llegar aquí aunque se proporcione en San Francisco. En fin, acabo de escribir a Samuel y estoy un poco más conforme ...

Sábado 29 de julio. Espera de Moquelemos

Hoy he esperado casi todo el día a los expedicionarios a Moquelemos. No sé nada de ellos ni sé a qué atribuir su demora. Mal o bien que les fuera, tenían orden de haber llegado ayer.

Al americano que me hacía perder los hombres para enterrar aquel hombre que murió en su carpa, le han robado anoche 2.270 \$. Sospecha que sea un cocinero que tenía en su casa y que se fue ayer. Vino esta tarde a pedirme mi pistola y algunas noticias para mandarlo buscar.

Los peones han sacado en esta semana dos mil y tantos pesos solamente. Verdad que no han trabajado sino nueve o diez. Siguen siempre enfermos los cuatro que cayeron ahora tres días.

Domingo 29 de julio. Lo que se goza en California

Yo no sé qué hacerme con la falta de mi guitarra, no creía, no me figuraba nunca que fuese tan grande la falta que me hacía. No creo ya exagerada la comparación con la falta de una querida. Es más todavía la de mi guitarra. No siempre causa felicidad aquella que siempre da también sus largos ratos de dolor y amargura. Pero mi guitarra no me fastidia nunca. Siempre con ella en mis manos y el libro por delante, hallo algo nuevo, algo en qué deleitarme.

Para que no se me hiciera tan pesada su falta salí hoy con uno de tantos peones que mandé a catear. Siempre es un bonito paseo y algo poético y misterioso andar por lugares vírgenes, es decir por donde no se encuentra todavía ninguna huella humana. Llegamos a un paraje siguiendo siempre el cauce del río y nos detuvimos en una especie de laguna que formaba el río. Mientras ensayaba el peón la tierra de un banco, me recosté yo en una sombra formada por dos peñas muy grandes que figuraban un nicho perfectamente bien hecho. Todo hombre en California lo primero que hace al sentarse en un lugar donde no ha estado nunca, es ponerse a escarbar la tierra y abrir tamaños ojos a ver si sale alguna cosa que se parezca a oro. Esto mismo hice yo. Saqué mi puñal y cavé un hoyo muy pequeño, y al momento vi dos o tres pequeñas fracciones de oro. Le dije al peón que lavase alguna batea de aquella tierra y la primera que ensayó dio como un octavo de onza. “Buena pinta”, dijo el peón. Lavé enseguida yo de mi descubrimiento ocho y diez bateas que me dieron onza y cuarto, poco más o menos. Seguramente dará a los peones dos o tres onzas por día. Lástima que el espacio es muy pequeño. Lo demás del terreno está cubierto de inmensos riscos imposible de moverlos.

De veras que es imponderable la riqueza de California. Que un hombre por juguete lave un poco de tierra y le dé en un momento veinte o treinta pesos, no puede ser sino siendo muy rico el suelo que los da. Falta solamente industria, orden y método en el trabajo. Así no habría una compañía que no hiciera su fortuna.

Son las tres de la tarde. Palabras y punto de comparación me faltan para ponderar cómo debiera el calor que se sufre en este momento. Qué diferencia de temperatura entre este y en el que me hallaba el año pasado. En Concepción también no se soporta el frío sino con la chimenea, o el brasero a los pies. O quizá hace en Concepción uno de esos lindísimos días muy raros en este mes allí; y si es así, cuánta bella pasará hoy por las calles ostentando sus bonitos suecos de charol en un [ilegible] y las blancas capas de pellejos tan bonitas como abrigadoras ... Quizá Mardoqueo, Fabio ... y Darío y Juan pasean también o están reunidos en nuestro cuarto ... Si están allí mi Tatita y Darío ... si estarán allí todos buenos y sanos ... Dios mío, qué recuerdo y pensamiento para un hermano, para un hijo que a estas mismas horas se encuentra lejos de ellos solo en los desiertos, ¡en las entrañas de California!

Calaveras. Lunes 30 de julio 30 1849. Moquelemos

Son las doce del día. Acaban de llegar al fin los hombres que mandé a Moquelemos. Nadie los ha incomodado en su trabajo ni en su pasaje hasta allí. Han trabajado dos días solamente porque se han empleado en buscar labor y han traído seis onzas de oro. Ya tienen su labor abierta y vienen a buscar más víveres y más hombres para la semana presente. Siempre parece que aquel río es un poco más rico que éste, a pesar de que según ellos dicen, les han dejado ya unas pocas partes donde trabajar.

Me dicen que al venir, han contado como 200 mejicanos que iban allí. Sin duda los dejan entrar ya porque está tan rico y a ver si descubren otra cañada que dé pepas de 10 libras de pesos como han dado éstas al principio.

Martes 31 de julio. El verano aquí

Hoy, como todos los días desde que he venido aquí, me levanté antes de amanecer. Ciertamente que las madrugadas de aquí son tan hermosas como calientes e incómodos son los días. Antes de salir el sol, marcharon los cinco hombres que mandé a Moquelemos.

Desde que llegué acá no he tenido la menor noticia de Samuel. Qué será de él y si me tendrá alguna carta llegada por el vapor. Ojalá que mis pronósticos no salgan ciertos y que sean muy pocas las veces que tenga yo como comunicarme con Samuel y mucho menos con mi familia.

Calaveras, miércoles 1 de agosto de 1849. Un mes de menos ya

Gracias a Dios que se acabó otro mes más. Cada semana, cada mes que se pasa aquí, es cómo un peso enorme que se quita de las espaldas a uno. Ya quisiera yo que se pasaran como un sueño los meses que faltan para dos años desde que llegamos aquí. Tanta más alegría experimentaba uno al ver pasarse estos meses, cuanto que son los más calurosos y susceptibles de toda clase de enfermedades. Cómo he sido feliz yo hasta ahora. Ni un dolorcillo de cabeza siquiera desde que llegué a California. Muy ingrato soy pues que no doy gracias a Dios a cada instante. Pero él sabe todo el fuego de respetuoso reconocimiento que arde en mi pecho. Dios sabe muy bien que yo no me olvido jamás de ningún favor, de ninguna gracia que se me hace. Soy esclavo de la persona a quien debo alguna cosa.

Las labores van aquí cada día peor. Todos los hombres que había en estas inmediateces se han ido o se van al Diablo. Nadie saca nada; la compañía de los Riosecos ha sacado hoy 20 pesos entre nueve hombres. O es suerte la que tiene nuestra compañía, o trabajan doble o no sé

yo cómo entender, pero jamás dejan de dar una onza cada uno. Hoy han sacado doce onzas trabajando entre nueve, entre ellos un enfermo.

Jueves 2 de agosto. Porciúncula

Hoy es día 2 de agosto y por consiguiente, día de Porciúncula. Este aniversario tan solemne y esperado en mi país, me trae recuerdos muy grandes y muy frescos todavía en mi memoria. En una palabra, me recuerda toda mi vida de colegial a bordo del Convento y Colegio de Catamarca. Seguro como que yo escribo esto, es que mi mamita se ha confesado hoy y hecho su solemne comunión en San Francisco de Concepción. Estoy también cierto de que mamita ha ofrecido todas sus buenas obras de hoy por sus hijos ... particularmente por los que han muerto ... y por los que están ausentes en California ... Pobre mamita. No tendrá el mundo una mujer que ame más a sus hijos, ni habrá de un polo a otro esposa más fiel, más amante y que más pueda servir de ejemplo. Oh, yo lo digo sin pasión. Dios mío si estuviera ahora cerca de ella para honrarla como merece.

Calaveras. 3 de agosto de 1849. Juan de Dios Sánchez

Ya Sánchez y los demás paisanos se van cansando de trabajar y con razón, puesto que no les va nada bien. Yo sentiría mucho que les siguiera yendo mal porque entonces mudarían de residencia y yo perdería su compañía, que me divierte muchísimo. Tienen su carpa a 12 o 20 pasos de la mía, así es que casi es una sola habitación con la nuestra. En todas las horas que no trabajan Sánchez y Rojo se vienen a mi carpa y nos distraemos con la guitarra horas enteras. Todavía no se nos ha acabado la materia sobre San Juan, a mí particularmente porque cuando no tengo preguntas nuevas que hacerles, les repito las de siempre. “¿Qué es de Manuelita y de Carril?” ¿Qué es de las demás tías, en fin, qué es de todo lo que yo conocí allí? Hoy le preguntaba a Juan de Dios qué se había hecho la única compañera de Manuelita, aquella muchacha a quién si yo me equivocó, le pusimos Perbenta o una cosa parecida. Así me ocupó yo cada momento de una persona que no ha pensado siquiera en mí desde ahora un año.

Nada de Chile

Ninguna noticia tengo de Chile, ni de Samuel, del Dr. Mackay, ni ningún suceso o cosa nueva ha venido a turbar la monotonía en que vivo. Dios quiera que siga la monotonía siempre, más

bien que alguna cosa que me mueva demasiado, es decir alguna mala noticia. En fin, gracias a Dios se pasan los días aquí tranquilamente como un ermitaño, sin que lo agiten a uno más emociones que los anteriores recuerdos de buena o mala vida pasada ... Pero caramba. Hay algunos recuerdos de felicidades ... de glorias pasadas, por ejemplo, que sirven de mayor tormento, como dice una antigua canción y hasta cuyo rastro quisiera uno borrarlo de su memoria. Pero imposible. Cuanto más firme los rechaza, más sostenidamente acometen. Lo que es el descontento en que vive siempre el hombre. Así se cree uno, desgraciado en medio de sus recuerdos que por más fuertes que sean para su memoria, están ya tibios y débiles, así decía que se llama infeliz uno en estas soledades cuando es el más dichoso, y menos expuesto a toda clase de amarguras.

Sábado 4 de agosto. Un día de felices recuerdos

Hoy es día de Santo Domingo de Guzmán, si el almanaque no miente y quizás a estas mismas horas en que yo escribo, las familias Palmas, Ocampos y Navarros celebran en la mesa de mi tío Domingo el día de su santo. Me acuerdo que el año pasado fue este día muy alegre y feliz para nosotros, la Delfina y la Dorotea ... Benditas y felices sean las dos ... hartos recuerdos a la vez felices y amargos me dejan estas amables señoritas, cuyos nombres han campeado siempre juntos entre mí y Mardoqueo, y por consiguiente, en nuestras cartas ... y secretos desahogos ... Pobre Ramón Gil. Dirá quizás Mardoqueo, al recordar ahora aquel pasado ... y yo también digo ahora ... o diré más tarde, pobre Mardoqueo. Y si mi diario, que algunas veces suele ser curioso, me preguntara por qué yo y mi hermano nos compadecemos el uno al otro, cuando él mismo ha sido testigo de mejores días para ambos, le contestaré solo con aquella estrofito de Zorrilla que poco más o menos dice como sigue: más ahí del hombre que fía. En la mujer y en el viento. Que cambian en un momento. De rumbo y de fantasía. Pero dejemos a un lado o para siempre, recuerdos ideales, fantásticos si se quiere, puestos que ya no se asoman a mi memoria, sino como meros fantasmas cuyas formas se disipan como nubes de verano y entremos a lo material, lo puramente positivo, pues que la escena pasa ahora en California. Donde el hombre se deforma, se embrutece, se deja de pensar, y se cura, en fin de toda enfermedad o mala manía.

Aquí debieron haber traído a Don Quijote para quitar el encanto de un Andante Caballero. Aquí es donde uno espera pasar, de un momento a otro, al mundo de la eternidad, y por consiguiente, aquí es donde uno perdona a sus enemigos, hace más todavía, perdona la traición de un amigo ... Así le perdono yo ... Quizás ha sido y será la primera y última amiga que ya ha poseído mis secretos. No he querido a ninguna hermana ni pariente como la he querido a ella ... Le debo, tal vez, los únicos ratos de amargura que he tenido en mi vida ... Sí, tengo conciencia

de que se los debo a la que fue mi amiga ... Se los perdono ... Pero no los olvido porque no tengo costumbre de olvidar ni el bien, ni los agravios que se me han hecho en mi vida.

*Calaveras. Domingo 5 de agosto de 1849. Lo que es en realidad
California*

Cualquiera que diga que ha habido exageración en Chile en las noticias del oro de California, miente precisamente. Hoy ya un tanto aburrido con la escasez de oro en las labores de los peones, salí con un minero a recorrer la costa del río Calaveras que está a una legua de aquí. En cuanto parte hemos dado un barretazo, en tantas otras ha sido lleno de oro el terreno. La diferencia está solamente en que, en unas partes hay muchísimo, y en otras poco; hay lugares fáciles de trabajarse y otros imposibles. Andando siempre por la orilla del río hacia el nacimiento, hemos encontrado lugares lindísimos en toda la expresión de la palabra. Espesos bosquecitos de viña, en forma de parrón donde penetran apenas los rayos del sol, están rodeados de pinos de todos tamaños hasta doscientos pies algunos, tan derechos como tirados a plomo. Así el cuadro de altura cualquiera representa una hermosísima huerta cubiertos sus alrededores de tupidas alamedas a la manera de Chile y de San Juan y Mendoza. Andando como una milla más arriba hemos ensayado en un terreno igual al que acabo de describir y allí, en la sombra, en las raíces mismas de las viñas, se encuentran muy regulares labores, pero de oro muy menudo y un poco difícil de sacarse por las innumerables raíces que se cruzan en la hondura de un pie. Doce cuerdas más arriba se nos cerró enteramente la quebrada por entre medio de la que corre el río, es decir, los dos cerros que la forman se unen mucho en ese lugar de modo que el río forma una especie de estanque profundísimo. Imposible nos fue a nosotros pasar al otro lado a ensayar una cañada que nos parecía muy bonita. Recorriendo así la orilla del río hemos dado con un hermosísimo puente natural digno de recordarlo. Un hermosísimo pino de los que crecen todo lo que es posible que crezcan, había caído quién sabe en qué año de una orilla del río hacia la otra formando tan bien el puente, que se diría que expresamente ha sido hecho. En medio de esos bosquecitos llenos de poesía y de misterioso encanto, he pasado hoy lo más fuerte del sol. Que no pueda uno nunca disfrutar de esas bellezas, a la par de la persona en quien piensa en el momento de encontrarlos, como la única cosa que le falta para ser feliz.

De vuelta aquí he encontrado a Orellana, jefe de la compañía que mandé a Moquelemos. Ha traído libra y media de oro sacada en cuatro días con cuatro hombres. Se les enfermó uno de cinco que eran. No parece que esté eso tan malo, puesto que tengo aquí la prueba de lo contrario. Y sin embargo, llegan de allí todos los días muchas compañías diciendo que nada sacan. Verdad es que el flojo no saca nada en ninguna parte. El oro que me han traído hoy es

mucho más granizado que el que se saca aquí; porque las mayores chispas llegan hasta 10 \$ y $\frac{3}{4}$ de onza.

Lunes 6 de agosto. Malas horas

Las labores han caído tanto que hoy, entre nueve hombres apenas han sacado seis y media onzas. No es tanto lo malo de las labores cuanto la falta de agua para lavar. El arroyo no corre ya hace más de un mes, pero quedaban las lagunas o estanques en medio de la caja y allí lavaban, pero en una semana más ya hasta esos se habrán secado. Hoy lo más que hace el sol, además de quemar tanto hasta impedir el trabajo, seca las aguadas donde se lava el oro. Tengo esperanzas de que en el invierno, en los días que no caiga mucha nieve, se pueden trabajar derritiendo la nieve muchas labores ricas que han quedado vírgenes por falta de agua. Pero quién sabe hasta cuántos pies de altura espesa la nieve y si se podrá siquiera cabalgar y llegar hasta la tierra de las labores. Ya veremos cómo portarnos en este invierno próximo.

Martes 7 de agosto. A Moquelemos

A las seis de la mañana he despachado para Moquelemos cuatro hombres más. Visto es ya que aquí no harán gran cosa y que más bien están perdiendo un tiempo muy precioso. Según las noticias que me ha dado Dn. Máximo Peiro, un sujeto muy serio, sus peones han descubierto una cañada bastante rica a tres leguas de aquí. Me ha convidado como buen paisano a que mande yo también mis peones. Le he recibido al vuelo la oferta, y en este momento he despachado ya dos mineros a que examinen la cañada o vuelvan a avisar si su riqueza es verdadera o no. Entonces me atenderé a los ensayos que hice el domingo mientras se descubre algo mejor.

Calaveras. Miércoles 8 de agosto de 1849. Un aniversario triste

Ninguna noticia tengo de Samuel, por consiguiente mucho menos de cualquier otro. Veinte días ha hoy que sale de Stockton y hasta ahora, como he dicho, ninguna noticia; si esto pasa ahora que todavía hay algún tráfico para los placeres, qué será más tarde, qué será en el invierno. Tiemblo y no quiero ni recordar siquiera que quizá va a pasarse medio año sin que sepa yo si viven o mueren en mi familia. Esto, lo único que a mí entristece y hace mirar mi situación muy penosa. Los trabajos y sufrimientos corporales no entran en mi lista de martirios en California. Caramba, que hay otros más consumidores aún ...

Iba de pensamientos tristes, creo que hoy si mal no me acuerdo es un aniversario lúgubre para nuestra familia. Mi abuela Tomasa, después de haber cumplido heroicamente su misión en este mundo, después de haber tenido la satisfacción de ver diez hijos suyos alta y honradamente colocados en la sociedad, se despedía para la eternidad tres años ha, en este mismo día ocho de agosto. Pobre señora. Tal vez amargó sus últimas horas de agonía con un solo recuerdo ... su último hijo ... su idolatría ... la compañía y consuelo de su vejez ... en fin, como [ilegible] su Benjamín querido o su José ... Bien ese último afecto querido quedaba huérfano ... ¡Pobre Tomasita! Muchas hermanas te quedan y no eres desgraciada. Tienes más ... otros hermanos que te idolatran más que los hijos de tu madre. Felices nosotros si algún día podemos probártelo.

Jueves 9 de agosto. El día de mi partida

Rara vez veo llegar el día sin sentir renovarse las mismas emociones que me causó en Chile el 9 de marzo día de nuestra partida. Solo Dios y yo sabemos lo que pasaba en mí en ese momento. Con que hoy hace cinco meses que partí de Concepción, aún no tengo andada la cuarta parte de lo que tengo que correr en estos mundos. La labor de los peones aquí va cada vez peor. Verdad es que aquí no tengo más que cinco hombres. Los demás andan en otros placeres.

Han venido los Herreras de Stockton y habiendo estado allí con Samuel, no le han avisado que se venían para acá, haciéndonos perder así quién sabe cuánto. ¡Guasos salvajes! Han nacido y han de morir así, no saben qué brutos que son, lo que vale para todo el mundo la comunicación, por esto ellos no avisaron a Samuel. Ya tengo ocasión de hacerlos notar lo que me han perjudicado volviéndoles una por otra. Con esta laya de gentes esto no es venganza, que es solo el modo de hacerlos comprender la gravedad de una falta, haciéndola pasar sobre ellos también a la vez.

Viernes 10 de agosto. Los reptiles de California.

Anoche, a las ocho de la noche, llegaron los dos hombres que mandé a ver la cañada descubierta por los peones de Don Máximo Peiro. Era falso todo. Han buscado ellos durante los días que han faltado aquí, y no han hallado nada más rico que esto. Verdaderamente en estos meses escasean los descubrimientos, como escasean las aguas de los ríos. No veo la hora que llegue el Doctor para marcharme con la mitad de los peones a ver si la suerte me da lo que niega ya el tiempo a todos.

Pocos países deben haber más llenos víboras y animales ponzoñosos. Pocos días ha, matamos una inmensa víbora de cascabel muy cerca de la carpa; antes de ayer matamos otra que

encontramos en la cocina, tenía más de vara y media de largo. Ayer venía de la labor al entrarse el sol y al pasar cerca de unas peñas, a seis pasos de la carpa, casi rocé con el brazo por decir así, la cabeza de una inmensa víbora que al movimiento de sorpresa que hice yo, se metió en la misma rajadura de la peña. Le hice botar agua caliente y salió al momento desesperada y mostrando su agudísima lengua llena de espuma. La matamos al momento, no sin algún trabajo. Tenía muy cerca de dos varas. Ésta es otra epidemia que hay aquí y que a cada instante amenazan la vida de un emigrado, como los yanquis, los indios, la fiebre amarilla, etc. etc. Pero gracias a Dios yo he salvado hasta aquí muy bien de todas estas pestes. Ya me salvé de los yanquis en Stockton y difícilmente me vuelvan a tomar desprevenido.

Calaveras. Sábado 11 de agosto de 1849. Una cascabel de 10 años

Acabo de matar una inmensa víbora de cascabel. Estaba escribiendo cuando vino la Candalaria gritando y diciendo que casi la había mordido un viborón. Cargué la escopeta y fui a ver. En efecto, dormía completamente enroscada bajo de un árbol. Tiré y conseguí matarla sin pegarle al cascabel, que yo quería a todo precio conservarlo. Cuantos caballeros hay en California que tienen una cascabel que guardan con tanto cuidado como una bonita chispa de oro. Diez a once años tiene la que yo he muerto ahora.

Hoy escribí a Samuel y me he quedado con sentimiento de no haber podido escribir a Chile. Mucho tiempo hace ya que no escribo para allá, quizá dos meses y quién sabe cuántos se pasen sin que pueda hacerlo. Si voy en el mes de octubre a San Francisco escribiré de allí.

Y va de aniversarios tristes. Hoy once de agosto murió mi tía Encarnación, cuatro años hacen hoy. Yo no la conocí, pero mi Tatita y demás hermanos me han recomendado mucho su memoria como una persona digna de ser amada de todo el mundo y a quién mi familia particularmente debe mucho. Dios le habrá pagado allá lo que ha hecho por nosotros, en cuanto a mí, conservaré siempre su memoria en mi corazón. El día once murió la primera mujer de mi tío Domingo, y también, día once, murió la segunda ... pobre hermana ... pobre Elisea. También tú sola tienes en mi corazón un día de luto ... tú ruega y vela por tu hermano, ahora que eres dichosa y feliz en el cielo ...

Domingo 12 de agosto. Un primer dolor de cabeza.

¡Qué día tan malo y triste he pasado hoy! A un incómodo dolor de cabeza se me agregó una repentina tristeza, nacida como siempre del recuerdo de mi familia. ¿Quién de repente no sufre cuando piensa y compara su vida pasada a la presente, y cuando está corre en los desiertos

de California? ¿Podrá darse un destino muy cruel, una vida más salvaje y brutal que la que se pasa aquí? ¿Sin patria, sin religión, sin familia, sin sociedad, sin ninguna clase de placer, en fin, disparado del mundo a los 22 años, después de haber crecido y vivido sabiendo al menos lo que siquiera significa cada una de las palabras que aquí hasta van a borrarse ya de mi memoria. ¡Oh! Dios mío, en ti encuentra siempre consuelo todo hombre, pero no hay aquí un templo, un sacerdote, ninguna religión, ni secta ni creencia de ninguna laya ... Hoy es domingo, y sé que es domingo solamente porque los peones no trabajan. Nada de misa ni santificación de fiesta, veinte y dos domingos se han pasado como este. En todas las partes del mundo trabaja el hombre sus días rigurosamente y espera el domingo para descansar, para entregarse a su familia, para cantar y bailar si es joven y loco todavía, y para leer y rezar si es viejo ya. Desgraciado del que vive en California que no es ni viejo, ni joven, y más desgraciado todavía es el que siendo joven ha llegado ya a viejo en lo más temprano y florido de sus años. Para mí son siempre los domingos los días más tristes, los consagro enteramente al recuerdo de mi familia. ¡Ojalá que alguno de ella siquiera se acuerde de mí en este momento!

Lunes 13 de agosto. Nuevas de Moquelemos

Los expedicionarios a Moquelemos no vinieron ayer. No dejo yo de tener un poco de cuidado. Sánchez y Rojo marcharon ayer tarde para allá mismo, y les encargué que me dieran noticia de los peones si algo habrá sucedido. Sánchez marchó a pie llevando al hombro su cama, un par de alforjas y una barreta. ¡Qué vida, Dios mío! ¡Qué sacrificios! Y todo para que alguna ingrata lo bote y desperdicie.

Son las doce del día. Acaba de llegar Orellana y el motivo de su demora ha sido el haber tenido que mudar de campo. Me dice que ha descubierto una labor tan rica como grande, que sacará mucho oro de allí, con tal que los americanos ni sonorenses no se aperciban luego, lo que es tan imposible, como el que yo reciba hoy cartas de Chile. Orellana ha traído dos libras y media de oro, poco más o menos. Quisiera ir yo allí con toda la compañía, pero ¿cómo moverme sin que esté aquí el Doctor? ¿En qué se ocupa tanto tiempo, siendo que hay tanto que atender aquí?

Calaveras. Martes 14 de agosto de 1849. Mando de nuevo a Moquelemos

Esta mañana despaché de nuevo a Orellana para Moquelemos. Este placer es la única esperanza en estos contornos. Aquí ya todo se acabó, verdad es que ya no tengo tampoco sino cuatro hombres que sacan apenas 10 \$ cada uno. Ya quisiera tener en Chile o en mi país unas cuadradas de terreno de estas leguas que tengo aquí que dan 10 \$ por hombre sin ningún trabajo, para

echar cien trabajadores a ver lo que surtía. Dios da bizcocho a quién no tiene muelas. Esperando al Doctor no he querido mandar estos cuatro hombres más y también no he querido quedar del todo solo, y hay riesgo aquí del pescuezo cuando uno tiene oro en su caja; son los americanos o los indios que dan siempre esta clase de golpes en las compañías grandes. Pocas noches ha que a Míster Scollen⁸⁵, todo americano que es, no le han dispensado y le han robado dos mil quinientos pesos. Su carpa no dista de la mía más que una o dos cuadras y mi Compañía es el triple que la suya, así es que no es de descuidarse. Hoy cargué de nuevo mis pistolas e hice también que los peones cargaran sus fusiles. Hay cinco mil pesos en caja, trabajo de un mes de los peones, preciso es que algo les cueste a los que quieran tomárselos.

Calaveras. Miércoles 15 de agosto de 1849. El día de la Asunción en otros años ...

Hoy es un día de fiesta tan solemne como lleno de recuerdos para mí. Y sin embargo de ser este día en que los cristianos celebran la Asunción de María Santísima a los cielos y que la Iglesia lo celebra prohibiendo el trabajo en él, a pesar de todo, se oye el sonido de la máquina, y los azadones, picas y barretas retumbar en los riscos, a los repetidos golpes de los peones, que trabajan con tanta más codicia, cuanto que a cada barretazo ven amarillear el oro. “¿Y por qué trabajan?” preguntaría cualquiera, “porque estamos en California” le respondería yo, “y también porque prefiero a que trabajen”, faltando así a uno de los cinco preceptos de la Iglesia a que, como día de fiesta y ociosos que están, vayan indispensablemente a jugar, embriagarse en medio de indios y americanos, que se reúnen ex profeso y que cometen así mil desórdenes que son imposibles evitarlos una vez embriagados; como es también imposible medir cada uno de sus pasos para sorprenderlos con la botella. El domingo pasado, como a las dos de la mañana vino un americano y un indio con su carcaj lleno de flechas a que uno de los peones les devolviera quinientos pesos, una pistola y un rifle que les había ganado. Y sálvese uno de estos ebrios, así sin hacer bulla y poner en alarma todos los pinos de las quebradas.

Con que va de recuerdos y efemérides. En este día hay en mi país una gran función. Al bajar el sol sale una procesión numerosísima acompañando los andas que llevan a la Virgen. Un gran número de niños de siete, ocho y diez años visten las madres lujosamente y representa cada uno de ellos un ángel, que muy bien causan la ilusión que pretenden, con sus brillantes vestidos, sus alas y rostro casi divino lleno de hermosura e inocencia. Estos ángeles siguen los andas de la Virgen y en cada descanso o parada rodean el sepulcro y se interrumpen sus voces echando

⁸⁵ Para el papel del Juez Scollen en los conflictos entre chilenos y anglo-americanos, ver Purcell, op. cit., pp. 100–113.

cada uno su relación, discursillo o alabanza a la madre de Dios, cuyas palabras o versos han enseñado las madres quince o veinte días antes. Qué hermoso y sublime es esto. Concluida la procesión, cada criada que cuida su ángel va llevándolo de casa en casa por todo el pueblo y el ángel más hermoso, más bien compuesto, ése lleva más que otros un hermoso acompañamiento de muchachos y gente ociosa, o interesada en los dulces y otras cosas que recogen los ángeles sin embargo de ser espíritus puros. Después de sus versos con que saluda el ángel al entrar a cualesquiera casa, le dan su premio casi “obligatorio” y principia después entre la familia el minucioso examen del vestido, de los encajes, las perlas, las hebillas del cinturón, que lució en tal baile su madre, que tiene el vestido más de veinte años, tres meses, nueve días y que el collar que lleva la inocente criatura se lo trajo su marido a su mujer, madre del niño, en el viaje tal, cuando llegaron aquellos cortes cuales, etc. etc. Esto sucede en cada casa donde entra el soldadillo de la guarda de honor de la virgen. Catorce años ha que yo y mi hermana Eloísa sufríamos juntos este riguroso examen. Por dos o tres años fuimos los dos vestidos de ángeles. Qué salto, qué cambio. Ella en el cielo ya, y yo ...

Calaveras. 16 de agosto de 1849. Día de ensayos ...

Hoy ha amanecido un día lindísimo completamente nublado, y anoche ha habido algunos truenos muy fuertes acompañados de repetidos relámpagos, con que todo semejava a una tempestad de verano en mi país. Después de tomar el té, fuimos por modo de paseo con los Rioseco y Coronel a una milla de aquí, a un arroyo o brazo del río Calaveras. Hemos hecho un hermosísimo paseo como se hace donde quiera que se sale aquí. Siempre se encuentran nuevas alamedas de pinos en algunas quebradas recién descubiertas y otras mil maravillas de la naturaleza fecunda en todo aquí. Llegamos a las labores de algunos californios que nos mostraron varias chispas de oro muy curiosas que habían sacado. Entre ellas, había una quizá la más particular que puede darse. Tiene figura de una mano con sus cinco dedos o figura de un ramo, en fin, cosa difícil de creer que sea natural, tan artificial es toda su figura. He hecho cuanto he podido porque me la venda y no he podido conseguir del californio que me la ceda por ningún valor. Me dijo que estaba destinada para la Virgen de su lugar.

Viernes 17 de agosto. Lo que son los truenos aquí

A las cuatro de la mañana me han recordado los truenos de una furiosa tormenta. Que truenos tan fuertes y relámpagos tan horribles. Hasta esta mañana no habían caído todavía

sino algunas gotas de agua tan grandes y pesadas que al caer sobre la carpa sonaban como una piedra. Hasta un poco después que amaneció, todo se ha pasado en truenos de una manera espantosa, tanto más fuertes, cuanto que estamos entre mil cerros que repiten a la vez el estampido. Todo no era sino anuncio de la lluvia que debía seguirles. Ha llovido pues furiosamente como dos horas, con intervalos de 15 y 20 minutos en que ha caído un granizo muy grande.

A esta hora que son las diez ha dejado ya de llover y el sol está radiante y fuerte como siempre. Coronel, cuya marcha no impedía sino la tormenta, acaba de ponerse en marcha, enhorquetado en una yegua flaquísima y tuerta a la que le hemos puesto la Clavileña. Creo que no le aguantará una legua, tan cargada va. En fin, acaba de partir entre los hurras y gritos de sus admiradores y en busca de mejores aventuras el nuevo Don Quijote. Hemos tenido un buen rato, porque él se reía a la par de nosotros viéndose su apostura y completamente retratado al andante caballero Don Quijote.

Sábado 18 de agosto. Nada de nuevo, incertidumbres

Acaban de llegar dos de los peones que mandé el lunes a buscar labores. Han buscado cuatro días y no han encontrado una sola cosa que les alague, o que dé más que aquí. Han traído el producto de ensayos ocho onzas de oro. Distintas clases de oro, uno en polvo, otro en chispas como fundido, otro como engastado en piedra.

Nada de nuevo, ni una noticia. Vuelvo a preguntarme qué era del Dr., qué será de Samuel, y qué será de todo lo que me queda en Chile. En vano me pregunto, no hay quién me responda. Gracias a que en medio de tanto abandono y soledad tengo siquiera mi diario con quien conversar un poco. De repente, no sería extraño que le llegara a cobrar tal afección y cariño como a un ser viviente que pudiera corresponder mis afectos.

Siento que el calor va disminuyendo mucho ya. El agua va ya poniéndose muy fría en las mañanas, lo que quiere decir que la estación cambia, que el mes de agosto está vencido y que, por consiguiente, también el verano. Pero qué verano tan largo he tenido yo este año. Doce meses de calor, o doce meses en que no he sentido el frío del invierno. Tiene esto algo de grande, algo de feo al mismo tiempo, y algo de muy espantoso también porque se parece a la eternidad donde el hombre no goza ya de la naturaleza ni de la variedad misteriosa de sus estaciones. ¿Cómo no encontrar particular haber tomado chuchos y sandías de enero en Chile, y tener después estas mismas frutas tales y tan buenas en el mes de julio en California y ver toda la naturaleza en todo su vigor y brillantes, en el mismo mes en que por veinte años la ha visto uno desnuda y marchita?

Calaveras. Domingo 19 de agosto de 1849. Escribí a Samuel

A las cuatro de la mañana me despertó un enviado de Herrera para Stockton para decirme que se “me ofrecía”. A esas mismas horas escribí a Samuel una carta a la ligera. Siempre le repito lo mismo. Van ya siete cartas con ésta, de ninguna he sabido su paradero, me conformo con que alguna haya llegado a sus manos.

El oro de Orellana

Orellana ha llegado en este momento de Moquelemos; siempre llega a las once o doce del día quejándose de que se asa en el camino. Lo que quiero decir que no es de los que gozan de las madrugadas de California, que es lo más delicioso que tiene. Ha traído cincuenta onzas, trabajo de nueve hombres en seis días. Como pensábamos, miles de hombres se han echado sobre su labor y se la han concluido antes que él gustara nada, según su misma expresión. Con que queda sin labor descubierta para esta semana.

Son las diez de la noche. Ya no se oye el bienaventurado ronquido de algunos peones que duermen a cielo raso desde ahora una hora. Más lejos se oye todavía el murmullo de una conversación muy sostenida y saboreada con el imbécil y torpe gusto del cigarro y alguna botella de aguardiente. Deben ser éstos algunos cuatro o seis peones que se divierten y santifican la noche del domingo a su modo. Por fin llega hasta aquí el sonido lejano y vago de los coyotes que se comunican sus pensamientos con sus gritos diferentes, cuyos aullidos se confunden con el ladrido de Pluto y la Tisú. Muchos seres velamos todavía hasta estas horas, que es mucho hacer aquí. Velo yo a la par de los peones y los coyotes. Ya se ve que no es muy digna sociedad la que me acompaña a velar. ¿Pero no estoy en California? Es muy cierto. Pero también he estado en otras partes, y si la peregrinación a California no nos ha quitado hasta el derecho a los felices recuerdos, ¿por qué no he de recordar yo otros domingos, otras veladas más felices que esta? “El recuerdo de pasadas glorias siempre da mayor lamento”. Pero también es cierto que el emigrado que pena lejos de su patria y sus antiguos goces, siente alivio en su dolor, concentrándose en su angustia misma, como cura el amante la llaga de su corazón, por su mitad pérdida, saboreando una a una las lágrimas que le arranca su recuerdo. Este dolor que consuela así es grande, sublime, inexplicable, e imposible de comprenderse sino por el mismo que lo siente. Quizá a esta misma hora velan también otras mil personas conocidas mías, algunas amigas. Pero qué diferencia de situación. Quizá la música, el baile, y el movimiento de todo un salón las ocupa enteramente, sin dejar en su pensamiento ningún lugar para un recuerdo. Mi diario sabe de qué personas quiero hablar, de Tomasita en Valparaíso. De D. de D. V. en Concepción. No creo ni un momento que jamás se hayan ocupado ninguna de ellas del que cada momento

pienso en ellas a pesar de todo. Para ellas no hay más que el presente. El pasado no deja huella ninguna en el corazón de una mujer, y el porvenir las ciega con su brillante.

¡Conciencia!

Va de coincidencias en apoyo de lo que dije arriba. El 29 de este pasado, mientras nuestro buque luchaba con el horrible noroeste y la densa niebla para no hacerse mil pedazos, a medianoche en los farallones de San Francisco, mientras ninguna persona de las que sufrían ese temporal podían con certeza ver el día 30, mientras que un sobrino le mandaba a su tía a Valparaíso mil abrazos, mil adioses, esa tía ostentaba en el teatro de Valparaíso toda su elegancia, sin que pase, estoy seguro, ni un momento por su memoria, el recuerdo de sus sobrinos. Lo que son las coincidencias ... Al otro día 30 nosotros fundábamos en San Francisco a las dos de la tarde. Y a esa misma hora, salía de Valparaíso el Anaraquen, trayendo a su bordo a Isaac Coronel, quien venía en busca de nosotros.

Calaveras. Lunes 20 de agosto de 1849

Salimos hoy con Milnes a cazar y no hemos encontrado nada a qué tirar. Cuando aquí no se cazan coyotes, venados, liebres u osos, no hay ya que esperar encontrar aves.

Hoy he vuelto a escribir a Samuel por un americano que va a [ilegible] a su misma casa. Es preciso no perder jamás ninguna proposición. Sería un crimen aquí, donde no las hay sino por casualidad. Por momentos espero que lleguen los Henesey para que me den alguna noticia. No extrañaría que se vinieran otra vez de Stockton sin avisar a Samuel, a pesar de estar allí con él.

Martes 21 de agosto. Salí con la mía

Ya aquí nos queda agua para beber apenas, y no muy mala. Los cuatro peones que solamente tengo para mi resguardo y el del oro rara vez sacan más de media onza cada uno. Trabajan por no estar ociosos y nada más.

El californio que se sacó el otro día aquella hermosísima chispa que tanto se la envidié y que no me la quiso vender por nada de esta vida, acaba de salir de mi carpa. Ha venido a regalarme esa misma cosa que no quiso venderme. Lo de balde cuesta caro. Él necesitaba muchas cosas y entre éstas se aficionó de mi puñal escocés. Naturalmente como debía hacerlo, se lo regalé. Antes que él me regalara la chispa yo ya la había destinado, y por lo mismo de un modo y de otro, debía venir a mis manos. Vino pues y siempre será desde ahora para ...

Miércoles 22 de agosto. Noticias de Chile

Gracias a Dios que por la primera vez tengo noticias de Samuel. Ha llegado esta mañana el compañero de los Herrera y me ha traído una larga carta de Samuel. Me incluye la única que ha recibido de Chile, y esa única es siempre de Darío que cuida de nosotros como si él solo fuese nuestro hermano. Qué placer he tenido hoy. Sé por la carta de Darío cuanto me interesa saber de Concepción. Nuestros viejos están buenos y toda la familia lo mismo. Cómo le agradezco a Darío esta carta. ¡Oh! yo se la corresponderé, yo le escribiré dos por una. Mardoqueo vino a Valparaíso con su S. Juanita, Delfina, Ursa, Avelina, y mi S. Pepita. El bribón de [ilegible] estaba en Concepción y Zabio, que acababa de llegar de Chillán, había estado en su cuarto a quejarse de aquel mismo cuento que ya tratamos de arreglarlo yo y él en Chillán en enero. Concepción estaba hecha un Panteón. He aquí las noticias de nuestro querido Nino de Concepción.

¡Dos ahorcados!

En Stockton se han ahorcado dos americanos en días pasados y a otro mutilado en Moqueleamos en los mismos días. Antes de ayer han ahorcado a otro en la mañana. Ya en San Francisco y Stockton y en los placeres mismos está todo más arreglado. En Stockton hay rigidísimo juri establecido y no se deja impune el más pequeño crimen, se castiga rigurosamente. La fuerza con que el juri hace respetar se compone de los mismos comerciantes. Ellos prenden a los criminales, los guardan y al juri hacen de verdugos y sepultureros. El juri a votación ordena el que ha de servir de verdugo porque nadie quiere serlo ni pagado. Una de estas horrosas elecciones recayó una vez sobre el hombre más honrado de Stockton, Míster Sparrow, compañero de negocios de Samuel y el infeliz hombre tuvo que correr como un loco buscando quién, por una buena suma, lo reemplazara. Doscientos pesos le costó el encontrarlo, pero habría dado mil o se habría muerto antes de hacerlo. He aquí las noticias de Stockton. Samuel dice que tiene muchas esperanzas de su negocio.

Jueves 23 de agosto. ¡Los de fraque!

Ayer muy al alba regresó el conductor de la carta de Samuel a quien volví a escribir. Espero que a mediados de la otra semana tendré otra vez noticias tuyas. Llega cada día más emigración por mar y tierra. Todos los días entran 2 o 3 buques americanos atestados de pasajeros y son más aun los que llegan por tierra. Más de cuarenta mil americanos han llegado por tierra y en carros en días pasados al Placer del Barro y Placer Seco. Se encuentran en todos los caminos

partidas de 20, hasta 100 hombres perfectamente vestidos marchando con su mochila al hombro, sus armas y sus paraguas de seda o parasol con que parecen todos ellos una caravana de africanos o una procesión en día de lluvia. Todavía se vacía sobre California la emigración chilena. ¡Infelices!

Calaveras. 24 de agosto de 1849. ¡Alguna bribonería!

Son las diez de la noche en que acaban de llegar dos hombres que mandé a San Antonio⁸⁶. Dicen que hay oro pero ellos no han traído nada, porque se han pasado cuatro días en ensayar y buscar labores. Y después de todo, yo creo que estos bribones se lo han pasado en fandangos y velorios. Porque vienen contando muchas muertes de mejicanos y chilenos que no tenían siquiera quién los velase y enterrase después. Dos horas dicen que hace que han dejado un sonoreño y un chileno muertos a la luz de la luna y sin tener quién les haga lo humano, como ellos dicen. Vienen consternados y con mucha razón que tantos seres desgraciados esperan a esos infelices en quien tienen puesta toda su esperanza.

Los peones tienen historia para toda la noche con los recién llegados. No les falta nunca en qué entretenerse a ellos. Mientras que yo, por fuerza, tengo que buscar el sueño para olvidar durmiendo cuanta tristeza abrumba mi corazón. Más de un hombre de bien se ha hecho borracho para ser feliz siquiera unas cuantas horas, aquéllas en que el licor, entorpeciendo sus sentidos, quita de su memoria todo el pasado y el porvenir. Así olvidaba Martín las angustias de un amor mentido, de una fe violada y por último, la hermosa imagen que causaba su desgracia a los 20 años. ¡Siempre las mujeres!

Sábado 25 de agosto. ¡Los cuentos de los peones!

Serían las once y media cuando me acosté anoche y entre sueños me acuerdo haber oído la conversación de los peones. Contaba uno de los viajeros que el día que llegaron a San Antonio, una partida como de 20 indios se habían robado del campo de los chilenos todos los caballos, inclusive los suyos. Que al momento, ellos y diez hombres más salieron con sus armas en persecución de ellos llenando el campo de gritos de alegría como si fuese una partida de caza en la que andaban más bien que en persecución de hombres. Dicen que tanto ellos como los indios se disparaban tiros y flechas de una distancia de dónde jamás podían alcanzar a tocarse, pero que en cada una de estas pasadas dejaban uno o dos caballos; que los primeros en salvarse fueron

⁸⁶ Se trataba de un placer sobre el arroyo de San Antonio.

los suyos (no lo dudo porque sin duda eran los más flacos). Que al pie de un cerro dejaron todos los caballos y entonces siguieron persiguiéndolos a caballo. Que una vez que los tuvieron ya tan cerca que no dudaban de tomarlos, prendieron fuego al pasto y que al momento, gruesas nubes de humo hicieron que ellos los perdiesen de vista.

No sé si la historia se acabó aquí, y si fui yo el que me dormí antes de oír el desenlace. Lo cierto es que no se más. Doy gracias a Dios de que no hayan tomado ninguno. Para estos infelices no hay aquí ceremonia ninguna. Apenas los toman, los ahorcan como a cualesquiera animal. Son muchos los que se han ahorcado ya en estos placeres.

Domingo 26 de agosto. Los castigos de California

Las doce del día. Jugábamos un dominó con Tomás [Rioseco] cuando llegó Orellana. Siempre tiene algo funesto que contar. A un irlandés acusado por el jurí de ladrón le pusieron a escoger de tres penas la que quisiese escoger. La horca, quinientos azotes, o marca de ladrón y mutilación de orejas. El reo eligió los azotes, pero no alcanzando a sufrir ni cincuenta sin estar ya despedazado, pidió la horca como último favor. Pero fuera comparación mal entendida o doble crueldad, en vez de acordarle lo que pedía, lo condenaron a la de marca y mutilación. El que hizo de verdugo sin duda no era un buen cirujano, porque hizo sufrir mucho al infeliz. Le cortó la primera ojera de dos o tres tajos bañándose él y el reo con la sangre de éste. No fue sin embargo menos bárbaro con la segunda a pesar de los lastimeros ayes del paciente. Bañado así en su sangre de pies a cabeza, sin poder contenerla, sufrió el infeliz la indeleble marca que lo señalaba ladrón por toda su vida. Seguro estoy de que en ninguna parte hay juzgado más recto y severo que el de California, se diría que es el nuevo Areópago de Atenas.

Orellana ha traído hoy cuatro libras y media de oro, trabajo de nueve hombres en cinco o seis días. Ha traído algunas piedras completamente cubiertas de oro. Me dice que es muy probable que la labor que van siguiendo vaya a dar a una veta muy rica en el cerro. Ya quisiera que fuera cierto para no desear otra cosa en California.

Calaveras. Lunes 27 de agosto de 1849. ¡Que hermoso baño y que semejante a Zonda!

Seis u ocho días hace que nos bañamos todos los días en el río Calaveras. Ya se sabe lo hermoso y pintoresco que es este río. Así es que todos los días he gozado de mucho placer al ir allí a bañarnos. El lugar del baño dista de aquí 10 o 12 cuadradas, que son enteramente nada para lo agradable que es el camino hasta allí. Millones de pesos daría cualquier pueblo por tener a sus

orillas un río semejante y en sus jardines y alamedas, los pinos elevadísimos y diversidad de flores que pueblan las orillas del Calaveras. Aquí mismo donde abundan estos paisajes incomparables en vegetación, es de un gran poesía este río; en cuanto mayor razón no lo sería en los arrabales de un pueblo. Para los paseos, por ejemplo, pero el emigrado en California no puede gozar de un completo placer puesto que no tiene del brazo su querida, siempre goza uno a medias cuando el bello sexo no acaba de adornar una situación semejante.

Casi a un tiempo he recibido la noticia de la muerte de dos jóvenes que vinieron conmigo a bordo de la barca Carmen. El uno es Ramos, joven de Concepción. Venía éste a bordo de la Natalia para Stockton y varó el buque más acá de Venecia. Allí mismo vi yo el buque al pasar para Stockton, porque nuestro bergantín pasó raspando el buque por estribor. Pues bien, hacían pocos momentos que el infeliz Ramos se había ahogado. Se le puso en la cabeza bañarse allí mismo atendido a que nadaba bien, y la primera vez que bajó al agua no volvió a parecer más, ni se encontró después su cuerpo, por más que lo buscaron. Este joven era recién casado en Concepción y ambos esposos se idolatraban. El otro joven es un tal Hermosilla. Vino a Stockton ahora quince o veinte días y fue a bañarse donde yo mismo me he bañado por espacio de un mes. Él, cuando le dijeron que la laguna era profundísima, contestó que había un árbol cuyas raíces se entraban hasta cuatro o cinco varas dentro del agua, que allí no había peligro ninguno puesto que yo había tenido allí mi baño mucho tiempo. Fue acompañado de Samuel y otros varios, según dicen. Entró al baño y en vez de tomarse de las raíces del árbol para poderse bañar en sosiego, se fue derecho a la profundidad, se perdió y no volvió a asomar más. Fue necesario echar dos buzos a quienes les costó muchísimo encontrarlo, pero hacía ya más de dos horas que se había ahogado. ¡Dios mío! Y yo que, sin cuidado ninguno, me he bañado allí tantísimas veces, ¡lo que es el destino!

Martes 28 de agosto. Mi prima y discípula Benjamina

Hoy es día de San Agustín, por consiguiente, deben celebrarse todos los que llevan este nombre. Un tío tengo en San Juan con este nombre a quién debo inmensos favores. Más títulos que los que he dicho tiene para mi aprecio. Él es el esposo de Benjamina, mi prima, mi discípula, y dueña de mi primer amor. Mucho tiempo, muchos años hace que lo sabía mi diario. Cierto es, ha sido mi primer y verdadero amor en ese tiempo, en esa edad en que uno está apasionado y no sabe aún qué ama; en esa dichosa edad, en que se ama con toda la sinceridad y pureza de un corazón virgen todavía. Así amaba yo a mi prima sin decírselo, sin pedirle, sin esperar nada de ella. ¿Lo ignorará ella acaso? Imposible. ¿Y me amaría ella entonces? No sé. Pobre Benjamina. Si conservará ella algún recuerdo de mí, en medio del ruido que quizá agita hoy toda su familia, si pensará que desde el fondo de California le dirige un ser olvidado todos sus pensamientos.

Estas gotas de mi sangre, que han caído mientras escribía y pensaba en ella, son testigos de todo lo que pasa en mí en este momento, esta sangre no tiene mancha todavía y se puede jurar por ella.

Son las once y media de la noche; la noche está hermosísima. Brilla la luna como nunca. Qué hará Benjamina a estas horas. Tantas veces que hemos paseado en San Juan con la luna, teniendo yo del brazo en los nacimientos de diciembre, por ejemplo. Qué lejos estaba yo de pensar entonces que el tiempo nos pondría tan distantes. Quizás baila ella ahora.

Calaveras. 29 de agosto de 1849. El Doctor en Monterrey

Acabo de saber en este momento por carta de Bauz que el Doctor Mackay se ha ido a Monterrey. No sé el objeto ni el tiempo porque ha ido allí. Cuando mi situación es más apurada, es cuando más alarga él su viaje. Mil cosas en que debemos resolver los dos se me ocurren a cada momento. Su presencia o la mía en Moquelemon, tan necesaria antes de ahora, ha llegado a ser indispensable ya desde la semana pasada por las dificultades con que tropiezan a cada momento los peones y en que precisamente es necesario que intervenga la resolución del patrón. Por ejemplo, debían esta semana los peones haber cortado el río para trabajar en medio de él, seguros de una gran ganancia y he ordenado que no lo hagan por no estar allí ninguno de nosotros que consiga del alcalde el derecho exclusivo en la parte que se seque del río.

Más qué felicidad es que los peones abandonados a ellos mismos no se roben todo el oro y hagan lo que mejor les parezca. ¿Y qué diablos hago yo solo, cuando apenas basto para cuidar el oro de la Compañía? Si los galgos supieran que mi caja encierra algunas libras más de una arroba, quién sabe qué harían. Ya comprendo el viaje del Doctor. Su lancha ha llegado allí algo desmantelada y fue a ver el modo de repararla.

Jueves 30 de agosto. El día de Santa Rosa de Lima

No sabía yo porque había amanecido tan triste esta mañana. Míster Milnes me preguntaba en el almuerzo porque estaba tan triste y pensativo. Le dije que no sabía. Pero tomé el almanaque y supe al momento cual era la causa de mi tristeza. Hoy es día de Santa Rosa de Lima y día de mi mamita. Tantos años que he visto llegar este día como uno de los más felices de mi vida. Cuánto placer y ruido de fiesta había en nuestra casa de Catamarca. Allí he visto en este día reunir todo el pueblo y saludar a mi mamita con brillantes y entusiastas brindis después de un vals o una contradanza. El 30 de agosto de 1845 fui el último que pasé en Catamarca y ya fue muy triste para todos nosotros. En la noche del 30 llegué yo de nuestra hacienda con Don

Antonio Herrera y llevaba la tropa de mulas y peones que debían servir a la familia para su viaje a Chile. Mamita, Elisea y algunos parientes que había allí no pudieron verme llegar allí, con ese aparato de expatriación sin prorrumpir en sollozos como si cada uno presintiera algo de malo ... ¡Oh! no eran sino muy justos esos tristes pensamientos. Elisea lloraba más que todas y era porque su corazón le decía que después de haber vivido la mitad de su vida en un claustro, y la otra mitad sin pasar de los umbrales de la puerta de su casa, debía peregrinar hasta Chile, abrazar a sus hermanos y morir a los 18 años, después de ir a buscar el descanso y la felicidad en el amor de su padre y hermanos. Pobre Elisea. ¿Y mi mamita? ¿Es feliz acaso en medio de la abundancia que la rodea y de su familia que la idolatra? ¿El recuerdo de su patria y de su hija muerta no la ha agobiado y entristecido hasta quebrantar su salud de fierro? Hoy mismo sabe acaso si sus dos hijos en California mendigan pan o viven siquiera. ¿Están siquiera con ella sus otros dos hijos y su esposo? No. Vive sola sin otra compañía que dos niñas que lloran como ella la dispersión de su familia. ¡Oh! ¡Dios mío! Y no he de estar triste así con tanta dicha pasada, con tanto luto y recuerdo triste presente.

Dios mío. Eres tan grande y tan poderoso, tan justo y tan bueno con tus criaturas. Consuela a la más fiel de las esposas, a la mejor de las madres. Que la vean sus hijos, y que vea ella también lo que tanto le ha costado, que el fin de sus días sea sereno y tranquilo, que viva feliz lo que le resta con el cariño de su esposo y las caricias de sus hijos que tanto le deben.

En mis momentos de tristeza he compuesto un Vals, que se lo he dedicado a mamita titulólo “Su recuerdo en California”. No será quizás bonito, pero es triste.

Calaveras. Viernes 31 de agosto de 1849. Mi día en California y las cosas que lo marcan

Anoche volvía del baño con Míster Milnes rogando a Dios por tener alguna noticia de Samuel antes que concluyera el día 30, creyendo saber en su carta algo de Chile. En esto venía pensando yo solo dos o tres cuerdas antes de llegar a mi carpa cuando me afrentó un hombre preguntándome por la carpa del Señor Navarro. Le dije que yo era y no tardé en ver ya en sus manos un sobre para mí, quizás antes que me lo mostrara. La carta es de Samuel, mandándome de Stockton algunas cosas que le pedía. Nada sabe de Chile sino que tiene cartas en poder de Cupertino que está en San Francisco. Me ha mandado también mi viejo peón Román.

Hoy es día de mi Tatita que se llama Ramón y también debe ser mío pues que llevo su nombre. Sin embargo de que nada ha habido de nuevo, excepto la carta de Samuel, hoy he estado más contento que ayer. Quizás es cierto el antiguo adagio español “tras del pensar viene el consuelo”. Justamente yo merecía hoy algún consuelo porque ayer tuve algo más que tristeza ¿Y qué hay de nuevo hoy en el día de mi santo? Nada, nada. Monotonía como siempre, ni un

saludo, ni un amigo ... ni una tarjeta ... A propósito de tarjetas, me acuerdo que el año pasado, en otras muchas, hubo una que valió el doble que todas las otras tantas. La Doña me mandó una por medio de la Raquel. ¡Qué placer! ... y qué tristeza al mismo tiempo, quién será ahora el que la ocupa, el que le arranca una tarjeta como yo. No recordemos más estas cosas pasadas, la tarjeta queda para figurar cuando el caso llegue.

También ha marcado hoy mi día la exacta circunstanciada noticia que he tenido por un catamarqueño, de San Juan, La Rioja y Catamarca, pueblos que ha tocado hasta llegar aquí. He hablado con él todo el día, pocos días he tenido tan agradables como éste en que he sabido cuanto por menos ignoraba desde ahora cinco o seis años de ausencia. Todavía me queda hoy y mañana para hablar con él.

Dios mío, desde donde vienen los hombres tras el mentido ruido de una súbita fortuna. Le he preguntado de todos mis discípulos uno por uno, y de mis amigos religiosos y escolares. De todos he tenido noticia excepto de Martínez, qué será de él, dónde habrá ido a parar.

Calaveras. Sábado 1 de septiembre de 1849. ¡San Gil!

Todavía otro día mío. Hoy es día de San Gil Abad y aunque yo no soy ni santo ni abad, el día es mío. Y quién sabe si después, más tarde, me dan ganas de hacerme abad y en seguida santo. Nadie ha nacido santo y este California es muy a propósito para hacerse un Santo Mártir.

Hoy ha llegado Camaño con Alfredo de Moqueleamos. El primero viene decidido a marcharse a Chile por que está enfermo y teme dejar aquí sus huesos. Aunque yo soy de opinión que una vez que salvó en San Francisco, cuando el asunto de la lancha perdida, no morirá nunca aquí.

Están habiendo algunas enfermedades y de un carácter desconocido. Principian los trabajadores por hincharse en los pies. De allí la hinchazón sigue a las piernas hasta que revientan por varias partes y se vuelve todo una llaga sin que puedan mejorar con nada. Así siguen hasta que mueren sin que hayan sabido de qué les ha provenido semejante enfermedad. Otros se tullen de un modo horrible hasta el extremo de no poder dar un solo paso. Pero la causa de esto es muy averiguada. No puede resultar otra cosa del asiduo trabajo con el agua hasta la cintura.

Calaveras. Domingo 2 de septiembre de 1849. Un día de caza

Esta mañana fuimos con Míster Alfredo llevando cada uno nuestras escopetas a ver si dábamos caza a una cierva con tres cervatillos que patea como a una legua de aquí. Hemos sido desgraciados en nuestra expedición porque no le hemos encontrado. Más de dos leguas hemos andado hacia el interior hasta encontrar algunas chozas de indios, con piedras, morteros y

otros útiles suyos. Nos volvimos de allí más de cansados que de temer. Al volver, encontramos una sepultura, quién sabe si de indio, americano, chileno, etc. Parece que tenía dos meses.

A mi vuelta encontré aquí a Orellana con cuatro peones enfermos. Uno de fiebre, otro de furiosa disentería, pintaba otro y el último camina tullido a largos pasos. Ruina completa ha habido esta semana en la Compañía. Orellano no ha traído ni seis cientos pesos de toda la semana. Además dice que no tiene esperanza ninguna de las labores actuales y que las que tuvo concluyeron hasta el último de no dar un real por batía. Mal asunto le creo yo al negocio, desde que Moquelemos, que es el único placer que tenía un poco de oro, va también dando en barra lo mínimo que el Estanislao. Ningún otro se descubre hasta ahora. Llego y paro al fin este domingo sin que haya nada más de notable.

Lunes 3 de septiembre. Mi Hospital

Hoy ha amanecido la carpa como un verdadero hospital. Se quejan y piden remedios todos a un tiempo. Y el médico y el Doctor no parece ... qué hago yo que no soy médico. Cierto es que tenemos un botiquín completo pero como ni yo he tomado un remedio en mi vida no conozco ni distingo ninguno. ¿Le habré de dar veneno equivocadamente? ¿Los habré dejar quejarse sin piedad y morir al fin sin darle un calmante o alguna cosa? Algo apurada es mi situación pero prefiero darle agua caliente y arroz al de disentería y baños de agua fría al de fiebre antes que exponerme a dar un veneno en vez de remedio.

Nada sé del Doctor sino que estaba en Monterrey. ¡Santo Dios! van a pasarse todavía quince o veinte días más sin que aparezca. La Compañía tiene ya imperiosa necesidad de un patrón en Moquelemos. ¿Quién me garantiza de que no hacen lo que se les antoja allí? Casi llego a desesperarme solo sin hallar cómo hacerme de dos para atender aquí y allí. Quién sabe si no son miles los que estamos perdiendo con su demora. Los hechos y consecuencias hablarán más tarde más que yo. Veremos cómo se vuelven los cargos.

Martes 4 de septiembre. Mis compañeros que no lo son

Ha marchado otra vez Orellana para Moquelemos. Seguirá sin remedio perdiendo allí el tiempo con sus hombres hasta que podamos sacarlos a otra parte. También marchó con él Román, buen mueble para California. El que es flojo aquí no tiene más remedio que hacerse el enfermo. Él tiene un día terciana, otro de cabeza, jaqueca, dolor de huesos y cuánta enfermedad tiene un diccionario médico. Pero ahí va a aprender un poco cómo se curan esas enfermedades no estando al lado del patrón para pedir azúcar a cada instante para remedio.

Me quedo con sólo los enfermos. Buena guarnición para defender una caja con ocho mil pesos en oro en polvo. Algunos americanos miembros de la Compañía de los Cuarenta, se han puesto en los caminos y parajes desamparados a saltar a los que regresan con oro a Stockton o San Francisco. Dicen que tienen ya cinco o seis víctimas a quienes no han perdonado aun habiéndoles entregado el oro en trueque de su vida. ¡Bandidos y asesinos! ¡Oh! no puedo ocultar en presencia de ellos mismos el odio que tengo contra todos los americanos. Ojalá que yo pudiera, de un modo digno, vengar a todos los oprimidos de ellos. Verían entonces cómo se abusa del poder que la fuerza y el choque entre los pueblos que han conquistado ha podido solo poner en sus manos. En Moquelemos quitan a los chilenos y mejicanos sus labores más ricas sin más que venir con sus rifles en la mano cuatro contra uno. Miserables. A mí habían de venir una vez a quitarme mi labor y espantarme con ruidos como se hace con los pájaros dañinos. Veríamos entonces si a ellos no les entran las balas.

Calaveras. Miércoles 5 de septiembre de 1849. Crisis de los enfermos. Cartas

Siempre siguen peor los enfermos. No tengo esperanza del de disentería porque su mal crece sin que pueda cortarse. El tullido pliega más sus piernas cada día. En fin, el de fiebre va mejorándose algo. Si el doctor no llega luego, quién sabe qué sea de estos infelices sin ningún otro médico siquiera para costearlo de lejos. Dios, que es el último recurso a que se apela, sin embargo de ser el omnipotente, los salvará esta vez para sus familiares. ¡Pobres enfermos, hoy que no tienen aquí ni sus hijos ni su mujer para único consuelo!

Llegó esta tarde el compañero de Míster Milner que partió de aquí con el Doctor. Éste queda en San Francisco y me ha hecho decir de palabras que en quince días más estará aquí. Ha comprado de cuenta de nuestra Compañía seis mil cuerdas de terrenos en Sonoma, muy cerca de Venecia. Aún no sé qué clase de terrenos serán en los que ha empleado. Puede ser que en pocos meses valgan el triple o más y puede ser que no. Ha empleado en ellos diez y seis mil pesos. Ya sabremos a nuestra llegada si es buena o mala compra.

Acabo de recibir un gran paquete de cartas de Samuel que me incluye dos de mi Tatita desde Concepción, fecha 12 de abril y 11 de mayo. Dos de Tomasita fechas en Valparaíso 12 de abril y en Santiago, 23 de mayo. Otra de mi tío Ramón fecha en Valparaíso 30 de junio. Aún no he leído ninguna. Voy a gozar ocupándome en leerlas.

Jueves 6 de septiembre. Un aniversario

Samuel está bueno y ha agregado a su negocio una tropa de mulas que ha comprado en 1.000 pesos en días pasados. Le va bien, según me dice, porque en el primer viaje ha ganado 544 \$ libras.

Dios quiera protegerle y hacerlo feliz. Tiene él más necesidad que yo de ser más pronto rico. Ya va siendo tiempo en que se asiente de una vez.

Hoy es un aniversario grande para mí. Este día forma la primera página de mi diario. Este día nos ha visto salir de Catamarca para Chile, emigrados. En este día nos despedimos de nuestra patria en medio de las lágrimas de nuestros parientes y amigos y emprendimos una peregrinación tan larga como penosa y llena de peligros, sin saber cuántos seríamos de menos en dos o tres años. Solamente puede saber cuánto sufre, el que por última vez corre su vista en despedida de la patria que abandona, uno que como yo, ha salido de la suya del modo más lastimoso. Yo sólo sé lo que es la patria que se abandona, yo que he salido nuevamente de Chile dejando allí mi familia para mendigar en los desiertos de California, el buen modo y asilo de los menos hospitalarios que hay en el mundo, verdad es que no son hijos de California sino conquistadores. Sí, no me olvidaré jamás de nuestra partida y de las personas, parientes y amigas que mostrándose sensibles a nuestra expatriación, fueron a acompañarnos y consolarnos por última vez. Bien hice en apuntarlas en mi diario. Yo seré siempre agradecido a esta última demostración de amistad sincera. Yo las vi llorar a todas y las lágrimas, como tienen algo de santas y sublimes, no se derraman sino cuando el corazón dueño de ellas siente alguna pena.

Viernes 7 de septiembre. Noticias de Chile

Mi Tatita quedaba en Concepción bueno y toda la familia lo mismo. Sus últimos trabajos causados por Urrejola parecían expirar ya quedando triunfante mi Tatita. Pobre viejo. Lo digo con toda la sinceridad de mi alma y con toda la imparcialidad de que puedo revestirme al hablar de él; jamás he encontrado en el mundo un hombre más virtuoso ni más pacífico. Dios lo recompensa. Darío había estado en Concepción desde mucho tiempo antes. Juan seguía en Chiguayante con sus escasas visitas a Concepción. Mardoqueo, según la carta de mi tío Ramón, había vuelto de Valparaíso a Concepción después de haber dejado allí a mi tía Juanita Avelina, Delfina, Urriola, etc.

Gracias a Dios todo marcha bien allí. Mi mamita y demás niñas seguían muy bien, siempre un poco tristes y nada más. Sin embargo, algún pesar me ha traído las cartas de Concepción y ante Dios y los hombres, culpo de ello a Don Juan Galán. Si yo vuelvo a Chile ... ya mi diario me conoce ... le costará muy caro ... haré con él lo que debo.

Calaveras. Sábado 8 de septiembre de 1849. Sánchez y Rojo

Hoy acababa de levantarme de la cama cuando llegó Sánchez acompañado de Rojo desde Moquelemos. Venían tan pálidos y flacos, al parecer, que creí al principio que estaban enfermos.

Pero me dijeron que habían trasnochado y que de ahí provenía tanto desmayo. Vienen en busca de víveres y de un hombre que les lleve su carpa hasta allí. Les he tratado ya con mi amigo mejicano, quiero decir californio, los dos animales que necesitan y se irán mañana. Los pobres se han venido hoy creyendo que era domingo, pero sin pensar han guardado los bribones la fiesta hoy. Vimos el almanaque y por él sabemos que hoy es fiesta de guardar, día de la Natividad de Nuestra Señora.

Los enfermos, el tullido y el de disentería siguen cada día peores. No hallo qué hacerles sino es llorar con ellos su desgracia. Con harto dolor de mi alma creo que los infelices no volverán a ver más su patria. ¡Ah! ¡Doctor! No quisiera cargar yo con los pesados cargos que le hagan a él la familia de estos infelices.

El californio que me regaló en vez pasada aquella chispa de oro tan codiciado, acaba de irse de mi carpa. Vino a pedirme una escopeta para matar un oso que ha venido ya tres noches seguidas hasta su carpa. Me dice que está cebado ya y que teme que el maldito les juegue alguna mano. Le he prestado la escopeta cargada y ha quedado en avisarme mañana muy temprano si acaso lo caza. Ya veremos si mi californio es capaz de algo.

Domingo 9 de septiembre. La caza de un oso muy feroz

A las cinco de la mañana estuvo en mi carpa un enviado de mi californio a entregarme la escopeta y avisarme que el oso estaba muerto y que fuese a verlo siquiera. Como la mañana ha amanecido un poco fresca, emprendí al momento la marcha para allá, como por medio de ejercicio. Fui acompañado de Camaño, que parte hoy para Chile y que no quiere irse sin conocer el oso.

Estamos de vuelta y de veras que el tal animal merece la pena de verse. Tendrá de largo dos varas sobre $\frac{3}{4}$ de grueso. Las patas y manos son en forma casi iguales a las de un hombre, al menos hacen el mismo rastro. Pero de cada una de las manos del oso saldrá una media docena de las de un hombre regular. No he visto una cosa más monstruosa que el grueso de los puños y patas de este animal. Así deben ser para que despedacen un caballo de un manazo. La cabeza y el pescuezo pueden muy bien compararse con los de un ternero o toro de tres años. Los ojos y las orejas, demasiado pequeños en proporción. La boca y hocico semejantes a los del chanchito. El color es negro barroso y el pelo alto de dos o tres dedos y un poco cerdoso como el del chanchito. El maldito californio tenía más corazoncito que el que yo le daba. Me ha prometido sacar el cuero con la mayor prolijidad para regalármelo.

Camaño ha partido hoy para Chile. Anoche he escrito hasta las once o doce fuera de lo que tenía escrito desde ahora tres días. He escrito cartas de dos pliegos las más. A mi Tatita, a Mar-doqueo, a Dn. Ignacio, a Darío y Juan, a mamita, a Tomasita, a mi Tío Ramón y Samuel. No son ellos tan exactos como yo para escribir ...

Lunes 10 de septiembre. Siempre los enfermos

La epidemia sigue en la Compañía. Ninguna mejoría en los enfermos que empeoran sin otro remedio que el dejarse morir, porque tanto valen los remedios que ellos mismos se aplican. De los otros sanó ya uno y lo mandé a que vaya a convalecer a Moquelemos. En cuanto al trabajo, parece que las labores se han enfermado del mismo modo porque van de mal en peor. Poco más de quinientos pesos fue lo único que trajo ayer Orellana. Ya van dos semanas que merma por mitad el trabajo en el oro. Ya no hay esperanzas, según él me dice, que mejore la suerte, porque ya no hay dónde abrir labores vírgenes, todo está cobijado de hombres. Entran miles cada día.

Me dice mi californio que tres osos el doble más grande que los otros, de los que ha muerto uno, han bajado anoche hasta su carpa a diez o doce pasos de distancia. También se ha oído los bramidos de algún otro muy cerca de aquí, y temo mucho que a mi carpa, con mucha más razón, le tomen el doble afición por tener más víveres aquí. ¡Bonita cosa sería que también los osos nos hagan velar de noche!

Calaveras. Martes 11 de septiembre de 1849. Los americanos

Hoy han llegado a mi carpa más de veinte americanos. Me han incomodado toda la mañana con sus repetidas preguntas y yo, que no estoy que digamos, muy corriente en el inglés, me he aburrido y cansado a la vez de tanto estudio y cuidado para responderles a todo satisfactoriamente. La mayor parte de ellos han estado en Talcahuano y Valparaíso a la venida y hablaban muy bien de aquellos puertos y sus habitantes. Ninguno de ellos habla una sola palabra en español y sin embargo dicen que han sido muy bien recibidos en Valparaíso. Les he dicho que Murphys Diggins es el mejor placer y allí se van. Todos andan con su rifle al hombro y su par de pistolas de seis tiros a la cintura. Al fin me libré de ellos, Dios les lleva con viento en popa.

Ha hecho tanto frío hoy en la madrugada, y hasta ha salido el sol que he creído que el invierno está entrando. Ya no hace calor, al menos se siente muy poco, y en la noche es necesario agregarse un poco más de ropa para no tener frío. Voy a hacer plantar nuevos atajos a los lados de mi carpa y llenarlos de ramas, el Nordeste por la noche entra por donde quiere, más frío que el hielo mismo. No me gustaría mucho atrapar una enfermedad en este desierto.

Miércoles 12 de septiembre. Presagios de invierno

El día de hoy ha amanecido nublado y soplando un sudeste muy pesado. Ahora ha cambiado en nordeste pero el aire es tan frío que me ha sido preciso plantarme mi chaqueta de invierno.

Pareciera que quisiera caer nieve ya, y que el invierno se adelantase dos o tres meses. De todos modos me acomoda más bien el tiempo frío que el excesivo calor que hemos sufrido en el mes anterior. Todas las tarde, al entrarse el sol, se levanta una niebla muy fría y espesa. Apenas se alcanzan a ver las copas de los pinos que sobresalen de la niebla. Esto es de veras muy bonito, parece que la niebla no se levantara sino a dos o tres varas del suelo, porque por más espesa que sea, jamás alcanza a cubrir las copas de los pinos y de los robles más altos. Es muy poético ver como dominan la niebla y sacan de la oscuridad su medio cuerpo como inmensos gigantes, cuando los demás árboles quedan envueltos en el vapor.

Míster Alfredo y Coronel acaban de llegar de una legua de aquí, donde trabajan. Tenían intenciones de haber desafiado esta noche el mal tiempo, pero han oído bramar dos o tres osos a una cuadra de distancia y aún han visto a uno acercarse demasiado; no se han animado a pasar allí la noche y han venido a alojarse aquí.

Jueves 13 de septiembre. Cargos de conciencia para alguien

Siguen siempre peor los enfermos. Todos los días les prometo que el Doctor llegará en la tarde y que quedarán sanos luego. Que sufran un poco más por la última vez, les decía ayer, cuando me echaban en cara que el Doctor no llegaría sino a enterrarlos. Verdaderamente temo preguntarles como han amanecido después de haberme burlado de la esperanza de estos esperando ver llegar al Dr. aun a medianoche. En medio de su dolor dicen que el Dr. ha temido pasar aquí los peligrosos meses de agosto y julio y que los ha dejado desamparados salvándose él lejos del peligro. ¡Qué habría sido de mí si Dios no se hubiese compadecido de mi situación y hubiese entrado una epidemia, una peste, en la Compañía! ¡Dios mío! De que peligrosos y horribles cosas me has salvado. Tiemblo todavía que de Moquelemos vengan algunos peones enfermos a llorarme a mí su desgracia, que no puedo hacer por ellos más que animarlos a sufrir y esperar. ¡Ah Dr.! Caros deben costarte más tarde estos dos meses de ausencia. Dios quiera que su conciencia misma no le arguya más tarde la muerte de alguno ...

Hoy, según dice mi diario, entramos a las 2 de la tarde a la ciudad de La Rioja de paso para Chile. ¡Conque hoy es un aniversario bastante grande! Me acuerdo perfectamente del buen recibimiento que mi tía Concepción y demás parientes hicieron allí a la familia. Me acuerdo perfectamente de todas las minuciosidades que pasaron allí mientras estuve en La Rioja. Me acuerdo de mis bellas primitas, muy en particular de Admentaria. Bribonzuela, me prometió escribirme, acordarse siempre y mil promesas de la laya y no ha contestado a mis recuerdos siquiera. Al despedirnos (me acuerdo que ella también nos acompañaba hasta una o dos leguas) nos prometimos de nuevo escribirnos. No ha cumplido ella. Espero que yo mismo la reconvendré algún día ...

Calaveras. Viernes 14 de septiembre de 1849. Ruina del placer de Moquelemos

Acaban de llegar de Moquelemos seis peones de los Rioseco cansados ya de trabajar sin ninguna utilidad. Todo se ha concluido del modo más horrible, sin remedio. Mañana viene el resto de su Compañía para no volver más allá. La Compañía de los Herrera y otras se han ido ya de allá a San Francisco para embarcarse para Chile. Dicen que casi es igual el número de los que entran y los que salen. Un solo placer hay que pueda dar algo en el invierno, y los americanos no dejan entrar allí a persona viviente. Los indios capitaneados por Polo siguen haciendo estragos en todos lo que se atreven a penetrar hasta dónde tienen ellos su campo. Los tullidos en Moquelemos son ya muchísimos y hasta ahora ninguno ha sanado de semejante achaque. Ha bajado la plaza en Moquelemos un 100%, particularmente los víveres. Verdad es que allí se ha trasladado en un mes todo el inmenso comercio que había en el Estanislao y demás placeres. Grandes quiebras se esperan ahora en Moquelemos, por que como único buen placer que quedaba allí, han concurrido más comerciantes y no bien han acabado de establecer sus casas cuando de golpe se ha acabado también el oro. Ya se están haciendo algunos remates muy baratos. Se han rematado camisas de buen quimón a real y medio y dos reales y así por este estilo, la ropa hecha.



F. 10: Gold washers at Mokelumne (Moquelemos) River in California⁸⁷

⁸⁷ Ad Rottman, c. 1850, grabado, Robert B. Honeyman Collection, UC Berkeley, Bancroft Library.

Sábado 15 de septiembre. El diario de esta semana

El californio ha errado caza anoche. Después de estar listo con su escopeta preparada arriba de un roble, el oso que iba acercándose lo sintió en el árbol, y después de dar algunos bramidos, se volvió. Hoy me trajo el cuero del oso que mató y me dice que más bien será el otro un tanto mayor. Me dicen que andan como seis u ocho y que llegan de noche como cerca de una o dos cuadras de las carpas.

Son las tres de la tarde y acaba de llegar Orellana, a quién no esperaba hasta mañana. Me dice que hace dos o tres días que no sacan nada de oro y que se habrían venido todos en el momento, si no hubiesen temido que yo no les aprobase su medida. Él viene solo a ver qué es lo que dispongo de los demás peones que quedan allí, se puede decir viciosos.

Pienso mandar el lunes a Orellana a una labor 10 o 12 leguas de aquí donde trabajan los peones mineros que desertaron de la Compañía. Seis días hace que ellos han hablado con los peones y les han avisado el lugar oculto donde ellos trabajan. En dos o tres días estará allí, y de vuelta Orellana, según sus noticias, mandaré allá toda la compañía Orellana sólo ha traído hoy libra y cuarto de oro. Si la cosa ha de seguir así, mejor sería que nos pusiéramos a labrar madera, seguro estoy de que haríamos mejor negocio.

Domingo 16 de septiembre. Son indios

Todo el día ha hecho frío porque no ha habido sol, y ha corrido un viento muy frío del nordeste. Pienso que el invierno viene adelantándose mucho y que antes de octubre tendremos ya que arroparnos bien.

Me dice Orellana que los indios han muerto varios americanos y algunos chilenos que se han atrevido a entrar hasta sus residencias, pero que antes que Orellana saliera, habían llegado unos indios que dijeron que Polo acababa de ser muerto por otro indio y que toda su indiada se había dispersado. Que el matador de Polo traía su cabeza para recibir el premio de 5 mil pesos en que se había puesto a precio algunos días antes. Si esto es cierto, espero que se hará algún descubrimiento bueno en el interior, sino es que ya está hecho a estas horas.

Lunes 17 de septiembre

Ha amanecido un día lindísimo, sin frío ni calor. Convida a salir y gozar de todo lo hermoso y grande que tiene esta naturaleza, cuando el temperamento demasiado frío o caliente no impide visitarla. Es una verdadera mañana de otoño, quizá igual a la de hoy en Chile, aunque las

estaciones son enteramente opuestas, sin embargo sus extremos han de tocarse hoy. A propósito, hoy es 17 de septiembre, vísperas del festejo del 18 en Chile. ¡Dios mío! ¡Qué contraste! Todo es silencio aquí ... Quizá, en todo el placer de Calaveras no hay sino dos que hayan pensado en que es 17 de Septiembre, yo y Tomás Rioseco, que estamos solos aquí. Para que sea más notable nuestro aislamiento, estamos ahora enteramente solos, sin ver siquiera a los peones que botan sus herramientas y que, a pesar nuestro, no trabajan por ser la víspera del día de su patria ... nada.

¡Buenas vísperas!

Son las ocho de la noche. Coronel parla fumando con Tomás, mientras yo, lejos de entrar en conversación, escribo sin pensar siquiera en ellos. Qué diferencia del año pasado a éste. Qué diferencia entre aquél y éste 17 de septiembre. Todo es silencio, no hay más luz que la que me alumbra a mí para escribir, nada de luminaria ni de faroles de varios colores a cuya luz veía el año pasado flamear del alto de un tejado hasta el suelo la bandera chilena. Nada de eso se ve aquí. No hay muchedumbre que pase y repase las calles, que grite y al fin, se oprima en derredor de las mesas de ventas. Me parece oír las “músicas” que dominando el ruido y bullicio sordo de todo un pueblo reunido, dejan oír al aficionado sus notas vivas llenas de amor y entusiasmo patrio a la vez. Y sin embargo, nada de eso hay aquí, yo solo sueño y deliro, pienso que gozo y al fin despierto entre la horrible y tormentosa realidad de California.

Pobre Juan. ¿Qué será de él ahora, se paseará por la plaza, se acordará de mí? No hay duda, debe acordarse, el año pasado paseaba conmigo como siempre, de mesa en mesa y de grupo en grupo, y de acecho en acecho, Debe acordarse él y Darío si andan juntos. ¡Ah! ¡Y el pobre Mardoqueo! También los acompañará ahora. Pobre pájaro sin alas, sin amor ahora. Quién sabe si andan los tres reunidos o si están solos Juan y Darío, los amigos de estas noches. Tal vez volvería ella y Mardoqueo no andará con ellos. Y Darío que se quejaba siempre de no pasar los 18 en Concepción. Ahora me toca el turno, pero qué diferencia de Cucha a California y Calaveras. Pobre Darío, tal vez él también esté triste y sin gusto por la ausencia de sus hermanos. Quizá él también, en medio del ruido de la fiesta, tiene un pensamiento triste, ¡sus hermanos! ¡Oh! ¡Qué recuerdos! Hermanos, padres, amigos queridos. Santo Dios, ¡qué horrible cosa es pensar más todavía!

Martes 18 de septiembre. Lo que se llama un buen diez y ocho aquí

Me acosté anoche con un fuerte dolor de cabeza. Más de alguna causa ha habido para que me duela la cabeza. He dormido pues después de haber velado toda la noche en tan malos pensamientos para la quietud y sosiego de uno. Recordé a Tomás, al amanecer a que saludara su sol

de Septiembre. Cada tiro ha sido para mí como un martillazo en el corazón. Me dolía tanto la cabeza que le habría impedido disparar más si no hubiese sabido yo lo que vale al saludar el sol de su patria, de su libertad.

Acabo de escribir a Samuel una carta larga con Coronel, que al fin se va ya aburrido y a además enfermo, sin hacer nada en las minas. Pobre Samuel, qué hará él ahora. Verdad es que su almacén es concurrido y no tendrá tiempo de pensar en nada. Cuanto diera yo por estar con él ahora. También debe tener recuerdos muy vivos y tristes a la vez, él más que yo ha gozado en este día y más que yo tiene él quien se acuerde en Chile a más de sus padres y hermanos. Pobre de mí que no tengo aquí quien lllore conmigo pasadas glorias, ni alguien que me eche de menos, a quien mi ausencia le arranque algún suspiro. Nada, nada. No tengo siquiera a mi mamita que me sane del dolor de cabeza que me atormenta sin dejarme escribir. Siquiera sin ser cualquiera que sienta por mí. Lo que es el mundo y sus cosas. ¡Quién pensaba en California el 18 de septiembre del año pasado!

Son las 7 de la noche y sufro tanto de la cabeza como nunca. Rara cosa, no he tenido jamás este dolor de cabeza. Ya se ve, ahora no tengo que ir a ninguna función. Más de una bella agitará de nuevo a estas horas su corsé, más de alguna echará su último vistazo a su espejo y se lisonjeará diciendo “Pobre de él esta noche”. Quizás a estas horas yo también, el año pasado, rehacía la rosa de mi corbata, echaba mi última mirada a mi fraque, colgaba del brazo mi capa y salía de mi cuarto muy bien satisfecho, con la sola diferencia de que yo no amenazaba a nadie ... Nadie debía sufrir por mí esta noche. No me acuerdo.

Qué será de la Ñata a estas horas. Ojalá que fuera feliz, y que no se acordara de lo que tiene en California para que no descompusiera su humor. Quizá Samuel piensa lo mismo que yo. Pobre Samuel. Y qué hará mi mamita, mi pobre Tatita para quienes estas fiestas son martirios. Pensarán quizá en sus hijos. Emilia debe sufrir quizá más que todos en casa. Algún día la consolaré. Y Darío, Juan, Mardoqueo y demás. En cuanto a ellos, los tengo ahora en la plaza, felices.

Calaveras. Miércoles 19 de septiembre de 1849. ¡Llegada del Doctor Mackay!

Son las diez del día en que acaba de llegar el Doctor después de una ausencia de dos meses y cuatro días. Tengo tanto gusto como los enfermos mismos. Tal es la fe con que se miran los médicos cuando un enfermo ha llegado a temer ya por su vida. El Doctor ha examinado ya los enfermos y dice que aunque están enfermos de alguna gravedad, no hay cuidado ninguno todavía. A más del tullimiento de piernas, dos de ellos tienen escorbuto muy adelantado ya, según me dice el Doctor. Asegura que pronto se mejorarán.

Ha comprado el Doctor de cuenta de toda nuestra Compañía cerca de diez y seis mil cuabras de terrenos en el plano que se ha hecho para la ciudad de Sonoma, cerca de la de Venecia. Dice

que son terrenos muy hermosos y ventajosos por todo. Cuestan tan sólo diez y seis mil pesos al contado, que no es mucha plata en California. Dice el Doctor que antes que él se viniera, le habían ya ofrecido el doble por él. Quizás sea un buen negocio más tarde. Ya lo dirá el resultado.

A esta hora, que son las cuatro de la tarde, sucedió en Concepción el año pasado la fuga de todo el presidio en que murieron dos. Me acuerdo que estábamos en el ejercicio de todos los batallones y la artillería, que jamás se había visto en el campo de Marte una concurrencia más numerosa, ni un lujo más grande, ni una fiesta más llena de entusiasmo. Yo tenía a ella del brazo y Mardoqueo a la suya. Cuando llegó la noticia de que los presidiarios habían asesinado a la guardia cívica y saqueaban el pueblo, qué confusión y consternación a un tiempo, qué gritos tan de distintas layas y por tan distintas causas. Las revendedoras lloraban a gritos por sus objetos rotos y sus empanadas perdidas, otros por un pie aplastado y al fin, todos gritaban corriendo a un tiempo hacia el pueblo. Nosotros solo llevábamos un paso muy lento, así nos convenía. Qué será de todo Concepción a esta hora. Y de todos los personajes que figuran en mis recuerdos. Estarán quizá en la misma fiesta como el año pasado. Dios quiera que todos sean felices.

Jueves 20 de septiembre. La Compañía de vuelta

Hoy ha llegado el resto de la Compañía de Moquelemos, ya allí no hay esperanzas y vienen aquí, dónde no hallamos qué hacernos, con que claro es lo que tenemos que hacer para el invierno. Hoy en el almuerzo me ha salido el Doctor con la novedad de que yo y Míster Alfredo también tenemos escorbuto. Me he visto yo en el espejo, cosa que no había hecho desde mucho tiempo y he visto que de veras está ya muy pronunciado. Alguna impresión me ha hecho al principio, pero al fin me he salvado de mayores desgracias en California, perder uno o más dientes no es más que desmerecer un poco para las niñas, y esto vale poco ahora en California.

Nadie sabe hasta ahora de Orellana. No ha vuelto él ni ninguno de los que fueron con él, quién sabe cuál será la causa de su demora. Ojalá que fuera por haber descubierto una buena labor y temer el perderla mientras viene a avisar aquí. Pero estos milagros han pasado ya, como pasaron los del tiempo de Jesu Cristo para cimentar la religión cristiana. Ya todos creen en California, su riqueza es artículo de fe y no hay necesidad de nuevos milagros.

Viernes 21 de septiembre. Se vuelve el Doctor

El Doctor trata de volverse en tres días más. Dice que los enfermos necesitan ir a la costa, y que como él es médico de la Compañía, es preciso que él vaya con ellos. Santa palabra, no le han bastado dos meses y días para pasear y hacer sus negocios particulares. Yo solo tengo que

sufrir aquí y exponerme a todo. Yo solo, aunque esté enfermo, tengo que quedarme como si yo no cupiese en la costa. Yo solo tengo honor y vergüenza, y una palabra dada para pasar por cuántos sacrificios hay. Más de uno de los que hemos venido a California hemos empeñado nuestra palabra, pero no saldrán de aquí muchos como entraron, algo le costará para que su crédito y honor queden ilesos. El Doctor no me ha traído ni una sola carta de Samuel porque tres días antes que él llegara a Stockton había salido para el Estanislao. Yo tengo esperanzas de que al volver a Stockton dé la vuelta por acá porque no hay que hacer más que cinco leguas de más.

Calaveras. Sábado 22 de septiembre de 1849. Domingo Rioseco

Acaba de llegar Domingo Rioseco, que fue con Orellana a Estanislao. Ha llegado el infeliz de a pie con la montura al hombro, pues se le ha cansado el caballo a una legua y media o dos de aquí. Orellana y los demás quedan reunidos ya con Briseño. La cañada donde están es muy rica, pero no se puede entrar a ella sino de a pie. Inmensas y escarpadas peñas donde no puede sujetarse el pie de un animal, impiden en distancia de más de una legua que entren a la cañada a caballo. Así que nada vale para una compañía grande como la nuestra. No puede ser de otro modo, porque ya todo el mundo hubiese entrado allí. Orellana queda allí hasta concluir los víveres que quedan allá que será por ocho o diez días.

Sabemos por el Doctor que en San Francisco se ha principiado ya a trabajar un hermoso teatro. El sitio sólo en que se fabrica ha costado cincuenta mil pesos. Se trabajan también tres muelles a un tiempo, donde los buques pueden arrimarse y descargar. Entran a la mar por más de tres cuadras. Es admirable el valor que han tomado allí los sitios. Algunos, que a nuestra estada allí no habían valido sino 2 o 3 mil pesos, ahora valen hasta diez y doce. Todo adelanta allí de un modo prodigioso; la emigración que llega allí diariamente es mayor cada vez más. No hay punto de comparación entre los buques que entraban antes y los que entran hoy a San Francisco.

Domingo 23 de septiembre. Un canasto de uvas

Hoy me ha traído mi amigo californio un canastito de uvas muy buenas de un parrón silvestre que hay a las márgenes del río Calaveras a donde nos vamos a bañar todas las tardes. Según el Doctor me vienen muy bien para el escorbuto y según yo, me vienen muy bien para todo. ¡Qué placer experimenta como al ver estas frutas silvestres aquí que en su país no las tiene sino con un cultivo esmerado! Ojalá que California no tuviera los peligros de que está rodeado siempre

el oro. Entonces viviríamos aquí muy contentos, no como desterrados o emigrados sino como ricos propietarios.

Los enfermos sino siguen peor están lo mismo que antes. Me han dicho hoy que no sienten ninguna mejoría. Me ha enternecido hoy mucho al verlos llorar su muerte en un país extraño, sin tener siquiera el consuelo de que su familia reciba su última despedida. ¡Qué horribles deben ser para ellos estos pensamientos! Me han suplicado por lo que más ame en el mundo que los mande a Chile a morir, allí, aunque les cueste su ida todo lo que han ganado hasta ahora, y aunque pierdan todo lo que pensaban ganar como enfermos en la Compañía. Les he prometido hacer todo lo que pueda para satisfacerlos y por Dios que lo haré con todo el gusto y poder de mi corazón. Ya comprendo yo lo que deben sufrir estos infelices.

Lunes 24 de septiembre. Una fiesta con peras

Los días están de nuevo calurosos como en el mes pasado y como si no estuviéramos ya fuera del verano. Ahora nomás están principiando las enfermedades, cuando parecía ya que por la estación deberían alejarse. Raro es el que no se queja de algún mal. Hoy mismo han venido a ver al Dr. tres o cuatro y pedirle comprados a precio de oro algunos remedios. No tenemos para vender, pero nuestro botiquín está suficientemente surtido para no rehusarles nada, más cuando se trata de la salud y vida de un hombre.

Hoy hemos comprado por casualidad unas veinte o treinta peras a real cada una, cebollas a dos reales, cabezas, cuatro tomates a 2 reales cada uno y unas libras de papas a diez reales. Nos damos por muy dichosos y ojalá que siempre encontrásemos estos víveres aunque fueran más caros. Seguro estoy que no rehusaré dar doble precio por ellos. La calidad de estos frutos es tal y tan buena como la que he visto en Chile y la República Argentina. No hay ninguna diferencia.

Calaveras. 25 de septiembre de 1849. Proyecto de una expedicioncilla

Ayer han llegado de Moquelemos la compañía de los Rioseco que quedaba allí y se dispone ya para ir a Chile. De Moquelemos ha salido ya como la mitad de la gente y la mayor parte de los que quedan allí no hallan qué hacer. También llegaron ayer de Moquelemos Sánchez y Rojo, completamente aburridos de trabajar sin ninguna utilidad. Sólo esperan una tropa que los lleva a Stockton y de allí marcharse a Chile.

Yo estoy ahora más acompañado porque además del Doctor y su cuñado, tengo a Rojo y Sánchez que para mí valen más. Todo el día los tengo en mi carpa y no conversamos sino de San Juan.

Pensábamos hacer una expedioncilla a tres leguas de aquí, donde por noticias del sanjuanino Moyano existen unos catorce o quince indios con una inmensa cantidad de mulas, caballos y vacas robadas. Habíamos pensado con el Doctor en ir allí con nuestra gente y algunos perfectamente bien armados, porque a más de los animales, tienen los indios una rica cañada que ellos solos la trabajan. Pero nos hemos resuelto esperar que venga el juez para que nos dé plenos derechos de conquista sobre los bienes que quitemos a los indios.

Miércoles 26 septiembre de 1849. Partida del Doctor para Stockton

Hoy muy temprano salió el Doctor otra vez para San Francisco. Los enfermos voy a mandarlos yo por la primera carreta vacía que se presente. Lleva el Doctor ahora bastante oro, al menos más que el otro día. Lleva 515 onzas de oro sacadas por los peones en dos meses, que a 20 \$ hacen diez mil trescientos pesos. Debe sobrarle plata después de pagar los diez y seis mil pesos que debía por la compra de terrenos para la Compañía, agregando los otros ocho o nueve mil que llevó primero. No tengo yo mucha confianza en que nos den el doble por nuestros terrenos, solamente que los dividamos en lotes de 400 y 500 cuadras.

Son las cuatro de la tarde y acabamos de llegar del baño. Algunos días habíamos dejado ya de bañarnos pero han vuelto los calores y hemos tomado de nuevo los baños. El río en que nos bañamos tiene algunas represas de dos y tres cuadras, demasiado profundas, pero lo hemos sondeado casi entero con boya y salvavidas. Tienen riquísimo pescado, que se ve andar en derredor de uno, pero no hacemos más que verlo y dejarlo, porque no tenemos anzuelos. Vamos a ver si fabricamos una red en estos días para tomar pescados.

Jueves 27 de septiembre. Nuevos enfermos

Nada sé todavía de los que mandé a Estanislao con Orellana. Hace ya más de quince días y tengo ya algún cuidado. Tampoco sé nada de Samuel desde ahora un mes, quién sabe por qué no me habrá escrito.

Tres peones más se han enfermado o están ya enfermos y sólo hoy han dejado de trabajar. Tienen los mismos dolores que los otros, que están ya postrados y quieren dejar de trabajar unos días a ver si mejoran. Han tomado tal miedo que dicen que se van a Chile antes del invierno aunque pierdan todo lo que tenían ganado hasta hoy. De veras, yo no sé cómo han sufrido estos hombres cuatro meses en el agua sin enfermarse hasta ahora, no habiendo jamás estado acostumbrados.

Dicen que en el placer del Barro ha hallado un hombre una pepa de oro de treinta libras y que no quiere venderla por nada. Está depositada ya en Stockton en casa del Sr. Weber y algunos de

los que la han visto me han asegurado ser una cosa digna de museo. Estos fenómenos no son raros aquí, antes que nosotros llegáramos a los placeres, casi todos los días sacaban pepas sino de igual tamaño, más particulares al menos por el lugar donde se encontraban.

Calaveras. 28 de septiembre de 1849. Casos de conciencia

Estoy sin hallar qué hacerme con los hombres que ha dejado en agonía el Doctor para que se los mande a Stockton. Ahora están creyendo que la promesa de llevarlos a Stockton no ha sido sino una promesa de médico hecha a un enfermo para que tome algún remedio. Pero no es así, de veras voy a mandarlos a Stockton, pero el diablo ha querido que hoy ni ayer no pase ninguna carreta, y mientas, ellos están empeorando cada día. Sánchez y Rojo esperan la misma proporción para irse a Stockton.

Unos indios que se suponen ser los mismos que tienen esos animales robados, a una o dos leguas de aquí, han asesinado a dos americanos amigos del juez, mi vecino. Hoy vino a decirme que le prestara hombres armados, los que pudiera, para ir a perseguirlos y le ofrecí todo lo que quiera. Ojalá pudiéramos ir todos, haríamos mejor negocio que el trabajar en tan malas labores. Hay ahora con que los indios se mantengan en el campo porque están recogiendo las bellotas, su comida favorita.

Sábado 29 de septiembre. Un recuerdo y una fatalidad

Salimos esta tarde con Sánchez y Rojo a cazar y bañarnos más tarde en el río Calaveras. Nada hemos cazado, pero en trueque hemos paseado hoy toda la hermosa margen del Calaveras, haciendo comparaciones y recuerdos con el estero de Zonda y los paseos que tuvimos allí antes que yo viniera a Chile. Esos recuerdos han hecho que encontremos la parte del río en que nos hemos bañado, muy semejante al estero de Zonda. ¿Quién pensará entonces que yo y Sánchez, muchos años después, nos habíamos de bañar juntos en el Calaveras de California? Qué recuerdos tan llenos de vida y felicidad tengo de San Juan. El paseo de Zonda está tan impreso en mi alma que no he olvidado ninguna de las más mínimas circunstancias. Me acuerdo de todas las personas que estuvimos allí, y de la Manuelita y María autores de él. Cómo se pasan los tiempos, cómo se mudan las épocas, cómo se cambian las circunstancias de la vida, y como se mantienen en la memoria de uno los recuerdos más felices. En todo, el paseo de hoy me ha costado muy caro; tenía, al entrar a bañarme, puesto en mi dedo el anillo que al despedirme de San Juan me dio Merceditas Herrera y al nadar jugando en el agua se me ha caído sin que lo sienta ni lo eche de menos sino aquí. De veras es una fatalidad que se me haya perdido después

de haberlo conservado con tanto cuidado. Ayer Sánchez y Rojo se [ilegible] queriendo saber lo que significaban las letras ST que tenía el anillo, hasta que yo se las expliqué. Quién sabe qué cargos me hará la dueña cuando sepa y me vea algún día ... estoy pronto a saber la pena que me imponga.

Domingo 30 de septiembre. Una carretada de enfermos

Acabo de despachar la carreta que lleva la carretada de enfermos a Stockton. Ayer conseguí que este americano me esperase hasta hoy para que cargue con los enfermos. Me ha llenado de sentimiento ahora hasta llorar con los enfermos. Los infelices, al querer andar para llegar hasta donde estaba la carreta, la debilidad y los dolores les han hecho perder el conocimiento antes de andar 25 pasos siquiera. Al volver en sí han prorrumpido en lágrimas sin consuelo, diciendo que van a morir aquí privados hasta del consuelo que tienen los cristianos. Imposible me ha sido consolarlos, he tenido que mandarlos en peso hasta la carreta, y a cada movimiento se oía un ¡ay!, una maldición al oro que tan caro les cuesta. Nadie es capaz de pintar lo que sufren estos hombres física y moralmente y el arrepentimiento que tienen al haber dejado su familia quizá abandonada, para venir a buscar una fortuna que se aleja cada vez más. Los que hemos venido a California debemos esperar algún tiempo mejor, porque en justicia, habiendo sufrido tanto, debemos gozar también más tarde.

Calaveras. Lunes 1 de octubre de 1849. El costo de la fruta aquí

Ayer, después del baño, encontré un mozo enviado de Samuel quién me mandaba unos melones riquísimos, jarabes, etc. El objeto de este enviado era averiguar la verdad sobre mi enfermedad, que a Samuel le habían pintado de un modo alarmante. Al principio había querido venir él dejando algunos en el almacén para Sparrow, que acababa de salir para San Francisco, pero se resolvió a saber primero la verdad por el propio que ha mandado. Ya sabrá a éstas todo lo que quiera por Sánchez y Rojo, que salieron en la misma carreta que mandé.

El Doctor ha aprovechado esta proporción para mandarme una carga compuesta de papas, cebollas y manzanas, contando con el flete casi alcanza a trescientos pesos el valor de ella; la fruta no más cuesta 201 \$ 4 reales. ¿Qué dijeran en Chile si contásemos que dos canastas de manzanas y peras han costado 200 \$? Quizás dijeran que es mentira o exageración. También cada melón ha costado a Samuel un cuarto de onza, que también es muy admirable. Verdad es que los melones son grandes y ricos.

Martes 2 de octubre. Llegada de dos peones en ensayos

Acaban de llegar Orellana y Novoa después de haber andado diez y seis leguas de a pie y cargados con sus herramientas y camas. Los dos llegan enfermos con escorbuto y terribles dolores de huesos. Y para tanto sufrimiento, el placer no es rico y tampoco durable. En quince días han sacado una libra de oro entre los dos. Les habían dicho que dos o tres peones de la Compañía habían muerto y que otros estaban al caer. Tal miedo dice les causó semejante nueva que estuvieron por fugarse de allí mismo para Chile, perdiendo todo lo que tenían. No hay quién no tiemble en enfermar y quedar en California.

Hoy es un aniversario demasiado célebre para mí. Dos días antes de hoy llegué yo solo a San Juan el año 45 a preparar la casa para la familia que llegaba de paso para Chile. Mi tío Agustín me llevó y presentó a su hermana Merceditas quien estaba acompañada de Benjamina. Esta, pues, fue la primera que conocí a mí prima. Preparé la casa y volví a la punta del monte el 1º. Y en este mismo día entramos a San Juan en medio de un sin número de parientes que nos llenaban de cariños y atenciones de toda clase. Benjamina estaba en la cuadra con Merceditas. Me vio ella por segunda vez y la vi yo, lo demás es muy sabido de mi diario. Dios quiera hacerla la mujer más feliz del mundo.

Miércoles 3 de octubre. ¡Un hombre muerto en vez de oro!

Hoy vinieron dos peones desde el trabajo a darme un aviso formal e interesante según sus mismas palabras. “Que en sus mismas labores habían encontrado un hombre muerto y enterrado, ayer no más, que tenía calzones, que los pies estaban descubiertos, y que tenía todavía puesto el sombrero”. Bastante gracia me hizo el modo de dar parte de un suceso tan natural y sencillo en California. “Un cristiano enterrado con los pies a la pampa”. Efectivamente el parte es exacto en todo, hay allí a tres cuerdas de mi carpa un infeliz, de tantos que buscan oro en California su fortuna, y que ha muerto lidiando con uno de tantos enemigos que tiene el oro, con la fiebre seguramente, o quizá con terciana, tullimiento, o tal vez de una puñalada que sigue al oro por donde quiera. Algún piadoso cristiano, o tal vez el mismo que lo ha muerto, lo ha enterrado allí, ahora una pobrecita cruz de pino a su cabecera dice que es uno de tantos redimidos en el calvario por el hijo de Dios, muerto afrentosamente en ésa misma. Los peones le han puesto esa cruz y le rezan todos los días antes de trabajar.

Hoy ha hecho muchísimo frío hasta impedir que los peones trabajen en la mañana. Se han resuelto en vista de estas pequeñas muestras de invierno, a irse a Chile a toda costa y piérdase lo que se perdiese. Ahora todo depende de mí para que se vayan o queden, pero yo dependo

todavía de un acontecimiento, espero una carta, al momento que ella llegue sabré yo a qué atenerme. El Doctor dice que se va también aunque, los ríos de California corran oro.

Calaveras. Jueves 4 de octubre de 1849. Un célebre aniversario

Ha amanecido el día lindísimo. En un verdadero día de otoño de los de Chile y un verdadero día de los hermosos de Calaveras. No sé por qué se demora el peón que mandé a Stockton al cuidado de los enfermos. Debía volver antes de ayer y hasta hoy no aparece. Muchos deseos tengo de saber si algunos enfermos han hecho su patria sepulcral de California, por más de uno de los que he mandado temía esto.

Por nueve años de mi vida la víspera de este día ha sido esperada por mí como unas efemérides que marca el día más feliz para mí, y por muchos años de mi vida he velado en la torre del convento de mi patria para saludar el día con música, campanas y juegos de todas clases. Hoy es día de San Francisco de Asís y el convento franciscano de mi país, el más formal, el más estricto, sabio y santo que he conocido y que existe en las repúblicas sudamericanas, festeja este día con toda solemnidad y entusiasmo que le inspira la orden que profesan. Esa solemnidad y entusiasmo de que participábamos todos los colegiales allí, hace que para mí sea una época tan célebre el 4 de octubre y que aunque existente en California, sin patria y sin religión, le consagre un pensamiento a ese día que me recuerda épocas tan célebres. Quieran los reverendos padres a quienes debo los principios que profeso, y los primeros cimientos de mi educación, quieran, decía, recibir mi eterno reconocimiento y gratitud; ojalá que en mejores tiempos y con más feliz fortuna pudiera yo probársela. Pero Dios sabe lo que pasa en mi interior y protegerá mis miras ...

Viernes 5 de octubre. Fechurías del escorbuto

Tengo cinco peones más enfermos; todo el resto de la Compañía no pasa ya de dos onzas de oro al día. Se quejan de que no sacan ni para la comida, y que sin embrago los tengo aquí expuestos a morirse de un día para otro. Y en parte, les hallo yo mucha justicia, no se levanta el que cae aquí, mucho más el que cae tullido, o atacado de esta enfermedad. Otro peón ha resultado ayer con otra enfermedad, tan desconocida para mí como lo era para mí California antes de venir. Salta y patea despedazándose como poseído, se arranca los cabellos y dice que lo maten para librarlo del dolor que lo atormenta. Anoche, mientras todos dormían, me recordó el ruido que hacía con sus contorsiones. Dice que siente al corazón un dolor semejante al que produciría un fierro hecho [ilegible] que se aplicase a cualquiera parte del cuerpo, y que pierde la respiración

hasta creer que ya va a expirar. Desde anoche en que Alfredo le dio opio, duerme hasta ahora como un verdadero muerto. Quién sabe de qué clase o género es esta enfermedad.

El juez americano Míster Scollen, que se me ha dado por mi íntimo amigo desde que hablo inglés con él, me ha convidado hoy solamente a tomar un vaso con él a su carpa. No me gustan esta laya de convites pues me sacan de mi carpa y mis ocupaciones, pero me conviene tenerlo contento, vamos allá ...

Sábado 6 de octubre. Una canasta de uvas

Mi amigo californio ha repetido hoy su regalo de una canasta de uvas silvestre. Están estas doble mejores que las que me trajo en vez pasada. Son los racimos más grandes, los granos más abultados y el sabor más agradable y semejante al de las uvas de cultivo. Ahora es la fuerza de la uva aquí y este es el tiempo en que los indios se lo pasan borrachos, con cierta chicha o vinagrillo que hacen de esta uva.

A propósito de indios, hoy han estado aquí cuatro indios sirviendo de escolta al cacique sucesor del asesinado Polo. Todos me han llegado a la carpa con sus carcaj llenos de flechas, desnudos y su vincha en la cabeza, excepto el cacique que está vestido a la europea y que, en lugar de carcaj, tiene su par de pistolas y su rico puñal. En los ojos y ademanes del cacique se pinta el orgullo del descendiente de Polo. Han sido acusados ante el Juez del asesinato de dos americanos, y han venido aquí con el Juez a entenderse. El cacique habla un poco de español, y dice que no ha sido él sino los indios de José Santos, etc. etc. El Juez los ha absuelto y despachado diciéndoles que se presenten a su carpa todos los domingos.

Calaveras. Domingo 7 de octubre de 1849. Los Rioseco de vuelta para Chile

Hoy salen ya para Chile los Rioseco y su Compañía. Tiemblan del invierno como de una epidemia muy peligrosa. Nadie se anima ya a pasar el invierno, siendo que eran tantos los que hasta casa habían hecho ya a propósito. Se fueron ya mis amigos y paisanos con quienes pensaba asociarme en el invierno, se van los Rioseco, únicas personas decentes que quedaban aquí y voy a quedar sin más compañía que los peones enfermos. ¡Dios mío, qué sociedad, que compañía!

Estoy solo en mi carpa. Son las dos de la tarde, los Rioseco fueron a ver sus caballos a la otra carpa. ¡Qué vida, Dios mío!, la pesada agonía que llevamos aquí. No es capaz que nadie crea todos los trabajos, sufrimiento y privaciones que un emigrado pasa aquí. Quién hubiera creído que mis mejores días, los días en que el joven es feliz (si hay felicidad en esta vida), que esos días había de pasarlos en el destierro más horrible que puede haber, en California, en fin. Verdad es

que los bárbaros e inquisitoriales gobiernos de Méjico, antes de su libertad, mandaban a California a los hombres más criminales, jamás California ha sido conocida por otra cosa que por presidio o destierro de los rebeldes o criminales contra el Rey. Dos años antes de la revolución mandaron al castillo de los Ángeles, 20 leguas de aquí, 400 hombres de los que al cabo de un año perecieron 300 y tantos.

Pero, demás recuerdos aparte, o va de recuerdos, dónde estará Domingo y a estas horas Dn. Marqodeo, dónde pasarán Darío y Juan, si estará aún Fabio allí, qué será de mis viejos, estarán quizá los dos solos a estas horas tomando mate y gustando de alguna leyenda mística, qué será de las niñas, Dorotea, Delfina, qué cambios deben haberse obrado allí. Cómo me reiría y gozaría yo ahora si estuviera allí.

Lunes 8 de octubre. Cómo se saca partido de todo lo malo

Los Rioseco, que no salieron ayer por causa de los caballos, acaban de irse en este momento. No ha dejado de enternecerme esta separación, tan patente también en ellos el sentimiento que han mostrado. Nos habíamos hecho muy amigos ya, no sé por qué los hombres compañeros en algunos trabajos se hacen tan amigos, y no sé tampoco en qué consiste que la amistad en la desgracia es la única que dura. Más de un mes han pasado alojados en mi carpa. ¡Cómo no he de extrañar ahora! Ellos van a Chile, ya van al seno de su familia, de sus alumnos, creo que yo sufro ahora lo mismo que sufriría un compañero de cárcel al verlo alejarse libre a su compañero, y cerrarse en seguida para él las puertas del calabozo. En fin, no es la primera vez que estando separado de una familia he sufrido con valor todos los malos ratos de un ausente, siempre he sido solo desde que tengo trazas de hombre, siempre he tenido que resolver solo grandes problemas, y siempre solo con mi sola voluntad he triunfado de todas las situaciones que un hombre puede llamar malas.

Alguna ventaja he de sacar yo de mi soledad. Ahora no tengo ya quién me distraiga en mis particulares ocupaciones. Me ocuparé, como siempre, de estudiar. Ya con el inglés me queda poco que hacer, lo traduzco y hablo más regular, tengo una historia universal o Enciclopedia en inglés que será lo que lea siempre. Tengo un gran libro de música con las piezas más bonitas. Tengo una buena geografía en francés, y el diario de Santa Helena, el Parnaso francés, y otras varias obras en francés con que tengo algo en qué ocuparme. Y finalmente, tengo la América Poética⁸⁸, para hacerme poeta cuando no tenga más que hacer ...

⁸⁸ Juan María Gutiérrez, *América poética: Colección escogida de composiciones en verso* (Valparaíso: Imprenta del Mercurio, 1846).

Martes 9 de octubre

Ayer y hoy han sido los días más fríos que he experimentado yo. En los dos días ha hecho una niebla tan espesa que casi no se distinguían los objetos a 20 pasos. Dicen que todo este mes y el entrante, hasta mediados, son lo mismo. Es buen consuelo. Que la nieve cae desde el 13 del otro hasta dos meses después, y que recién principian las aguas. Qué os parece Martín.

Hoy salí con mi escopeta a trepar el inmenso cerro que tengo a la vista como para hacer ejercicio y entrar en calor, sin necesidad de brasas; iba persiguiendo una bandada de codornices a quienes no podía poner a tiro a causa de la niebla, cuando vi a cien pasos de mí, una venada con dos hijitos. Aunque mi escopeta no tenía bala, quise apuntar cuando se me perdieron en la oscuridad. Me han hecho correr en balde hasta ahora por lo más elevado del cerro.

Calaveras. Miércoles 10 de octubre de 1849. Cartas de Samuel

Acabo de recibir carta de Samuel desde Stockton. Tampoco él sabe nada de Chile y está desesperado con tanta escasez de noticia habiendo llegado tanto buque de allí, desde Talcahuano y Valparaíso. Su viaje a Estanislao, según me dice, ha sido a cobrar unos tres mil y más pesos de un deudor que desconfiaba se fugase. Anduvo con tanta felicidad que no sólo cobró al momento la deuda, sino, en tres o cuatro días que estuvo allí, ganó muy cerca de 300 \$ en varios negocillos.

Me da parte también de que acaba de comprar una nueva tropa de mulas con todos sus aparejos en nueve mil ochocientos pesos con un mes, dos y tres de plazo. La tropa se compone de 80 mulas y 20 caballos. Es la tropa más brillante y gorda que ha venido de Méjico. Ha dividido la tropa en tres, y el primer día que la compró salió con un flete de 1900 y más pesos, las otras estaban arreglando su flete. Me dice que espera sacar libre su tropa en 3 meses. Lo cierto es que no habrá mejor negocio que éste para entradas de invierno, porque las carretas no fletan ya, y las tropas de mulas que había de Sonora se han regresado ya. Cuestan 900 \$.

Jueves 11 de octubre. Nuevos trabajos de Biggs

Ayer ha llegado Míster Biggs desde San Francisco con una Compañía de 12 hombres y 50 quintales de víveres con miras de pasar aquí el invierno. Trae hombres que acaban de llegar de Chile, que aún no han quebrantado su salud en ningún trabajo, y aun así, no creo que sean capaces de pasar aquí el invierno. Por lo demás, es un compañero que me viene después de haber quedado tan solo, y más tendré con quién hablar inglés para que no se me olvide.

Los enfermos que mandé a Stockton siguen tan enfermos como salieron de aquí. Me dice Samuel que el Doctor salió para San Francisco unas pocas horas después que llegaron los enfermos. Tampoco mejoran los que yo tengo aquí. El remedio más acertado que yo pude hacerles es no curarlos. Dios les ayude a los infelices, que en cuanto a los hombres, no hay ahora quien los ayude.

Hoy he escrito a Samuel mandando un mozo de los Rioseco para que de vuelta me traiga una guitarra que Samuel me tiene allí desde ahora muchos días. Como se regresa la Carmen, mi equipaje que yo le dije mandarlo a Chile para Darío, pasa en su poder. Me dice que le avise qué quiero que me mande de mi equipaje y le pido solamente un paquete que contiene los retratos de mi familia. Voy a tener un gusto muy grande al verlos porque ya hacen largos siete meses que no los veo.

Viernes 12 de octubre. Silencio de Chile

Hace ya cuatro meses y medio que nada sé de Chile. Las últimas fechas de allá en mis cartas alcanzan a 30 de mayo. Después de esas cartas no he tenido hasta ahora ninguna noticia. Aquí mismo he tenido a varios hombres que han salido a fines de agosto de Valparaíso y que sin embargo ninguna noticia nos dan de Concepción. De Talcahuano también han salido buques en dirección a San Francisco, pero no he hablado con ningún pasajero que pueda haber traído cartas de mi familia. ¿Qué significará por Dios tanto silencio? No hay cosa más horrible que la inquietud que se calma cada día con efímeras esperanzas, que se frustran también cada día. Deseo mucho saber qué es de nuestra familia, si siempre sopla allí el mal viento que nos ha echado a nosotros aquí en medio de tantos riesgos y padecimientos. Las últimas noticias en cuanto a negocios no contenían de nuevo, parece que Mardoqueo se mantiene firme en su puesto, y que aún lo encontraremos fuerte a nuestra vuelta.

Pasado mañana, según me dijo Samuel en su carta, se cumplía el primer plazo en que debe hacer el primer pago a cuenta de nueve mil y tantos pesos de las mulas.

Sábado 13 de octubre. Variaciones del tiempo

Espero que hoy llegue el peón que mandé ahora tres días a Stockton con cartas para Samuel. Con tanta más ansia lo espero cuanto que creo que me mandará Samuel algunas cartas de Chile. No puede ser que no hayan escrito siquiera una vez cada mes por los vapores, pero temo mucho que esas cartas se queden en Panamá porque se quejan mucho todos los comerciantes de que muchas comunicaciones se les han extraviado en Panamá. Si nuestros tíos

no han tenido la prolijidad de recomendar particularmente nuestras cartas, no sé cómo las veremos.

Van ya dos días de un horrible calor como si estuviéramos en el mes de julio, y esto después de haber tenido ya el invierno encima, como creíamos, porque han hecho seis u ocho días muy nublados y fríos en que los peones no han podido trabajar hasta las diez o nueve de la mañana. Nada sé hasta ahora de los enfermos de Stockton, ni del Dr. que quedó a volver a los quince días. Creo que al fin tendré que hacer otra remesa a Stockton, por los que tengo aquí, no tienen miras de mejorar sino salen a la costa, como los demás. Este es el tiempo más peligroso que puede pasarse en las minas, porque es muy raro el que no enferma, y el que cae una vez aquí, aunque no muera, puede estar cierto de no mejorar hasta no salir fuera.

Domingo 14 de octubre. Un paseo a Chile

Hoy tenemos un lindísimo día de otoño, mucho frío hacía al amanecer, pero ahora que son las nueve ya no se siente. Nosotros acabamos de almorzar y nos preparamos para salir a pasear con las escopetas. Justamente todos los domingos en este tiempo, después de almorzar, solíamos pasear con Mardoqueo, Juan y Darío por las orillas de Concepción.

Puede ser muy bien que ellos, siguiendo la costumbre de que hago memoria, hayan salido a pasear, quizá también Mardoqueo no haya bajado al Pueblo del Molino, y Juan y Darío la hayan emprendido para allá. ¡Qué días aquellos! Muy presentes tengo las calles de privilegio, para mí ... Mardoqueo y Juan me acompañaban por la calle de San Agustín. También a ellos les gustaba tomar parte en nuestros primeros ... Todo pasa ... pobre Adelaida ... cuando ella y yo no pensábamos más que el uno en el otro, no le pasó nunca por la imaginación que ella debía casarse, y que yo jamás ... debía venirme a California separándonos así del modo más completo. ¡Pauvre ma petite! ¡Ah! Si ferait-elle d'aussi fréquents souvenirs pour moi comme je les fais pour elle ... à présent même je me souviens de cette heureuse nuit dans laquelle elle me donna ce petit arbre d'orange couvert de fruit ... ¡Oh! Comme j'étais heureuse [sic] de la voir aussi belle et aussi amoureuse ... J'en ais [sic] à la vue ce petit arbre je le tiens dans mes mains à présent, et à peine puis je concevoir comment peut se passer tan de [sic] heureux instants, comment peut achever tan de [sic] félicité sans penser avec elle. ¡Oh! Puisse-je la voir quelque fois, et parler un instant avec elle de ce temps, de toutes cette [sic] sottises que nous elle et moi appelions nos heureuses instants ...⁸⁹

⁸⁹ ¡Pobrecita! ¡Ah! Si tuviera recuerdos tan frecuentes de mí como yo tengo de ella ... en este momento mismo me acuerdo de esa noche afortunada en la que ella me dio un pequeño naranjo cubierto de frutas ... ¡Oh! Cómo estaba contento de verla tan hermosa y tan enamorada ... tengo a la vista ese

Son las cuatro de la tarde. Después de un paseo de casi dos leguas acabamos de llegar con Míster Biggs y Baus. De todo el paseo no tenemos ahora más que tierra y un poco de cansancio. Qué diferencia tener que cargar hoy una escopeta donde antes descansaba una bella. Así pasamos los domingos en California. Nada de ricos fraques, de elegantes levitas, de blanquísimos guantes ... Nada más que tierra tenemos, en mangas de camisas. ¡Oh! qué impresión debe sentir por la primera vez el que recién salido de California oiga una retreta en que perciba apenas ese vago y suave roce de aros y del raso. ¡Caramba! Debe filtrar hasta el corazón cada rico pañuelo que despliegan las bellas con alguna esencia y debe volverse otro Djalma al ver cada flor en manos de algún ángel ...

Lunes 15 de octubre

Los peones han sacado hoy un poco más de oro que los demás días pasados. Consiste en que el agua del arroyo en que estamos, seco anteriormente por el calor, acaba de llegar hasta aquí ahora con mucha abundancia. Aquí, en las viejas labores, dejaron los peones por falta de agua algunos buenos bancos que son los que están trabajando ahora.

Ayer en nuestro paseo encontramos un viejecito, como de ochenta años que ya hasta ha perdido la forma de hombre. Estaba trabajando como si tuviera 20 años. Nos dijo que era cofrade del Carmen y que el escapulario que nos mostró lo había librado muchas veces de los osos.

Calaveras. Martes 16 de octubre de 1849. Cartas de Samuel

Hoy he recibido cartas de Samuel y quizá hoy ha sido para mí el día más feliz que he tenido en las minas. Con las cartas he recibido los retratos de la familia que tenía en mi equipaje en San Francisco. He tenido un día feliz al ver cada uno de los retratos; parecía que abrazaba a cada uno de mis hermanos y mis padres, tan viva era la sensación que sentía al ver su fiel semejanza en el retrato. Mamita está tan linda y tan llena de serena y majestuosa compostura, que he tenido orgullo entre mí mismo creyendo que nadie tiene en el mundo una madre tan hermosa, tan amante, tan buena esposa, como yo. Tatita tiene su imperturbable tranquilidad, la pacífica paz de su alma que se trasluce en todo su dulce semblante. Por qué no habré

pequeño árbol, lo tengo en mis manos ahora, y apenas puedo concebir cómo pueden pasar tantos instantes afortunados, cómo se puede finalizar tanta felicidad sin pensar con ella. ¡Oh! Que pudiera verla a veces, y hablar un momento con ella de este tiempo, de todas estas leseras que nosotros, ella y yo, llamábamos nuestros instantes felices. Traducido del francés.

salido yo a él en su inalterable calma, en su modo lleno del más amable atractivo: no todos son felices en ser así.

Samuel me anuncia un nuevo negocio con el dueño de las mulas en que piensa ganar alguna cosa. Me dará parte de él en la primera otra carta que reciba. El Doctor no aparece todavía, no sabe él nada de su vuelta. En dos o tres días más me mandará en clase de propio el peón que tenía allí cuidando los enfermos, los que están ya muy mejorados.

Me ha mandado también una riquísima guitarra que le estimo también como a un presente de la mayor importancia. Yo sólo que sé la falta que me hace, soy capaz de estimar en su justo mérito esta remesa en que figura la guitarra. Me ha mandado también una buena cantidad de pan fresco que aquí en las minas no se ve jamás sino como un regalo.

Miércoles 17 de octubre. Un motín tan pronto

La Compañía de Mister Biggs ha tenido hoy un horrible motín en el que los peones armados han amenazado a su patrón. Se han fugado anoche seis de los más malos, y hoy muy de madrugada vino Biggs a pedirme auxilio para tomarlos, lo mismo que al alcalde que ha quedado en lugar de Scollen que se marchó al pueblo de Stockton. A esta hora, que son las doce, acabamos de llegar de la carpa del alcalde donde hemos dejado con buena seguridad a los seis amotinados. Bien hice, según veo, de poner escarmiento a los cuatros días de llegar a las minas a algunos sempiternos habladores y revolucionarios. Desde entonces, todos mis peones sirven de ejemplo a todas las demás compañías.

Han vuelto los días de calor con toda su fuerza después de creer que estábamos ya en invierno. Van pasados cuatro días en que no hemos podido sufrir el calor hasta tener que recurrir de nuevo al baño. Sin embargo, en las noches y madrugadas, es todo lo contrario, los peones a veces tienen que hacer fuego dos veces en la noche para poder soportar el frío. Y yo, que todavía tengo mi carpa como para verano, es decir abierta por todas partes, llego también a helarme en algunas madrugadas.

Jueves 18 de octubre. Los diarios de oro en este mes

Van ya tres semanas en que los peones apenas sacan quinientos pesos por semana cuando antes pasaban de mil doscientos pesos. Todos los placeres están lo mismo o peores que éste, y sin embargo la emigración entra diariamente sin interrupción a todos los demás placeres. Sólo a éste no entran no porque no los alucine, sino porque estando en muy opuesta dirección con los demás, las tropas ni carretas no fletan para acá. Y con esto estoy muy contento, porque si no, habría tenido

que cambiar de placer dos o tres veces, lo que no es muy fácil para una Compañía que tiene más de cuatrocientos quintales de peso y herramientas. Yo, evitando estos viajecillos, he ganado ahorrando en cada uno más de cuatro mil pesos. Algo más que esto no más, nos ha costado la venida de Stockton aquí. Con que media onza que saque diaria cada hombre estoy contento por la tranquilidad y silencio de que gozamos aquí, que quisieran comprar muchos a precio de todo su oro.

Mi californio se fue al pueblo de San José hace ya tres o cuatro días en busca de ganado, así es que no tengo yo desde entonces quien me traiga uvas y guindas que también las hay aquí silvestres. Siempre he tenido yo suerte en encontrar esta clase de amigos que queriéndome sin causa ninguna, me prestan todas las atenciones de un meritorio amigo.

Calaveras. Viernes 19 de octubre de 1849. Sueños con mi familia

Anoche he soñado no sé por qué y casi toda la noche con mi familia. Será quizás porque antes de acostarme estuve largo rato ocupado en ver los retratos. Tengo ahora tan presente la situación en que en sueños vi anoche a cada uno de ellos, que su recuerdo es vivísimo ahora y no puedo desimpresionarme de él ni un solo momento. Cada vez que la memoria de mi familia no me ataca de este modo, me conformo con mi destierro en California, me apoca y no me deja pensar sino en el modo de salvar de aquí y aparecer allí aunque sea sin oro.

Desde muy joven cuando leía la historia de la conquista de Méjico, deseaba con todas las ansias de mi alma que la suerte me depare un modo de alejarme de mi país, de atravesar los mares y ver lo que había más allá. Cuando me he visto en Chile y después en Méjico y California, que me inspiraban tantas ganas de salir, he visto lo que es la vida, lo que es el mundo y el hombre, por fin. Cuánto mejor me habría sido estar al lado de mi familia, aunque sin oro.

Son las cuatro de la tarde en que llego del trabajo. Contra mi costumbre me he pasado andando sin encontrar paradero o lugar que me contente. He escrito a las doce a Samuel y he llenado mi carta de tristezas. Ya veo yo que no hay cuerda que vibre con más poder y fuerza en mi corazón que lo que toca el recuerdo de mi familia. Más fuerte y decidido soy en cualquiera otra pasión.

Sábado 20 de octubre. Tras del pesar viene el consuelo

El descontento de ayer se ha convertido en placer hoy. Son las cinco de la tarde en que acabo de recibir por el peón que tenía en Stockton un paquetito de cartas de Samuel. Me incluye tres cartas de Concepción, dos de mi Tatita fechas en 21 y 22 de mayo, digo Julio y otra de Don Ignacio fecha 24 del mismo. Las de mi Tatita cumplen mañana tres meses; a pesar de que se han demorado mucho, para mí son muy buenas, y nuevas. Gracias a Dios. Todos están allí buenos

y escriben llenos de placer y felicidad por nuestro feliz arribo a California. El 20 de julio habían recibido nuestras cartas de diferentes fechas que fueron recibidas con alegría tanto mayor cuanto tardaban tanto en tener noticias de nosotros.

Mamita estaba un poco enferma y debía irse a Cucha con mi Tatita el 4 o 5 de agosto; así como estaba nos había escrito una carta para mí y Samuel, que nos hemos quedado esperándola. Mardoqueo seguía en el Molino, y con ganas de venir a California, ¡qué locura! Darío quedaba en Concepción a cargo de la familia, ¿y cómo es que ese bribón no me ha escrito siendo que suele ser el más exacto en hacerlo?

Me dice Samuel que Isidro Quiroga, quien le ha entregado estas cartas, le ha dicho que sabía que otro sujeto tenía otras más para él. Tal vez en esas tengamos cartas de Mardoqueo, Darío y mamita. Al recibir ahora estas cartas estaba en el trabajo con los peones, quienes habían participado un poco de mi mal humor recibiendo algunas reconvenções por entretenidos, etc. etc. y ahora participan también de mi placer porque saborean algunos tragos de ron de Jamaica comentando uno de los artículos de la carta de Don Ignacio.

Domingo 21 de octubre. Los indios cerca de aquí

Hoy muy temprano fuimos a cazar con Míster Biggs y Jim a más de una legua de aquí. A un cuarto de legua, más allá de donde nos bañábamos, hemos encontrado una carpa de indios Canacas. Descansaban después de haber parado su carpa. Ninguno de ellos hablaba otra cosa que canaca, así es que tuvimos que retirarnos como entramos. Al ir yo a hacer un tiro a unas codornices, me extravié de Biggs y de Jim, y después de haberlos buscado y hecho señas con tiros sin encontrarlos, me senté a comentar las cartas recibidas ayer bajo un parrón con uvas a la orilla del río Calaveras. Más de una hora me estuve recostado allí viendo mis cartas, recordando a Chile, a Concepción, pensando en lo que en ese mismo acto harían todos los miembros de mi familia, amigos y amigas. Este último recuerdo femenino me hizo poner triste un momento pero estando tan feliz en medio de aquel lugarcito. Me acordé de las Riveras, de la Delfina, y de aquella época que pasó. Grabé dos nombres en un pino, y echando al hombro mi escopeta, tomé el camino a mi carpa para ver si descubría alguna buena cañada, me vine trepando dos altísimos cerros, en que después de haber andado una legua de más, llegué a mi carpa donde me tiene ahora mi diario.

Calaveras. Lunes 22 de octubre de 1849. Nuevas cartas de Chile

Hoy he recibido una carta de Samuel remitiéndome un inmenso paquete llegado desde Concepción. Qué días tan felices estos, teniendo ahora que no somos sino muy ingratos cada vez

que nos llegamos a quejar de desgracias. Me escribe Tatita largamente, Mardoqueo, Darío, Juan, Emilia, Parmenia. Pero la que más aprecio y la que más locura me ha causado de placer es una que he recibido de mamita. Yo, que he sido su escribiente y secretario tantos años y que por lo mismo sé que nadie ha merecido carta de su puño y letra sino mi Tatita, yo que sé los sacrificios que le habrán costado esos cuatro renglones en medio de su enfermedad, yo solo puedo apreciar lo que vale esta carta para mí. Yo veré modo de pagársela doble y de un modo que quede muy satisfecha. Pobre Mamita. Está enferma después de haber sido la mujer de sana que he conocido; pero solo por el maldito temperamento de Concepción. Me recuerda la promesa que tiene recibida de mí de que la lleve al otro lado, y al fin a mi vuelta, allá veremos si sigue o no su enfermedad.

Martes 23 de octubre. El mismo de Chile

En dos cartas que he tenido ayer de Darío me habla largamente sobre lo horrible que ha sido en Concepción el invierno este año. El Biobío había hecho algunos destrozos en lanchas, balsas con maderas, etc. El Andabien se había llevado el puente hermosísimo fabricado el año anterior. Tanto las cartas de Darío como todas las demás que he recibido me pintan el estado deplorable y de luto que ha llegado a Concepción desde la emigración de casi toda la juventud a California. No hay baile, ni tertulias particulares, ni gusto para nada. Las niñas no se ven, ni abren las ventanas de las casas, habiendo también algunas de las primeras familias emigradas a Valparaíso temiendo el invierno tales como las Palma, Riveras, Pradete, etc.

Ha sido muy desesperante la ansiedad que han sufrido allí las familias con la falta de noticias de California. La nuestra particularmente, todos a un tiempo me pintan en sus cartas las aflicciones que padecían a cada mala noticia. De Valparaíso habían escrito las Palmas y Riveras a sus maridos, que se habían recibido cartas de California en que se sabía que a nosotros nos había ido pesimamente mal, que aún se habían recibido cartas de uno de nosotros y que el otro se creía víctima de un naufragio. Estas noticias las habían puesto a nuestra familia en el estado más lamentable, pero tenían la esperanza de que mi tío Ramón les mande las cartas nuestras que se decía haber en Valparaíso. Se pasaron quince días entre agonías, llegó el correo, ni una carta de mi tío Ramón, ni nuestras. Después mamita y Tatita, creyendo que Mardoqueo les ocultaba las cartas por algún horrible desastre, principiaron a lamentar ya la muerte de alguno de sus hijos. En esto llegó una criada con una carta para Mardoqueo, esa de Tomasita, y ella le incluía a Mardoqueo una que yo le escribí muy detallada al llegar a San Francisco, en que daba exactas noticias a ella de mí y de Samuel. Creyendo ella que mi tío Ramón detuviese las cartas que iban para Concepción, incluyó la suya desde Santiago, que

fue a dar la vida a nuestros padres y sacar de la aflicción a nuestros hermanos. ¡Ah! ¡Mi tío Ramón! De cuantos pesares habría librado a mi familia si no hubiese descuidado las cartas.

Miércoles 24 de octubre. Contestaciones

Tres días hace que desde que recibí las primeras cartas, no hago otra cosa que escribir a Chile contestando las que he recibido y escribiendo a los ingratos que no me han contestado. Hoy ha hecho un frío de los pocos que se han visto aquí, el agua en algunas partes ha amanecido escarchada y yo, a pesar de haberme abrigado con unos guantes hasta muy tarde, no he podido siquiera tomar la pluma. Dos veces han encendido fuego los peones anoche a las 12 por entumirse de frío. Los he sentido toda la noche rodear el fuego contando cuentos y aventuras y a la madrugada han cantado en coro las alabanzas. Mucho me ha agradado esto.

Calaveras. Jueves 25 de octubre de 1849. Un ahorcado en Stockton

Según noticias de Samuel, para hoy estaba señalada la ejecución de un americano en Stockton. Debían ahorcarlo como a todos los que se ajustician en California. Es un tanto más horrible presenciar la ejecución de un ahorcado que de un fusilado. Aquí a los que deben ser ahorcados los llevan en un tálburi acompañado del sacerdote que va sentado a su lado. Pero el sacerdote es algún simple comerciante a quién se ha visto un momento antes cambalachear a bordo de alguna lancha o acarrear al hombro hasta su almacén sus bultos comprados. Así es que el cristiano católico que presencia semejantes ejecuciones encuentra un horrible contraste entre esta farsa con que se despide a un hombre de esta vida, y entre la imponente, solemne y si se quiere sublime ejecución en un país católico. Llegados al lugar de la horca se lee la sentencia del condenado y habla éste lo que quiere en descargo y después de despedirse, siempre sentado, con el sacerdote en el tálburi, se le pone la soga al cuello. A una seña del verdugo, el postillón pica sus caballos, parte el tálburi con solo el sacerdote y queda el condenado columpiándose en la horca entre las últimas muecas y convulsiones de la muerte ...

Muchísimo trabajo cuesta ya para que los peones alcancen a cien pesos diarios lo que sacan. No hay oro ya, a fuerza de tareas y empeños inauditos llegan a sacar media onza diaria. Yo no sé qué será en el mes que entra cuando se hayan agotado más los lugares donde trabajar. Hoy han sacado apenas uno con otro 8 \$. Verdad es que también los días han acertado ya muchísimo. Y sin embargo, mis peones son los que más sacan. Hay más arriba una Compañía de 16 hombres que no alcanza a sacar 20 \$ entre toda ella.

Viernes 26 de octubre. Escribo hoy a los empresarios en Chile

Hoy hace ya un mes a que salió el Doctor y no tengo de él más noticias que la que me dio Samuel de haberse embarcado para San Francisco el mismo día que llegaron allí los enfermos, dejando a éstos en poder de [ilegible]. De este modo van a empeorarse los otros enfermos que tengo aquí, hasta quedar imposibilitados de trabajar como los que mandé.

Voy a escribir a los E. E. de nuevo sobre mis propuestas anteriores. Si el Doctor, como me dijo, me deja solo, reglaré de un modo distinto a lo que tengo mi Compañía. Yo sabré entonces el modo como la haré marchar hasta el fin, a despecho del mismo California.

Anoche he tenido una bulla tan grande de coyotes que nos han privado dormir casi toda la noche. Pero es admirable el orden que guardan estos animales en sus gritos cuando se reúnen muchos como anoche; todavía más admirable es la semejanza con que imitan de repente el llanto del hombre. Uno parece que llevase la primera voz, porque rompiendo primero, lo siguen los demás ejecutando las mismas alteraciones en la voz y variaciones en el canto. Horas enteras están gritando así y se llegan hasta 20 pasos de la carpa sin que los perros se animen a ladrar siquiera, tal es lo lúgubre y horrible que es esta especie de llanto; los perros se acurrucan a los pies de la cama y no se mueven de allí. Apenas principian a gritar los coyotes a media noche, dicen los peones “ya sale el acompañamiento del difunto” y según son más semejantes a llanto los gritos, van haciendo ellos mil comentarios sobre el difunto, los herederos y que el que grita más es el que menos siente y el que más ha heredado. De este modo llego yo a distraerme mucho oyéndoles solo y callado reírse a sus anchas de los llorones por el difunto.

Sábado 27 de octubre. Una despedida

Al salir el sol ha habido hoy una solemne salutación hecha por los peones de Rioseco. El caso es que hoy es el último día que van a trabajar. De veras que es una causa muy digna de celebrarse con ellos. Hoy acaba su misión en California, misión terrible y memorable. Quién pudiera decir otro tanto, quién pudiera haber hecho ya su fortuna y decir como ellos ¡mi misión en California está terminada! Muchos habemos que pudiéramos retirarnos, ya como los Rioseco, pero yo no soy de los que salgo de aquí como vine, hasta no tentar más, y cansarle la paciencia a la suerte, a ver si así se viene conmigo esta ingrata. Quién sabe qué será de mí más tarde, si cambiará mi posición, que creo en crisis, si cambiando cambiará en mejor o peor. Quién sabe el tiempo de más de estar aquí, ya veremos.

Calaveras. Domingo 28 de octubre de 1849. Balance dirigido a Chile

Hoy he tenido un día apuradísimo a propósito de ser domingo. He hecho un balance con mucho trabajo para enviar a Chile, y hasta ahora, que son las cuatro recién, acabo de cerrar mis últimas cartas. Jamás me acuerdo de haber escrito más que ahora. No se me queda una persona de mi familia a quien no haya escrito, y casi todas las cartas son de dos pliegas. Bien que ahora no se quejarán y por mí parte, este es un acopio hecho en verano para descansar en invierno. Creo que no volveré a escribir tan seguido.

Acaban de llegar Míster Bous y Biggs que salen mañana para Stockton con los Rioseco. Hoy es día de despedida, día de encargos, de recomendaciones, de protestas, etc. etc. Cada uno de mis peones escribe su carta, y el que no sabe escribir, dicta a otros, algunos que ya se han desocupado de éstos, hacen sus ataditos de oro en mil envoltorios con otros tantos rótulos; otros se han tomado aparte su quídam (sic) y le hacen sus encargos de palabras, con adiciones y reformas, etc. Yo, por otro lado, acabo de cerrar mis paquetes y hago por mi parte mis encargos a Domingo [Rioseco], nada más que en cuanto a la dirección de los sobres. En fin, en esto se ha pasado el domingo de hoy sin que yo lo haya santificado más que con buenos recuerdos.

Lunes 29 de octubre. Día de diferentes sensaciones

Son las cuatro de la mañana en que se ha tocado diana en el campo vecino. Cada uno de los peones, cual a más prisa, lía su cama y ropa para marchar a pie como un infante. La Candelaria prepara su último almuerzo para Domingo, quién marchaba a las 7 u 8. Yo acabo de escribir a Samuel y de empaquetar un poco de oro que le mando. Le mando el producto de la venta de mi reloj y algunas otras entraditas cuya suma asciende a libra y media de oro en polvo.

Casi nos han aturcido los peones con sus gritos de despedida, esto es semejante a aquella escena que presenciaba yo en Catamarca, lleno de atención y respeto, cuando salía alguna fuerza a pelear a las provincias inmediatas. De más de una cuadra de distancia todavía se veían darse vuelta los padres de familia, los hermanos, etc. Y gritos de “¡adiós! ¡adiós! quizá no nos volvamos a ver” ... Lo mismo ha pasado hoy aquí, los que se quedan se creen casi perdidos, ven alejarse a los otros por miedo del invierno, y ellos se creen ya víctimas. Tienen razón los infelices.

A pesar de mi estricta rigidez, me ha sido hoy imposible mandar los peones al trabajo antes que hayan visto salir a sus compañeros y hecho cada uno su despedida. Yo también sé lo que son estas cosas y no llevo hasta allí mi dureza con ellos. Bueno, casi han perdido medio día pero no importa, están todavía sin aliento, sin ganas ...

Martes 30 de octubre. Una asamblea

Anoche, antes de acostarme, tuve que sostener la reunión de una asamblea, ni más ni menos. Los peones reunidos en cuerpo entraron de repente donde yo estaba y tomó con sorpresa mía cada uno su asiento. “¿Qué hay?”, dije yo. Uno de tantos, el que ellos nombraron para tomar la palabra por todos, se me vino a la carga con lo siguiente: “Señor, ya verá su Merced que sacamos tan poco oro”. “¿Y qué hay con eso?”. “Los Rioseco se van señor, temiendo al invierno y cómo es posible que nosotros, que estamos ya tan gastados, nos hagan trabajar más, delante que no sale oro ni para pagar la comida, más antes nos fuéramos al tiro con los Rioseco aunque supiéramos perder alguna cosa ...”. Sobre estos términos, poco más o menos, fue lo que hablamos todos al fin, uno después de otro. Les respondí que veía muy bien como ellos, los inconvenientes que teníamos para seguir así en el invierno. A esto me objetaron que cómo si era así yo me había opuesto a la disolución de la Compañía cuando estuvo el Doctor. Les dije que era verdad, pero que entonces no tropezábamos con los inconvenientes que ahora, que yo mismo veía que estaban ya los más enfermos, y los demás debilitados por el trabajo tan seguido, pero que sin embargo me era imposible tomar ninguna medida hasta que no nos reuniéramos con el Doctor. Esto fue lo que se concluyó y con lo que se levantó la sesión.

Calaveras. Miércoles 31 de octubre de 1849

Anoche, después de la reunión de la asamblea, acabamos de tomar té con Moyano y le oía recostado en la cama sus aventuras durante la guerra en el otro lado de los Andes, cuando de repente oí una voz muy alta entonar hacia el camino un trozo de Los Puritanos. Le hice notar a Moyano, quién dijo que no percibía cosa alguna. Yo creía haberme engañado, pero en el momento, volví a oír la voz, y salté de la cama diciendo a Moyano “¡es Samuel!”. Salí afuera, pero el cantor no asomaba todavía, trepando la loma que está al frente. Moyano me decía “es imposible que sea Don Samuel, es amigo de sorprender y se habría venido calladito, estoy seguro.” Casi creí y me iba a entrar ya adentro cuando oí un nuevo contralto sobre la loma y ya no dudé ni un momento. Antes de dos minutos oí ya tras la carpa de los peones, los pasos de un caballo y en seguida los hurras de Samuel. ¡Dios mío! qué gusto, cuando menos lo pensaba. Samuel se bajó y me abrazó como siempre, cantando y lleno de alegría. Tal fue el gusto con que tenía abrazado a Samuel que no me fijé en nada más. Entré con Samuel adentro y me encuentro con el Doctor. “¡God dem (sic)!” dijo éste, “estaba Ud. tan fuera de sí que no me vio bajarme y entrar a la carpa, le dispenso porque me figuro el gusto que debe tener”. Realmente en nada me había fijado sino en Samuel. En fin, anoche nos faltó tiempo para hablar, y mucho más para leer las nuevas cartas que Samuel me ha traído. Veré más tarde lo que dicen.

Calaveras. Jueves 1 de noviembre de 1849. El día de Todos Santos también es mío

El Doctor ha rodeado ayer todo el día por ver el modo más conveniente de proponerme la disolución. Tenía presente y hacía mérito de cuánto podía sacar alguna desventaja en contra de la Compañía, para hacerla valer como causa para su disolución, pero siempre sin decir una sola palabra directamente. Yo tampoco le decía lo que los peones en reunión me habían expuesto el día de su llegada. Yo siempre en guardia desde ayer, sin querer llevar adelante las cosas hasta no ver las cartas de Chile y saber sobre qué terrenos piso.

A esta hora sé todo ya, las cartas de Chile han llegado justamente muy a tiempo contestando a las que escribí en el vapor fecha 10 de mayo, haciendo mis propuestas en caso de quedar solo, que se cifraban poco más o menos en dos artículos. Primero: socio en igual parte que los cuatro armadores ... Segundo: la libertad para mí de establecer una casa de comercio en cualquiera de los puntos que a mí me convenga y girar allí libremente y en lo que mejor me parezca. Esto era poco más o menos lo que proponía añadiendo que si alguna letra quitaban a mis propuestas, no admitía la dirección solo por nada. Casi estaba seguro que me las aceptarían al momento, viendo el modo como he llevado hasta aquí las cosas, y el horrible chasco que les pasó en San Francisco a causa de sus restricciones. Pues bien, me han contestado aceptando el primer artículo y haciendo mil excepciones en el segundo, con que acaban por destruirlo. ¡Miserables! Al fin llega ya el caso de vengarse después de haber querido evitarlo. Como les dije en mi carta, no me hago cargo de la dirección y ahora no me opondré a la disolución que tanto resistía yo, a no ser que cargue con la responsabilidad de ella. Pero yo sabré hacer la cosa y sacar el partido que me convenga a mí, sin acordarme más de los EE.⁹⁰ que no acaban de persuadirse lo que soy yo y lo que es California.

Viernes 2 de noviembre

Acabamos de hacer con Samuel todos nuestros planes y estamos decididos a seguirlos adelante. Anoche convenimos ya con el Doctor en disolver la Compañía bajo las bases que convendremos en el acta que levantemos de disolución. Antes de todo, es sabido y convenido que se hace la disolución bajo la sola y única responsabilidad del Doctor, como que más causas tiene que alegar. Gracias a Dios ya saqué yo libre mi cuerpo en eso por lo que puede suceder, veamos lo que hago ahora en mi favor.

⁹⁰ Parece referirse a sus ex-socios de la empresa minera.

Calaveras. Sábado 3 de noviembre de 1849. Redacción del acta de disolución

Anoche redactamos con Samuel el acta de disolución de la Compañía y a estas horas está firmada por todos los miembros. El Doctor es el único responsable según el primer artículo a cualquier cargo que se quiera hacer después por los EE. Todos los miembros quedan desde hoy libres y desligados de todo compromiso con los EE., teniendo entera y completa opción cada uno a la parte que le es asignada en la contrata en Chile del oro sacado y a cualquier ganancia que se haga con el empleo de ese oro como perteneciente a toda la Compañía. (La cantidad de oro en polvo sacado, asciende a diez y ocho mil pesos poco más o menos). Aunque yo me quede en California, la caja de los EE. me pagará a mí doscientos treinta pesos para mi pasaje a Chile, gracias a que no cobro el importe del pasaje en el vapor que entonces serían 800 y tantos. Me darán además doscientos pesos para gastos particulares, y doscientos y tantos importe de comisión por ventas en Stockton, en el tiempo que estuve yo solo allí, etc. Los trescientos y tantos quintales de víveres que quedan, las dos carpas o tiendas, las herramientas, máquinas, y demás enseres de la Compañía se venderán al mejor precio y se las llevará el que más dé (¡ya sé lo que debo hacer en esto! ...). Estos son los términos en que hemos firmado el acta de disolución, autorizada por el juez del distrito y atestiguada por los correspondientes testigos. Al fin, creo que me la pagan los EE. y que realmente ha llegado la ocasión de mostrarles lo que pierden solo por el maldito sistema chileno de “restricción” para socios que especulan en un país como California. Ya se tirarán de una oreja cuando sepan esto, ojalá se la corten antes de alcanzar la otra. Amén.

Domingo 4 de noviembre. Disolución de la Compañía y entrada del invierno

Samuel llegó aquí trayendo el invierno que ha entrado repentinamente cuando menos se lo esperaba y con tanta fuerza que acobarda hasta a los que como yo, conocen el invierno del sur de Chile. Cinco días hace que está lloviendo de día y de noche sin que hayamos visto el sol ni un solo momento. El Doctor está desesperado por volar; ya le parece que el invierno le impide volver a San Francisco para embarcarse para Chile. Tan pronto como deje de llover, se marcha quédese lo que se quedase.

Hoy fue a buscar venta de todos los víveres y existencias de la Compañía a la carpa del juez, y tanto él como todos los demás americanos que hay allí desde ahora dos días están más borrachos que el Padre Gorenflot de Dumas. Todo parece que se combina a mi favor. Por todas las existencias que muy bien valen ahora cuatro mil pesos, no hay quién le ofrezca nada al Doctor.

Y aunque el juez le ofrezca, no creo que acepte el Doctor por la incertidumbre del pago, más cuando él quiere recibir el importe al contado y marcharse a Chile. Esta es la ocasión en que me toca a mí resarcirme, ¡eh! ... Pues bien, vamos despacio, el temporal sigue horriblemente, y los borrachos no dejan de tomar. Van ya dos propuestas que me hace el Doctor de que me quede yo con todo, y van ya dos veces que yo le respondo que no, que sé muy bien y más que él lo que es esto y que no encontraré quién me compre una libra de nada cuando quiera vender. Estas y otras razones bien acomodadas al caso, le hacen entender que ningún interés tengo yo sobre las existencias. ¡Alerta! ... que si atrapo la ocasión ésta, debo resarcirme de mucho, de muchísimo.

Lunes 5 de noviembre. 4.800 \$ por 800 \$

Hoy, en un momento lúcido que ha tenido el juez, ha atrapado no sé de quién la noticia de la ventajosa venta que se presenta y cayéndose y levantándose, ha venido a hacer sus propuestas al Doctor y han convenido en que le mandará el balance hecho para que se resuelva. La cosa ha estado muy crítica y solo nos ha salvado el golpe de mano que sigue. La desconfianza que tiene el Doctor del pago por parte del juez ha hecho que el Doctor me ofrezca de nuevo las existencias. Yo le he respondido, “¿quiere ocho cientos pesos por todo?”. Paso en silencio las admiraciones de él y las protestas, eso era ahora una hora. Ahora ya está cerrado el trato por los 800 \$ y hecho también el documento. ¡Con qué! ...

Calaveras. Martes 6 de noviembre de 1849. Un hecho pecho

Muy temprano vino hoy el juez Mr. Scollen a cerrar el trato con el Dr. pero ya era tarde. El Dr. le ha contestado que ya se hizo el negocio conmigo y que no hay remedio. Mister Scollen ha llegado a patear de rabia, pero para mí era este negocio y para nadie más. Creo que si de aquí no saco cuando puedo esperar de un buen negocio, no sacaré nunca ya ventaja. Preciso es que sea muy desgraciado para que esta crisis tan favorable en mi favor no sea el cimiento de mi fortuna. Por el lado de la compañía, me queda la parte que tengo en las 16 mil cuadradas compradas en Venecia, y los dos sitios que me tocan de 21 que tenemos en San José declarado ya capital del estado de California.

El Dr. ya solo espera que el tiempo mejore para marcharse. Ya está todo concluido aquí, pero el temporal sigue aún con igual fuerza y lleva miras de cesar. Samuel está igualmente desesperado por volverse, y mucho dice lo que debe perjudicarle este temporal no estando él allí y habiendo dejado su casa recién armada y casi todos los efectos del almacén afuera. Cese o no el temporal, él piensa salir mañana a bien que poco le hace a él una mojada.

Miércoles 7 de noviembre. Mi nueva Compañía

Ayer hablé con algunos de los peones proponiéndoles nueva Ca. y hoy está ya cerrado el trato. He escogido seis de los mejores, o quizá los únicos que han sacado todo el oro, y he hecho una compañía nueva con ellos dándoles la mitad de lo que saquen. Estos hombres, a quienes conozco en ocho meses que lidio con ellos, son honrados a prueba de California, empeñosos para el trabajo, humildes cuando se les reprende, en una palabra, reúnen para un todo lo que yo hubiera buscado para peones mineros. Queda también en la compañía la Candelaria como queda su marido, esta muchacha se empeña perfectamente en los quehaceres de una casa de tantísimas personas como es la mía. Ella sola servía aquí para la cocina, lavado y demás quehaceres, para más de veinte individuos. Así es que la Compañía entera, como estaba, queda en mi poder excepto algunos flojos que no he querido retenerlos.

Este es el nuevo plan que tengo formado. Sin duda me quedo ya a pasar aquí el invierno con mi Compañía. No importa que la nieve y el agua se derramen aquí con la abundancia que hemos experimentado ya en estos ocho días de temporal. No hay duda que serán muy pocos los días en que veamos sol, y por consiguiente no muchos en los que podamos trabajar, pero yo me contento con pasar como quiera el invierno y estar apto para marchar en la primavera al placer que más prometa. De todos modos, pienso que el invierno no me hará perder.

Jueves 8 de noviembre. Parten Samuel y el Doctor a Stockton

Sigue el temporal aunque no con la fuerza de antes. Samuel y el Dr. acaban de marcharse para Stockton a pesar de estar lloviendo. El primero no puede, dice, esperar más aunque caigan rayos. También yo iba a salir hoy para Stockton con ellos, pero resultó primero arreglar bien la Compañía y marcharme pasado mañana a la vuelta de un peón que vendrá trayéndome una mula. Voy allá por dos o tres días a arreglar los libros de la Compañía al Dr. y despacharlo a Chile con viento en popa. Mi amigo y paisano Moyano quedará aquí en mi lugar mientras vuelvo. Voy a volver a Stockton a los cuatro meses de haber salido de allí, y sin duda voy a ver, según me dicen, un pueblo, una ciudad, enteramente distinta, grande y llena de población y cuyas épocas no se cuentan sino por horas y días. Qué progreso, qué país el de California. De veras que este es el primer fenómeno de la laya que cuenta la historia de los siglos, y muy probablemente que no haya suceso más disforme, más admirable y más fecundo en rarezas, hasta llegue el día tanto tiempo anunciado por las profetas. Creo que solo una época así podría igualar en celebridad a esta de California.

Calaveras. Viernes 9 de noviembre de 1849. Una mano menos

Lo que copio ahora en mi diario copio de un borrador llevado en mi cartera. Más de ocho días hace que quedé sin mano, por consiguiente ni mi diario ha podido saber lo que era de mí. El día que se fue Samuel, el 8, abrí la caja para sacar un poco de oro y pagar una cuenta de la Compañía a Míster Scollen. Dejé la tapa arriba, como acostumbro y, no sé por qué movimiento y distracción, cayó la inmensa tapa de fierro, que pesa más de una arroba, y me dio en dos dedos que tenía puestos yo cerca de la cerradura y me los aplastó como ... hasta ahora me estremezco entero cuando me acuerdo de ese momento en que casi perdí el sentido, tan inmenso era el dolor que sufría. A pesar de la sangre que derramaba, las uñas se pusieron al momento negras como un carbón, pero siguiendo a más el dolor corrí como un loco y metí la mano en el arroyo y fue tan grande la impresión que sentí por el choque de la frialdad con lo ardiente de mis dedos que casi me caí para atrás. Sin duda la frialdad me hizo mucho mal porque los dedos se me hincharon hasta perderse las señales de la coyuntura. No creo jamás experimentar un dolor semejante. Esto me ha impedido escribir aquí, pero trazaba algo con lápiz, en mi cartera, tomándolo con el dedo pulgar e índice que estaban buenos y como dije, esto copio ahora en mi diario.

A pesar de que hoy ha llovido, también los peones han trabajado algunos ratos, y la parte que a mí me ha tocado en este primer día de ensayos, son 28 pesos. Muy contento estaría con que los días que hagan buenos me entreguen esta cantidad.

Sábado 10 de noviembre. 100 \$ por el alquiler de una mula

Acaba de llegar el peón trayéndome una mula de Stockton y es casualmente la inmejorable de Samuel. Pero a fe que se la pagan bien. El Doctor se ha visto allí muy apurado para mandarme un caballo en el mismo día de llegar, a ver si yo llego allá mañana y lo despacho pasado, para alcanzar el vapor que saldrá el 15. En este apuro, no encontrando animal ninguno, propuso a Samuel algo por su mula quién le pidió trescientos por ella, ni más ni menos. El Doctor rehusó comprarla pero se la alquiló en cien pesos en oro en polvo. Dios mío, qué dijeran en mi país si alguna vez contase que hemos alquilado una mula para 18 leguas en 100 \$ en oro en polvo. Tan exorbitante es esto para allá que quizá daría a algunos qué pensar espantosas cosas respecto de fletes y animales de silla.

También hoy ha llovido casi todo el día, impidiéndoles casi el trabajar, sin embargo me han dado la misma cantidad que ayer. Horrible es ahora el trabajo de estos infelices, que tienen que bañarse con semejante frío. Y es imposible de trabajar de otro modo, antes faltaba el agua y ahora sobra, porque a una cuarta de profundidad se llena ya de agua la labor. Sin embargo, para ellos están bien compensados con lo que ganan al día.

Domingo 11 de noviembre. Parto para Stockton

Anoche ha llovido tan horriblemente que el arroyo ha bajado hoy lleno de banda a banda. Los peones habían dejado alguna ropa sobre unas peñas muy altas que hay en frente de la carpa y las peñas han desaparecido con la agua corriendo la misma suerte que la ropa. De ningún modo pensaba anoche que podría salir hoy, pero el día ha amanecido un poco mejor y salgo a las 7 en punto para Stockton.

No me gusta mucho este viaje tan solo para allá, y más cuando llevo conmigo cuatro libras de oro, y cuando voy con la mano derecha menos. Sin embargo, la urgencia del Doctor es tanta que marchó sin remedio pudiendo esperar a mañana para ir acompañado. Me parece que en caso de apuro, muy bien podré tirar el gatillo de una pistola aunque me duela la mano, *intellectus apretatus discurrit*.⁹¹

Voy a ver si a una legua de aquí doy con la carpa de los Quiroga, que hace más de dos meses que están ahí y no podemos encontrarnos, ni ellos a mí ni yo a ellos. Si los encuentro, caramba, tendré mucho gusto de verlos, hace tantos años a que no nos vemos.

12 de noviembre de 1843. Alojamiento en la ranchería de los indios a orillas del río Calaveras

Ayer a las cinco de la tarde llegué a esta ranchería. A tres leguas de salir de mi carpa di al fin con la carpita de los Quirogas, a las márgenes del mismo Calaveras. Me encontré con Abel quién como es ya de presumir no me conoció después de 12 años poco más o menos que nos dejamos de ver en Catamarca. Su traza no tengo necesidad de decir que es la de un peregrino de poca comodidad en California. Tuve mucho gusto al encontrarme con este antiguo amigo, lo mismo que lo mostró él. Me detuve en su carpa cerca de tres horas y llegué aquí al entrarse el sol. Aunque hubiese llegado más temprano es seguro que no habría pasado adelante, tal es la curiosidad que me inspiró al momento tanto rancho de indios para invernar. Me bajé en esta única casa de Míster Lemon quién me llevó al momento a visitar los indios. Lo primero que notamos al llegar a un rancho fue la habilidad en hacer el pan de la fruta del roble. Hacían primero, tres indias a quién estuvimos viendo trabajar, un hoyo cuadrilongo que llenan en seguida de arena, ésta bien caldeada, después quitan el fuego, desparraman la arena y en ella echan a cocer la fruta del roble hasta que se deshace y queda espesa. En este estado la cuelan en una especie de

⁹¹ Cicerón: *En caso de aprietos el cerebro discurre (intellectus, apretatus discurrit qui rabiati)*. Traducción del latín.

cedazo hecho de pasto y lo ponen a enfriar en unos canastos, donde se endurece hasta quedar hecha una sola masa; después vuelven a cocer hasta que queda ya el pan en estado de comerse.

Todos estos indios que naturalmente son más civilizados pues que no huyen de los blancos, están todavía desnudos tanto los indios como las indias, sin que lleguen a ponerse más que un pedazo de piel de oso por el frío que lo botan para trabajar. No puede darse una raza de hombres más horribles. Sólo en las mujeres se encuentran algunas un poco blancas y de mejores facciones. Dos solamente vi completamente blancas y de una regular presencia y dijo Lemon que éstas eran de la tribu mezcladas con inglés. Lemon hizo hablar al intérprete y les dijo que yo quería comprar un arco con flechas. Al momento se presentaron 6 u 8 a cual mejores y cada dueño hacía mil maniobras ya con el arco ya con las flechas para probar la superioridad de su mercadería. Al fin, vino un viejo que al verlo de repente, no pude dejar de estremecerme, tal fue la impresión horrible que me hizo su cara completamente desfigurada. Este viejo en joven había peleado un día entero con un oso y había salvado apenas la vida después de haber muerto al animal. Este indio es célebre por su cara y la memorable hazaña que marcan sus cicatrices. No le queda más que el ojo derecho, no hay rastro de narices en toda la cara y desde la frente se le ven cinco rayas profundas a lo largo del carrillo, rastros que dejaron las uñas del oso al llevarse en sus garras el ojo y narices del pobre indio. La historia de este indio famoso me llamó mucho la atención, y ya no vacilé en decidirme a quién debía comprar el arco. Le di a él 8 pesos, aunque los otros querían dárme los por seis. Con que algo tiene de célebre mi arco. Son las seis y media de la mañana que todavía duermen todos y yo parto para Stockton.

Martes 13 de noviembre. Llego a Stockton

Ayer, después de salir de lo de Mister Lemon, llegué a la carpa de Mr. Frank donde pagué nada más que seis pesos por un ligero almuerzo. Partí al momento porque el tiempo estaba poniéndose horriblemente malo con un viento tan frío que parecía estar en la cordillera misma. Apenas anduve una legua cuando principió a caer una garúa que casi no se percibía, pero tan penetrante era que, antes de dos horas, tenía ya mi pobre manta de paño (hecha en Catamarca por el Maestro Eduardo) completamente pasada de agua. Troté sin detenerme ni un solo instante y llegué a Stockton a la una o dos de la tarde.

Miércoles 14 de noviembre

Mucho trabajo me costó antes de ayer para dar con la casa de Samuel, pero vi en una carpa, parado a la puerta, a Onofre Navarro a quién no había visto en cinco años y al momento no

dudé que aquélla debía ser la casa de Samuel. Llegué allí todo mojado, y dando mil gracias a Dios por haber llegado a librarme del temporal que dura hasta hoy.

Stockton. Jueves 15 de noviembre de 1849. Como se adelanta en California

Es admirable, como todo lo que sucede en California, la diferencia que hay en Stockton desde ahora cuatro meses. Stockton es ahora una hermosísima ciudad con lindísimas casas y con tanto comercio y población como puede tener la mejor ciudad, que al mismo tiempo que es ciudad, es puerto donde entran toda clase de buques. Es una cosa magnífica la vista que presenta ahora Stockton dividido por un lago y cuyo lago está completamente cubierto de buques de todas clases y tamaños, y a dónde se entra lo mismo que entrar a cualquier almacén en tierra. No creo yo que pueda haber un local más hermoso, ni una ciudad que marche con más rapidez que la que se levanta en Stockton. En tres días más estará ya concluido el puente que atraviesa el lago y une Stockton con la península, este puente sale precisamente a la esquina de la casa de Samuel.

No hay más defecto aquí que el piso, que todo es fango y casi intransitable de una calle a otra. Pero esto es nada para los americanos, todo este barro desaparecerá hasta no quedar ni rastro de él en la primavera. Se han encargado ya las lajas para empedrarlo todo, y el otro verano estará concluido.

Viernes 16 de noviembre. El balance de disolución

Van tres días que trabajamos con el Doctor en hacer el balance de la Compañía, sin que podamos concluirlo. Tanto más penoso es esto para mí cuanto que para llegar hasta el buque, donde tenemos los libros, tengo que ensillar la mula, y echar un cuarto de hora cuando no hay más que dos cuadras. Este mismo afán tenemos con Samuel para ir a comer y almorzar todos los días a la fonda.

Hoy he tenido muy buen día porque he almorzado y comido en compañía de nuestros amigos, algunos de los que no veía muchos años ha. Hoy almorzamos los siguientes amigos y parientes: Samuel, Onofre Navarro, Juan de Dios Sánchez, Galup, Isaac Quiroga, yo y Cupertino Ocampo, que se nos apareció de repente y cuanto más a propósito venía su llegada. De modo es que el día ha sido muy feliz y quizá es el mejor que tendré aquí.

Juan de Dios había estado en San Francisco un poco enfermo, pero aquí está sano ya a pesar del fango en que nos metemos todos. Éstos que acabo de nombrar alojan todos en casa, y de

noche se vuelve todo orquesta, sainetes, etc. ¡y dice uno que es desgraciada la vida que pasa en California!

Sábado 17 de noviembre. Ocho infelices ahogados

Gracias a Dios que hoy acabamos ya con el Doctor el maldito balance de la maldita Compañía que Dios guarde. Me ha costado más de lo que pensaba este arreglo a causa de las diferentes medidas y transacciones que se han hecho al disolverse la Compañía. Pero en fin, está todo concluido y nos despedimos también con el Doctor hasta que nos volvamos a ver en Chile. Si el vapor llega hoy, el Doctor debe partir mañana para San Francisco a esperar el vapor del 1º de diciembre. Le deseo un buen viaje y buen saldo ...

Van ya dos días lindísimos con éste. Sin embargo esto no ha impedido que ayer se ahoguen ocho que iban en una lancha para San Francisco. Antes de salir tres millas de aquí se les dio vuelta la lancha y perecieron ocho, entre ellos algunos chilenos que por suerte no los conozco yo. Sólo dos han salvado y han llegado hoy a contar el cuento que no es poco hacer ...

Domingo 18 de noviembre. Una compra

Ayer compré un sitio esquina en la península en dos mil trescientos pesos, entregué al contado mil trescientos y firmé un vale a 30 días. Estos sitios han valido mil pesos en las primeras ventas, lo mismo que todos los demás 300 \$, y éstos últimos valen ya 3 mil pesos. Mr. Thibault tiene uno contiguo al mío, y no lo quiere vender ni en seis mil pesos. Míster Lippincot nos lo ha dado así quién sabe por qué. Hoy vino a entregarme los papeles de venta y ya luego vemos con Samuel a ver y tirar trazas en nuestra propiedad.

Lunes 19 de noviembre. Salgo para Calaveras

Son las doce del día en que salgo para el Placer acompañado de Míster Scollen que vino ayer de Calaveras. Al mismo tiempo que yo, sale Cupertino para Estanislao. Míster Alfredo y Sánchez deben salir mañana o pasado con la tropa que lleva mi carga para allá. Al fin se han resuelto también ir a pasar el invierno, tan horrible está Stockton con su piso de puro fango. Anoche he escrito a Chile a mi Tatita y Tomasita, únicas cartas que he podido escribir. Ya tampoco no escribiré muchas más, tantas son las cosas que hemos sabido con Samuel en estos últimos tiempos que será mejor cortar muchas relaciones ...

Son las ocho de la noche y estamos recién llegados a una casa de madera donde no puede llegar el viajero sino por una casualidad como nosotros. Al salir de Stockton nos hemos extraviado en los mil laberintos de caminos y hemos tomado uno que lleva al Sacramento. Hemos andado hasta estas horas sin poder dar con el camino por medio de fangos y bosques, hasta que encontramos un hombre que nos avisó de esta casa donde no llega alma viviente, según creo. El americano dueño de casa es hombre de comodidad y tiene dos hijitos en una jovencita como de diez y ocho a diez y nueve años, bien hace él de haberse retirado aquí, es muy bella ella, y nos prepara una riquísima cena. Tiene leche fresca, mantequilla, gallinas, pavos, etc. con que ya veo que la noche no se pasará mal.

Martes 20 de noviembre. Un penoso y largo extravío

Son las 9 de la mañana en que acabamos de salir recién al camino real. Hemos atravesado el campo a fuerza de tino hasta que hemos salido al camino, y no distante de Stockton sino cinco leguas; ahora tenemos que destripar los animales para llegar a Calaveras, pero al fin nos quedaremos en el camino otra vez esta noche.

Las dos de la tarde. Acabamos de llegar a la ranchería de los indios y por una casualidad nos hemos encontrado con una gran ceremonia fúnebre. El capitán de la ranchería, que quedó enfermo el día que pasé, ha muerto ayer y hoy se hace su entierro. Digan lo que quieran, todos tenemos costumbres tontas en estos casos, y aunque las que he visto ahora en los indios parecen a primera vista muy lesas, se andan por ahí con algunas de los pueblos nuestros. Los indios han encendido una gran hoguera y en ella arde el capitán con todos sus bienes sin exceptuar ninguno. Como que hay Dios que yo creí que era jamón lo que asaban estos diablos. El que ha de suceder al capitán es el que atiza el fuego, todas las indias tienen la cabeza cubierta de ceniza y cuatro indios completamente desnudos lloran haciendo mil visajes y ademanes, pero un lloro que parece canto, y en que no se ve rodar una lágrima. Cada una de las indias tiene puesto en las narices un hoja de no sé qué hierba hecha cigarro con que llegan a parecer más monstruosas. Dicen que después que se reduzca a ceniza el cuerpo lo entierran recién; Dios les ayude ya no tengo tiempo de esperar.

Miércoles 21 de noviembre. Double Spring

Anoche a las ocho llegamos a la carpa de Double Spring, donde alojamos anoche entre más de 50 ingleses y americanos que bebieron y gritaron toda la noche sin dejarnos dormir. Ha llovido casi toda la noche y así hemos salido en marcha, atascándonos a cada veinte pasos,

tan pantanoso está el camino. Ahora estoy yo secándome en la carpa de Abel Quiroga y Mr. Scollen no ha querido esperar más y ha pasado a Calaveras que ya no dista ni dos leguas. Ya lo alcanzaré yo.

Son las tres de la tarde en que acabo de llegar a mi casa, gracias a Dios. Me ha llovido hasta aquí sin cesar y me he mojado hasta no tener en todo mi cuerpo parte seca. Ninguna novedad he encontrado, todos los peones están buenos y contentos, que es lo mejor. Más contentos estuvieran caramba, si como yo, hubiesen ido y vuelto a Stockton.

Calaveras. Jueves 22 de noviembre de 1849. En mi casa

En los seis u ocho días que he faltado, raro ha sido el momento, según me dice Moyano, en que han trabajado los peones a causa del agua que no ha cesado ni un día. Sin embargo me han entregado 150 pesos en oro en polvo. Ya hoy hace un lindísimo día y tendremos siquiera como secar las cosas mojadas.

Caramba, no se sabe lo que es estar en su casa aunque sea una choza sino cuando uno hace una salida de algunos días. No cambio yo mi cama de rancho donde arde un buen fuego por la mejor chimenea de Stockton, ni mi cama pobre pero limpia, por la mejor que se presenta en alojamiento de lujo. Anoche he dormido con el sueño de un propietario Canónigo, y no he despertado hasta esta mañana en que salían los peones a trabajar.

Viernes 23 de noviembre. Cuesta mucho trabajar ahora

Los peones sacaron ayer un poco más de cuatro onzas que estoy por decir que es muy mucho si se atiende lo que cuesta ahora trabajar. Caramba que el meterse el cuerpo caliente, recién salido de cerca del fuego, al agua que amanece congelada con la helada de la noche, debe ser un poco desagradable. Pero así trabajan estos infelices y si al menos me dan diariamente, estaré siempre contento como si me dieran mucho pues que veo que no pueden hacer más.

También hoy es lindísimo día y es delicioso el salir a andar porque todo el campo está alfombrado de verde y no hay barro como en Stockton. Con un día que haga de sol, se ve crecer el pasto maravillosamente, para el mes que entra estará ya todo el campo hecho una verdadera siembra de trigo. A propósito, yo tengo aquí tres o cuatro planchones de trigo que crece con la velocidad del viento, voy a ver si cosecho trigo y saber de qué calidad se produce el grano en tierras donde cada grano del oro vale en peso cuatro de trigo. Sin embargo, creo que esto será muy fértil. Todavía hay uvas en el camino, y en las fondas de Stockton las he comido tan riquísimas como las mejores de Chile.

Sábado 24 de noviembre. La crecida del arroyo

Sigue el buen tiempo, y no sé a qué atribuir la demora de la tropa cuando no hay ahora lluvia que la ataje. Será quizá que no haya salido de Stockton, pero caramba no puede ser porque si Samuel no ha despachado las cosas con este tiempo bueno, es muy factible que nos perjudique una lluvia en el camino. Quién diablos sabe lo que habrá sucedido, el arriero debía salir el lunes el mismo día que yo, hoy es sábado y aún no aparece.

¡Diablos! El arroyo que corre al lado de la carpa se va poniendo ya insufrible, no nos deja dormir de noche con el ruido que hace y después de eso crece cada día más, no sé de dónde, cuando no llueve. Hoy toca ya los dos pinos donde tocan también las amarras de la carpa, creo que si el mes que entra es tan lluvioso como éste, el arroyo se nos va a entrar a la carpa a darnos los buenos días. Pero creo que más es de nieve que de agua llovediza, porque baja del mismo cerro de San Antonio que a esta fecha está ya muy blanquito de nieve. De todos modos no me gustaría mucho que el arroyo crezca demasiado porque me perjudicaría, de todos modos.

Domingo 25 de noviembre. Un domingo sin descanso

Hoy todo el día, sin embargo de ser fiesta, me he ocupado de armar bien mi carpa que algunas veces llegaba a gotearse. La he levantado una vara más de alto, cambiado cubreras y postes y asegurado de un modo muy sólido. Acomodando bien la carga ha quedado muy espaciosa y ya no le tengo miedo al invierno, aunque sea más de lo que se ha mostrado.

Ya estas horas en que yo acabo de trabajar tan recio, qué será de aquellos mundos, de las gentes que la habitan, Domingo ... Cuántos convenidos míos estarán ahora gozando del día de fiesta todos enguantados, ¡tiesos de fraque y corbata! ... Cuántas convenidas también pasearán en la Alameda ostentando el yo, y sin acordarse un pito de los que tragó California.

Pero más me importaría saber qué hacen a estas horas Darío, Mardoqueo, Juan, etc.

Calaveras. Lunes 26 de noviembre de 1849. Llegada de la tropa

Al fin acaba hoy de llegar la tropa después de cuatro días de marcha. Felizmente no han tenido ni un contratiempo estando el tiempo tan bueno que es lo único que se teme ahora. Han llegado también en la tropa Juan de Dios Sánchez y Míster Alfredo, que vienen a pasar el invierno aquí. Gracias a Dios que voy a estar un poco acompañado de gente con quien conversar siquiera en las eternas noches de invierno.

He recibido carta de Samuel y nada había de nuevo allí. Isidro acababa de llegar de San Francisco y no nos traía ni una carta. Hemos recibido muchas pero quisiera recibir todas las que se puedan.

Son las diez de la noche y recién tengo descanso para sentarme un momento desde que llegó la tropa. No sé cómo han sabido tan pronto los sonoreños la llegada de la tropa y se han venido todos al momento. Parece que la miseria principiaba a afligirlos a estos infelices, según la desesperación con que comen aquí mismo todos los víveres que compran. No se fijan en la exorbitancia del precio, con tal que les vendan el artículo y que sea pronto. Los artículos que más están consumiendo son frijoles, arvejas, harina, galleta, azúcar negra, charqui, trigo y tabaco y pagan por el quintal de cada uno de estos artículos setenta y cinco pesos seis reales la libra. Creo que más entrado el invierno va a ser esto horrible en escasez.

Martes 27 de noviembre. Los jubileos son indulgencias

Hoy he tenido el mismo jubileo que ayer por venta de víveres y han vuelto también algunos de los que compraron ayer. Casi no les bastan 10 pesos para comer en el día, porque algunos han llevado ayer 8 libras y ya están hoy de vuelta. Con tal que yo tenga siempre en abundancia para venderles, no me desagrada la epidemia. Pero creo que si la tropa no vuelve luego, no tendré en quince días nada de lo que me ha traído esta vez. Gracias a que la tropa es nuestra que si no tendríamos que pagar treinta y cinco pesos quintal o ciento cinco pesos de carga hasta aquí, que no es muy cómodo, por esto más ganamos nosotros con la tropa.

Hoy amaneció lindísimo el día, y ahora que son las diez de la noche hace ya dos horas que no cesa de llover. Mi carpa ha quedado excelente, porque no se llueve nada y menos miedo le tengo ahora a la nieve. Pondero yo como hay un poco más arriba un sin número de sonoreños que además de no tener más que su sarape, no tienen carpa ninguna y viven a campo raso. Cierto es que la providencia cuida de todos ellos, sin embargo del desabrigo gozan de una perfectísima salud.

Miércoles 28 de noviembre. ¡Qué lindo día!

Contra todas mis esperanzas el día de hoy, después de llover tanto anoche, ha amanecido lindísimo con un sol capaz de poner azul al viejo más roto. Todo amanece alegre y todo parece que espera felicidad cuando amanece el día con un sol como el de hoy. Él no calienta mucho todavía pero se oyen cantar miles de parajitos y cruzar por el aire inmensas bandadas de torcazas. La verdura misma del campo parece que torna un nuevo color con

los reflejos del sol, y que se anima más a medida que siente más su calor. Qué feliz sería yo en estos desiertos si tuviera aquí mi familia o un miembro de ella siquiera, o si a falta de todo esto hubiera por estas cercanías alguna ... ¡Alguna de quince o veinte con un corazón parecido al mío! ... pero dejemos estas quimeras y volvamos a la realidad, que es lo único que me rodea ahora.

Despaché ayer el arriero y mandé a Samuel una de las carpas para que la arme en la península. Le mando también 2 onzas de lona, y mil pesos en oro en polvo para pagar un vale a la orden de Míster Lippencot. ¡Oh! Si llegara Mardoqueo en una casa de madera, caramba qué bien nos vendría, la pondríamos en algún hermoso sitio y no tendríamos ya nada que envidar.

Calaveras. Jueves 29 de noviembre de 1849. Muerte de Saravia y suicidio de otro

Estoy muy contento con que el tiempo siga así tan bueno para que el arriero llegue a Stockton hoy y lo despache Samuel de nuevo lo más pronto posible. Puede ser que el tiempo siga bueno y que a mediados de la semana entrante tenga ya aquí de nuevo la tropa. Quizá tenga también cartas de Chile y no deja de ser esto lo que más me interesa en cuanto a la vuelta inmediatamente.

Me olvidé de contar a mi diario la desgracia sucedida a dos amigos míos que él conoce ya. El domingo pasado 18, estando yo en Stockton, llegó el vapor de San Francisco en que le escribía Soruco a Samuel participándole la muerte de Federico Saravia. Santo Dios, dijimos a un tiempo con Samuel. No hacían muchos días que éste joven había salido para San Francisco sin novedad alguna. Pobre amigo. Hemos vivido juntos dos meses en Stockton como la unión de dos hermanos, yo sé toda su historia como él sabe la mía. Siempre me contaba llorando la desgraciada muerte de su hermano mayor en las minas sin más amparo ni auxilio que el que él podía prestarle. Pocos días antes de separarnos, recibió él la noticia de la muerte en Salta de los dos únicos hermanos que le quedaban. Recibió con valor este nuevo golpe doblemente sensible por el desamparo en que quedaba su madre allá, estando él, único hijo que le restaba, tan distante de ella. Creo que marchó a San Francisco con intenciones de pasar inmediatamente a Salta y he ahí la muerte, a los 22 años de edad, 4 meses después que todos sus hermanos. Qué desgracia tan horrible Dios mío. En el mismo día Míster Jim, un íntimo amigo nuestro que estaba empleado en la aduana en San Francisco y que había ganado ya más de 50 mil pesos, sin saber nadie la causa, se destapó la tapa de los sesos de un pistolazo. Será eso cobardía o valor. Dicen que tuvo carta de su familia y de allí vino la funesta idea de suicidarse.

Viernes 30 de noviembre. Un mes menos en California

Lindísimo día el de hoy, como todos los de esta semana. He aquí que cuando menos lo pensaba ha acabado el mes de noviembre. Un mes más de menos que sufrir. Cada día que pasa aquí es para mí como un mes. Tantos son los sufrimientos a que uno tiene que suscribirse aquí sin decir nada ni quejarse de nadie. Ya el mes de diciembre está encima y luego pasará como el de noviembre y llegará el de enero ... Dios mío, ya llega el año 50 y yo todavía sin fortuna. Me admiro de esto que realmente no es admirable porque según una profecía de Mardoqueo, para el año 50 debíamos nosotros tener coches, dando a entender con la fortuna que debíamos hacer ... pero ya al menos, si no veo todo el coche, al menos las ruedas siquiera me parecen hechas este año; quizá el 51 se cumpla la profecía por lo que el profeta no será desmentido y si la suerte todavía no es adversa, iremos a un cuerno y nos taparemos con otro, contentos con que al fin hemos llenado nuestra misión.

Calaveras. Sábado 1 de diciembre de 1849. Sábado. Mala pesca

Son las tres de la tarde en que acabo de llegar del río Calaveras. Fuimos con Mr. Bous a pescar al río, nos habían dicho que había allí muchísimo pescado, pero nos han engañado, hemos estado cerca de tres horas tirando el anzuelo y no hemos sacado ni un pejerrey.

El día de hoy está lindísimo, y aun algo caluroso por lo que mucho temo que de repente nos venga otra vez el agua. Dios quiera que si viene, no tome a mi arriero en el camino, que según pienso, saldrá de Stockton hoy o mañana. Si Samuel ha andado activo, ha tenido muy buen tiempo de despacharlo hoy.

Calaveras. Domingo 2 de diciembre de 1849. Un cuarto de onza de mis manos

Hoy, por ser domingo, será quizás que ha amanecido el día nublado y amenazando lluvia. Esto me hace acordar a Chile. En Concepción, en el rigor del invierno, llegaban a hacer tres o cuatro días buenos pero jamás me acuerdo que haya sido uno de estos, día domingo.

Por lo mismo que hoy amaneció así, se me puso que había de trabajar en la agua y que me había de sacar un cuarto de onza de riquísimo oro para una memoria y a esta hora que son las cuatro, ya lo tengo en mi poder bien limpio, a pesar que hoy más que nunca se ha llenado la carpa de compradores de modo que no me han dejado trabajar sino a ratos. Pero caramba, que es cosa horrible la frialdad del agua para estarse bañando en este tiempo. Y quizás todavía si alguna vez me vuelve la mala costumbre de que me gusten las niñas, y quiero regalarle mi anillo que voy a hacer

de ese oro que para mí vale tanto, todavía diera yo no sea muy bien aceptado. Tal es la brutalidad con que nosotros nos esclavizamos, y tal es también el brutal imperio que nos quiere dominar.

Mientras estaba yo metido hoy en el agua trabajando, mi pensamiento ha estado siempre vagando por todas partes por donde yo he andado hasta ahora. De La Rioja pasaba a Catamarca, de allí volvía a San Juan, pasaba por San Felipe a Valparaíso, de allí a Concepción, Chillán, etc ... y en todas partes no encontraba sino elegantes que festivisaban (sic) el domingo. Innumerables bellas ... conocidas mías marchando en paseo llenas de vida y amor. Infeliz, yo también he llevado en mis brazos esas bellas que no se acuerdan de mí ahora más de lo que se acuerdan de las primeras veces que les dio la madre al nacer. Así es el mundo, quién pensaba ... pero también yo soy feliz y santifico mi fiesta a mi modo.

Lunes 3 de diciembre. Una importante efeméride

Hasta ahora no llueve sino una garúa muy insignificante, pero el tiempo se [ilegible] de más en más y en algo debe parar el viento y el nublado tan denso. Sin embargo de estar hoy así el día, voy a despachar en otro peones a ver unas cañadas que una de ellas se ensayó en el verano y que, aunque daba más de onza y media al día a cada hombre, no se trabajó por falta de agua.

Hoy, tres de diciembre, marca una época célebre, una efeméride interesante para la América, y en particular para México y California. Hoy⁹² justamente hacen 292 años a que el gran conquistador de Nueva España, Hernán Cortés, murió en Medellín su patria a los 63 años de edad, después de haber pasado los últimos de su vida en la mayor miseria. Siempre concluyo yo diciendo ¡lo que es el mundo! Uno de los conquistadores más gloriosos quizá del mundo después de haber derribado el trono de oro de un monarca, después de haber vendido vidas, el cuerpo en una balanza y el oro en otra, después de haber puesto a los pies de su Rey un nuevo mundo y acumulándole de un golpe más oro que el que había producido hasta entonces la Europa, después de todo eso, muere en disfavor, sin dar su nombre si quiera a su conquista, y sin legar más que un apellido de plebeyo a su familia. Qué no hubiera vivido hasta hoy para que hubiera visto lo que era su conquista, ¡y lo que alarma a todo un [ilegible] su California!

Martes 4 de diciembre. ¡Nieve!

Bien decía yo desde ayer que en algo debía parar tanto viento; anoche ha caído una nevada de las que suelen en California. Todo el mundo visible hoy es blanco, o mejor dicho todo lo que se

⁹² En realidad, Hernán Cortés murió el 2 de diciembre de 1547.

ve es nieve. Los cerros, los árboles, hasta las quebradas mismas. Mi carpa crujía anoche horriblemente bajo el peso de la nieve, pero esta mañana sacudí el palo mayor por dentro y cayó en una sola maza una capa de nieve al suelo.

Miércoles 5 de diciembre. Una visita a Abel

Hoy se ven los cerros blancos como tendidos de sábanas, y a pesar del lindísimo día de ayer en que el sol ha calentado bastante, todavía la nieve, en algunas partes, está como cayó. Pero cosa rara, ayer fui a tres leguas de Stockton, digo, por el camino de Stockton a la casa de Quiroga, y allí no ha caído una sola gota de nieve.

Yo lo encontré a Abel leyendo a Struense⁹³, que le presté en días pasados, y me dijo con admiración que desde su casa había estado viendo un cerro nevado, será el lado de mi campo. “Bah!”, le dije yo, “¿qué no ha caído nieve aquí?”. Ni una gota. “Pues allá si no nos ha tapado es porque estamos bajo el techo”. Esto quiere decir que donde hay cerros más elevados, allí es donde más nieve cae.

Ayer ha sido día de Santa Bárbara, yo tengo una tía muy querida que es la rectora del monasterio de Huérfanas en mi país y que se llama Sor Bárbara del Corazón de Jesús. Pobre mi tía, me quería más que a un hijo. Supe que nuevamente había emigrado a Salta por limosna, de donde debía pasar hasta La Paz. Si ella vive, es muy seguro que siendo ayer su día se ha ya confesado y comulgado y que yo, como uno de sus sobrinos más queridos, haya sido recomendado por ella al Dios que ha recibido. Acepto la recomendación más aquí que en ninguna parte, porque nosotros no viviendo sino como paganos, estamos muy lejos de frecuentar como ella, cualquier sacramento o acto de nuestra religión.

Jueves 6 de diciembre. Al lado del fuego

Sánchez, que fue también con mis peones a la cañada, acaba de llegar en este momento. Deja ya a los peones trabajando, y el viene con intenciones de comprar una mula para irse a Stockton a traer víveres. Me parece muy bien su viaje, porque tenía que remitir a Samuel algunas cuatro o cinco libras de oro y quería una persona muy segura. Conque mañana mismo le ayudo a despacharse para despacharme yo a un tiempo. Mientras tanto, la noche se acerca y hace un frío de cordillera, vamos los dos a buscar leña que al fin el fuego es lo mejor que puede uno

⁹³ Johann Friedrich Struense (1737–1772), médico de origen alemán que llegaría a ser ministro de Gobierno de Dinamarca y aplicaría en su gestión medidas de corte ilustradas.

querer ahora. Al lado del fuego es donde nuestros bardos argentinos en las pampas se inspiran y ayudados de la guitarra, cantan a sus héroes, y refieren sus propias aventuras en verso improvisado. Vamos pues, yo tocaré en mi guitarra aunque no cante.

Ya van tres o cuatro días muy buenos, pero en trueque caen unas heladas, ¡Dios mío! Parece que en la noche hubiese nevado cuando al otro día ve uno todo el campo blanco. El frío que se siente es casi insoportable en la noche, cuando no arden al fuego gruesos troncos de pino. Lo mismo hay que hacer en la mañana, en que algunas veces en los pozos es preciso quebrar la escarcha para levantar agua. Pero, en fin, gracias a Dios el tiempo pasa sin novedad alguna.

Viernes 7 de diciembre. Un paseo

Son las doce del día en que acabamos de llegar con Juan de Dios y su mula, conque somos tres los que nos hemos juntado. Una mula aquí vale tanto como el dueño. Cuatro pesos paga por su comida el jinete, y cuatro por su mula, conque aunque se enojen los literatos, no hago mal en compararnos. También la maldita cuesta cien pesos y a veces uno, cuando quiere venderse, no hay quien le dé 100 \$.

Acaba de salir Juan de Dios para Stockton con quien escribo a Samuel y le mando seiscientos veinte pesos en oro en polvo. Juan de Dios dice que mejor iba sin llevar oro pero he acabado por convencerlo, que es todo lo contrario.

Sábado 8 de diciembre. El día de la virgen

La helada de anoche ha sido como siempre, copiosísima pero el sol del día hoy está radiante y comienza ya a entibiar la atmósfera. Qué porción de recuerdos felices y qué placer tan grande experimento ahora cuando marco en mi diario el 8 de diciembre. Hoy es el día de fiesta grande que hay en mi país, hoy es la solemnidad, día de entusiasmo religioso, día de recuerdos tradicionales, época célebre por cientos de años, en fin, hoy es el día por excelencia en que todo ser viviente solemniza la purísima Concepción de María. ¡Qué será de aquel tiempo en que muchacho todavía y a fuerza de muchacho me ganaba yo los primeros puestos en la iglesia matriz, y que lleno de veneración y santo entusiasmo, devoraba más bien por vía de algún famoso orador en el panegírico de la concepción, a algún Dr. Salas, por ejemplo, al Cura Segura o algún Zenteno. Todo, todo pasa ya, y para que el recuerdo sea más triste, hoy forma un horrible contraste con mi vida sin patria, sin religión, sin leyes, sin sociedad, con la vida de aquel tiempo sumida a todas las restricciones de un teólogo de 17 años. Todo ha variado, a no ser mis

creencias y las afecciones de mi corazón, no existe nada, nada de aquel tiempo, ni la estación siquiera, pues que yo me hallo aquí mientras sudaba arroyos allí.

Domingo 9 de diciembre. Llega la tropa como Dios le ayuda

La tropa acaba de llegar en este momento con toda felicidad después de cuatro días de marcha. Sánchez, que salió ayer, me escribe hoy del camino diciendo que la mula se le había perdido anoche y que espera en casa de Quiroga al arriero para irse con él a Stockton. Buen negocio, después de haber trepidado tanto en comprar la mula, temiendo la perdida, ha sucedido lo mismo que se temía.

Samuel me incluye las cartas cartas de Chile, una de Tomasita y otra de mi tío Ramón. Ambas fechas son de 8 de octubre, cabalmente no tienen más que dos meses, cosa que me admiro mucho, cuando ahora hay tanta demora para que las cartas lleguen de San Francisco a Stockton y de allí a las minas ... Gracias a Dios todos están buenos en Chile, Mardoqueo había estado en Valparaíso otra vez y sin embargo, nada sabemos por el mismo. Aurelia había vuelto de Santiago con Tomasita y ambas estaban mejor cada una de su mal. Tatita y mamita en Cucha, desde agosto, y el resto de niñas en Puchacay con Mardoqueo. Bueno. Parece que la Tomasita, que amenazaba tanto por allá, aún no ha estallado, y que está en calma. Dios lo quiera, hay personas que han padecido mucho y que Dios debiera ya compadecerse ... Todo está bueno.

Lunes 10 de diciembre. Primer paso para un asunto grave

Los peones que tenía trabajando en los alrededores de Quiroga han llegado hoy diciendo que una partida de americanos ha ido expresamente a botarlos de orden de un juez elegido por ellos solos. Mis peones, que estaban sin armas, se han venido antes que la bulla se agrande, pero 100 y tantos chilenos que hay allí y que tienen sus casas de costo para el invierno, sus víveres y compañías han contestado que sólo los sacarán muertos de allí. Los americanos se han mordido de rabia al ver tanta osadía y han prometido volver mañana y concluir con todos si no quieren salir. Ya se ve, es una de tantas picardías, no hay más juez que el de aquí y él me ha dicho que si siguen en eso, se reunirá con nosotros e irá a arreglar eso bien.⁹⁴

⁹⁴ Navarro publicó una narración de lo ocurrido entre los chilenos y los americanos en varios números del diario *El Correo del Sur* de Concepción.

Calaveras. Martes 11 de diciembre de 1849. Se agrava más el asunto Americano

¡Bravo!, la cosa va que se arde, acaba de llegar Abel Quiroga de su carpa huyendo también de la revolución que debe estallar casi allí mismo. La cosa se pone de más en más peor. Hoy en la mañana fueron cinco americanos a trabajar a la cañada de los Niños chilenos mientras llegaban todos los demás para botarlos a sangre y fuego como lo prometieron ayer. Pero con gran admiración de los americanos, los chilenos, que tenían solamente la defensiva, han tomado la ofensiva y botado a los cinco americanos que aparecieron primero. Los chilenos están barricados desde ayer y con un entusiasmo inexplicable. Pero la cosa ahora está peor para ellos, habiendo botado a esos americanos que inmediatamente han gritado alarma y pedido auxilio de todas partes. En fin, ya va a pasar alguna cosa horrible allá, y a esto debo el honor de la visita de Abel.

Moyano y su compañero también acaban de llegar mojados como unos patos. Desde esta mañana y cuando menos lo pensábamos, ha descompuesto el tiempo, que no me gusta nada a mí. Llueve a cántaros como si quisiera anegarnos. Esto va a estorbar un poco la quisicosa allá.

Miércoles 12 de diciembre. Se atrincheran los chilenos

Hoy ha llovido todo el día sin misericordia y según es el viento que corre, no lleva miras el temporal de cesar. También ha caído hoy mucho granizo y hace un frío muy capaz de acobardar a cualquiera que no esté bajo techo. En fin, estoy siquiera acompañado y esto me distrae. Mientras llueve, yo, Abel, Alfredo, o jugamos al dominó o tocamos la guitarra y cantamos cosas todas muy enemigas del tedio, que aquí es muy temible.

Acaba de llegar Moyano y su peón más empapados que un pato, han recibido toda el agua durante su camino de dos leguas. Los chilenos quedan botando afuera a todos los que no sean con ellos. Están tan fuertes y orgullosos como los héroes de Zaragoza. Yo creo que al fin los americanos no se reirán de ellos como de los sonoreños. A fe que hoy están seguros los chilenos, con el tiempo que hace no creo que nadie se moverá de su casa para nada.

Jueves 13 de diciembre. La carpa en el invierno

Sigue el temporal como si hoy hubiera principiado. Nunca más duro el tiempo que ahora o mejor nunca más demasiado blando y tierno, pues llora toda clase de lágrimas, granizo, nieve y agua. Los cerros más altos han amanecido blanqueando de nieve, pero aquí no ha caído nada. Abel y Moyano pensaban salir hoy, pero nadie se mueve con semejante tiempo. ¡Ah! Pobres

de los que tomen este temporal en las cercanías de San Francisco, en la mar. Dios, que no sufrimos. En la nueva casa de Scollen se llueve tanto como a fuera. Toda entera se ha arreglado sin que quede un solo lugar seco. Está dando a los mil diablos. Lo mismo está la de Mr. Biggs, y peor quizá pues que me ha pedido licencia para pasar aquí el temporal. El agua ha inundado toda su carpa dentro y fuera. Qué suerte la mía. Mi carpa no se llueve nada enteramente, pues que ni una gota ha caído en mis cosas adentro. No hay duda, Dios me protege aunque yo sea un ingrato.

Viernes 14 de diciembre

Hoy por la mañana no ha llovido y los peones se marcharon para los Ángeles⁹⁵ a ver allí unas buenas cañadas. Moyano y Abel marcharon también, pero una hora después. Dios mío. Las nubes parecen caer todas ellas a más del agua que botan. Ahora está cayendo granizo y en un momento se ha puesto blanco todo el campo. Pobres mis peones y pobre también Moyano y Abel.

Calaveras. Sábado 15 de diciembre de 1849. Yo, testigo de un desafío

Anoche vino Mr. Scollen más borracho que el fraile Gorenflot a decirme que si vendía yo mis víveres más baratos que él, a fe de alcalde me haría salir de aquí, aunque era su mejor amigo. Yo le dije que sólo por no perder su amistad, haría lo que él quisiera, etc. etc. En seguida nos convidó a mí y a Mr. Alfredo a que fuéramos a comer con él y beber toda la noche para no tener frío. Con mucho gusto, le dijimos, y partimos ... Allí, en medio de la comida, que estuvo muy buena, se desafió quién sabe por qué con otro americano, corrió, tomó un vaso y le rompió la cabeza, y como el otro le amenazara, Scollen tomó sus pistolas, las martilló y tomándome a mí por el brazo, dijo al americano “este es mi amigo y mi testigo en el duelo”; al mismo tiempo le apuntó al pecho, pero yo tomé las pistolas por el cañón y trataba de tomarlas, cuando el otro americano se levantó diciendo que mataría a Scollen con las mismas armas con que él había querido matarlo. Entonces ya se trabó una lucha entre mí, Scollen y el americano, cada uno por tomar las pistolas que estaban todavía martilladas; después vinieron dos americanos en contra de Scollen, pero al mismo tiempo entró Jim y con él conseguimos arrancar las pistolas ... Yo traté luego, haciendo una seña a Alfredo para que me siguiera, de salirme; me escurrí por la cocina ¡y adiós! He aquí como son las casualidades en que sin querer, se expone uno. Dios mío, lo que sufre uno aquí tolerando por su propio bien, tratar entre gente así, qué sacrificios.

⁹⁵ Angels Camp, un placer que se ubicaba unos 12 kilómetros de donde se encontraba Navarro.

La derrota de los chilenos

Son las nueve de la noche en que acaban de llegar seis chilenos padeciendo de hambre y de frío a pedirme alojamiento por esta noche. Bien decía yo ... Estos seis u ocho son derrotados de los que tan fuertes se tenían antes de ayer. Pero los han salteado y no vencido, según me cuentan ellos que son las más, personas decentes, entre ellos dos jóvenes santiaguinos, que tienen allí en la cañada sus compañías. Esta mañana salieron dos chilenos a cazar por ahí con el buen día, y sin que los demás supieran, fueron tomados por los americanos y amarrados a unos árboles, jurándoles que si los demás chilenos hacían resistencia, los ahorcaban. Veintidós americanos llegaron al campo de los chilenos, tomaron amigablemente café con ellos y por vía de curiosidad, iban tomándoles las armas sin que se apercibiesen los chilenos, y cuando vieron que ya estaban desarmados, los rodearon a todos, amarraron a los dueños de compañías, de los que se escaparon algunos a quienes querían ahorcar, según dicen, pues que les erraron tres o cuatro balazos a Terán, de Nacimiento, Suterna, Picarte, etc. etc. Uno de los chilenos, un santiaguino, abrochó al que hacía de alcalde y amagó clavarle el puñal con la mano derecha, pero al mismo tiempo el doctor y no sé qué otro se lo quitaron, pobre los amarrados, si no es esta casualidad que los salva, los llevaron a todos a la casa del juez y les arrancaron 150 onzas de oro que las pagaron entre seis u ocho, entre ellos Santiago Herrera. Mientras esto, otros americanos saqueaban las carpas hasta no dejar allí piedra sobre piedra. Moyano se escapó, pero quién sabe dónde, a buscar una mula y me ha hecho decir que mañana vendrá. He aquí lo que pasa a una legua de aquí sin que a mí me suceda, en tanto tiempo que estoy aquí, la más pequeña cosa ... ¡Dios me proteja como decía antes! ... Ahora los chilenos están cenando perfectamente y calentándose en un buen fuego. Qué feliz se siente uno cuando hace un favor a sus semejantes.

Calaveras. Domingo 16 de diciembre de 1849. Todavía los sucesos de ayer

El montón, diré así, de sucesos de ayer me ocupan hasta hoy admirándome todavía de unos y viendo realizarse otros en consecuencia de aquéllos. En esta refriega también ha sopado el hijo privilegiado de la desgracia, Enrique Green, quién hace más de un año ya que salió de su casa, para quedar asilado en las Galápagos tres o cuatro meses y para llegar a California, objeto de su ambición, y ser botado de donde quiera que aparezca. Acaba de llegar ahora aquí, habiendo dejado allí sus peones y ahora va para Stockton a presentarse contra los americanos con todos los que alojaron aquí anoche. Acaban de almorzar y marcharse, todos resueltos a hacerse por ellos mismos justicia sino la hallan en Stockton. Dios quiera ayudarles, pero no le veo buena cara al asunto.

Con toda la repugnancia de mi alma mando a Samuel con Enrique Green cuatrocientos cincuenta pesos en oro en polvo producto de 8 días. Pero qué hacerle, con cualquiera corro el mismo riesgo. No temo de Green, Dios me libre de semejante cosa, pero temo que se equivoquen con el oro y que ya sea por mangas o por faldas, el oro se pierda. En fin, dos libras y más de oro no es una fortuna.

Hoy es domingo, ya lo sé porque quizá llueva más que otros días. Ayer pareció componerse un poco el tiempo y hoy está peor, sigue lloviendo. En Chile debe ser un lindo día de verano, y más de una bella debe ostentar su cintura hoy en la alameda. Qué será de Mardoqueo, Juan, Darío. ¡Se han perdido sus cartas!

Lunes 17 de diciembre. Siempre los recuerdos del domingo me hacen sufrir

Contra todas mis esperanzas, el temporal sigue como antes con el mismo rigor. Hoy llueve y corre un viento más frío que heló los pobres derrotados de Madrid al pasar la Cordillera de Uspallata. Anoche ha llovido toda la noche y el viento parecía que se había obstinado en arrancarme a mí con mi carpa, mis efectos y cuanto había en ella, tal era la fuerza con que soplaba. Yo me metí en la cama a las ocho, no a dormir, las noches son [ilegible], sino con la intención de leer, ¡imposible! Nunca he tenido mi mente más ambulante que anoche. Recordé que era domingo, que debía ser una noche deliciosa en Concepción, que debía haber retreta, en la plaza bellas sin número, etc., todo, todo pensé en un momento, me pareció estar allí ver y oír alguna pieza bonita, y después, bailar polka con alguna conocida a quien tuve del brazo en la retreta pero de repente los horribles mugidos del viento con los golpes en mi carpa, el agua que caía a mares mezclada a veces con granizo, me traían a la realidad de California. Dios mío, ¡qué vida! Qué muerte ... y a los 22 años de edad. Cómo se resigna uno al fin y vive aquí esperando o que lo maten o lo expulsen, según el humor de los bandidos. Comiendo, qué se yo qué y durmiendo a medias sobre ... y con la ropa mojada, traspasado de frío. Y después, sin ver más semblante que el estúpido de los peones con quienes se asocia uno a falta de los de su clase, porque tal es la situación del hombre aislado que se relaciona y conversa hasta con el perro que ha criado, con quien se identifica al fin, porque le hace a uno cariño, le besa las manos ... No hay duda que es una horrible transición la del hombre civilizado a la de bruto y salvaje porque tal soy yo aquí, sin religión, sin patria, sin familia, sin amigos, sin leyes, sin nada, en fin, de lo que forman los diferentes lazos y relaciones de los hombres. He ahí la independencia tan decantada de los antiguos filósofos, he ahí la soledad del hombre libre con su campo en que figurar. ¡Y que hayan así hombres que sostengan que el hombre es más bien hecho para la vida y estado de bruto que civilizado!

Calaveras. Martes 18 de diciembre de 1849. Día de las viejas y de los convalecientes

Gracias a Dios hoy hace un día lindísimo, sereno, con un sol radiante; en fin, un día capaz de resarcir todos los males pasados durante el infierno del temporal. Pero lo que temo es que la alegría del tiempo y la mía van a durar muy poco, como sucede en los días del mes más riguroso del invierno, en el que también hay días para descansar de llover y volver con más fuerza.

Este mes equivale al de julio de Chile y de la República Argentina, en el que hay algunos días semejantes a éste. Las viejas suelen salir apoyadas en el brazo de alguna linda hija o nieta, que se hace desear por los jóvenes y echar maldiciones sobre la vieja, etc., los enfermos suelen arrastrarse hasta la puerta de su cuarto, acechando la venida del médico para ocultarse, los trabajadores en los talleres llevan su necesario al sol, los sastres se forman sentados a gozar más que nadie el buen sol, y a no dejar sosiego a los transeúntes con sus picardías, etc. Pero yo, que no soy ni viejo, ni enfermo, ni sastre, pero que soy desterrado o una cosa parecida, hice lo que hacen los presos de estado en la Bastilla, saqué mi asiento al sol, templé mi guitarra y me puse a gozar de todo lo que puede gozar un pobre y mal músico como yo. Así se ha pasado todo el día, ya son las 4 de la tarde.

Miércoles 19 de diciembre. El día de Darío

Bien dije yo que la bonanza, por demasiada debía, durar muy poco. Hoy ya es un día horrible, lluvioso, frío, oscuro, malísimo, en fin. Anoche vimos estrellas pero nada más que un momento. Desde las ocho ya tuvimos viento malo y tiempo peor. Desesperado estoy por saber que es lo sucedido a Abel y sus peones en la de San Bartolomé del otro día. No ha venido Moyano ni Infante y no hallo qué pensar de su demora. Dios quiera que a ellos no les haya tocado la cosa como a los demás. En cuanto a los chilenos que fueron a presentarse a Stockton, he aquí lo que me ha dicho Jim que acaba de estar conmigo. Los chilenos en vez de quejarse contra los bandidos que los han robado, se han presentado contra el juez de Moquelemos diciendo que éste no ha querido hacerles justicia. El juez de Moquelemos ha sido llevado preso a Stockton a consecuencia de la queja contra él, y por ayer debía ser presentado al juri para ser juzgado. Según me dice Jim, el juez no tiene culpa ninguna según parece, porque no ha sabido que se cometía en su distrito semejantes bandalajes y como es de pensar, sale absuelto, se hará pagar carísimo por los que lo han presentado al juri. Mucho temo yo que los pobres chilenos se hundan y se pierdan más, sólo por el mal modo de entablar su queja.

Jueves 20 de diciembre. Parece diluvio

Ni un segundo ha dejado de llover anoche en toda la noche y lo mismo ha sucedido hoy, ya son las cuatro de la tarde y no ha habido intervalo de bonanza ninguna, parece que cada vez más se agrupan nubes para oscurecer más la atmósfera. El arroyo desde ayer a esta parte ha crecido hasta ponerse intransitable, hoy, en el día, sólo ha aumentado dos terceras partes sobre la creciente de anoche y sigue siempre subiendo. A esta hora, cosa que no esperaba que sucediera por más que lloviera en todo el invierno, está pasando ya por sobre la cocina que teníamos en el verano, es decir ha llenado como 25 pasos de espacio y dista de la carpa sólo 6 u 8 pasos, pero aquí no llegará jamás por la altura tan grande sobre el nivel del arroyo.

Scollen, que tiene su carpa en un llano, cerca del arroyo diez pasos, está esperando por horas que el arroyo rompa y lleve su casa. Está ya entre los dos arroyos que amenazan juntarse y tragársela, sin contar con las lagunas de agua que le han caído adentro.

Calaveras. Viernes 21 de diciembre de 1849. Recuerdos de mi familia

Son las doce y media del día, y no ha dejado de llover un solo momento desde anoche. El estero o arroyo sigue subiendo cada vez más, y hoy Scollen está tomando formales precauciones en su casa que está por ser tragada de un momento a otro. Anoche, quizá con el silencio de la noche, el ruido del arroyo era tan fuerte y mortificante que nos impedía dormir. Algunas veces me parecía oír el ruido pasar por mi misma cabeza, tan cerca está el arroyo y hoy pude tocar el agua con la escoba desde mi carpa.

Con éste van ya pasados tres días de temporal y vigilia, que aquí a falta de con qué guardarlas, se ayuna de buen tiempo y de sol, que es mortificación doble que la de no comer. Para mí, en California, todos los días son tómporas y vigilias, pues que en todas no como más que arroz y frijoles, y para diferenciar frijol y arroz, salvo algunos días en que cazo algunos pájaros o alguna ardilla.

Seguro es que mi mamita ha estado ayunando estos tres días y que a más, se ha acordado de nosotros, preguntándose, si habrán ayunado mis hijos allá para que Dios les ayude. Pobre mi mamita, ella no sabe de cuántas cosas ayunamos aquí a un tiempo.

Sábado 22 de diciembre. Asomos de fortuna

Gracias a Dios tenemos tiempo bueno. Anoche, como a las cuatro de la mañana, me desperté y me sorprendí agradablemente al encontrar el cielo completamente estrellado cuando al

acostarme lo había dejado tan cargado de nubes. No puede mejorarse este día que a más de ser hermoso nos hace acordar que es el primero de su clase de quince días pasado si no me equivoco.

Es casi increíble la falta de los víveres y fletes al mismo tiempo. Se paga todo como se pide y conforme en la necesidad del consumidor. Yo estoy vendiendo aquí más barato que todos, es decir que dos casas más de comercio que hay en este distrito, y no doy muy barato todavía. Vendo saco de harina de un quintal cien pesos y por 10 reales el saco frijol de un quintal y 1 \$ la libra de azúcar negra o chancaca o 100 \$ por quintal, 10 reales de trigo, saco de dos quintales doscientos pesos cada uno, queso, doce reales la libra, grasa 12 reales, velas 1 \$ cada una, tabaco seis pesos la libra, aguardiente 5 \$ la botella, y 8 reales la copa, higos y nueces 12 reales. Charqui 1 \$ la libra, ají 10 reales la libra, sal 10 reales, cada purgante de castor un cuarto de onza, y así todo lo demás. Los fletes de Stockton aquí valen ahora 125 \$ la carga (18 leguas), a los Moquelemos 150 \$ (20 leguas), a las Mercedes 300 \$ (30 leguas), a Estanislao 25 leguas, 180 \$ más o menos. Y así todavía nadie pasa miserias a no ser que llueva muy seguido, que entonces no pueden trabajar, y hay veces que yo tengo que darles de limosna un plato de comida a más de un infeliz que no cubre sus carnes más que con una camisa y un calzoncillo de fino lienzo y tanto oro, Dios mío, ¡qué se hace!

Son las diez y media de la noche en que acabo de escribir a Samuel con un americano amigo mío que también se llama Samuel. Acaba de irse después de haberme hecho una larga visita toda en inglés, algo mortificante es masticar otro idioma que el suyo. Felizmente le gustaba la guitarra y yo, que estaba con humor de tocar, esto me ayudaba a soportar el idioma. Pero más me cansaba cuando no lo sabía.

Domingo 23 de diciembre. La hora de Concepción

También hoy es un lindísimo día, muy semejante al de ayer, y para mí son doble mejores porque estos días me dejan siempre 100 y 200 \$ de utilidad. Ya son poco más de las doce y recién tengo lugar a sentarme un momento. Y a propósito de domingo, estos son los de más comercio, qué hacerle si el mundo en que uno habita está reglado así. Nada de misa y otras santificaciones, pero mucho oro y diferentes transacciones.

Justamente esta es la hora de Concepción, la hora de los paseos, la hora de las bellas, quién fuera un pájaro para volar y verlas, o mejor, para ver mis hermanos, mis padres ...

Se alarga el tiempo y no sé nada de Mardoqueo, Juan y Darío; creo que Juan pensaba venir, qué feliz fuera yo si me apareciera un día. Pero yo he tomado ya la costumbre de ir todos los domingos a Chile y de allí a Concepción. En fin, siguen días de placer y ...

Calaveras. Lunes 24 de diciembre de 1849. ¡La noche buena en California!

Sigue el buen tiempo hasta hoy, sin amenazar lluvia todavía. Hoy están librando del insoportable frío que hace en el buen tiempo, y que no han caído esas horribles heladas que caían al principio del invierno, que llegaban a congelar hasta el agua corriente de algunas cañadas. Apenas principia a anochecer, ahora se levanta una nubla muy espesa que dura por toda la noche y evita así que caiga el hielo. Pero apenas sale el sol, al siguiente día la niebla se disipa y el cielo queda limpio y claro como un cristal.

Son las tres de la tarde en que acabo de llegar con Biggs de una larga caminata. Salimos después de almorzar a cazar algún venado, y hemos andado casi tres leguas sin poder hallar nada. Perseguimos tras una larguísima distancia, pero jamás pudimos ponerlos a tiro. Lo mismo nos ha sucedido con las perdices y las liebres, que por lo mismo que jamás han visto gente, parece que son aviesos estos animales. Hoy hemos vuelto sin haber sacado de tanto andar qué gozar de la hermosísima vista que presentan ya las cumbres de los cerros, llenas de pasto verde que parece un alfombrado de terciopelo tan terso y tupido se presenta de lejos la vista de algunas planicies. ¡Oh! Es muy delicioso pasearse así alrededor de tres leguas, donde reina ese silencio y soledad tan poéticos, y donde no se ven más que siervos que paseen, y donde no se oye más que murmullos de los arroyuelitos que bajan desde la cumbre de los cerros a lo más profundo de las quebradas.

Son ya cerca de las doce de la noche y a propósito de ser noche buena, la estamos pasando nosotros a la orilla de un gran fuego tomando mates y haciendo felices recuerdos. Todo el mundo duerme ya, excepto yo, Alfredo y Biggs. Qué contraste formaríamos nosotros para uno que viera lo que pasa en el resto del mundo a un tiempo, nosotros a la orilla del fuego tomando mate llenos de cenizas y con la frente arrugada a causa del humo, con otros que a estas mismas horas en las capitales pasean la noche buena con niñas del brazo esperando los repiques de la misa de Gallo. Yo, que tengo presente paso por paso las escenas del año pasado en esta misma noche, lo que hice, lo que vi, lo que gocé, en fin, con las personas que me acompañaban. Al fin, todo pasa ... y para el año que viene si vivo, extrañaré quizá esta soledad y tranquilo reposo en que tomaba mi mate cambiado, con la estirada y tirante etiqueta de algún pueblo civilizado. ¡Qué diablos, todo se compensa con la paz y la quietud doméstica!

Martes 25 de diciembre. Mis recuerdos. Mi familia. Catamarca, La Rioja, San Juan, y al fin Chile

Como ayer el gran día de hoy ha amanecido cubierto de una espesa niebla, pero a estas horas que son las ocho, el hermoso sol de California ostenta toda su brillantez en el clarísimo azul del cielo y vivificante calor en la tierra. Lindísimo día, *ma foi! il rassemble un peu comme [le] Chili dans la station [sic] de juillet, on a sorti de l'hiver!*⁹⁶ En la república Argentina debe hacer un calor sofocante, en Chile ni frío ni calor, y aquí hace un frío templado por el calor del sol. En Catamarca deben estar ahora visitando los hermosos Nacimientos en que cada compositora ostenta a la vez su habilidad y las primeras frutas del verano, qué hermoso es eso. Quién habrá allí que se acuerde de mí ... tengo tantos primos y amigos que todos se habrán olvidado, algún día les haré yo acordar de mí. La Corina es la única que me ha contestado una carta, me acuerdo que yo quería mucho esta loquilla.

También en la Rioja tengo muchas primos, entre ellas una que conocí de niña, la Julia, con quién me crie puede decirse hasta los 6 u 8 años, después no la he visto. Se fue a Córdoba, volvió a la Rioja, se casó me parece ... puedo decir que no la conozco. Me acuerdo bien de Felicinda, de Sergia, y de la Admentaria, éstas, particularmente la última, ha ejercido mucha influencia en mis sueños, siempre la he visto con su misma cara expresiva, sus mismos ojos a la vez diablillos y cándidos; será que alguna vez la he de visitar después que ella sea una niña de veinte años y yo un hombre de 26 a 28. En fin, veré a mis tíos, que creo que me querían mucho, quién sabe ...

No sé si en la Rioja había buenos Nacimientos, lo que sé que también figuran en mis recuerdos algunos muy bellos de ese país, entonces yo era muy niño y no tenía idea de lo que sería más tarde, aunque ya era lleno de aspiraciones locas como las de uno que no habiendo nacido pisando tripas de Persia ni botando millones, tiene todas esas tendencias e inclinaciones por más pobre que sea.

En San Juan he estado, según sabe mi diario, un año en tiempo de nacimientos; con la imparcialidad de un hombre que halla para sí solo, y con su propia conciencia; sin estas fiestas religiosas, San Juan está más abajo de Catamarca. Me acuerdo, decía de esa época en San Juan, mi diario está lleno de esos recuerdos, de esos días allí. Paseamos pues en los nacimientos allí con las familias parientes. Creo que yo tenía a Benjamina del brazo, no me acuerdo bien pero ella figura bien en esa noche de mi modo de llevarme entonces. Me acuerdo de Manuelita, mi tía, ¿qué hacía ella entonces? No me acuerdo sobre mi tía, la quiero y la querré siempre, tal vez ya no se acuerde de mí ... era yo tan muchacho entonces.

⁹⁶ *¡A fe mía! ¡Parece un poco como Chile en la estación de julio, salimos del invierno!* Traducido del francés.

Después he estado en tres o cuatro épocas de nacimientos en Chile, y todas ellas están muy presentes en mis recuerdos. Bien, la última vez, el año pasado, estuve también en una lindísima, ¿con quiénes andaba? Con la familia de Palmas, Riveras, o la de mi tío solo, ¿cómo fue? ¡Ah! Ya me acuerdo. Yo acompañaba el año pasado a la familia de Monsieur Bensin, mi Lea, Margarita y sus ángeles diablas ... Ernestina y Juanita. Me acuerdo que tenía a esta última del brazo. Me acuerdo que estuvimos tomando refrescos en un nacimiento, que allí me dio la Ernestina la siempre viva. Que está viva siempre, y todo lo demás que pasó antes de dármele, todo me acuerdo. Bien, después de vueltas a su casa bailamos mazurca, polka, vals, etc. Con que ya ve mi diario que tengo muy presente esos recuerdos.

Son las ocho de la noche y sin pensar, estoy acompañado. Alfredo y Biggs fueron a la carpa de Bous a celebrar la pascua, como buenos ingleses católicos, y yo, que no quise irme, quedé aquí solo. En estos días me gusta más bien estar solo. Pero he aquí que al entrarse el sol oigo una voz del otro lado que me decía, “Navarro, dígame donde está más bajo para pasar”. Salí y vi que era Moyano con dos hombres más, este diablo me trae siempre gente aquí. “Usted no puede pasar a mi casa sucio” le contesté, “es preciso que se bañe primero para llegar a mi casa, porque ha de saber que el arroyo se llevó el puente”. Moyano y sus compañeros no esperaron más, se desnudaron, se bañaron y ya los tengo conmigo aquí. Como digo, son las ocho de la noche, ellos se calientan al fuego mientras yo escribo y ahora solo mis pensamientos y recuerdos que me trae esta noche, y esta misma hora en que escribo ... ¡Juanita! Cuando le diga algún día que esta noche se la consagré, me dirá que miento. Mejor volveré a la realidad de California donde no hay personas del otro sexo que lo hagan a uno sufrir diciéndole: ¡miente! Después de tanta pena y ausencia.

Miércoles 26 de diciembre. Vuelta de los chilenos

Sigue hoy el buen tiempo con un lindísimo día. Como todo en California, depende ahora del tiempo, no es extraño que lo primero que marca mi diario cada día sea sobre el tiempo. Ayer, a propósito de buen tiempo y día de Navidad, vendí una botella de aceite de comer en 16 \$, 1 onza de oro, y otra botella de aceite de castor en 30 \$. ¡Dios mío! La primera me costó 5 reales y la otra 1 \$, pero qué hacerle, así son las cosas de California.

Acaban de llegar los chilenos que fueron a quejarse a Stockton y traen una orden terminante del prefecto de tomar a los salteadores vivos o muertos y otra para todos los jueces del distrito para que los auxilién con los hombres que necesiten, armas, caballos, etc. Ahora están todos los chilenos en mi carpa.

Calaveras. Jueves 27 de diciembre de 1849. Se intima la orden a los americanos

Son las doce del día en que recién acaba de salir el juez Scollen con los tres hombres que traen la orden de Stockton para prender los salteadores. Ha habido mucho que disputar con Scollen sobre que dice éste que la orden no está en forma, y que los ciudadanos americanos no pueden ser nunca apresados por extranjeros; sin embargo, la orden manda a todos los jueces del distrito auxiliarse en caso necesario a los sujetos encargados por la ejecución de la orden del prefecto. En fin, Scollen acaba de salir solo con los tres hombres a ver si se dan presos a la vista de la orden, aunque ellos dicen que no están sujetos ni a la autoridad de Stockton, ni a ninguna de California, que ellos son el pueblo y que la voz del pueblo elige su mandatario, etc. Sin embargo Maturano ha partido adelante a reunir los chilenos contra la opinión de Scollen y tomarlos por la fuerza si no se dan por bien. No hay remedio, Scollen tiembla porque son muchos los americanos y para él, los chilenos no son a propósito para tomarlos; a pesar que ve la orden, tiene miedo y esto es todo lo que yo concibo. Nosotros nos hemos ofrecido a ir también si lo hacen por más fuerza, pero no ha querido, y al fin ha partido, como dijo, solo con los portadores de la orden. Yo creo que va a pasar ahora algo de trágico, algo como de salpicado de sangre.

Viernes 28 de diciembre. Se hacen respetar los chilenos; marchan a prender a los americanos

Son las dos de la mañana. Acaba de llegar Maturano y apenas puedo volver de la agradable sorpresa que me causa su relación sin embargo de ser sangrienta. Llegó a su campo y le dijo a los chilenos todas las cosas que había con Scollen y que indudablemente no haría nada para ayudarlos. Que era preciso que todos marchasen a tomarlos por fuerza sin esperar que el juez los rinda. Salieron en efecto al oscurecer treinta y tantos chilenos armados algunos de escopeta, otros de cuchillo y diez o doce de buenos garrotes. Según nos dice Scollen en este momento, cuando los chilenos marchaban de su campo para el de los americanos, Scollen y los portadores de la orden del prefecto eran botados por los americanos completamente burlados, habiéndoles dicho que ellos no tenían más autoridad que la fuerza y que dijeran al prefecto que mandara fuerza si quería prenderlos. Desgraciadamente para los que han muerto, Scollen y sus compañeros erraron en el camino a los chilenos que avanzaban en orden y en un silencio profundo. Todos los americanos con la noticia de Scollen estaban ya advertidos y sobre las armas para defenderse. Los chilenos, apenas divisaron las casas a las 12 de la noche con tanta luz y con sus dueños en pie, tomaron más precauciones, sabiendo que estaban alerta los bandidos. Pasaban de 40 los americanos reunidos. Los chilenos ordenaron sus filas, prepararon sus cuchillos, sus

garrotes y sus escopetas, y a la voz de la carga, se fueron encima. Llevaban uno que hablaba inglés y a media cuadra de distancia les intimaron la rendición en nombre del prefecto. Respondieron ellos con tres o cuatro tiros. Entonces no esperaron más ya cargaron todos a un tiempo y se trabó la batalla.

Pelean obstinadamente los chilenos con los yanquis. Corre sangre, que resultará

El primer chileno que tomó a un americano por el cuello, para clavarle el puñal, cayó redondo de un balazo en el ojo (¡pobre Jara!). Los chilenos, al ver caer su compañero, de hombres valientes y resueltos se volvieron fieras. Maturano sacó su pistola, la apuntó a la cabeza del americano que acaba de matar a Jara y no dio fuego. El americano hizo un segundo tiro pero la bala pegó en la pistola de Maturano, en vez de en la frente, donde el americano le apuntó, y le voló la pistola a cuatro pasos; el americano armó su tercer tiro pero al levantar la mano Maturano le enterró el puñal en el pecho hasta el cabo ... dos puñaladas más porque el puñal no erraba juego, mandaron el alma del americano a los infiernos.

Un segundo americano corría en defensa del muerto ya, y por detrás iba a dar una feroz puñalada a Maturano, cuando un muchacho que vio el brazo levantado, corrió y pronto como un relámpago sujetó el brazo; Maturano se dio vuelta y clavó de nuevo su puñal en la garganta de su nuevo enemigo quién no tuvo tiempo ni para echar una blasfemia y cayó muerto. Otro tiro de un rifle le llevó la oreja a un chileno, y otra bala de pistola le atravesó entre cuero y carne la frente de otro. Los chilenos seguramente en este momento supremo se acordaron “del pan de azúcar del Perú” y no hubo ya cuartel, cargaron de nuevo, y esta vez no resistieron ya los americanos. Los que no se fugaron, se hincaron de rodillas, y aun así, los chilenos, cada vez que veían el cuerpo de su compañero, querían hacerlos picadillos. Los chilenos dueños del campo tomaron 20 prisioneros, felizmente los más criminales, de los que hay cinco heridos sin esperanza de vida, fuera de los dos que quedan tendidos allí.

Bien, Maturano, sin saber qué hacer, sin tener él la orden en su poder por si acaso salgan algunos americanos a quitar los presos, ha marchado para acá con su fuerza y los prisioneros. Vino a preguntarme a mí lo que haría, y a rogarme que fuese a alentar la gente, que ya en sangre fría creían que no habían hecho bien, y que les avisara que yo había visto la orden del prefecto. Fui pues y ya estoy de vuelta, les he persuadido que en nada han obrado en contra de la orden del prefecto y la mayor parte, que me conocen mucho por ser de Concepción, han tomado nuevo valor; después de haber tomado galleta, higos y nueces para el camino, acaban de marcharse para Stockton a llegar hoy mismo allí. Pero qué humilde van los bribones, todos van atados las manos atrás. Apenas llegó el jefe que los guardaba, que era Santiago Herrera acompañado de

Picarte, se acercaron a mí y me abrazaron. Uno de los más criminales, según ellos, al ver la deferencia que me prestaban sus dueños, me dijo en inglés que hablase por él, que él era cristiano, y que quería a los chilenos. Le dije que no tuviera cuidado. Unos llevan con el pecho atravesado de un balazo, que es el que capitaneaba y me preguntaron si lo dejan o no, mi opinión fue que no, y luego por mi consejo lo pusieron a caballo y marcharon. Es admirable cómo ejercen sobre los americanos todos los chilenos el aire de victoriosos. Nada de aquel encogimiento y respeto de antes. Entre los bravos andan también dos de mis antiguos peones y Pérez, de Nacimiento. Yo voy a dormir porque para pasar el río me he mojado ... Adiós hasta que amanezca para ver más claro.

Sábado 29 de diciembre. Justos por pecadores

Son las 5 de la tarde nada, se sabe del fin de los sucesos de anoche. Mister Scollen fue esta mañana al campo mismo de los bandidos esos, y se encontró allí en medio de dos cabecillas que querían matarlo diciendo que él había encabezado el ataque de los chilenos anoche. Le pedían la orden y Scollen les dijo que él no la tenía y que aunque la tuviera no se las entregaría. Le han jurado que no vuelva a pasar por allí porque lo mataran, lo mismo que a todos los chilenos que puedan tomar desde ahora.

Esta tarde vino un jovencito americano de aquel mismo campo a venderme carne de venado y ahora he convenido con Scollen que es un espía, sin duda ninguna. Scollen se ha puesto en guardia y yo voy a citar a Biggs y su gente para hacer lo mismo.

Calaveras. Domingo 30 de diciembre de 1849. ¡Las noches más amargas en California!

Antenoche y anoche, a consecuencia del suceso de los chilenos de ahora dos días, hemos pasado en guardia las dos noches. Nos reunimos veintiséis hombres en todo, que teníamos más de 30 tiros y puñal en seguida, colocamos toda la noche centinelas en los cerros más elevados y hemos esperado así con la más rigurosa disciplina las dos noches sin resultado ninguno. Antenoche a las doce y media oímos un tiro que retumbó en nuestros oídos como la señal de que los bandidos llegaban ya. Al momento, marchamos en batalla hacia lo de Scollen con las armas preparadas, pero trepamos los 26 la primera loma de donde se ve la casa de Scollen, y no viendo sino algunos bultos avanzamos siempre en orden. Al momento nos gritó uno de los de Scollen diciendo que no era nada, que el centinela se había emborrachado y había hecho fuego a una mula. Nos volvimos rabiando y pesarosos de no habernos librado de una vez de sobresaltos.

Son las doce del día y acaba de resolverse entre todos que yo y Scollen con dos hombres marchemos a Stockton a ver el resultado y sacar una nueva orden de apresar a los que quedan o de defendernos de cualquier modo de semejantes ladrones. Hoy vino un chileno que estuvo ayer con los americanos y que se halló en el entierro de los americanos y el chileno y quisieron matarlo creyendo que él también era de los chilenos que atacaron, pero se libró hablándoles en inglés y persuadiéndoles de que él sabía recién el hecho por ellos mismos. Según le oyó el chileno, salieron diez americanos en seguimiento de los que llevaban los presos, pero no se sabe nada más. Yo y Scollen saldremos a las tres de la mañana para Stockton.

Lunes 31 de diciembre. ¡Dios me salva y me protege siempre!

Salimos de Calaveras a las doce de la noche y a esta hora, que son las 5 de la mañana, estamos con Scollen y Jim en la rancharía de indios en lo de Lemon, 30 millas de Calaveras. Llegamos aquí al amanecer, no sin dar gracias a Dios de vernos salvos. Extraviamos camino para no pasar por la carpa del capitán de los americanos rebeldes y salimos a una carpa cuyo fuego vimos desde muy lejos. Tuvimos cuidado al momento porque vimos que estaba rodeado de americanos, pero no había remedio y picamos tomando Jim la delantera. Al momento que llegamos a 25 pasos nos dieron el quién vive, y en un cerrar y abrir de ojos nos vimos rodeados por 14 o 16 americanos con sus pistolas martilladas. Otro número igual o mayor de hombres de manta quedaron a la orilla del fuego sin moverse. Yo puse las manos en mis pistolas aguardando la seña convenida con Jim, cuando el capitán le preguntó que quién era. Jim le contestó “¿Y Usted, quién es?”. “Para dónde van”, replicó el capitán. “Eso no le importa” dijo Jim, y picando su mula pasó él y pasamos los demás sin saber cómo en semejantes circunstancias ... y con Scollen ... ¡Dios mío, y yo que tengo en mis bolsillos cinco libras de oro!

Bien, ésta es la desgracia de que es ya preciso hacer memoria. Los chilenos que llevaron los presos, quedando reducidos a 12 por desertión, han sido tomados por más de 50 americanos reunidos de todas partes a 10 millas de Stockton. Esto sucedió ayer y en el momento que nosotros pasábamos por aquella carpa de los americanos, ellos acababan de llegar allí con los doce chilenos presos, que eran los mismos que yo vi sentados con manta a la orilla del fuego.

Stockton. Martes 1 de enero de 1850. Llegada a Stockton y año nuevo

Ayer como a las cuatro de la tarde llegamos aquí y en todo el camino no hemos oído hablar de otra cosa que del acontecimiento de los chilenos y americanos. Los americanos todos dicen que los chilenos van a ser ahorcados desde el primero al último. Cuando yo llegué aquí, ayer, me

preguntaron todos cuántos eran los chilenos ahorcados, ya todo Stockton está lleno (sic) de que los 12 han perecido. Yo les he desengañado, diciéndoles que hoy recién se reúne el jurí en lo de Collier para juzgarlos, según nos dijo un americano en Double Spring, 3 millas de donde están los primeros. Algunos de los americanos que venían presos han llegado aquí después de ser libertados, y han sido recibidos en palmas de manos. Causan al juez de aquí las muertes que ha habido y las que van a haber, por haber mandado él en prender americanos con chilenos. Él se ha callado la boca ahora, y aún teme no estar seguro. El mundo de Stockton está que se arde vivo, anoche ha habido atropellamientos con motivo de la víspera de año nuevo, todos los americanos se han emborrachado, y el asunto de los chilenos ha sido su tema y su grito de muerte a todos ellos. Como a las dos de la mañana vinieron aquí seis u ocho y dieron una serenata a Sparrow y cantaron tan bien como no he oído en mi vida, ni espero oír jamás unas voces más divinas, particularmente un bajo, que admiramos con Sánchez y que hasta ahora suena en nuestros oídos. Así se ha pasado anoche, y no ha mucho que recién se han ido los americanos cantores.

Miércoles 2 de enero. Nada se sabe de los presos

Hoy ha llegado otra vez el vapor y nada sé de Samuel, que hace muchos días se fue a San Francisco. Como no sabe que estoy aquí yo, por eso no me ha escrito. Quizá en el vapor de mañana lo tendré aquí.

Ninguna noticia tengo de los infelices presos que dejé en Calaveras. La última noticia que hay aquí es la que yo he traído, y es la mejor, porque aquí se decía con certeza que los habían ahorcado a todos. Todos piensan que ninguno salvará, pero hasta ahora nada se sabe después de lo que yo he visto. El que llevó la orden de arresto contra los americanos raspó ya para Chile y el que lo acompañó con tres jóvenes más decentes, son los que han caído en manos de ellos y de los que ninguna esperanza hay de salvación. Entre ellos está Maturano, el héroe de la refriega.

Stockton está de nuevo desconocida para mí. Magníficas casas y lujosos hoteles he encontrado donde antes no dejé más que barro podrido y suciedad.

Jueves 3 de enero. Un escapado que apenas habla

Ha vuelto a llegar el vapor y nada, nada, de Samuel. No me ha escrito, ni ha escrito tampoco a los Quiroga que le escribieron en el mismo vapor. Quizás esté esperando que llegue el vapor de Panamá a ver las noticias de Chile.

Acaba de llegar un chileno del fatal campo, y viene tan asustado que aquí mismo no puede todavía reponerse. Le han quitado el caballo los americanos y ha salvado solamente diciendo que es

mejicano. Nada sabe ni ha visto cosa alguna que arguya desgracia a los chilenos. Gracias a Dios, siquiera tarde en llegar la fatal noticia o quién sabe, tal vez lo que Dios tiene dispuesto que suceda. Jamás abandona a los desgraciados inocentes que imploran su socorro. ¿Y quiénes más inocentes que esos infelices? ¿Qué culpa tienen en haber ejecutado las órdenes del juez de Stockton?

En fin, espero que Dios les dará un nuevo motivo de conocer su infinita misericordia salvándolos otra vez. Caramba, y cuantas manos más se elevarán al Cielo en acción de gracias, si esos desgraciados escapan otra vez.

Stockton. Viernes 4 de enero de 1850. Muerte de Rosas

Acaba de llegar el vapor y yo acabo de abrazar a Samuel que llega en este instante tan afligido como si viniese a recibir las noticias de mi muerte aquí. En San Francisco, como pensábamos, han ocultado la cosa de un modo horrible y según dieron a Samuel la noticia, todos incluso su hermano habían viajado a la eternidad. ¡Dios mío! De lo que me he escapado yo, y tan del todo que no he sufrido nada en mi bolsillo hasta ahora, como otros infelices que a más de perder cuanto poseían, han sufrido prisión, golpes y algo más, la muerte.

Dice Samuel que en San Francisco hay una horrible excitación entre los americanos, unos tomando la cosa en favor de los chilenos y otros en contra. No ha influido poco para esto último la falsa publicación, o más bien doblemente exagerado, de un artículo en un diario de San Francisco, en que cuentan más muertos de los que han habido entre los americanos, y un modo nada honroso para los chilenos. Pero yo, que lo sé todo, nada temo por esta parte. Aún no se sabe nada de la suerte que les ha cabido a los chilenos prisioneros.

Samuel nos ha traído de San Francisco una noticia que, por ser tan grande e interesante para nosotros, no la hemos creído muy positiva a pesar de las apariencias de verdad con que se presenta. ¡Han asesinado a Rosas! ¡Dios mío! si fuera cierto que ha muerto o desaparecido, de cualquier modo, qué felicidad, ¡qué porción de felices consecuencias tendrá su muerte! Todos los americanos se felicitan de esta muerte como si fuera un Nerón o un Dionisio por cuya tiranía sufrían millones de hombres. ¡Lo que prueba muy bien que no es un suceso de poca importancia la muerte de Rosas! Dicen que ha sido asesinado el 18 de octubre por uno que ha tomado el disfraz de Arana para penetrar hasta él.

Sábado 5 de enero. El barro de Stockton

Van ya con éste tres días malos, de lluvia a ratos y de viento, y frío casi siempre. Es horrible la vida que se pasa en Stockton con la incomodidad del barro y la humedad. Para ir a comer a la

fonda es preciso andar dos o tres cuadras por un barrial donde uno se entierra hasta las rodillas. A más sufre uno el inconveniente de pasar el río por unos palos o vigas puestas de canto en el puente y con los pies llenos de barro va resbalándose a cada momento ... ya han caído tres o cuatro hombres y se han ahogado en el acto. Cuánto sufre uno aquí, cuántos peligros le amenazan su vida a cada momento y en cada cosa. Caramba, y no cuesta poco el ganar aquí el oro que tiene ya tantas víctimas.

Samuel ha venido de San Francisco sin traer una sola carta para mí de Chile, ni él ha recibido tampoco desde las últimas fechas de octubre, pero las de Concepción sólo alcanzan al mes de julio. Ha venido nuestro sastrero Privies salido en octubre de Concepción y no hemos tenido carta alguna por él. ¿Qué significa tanto silencio de esas gentes?

Domingo 6 de enero. Venta de mujeres

Hoy ha venido un americano a anunciarnos la apertura del inmenso hotel que se trabaja en frente de nuestra casa que tiene de costo cien mil pesos y que se ha levantado en dos meses. Como se abre el primero del entrante ha venido a avisarnos que en ese día se presentarán veinte hermosas muchachas de todas naciones con su respectivo cuarto y comodidades para el que más dé, y como el dueño es un amigo de la casa, ha venido a proporcionarnos que si queremos escoger, tendremos la preferencia. ¡Dios mío! la desvergüenza, la desfachatez, el aplomo con que se vende aquí la deshonor y la infamia de las mujeres. Como si se tratara de una simple mercadería por la que se da más o menos conforme a su clase y calidad. Entre que gentes estamos ¡Dios mío! Entre todas las del mundo y entre las costumbres de todas las naciones.

Qué contraste, en la casa que sigue se oye desde aquí el canto de algunos hombres que offician en la misa de los protestantes. El sacerdote es el dueño del almacén, los diáconos los dependientes, y el altar, el mostrador en que venden y que sirve de mesa para comer y emborracharse. Ahora está predicando el sacerdote sin otro vestido que el que tiene cuando está en el mostrador y llega a exaltarse tanto que se ahoga en sollozos ... habla contra la borrachera, el fraude en los negocios, el poco respeto en la religión y nombra también los pecadores.

Stockton. Lunes 7 de enero de 1850. El incendio de San Francisco

En estos días ha habido un incendio grande en San Francisco y Stockton en un solo día. En San Francisco se ha quemado una manzana entera, inclusive el hermosísimo hotel del Dorado que se construyó en 10 días llave en mano y que costó cien mil pesos. Pero este magnífico hotel está ahora más hermoso que antes. Se han construido en otros tantos días, y está corriendo lo

mismo que antes. Dice Samuel que se halló presente allí cuando los artesanos encargados de reedificarlo estaban tomando las medidas al mismo tiempo que retiraban las vigas encendidas para no quemarse. Esto sí que se llama California. La pérdida de San Francisco se calcula en uno o dos millones. En Stockton se ha quemado mucho, pero en nada si se compara con San Francisco.

Samuel está hoy muy enfermo de constipado efecto de tanto tiempo de humedad en los pies. Desde ayer está sufriendo sin mejorarse. ¡Qué diablos! Yo me admiro que uno no se enferme aquí en el acto y ninguna extrañeza me causa los resfriados.

Ya hoy debe concluirse el puente de Stockton que une la península al otro lado, ha quedado muy bonito y tan firme y consistente como son todos los trabajos de los americanos a pesar de su sencillez.

Martes 8 de enero. Resultado de los chilenos

Acabamos de llegar con Samuel de la fonda donde fuimos a comer por porfía suya a pesar de su indisposición. De la fonda fuimos a casa de Sosa a ver los chilenos que llegaron de Calaveras. ¡Dios mío! aún no puedo creer en lo mismo que he presenciado. Han sido puestos en libertad los principales caudillos, Maturano sano y salvo, Herrera y Picarte rapados y azotados y algunos otros peones, pilonados de orejas. Santo Dios, qué horrible cosa ver a un hombre rapado y sin orejas. Todavía causa más rabia contra esos bárbaros el ver un hombre mutilado que el verle en la horca. Maturano se salvó porque se hizo amigo por no sé qué acto de generosidad con un prisionero suyo muy influyente. Los otros Herrera y Picarte, con quienes acabo de hablar, deben su vida a una mujer que entró en el juri cuando los juzgaban y que influyó con su marido a favor de ellos. Herrera y los demás presos nos conocieron cuando pasamos cerca de ellos la noche del 30 y dicen que después hubo grandes alegatos porque nos dejaron pasar.

Dice Herrera que quedan aún seis u ocho que deben juzgarse mañana o pasado y que no saben cómo escaparán. Tendremos noticias por los que vuelvan, si vuelven. Entre ellos está el jovencito Terán, a quién lo acusan como al valiente de haber muerto a uno de los americanos. No sé cómo le vaya al infeliz.

Miércoles 9 de enero. Un hermoso caballero

Hoy, mientras comíamos en la fonda, entraron algunos franceses del placer y pidieron de comer cerca de nosotros. Entre ellos vimos uno que era extremadamente bonito para hombre y cuya voz sentaría mejor a una hermosa coqueta que a un joven hecho a los trabajos de las

minas. Hablamos llamándole siempre Señor, a pesar de que los hermosos ojos me hacían a mí más impresión de lo que comúnmente me hacen los de los jóvenes por más hermosos que sean. De repente uno de tantos, mientras llevaba el vaso a la boca dijo, “*a votre santé Madame*”⁹⁷. Entonces abrimos todos tamaños ojos y tuvimos, a pesar nuestro, que hacer una nueva cortesía al hermoso joven. Entonces ella (porque era una hermosa señorita, nada menos) nos dijo, *voilà! Quelque fois, il faut se en déguiser en garçon par nécessité comme moi, et tromper les hommes malgré ma bonne foi, parce que ces sont les circonstances de California. Il y en a deux mois que je porte les habits que vous voyez, mais demain matin j’en aurai l’honneur de me présenter à vous autres tel que je suis, Madame Grégoire.*⁹⁸

Esperamos, como nos ha prometido, ver lucir sus gracias mañana bajo sus propios vestidos las que hoy solamente se traslucían por entre el hermoso chaleco, levita y pantalón. Verdaderamente no hay sino las francesas que sean adaptables para los disfraces.

Stockton. Jueves 10 de enero de 1850. El General Rodríguez

He aquí que es tanto el deseo que tengo de estar en mi casa de Calaveras que estando despierto, estaba soñando que me hallaba allí. ¡Qué diablos! Un día que no estoy en el centro de mis ocupaciones me parece que he perdido mucho. No sé cómo les habrá ido a los peones con estos días de lluvia en que quién sabe lo que se habría hecho estando yo allí. Tengo muchos deseos de que me mande Alfred algún propio con algún peón.

Samuel ha salido hoy para San Francisco otra vez en el vapor. Va a ver si concluye ahora un negocio que dejó iniciado en el otro viaje. Quizá ahora encuentre ya noticias de Chile de donde no tenemos cartas seis meses ha.

Acabo de saber que en San Francisco se halla un antiguo conocido mío, que me manda recuerdos, y que para que yo sepa quién es, se hace nombrar el General Rodríguez de Catamarca.⁹⁹ Dios mío, quién creyera que también había de recalar a California Don Casimiro Rodríguez y que él y yo nos habíamos de ver aquí tan en distinta posición de la que nos dejamos. Así es el mundo y así son los caprichos de la coqueta, a quién llamamos fortuna. Tengo muchos deseos de verlo para preguntarle si todavía quiere darme un medio para dulce, como en el otro

⁹⁷ “*Salud, señora*”. Traducido del francés.

⁹⁸ *¡Ya ve! Algunas veces por necesidad como la mía, hay que disfrazarse de muchacho, y engañar a los hombres a pesar de mi buena fe, porque así son las circunstancias en California. Ya hace dos meses que yo llevo la vestimenta que Ud. ve, pero mañana por la mañana yo tendré el honor de presentarme a Uds. como soy, Madame Gregoire.* Traducido del francés.

⁹⁹ General de las independencias. emigró a Bolivia y Chile. Se encontró con los Navarro en Catamarca. Ver la primera fecha de este diario.

lado cuando él era General y yo un muchacho que jugaba botones a la taba. Qué cambios y vueltas de cosas en seis años no más.

Viernes 11 de enero. Estamos los californios muy inciviles

También hoy ha llovido poco, como los otros días, pero tanto vale como para que el día sea cruento entre los malos. El invierno se alarga más de lo que yo creía debía durar. Ya no veo la hora que entre la primavera, para gozar del cambio y sus placeres. Este es el único tiempo que en California se puede gozar, si hemos de llamar goce vivir en tranquilidad en una buena temperatura siquiera.

Hoy vimos de nuevo a la Señora Gregorio, pero en su traje verdadero. Por supuesto que es demás decir que ahora es doble mejor que cuando la vimos vestida de caballero. A propósito de haber algo más que ver en la fonda, el día cuesta seis pesos ahora en comida solamente. A veces me pregunto yo si de repente me trasladara por una influencia mágica al teatro en que otra vez he figurado de algún modo, es decir al centro de alguna sociedad, como saldría yo del paso o como me avendría con las señoritas en medio de esa política o etiqueta estirada para todos hasta rayar en ridícula, después de haber salido de California, país libre en todos aspectos desde el desaliño en el vestir hasta el horrible peligro de su vida por esa misma libertad de que hacen uso los bandidos. Si se atreverían a criticar faltas de buen tono, etc. A uno, que después de dos años de trato nada más que con marineros, se presentara en una sociedad delicada. Ya lo verá algún día yo, y caramba, aseguro que será objeto de curiosidad para mí. Ya desde ahora me está pareciendo ridículo el papel de los pisaverdes a pesar de su tino y olores, o el de las pobres niñas que en el hombre no ven a veces sino el objeto de su admiración en cuanto a su elegancia si la tiene, y el de desprecio si por contrario no es elegante.

Sábado 12 de enero. Los chilenos siempre

Santiago Herrera acaba de estar aquí conmigo en este instante y vino a avisarme la noticia de los que quedaron en poder de los americanos. Han dejado libres a algunos a quienes los americanos han hecho presenciar la ejecución de tres a quienes condenaron a la horca, dos chilenos y un mejicano. Entre los chilenos está el joven Terán, que ha sido ahorcado como los demás, pero de quién no han arrancado ni una queja ni una súplica. Sólo dijo antes de morir, “sólo siento no poder matar dos más de estos bandidos antes de morir.” El otro que han ahorcado es un mejicano a quién vi yo herido en la famosa noche de la refriega.

Esto es lo que últimamente se sabe de aquellos mundos y de esos hombres. No sé qué será lo que piensen hacer ahora después de esta carnicería. ¡Ah! ¡Bandidos! Nada valgo yo todavía, pero no hay que fiarse, ni hay enemigo pequeño. Ojalá que Dios se dignase hacerme instrumento algún día de su divina justicia para bandidos como estos. ¡Oh! yo sabré estimar la honradez.

Stockton. Domingo 13 de enero de 1850. La misa de los protestantes

Hoy ha llegado en la mañana el vapor que llevó a Samuel. Fui a ver al Capitán por cartas creyendo encontrarme con algunas de Chile, pero me dijo “*I don’t know*”, y perdí toda la esperanza que había conservado. Al bajar al muelle oí que me llamaban por mi nombre, me di vuelta y me encontré con Córdoba, quién me entregó una carta de Samuel con quién había estado anoche.

Samuel me dice que apenas tiene tiempo para cuatro renglones. Que aún no ha tenido tiempo de subir al correo para saber si tenemos cartas. Que en San Francisco siguen todas las cosas adelante y que ha presenciado la venta de un lote en cien mil pesos.

Acabo de llegar de misa, pero de una misa donde no he ido sino por curiosidad. Después de entrar a la iglesia me fue ya imposible salir y tuve que sufrir los dos sermones de media hora cada uno, no me ha salido barata la cosa. La iglesia se improvisa en una fonda donde como algunas veces como cuando llueve y no se puede pasar al otro lado. Los sacerdotes son el dueño de la fonda y uno de tantos dependientes. La misa se ha celebrado en la misma mesa en que se come en la fonda, los sacerdotes no tenían otro vestido que el sucio e indecente con el que los conozco. Un chaqué tan verde y un pantalón que hace al mismo tiempo de chaleco. Cada uno de los devotos oye su misa leyendo en su biblia (todos se fijaban en que yo no llevase ningún libro). Cantaron antes de comenzar la misa un hermoso trozo perfectamente bien cantado. Tienen también genuflexiones, acciones y ademanes tan ridículos que no pueden creerse sino viendo, creo que estas muecas se hacen por todos los oyentes para llamar al Espíritu Santo, porque un momento después principió a predicar uno de los sacerdotes. Su sermón se redujo a criticar la vergüenza con que en un pueblo libre como América se vendiesen los votos al Gobierno. Tocó de paso la borrachera, dio algunas puntadas por la irreligiosidad y acabó su sermón. Entonces el sacerdote de la misa principió su sermón con tanto énfasis, solemnidad y pausa en cada palabra, cuanto ligera y libre había sido el primero. Después de concluir su sermón nos arrodillamos todos con los ojos cerrados, y las manos juntas, un momento después se levantó el sacerdote y se despidió deseándonos buen día “*good afternoon my friends.*”¹⁰⁰

¹⁰⁰ “*Buenas tardes, amigos míos*”. Traducido del inglés.

Lunes 14 de enero. El Sacramento

Anoche ha llovido muchísimo y parte de esta mañana. El vapor Mint llegó anoche, cuando estaba ya por acostarme, y me dormí con la esperanza de que Samuel me escribiera. Pero no me ha escrito una sola palabra. Seguramente se reserva para escribir en el Sutter con alguien, además debe mandar 100 qq de harina. Yo escribí ayer por el Sutter y espero que mañana me conteste Samuel.

Ha habido un incendio en la ciudad del Sacramento según habla “The Californian” en el mismo día que sucedió el de San Francisco y Stockton. Pero lo más lamentable es que después del incendio, una inmensa avenida ha anegado la ciudad llevándose casas y almacenes enteros sin dispensar a algunos de cal y ladrillos. La pérdida se calcula en dos millones de pesos, más que menos. Opinan que la ciudad debe despoblarse y que esto debe ofrecer una nueva pérdida. Tanto más subirá Stockton en cuanto a sus lotes y efectos.

Stockton. Martes 15 de enero de 1850. Nuestra fortuna

Hoy ha llegado otra vez el vapor Sutter y con gran admiración mía, Samuel no me escribió una sola palabra. ¿Qué diablos tiene? ¿Será que el constipado le haya seguido? Han llegado de San Francisco y aún se esperan especuladores en terreno. Hoy se ha vendido un lote cercano al mío, pero inferior en todo, en ocho mil pesos y el que lo ha comprado ganará otros ocho. Ya creo lo que me dijo Samuel, que en la primavera nos darían por el nuestro unos 15 o 16 mil pesos. También es de advertir que nuestro sitio es esquina y en la mejor calle de la península.

Ya voy creyendo que nuestra fortuna no es un sueño y que tal vez existe positivamente, aunque yo soy de los fatalistas y no creo sino cuando ya tengo todo bajo llave. En fin, sea de esto lo que fuere, con fortuna o sin ella, seré siempre el mismo, pero quiera Dios darme algo para ver como lo empleo yo.

Stockton. Miércoles 16 de enero de 1850. Efectos diferentes del invierno

Hoy ha amanecido lloviendo y hace un frío horrible. Blanco se va en este momento a embarcar en el vapor para San Francisco; ya le he hecho mis encargos para Samuel a ver qué es lo que tiene este diablo que no escribe. El vapor acaba ya de dar su última señal, ya se oye el ruido que hace al salir.

Hasta ahora, desde que me vine, no he tenido ninguna noticia de lo que pasa en mi casa y mis negocios de Calaveras. Estoy ya tan aburrido de estar ausente de allí que sin embargo de estar

allí un poco desasosegado, quisiera irme lo más pronto posible. Después de todo, yo sé que el encono de los americanos se extiende sólo a los chilenos y yo he pasado entre ellos siempre por francés. Tengo pues buenas intenciones de regresarme allí y si posible, es no hablar más que gabacho hasta salir de las minas.

El comercio, que a entradas de invierno ha estado tan activo, está ahora completamente paralizado aquí y en San Francisco, hasta el extremo de no venderse un medio real, porque nada se puede llevar a las minas por los malos caminos. Han llegado también buques de Chile y han hecho bajar las plazas muchísimo. La harina ha bajado de 40 \$ a 8 \$ el quintal, y así por este estilo los demás artículos. Las maderas también han bajado mucho.

Jueves 17 de enero. Mentiras que corren

Debía haber llegado anoche el vapor Mint y no ha llegado ni hoy en todo el día. Son las cuatro de la tarde, dejó de llover temprano pero hace un frío diabólico. Se ve salir el humo a un tiempo de más de 400 chimeneas que se levanta en espirales sobre Stockton y va a formar una sola nube densa y pesada. Ya Stockton se parece enteramente a un pueblo de Europa. Dividida la ciudad por un lago de más de una legua de largo, el cual está lleno de buques, parece que fuera una ciudad encantada viéndose buques arrimados a los mismos almacenes de tierra y en fin, una bahía en media plaza. El tráfico de los carros en las calles ha puesto el fango enteramente intransitable. Así es Stockton ahora, cuando no tenía más que el nombre 4 meses ha.

Como está ya concluido el puente, todo el día y la noche se oye un continuo ruido de carros y ociosos que pasan haciendo crujir el puente por puro gusto. Ya se ve, es el único piso bueno que hay en Stockton, y hasta a mí cada vez que paso me da ganas de bailar una polka pero, ¿acaso sabré ya bailar polka? Creo que enteramente se me habrá olvidado, pero para que vuelva a bailar polka se pasará mucho tiempo y a mí no me cuesta mucho para aprender las cosas. El inglés no me ha costado más que seis u ocho meses, y es muy difícil.

Viernes 18 de enero. Ruina del Sacramento

El Mint no aparece, ha pasado ya del plazo de dos días, y el Sutter, que debía llegar esta mañana muy temprano, no ha llegado hasta ahora que son las 4 de la tarde. Corre una noticia pero no sé por quién es dada; de que los dos vapores se han encontrado en el río y se han estrellado uno contra el otro. Nada tiene de probable la noticia, pero nada tiene de difícil que suceda, y como ninguno de ellos llega, hace creer a todos una porción de cosas.

Parece que la pérdida por la anegación en San Francisco asciende a más de dos millones y no hallan qué hacer para parar tanto progreso en la inundación. Seguramente Sacramento quedará para siempre arruinado, o quizá los grandes propietarios traten de mudar la ciudad a otra parte. De todos modos nada tiene de extraño que todas esas pérdidas y desgracias resulten en ventajas para Stockton, siendo el único puerto ciudad que queda habilitado y lleno de buenos lavaderos en su distrito.

El día que se publicó aquí la venta de los terrenos me ofrecieron que escoja primero las casas que yo quisiera y que les pagase cuando me conviniera a 300 \$, bien, no tiene más que tres lotes desconfiando siempre, y después cedí la mitad, qué diablos, ahora esos lotes valen cuatro a cinco mil pesos cada uno; así es cuando no se ha de ganar de golpe.

Stockton. Sábado 19 de enero de 1850. No hay noticias de Samuel

El vapor Sutter ha llegado esta mañana y yo fui primero que nadie a ver si tenía cartas. Pero ni cartas ni noticias de Samuel. Vienen algunos amigos nuestros a bordo pero ninguno ha visto a Samuel, nadie ha oído hablar de él. Qué cosa tan extraña, yo me confieso sin saber qué pensar ni a qué atribuir, tanto descuido, tanta indiferencia, tanta calma para faltar a las obligaciones de un comerciante sino a los cuidados de un hermano. En balde me confundo pensando en la causa que impida a Samuel no dar ni noticias suyas cuando suele ser tan exacto, y tiene ahora por otra parte entre manos negocios de tanta importancia.

El sacrificio que se hace para llegar de aquí hasta el muelle donde está el vapor no se compensa con quedar así burlado como yo en sus esperanzas. De aquí al muelle no hay más que una cuadra y media y yo, sin entretenerme en ninguna parte, he empleado media hora para llegar a poner el pie en el vapor. No hay parte donde uno no se pierda en el barro hasta más arriba de la caña de la bota y para sacar un pie cuesta despegarlo como si al asentarse hubiese quedado clavado. Fuera de la cintura para arriba no se ve en todas las piernas de uno sino barro y agua. A veces me paso en mi cuarto las 24 horas sin tomar más que té y galleta, por no salir y llegar hasta la fonda a comer. ¡Es nada lo que sufre uno en California!

Domingo 20 de enero. Los protestantes y calvinistas

Hoy hace un bonito día, por lo mismo muy diferente del de ayer en que llovió y tuvimos tanto frío como si estuviéramos en la Cordillera. Pero Dios mío, ¿qué avanza uno con un día bonito aquí? ¿Puedo acaso salir del umbral de la carpa para afuera? ¿Puede, acaso, pasearse y gozar del

sol y de la hermosa vista que presenta ya la cercanía de la primavera? ¿Puede, en fin, librarse del barro y la suciedad por que haga un buen día? Que desgracia.

Son ya las doce o la una del día y aún no se acaba la función de la misa y sermones que empezaron ahora cuatro horas. No ha mucho que oía entusiasmado desde aquí el hermoso canto de la misa, me parecía ya estar oyendo los hermosos cantos de nuestra iglesia. Más de un año hace ya que no veo un sacerdote de nuestra religión, ni oigo una misa, ni celebro ningún acto de los que acostumbramos en nuestra iglesia los católicos.

Se oye aquí clara y distintamente la voz del sacerdote que predica en este momento; de repente es lastimosa, llena de ternura y paternal solicitud; a veces fuerte, amenazante como la del hombre que amenaza venganza a otro. A propósito, éstos que predicán ahora son fanáticos calvinistas, según me acaba de decir Don German que viene de allí. Él es protestante y se ríe y burla de las creencias por las que se separan de la iglesia protestante las calvinas. También Míster Lippincot se está burlando del sermón y remedando las acciones y ridículas posturas del fanático predicador. Y sin embargo, cada uno de todos estos hombres cree verdadera y fielmente que su religión es la más cierta y quizá la sola verdadera y santa que existe.

Lunes 21 de enero. El magnetismo

Anoche nos vinieron a convidar de la casa que se llama la Iglesia para que fuéramos a presenciar el magnetismo. Llegamos allí y con sorpresa vi que el que hacía de José Bálsamo¹⁰¹ era el mismo sacerdote. Puso las manos sobre la cabeza de un hombre que querían magnetizar y por tres veces las bajó hasta los pies del hombre, que involuntariamente se estremecía entero, cerró los ojos rodándole las lágrimas por las mejillas, señales todas que no dejaban duda que estaba completamente dormido. Se escondieron varias cosas en presencia nuestra y al mandato del magnetizador se levantaba el dormido y las encontraba. A Sparrow, a quién el magnetizado no conocía, le ha hecho declaraciones de cosas que él las ocultaba como secretos de negocios. ¡Esto es más que admirable!

Stockton. Martes 22 de enero de 1850. No hallo a qué atribuirlo

El vapor Sutter llegó otra vez y a pesar de que yo acababa recién de levantarme de la cama cuando oí el silbido, fui a ver mis cartas muy seguro de que esta vez Samuel no dejaría de escribir.

¹⁰¹ Giuseppe Balsamo suele ser identificado como el Conde Alejandro Cagliostro (1743–1795), médico alquimista y masón que asombraba a las cortes europeas presentándose como un “curandero magnético”. Fue encarcelado por orden de la Inquisición y murió en cautiverio.

Me engañé completamente, ninguna carta, ni un recado, ni una noticia siquiera he recibido de él. El capitán me asegura que no ha visto a ningún caballero Navarro, que tampoco le ha dado carta ninguna. ¡Dios mío! ¿Qué significa esto? Antes de ayer le escribí en el vapor avisándole las aficciones que nos causaba su silencio a mí y a Sparrow, sé que la carta ha llegado a sus manos porque fue con un amigo mío y suyo. ¿Por qué no me contesta siquiera aunque no sea por la importancia y precisión que tienen nuestros actuales negocios, para sacarme al menos del apuro en que me tiene su silencio? Si está enfermo ¿por qué no me lo dice? Si la enfermedad es grave y le priva de escribir; por lo mismo, ¿por qué me da noticia por algún amigo para hacer yo lo que pueda? ¡Oh! En balde busco, y quiero engañarme a mí mismo, no le hallo excusa a su olvido, a su descuido.

Un furioso temporal que principió ayer duró hasta hoy con la misma fuerza después de llover toda la noche y quebrar el huracán algunos palos de la carpa. Esto ha impedido que salga hoy el vapor.

Miércoles 23 de enero. Nada de Chile. Temporal

El vapor debía haber salido hoy a las nueve del día pero el temporal sigue tan horrible como al principio. Llueve a torrentes y al mismo tiempo corre un viento de no tenerse parado afuera. A pesar de estar cerca de la chimenea yo siento muchísimo frío, cosa que no suele suceder otras veces. El invierno, sobre todas nuestras esperanzas, se prolonga mucho en cuanto de las lluvias que pensábamos se acabarían con el mes pasado. Todo el mes presente ha llovido casi todos los días. Muy pocos días han hecho buenos desde que yo vine. Quisiera Dios que en el entrante pueda uno andar sin embarrarse hasta las rodillas.

Seis meses cabales van a hacer que me escribieron de Chile, desde entonces no he recibido una sola letra más de Concepción. No sé qué será lo que ha sucedido o por qué habiendo personas que han venido de allí mismo no me haya escrito una sola palabra. Darío, que suele ser tan puntual, y cuyas cartas son las que más deseo porque son muy largas, se ha olvidado completamente de su promesa. Tengo desesperación por saber si mi mamita, de quién supe por las últimas cartas que estaba enferma, ha sanado ya o no. Y qué es de Mardoqueo y sus eternos asuntos.

La falta de cartas de Samuel me da tanta mayor impaciencia, cuanto que las deseo para saber también de Chile. Sé que han llegado de Talcahuano tres o cuatro buques últimamente y que sin duda ninguna, deben haber escrito allí. Barea me trajo esta noticia en el otro vapor y le creo porque ha visto entrar los buques y los conoce.

Jueves 24 de enero. Capitán Taylor

Ya son las nueve del día y el vapor da los últimos silbidos anunciando su partida. El Capitán Taylor se vuelve en el mismo vapor hoy y va encargado de entregar a Samuel una carta. Este hombre, que es un íntimo amigo nuestro, lo buscará porque se interesa en verlo para pedir órdenes para Nueva York. Va y volverá en tres meses trayendo su familia que se compone de su señora y las hermanas de ésta, todas muy bonitas.

Va a hacer su casa contigua a la nuestra y me dice que pasaremos muy buenas noches en el otro invierno. Ya lo creo. Si sus cuñadas son buenas mozas y educadas, no tendremos más que desear. Ojalá que en vez de tres meses tarde uno, y que en vez de dos hermanas traiga un ciento si le parece, a mí no me hará ningún mal.

Stockton. Viernes 25 de enero de 1850. El rey de los tordos

Ha amanecido el día mejor, pero a esta hora que son las nueve está ya lloviendo. Parece las cuaresmas de Catamarca este temporal, pero al fin, aquellas cuaresmas tienen Pascuas que recompensan, estos temporales, por el contrario, no dejan sino barro y agua por donde quiera.

Hoy he visto por la primera vez al rey de los tordos. ¡Qué pájaro tan lindo y tan caprichoso! Después que deja de llover bajan al barro inmensas bandadas de tordos negros como un azabache y en medio de la bandada, baja de repente uno que es negro como los demás en todo el cuerpo, pero cuyo pescuezo y cabeza hasta la pechuga es de un amarillo el más encendido que puede darse. Después de ser tan bonito el pájaro, su aparición es tan extraña que parece verdaderamente la de un rey entre sus vasallos. En todas las bandadas baja uno después que todos están reunidos. Para un Chateaubriand, esta cosa no sería un acto indiferente, un mero instinto en el animal; sería quien sabe qué en su boca, lástima es que él ya no exista.

Ninguna noticia tengo de la casa de Calaveras, espero que hoy o mañana vengan de allí al menos así ordené. Yo no espero más que esto, y la vuelta del vapor para marcharme con noticias o sin ellas a mi casa y mis negocios.

Sábado 26 de enero. Los chilenos siempre

Ha llovido hoy también aunque no muy mucho, pero lo suficiente para estorbar que se ande por el pueblo. Mucho desconfío que con este temporal que el vapor no salga hoy de San Francisco y por consiguiente, deje de llegar mañana. Ya llevamos tres rigurosísimos meses de invierno, y parece que no hay esperanzas de que la primavera asome de su olorosa corteza. El primer

temporal fue el 28 de octubre, que duró ocho días por la primera vez, ya voy yo creyendo inviernos doblemente más malos que los del sur de Chile que creía yo tan malos.

Anoche estuvo aquí un americano que componía parte de los bandidos de Calaveras y nos contó los pormenores del suceso último de los chilenos, riéndose y gozando de todas las crueldades y barbaridades que habían cometido sus compañeros, como de tantas otras cosas graciosas y nada más. Decía que a estos últimos les habían tirado con rifles los americanos haciéndolos sentar en el mismo lugar que habían muerto los americanos. Lo que viene a ser lo mismo que si les hubiesen tirado al blanco. ¡Qué bárbaros tan atrocemente inhumanos! Oh, Dios se encargará de la venganza de esos infelices que no puede nunca quedar sin suceder.

Domingo 27 de enero. Cartas de Chile

Acaba de llegar el vapor y con Córdoba, que viene en él, he recibido cartas de Samuel. Gracias a Dios, aunque estuvo enfermo, pero no fue de cuidado, está ya mejor. Me incluye una carta de Tatita para mí del mes de agosto pero es muy atrasada para tratar de saber noticias frescas por ella. Pensaba salir, dice, en esos mismos días para Cucha y Chillán con mi mamita que seguía siempre enferma. Pobre Mamita.

También me incluye otra de Mardoqueo de 27 de noviembre desde Talcahuano, quién solo escribió esta carta a la ligera para anunciar a Samuel que en el Cristóbal Colón le remesaba una casa. Este buque salía el mismo día que el que ha traído la carta, pero como tenía que hacer escala en Valparaíso, aún no aparece aquí, pero infaliblemente debe llegar de un momento a otro. En ese y otros buques y aun en el vapor, ha escrito Mardoqueo, pero ninguna hemos recibido sino es la que arriba digo. Esta carta no contiene más que el simple aviso de la remesa y nada más. Qué pena da cuando después de esperar con tanta ansia noticias de su familia recibe una carta semejante a esta.

Lunes 28 de enero. Se me quita la manía de escribir

El vapor acaba de dar sus tres últimos silbidos y parte ya como una exhalación, antes de la noche estará en San Francisco si no para en Venecia. He escrito de nuevo a Samuel y espero hasta la vuelta del vapor de pasado mañana para irme a Calaveras. Pensé escribir a Chile también, pero estoy cansado y fastidiado ya de escribir tanto. Más de dos meses o tres hace que no escribo ya una letra para ellas, yo llevaré noticias más si voy con plata algún día. Si no, las cartas no valen nada por más que sean para padres y hermanos.

Mi Tatita me dice que de nuevo había ha vuelto a pedir esperas. Malditas son las esperas y malditos los hombres a quienes las piden. ¡Carajo! Nunca hemos de dejar de ser lesos para aprender a ser comerciantes. A pesar de la contraria opinión de Samuel a este respecto tan justa y tan bien fundada, allí no comprenden y obran en distinto sentido. Ojalá que Dios acabe de una vez las cosas que hacen depender a mi Tatita de esos pícaros.

Gracias a Dios, aunque ayer no fue un lindísimo día, sin embargo no llovió. Hoy sí es un día pasable, no llueve ni hace frío tampoco. Ojalá que estos días buenos sean anuncio de la deseada primavera.

Martes 29 de enero. Buenos recuerdos y tan lejos

Hoy ha vuelto a llover y ha hecho un viento tan fuerte que hasta se ha temido por las carpas. El piso ha vuelto a ponerse de nuevo malísimo. Qué diablos, o es este el fin del invierno o nos vamos a anegar como los de Sacramento.

Hoy 29 de enero hace un año cabal que viniendo de Chillán alojé un día y una noche en el Totoral, en casa de una querida adquirida de paso, en el año anterior. La encontré [ilegible] la misma tanto a ella como a las hermanas casadas y solteras. Estuve allí como un príncipe en sus dominios, algunas veces me fastidiaba tanto rendimiento. Qué impresión le hizo mi venida a California. ¡Pobre Carlota! Me he acordado de ella sin ver si he de decir la verdad, y por lo mismo, me acuerdo de las últimas sonseras que hizo por mí. Salí yo de su casa arrancándome y llegué a Concepción a las cuatro de la tarde después de 25 a 30 leguas al galope. Cuatro días después estaba yo en la cuadra sentado en el sofá con Tomasita, cuando entró un hombre y me entregó una carta bastante abultada; la abrí sin desconfianza delante de Tomasita y cayó al suelo un hermoso corazón fabricado de mostacilla y algunas flechas que lo atraviesan; toda la obra estaba hecha sobre una pieza de oro según acostumbran hacer para repartir en los bautismos ... Tomasita dio un grito de sorpresa al levantar la obra maestra de Carlota ... pues era nada menos que de ella a que acompañaba unos versos suyos acrósticos para mí.

Miércoles 30 de enero. Mi peón Sánchez

Anoche a las ocho de la noche estaba con Isidro en su carpa riéndonos de nuestras propias anécdotas cuando golpearon la puerta. Fui a abrir y me encontré con mi peón Sánchez más mojado que un pato y más embarrado que una casa torteada. Trae tres días de camino y gracias a Dios ninguna novedad hay en mi casa, siguió y sigue bien conforme la dejé.

Me trae la mula para que me vaya y también el dinero que pedí allí; tengo suerte en todo, los bandidos aquellos no han visto pasar siquiera al muchacho. Presté a Sparrow los mil pesos, salió de su apuro y me firmó hoy el vale por 1.000.

Stockton. Jueves 31 de enero de 1850. Noticias de mi casa

Anoche llegó un Vapor más aquí, no sé si será el Mint. Ahora acaba de llegar el Sutter y por el recibido contestó a la carta que escribí a Samuel. Este me dice que ha estado enfermo en cama once días de un furioso constipado, pero que fue a verlo Mackay quién con un remedio que le hizo, lo mejoró. Yo no espero para irme a Calaveras sino que el camino se componga un poco.

Todavía tengo nuevos motivos para ponderar la suerte con que salvé yo la vez que vine con Scollen de Calaveras. Me dice Sánchez que no haría dos horas que salimos nosotros cuando llegaron allí los americanos en busca de Scollen. Después han ido dos o tres veces a buscarlo por orden del juez como al único culpable, pero no lo han encontrado. Qué brutos, en la misma noche lo tomaron y nos tuvieron a los cuatro en sus manos y al fin nos dejaron pasar sin decirnos una palabra. Gracias a Dios.

Me dice Sánchez que los indios han hecho algunas muertes de americanos y franceses en Calaveras, pero que aún no se sabe quiénes son. Esto resulta que fueron a buscar a los indios y éstos pelearon por sus casas e hicieron las muertes.

Stockton. Viernes 1 de febrero de 1850. El hotel de Stockton y mi sitio

Acabo de llegar de visitar el hotel que quería ver a la despedida antes de irme a Calaveras. Imposible que en San Francisco, ni en ninguna parte del mundo, haya una cosa más hermosa y más bien trabajada. Más de dos horas hemos ocupado con Isidro en visitar todo el hotel y durante este tiempo no nos ha faltado qué admirar. El Hotel es de dos pisos y tan lujosos es el uno como el otro. El piso de abajo, que está destinado para almacenes y despachos pertenecientes al hotel, como confitería, licorería, ropas hechas y fonda para comida, es todo empapelado con finísimo papel de colores tanto los salones como las piezas chicas, corredores y zaguanes. Toda la obra muerta, puertas, ventanas y armazones son pintados de blanco y los mostradores, con finísimo barniz figurando ramas y otras cosas semejantes. El segundo piso, que es igualmente lujoso, tiene 25 piezas chicas para otras tantas mujeres públicas que se esperan de un momento a otro de San Francisco. Todos estos cuartos están lujosamente amueblados y tienen sus limpias camas con colchón y almohadas de plumas. Después, siguen dos hermosos salones de baile, otro salón para los caballeros y otro para señoras. Hay, en seguida, una hilera grande

de piezas para alquiler y otras destinadas para alojamiento. Seis mesas de toda clase de juego, inclusive una mesa de billar, están preparadas en otras piezas distintas. Después de todo, esto se entra a los balcones que caen al lago uno, y al llano de Stockton los otros. Estas son las cosas mejores que tiene. Por una parte se pueden ver todos los buques en el lago y los que entran a la distancia, por el otro lado se ven los que entran y salen de las minas. Seguido de este inmenso edificio está mi lote, ¿qué mejor situado? ¿Y cómo no valdrá así 15 o 16 mil pesos? Acaban de ofrecerme por la quinta parte 3 mil pesos al contado.

Sábado 2 de febrero. Día de la Candelaria

Son las ocho de la noche y estoy alojado donde otra vez alojé al venir para las minas. Esta mañana, a causa de la espesa niebla, erré el camino y fui a dar por entre horribles pantanos al río San Joaquín, que no pude pasar y volví a Stockton donde supe que había errado el camino, perdí cinco leguas y tuve que andar otras cinco con el barro hasta la barriga de la mula; ésta se cansó y tuve que andar a pie desde allí hasta aquí 10 leguas. Escribo esto en mi cartera a la orilla del fuego. Así he pasado yo el día de Candelaria.

Calaveras. Domingo 3 de febrero de 1850. Mi llegada a Calaveras

Son las ocho de la noche en que acabo de llegar a casa. Bien puedo decir que estos son los primeros trabajos que he pasado en California. Después de inmensos barriales que he atravesado a pie esta mañana, llegué cansadísimo al campo de los “americanos bandidos”. Me trataron con muchísimo cariño. Me preguntaron de donde era, ¡dije que era argentino! A lo que contestaron que la prueba de ello estaba en que yo hablaba bien el inglés. Satisface sus curiosidades sobre nuevas de Stockton y San Francisco y pasó a casa de Abel. Comí allí y no salí sino a la oración. Me dijeron que el río estaba bajo y como hacía tanto frío sentí el mojarme y monté en la mula que creí pudiera aguantar a pasar el río siquiera. Pero apenas entré en ella al río se perdió entera, principió a nadar dándome el agua a mí a la cintura. Salí felizmente al otro lado pero completamente mojado, con mis papeles y libros destilando agua. No era eso nomás; tenía que pasar tres veces más el mismo río. En fin, para no escribir más diré que pasé lo mismo las demás veces. Dios sabe cómo. Después, entré tirando la mula en los horribles fangos del camino donde me costaba salir yo y sacar la mula tirando. En uno de estos pantanos oí un tiro de repente, y sentí caer la bala delante de mí levantando agua. La noche no estaba tan oscura, vi a todos lados y vi cerca del pie del cerro una luz, eché mano a mis pistolas, pero no hallé nada, se las dejé a mi peón que también viene de a pie, lo mismo

que mi escopeta. Dueño habría sido cualquiera de matarme a sus anchas, yo no tenía arma ninguna. Pero no me han muerto puesto que estoy escribiendo, ni sé tampoco cómo explicar el tiro ese. Llegué al río de aquí y volví a mojar me de nuevo, pero ya estoy en mi casa y poco me importa todo eso.

Lunes 4 de febrero. Lastimoso acontecimiento

Hoy hace un lindísimo día, lo mismo que los tres precedentes. Hace calor, y se puede casi afirmar que la primavera quiere entrar ya. Creo que en ninguna parte de California se hace sentir lo riguroso de las estaciones más que aquí. El frío aquí es excesivo, y el calor incomparable. Mientras en otras partes no ha nevado nada, aquí han caído nevadas muy grandes. Según veo en el diario del trabajo de los peones, ha nevado copiosamente cuatro días seguidos el mes pasado, desde el 20 hasta el 24 inclusive. Ya creo que no tendremos más agua sino heladas, pero para eso tenemos mucha leña.

He venido a encontrarme aquí con la noticia de la muerte de los peones de los franceses amigos. ¡Qué lástima! Eran bellísimos sujetos y muy amigos míos. Fueron los dos componiendo el número de 25 hombres que fueron a atacar a los indios. Después de cuatro días de marcha se extraviaron todos, y cada uno, de hambre, tomó el camino que le parecía más corto para venir aquí. En esto los indios encontraron con el joven Bertrand y su amigo; se pusieron en defensa pero el número venció el valor de nuestros amigos y todo lo que sabemos de ellos es que un mejicano que pasó a una distancia vio que los indios estaban asesinando a flechazos a los franceses amarrados ya. ¡Infelices! Cómo muere uno aquí tan ignorado de su familia y amigos. Otra partida que ha ido en persecución de los indios han hallado flechas ensangrentadas y pedazos de ropa, pero nada de cadáveres, seguramente se los han comido.

Martes 5 de febrero. Mi renta

Acabo de escribir a Samuel con Míster Bous, que salió hace un momento para Stockton. En su última carta de San Francisco me decía éste que había estado en cama once días, pero que ya estaba mejor. Sin embargo, yo quisiera recibir cartas tuyas para estar más satisfecho.

Todo va bien en mi casa. Mis peones, que son ocho ahora, están trabajando muy bien, y sacando cada uno una onza y más a veces. No es mala renta ni estoy descontento para ser en invierno. La venta no es tan activa ahora, también es cierto que se han concluido ya algunos artículos, pero el precio es siempre un peso y doce reales la libra de víveres.

Calaveras. Miércoles 6 de febrero de 1850. Mis peones

Siguen los días buenos como si estuviéramos ya en primavera. Es envidiable la buena temperatura de que se goza aquí en este tiempo. Se goza del sol sin daño, y de la verdura del campo por todas partes por donde uno anda. Subimos hoy con Sánchez a la cima del cerro y lo hemos corrido por todas partes encontrando tan hermoso el pasto como un alfombrado. No dudo ya de que la primavera ha entrado, o que si tenemos agua otra vez, será muy poca.

Los peones están más contentos que yo con el buen tiempo, pues que pueden trabajar todos los días y no con la agua tan fría como antes. Es muy marcada la suerte con que he caminado yo hasta ahora. Ni un solo hombre se me ha enfermado siendo así que han pasado las dos estaciones sin dejar de trabajar ni un solo día. La compañía de Mr. Biggs se disolvió porque se enfermaron todos los hombres hasta el estado de temer por su vida. En estos días han muerto también aquí dos sonoreños de escorbuto, y hay más de diez o doce que llevan el mismo camino y por cuya vida no diera medio yo.

Hoy mis peones han sacado muy cerca de cien pesos. Les rinde ahora el trabajo porque saben hacerlo y por qué ahora ganan más que antes. Dios quiera que todo siga como hasta aquí.

Jueves 7 de febrero. Un recuerdo argentino

Hoy compré una res, aunque soy argentino y estoy acostumbrado a comprarlas baratas, hoy no he vacilado en dar 80 pesos por una que no es muy grande. Sin embargo, me parece que de la mitad de ella sacaré más de lo que me ha costado. Y después de todo, una vez en el año comer una cabeza asada como en su país no es mucho gasto. Gracias a Dios hemos almorzado con Juan de Dios un “vaquero gordo” y asado como lo asan los gauchos argentinos. Se goza también de este modo recordando las costumbres de su país.

Acaba de morir un sonoreño Tautimes, a quién he protegido yo desde que llegué aquí y quién me correspondía lo que hacía por él, queriéndome, respetándome como a padre. Ha muerto de escorbuto como están muriendo todos sus compañeros. Pero es admirable que cuantos mueren aquí son sonoreños. Ya me parece que cual es la causa, 1º el aguardiente que toman en exceso en todas las estaciones, 2º el desabrigo con que viven, a veces sin tener más que la camisa y el calzoncillo pegados a la carne, 3º y último la flojera y falta de aseo que es tan notable en ellos pues que se pasan meses sin que se laven la cara, y una vez que caen enfermos son pusilánimes hasta no poderse levantar de la cama para nada. Todo esto lo tengo muy bien observado en casi un año que hace a que estoy aquí. También Tautimes es uno de los desgraciados que fueron a la expedición en busca de los indios, todos los cuales sufrieron tres rigurosos días de lluvia sin comer ni dormir.

Viernes 8 de febrero. Los enfermos

Los enfermos de escorbuto han mandado casi todos a comprar carne ahora para curarse. Dios mío. Si yo no compro una res ellos, se siguen muriendo siempre no comiendo sino frijoles y charqui. Hasta ahí llega el poco ánimo de estos hombres; ven que esas comidas secas los matan y siguen tomándolas, sin tener aliento para comprar carne fresca y curarse. Seis reales no más he pedido por la libra de carne fresca y se dan así muy de santos. Moyano me avisó que había un sonorese que se moría de hambre porque le habían dicho que no coma frijoles si quería sanar del escorbuto, y que el infeliz no tenía con qué comprar carne fresca. Yo le he mandado carne ahora haciéndole decir que mande aquí por todo lo que necesite hasta que sane.

Ya Moyano les ha avisado que tomen berros y cilantro en ensaladas que hay muchísimo y silvestre aquí. El olor del cilantro se siente por donde quiera, lo mismo que se ven grandes cantidades de fresquísimos berros en todas partes.

Calaveras. Sábado 9 de febrero de 1850. Los jóvenes franceses

Ya hemos tenido como quince días buenos durante los que la primavera ha entrado aunque sin todavía tiempo. Ya por consiguiente lo único que podemos temer son las nieves. Vuelve otra vez el verano y con él los insufribles solares. Me está pareciendo que voy a echar de menos el invierno, tanto es lo que ha calentado el tiempo en estos días.

Acaba de llegar mi amigo californio de los Ángeles trayéndome una buena noticia. Los franceses, a quienes todos creíamos muertos, ya han salido al Estanislao aunque cubiertos de flechazos pero que, al fin, no serán heridas de peligro. ¡Gracias a Dios! Tengo tanto gusto en que hayan salvado estos jóvenes como si fueran algo más que amigos para mí.

Otros dos jóvenes franceses también han llegado casi pereciendo de hambre a los Ángeles. Fueron también en busca de unos indios y anduvieron perdidos por tres días. Uno de ellos se encontró con un oso, por desgracia le erró el tiro y tuvo que refugiarse en un pino donde forcejeaba el oso sin poder trepar. El oso ha tenido la paciencia de estar allí todo el día y toda la noche esperando al pie del árbol, pero el joven aguantó más el hambre que él, pues que al fin se retiró al otro día dejando el campo a su enemigo. Hasta ahora ninguna expedición a los indios ha tenido buen resultado; o éstos se han defendido bien o los osos o el hambre y frío les han ayudado a hacer la guerra.

Domingo 10 de febrero. Los domingos sin misa y sin música

Quizá hace más de un año ya a que no oigo misa. Como es domingo hoy y toda mi vida lo primero que he hecho el domingo ha sido oír música, extraño y me acuerdo por eso ahora de la misa. Diera mucho por oír una misa con toda la solemnidad que se pudiera aquí. ¿Pero dónde buscar sacerdotes católicos aquí? Algún día se me cumplirá el deseo de oírla.

A propósito. ¿Qué harán hoy esas gentes de Chile? Buenos siete meses hacen ya a que yo no sé de ellos sino que viven. Mardoqueo, Darío, Juan, trinidad hecha para los domingos, ¿qué hacen por Dios que no escriben? Quien tuviera un telégrafo tan veloz que pudiera decirme qué es lo que hacen ellos en este momento en que uno de tantos amigos conversa con ellos desde las entrañas mismas de California. ¿Qué será de mamita, Tatita y Emilia? Pobres gentes. Son tan [ilegible] que tal vez están pensando hasta ahora en sus hijos y hermano. O tal vez pasean hoy sin acordarse que aquí no paseamos ni dejamos de pensar en ellos ni un minuto.

Y esa gente del otro lado de los Andes ¿qué harán a esta hora? ¿Mis conocidos y tías en San Juan creerán acaso que de entre los cerros de California hay quién los saluda en este momento? Por supuesto desconfío que mi familia siquiera piensa en mí, con mucha más razón desconfío en que no se han acordado en dos años ya. Si estará Manualita en Zonda o Causete a estas horas. Creo que por este mismo tiempo fue nuestro paseo con ella allí. ¿Qué recuerdos felices los de entonces! ¡Bribona! Ni siquiera piensa en mí ni en esas épocas.

Acaba de decir adiós a este mundo otro sonoreño para no volver más. A esta hora lo están enterrando. Dios mío, qué triste el ver morir siquiera un hombre en California. Qué contrastes en este momento la escena de aquí con la de cualquier otra parte, donde pasarán y gozarán del mundo sin pensar en lo que hemos de parar al fin.

Lunes 11 de febrero. Un baño

El día ha estado hoy tan caluroso que determinamos ir a bañarnos con Juan de Dios. Tenemos la escopeta y pasamos al otro lado de los dos cerros que nos separan del baño. Juan de Dios, que se desnudó primero, entró también primero, pero salió gritando como un niño por la frialdad del agua, lo que hizo que yo pensara ya en no probar el baño hasta otra ocasión.

Los indios han venido anoche hasta nuestras carpas. De lo de Biggs han robado muchas cosas y de aquí casi toda la ropa que tenían los peones extendida sobre las rocas. Más bien que yo ni nadie los haya sentido, porque quizá no habría parado en eso no más. Estos señores indios van poniéndose más atrevidos de lo necesario.

Calaveras. Martes 12 de febrero de 1850. Una carta de Isidro

Acabo en este momento de recibir una carta de Isidro traída por Míster Baus quién no encontró a Samuel en Stockton. Isidro me dice que Sparrow acababa de llegar en el vapor y que dejaba a Samuel mejorándose. Pero ¿qué tiene Samuel que no puede mejorarse de una vez en más de un mes que hace a que está enfermo? Ninguna carta ha escrito él a mí ni a Isidro habiendo venido Sparrow de San Francisco. Sería la última desgracia que Samuel fuese a enfermarse de cuidado; cuando no puedo estar yo a su lado, más me hace temer cualesquiera indisposición. ¡Pobre Samuel! Quién lo cuidará allí donde nadie es amigo sino cuando tiene interés en serlo por algún negocio. No, espero en Dios que no nos mandara este trabajo cuando tenemos tantos deberes que llenar aquí.

Me dice Isidro que los lotes siguen subiendo exorbitantemente, que hay ahora muchísima concurrencia, y que en nada se desmienten las esperanzas que teníamos para la primavera. Bueno. Ya veremos si este año hacemos nuestra fortuna y quedamos aptos para irnos el siguiente.

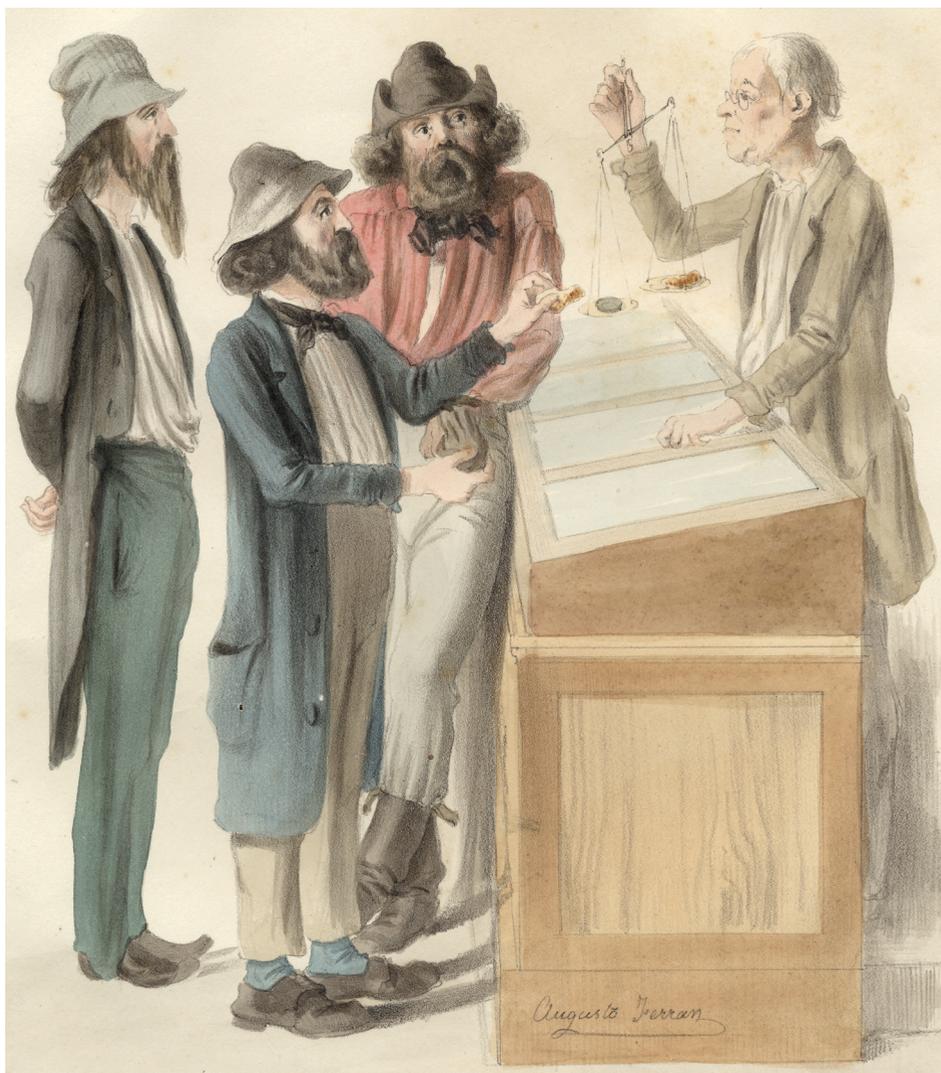
A propósito. Hoy es uno de los aniversarios más grandes que marca la historia de nuestras repúblicas. Hoy hace treinta y tres años a que los argentinos mandados por San Martín dieron su sangre en la cuesta de Chacabuco por la libertad de que hoy goza Chile. Qué gloria y qué generosidad que contrasta tanto con la mezquindad e indiferencia con que Chile ve a su República hermana hacerse pedazos bajo una guerra tan desgraciada como larga. Así es como se pagan las más veces los inmensos sacrificios que se hacen a favor de otros.

Miércoles 13 de febrero. La pepa de 93 libras

Míster Biggs acaba de llegar aquí después de haber corrido los siete placeres de Estanislao. Viene tan flaco que casi es difícil conocerlo; más de un mes hace, según dice, a que está enfermo. El placer de Estanislao dice que está malísimo, y que se pasa mucho tiempo sin que los hombres puedan sacar nada. Pero hace muy pocos días que ha tenido guardada en su caja una pepa de oro de 24 libras de peso, que se la había encontrado un miserable sonoreño que al fin la desbarató. También sé por un americano que en Murphys se ha sacado una pepa que pesa 93 libras de piedra, cosa de 3 o 4 libras solamente. Yo creo que las grandes cantidades de oro que encierran las entrañas de California no se han encontrado todavía. Y que nuestros hijos tendrán mejor California que nosotros.

Los americanos han botado del Estanislao a 30 franceses que ninguna resistencia han hecho. Yo creo que estos yanquis andan queriendo que otra vez les rompan la cabeza como el otro día en el asunto de los chilenos. Todos creen que este año todo el mundo se alzaría contra los

yanquis y más si, como se cree, al fin la ruptura que hay entre Estados Unidos e Inglaterra para en algunos bombarderos.



F. 11: Realizacion – Effectuation¹⁰²

¹⁰² Augusto Ferrán, José Baturone y Luis Marquier, 1849, litografía. *Album californiano: Colección de tipos observados y dibujados por los tres* (La Habana, 1849). Robert B. Honeyman Collection, UC Berkeley, Bancroft Library.

Jueves 14 de febrero. La primavera

Hoy es uno de los días más lindos y en que más se ha dejado ver la primavera. Pero es admirable la exactitud con que se marcan aquí las estaciones. Desde que dejó de llover 20 días ha, no se ha notado la menor alteración en el tiempo. A veces muy lejanas nubes han cubierto la atmósfera que, por lo regular, está tan limpia y tan clara como no la he notado en ninguna parte donde he estado. El mismo tiempo hace que no corre ninguna clase de viento, rara vez se siente engrosar la delgada brisa que apenas basta a mover las hojas de los árboles y a refrenar el día, cuando el sol calienta un poco hacia el mediodía.

El verde del campo se ve hasta las mismas estacas que sujetan las carpas. La naturaleza es tan vigorosa aquí que parece crecer toda la vegetación cada hora. Todo el campo está ya cubierto de pasto entreverado con mil clases de yerbas aromáticas que no he visto sino en los jardines y las huertas en otras partes. Aquí, como todos los días, el fragancioso (sic) cilantro que abunda tanto como el pasto, el rábano, y riquísimas ensaladas del berro más tierno y jugoso que yo he visto. No puede darse ya una tierra más fecunda y de un clima mejor.

Calaveras. Viernes 15 de febrero de 1850. Una esperanza fallida

Mi amigo californio llegó hoy de los Ángeles con Alfonso, el compañero de los jóvenes franceses. Éste, por una noticia que le dieron de aquellos amigos, fue a buscarlos al Estanislao, pero ha vuelto más triste que nunca porque no sólo no los ha encontrado, sino que casi no cabe duda en que han sido comidos por los indios. Vino aquí ayer, con un mejicano que acompañaba a sus desgraciados compañeros a que le sirva yo de intérprete para saber lo que pasó. El mejicano dice que se encontraron con 30 indios que los cargaron tan luego que los vieron y que ellos, viendo el mayor número, quisieron huir, pero que luego fueron rodeados enteramente, sin tener más paso abierto que el que caía a un río. Que se botaron en él los jóvenes, pero que al salir nadando al otro lado, se vieron de nuevo rodeados por los indios. Entonces, dijeron, se decidieron a pelear los jóvenes, hicieron fuego con sus pistolas, pero tanto éstas como las escopetas no daban fuego por haberse mojado en el pasaje del río. Entonces quedaron ya desarmados y al mismo tiempo Bertrand había sido traspasado en el brazo derecho por una flecha y Don Félix con otra en el pecho. El mejicano, dice entonces, que se botó al río y zambulló como un pato y que se salvó con la oscuridad de la noche. Pero que a más de seis cuerdas oía todavía la vocinglería de los indios. Pobre Alfonso. No ha podido contener sus lágrimas cuando le he repetido yo en francés toda la relación de los infelices jóvenes. Dice que lo que más siente es no haber estado con ellos en esos instantes.

Sábado 16 de febrero. Quiroga y la República Argentina

Hoy marca la historia de las repúblicas hispano americanas un acontecimiento célebre que nadie puede decir si fue feliz o desgraciado, principalmente para la República Argentina. En este día fue asesinado en Barranca Yaco el famoso caudillo Don Juan Facundo Quiroga. Sabida es la destrucción que hizo Quiroga de la ciudad de la Rioja, su misma patria y el estrago que causaron sus guerras en las demás provincias. Yo soy miembro inmediato de la familia que principió a elevar a este hombre, a la que él más ha perseguido y arruinado; él es la causa de que nuestra familia esté así diseminada por todas partes, y sin embargo yo soy más bien su apasionado que su enemigo. A pesar de que Quiroga ha hecho más víctimas y vertido más sangre que nadie, es menos culpable que Rosas al juicio de todos. Él era el único que quiso y pudo haber constituido la república y también el único que podía enfrenar la ambición de aquél, y el único también a quién el tirano le temblaba. Por lo mismo, es más claro que el día que nadie sino él fue el que ordenó su asesinato. Sino quién sabe lo que hoy hubiera sido de la República Argentina.

Domingo 17 de febrero. Mi cumpleaños

El día de hoy es magnífico y parece que también el tiempo quiere tomar parte en mi alegría. Hoy tengo yo un año de más encima y quién sabe cuántos menos de vida. Hoy nací yo en la Jerusalén Argentina, en la ciudad de la Rioja. Pobre mamita, si se acordará ella ahora de mí por los dolores siquiera que le causé yo en este día, Y al darme ella el primer beso, si pensaría en que ese niño 23 años después la había de bendecir desde las entrañas de California. O si se podrá leer en la frente de cada niño al nacer su vida entera y porvenir, que diferentes efectos experimentaría cada madre por su hijo por la primera vez. Cuánto horror le habría causado a la madre Nerón al ver el fruto de su vientre, el futuro verdugo. Y cuánto placer a la madre de Napoleón al ver en su recién nacido al futuro Emperador de casi todo el mundo civilizado. Pero dejemos aparte consideraciones quiméricas y volvamos a lo real y práctico.

Hoy tengo ya 23 años. ¿Qué tal? El año 48 en este mismo día y a estas mismas horas hacía lo mismo que ahora en Chillán. El año pasado cumplí mis 22 en Concepción, y me acuerdo hice mucho porque Mamita celebraba mi día. También recordé esta fecha a Tomasita, pero ella me celebró mi día. Pero yo lo celebro mejor que nadie.

El año pasado era pobre y mis 22 años me abrumaban. Hoy no soy rico todavía, pero tengo 20 probabilidades de serlo luego, si Dios sigue protegiéndome. Pero hoy mi situación es muy distinta de la del año pasado. Ahora soy feliz, si se puede ser feliz lejos de su familia y su querida ...

Mis peones han tenido hoy ricas empanadas de carne fresca, frescas ensaladas de berros, y sabrosos camotes de pera, cosas todas muy raras aquí. En fin, hoy ha sido toda mi casa un día de fiesta concurrido por muchos amigos. Gracias a Dios.

Calaveras. Lunes 18 de febrero de 1850. Se puebla Calaveras

Hoy ha llegado aquí una compañía de 60 y más hombres, todos americanos. Vienen de Moquelmos donde ya no hay oro ni dónde buscar cosa que se parezca. Esta compañía es una pequeña fracción de diez y seis mil americanos que han venido a California por tierra en estos últimos meses. Dicen éstos que todo Norte América va a vaciarse sobre California y que esto es para los que quedan allá como la bienaventuranza para los que deseen que les llegue un día u otro.

Todo este día ha amagado lluvia y ha hecho muchísimo frío. Yo espero por momentos más bien nieve que agua. El año pasado cayó aquí una nevada el 15 de marzo que cubrió todos los campos hasta San Francisco. Nada extraño sería que en este mes nos cayese así una nevada igual. Por lo que veo, este mes es del todo igual y perteneciente al mes de agosto en Chile y Buenos Aires.

A propósito de Buenos Aires, uno de los americanos que me visitó ayer me contó que Rosas, según había leído en un periódico, había declarado la guerra al Brasil y enviado ya un ejército de diez y seis mil hombres contra aquel imperio. El mes pasado leí también en el Mercurio de 28 de noviembre que Rosas había comprado tres buques de guerra a Estados Unidos, con el objeto de enviarlos al Paraguay. No atino ni sé qué pensar de todo esto que veo y oigo de mi país.

Martes 19 de febrero. Un día de angustia

Acaba de llegar aquí el muchacho Juan de Dios, hijo de uno de mis peones. Viene de Stockton pasando por los Ángeles con un americano. Como ha servido a Samuel mucho tiempo en Stockton, le pregunté si lo había visto allí en su casa, a lo que me ha contestado que Sparrow le había dicho que aún estaba enfermo en San Francisco. Dios mío, qué significa esta enfermedad de resfrío y que dura ya dos meses más o menos. El muchacho salió antes de ayer de Stockton y aún no aparecía Samuel. Yo no soy fatalista, pero ¿quién me asegura de que esa leve enfermedad no sea ya una cosa grave? ¡Santo Dios! Qué desgracia sería, y yo sin poderme mover de acá para ir a verlo siquiera. Nadie sabe lo que este muchacho me hace sufrir sin saber, ha derramado en mi corazón la incertidumbre y con ella, mil tristes ideas. Cuánto sufre uno aquí contrariado con la más pequeña desgracia, se me ha presentado a la imaginación y he revuelto en mi memoria en menos de dos horas todos los

tristes acontecimientos de California ligados con nosotros de un modo que aunque casual, me parece sin embargo muy funesto. La muerte de cinco o seis jóvenes argentinos amigos nuestros, ¿no es una cosa muy triste siendo tan pocos y contados los que hemos venido aquí? Mil pensamientos de esta laya han pasado hoy por mi cabeza, dejando un rastro horrible en mi corazón. Agréguese a todo esto los seis meses que hace que no recibo de Chile una sola carta que me satisfaga y me asegure de que todos viven siquiera. Hay tormento mayor para los que viven entre dos solitarios cerros como yo, que el no saber y dudar hasta de la salud de todos los miembros de su familia. Dios, si todo esto no es más que un preludio de alguna nueva desgracia. No maldeciré la hora en que venga, pues que viene de vos, pero quisiera más bien sufrirla que presenciar los tristes efectos que ella pudiera hacer en otros seres más viejos, y más cansados de sufrir que yo.

Miércoles 20 de febrero. Otro día más

Catorce americanos trabajan cada uno con su máquina en este momento en el mismo lugar que mis peones trabajaron el verano pasado y se conforman, según me dicen, con la miseria que les puede dar un lugar ya trabajado. Otros tantos yanquis han pasado para arriba en busca de otros lugares mejores.

Anoche he pasado una mala noche parecida al día de ayer en todo. Ninguna cosa ha venido a mejorar mi situación respecto a las dudas. Desde ayer cuento las horas que se pasan sin dejar de fijarme en ninguna como un reo que espera o su muerte o su gracia.

Calaveras. Jueves 21 de febrero de 1850. Los esclavos americanos y los más libres

Hace tres días que el tiempo anunciaba revolución. Anoche ha llovido y caído una inmensa nevada. Todos los cerros se ven como cubiertos con sábanas, en algunas partes habrá subido a cuatro pies de alto. Son ahora las diez del día y llueve a cántaros, ya los veinte americanos que trabajaban frente a mi carpa se fueron y no quedan sino tres o cuatro yuntas de esclavos negros helándose por sus amos. ¡Dios mío! Que efecto tan grande me ha hecho ahora el ver esclavos en California y más, encadenados por americanos cuya nación, más que todas las del mundo, blasona de libre. Estos infelices negros apenas pueden tomar barreta del frío y sin embargo no se mueven del lugar de trabajo que sus amos le han señalado. Burlando quizá la vigilancia de sus amos, han venido aquí a calentarse un rato. Qué buenos y qué amables son los infelices, y

cuanta mayor lástima da ver unos seres enteramente semejantes a nosotros arrastrar cadenas y tener dueños como cualquier animal.

Uno de estos negros me rogó en denantes¹⁰³ que le hiciera el favor de tocar un poco la guitarra porque desde su trabajo me había estado oyendo cantar “Lucy Long”, una canción de negros. Le toqué la canción con mucho gusto y algunas otras frioleras y se le veía la alegría y gusto esparcidos en todo su semblante. Al fin, le di un poco de aguardiente y al irse me dijo que me agradecía mucho el haberle dado de balde “fuego, aguardiente y música”.

Son las diez de la noche; me he cansado yo de estar cerca del fuego, oyendo los cuentos de los peones y ahora, desde aquí, estoy oyendo otro cuento con ganas de aprovecharlo para dormir. Ellos, todos los peones tienen rodeado el fuego, y se divierten a sus anchas con los “casos”. Y que haré yo sino escucho en silencio siquiera sus zonceras para distraerme. Otra vez se ha pasado hoy el día triste como los demás.

Viernes 22 de febrero. Mis noches en California

Anoche ha llovido casi toda la noche, y la nieve ha subido más en los cerros que lo que estaba ayer y antes de ayer. Hoy es un día lindísimo, sin frío y sólo con un sol lo muy suficiente para gozar de su calor sin perjuicio. Los peones han sacado muy cerca de cien pesos y dicen ellos que es por la rica ensalada de berros que les hice dar ayer con el cocinero para precaverlos del escorbuto. Yo, aunque no tengo escorbuto, como todos los días, esto bueno siquiera gozo aquí, pues que hay más berros aquí que lechugas en ninguna otra parte.

Son las diez de la noche. Hace frío porque la noche está muy estrellada, pero en cambio arden gruesos leños de pino en el fuego despidiendo un riquísimo olor. Rodean el fuego mis nueve peones (tomé dos más, antes de ayer), Juan de Dios Sánchez, Míster Alfredo, Moyano y la cocinera. En este momento uno de los peones tiene la palabra y cuenta un cuento que lleva ya más de una hora. Todos le atienden con mucho interés, y su relación no es interrumpida sino por las carcajadas de risa que les arranca su gracioso estilo. Este cuadro veía yo antes de ponerme a escribir y me sentía feliz al ver la paz y quietud de mi casa con tantos hombres contentos bajo mi dependencia. Pero la alegría se me ha cambiado en tristeza porque recordé el cuadro tan desurtido que debe formar mi familia, y que en vez de tener yo aquí un miembro siquiera de ella, soy tan solo como el que más. Qué hacerle, preciso es conformarse y oír en silencio o fingir oír los cuentos de los peones.

¹⁰³ Denantes: adverbio coloquial utilizado en Chile y que significa algo que sucedió apenas hace un momento.

Calaveras. Domingo 22 de febrero de 1850. La respuesta de Abel

Ya no sabiendo qué hacer hoy de triste con tanto silencio de Samuel, hice esta mañana un propio a Abel a ver si él, por cartas de Isidro, sabía alguna cosa. Son las doce del día ahora en que acaba de llegar el peón que mandé y Abel sólo me da noticias de que Isidro, en carta del 14 de éste, le habla de una de Samuel desde San Francisco. Gracias de Dios, al menos pudiendo escribir no debe estar tan peligrosamente enfermo.

Hoy hace un lindísimo día de primavera y muy a propósito para lucir un riquísimo fraque verde mar, un chaleco color ante, una corbata azul turquí y un pantalón violeta. Pero ¿dónde lucir estas buenas cosas? ¿Ni a qué bella llamar la atención para una mirada siquiera? Así como sueña un encarcelado con el aire puro y la deseada libertad, así sueño yo con mis pasados días con mi familia, mis amigos y las bellas. En fin, algún día, es la palabra de todo el que espera como yo ...

Creo que Calaveras es lo que más llama la atención en cuanto a los placeres ahora, porque el día que menos entran de todas partes es de 25 a 30 hombres. Todo lo que hace a mi real (que así se llama ya) está lleno de americanos y mi carpa es el lugar de cita para ellos, porque les gusta mucho la música y son apasionados de la República Argentina. Anoche me decían unos americanos que los únicos sudamericanos de raza blanca que habían visto eran los de la República Argentina, que los demás eran negros o cobrizos y lampiños ... En esta creencia están muchos o la mayor parte de ellos.

Sábado 23 de febrero

Anoche he tenido aquí a tres de los negros esclavos que vinieron a suplicarme le tocara la Susana y Miss Lucy Long. Se han llenado de placer los infelices al oír en California los cantos de su país. Ellos mismos han cantado y bailado como si estuvieran entre los suyos. Me han dado infinitas gracias diciéndome que soy muy bueno para ellos y que todos los negros me quieren muchísimo. ¡Infelices! Lamen la mano del que les acaricia.

Lunes 25 de febrero. Un nuevo descubrimiento

Anoche ha llovido y casi toda la noche, y más granizo que agua. Pero hoy solo está nublado y hace bastante frío. Casi la mitad de los americanos que había aquí se han marchado para arriba, al ruido del descubrimiento de unos riquísimos descubrimientos en el nacimiento de este mismo Calaveras tres leguas más arriba. Han venido algunos sonorenses de allá ayer y me han

dicho que seis americanos están sacando de a una libra de oro al día y en pepas de cuatro y sus onzas. Esto, si no es positivo todo, la mayor parte es cierto.

Hoy compramos un novillo gordo para celebrar los últimos días del mes de febrero que parece que quiere acabarse a un tiempo con el invierno. Todo va bajando de precio ya. La vaca que compramos el otro día nos costó cinco onzas de oro, ésta no nos cuesta más que cuatro. Hoy, con motivo de esta compra, he tenido ocasión de ver lo que valen los americanos con su rifle. No pudiendo nosotros tomar a lazo el novillo que compramos por muy arisco, me dijo un americano que si quería que me lo tomara él con su rifle; partió el tiro y el novillo cayó como un herido de un rayo con un chorro de sangre en la frente. Muy bien puede haber 150 pasos de distancia de aquí a donde tiró el americano.

Martes 26 de febrero. Cartas de Samuel

¡Gracias a Dios! Anoche llegó Mr. Bous de Stockton y me trajo una carta de Samuel escrita desde San Francisco fecha 14 del presente. Samuel ha sanado completamente pero ha sufrido, según él me dice, una completa metamorfosis. Ha quedado blanco como un papel y de un cutis tan fino que le envidiaría cualquiera niña; en una palabra, con la enfermedad ha desaparecido todo lo grosero y salvaje adquirido en California. ¡Gracias a Dios! La enfermedad de Samuel me tenía desesperado y nada me consolaba. Mr. Bous recibió la carta de Isidro porque Samuel aún estaba en San Francisco, pero al venirse ya para acá lo vio llegar en el vapor con Rufino y dice que está muy gordo y sano enteramente.

El Doctor Mackay, según Samuel, salió el 22 para Chile y con él escribe Samuel muchísimas cartas para todos. Bien hecho porque hace ya cuatro meses que yo no escribo una letra.

Calaveras. Miércoles 27 de febrero de 1850. Nada sé de Chile

Samuel, en su carta, nada me dice de Chile, sigue siempre sin duda el silencio. Seis meses tienen ya las últimas fechas de Concepción. No hallo yo a qué atribuir semejante silencio cuando antes recibía tantas cartas a menudo de allí. Mister Bous ha venido a confirmar una noticia fatal que corría desde muchos días a esta parte. Los indios, dice que después de haber destruido el batallón de Carampangue, han entrado hasta la Puntilla cometiendo mil atrocidades. Contados dice que son los soldados que han escapado de los del Carampangue y que los indios no se han retirado sino a la llegada de un nuevo batallón de Santiago. Si esto es cierto, ¿qué deberemos más pensar los que tenemos familias allí? Mejor no creer nada ...

Samuel me incluye una carta de mi tío Ramón de fecha 10 de agosto. Por supuesto que sus noticias son muy atrasadas, porque recibí otra de él de fecha 8 de octubre. Nada por consiguiente sabemos de Concepción.

Estaba por rematar Samuel en San Francisco un sitio y una casa perteneciente a Jara, que como era, dice, cosa judicial, tenía esperanzas de obtenerlo por seis mil pesos solamente.

Jueves 28 de febrero. Despedida del mes

Ayer ha llovido bastante y anoche toda la noche hasta el amanecer. Son ahora las doce y media del día. A las seis principió a nevar con pequeños intervalos de granizo, uno de estos me tomó volviendo hoy de lo de Bous donde fui a llevarle cartas para Samuel. Todo parece ahora estar tendido con sábanas. En los cerros, digo, en las cimas hay partes donde la nieve ha subido a cinco y seis pies con estas últimas nevadas. Hay quién dice que el mes entrante es más fuerte que éste en cuanto a la nieve que cae en más abundancia que en cualquier otro mes.

Ya veremos cómo se porta para mí el mes de marzo que va a entrar. El que concluye hoy, a pesar de no tener 28 días de los cuales muchos se han perdido por la nieve, no se ha portado mal. A mí no me ha sucedido nada malo ni en mi salud ni en mis negocios. Mis peones me han sacado como mil doscientos pesos en oro riquísimo de 24 quilates, quizá el de mejor ley que se conoce. Este mes ha dejado descubierto un nuevo placer muy rico, donde algunos han sacado desde tres onzas hasta una libra al día de oro en pepas grandes; este placer en este mismo río está a dos y media leguas de aquí, cerca de San Antonio. Allí voy a mandar a mis peones en la semana entrante.

Calaveras. Viernes 1 de marzo de 1850. Un General en mi casa

Son las cinco de la tarde en que mientras yo me ocupaba con la Enciclopedia Inglesa de la Austria relativamente a Napoleón, con cuyos generales corría de aquí, se me ha aparecido un General. No de los de Napoleón, pero a quién tantas esperanzas de ver tenía como a aquéllos que han muerto ya casi todos. Es un general que me vio a mí en faldas, un resto de los bravos de la Independencia, un tío mío, en fin. Don Casimiro Rodríguez, es a quién acabo de recibir en mi casa, en California, en las entrañas de Calaveras. Conque ya verá mi diario que no es una cosa de poca importancia la que le confío ahora. He tenido mucho gusto recibir a este amigo tío, cuyo pasado está ligado con nuestros intereses patrios, y cuyo futuro con mis relaciones de parentesco interesándome por lo mismo en su favor. Después de haber perdido cuanto tenía en diferentes transacciones comerciales desde Catamarca hasta el Perú alto y bajo, ha recalado

en California a luchar con la desgracia que lo arrastra a todas partes y a rogarle a la fortuna que, como una coqueta halaga y se aleja, dice al fin que sí cuando más lejos está de entregarse.

Samuel nada me habla de una desgracia ocurrida en Catamarca, y según Rodríguez, es él quien ha tenido la noticia. Ha muerto mi tío Manuel Navarro¹⁰⁴. Pobre su familia, pero más pobre aún Catamarca, que queda huérfana y sujeta a malditos tutores.

Sábado 2 de marzo. Cartas de Chile desde Concepción

Ayer hizo un lindísimo día, pero hoy ha amanecido lloviendo, y hasta esta hora que son las diez no ha cesado un solo momento. Quién sabe lo que quiere decir tanta variación de tiempo en un mes en que ya creíamos concluido el invierno.

Don Casimiro Rodríguez, al llegar ayer, me entregó cartas de Samuel, quien me incluye todas las que ha recibido de Chile. Las últimas fechas alcanzan a 27 de noviembre, misma fecha que tiene la carta que recibimos de Mardoqueo ahora un mes o más. Pero en fin, son cartas y por ellas sabemos que en casa no hay novedad alguna sino es la indisposición de mamita que los alarma cada vez más. Darío es el único que nos da algunas noticias de toda clase. No es cosa mayor la cosa de los indios, al menos hasta esa fecha en sus cartas.

*Mon oncle, selon nous parle Darío, une seconde fois a demandé notre soeur pour de mariage. Dans la 1ère elle n'avait pas voulu accepter, ma mère non plus, mais Darío dit que lui a persisté toujours dans sa pensée, et que [il] a travaillé avec tant [de] sagesse, qui a fait dire à elle qu'elle le voulait en fin. Mon père et ma mère l'ont fait voir l'inégalité de ses années et que peut-être elle n'a pas bien pensé son affaire!, etc. Mais si elle a déjà se compromis, que fera mon père et mère sans devenir que sais-je quoi avec mon oncle, a qui nous devons aussi tant de faveurs! ... Voilà une position bien critique; Darío finit sa lettre en me disant "en fin, ce que je crois le plus probable c'est [qu'] ils se marieront, je ne crois pas qu'il en ait autre remède". Peut-être à présent tout est déjà fini; ... elle sera mariée sans que ses deux frères qui l'aiment tant aient été présents pour penser avec elle! ...*¹⁰⁵ Dios quiera bendecirlos y que sean felices.

¹⁰⁴ En este caso se trató de un rumor falso pues Manuel Navarro morirá dos años después.

¹⁰⁵ *Mi tío, según nos dice Darío, pidió la mano de nuestra hermana por una segunda vez. En la primera, ella no quiso aceptar, mi madre tampoco, pero Darío dijo que él ha persistido siempre en su pensamiento, y que ha trabajado con tanta sabiduría que hizo decirle a ella que en fin, ella lo quería. Mi padre y mi madre le hicieron ver la desigualdad de sus años, y que ella quizás no ha pensado bien el asunto. Pero si ella ya se comprometió, qué harán mi padre y madre sin modificar la relación con mi tío, ¡a quien también debemos tantos favores! ... He ahí una posición bien crítica; Darío termina su carta diciéndome, "en fin, lo que creo más probable es que se casen, no creo que haya remedio". Quizás a presente todo ya está terminado; ... ¡se casará sin que sus hermanos que la quieren tanto estén presentes para pensar con ella! Traducido del francés.*

Calaveras. Domingo 3 de marzo de 1850. Rodríguez

Hoy, después de vestirme, fui a traer a casa a Don Casimiro que se fue ayer a arreglar su trabajo y no puede volver por la agua. Allí encontré un viejo francés muy de buen familia que había perdido su fortuna en la revolución, y venía a rehacerla lavando tierra. Nadie había que le entendiera una sola palabra porque por desgracia, no habla jota de español, cuando llegué yo, y le hablé en francés delante de Rodríguez. Pero nunca he visto un hombre más contento, se llamaba feliz en que estuviera yo aquí para hacerse entender.

Pocos ratos hay en que no conversemos con Rodríguez de Catamarca. Pobre país. Siempre que he visto progresar un pueblo, en algún ramo en que ha cabido a mí alguna pequeña parte, me he acordado con dolor de Catamarca, viendo que a costa de nada podíamos hacer allí inmensas mejoras en sus costumbres, en su educación primaria, en el adelanto y adorno del bello sexo, en la economía doméstica, en la agricultura, y en fin, en el gobierno y policía misma del país. Ninguna falta me hace a mí Catamarca, siendo no solamente el último rincón del mundo, sino la última provincia de nuestra pobre república, pero jamás me olvido, jamás me es indiferente su suerte y quisiera serle útil algún día a costa de cuanto poseo y espero tener. Quizá algún día Dios me haga más de lo que soy y entonces veremos.

Lunes 4 de marzo

Hoy han marchado seis de mis peones al nuevo placer de San Antonio tres leguas de aquí. Ya veremos si es o no mentira lo que los americanos me contaron ayer y anoche, de libra al día y de onzas en cada batea. Seguro estoy que mis peones, que son los más diestros que conozco, sacarán muchísimo oro si es cierto. De lo contrario todo es mentira como las anteriores de aquel mismo placer.

Juan de Dios Sánchez se fue también hoy para allá pero ha prometido volver luego. Me queda todavía Alfredo, y Moyano se va hoy. Sin embargo, cuento con Rodríguez para conversar y pasar el tiempo particularmente en las horas en que quedo enteramente solo.

Dice Darío que Concepción sigue siempre triste, y que ellos no vienen sino los domingos de Puchacay, donde se ha hecho el lugar de recreo para toda la ciudad. Bueno, mejor para ellos.

Calaveras. Martes 5 de marzo de 1850. Recibí cargas; venta de lotes

Hoy no ha llovido en todo el día, pero si lo suficiente para estorbar que los peones trabajen. No sé qué es lo que quiere este mes de marzo con tanta tenacidad en su mal tiempo. Siguen las

buenas noticias de San Antonio y siguen entrando más hombres que abejas hay en una colmena de dos años. Todos los días entran más de cien hombres, todos cargados de provisiones y sus camas. Ahora lo que más llama la atención en cuenta de placeres es esto y San Antonio, los dos en el mismo río.

Acabo de recibir de Stockton 668 libras de varios artículos de víveres que había pedido yo. El flete ha bajado también de 150 \$ por carga a 60 \$ y hasta 15 \$ por quintal. Los víveres han bajado también un ciento por ciento; ahora todo lo que se vendía a 8 reales la libra, se vende a 4 reales tales como avena, frijol, charqui, sal, arvejas, trigo, raros son los artículos que se conservan a 8 reales. Por carta de Isidro sé que Samuel vendió otro sitio de 30 por 70 a 4.000 \$ al contado. Samuel me contó del que vendió a Rufino según creo en 4.500 \$. Ya se ve, pocos días antes no había querido dar 4.000 \$ y pagó la pena con 500 \$. No es mala entrada la que ha tenido la caja de Samuel en esta semana 8.500 \$. Dios quiera que la primavera siga como hasta aquí y ya creo que a fines de Noviembre, como me dice Samuel, podremos decir adiós a California con algunos 50 mil pesos.

Miércoles 6 de marzo. Hallazgo de mis peones. Mister Weaver

Hoy amaneció lloviendo y hasta esta hora, que son las doce, sigue lo mismo. A las nueve llegaron aquí algunos peones muertos de frío por la nieve que les ha caído, en una cañada donde fueron ayer a ensayar. Los ensayos halagan mucho, porque cada uno ha traído más de una onza de ensayos. Nadie sino ellos sabe de la cañada, y según ellos dicen, están tan alucinados que creen que si nadie los descubre, van hacer suerte esta vez.

Acabo de recibir una carta de Juan de Dios desde San Antonio, en que me dice que todo lo que se decía es cierto. Ayer dice él, “el peruano sacó 250 \$ en dos bateas y en menos de una hora”. Según él es enteramente rico eso, pero es muy pequeño el lugar que se ha descubierto. Mis hombres que fueron allí no han podido trabajar por la lluvia, pero están muy contentos de los ensayos que han hecho.

Mister Weaver acaba de llegar aquí como un espectro de flaco. Quedó enfermo en el campo de los americanos pero sus compañeros le abandonaron y se ha visto precisado a andar dos leguas en dos días para llegar hasta aquí y no morir de hambre. Al pasar el río que está crecido se ha caído y mojado entero, así es que me ha enternecido al verlo en tan miserable estado. Dios mío, lo que es el mundo, un hombre tan sabio, tan rico en otro tiempo, mendigando ahora la hospitalidad. Pero yo siento placer al ver que puedo servirlo y sostenerlo hasta que sane.

Jueves 7 de marzo. Día de tormenta.

Hoy ha llovido todo el día sin cesar un solo momento; sin embargo esto no ha impedido para que entren también muchísimos hombres al placer. De un placer, quizá el más solitario que había, se ha convertido Calaveras en el más concurrido de todos. Ni un solo hombre a no ser los peones de mi Compañía se veía en estas montañas a 4 leguas a la redonda. Qué placer experimentaba por lo mismo cuando me internaba en el verano en estos bosquecillos de viñas que nada tienen que envidiarse de Chile. Qué gusto experimenta uno al pisar algunos hermosos parajes cuyo suelo jamás ha sido oprimido con el pie de otro hombre.

Hoy es día de Santo Tomás, y hoy hace un año cabal que Tomasita me escribía cuatro renglones creyendo que yo saldría al otro día sin verla. Pobre Ñata. Si se acordará ella de este amor que para mí ha sido tan célebre. Pocas épocas más célebres marcan mi diario, que mi partida. No parece sino que Tomasita hubiese cambiado desde entonces ... tanto silencio.

Calaveras. Viernes 8 de marzo 8 de 1850. Hoy hace un año

Lindísimo día, y muy a propósito para pasar y buscar flores de primavera. A propósito, quién creyera, encontré en días pasados una de las flores más lindas y particulares que he visto. Pero siento el no poderlas conservarlas hermosas como salen aquí, para llevarlas a la Ñata que tan bien sabe comprender el valor de una particularidad. Pero se las llevaré secas, y le llevaré semillas o pepas para ver si se dan allí.

Quién sabe lo que pierdo

Son las 9 de la noche en que acaban de llegar tres de mis peones que mandé al nombrado placer de San Antonio. Los americanos han botado de allí a todos los extranjeros queriendo hacer lo mismo que en vez pasada. Mis hombres encontraron riquísimas labores. En el primer día sacaron tres onzas y media cada uno sin dar aún con el fondo de la labor. El oro es todo en pepas y quizá el mejor que he conocido; hoy fueron de nuevo a trabajar los peones y los americanos envidiosos vinieron en número de 20 a quitarles la labor. Mis peones quisieron resistir, pero Juan de Dios les aconsejó lo contrario. Y he aquí, los tengo ahora sin nada más que los ensayos de ayer que suben a 200 y tantos pesos. Dice Bartolo el minero que esa labor le prometía a él más de 50€ de oro, según el tamaño de la cerca que marcaba toda la labor. ¡Quién sabe lo que me han quitado esos pícaros! Tal vez mi fortuna estaba allí, un mes y nada más allí con mis nueve hombres y sin sacar más que los primeros ensayos. Pero, en fin, ¡está hecho! ... yo sé lo que yo

sacaría si llevase yo mismo al juez allá, pero quizá hasta nada me ha sucedido porque me he sabido contener en mis furiosos momentos de cólera, y después es vil cosa derramar una gota de sangre por oro en California. Guardaré para recuerdos los ensayos de ayer y para memorias de lo que he perdido quizá, mi fortuna y la de los míos ...

Dio mío y qué coincidencia. Hoy me había despedido de Tomasita para dos años y volví a abrazarla en la noche, qué felices y qué amargas, después por el recuerdo, esas últimas noches. A estas mismas horas hace un año a que cerca del piano formaba mis castillos con Tomasita, plazos de dos años ... va pasado un año ... y quizá ya está todo hecho y yo y Samuel contamos ya con qué cambiar la situación de todos los nuestros. Bien, hoy hace un año, y quién sabe lo que significa esta suerte encontrada por mis peones, y perdida en sus ensayos. Dios es siempre bueno, y yo tengo tantas obligaciones que llenar, tantos a quiénes hacer dichosos conmigo, que jamás pienso en que Dios deje de serme propicio, por la causa de los desgraciados es abogado al fin por Dios; valor pues, y veamos el 2º año.

Sábado 9 de marzo. El día de mi partida

También hoy es un día bueno, pero la atmósfera está muy cargada y creo que no pasará de la noche sin que llueva. Gruesas y pesadas nubes anuncian más que de cierto un temporal muy luego. Los pinos doblan la alta copa movidos por el viento del sudoeste, infalible para las tormentas recias. Yo acabo de llegar de mi huerta de berros con una buena puñalada para hoy y mañana, gracias a que si llueve ahora, tendré berros más frescos y más nuevos. Esto es lo único bueno que me traería la lluvia o temporal que por lo menos va a quitarme 100 \$. Paso por paso cuenta uno aquí los progresos de un temporal, y cuando en otra parte, bajo de un buen techo hasta gustaría de oír rugir el trueno desde su cama, aquí se fija uno en cada hoja que se mueve a ver si se dobla al sur o al norte y en la más pequeña nube que pasa, a ver si tiene compañeras que la ayuden a forjar la tormenta.

Tal es el día en que se cumple un año de mi separación de mi familia y comodidades. El 9 de marzo, el año pasado, la Carmen arrastraba su ancla de las arenas de Talcahuano, alejándome a mí que con el corazón hecho trizas movía mi pañuelo por última despedida a Mardoqueo, que veía alejarse el buque sin saber si volvería a ver a su hermano. ¡Gracias a Dios estoy vivo!

Calaveras. 10 de marzo de 1850. Rosas y nuestra patria. Qué contraste

Son las doce del día según podemos regular por el sol que sale y se pierde de nuevo en las nubes. Tengo a la visita a Don Casimiro Rodríguez que mientras yo escribo, él habla de política

con Moyano, salpicando su conversación con el General Paz a propósito de todo. Pero ya me acuerdo yo del Gral. Paz. Un caballero francés que visité en días pasados me comentó que la República había decretado ya una expedición interventora de veinte mil hombres para el Río de la Plata. Ahora leí en un diario de Nueva York que Rosas había invadido el Brasil con un ejército de 15.000 a 16.000 mil hombres.¹⁰⁶ Creo que está vez el pabellón argentino no ahuyentará ni pondrá miedo al Imperio del Brasil como en la campaña de 1827. El príncipe de Joinville había dejado a la Francia el año pasado, a principios, para refugiarse con su esposa en el palacio de su padre político en el Brasil, por supuesto, que si hay guerra con Buenos Aires no estará ocioso él, y si en tierra es tan valiente y capaz como en el mar, mal cuento les espera a Rosas y la República Argentina.

Sin pensar yo también, me he embarcado en política, pero al cabo hoy es domingo, y como de fiesta, se puede emplear el tiempo en cualesquiera otras cosas que no sean trabajo. Muchísimos americanos han pasado hoy para arriba, quizás pasan de 100. Yo creo que aquello debe estar atestado puesto que no es sino pequeñísimo el lugar que tiene oro. Yo voy ahora a convidar a Don Casimiro para que vayamos a dar un paseo por los cerros del otro lado. A quien puedo hacer este mismo convite es a Mardoqueo, Juan, y Darío, que a estas horas se pasearán, por donde quiera sin encontrar nada bueno que los distraiga, a no ser los ojos de alguna bella que de su puerta o ventana los atraiga con su encanto. Ya me viene la tontera, y es mejor que no piense ni escriba más, ¡adiós!

Lunes 11 de marzo. Los 50 millones de oro

Anoche a las 9 o 10 de la noche principió a llover y hoy sigue sin esperanzas de compostura. Después de lavarme hidropáticamente, hoy, fui a ver a Míster Bous que llegó anoche de Stockton. El río había llevado el puente también allí, y tuve que dar una inmensa vuelta para llegar a su casa después de pasar el río. Ya estoy de vuelta con Moyano, y un poco descontento, porque no me ha traído cartas. Samuel no está en Stockton, e Isidro no estaba en su casa. En Stockton sigue creciendo el valor de los terrenos como crece cada día la inmigración. Pasan de 200 hombres los que entran diariamente allí, lo que asciende a una población de 72 mil hombres al año. ¡Qué tal las ciudades improvisadas de California! Se ha hecho el balance de las cajas en la Tesorería de San Francisco y asciende a 50 millones el oro extraído el año pasado de los placeres fuera del que ha salido por tierra para Méjico y Sonora. Ya se deja notar estrechez en la bahía

¹⁰⁶ Se trataba, en ambos casos (la expedición interventora y el arribo de Rosas al Brasil), de falsos rumores, propios de la época.

de San Francisco para los buques que contiene, sin embargo de ser la más grande del mundo. Qué cosas veremos este año.

Son las nueve de la noche. Una horrible tempestad quizá sin igual en todo el invierno se ha desencadenado hará una hora más o menos. Había dejado de llover por un momento; yo, acompañado de cuatro franceses a quienes di alojamiento por la lluvia, rodeábamos el fuego, cuando de repente oímos un ruido sordo que se acercaba. Cuando menos pensábamos, una furiosa ráfaga de viento nos dejó a oscuras apagando el fuego con la misma ceniza que nos ahogó a todos. Acaba de pasar otro torrente de viento que me ha arrancado casi la mitad de las estacas de la carpa, otro igual y quedaremos ... entre las nubes y la tierra ...

Martes 12 de marzo

La furiosa tormenta de anoche, en cuanto al viento y el granizo, se acabó a las 11 o 12 de la noche. No por eso dejó de llover un solo momento. Son ahora las 9 del día y el agua aún no deja marchar a los jóvenes franceses que se alojaron aquí anoche. Son cuatro amigos más que ha traído la tormenta. Uno de ellos es un bellissimo joven en lo físico y moral, qué ojos, Dios mío, ¡pobre la que caiga en sus garras! Pero qué talento, y qué modestia al mismo tiempo ... Marcha ahora con la barreta al hombro ...

Calaveras. Martes 13 de marzo de 1850. Carne fresca contra escorbuto

Juan de Dios Sánchez llegó anoche de San Antonio. Viene dando gracias a Dios de haberse librado de semejantes pestes como los americanos, ¿qué hombre habrá que no diga de ellos lo mismo? Dice que antes de ayer casi hubo una horrible muerte entre los que pensamos más buenos sujetos. Se embriagaron y no sé por qué pequeñez descerrajó uno un pistoletazo en que por casualidad no le llevó más que una ceja de la frente. Luego hubo una de las de San Quintín entre todos, queriéndose matar unos a los otros. ¡Oh! es imposible que en el mundo encuentren los americanos otros hombres con quienes congeniar.

Acaban de llegar dos de mis peones de las quebradas o cañadas que fueron a ensayar. Les ha sido imposible resistir más tiempo a la intemperie con semejante tiempo. Han llegado como unos patos mojados, porque hoy ha llovido sin misericordia. Pero los hombres vienen muy a propósito, para que me maten una res que acababa de comprar. Tenía encargo de Don Casimiro de comprarle una y así que había de comprar una, compré dos, para mí y para él. Al fin es un buen modo de no enfermarse de escorbuto y ganar sin peligro de perder, vendiendo toda la carne a tanto sonoreño que se muere de hambre.

Todo el día ha llovido sin cesar un solo momento. Van ya cuatro días de horrible temporal, y luego tendremos ya cumplidos los seis meses de invierno. El 28 de octubre fue el primer temporal que duró más de quince días. El tiempo, como va, no lleva miras de componerse.

Jueves 14 de marzo. El día más cruel de invierno. Cuánto se sufre aquí

Hoy ha sido el día más cruel de invierno que he visto desde que estoy aquí. Anoche no dejó de llover un solo momento y hoy han habido furiosos huracanes de viento en que ha caído tanto granizo que el suelo todo ha quedado tendido de blanco. Cuando ha mitigado el viento, el granizo se ha convertido en gruesos capullos de nieve. Pero desde que amaneció hasta ahora, que son las cuatro de la tarde, no ha habido el más pequeño intervalo de bonanza, todo ha sido viento, nieve y granizo. El río ha crecido exorbitantemente hasta romper sus olas en las peñas que sujetan las amarras de mi tienda. No se ve ni un hombre, ni un animal, ni un pájaro siquiera pasar por el aire. No parece sino que todo, todo tiembla y se oculta para no presenciar tan horrible tempestad. Qué espantosos son estos días aquí entre dos cerros, con un pedazo de lona por techo que está a merced del viento a cada momento, sin más espacio que el que cubre la carpa, sin más compañía que los tristes pensamientos, sin otros seres ni figuras que la estúpida cara de los peones, con quienes al fin se identifica uno para no dejar de ser hombre.

¡Dios mío! y es poca cosa un emigrado en California como acabo de pintarlo. Ponga no más cualquiera en comparación la vida del gañán en Chile y la del rico en California y verá que un imparcial prefiere mil veces las de aquél. Y al fin, qué hacerle, ¿qué remedio tiene? ...

Hoy es día de Santa Matilde. ¿Qué conocida y amiga tengo de este hombre? ¡Ah! la Matilde Rivera, la primera hermosura de Concepción, en fin, la estrella del sur, como la han llamado. Y qué será de ella, cuanto interés me inspira su desgracia. Qué será del pérfido Manzano. Poco tiempo después de su ruidoso divorcio, la acompañé a Penco a los baños, le preparé casa y allí estuve con ella y mi señora Rosario creo que quince días. Durante este tiempo pude juzgar de lo que era y valía en realidad. Pobre Matilde. Me acuerdo que le presté para que lea “Los crímenes célebres” de Dumas y que ella, algunas veces en los paseos por la orilla del mar, en sus confianzas me preguntaba, “¿y todos los hombres son así malos, Navarro? ¿Sus caricias hacia nosotras no son sino mentidas lisonjas para perdersnos?” Júzguese lo que debería yo responderle en semejante caso y semejante campo. Después fuimos a Coronel, parece que allí se alegró un poco al oír los sentidos cantos de mi tío Ramón, a propósito, para sus circunstancias. Después volvió a Concepción y allí nos reunimos varias noches con el fin de distraerla, no influyendo poco para ello la estadía allí de los Ocampos. Bien, desde entonces no he oído hablar de ella. Hoy es su día, y Dios quiera que este aniversario sea para ella más feliz que el pasado.

Calaveras. Viernes 15 de marzo de 1850. El recuerdo del año pasado

El resto de mis peones que quedaban en la cañada, no pudiendo sufrir más lo cruel de este temporal se han venido dejando allí sus camas y víveres. El temporal sigue como al principio porque aún no ha cesado de llover un solo momento. Van ya nueve días de diluvio, al menos así me parece que sería el tiempo en que Dios anegó al mundo en 40 días para que hubiese una raza mejor de hombres. Esta semana pues, los peones han podido sacar solamente un poco más de 100 \$ robando algunos momentos al mal tiempo. Por supuesto que estas semanas no se parecen a las del mes de agosto pasado, en que el sábado sumaba en mi diario mil trescientos y hasta mil quinientos pesos.

El día de hoy, por lo mismo que dije antes, es triste y feo como él solo. Pero por lo mismo, es preciso emplearlo en alguna cosa que no siendo molesta como el mismo día, proporcione el modo de pasarlo sin sentir mucho su frialdad y mal aspecto. Tal es el día que he escogido para hacerle a mi diario el balance del año pasado, como que parece que él quiere acabar a un tiempo con el año expirante. A fe que no tengo que trabajar mucho en mi memoria, para recorrer mi vida desde estos tres meses que están para mí sembrados de épocas célebres cuyo recuerdo más tarde me servirá sino para mucho, al menos para pasar al lado de una chimenea y en compañía de mi familia un mal día de invierno como este.

Resuelto ya mi viaje el año pasado para California, tuve que ir a Chillán a arreglar varios negocios a mi cargo. Volví a ver Chillán, el teatro de muchos días felices para mí y de más de un recuerdo para más tarde. La Capitana B. se había marchado a su destino, esperando a mi entender qué pasaría yo hasta a hacer mi última despedida. Mi tiempo lo contaba por horas y dejé de pensar en otra cosa que mis negocios. Volví a ver a la famosa G., famosa en mis recuerdos mas ninguna por el suceso en el baile de su casa. Creo que mi diario no lo sabe, y como es una cosa graciosa voy a contárselo para que se ría un poco. En correspondencia del baile dado por el Gobierno en aquel mes, su papá el señor Coronel había convidado para otro en su casa. Es de saber que un mes antes el Coronel me había honrado con toda su amistad, haciéndome al mismo tiempo [ilegible] sus dos angelitas, entonces de 16 para 17 ... pobrecitas, Dios lo haya perdonado. En fin, como es muy natural la mejor de ellas me enseñó primero los difíciles pasos de la cueca, y por supuesto que esa queda más a su maestro como la más preferida por él para los pasos difíciles. Lo cierto es que ya ella y yo nos seguíamos perfectamente, y lo muy suficiente para dar celos a la otra. En ese estado de cosas, que yo no siendo adivino no sabía dónde iría a parar, me llegó la esquila de convite del Sr. Coronel. Me vestí con todo esmero y marché al baile. Cuando llegué allí me encontré con el gobernador García, quien me dijo que “pensaba que no vendría a causa de la lluvia y que ya estaba pensando mandar cuatro soldados a traerme preso”. Pagué con muchas gracias esta seña de preferencia y distinción y marché adelante. Me encontré con el Coronel y su familia, a quienes saludé. Y estaba ya por dirigirme cerca de la

Capitana ... entonces mi único objeto allí, cuando el Gobernador llegándose a mí me dijo, “Navarro, es preciso que nos haga el favor de hacernos oír alguna pieza en la guitarra, las señoras se empeñan en oírlo tocar”. Iba yo a interrumpirlo cuando él, conviniendo mi intención, me dijo, “ya sé que se excusa siempre no teniendo su guitarra, pero aquí está una que V. mismo ha encargado, según creo”. Era la de la Capitana que me confundía a miradas. Me senté al momento, y en medio del silencio con que me honraron para oírme, toqué creo que la Fantasía de Aguado, la favorita del Gobernador. Me hicieron el favor de aplaudirme pero ninguna alabanza recibí con más entusiasmos que las de mi Capitana a que acompañó su ramillete. En medio de mi felicidad no me acordé más de mi discípula, quien estaba de veras [ilegible] como me hizo notar la C. “No hay remedio, me dijo, es preciso que vaya a sacarla a bailar” ... en efecto, y salimos a bailar cuadrillas. Como pensábamos, estaba muy sentida pues que no me había hablado a ella sino por sobras ... Yo no me acuerdo cuanto hablaría con ella, pero lo cierto es que en la tercera pasada estuvimos ya como antes. Entonces, recordando cierta promesa de regalo que ella me había hecho, se la recordé, y ella me dijo que otro día me respondería sobre eso. Yo me fijé en la palabra a responder y le decía lo significativo que había sido para mí su promesa, principió a hacerse interesante. Quién sabe en medio de tantas vueltas y revueltas que le di yo a la cosa, llega a hacerse mi tercera aun para más, sin saber uno cómo, y ya la petición “de responderme ahora” era la consecuencia de cuanto le llenaba su pobre mollera. Quién sabe, repito como llegó ella a entender el “responderme ahora” que al fin me dijo con mucha solemnidad “más tarde”.

Curioso yo, como una mujer o más bien como una, me interesé más en la respuesta, y después de concluidas las cuadrillas le di el brazo para conducirla a su asiento sentándome yo a su lado. Pasado un momento, le dije al fin, “respóndame pues, V. me dijo que más tarde, y ahora me parece que es más tarde que en denantes”. Entonces, con una sonrisa más seductora que la de una Griseta parisiense me dijo “Navarro, ¿y qué quiere que le responda si V. lo sabe mejor?”. “¿Qué es lo que sé yo mejor?”. “¡Lo que pasa en mi corazón, Navarro!”. “Bien puede ser que yo adiviné pero quiero que V. me lo diga”. Entonces, tomando una majestuosa compotera como una Ana de Austria con Buckingham,¹⁰⁷ que yo la veía por la primera vez, me dijo “Navarro, V. sabe que por mí ... soy suya toda ... pero diríjase a mi papá y mamá, yo nada puedo disponer sin la voluntad de ellos.” ¡Dios mío! Ni un rayo que hubiese caído a mis pies me hubiese asustado y cortado tanto como las palabras que acaba de oír. Parece que en ese momento cualquiera hubiese visto en mi cara aunar los colores de una joven doncella a las primeras palabras de un joven tratando de amor. Yo, tan impávido siempre y tan lleno de poder para salir y sacar a otros de malos pasos, me vi del todo desmollado. Caramba y cualquiera se la doy ... por un momento

¹⁰⁷ Hija de Felipe III de España y Margarita de Austria, la quisieron casar con el futuro Carlos I de Inglaterra pero las negociaciones llevadas a cabo por el Duque de Buckingham fracasaron. Más tarde se casaría con el emperador Fernando III de Habsburgo.

la figura del casamiento, fría como una plancha de mármol y el letrero de desengaño en su frente se me presentó en ese momento en medio de mi libertad e independencia, y una natural antipatía por el tal feliz estado de matrimonio. En un momento me dije a mí mismo, “¡Dios mío! en qué modo me ha entendido tan mal esta muchacha, y cuando menos hasta lo ha contado ... ¿y su padre?” ... ¿Pero qué responderle, como hacerle caer su alma borrándole semejante ilusión, quién sabe cuántas noches de desvelo con dos palabras y en un solo momento? Pero al fin con toda la candidez posible, fingiendo no entender, le dije “Gracias señorita, y aprecio con tanto mayor interés su aprecio, cuanto sé que esas layas de declaraciones no se hacen todos los días y por señoritas de su rango. Por lo mismo, conociendo el sacrificio que ha hecho, legítimo doblemente su distinción”. Mis palabras al momento produjeron el efecto esperado, vio su poca reflexión y atolondramiento en haberse anticipado tanto, los colores le principiaron a invadir a ella, al paso que se iban de mi cara, y para ayudarla a salir del paso, le dije “pero nada tiene que hacer su papá con su guardapelo, tiene V. tantos que él no se fijará en que tiene uno de menos si me lo da, y si yo me dirijo a él para poder que V. me dé un guardapelo ... ya ve que a V. le parecerá bien”! ... “Es verdad”, me dijo resuelta ya un tanto, “otra vez se lo daré”. “Confío en su palabra”, le dije, y me levanté para salir afuera al aire libre. Caramba. Pero una vez en el salón de los hombres no quise entrar más al salón de baile, tomé mi sombrero y mi capa y salí sin que nadie me notara.

Estaba afuera, respiraba el fresco de la noche a la una de la mañana, y aún me parecía un sueño mi libertad. Creía que por uno de esos carnales accidentes de que están llenas las mil y una noches, me había salido casando cuando menos pensaba y con la que menos quería. Y este pensamiento peregrinó hasta mi casa, desvestirme y hallar carnalmente en el bolsillo del reloj el ramillete de la C., entonces no más me sacudí de semejante pesadilla y me puse a gozar en las diferentes facilidades y futuras promesas de la C... Desde esa noche, poco a poco fui acortando mis visitas para no ser notado en mi retirada, hasta que al fin me alejé del todo con mi vuelta a Concepción. Un año después del suceso, vuelto a Chillán por pocos días, me encontré con la susodicha. No faltó baile en que me viera y que desgraciado momento en que pillándome solo, me hiciera terribles cargos por mi olvido e ingratitud. “Señorita, le dije, yo creo que solo merecen el título de ingratos los que deben algo de cualquier especie que sea y no la pagan; en cuanto a olvido, no creo haberle prometido nada a V.”. Prestamente lo juro por mi honor, nada hice con ella indigno de un caballero, y nadie sino yo y mi diario sabemos esto.

Sin pensar me entretuve en lo que no era mi intento. Pero al fin, era una cosa que para mí fue muy terrible y que me merece memoria. De vuelta de Chillán, estuve un día en el Totoral. Me vi allí apurado en la despedida de tan buenas gentes. Pobrecita ella. Me dijo que a Concepción me mandaría su última despedida. Llegué a Concepción en un día y me encontré con la familia de Ocampos allí, y con Tomasita que me sorprendió abrazándome sin que la viera. Los últimos días en Concepción han sido quizás los más felices, y tristes al mismo tiempo por mi repentina

separación. En uno de esos días, estando yo en una cuadra con Tomasita, entró un hombre y me entregó una carta doble. Sin temer nada de Tomasita, abrí delante de ella la carta y no tuve tiempo de esconder lo que tenía adentro. Ella la tomó y consultándome a mí primero, y se encontró con la promesa hecha de despedida. Un corazón clavado quién sabe con qué, con un escudo de oro, figurando la célebres cuartillas que se componen en Chile para los compadrazgos. Al corazón acompañaban unos versos acrósticos dirigidos a mí. Pobrecita. Fue lo primero que dijo Tomasita sin preguntarme, por prudencia, nada más y sin ver siquiera la firma de la carta, me entregó todo. Yo le volví el corazón diciéndole que me lo guardara, o lo diera de limosna, ella conserva aún esa reliquia. De veras ¡pobrecita! ...

En seguida vinieron las turbulencias del arreglo de nuestra Compañía, sobre que en vez de dos que vinimos, querían que viniéramos cuatro o seis directores, o cuantos interesados fuéramos. Hubo debates, hubo resentimientos como en elecciones de gobierno en mi país, tomaron parte las familias, las mujeres, y de asunto de escritorio y oficina comercial, pasó al estrado y ya no se hablaba sino de ello en todas partes. Al fin pasó esa conmoción, se nombraron los directores, y salimos de Concepción más de treinta jóvenes, con iguales miras, con igual ambición, cada uno fiado en su mejor arreglo en su Compañía y cada uno con sus planes y castillos para más tarde. ¡Dios mío! cuantos desengaños, cuantas amarguras a la llegada a San Francisco, objeto de tanta atención. Cuanto juramento y tardío arrepentimiento ... ¡Oh! muy caro ha costado a todos el primer aprendizaje de California. Unos se volvieron al llegar, otros alcanzaron a las minas, al fin, todos están ya de nuevo en sus casas de Chile antes de ocho meses. Después de mil sacrificios vine solo a Stockton, vendí víveres allí, y costeeé toda la Compañía a las minas, empleando hasta aquí cerca de 7 mil pesos. Se pasaron cuatro meses en que yo solo tuve que lidiar con los peones estando Mackay en San Francisco todo el tiempo. Echando trazas de todos modos y sacando fuerzas de flaquezas, mandando a los peones de a pie a todas partes, economizando hasta mi comodidad y comida; al fin de cuatro meses de trabajo, la Compañía nuestra tenía 19 mil pesos partibles en oro en polvo. Después vino la disolución de la Compañía, después de haber comprado a cuenta de la Compañía 16 mil cuerdas de terreno en Venecia y 21 lotes en San José, que ahora es Capital. Compré yo el balance de las existencias pertenecientes a la Compañía que ascendió a 4.800 \$ por 800 \$ al contado. Bien, he salvado de la horrible desgracia ocasionada por el pleito del 28 de noviembre en que bastante sangre ha corrido. Durante el invierno, mis ocho peones han sacado 4.000 \$ y yo he vendido a buenos precios tres mil pesos más o menos. Compré en Stockton un terreno de 2.300 pesos que a la fecha vale 12 a 14 mil, pues que ahora dos me ofrecieron 8 mil por él. Bien, en cuanto a comercio. Seis años ha que estudio todos los días de mi vida ya una cosa, ya otra; en este año he estudiado día a día el idioma inglés y la Historia Universal y gracias a Dios poseo el primero y quizá puedo decir lo mismo de lo segundo. Este es el balance del año pasado.

Calaveras. Sábado 16 de marzo de 1850. El Emperador del Brasil y Rosas

Hoy es el primer día bueno que tenemos después de ocho días de un furiosísimo temporal que ha durado ocho o nueve días. La mayor parte de mis peones han pasado heroicamente todos estos días en una cañada a dos leguas de aquí. Este temporal ha sido uno de los más furiosos que hemos tenido con todo el invierno. El río está ahora lindísimo porque está muy crecido, pero los que están del otro lado padecen mucho porque no pueden pasar a proveerse de lo que necesitan.

Don Casimiro Rodríguez creo yo que se me ha enloquecido con el temporal, al menos así lo creo por lo que ha venido a proponerme hoy. Me cuenta que en su carpa estuvieron leyendo anoche un papel de Estados Unidos en que estaba inserta una carta de Porto Alegre en la que vecinos de allí comunicaban la solemne declaración de guerra que ha hecho el Emperador del Brasil en unión de la provincia del Paraguay con el Tirano Rosas. La carta tiene fecha de octubre y parece que todo lo que en ella se lee es positivo. Bien, Rodríguez vino a contarme esta noticia y a hacerme la siguiente petición. Que le diera mil o mil quinientos pesos para ir a Montevideo a reunirse con el General Paz, a Montevideo ... que me haría un pagaré como yo quisiera, que me dejaría sus dos peones y que así me haría yo mismo digno a la patria, armando un nuevo campeón para reconquistar su libertad vejada por un tirano. Al principio creí yo que hablaba en broma, pero me repitió tres o cuatro veces y todo el día me ha molido con lo mismo, así que me ha costado el volverme un Cicerón para convencerlo de su locura, que nadie sino él deja de conocerla. Tuve que recurrir al recuerdo de su mujer y sus hijos padeciendo de miseria por su falta de juicio, etc.

Concluí por prometerle que si los mil quinientos pesos que me pedía eran para volverse al lado de su familia, para lo cual él no encontrase otro recurso, que se los daría con mucho gusto. Al fin me dijo, “me ha hecho Ud. cambiar de resolución y el recuerdo de mi familia me sujeta ahora.”

Calaveras. Domingo 17 de marzo de 1850. Un sueño y horrible desengaño

Lindísimo día, *ma foi!* Hoy me levanté con el humor de vestirme y pasear por todas partes un elegante y sencillo fraque. Digo, me levanté con ese humor porque soñé anoche que estaba allá al lado de mi familia y que, como vuelto de destierro, iba a envolverme de una vez en todo aquello de que durante él he carecido aquí. Pero desperté y me encontré en mi misma carpa, con los costales de harina y frijoles, en vez de murallas y una linterna colgada a mi cabecera, en vez de la relojera con mi reloj. ¡Dios mío! qué desengaño y qué tristeza después ... Las ganas de vestirme se me convirtieron en desesperación y más tarde la desesperación, en forzosa

convicción y triste conformidad como quién dice “uvas verdes”, como la zorra de Esopo. Al fin, en lugar de rica camisa planchada por la vieja Angelita, he tenido que vestir de nuevo mi algodón colorado como cautivo cristiano, y en vez de elegante fraque con que soñaba, mi eterno chaquetón de punto de lana que tiene más remiendos que hilos en la trama y más agujeros que una pared que ha servido de blanco.

Después de concluir mi prodigioso tocado, como se ve, me dije “ahora sí que estoy listo ya, no me falta más que los guantes, vamos a la Toma o la Alameda.” ¡Dios mío! ¡y que contraste haría yo en esta apostura con los elegantes y las bellas que a esta hora atestan las calles de Chile!

Lunes 18 de marzo. General Paz

Don Casimiro acaba de irse, y me dice que toda la noche lo ha perseguido el maldito pensamiento de antes de ayer. Que si no fuera por mí, se iría pidiendo limosna a buscar al General Paz. ¡Pobre hombre! ... Dice que quiere mucho a su general. Todo el día lo pasa conmigo hablando de sus tiempos y sus glorias ... y se despide hasta el otro día.

Hoy tenemos lindísimo día y sin embargo, más de un regimiento de nubes ha cruzado ya la atmósfera desde esta mañana. Mis peones marcharon al alba para su campo.

Calaveras. Martes 19 de marzo de 1850. Ensayos de los peones

Hoy también tenemos un lindísimo día, a propósito de él, he tenido muchas visitas. Bous y Milnes llegaron esta mañana de su campo a pasar el día conmigo, pues que no tienen qué hacer en su casa ni qué comer tienen por falta de la tropa que están esperando, desde ahora quince días, y que aún no llega. Ahora acaba de llegar Don Casimiro, siempre con sus asuntos políticos en la cabeza. Estas visitas me han venido bien porque con la ida de mis peones había quedado enteramente solo.

Dos de mis peones llegaron anoche a proveerse de víveres y parece que es muy rica la cañada que han encontrado, aunque la muchísima agua no les deja trabajar. Muñoz ha traído 36 \$, trabajo de ayer y Gatica un poco menos, producto de ensayos; el oro es grueso o no es en polvo porque desde chispas de $\frac{1}{4}$ de onza baja hasta como un grano de trigo.

La tropa de Bous acaba de llegar aquí en este momento en que Bous acaba también de partir para su campo. Delante de la tropa han pasado como 20 hombres y la chorrera no se corta hoy, quién sabe hasta cuándo. La inmigración parece ahora más que nunca aumentarse, ahora no más está entrando el ruido de California en el centro de Europa. Ya luego tendremos la inmigración de la miserable Irlanda. Ya también el Gobierno de los Estados Unidos piensa poner

derechos a los minerales, el 1 % sobre todos los intereses de cada individuo. Esta es la última noticia que corre aquí, pero aún nada sabemos por oficio.

Miércoles 20 de marzo. Casamientos

Sigue hoy el buen tiempo y quiera que siga para que los viajeros lleguen aquí cuanto antes y me traigan noticias de Samuel y de Chile. Desde que recibí la carta de Darío en que me habla de *cet[te] affaire de mariage de ma sœur, je n'ai pas de tranquillité puisque je ne sais s'il en aura été fait ou non. Et puis la chose est bien mauvaise; un[e] affaire de famille aussi importante doit toujours être parlée et convenu[e] entre toutes [sic] les membres qui la composent. Pauvre Emilia, mais peut-être que Dieu la protègeasse et que soit aussi heureuse que malheureuse a été Elisea.*¹⁰⁸

¡Dios mío! ¡Qué coincidencia! Pensando y escribiendo estaba el párrafo de arriba cuando ha llegado un hombre y me ha entregado una carta de Isidro para Juan de Dios. Creyendo ser alguna cosa en que yo, a falta de él que se fue a Stockton, pudiera suplir, la abrí y me he encontrado con el siguiente párrafo de Isidro: “En carta de hoy me dice Rufino que por cartas de San Juan tiene las siguientes noticias. Murió Don Salvador Quiroga, y el célebre padre Atencio. Presilla casó con la Paz Astorga, y el diablo de Gabriel Laspiur, como sin vergüenza que es, casó al fin con la otra Paz Sarmiento” donde tanto lo han desairado y tan en público, otra vez a propósito del mismo asunto. ¿Con que los anuncios de estos casamientos serán un presagio afirmativo del de Emilia? ¿O estará por llegarme la noticia de lo contrario? Quién pudiera volar e ir un momento a desengañarles allí mismo en medio de su familia. Puede ser que luego tenga cartas y entonces sabré ya a qué atenerme respecto de este casamiento.

Jueves 21 de marzo. Las flores silvestres

Estoy completamente solo. Todos mis peones se fueron sin que quede uno solo. Mr. Alfredo y Moyano se fueron a la caña del Oso, y hasta la cocinera le ha dado hoy ganas de pasear. Después de ponerse en jarras conforme a derecho, ha tomado con su marido el camino de la casa de Bous. Yo solo mi alma he quedado aquí. El día está lindísimo porque algunas gruesas nubes de verano semejantes a las que suelen producir truenos cubren el sol a cada momento. Como

¹⁰⁸ Desde que recibí la carta de Darío en que me habla de este asunto del casamiento de mi hermana, no he tenido tranquilidad porque no sé si se habrá realizado o no. Además, el asunto es bien malo; un asunto de familia tan importante debe siempre ser hablado y convenido entre todos los miembros que la componen. Pobre Emilia, quizás Dios la proteja y que sea tan feliz como infeliz ha sido Elisea. Traducido del francés.

ahora estoy solo, no puedo ir a dar mi paseo. Ayer dejé por ahí en una quebradita algunas nuevas flores que tomar, y ver si tienen pepas. La que yo he bautizado de Avispa no tiene pepa, pero espero que dé su semilla para tomarla.

Hoy es día de San Benito. En mi país este Santo negro tiene un novenario y gran fiesta en este día. Es el abogado de los negros, según entiendo, y a propósito de esto es que tiene una Cofradía o Hermandad en que se asocian todos los negros. Esto no impide que el Santo negro tenga también muchos adeptos blancos y de la primera clase del país. Cuánta bulla y fiesta debe haber hoy en Catamarca, y si habrá quién piense en mí mientras yo pienso tanto en todos.

Calaveras. Viernes 22 de marzo de 1850. La semana santa en Chile

Anoche hemos tenido una lindísima noche de luna. Ni fría ni calurosa ha sido; en lo limpio de la atmósfera y claridad y pureza de la luz de la luna, ha parecido mucho a las noches de este mismo mes en Concepción de Chile. Semejantes a éstas son las noches también en Catamarca, en que celebran las funciones de la Semana Santa. Pero a propósito, este año no he sabido yo en que día ha sido Carnaval, en cuál ha caído o sido Ceniza, así es que ninguna culpa tengo si no celebro siquiera con recuerdos esos días, y esas épocas célebres en todos los años de mi vida y en las diferentes partes donde me he encontrado. En Valparaíso y Santiago la Semana Santa es la semana que más picardías de todas layas encierra entre todas las semanas del año. En Quillota la Semana Santa es la semana de corrupción, la semana en que todo Valparaíso y Santiago se da cita allí y por fin, la semana en que los maridos hacen más larga su fatiga ... y en que más burlas y chascos sufren los viejos padres de bellas y fresca jóvenes. Las estaciones del Miércoles y Jueves Santo, en los templos de Valparaíso, son más lugares de citas amorosas que objetos de piadosas plegarias. La exposición del Sacramento, las ceremonias de Semana Santa, en vez de los sagrados y misteriosos recuerdos que debiera traer la sublimidad de todos los pasos de la pasión y muerte de nuestro Salvador, todo es mirado sino con desprecio al menos con ninguna reverencia. Sacrílegas miradas se cruzan de un lado a otro de la iglesia, esto es cuando la niña no ha ocultado el brazo que ha entregado y recibido en cambio un billete amoroso, o cuando en la pila de agua bendita no se han encontrado y estrechado a un tiempo dos manos amantes. En Concepción es menos relajado, y quizá es el pueblo más devoto y menos sacrílego en estas funciones de Semana Santa. Sin embargo sigue los pasos de Valparaíso, y más o menos las estaciones y visitas a los templos proporcionan buenas ocasiones de encuentros. En ninguna parte pues hay tanto respeto, ni verdadero entusiasmo religioso que en mi país. Nunca negaré yo los atrasos, ignorancias y aún fanatismo en que aquello está envuelto, pero entre los dos extremos de fanatismo e irreligiosidad, ¿quién niega que para la dicha de un pueblo es menos perjudicial

el fanatismo? ... Al fin, lo que he escrito sirviera más bien para un sermón en Catamarca; pero después de todo, yo no sé cuándo es Semana Santa o Pascua. ¿Quién sabe si estamos ya en ella?

Sábado 23 de marzo. Un artículo de importancia

Qué diablo de tiempo, no hay cómo se componga de a tiro como dicen los mexicanos. Anoche ha llovido sin que en el día haya habido nada que anuncie descompostura. Hoy ha amanecido nublado, pero parece que no lloverá. Pero con todos estos días buenos, nada sé de Samuel desde la llegada de Don Casimiro, ni la tropa parece, ni la carreta que debía traerme artículos. Desde que Samuel falta de Stockton, toda nuestra comunicación se ha entorpecido y no recibo yo a tiempo como antes las cosas que pido. Nada sé pues de Samuel ni nada de nuestros negocios allá desde ahora un mes. Sé solamente por cartas de Isidro que vendió otro sitio cerca de la tienda en 4.000 \$ pero siendo al mismo precio que el primero, es una tercera parte más chico.

Mr. Bous me trajo anoche un diario de Nueva York en que veo confirmada la noticia de la declaración de guerra hecha por el Emperador Brasilero en combinación con el Paraguay a Rosas. El artículo es como sigue, al pie de la letra.

The following is an extract of a letter-dated Porto Alegre, Oct 16 de 1849. It is now generally known that the Brazilian Government, combined with Paraguay, are preparing in earnest for the commencement of a war against Buenos Ayres and equipments for 3.000 Paraguay[an] troops have already been forwarded from this place, through the interior of the Paraguayan frontier. It is thought that Rosas may have his hand[s] full, as the natives of Paraguay are a fine, hardy and warlike people, and the Brazilians were never in a better condition than at present, and a large force has for some time past been stationed a(t) San Gabriel, a tavern near Buenos Ayres frontier where is daily increasing. "Weekly The Crescent, New Orleans, January 14 de 1850".¹⁰⁹

Por lo visto no hay ya duda alguna en que el Emperador del Brasil ha dado al fin la cara, y que esta vez la guerra se encenderá con un poder más igual en fuerza numérica al menos, aunque más de prueba tenemos de lo que son los portugueses por la guerra del año 27.

¹⁰⁹ Sigue un extracto de una carta con fecha Porto Alegre, Oct. 16 de 1849. Se sabe ahora que el gobierno brasilero, junto con el de Paraguay, se preparan en serio para el comienzo de una guerra contra Buenos Aires, y un equipo para 3.000 tropas paraguayas ya ha sido enviado de este lugar, atravesando el interior de las fronteras paraguayas. Se piensa que Rosas estará muy ocupado, porque los nativos del Paraguay son un pueblo excelente, fuerte y guerrero, y los brasileros nunca estuvieron en mejores condiciones que actualmente, y desde algún tiempo una fuerza importante ha estado estacionado en San Gabriel, una taberna cerca de la frontera de Buenos Aires donde se aumenta a diario. Traducido del inglés.

Domingo 24 de marzo. Como se sufre y se goza aquí a un tiempo

Hoy tenemos un lindísimo día de primavera verdaderamente. Son las diez del día y el sol apenas calienta lo bastante para quitar el frío que queda del invierno que expira. El verde de todo el campo está ahora tan fresco y de un color tan subido que es capaz de inspirar esperanzas hasta a un agonizante, si es cierto que el verde es el color simbólico de la esperanza. Este alfombrado de verde que parte de las estacas mismas de mi carpa, está matizado en todas partes por grandes planchones de flores que fijándose un poco, parece nada menos que el hermoso jardín de una bella donde sus delicadas manos han ido plantando cuidadosamente la diversidad de flores que lo cubren. Ya se ve no es menos bella y prolija la naturaleza pues que ella y nadie más tiene en la sencillez y elegancia de sus obras, la exactitud y simetría del artista, hay más, éste a veces se ve muy apurado para poderla imitar. Ya hoy toda la mañana he oído cantar una infinidad de pajarillos que más que nada son los precursores de la primavera.

¿Pero de qué condición es California tan dorado de oro y tan lleno de admirables bellezas en su vegetación y que aun así no basta a llenar el corazón de sus inmigrados? ¿Qué les falta a todos ellos para que siempre vivan contentos y dejen de ansiar para volver a su país? Su familia primero que todo, sus amigos y su querida en seguida ... y sus comodidades en tercer lugar. Dios mío cómo es posible que un hombre que tenga corazón, pueda vivir donde no hayan objetos en que emplear su amor y ternura. Un corazón que ha latido ya una vez bajo la impresión del amor, no puede estar nunca sin destino, sin objeto que llene su vacío. No hay duda tampoco en que hay otros corazones que dando su mayor parte al objeto amado, reserva el resto para las demás bellezas del mundo, y cuando el objeto de amor le falta, todo se llena con estas últimas. Tal es, me parece, la división que hacen los artistas de su corazón, y tal es el modo con que yo he hecho menos doloroso el estado de soledad en que ha caído el mío. Ahora mi corazón, sin ser yo un artista, se ensancha de placer con la música, la poesía, la literatura, etc. De este modo, la parte consagrada al amor [ilegible] sin mucho trabajo sino es que se llena con estas mismas bellezas. Así es la verdad ... pero mi corazón tiene sus ojos abiertos ... y creo que si esta vez cae, se empleará en algún objeto que merezca ... hay muy pocos que puedan volverle la mitad de lo que él da cuando se entrega.

Lunes 25 de marzo. Una visión

Cuando menos pensábamos, hoy se ha nublado, ha corrido viento malo y ahora, que son las 10 del día, está lloviendo a todas velas. Dos infelices americanos llegaron en este momento moribundos y muriéndose de hambre. Ya les he hecho dar de comer y ahora se calientan al fuego. Mister Weaver acaba también de llegar y el ex secretario del ministro británico viene con

terciana a pedir alojamiento y qué comer. Le he regalado dos tomas de quinina que tenía y está ya contentísimo calentándose al fuego. ¡Lo que es el mundo! ... Un hombre admitido en los primeros consejos de las poderosas cortes del mundo, en la miseria que se ve ahora.

Todo este día ha sido de visiones para mí. Acaba de llegar a mi carpa, en medio del agua, el célebre Maturano que capitaneó los desgraciados chilenos a fines de diciembre pasado. Realmente para mí es una visión y no creo que la avidez de sangre de esos demonios haya dispensado el Capitán, cuando han hecho morir en la horca a más de 4 infelices y despedazar a azotes a los demás. Altos Juicios del Omnipotente. Quién sabe para lo que Dios lo guarda.

Otra nueva visión. Acaba de llegar Ramón Acosta, el mayordomo de nuestra tropa. Salió en busca de unas mulas de Stockton ahora 20 días y acaba de llegar aquí extraviado. Ya se ha marchado y tiene que volver luego aquí porque tiene flete contratado.

Martes 26 de marzo. Maturano

El día amaneció hoy lindísimo y no hay ya ni señales del temporal de anoche. El sol está brillante y convida a gozarlo. Maturano y sus cuatro compañeros toman su café para marcharse a San Antonio donde piensa trabajar dos o tres meses para volverse a Chile. Su compañero el Dr. Concha ha sido asesinado en San Francisco, según dicen, por los mismos americanos que lo han perseguido hasta allí. Que bruto haberse quedado allí un día después del suceso ...

Son las once de la mañana. Maturano y sus compañeros acaban de partir para San Antonio. Moyano se fue ayer a casa de Milnes y aún no se ha vuelto. Los peones se fueron ya a su trabajo, la Candelaria acaba de reunir su ropa y bajar al río a lavar. Mister Alfredo sólo está conmigo, pero alza la cabeza y se ocupa de leer "*The author's daughter*" así es que ni él se cuida de lo que hago, ni yo pienso que hay en mi carpa otro que respire. El día está serenísimo y no se oyó más ruido que el que hace el río al precipitarse de unas peñas frente a mi carpa y seguir pacíficamente su curso. Tal es el día silencioso y triste que he escogido para hacer evocaciones, y poner de nuevo en escena a hombres que duermen pacíficamente en su tumba seis años ha. Anoche soñaba hallarme cabalmente en aquella misma época sangrienta del año 42 y presenciar de nuevo la espantosa carnicería de mi país. Seguramente la sombra de Cubas¹¹⁰, el héroe de mi país y otras infelices víctimas de su tiempo, piden venganza y quieren que principie para grabarse primero la relación de esas matanzas, para espantar con su recuerdo las fieras efectoras de tanto crimen. Yo he sido tu hijo ocular de todas esas carencias, y como paciente también de esas cosas que se grabaron en mi memoria en caracteres indelebles. Muchacho entonces de 16 años podía entrar y salir de dondequiera, presenciar todos sus atentados y retirarme en paz

¹¹⁰ José Cubas, gobernador de Catamarca (1836–1841), ejecutado por el militar federal Mariano Maza.

con el corazón lleno de un ardor de noble venganza. Quizá nadie pensaba que existía entre ellos un muchacho cuya memoria guardaba minuciosamente sus atrocidades y actas de barbarie para denunciarlos más tarde ante Dios y los hombres. Voy pues a hacer la exacta relación de lo que oí, jurando por mi honor ser cierto cuanto escribo. Más tarde habrá un hombre que se ocupe del recuerdo de tantas generosas víctimas, que duermen ya en el olvido, y no le serán de corto servicio unas notas tomadas sobre el humo de la sangre ... ¡y sobre los miembros palpitantes todavía de los héroes de una patria!

El reino del terror en Catamarca

Eran las tres de la tarde del 16 de octubre de 1842. Todo el pueblo de Catamarca se movía convulsionado por una de tantas revoluciones que se vieron allí en la crisis de la guerra. El ejército del General Madrid hizo retirar en su llegada del Tucumán al ejército a las órdenes del General Maza, que se había apoderado de la ciudad un mes o dos antes. En el día y la fecha a que aludo, el ejército del Gral. Madrid había pasado ya de Catamarca para las provincias de San Juan y Mendoza, cerca de un mes antes, quedando el pueblo y las tropas a las órdenes del Gobernador Don José Cubas. El 16 de octubre Cubas y sus tropas de 150 infantes y unas 400 de caballería, después de formadas en la plaza, marcharon en retirada hacia La Rioja. Se decía en el pueblo que el Coronel se acercaba a marchas precipitadas, a reconquistar la plaza de Catamarca, y Cubas, viéndose sin suficiente tropa para batirlo, se retiraba hacia el sur con esperanzas de recibir auxilios de La Rioja. Un grueso pelotón de emigrados de los principales sujetos del pueblo seguía en desorden el pesado andar de la retaguardia del ejército que conducía los pertrechos de guerra. Más de un año hacía ya que mi padre había salvado de las manos de estas fieras sin caer en su cuchilla como todos los diputados del congreso que firmaron el pronunciamiento de las provincias contra el tirano de Buenos Aires. Mi hermano Mardoqueo, que tuvo también el cuchillo en la garganta, había seguido a mi padre. No quedaba sino yo al cargo de mis hermanos menores, y acompañar en su viudez a mi pobre madre. Sin embargo del que yo ningún peligro corría, allí mamita no quiso que estuviera a la entrada de Maza allí, y como el 15 nos habían dado las vacaciones a los colegiales, me permitió también siguiera yo a los emigrados para quedarme en Capayán, una hacienda nuestra.

Ensilé pues mi caballo y con mi hermanito Darío a las ancas, partí de galope a alcanzar la retaguardia que había salido ya un momento antes. En los campos de Tiorco alcancé a los emigrados y me plegué al lado de Don Gregorio Moreno, un amigo nuestro. Caminamos sin novedad hasta Coneta, donde alojó Cubas con su ejército que llegó al entrarse el sol. Ninguno de los emigrados abandonó al campo del ejército, pero yo, que no me contaba por tal, fui a una casa de lejano parentesco que no falta en esas relaciones, y me alojé allí perfectamente con Darío.

La casa era de Don Pancho Díaz y no tuvimos que desear sino una clase de comodidades. Nos acostamos a dormir perfectamente tranquilos sin cuidarnos ni de Cubas y su ejército ni de nada más que nosotros mismos. Al otro día, hubo noticias en el campo de Cubas de que una fuerza a las órdenes de Alejandro Herrera estaba en Capayán para cortar la retirada a Cubas. Todo el día del 17 el ejército pasó acampado y ninguno de los emigrados hallaba qué partido tomar. Llegó la noche y nos acostamos a dormir ...

Serían las diez de la noche, cuando en medio del profundo silencio que reinaba en la casa oímos el ruido de armas y el tropel de algunos caballos. Luego me levanté y supe que eran los emigrados que se venían del campo, porque se creían que serían atacados en la misma noche pues que había llegado una parte del pueblo noticiando la entrada de Balboa¹¹¹ a la plaza, en vez de Maza, de quien sospechaba. Oyendo estaba yo, éstas noticias cuando llegó allí el hijo de un maestro de Postas, Velasco, mandado por mi madre en busca nuestra. Nosotros, en vez de volvernos a Catamarca, conquistamos a Velasco y conseguimos que nos llevase a la aguadete una criada de un español Domínguez. Fernando, el hijo de este hombre, nos recibió allí a las once o doce de la noche. Un poco después de acostarnos, llegaron los demás emigrados y se alojaron allí. Al otro día, éstos tomaron su camino para el Potrero de los Ángeles. En este mismo día 18, vinieron enviados por Balboa algunos sujetos a hacer tratados que no fueron aceptados, mucho menos sabiendo que no era Maza el invasor. Marchó hasta Copayán donde derrotó algunas partidas y volvió como ocho o diez días después al mismo Coneta, donde de nuevo se presentaron enviados a Cubas a ver si se rendía o en algunos tratados. Cubas reunió sus tropas y las proclamó diciendo que cuáles eran los que se sentían con ánimo de rendirse para mandarlos a Bilbao. Todos respondieron con gritos de entusiasmo, los infantes botaron sus gorras al suelo y pidieron llamando Cubas que los mandase y dirigiera siempre contra el enemigo. Cubas no dudó por más tiempo y se preparó a marchar al pueblo donde lo esperaba Bilbao.

Seis u ocho días hacía que en la parada de Cubas para Capayán nosotros no habíamos mostrado las caras manteniéndonos siempre con nuestro amigo Fernando en los bosques, y no comiendo sino miel que sacábamos de los árboles y leche cuando podríamos proporcionárnosla. La víspera de la vuelta de Cubas a Coneta, esto es el 26, bajábamos nosotros de un cerro donde fuimos a proporcionarnos miel. Fernando cargaba las hachas y yo y Darío traíamos cada uno caña de cardón lleno de miel, cuyas extremidades de proa y popa habíamos cerrado con la misma cera de la colmena. Después de atravesar un bosque, dimos con un hermosísimo arroyo que se precipitaba desde alto de unas peñas formando una cascada, en cuya hondura de tres o cuatro pies, había la muy suficiente para servir de hermosísimo baño. Hacía muchísimo calor,

¹¹¹ Juan Eusebio Balboa (1791–1856). Gobernador federal de Catamarca entre 1841–1842, dejó el poder a Santos Nieva y Castilla en 1842. Combatió contra las incursiones del caudillo riojano Chaco Peñalosa, quien en 1846 lo derrocaría facilitando la llegada al poder de Manuel Navarro.

y luego principiamos a desnudarnos para tirarnos al pozo. Fernando fue el primero que entró. Yo y Darío completamente desnudos íbamos ya a hacer lo mismo cuando al mismo tiempo de oír un ruido de armas se nos presentaron doce hombres completamente armados, y mandados por un oficial todo de paño lacre. Preciso es figurarse el terror que infundirá un oficial de Maza con su partida, para tener idea de la turbación y miedo que nos causaría, tan repentina aparición y en semejantes circunstancias. Vuelto yo un momento de mi primer asombro, descubrí en el oficial del vestido lacre al Salteador Benigno Segura.¹¹² “Vístanse Vds.” nos dijo sin dirigirnos más palabra. Fernando principió por ponerse la camisa al revés, después se la sacó con la mayor calma del mundo, y principió a darla vuelta. Bastantes momentos se pasaron hasta que acabó de ponérsela. Luego emprendió con los pantalones por cuyas pantorrillas rotas pasó sus pies, quedando así el resto de la pierna del pantalón atrás de las pantorrillas. Los soldados principieron a reírse, “Átenme estos pícaros,” dijo Segura. Darío, que hasta entonces había estado afanado en sacar la cinta celeste de sus botines, que era el mayor crimen para los federales cargar cosas de ese color, a semejante orden saltó en llanto.

Fernando acabó de vestirse y presentó sus manos cruzadas que fueron amarradas fuertemente. Iba a hacer otro tanto, y Segura, me dijo “¿dónde está el Dr. su padre?”. “Señor, yo no sé”. Yo los haré saber ahora, carajos, bájense cuatro lanceros”. Darío redobló sus gritos a semejante orden. ¡Quizá fueron sus llantos por una parte y por otra la insolencia de este bandido que me volvió todo mi coraje y orgullo ofendido! ... “Señor, le dije, fíjese que nosotros de ningún modo podemos saber el paradero de mi padre. Sería él demasiado imprudente en confiarnos semejante secreto de que pende su vida, cuando sabe que nosotros débiles como somos lo revelaríamos a la menor amenaza, al más ligero tormento en que nos pusiesen para declarar”. “¿Y dónde están los Canos, los Villegas y Don Gregorio González?” dijo dirigiéndose a Fernando. “Señor, dijo este, por acá no hay más camino que este que Vd. lleva, y que conduce al Potrero de los Ángeles”. “Bueno, dijo, marchen Vds. y espérenme en la casa. Los hago lancear sino los encuentro allí a mi vuelta.” Diciendo esto se marchó. Darío principió a secarse las lágrimas y yo a desamarrar a Fernando. Durante nuestra declaración no dejamos de fijarnos en que unos de los soldados llevaron repartida mi cama, otros nuestra ropa, otros las ollas y útiles de la mesa, y así todos cargados con el saqueo que habría hecho al pasar por la casa. Partimos para allá, y llegamos a presenciar el estrago y destrucción, toda ella con todo lo que contenía hecho pedazos y botado en el patio. A Fernando se le rodaron las lágrimas. Nosotros levantamos del suelo algunos higos que habían dejado botados, nos proveímos algarroba y nos marchamos al cerco que distaba de una cuadra de la casa. Buscamos un lugar para pasar la noche y encontrando

¹¹² Dirigió una rebelión, subsecuentemente derrocada, contra Santos Nieva y Castilla en 1842. Algunas fuentes aseguran que fue un comandante de Balboa, lo cual es bastante verosímil dado el propio relato de Ramón Gil Navarro.

una especie de cueva formada por dos grandes riscos pusimos allí las camas y esperamos la noche y la vuelta de Segura.

Serían las diez de la noche cuando oímos el ruido de las armas y el tropel de los caballos. Nada podíamos distinguir por la oscuridad de la noche, pero oímos las órdenes de Segura, que mandaba echar la caballada a la quinta, y los presos a la casa. Dos horas se pasarían cuando en medio del patio de la casa vimos levantarse una gran hoguera que rodeaban todos los soldados. A dos o tres pasos de los soldados estaba Segura, botado en el suelo sobre su montura apoyando la cabeza en su mano. Más cerca del fuego y en medio de los soldados alcanzamos a ver a Don Gregorio González y los dos hermanos Villegas, únicos prisioneros que pudimos conocer de todos los que llevaba. Antes del amanecer del día 27 marchó Segura con sus presos y nosotros bajamos a proveernos de alguna y cosas para comer. Encontramos los restos de algunas ovejas que habían muerto y con eso nos pasamos ese día, y con algunas torcazas que matábamos con una tercerola. Sin llave, que nos la quitó Segura, y que al fin la botó por inútil. En la tarde de este mismo día fue que supimos que las familias de los prisioneros, algunos frailes, y otros sujetos vinieron a rogar de nuevo a Cubas que se rindiera para salvar la vida de los prisioneros. Cubas no pudo ni debió acceder, por más que sentía las presiones de sus compatriotas, y marchó con sus tropas al otro día a rescatar los presos con las armas en las manos más bien que rendido.

Llegó al pueblo el día 29 y alcanzó a arreglar su plan de batalla para el siguiente día. Acampó en Tiorco, una legua de distancia del Río del Valle donde lo esperaba Balboa con sus fuerzas más que duplicadas en número. El 30 se presentaron en batalla los dos ejércitos, en los arenales del mismo río, campo glorioso de Cubas, donde más de una vez derrotara en años pasados a otras hordas de indios Choyanas capitaneados por iguales jefes que los que tenían entonces al frente. Un general entusiasmo brillaba en el semblante de todos los soldados de Cubas, al ver en la frente de su hermoso General pintados el valor y la justicia de su causa. Jamás se le ha visto a Cubas dar una orden de ataque, sin empuñar antes su espada y cargar adelante el primero de todos. Así le he visto yo otras veces cuando sucumbió en lo furioso de su carga el valiente Varela y su oficial Peralta, ambos caudillos de los Choyanas. Esta invasión también una vez que desplegó en batalla su puñado de infantes, los mandó calar bayoneta y proteger la carga de su caballería que fue rechazada; pero iba Cubas a la cabeza de sus infantes y toda la caballería rechazada en su primera carga por superioridad numérica solamente, volvió cara al mando de su Coronel, “soldados, tercerola a la espalda y a la carga una lanza seca”. Este ataque soportado por la infantería y la voz de Cubas, que se oía dondequiera, no fue capaz de recibirlo en orden Balboa. Este se llenó de miedo, sus oficiales no recibieron de él más órdenes, todo su campo se desorganizó, y la fuga fue la primera idea que se les vino a la cabeza después del terror que les inspiraba la infantería. La última orden de Balboa fue “muchachos a Belén” y sin más espera, emprendieron la marcha en derrota en y una tal confusión que más a los otros se mataban en la estrechez de los callejones de las chacras, por donde las perseguía Cubas habiendo hecho

mentar su infantería en los caballos que quitó al enemigo. Casi cinco leguas los persiguieron hasta que no quedó ya a su vista ni una sola partida que alcance a sus hombres reunidos. Volvió Cubas triunfante y entró a la plaza de Catamarca de donde había salido en retirada quince días antes.

Sin embargo de su brillante triunfo, no libertó los presos que guardaba el asesino Segura. Este malvado, en su derrota, se detuvo en la Cabecita y degolló con sus manos a Don Gregorio González. Pero qué gracia podían esperar los desgraciados que caían en sus manos, cuando estaba acostumbrado a matar por pasatiempo. Hallándose pocos meses antes en el Fuerte de Andalgalá, oyó que un federal decía “cuatro reales diera al que me trajera la cabeza de Pitar”. Este era un antiguo oficial del General Lavalle¹¹³, que si no estaba perdonado o indultado allí, al menos era tolerada su presencia. Segura oyó la oferta de este federal y salió en busca de Pitar. Lo encontró en una calle y con la dureza de un indio de las Pampas sacó su lazo, y enlazando a Pitar de la cabeza, amarró el lazo a la cincha del caballo, y partió al galope por entre medio de la gente que daba gritos de horror al ver semejante barbarie. Después de haberlo así arrastrado por espacio de seis cuadras, se bajó y le cortó el pescuezo; limpió su puñal en su bota, dobló el lazo y marchó con la cabeza del desgraciado Pitar en la mano a cobrar los cuatro reales prometidos de premio al que la presentara. Pero la mano de Dios no tardó en castigar a los criminales. Tres años después el gobernador Don Santos Nieva tomó a este y su hermano Facundo Segura por leves sospechas de revolución y seis horas después los vi marchar al banquillo sin proceso ni juicio verbal, y sin que valiera para salvarles la vida el empeño de todo un pueblo. Benigno Segura era el asesino de Pitar, se sentó en el banquillo no sin echarme una última mirada de odio a mí, que como amagado una vez de su puñal, estaba a dos pasos de él viendo si temblaba al fin un hombre de corazón tan negro para sus semejantes. “500 \$, dijo, ofrezco si me salvan la vida”. Y viendo que nadie le respondiera, “No es el primer caballo lindo que se muere de empa-cho”, dijo sacando y doblando tranquilamente un pañuelo para vendarse los ojos. “No me tiren a la cara porque me van a desfigurar, para eso tengo pecho grande para recibir las balas”. Pero se engañó el bandido, y Dios lo humilló hasta en su única bravata. La primera bala vi darle en medio del entrecejo, y dividirle la cabeza en dos pedazos. Así murió del modo más infame este asesino de profesión en manos de los mismos suyos.

El 4 noviembre se aparecieron a la Aguadita el Postillón Velasco, con orden de mamita para llevarnos a Catamarca. Llegamos allí el mismo día, y encontramos todo el pueblo lleno de alegría todavía por el triunfo de Cubas y no esperando ser turbado ya más en su quietud.

¹¹³ Juan Galo Lavalle. Soldado rioplatense que luchó en las guerras por la emancipación americana y luego en las contiendas civiles rioplatenses adscribiendo a la facción unitaria. Muerto en Jujuy, en camino al exilio boliviano, sus huesos fueron trasladados a Valparaíso en 1842 y repatriados a Buenos Aires en 1861.

¡Pobre pueblo! Si allí hubiese habido un loco profeta como en la antigua Jerusalén, le hubiera dicho como a la ciudad escogida, “¡ay de tu pobre ciudad y ay de mí más tarde!”. En la noche que llegué yo a la ciudad, el Gobernador Cubas estuvo a visitar a mamita. Dios mío, no me olvido nunca de la tranquilidad con que conversaba, y se reía de las noticias que mamita le daba. “Seguramente, Rosita, decía riéndose a Vd. la han intimidado mucho los Federales, pues que aun aquí tiembla V. cuando me habla de ellos como si fuesen a volver”. “¡Por Dios!, Cubas, decía mi mamita, créame, yo tengo motivos para saber lo que digo, retírese del pueblo, o no esté descuidado si quiere tenerse aquí.” Unas carcajadas de risa le valían a mi mamita sus consejos. “¿Y a quién quiere que tema, de quién quiere que huya Rosita, de Balboa?” “No me precise a decirle quien de los federales me ha impuesto tan bien de lo que voy a decir, porque no puedo nombrar la persona que me ha confiado el secreto. ¡Prevéngase por Dios! El Coronel Maza viene de Tucumán a marchas precipitadas, y hoy debe haber salido de Paclín!”. “No creo nunca, Rosita, que Maza pueda moverse sin que yo lo sepa, lo federales le llenan la cabeza de esos cuentos”. Imposible fue a mamita persuadir a Cubas de la verdad que ella le afirmaba, que de veras tenía buen origen la noticia, al menos la persona que avisó esto a mamita debía saberlo. “Mi tía Javiera es muy federal”.

Cubas se retiró sin hacer caso de ninguno de los avisos que mamita le dio esa noche, y confiado en su misma fuerza. Mamita regresó a casa de mi tía Javiera en esa misma noche de donde no había salido sino para venir a vernos. La noche del cinco se pasó serena, sin que oyésemos los alertas siquiera de los centinelas, pues que hacía tres días que Cubas había licenciado las tropas hasta la infantería, sin quedarse con otros soldados que los de su escolta. Amaneció el seis de noviembre sin otro movimiento ni ruido que el que hacían todos los habitantes para ir a misa, a todas las iglesias, como día en que obligaba la misa si no fiesta de guarda. Pero a las seis de la mañana principió a sentir esa reunión de cuatro o seis hombres hablando bajo, ese sordo rumor que no tiene ni causa ni origen, esa noticias que nadie la esparce y que pasa de boca en boca. “Maza viene” era la voz que corría por todo el pueblo, pero nadie lo había visto, nadie tenía parte oficial. A las 7 los muchachos y las comadres, trompetas que anuncian siempre funestas noticias, principiaron a subirse a las torres de la iglesia, a los techos y balcones de las casas, para distinguir los polvos que hacen allí las tropas que entran a la ciudad de afuera, y calcular por su espesor hasta el número infalible de la fuerza que entra. Yo me dirigía al Colegio, con la halagüeña esperanza de que no habría clase ese día, y que el tratado de la Santísima Trinidad no me derritiera el cerebro esa vez como a todos los teólogos. Al llegar a la esquina de San Francisco, que también lo era de la casa del Gobernador, vi salir a Cubas, en mangas de camisa, sin su sombrero de paja echado atrás, y montado en su fogoso alazán, partir de galope al cuartel de infantería seguido de dos asistentes.

Un momento después oí ya el tambor de órdenes por las cuatro calles de la plaza tocando generala, cuyo sonido y compás, que jamás se oye en otras circunstancias, es para los

catamarqueños como la campaña del Sumo Pontífice en la ley antigua, o como la trompeta de San Juan en el juicio final. El tambor se rajó y Cubas no pudo reunir más que 80 infantes. En estas circunstancias se oyó ya a lo lejos la música del batallón de Maza que entraba a las orillas del pueblo. Cubas al frente de sus 80 infantes, y diez hombres de caballería, llegaron a la esquina del Cabildo en la plaza, y dijo allí en medio de la multitud que lo rodeaba. “¿Cuáles son los que quieren morir conmigo para contar con ellos?”. “Todos, todos” fue la voz que se oyó, y sacándose las gorras, los infantes gritaron “viva nuestro gobernador y General Cubas”. Una diana siguió a los vivas de los soldados. Los vestidos lacres de los quinientos infantes de Maza se veían coloreando ya a tres cuadras de distancia, pero el entusiasmo y el valor de Cubas, de sus soldados, y de todo lo que rodeaba aquel puñado de hombres resueltos todos a morir, antes de entregar su pescuezo en sangre fría a las fieras del tirano. Frente al Cabildo formó Caetano, Coronel de la infantería, formó batalla en retirada por escalones de a ocho hombres. La caballería, que consistía en quince o dieciséis hombres, se extendía un poco hasta la pirámide, dando el frente al enemigo que debía entrar por el naciente y la espalda a la iglesia. Difícil sería pintar la consternación de todo el pueblo al ver levantarse un campo de batalla en la plaza misma de la población. Es preciso haber visto la desesperación con que corrían todos a refugiarse a los templos, el llanto de las mujeres, los gritos de los niños que veían llorar a sus madres, para formar una ligera idea de lo que sucedió en aquel día de amarga memoria para el desgraciado Catamarca. Mamita, en medio de la consternación general, temió más por sus hijos que por las balas de 700 hombres, y corrió de casa de mi tía Javiera como loca a proteger sus hijos. ¡Dios mío! y en qué circunstancias y con qué auxilio podía contar una desgraciada mujer como ella.

¡Pobre mamita! Yo la veía dando gritos, y levantando al cielo sus manos juntas, correr como loca de un lado a otro de la casa, sin hallar qué hacer ni donde ocultarse con sus hijos. Yo, que vi su desesperación sentí un valor que no conocí hasta ver llorar a mamita y le dije, “yo y Darío vamos al convento, mamita, V., Elisea y las demás chiquillas pueden ir a casa de Doña Rosario Navarro que está tan cerca”. “Bueno”, dijo mamita, y salió ella a su destino y yo al mío, acompañado de Darío, que no podía dejar de llorar al separarse de mamita y verla en tan lastimoso estado.

Marchábamos nosotros para el convento de San Francisco, pero aún no alcanzamos a llegar a la pirámide que se eleva en medio de la plaza, cuando oímos el silbido de tres o cuatro balas que pasaron por nuestra cabeza y fueron a achatarse en la torre de la Matriz. El silbido de otra bala alcanzamos a oír al mismo instante, pero esta no se perdió como las otras. Pasó por entre los soldados de Cubas y fue a matar a un pobre esclavo de las monjas que iba con el canasto de provisiones para el convento. A este mismo tiempo oímos los gritos de mamita que paraba en media calle, nos llamaba con sus brazos, con su cabeza y con cuanto podía hacer señas. “Vuelvanse hijos, no vayan” fueron las palabras que oímos. Nos volvimos al mismo tiempo que entraban las caballerías de Maza por dos esquinas de la plaza, y Cubas, con toda serenidad,

mandaba el fuego en retirada, espada en manos. Admirable es el orden que él solo con su presencia de ánimo pudo hacer guardar esa vez a tan poquísimos hombres al frente de centuplicadas tropas. Nosotros llegamos a reunirnos con mamacita, quien en su desesperación nos tomó de un brazo y nos entró en la casa. Pero como cerraban las puertas de las calles sino las familias unitarias, la puerta de esta casa que nos recibió permaneció abierta de par en par. Mamita entró a un cuarto con las niñas y se arrodilló a rezar llorando, yo aproveché este momento para salir de nuevo a la puerta. Ya había dos o tres hombres muertos cerca de la pirámide, y apenas pude ver las últimas mitades de la infantería de Cubas que se perdió en las calles que toman para los molinos al poniente de la plaza. Toda ésta estaba llena ya de todas las fuerzas de Maza que tocaban a un tiempo de degüello sin excepción de personas. Quién no ha visto un día como este no sabe lo que es el dolor. En nadie se empleaba una bala ... el cuchillo y el sable eran los que dividían las cabezas de cuantos caían en sus manos fueran o no soldados. No había compasión, no había lágrimas que bastasen a ablandar semejantes fieras, en fin, no había perdón para nadie. Fijándome estaba en la carnicería que se estaba haciendo, cuando vi llegar a la puerta un oficial cuyos ojos centelleaban de furor y de sed de sangre. Yo me entré para adentro, pero tuve tiempo de oírle pronunciar el nombre de Doña Rosa Ocampo.

Después, oí algunas palabras en un tono imperativo y amenazante. La señora entró unos pocos minutos después diciendo “Doña Rosa pase por Dios a esconderse al traspatio; ese hombre la busca para degollarla, o cortarle el pelo”. Mamita quedó como herida del rayo al oír esto, pero la cruel señora, viendo que no se movía, ella misma le enseñó la puerta por donde debía salir para el traspatio. Allí fue mi mamita a aquel lugar de inmundicia y asqueroso ¡Dios mío! Mi mamita tan delicada, tan llena de comodidades, se sentó con toda humildad en la jaula de un gallinero ... ¡Oh! Como sufría su natural delicadeza, como se abatía su orgullo y amor propio al tener que pedir un favor a personas de distinto carácter y opinión. De repente entró de nuevo allí la niña de la señora que por desgracia era tartamuda y a quien más por señas que por palabras le entendí, que el oficial está de vuelta en busca de mamita. Este salteador, cuyo nombre he conservado en el número de los que me deben satisfacción, y que he de colgar algún día con la ayuda de Dios por la vindicta pública se llamaba el Mayor Lascoque. Este mismo zapatero de la calle Barracas en Buenos Aires fue uno de los oficiales que por obligación tuvo que vestir y darle de comer espléndidamente mi mamita en la primera entrada de Maza, duramente todo el tiempo que permaneció el ejército. Cada una de las señoras unitarias tenía que mantener costosamente cierto número de oficiales con sus asistentes, y cada uno de estos vándalos infernales era el árbitro y dueño de cuánto se conocía pertenecer a la salvaje casa en que se hospedaban. Es indecible la despótica tiranía que cada bandido de estos ejercía sobre cada una de las señoras y su familia.

Este vándalo Lascoque fue el mismo que encargado en Paclín por el Coronel Maza de la ejecución de cierto bombero de Madrid, le sacó primero los ojos, le cortó la lengua en seguida.

Dios mío, no puede escribirse tanta barbaridad. La ejecución del infeliz duró más de media hora, hasta expiró completamente mutilado. Y cómo puede ser que Dios deje por más tiempo impune tanta atrocidad desmedida de toda disculpa ... Mate enhorabuena un hombre un mundo entero, si ese mundo se opone a su ambición y sus miras pero no profane la hechura de Dios, complaciéndose en sus tormentas, y burlándose de ayes al expirar. “Las fieras matan por instinto, por necesidad, el hombre solo mata y atormenta a sus semejantes por placer”.

Tal era el asesino que buscaba a mamita, para degollar cuando fue avisada por segunda vez. “Y qué quiere que haga”, dijo mamita llena de angustia y desesperación. “Váyase para otra parte”, contestó la tartamuda. De pronto se paró mi mamita como mordido de un animal ponzoñoso, esta “váyase para otra parte” en aquellas angustiadas circunstancias, teniendo al oficial que la buscaba para asesinarla con su cuchillo en la mano en la puerta de la calle, hirió todo su orgullo y una mirada de desprecio fue toda su respuesta. En aquel momento supremo vi a mamita perder el miedo y no acordarse sino de su dignidad vejada. Yo comprendí su situación, y ligero como una ardilla, antes que ella tuviera tiempo de pensar en lo que yo iba a hacer y abatirse de nuevo, por otra prueba por la que debía pasar su cristiana paciencia y resignación, haciendo señas a Darío que ayudase a subir a mamita ... Pobre Señora, pobre mamita, se le rodaron las lágrimas sin responder nada con su llanto, luego se comunicó a mí, a Elisea y todas las chicas. ¡Qué cuadro, Dios mío! ¡Una desventurada mujer inocente y pura como el aliento de un ángel, verse así perseguida a muerte, y obligada para salvar a pasar por tantas amarguras y humillaciones! Una madre como ella rodeada de todos sus hijos, ser expelida así de una casa segura, negarle el asilo cuando teme por su vida y la de sus hijos, obligarla a escalar murallas como lo hiciera ¡Dios mío! Yo soy cristiano y debiera no pensar en venganzas, pero hay algunos que son santos, y cuyo resultado útil borra hasta la más leve mancha que pudiera caer sobre un discípulo de Jesucristo, y así, desgraciados algún día de los que fueron causa de una sola gota de lágrima de mi mamita, desgraciados de todos aquellos que fueron causa de todos los trabajos y cruel emigración; desgraciados de aquellos cuyos crímenes y nombres campean en mí diario y mis recuerdos.

El recuerdo de tantos sufrimientos me extravía y me enloquece. Pero volvamos al caso. Mamita, en medio de su dolor y sus lágrimas, pensó en que al fin era mejor para ella dejar aquella maldita casa, donde tanto había tenido que aguantar en silencio. Me dio la mano y ayudado por Darío pude levantarla arriba. Subió después Elisea, en seguida Emilia y todos los niños. Caminamos maquinalmente por sobre el tejado de la casa; pasamos a la de Don Isidoro Ferreira, de cuya altura se veía la plaza. Seguía allí la música tocando a degüello, y seguían las matanzas al son del llanto tocado por la música. Pasamos con trabajo a la casa de Don Jesús Rivera, y como yo andaba en mi campo, en mi camino, nada me cortó para dar con la parte de muralla al pie de la cual se levantaba un altísimo horno que actualmente ardía, y despedía hasta lejos el olor apetitoso de un buen pan.

Al mismo tiempo que descubrimos el horno por donde debíamos bajar a una caballeriza de la casa de Don Jesús Rivera, dio un grito de espanto mamita al ver rodeando el horno más de cincuenta soldados de los de la Maza, a quienes el hambre de dos días de marcha sin comer ni descansar, los hacía ir a aquella casa y sacar el pan crudo del horno para no morir de hambre y fatiga. Los soldados se fijaron en el grito de sorpresa, después en que una familia entera anduviese así por sobre los tejados, que además hacíamos como para volvernos, y seguramente algunos de los más pícaros iban a poner en alarma a los demás gritando, “¡salvajes! ¡salvajes!”. Cuando la señora de la casa, advirtiendo lo que pasaba entre ellos, nos sacó del mal paso diciendo lo siguiente, “no tengan cuidado, han subido por mera curiosidad a ver la pelea sobre el tejado”. Los soldados no se fijasen ya más que en satisfacer su necesidad, sin pensar otra vez en nosotros. Yo salté al horno y di la mano a mamita, y después a Elisea y los niños. La señora llevó a mi mamita a un cuarto con las niñas, y nosotros nos dirigimos al cuarto de Quintín Valles, mi amigo y condiscípulo. Una de las puertas del cuarto daba a la calle, y apenas saludé a Quintín fui a mirar la carnicería por el ojo de la llave y otros agujeros de la puerta. Pero no parece sino que el diablo y la casualidad estaban esperando, esperando que yo llegase allí para presentarme una nueva escena de horror. Acaban de tomar a Cubas su tambor de órdenes no sé por qué causalidad y lo estaban desnudando para matarlo. Luego que acaban de desnudarlo ocho hombres lo rodearon y principiaron a jugar la pelota con él con las bayonetas. ¡Dios mío! ¡Qué cosa tan horrible! ¿Y cómo no caía un rayo a cada lastimero ay de este infeliz y reducía a polvo a tan bárbaros ejecutores? Le hicieron pedazos la cara y las manos con que trataba de defender su pecho ... dos veces lo vi entre el cielo y la tierra pendiente de tres o cuatro bayonetas, hasta qué expiró. Ya no existía en la plaza más que la retaguardia y los cañones. Los tiros se oían a lo lejos en los molinos donde Cubas y Caetano formaron un cuadro de los 60 y tantos infantes que les quedaban y principiaron a hacer resistencia matándoles bastantes hombres de Maza. Caetano mismo voló de un balazo al morrión de Argüello, comandante de la infantería de Maza. Éste, al fin, hizo rodear a Cubas, el cual entre intentar rendirse a su verdugo, o abrir paso ya en fuga, eligió esto último. “Conmigo Caetano y los míos” dijo, y avanzó con el cuadro con bayoneta calada algunos hombres, perdió, pero rompió la muralla de hombres que lo cercaba y escapó. Dejemos un momento al héroe del Río del Valle escaparse y burlarse de la fuerza de 700 hombres para volver a la plaza.

Pequeñas partidas de sus hombres recorrían las calles degollando a cuanto hombre encontraban cuyo miedo los delatase como unitario. En la calle que da al poniente de la Merced, encontraron a Don Juan Manuel Salas, quizá el hombre más viejo y achacoso que existía en Catamarca, les pareció que debía ser unitario porque estos elefantes del África tenían sed de sangre y lo degollaron, tras el convento de las monjas encontraron a Don Daniel Rodríguez, padre de muchos hijos y le bebieron su sangre, sin que los ayes de sus hijos y esposa pudieran salvarlo. Jamás nadie había tachado a este hombre ni de unitario ni de federal, en las revoluciones hay

estos hombres tan enigmáticos que ambos partidos los dejan sin calificarles. Esta misma partida encontró dos cuadras más adelante al exgobernador Don Bailón Espeche, y lo degollaron sin misericordia en presencia de su señora. Mientras estas partidas sembraban las calles de cadáveres, en la plaza no les faltaba de qué hacer presa a los demás que quedaron allí. Tomaron al Escribano del Gobierno, y a Santos de la Cruz, Oficial de la infantería, y los degollaron por pausas para satisfacer una curiosidad. El primero de estos infelices Don Aníbal Barros sufrió indecibles tormentos antes de morir. Le cortaron primero toda la garganta con un pedazo de cutis hasta el pecho, para ver lo que tenía en el pescuezo que abultaba tanto. El mismo día murió también con igual suerte el ayudante de Gobierno Don N. Novillo, y tres oficiales más subalternos. Innumerables son las víctimas de este día, cuyo nombre no recuerdo. Mientras tanto Cubas, con su pequeño número de hombres, habían conseguido internarse cerca de la Sierra de Ambato donde se creía él seguro.

Al día siguiente se sucedieron las mismas escenas de actividad y carnicería. Se degollaron muchos hombres, tanto en los cuarteles como en los alrededores del pueblo. Antes de cerrarse la noche de este día, salí yo del convento con dirección a casa a no sé qué diligencia. Pasé por entre la multitud de soldados que vagaban por las calles y llegué a la esquina. Tenía yo que pasar precisamente por cerca de la pirámide, y allí como la noche estaba ya entrando, distinguí apenas un puñado de hombres. Seguí caminando y al llegar, oí una voz que dijo, “me van a degollar, por Dios, necesito un confesor”. Esta era la voz del Doctor Dulce, ministro de gobierno. No oí más palabras, di unos pasos más y oí un ronquido sordo al mismo tiempo que un pañuelo ahogaba un ¡ay! de dolor. Poco faltó para que la sangre de estos nuevos me salpicase mis pantalones. Estos desgraciados que clamaban por un sacerdote en sus últimos momentos, eran el Doctor Don Gregorio Dulce y N. Caetano, Coronel de la infantería de Cubas. En ningún país del mundo se mata un hombre sin los últimos auxilios de su religión cualquiera y más cuando el reo los pide como última gracia. Pero las fieras de Rosas tienen orden de privar a los Salvaje Unitarios de esta vida y de la otra. La cabeza de Dulce fue colocada en una lanza. En ninguno de los cuatro días que siguieron a la entrada de Maza dejaron de haber muertes semejantes a estas. Pero al quinto día hubo una que horrorizó a los mismos federales. Don Antonio Dulce, hermano del doctor, había salvado de la cuchilla que cegaba las cabezas el primer día, y permanecía oculto a una legua del pueblo en un lugar que llaman allí las barrancas. No sé qué viento fatal sopló en los oídos de los federales que allí quedaba un salvaje de no poca importancia. Creo, si no me equivoco, que el muchacho con quien la mujer de este infeliz le mandaba el sustento diario fue sorprendido una vez y el secreto cayó en manos de los asesinos.

Al momento se mandaron 12 infantes al mando de un oficial. Todo el pueblo sabía ya que se había despachado una partida en busca de Don Antonio Dulce. Me acuerdo que era un sábado a las 9 de la mañana. Los vecinos concurrieron tranquilamente a la misa de la Virgen del Valle que se canta allí, a esas horas, en la iglesia Matriz, todos los sábados del año como

a la Patrona de la ciudad. Yo me dirigía a San Francisco, cuando antes de pasar la esquina de Cubas, oí allí un rumor, llantos de mujeres que decían llorando, “ya lo traen”. Corrí yo a la novedad, y parado en la esquina de Molas veía correr una multitud de hombres hacia la plaza por la misma calle donde yo estaba. Luego vi salir a la puerta de la calle a la madre de Don Antonio Dulce, a su mujer, y todos sus hijos ... Entonces pensé que serían a él a quien traían en medio de los infantes. Pero Dios mío, quién va a figurarse que estos hombres hubiesen extendido tan detenidamente el modo de atormentar también la familia, haciendo pasar al patíbulo a este infeliz hombre por su vida en tan miserable estado. Pero así fue la verdad. Los soldados corrían a todo escape, y Dulce venía entre ellos sin sombrero, sin zapatos, con las manos amarradas atrás. El dolor de los pies por la mucha piedra que había en la calle le impedía correr con la misma ligereza de los soldados, pero estos bárbaros le punzaban con sus bayonetas para que acelerase el paso. Dulce vio que salía su familia al encuentro y todo su coraje sucumbió. Dios mío, qué vista, qué espectáculo, para un padre, para un hijo, para un esposo, que camina al patíbulo. Oyó los gritos de su mujer y sus hijos desde lejos, los vio, en fin, y sin duda quiso pararse para decirle un último adiós a su esposa y bendecir a sus hijos, pero estos bárbaros para quienes la dilación de un asesinato era un suplicio, traspasaron su espalda con dos bayonetazos.

Dos manchas lacres se vieron al momento en su blanquísima camisa, la sangre principió a correr en presencia de la madre, de la esposa y los hijos. La madre, una señora anciana, no quiso dejar a su hijo y partió acompañando a la esposa y los hijos, envueltos y confundidos todos con el desgraciado Dulce. Al llegar a la plaza Maza esperaba presenciar del espectáculo desde la puerta de su casa, y aún estaba parado allí cuando apareció la partida que conducía a Dulce. Toda la familia lo vio, y corrió sin detenerse allí. Llegaron todos, y se postraron de rodillas a un tiempo delante de él, juntando las manos en acción de súplica. ¡Dios mío, qué cuadro! ¿Y qué tirano, qué hombre feroz hay cuyo corazón no se parta de dolor al ver tanta angustia y desdicha posibles de remediarse con un solo gesto? Ninguno, excepto Rosas y sus fieras. Maza se dio vuelta tranquilamente y cerró la puerta ... Todos estos infelices que no ablandaron el corazón de Maza no desesperaron, y pensaban todavía salvarle poniéndose entre él y la cuchilla del verdugo, pero parece que este no hubiese esperado más que la presencia de la familia allí. Apenas la vio llegar tomó a Dulce por los cabellos, y antes que dijera un ¡ay! separó la cabeza de los hombros. El cuerpo dio dos o tres saltos después de caer en el suelo, y la boca crispada aún con un pequeño movimiento de los labios y los ojos abiertos aún, parecían decir ¡venganza! ¡venganza! ¡venganza!

Todo esto pasó en menos de un minuto, el verdugo seguía teniendo de los cabellos la cabeza, hasta que la boca no hizo ya un solo movimiento, entonces la botó sobre el cuerpo. Las dos señoras cayeron desmayadas, y todos temían socorrerlas pensando incurrir en un crimen para con Maza.

¡Oh! Quien no ha visto estas crueldades con sus propios ojos puede decir con la sublimidad de un cristiano, “yo soy discípulo de Jesucristo y perdono como él a mis enemigos”. ¡Pero yo! Tal vez yo pueda perdonar todavía, pero esos niños, esos hijos que fueron rociados con la sangre de su padre, nunca jamás. ¿Pero, en qué época, en qué parte del mundo, ha habido hombres como Rosas y sus fieras? ¿Qué edad, qué siglo ha producido tiranos como Rosas? ¿Nerón, Calígula, Tamerlán, Dionisio de Siracusa, cuál de estos tiranos cuya historia está empapada de sangre, ha cometido jamás las crueldades de Rosas? ¿Y quién será suficientemente valiente como para que más tarde se ocupe de escribir una historia, cuyos renglones deban encerrar tanto número de víctimas, cuántas letras deben tener? Cada vez que recuerdo estos sucesos de mi país arde la sangre en mis venas, como si de nuevo los estuviera viendo, y sin embargo la fecha de esa carnicería va ya a perderse olvidada en los tres mil y tantos días de 7 años.

No son de menos consideración los hechos de Maza en su primera entrada en Catamarca. En su lucha, el ejército unido de Maza y el del Fraile Aldao, encontró una pequeña fuerza a las órdenes del Gral. Acha que consistía en 40 o 50 infantes y otros tantos caballos que acompañaban una compañía de artilleros que Madrid mandaba desde Tucumán al General Lavalle, entonces en La Rioja. Maza y Aldao encontraron a la fuerza en San Antonio y la batieron, tomando prisioneros a todos los artilleros. Entre ellos solo recuerdo a Chávez, y el famoso Monterola, que tanto lo lloró después Madrid. Maza, separado del fraile Aldao, entró a Catamarca en agosto. Yo, que estaba entre todos los muchachos viendo desfilar los prisioneros de a pie, sin zapatos, sin sombrero, vestidos de jerga, etc. Me dio tanta lástima ver un hombre que en pocos días antes había visto brillar entre los mejores, saqué un real y lo di a Chávez. Es de advertir que ese real campeaba en mi bolsillo muchos meses había y lo estimaba en tanto como a mi mayor riqueza que entonces hubiera pasado. A Chávez se le derramaron las lágrimas, supongo al verse compadecido por mí, y al verme a mí demostrar mi sentimiento dándole todo lo que tenía. Jamás se ha olvidado de esto Chávez ... siempre ha contado esta acción en sus recuerdos de sus desgracias a sus amigos en Valparaíso. Maza entró a las doce y a las dos de la tarde celebró su entrada fusilando dos de sus más ilustres prisioneros de San Antonio. Dos franceses, el padre y el hijo. Yo los vi marchar tranquilos al banquillo fatal, apoyado el viejo en el brazo de su hijo. Nada había que revelase miedo en el fresco y hermoso semblante del hijo ni en la rugosa y severa cara del viejo cubierto de canas. Marcharon tranquilamente hablando en su idioma (qué curiosas debían ser sus últimas palabras, sus últimos recuerdos ... qué lástima, yo no sabía entonces francés) y fijándose en tanta inmensidad de gente que salía a ver su ejecución. Llegados a la pirámide, cada uno por sí se vendó los ojos después de abrazarse, y abriendo sus ricas camisas de estopillas mostraron su pecho a los tiradores ... No bien cayeron heridos en tierra por las balas cuando cernieron a ellos como cuervos hambrientos sobre algún animal muerto, y los despojaron de sus vestidos hasta dejar sus blanquísimos cuerpos sin un pedazo de camisa siquiera.

Quince o veinte días después de esto, llegó a Catamarca un propio desde Buenos Aires comunicando a Maza la milagrosa escapada que había hecho el ilustre Rosas de una caja infernal, que apareciendo de música encerraba 17 cañones con balas adentro. Era enviada por los franceses o ingleses de regalo, no recuerdo bien. A esta comunicación debió Rosas agregar sus correspondientes órdenes ... pues que pocos momentos después salió una orden de Maza para el oficial de plaza que en el acto mismo fusilase a cuanto hombre existiese en el presidio, sea cual fuere su crimen o causa para lavar así el atentado contra la vida del Restaurador de las leyes. Dios mío, que consternación en todo el pueblo. Allí había hombres llevados por la policía por pequeñas faltas, había muchachos imberbes de quince a 16 años y la orden era general. No había remedio, no valieron empeños ni súplicas, ni las de la misma comunidad franciscana tan respetable allí. A las dos de la tarde salieron todos al cadalso, era lastimoso, desesperante ver las madres, las hermanas de aquellos infelices brincar como unas leonas por sus hermanos que eran arrastrados en medio de sus llantos al banquillo por los mismos soldados, tras de todos estos infelices paisanos marchaba sereno el valiente Manterola, formando contraste con lo pusilánime de los inocentes que le precedían. No me olvido de las palabras que le oí cuando un muchacho consiguió prenderse del vestido de su madre, a quien los ejecutores arrastraron hasta desmayarla a golpes con la culata de los fusiles para arrancarle su hijo. Manterola esperaba sentado que se acabara esta lastimosa escena para volar de una vez al cielo después de entregar su cuerpo a estas fieras, vio este último cuadro de una madre muriendo por su hijo, y pasándose la mano por la frente. “¡Pobres gentes!, dijo, y que mueran así tan inocentemente”. No hubo remedio, los amarraron a los que no querían morir así inocentemente y los fusilaron a todos, la orden se cumplió al pie de la letra.

Dos días después fusilaron al Coronel Don Alejo Córdoba, y después a Don N. Miro, diputado de la sala. A un viejo oficial que estaba enfermo en el convento de los padres, lo arrancaron de la cama y lo fusilaron. ¡Aun había querido fusilarlo en el mismo claustro! Pero volvamos a la segunda entrada de Maza y al fin que tuvo Cubas.

Tres días hacía ya que las cabezas de los Dulces estaban en exposición en medio de la plaza. Cubas no fue encontrado en ninguna parte después de su feliz retirada de los molinos. Después de la muerte de los Dulces ya no le quedaba a Maza otra presa mejor que la de Cubas. Pero como digo, Cubas según se creía, había tomado la Sierra de Ambato, y de allí no podía arrancarlo nadie excepto su destino. Maza, no hallando ya qué recurso tocar para poner sus perros en la pista de Cubas, mandó ese día sacar del colegio a Máximo y Carlos Cubas, hijos de Cubas, y condiscípulos míos. Los puso incomunicados, haciéndoles entender que si en 24 horas no confesaban donde se encontraba su padre, serían degollados en el acto. Pero estos pobres niños nada sabían de su padre, y aun cuando hubieran sabido, lo hubieran negado con riesgo de su vida. Se pasaron 24 horas y después otras 24, y principió el tercer día sin que Cubas apareciera, y sin que las amenazas e ira de Mazas recayeran sobre

los inocentes hijos que seguían en prisión. Serían las [ilegible] del día del ocho de noviembre del año 1844 cuando se apareció a la puerta de la habitación de Maza un muchacho de 18 años solicitando una audiencia de Maza, para un asunto de grave importancia. Ninguno de los oficiales quiso introducirlo hasta que el muchacho dijo que él traía la noticia del lugar donde se hallaba Cubas. Fue introducido entonces, y quitándose el sombrero (rayado) dijo a Maza con la mayor entereza, “señor, yo sé dónde el señor Cubas, y si me pagan lo que él me ha quitado, voy a mostrar en el momento el lugar. Andaba rastreando ahora una vaca parida que tenía cuando fui a salir sobre el gobernador Cubas y 4 oficiales más que me habían comido mi vaca, así que no hallé más que el cuero, me he venido a denunciarlo, de pura rabia nomás”. “50 vacas como la que has perdido tienes, si vas en el momento a dar la seña”. “Muy bien, señor”. Al momento se buscó un oficial que fue baqueano de sus campos para encargarlo de la comisión, y luego se presentaron Lucho Arroyo, y su hijo Crisolo, ofreciéndose ellos como los más a propósito para el caso. Se les dio una partida de doce hombres y marcharon al instante.

La noticia del denuncia del muchacho corrió por todo el pueblo como una chispa eléctrica, y tal el amor y respeto que todos tenían al mejor gobernador que ha habido en Catamarca, que nadie comunicaba a otro la noticia sin demostrar un gran sentimiento. El muchacho, fiel a su promesa, llevó a Lucho Arroyo al mismo lugar donde Cubas se había creído tan seguro. Todavía los encontraron durmiendo ... Lucho rodeó a Cubas y los suyos, y después de tomarles sus armas, le dio sin sacudirse a Cubas para anunciarle que estaba preso. Estos paisanos y tal vez amigos en otro tiempo, principiaron por demandarlo, y amarrarlo fuertemente como el bandido más execrable ... A las doce del día entró Lucho con su presa por la esquina de la Matriz. Todo un Gobernador y Capitán General de una provincia, venía montado sobre un burro, con las manos amarradas atrás, y sus pies descalzos, aprisionados en fuertes ligaduras por bajo de la barriga del animal. No traía sombrero, no traía un pañuelo en la cabeza que lo defendiera del sol, todo se lo habían quitado. La consternación general que inspiró tanta desgracia fue tan pública que el pueblo no se cuidaba de mostrar su dolor, derramando lágrimas a sollozos y públicamente por su antiguo protector. Parece que el sentimiento se extendió hasta sus enemigos, porque Cubas era benigno con los pocos que tenía, y jamás había hecho derramar lágrimas a ninguna familia. Lo pusieron después de pasarlo por la plaza cerca de las cabezas de los Dulces en el mismo cuarto donde estaban sus hijos, cuya puerta daba a la calle. No me olvido ninguna de las graves ni pequeñas circunstancias que precedieron al desenlace de esta horrible catástrofe. Así es que quiero recordarlas siempre, confiándolas a mi diario a los fines más tarde convenga.

Yo acompañaba a mamita entonces en casa de mi tía María del Señor, hermana de Tatita. Dije que el sentimiento de la desgracia de Cubas se extendió hasta los federales, porque mientras mamita lloraba desesperada, acompañando a la esposa de Cubas, entró Bartolo Cano, casado

con una hija de mi tía María del Señor y que parecía tener influjo con Maza, y dirigiéndose a Doña Genoveva, le dijo, “no llore, señora, voy a salvarle yo la vida a su marido, en reunión de otros buenos federales voy a pedir la vida del señor Cubas ofreciendo que V. le dará cuatro mil pesos”. “Pero señor, yo no tengo plata”. “No le hace, la buscaremos entre todos”. Partió Cano, y una hora después vino diciendo que todo estaba conseguido y que solo faltaba reunir el dinero. La mujer y los hijos de Cubas, a quienes pusieron ya en libertad, salieron pidiendo de casa en casa la limosna para salvar la vida de su esposo y su padre. Las revendedoras, las parteras, los leñateros, los carniceros, todos dieron cuanto tenían sin reparar en nada. Una hora o dos después, el dinero en suma de 4.000 \$ estaba reunido. Entregaron el dinero a Maza en persona, que lo contó y recontó hasta encontrar la suma pedida. La madre y los hijos esperaban entre angustias que una sonrisa de Maza les anunciase el perdón de su amado. Al fin tomó este un papel y escribió unos renglones, que dio en seguida al oficial de servicio, para el oficial de custodiada de Cubas. La madre y los hijos siguieron al oficial que entregó el orden al otro que se paseaba como esperando. Este tomó la orden y leyó en alta voz parándose a dos pasos de Cubas, que veía sin comprender nada, la alegría con que su esposa y sus hijos le veían arrimados a la puerta del calabozo. “En media hora más de recibida ésta ejecutará según su anterior orden al Salvaje Cubas; prendiendo después su cabeza en una lanza si no colocada a la par de la del Salvaje Dulce. Firma, Maza”. Piense ahora cualquiera cuál sería el dolor y cómo quedaría el corazón de la señora al oír la sentencia anterior en vez del perdón que pensaba llevar, y la angustia de Cubas al oírla frente a frente de sus hijos y su esposa. No ha habido en ninguna parte, en ningún tiempo, tanta crueldad, hasta felonía. La señora salió dando gritos como una loca. Cubas los oyó, y no pudiendo soportar más su dolor prorrumpió en sollozos ... Pero luego, serenándose un poco, dijo, “¡Bárbaros! ¡Viles!” y pensaron tal vez que estas lágrimas se arrancan al temor del tormento y al miedo de su cuchillo.

La media hora se cumplió y el oficial, con el verdugo al lado, anunció a Cubas que seguía escribiendo, que ya era hora. Entonces Cubas, con la resignación de un mártir, firmó su testamento, se arrodilló por dos o tres minutos delante de un crucifijo, y levantándose al fin, dijo, “ya estoy”, desprendiéndose el cuello de su camisa y presentando al verdugo su blanquísimo pescuezo. ¡Este lo tomó del pelo y corrió su cuchillo!

Un momento después salió con la cabeza de Cubas ensangrentada, la lavó tranquilamente en una acequia, peinó como por burla sus cabellos y sus patillas y la clavó en una lanza al lado de las de los Dulces. Pocos momentos después se le vio salir a Maza acompañado de dos oficiales y dirigirse hacia la pirámide. Iba a ver la cabeza de Cubas ... No dejaba de inspirar curiosidad la cabeza del hombre más hermoso y valiente que haya existido en Catamarca. De veras nada había cambiado la muerte en su hermoso semblante. La expresión enérgica de su barba y boca le mostraba a Maza, el hombre resuelto y capaz de ejecutar las más atrevidas concepciones. Sus hermosos ojos que permanecían aún abiertos, y clavados en el cielo con la expresión que

imprime un dolor profundo, parecían decir al Dios de todos, como otro Luis 16 antes de subir los escalones del cadalso, “Señor, como cristiano les perdono mis tormentos y muerte, pero en nombre de mi desgracia, y de la justicia misma, te pido que más tarde patentices la inocencia con que he muerto, para que esos infelices niños que desde hoy quedan huérfanos y sin más auxilio en la tierra que el triste e infamatorio recuerdo, de descender de un hombre cuya cabeza fue expuesta a la vista de todo un pueblo, como la del malhechor más criminal del mundo, para que mis huérfanos no sufran del doble castigo de haberme perdido ahora, y avergonzarse más tarde de ser mis hijos y llevar mi nombre”.

El cuerpo de Cubas fue botado a la plaza y allí fueron a profanar sus últimos restos, sagrados por la muerte misma. ¡Oh! Yo me acuerdo bien quien fue. D. Carlos Olmos sacó una tira del cutis del cuerpo de Cubas desde la garganta hasta más abajo del ombligo “para hacer una marca”. El sacristán, compadecido de esto, robó el cuerpo de Cubas y le dio sepultura, y por hacer esto, Maza lo tuvo tres días de plantón en el rayo del sol al lado de la cabeza de Cubas. En la noche de la muerte de Cubas se convidó para un gran baile en celebración de tan grande acontecimiento. Por orden de Maza, debían asistir a él todos los unitarios, y hasta las mismas sobrinas de Cubas. Allí fueron todos; y Don Pastora Galindez fue a bailar sobre la sangre humeante aún de su Coronel en el salón de Doña Javiera Herrera. Ya llegará un día en que bailen ellos a su vez del mismo modo.

Calaveras. Miércoles 27 de marzo 27 de 1850. La noche del miércoles Santo en California y Calaveras

Hoy todo el día ha hecho un calor horrible como si estuviéramos ya en la fuerza del verano. El sol se levantó esta mañana quemante, y las nubes parecen temerle pues que ninguna se le acerca cuando antes, por cerca de un mes, lo han tenido envuelto entre sus pliegues. Gruesas nubes pero blancas como copas de nieve en lo alto de las cordilleras, se ven moverse pesadamente en el oriente. Un argentino que no conoce el temperamento de California, diría que una furiosa tormenta de verano está por desencadenarse; una de aquellas borrascas cuyas primeras gotas caen en el suelo como un balazo levantando polvo aun de la tierra dura que no es movediza. Pero no. Aquí no es más que primavera, y aunque se vean los pájaros dejar de cantar en los árboles, abrir el pico y soltar las alas en busca del aire que no corre, no hay cuidado, cúbrase el cielo de esas mismas nubes que allá son tan terribles, y que ahora forman línea en el horizonte, no hay que temer como de aquellas, tras el relámpago o estallido del trueno, el rayo o la centella.

Son las once de la noche más serena y hermosa que he visto. La luna ahora va llegando a la mitad de su carrera, está tan clara y reluciente que puede verse perfectamente con sólo su luz.

Yo acabo de llegar de un paseo por el cerro y después, a lo largo de la costa del río, como el genio de la noche que vela siempre sobre todo ser que respira. Todos duermen ya. En la carpa de Scollen no se oye siquiera el ronquido de un borracho que sueña todavía estar con la botella en la mano. Todo, todo duerme en silencio y no se oye más ruido que el que hace el río al pasar lleno de espuma por una peña para caer en otra, como el ruido que en alta mar hace de noche la proa de un buque que corta unas tras otras las olas, levantando en cada una esa espuma blanca y que el triste viajero absorbo en sus mil pensamientos sigue maquinalmente con su vista hasta que la ve perderse en el seno de otra ola. Ahí he andado yo, triste y pensativo sin que me alegren las alamedas de pinos en el cerro tan simétricamente colocadas, sin que me llame la atención el aire embalsado que corre allí con las flores de primavera en medio del fresco de la noche. Pero mis pensamientos no han sido como los de un poeta; porque este goza en ellos y yo sufría como yo solo.

Sospecho solamente que debemos estar en Semana Santa, porque hermosas como estas son las noches en las que la iglesia católica recuerda la pasión de Jesucristo. Como esta son las noches de marzo, en que allá concluye el verano para revenirse aquí. Como estas son las noches que hemos paseado del brazo tantas niñas y jóvenes en las calles de Concepción en este mismo tiempo. Y yo ahora más solo que un panteonero, más triste que un Robinson en su isla, más desgraciado que él que pierde su querida. ¡Dios mío! ¿Quién dice que ésta es vida? ¿Y habrá siquiera a estas horas alguien que no teniendo que hacer, piense en mí? ¡Oh! ¡Nadie! Ninguno feliz se ocupa de las penas y angustias de un desdichado. La que un tiempo fue su querida, el ídolo de sus pensamientos sacude su cabeza cuando pasa por su memoria el recuerdo del hombre que la amó más que ninguno, y que por desgracia existe lejos de ella, triste y olvidado. ¡Oh! Uno jamás se olvida de ella y hasta ese tirano recuerdo le tormenta en sus viles días. ¿Quién, pues, puede acordarse de uno, de quién se duda si vive o muere? ¿Los padres, sus hermanos? ¡Oh! ¡No! ¡Los primeros hacen mucho sosteniendo sus últimos años llenos de enfermedades, lo que pueden es pensar en ellos mismos, y en la miseria de la vida que se acaba como la de ellos! ¿Los hermanos? No, de ningún modo. Ellos tienen infinitos negocios del día y de noche, sus hermanos, sus padres, sus queridas, que roban más amor del que dan y que nos privan a los ausentes hermanos hasta del último recuerdo. Dios mío, ¡qué crueldad! ¿Quién, pues, pensará en mí? Nadie, nadie hay que se acuerde del que en un tiempo fue ... “Qué se encarguen de él, la eternidad y el olvido, el tiempo que pasa no vuelve, y el tiempo que pasó llevó con él el recuerdo del que fue”. Cantemos, bailemos, la vida es muy corta, gocemos el presente, qué muera el que fue, no nos importa. Todos los hombres son lo mismo, todos son crueles, e igualitos en sus goces, y las mujeres son doblemente crueles, porque ellas gozan de los sufrimientos de los que aman, sus éxtasis de amor, y en sus delirios, las saca de este mundo, las coloca en otra esfera, las divisa, en fin. ¡Dios mío! Por eso al fin tu nos castigas por idólatras, y haces que más tarde, para ver nuestro error en no amar sino a vos, ellas mismas nos hagan derramar amargas lágrimas de dolor y despecho. ¡Oh! Después no amaré a nadie ya.

Jueves 28 de marzo. El Jueves Santo. Cartas de Chile

Son las diez del día en que acaba de llegar Juan de Dios Sánchez de Stockton acompañado de La Fuente¹¹⁴. Viene tan cansado que apenas puede andar, caramba, diez leguas de a pie, no así como quiera se andan sin rendirse. Pero no importa que se haya cansado porque me ha traído cartas de Samuel, quién incluye una de Mardoqueo fecha 6 de diciembre y otra de mi tío Domingo 4 del mismo mes. El casamiento de Emilia, según me dice mi tío estaba convenido para el 20 de diciembre en que debía llegar de la hacienda mi Tatita. Mi tío [Domingo Ocampo] se había recibido ya de ministro de la Corte establecida en Concepción. Mardoqueo se queja de mi silencio ... y él no se acuerda que no me ha escrito más que una carta a la par que de mí ha recibido tres o cuatro. Me dice Mardoqueo que a fines de diciembre esperaban a mi tío Severo en Concepción, que debía ir de Valparaíso con Tomasita. Me dice que se promete gozar de días muy felices, haciendo constantes recuerdos de mí ... Mejor habría sido que los goce sin darme anuncio de ellos. Darío no me escribe ni una sola palabra. Juan mucho menos, debía salir según mi tío para el campo y andar de Chiguayante a Quebrada por mucho tiempo, buen provecho, todas estas gentes viven allá tan felices.

Hace hoy un calor extremado, en medio de un día sereno. Ya son las dos y sin embargo no llega la brisa que a estas horas no suele faltar a refrescar lo caluroso de la tarde. Yo acabo de hacer un acomodo general de las 1575 libras de víveres que recibí esta mañana de Stockton. Don Casimiro acaba de llegar a ver si hay alguna noticia para los emigrados, ninguna. Seis u ocho yanquis acaban de pasar con sus cargas para San Antonio. La inmigración sigue y no se interrumpe un solo día.

Los peones están desde ayer de vacaciones, a propósito de Semana Santa. Yo sospecho solamente que hoy debe ser Jueves Santo. Dios mío, cómo se pasan aquí todas las festividades, todas las épocas célebres, sin que ningún día tenga diferencia con otro, sin que el jueves perverso de todas las semanas se distinga del Santo de la semana de la pasión.

Son las diez de la noche. La brisa de la tarde, que faltando hizo de hoy uno de los días más calurosos, ha llegado a refrescar la noche, y aumentar su hermosura. Clara, fresca, serena, tal es la noche del Jueves Santo en las entrañas de California, entre las hondas grietas que forman los altos cerros en Calaveras en mi casa, en fin. Ahora un momento yo era el único que me pasaba

¹¹⁴ Enrique Lafuente (1815–1850), abogado nacido en Buenos Aires que formando parte de la secretaría de Rosas utilizó ese cargo para filtrar información al general unitario Juan Lavalle. Por ese motivo debió escapar de Buenos Aires y finalmente lograría unirse a las filas del propio Lavalle las que luego serían derrotadas. Esto último lo obligó al exilio, y probó suerte en diferentes destinos como Brasil, Chile o California. Su mala fortuna y su personalidad melancólica lo llevaron al suicidio siendo aún muy joven. El célebre escritor argentino Ricardo Piglia le hizo un retrato ficticio en su novela *Respiración artificial*.

entre soledades sin olvidar un momento lo solemne del día de hoy, y lo sagrado de su noche por las efemérides que en ella celebra la iglesia católica. Pero aquí no hay templos, aquí no hay sacerdotes, ni hay más católicos que yo y mis peones, no hay almas religiosas, no hay sociedad, en fin, que cada uno en su modo rece, haga estaciones, visite los templos, en fin. Aquí no hay más que yo y el río de Calaveras, que al fin llegaremos a ser una sola cosa en lo permanente y duradero, tanto en eso como en lo huérfano y solitario.

Viernes 29 de marzo. Cartas de Chile

El arriero que trajo la carga ayer viene hoy a que le pague su flete. No importa que sea Viernes Santo porque ni él lo sabrá. Acabo de entregarle 400 \$ en oro en polvo de mi flete y el de Juan de Dios Sánchez, que he pagado yo porque a él le faltaba dinero. Gracias a Dios que he hecho siquiera esta buena obra hoy, ya que pocos hay que sepan que hoy es el día en que se rompió la escritura que esclavizaba el demonio al mundo entero por tantos años y el día y quizá hora en que Jesú Cristo nos dejó su santa ley evangélica en nada más que siete palabras antes de expirar por nuestro amor pendiente de una Cruz afrentosa. ¿Quién será el que a estas horas predique en Catamarca el Sermón de Agonía? ¿Será acaso el cura Segura? ¿Fray Wenceslao Achával? Yo lo sabré algún día.

Son las 5 de la tarde en que acaba de llegar Mr. Biggs quién me ha entregado un paquete de cartas remitidas por Samuel. Éste ha realizado un gran negocio con Sparrow. Compraron el 22 diez lotes en 8.600 \$ y vendieron el 3, uno solo, en 5.700 \$, y les quedan en todos los lotes, 17 cuyo valor es desde 1.000 \$ hasta 12 mil. Su carta es de 26 de marzo.

Me incluye una de Tomasita desde Valparaíso fecha 11 de enero, y me dice que me manda también una de mi tío Ramón que no ha aparecido aquí. Tomasita me acuso recibo de las del 9 de febrero por la Carmen. Emilia se casó en diciembre. Mi tío Severo estaba de paseo en Concepción. Mardoqueo debía llegar a Valparaíso el 13 o 14.

Sábado 30 de marzo. Sábado Santo en California

Son las doce del día en que acabo de hacer un acomodo general de mi carpa. De veras está ahora tan bien acomodada y aseada que causa envidia a cualquiera en los placeres. Hasta hoy desde esta mañana recién tengo tiempo de vestirme y pensar en seguir mis prácticas diarias. Biggs acaba de partir para San Antonio, anoche he pasado con él una noche lindísima.

Me cuenta Biggs que San Francisco está desconocido. Pocos pueblos de Europa le igualan ya en lujo y comercio. Hay allí cuatro diarios, de los cuales uno tengo aquí en francés mandado

por Samuel. Hay cuatro teatros, fuera de las casas particulares de baile; ocho o diez hermosos hoteles de tres pisos fuera de las fondas de segundo orden. La población se extiende ya cerca de tres millas en cuadro. Hay dos muelles, uno de los que profundiza hasta cuatro cuadras mar adentro. Hay en la Bahía cerca de 500 buques anclados.

Pero como adelanta San Francisco en estas cosas adelanta también en corrupción. Ha habido allí dos bailes de niñas y jóvenes desnudos como los parió la madre de cada uno. En otra casa se exhiben cuatro hermosísima niñas que hacen estatuas vivas, es decir enteramente desnudas, una representa a Venus, otra a Diana, otra a Ceres, otra a Minerva, haciendo en sus diferentes posturas toda clase de obscenidades, y allí se paga un peso por entrada. ¡Dios mío! ¿Y hasta dónde se arrastran los hombres, o mejor hasta dónde los arrastran a ellos el *auri sacra fames*¹¹⁵?

Míster Ward Smith, uno de los comerciantes más ricos y a quién se le hacían ya en su caja de 3 a 400.000 \$ resultó quebrado el otro día en un balance, y se levantó la tapa de los sesos de un balazo. Muchas quiebras como ésta me anuncia Samuel.

Son las diez de la noche. El cielo está estrelladísimo, y corre una brisa perfumada del olor de las flores de primavera, a la par de fresca. A propósito, hoy encontré, en cierto vallecito, otra flor hermosísima, cómo siento el no poder sacarlas para mostrarlas en Chile. Y cómo sentía esta tarde no encontrar una bella a quien regalarle mi hermoso ramillete. En dos horas más será la hora de la misa de Gallo. En qué parte repicarán en este momento en que yo escribo. Los peones hacen también recuerdos como yo en este instante y se aprontan para celebrar mañana el grandioso día de la resurrección del Salvador.

Domingo 31 de marzo. Domingo de Pascua

El día ha amanecido nublado como queriendo llover. Son las 10 del día en que acabo de despachar más de 20 franceses que han venido a hacer provisiones. Ahora viene llegando García, un antiguo dependiente de los Masenllis, su compañero Maturano, Morales y una porción más de chilenos que vienen a surtirse de víveres para el resto de la semana. Según he llevado yo mi cuenta, y según he colocado todos los días a mi antojo, hoy debe ser domingo pues. Lo doy por hecho y como tal, lo cuento. Ninguno de los que han venido a mi carpa sabía esto, pero al fin todos se vuelven persuadidos de ello. Ya principia a caer una garuga muy delgada pero el día está lindísimo, porque parece esta lluvia de verano que riega y refresca el suelo.

También yo tengo mi Pascua como todo el mundo debe tenerla a estas horas. Un riquísimo asado chisporrotea en el fuego y ya Don Casimiro está allí aliñando una riquísima ensalada de

¹¹⁵ *Maldito deseo de oro*, Virgilio, *Eneida*, 3, 56–57. Traducido del latín

los berros más frescos y tiernos que se pueden ofrecer en cualquier mesa. Vamos pues a evocar recuerdos de otros años y de lejanas tierras.

Son las cuatro de la tarde en que acaba de llegar un chileno a entregarme un paquete de cartas desde San Francisco. Samuel me incluye desde Chile las siguientes de mi Tatita, fecha en Concepción hasta 21 de diciembre último. Darío hasta el 14 de enero, Parmenia hasta el 16 del mismo. Mardoqueo ... de ninguna. Juan, ídem ... Según estas últimas, la señorita Emilia de Navarro había pasado a ser de Ocampo el 22 de diciembre; padrinos, Don Ignacio Palma y su hermana Antuca; testigos el Intendente Rondizoni y Zorraindo. Dios quiera hacerlos tan felices como yo lo deseo ... Por una fatalidad yo no he estado presente al casamiento de ninguna de mis hermanas. Elisea me abrazó después de casada, también Emilia va a abrazarme un año después.

Calaveras. Lunes 1 de abril de 1850. Fatal coincidencia.

Entre un paquete de cartas que recibí de Samuel para varios individuos en las minas desde Chile, había una para el desgraciado Terán. En otras algunas amigas y parientes le ponen muchísimos recuerdos. Será preciso ir a preguntar a los americanos que lo fusilaron donde está su tumba para cumplir tanto encargo para él. Dios mío, que fatal coincidencia, las cartas traen fecha de 11 de enero, precisamente el día en que lo fusilaron. Quién sabe si a las mismas horas en que su familia le escribiera formándose mil locuciones con su futura felicidad, quién sabe si a esas mismas horas los americanos pasaban catorce balas a través de su cuerpo. ¡Pobre Terán! Dice Maturano que hasta el último momento se portó valiente. Ninguna súplica, ni una lágrima, ni una señal de dolor pudieran arrancarle cuando lo llevaban a fusilar. Así es que con catorce balas de rifle en su pecho, aún respiraba odio contra sus asesinos, hasta que le partieron la cabeza de un balazo.

Un chasco que no deja de ser curioso.

Son las once de la noche. Aún no sale la luna y la noche está oscura hasta no verse nada a una vara delante de uno. Estaba yo sentado en mi banco tocando la guitarra, cuando sin que nadie hubiese sentido ni el zumbido de una mosca, se me presentan dos hombres con rifles, de la cara y catadura más horrenda que se espera ver. Instintivamente me paré de golpe frente a ellos tomando mi guitarra a modo de garrote ... Pero me saludaron en buen inglés y les convidé a tomar asiento. El pelo, que más bien es cerda que cabellos sobre los hombros como los indios, gorros caídos hacia atrás, la ropa toda hecha mil pedazos y la cara tiznada con pólvora, los ojos

como carbones encendidos, y un pestífero olor a toda clase de licores. Me pidieron aguardiente para beber, les dije que no vendía licores; mas después uno de ellos me dijo en el más puro y elegante español que he oído, “¿y no podrá mandar uno de esos hombres a traer un par de botellas de la otra tienda?”. “Como no”, le respondí. Di un recado a Muñoz y éste a una seña mía partió a hacer lo que siempre en semejantes ocasiones. Se escondió tras la carpa y después de un rato vino diciendo que no querían darle porque no le entendían. “*I’m going to bring them here by God!*”¹¹⁶, dijo uno de ellos y partió.

El que se quedó, que era el que hablaba español, me dijo, “ha de saber señor que aunque soy indio Cheroqui, yanqui si Ud. quiere, he estado en Buenos Aires donde me tomaron por pirata o contrabandista. Me echaron al ejército para las provincias con el General Oribe. Conozco Catamarca, Tucumán, San Juan y Mendoza. Me aburrí de ver tanta muerte y me fui a Chile. Pasé a San Carlos y allí estaba ya en vísperas de casarme con una bonita niña, el maldito cura me salió preguntando si sabía los artículos de la fe, lo eché por delante diciendo que yo no profesaba los artículos de fe de él, pero que creía en Jesú Cristo, en su pasión, muerte y resurrección por nosotros, etc. Pero que mi religión era protestante metodista, como la que heredé de mis padres. El resultado fue que me botaron de la iglesia por que no era católico, me quitaron mi novia, y yo me vine a los Estados Unidos, me metí de voluntario o de salteador que es lo mismo, y ahí me tiene Ud. Hace tres años que ando en estas tierras con los indios y vengo a tomar de cuando en cuando en las carpas el valor de una o dos libras de oro.” Aquí iba en su historia, más viendo que el otro compañero tardaba, dijo, “voy a ver por qué diablos demora este niño” y partió hace ya un cuarto de hora. Todavía estoy admirándome de semejante encuentro y me parece un sueño lo que me ha contado. Pero Muñoz dice que todo es cierto y que él mismo conoce a la novia y que estuvo en San Carlos cuando este ruidoso suceso.

Martes 2 de abril. Cinco meses que no escribo

Desde ayer estoy escribiendo a Samuel una carta que si la remite a Chile valdrá por todas las que puedo escribir para allá. Esta única servirá de contesto a todas las que he recibido de allí, pues que no pienso escribir más para allá. Me ha tocado el turno ya de descansar de las tareas para escribir 16 cartas cada vez y cada una de un pliego o dos. Por más que deje de escribir, siempre me deberán cartas. ¿Y para qué escribo yo tan poco escribiendo tanto Samuel? ¿Qué de bueno ni lisonjero voy yo a comunicar desde el abismo de dos cerros en las entrañas de California? Lo que pudiera escribir son mis propios pensamientos, mis impresiones, pero éstas están tan llenas de tristeza y angustia que vendrían muy mal a aquellas gentes que no saben cómo se

¹¹⁶ *Voy a traerlos para aquí, por Dios.* Traducido del inglés.

sufre aquí y que tal vez pudieran hallar exagerado. Dejemos todo como va, como la va llevando el tiempo; dejemos que se pasen los días y meses, ellos con su sociedad y sus goces, y nosotros con el saboreo del pesar, que el desgraciado a fuerza de gustarlo llega a hacer de él una cosa necesaria para su corazón, que al fin no hallando a quién amar, adora su desgracia misma. Así se pasan los días en California.

Calaveras. Miércoles 3 de abril de 1850. No es bueno que las niñas sean curiosas

Son las nueve del día en que se me acaban de presentar 5 indios entre ellos dos desnudos. El Capitán de ellos que habla un poquito de español me hizo entender que hacía dos días que no comían nada y que no tenían con qué comprar a otros hombres que no les entendían y que no les querían dar nada de balde. Al fin acabó diciéndome, “deme un poco de charqui, poquito galleta para cinco, yo no pagar nada, no oro, nada, pero otro tiempo mí pagar todo.” La petición estaba hecha muy en regla para acceder a ella. Les he dado charqui, galleta y sal, lo suficiente para ellos en todo el día diciéndoles que vengan aquí cuando tengan hambre. El Capitán se ha ocupado cerca de una hora en dictarme las voces más comunes de su idioma y a esta ahora tengo yo un buen vocabulario indio con casi todas las frases más necesarias. Por lo que me dice el indio, también ellos tienen un Dios “allá arriba en el cielo” y “un infierno abajo mucho malo, mucho fuego”. ¿Quién habrá que no conozca la existencia de un Dios único hacedor del mundo y de todo lo que existe en él? Los indios se retiran ya, pero cosa admirable como pasan éstos el invierno así desnudos. A propósito de indios desnudos, una señorita me preguntó la vez pasada en Stockton a bordo de la Bella Angelita, que cómo eran las indias desnudas y con collares. “Mucha curiosidad tengo de verlas, Navarro”. “Señorita” le dije yo, “si quiere saber cómo son, desnúdese Ud. entera hasta quedar en sus propias y véase en un espejo. Las indias son lo mismo, todas sus formas son casi iguales enteramente.” Se puso colorada y se tapó la cara encogiéndose involuntariamente y recién conocería quizá la indiscreción de su pregunta. “¿Cómo son las indias desnudas?”

Son las cuatro de la tarde. Cuatro franceses acaban de llegar a mi carpa, andan paseando, uno de ellos, que me conoció mucho en Stockton, me presentó los otros compañeros y dirigiéndose al tercero me dijo, “he aquí a Madame Gremière, que Ud. ve disfrazada de muchacho.” La cara de este hermoso caballero se coloreó, aunque debe estar ya acostumbrada a semejantes presentaciones. En mi vida he visto ojos más lindos, ni una expresión de cara más franca y dulce. ¿Cómo será de hermosa esta mujer adornada con sus propios vestidos y su arte? Bartolo me decía ahora al pesar su oro, “¿pero ha visto señor ese francesito tan buen mozo?”. “Es una señorita hombre.” ¡Creo en Dios Padre! ¡Y no dicen que es pecado disfrazarse!

Jueves 4 de abril. Mi trigal en California

Don Casimiro acaba de mandarme un vaquero y medio costillar de carne con su peón Bautista, haciéndome decir que los espere para tomar una rica ensalada de berros con el vaquero, semejante a la que tomamos el Domingo de Pascua. Fui a propósito a traer berros al otro lado, y ya estoy pronto. Pero qué admirable cosa, ninguna lleva ni la yedra misma, me parece que abunda tanto como los berros. ¡Y qué hermosos están ahora! Pues es la mejor ensalada que yo he tomado hasta ahora.

De vuelta con los berros pasé a ver el trigal y me ha llenado de gusto a verle ya afuera algunas espigas. Cómo crece aquí, está ya espigando y pienso cuidar mucho esto y las arvejas para seña de lo que se produce aquí y un eterno recuerdo de donde viví como un ermitaño más de un año. Qué gusto tendré más tarde cuando vea allá en Chile o muestre en la República Argentina, el trigo que produce el suelo de California, allí en el mismo lugar de donde mis peones sacaron algunos miles de oro. Caramba, si es curioso ver robustos granos y largas espigas de trigo que ha producido la tierra que ha dado tanto oro al mismo tiempo. ¿Cuándo se han visto juntos jamás los mundos minerales y vegetales? Sólo en California, que es en todo la excepción de todos los países y de todas las cosas raras que existen en el mundo.

Calaveras. Viernes 5 de abril de 1850. Batalla de Maipo

Hoy el día ha amanecido nublado pero lo suficiente solamente para quitar el calor que va creciendo por grados. Quién sabe si más tarde o la noche el nublado tan bonito ahora va a parar a otra cosa. Desde ayer no han dejado de pasar algunos 200 americanos para San Antonio. Aquello debe estar ya llenándose.

Hoy es uno de los aniversarios más grandes y gloriosos que cuenta la historia de la República Argentina y Chilena. Hoy hace treinta y dos años que el ejército unido argentino chileno a las órdenes del General San Martín triunfó completamente del español a las órdenes de Oso-rio. Sin embargo de contar este último de 9.000, es decir 4.000 hombres más que el patriota y tener de su parte el desgraciado suceso de Cancha Rayada, el llano de Maipo fue en este día testigo del valor argentino-chileno, después de una batalla bien obstinada. Desde entonces la paz y tranquilidad de Chile, lo mismo que la del Perú, conquistados con sangre argentina, no han sido alteradas gravemente, mientras que Buenos Aires no ha gozado todavía un solo día de paz.

Lunes 6 de abril. El diario de Stockton

Anoche principió a llover, muy poco siguió y ayer el día no estuvo tan malo. Son ahora las ocho de la noche en que ha principiado a llover y sigue con tanta fuerza que parece que el temporal va a durar algunos días. Quién hubiera pensado que había de volver a llover, después de estar la primavera tan avanzada. Hoy, sin embargo de estar el día un poco lluvioso, no por eso han dejado de pasar yanquis como cordón de hormigas sin interrumpirse a ninguna hora. Es tanta la gente que entra diariamente para San Antonio que ya creo que allí debe estar aquello incapaz de recibir más yanquis.

Hoy he visto el tercer número del Stockton Times, diario de Stockton. Todavía no hace 8 meses a que en Stockton, cuando salté en tierra, no había sino una o dos carpas paradas, y hoy ya es una hermosísima ciudad con hoteles de 100 mil pesos de costo, con un magnífico puente sobre el lago, con costosas casas, con sitios que valen ya 20 mil pesos algunos, y por fin, con su diario que tanto cuesta dar a luz en aquellos mundos del otro polo. Dice el Stockton Times que los lotes de la península han subido ahora exorbitantemente con la mudada de los buques al lago del sur. Mejor para mí. Mi sitio habrá subido ahora de 12 a 16 mil pesos, no está malo.

Acaba de llegar Ramón Acosta, mayordomo de nuestra tropa, pasando para San Antonio con diez o doce mulas cargadas. Hace hoy tres días que salió y Samuel aún no había vuelto de San Francisco. Isidro estaba en Stockton pero nada sabía de Samuel después de las últimas fechas de él que tengo yo aquí.

Domingo 7 de abril. ¡El invierno aún! Asesinatos en el Campo Sonora. Los indios de visita

Anoche ha llovido de nuevo con más fuerza que antes de anoche. El día de hoy está lluvioso y no hay esperanzas de que componga. El invierno va al fin a visitarnos seis meses lloviendo y nevando día a día. Algo más duro es este invierno que a fuerza de ser tan ponderado se nos había hecho no gran cosa.

Acabo de llegar del otro lado del río donde fui con Mr. Alfredo a traer berros. He estado lleno de placer al ver ya también mi otro trigal espigando, y lo pise yo enteramente florido. A propósito de flores, ¿no será esto el Paraíso Terrenal o la Tierra de Canaán a donde iba Moisés con la tribu de Israel? No espero ver en mi vida un jardín con más diversidad de flores que el cerro del otro lado. No he visto flores más hermosas, ni cuyos colores sean más frescos y más vivos. ¡Ay! Pero en vez de gozar como de tanta hermosura, siento tristeza al no tener a quien enseñarlo, una bella, la Reina de flores que viniera a admirarlas y gozar de ser vista. Sobre todo siento el no poder llevar pepas y semillas de tanta variedad, o que las que lleve no se produzcan. Hay aquí

una amapola amarilla tan encendida como puede ser el amarillo más subido de un pintor. Hay también otra flor que es más hermosa aún, tiene la figura de un penacho tan encendido como el lacre más subido, y las hojas son en forma de plumas y de una suavidad completamente igual al terciopelo. Caramba no ser yo un poeta siquiera para cantar aquí.

Siempre los americanos matan gentes como perros, he aquí lo que he leído en el Stockton Times del sábado 30 de marzo. *“On Sunday night last 24, at Sonora a man named Miles O’Connor drew a pistol to shoot some person who he considered had insulted him. He fired twice, but twice missed by aim, and killed two parties who were merely passersby. One of these unfortunate persons died on the spot, and the other the following morning. The man who drew the pistol immediately took to flight, but authorities forthwith took measures for the apprehension of the offender”*.¹¹⁷

Son las 4 de la tarde en que acaba de llegar un cacique con una partida como de 20 indios, entre ellos diez o doce mujeres. Vienen a hacer sus casas a tres cuadras de la mía, según me dice el cacique, para comprar los víveres de mi carpa. Como vienen de mudada trae cada uno su cama, su ropa, todos sus bienes habidos y por haber, pero todos éstos consisten en una o dos hermosísimas canastas para trabajar el pan de bellota y sus arreos y flechas. Sólo la mujer y familia del cacique vienen vestidos, todos los demás como Dios los echó al mundo. La mujer del cacique en seña de ser ella la reina de las demás lleva un hueso del largo y grueso de un cigarro atravesado en lo blando de la nariz que toca con el labio. El hueso brilla de limpio como un marfil, pero yo creo que es de la canilla de algún perro. Todas estas indias son feísimas, excepto dos o tres muy jóvenes a quienes la juventud quizá las embellece. Pero todos los indios son ñatos.

Calaveras. Lunes 8 de abril de 1850. ¡Cartas de Chile!

Con fechas 2, 3 y 4 del presente he escrito a Samuel una carta de ocho o doce páginas como para que la remita a Chile en contestación de las que he recibido de allí y por seis meses que hacía ya a que la manía de escribir se me había quitado y del todo. No pienso escribir más cartas tampoco para allá hasta que me vaya algún día. En éstas que recibí ahora hace 7 u 8 días, sólo Darío me ha contestado la suya y la pobre Negra.

Hoy han vuelto aquí los indios y a propósito del lunes, el Capitán ostenta sobre sus hombros unas ricas charreteras de oro de General. No importa que la casaca esté sobre las carnes, y que

¹¹⁷ *La noche del domingo 24 en Sonora un hombre llamado Miles O’Connor sacó una pistola para matar a una persona que consideraba lo había insultado. Tiró dos veces, pero ambas veces erró su objetivo, y mató otras dos que simplemente estaban pasando. Una de estas infortunadas murió en el acto y la otra en la mañana siguiente. El hombre que sacó la pistola inmediatamente huyó, pero las autoridades acto seguido tomaron medidas para la aprensión del ofensor. Traducido del inglés.*

sus pies ahora sean como los del pavo real, el pobre indio no tiene ni zapatos ni camisa, pero en cambio tiene charreteras que le cuestan 5 libras de oro. Dichoso y mil veces feliz el que se libró de ella a tan buen precio.

Los Carreras

Hoy 8 de abril de 1818, treinta y dos ha que fueron fusilados en la plaza de Mendoza los dos hermanos don Juan José y don Luis Carrera. Hay muchos enemigos de San Martín que le acusan estas muertes que después de todo fueron hechas con arreglo a una sentencia después de un largo proceso. La Enciclopedia Americana habló de estas muertes y dice que fue O'Higgins quién indujo a San Martín a mandar su secretario a juzgarlos a Mendoza y según la pintura que hace de las miras y aspiraciones de los Carreras, era preciso que se sacrificasen estas víctimas a la libertad e independencia de Chile.

Martes 9 de abril. ¡Oh! ¡Si yo fuera un poeta!

Son las doce del día. El sol está fuerte como en verano. Apenas se ven moverse las copas de los pinos por un ligero vientecillo que no basta a templar lo caluroso del día. Yo acabo de llegar del otro lado, a donde fui para traer cebollas y cilantro que hay todavía en abundancia. Me entretuve en un nuevo y hermoso jardín que he encontrado allí, me he pasado como media hora tomando toda clase de flores hasta reunir una maceta tan grande como la más grande que puede contener un florero, y tan ricas en fragancia y hermosura como las mejores que he visto en Valparaíso. Es imposible que haya en el mundo una primavera con más flores y verdura que ésta, no pueden darse ya otras flores más hermosas en ninguna parte. ¡Oh! ¡Quién fuera poeta! Cuánto objeto tiene aquí sobre qué caer su fogosa e inspirada imaginación, que dé argumentos le presentaría, esta misteriosa soledad, el silencio perpetuo apenas interrumpido en la noche por el ruido de un arroyo, o el bramido de un oso. Estos campos tan verdes, estas flores tan hermosas, tan divinas, los pinos cuyas copas van a perderse entre los pliegues de una nube, y cuya exactitud envidiaría la hermosa alameda. En fin, este mundo nuevo, rico hasta lo fabuloso, este mundo, concurrencia de las naciones encierra el globo entero, este flujo y reflejo de los que entran y salen a las minas, este *auri sacra fanes*¹¹⁸ que reúne aquí generales, sacerdotes, literatos, médicos, obreros, artistas infinitos, este *auri sacra fanes* que hace resbalar aquí al más virtuoso, y elevarse al más arrastrado envenenado vicioso, este *auri sacra fanes* que reúne en un solo

¹¹⁸ *Maldito deseo de oro*, Virgilio, *Eneida*, 3, 56–57. Traducido del latín.

suelo tantos idiomas, tantas religiones, tantas sectas y diferentes creencias, cuánto argumento proporcionaría a un poeta, a un historiador, aun novelista. ¡Quién tuviera a Dumas aquí!

Calaveras. Miércoles 10 de abril de 1850. Remesas de oro en sacos

Acaba de partir Mister Alfred para Stockton y como no son sino las diez y media, lleva miras de llegar a la Ranchería de Mister Lemon para llegar mañana temprano. Remito a Samuel con Alfredo 7 libras 13 onzas de oro en polvo en tres saquitos. Con esto y 1.050 \$ más que tengo yo en poder de Sparrow, debe completar la cantidad con que va a comprar un buque en San Francisco para remitir a Mardoqueo, residente, según creo, en Copiapó desde el mes de enero. Qué placer voy a tener caramba, cuando me escriba Samuel diciéndome “el tantos de éste debe partir el buque que he comprado para remitir a Mardoqueo.” Yo, que hace tanto tiempo que no conozco lo que es un día de placer, voy a gozar entonces como dos en uno. Al fin, hasta aquí voy cumpliéndole a Mardoqueo con mi promesa de coche para el 50. No le mando coche pero le irá un buque con que comprará 20 a la vez si quiere.

Son las once y media de la noche. La atmósfera está limpia y serena; hace un poco de frío como para gustar del fuego y nada más. Los peones fuman unos tras otros sus mil cigarros conversando de sus familias en Chile, etc. ... y yo, que tengo la mía allí dividida en tantos queridos objetos, cuánto deberé pensar yo en ella cuando los peones piensan en las suyas ahora. Y quién de tantos en Chile encontrará su pensamiento con el mío.

Calaveras. Jueves 11 de abril de 1850. Mi corazón y sus impresiones

El día de hoy ha amanecido caluroso desde el principio. Aún no son las 10 del día y el sol quema furiosamente. Parece que todo lo que vive y respira en California huye del sol ahora o se cobija bajo la sombra de algún roble mientras para el calor. Ni un pájaro se ve siquiera; allá en el borde del arroyo ocultos entre el ramaje de algún quillaí; huyen también del calor y apenas se les oye preludear un trino. Los indios siquiera, que como las plantas indígenas de cada zona, viven aquí del hielo y del calor, los indios que faltan de mi carpa muy pocas veces, tejen ahora sus canastas completamente desnudos bajo la sombra de los pinos. Tales son los días aquí cuando el frío y el calor tocan sus extremos. Y tales son los días en que a mí me gusta correrlo todo, ver y andar por todas partes entre el misterioso silencio de toda la naturaleza, cuando ni un soplo de aire dobla siquiera el elevado retoño de un pino en su corona, cuando en ninguno de los caminos trillados el día antes, se ve la planta de un solo peregrino. Pienso que todo hombre como yo, que ha pasado las cuatro estaciones de un año sepultado entre dos cerros, olvidado del mundo

entero como los perseguidos cristianos en los desiertos de la Tebaida, debe amar por todo el resto de su vida la soledad y el retiro. ¡Oh! Cuánto goza un alma que vive de lo pasado, que se alimenta con sus propios pensamientos. Cuánta expansión siente un corazón triste por naturaleza, cuando en medio de la oscuridad de una noche, o entre el silencio de un retiro como este, puede entregarse libremente al recuerdo de un tiempo feliz. Admirable secreto es este entre las diferentes facultades y caprichos del corazón humano. Él solo goza sufriendo, él solo se alimenta en el dolor, él solo es feliz con sus tristes pensamientos. Cada recuerdo de alguna dicha pasada le consume, le martiriza, pero el corazón siempre fiel en su sempiterno capricho, goza entre martirios.

Así es mi corazón, y así supongo que deben ser los demás de todos los hombres. Pero algo tiene el mío, que no tienen los demás, algún atributo de más o de menos tiene el mío, o alguna extrema o incomprensible cuerda que en los otros no vibra. La insaciable aspiración. Más de una vez he pensado ya en esto. En los 22 años de mi vida jamás me acuerdo que haya sentido no digo una completa felicidad, porque ésa, como innata en el corazón de un hombre, debe saciarse más allá de esta vida, y debe llenar este vacío quién supo hacerlo nacer, no digo una felicidad completa, una dicha siquiera que apague la sed de mi aspirante corazón. Si alguna vez siguiendo el impulso de un corazón sensible he amado, he llegado a amar con pasión, y cuando he esperado ser feliz como todo el que ama y es amado, he visto burlarse mis esperanzas, las he visto fallar, y el dolor y la angustia han ocupado el lugar preparado a la dicha. ¿Y de qué laya es mi corazón entonces? ¿Por qué amando y siendo amado yo, no he sido feliz alguna vez? He aquí la razón, porque mi corazón cree dar más de lo que recibe siempre en recompensa, ama con ardor, con pasión, y no encuentra recompensa en las frías insinuaciones de una mujer a la moda, ama con pureza, con sinceridad, y no encuentra pagado su amor con las lascivas miradas de una coqueta, porque mi corazón ama con libertad, con franqueza, y mi [ilegible] encargada de transmitir su ardor, de traducir su muda lengua que traduce y habla también libre y francamente, y su amor no encuentra recompensa, en las mentadas palabras de una gazmoña, de una imbécil que ama y aparenta su amor, siente hablar su corazón, siente a veces sus latidos pero su fría boca los desmiente, su semblante siempre es disfraz, no expresa nunca lo que pasa en su interior. ¡Oh! Qué equivocadas están las mujeres en creer hacer nacer la pasión, a un tiempo indiferencia, a un amor franco, leal, ardiente. ¡Oh! ¡Qué engaño tan horrendo! Para los corazones como el mío no tiene poder el arte; la táctica de la mujer de mundo sucumbe. El disfraz tan poderoso en otros corazones, acompañado de repente de la ardiente mirada de una hermosa que se enfría después en una sonrisa de desprecio por el que la adora, esa aparente indiferencia en la desdeñosa diosa que cree perder algo de su ser divino bajando su vista hasta mirar al infeliz que la idolatra, esta afectada indiferencia, punto culminante de donde parten todas las demás ramas del arte de la mujer, el disfraz y la mentira principales ejes, en una palabra, que

[ilegible] esta máquina incomprensible, jamás tienen poder sobre los corazones como el mío, jamás su influencia es duradera.

Quizá yo soy el más altivo y orgulloso que pisa la tierra, y cuando en mi senda alguna vez he encontrado una de esas mujeres que acabo de pintar, jamás ha latido por ellas mi corazón, jamás me ha excitado su altivez, al paso que por lo contrario, una timidez que raya en humildad, una irreverente franqueza sin engaño ni doblez me ha rendido al momento. Pero tal es como está sentado ahora el alto tono, tales con las máquinas del arte de las mujeres para hacerse ganar de los hombres siempre mentira, engaño, tiernas miradas, a veces indiferencia en seguida ¿Cómo ha de llenarse así un corazón tan fogoso como franco y leal? Y sin embargo yo veo que los demás hombres conviniendo en los mismos defectos que yo, son felices siendo amados así, a medias, tibiamente, con los caprichos de una coqueta. Pero yo, como dije antes, siempre aspirando, siempre sediento de poseer alguna vez un ser con un corazón vaciado en el molde del mío, alguna visión tal vez que he visto en sueños, o que ha formado mi fantasía exaltada, sin que sea posible de realizarse. ¿Por qué, pues, debo ser yo solo así en un mundo tan inmenso? ... Quizá, si las aspiraciones de mi corazón se limitasen ahí, tal vez algún día la saciaría, pero diez años ha que existe en mí esta fiera que me martiriza y me consume en ciertos momentos de mi vida; diez años ha que crece conmigo.

Semejante al soldado envidioso del sargento, sube a este grado y aspira otro y otro hasta no saciarse ni con el de General, asimismo conforme a la edad en que principie a notar mi aspiración fueron las pequeñas escalas que fui trepando. Siempre me ha parecido la siguiente escala la última de mi carrera, en la que debo ser feliz, he llegado a ella después de muchos afanes para descansar al fin, y una vez que me he visto allí ya, me he encontrado menos feliz que al principiar ascender, y siempre cediendo, siempre sufriendo ansiedad. Pero Dios mío. ¿Por qué es así mi corazón, qué quiere, qué le falta? ... No hay duda que tiene defectos que los conozco, pero ni hago empeños por quitarlos ni quiero tampoco. Si alguna vez ha pasado siquiera por mi imaginación que mis padres quieren más a alguno de mis hermanos, Dios y yo solo sabemos los tormentos que he ahogado en secreto mi corazón. Veo que exijo de ellos más que otros hermanos y una falta de atención, de cariño en ellos, no importa cuál sea el motivo, me hace sufrir torturas, y mi indigno corazón quisiera satisfacción, venganza tal vez ... ¡Dios mío! pero tú sabes y por ti juro que estos agravios nacen del exceso de amor con que distingo a los objetos que me pertenecen y no de ninguna otra cosa.

Jamás dispenso yo el más pequeñísimo insulto o agravio hecho a mi persona o mi delicadeza. Yo soy cristiano pero no perdono nunca al que una vez me ofendió, o si perdono, lo hago yo a mi modo. Quién creyera que todavía recuerdo agravios hechos a mí cuando tenía catorce años, que guardo y conservo escrito los nombres de esos hombres y arde en mis venas la sed de satisfacción, como si no hicieran sino horas a que sucedió el agravio. ¡Oh! yo veo que esto es un defecto, que esto no es ser generoso ni caballero tal vez, que es no cristiano, en fin, *mais c'est*

*toujours la faute de mon coeur ...*¹¹⁹ Muchas veces me ha dicho mi Tatita, “hijo mío, lo que más cuesta a un hombre para que corrija un defecto es que lo conozca primero, puesto que tú eres tan racional como para conocer un defecto en ti, nada te debe costar para corregirlo ya.” Y yo le he respondido siempre, “Tatita, cierto es lo que Ud. me dice, pero yo soy de los que sostengo que una venganza noble es siempre digna de un cristiano y un caballero como yo, y que hay casos en que la venganza pierde el nombre de tal para pasar a llamarse justicia y ésta, en ningún caso de la vida, es indigna de nadie.” Pero en trueque del extremo a que llevo los resentimientos personales, tengo la gratitud en que a nadie conozco ventaja. Como guardo escrupulosamente los nombres de los que me han agravado alguna vez, así guarda fácilmente mi diario los nombres de los que a mi familia han servido alguna vez, hasta aquellos cuyo pequeñísimo servicio no merece ni recuerdo, hasta esos nombres están gravados en mi corazón y estarán mientras viva.

Así es mi corazón, extremoso en todas sus pasiones, y por lo mismo sin igual en sus aspiraciones y sus presentimientos. Pienso a veces que no soy todavía rico conforme a mi deseo, que no soy un sabio, que no soy un héroe de mi patria, y que en estos títulos sagrados ha de haber algún día alguno o alguna en el mundo que me crea indigno de ello, y como no fuese sino un niño, este pensamiento solo me atormenta, me persigue, como si no supiera yo más que muchos, que debe haber rangos y escalas en toda sociedad para que marche bien. Pero no, mi corazón me dice que yo debo ser igual a todo hombre que existe como yo en el mundo, y nacido en república soy demócrata por convicción, aristócrata por ambición, porque sé que existen reyes o nobles, y que estos son acreditados a toda estimación y respeto ... Dios mío, qué habría sido de mí si así como he nacido de padres que nada tienen que envidiar a otros en nobleza y honradez, si en vez de nacer entre el más alto rango a que puede aspirar en orgullo en nuestras repúblicas de América, hubiera nacido plebeyo en Europa; qué habría sido entonces de mí, Dios mío. Si en medio de mi altivez hubiese habido uno que me hubiese dicho, “tú eres menos que yo, no eres digno de ir conmigo porque no eres noble”, entonces como soy quien soy, le habría dado un balazo y después me habría dado yo otro. ¿Habría hecho yo mal en esto? Debía conformarme yo con ser esclavo de otro hombre, con ser menos, en fin, que él, cuando en mi pecho ardía el mismo orgullo suyo, el mismo amor a la libertad e independencia. ¿Debía yo, en fin, conformarme con la casualidad o destino que hizo que él naciera con títulos en un palacio, y yo plebeyo en una choza? Lo cierto es que los demás hombres se conforman, y son felices con esa ley dura y cruel que los hace plebeyos. Pero yo. Nunca jamás, lo juro solemnemente por la sangre que corre en mis venas, no conozco superioridad en hombre nacido que pisa la tierra como yo. No, nadie más que yo en este mundo. Si mi corazón no revienta de repente embotado con tanta aspiración, es porque alimenta en secreto la esperanza de llenar hasta rebalsar sus

¹¹⁹ *Pero siempre tiene la culpa mi corazón.* Traducido del francés.

aspiraciones un día. ¡Oh! Dios, que me lo ha dado así, debe saber cómo saciar su sed. ¿Si no por qué ha hecho de mí en esto un hombre distinto de los demás? ¿Acaso no son perfectas todas sus hechuras?

¿Al fin, qué es lo que me falta, qué es lo que deseo, Dios mío, que yo mismo no puedo comprender? ¿Por qué yo no soy feliz así, por qué yo solo soy excepción de la regla? ¿Por qué solo para mí no hay una mujer que una vez para siempre llene y ocupe todo el vacío de mi corazón? ¿Por qué en mí solo hay esa ansiedad sempiterna, hay desconformidad de suerte, por qué en mí solo todas las pasiones se aprietan con más fuerza que en los demás? Siempre mi corazón. “¿Qué quiere pues?, ¡Oh Dios mío! – Mi corazón insaciable [...]”.¹²⁰

Calaveras. Viernes 12 de abril de 1850

Son las 12 del día en que escribo; hace muchísimo calor y aún tengo ganas de ir a pasear y darme un baño. Ya la primavera está en la mitad de su carrera. Todos los árboles están floridos y los pinos principian a crear ya sus retoños. A esta fecha tal vez en el otro hemisferio hay más de una vieja que sienta sus pies sobre un brasero de fuego, y más de una hermosa que oculta sus lindas formas bajo un largo chal de cachemira para librarse del frío. Pero a mí me parece que en ninguna parte del mundo corren con más lentitud las estaciones que aquí. Así se ve también el desterrado correr de los días haciendo largas horas de cada minuto.

Hoy corre aquí una nueva no agradable. García y sus compañeros españoles que viven a una legua de aquí, salieron ahora cuatro días en busca de cañadas para trabajar y hasta hoy no han vuelto cuando no llevaban víveres sino para un día. Seis peones los han buscado ayer todo el día y no los han podido encontrar. Hoy han llegado unos americanos con la siguiente noticia. “Que han encontrado a tres leguas de aquí hacia las sierras de Moqueleamos un muerto por los indios a flechazos, que conjeturan ser españoles por los papeles que le han encontrado en los bolsillos todos en castellano, que ellos no han querido averiguar más y se han puesto a escape porque temían correr la misma suerte.”

De veras estos indios se van poniendo muy ladrones y asesinos. Ya se comieron en vez pasada a mis amigos Bertrand y Félix, jóvenes franceses, y hoy vuelven ya a cometer otra crueldad igualmente atroz. Ya no me da lástima de que los americanos los maten como a fieras que perjudican a todos los hombres.

¹²⁰ Sigue la transcripción de 7 estrofas del poema “Al corazón” de Esteban Echeverría. Cf. *Rimas*, Buenos Aires: Imprenta Argentina, 1837, 169–178.

Sábado 13 de abril

El día está lindísimo. Yo acabo de darme un baño hidropático, me he vestido como si estuviera en la ciudad y después de un corto paseo me he sentado a escribir. ¿Qué le diré a mi diario? ¡Oh! Nada puedo decirle que él no sepa mejor que yo, puesto que de mi memoria puede borrarse alguna cosa, y de él, jamás. Sin embargo, no será malo que le diga ahora el método de vida que he observado hasta ahora en un año que he estado en Calaveras.

Me levanto antes que sale el sol, y aunque la nieve esté cayendo a capullos, me lavo la cabeza y los brazos. Después de vestirme tomo la geografía en la mano y estudio como un colegial la historia de algún país, sus producciones, sus costumbres, etc. Luego, después estudio los modismos de la lengua inglesa para acabar de familiarizarme con el idioma, consulto de nuevo sus reglas, sus excepciones, hasta completar media hora en este estudio. Luego, después ocupo una hora en estudiar o repasar alguna pieza de música en la guitarra. De veras que este es el estudio que menos me cansa y el que con más placer emprendo. Acabado este estudio, tomo la Enciclopedia en inglés; leo detenidamente la historia de cada nación, comparo sus límites antiguos y modernos, formo castillos como si algún día hubiese de ser el presidente de alguna nación o un estadista o algún plenipotenciario, etc. Luego, me ocupo de leer y consultar detenidamente los diferentes poetas franceses, estudio el carácter de cada uno en sus versos, trato de posesionarme bien de las frases y voces más elevadas y de mejor uso, me corrijo leyendo el elegante francés algunas faltas que yo cometo, tratando siempre con los hombres de mar y de negocios solamente. En estos ejercicios paso el tiempo en que no me necesita mi negocio y de este modo se hace aquí la vida más soportable.

Domingo 14 de abril

Pensaba hoy que entregarían más cartas que se me están anunciando desde ahora muchos días como mandadas por Isidro desde Stockton. He esperado en vano hasta tener que no moverme de mi carpa para nada. Don Casimiro, que ha pasado el día conmigo, acaba de irse.

Todo el día de hoy más que nunca me he acordado de mi familia y mis tiempos mejores. Ya se ve, los recuerdos felices que tengo son siempre de domingos. El sol está por entregarse ya, y no me he movido de mi carpa, voy a dar un paseo hasta que llegue la noche para volver a leer y escribir.

Calaveras. Lunes 15 de abril de 1850

Son las diez del día en que acaba de llegar Alfredo, quién me ha entregado las cartas tanto tiempo anunciadas. Me escriben Darío, Parmenia y Tomasita, y las fechas alcanzan hasta el 14

de enero. Darío me dice que Concepción estaba muy hermosa con muchos ilustres visitantes que habían llegado en el vapor, y que esa misma noche se daba un baile en obsequio de una señorita argentina en casa de Don Miguel Zañartu.¹²¹ Nadie más me escribe ni de Concepción ni de Valparaíso. Sé que Mardoqueo ha escrito pero Samuel, como dueño único de la carta, no ha querido exponerla a que viaje por Calaveras. Tomasita siempre amable y buena conmigo. Le agradezco su carta, Dios lo sabe.

Samuel me escribe diciéndome que no lo espere ya, que sus ocupaciones se han redoblado y que le es imposible abandonar por ahora San Francisco. Me propone que si yo no estoy tan ocupado, dé un paseo allí como a botar el escorbuto de un año de minas, y que al mismo tiempo tendremos la conferencia esperada. Como me es indispensable ponerme de acuerdo con él para un negocio que pienso hacer, y no puede ser sino yendo yo allí, pronto y ligero como hago mis resoluciones, he acordado y decreto Artículo 1º. Me marcho en este momento a Nils Bag, tres leguas de aquí, a hacer allí algunos cobros. Artículo 2º Tan pronto como vuelva, me ocuparé de reunir mis necesarios de viaje que no son muchos y estar listo para marcharme dejando en mi lugar a Don Casimiro hasta que vuelva. Artículo 3º. Mañana sin falta partiré de aquí para Stockton, etc., etc. Cúmplase y dese al registro oficial. Navarro.

Martes 16 de abril

Desde ahora principia mi diario en mi cartera hasta que llegue a San Francisco. Son las siete de la mañana y sólo espero que llegue Alfredo para marcharme. Ya he dejado todo arreglado. Tres días hace que tengo aquí a Benigno Gutiérrez, a quién he hecho quedar aquí para que al menos tenga casa y comida segura. Me lo recomienda de nuevo su hermano desde Chile, y yo no he podido dar con él hasta ahora. Pobre muchacho, me ha contado sus padecimientos y de veras ha sufrido mucho.

Ayer fui a Nils Bag y volví con papeles y libranzas en el bolsillo, en vez del oro que iba buscando. No importa por ahora, no necesito mucho oro, vale lo mismo que lo lleve, que se quede en mi caja. Vi allí a Juan de Dios Sánchez y tuvimos muchísimo gusto de estar juntos una hora. Tomamos una lengua asada sobre las brasas y me volví en la tarde.

Son las 6 y media de la tarde y principia ya a oscurecer. Hemos caminado todo el día con Alfredo, a las dos llegamos a la carpa de Mr. Lemon donde nos desayunamos; dejé allí mi

¹²¹ Concepción, 1786–1851. Figura de la independencia, emigrado en Mendoza (1814–17), fue posteriormente representante diplomático en Buenos Aires y Lima. Representante de varias diputaciones del sur en la década de 1840. Navarro frecuentaba a Fabio y Ramon Zañartu, seguramente parientes, en Chillán.

escopeta que encontré después de perdida y pasamos el río. Hemos caminado hasta llegar aquí seis leguas de Stockton. Hemos comido en casa de un americano, y no queriendo alojarnos allí por miedo de las seis u ocho libras que llevamos, hemos preferido venir a dormir acá a campo raso, en medio de las yerbas y cuevas de víboras. Con más hace un frío horrible, y yo que creía llegar a Stockton, me vine solo con mi manta de paño por toda cama. ¿Qué le haremos? Contaré una a una las horas de esta noche y mañana dormiré en Stockton. *Till tomorrow my friend.*¹²²

Miércoles 17 de abril

Aún no amanece; yo he ensillado ya mi caballo y escribo en mi cartera mientras Alfredo se viste y va a buscar su caballo. En los días de mi vida he tenido una noche más fatal. Si me viera a un espejo creo que no me conociera; debo estar pálido como la muerte, y en mis ojos deben verse las ojeras que marcan el desvelo, acompañado de tristes cavilaciones ... y otro durmiendo o mejor velando a la intemperie, sobre víboras, osos y coyotes, pero ello es, en fin, tras de la coqueta fortuna que sonrío y se aleja con desdén.

Las once y media del día. Acabo de llegar a Stockton y he tenido muchísimo gusto al encontrarme con Cupertino en casa de los Quiroga. También piensa ir a San Francisco y el vapor lo dejó hoy así es que podremos marchar mañana juntos en el Sutter.

Stockton está desconocido desde que lo dejé, se han hecho muchísimas casas y todas en la península, así es que los lotes han subido muchísimo de poco tiempo a esta parte.

Ya son las 4 de la tarde. Me vestí para ir a visitar los hoteles que he encontrado magníficos, hay ya cinco o seis fuera del Stockton House. Voy a comer ahora y a la noche volveré quién sabe a qué.

Stockton. Jueves 18 de abril de 1850. A bordo del vapor Sutter

Son las nueve de la mañana. Hace media hora que estoy a bordo del Sutter, que acaba de dar su último silbido de despedida para marcharse. Yo escribo sentado en los escaños sobre cubierta mientras Cupertino se pasea de proa a popa del vapor. El Capitán ha hecho su última seña y el vapor parte ya como una visión con su sofocado [ilegible] semejante al de la ballena herida. El espesor del humo que despidе por la tronera casi me impide escribir y prefiero ya irme a pique, es decir, a los corredores de abajo.

¹²² *Hasta mañana, amigo mío.* Traducido del inglés.

Son las doce del día en que hemos llegado a New York.¹²³ El Capitán embarca los pasajeros y la valija de la correspondencia, mientras yo escribo recostado en el escaño de la cámara.

Nada hay más hermoso que un viaje en el vapor por el río. Sentado sobre cubierta y afirmado a la baranda se pasa uno largas horas enteras viendo lo hermoso del campo por donde uno pasa. Casi todo el camino puede ir uno cortando flores sin más que estirarse poco sobre los rosales por donde cruza como una flecha el vapor. A tres leguas de Stockton estuvimos en un peligro bastante grande. Se habían descuidado con la caldera, y ésta había tomado más del vapor necesario, y cuando el Capitán lo vio, tembló entero, hasta tener que abrir a un tiempo cuatro diferentes conductos para expeler el vapor. Todos creyeron real la explosión y corrieron hasta la popa.

Son las seis de la tarde en que acabamos de salir de Venecia. Veinte minutos hemos estado aquí solo para recibir los pasajeros y la valija. Al salir de New York encontramos el vapor Mint que al pasar nos hizo su competente saludo. Ahora acabamos de encontrar al inmenso vapor Senador que va para el Sacramento con más de tres cientos pasajeros. Parece el coloso del mar, tan grande es esta inmensa mole de una cuadra que se mueve sobre la bahía.

New York es ahora una población como de 200 casas buenas. En su bahía tiene de 16 a 20 buques anclados. El terreno que ocupa es quebrado pero es muy susceptible de buenas mejoras. La bahía no está muy guardada. En Venecia hay menos casas pero hay más comercio y movimiento que en New York. La bahía es mejor y más guardada y tiene al presente cerca de 30 buques fondeados.

Son las nueve de la noche en que acabamos de llegar a San Francisco. Más de hora y media hemos empleado para atravesar la bahía y los buques hasta llegar al muelle. Muy bien pasan de 500 los buques anclados. Pero nada hay más majestuoso que ver de la mar la Capital del mundo áureo levantarse más allá de los buques sobre un cerro con sus millones de luces en todas direcciones formando diferentes figuras matemáticas, a manera que cambia de rumbo el vapor para escabullirse como un pescado por entre medio de tanto buque.

Samuel acaba de llegar al vapor con Blanco creyendo o sospechando que quizá yo vendría y quiera sorprenderlo. Pero maldito si hubiera dado con el hotel Lafayette. Acabamos de abrazarnos en el muelle y partimos a casa.

San Francisco. Viernes 19 de abril de 1850

Nadie ha gozado más que yo del imponente espectáculo que presenta hoy San Francisco en medio de su grandeza. Digo nadie, porque yo que lo he visto un año ha y contado sus carpas,

¹²³ Navarro hace referencia a la actual Pittsburgh, California, fundada en 1849 como New York of Pacific.

no sus casas, y que veo ahora palacios donde quiera, adornados de lo más lujoso y exquisito que puede figurar el gusto y la riqueza, yo solo decía puede saber y admirar cuánto vale una ciudad así formada en un solo año. De veras me asombra, me pasma ver tanta grandeza, tanto adelanto en tan corto tiempo; es verdad que estamos en California y que no hay en el mundo más que una y que el que no la conoce, no conoce nada.

Anoche en cada calle que atravesaba para llegar con Samuel al Hotel Lafayette, teníamos, a pesar nuestro, que pararnos en cada casa, en cada hotel, en cada salón de baile. ¡Dios mío! es imposible dejar de fascinarse con tanta hermosura, con tanto encanto a un tiempo y tan de repente.

Acabamos de almorzar y vamos ya a andar y correr un poco a ver si conozco algo de lo que fue.

San Francisco. Sábado 20 de abril de 1850

Anoche he visitado los principales Hoteles. El Dorado, El United States, el Empire House, Minera Exchange, La Bella Unión, el San Carlos, Haley House, etc. Éstos son solo los que están en la plaza y todos ellos son magníficos edificios adornados de lujosísimos cuadros y costosos tapices. En todos estos hoteles hay magníficos músicos que tocan cuatro horas en el día y toda la noche. Todas las músicas son diferentes y tienen empeño en competir cada día con nuevos adornos. El que más me gusta de los Hoteles, por sus hermosos cuadros es el Empire House. Quizás los demás son mejores en edificios.

Domingo 21 de abril de 1850

Anoche estuvimos con Samuel, Quevedo y Cupertino en el Teatro Americano a ver los *Tableaux Vivant*. Raro es que yo que en estas materias soy tan delicado, me haya resuelto tan luego a ver lo más obscuro que puede presentarse a los ojos del mundo. Pero en mi condición de curioso y anhelante por todo lo que es de la época, no he podido menos que suscribirme a la asistencia. Mi máxima es de saberlo todo si lo puedo, de ver cuánto digno de atención existe sobre la tierra en materias de costumbres, y así nada dejo de ver; crimen fuera para mí mismo si una vez salido de la curiosidad, volviese a presenciar lo mismo por mero pasatiempo. Sentado lo cual diré lo que pienso sobre los cuadros vivos o la impresión que en mí ha hecho la representación.

Los cuadros vivos se representan por hermosas mujeres completamente desnudas. Cuando en el cuadro tiene que figurar algún hombre, éste regularmente cubre su cintura hasta el muslo. Cosa

inoficiosa porque parece que todos se fijan en las mujeres. De las seis que representaban, dos había anoche que más llamaron la atención del público por su hermosura. Alternativamente representaban escenas de la historia antigua o a personajes mitológicos.

Pero cosa rara, nadie, si he de juzgar por lo que en mí ha pasado anoche, se fijaba en lo obscuro de las figuras, porque todo uno se ocupa de admirar en ese momento la hermosura del cuerpo y sus formas en la mujer desnuda, agregada a la habilidad de la artista para formar las estatuas ... No hay remedio, es convenir que la mujer que se resuelve a representar desnuda, está muy persuadida de que es muy hermosa. Allí, donde todas las formas, una por una, pasan mientras gira la mesa redonda por el ávido ojo del curioso, allí donde no hay cómo fingir una cintura delgada, un pecho elevado y terso, piernas y brazos torneados, allí no puede ostentarse un postizo, en fin, allí donde no puede de ningún modo entrar el arte, allí es precisamente donde se estima las obras de la naturaleza. En medio de un cuadro que representaban, quién sabe qué fue lo que vio la más hermosa del cuadro ... que bajó la vista y concluyó al fin por reírse y deshacer la estatua sin que por esto el hombre desnudo que causaba todo, se hubiese movido para nada.

Son las cinco de la tarde, vamos ya a comer y después saldremos con Samuel a pasear y ver los demás hoteles que nos quedan sin visitar.

Lunes 22 de abril

Anoche vimos en un nuevo salón de la Bella Unión cuatro magníficos cuadros representando cada uno una hermosa niña de 18 años completamente desnuda. Son del tamaño de una mujer de regular estatura. Nunca he visto cosa más hermosa, ni en pintura o adorno de marcos. En el salón del Empire, 18 cuadros como éstos adornan el principal salón. Todos los cuadros representan hermosas mujeres en diferentes actitudes, vestidas unas, otras desnudas. El último de todos los cuadros que se ve, es el mejor. Preciso es decir que nada ha inventado el lujo y la riqueza con que no estén adornados estos salones.

Anoche oímos tocar en el Hotel United States un artista en regla en violín. Hasta ahora no había tenido yo idea de lo que era un instrumento tocado por un artista. No sabré pintar nunca la laya de emoción que me ha causado el violín anoche, después de un año de una vida salvaje, teniendo a mi vista tanta hermosura en distintos cuadros ... ¡Oh! es imposible que pinte yo lo que ha pasado en mí oyendo a un artista por la primera vez. He gozado, he sufrido, me he reído y llorado, todo en espacio de media hora. Dios mío y no tener entonces una bella del brazo.

Anoche, después que salimos de oír el violín, fuimos a visitar a Madame Lacombe¹²⁴. Me recibió verdaderamente con cariño y yo he tenido mucho gusto al verla. Al tiempo de despedirnos me dijo que me fijase en un cuadro que tenía en la pared. Efectivamente vi al principio con mucho gusto que era el cuadro con todas sus discípulas, y viendo que yo volví el cuadro sin fijarme más que en Ursulita. “Ahí no está, me dijo, Dorotea que debía embellecer más el cuadro para usted.”

Martes 23 de abril

Son las doce del día, hace un viento horrible como siempre en San Francisco. Esto es lo único que me desagrada, acostumbrado como estoy al hermoso temperamento de las minas. Samuel me trajo hoy a un tiempo a tres amigos. Pepe y Adolfo Rondizoni y Leguisamont. A éste, a quién he visto por la primera vez, tenía muchos deseos de conocer, por el aprecio con que me distinguió antes de haberme visto siquiera. La noche que llegué, pocos momentos antes, mientras Samuel me escribía, él se ocupaba de redactar para los títulos de amigo íntimo. En esto llegué yo. Conservaré esos títulos.

San Francisco. Miércoles 24 de abril de 1850

Hoy, como todos los días de San Francisco, hace un viento horrible que hasta impide andar por la calle. Para mí, todo el encanto de esta hermosa ciudad se pierde con el viento que no cesa sino de noche, para dar lugar al frío más horrible. Sin embargo, el paseo en la noche es magnífico. Falta el tiempo para ir de hotel en hotel escogiendo la música que más le agrada, y las curiosidades que más le embellecen. Desde que uno desemboca en la plaza, tiene ya en qué gozar, viendo los magníficos faroles de distintos colores que se ostentan en la puerta de cada hotel. La multitud de gente que se ve en cada salón es innumerable como innumerables son los idiomas que se hablan a un tiempo. A mí me ha pasado estar con dos amigos hablando con uno en español y con otro en francés; llegar otro amigo inglés y hablar con los tres a la vez en los tres idiomas. La extensión de San Francisco crece diariamente. Hoy su población llega ya a *Happy Valley*, casi una legua de distancia de la plaza.

Desde el día que llegué aquí he ido diariamente al correo a ver si teníamos cartas, pero hasta hoy he tenido la desgracia de no encontrar ninguna carta. Diariamente entran tres o cuatro buques solamente de Chile, pero jamás tenemos una sola carta. No sé a qué atribuir tanto silencio.

¹²⁴ Una profesora de piano que había vivido en Concepción.

Será quizá que la ausencia larga haya principiado ya a influir en ellos, en algunos al menos de los que deben escribirme como ha de ser. Paciencia, que para sufrir estamos aquí ...

Jueves 25 de abril

Hoy, después de comer, salimos a andar y tomamos la dirección hacia el Telégrafo. Pocos días hacen que se ha concluido esta obra tan bonita como útil para la población. Está situado sobre la cima más elevada de los cerros que dan vista a San Francisco y los buques que entran pueden anunciarse hasta de 12 millas de distancia. La torre que forma la arquitectura del edificio es muy bonita y de gusto muy moderno, según los competentes arquitectos, que yo entiendo tanto de eso como de medicina.

Al pasar por la calle Dupont, Samuel se paró de golpe frente a una mala casita pero muy aseada. “Sabes” me dijo, “¿quién vive aquí?” “Donosa pregunta, si la veo por la vez primera.” “Pues bien, ahí vive la señorita Regina Taboureux.” Yo sólo tuve tiempo de echar una mirada para adentro, porque Samuel tomó su marcha de cazador, como siempre, pero poco después dime vuelta y vi una niña parada en la puerta de calle. ¡Cuánto recuerdo me ha traído esto! Cuántas veces paseando con Juan y Mardoqueo hemos dado la misma vuelta que yo ahora para ver si estaba en la puerta la amada belleza. ¡Pobre Juan! qué será de él, y pobre yo de quién nadie se acuerda mientras yo en todos pienso a la vez.

En pocos días tendremos aquí el vapor más grande que se conoce en el mundo y a la par, el más lujosamente montado que se ha visto. Viene a hacer también la carrera del Pacífico. Ya tenemos dos compañías más o dos líneas y con ésta que acaba de anunciarse, son cuatro que deben entrar luego en competencia para bajar los precios de fletes y pasajes.

Viernes 26 de abril

Hoy hemos estado a visitar un gran establecimiento de joyería que se ha abierto en la calle del Sacramento. El establecimiento es francés y está montado enteramente a la parisiense con todo el lujo y aparato nacional. Nada falta allí al más refinado capricho en materia de perlas, piedras y joyas de cuanta laya y hechura puede desearse. En las vidrieras que dan a la calle hay muestras diversas y se ostentan hermosísimas chispas de los placeres montadas ya algunas, y otras al natural. Sobre todo, hemos visto una chispa que representa un coposo arbolito que más bien parece artificial que natural. Quinientos pesos pide el joyero por esta prenda. Se conoce que es un artista y que sabe estimar las rarezas y particularidades. Yo, tal vez, tengo chispas en mi colección mucho mejores que no he estimado en tanto.

Hoy a las cuatro de la tarde estuvo a visitarme Don Manuel Coll para tomar sus últimos informes de las minas y saber el rumbo que deben tomar para aquellas alturas. No he dejado de hablar con él un solo momento preguntándole de la ingrata familia de San Juan. Mi tío Agustín y su familia seguían buenos. Manuelita y Carril siempre buenos y felices. ¡Ingrata! ni un recuerdo, ni una palabra siquiera. Pero al fin, no puede ser de otro modo siendo mujer ...

Sábado 27 de abril

Después de almorzar salimos hoy con Samuel a recorrer la plaza y los remates. Al pasar por la calle Montgomery vimos en un inmenso cartel el gran concierto de Herz¹²⁵ anunciado para esta noche. Cualquiera que sepa que Herz es el primer pianista y compositor del mundo, juzgará lo que pasa en un aficionado como yo al ver el anuncio de su función. En este país donde la pasión de la codicia impera despóticamente en el corazón de los hombres, nadie deja de perder su cuarto de hora robado a sus negocios para ver nada más que el anuncio o programa del concierto de Herz. Como un acontecimiento de éstos no es frecuente en la vida, he tomado ya mis precauciones para surtirme del programa. Al momento, fuimos a la oficina del teatro francés y compramos nuestras tarjetas. Como tengo ya en mi poder el programa, no necesito repetir aquí el orden de él.

Tiene para mí este concierto otra cosa que lo hace más interesante. Nuestra amiga Madame Lacombe debe tocar en el segundo acto acompañada por Herz. La pieza que va a tocar es compuesta por el mismo Herz y el que tenía el libro estaba en Estanislao. El día que salí de Stockton recibí las cartas de Samuel con el encargo a Isidro de hacer un propio a Stasnislado llevando una carta de Herz para Ivanel en busca del libro. Se hizo la diligencia que costó 120 \$ y el libro llegó ayer. A estas horas estudia Madame Lacombe su pieza para esta noche. Qué gloria para ella tocar en compañía de Herz.

Nosotros pagamos el piso en la joyería ayer, haciendo montar dos chispas de oro para regalar hoy a Madame Lacombe en su fiesta. Yo lo pagué también comprando una llave de oro para mi reloj.

Domingo 28 de abril

¡Dios mío! Todavía me parece que oigo zumbear en mis oídos las sentidas notas de Herz. Me parece todo un sueño mágico de que he despertado ahora no más. Me parece despertar de

¹²⁵ Henri Herz (Viena, 6 de enero de 1803–París, 5 de enero de 1888) fue un virtuoso pianista, compositor y fabricante de pianos. Viajó por el mundo y realizó conciertos en distintos países. Publicó una obra al respecto llamada “My Travels in America”.

esos encantados sueños que tiene uno alguna vez en la vida, en que se ha visto de repente en el quinto cielo gozando de una vez cuanto la fe promete al justo. ¡Oh!, es imposible pintar lo que pasa en uno en ese momento y lo que le queda en el corazón y el oído después de corrido el telón del último acto. ¡Dios mío! Estos ratos de placer sumo, incalculables, son ligeros tildes que envías seguramente para alentar las almas de los que viven penando en este valle de lágrimas luchando con los vicios por tu amor.

En la primera aparición de Herz, como que hay Dios, creí que el teatro se venía abajo de aplausos, tres veces se sentó en su asiento y otras tantas tuvo que levantarse a dar las gracias. Oí por la primera vez a Herz y por la primera vez de mi vida me convenzo de que los hombres llegados a este punto de perfección en un arte, en sus momentos de ejecución, uno los cree entes sobrenaturales, mil ideas se me vienen a la cabeza y sin querer se recuerdan los cuentos de brujas y magos de sus amas de leche. Yo no tenía ni asomo de idea de lo que era la música, no diré de lo que era oír a un artista como Herz. Tocó su tormenta en el mar, composición suya, y al oírla se figuraba ver los balances del buque, ver el golpe furioso de las olas en el costado, sentir los truenos a los lejos, después de reventar en la cabeza de uno. Nunca he visto ni oído una imitación que más semejanza tenga con la realidad. El crujir del viento en los cables, los fuertes sacudones de las velas desplegadas a todo el viento, o arreadas en banda, todo, todo, parecía estarlo viendo y palpando en el mar.

Apareció después Madame Lacombe, tomada de la mano por Herz, y de nuevo el teatro tembló y el dueño de él más que nadie. Madame Lacombe tocando a la par de Herz es de pensar que no luciría mucho; pues todo lo contrario, y cosa rara, pasa que la influencia de este artista la convertía a ella en otra artista digna de él. Madame Lacombe ha tocado divinamente como para adorarla. Los aplausos después de cerrado el telón seguían con tanto ardor que al fin tuvieron que aparecer de nuevo y repetir algunos pasajes. ¡Se ha pasado el concierto de Herz y yo sueño aun despierto!

Lunes 29 de abril

Yo y Samuel vivimos en el Hotel Lafayette que está contiguo a la casa de los Soruco.. Éstos tienen alquilado todo el piso alto de su casa a una matrona o abadesa de monjas tales de cuya vecindad reniego y protesto aquí y ante los ojos de Dios. Es una compañía de mujeres, un “bordel” en francés, que venden su honra al que tiene seis onzas. Son doce o catorce mujeres, todas muy jóvenes y bonitas que están a disposición del público. Todos los días las vemos en los balcones, desde donde nos hacen señas. Son tan lujosas como una reina y tan hermosas algunas como una sirena. Pero toda ilusión se pierde al oírlas tratar de su negocio como un comerciante con su mercadería. “Deme usted seis onzas”. “Es muy caro”. “Pero le doy tantas horas”. “No importa”. “Deme entonces cinco”. “Le doy cuatro si quiere por toda una noche y acabemos”. “Bueno, ¡bien mío!”

San Francisco. Martes 30 de abril de 1850

Hoy he visto a Lacourt por la primera vez desde que lo dejé en Chile. Pobre hombre, anda de aquí para allá sin saber qué hacer de su negocio de maderas con cuyo valor no alcanza a pagar los fletes siquiera. También he visto a D. Saturnino Correas, que está con su casa y sus maderas poco menos que Lacourt. Todos estos antiguos conocidos míos se ven ahora en distinta posición que lo que estaban en aquellos países. Así cambia la fortuna como cambia a cada momento el capricho de una coqueta.

Anoche hice otro encuentro que me sorprendió un poco al principio. Paseando con Samuel en el United States para oír tocar el violín, oí de repente a Joaquín Jara rodeado de hombres de todas las naciones con el naipe en la mano tallando con un capital ajeno, preciso es decirlo. Seguimos un poco más adelante y encontré a su dependiente, Celedonio, tallando en otra mesa con igual cantidad de pesos. Este muchacho, que había principiado en Concepción a darse un regular trato, perdido así ya. Se sorprendió sobremanera cuando nos vio a nosotros, más luego siguió barajando su naipe con toda tranquilidad.

Ayer, mientras salimos a andar, notamos dos casas levantadas en el día como dos cuadras adentro de la bahía que no estaban ni principiadas en los días anteriores. Pero hoy hemos visto una cosa que nos ha sorprendido más todavía. Fuimos a pasear a uno de los muelles al del lado de *Happy Valley* y nos encontramos de repente con un ferrocarril corriente. ¡Dios mío! Cuanto tenemos que aprender los demás americanos del genio de estos hombres. Tan grandes obras se ven concluidas antes que se anuncian siquiera. Ahora la carga se embarca y desembarca en un momento sin que los carretones tengan que entrar ni andar para nada dentro del muelle.

San Francisco. Miércoles 1 de mayo de 1850

Herz, que había dado su último concierto para irse a Estados Unidos, se anuncia otra vez para tocar en la función que da el Célebre Mágico que representó en días pasados en su concierto. Tocaré dos veces, una en compañía de Madame Lacombe y otra solo, haciendo un viaje músico por todo el mundo. Tocaré el yanqui Lulu, el jarabe de Méjico, el carnaval de Venecia, la Marsellesa, Dios salve la Reina y la zambacueca chilena, la polka rusa nacional, etc., etc., todo en una sola pieza con variaciones cada una de ella. La función promete ser tan magnífica como la pasada.

Hoy hemos estado a visitar un remate de una casa china. Vengo encantado de ver tanta riqueza, tanto lujo, tanta hermosura para la comodidad de la vida. Particularmente las cosas de seda que he visto, no espero ver jamás una cosa más hermosa. Había en remate un cuarto de regular tamaño entapizado de seda, con una elegante cama, toda ella desde las columnas

hasta los forros de los colchones de seda, un hermoso lavatorio con sus útiles y una lujosísima cómoda, etc., etc., todo este cuarto es de caoba y puede llevarse de un lugar a otro por seis u ocho hombres. También había en remate la familia imperial de la China hecho cada cuerpo de una sola raíz de árbol con sus vestiduras lo más caprichoso que puede verse. Ahora en San Francisco se ven tantos chinos como americanos. Hay también muchísimos judíos que tienen sus establecimientos. Los chinos tienen fondas riquísimas y los dueños hablan muy bien el inglés. No queda parte del mundo donde no haya visto yo sus habitantes.



F. 12: *Celestial empire in California: Miners/Gamblers*¹²⁶

Jueves 2 de mayo

La función de anoche ha estado tan buena como la pasada. Herz ha tocado divinamente todos los aires prometidos. Lo que más aplausos le ha merecido ha sido la Marsellesa con variaciones

¹²⁶ Britton & Rey, S/F, litografía, Robert B. Honeyman Collection, UC Berkeley, Bancroft Library.

y el Carnaval de Venecia. Se despidió Herz, quién sabe si lo vuelva a encontrar otra vez en mi camino. Anoche me había sentado yo en el primer orden de asientos y extendía mi programa sobre la baranda cuando entraron dos francesas, una de las cuales se sentó a mi derecha. Al momento Cupertino, que estaba a mi lado, me dio un feroz codazo por vía de seña. La francesa era joven y bien parecida, sin embargo no le dije una sola palabra hasta el segundo acto. “*Êtes vous français, monsieur?*”¹²⁷, me preguntó. Yo le corté la conversación con un no, muy amable, es verdad. Más tarde mi pie cayó sobre el suyo, lo retiró la primera vez, cayó enseguida pero ella no lo movió más en todo el acto, en seguida estreché mi pierna lo que le hizo alto un poco, pero yo le dije “*Pardon, Mademoiselle, je crois que je vous incommode*”. “*Pas du tout, Monsieur*”.¹²⁸ La cosa siguió a las mil maravillas. Mi mano fue a dar quién sabe dónde por bajo de mi capa, su pierna estaba enlazada con la mía. Bien se reía y me envidiaba Samuel.

San Francisco. Viernes 3 de mayo de 1850. Pintura de un burdel y sus mujeres

Mañana debemos partir para Stockton. Sparrow llegó ayer tarde y se fue a las cuatro hoy en el vapor Mint. Sparrow, al momento de llegar, nos preguntó qué tales eran las niñas públicas que vivían en la casa de los Soruco. Le impusimos de todo y acabó por decir, “voy a dormir esta noche allí. Es preciso que tú me acompañes hasta la puerta.” Yo convidé a Adolfo Rondisoni para que a su vez me acompañara a mí y partimos los tres. Llegado a la puerta salió la Madre Abadesa diciéndonos muy amablemente que entráramos. Al abrir ella la puerta vi yo toda la escena. Cuatro o seis niñas estaban muellemente recostadas sobre poltronas y sofás de crin. Sparrow me dijo, “entra un momento y luego te irás, si quieres ver las costumbres de estas niñas.” Yo ya he dicho aunque todo esto es contra mi costumbre y modo de ser, sin embargo quiero ver y saber las cosas una vez en la vida para sacar la ventaja que me convenga. Así es que haciendo de tripas corazón entramos los tres a un tiempo. Nunca he visto un salón de recibo más lujosamente parado. Cada una de ellas parecía una duquesa o una reina en su vestido y su porte.

Yo me senté cerca de la mesa redonda de mármol donde había unos libros con lindísimas láminas. Abrí uno y leí “Las dos Dianas” por Dumas. Principié a ver las láminas mientras una de las niñas se sentaba graciosamente en las piernas de Sparrow, con su cara, pelo y pecho más hermoso que he visto, se dirigió a mí y me dijo al quererse sentar en mis piernas, “*Do you want to sleep here, sir?*”¹²⁹ Pero apenas alcanzó a tocar su vestido mis rodillas yo retiré como un rayo

¹²⁷ “¿Es Ud. francés, señor?”. Traducido del francés.

¹²⁸ “Perdón, Señorita, creo que la incómodo”. “De ninguna manera, Señor”. Traducido del francés.

¹²⁹ “¿Quiere dormir aquí, Señor?”. Traducido del inglés.

mi silla para atrás, quedando ella tan turbada como las demás de semejante recibimiento. Y como quedasen esperando con sus miradas la explicación de semejante maniobra, me vi precisado a decirle en el más fino inglés, “señorita yo no he venido aquí sino para enseñar la casa a este caballero y me vuelvo en el acto”. “Aunque usted habla inglés” me dijo, “se conoce que es francés y que no le gustan a usted las americanas”. “Señorita, usted puede sentarse y hablar si quiere conmigo, pero no quiero solamente que sea en mis piernas, porque no habiendo venido aquí con el objeto de mi compañero, le robaría a usted sus caricias que no pienso pagarlas de ningún modo”. Quién sabe si en estas mujeres queda algún resto de honor, ella se puso por mal y fue a sentarse frente de mí, en un sofá. Yo seguí fingiendo que leía, oyendo tratar de su negocio a la niña que estaba con Sparrow. En eso, la que se había sentado en los pies de Rondisoni, me dijo, “*what is it, Sir, I don't understand him*”.¹³⁰ Pero Adolfo no quiso que yo le sirviera de intérprete, prefiriendo hacerse entender por señas.

Yo creí que mi hermosa se hubiera olvidado de nuestra disputa, pero luego al servirme el champagne tomó ella dos copas y se llegó a mí. “Caballero”, me dijo, “no le invito tomar conmigo, pero tome como los demás”. Tomé mi copa y le di mil gracias. Después subió las escalas que conducían a los dormitorios, y cuando pasado un momento me estremecía con las “Dos Dianas” sentí que una hermosa mano me tomaba por la barba; me di vuelta y oí que era ella, “es usted buen mozo, pero terco y poco amable”. “Gracias.” le dije. Después, saltó como una cabritilla y como si quisiera inspirarme celos fue a dar un beso a Adolfo. ¡Qué mujeres, Dios mío! Al fin dejamos a Sparrow allí y nos despedimos con Adolfo.

Sábado 4 de mayo

Son las cuatro de la tarde en que salimos de San Francisco para Stockton en el vapor Sutter. Me acompañan Samuel, Cupertino, nuestro amigo Quevedo que va a mi casa a las minas, Blanco y Coll, que va también a las minas como quién no quiere la cosa.

Hemos acabado de salir de los buques y San Francisco no se ve ya. El viento es tan fuerte que no nos permite andar mucho. El Capitán acaba de ordenar que el vapor atraque a un buque que está cerca de la isla; no sabemos con qué objeto, tememos algún contraste.

Más de media hora hemos estado aquí. Y desde que paramos aquí no han cesado de martillar algo en la maquinaria, como si algo se separara. En este ínterin se ha embarcado un oficial que ha bajado con su equipaje de abordaje, de un buque de guerra; tiene aire de desertor.

¹³⁰ “¿Qué es lo que dice, Señor? yo no le entiendo.” Traducido del inglés.

Acabamos de partir inmediatamente, pero no hemos andado ni una milla cuando el vapor ha virado de repente y puesto la proa otra vez a San Francisco. Volvemos a San Francisco por rotura de la caldera del vapor. Dios mío qué riesgo.

Pintura de un burdel

Por una equivocación he colocado mi salida en día sábado cuatro cuando fue ayer viernes a las 4 de la tarde. Ya dije pues que el vapor hizo avería y tuvimos que volver aquí y desembarcar aquí a las 6 de la tarde. Nosotros, que habíamos dejado nuestro cuarto cerrado y la llave en poder de Adolfo, tuvimos que esperar en el cuarto de Mariquita hasta que éste llegara.¹³¹

A las 7 Mariquita y Baqué se sentaron a la mesa y mientras yo montaba las escaleras para salir al salón del hotel, oí la voz de Mariquita que me convidaba a tomar un vaso. Volví y me senté junto a ella. Después vinieron Samuel y Blanco. Parece que la Mariquita nunca estuvo más feliz. Samuel notó nuestra correspondencia secreta por bajo de la mesa y se ríó solamente. No hablemos más de esto cuando tengo que ocuparme de un suceso tan fatal.

A las nueve Baqué nos hizo servir un ponche en nuestro cuarto para mí, Blanco, Soruco, y Pepe Rondizoni. A las once nos separamos y nos acostamos todos a dormir. Desde entonces no sé lo que pasó en ninguna parte y sólo copiaré de mi cartera lo que escribí bajo la impresión del suceso ...

Son las cuatro de la mañana, aún no amanece ¡pero escribo a la luz de las llamas que consumen San Francisco! Dormíamos en profundo sueño, cuando llegaron a nuestros oídos los alarmantes y horribles gritos de ¡fire! ¡fuego! ¡fuego! Yo tomé mi capa y salí al balcón, y vi todo completamente iluminado. Jamás he visto una cosa más espantosa, ni nadie puede pintar la horrible sensación que causa el ruido de los inmensos hoteles que se vienen abajo, en medio de la gritería de la muchedumbre. Está reducido a cenizas el *United States* que tomó el fuego, y el Dorado que se siguió; ahora arde a la izquierda el *Empire Hotel* y el hermoso *Park House*, hotel sin rival quizá ni en Europa, que se concluyó ayer y debía abrirse hoy y en este momento arde como un infierno. Las llamas que salen por las ventanas del cuarto piso son tan grandes que vienen a besar el techo del *Miners Exchange*, que está en la otra manzana. Del medio de las llamas sale un humo negro y denso, todo esto acompañado de mil techos, mil vigas que se rompen y cuyo ruido aturde acompañando al chirriteo (sic) de las llamas más horrible todavía, forma toda la escena más espantosa que se pueda pintar. En el cuarto piso de la *Park House* se ve la bandera americana elevada para arriba por el aire de las llamas acompañada de las largas

¹³¹ Primera mención en el diario de María (o Mariquita) Craig, quien poco después comenzará un largo romance con Navarro. El Doctor Craig era oriundo de Kentucky, y su hija María, de 15 años, era de Méjico.

cintas. Presenta la vista más aterrante que imaginarse pueda. Parece la bandera con el ánimo de Satanás que la hace flamear intacta en medio de las llamas que devoran todo cuanto se presenta por delante.

Son las cinco de la mañana y nosotros (yo, Samuel y Cupertino) que acabamos de salvar nuestro oro, equipajes, cómodas y papeles, estamos ya en la iglesia católica. La providencia nos protege. Si no volvíamos ayer, hoy a la par de todos habríamos perdido seis mil pesos largos. Ya nuestro hotel Lafayette arde como la plaza de Troya, dentro de una hora no se sabrá dónde fue. Dios mío, qué espectáculo presenta la plaza toda en llamas, y es preciso renunciar a pintar cosa semejante. Ya se han ardido dos manzanas y el fuego sigue con mayor fuerza. Cosa extraña, las chispas incendiadas del *Park House* llegan hasta aquí, ¡10 cuadras! Una de estas chispas saltando por todas las casas de la manzana de Washington ha incendiado de repente la casa o burdel americano por las cuatro esquinas antes que ninguna otra. ¡Oh! ¡Cómo se ven salir las prostitutas medio desnudas pidiendo socorro!, qué espanto, qué desaliño y qué cuadro, saltando así en medio de las llamas. Pero cosa más admirable todavía; los carruajes y madera que había en media plaza acaban de ardersen sin más que el calor de las llamas. Nadie puede llegar hasta dos cuadras de distancia sin asarse. Ya nosotros estamos salvos, voy a tomar notas ahora sobre todo y le contaré a mi diario esta noche o mañana lo que haya visto.

Domingo 5 de mayo

Hoy se ven todavía las cuatro manzanas que devoró ayer el fuego ardiendo sin que puedan extinguirlo las bandas de la policía. Pero ya el fuego no va más y sólo quedan los escombros de ocho cuadras ardidas cuyas negras ruinas se ven entre el espeso humo que las cubre todavía. La escena presentaba anoche una escena imponente y espantosa al mismo tiempo. Las ocho cuadras ardidas se veían completamente iluminadas por el fuego que consumía restos de artículos de las grandes casas de comercio, y a favor de la llamarada rojiza que se levantaba de repente se veían las ruinas respetables en medio de las llamas que nada tenían ya de qué alimentarse. Las ocho cuadras estaban guardadas por los *policemen* cada 25 pasos para impedir la entrada a todo el mundo en medio de las ruinas. Todo esto hacía más imponente y majestuoso el resto de esos escombros guardados como majestades rendidas al peso del fatalismo.

San Francisco. Lunes 6 de mayo de 1850

Ayer en todo el día se han ocupado los propietarios, a pesar de ser Domingo, de retirar los escombros de sus casas incendiadas y de poner delante de los sitios maderas para nuevos

edificios. Todo cuanto puede decirse a favor del genio americano es que el hotel San Carlos se principió ayer y hoy está corriendo con todas sus bancas y su lujo de cuadros con la diferencia que el techo es de lona mientras le hacen de madera.

Se han quemado 8 cuadras, cuatrocientas casas y se han perdido 5 millones de pesos. Caramba, es alguna propiedad. Todo el fuego no se ha apagado y de noche se ven salir llamas de las últimas yescas que quedan. En el *United States* se han quemado vivos tres hombres, un padre y sus dos hijos. Dios mío, esto es lo que más ha contrastado toda la población. ¡Qué martirios habrán sufrido esos infelices! Y a estas horas, según dice el *Pacifique*, hay dos hombres presos sospechados de ser los incendiarios. Dios mío, como estará la conciencia del que ha incendiado un ciudad como ésta, causando tantas desgracias, pérdidas y muerte entre martirios; este no puede ser sino un norteamericano.

Hoy no pudimos encontrar con Samuel el lugar de nuestro cuarto en el Lafayette, hasta que vimos el catre de bronce consumido por las llamas y la caja de fierro que ha quedado intacta, en el lugar dónde estaba. Pero todavía doy gracias a la providencia a que nos ha hecho volver a hallarnos con el incendio y salvar nuestras cosas del Hotel Lafayette. Hoy está ya edificándose de nuevo este hotel el doble más grande de lo que era y se abrirá el sábado.

Martes 7 de mayo

Por una gran casualidad no me he quedado en tierra. Son las cuatro de la tarde en que acabo de embarcarme en el Sutter. A las dos de la tarde fuimos con Blanco a visitar a la Marica, a quien el día del incendio vi tan digna de lástima. Llorando me tomaba de la mano y me decía, “¡vea, Navarro, V. que deseaba antes de ayer ver un incendio, ahí lo tiene ya!” Bien fuimos a visitarla y la encontramos con dos señoritas más, una quizá de las más hermosas que he visto, e hice relación el día del incendio. Cabalmente ha sido el día en que más hermosas he visto. Ya hablaré más tarde de estos encuentros. La Marica nos recibió muy amable como siempre. Al momento ella dijo a la hermosa de que hablo que yo tocaba la guitarra. Después de tocar yo, me dijo la Marica que Teresa cantaba. Y cantó realmente muy regular. Muy amable quiero decir, más que lo esperaba pasadas veces que nos vimos. En esto nos entretuvimos hasta que el reloj dio las cuatro. Salté yo entonces, y a pesar mío tuve que despedirme en medio de las instancias que me hacían porque me quedara.

Al momento encargué a Blanco que fuera en busca de mi reloj que estaba en lo del relojero y yo llegué al vapor a tiempo que daban la última. Pero Samuel y Quevedo también se quedaban puesto que acababan de llegar también en este momento. Probablemente Blanco se queda porque el vapor quita sus amarras y yo no veo a Blanco en ninguna parte. Yo siento mucho porque al fin se queda por ir a traerme mi reloj.

Miércoles 8 de mayo

Ayer, después que salimos, el vapor se varó, no teniendo donde virar en medio de la multitud de buques que estaban atracados al muelle. Mientras el vapor se desembarcaba, cosa que iba ya muy largo, vi a Blanco llegarse al muelle, tomar un bote y venir a bordo trayéndome mi reloj. Pero después tuvimos que demorar dos horas más, así que salimos cerca de las 7. Dos veces llamamos un bote para que nos llevase a tierra, y al fin nos quedamos viendo que ya el vapor partía.

Anoche, a las ocho y media, mientras dormíamos sobre cubierta con Quevedo tapados con una sola manta en medio de tanto frío, oímos el pito que anunciaba la llegada de Venecia. Partimos luego de allí pero sin poder dormir por el incómodo ruido de la máquina, y el horrible balance de la bahía San Pablo, al fin a las 2 de la mañana sería cuando llegamos a New York. Dejamos los pasajeros y partimos. Ahora vamos viendo ya los campos de Stockton.

Son las tres de la tarde en que acabamos de llegar a Stockton. Hay tanta gente en el muelle que casi nos es imposible bajar. Pero qué diablos, yo tengo hambre de comer, y pasear después de una mala noche como la que hemos pasado anoche. ¡A tierra, pues, y descansamos!

Stockton. Jueves 9 de mayo de 1850

He tenido hoy una carta de mi casa de Rodríguez. Allí no hay novedad alguna sino es que el oro se ha acabado como se acabó ahora 8 u 10 meses. Me espera con ansias Rodríguez a ver si tiene cartas de su familia. ¡Pobre! ni yo ni él tenemos una letra, verdad es que diré que yo no debía quejarme puesto que tampoco escribo. Pero yo conozco muchas personas que jamás escriben a nadie, y que siempre están reclamando cartas de otros, esto no es muy justo que digamos.

Madame Vidal ha venido hoy a tomar noticias del incendio. Pobre francesa, ella no sabía que todo su equipaje y su haber se han vuelto cenizas en el Hotel Lafayette.

A propósito de francesas, mientras San Francisco parecía una nueva Troya incendiada, yo después de haber dejado en casa de una francesa parte de nuestros muebles, volvía por la calle Dupont que cae a la iglesia católica; venía elevado en ver los estragos del fuego y de las llamas que se comunicaban de una casa a otra, en medio de los horribles estruendos que hacían los barriles de pólvora quemados, cuando de repente, sin pensar, oigo tras de mí, “*Oh mon Dieu! Quel horrible spectacle!*”¹³²

Me di vuelta y me encontré nada menos que con Regina. Desde que salí de Concepción no la había visto yo. De veras está más hermosa que cuántas mujeres he visto en San Francisco. Me

¹³² “*¡Oh, Dios mío! ¡Qué espectáculo tan horrible!*” Traducido del francés.

dio la mano con mucha afabilidad haciéndonos mutuas preguntas desde el tiempo que no nos veíamos. Sin sentir pasé media hora del incendio con tan hermosa compañía, viendo ardersse los hoteles más elevados y compadeciendo de mancomún tanta desgracia. Al fin me resolví a traer a la casa como de personas más conocidas todas mis cosas entre ellas mi guitarra, y cajas de oro. Con esto tuvimos motivo para estar volviendo cada momento hasta el tiempo de embarcarnos para acá. Ellas se van de aquí a Francia sin pensar más en Chile. ¿Será jugarle sucio a mi primo Juan?, pero como ella no vuelve más ni él viene aquí, diré lo que el antiguo refrán, “así que si se la ha de llevar el moro, que se la lleve el buen cristiano.” Yo seré el buen cristiano.

Viernes 10 de mayo

Son las dos de la tarde en que acabamos de llegar de un paseo por todo Stockton con nuestro amigo Quevedo, quién ha quedado admirado de ver tanto adelanto aquí. La península ha tomado doble mérito que el otro lado de Stockton. Casi no hay día en que no se levanten nuevas casas. Los mejores hoteles están en este lado y la mejor casa y establecimiento, que es el del propietario de Stockton, Mister Weber, está cerca de mi sitio. Hemos estado a visitar la casa de Weber y hemos quedado admirados de su costo y hermosura. Realmente que no puede darse una cosa más bonita. Situada casi sobre el lago y en sus jardines y miradores parece un palacio encantado. La casa de Samuel que se principió ayer y debe concluirse en 20 días, ocupa mejor situación que la de Weber, y no será menos bonita. Tanto que sentiremos tener que venderla en noviembre.

Mañana debemos partir para las minas y hoy casi todo el día me he ocupado de comprar y arreglar el surtido que debo llevar para Rodríguez. Quiera Dios que este hombre desgraciado haga algo con lo que llevo. Qué dichoso sería yo si al fin por mí ganara algo.

Sábado 11 de mayo

Son las nueve de la mañana en que salimos de Stockton para las minas. Me llevo conmigo a nuestro amigo Quevedo, Blanco, Rojo y Coll. La tropa salió un poco adelante, vamos a ver si nosotros llegamos hoy al río, es decir a la mitad del camino. Samuel debe partir mañana para San Francisco.

Son las seis de la tarde en que hemos llegado al río. Estoy como un muerto de cansado y realmente convencido que no hay mejor caballo que el vapor en que se hacen 30 y 40 leguas en 12 horas sin que uno haya hecho más que dormir y leer algún hermoso trozo de novela inglesa. Los campos están todavía hermosísimos, pero para uno que los ha visto en el medio de la

primavera, ahora no valen nada. Aquel paraíso no debe encontrarse sino aquí en la primavera. Y quien quiera que haya leído a Leijo, quien dice que aun nadie sabe dónde es el paraíso terrenal, se figuraría que es aquí el país encantado, la tierra deseada y buscada tanto tiempo por los israelitas.

Calaveras. Domingo 12 de mayo de 1850

Al salir el sol, salimos del río y hemos galopado todo el camino. Al llegar a *Double Spring* me adelanté a mis compañeros y he llegado aquí a la casucha de Abel a las 12 en punto. Quería pasar en el acto para casa pero recuerdo que Abel, que viene sólo de baqueano, se quedará aquí y yo dejaría a los otros sin saber qué rumbo tomar. Me quedo pues y escribo mientras llegan. Ni una mosca he encontrado en el rancho, y sin embargo hay todo lo apetecible para un ladrón. Víveres, útiles, baúles que guardan oro, etc.

Es ya la una y media de la tarde y los amigos no llegan. Acaba de llegar Isaac, que viendo un hombre durmiendo sobre su cama, se ha sorprendido hasta que me ha conocido y me ha recordado para conversar. Dice que como era domingo, había ido a bañarse y que no se presumía de semejante hallazgo.

Son las tres de la tarde en que acabamos de llegar a mi carpa. Gracias a Dios no hay aquí novedad, y cuánto gusto le da a uno ver de lejos el techo de su casa, por más que no sea más que una pobre casita. Sin embargo, no sé qué de atractivo tiene para uno su casa en el desierto en la que ha visto sucederse las estaciones unas tras otras, correr los meses y los años, y cambiar su fortuna misma. No sé qué de encanto siente uno al decir, es mío aquí, y mando hasta el aire libre y el río que corre a los pies de mi casa.

He encontrado en malísimo estado este placer para el negocio, felizmente las cargas deben llegar hoy solamente y acabo de despachar un propio para que Abel las detenga en su casa hasta que llegue yo mañana allí. Hay diez leguas de aquí a un placer nuevo que dicen ser muy rico y allí voy a mandar la carga. Don Casimiro se mudará allí mañana mismo y todo estará concluido. Sin embargo, estas otras 20 leguas que tengo que hacer no me cuadran mucho que digamos después de este viaje. Pero es necesario y adelante.

Lunes 13 de mayo

Son las 7 de la mañana que acabamos de llegar al rancho de Abel. Los arrieros están recién aparejando y hemos llegado muy a tiempo para decirles el camino que deben seguir. Acabamos de imponernos con Blanco cual es el camino. De aquí hay, dicen, 6 leguas pero por cerros muy

elevados donde hay sendas apenas en vez de caminos. Llegan Rodríguez y sus peones; vamos a ver si puesto a caballo se acuerda en estas alturas de la Tablada y de Ituzaingó.

Placer de Jesús María

Son las dos de la tarde en que, después de trepar las cumbres más altas y bajado al mismo tiempo a las quebradas más “hondonas”, como dicen los sonoreños, hemos llegado a este placer. En trueque del mal camino, hemos pasado por los parajes más hermosos que puede pintar la ardiente fantasía de un poeta. No he visto en mi vida árboles más frondosos, pinos más elevados, ni ríos más cristalinos cubiertos de las sombras más envidiables. Todo esto me llena de placer y esperanza.

Aquí he encontrado a Moyano y Alfredo que me han hecho mucho cariño. Maturano acaba de regalarme un hermoso bisteque. Gracias, porque estaba en ayunas. Hay aquí como 600 almas y aunque hay muchas carpas de ventas, siempre iremos bien me parece. La nuestra está parada y abierta en la plaza misma del real. Rodríguez se queda con Blanco por tres o cuatro días mientras llega Gutiérrez.

Martes 14 de mayo

Las 12 del día. Salí de Jesús María a las 9 y he llegado a la casa de Abel donde no he encontrado más que a su muchacho. He escrito ya una carta para que lleve el arriero que viene atrás a Samuel y yo me marché ya a mi carpa donde tengo los más vehementes deseos de llegar.

Gracias a Dios estoy de nuevo en mi casa y con mis amigos que me han extrañado mucho, según dicen. Tengo bellas disposiciones para no moverme más y descansar unos días como antes en Calaveras. Este lugar ha llegado a ser mi querida, mi bella en mis pensamientos.

Calaveras. 15 de mayo de 1850

Son las 2 de la tarde. El calor que hizo ayer a estas horas era insoportable. Hoy no hace menos, pero corre una brisa que apaga un poco el ardor del sol. Mis amigos Quevedo, Blanco y Rojo duermen mientras yo escribo. A estas mismas horas en Chile las familias enteras estarán rodeando su brasero, mientras azota la lluvia sus ventanas. Qué será de aquellas gentes que jamás tienen lugar para pensar en los ausentes. Qué harán ahora cuando todo mi corazón está allí con ellos, sin que ninguno de tantos piense siquiera en si vivo o muero. ¡Oh! En las ciudades

tan pocas veces en que la mente desocupada pueda vagar hasta vejarse de poco siquiera, en el recuerdo de los que viven ausentes en las entrañas de California. Cada vez que pienso en mi mamita, en Tatita y cada uno de los miembros de las familias, sufro como nunca, quisiera botar todo y hallarme al lado de ellos un día, una hora. ¡Oh! Ellos no saben cómo padece el cuerpo, y como sufre y se acongoja el alma aquí. No saben nada y viven felices. Nada, ni una carta, ni un recuerdo que mitigue las ansias de uno. ¡Paciencia!

¿Y Tomasita? Quién creyera que hasta ella se olvide de mí. Ella, que durante tanto tiempo, y mientras se pasan estos dos años de horrible prueba, nos ha ayudado siempre a soportarlos con sus cartas, sus recuerdos, etc., hasta ella se olvida y desmaya al fin. ¡Oh! Al fin será preciso que en mí se obre un cambio total. Yo, quien ha dominado siempre el espíritu comunicativo, y aquí como por medio del desahogo, he dado al fin en no escribir una letra a nadie. Al fin, nadie me escribe y no quiero ser molesto con cartas que no gustando, no se contestan.

Verdad es que hacen seis meses que no escribo a nadie y que por lo mismo, no debía quejarme; pero también es cierto en medio de mi silencio no he dejado de escribir a Tomasita, a pesar de todo. ¡Pobre Ñata! Yo no quisiera que entrara en cuenta de mi justo resentimiento, pero mi susceptibilidad no dispensa ni a mi padre ... a nadie disculpo en esto. Qué triste es mi desengaño después de algunas esperanzas. Dios quiera que todo esto no influya en mi corazón y que al fin me quite hasta el gusto de volver a ver, algún día, a los que no se han ocupado sino por política y mi mucha urgencia de mí.

Jueves 16 de mayo

Son las dos de la tarde. Hace un calor horrible; quema el sol como en el mes de julio, pero no tarda ya en llegar la brisa que refresca todo hasta la noche. El río que corre a los pies de mi casa principia ya a mermar en corriente y en ruido. Sus aguas han disminuido en ocho días notablemente. Verdad es que a fines del mes que entra se seca ya enteramente y para beber, tengo que tomar el agua a una cuadra de aquí. Las flores se van ya acabando, sin embargo se ven algunas hijas más bien del verano que de la primavera. La verdura del campo se ha convertido ya en palidez. Las yerbas secas ya nada tienen de bonito. Todo aquí nace, crece y muere, toda la perspectiva de Calaveras ha cambiado; ya Scollen, el juez se fue, se marchó Oliveras, otras gentes con otras costumbres habitan hoy Calaveras ... todo, todo ha cambiado, yo sólo permanezco invariable como el genio de Calaveras, yo sólo mudo, verdad es que yo soy el fundador, y debo ver irse a los demás.

Hoy saqué mi escopeta para unas codornices, y después de hacer el tiro volví a colocarla en su lugar cuando de repente veo que iba a asentar el pie sobre un enorme viborón (sic). Al momento le di un balazo, y a pesar de haberla hecho pedazos, levanta todavía la cabeza.

Viernes 17 de mayo

Acabamos de llegar al Estanislao yo y mi amigo Quevedo. Salimos de Calaveras a las 9 y hemos llegado aquí a las 4 de la tarde. Hay buenas leguas de horrible camino. Hemos encontrado todo convulsionado a propósito de los 20 \$ que ha venido a cobrar a los extranjeros un colector. Éste fue a cumplir su orden al campo nuevo, y fue allí acribillado a puñaladas y muerto en el acto. La noticia acaba de llegar, no sabemos los detalles. ¡Maldita mi suerte!

Estanislao. Sábado 18 de mayo de 1850

Salimos de Calaveras para este placer a las 9 y después de atravesar inmensas montañas, llegamos al río a las dos de la tarde. Nos embarcamos y pasamos sin ninguna novedad. Quevedo tuvo hambre y pedimos en la fonda qué comer. Nos sirvieron carne hervida, pescado con cebollas, como todo estaba muy malo pasamos al momento. Hemos llegado a casa de Cupertino a las 4 de la tarde. Realmente la ciudad de Sonora tiene sus humos de magnitud ya. Hermosas casas, lindas calles, lujosos hoteles, y una población como de 16 a 20 mil almas. Todo Estanislao está en una agitación horrible, a propósito de la ejecución de los 20 \$ en que han sido multados los extranjeros mensualmente. Ayer el colector vino aquí y viendo que aquí todo el mundo estaba dispuesto a dar bala y puñal en vez de los 20 \$, se fue al campo nuevo de Bolivia. Por su desgracia, al primero que cobró fue un chileno recién llegado y que le hacía presente que ni tenía todavía los 20 \$, ni podía dejar su labor puesto que no tenía más de qué comer. El colector sacó su pistola de seis tiros pero antes que pudiera hacer nada, el puñal del chileno se hundió hasta el cabo en el pecho del colector que cayó sin decir un ay. Seis puñaladas más siguieron, casi infructuosamente, porque había muerto de la primera. Ningún americano se movió para prestar auxilio, y había más americanos que chilenos. Algunos paisanos se reunieron, dieron plata y caballo al pobre chileno quien montó y salió tranquilamente del placer para Stockton.

Domingo 19 de mayo

Anoche, toda la noche, ha seguido creciendo el movimiento y la revolución que se prepara. El suceso de ayer ha puesto pavor a todos los americanos y nadie chista una sola palabra. Por ahora los extranjeros dominan. Hoy muy temprano la gente se apiñaba a ver un escandaloso pasquín puesto al Sheriff de Estanislao. Es lo más obscuro e insultante que se puede inventar para chocar a los americanos. Tres pasquines más se han encontrado en otras calles con la

caricatura del Sheriff y todos los chilenos y sonoreños se burlan gritando por la calle, “Tuenti cara (sic) for the Sheriff”.¹³³

Son las doce del día. Dos mil hombres extranjeros se han reunido en el otro Campo y marchado de frente aquí. Vienen capitaneados por chilenos y mejicanos. Cuatro mil franceses deben llegar de un momento a otro de Mormont y Casseus Creek, se han puesto de acuerdo ya, y en caso de no ser acogida la demanda de estos dos mil, el guante queda botado, el resultado decidirá sobre el amo y el esclavo. Reina el mayor movimiento y agitación en toda la ciudad. Mientras el General Casseus resuelve y se acalora el “meeting” con la demanda, todo el mundo se arma y compra pólvora por lo que le pidan. Quevedo ha sido llevado para intérprete por Elordi, el principal jefe extranjero y a quién estima mucho el General. Siempre los argentinos, el uno es jefe de buena causa y el otro, intérprete en un asunto de vida y muerte.

Lunes 20 de mayo

Al llegar la noche, cuando todo parecía tranquilo con el acuerdo de los 20 días, llegaron unos 100 hombres americanos y desplegaron el estandarte de guerra gritando hurras. Algunos desórdenes se han cometido anoche y la cosa va a entrar en peor paso. Aunque los caminos están ahora llenos de bandidos con el suceso, hemos resuelto salir de este incendio con Quevedo a toda costa. Ya está de Dios que yo me he de encontrar en todas las revueltas de California. Si nos toca alguna desgracia, qué hacerle ...

Para precaución, hemos tomado un pase libre del General Besançon quién nos aconsejaba no movernos hasta que pase el incendio. Pero estamos resueltos. Nos ha dado una carta de pase libre y recomendación para todo americano, como a sujetos que en vez de tener parte en la revolución han prestado servicio a los americanos.

Calaveras. Martes 21 de mayo de 1850

Ayer después de haber obtenido el pasaporte del General Besançon, nos apresuramos a salir viendo que el asunto se complicaba cada vez más. En la noche habían llegado de distintos puntos los americanos todos armados. Pero también los franceses habían hecho cerca de la oración su campamento general en el campo de Colombia y mandado propios en distintas direcciones para llamar allí a todos los franceses, chilenos y demás extranjeros. Así es que cuando nosotros estábamos ya listos para partir, gruesos pelotones de gente cerraban las calles. Frente a la casa

¹³³ “Veinte cara (sic) para el sheriff”. Traducido del inglés.

del Sheriff había una guarnición para no dejar pasar a ningún extranjero con armas. Nosotros nada teníamos que temer, porque nos habían visto hablar en términos muy amistosos con el General. Así marchamos sin temor. Delante de nosotros iba un francés que llevaba un bastón, o más bien barrote en cuenta de bastón. Fieles a la orden, los americanos se le cuadraron por delante pidiéndole las armas. Contestó que no llevaba más que su bastón. Le quisieron quitar aún el bastón, pero él dio un salto y se escapó. No anduvo tres pasos cuando un americano sacó una pistola y lo tendió muerto de un balazo. A ese momento y cuando los curiosos principiaban a reunirse, pasamos de trote largo y tuvimos tiempo de ver las últimas convulsiones del agonizante.

Gracias a Dios hasta hemos salvado perfectamente de cuanto podía traer de malo en aquellas regiones la muerte de un francés en semejantes circunstancias. Llegamos al río a las 9 o 10. Almorzamos allí en compañía de ocho franceses que iban a reunirse con los suyos y que, delante de algunos americanos que habían, señalaban su pistola, diciendo esto para los que quieran hacernos pagar los 20 \$. Nada temen éstos y los americanos se callan la boca sin chistar una sola palabra.

Llegamos aquí ayer a las cuatro de la tarde y tanta mayor era nuestra alegría al ver la pacífica mansión de Calaveras cuanto que dejábamos aquello tan en mal estado.

Miércoles 22 de mayo

Son las dos de la tarde. Dos propios con intervalo de dos horas han llegado ya aquí desde Estanislao llamando a los franceses y demás extranjeros que haya por aquí. Acaba de salir de mi carpa el último propio para el campo de más arriba a notificar lo mismo.

Dice el propio éste que la alarma sigue en aumento y que probablemente se batirán mañana si los americanos intentan llevar adelante su proyecto de multa.

Los franceses llamados por el propio acaban de marcharse de aquí, después de haberme comprado algunos fusiles, pólvora y plomo para munición. Seguro que esto va a ser horrible si algo llega a realizarse como parece.

¡Dios mío! ¿Cuándo será el día en que me vea libre de tanta zozobra, de tanta revolución, que protege las miras de tantos bribones? Y no es nada lo que sufre el alma de uno que tiene que pagar entre tantos bandidos, haciendo buena cara a sus crímenes. ¡Oh! Los que están lejos de aquí, lejos de la sed de oro, no saben cómo se sufre en todas y en cada una de las horas de la vida. Así se duermen y olvidan tranquilos de los que tienen su vida a cada momento pendiente de un pelo, y la merced del primero que se le antoje disparar un tiro, seguros como están de la impunidad. ¡Ingratos! Nos veremos algún día si salvamos.

Jueves 23 de mayo

Nadie ha venido de Estanislao para decirnos lo que se pasa allí. Quién sabe si a estas mismas horas en que yo escribo ha pasado ya algo allá. Dios quiera que al menos los muertos, en esta vez, no sean los que tienen padres, hermanos o hijos que los esperan.

Son las 5 y media de la tarde. El sol va a entrarse como salió en medio del silencio y la pacífica calma de Calaveras. De cuando en cuando se oye uno que otro barretazo de mis peones. Nadie sabe a qué atribuir tanto silencio después de tanto preparativo de guerra.

Calaveras. Viernes 24 de mayo de 1850

Hoy hacen doce días que llegamos de Stockton y Quevedo, que vino enfermo está ya completamente bueno. Este temperamento le ha sentado maravillosamente y no siente aquí ninguna de las cosas que lo hacían sufrir tanto en San Francisco. Dice que desde que llegó a California, éstos son los primeros días felices que ha tenido, si alguien puede pasar días felices aquí. Dios quiera que sane aquí radicalmente y que me deba a mí su salud, pues que también tomé sobre mí la responsabilidad de cualquiera cosa que le sucediera al forzarlo a venir aquí.

Blanco sólo está en casa un poco enfermo de disentería. Tres días hace ya que tiene esta maldita enfermedad y a pesar de una purga de castor, cuyos efectos yo no conozco, sigue enfermo como siempre. Rojo está cada vez más bueno, es decir que engorda sin ver para atrás. En cuanto a Coll, no tiene por qué enfermarse. Duerme bien, come mejor y no se resfriará porque no entra al agua.

En cuanto a mí, ya lo sabe mi diario, yo no me enfermo nunca sino es moralmente. De esta laya de enfermedad me conoce muchas mi diario. Y como es él, que hace de médico, para mí es él, más que nadie, quién está al cabo de las causas que traen en mí esa enfermedad.

Calaveras. Sábado 25 de mayo de 1850

Son las siete de la mañana de nuestro memorable 25 de Mayo. Antes del amanecer me levanté yo y di el primer grito de alarma y todos saltaron de su cama. Ayer hice que cada uno de los peones limpiara su fusil dándole a cada uno suficiente pólvora para la salva de hoy. Cada uno de nosotros limpió también su escopeta para los saludos de hoy al sol de mayo. Antes que el sol saliera ya estábamos formados quince hombres para saludar el primer asomo del sol. De veras que nuestro aparato formaba un triste contraste con la calma y silencio de los hombres

y la naturaleza misma en el campo de Calaveras. Ni un hombre parecía estar en pie todavía. Solamente los pájaros parecían alegrarse con nosotros de ver asomar el sol en medio de la hermosa alborada. No dejé yo de enternecerme al ver un puñado de hombres prontos a festejar tan sagrados recuerdos en medio de los cerros de California, donde todo muere bajo el imperio de la ambición, qué placer al ver que aún aquí hay argentinos que en medio de la miseria, tal vez, cantan cuando ven llegar el día en que la libertad los igualó en rango a los demás hombres. ¡Oh! No creo que para la patria hayan valido más los mil y un cañonazos con que la habrán saludado hoy en Buenos Aires, que el sencillo festejo con que le hemos probado hoy nosotros que también somos sus hijos, y que a pesar de largos años de emigración, de trabajos y sufrimientos en California, todavía se conserva puro, sano, ardiente y lleno de esperanza al amor de la madre patria.

Al primer asomo del sol hicimos nuestra descarga y seguimos haciendo fuego en medio de los vivos y el canto por más de una hora. Hemos tirado como 200 tiros hasta dejar el campo cubierto de tacos humeando por todas partes.

Son las ocho de la noche. Quevedo se retuerce en la cama sin otro dolor que el de estar lejos de Buenos Aires esta noche y lejos también de las bellas con quienes celebraba este aniversario. Par mí, este recuerdo me roe el alma; por dos años este tormento, este fuego activo han devorado mi corazón, pero ahora, hecho yesca ya su fuego, sin consumirse, es ya menos fuerte que antes. A propósito de bellas, yo y Quevedo sacamos hoy una media onza de oro para anillos de recuerdos, uno por el 25 de Mayo y otro por ser sacado de la tierra por nosotros. Él dice que va a hacer de ese oro el anillo de su futura. Yo, yo no digo nada todavía ...

Domingo 26 de mayo

El día de hoy está lindísimo como el de ayer. Quevedo se ríe y canta como siempre, pero de repente se pone taciturno y pensativo hasta romper con un suspiro que se lo arranca tal vez el recuerdo de pasadas dichas en estos días muertos aquí. Y no hace sino tres meses que está en California. Yo, que campeo en dos años, como tendré mi corazón, quizás más fogoso que el suyo y con los mismos recuerdos felices que antes, roedores ahora.



F. 13: *California gold diggers, a scene from actual life at the mines*¹³⁴

Calaveras. Lunes 27 de mayo de 1850

Ayer tuvimos aquí a Abel que vino a visitarnos por la mañana. Tuvimos un hermoso día pasado en compañía con él. A las dos de la tarde se nos apareció Jesús, el cacique de los indios de aquí, con tres o cuatro indios más. Quevedo tuvo satisfecho sus deseos de conocer a este famoso indio. Antes de ayer estuvo aquí también la mujer de Jesús, con cuatro indias más con quienes se divirtió Emilio [Quevedo] a sus anchas, hasta que la Manuela se fue refunfuñando diciéndome que “ese hombre era mucho malo”. Abel se fue ayer después de comer prometiéndonos otra visita para el domingo.

A propósito de domingos, después de quince meses en que no había visto ni misa ni sacerdote (la misa se puede ver aunque no se oiga) fui a San Francisco con un deseo más que natural por oír una misa. Fui a la iglesia católica el primer domingo que estuve allí y me pasó lo mismo que me dijo Samuel. Me escandalicé al ver los asistentes a la iglesia tan sin respeto, tan sin miramiento por lo que van a presenciar. Después de ver esto en los hombres, vi entrar las señoras con gorras, algunas con sus sombreros llenos de adornos y flores y sentarse en sus asientos como lo hicieran en la platea de un teatro. Todas estas señoras son las pocas católicas que hay aquí, que las más son irlandesas. Llegó el Sanctus sin que nadie se arrodillara, al fin

¹³⁴ John Andrew, S/F, grabado, Robert B. Honeyman Collection, UC Berkeley, Bancroft Library.

el sacerdote elevó la hostia sin que ninguna de las cabezas de las señoras quitase su sombrero. Estas costumbres, por más que se digan toleradas a favor de nuestra religión, quitan mucho a lo santo y augusto de la ceremonia, aún para los más indiferentes en materias de tolerancia. Así fue hoy la primera misa después de mucho tiempo y con el mismo disgusto las que siguieron los demás domingos.

Martes 28 de mayo

Ayer vino Gutiérrez enviado por Rodríguez a dejarme el oro de las ventas. Según me dice Rodríguez, va muy bien aquel negocio y tanto mejor para mí cuanto que él está contento y espera ganar. Ojalá que ganara mucho, aunque yo no tenga más recompensa que el recuerdo que él pudiera tener de una buena acción ...

Nada sé de Samuel desde que nos separamos en Stockton. Por momentos espero cartas suyas que me anuncien la compra del buque que dejamos ya en trato para mandarlo a fines del mes entrante a cargar harinas y azúcar en Chile y Lima. Le he dejado a mi venida ya todo el dinero necesario para el despacho del buque, enganche de marineros, etc. Ya tenemos el capitán pronto y todo ha quedado convenido entre ambos de un modo a no haber duda que el buque saldrá en fines de junio para estar aquí de vuelta a principios de noviembre, es decir que su cargamento esté en tierra a entradas de invierno. Antes de partir, mudará bandera el buque llevando la chilena, y se llamará Elisea Navarro. Tenía prometido a mi hermana bautizar mi primer buque con su nombre y se lo cumplo al pie de la letra. Una vez realizado el cargamento del buque en diciembre, lo despacharemos de nuevo al Callao, y nosotros nos embarcaremos con el vapor para ir a esperar su llegada a Lima. Estas son nuestras miras y planes, salvo que, como dice el adagio “el hombre propone y Dios dispone”, se le antoje a Dios cambiarlos de distintos modos ...

Miércoles 29 de mayo

Son las diez del día y hace un sol como veinte a un tiempo. Felizmente tenemos cerca el baño y podemos templar el calor metiéndonos al agua a cada momento.

El asunto del Estanislao, que tanta alarma causó, se ha arreglado al fin de un modo muy amistoso por ahora. Los miles de hombres extranjeros que habían reunidos allí en el campo de Colombia, se han disperso después que se les ha acordado el tiempo que pedían para que se recapitule la ley dictada. De veras el impuesto de 20 \$ en el estado en que hoy están las minas es cosa horrible, y como pensábamos, este maldito impuesto ha venido a entorpecer todos

los negocios en las minas. Los comerciantes, seguro es que esta vez se arruinan si la ley no se conmuta. El comercio vive de los mineros, los mineros son los extranjeros, éstos se irán seguro antes que pagar un impuesto tan caro, y una vez que los extranjeros dejen las minas, es todo perdido para el comercio. Sabido es que tres cuartas partes de los habitantes de California son extranjeros, y que éstos sacan el oro y lo botan y desparraman de todos modos ...

Calaveras. Jueves 30 de mayo de 1850

Son las once del día. Al amanecer ya se conocía que el día debía ser hermosísimo. No ha quemado el sol como ayer y los otros días, un viento nordeste, sin ser molesto, se levantó esta mañana y duró hasta hoy, sin permitir que queme el sol.

Todo está en silencio en casa desde que yo me he puesto a escribir. Quedo está recostado en su cama y lee las poesías del Canto del Trovador de Zorrilla. Coll lee también, creo que las Efémerides Americanas, más acá sobre la mesa Blanco y Rojo juegan al ajedrez y por fin yo, como siempre, escribo sobre mi escritorio. Este es el cuadro que presenta la sala de habitación de mi casa, a estas horas en el memorable día de Corpus Cristi. ¿Qué cuadro presentan las demás personas, parientes, amigas y conocidas en este día y a estas mismas horas en que yo pienso en cada una de ellas? Este es mi eterno tema, la invariable costumbre que me ha acompañado casi en todas las épocas desde mi salida de Catamarca, pero ahora más que nunca. Si recorriera mi diario, en cada uno de estos días de fiesta cívica o celebración, encontraré en todos ellos los mismos recuerdos que ahora. Regularmente son estos los días que yo elijo para evocar el recuerdo de cada una de las personas que figuran en la historia de mi vida.

¿Qué será de los de Catamarca? ¿Se habrán ya casado mis primas Sorias y Navarros? Dios lo quiera se hayan encontrado con buenos sujetos, pero reniego de ello si por el contrario se han casado como se casan allí. Corina, Genoveva, Argentina, he aquí el nombre de las tres primas que a pesar de los años de la ausencia y de las diferentes fases de fortuna, conservo su recuerdo hasta de su fisonomía y carácter particular. Corina figura siempre más en mis recuerdos ... será tal vez que era más de mi edad o más bonita. ¡Oh! Si pensarán ellas en este momento, en que la fiesta ocupa toda su atención, que desde el fondo de California, desde las entrañas de los placeres, en el país encantado y fabuloso de las mil y una noches, si pensarán, decía, que desde medio de dos cerros de Calaveras hay quien les envía un saludo lleno de amistad y de interés. ¡Oh! son ingratas como todos mis parientes y como ellos no se acuerdan de mí, deben justamente figurarse que ni yo me acuerdo de ellas. No me importa. Ya soy suficientemente rico para ir a Buenos Aires y a las provincias argentinas por mero paseo. Tal vez las vea algún día y entonces nos entenderemos. Dice un adagio que quién plata tiene, hace lo que quiere; yo tengo como unos 16 a 20 mil pesos, veremos si consigo lo que quiero, es decir, pasearme desde Chile

hasta Salta en 30 días. Ya veremos. Y las Riojanas, tanta prima, Dios mío, ojalá que Dios quiera conservar lo que tengo para aliviar un poco las necesidades de tantos deudos. Hasta otro día de Corpus.

Viernes 31 de mayo

He recibido cartas de Samuel desde San Francisco en que me anuncia que en ocho días más, seremos dueños del más hermoso buque que tiene hoy la bahía de San Francisco. Es una hermosa fragata, que tiene sólo siete meses de edad y que está lista para marchar el día que se quiera, según esto, deberemos despacharla a fines del entrante. Ya ha visto al cónsul para cambiar la bandera chilena por la americana y ponerle Elisea Navarro en vez del otro nombre. Pobre Elisea, al fin te cumplo mi promesa de poner tu nombre sobre el primer buque que tenga. Será una felicidad ver ese nombre en cuánto papel salga de a bordo.

Calaveras. Sábado 1 de junio de 1850

Hoy he encontrado la flor más bonita que espero ver en mi vida. Como me es difícil pintarla sin hacerla desmerecer de su hermosura, la he puesto en mi diario, a ver si disecada no pierda la forma, es el hermoso matiz de los colores. Es extraño la impresión que me ha causado el hallazgo de esta flor. Debería haberme alegrado al encontrar en el campo una belleza de la naturaleza tan imparablemente hermosa. Así fue mi primer movimiento, pero luego me acordé que estaba en California y en las minas, y que aquí no hay belleza a cuyo poder es preciso que vaya a parar toda flor hermosa. ¡Oh! Tener una cosa así tan particular, que regalada a alguna amiga o querida me valdría quién sabe si alguna mirada, y no poderla ofrecer.

Calaveras. Domingo 2 de junio de 1850

En Calaveras no es como en Concepción de Chile, en que los días domingos, que son tan esperados por el que vive de ilusiones, son regularmente malos, es decir lo bastante para entorpecer paseos, bailes, citas, etc. etc. ... Aquí los días domingos son hermosísimos, sin viento, sin lluvia, sin sol, muy ardoroso en el verano, en fin, tienen todo lo que a aquéllos les falta, menos paseos, bellas que los adornen y citas que se frustren. Aquí vivimos la vida del indio, sin otro amor que el de su choza, sin otra distracción que la caza. Pero el indio no sabe

que el domingo es día de fiesta, que guarda recuerdos y encierra esperanzas cada vez que, en día sábado, debe ver uno en la iglesia, en el teatro o en el paseo algo que mueva su alma y su corazón. Nada de esto sabe el indio, desgraciados de nosotros que sabemos todas estas cosas y que habiéndolas gozado un día y habiendo sido arrastrados después por el destino a estas regiones, no nos queda sino el amargor del placer pasado, el triste y roedor recuerdo de hoy hace un año. Cuántas y cuántas veces se me ha escapado a mí esta palabra en todas partes donde el recuerdo de una fecha célebre se me ha venido a la memoria trayéndome pintada toda la imagen de alguna *quídam* ... Cada fiesta, cada domingo, tengo que decir hoy hace ya un año ... Qué triste es esto ...

¿Qué significará, al fin tanto, silencio de aquellos mundos pacíficos? Van a hacer ya cinco meses que nos tienen en agonía. Verdad es que yo no tengo derecho a quejarme. Ciertamente, yo soy prudente y sufro con paciencia el que no me escriban cuando yo no lo hago, aunque esto me mate a penas cada día que pasa.

Lunes 3 de junio

Son las doce del día, si mi reloj no miente. Debiera hacer mucho calor como hizo el año pasado en el mismo mes, pero los días se están sucediendo frescos con los nordestes que corren. El arroyo ha subido en vez de bajar. Solo la vegetación no lucha con el verano. Los campos se han tornado de verdes en blancos, las matizadas flores de la primavera han desaparecido completamente. Ya no se ven sino las flores hijas del calor y la seca que siguen a estos tres meses venideros. Pero antes que desaparezcan del todo, me he surtido yo de las mejores semillas y pepas para llevar a Chile. Cada vez que pienso en hacer este regalo, sólo me acuerdo de la ingrata Ñata, la única capaz de estimar en su verdadero mérito un regalo de esta clase de particularidad.

A propósito de Tomasita, algo hay ahora de extrañamiento en su silencio que no puedo comprender. Fácil es figurarme que no debe escribirme puesto que yo tampoco lo hago ahora para ella. Ya yo estoy conforme con esto y sería muy injusto en exigirle cartas, aunque en medio de mi silencio, para ella sola he escrito yo. ¿Pero, qué motivo tiene, me pregunto yo, para no escribir a Samuel en casi seis meses? ¿No haber recibido cartas de este? No puede ser, porque seis u ocho meses le ha escrito, sin haber recibido una sola letra de Samuel, según ella misma dice. ¿Se habrá ido a Santiago, a Concepción, o Copiapó? Pero ¿qué le impide escribir de aquellos puntos? Nada. ¿Será acaso alguna grave enfermedad que la postra o le impide escribir? Imposible, en un momento cuando había escrito con lápiz algunas líneas. ¿O será más bien que alguna desgracia irreparable ha sucedido en la familia, y guarda silencio para no ser ella quien dé tan fatal noticia? Imposible, esto menos que nada, sería entonces muy ingrata pues que no

se acordaría de aquellas palabras en su carta de despedida tan recomendada por mí, como recomienda un moribundo su testamento a su alma. Me acuerdo que allí le decía, “Tomasita, si muere alguno de la familia, no hagas lo que el común de las mujeres, ocultar la noticia y mentir de todos modos creyendo hacer menos intenso el dolor, di francamente se murió ... llora por él como lloro yo al anunciarte esto”. ¿Conque qué significa, Dios mío, este silencio tan horrible y prolongado? ...

Martes 4 de mayo

Son las ocho de la mañana en que salgo para Stockton acompañando a mi Emilio [Quevedo] ya completamente sano. Vino aquí penando de enfermo y se vuelve a los veinte y tantos días sano, gordo, curado del cuerpo y del alma. Mi objeto al ir a Stockton es traer una máquina para hacer el pinol que hace más de un mes le encargué a Samuel y se tarda en mandármela como hace con todas las demás cosas que le encargo con precisión. Pensamos llegar a Stockton aunque salimos muy tarde. Ya veremos.

Stockton. Miércoles 5 de junio de 1850

Ayer a la pasada por casa de Abel nos demoramos un par de horas tomando una cabeza asada que nos estaba esperando. Borja Fernández y Quevedo afirman que jamás en su vida han comido una cosa mejor; en cuanto a mí, he comido mejores y peores, pero nunca más a gusto. Estas dos horas perdidas hicieron que no llegáramos al río sino a las dos de la tarde. Vi a Míster Davis, su señora es la bonita Nancy, y pasamos a una sombra a una legua de distancia del río. Allí nos demoramos quizá tres horas por las mulas. Al llegar a la casa de las mujeres se nos anocheció ya, y hemos tenido que andar de noche hasta extraviándonos muchas veces del camino. Llegamos a las ocho tan cansados que apenas podíamos pararnos. Quevedo, por el galope más allá de sus fuerzas y yo por seis u ocho libras de oro que cargaba en mi cintura. Pero qué casualidad, al sacarme la cintura vi que la guarda del puñal tal vez había roto uno de los bolsillos de la cintura y que una de las bolsas de ante, estaba la mitad ya afuera. Felizmente no se ha perdido un solo grano de oro.

Son las cuatro de la tarde y vamos ya a comer. Nuestro buen Víctor dijo esta mañana que nos tendría una buena comida para esta tarde. Hoy escribí a Samuel por el vapor Sutter para que venga a traerme la máquina y hablar conmigo sobre el negocio de la salida del buque, para fijar anuncios y recibir pasajes para los diferentes destinos donde toque.

Jueves 6 de junio

Anoche dimos una vuelta por los hoteles de Stockton, que se aumentan y mejoran cada día en número, lujo y comodidades. Después de visitar cinco o seis, fuimos a parar al *Branch Hotel* de Stockton, donde está un buen artista mejicano que toca el piano por contrata. Este es el mejor hotel de Stockton, aunque no en sus cuadros, que son mejores los de Dickson, pero en trueque éste tiene cuadros vivos, es decir hermosísimas mujeres públicas, creo que son seis u ocho.

Anoche estaba yo parado cerca del que toca el piano hablando con él de música, de Rivera y Calzadilla¹³⁵, cuando al ruido que hizo la suave frotación de un traje de seda, me di vuelta y me encontré con la mujer más hermosa y lujosamente vestida que han visto mis ojos. La maldita aparición se había puesto de pie en la última grada de la escala, sosteniéndose con las dos manos del marco de la puerta donde yo estaba parado, de modo que sus vestidos se batían con el viento sobre mis piernas y el perfume de su cabeza llegaba a embriagarme. Puesta de ese modo, su finísima cintura quedaba enteramente libre a las obscenas miradas de los visitantes y jugadores. Luego de estar ahí un momento haciendo admirar su hermosura de 18 años, se bajó y pasó de intento por entre medio de mí y el artista, donde no había más espacio que el necesario para su delgada cintura. Esta acción que para cualquiera otro habría sido tal vez un honor, fue para mí un atrevimiento, y cosa extraña, toda la fascinación que causó al principio en mí esta mujer, fue a dar quién sabe a dónde con el venenoso contacto de sus piernas con las mías, entonces no más, me acordé que era prostituta y que cualquiera que tuviera seis onzas era dueño de su honor, entonces todo mi amor propio se me vino a la cabeza y dije, bastante en alta voz y en el mejor inglés, “yo creía que las mujeres hermosas no eran atrevidas”. Y sin cuidarse de lo que diría o no, me confundí entre los que iban y venían viendo los cuadros.

Viernes 7 de junio

Son las cinco y media de la tarde. Acabamos de dar un paseo viendo los establecimientos y casas nuevas de Stockton. Pues bien, no hay ninguna que sea tan hermosa, tan bien construida, de tanto gusto y elegancia como la de Samuel y Sparrow. Las ventanas del segundo piso dan al lago y el frente domina toda la península y el lago. El frente es imitación en la pintura de mármol y adentro, de caoba. El balcón ocupa todo el frente de la casa y está sostenido por columnas en figura de S de violín. Como no soy arquitecto, no puedo explicar lo hermoso del edificio; ya está todo concluido y no se espera sino a Samuel para mudarse allí. La península está ya casi

¹³⁵ Probablemente se trate de los autores argentinos Santiago Calzadilla y José Rivera Indarte.

toda edificada y los mejores edificios están cerca de mi lote, donde mismo va hacerse el muelle. Ya veremos cuanto me dan por él.

Stockton. Sábado 8 de junio de 1850

Son las ocho de la mañana en que acaba de llegar Samuel en el Sutter. Gracias a Dios que esta vez mis esperanzas se han realizado. Samuel me trae la máquina para hacer el pinol y ya, pasado mañana, estará corriendo en Calaveras si no me demora algún contratiempo. Samuel está tan inquieto y afligido como yo. Infinitos buques han llegado de Chile y otros han recibido cartas, pero nosotros ni una letra ni la más pequeña noticia. ¡Oh! Aquellas felices gentes no saben lo que es vivir en California, no saben lo que es sufrir moralmente cuando ya el cuerpo no duele más a fuerza de costumbre. No saben las angustias que consumen el alma en este infierno, y por eso, prolongan nuestra agonía con el matador silencio de que nace la incertidumbre cien mil veces peor que la muerte. Como se descenden ellos y se olvidan hasta de que existen las que no viven sino por ellos y para ellos. Y todavía que haya quien afirme que las comodidades de la vida tranquila y pacífica, sino los placeres hacen olvidar todo lo que no es presente. Yo no llego al extremo todavía de acusar de olvido perpetuo a aquellas gentes, pero nuestro recuerdo, por lo visto no hace sino pasar por su imaginación, como pasan vagos pensamiento cuando la imaginación está ociosa. ¡Oh! Tormentas indecibles sufro yo con esto, sufro a un tiempo mi amor filiar y fraternal, cuanto Dios es testigo de que no pasa momento que no recuerde a todos y uno, a uno todos, los que tienen alguna relación conmigo o mis parientes. Bueno, principio a venirme el descontento desde el casamiento de Emilia, lejos de nosotros, sin el menor aviso, sin el menor miramiento a nuestra susceptibilidad de hermanos amantes de la dicha de su hermana ... se casa ella, después me escriben todos, y escribiéndome su marido no me pone ni un recuerdo en esa carta después de no escribirme ni antes de después, como los demás. Vaya, por ese lado una hermana que olvida a sus hermanos cuando más necesitan de su amor y cariño. Después de esto viene el silencio de seis meses como quien dice si no han muerto en California con los mil y un modos que tiene allí el destino, morirán esta vez de pesar, no escribiéndoles hasta apurar su incertidumbre, al fin, tampoco ellos son muy puntuales para su correspondencia. Me parece estar oyendo a algunos razonar mitad burla, mitad formal, sin saber que juegan así con la paz y la tranquilidad del viviente aquí, que además son combatidos por tantos otros caprichos de la suerte y la casualidad. Bueno, satisfagan su mezquina venganza y apuren hasta lo último nuestra angustia, siempre lo que vivo de mí será para Uds., si yo no me vengo siendo el más vengativo de los hombres, esto es una prueba más de mi amor a personas tan ingratas.

Domingo 9 de junio

A Samuel se le puso hoy al amanecer que habíamos de hacer un paseo hoy al campo para distraerse de muchas cosas ... convidando a Rufino, los Quiroga y Quevedo a tomar un asado y una botella de champagne en el campo. Yo, que estoy harto del campo con más de un año de encierro entre dos cerros, no quise ir prefiriendo encerrarme en mi cuarto y gozar sufriendo en mis recuerdos. Samuel no quiso ir si no iba y al fin, fui como va siempre uno cuando otros lo arrastran.

Ahora estamos ya de vuelta. El asado y el champagne estaban excelentes, en cuanto al paseo no sé porque me dormí bajo de un árbol y no desperté sino cuando querían venirse. Así pasa uno la vida y los días de fiesta aquí, días en que tal vez la misma festividad hace que nuestros padres y hermanos no se acuerden de los que gimen aquí por ellos. ¡Bendito sea Dios!

Son las cuatro de la tarde en que llego del vapor donde fui a dejar a Quevedo que parte para San Francisco ya. Allí a bordo vi la hermosa mujer del Brench Hotel de quien me hablaba Quevedo en francés como felicitándose de llevar tan buena compañía. ¡Dios le ayude!

Lunes 10 de junio

Ayer examiné la máquina para el pinol y la encontré muy buena. Me felicito pues de la idea. Al fin sacaré un par de mil pesos de ese trigo que nada me costó y que se estaba perdiendo. Espero salir mañana si no hay falta por el arriero. Ha llegado la casualidad de no encontrar un arriero que lleve la máquina y los útiles que necesito para allá. Creo que Isidro me acompañará.

Stockton. Martes 11 de junio de 1850

Al fin no saldré ni hoy a causa del arriero que me faltó. Hoy tomé otro y éste apenas saldrá esta tarde; yo saldré mañana lo más temprano posible a ver si llego en el día a mi casa. Había pensado irme por Estanislao, pero como Isidro quiere ir también es preciso que vayamos por Calaveras. Tengo siempre buena suerte en encontrar compañeros para el camino, de otro modo tendría que matar los animales en que ando porque me es muy penoso andar solo y al paso.

Qué suerte tan a tiempo, ¡Dios mío! ... Dos meses hacía que nos habían robado la Eulalia, la más hermosa y buena mula que teníamos para silla, y hoy me veía precisado a montar una prestada por no estar las otras aquí, cuando el dependiente de Samuel vino a pedirle el acordeón de albricias, por el hallazgo de la mula. Había visto a un americano montado en ella y venía a avisar. Sparrow fue al momento, habló al juez y pocos minutos después volvió con la mula. El dependiente se ganó

el acordeón. Pobre Eulalia, está gorda, pero se conoce que ha servido en algún carruaje porque aún se le ven las señales de las riendas y arreos del carruaje. ¡Gracias a Dios! ya mañana saldré de aquí diciendo con toda franqueza “voy a mi casa a las cinco de la tarde a comer”.

Sparrow acaba de convidarme para llevarme a un baile, o cosa parecida en casa de un americano que ha estado muchos años en Méjico. Anoche ha prometido llevarnos allí para que bailemos con las hijas del tal hombre. Yo no quiero ir, y he preferido venirme a leer al cuarto. Yo escribo pues mientras Samuel se viste para irse con Sparrow que lo está esperando en el almacén de abajo. No son más que las ocho de la noche, quizá no (mi reloj anda adelante), pero yo no pienso bajar más la escalera, aunque los Quiroga querían que fuéramos al Brench Hotel.

Miércoles 12 de junio

Son las ocho de la mañana en que salgo para Calaveras acompañado de Isidro y Samuel, que va por pasear el buen tordillo hasta una legua o dos con nosotros. Nos hace un hermosísimo día, quizá el mejor que he visto hasta ahora. Está el cielo enteramente cubierto de espesas nubes como que amenazaran llover, pero no corre viento y creo que no hay peligro de lluvia. Está fresco solamente como para aprovecharlo por entero caminando.

Son las doce del día en que hemos llegado aquí al río y yo escribo para no perder tiempo con mi cartera en las manos, mientras el criado de la fonda pone la mesa para que comamos o almorcemos. Verdad es que no almorzamos al salir y que esto bien puede llamarse almuerzo. Hace tres meses que viniendo por acá en el invierno dejé una de mis escopetas porque me pesaba mucho y desde entonces hasta ahora siempre me he olvidado de tomarla cada vez que he pasado. No haya miedo de que me olvide, ahora ya la tengo a mi lado y marchará conmigo después de comer.

Las tres de la tarde en que acabamos de llegar a casa de Abel. Éste e Isaac no estaban aquí pero casi al mismo tiempo que nos bajábamos aparecían ellos por una quebrada. Ya están reunidos los tres hermanos y hasta tiempo les faltará para hablar de todo. Yo me marchó a pesar de las instancias de Abel porque me quede. Tengo que llegar a casa y aún me faltan dos leguas y la Eulalia dice que quiere llegar luego para comer a su vez, pues que no ha almorzado ni comido hasta ahora desde que salimos.

Calaveras. Jueves 13 de junio de 1850

Ayer a las cinco de la tarde y antes que el sol quisiera ponerse, llegué a mi casa. Ninguna novedad he encontrado. Los amigos Rojo y Blanco están buenos. Blanco sano completamente. He encontrado aquí una carta de Rodríguez desde Jesús María en que me dice que disponga del

rumbo que debe tomar, que la gente se salió de allí y que no vende ya casi nada. Hoy he visto ya a mi buen viejo para que vaya mañana muy temprano a traerlo al placer de más arriba. Pronto me parece que todos los placeres quedarán desiertos. Esta maldita ley está haciendo salir la gente a chorreras y si no se revoca va a quedar esto desierto.

*Calaveras. Viernes 14 de junio de 1850. Nuevo incendio en San Francisco.
Ver fecha 20*

Sucede una cosa muy notable aquí con el temperamento. Ahora quince días o un mes hacía aquí tanto calor como en el más riguroso del verano, y en estos días en que más avanzada está la estación, son tan frescos los días como en primavera. De noche es preciso ponerse muchísima ropa para dormir sin frío y de día visto yo de nuevo mi camiseta colorada porque de veras siento frío. Estas variaciones tan grandes como repentinas es extraño que no causen males en la salud. Me acuerdo que el año pasado no podía yo soportar el calor, y que me era necesario estar con la botella de limón al lado. ¿Será tal vez que estoy más aclimatado y que soy ya poco menos que Californio? No me pesa, ya que he tenido que estar aquí dos años. Quién sabe dónde será que tenga más tarde que aclimatarme. Es la vida de uno tan errante, digo, cuando es joven, de un alma ardiente y de un corazón ambicioso como yo. Cuando estaba en Catamarca no aspiraba sino a salir de allá a cualquier parte; vine a Chile y entonces las aspiraciones se centuplicaron. Quise ser rico, sabio, feliz, quise salir por todas las partes del mundo. En Catamarca me habría contentado con lo que tenía en Chile, y allí quise tener un tanto más como límite ya de mi aspiración. Vine aquí, y mi aspiración creció a tener el doble; lo tengo ya. ¿Y ahora podré decir que está satisfecha mi ambición? No. Después de estar en Chile quise viajar hasta California y nada más; una vez llegado aquí quise conocer todo el Pacífico y prometí cumplirme ese deseo. Ahora no tengo más pensamiento, más final aspiración que la de correr por Europa, y Dios lo sabe si no pierdo lo que tengo, satisfaré eso ... ¿Y después? ¿Quién puede decir a qué aspirar después? Llegará un día en que aspire a alguna cosa imposible y entonces el imposible acabará conmigo o al fin saldré como siempre con la mía.

Sábado 15 de junio

Son las nueve de la mañana. Desde que llegué aquí no he podido plantear la fábrica de pinol a causa de la rueda del molino que se me quedó en Stockton y no aparece aún. Al fin he resuelto principiar hoy sea como fuere y ver lo que se hace, porque es demasiada demora ya. En este momento tengo dos hombres tostando, y dos en el molino. Aún no sé cómo andará la máquina así pues que al primer ensayo veremos si necesita más hombres.

El día de hoy está fresco como los demás que han precedido desde ahora ocho días. El arroyo se aumenta en vez de mermar en este tiempo, como el año pasado. Los campos que estaban tan bonitos, están secos ahora pero sin embargo hay muchísimas flores tan hermosas como las de primavera. Mi triguero está ya casi maduro. En medio de un pedregal inmenso en partes, tiene de alto dos varas con la espiga. El grano es casi más grande que el de Chile. Creo que estas tierras con cultivo darán sin mucho trabajo un ciento por una. En pocos días tomaré un poco de ese trigo y guardaré para recuerdo del sitio donde pasé tanto tiempo, en las entrañas de California, donde tenía mi casa antes que nadie. ¡Oh! debe ser muy agradable ver después cosas que le recuerden hasta lo más minucioso del lugar que se ha hecho célebre en la historia de su vida por mil y un motivos. Ya me parece que estoy viendo mi trigo en aquellos otros mundos y contándoles a mis parientes, a mis amigos los sucesos de California.

Son las cinco de la tarde. Orellana acaba de arruinar cinco quintales de pinol, tan bien manufacturado como la mejor harina del molino de Puchacay. No creía que se podía abreviar tanto en este trabajo. Estoy muy contento de la máquina y lo que voy a ganar con ella.



F. 14: Molino de Puchacay¹³⁶

¹³⁶ *Atlas de la historia física y política de Chile por Claudio Gay*. Paris: En la Imprenta de E. Thunot, 1854. www.memoriachilena.cl. Imágenes consultadas el 22 de enero de 2022.

Domingo 16 de junio

Ayer a la oración llegó aquí Rodríguez de Jesús María. Vino en caballo tan flaco como un [ilegible] en una silla de cuarenta horas, y con estribos de un cordel y por este estilo todo lo demás. Seguro estoy que si en Catamarca lo vieran en esta apostura, lo apedreaban. El arriero le dejó ayer la carga aquí por equivocación en lugar de llevarla más arriba y hoy temprano se fue a parar su carpa para ver si puede sacarles algún oro hoy a los mineros.

Son las cuatro de la tarde. Esta hermosísima la tarde y vamos a aprovecharla dando un paseo. Isidro llegó aquí esta mañana a visitarme y se irá mañana recién. Así es que ahora estamos aquí muchos amigos reunidos, y alegres por lo mismo.

Calaveras. Lunes 17 de junio de 1850

Las doce del día. El tiempo sigue admirablemente bueno. A esta hora corre el viento fresco de todos estos días pasados. Todo va en silencio como siempre en Calaveras. Scollen se fue ya. A la gran compañía de los negros esclavos ha sucedido otra igual de chinos y todo el día no veo sino la estúpida cara de estos hombres tan civilizados en artes y tan brutos en usos y costumbres. Todo como dije está en silencio, sólo mi carpa para California parece un gran establecimiento, una fábrica con cientos de brazos. Desde más de una cuadra se oye el ruido áspero y seco que hacen los molinos, y el suave y acompasado de la máquina de tostar.

Como en las grandes máquinas cada hombre que trabaja al ruido de una herramienta, se divierte éste en seguir el compás con alguna cantinela para matar el tiempo, así también cada uno de los peones que envasan el pinole cantan siguiendo el compás con la música de su máquina o herramienta. En este momento los oigo cantar a todos y gozo como gozaría el dueño de una fábrica al ver trabajar cantando a sus obreros.

Son las cuatro de la tarde. Hoy la fábrica, o más bien los movedores de ella, han andado más activos. En este momento cosen ya el último costal; han hecho hoy siete quintales sin apurarse mucho. El pinol es de lo mejor que he visto hasta ahora y agregado lo fresco, estoy seguro que en el día no hay en California uno que le iguale. Creo con mucha certeza que el sábado estaré ya desocupado de todo el trigo, si se siguen haciendo 7 quintales por día.

Estanislao. Martes 18 de junio de 1850

Salí de Calaveras esta mañana a las 8 de la mañana. A las doce, en medio del rayo del sol, tuve que bajar la maldita cuesta, que por ser tan parada hay que bajarla de a pie, andando

seis u ocho cuadras desde la cumbre al plan. Al bajar, abajo encontré unos americanos que trabajaban una labor cuya profundidad pasaba ya de cinco varas sin poder dar con el oro. Habían dado con diferentes vetas de metal, una de las que pensaban era de plata. Ellos me dieron un pedazo de piedra que de veras parecía tener plata, preguntándome al mismo tiempo mi parecer sobre la mina. Yo les dije que de veras me parecía que mi piedra tenía plata o al menos cualquier metal, pero que no podía fijar cuál, por saber tanto de mineralogía como de pescar tiburones. Bajé al río y nos embarcamos con Coll en compañía de dos franceses que también iban a Sonora sin conocer el camino. Coll quiere descansar en el río y se quedó disfrutando de la sombra y la buena agua, mientras yo partí con los franceses. A dos millas de distancia les dije que me separaba porque tenía que ir al Campo de Colombia. Ellos me dijeron que también tenían que hacer allí y fuimos conversando agradablemente hasta allí.

Campo de Colombia a las tres y media.

Llegué al campo de Colombia que se compone de ciento y tantas carpas y me costó un poco de trabajo el encontrar a Ramón. No tenía oro. Me dio de comer bien, después visité el campo que me gustó mucho y partí para acá, donde llegué a las cuatro. Son las 5 y en este momento viene Elordi a convidarme a comer. Vamos con Cupertino a quién he tenido el gusto de encontrar bueno. Pobre Ñato, siempre descontento con su negocio y con muchísima razón.

Ciudad de Sonora. Miércoles 19 de junio de 1850

Preciso es ya dejar de decir Estanislao, robando el verdadero título a la ciudad que tiene obtenido del Congreso desde ahora cuatro meses; y de veras que la ciudad es ya mejor y de doble comercio que muchas de Chile y Buenos Aires.

Son las 7 de la mañana en que salgo de nuevo para Calaveras. Estanislao está en todos sus campos casi arruinado en el comercio con la maldita ley del impuesto. Ayer encontré más de trescientos hombres que se dirigían a Calaveras porque allí no cobran. Así es que los comerciantes no hallan qué hacerse aquí de inacción. Nadie compra ni vende un solo medio. Los que más mercaderías tienen son los que más arruinados se creen. Me vuelvo pues sin haber vendido por mayor mi partida de pinol; no hay quién quiera ahora desembolsar 1,500 \$ por víveres en estas circunstancias. Mejor lo venderé en Moquelemos.

Calaveras. Jueves 20 de junio de 1850

Ayer apenas llegué de Estanislao, vino a confirmarme una carta de Samuel los rumores que había oído en Estanislao sobre otro incendio mayor que el último que presencié yo. Samuel me habla de ello en su carta y me incluye además el suplemento del *Stockton Journal* donde se detalla esta nueva y horrible desgracia de San Francisco. El fuego aconteció el viernes 14. Principió a las 7 de la mañana en la panadería de la calle del Sacramento en la chimenea del dueño de casa, quién por tres veces antes en la mañana, avisado por el vecino de enfrente, había apagado su chimenea que principió a arder. (En este establecimiento, ahora que recuerdo, encontramos con Samuel a mi francesa del Teatro, creo que el padre es el dueño). El fuego siguió desde las 7 hasta las 10 y media y no se detuvo sino con el agua. Ahora se quemó la hermosa calle de Clay que salvó en el otro incendio, y allí se quemó la tienda de nuestro amigo Lacombe, el único en todas nuestras relaciones íntimas. Se quemaron todos los hoteles que habían quedado del otro incendio, y ahora son diez cuadras en vez de ocho que fueron las anteriores. La pérdida se estimó en cinco millones ahora, porque aunque más grande el incendio, las casas de comercio han salvado algo por lo que el incendio ha sido.

No sé qué será lo que piensen ahora los habitantes de San Francisco con semejantes sucesos. No sé qué alientos les quede para reedificar una ciudad que parece maldita de Dios. El que no ha visto incendio como los de San Francisco, no tiene idea de lo que debe ser el infierno, si materializamos sus tormentos con fuego semejante.

Ya Samuel me dice que está preparado a cualesquiera cosa que suceda con respecto a la casa de Stockton, que desde ahora la pone en ganancias y pérdidas. Lástima sería que se quemase la mejor casa de Stockton, según dicen todos.

Viernes 21 de junio

El día no está caluroso. Al contrario, corre una brisa que refresca de repente más de lo necesario. Hoy han entrado a este placer como 200 hombre procedentes de Estanislao. Ahora son las 2 de la tarde y el cordón de hormigas no se corta en un momento. Ya los mineros de California han simplificado tanto su necesario, que todo él consiste en una pequeña barra de fierro puesta al hombro de cuya punta pende la batea y un sarape por toda cama. De este modo están aptos para moverse en todas direcciones y así andan de a pie leguas enteras.

Mi fábrica de pinol sigue a las mil maravillas. Como siempre pienso que mañana se acabará todo el trabajo porque no quedan sino cuatro o seis quintales de trigo ya.

He aquí lo que dice el *Stockton Journal*:

A Chillian [sic] was murdered by a French companion on Saturday last, about ten miles from Stockton on Knight's ferryboat. The two were seen coming along the road together, engaged in conversation, when the Frenchman suddenly looked around as if to see if he was observed, and the next moment leveled a gun which he was carrying in his hand at the Chillian, and shot him down. Some Chillians rode up directly after and took the murdered prisoner, but afterwards surrendered him into the hands of some Americans from whom it is said he made his escape. The Chillian died almost instantly, and was buried near the scene of the outrage.¹³⁷

Sábado 22 de junio

Son las 12 del día. Después de haberme desocupado esta mañana, partí para el otro campo a hacer el balance del negocio de Rodríguez. Me tardé solamente hora y media en hacer el inventario y me volví aquí a hacer el balance de los libros.

En este momento Orellana está cociendo el último saco de pinol. Ya se acabó la fábrica. Me han salido cuarenta y cuatro sacos de pinol de 100 libras cada uno. Vendí hoy cuatro y me quedan 40 para segunda orden. Ya todo ha quedado en silencio, la ruidosa máquina de tostar no llama ya la atención de todos los pasajeros, y los molinos duermen también ya en paz.

Son las cinco de la tarde en que acaba de llegar mi peón Muñoz de Stockton. Samuel me escribe diciéndome que esta tarde debían entregarme otras que me escribió ayer. Con el arriero que llega mañana me manda pickles, camotes y cocos de Panamá. Nada más dice la carta.

Calaveras. Domingo 23 de junio de 1850

Son las ocho de la mañana, las cartas que me anunciaba Samuel en su carta de ayer acaban de entregármelas en este momento. Samuel me incluye unos cuatro renglones como carta de Chile, no dejándose de fijar él mismo en lo corto de la carta. ¿Con que tengo yo justicia para quejarme? No contestan mis cartas de dos y tres pliegos, y allá después de seis meses cuando recibo una carta de ésta, es adición o nada más que una simple nota agregada a otras

¹³⁷ *Un chileno fue asesinado por un compañero francés el sábado pasado, a unas diez millas de Stockton, en la ruta de ferry de Knight. Se vio a los dos venir juntos por el camino, ocupados conversando juntos, cuando el francés se paró súbitamente, miró a su alrededor como para ver si se le observaba, y acto seguido apuntó al chileno con un arma que llevaba en su mano y le disparó. Algunos chilenos que venían detrás tomaron prisionero al asesino pero luego lo dejaron en las manos de algunos americanos, de quienes se dice el asesino escapó. El chileno murió casi instantáneamente y fue enterrado cerca de la escena del ultraje. Traducido del inglés.*

que escriben a Samuel ... Me dicen que Samuel no les escribe y tanto más me agradecen mis cartas y cuánto que a no ser yo, nada sabrían de California, que les escriba de nuevo como siempre y en las cartas en que dicen esto son para Samuel y las adiciones, las pequeñas notas son sólo para mí, a quién agradecen. ¡Oh! Me roe el alma esta ingratitud de personas que tanto amo, yo solo sé el horrible efecto que me hacen estas continuas ofensas a mi susceptibilidad porque también yo solo sé cómo aprecio a las personas que me las hacen. Cada cosa de estas me arma más y me afirma doblemente en mi propósito de no escribir más, si bien es cierto que en los ocho meses que hace que no escribo, he sufrido las torturas del infierno al tener que ahogar en mi corazón tanto resentimiento. No sé cómo no revienta mi pecho con la furiosa tormenta que encierra desbordándose por alguna parte de un modo irremediable. Y esto que de Tomasita pudiera quejarme menos, pues que al fin se acuerda siquiera de mí para ponerme sobre en pliegos de papel blanco. Pero Mardoqueo, mi amigo de confianzas, las más secretas de mi corazón, a quién he escrito más largamente que a nadie, Mardoqueo, en fin, a quién los negocios siquiera debieran hacerle escribirme, él sólo me pone una adición en las cartas de Samuel y ésa es para decirme "A Ramón Gil que no sea lesa, que lo mismo es que le escriba a ti que a él". ¡Dios mío! Con qué indiferencia, Samuel está a 50 leguas de mí y es lo mismo escribirle a él que a mí. Yo estoy en las entrañas de las minas tal vez con los días contados, sin más consuelo que mi sempiterno aislamiento, sin más goces que mi dolor ahogado pues que no tengo ni en quién quejarme, yo vivo lejos de cuanto se necesita en la vida del hombre civilizado y todavía es lo mismo escribirle a Samuel que a mí. ¡Oh! Y así que escriba, que dé noticias que se me agradecerán. ¡Oh! Crueldad y egoísmo brutal. Dios mío. No permita la fatalidad que siga este estado de guerra a muerte entre mi amor por ellos todos y mi orgullo ofendido, mi amor propio ultrajado hasta lo sumo. Dios mío, sé que soy capaz de llevar a cabo la resolución más brutal y descabellada, y tiemblo ver llegar la crisis de esta guerra desconocida.

Lunes 24 de junio

Hoy ha hecho muchísimo calor, el viento que corre casi siempre todos los días no ha aparecido en ninguna hora de modo que el calor ha sido sofocante. Sin embargo, el calor no ha impedido para que cuanto peruano, argentino y chileno que hay aquí celebre San Juan a su modo. Como los americanos nada saben de esta festividad, viendo así a todos los españoles, como ellos les dicen, tan reunidos y divertidos, han estado todo el día muy alarmados. Ayer hubo algunas peleas en que un chileno ha dado de patadas a un americano por no coserlo a puñaladas, como él decía. Este es todo el recuerdo que deja mi diario del día de San Juan, que en aquellos mundos es tan celebrado.

Son las cuatro de la tarde en que acaba de llegar Juan de Dios Sánchez que me ha entregado una carta de Samuel. Éste debió salir para San Francisco en el vapor habiendo concluido el balance y arreglo de la casa. El balance asciende a 50 mil pesos de ganancia libres de todo gravamen pagando hasta el último medio. No es mala ganancia para hacer un año cabal a que se estableció el negocio.

Martes 25 de junio

Los peones que han cumplido ya su contrata conmigo han salido para Stockton y van conmigo en la otra semana a embarcarse en mi buque para Chile. Mi Compañía es la única que ha cumplido en regla su contrata. Me han sido fieles hasta los últimos momentos; cada uno de ellos que ganaba la mitad del oro explotado, lleva dos mil y tantos pesos. Suficientes fortunas para los que jamás han ganado más de un real diario.

Son las doce de la noche en que acabo de escribir una carta a mi tío Agustín. La primera que escribo para el hemisferio después de ocho meses de silencio. Pobre Benjamina. Su recuerdo me hace siempre olvidar todo. Pero pobre yo, más bien, pues que ella no sabe que me hizo sufrir alguna vez ...

Calaveras. Miércoles 26 de junio de 1850

Son las once del día. Hoy es uno de esos días cuyo calor se deja ver en toda la naturaleza entera. Ningún ser viviente se ofrece a la vista, uno que otro pájaro que se ve entre las ramas de algún árbol parece que estuviera empeñado en botar de su pecho todo el fuego del infierno; así se le ve abrir el pico y respirar con ansia sin cesar ni un momento. Los chinos que trabajaban no ha mucho en sus labores, los he visto también al fin abandonar sus labores y salir con sus trenzas sueltas en busca de algún árbol bajo cuya sombra refugiarse. Todo pues está sumido en el mayor silencio, parece que el calor lo devora todo ahogando hasta el más ligero viento que pudiera mover la hoja de un árbol.

Y mientras nosotros nos morimos aquí de calor, cuantos habrá que se mueren de frío en las otras partes del mundo. Por ejemplo en Chile y Buenos Aires, ¿cuántos se quejarán de frío mientras nos asamos nosotros aquí? Y quién sabe si entre esos no hay algunos parientes cuyas penas nos toquen muy de cerca. ¡Pobre mamita! Ella suele padecer horriblemente en el invierno, y las últimas cartas anunciaban todavía sustos de la enfermedad del invierno. Quién sabe si ahora está ya de nuevo enferma. ¡Oh! Maldita cien mil veces la incertidumbre en que estoy yo

desde ahora seis meses. Cuán doblemente tormentoso es el silencio cuando se tiene cualquier laya de contratiempo en los seres que uno aprecia en la vida.

Acaba de llegar Don Casimiro de la otra carpa. Todavía él es más desgraciado que yo, pues que hace tres años que nada sabe de su familia. Aquí viene en sus ratos de desesperada tristeza a buscar consuelo en mí, que sufro y padezco su mismo mal. Yo lo consuelo sin saber cómo ni con qué ... sólo yo no tengo quién me consuele, quién me haga ser feliz un rato, olvidando mis tristes pensamientos de siempre.

Jueves 27 de junio

Hoy es para mí vísperas de viaje. Mañana debo salir para Stockton y San Francisco y aún a estas horas estaría ya muy lejos de aquí si no fuese por Don Casimiro, que me demora con sus cartas y encargos de familia. Me voy dejando mi casa con los mismos habitantes que tenía desde que llegué de Stockton. Blanco está mejor de su enfermedad pero se empeora su situación monetaria porque no hace más que lo que hace un viejo de noventa años con su gota. Pobre joven. Queda también Coll que tiene pereza hasta para reírse, ¿cuáles serán sus fuerzas para trabajar? No he visto un hombre jamás en mayor abatimiento de cuerpo y espíritu. A propósito, ayer me habrían hecho añicos mi pobre Blanco si no me meto yo por medio. Jamás he visto un hombre más torpe, más salvaje, más bruto que Coll en el caso de ayer; lo cierto es que él dijo que si yo no hubiese estado por medio, su puñal habría trabajado.

Por fin queda Rojo, el invariable amigo, el más delicado y honrado sujeto, siempre bueno, atento, moderado, lleno de buen humor y voluntad para servir a todos. Éste es el mejor muchacho que conozco y a quién más distinción le manifiesto porque de veras lo merece para mí. Su situación en nada lo abaja, y al contrario le adquiere un título más a mi respeto y aprecio. Este es el modo en que dejo mi casa todavía con los peones para salir para Stockton.

Viernes 28

Son las 7 de la mañana en que salgo para Stockton. Acaba de salir el sol ya, pero parece que el día de hoy no será muy caluroso. Los jóvenes duermen todavía y sólo Juan de Dios Sánchez está despierto y me ve salir. Llevo conmigo mi puñal y dos pistolas, pues dicen que asesinan todos los días en el camino de las minas. Yo no llevo ahora sino 1.200 \$ pero es bastante para cebar la codicia de los ladrones en el camino.

Son las doce del día y estoy debajo de un hermoso roble de este lado del río Calaveras.

Stockton. Sábado 29 de junio de 1850

Ayer, después de descansar un momento bajo de unos árboles de este lado del río Calaveras, ensillé de nuevo mi mula y volví a tomar el camino. No había almorzado al salir de casa y como tampoco tenía disposición de comer, no me detuve en ninguna parte. Desde las 12 el calor me sofocaba y cada cuatro o seis leguas y a veces cada cuatro millas, tenía que bajarme en alguna carpa para tomar limonadas. Pocas veces he experimentado un sol tan quemante como el de ayer.

A las cuatro de la tarde me paré en la puerta de la casa de Isidro, quién me veía sin salir de la admiración que le causaba mi repentina llegada, mi traje, armas, etc. Alguna vez debo hacerme retratar para recuerdo mío, cómo se viaja y anda en las minas porque es un poco curioso, y contrasta demasiado con el vestido que ha llevado un joven elegante en las ciudades. Yo traía ayer un pantalón de algodón arremangado sobre una bota americana de marinero. Una camisa de lana lacre cuyo cuello y manga son enteramente iguales a las de una chaqueta. Así es que parezco yo un asesino de aquellos colorados de Maza. En lugar de ceñidor traía un tirador en que cargaba el oro y que servía además para sujetar a la cintura mi puñal en frente del pecho y las pistolas, una a cada costado. Todo este traje lo completaba un sombrero de paja valor de cuatro reales doblado en forma de sombrero episcopal.

Así llegué aquí a las cuatro de la tarde sin más novedad que el cansancio y el desgano para comer consiguientes del camino precisamente.

Domingo 30 de junio

Son las diez del día en que acabo de salir para San Francisco en el vapor Tehama. El vapor se aleja como un rayo por el lago de Stockton pasando por frente de hermosos edificios de un lado y otro, mientras yo sentado sobre los escaños de cubierta escribo esto en mi cartera para mi diario. Qué hermosa vista un vapor al salir de Stockton, con su chimenea alta dejando atrás nubes de humo, con su fuerte e imponente respiradero, y con sus inmensas máquinas de cada costado, como los brazos de un robusto nadador que abraza un inmenso trecho en cada movimiento. Este vapor además es lujosísimo y éste es el primer viaje en que se estrena. Ya quisieran muchos de nuestros salones ser como el de este vapor.

Ahora mientras el vapor daba su última señal de partida, yo estaba viendo pescar en el lago arrimado a la baranda del costado, cuando un pescador dijo a otro en inglés, “no ves, allí está un hombre muerto.” Al momento principiaron a reunirse hombres y muchachos a la novedad, hasta que vino la comisión de muertos. El presidente, al momento, hizo entrar un buzo, tiraron cables abajo, y en dos minutos estaba el cadáver sobre el muelle. Era seguramente un

americano que se cayó allí borracho, al menos según lo decía su cuerpo exento de toda herida y cardenales. Ya se oye la campana que llama a almorzar y yo tengo hambre verdaderamente; más tarde hablaremos otra vez.

California, 1849–1852 (continuación)

San Francisco. Lunes 1 de julio de 1850

Ayer a las cinco de la tarde fondeó el vapor en New York contra todas nuestras esperanzas que pensamos estar allí a las dos de la tarde, pero faltó carbón y andábamos muy poco. Al momento de llegar, saltamos a tierra con Mix, un joven americano amigo mío. Me convidó para ir a un hotel donde tomaríamos alguna cosa y veríamos unas niñas muy lindas. Fuimos en efecto, pero pasando por entre una nube de bravísimos mosquitos; entramos y salimos al momento por más que las niñas eran lindas porque los malditos moscos nos acababan. Nos volvimos al vapor, que provisto ya de carbón, daba la última señal a los pasajeros.

Anoche a las ocho de la noche llegamos a Venecia; pusimos tres horas no debiendo poner una. Luego que vimos esto con Mix nos convencimos de que no llegaríamos a las diez ni a las once y nos fuimos a nuestros cuartos a dormir. Ahora ya son las seis de la mañana y no podemos entrar por la niebla primero, y segundo por falta de leña. Acaban de echar a la caldera dos sofás y algunas silletas, vamos a ver si con esto llegamos al muelle que dista pocas cuadras.

San Francisco. Martes 2 de julio de 1850

Por una gran casualidad he llegado ayer a tiempo para despedirme de Emilio Quevedo que se ha embarcado en el vapor para Panamá y Chile. Me había escrito dos cartas de despedida, ya creyendo no verme, y yo he llegado a San Francisco ayer sin tener la menor idea de su viaje. Grande fue su sorpresa cuando me vio de repente entrar a su cuarto cuando menos lo pensaba. Al fin, después vino él a casa y he tenido el gusto de tenerlo conmigo hasta que se ha embarcado.

Ayer cuando llegué encontré a Samuel clavado de cabeza escribiendo para Chile con Emilio, tuve tiempo de entrar al cuarto sin que me apercibiera y golpearle la espalda sin que me vea. Dio un salto de sorpresa y luego que me abrazó, dijo, “caramba, llegas a tiempo siquiera para poner tu firma en las cartas que escribo a Chile; cabalmente estaba hablando de ti.” Así que, esta vez, también he dejado de escribir para Chile.

Cuando desembarqué ayer del vapor me sorprendió el horrible estrago del último incendio. Mucho trabajo me costó dar con el Hotel Lafayette, por tener que pasar por entre medio de ruinas que no había cuando yo me fui. Sin embargo de los estragos del incendio anterior, no

quedan ya ni rastros. Los cinco magníficos hoteles de la plaza están concluidos y cien mil veces mejor que lo que eran antes. El lujo de cada uno de ellos es capaz de parar la atención del europeo de más gusto. Pasma de veras ver tanta magnificencia en el trabajo del hotel en sus pinturas al óleo, en sus hermosísimos cuadros, todo para servir al momento menos pensado de pasto al incendio. Cada día San Francisco es el puerto más interesante en el mundo. Según la estadística de hoy, existen en la bahía 528 buques. Así debe ser para que en una inmensidad tan grande de agua no se vea sino arboladura de buques.

Miércoles 3 de julio

¡Gracias a Dios! Acabo de bajar de a bordo de la Elisea a donde fuimos con Samuel, Rondisoni y el capitán Detjjen. Ya soy hombre que tengo un buque hermosísimo y consagrado con el nombre de mi hermana Elisea. Samuel había realizado la compra de esta barca el día antes que yo llegara teniendo la suerte de no pagar por ella sino cuatro mil doscientos pesos al contado, cuando las anteriores propuestas han sido de seis mil sin que se pueda conseguir. El buque reúne cuantas cualidades pudiéramos desear. Tiene dos hermosas cámaras, una sobre cubierta con 10 cuartos para pasajeros, su jarcia y velamen es flamante, fuera del que tiene de repuesto, es enteramente nuevo y carga cerca de 300 toneladas. Se llamaba antes Elvira, pero está bautizado y matriculado con el nombre de Elisea. Lo más singular es que el buque es blanco y celeste, de la pintura más fina y linda que darse puede. Toda la cámara alta es un cuadro blanco y otro celeste. Qué hermosa.

Bien, ya mis sueños van realizándose en parte; vamos a ver si su realidad dura algún tiempo. En quince o veinte días de la fecha deberá salir la Elisea para Chile, quédese quién se quedare. Mucho debe costarnos el armamento del buque aquí donde desde el capitán y marineros, hasta el agua misma es preciso pesar con oro, pero trabajaremos una vez como se debe y haremos a fuerza de voluntad lo que tal vez no lo puede el dinero. Veamos cuántos pasajeros lleva la Elisea para Chile, hasta ahora todos los buques que han salido para allá, ninguno ha llevado más de 20 pasajeros y a muy bajos precios.

Jueves 4 de julio

Hoy es el famoso cuatro de julio, aniversario de la Independencia de Norte América y aniversario también de los crímenes perpetrados por los americanos en California el año pasado. Qué desgracia para un norte americano bueno el no poder celebrar el aniversario de su patria sin

avergonzarse de pertenecer al mismo tiempo a la Nación a que pertenecían los bandidos de San Francisco, los más criminales y bárbaros del mundo.

Hemos asistido a la plantación del palo de la bandera en la plaza, y de veras ha estado curioso. En el cimiento han echado todos los americanos piezas de moneda hasta cubrir el piso enteramente. El palo mide unos 250 pies de altura y es el pino más hermoso y derecho que he visto en mi vida. Un americano había hecho una mina de pólvora allí mismo para celebridad y cuando 300 hombres abrían la boca al levantarse el pino, estalló la mina, incendiando a algunos toda su ropa. Todos han celebrado la idea.

San Francisco. Viernes 5 de julio de 1850

Antes de ayer hice imprimir 50 avisos o anuncios de la salida de la Elisea pero recién hoy se han podido fijar a causa de la fiesta de ayer. Hoy se ve ya en grandes letras en todas las calles y esquinas de San Francisco repetido el nombre de Elisea. Cuánto gusto me causa una cosa tan pequeña, por esto veo que las cosas más insignificantes para unos, a veces es la de más misterio e importancia para otros. El anuncio está para el 15 o 20; vamos a hacer los mejores esfuerzos para que salga el día fijado y no se demore quince o veinte días como otros buques después del anuncio.

Anoche estuvimos con Samuel a visitar a madame Lacombe. Como recién llegado me trató muy bien, estuvo sumamente amable y condescendiente. Se sentó al piano conmigo desde las 9 y no se levantó sino a las once cuando queríamos despedirnos. Nos ocupamos con ella un gran rato en hacer el examen de los retratos de sus discípulas. Le hice notar que fallaba en el cuadro de la señorita Dorotea y que me era extraño eso cuando allí estaba Ursulita su hermana. Sobre esto fue y vino la conversación a distintas partes conforme le convenía a ella el papel de maestra y a mí el de simple curioso. Hablamos después sobre su discípula predilecta, la señorita María y aquí se extendió en elogios como yo en sumisas aprobaciones de todo corazón.

De veras que desde que salí de Chile no he tenido una noche más divertida. Me he visto al hablar de intrigas de sociedad y de señoritas como en un terreno del todo desconocido para mí. Había perdido ya con el gusto por esta clase de sociedad, hasta la esperanza de encontrarme otra vez entre gentes que me recuerden aquellas épocas, que ahora no sabe uno que calificación darles, si de felices o meramente insignificantes. Tal vez a la altura que hemos llegado en materias de abnegaciones y de completa abstracción de todo lo que no sea sino negocio, aquellas épocas pasadas no son sino tiempos perdidos que uno llora ahora sin otro consuelo que la palpitante enmienda 1ª y 2ª ... 2ª, la solemne protesta de no caer otra vez en semejantes faltas. Pero cumplirá uno estas propuestas arrancadas al alma en medio de cadenas, es decir

forzada tal vez por su inacción a hacer semejantes propuestas. Ya veremos lo que pasa en mí y contestaremos más tarde.

Sábado 6 de julio

Hoy se han concluido dos muelles más, muy hermosos, de tres a cuatro cuabras cada uno. Ya tenemos en San Francisco 6 muelles, y aún no son suficientes para facilitar el tráfico marítimo del puerto. Hermosísimas casas se han concluido también en el mar a más de cuatro cuabras de tierra con sus hermosas calles de comunicación tan grandes como el muelle mismo. Se ve ya el hermoso plano que forma y la población en el mar con sus calles rectas y bien pobladas. Seguramente que vamos a tener una Venecia en San Francisco luego que la población se extienda en el mar.

Pero qué cosa tan extraña es el temperamento de San Francisco. Estamos en el rigor del verano y mientras en Stockton apenas se soporta el calor, aquí no se puede andar sino con capa. Al amanecer una niebla espesísima impide hasta ver a treinta pasos de uno. Esta niebla es húmeda y pesada. A las 12 llega un viento horroroso y tan sumamente fuerte que hace estragos en la bahía y hasta impide el tráfico. Así se va la niebla y el viento que es peor. A las cinco de la tarde cesa el viento y principia un frío tan quemante como el de una noche de hielo. Preciso es ser aquí de hierro para resistir un temperamento igual.

San Francisco. Domingo 7 de julio de 1850

Acabo de llegar de misa de la iglesia católica. Mucha concurrencia había pero no tanta para la población de San Francisco. Había muchas señoras siempre con gorra en todo el tiempo de la misa cosa que ya lo noté en vez pasada. Predicó un dominico una plática bastante larga en inglés. Su punto de ataque era los espectáculos de toda clase, que no atendían sino a la demoralización de la sociedad y más que todos, el de los cuadros vivos o mujeres desnudas en el Teatro. Concluyó al fin con un enérgico “*By Jesus Christ*”,¹³⁸ que no lo había oído decir yo sino como una blasfemia en boca de borrachos.

Ya son las cuatro de la tarde; vamos a comer al hotel Lafayette y después daremos una vuelta por el pueblo y volveremos al Napoleón, quién sabe a qué ... a dormir. Así pasamos los domingos en California y sin esperanza que se mejoren.

¹³⁸ *Por el amor de Jesucristo*. Traducido del inglés.

San Francisco. Lunes 8 de julio de 1850

La Alta California de hoy anuncia la llegada de 4 o 5 buques de Chile, pero en ninguno de ellos hemos recibido una sola letra. Fuimos al correo con Samuel casi seguros de encontrar cartas, pero nuestras casillas estaban enteramente vacías, parece que hasta el *Postmaster* se ha olvidado de nosotros, porque ni él ha puesto su cuenta del mes en el *box* como otras veces.

Samuel solo tiene ahora derechos de quejarse, puesto que él solo ha escrito. Sin embargo, yo no puedo perder la costumbre de ser exigente por correspondencia, como si no hiciera una gran cantidad de meses a que deje de ser comunicativo.

En todo el tiempo que he estado ausente de mi familia no he tenido sino repetidos motivos de confirmarse con que tal vez soy uno de los más desgraciados en materia de correspondencia epistolar. Jamás he estado contento de nadie en esta materia, siempre he dado yo cien por uno. Hoy me admiro la conducta de Mardoqueo que las demás con respecto a mí, sin embargo de no ser muy comunicativo con nadie. Pero es preciso saber la intimidad de relación y franca amistad que nos ligaba aparte de nuestra fraternidad, para concebir cómo debo yo hacer con semejante conducta. Preciso sería saber que nunca dos amigos han entregado el uno al otro su corazón con más sinceridad, ni confiándose mutuamente los secretos más íntimos, las ideas e impresiones de su alma, en una palabra, es preciso saber que ya no hacía nada más que desear en nuestra mutua confianza, para admirar mejor la fuerza del tiempo y la distancia hasta en las relaciones más estrechas de los hermanos. Dos cartas solamente tengo de Mardoqueo, en estos dos años y ninguna de las dos valen para mí un medio renglón de las que me escribía cuando por 1ª vez nos separamos de Concepción, nada más que 30 líneas. Cuánto pesar he sentido muchas veces al sacar aquellas cartas de seis páginas escritas a Chillán y compararlas con las de medio de papel escritas aquí después de mi año y más de 4 mil millas de distancia. Qué diferencia entre aquellas de Chillán llenas de confianzas, de proyectos, de quejas y protestas, por fin ... un verdadero desahogo de su corazón, su alma patentizada en una palabra, y estas de aquí sin más que un saludo a veces. Pensar que uno ha perdido en confianza para una persona sin otra culpa que estar lejos, qué triste cosa es. Escribe siempre muchas y largas cartas a Samuel y en posdata me dice a mí que tenga esas por mías, lo mismo que si fuesen escritas a mí. Dios mío. ¿Cómo hay hombres que se atreven a calificar a los demás por lo que pasa en ello, o mejor, cómo hay personas que quieran para otros con toda su buena fe lo que para ellos sería un insulto? Y todos en los golpes después de seguir yo siendo aquí lo mismo que allí, después de haberle escrito tantas cartas, cuantas he podido. Conque tengo o no razón para quejarme de mis corresponsales, y aun de aquellos que son más que hermanos, son amigos y confidentes.

Martes 9 de julio

Hoy ha llegado el vapor Isthmus trayendo a su bordo más de 300 pasajeros. Estuvimos a bordo con Samuel y acabamos de llegar de allí. Este vapor es nuevo aquí, es tan grande como los otros y de tanta comodidad como el hotel más grande. Encontramos todavía sobre cubierta algunas señoritas muy mareadas cuya palidez y mal estar corporal se traslucía en todo su semblante.

Hoy se han rematado seis muchachas muy jóvenes, que habiendo venido a bordo de la Elisa desde Mazatlán se han encontrado aquí sin un medio con qué pagar el pasaje. Tres de ellas eran bonitas y su valor subió naturalmente el doble de las otras. Dios mío, eso no es ya sino un mercado abreviado de mujeres como en Oriente, con un pequeño disfraz; aquí como en Constantinopla son las circasianas las que más valen.

Miércoles 10 de julio

En quince días más tendremos ya en San Francisco seis hermosísimos pozos artesianos. Los cinco o seis se trabajan a un tiempo en diferentes partes de la ciudad al mismo tiempo que los inmensos pozos para el depósito de agua de cada uno. El de la plaza tendrá tres pulgadas de diámetro y ya casi dos pies de profundidad sin que puedan dar en la vista de agua que quieren para la población. Una vez que esté concluido el agua saltará como a 30 pies de altura sobre la superficie para derramarse en el gran depósito que está a ocho o diez varas del pozo y completamente concluido. De este modo tendremos riquísimas pilas y los incendios no nos harán estragos.

San Francisco. Jueves 11 de julio de 1850

Nos está costando más de lo que pensábamos la armadura de la Elisea. Desde la mañana hasta la tarde no ponemos pie en tierra, corriendo con el capitán por todo San Francisco yendo y viniendo a la bahía con estos vientos de San Francisco, que de un golpe son capaces de echarlo a pique con bote y todo. Sin embargo de todo este trabajo, vamos arribando y creemos que saldrá el 20.

Yo voy todos los días a bordo en las mañanas y no bajo a tierra sino a las cuatro o cinco de la tarde. Mientras estoy allí, me ocupo de hacer trabajar al carpintero y marineros en todo lo que hay que aprestar; al mismo tiempo yo pido de a bordo las cosas que hacen falta y Samuel me las despacha inmediatamente. De este modo vamos al fin arribando a despachar el buque para el 20.

Adolfo Rondizoni es quién va de sobrecargo; el pobre, después de haber perdido todo, no hallaba qué hacerse aquí, cuando de repente se le ha proporcionado la Elisea para volverse a Chile a ver lo que puede hacer allí; ojalá que haga algún negocio con Mardoqueo y que la especulación sea en el mismo buque. Estaría muy contento con que él anduviera siempre a bordo, así estaría la Elisea bien tratada.

Creo que vamos a tener muchos pasajeros, digo muchos para los que se espera siempre sacar de aquí. Jamás ningún buque ha salido con más de 10 o 12 pasajeros de aquí y a esta fecha tenemos ya 20 pasajes tomados y asegurados con el dinero en nuestra caja. Creo también que tendremos algunos pasajeros de cámara alta, con lo que precisamente haremos un buen negocio. Éstos pagarán 200 \$ cada uno. Hasta ahora no tenemos sino uno seguro, pero hay 4 o 6 más que han visto a Adolfo sobre esto mismo.

Pensábamos haber hecho tocar el buque en el Callao o Centro América para tomar allí productos del país, pero vemos que llevando pasajeros, el gasto de éstos nos haría una gran diferencia tal vez de doble viaje, y no haríamos sino alargar el viaje que es lo que menos nos conviene, teniendo que hacer llegar el buque lo más pronto posible a Chile.

San Francisco. Viernes 12 de julio de 1850

Acabamos de bajar de a bordo del Nuevo Mundo, un nuevo y hermosísimo vapor que acaba de llegar de Estados Unidos para hacer también la carrera de Panamá. No creía nunca que pudiera haber un vapor tan grande y tan lujoso y hecho con el solo objeto de rivalizar. Sin duda que ninguno no rivaliza en nada ahora con el *New World* y que será él el que se lleve la primacía en todo.

De popa a proa este vapor tiene muy bien el largo de una cuadra, aunque su ancho no es en proporción tan grande. Tiene tres o cuatro cámaras todas a cual más lujosa. El tripe de los salones es de Persia y apenas podrá darse una cosa de más gusto en colores. El palo mayor de la primera cámara apenas puede abarcarse por dos hombres, y está todo forrado en riquísimos espejos que forman ocho fases. Al derredor de este palo lo mismo que en toda la cámara hay riquísimos sofás forrados en terciopelo carmesí. Las murallas que forman el salón están recubiertas de magníficos cuadros y así todo ello es lujoso por el estilo. No pierdo las esperanzas de hacer mi viaje a Europa en un buque como éste.

San Francisco. Sábado 13 de julio de 1850

Son las nueve y media de la noche más hermosa que he visto en California. Yo acabo de llegar al Napoleón desde el centro de la ciudad donde fui a dar un paseo. Todos los hoteles están

completamente iluminados y llenos de gente. Los cuadros tienen ahora una vista muy hermosa. Todas las calles están llenas de gente que se pasea disfrutando la luna de esta hermosa noche. Se oyen las músicas de todos los chiribitiles y en partes, se ven mujeres bailando ya un poco borrachas.

San Francisco. Domingo 14 de julio de 1850. Una docena de corbatas

Son las diez de la noche. Hay una luna hermosísima y temperatura deliciosa, hace un poquito de calor como para gustar solamente del fresco de la noche. Muchísima gente se ve ahora en las calles disfrutando la hermosa noche porque no es sino rara vez que estas noches se presentan en San Francisco.

Samuel decía que tenía que dar su lección de inglés y no quiso acompañarme a pasear. Yo salí a la oración sin otro destino que el de vagar precisamente. Fui al Hotel del Imperio y como siempre, tomé de nuevo los cuadros uno por uno a examinarlos, como si no los hubiera visto nunca, o como si fuera un famoso pintor que critica algunas faltas en las sombras o facciones. Son tan hermosos todos los cuadros de estos cuatro hoteles que muy bien puede gastarse media hora sin sentir en verlos todos los días. A la entrada del *Empire* está el cuadro más hermoso que yo he visto. Representa la mujer de Putifar teniendo a José por la capa medio abrazado, quién hace violentos esfuerzos por deshacerse de sus brazos¹³⁹. Jamás puede verse ni imaginarse una mujer más hermosa y seductora, hace más fuerza con la expresión de su cara llena de pasión, con la languidez de sus grandes ojos negros, que con sus blancos y torneados brazos con que pretende sujetar el casto José. El horror y desesperación que pinta éste en su semblante tan joven y tan hermoso por otra parte, es de lo más propio y natural que puede verse. Después de este cuadro ya todos parecen poca cosa. Hay una hermosa mujer desnuda en un cuadro muy grande y cuyas formas pueden dar muy bien lecciones a un artista. Nada tiene que hacer lo obsceno en ese cuadro con la pura admiración del arte. Nadie se fija en que es deshonesto, por admirar la habilidad del pintor. De veras a primera vista cree uno que de veras está viendo una cosa viva, animada, tan natural es su sonrisa y posición.

Después de este cuadro sigue otro y es el retrato de la famosa Lola Montez, que después de revolucionar la Europa ha venido a ser la princesa de N. rehusando ser la Reina de Baviera.¹⁴⁰ Es hermosa mujer y no hay duda ni admiración en que haya causado tanto entusiasmo. Lo

¹³⁹ Putifar fue un dignatario egipcio cuya mujer acusó falsamente a José de haber tratado de seducirla.

¹⁴⁰ Lola Montez, condesa de Landsfeld, cuyo verdadero nombre era Elizabeth Rosanna Gilbert, (Grange, Irlanda, 17 de febrero de 1821–Nueva York, 17 de enero de 1861), fue una bailarina y actriz que se hizo célebre como bailarina exótica, cortesana y amante de Luis I de Baviera.

más triste de todo es que seguido de este cuadro y en medio de otros no muy morales, aparece uno que representa a María Santísima contemplando su hermoso Niño en el pesebre. La pura y modesta hermosura de la Virgen y de su Niño contrasta horriblemente con lo obsceno de los demás cuadros. Dos veces hemos querido comprar este cuadro y no han querido vendérselo.

Salí de ver los cuadros de los cuatro hoteles y en la última puerta del *Park House* me encontré con Rufino. Luego nos dirigimos para acá con ganas ya de dormir. Pasando por la calle de Montgomery veo de repente que están en un remate muy concurrido. Entramos un momento a tiempo que ofrecían tres reales por una docena de corbatas de verano. Yo ofrecí seis sin más ni más y heme aquí en casa con mi docena de corbatas por seis reales.

Lunes 15 de julio

Acabo de bajar de a bordo, son las cuatro y media de la tarde. Hoy a las once fui a bordo de un buque inglés con el capitán a pagar unos 9 mil galones de vasijas que compré para la Elisea, y con este motivo vi allí a una niña de 18 años lo más completamente hermosa. No pude saber si era la hija o la mujer del capitán. De cualquier modo que sea el padre o el marido, es un tirano, o un cobarde de aquéllos que se hacen carceleros de la belleza. Poco aptos e indignos de guardar ellos una belleza se creen que en todas partes están expuestos. Y tienen razón a fe. Este viejo hace bien de no dejar bajar a tierra a su hermosa cautiva.

Martes 16 de julio

Son las cinco de la tarde en que llego de a bordo de la Elisea. Hoy llegaron los demás peones de las minas y me ocupé de instalarlos a bordo. Ya está concluida la nueva cámara en el entrepuente. Ha quedado tan cómoda y hermosa que no tiene mucha diferencia con la de arriba.

El capitán está casi despachado de sus cosas de armamento, sólo le falta que se complete el número de pasajeros y que le demos la orden para hacerse a la vela. Ya hoy tenemos 32 pasajeros ...

San Francisco. Miércoles 17 de julio de 1850

Anoche han asesinado una mujer cerca del Hotel Napoleón donde vivimos ahora nosotros. El asesino es un mejicano que trató de fugarse al momento después del hecho, pero fue aprendido

y para hoy en la cárcel. Según dicen, la tal mujer bailaba con su asesino pocos momentos antes en muy buena armonía. Quién sabe qué fue lo que pasó más tarde que causó la muerte.

También antes de anoche hubo horribles puñaladas en una taberna entre franceses, chilenos y americanos. Murió un francés alevosamente asesinado por un americano después de concluido el primer pleito. Dicen que ayer, a consecuencia de este asesinato, se reunieron 8 o 10 franceses y fueron a pedir justicia a casa del Sheriff jurando por el honor de Francia que si él no les hacía justicia se la abrogarían ellos con crueles venganzas y que en seguida se entenderían con él. Creo que el Sheriff tomó la cosa con empeño porque ayer mismo habían encarcelado dos de los más criminales en el asesinato.

Nada hay como San Francisco para pasar desapercibido de todos estos acontecimientos que se pierden entre el movimiento y el bullicio comercial. No hay casi noche que no muera un hombre de una puñalada o que no haya un saqueo o violación, etc., etc., pero rara vez se detiene uno a leer en la Alta California los tres o cuatro renglones que contienen la relación del suceso, tan insignificante parece al lado de tantas otras cosas que suceden en el estrecho término de 24 horas ...

El día de hoy, como todos los que le han precedido desde el 10, ha estado nublado y cubierto de una niebla espesa y humedad hasta las doce del día. Desde entonces ha corrido un viento horroroso hasta ahora que son las cinco y media. Pero a las cuatro cuando íbamos a comer al hotel casi no podíamos avanzar, tan fuerte soplaba a esa hora. Desde esta hora es más soportable ya el temperamento.

Jueves 18 de julio

A un tiempo han llegado de Norte América las propuestas y presupuestos de gastos para un ferro carril desde San Francisco a Boston de dos diferentes compañías. Prometen hacer tres mil millas de ferro carril en 5 años y llevar fechas de San Francisco a Boston en 6 días. Los cálculos y presupuestos están tirados tan bien que la cosa parece muy realizable y que el Congreso les admitirá sus propuestas casi en todas sus partes.

Una gran excitación ha habido en San Francisco con esta noticia, ya les parecía a todos los comerciantes que el ferro carril se concluía y que veían llegar la respuesta de sus cartas en 15 días. Qué movimiento sería el que hubiera entonces en California. Cuántos los pasajeros de ambos continentes que viajarían por placer. Si esto llega a realizarse al mismo tiempo que se abra el Istmo serán dos acontecimientos que más celebridad den al siglo diez y nueve.

Los marineros de la Elisea han envasijados hoy la agua para el viaje. La agua sola cuesta muy cerca de 300 \$ cosa que en otra parte la habríamos tomado de balde. Así cuestan las cosas en San Francisco. Verdad es que hemos puesto casi doble cantidad de la que se necesita para el

viaje por temer de alguna contingencia pues que todos los buques que están llegado a Chile tienen 4, 6 u 8 muertos de sed o hambre. No hay cuidado, la Elisea lleva seis mil galones de agua y provisiones para tres meses por si hecha un viaje largo. A bordo hemos puesto todo fresco, bueno y doble de lo que ha pedido el capitán en su lista de provisiones para el viaje. Nuestra conciencia al menos está salvada.

San Francisco. Viernes 19 de julio de 1850

Acabo de separarme de un antiguo amigo y contemporáneo que dejé en Catamarca y que no tenía idea de encontrar aquí. Este es Ramón Guzmán, joven catamarqueño. Yo venía de casa de madame Lacombe ahora con Samuel y al entrar al Hotel Napoleón se me presentó dándome la mano y preguntándome si lo conocía. Por el momento me fue difícil conocerlo pero luego el recuerdo de su fisonomía se me vino a la memoria. En cuanto a él, me conocía solamente porque Samuel, que entró primero, le dijo, “más atrás viene Ramón, apuesto a que no lo conoces”. De modo que luego que entré, me dio la mano llamándome de mi nombre.

San Francisco. Sábado 20 de julio de 1850

Son las cinco de la tarde en que recién bajo a tierra de a bordo a desayunarme. No he querido ni perder el tiempo que debía gastar en almorzar por dejar hoy completamente despachado el buque para que salga mañana a cualquiera hora del día. Estoy tan rendido que por primera vez he querido sentarme en un sofá blando y permanecer allí tres horas sin pestañear siquiera, pero gracias a Dios el buque ha quedado despachado y puede mañana hacerse a la vela a la hora que quiera. De veras que yo no sabía lo que era armar y despachar un buque, entenderse con el capitán, marineros y pasajeros y creía que todo lo podía hacer sin mucho trabajo. Ahora gracias al despacho de la Elisea estoy ya expedito en la materia.

Ramón Guzmán acaba de venir a ajustar su pasaje. Me ha contado la historia de su vida y trabajos en California para llegar precisamente al punto de donde debió partir. “Quiero que me sirvas...” Habría querido tener modo de servirlo en cosa más lucrativa para él aquí, pero quiere irse a Chile y acabo de hacer por él lo único que pudiera haber hecho por mi mejor amigo.

Los pasajes de cámara y cuarto separado valen 200 \$ y yo acabo de darle su boleto de cámara por 4 onzas, con una orden para el capitán de que reciba a bordo 20 bultos de carga suya sin interés ninguno. Además de esto, lo he recomendado particularmente al capitán para que lo trate a bordo como mi mejor amigo. Si pensaría Ramón cuando jugábamos botones en Catamarca que 10 años más tarde nos encontraríamos en California y que él viajaría en un buque mío.

Isidro y Abel Quiroga llegaron esta mañana de Stockton con averías. Abel al bajar del Dorado y llegar al Lafayette ha perdido una bolsa de ante con 1.240 \$ en oro en polvo. Al momento fui yo a la imprenta de la Alta California e hice imprimir 25 grandes avisos ofreciendo 200 \$ de gratificación al que dé noticia; de balde se han duplicado los avisos en los dos idiomas, ya son las 6 de la tarde y nada se sabe ... ¡qué desgracia, caramba!

Domingo 21 de julio

A pesar de todo mi trabajo de ayer el buque no puede salir hoy por pequeños inconvenientes. El capitán dio ayer licencia al cocinero para ir en tierra, y ha sido allí detenido por deudas o qué sé yo qué. También faltan algunos pasajeros a quienes citamos para hoy a las ocho y no han venido.

Por vida de mi madre que mañana a las 10 dará la vela la Elisea aunque se queden la mitad de los pasajeros que faltaban. Anoche estuvo el capitán conmigo en la playa hasta las ocho, esperando los pasajeros que faltaban y no ha ocurrido ninguno de los cinco malditos. Esta gente rústica no comprende lo que se pierde faltando a una cita cuando de ella depende la salida de un buque.

Ya que el buque no saldrá sino mañana voy yo a escribir lo que no había hecho antes ... creo que por falta de tiempo. Pero a quién escribiré. Hoy es domingo. Días de paseos en Chile, día en que nadie se acuerda sino de su querida o querido, no escribo a nadie.

Lunes 22 de julio

A las 9 de la mañana bajé de a bordo de la Elisea después de haberle hecho mis adioses. Las lágrimas me corrieron sin sentir cuando oí levantar el ancla acompañándose los marineros con su triste canto; al mismo tiempo que se izaban las velas todos mis peones reunidos me decían adiós llorando ... ¡pobres muchachos! Los amo ya como a hijos. Tentado estaba viendo virar el buque de dejarme llevar como quién no sabe lo que sucede, pero el botero me gritó, "señor, el buque se va ya". Por fin di mis últimas instrucciones al capitán sobre los pasajeros y me bajé a tierra.

Ahora acabo de llegar del Telégrafo donde fui a ver las últimas voltejeadas de la Elisea. Ya se fue más ligera que un viento. Pobre Elisea. Ahí te recomiendo la vida y los intereses que lleva el buque bajo la salvaguardia de tu nombre. Cuidado pues que mis esperanzas se burlen y no salga todo bueno como debiera. Adiós y buen viaje.

San Francisco. Martes 23 de julio de 1850

Ayer a las diez del día se hizo a la vela la Elisea para Valparaíso y Talcahuano llevando a su bordo 50 pasajeros. Adolfo Rondisoni va de sobrecargo, y de capitán un alemán Dettjen. La tripulación, inclusive el capitán, *Maitre d'Hotel* y cocinero me ganan 750 \$ mensuales hasta llegar a Valparaíso. Alarmados con las funestas noticias de los buques que han llegado a Valparaíso con seis, ocho y diez hombres muertos de hambre y sed hemos puesto dobles víveres a bordo y doble cantidad de agua que se necesita para dos meses de viaje. Los víveres sólo nos cuestan más de dos mil pesos, sin contar armadura de buque, es decir útiles necesarios para el buque.

Va un médico a bordo para más seguridad y garantía de los pasajeros. En fin, ningún gasto hemos ahorrado para proveer el buen trato de los pasajeros. Es el primer buque que sale para Chile armado como se debe y con la cantidad de 50 pasajeros, cuando en los demás rara vez han llegado a diez.

Hemos remitido a Mardoqueo mil pesos en pepas de oro y como 650 en una letra contra el Sr. Blanco de la plaza de Valparaíso. Para aprovechar la buena proporción y comodidad del buque había querido yo formar un lote de varias frioleras para mandar a la familia, pero no he tenido tiempo ni para escribir, mucho menos para ocuparme de elegir aquí y allí tanta menudencia. A Mardoqueo mando sólo una hermosa escopeta y un rifle con sus útiles necesarios, rematado todo en 100 \$ cosa que no puede ser más barata. También cuatro cuadros para divertir la vista.

Escribo pero cortamente y no como quisiera a Mardoqueo, a mi Tatita y mamita a última hora a la salida del buque; a Valparaíso escribo a Tomasita no tampoco como quisiera ... ¡Dios lo sabe! ... Pero tengo tantas cosas en mi corazón que me ahogan e impiden que hable largo. ¡Ah! qué se harían aquellos días de antes en que gozaba tanto escribiendo una larga carta, mi único placer, el distintivo de mi carácter, lo comunicativo, me lo han arrancado al fin a fuerza de poco miramiento, de frialdad, de silencio, de ingratitud, en fin, con que han correspondido la franqueza de mi alma para con todos ellos. Y diría todavía algunos que los defectos y vicios nacen y se crean en uno. Mentira, no hay tal. Cada repulsa, cada desengaño le trae al joven un vicio, una falta, que solo la tiene el hombre de edad y de experiencia; cada ilusión que se arranca de su corazón virgen es remplazado con un sentimiento bajo y egoísta, propio solamente del hombre que a fuerza de sufrir ha adquirido esa funesta experiencia con que se encubre todo lo que siendo malo se quiere hacer bueno. Triste cosa, en verdad, el desengaño, el desencanto de un corazón joven.

San Francisco. Miércoles 24 de julio de 1850

Hoy amaneció como siempre, muy nublado con una niebla tan húmeda que parece garúa. A las 10 u 11 del día vino el viento que quitó la niebla y no sé qué no pueda quitar este viento de San

Francisco que si uno se descuida, puede muy bien levantarlo al aire y llevarlo a *Happy Valley* sin que se sienta. Por la primera vez este viento no me fastidia tanto porque debe llevar a la Elisea como un pajarillo a Valparaíso.

Ha habido hoy otro remate de mujeres, para pagar el pasaje de cada una de ellas desde Mazatlán aquí. Creo que esta vez se han rematado muy baratas y que es lo que primero que anuncia una baja grande en el artículo.

Jueves 25 de julio de 1850

Son las cuatro de la tarde en que me embarco en el vapor Tehama para Stockton. Vamos saliendo en este momento del laberinto de 520 buques que obstruyen toda la bahía de San Francisco. Esta mañana estuve en el banco Burgoigne donde entregué a los Quiroga 800 \$ en plata fuerte. El peso de la talega me parecía insoportable, acostumbrado a llevar ya tres y cuatro mil pesos en oro en polvo.

Principia a anochecer y nosotros principiamos a entrar en la maldita bahía de San Pablo. Casi cada semana naufraga una embarcación aquí. El vapor lleva ahora un balance horrible.

Stockton. Viernes 26 de julio de 1850

Son las 9 de la mañana en que acabamos de llegar a Stockton. Anoche a las ocho llegamos a Venecia. Yo tenía más sueño que ganas de ver la ciudad y los pasajeros que desembarcaban, y así que me quedé en mi cama sin subir sobre cubierta. No sé a qué horas saldríamos de Venecia pero a las 2 y media estábamos atracados al muelle de New York. Se tomaron los pasajeros y un poco de más carbón y partimos. Al venir el día aún no podía distinguir a Stockton.

A las 7 miramos ya los elevados miradores de la casa de Weber y Stockton House. Desde New York trae el vapor muy poca fuerza, así es que hemos llegado aquí a las 9 en vez de las 7, hora precisa en que llega siempre el Tehama.

Hace un calor insufrible a esta hora en que desembarca y tanto más insufrible para mí cuanto que ayer no más, a estas mismas horas, tenía todavía mi capa sobre mis hombros y apenas podía aguantar el frío. No hay cosa más extraña en realidad que la gran variación de temperatura que hay entre San Francisco y Stockton cuando sólo estamos a un grado de diferencia, lo que sin embargo hace invierno en San Francisco y verano aquí.

Sábado 27 de julio

Ayer a las cuatro salió de nuevo el Tehama para San Francisco y en el mismo vapor escribí a Samuel remitiéndole ochocientos pesos en oro en polvo, para entregar de mi cuenta a los señores Soruco y rescatar una firma mía por igual valor.

Stockton mejora de día en día. Hay tan hermosas casas como en San Francisco y las calles tan pobladas de edificios que hay ya muy pocos sitios sin edificarse. Ayer paseamos por todos los hoteles de Stockton que van tomando el mismo lujo de los de San Francisco y va habiendo tantos que luego sucederá que algunos se cierren como en San Francisco. En el lado “viejo” está el Brench Hotel, donde hay 6 mujeres a cual más hermosa. Éstas bailan a veces y se pasean por entre medio de toda la concurrencia lujosamente vestidas. Lo mejor que tiene este hotel es la música que toca hermosísimos trozos de ópera. Más al naciente está la Bella Unión, cuya música se compone de dos violines, una flauta y una guitarra tocada por Lucero. Frente a éste, en la misma esquina, está el Dorado, que es ahora el más concurrido de todos. En la misma calle hacia el sur hay el Hotel de Méjico, el Hotel Dickson, el Club Weaver y otros hoteles de segundo orden pero de edificios muy buenos.

En la península tenemos ahora los mejores y más lujosos edificios pues hay algunos que no hay iguales en San Francisco ni en tamaño ni en gusto, ni lujo, tal es la casa de Oficinas Públicas de cuatro pisos, lujosamente construida, el Teatro Corintio, el Hotel de Nueva York, el Hotel de Stockton House, etc., Las casas de comercio son igualmente lujosas y bien construidas.

En tres días más estará ya concluido el hermoso muelle que se ha trabajado para los vapores de este lado de la península. El pozo artesiano frente al teatro está muy adelantado. La bomba de incendio y el cuerpo de bomberos está ya completamente arreglado. Del otro lado de la ciudad tienen también una hermosa bomba de tres mangas. Este es el estado en que está esta ciudad de Stockton que apenas cuenta quince meses de edad.

Domingo 28. Salgo pa' Calaveras

El día de hoy es más ardiente que los cuatro pasados. Apenas se puede soportar el calor que hace. Sin embargo, este año hay menos enfermos que el año pasado, menos mosquitos, en una palabra, hasta el rigor de la estación parece que es menos este año que la del año pasado en este mismo mes.

Se está haciendo una subscripción ya para componer las calles, y fabricar veredas para el invierno. Ahora tendremos un invierno mejor, digo, si yo no me voy antes que llegue.

Stockton. Lunes 29 de julio de 1850

Anoche me presentó Sparrow a Master William Velso quién quería un compañero para ir a las minas. Yo le dije que tendría mucho gusto de llevarlo conmigo. Él preguntó cuándo saldríamos y sin pensar en lo que decía le dije mañana. Más luego me olvidé yo de la tal promesa y esta mañana, en vez de partido al rayar el día, como lo hago siempre, me levanté a las 7 y a las ocho estaba principiándome a vestir para hacer una cosa parecida a visita, no pensando sino en que era domingo, cuando de repente se me presentó Mr. Velso reclamando mi palabra y diciéndome que tenía ya su caballo ensillado. Imposible me ha sido hacerlo desistir aun diciéndole que saliendo a estas horas tendremos que dormir en el camino.

Héteme aquí cambiado de elegante, en gambusino minero con mi camiseta colorada en vez de fraque o levita, el puñal y las pistolas en vez del reloj y la cadena. Qué hacerle, di mi palabra sin pensar en lo que hacía y tengo que cumplirla; pero no le hace, yo gobierno la marcha del camino, y el viejo me la va a pagar caro, porque a fe de Navarro, no le dejo hueso sano con el galope. Yo sé que acaba de llegar de Nueva York, y que no es lo mismo el trote de un caballo de California que el movimiento de un vapor. No hay cuidado. Yo le enseñaré a hacer perder domingos.

Son las diez del día en que partimos para los placeres. A esta misma hora una gran porción de gente se reúne y amontona sobre un caballo de un mejicano que fue asesinado esta mañana por un americano, dicen que porque quiso robarlo. ¡Mentira! ¡Ah! malvados, que caro han de pagar un día la libertad con que toman la vida de hombres que debieran vivir muchos años más todavía para su familia.

Calaveras. Martes 30 de julio de 1850

Ayer a la una llegamos a la casa de Míster Davis a orilla del río Calaveras, es decir hicimos 9 leguas en tres horas. Dije que el viejo me la había de pagar y caramba, si me la pagó. Ahora está botado como un muerto en el suelo mientras yo escribo en mi cartera y lo mismo estaba ayer o peor cuando llegamos a Calaveras. Decía que por todo el oro de California no daba un paso adelante, que toda su máquina entera estaba deshecha. Bueno, le decía yo entre mí, ¿no tenías tanta prisa por venirte en domingo? No fue eso todo, tuvimos que dormir anoche en lo de Davis, y mientras yo me mecía en la cama que me hizo la Sra. de Davis, yo veía al viejo Velso tender su levitón en el suelo y taparse con la barriga. Bueno, decía yo, ¿no te decía que tendrías que sufrir no llegando a casa en el día?

Hemos llegado a Calaveras a las 2 de la tarde. He encontrado a Coll muy gordo y bueno que conversaba con Gutiérrez y otro sujeto más alojado en casa. La casa que cubría tanta gente

ahora pocos días está solitaria, parece que todos han abandonado Calaveras al mismo tiempo que yo. Echo mucho de menos el bullicio de mis peones y aún las tontas conversaciones que presenciaba a la fuerza. No hay duda ninguna, no hay situación en la vida a que el hombre no se avenga y sienta perderla al fin.

Calaveras. Miércoles 31 de julio de 1850

Ayer vino Don Casimiro tan pronto como supo mi llegada. Este hombre está desesperado con el silencio de su familia. Yo le traje ahora una carta, pero no era para él y la alegría de pensar en saber de su familia se convirtió en doble tristeza. La carta era para otro Casimiro Rodríguez del Perú.

Sin embargo van pasando los días y acortando con cada uno de ellos el plazo que lo separa de su familia. Ojalá estuviera en mi poder despacharlo mañana mismo.

Calaveras. Jueves 1 de agosto de 1850

Son las once de la noche. Veamos el balance de operaciones del día y distraigámonos en esto más bien que pensar en cosas que matan a pausas mi corazón ... Cuanto bien le debo yo por esto a mi diario, en estos ratos de amargo pesar él solo me escucha o me distrae, que al fin es lo mismo porque dejo de pensar en mi familia, en mis amigos, en mis días de ilusión y el martirio del feliz recuerdo pasado comparado con el presente viene siempre a ser el resultado. Conque veamos o pensemos en cosas indiferentes. Hoy hice ensillar mi mula antes de salir el sol y partimos con Coll al campo de San Andrés. ¿Qué hubo allá? No encontré a Ramón, quién el martes había salido para Moqueleemos. Estuve en varias carpas para tratar unas mulas y todo lo que se veía en ellas no me traía sino tristeza. Entré en un rancho de paja donde había una mujer de aspecto muy ordinario. Me senté; después llegaron otros hombres que por no haber más asientos tomaron los que quedaban a mi lado, pasado unos pocos minutos fijé yo la vista en frente de mí y una nube de pesar horrible pasó por mi frente. Había un espejo en que me vi yo con mi traje de minero, semejante a un bandido español, luego con dos hombres a mi derecha e izquierda que bien podía llamarles el buen y el mal ladrón, pero, ¡Dios mío!, no he visto figuras que más revelen el vicio y la corrupción, agréguese a estos la figura de la mujer, la casa, la suciedad, el aire impregnado del mal olor que trae la embriaguez. Se me vino a la memoria el recuerdo de mi misma familia, de mis encuentros en mejores salones y mi actual posición, la comparación de mi vida pasada y presente, todo se vino en menos de un minuto. Me levanté humillado, con el corazón oprimido de tristeza y salí sin concluir el objeto de mi ida allí. Dios

mío ¿y de qué me sirve tener plata ahora, si mi juventud se pasa de este modo? ¿De qué me sirve ser rico si al fin voy a llegar a hombre sin haber sido joven? ¡Oh! Qué triste es ver gastarse los años floridos de su juventud y vigor en un desierto así entre la inacción moral y el padecimiento físico, sin patria, sin amigos, sin familia, sin sociedad, sin amor, en fin. Y cuánto más triste es, veo que se pasan esos años de ilusión juvenil, para no volver más en la vida, es para ser sucedidos por el desengaño y el desencanto del hombre maduro.¹⁴¹

Viernes 2 de agosto

Hoy es día de la Porciúncula. Qué de recuerdos me trae este aniversario. Hoy me toma en las minas como el año pasado y haciendo mis mismos preparativos para salir de ellas para siempre. Este día ha sido para mí muy solemne en mi despedida al lugar que por dos años ha sido testigo de todas las emociones de mi alma y secretos de mi corazón. Esta despedida existe en un pliego de papel que a más, encierra flores de recuerdos de aquí.

Calaveras. 3 de agosto de 1850

Son las cinco de la mañana en que salgo de regreso para Stockton y despedida de las minas. Adiós cien veces mi casa en medio de dos cerros por donde he tenido momentos de pacífica felicidad. Adiós cien veces el lugar poblado por mí antes que nadie hubiera puesto su pie, y dónde yo he hecho más que mi fortuna. Al fin, todo se siente en la vida, cuando se trata de despedida. Hasta el cautivo deja una lágrima de dolor al abandonar la celdilla que lo sujetó tras años.

Stockton. 4 de agosto de 1850

Ayer a las doce del día llegué a casa de Míster Lemon y Davis, horriblemente enfermo de un dolor de cabeza efecto tal vez del fuerte solazo que sufrí durante todo el camino. Jamás me ha parecido el sol tan ardiente. Como no había almorzado, quise probar a ver si tal vez era debilidad la enfermedad. Me senté a la mesa y pedí qué comer, pero no tenía ninguna disposición y después de tomar dos vasos de limonada, monté de nuevo en mi mula.

¹⁴¹ A continuación en el original el autor escribe un verso de Zorrilla. “IV. El Plazo”, de la “Leyenda primera. La princesa Doña Luz”, sobre el mismo tema de la juventud perdida.

Al pasar el río vi el agua tan clara que dieron ganas de lavarme la cara a ver si con eso se me quitaba la pesadez y especie de fiebre. ¡Doble imprudencia! Me lavé la cara y la cabeza y me acosté abajo de un árbol mientras pasaba el sol un poco. Saqué de mis alforjas lo único que ellas contenían “Las reinas de Francia” una obra en inglés, y me puse a leer. El dolor y la fiebre crecían y pensé que al fin podía ser que me enfermera formalmente y me viese obligado a quedarme en el camino en manos de americanos. Esto me hizo criar alientos y montar en mi mula casi con la misma agilidad que si nada tuviera. Caminé dos leguas así hasta que no pudiendo sufrir la fiebre que me abrasaba, me bajé en una carpa, tomé un gran vaso de limonada y partí.

“¿Cuánto dista Stockton?” le pregunté a un americano. “Quince millas” me respondió, como si hubieran sido cien para mí; partí al galope antes que me imposibilitara más, pero veía que a cada milla que andaba perdía un tanto de fuerzas, y la vista se me nublaba hasta no distinguir el camino. Sufrí sin embargo hasta andar así 12 millas, mientras tanto el sol parecía quemar como fierro hecho arena y a pesar mío, conocía que la vista se me oscurecía y que la cabeza se me iba sin acertar ni a pensar en lo que debía hacer. De repente sentí un dolor tan grande en todo el cuerpo y un anonadamiento tan completo de todo mi ser, que me caí de la mula más que bajarme y me arrastré hasta llegar abajo de un árbol. No sé qué más hice en hora y media que estuve allí o dormido o sin conocimiento, ¡quién sabe! Me levanté apenas y vi que la mula pacía como a una cuadra de distancia, llegué como pude allí y monté; pero ¡Dios mío! ¡Qué martirio! Cada paso que daba me parecía que sacudían toda mi máquina como para deshacerla de un golpe. Tres veces me bajé a descansar, hasta que al fin llegué menos que muriendo a casa de los Quiroga donde Samuel que había llegado antes de ayer de San Francisco, salió a verme. Apenas podía decirle lo que tenía, tal era el desfallecimiento en que me encontraba. Hoy estoy un poco mejor pero muy lejos de estar sano, tengo mucha fiebre y ninguna disposición de comer. No tengo parte en el cuerpo que no me duela fuertemente. Parece que es un mal presagio mi despedida de las minas.

Lunes 5 de agosto

Hoy estoy peor que ayer; todo lo que temía se ha agravado, apenas puedo bajar la escalera tal es la debilidad que tengo. Samuel porfía porque vea al Doctor Zely y que me ponga en cura formal. Pero Dios me libere de médicos y drogas. Sanaré cómo Dios quiera, con la salud que tengo hoy nadie diera tres cuartillos por mí. ¡Qué hacerle!

Martes 6 de agosto

Peor que nunca hoy, anoche he dormido con ese sueño pesado, fatigoso que trae el delirio, no tuve alientos para levantarme esta mañana, casi todo el día lo he pasado aletargado, ya son las cuatro de la tarde y aún no he probado un bocado de alimento. Samuel no halla qué hacerme, van tres días que no como pero no siento que me hace falta; al fin será preciso que un médico me asesine de una vez, ¡qué hacerle!

Stockton. Miércoles 7 de agosto de 1850

Hoy por orden del Dr. Zely (a quién Dios confunda) he tomado dos píldoras y un vaso de agua amarilla de tan mal gusto y olor que me ha hecho el efecto de un vomitivo. Dice el Doctor que mañana debo tomar igual cantidad de agua “amarilla”, pero se equivoca, apenas él ha salido de aquí he tomado la botella y la he botado por la ventana al lago para no tener ocasión de que me comprometa.

Ninguna mejoría siento yo. La misma absoluta debilidad que a veces me impide bajar la escalera. Ninguna disposición de comer, mucho sueño, grandes dolores de cabeza desde mediodía hasta la noche.

Son ya las diez de la mañana y no tardó en postrarme a la cama el dolor de cabeza. Van ya cuatro días que no sé qué es vivir, con esta maldita enfermedad.

Jueves 8 de agosto

A pesar de haber botado ayer la bebida que me dejó el Doctor Zely hoy ha dicho que es tan necesario que vuelva a tomar que, al fin unido a Samuel, me hizo tomar esta mañana su maldita agua. Hoy no la vomité como ayer, pero no veo tampoco que me haga ningún buen efecto. Voy de día en día peor sin saber qué es lo que quiere mi cuerpo. Anoche Rojo me dio un sudor pero no veo que me haya mejorado en nada. Poco a poco las fuerzas me van fallando del todo sin que sienta por esto más mal interior que el primer día.

¡Oh! En mis horas de soledad cuando falta el sueño para no sentir y nada, y vienen los diferentes pensamientos a la memoria. Cuánto sufro cuando me acuerdo que si mamita estuviera a mi lado sería el objeto de su cuidado, y lo que hoy me parece tanto quizá al lado de ella con su solicitud, todo me sería llevadero. Y quién sabe mientras yo sufro aquí aun tiempo con mi enfermedad y el pesar, quién sabe, decía, lo que pasa allá. Tal vez no hay uno entre tantos que

se acuerde de mí. ¡Oh! Cuántos pensamientos tristes atormentan la cabeza con fiebre como si no fueran bastantes los tormentos de la ausencia y del dolor.

Viernes 9 de agosto

Sigo enfermo como el primer día sin que las bebidas del Dr. Zely hayan podido nada sobre mi enfermedad. ¡Cosa rara caramba! Que no sepa yo lo que tengo. Que no sepa el médico no lo extraño porque tengo tanta fe en ellos como Santo Tomás antes de ver y palpar las cicatrices de su Maestro. Yo, que soy el dueño de mi naturaleza y que la veo sufrir debiera saber, pero qué Diablos, si no me he enfermado nunca, ¿cómo puedo tener experiencia sobre mí? No se siente el bien sino cuando se pierde; yo no apreciaba mi inalterable salud durante 22 años, cuánto la echo de menos ahora.

Mañana, si no amanezco mejor, me voy a San Francisco resulte lo que quiera de ello. Si no me ha da matar un médico, que al menos mi asesino sea un amigo, para tener el consuelo siquiera de que me mata sin querer, y porque su profesión como todo médico, es ... matar sanos. Iré allá y me entregaré en manos de Lacourt.

Domingo 11 de agosto

De ayer a hoy no he sentido más mejoría que la de poder soportar en mi estómago una taza de té, no me quejo sin embargo. Puede ser que al fin así me mejore. Esta noche de domingo se abren a un tiempo los dos teatros de la ciudad. En el uno bailará una bailarina italiana que llegó ahora tres días y vive en casa con su marido, el otro teatro es americano y es el de la península. Que se diviertan los sanos, en cuanto a mí ...

Stockton. Lunes 12 de agosto de 1850

Mi mejoría de ayer y antes de ayer no era sino muy pasajera; hoy amanecí muy enfermo y peor que nunca. Casi perdido de la cabeza me levanté a las cuatro de la mañana y salí al balcón a ver si respirando el aire fresco, podía mejorarme, imposible.

Luego que Samuel se levantó le impulse de mi nuevo estado a lo que me dijo, “te haré tomar hoy un vomitivo, aunque sea amarrándote”. Rojo fue a traer el vomitivo ya y según veo, no hay modo de resistir ahora; veremos qué es lo que saca Samuel con él. Dice Samuel que la bailarina

estuvo divina anoche y que hubo más concurrencia de lo que pensaba. Esta bailarina es la mujer del señor Rossi que ayudó con sus *tricks*¹⁴² en los conciertos de Herz.

Martes 13 de agosto

Gracias a Dios hoy me siento mucho mejor ya y creo que mi mejoría será más positiva. Rojo volvió ayer con el vomitivo y este buen amigo lo preparó y me asistió con todo su afecto acompañándome todo el día. El vomitivo me ha hecho un efecto que nadie podrá esperar.

He despedido más bilis que agua he tomado en quince días.

El último vómito fue de un amarillo o colorado tan encendido que yo me asusté creyendo que era sangre todo y le dije a Samuel que se fijara, pero él me dijo, “no tengas cuidado, que todo es bilis.” Samuel apenas cabía de contento viendo que al fin triunfaba y que salía bien con su vomitivo.

Poco después del efecto del vomitivo me dormí y desperté dos horas después tan bueno que aún creía que no había estado enfermo. Esta es la primera enfermedad que tengo en mi vida, y los primeros medicamentos que tomo. De veras siento haber perdido la virginidad de mi naturaleza dañándola con venenos de botica.

Miércoles 14 de agosto

Samuel me ha hecho tomar hoy una purga para mayor abundamiento de curación aunque yo le decía que estaba hoy tan bueno que no necesitaba más nada; pero él me dijo que no podía tomarse vomitivo sin tomar purga al otro día, así es que me resolvió y me dio una purga de sen (sic), no pudiéndome hacer consentir en que tome de castor.

Hoy he recibido cartas de Rodríguez desde las minas en que me pide algunos artículos para surtir al almacén que se halla ya sin nada. Me suplica que le diga algo sobre la República Argentina, sobre su familia, si he oído siquiera hablar de ella a alguno. ¡Pobre hombre! ya sé yo lo que es vivir en la incertidumbre y lo compadezco; mucho tiempo hace que yo vivo lo mismo ... Ya no soy yo el que antes, en materia de cartas. Ya tardan ellas en llegar muchos meses y otras veces no llegan a pesar de tanto tiempo de silencio. Nunca jamás he estado una hora contento con las personas de quienes espero cartas.

¹⁴² Trucos (de magia). Traducido del inglés.

Stockton. Jueves 15 de agosto de 1850

Ya estoy hoy muy bueno pero sin embargo no he querido abusar de mi salud comiendo lo que el cuerpo me pide ahora. Estoy muy contento con haberme librado de semejante incomodidad. Ahora tendré más cuidado y no jugaré mucho con mi salud.

Hoy es día 15 de agosto, día de la Asunción de Nuestra Señora. Cuántos recuerdos trae este aniversario a mi memoria. En este día era yo vestido de ángel todos los años con mi hermana Elisea corríamos todo el pueblo así después de la procesión. ¡Oh! me acuerdo que el último año estaba vestido de rosado, zapato blanco de raso y alas azul turquí adornadas de grandes sargas de perlas blancas. Cuánta diferencia Dios mío entre el ángel de entonces y el pecador de hoy.

Viernes 16 de agosto

Anoche, a pesar de estar ya tan bueno, no quise ir con Samuel al teatro italiano. Madame Rossi vino a verme a mi cuarto después de la función, pues que yo estaba todavía esperando a Samuel. Me hizo cargos que por qué no iba yo al teatro habiendo tanto entusiasmo por su baile. Respondí como mejor pude a su galante reconvencción diciéndole que en la función siguiente iría a verla bailar aunque estuviera muriéndome. Entró en esto Samuel y el señor Rossi.

Stockton. Sábado 17 de agosto de 1850

Hoy digo adiós a mi diario con respecto a mi enfermedad, estoy completamente sano y bueno. Ha dejado de serme aborrecible la comida, en una palabra, estoy casi en mi vigor natural. Renuncio en consecuencia a mi ida a San Francisco, porque no me gusta nada aquello por su horrible temperamento.

Sigue en Stockton la completa paralización de negocios ocasionada por el maldito impuesto sobre todas las cosas y negocios y especialmente sobre los trabajadores. Esto ha venido a arruinar el comercio de California tal vez el más floreciente del mundo. El *tax*¹⁴³ va a hacerse tan famoso en su época como el edicto de Nantes y su revocación. Con el *tax* se ha arruinado el comercio, se han establecido bandas de salteadores en los caminos, ha habido asesinatos horribles, los mismos americanos se han dividido en partidos y su unión proverbial ha flaqueado, en una palabra, no hay cosa que no se haya resentido repentinamente con el maldito *tax*.

¹⁴³ Impuesto. Traducido del inglés. Parece referirse al impuesto especial cobrado a los mineros extranjeros que contribuyó a alentar los conflictos entre anglo- e hispano-americanos.

Domingo 18 de agosto

Hoy hace aquí un exquisito calor. La estación parece que toca a su fin, pero sin embargo su despedida es horrible. El verano que desde hoy es la mitad de su carrera, debe ir bajando ya al otoño. Seis días hace que el calor es casi insoportable, y sofoca de un modo que no deja otro recurso que el baño. Felizmente el baño está en la misma plaza de la ciudad.

Y qué distinto temperamento debe haber hoy en Chile y la República Argentina. La primavera debe estar en sus días de mayor fuerza y vigor, más coqueta y adorada que nunca. Qué hermosos días deben disfrutarse ahora allá, con el aroma que despiden todos los árboles. Este debe ser el tiempo de amor en las plantas, porque ahora es cuando se engalanan y embellecen con los colores más vivos, ahora es cuando están más llenas de vida, más frescas, más jóvenes, en fin. Cuánta semejanza encuentro en una hermosa planta de primavera con su verdor y sus flores, y una hermosa virgen de 15 años. Más de una debe pasear ahora, quizás a estas mismas horas en las calles de Chile, disfrutando la hermosura del tiempo, mientras nosotros nos asamos aquí de calor y nos morimos de inacción y pesar. ¡Oh! Gastar así la primavera de su vida, ese tiempo que pasa y no vuelve, qué dolor.

Lunes 19 de agosto

Anoche estuve en el Teatro Italiano y volví contentísimo. Madame Rossi estuvo divina en su cachucha,¹⁴⁴ de veras parecía una andaluza de 15 a 16 años. Qué hermosa estaba en las figuras de la polka bailada con tanto arte y destreza. Ya no me admiro yo de que la Lola Montez haya trastornado la cabeza del Rey de Baviera. Anoche casi se vino abajo el teatro en los aplausos a Madame Rossi; una de las columnas que sostenía el piso se quebró a las patadas de los americanos y todos temieron que el teatro se viniera abajo. Bueno, ya veremos de qué laya es el corazón de una mujer que baila tan bien, veremos si sabe amar, o si solamente el coquetismo le permite su arte en que tantos aplausos recibe.

Son las cuatro y media de la tarde. Madame Rossi acaba de venir a mi cuarto a convidarme a tomar macarrones en su mesa de hoy. Aunque Samuel está allí, y ella me ha hecho esta misma observación diciéndome que si no voy, tendré que comer solo, le he dado las gracias, diciendo que aún no es hora de comer para mí. Yo he visto el efecto que ha hecho en ella el no haber aceptado su invitación, sin embargo ella reventará al fin si es cierto lo que pienso.

¹⁴⁴ Se trata de un baile andaluz del siglo XIX que se acompaña con guitarras y castañuelas.

Martes 20 de agosto

No hace hoy tanto calor como ayer y los otros días. Todo el día ha corrido viento, lo que ha hecho que esté más fresco y agradable. Los trabajos en las minas van progresando, a manera que el calor va siendo menos fuerte. Grandes trabajos se han establecido ahora en los canales de los ríos Estanislao y Moquelemos. El placer de Calaveras es sin embargo el más dominante y el que más ventajas promete hoy.

Esta noche funcionan a un tiempo los dos Teatros, el Americano y el Italiano. M. Rossi en sus anuncios promete una gran función de su arte mágico, a la par que madame Rossi asegura hacer ver pasos hasta ahora desconocidos en América. Yo no voy al teatro por más que se han cruzado insinuaciones. Samuel va, ya veremos lo que sale de la función.

Stockton. Miércoles 21 de agosto de 1850

El vapor El Dorado ha traído la noticia de la repentina muerte del Presidente de Estados Unidos, General Taylor. Los papeles de San Francisco vienen todos con grandes columnas negras. Y aún el *Stockton Times* ha salido hoy con sus columnas enlutadas. Poca impresión ha hecho este suceso en los americanos de Stockton, pero según pienso, esta muerte va a traer las próximas elecciones y en ellas grandes disturbios en los estados.

Anoche a las once y media de la noche leía yo todavía en la cama cuando oí la voz de Samuel y de Rossi en la escalera. Un momento después entró madame Rossi a mi cuarto. Lo primero que me dijo fue, *“I never thought that you were so ungrateful after my promise to you in the last night. I believed you could keep your word in order to go to the play, but I know now that I am not digne [sic] of yours friendship, it could be for me a greatest hope”*. Really she promised to me the last night ... to make for me a pass at the same time make to me a sign with her hand, that I only could understand the ball was for me, but I wanted to know if [she] remarked my absence from the play. Now I certainly of ever to think to her sentiments for me!¹⁴⁵

¹⁴⁵ “Nunca pensé que Ud. fuera tan ingrato, después de mi promesa anoche yo creí que Ud. cumpliría su palabra para ir al teatro, pero ahora sé que no soy digna de su amistad, que era para mí mi mayor esperanza.” En verdad, ella me prometió anoche ... hacerme un pase y, al mismo tiempo, con un gesto de su mano que yo sólo podía comprender que el baile era dedicado a mí; pero yo quería saber si ella había notado mi ausencia. Ahora estoy seguro de sus sentimientos hacia mí. Traducido del inglés.

Jueves 22 de agosto

Acaba de publicarse una invitación a todos los vecinos de Stockton para una suscripción que sirve para favorecer la miseria de 20 mil emigrados que vienen por tierra de Norte América y que están en estado de perecer de hambre si no se les socorre a tiempo. ¿Y piensa el *Stockton Times* que los extranjeros comerciantes residentes en Stockton se han olvidado ya de las injurias que han recibido de los hijos de Norte América? ¿Se olvida que la sangre de miles de extranjeros asesinados alevosamente por los americanos, humea todavía pidiendo venganza al cielo? ¿Ignora acaso la cruel tiranía de que son víctimas en este momento todos los extranjeros en las minas, para pedir de ellos auxilio para sus mismos verdugos? ¡Ah! ¡Malvados! Yo ahogo en silencio el veneno que encierra mi corazón para con ustedes porque aún no es llegado el tiempo. Dios principia ya a hacer ver que no se olvida de los desgraciados que han elevado su causa a él.

Viernes 23 de agosto

Quince días hace que se ha abierto un club interesante en todo respecto para los ciudadanos de Stockton. El dueño del establecimiento es Weaver, el mismo alemán a quién yo recogí enfermo en mi casa en las minas por 15 o 20 días. Hoy recibí de él un convite para asistir a su establecimiento como uno de mis mejores amigos. Allí hay un salón de billar para los caballeros aficionados, otro salón donde se encuentra ajedrez, dominó y cartas y cuánta clase de juego inventado hay; hay otro salón de biblioteca y repertorio de noticias, donde se encuentran todos los diarios de California y Estados Unidos. Otro salón de armas en que se tira la pistola y florete, etc., por fin un lujoso salón donde se sirven refrescos, helados y cuanta clase de dulces o licores se pidan. No desecho yo la oferta de mi amigo, y yo sólo seré del salón de biblioteca y diarios, lo demás no me importa.

Sábado 24 de agosto

Hoy hace muchísimo calor; el día está sereno y sofocante por la falta de aire. Hay en Stockton ahora muchísimos enfermos y en casa, actualmente, tres, todos, todos de la misma enfermedad que yo tenía. Parece que es peste más bien.

A un tiempo hay en el lago cuatro vapores que hacen sus señas de partida llamando a los pasajeros. Está el Zebama, El Dorado, El Sagmore, y El Mariposa y todos los cuatro deben partir a la misma hora. De 80 \$ pesos el pasaje ha bajado hasta 10 \$ y bajará más todavía.

Viernes 25 de agosto

Son las once y media de la noche más hermosa que darse pueda. La luna da de lleno sobre el lago y los buques formando mil sombras de los mástiles sobre la claridad tersa del agua. Algunos botes llenos de gente se ven moverse de un lado y otro del lago pescando las truchas que a esta hora asoman cerca del muelle. El teatro de la península está completamente iluminado, lo mismo que todos los hoteles, qué vista tan hermosa presenta así una ciudad dividida por un hermoso lago lleno de buques. Nada falta a Stockton sino algunas bellas que completen su adorno.

Stockton. Lunes 26 de agosto de 1850

Anoche pasamos dos horas tomando el fresco en el balcón acompañados de todos los Quiroga, Sánchez, Rojo, Rossi y su señora. Al fin, viendo lo hermoso de la noche, invité a Juan de Dios a que fuéramos a dar una serenata, yo que tenía la guitarra en la mano. La única que preguntó a quién vamos a cantarla fue madame Rossi, yo respondí que a cualquiera. Salimos pero ¿a quién despertar con nuestro canto o a quién importunar? No encontramos sino al compadre Rufino digno de nuestro obsequio.

Principiamos a cantar allí con las dos guitarras y antes de concluir el segundo pie estábamos rodeados de una multitud de gente, más yanquis que otra cosa. Nos dieron las gracias y nos invitaron a entrar a tomar algo, pero rehusamos por la hora.

Así se pasa el tiempo de noche en Stockton. Madame Rossi me invitó hoy a comer en la tarde y habiendo yo rehusado, me dijo si temía deshonrarme sentándose con ella en la mesa, “si esa fuese la causa, mi hermano tampoco comería con usted”. Como estábamos solos al fin, ella me ha confesado todo. Mi confesión de amor es recibida bien. ¡Oh! estoy contento ahora y no puedo rehusar su invitación a comer. ¡Oh! *She is very pretty indeed.*¹⁴⁶

Martes 27 de agosto

Las dos bombas de la ciudad han salido ahora cada una con un cuerpo de hombres a hacer un ejercicio. Hemos tenido una tarde muy divertida viendo la destreza de los bomberos, y el chasco de muchos hombres mojados. Después de algunas evoluciones se pusieron en el muelle y dieron la bomba, yendo a mojar un grueso chorro de agua a los hombres que había en una

¹⁴⁶ *Ella es realmente muy bonita.* Traducido del inglés.

esquina a más de 40 varas de distancia. A esta misma altura se eleva el agua arriba por la fuerza de la bomba. Parece por lo visto que estamos muy seguros de incendios.

La casa de Correos acaba de abrirse ahora hoy. Jamás he visto una cosa más lujosa y bien ordenada. Nada hallo con qué comparar, porque no he visto igual ni en San Francisco. Cada momento me dan ganas de ir a ver mi casilla por admirar de nuevo la elegancia, el aseo, el orden, la buena voluntad de los dependientes. Cuando llegará el día en que nuestra Sud América tengamos establecimientos así.

Miércoles 28 de agosto

Son las diez y media de la noche. El día de hoy ha sido lleno de recuerdos de tiempos pasados y de personas que viven a dos mil leguas de distancia y que tal vez ninguna memoria hacen ya de mí. Hoy es día de San Agustín, y mientras yo escribo aquí tranquilamente en mi cuarto, mi prima Benjamina Ocampo celebra tal vez en alguna contradanza el aniversario de su marido. ¡Pobre Benjamina! O pobre yo, más bien, que desde que dejé de verla no he tenido ilusiones de aquellas cuya pureza no manchaba el alma sencilla y tierna del que ama por primera vez, y que en medio de su candor y timidez no halla cómo explicar su pasión. Conozco perfecto que el recuerdo del primer amor en el hombre no se extingue en nada y permanece en el corazón, vivo, palpitante, aunque sin proyectos ni esperanzas sobre él. Se acordará ella de mí. Esa es mi eterna pregunta.

Jueves 29 de agosto

Pocos días hace que he escrito a San Juan, y con estas cartas de ahora van cuatro veces que les escribo a aquellos ingratos. Incomprensible es para mí cómo en la amistad que mostraban por mí se hayan olvidado tanto hasta no escribirme una sola letra en tres años. Qué desgraciado soy yo siempre en mis afecciones ... doy siempre con ingratos.

Viernes 30 de agosto

Hoy día de Santa Rosa de Lima y aniversario de mi mamita. Samuel escribe en este momento dándole los parabienes, mientras yo aparento calma y me hago el olvidadizo para no escribir y llevar adelante mi propósito. Hasta dónde llegará mi desgracia, hasta el tumulto del infierno

pero, qué hacerle, así son ellos conmigo. ¡Oh! Yo satisfaceré a mi mamita algún día sobre mi culpa de hoy.

Stockton. Sábado 31 de agosto de 1850

El día de hoy está sereno pero no hace mucho calor. Con lo que la estación va mitigando en su ardor las enfermedades van cesando también. Yo acabo de llegar de la fonda donde fuimos a almorzar con Samuel.

Son las nueve de la mañana del 31 de agosto. Hoy es día de mi santo y en el que mi Tatita festeja el aniversario de su nacimiento. Qué presente tengo los días de ayer y hoy en Catamarca. Siempre había baile en casa en los dos días en que se reunían los amigos a festejar el aniversario. Diez años lo menos hace a que desaparecieron de casa esas fiestas. El año 40 vino la guerra, mi Tatita emigró en el 42 y desde entonces acá no he visto más en la familia el recuerdo de esos días en que veía yo a mamita dominar el salón por su hermosura y lujo de vestido. Rara vez en Chile nos ha tocado estar reunidos en estos días. Y ahora estamos a dos mil leguas de ellos. Tal vez a esta hora se han reunido ya a comer y se acuerdan de nosotros, o quién sabe, tal vez ...

¡Mi día! Pasa sin ser apercibido sino de mí, ni un amigo, ni un pariente me dice a más años en una tarjeta. Ninguna amiga ha venido hoy con su tarjeta a alegrar mi vida, llevada apenas entre tanta soledad y abandono. En mejores tiempos en este mismo día la Rufina me entregó de su parte una tarjeta que conservo. Cuánta diferencia de aquel día a este, cuánto silencio ahora, cuánta orfandad, cuánto placer, cuánta ilusión entonces. Así pasa el tiempo en su marcha inalterable no dejando ni rastro de cuanto toca. Solo sobre la juventud de mi corazón no tiene él fuerza.

Domingo 1 de septiembre de 1850

El día de hoy de San Gil nada tiene más que los otros sino estar sumamente caluroso. Son las diez del día. A las nueve fuimos a almorzar al hotel y de allí nos fuimos con Samuel y Abel a la iglesia protestante por no perder siquiera la costumbre de ir a la iglesia, cualquiera que sea su religión. Ahora acabamos de llegar de allí. No hemos visto sino mujeres y señoritas con gorra allí, con su biblia en la mano y viendo para otra parte, y caballeros sentados muellemente leyendo algún periódico mientras el sacerdote dice la misa. El sacerdote llegó último que todos teniendo del brazo a su mujer, la dejó allí y subió al altar donde principió la misa por la lectura del evangelio.

Así se pasa el domingo de hoy, día de mi santo, sin otra entretención que el recuerdo que a veces es tormentoso y cruel, como dicen los versos hechos por un tío mío.¹⁴⁷ “Acordarse de haber sido, sirve de mayor tormento, las pasadas glorias sirven de dogal al pensamiento”.

Lunes 2 de septiembre

Hoy a las cuatro de la tarde se embarcó para San Francisco Madame Rossi con su marido. À propos de je ne sais pas quoi, depuis trois jours je ne la regardais [pas] ni la parlais non plus. Elle me demanda la cause, je lui disais que ce n'était rien. ... Par mon frère elle a su aujourd'hui que je étais fâché ... et aussi la cause. Bien, en allant à bord elle m'a demandé pardon plusieurs fois fort ému[e], et pressant mon bras qui la soutenait ... Je persistais à ne valoir lui comprendre. ... Elle entra dans la chambre de Ladi[e]s et ferma la porte. [Elle] leva sa petite et, les larmes aux yeux, lui dit “demandez pardon a Monsieur pour ta maman”. J'en puis me tenir, déjà l'embrassais ... et tout fut oublié ...¹⁴⁸

Martes 3 de septiembre

Ninguna cosa nueva viene a dar movimiento a la completa inacción que reina en todo Stockton. Nada sabemos de Chile, parece que todo ha muerto para nosotros. Dios solo sabe lo que pasa en mi alma con el silencio que guardan conmigo, paciencia.

Rodríguez me escribe de las minas y me pide un nuevo surtido de efectos. Nada sabe él también de su familia y hacen ya tres años que ignora su existencia. ¡Pobre hombre!

Stockton. Miércoles 4 de septiembre de 1850

Me levanté hoy muy temprano para gozar del fresco de la madrugada y salí a andar. Tomé indistintamente hacia el naciente, por ser el lado donde más establecimientos hay de hacendados.

¹⁴⁷ Ramón Ocampo Herrera.

¹⁴⁸ *A propósito de no sé qué, después de tres días que yo no la miraba ni hablaba. Ella me preguntó la causa, yo le dije que no era nada ... Por mi hermano ella ha sabido hoy que yo estaba enojado con ella ... y también la causa. Bien, al subir a bordo ella me ha pedido perdón varias veces y estaba muy emocionada mientras apretaba mi brazo que la sostenía ... Yo persistía en no querer entenderla ... Ella entró en el cuarto de señoras y cerró la puerta. Levantó a su hijita y con lágrimas en sus ojos, le dijo, “pide perdón al señor en nombre de tu madre.” Yo no pude resistir y la besé ... y todo fue olvidado. Traducido del francés.*

Caminé como dos millas sin pensar lo lejos que andaba e iba entretenido viendo ordeñar en las muchas lecherías que hay por ese lado, cuando repentinamente di con el panteón que hasta ahora no había yo conocido. Me sorprendí al momento y un sentimiento triste se apoderó de mí que sin pensar iba a visitar a los muertos.

Infinitas cruces hay allí, pero solamente son las sepulturas de los mejicanos, los que las tienen, las demás están con su mausoleo y adornadas muy bien para ser improvisadas. Todas las tumbas de los americanos tienen bonitos epitafios en grandes y hermosas letras ...

Pero cosa rara, uno solo hay muerto de 50 años, todos los demás son de 25 a 30, en la flor de la edad. En vez de volver triste de allí he vuelto contento, o con esa conformidad dulce que siente el cristiano cuando piensa en la muerte.

Jueves 5. La carrera de Chales

Ya Stockton parece una gran ciudad en el ruido que hacen sus habitantes en la tarde, cuando todos salen a disfrutar el fresco. Esta tarde se ha visto en la calle tantos carruajes tan bonitos como no lo había notado hasta ahora y más todos llenos de hombres bien vestidos acompañados de señoritas.

Hoy salimos a pasear a caballo con Sparrow y Samuel. Fuimos a la carrera donde en vez pasada se hizo la carrera de Chales un caballo de Sparrow (el 3 de agosto). Yo llegaba ese día de las minas muriéndome de enfermo y no pude asistir a esa famosa carrera donde concurrió todo Stockton. La carrera era por valor de 15 mil pesos de cada parte, pero Sparrow y Navarro solo apostaron 3.000. Dos muchachos hicieron correr la carrera de distancia de una milla. Desde la salida el caballo de Sparrow llevó al otro cortado a luz hasta la raya en medio de los hurras y vivas que daban a los señores Sparrow y Navarro. En ver el Chale y la distancia que corrí, entonces nos entretuvimos hasta ahora que principia ya a anochecer.

Viernes 6 de septiembre

Son las cuatro de la tarde en que acaba de embarcarse Samuel en el Dorado para San Francisco. Va a entregar al cónsul chileno la consignación de la Diana, y traer a Stockton todas nuestras cosas de equipajes que teníamos en San Francisco. Siempre que él va a San Francisco suelen llegar cartas de Chile, Dios quiera que ahora no fallen y que nos traigan buenas noticias.

Ya el calor principia a calmar si hemos de juzgar por el día de hoy que ha estado fresco. Dios quiera llevar luego el verano que no trae sino enfermedades aquí y mandarnos el invierno aunque es un poco cruel. Aquí lo único bueno que tiene el verano es la inmensa abundancia de

fruta que se ve. Aquí no hay quintas ni haciendas, y sin embargo aquí se encuentran las mejores sandías, la mejor uva, peras, manzanas y naranjas al mismo tiempo. Tres pesos vale aquí un sandía y un peso cada naranja, y sin embargo, los cerros de sandías que se ven en la plaza en la mañana desaparecen en la tarde.

Sábado 7 de septiembre

Acabo de recibir cartas de Samuel de San Francisco quién nada ha sabido de Chile. Me dice que fue al correo y que encontró nuestra casilla llena de telaraña. No debe volver mañana como pensaba porque el asunto de la Diana lo detendrá más tiempo del que pensaba.

Dos bancos de San Francisco de los más fuertes acaban de quebrar ayer, según me dice Samuel, el uno es el Nagle y el otro King y Wm. Los demás depositadores o acreedores estaban retirando sus fondos de casa de Burgoine y dice Samuel que hasta la hora en que él me escribe, se habían retirado ya doscientos mil pesos; que el banco parecía asaltado lo mismo que el palacio de Luis XVI en la revolución.

Stockton. Domingo 8 de septiembre de 1850

El tiempo sigue refrescando o al menos el calor no es ya tan grande como antes. El agua del lago ha bajado de quince días a esta parte hasta dejar algunos buques en seco. Sin embargo nada impide esto la carrera de los vapores y buques de vela que traen fletes. El año pasado el lago quedó más seco todavía, pero los calores siguieron hasta fines de octubre, en que entró el invierno. El año pasado fue el 21 de octubre el primer aguacero que indicó la llegada del invierno.

En Stockton sigue la paralización de los negocios. Solamente la renta de las casas deja alguna cosa ahora. La casa de Sparrow y Navarro, que es una de las más hermosas, lujosas y bien situadas, está ahora llena de arrendatarios y aún Sparrow ha tenido que ceder su cuarto a otro alquilante. Esta casa tiene un frente al lago y otro al sur de Stockton. Es la casa más bien situada y de más hermosas vistas. El frente principal domina todo el lago y se ven los buques y los vapores cuando se acercan desde más de una milla. Desde el balcón se ven maniobrar en el lago, y aún se oye los gritos de los capitanes. Toda entera está lujosamente empapelada y los cuartos están alfombrados con paño lacre que hace un bonito matiz con el papel ante y verde con que están cubiertas. La casa está muy divertida por los muchos inquilinos que tiene y porque la orquesta del teatro está en uno de los cuartos del segundo piso y frente al nuestro.

Lunes 9 de septiembre

El Zehama y el Sagamore han venido hoy pero Samuel no me escribe en ningún de ellos. Charles, capitán del Sagamore, me dice que lo vio y aun le dijo si quería escribir, y que le respondió que él se vendría luego.

Prueba es que Samuel nada tiene de nuevo que comunicarme cuando no se apresura a escribirme. No había sabido nada de Chile aunque yo he visto anunciada la llegada de 40 buques chilenos en el *Pacific News* de San Francisco. No faltaba más ahora sino que Samuel también dejara de escribir, después de haberse olvidado de mí, entonces sí que quedaré más bien. Pero Dios mío, será que el tiempo y la ausencia tengan también influencia en los hermanos, en los padres, hasta hacer desmayar su cariño. ¡Qué cruel es pensar siquiera en semejante absurdo! Y bien ¿por qué yo no tengo ya cartas ni de Tomasita que al fin me escribía más que los otros? ¿Qué motivo tiene cuando yo le he escrito tantas veces y tan largamente? ¿Cómo se explica esto? ¡Oh! No hay remedio, el tiempo, el tiempo que enfría hasta los corazones más ardientes en amistad, y aun aquellos a quienes liga más estrechamente la naturaleza.

Son las cinco de la tarde y vuelvo de dar un paseo por el campo. El insomnio me persigue desde ocho o diez noches y creo yo que es la falta de ejercicio solamente. Veamos si se cura andando dos millas todos los días.

Martes 10 de septiembre

Acabo de recibir cartas de Samuel de San Francisco por el vapor El Dorado y me incluye una de Mardoqueo del 9 de julio desde Valparaíso. La lectura de esta carta me ha hecho el efecto de una máquina eléctrica sobre un cuerpo humano a quien se le quiere de un golpe quitar la circulación de la sangre, la razón, la vida, en fin. ¡Dios mío! Quién creyera. Esta es la primera angustia desesperante que tiene mi corazón en todos los días de mi vida. Y, séalo testigo mi diario para los fines que me convenga; este anonadamiento que sufro, esta horrible angustia de que soy preso desde ahora hasta quién sabe cuándo, es causada por un insulto hecho a mí en sangre fría por mi hermano Mardoqueo. Basta nombrarlo porque mi diario más que nadie sabe en cuanto grado le he apreciado y distinguido. Me fío como fiel depositario de todos los secretos de mi alma, y emociones de mi corazón, sabe lo que ha valido para mí, mi hermano Mardoqueo, y en qué grado debo por lo mismo estimar su insulto, grave de hombre a hombre, imperdonable de un hermano, de un amigo.

Miércoles 11 de septiembre

Todavía oigo zumbar en mi cabeza el atolondramiento del golpe sufrido ayer. Cuanto más tiempo pasa, tanto más pienso en la fatal carta, y cuanto pienso, más grave e inexcusable es para mí la ofensa. Anoche he pensado en ello toda la noche, y cuando mi conciencia tan limpia nada me argüía, la soledad, la oscuridad, el silencio de una parada en vilo y presa de tantos pensamientos me presentaba fantasías a mi imaginación débil, que costaba mucho a mi razón el disiparlas. Bueno, en balde el motivo, la causa que puede haber tenido Mardoqueo para insultarme, hiriéndome en mi orgullo y mi susceptibilidad de hijo y buen hermano y me confundo antes de encontrar nada que pueda haberlo hecho salir de todo lo que hay de noble, de grande, y de honor intachable en él para bajar hasta la miseria y cobardía de insultar un hombre que está lejos de él, un hermano que lo ama y, ¡Dios mío! Sus palabras bullen en mi oído como los consejos de un mal genio en las orejas de un hombre generoso, para excitar al fin en él la venganza y el odio.

“¿El divertido de RG sigue riéndose siempre para no escribir aún? Dichoso del que puede reírse y ser feliz a través de las desgracias de otros”.

Dos minutos después de recibir la carta de Samuel comencé a leer la de Mardoqueo, escribí a este casi fuera de mí, temblaba entero, sin poder contenerme, y pareciendo que cuanto yo decía era insignificante en comparación de lo más ultrajante de sus palabras.

No hay duda. De este modo deben ser los desengaños que sufren un corazón puro, noble, y sensible para lanzarse después en el egoísmo y la corrupción. Para qué ser virtuoso si al fin el simple capricho de un hombre lo hace criminal, y derrama en su corazón la ponzoña, el desabrimiento para obrar bien después, puesto que tan mal se ha recibido lo que creía que merecía premio. Tan poco aprecio, estimación, hago de mí mismo y mis cosas que me he tomado aborrecimiento, no sé qué hacerme, no sé dónde meterme, ni donde apelar. Vago ahora en el mar de la impotencia moral, sin norte, sin fin, parece que yo solo soy el hombre que no tengo misión. Pero no. Carajo. ¿Dónde voy yo? Todavía me queda mi propia inculpabilidad, la pureza de mi conciencia, en el cumplimiento de mis deberes de hermano y de hijo. Todavía me queda mi irreprochable conducta que forma mi orgullo y mi amor propio, dos ángeles que me han venido siempre en mí socorro. Grávese para siempre su insulto en mi corazón para lo venidero, al fin, es una lección más, vuélase como humo la ilusión de su amistad, acábase el encanto de mi vida viendo lo que es al fin el mundo. Pero marche yo por el camino que me traza mi deber, y que me señalan como bueno mis ideas y propias conveniencias.

Marcho mañana para Los Ángeles, una ciudad en la baja California 300 leguas de aquí. No espero a Samuel porque, quién sabe por qué. Pobre Samuel. Él me quiere sin revés y en todo el tiempo de California no he tenido sino pruebas de lo positivo de su amistad. ¡Oh! Yo trataré de pagársela y él no se quejará nunca de mí.

Jueves 12 de septiembre

Debía salir hoy para Los Ángeles, pero el californio que debe ir conmigo aún no ha venido. Ya son las cuatro de la tarde y probablemente no será sino mañana el viaje.

Tanto de llevar conmigo a Juan de Dios Sánchez quien aún no ha acabado de resolverse. Pero al fin lo hará, y tendré un compañero más. ¿A qué voy a Los Ángeles? Eso yo y Dios lo sabemos, y aunque mi diario completa la trinidad no es ahora cosa que pueda ni deba decírselo.

Viernes 13 de septiembre

Maldita sea la fatalidad que hace que no realice yo lo que me parece y pienso que debo hacer. El tal Oliveras no aparece aún, y pienso que el muy pícaro se ha ido sin verme solo por el temor de que le cobre algún dinero que me debía. ¿Con quién me acompaño ahora, que conozca el camino de los Ángeles y que sea suficiente pícaro para ser respetado de los demás hombres?

Sábado 14 de septiembre

Cartas de Samuel que he recibido por el Dorado de San Francisco me han hecho resolver a esperar su venida para irme a Los Ángeles. Él debe venir precisamente el lunes o martes, según me dice. Ojalá que venga cuanto antes, mucho tengo que hablar con él. En San Francisco nada de nuevo me dice, y yo digo, ojalá que aun ni viejo hubiera por lo que toca a mí. Mi vida sigue a empellones pero nada hay que me importe sino viviente y como joven hay situaciones en la vida que uno quisiera cambiarlas por la pacífica mansión de un muerto.

Le ciel aujourd'hui est couvert [de] nuages, mais de nuages de l'est semblables à celles de mon pays à la rigueur de l'été. Voilà un joli jour, sans froid sans chaleur. On se [sent] de temps en temps grosses gouttes d'eau tomber en faisant un bruit sec sur la coiffe de son chapeau. Oh! Comme c'est agréable de voir ces classes de jours là, comme ils font naître des plaisants souvenir dans ma jeunesse, quand par exemple j'étais à Copayán, sans autre passion que celle de jouer, sans autre amour que cela de mon cheval et sans autre pensée que mon plaisir! ...

C'est se torturer soi même que de se rappeler en Californie de ses jours de jeunesse et plaisir, là où l'homme ne pense plus, on le jeune devient vieux, et en fin où le coeur le plus ardent se gèle et

*meurt à force d'inaction. Mais, mon Dieux! Et souffrir ainsi par addition l'abandon et l'oublie de ceux à qu'on aime! ... Et seulement parce que on est à six mil milles de distance! ...*¹⁴⁹

Domingo 15 de septiembre

Abel Quiroga acaba de llegar de San Francisco en el vapor Dorado y me dice de parte de Samuel que él vendrá mañana o pasado, lo mismo que decía en mi carta. Nada hay de nuevo allí sino los aprestos que se hacen para recibir el invierno. Se están entablado las calles a la misma altura de las veredas, de modo que en el invierno no haya una sola gota de barro. Se han restablecido los hoteles en toda su fuerza y vigor, la policía ha admitido de nuevo que haya música en todos ellos así es que San Francisco vuelve a ser otra vez como antes. Conforme va pasándose el tiempo van olvidándose de los incendios hasta que de repente los abraza el fuego cuando menos lo esperan.

Aquí también se ha promovido hoy mismo una suscripción de los comerciantes para entablar como en San Francisco las veredas y las calles para el invierno. Admirable es la actividad con que Stockton crece y adelanta en establecimientos grandes de toda especie. A pesar de la paralización que se siente en los negocios se ve levantar una casa casi por día, pero grande y lujosa, como si hubiera tanto oro como el año pasado en este mismo tiempo.

Lunes 16 de septiembre

Hay en Stockton más de 400 enfermos de fiebre según el *Stockton Times* pero no de gravedad. La fiebre que más reina aquí es la terciana, y de este número es también Sparrow, quién cayó enfermo ahora tres días, y hoy se ha declarado en terciana su enfermedad. No es para menos, la estación es tan calurosa, y que parece que quiere cambiar tan repentinamente en demasiado fría por los dos días pasados.

¹⁴⁹ *El cielo hoy está cubierto de nubes, pero nubes del este semejantes a las de mi país en el rigor del verano. He aquí un día lindísimo, sin frío, sin calor. Se [siente] de vez en cuando gotas gruesas de agua caer, haciendo un ruido seco sobre la cofia de su sombrero. ¡Oh! Cómo es agradable ver esta clase de días, cómo hacen nacer recuerdos placenteros de mi juventud, cuando por ejemplo estaba en Copayán, sin otra pasión que la de jugar, sin otro amor que el de mi caballo ¡y sin otro pensamiento que de mi placer! Es torturarse uno mismo acordarse en California de sus días de juventud y placer, donde el hombre no piensa más, donde el joven deviene viejo, y en fin, donde el corazón más ardiente se congela y muere a fuerza de inacción. ¡Pero, Dios mío! ¡Y sufrir así además del abandono y el olvido de los que uno ama! ¡Y solamente porque estamos a seis mil millas de distancia! Traducido del francés.*

En estos días pasados ha muerto también una señorita americana, miss Sheldon cuya muerte ha hecho aquí tanto ruido como la del Presidente Taylor en Estados Unidos. Cuánto es el valor que tiene aquí el sexo femenino. Mueren caballeros todos los días y nada se hace por ellos, los diarios no hablan ni sienten su muerte, mientras el ataúd de una señorita es llevado en un carruaje con caballos enlutados tirados por elegantes jóvenes y seguidos de todo el pueblo de acompañamiento.

Stockton. Martes 17 de septiembre de 1850

Ha amanecido hoy un hermoso día, pero que amenaza ser muy caluroso. Son las ocho y media de la mañana. Los carros proveedores corren de aquí a allá haciendo sonar sus inmensas campanillas que recuerdan al “marchante dormido aún” para entregarles el pan, la leche, las verduras. Las campanas de los hoteles se rajan llamando a un tiempo a sus parroquianos, sobresaliendo entre todo el ruido aturdidor que hace la campa del hotel Chino, y desde aquí un lado y otro del lago acordonados de gente desembarcando mercaderías de los buques y recibiendo los vapores que acaban de llegar al muelle. Un gran movimiento veo ya en las calles y en el lago de Stockton a pesar de ser un poco temprano, cosa que anuncia muy bien que hoy aquí domina todo el espíritu comercial sin pensar en ninguna otra cosa, como debe a estas mismas horas dominar todo en Chile el espíritu patrio y callar todo ruido ante el estampido de los cañones y gritos del pueblo que celebran la víspera del aniversario de su independencia.

Este día que nada, nada tenía de solemne para mí, argentino, que veía con dolor y envidia los cánticos de los libres, por circunstancias accidentales ha llegado a ser para mí una época de efemérides célebres en mis recuerdos de aquel tiempo en que era feliz con una ilusión. Yo también, como los viejos cuyo cuerpo está destruido con el desorden y excesos de la vida, y cuyo corazón gastado, helado y muerto por fin con la saciedad de los placeres o tal vez con el desengaño y convencimiento del mundo y los hombres ... Yo también, como esos seres que no están ya ligados a la vida y al mundo más que por su existencia, llamo a “aquel tiempo”, a aquellos días en que pasó por mi corazón la esperanza del placer con el amor como el pensamiento de un delirante vuelto a juicio. Dios mío, ya no vendrá más ese tiempo para mí.

Son las once de la noche en que acabo de llegar de casa de los Ainza, dos amigos mejicanos que tengo en Stockton. Me he demorado allí más de lo que pensaba, tome té con ellos y salí a andar ... Qué hermosa está la noche, la luna alumbraba como de día y corre un fresco que templaba el calor que queda del día. Un silencio grande reina en Stockton. Sólo se oyen los aplausos que salen del teatro; pasó ahora por el teatro de la península y están representando *Tableaux vivants*¹⁵⁰, es decir exhibición de mujeres desnudas.

¹⁵⁰ *Cuadros vivos*. Traducido del francés.

Qué será a estas horas de los que viven en Chile, y que figuran en mis recuerdos. Mi familia, mis amigos, *my loved miss*¹⁵¹, quién de tantos se acordará de mí, evocando algún recuerdo muerto antes en su memoria. Nadie, en nadie confío, perdóneme Dios, pero sufro yo ahora el dolor de un ser borrado del recuerdo del amor, de la amistad, de la confianza fraternal. ¿Y después de todo no hay a estas mismas horas fuegos artificiales, música, baile, canto, suficientes distracciones para borrar de la memoria un recuerdo palpitante, no digo a los ausentes que se olvidaron ya, y que a más viven a seis mil millas de distancia? Con derecho pienso yo reclamar recuerdos ahora, cuando no ha mucho recibí insultos de los mismos a quienes más amo en la vida, y en quienes pensaba descansar y consolarme de peores desengaños.

Y tal vez a estas mismas horas se pasean tranquilos en Valparaíso los dos seres a quienes más he querido en vida y de quienes más pruebas de ingratitud he recibido. El uno ha llenado de veneno mi existencia, ha quitado la paz de mi alma en todas las horas del día y el sueño a mis ojos en la noche, me ha insultado de lejos como un cobarde siendo un hombre de honor y valiente. La otra en su impotencia femenina es incapaz de dañar ni aun a los que la persiguen, ha confundido mi exaltada amistad con la ingratitud de su sexo, me ha borrado de su recuerdo y ha echado en mi alma otro horrible desengaño, un horrible veneno que mata en el corazón de los hombres todo sentimiento bueno y generoso, para plantar el egoísmo, el doblez, y la mentira. ¡Mardoqueo! ¡Tomasita! ¡Hablo con ustedes!

Stockton. Miércoles 18 de septiembre de 1850

Son las ocho del día en que acaban de llegar los vapores Sagamore y el Dorado trayendo la fatal noticia del cuarto incendio de San Francisco. Samuel no me escribe nada sobre esto pero tengo a la vista el Herald y el Extra de Stockton que dan los detalles sobre el incendio. Esta es ya la cuarta vez que San Francisco se destruye por el fuego, no parece sino que está maldita por Dios esa ciudad. El fuego principió ayer a las ocho de la mañana en la calle de Jackson en una casa que se llamaba *Philadelphia House* entre las calles Kearney y Dupont. El fuego hizo rápidos progresos antes que llegaran las bombas pero éstas han impedido que tomen fuego las otras manzanas. Se ha destruido pues completamente una manzana entera con una pérdida de 500.000 \$ por lo menos.

El señor Rossi, que estuvo acá en vez pasada, aparece en la lista de los arruinados siendo ésta la cuarta vez que se quema su casa. Esta es la efeméride que marca el 18 de septiembre aniversario de la independencia de Chile. Mientras en Chile estaban y se alegraban al son de las

¹⁵¹ *Mi señorita amada*. Traducido del inglés.

salvas militares, en San Francisco se arruinaban muchos hombres, tal vez para siempre. Qué contraste tan horrible ¡Dios mío! Cuántas veces bailaré uno, embebido en el placer y la orgía, sin saber que al mismo tiempo perecen en otra parte de hambre y miseria algunas víctimas que bien pudieran salvarse con ello que él disipa en este momento.

Son las 12 del día. Jamás he experimentado en Stockton un calor más sofocante y horrible que el de este día. Ni la hoja de un árbol se mueve, tal es la completa falta de aire que aumenta el calor. Todo parece muerto en este momento porque nada se oye en las calles y hasta los pájaros parece que han emigrado de aquí hoy a otra parte donde haya más aire que poder respirar. A esta hora en que escribo no puedo soportar casi el calor y me despido por ello hasta la noche.

Son las once y media de la noche. Al anoecer fui a casa de los Ainza quién creyéndome hacer un gran regalo sacaron *El Demócrata*, un diario de Méjico para mostrarme una poesía de un paisano mío contra Rosas “lo mejor que hemos visto hasta ahora”.¹⁵² Al momento que vi la primera estrofa me encontré con que era nada menos que la gran poesía de Mármol contra Rosas en el 25 de Mayo. En esto nos entretuvimos hasta las ocho, en que me convidaron para ir al teatro. Me excusé diciendo que había visto ya en San Francisco los “tableaux vivants” pero fue tanta su instancia que me pareció feo resistir más.

La compañía se compone de siete mujeres escogidas entre las hermosas para representar desnudas mil cuadros y pasos de la mitología. Nada se puede ver más artístico que la perfección maravillosa con que representan estas mujeres las estatuas, las diosas y todo cuanto han representado anoche. De veras es cosa rara ver que la desnudez completa de esas mujeres no traiga a la vista y al pensamiento la obscenidad de sus formas descubiertas, sino lo hermoso, lo divino del arte llevado a su colmo. La Venus entrando al baño acompañada de sus gracias; qué cuadro tan hermoso. No sé qué de mejor haya tenido la Venus de la mitología que la que esta noche entraba al baño en el teatro completamente desnuda. Conservo el programa porque de veras es curioso verlo más tarde.

Salimos del teatro y como la noche está tan hermosa fuimos a andar. Pasamos por lo del Doctor Craig y nos instaron a entrar. *Elle m'a parlé la première sur la tyrannie de mes fenêtres qui ont resté fermées pendant trois jours et sur mon absence. I never thought that these few minutes of conversation will be for so happy, I'm satisfied of everything now.*¹⁵³

¹⁵² Mármol, José, “A Rosas, en 25 de mayo”, *El Demócrata* (México), 23 de junio de 1850.

¹⁵³ *Ella me ha hablado sobre la tiranía de mis ventanas que han permanecido cerradas tres días y sobre mi ausencia ... Nunca pensé que estos pocos minutos de conversación me harían tan feliz y sentirme satisfecho ahora de todo.* Traducido del francés y del inglés.

Stockton. Jueves 19 de septiembre de 1850

Hoy el barómetro ha subido a 95 grados¹⁵⁴ cosa que no se había visto todavía en Stockton. Casi no se puede soportar el calor que hace pues que no corre tampoco una sola gota de viento. Parece que el tiempo va a hacer su crisis en esta semana, al menos su despedida no debe tardar mucho.

Todavía no puedo olvidarme de todo lo que vi anoche en el teatro. Más que los “Tableaux Vivants” me admira la insolencia del carácter americano en todos los actos públicos aun los más formales. Anoche el teatro estaba lleno, pero cada uno tomaba la palabra y decía sus obscenidades a propósito de los cuadros como lo haría en la conversación familiar de tres o cuatro amigos. Después de esto vienen los silbos, las patadas, los alaridos, los aúllos de perro y rebuznos con que a su modo muestran su entusiasmo y aplauden a los artistas. ¡Oh! nada puede darse más brutal e insolente que el pueblo americano.

Dos mujeres de las del *Branch Hotel* estaban anoche vestidas de hombres, y ellas a la par de todos decían a las que representaban mil obscenidades desde la platea, que aplaudían los demás. Al salir del teatro bajaba yo la escala con Ainza cuando veo a una de estas mujeres precipitarse desde arriba de la escalera llevándose tres o cuatro hombres más que fueron rodando como una bola hasta azotar con la cabeza en el duro piso de la calle, en medio de los hurras, de aplausos de los demás, pues que la mujer lo hizo por gracia; yo también debí caer empujado por uno de los que rodaban, pero me sujeté en la baranda y el cuerpo del otro fue a llevarse por delante al tío de Ainza que casi se mató, tan horrible fue la caída.

Viernes 20 de septiembre

Son las 9 de la mañana. Al amanecer sentí que me levantaban la ropa de la cama y me desperté y me encontré con Samuel que a esas mismas horas acababa de llegar de San Francisco en el vapor el Dorado.

Me ha traído dos cartas que ha recibido para mí desde Chile por el Colón. Una es de Juan y otra de mi Tatita. El asunto que ocupaba toda mi familia y aún la sociedad de Concepción ha hecho, según parece, “crisis muy favorable para nosotros. Mardoqueo ha salido de la casa de los Palma, ha ascendido a socio de Don Ventura Ocampo en Valparaíso según él mismo lo anuncia en una carta suya a Samuel. Todo queda tranquilo por ese lado. Me reta antes de pasar a otra cosa. *De lui dirai à mon journal que mon oncle Domingo, il a agi envers l'affaire de ma famille du moyen le plus bas ... il l'a abandonnée et même a été de la*

¹⁵⁴ Si fuese en Fahrenheit se trataría de 35° centígrados.

*part des Palmas jusqu'à la fin ... il est bien de n'oublier pas la chose ... poser les fines qu'il convienne.*¹⁵⁵

Sábado 21 de septiembre

El día de hoy es todo lo contrario del de ayer que fue ardiente como un horno. Hoy ha amanecido el día muy nublado y han caído algunas gotas de agua que han humedecido el suelo.

Las cartas que recibí ayer de Juan y mi Tatita me dejan impuesto del bien, esperanzas de la familia. Mi Tatita siempre virtuoso y trabajador como un joven de 20 años. Todos están muy buenos y mi mamita completamente sana.

Nuestra cocina ha hecho su primer ensayo de incendio, se prendió fuego estando Samuel adentro, pero yo subí a tiempo y la apagué.

Domingo 22 de septiembre

El día está hoy muy caluroso. Muchas nubes de verano se han levantado y nublado el día, sin embargo el calor es insoportable. Yo estoy solo en mi cuarto después de haber dado una vuelta por el pueblo. Samuel se me separó del Hotel del Dorado, y fue de visita con Isidro a casa del Dr. Craig, ahora mismo los veo yo desde las ventanas del cuarto. Todo Stockton está en silencio excepto los hoteles donde hay una gran concurrencia, como siempre. Bien hay una casa de baile donde hay reunión esta noche a 3 \$ entrada, no envidio este baile. Son las 10 y media de la noche en que acabo de llegar de casa del Dr. Craig. *Now I am very happy. I saw, I heard something that made me happiest of the men. I am going to march for the mines, but I but I do not want [anything] else more than I have ... That much for me.*¹⁵⁶

Lunes 23 de septiembre

Son las doce y media del día en que salgo para las minas acompañado de Moyano. He rabiado todo el día porque por la primera vez en mi vida tendré tal vez que alojarse en el camino cuando

¹⁵⁵ *Diré a mi diario que mi tío Domingo ha actuado del modo más bajo en el asunto de mi familia ... él la ha abandonado y se ha puesto del lado de los Palma hasta el final ... Es bueno no olvidar la cosa ... para los fines que convengan.* Traducido del francés.

¹⁵⁶ *Ahora estoy muy contento. Vi, escuché algo que me hizo el más contento de los hombres. Me voy a marchar para las minas, pero no quiero nada más que lo que tengo ... Es suficiente para mí.* Traducido del inglés.

puedo llegar en el día a mi destino. Qué hacerle, la mula ha llegado tarde y no hay más remedio que tener paciencia.

Son las nueve de la noche en que llegamos con Moyano a la Carpa de Masterson más mojados que unos patos. Una furiosa tormenta nos ha tomado en medio del llano de Stockton donde no hemos podido hacer otra cosa que recibir el agua del cielo. Hay en la casa como treinta personas alojadas, pero la suerte ha querido que el dueño de ella a quién yo no conocía, era un deudor de la casa Sparrow y Navarro y que al conocerme me ha hecho toda clase de cariño, hasta darme su cama y ofrecerme todo cuanto yo quiera en la casa. De modo es que Moyano está también a las mil maravillas. Yo escribo esto en mi cartera para copiar en mi diario, mientras algunos yanquis juega al *wiskin*¹⁵⁷ antes de irse a acostar.

Martes 24 de septiembre de 1850

Son las doce del día y nos hemos detenido más acá de *Double Spring* para descansar. Esta mañana salimos de lo de Masterson después de almorzar y hemos venido muy despacio hasta aquí entretenidos con los cuentos de Moyano que no acaban nunca. Jamás he hecho un viaje más despacio.

Son las siete de la noche en acabo de llegar a Calaveras. No hay mal que por bien no venga. Si mi mula hubiera llegado ayer temprano, yo habría salido de Stockton y en vez de dormir anoche en lo de Masterson habría llegado aquí, que hoy, quién sabe si habría existido. Anoche fueron horriblemente asesinados dos chinos aquí para robarles algunas libras de oro. Míster Belseo, en cuya casa estoy y a quién también buscaban, los asesinos, huyó de acá y de ese modo escapó. ¿Y si yo habría estado aquí en lugar de los chinos, no habría corrido la suerte que estos mismos infelices? Y yo que no quise traer mis pistolas ayer por más que Samuel me las ofrecía contentándome con mi puñal. En fin, Dios me protege ...

Miércoles 25 de septiembre

Son las ocho de la mañana en que después de haber hecho una visita al lugar donde teníamos mi casa y tomado algunas hojas de los árboles que sostenían mi carpa, salgo de lo de Belseo para Jesús María acompañado de Moyano. Veamos a qué hora llegamos allá.

Son las 11 y media del día, estamos en el camino de Jesús María y tenemos a la vista un espectáculo horroroso. Veníamos conversando con Moyano, cuando de repente nos encontramos

¹⁵⁷ Quizás el *whist*.

con los cadáveres de dos hombres asesinados en este momento, cuya sangre humea aún, y cuyos cuerpos de mueven aún en las últimas agonías. Dios mío qué cosa tan horrorosa. Los asesinos deben ir algunas cuadras adelante. Qué hacer, no llevo yo sino mi puñal, Moyano no lleva armas. Nos volvemos, no quiero yo morir de este modo aunque sé que vendería cara la vida y el oro que llevo ...

Calaveras, cerca del Placer Chileno. Jueves 26 de septiembre de 1850

Serían ayer las dos de la tarde cuando llegué a este placer, después de pasar cinco o seis horas en busca de Rodríguez, he venido al fin a encontrarme con él aquí. Ayer después que encontramos los cadáveres de esos infelices, Moyano encontró con quién acompañarse para ir a Jesús María y yo me volví hasta dar con el placer en que está Rodríguez a quién he encontrado sano y bueno.

Apenas creo todavía en que ayer he escapado de nuevo al puñal de los asesinos. Cada vez que me acuerdo del horrible cuadro que tuvimos a la vista durante algunos minutos se me estremece el cuerpo. Uno de los cadáveres parecía ser el de un chino y tenía una ancha herida en la frente abierta al parecer de un golpe de palo o barra, por lo molido y acardenalado de la herida. Éste movía todavía una pierna y su cuerpo estaba entero lleno de sangre en que él se había envuelto en sus convulsiones. El otro que estaba completamente muerto, tenía levantada la tapa de los sesos de un balazo en las sienes. Éste había dado dos o tres vueltas y había quedado muerto con la faz hacia la tierra. Desde que salí de mi país no había visto un asesinato más horrible.

Viernes 27 de septiembre

Son las ocho de la mañana en que acabo de llegar de lo de Francisco Estuardo donde fui a tomar chocolate por invitación suya. Hay dos hotelcitos y uno de ellos tiene música que toca todo el día y toda la noche y con que bailan el jarabe algunos mejicanos.

Son las cinco y media de la tarde; el sol acaba de entrarse. Un inmenso gentío está reunido en la plazoleta como esa muchedumbre que suele agolparse a presenciar o pedir a gritos alguna ejecución. A las doce fui invitado por el juez para ir a hacer parte del jurí, para juzgar un mejicano que robó ayer 1.600 \$. Yo me excusé con que estaba tomando balance de la casa. Bien, el jurí se hizo y se juzgó al reo, y ahora que son las cinco y media acaban de salir de casa del juez cinco americanos conduciendo a la horca al reo. Éste acaba de quitarse su sarape, las calzoneras, y marcha en medio de ellos llevando en un brazo el rollo de cuerda con que debe ser pendido, y la armada fatal puesta ya en el pescuezo. Más de 200 personas siguen a presenciar la

ejecución al bosque vecino mientras yo escribo esto en mi cartera para notas en mi diario. Ya anochece y yo no veo más.

Son las ocho de la noche; yo acabo de llegar de la plazuela donde hierve un sinnúmero de gente bailando y bebiendo en diferentes tabernas. Una gran porción de gente está reunida en el Hotel y bailan con la música dando gritos feroces. ¡Quién creyera! Yo todo un joven escrupuloso he ido a ver eso para escribirlo, y allí me he acordado de mi vida pasada mejor que aquí. Quién se acordará de mí a estas horas.

Sábado 28 de septiembre

Son las seis de la mañana en que acabo de ensillar mi mula para partir para Stockton contra la opinión de Rodríguez y demás amigos que me aconsejan no irme solo. Ayer vino de Moquele-mos y dice que encontraron un chileno asesinado en el camino y que tuvieron gran trabajo en darle sepultura. Con que es decir que todos los caminos están atestados de bandidos.

Y qué hacerle, tengo que marcharme y no hay remedio. Dios me ayude, venderé cara al menos mi vida, y lo juro por mi madre que morirán antes que yo muera si quieren asesinarme.

Son las dos y media de la tarde en que acabo de llegar a Stockton, bueno, sano y salvo gracias a Dios. Pocos momentos antes que yo ha llegado un palanquín conduciendo aquí un hombre que han asesinado y dejado por muerto a diez millas de aquí. El individuo está en casa, aún respira y los médicos tratan de volverlo a la vida. Yo traía conmigo cuatro o cinco libras de oro ...

Domingo 29 de septiembre

In the last night I was near the window of my love, I heard her speaking, and I was near of her without her knowledge. She do not [know] that I am arrived perhaps. I made my first visit to her and she will pay me this kindness very well.¹⁵⁸ Il n'a pas rien de notable à communiquer aujourd'hui. Voilà le dimanche qui va se passer en blanc pour moi qui sait ... peut-être.

¹⁵⁸ *Anoche estuve cerca de la ventana de mi amor, y la oí hablando, yo estuve cerca sin que ella supiera. Quizás ni sepa que yo he regresado. Le hice mi primera visita y ella me pagará muy bien esta amabilidad. No hay nada de notable que comunicar hoy día. He aquí el domingo que se pasará en blanco para mí, quién sabe... puede ser.* Traducido del inglés y del francés.

Stockton. Lunes 30 de septiembre de 1850

El día está caluroso, como en julio. Sin embargo, en un mes más, tal vez más nos quejemos ya de frío como ahora de calor. Stockton está en silencio. No hay sino los vapores, que meten una gran bulla llamando cada uno a sus pasajeros. Estos tampoco hacen ahora mucho negocio porque desde que aquí no hay movimiento, los vapores se resienten también de la baja comercial.

Antes de ayer llegué de las minas después de un viaje de ocho días. Casi ha habido allá una muerte o asesinato por día en todo el tiempo que he estado yo allá. No hay ya la misma animosidad que antes contra los extranjeros, pero en cambio los americanos se han hecho bandidos, y asesinan por nada a los pasajeros en los caminos.

Las minas van como siempre, unos sacan mucho, otros nada, lo que hace que éstos se quejen y hablen mal de las minas, mientras aquéllos están contentos. Sin embargo se deja ahora conocer más la escasez del oro que antes. El jornal de los peones se encuentra hasta tres pesos cosa que en los placeres es demasiado.

Nada sabemos de Chile después de las cartas que trajo Samuel de San Francisco. Con tal que estén todos buenos, no importa que las cartas se tarden.

Martes 31 de septiembre

Son las 9 y media de la noche. Stockton duerme de este lado de la Península mientras vela, canta, juega y baila del otro lado. Se oye hasta aquí la música de los hoteles, y ese movimiento producido por centenares de hombres que viene, vuelven y van en distintas direcciones en los corredores de los hoteles. El sonido metálico producido por el movimiento de los pocos de más de 30 o 40 barcos llega aquí tan perceptible, como si estuvieran a dos pasos de mi cuarto.

Esta es la hora en que yo en otro tiempo, cuando era joven, estaba al lado de alguna hermosa, el piano con mi guitarra en las manos, o bailando alguna polka o mazurca, u oyendo cantar alguna aria entre la concurrencia y el silencio de un salón que devora la linda voz de alguna bella. Mientras que ahora me consumo solo sin más consuelo que la lejana esperanza. Ah, qué tortuoso es recordar las pasadas glorias. Si habrá por ahí en el mundo de Chile o de la República Argentina quién recuerde un desterrado como yo que desde el fondo de California, les enviará su pensamiento. ¿Quién ha de pensar en mí, por Dios? Quién sabe, tal vez ...

Stockton. Miércoles 2 de octubre de 1850

Son las once de la noche en que acabo de llegar de casa del Dr. Craig a quien veo por la vez primera desde mi llegada de las minas. Mme. C. me preguntó cuándo había llegado y le dije que ayer o antes de ayer, “yo creo que V. llegó el sábado si no me engaño”, me dijo riéndose. *Voilà ce que prouve qu'elle a quelque fois à moi. Elle était triste et pensive comme une môme, puis que je n'ai pas parlé que quelques mots indifférents. Plus tard elle me dira. Je lui dirai aussi quelle était la cause.*¹⁵⁹

*I lent to her the other day several books, in them I put some notes about ... She told me the other night what it signified, and that is known that I respond to her in such a question.*¹⁶⁰

Jueves 3 de octubre

Siguen los días muy calurosos, y tan sofocantes como en el día de julio o agosto. Tal vez es esto que hace que haya aquí ahora tantas enfermedades. Casi la mitad de Stockton está enferma y mueren casi diariamente.

Los vapores echan su llamada en este momento. Hay cuatro que se animan a un [ilegible] a las 4 de la tarde para San Francisco. No sé cómo es, cómo California va para esto. [ilegible] vemos volver vapores cargados de pasajeros, que todos cual más cual menos mejor [ilegible] de conducción en muy poco tiempo.

Stockton. Viernes 4 de octubre de 1850

Hoy está el día hermosísimo, aunque no deja de hacer calor. Son las 9 de la mañana, y el sol, que para más tarde amenaza quemar mucho, está templado ahora. Yo acabo de llegar de a bordo del vapor Sagamore donde fui a ver si tenía cartas de San Francisco. Me dio flojera de caminar hasta el correo de la península, y héteme aquí ya oculto en mi cuarto.

Hoy es 4 de Octubre y aniversario de San Francisco. Son las 12 del día. Hay tanta bulla y movimiento en Stockton como en pocos días he visto. Sin embargo todo ese ruido que llega hasta aquí aumentado por el silencio de casa, no me hace cambiar de pensamiento. Volé con mi

¹⁵⁹ *He aquí lo que prueba que elle tiene fe en mí. Está triste y pensativa como una niña, porque no hablé más que algunas palabras indiferentes. Más tarde me dirá. Le diré también qué era la causa.* Traducido del francés.

¹⁶⁰ *Le presté varios libros el otro día en los cuales había colocado algunas notas sobre ... Ella me dijo la otra noche qué es lo que significaba, y que se sabe que le contesté tal pregunta.* Traducido del inglés.

pensamiento a Catamarca y estoy ahora sentado con el coro en el lado izquierdo de la puerta oyendo con mucha paciencia cantar la solemne misa del Patriarca a Fray Wenceslao Achával, Fray Miguel, el Maestro León, mi amigo Gregorio, y todos los coristas, mis condiscípulos.

¡Quién de todos ellos pensara siquiera más allá del coro! ¿cómo pude llegar hasta aquí? Si se fijan es raro que yo en medio del bullicio y el movimiento, distraído por los negocios y los sucesos del mundo, pienso en todos y cada uno de ellos en este momento. Algún día hablaremos.

Sábado 5 de octubre

Mañana o pasado debo embarcarme para San Francisco en el vapor Sagamore. Debía salir hoy pero Riera, a quién tengo que esperar porque así se lo he prometido, no puede salir hoy así es que tengo que esperarlo hasta el lunes quizá. Habría querido embarcarme en el Dorado por ser el capitán un amigo mío, pero esta razón es la misma que tengo para ir en el Sagamore porque el capitán de éste es a más de amigo, compañero de trabajos el año pasado.

Supongo que yo debo haber olvidado ya todas esas pequeñeces de la estirada etiqueta de la sociabilidad con todos los jóvenes. Dos años van a hacer que no trato con señoritas ni bailo, ni me presento en ninguna parte donde pueda decir “aún es preciso acordarse que soy joven, y que fui en dos años antes el más paquete y presumido”. Ya nada me acuerdo de lo que constituye aquello que en sociedad se llama el buen trato. El miércoles había tenido que apelar a quién sabe a quién.

El miércoles que entra se casa Miss Dickinson, una de las señoritas más ricas de California, y la única que hay en Stockton. Gracias a Dios que yo no estaré entonces aquí, sino me habría visto en apuros si por casualidad hubiese tenido que asistir al baile del noviazgo. Veremos que hay en San Francisco el miércoles.

Domingo 6 de octubre

Son las ocho y media de la mañana. Más de 20 campanas, entre chinas, americanas y francesas suenan en este momento haciendo un ruido confuso y sin sonido determinado. Cualquiera que no sabe que es lo que llaman cada una de esas campanas, creería que son otras tantas iglesias que llaman a los fieles a la casa de Dios, cuando es todo lo contrario. Cada una de esas campanas llama a sus socios si es una compañía de trabajadores o a los marchantes de fonda o a los jugadores de hotel o a los aficionados al buen café. La campana de la fonda china es la que sobresale entre todas las demás. Qué lástima. Ninguna de esas campanas llama a la iglesia de los católicos.

Las diez y media de la noche. Acabo de llegar de lo del Dr. Craig. *Je suis allé là-bas pour demander des ordres pour San Francisco. Elle m'a chargé de penser à elle quelques fois, et elle m'a promis de penser aussi à moi. Mais, mon Dieu, voilà une chose rare et étonnant pour moi ... Cependant je suis bien content.*¹⁶¹

Lunes 7 de octubre

Son las 4 de la tarde en que me despido de Samuel y me embarco para San Francisco en el vapor Sagamore. Voy allí por ocho o diez días, a arreglar una cuenta de la consignación de la Barca Diana con el cónsul chileno.

Son las 8 y media de la noche en que acabamos de llegar a Nueva York. Los pasajeros se desembarcan mientras el capitán para la máquina y atraca el vapor al muelle.

Son las 10 y media. Estamos en la bahía de San Pablo, y navegamos con mucha dificultad por el viento tan fuerte en la marejada tan grande. Cuatro o cinco velamos solamente de todos los pasajeros, yo, aunque no tengo sueño, voy a mi cuarto porque no se puede sufrir el frío sobre cubierta.

San Francisco. Martes 8 de octubre de 1850

Son las siete y media de la mañana que acabo de llegar a San Francisco en el vapor Sagamore. Llegamos a las siete pero no pudimos atracar al muelle por los muchos buquecitos que estorbaban la maniobra del vapor. Esta mañana, cuando pasamos frente a la isla de N., tuvimos mucho frío y mucho que trabajar para vencer el viento y tomar la boca.

He venido a encontrarme con San Francisco casi desconocido. Todas sus calles están entabladas lo mismo que el piso del salón de baile más lujoso. Pedazos de cerros hasta de quince pies de alto que había en algunas calles han desaparecido por encanto, y ahora se ve una hermosa calle terraplenada con el más riguroso nivel. El cerro de *Clark Point* ha sido cortado por la mitad para una nueva calle; la calle Jackson ha sido clavada doce pies de alto, lo mismo que todas las casas hasta que ha quedado en nivel con el resto de la ciudad. Ya todas las calles están entabladas y el invierno no traerá barro a San Francisco. Este trabajo cuesta un millón doscientos mil pesos a los ciudadanos a medias con el Gobierno. Aquí he visto realizarse lo que

¹⁶¹ *Yo fui allá para pedir órdenes para San Francisco. Ella me ha encargado de pensar en ella algunas veces y me ha prometido pensar en mí también. Pero Dios mío, qué cosa rara y sorprendente para mí ... mientras tanto yo estoy muy contento.* Traducido del francés.

me contaban cuando niño que la China era enlosada entera. San Francisco, según eso, no tiene mejor piso que la China.

Miércoles 9 de octubre

Ayer llegó el vapor Carolina y trae catorce muertos en su pasaje desde Panamá a San Francisco. Todos estos pasajeros han muerto del cólera que está ahora haciendo estragos en Méjico y Panamá. Y sin embargo, a este vapor no lo han hecho tomar cuarentena trayendo a su bordo el azote con que Dios venga los pecados en la humanidad. Parece que Dios ha dejado velado al conocimiento de los médicos el remedio de esta enfermedad, como para servirse de ella en sus justas venganzas.

Hay ya en San Francisco cinco muelles hermosísimos, y uno de ellos, que es el del centro, toca ya en sus cinco cuadras de largo. Los buques atracan ahora a estos muelles con mayor facilidad aunque del más alto borde. Estos muelles siguen alargándose cada día y trabajan en ellos con una actividad sorprendente. Estos trabajos, a mi ver, deben costar tanto como el entablado de la ciudad. Lo sorprendente es la velocidad con que, con las máquinas de vapor, levantan los inmensos postes que han de servir de base y cada martillazo que da la máquina de peso de 20 o 30 quintales, el palo se profundiza cinco varas en la tierra. Todo esto se repite cada momento y en menos tiempo del que yo necesité para contarlo.

Jueves 10 de octubre

Los diarios de hoy anuncian que el cólera está en la ciudad. Tres muertos de cólera se han enterrado ayer y hoy mismo ha sucedido otro caso. Dios mío, va a ser esto una cosa horrible en tanta población como hay en San Francisco. Corre también en la ciudad que un caso de cólera ha tenido lugar en Stockton, en la casa de Sparrow y Navarro. Pero Samuel me escribe con fecha de ayer y nada me dice. Sin embargo Deitton, que acaba de llegar de allí, me dice que él ha presenciado el caso sucedido en su casa y que la víctima era un amigo suyo con quién él paseó en la mañana y que a las 2 estaba ya muriendo, cinco horas, Dios mío. Cúmplase su voluntad. Acabo de escribir para Chile y ni una palabra digo del peligro que desde ahora corren nuestras vidas. Nuestro amigo Camilo Soruco murió de cólera en Panamá y no duró sino seis horas. Dios tenga compasión de las personas a quienes nosotros hacemos falta en este mundo.

Viernes 11 de octubre

Son las 12 del día; han llegado sucesivamente el Sagamore, el Dorado, el Mariposa, y en ninguno de ellos encuentro carta de Samuel. Jamás deja de escribirme en todos los vapores y no tengo carta en ninguno. ¿Qué significa esto, Dios mío?

No tengo ni un segundo de sosiego, una grande ansiedad se ha apoderado de mi alma y no hay sino que esperar alguna fatalidad. Tres casos de cólera han sucedido hoy en la calle de Jackson fuera de los que están en los diarios. Con esta fecha he vuelto a escribir a Chile, y nada dejo entrever de la ansiedad que me devora por el silencio de Stockton y los sucesos de aquí mismo.

San Francisco. Sábado 12 de octubre de 1850

Ayer, después de haber buscado inútilmente cartas de Samuel, me volví a casa lleno de ansiedad y tristes presentimientos. Traté en vano de consolarme buscando mil causas al repentino silencio de Samuel pero al fin se desvanecía ante la fatal idea que se había apoderado de mí.

A las doce y media salí de casa y me fui a casa de Emilio. Pregunté por Benavidez y en lugar de él, me salió al encuentro el compadre Rufino. “Hombre”, me dijo apenas me vio, “ya estamos a mano, usted me sacó una carta el otro día del vapor y no me la entregó hasta en la tarde, yo he querido jugarle la misma y he retenido hasta ahora esta carta que saqué esta mañana del vapor Sagamore”. “Carajo”, le dije, “no juegue así no más con la paz y la tranquilidad de un hombre en estas circunstancias, en que la falta de una carta en el vapor prueba la muerte del individuo que debía escribirla”.

La carta era de Samuel y me hace en ella la relación de la muerte del sujeto, que cayó enfermo antes de ayer en su casa y que los diarios dijeron que era cólera lo que tenía. Dice Samuel que ha durado seis horas solamente y que, aunque todo el mundo asegura que es cólera, que él espera en Dios que no sea. Me pinta lo horrible que ha sido para él pasar la noche del diez separado de un tabique solamente de un cadáver de cólera. Él y Juan de Dios han pasado la noche en pie y esperando por horas ser atacados. Ver la carta de Samuel del 11.

San Francisco. Domingo 13 de octubre de 1850

Hoy he vuelto a escribir para Chile y esta vez incluyo la carta de Samuel para que se desengañen allá de lo que hay de cierto sobre el cólera. He escrito a Mardoqueo y Tomasita en Valparaíso. Estos son mis dos queridos ingratos, y con todo, los amo mucho; ojalá que pudiera arrancar el

resentimiento que tengo por ellos de mi corazón, pero imposible, cada día que pasa me hieren más y más con su conducta.

Así, haber podido salir mañana para Stockton, pero he aquí que el cónsul aún no me ha despachado y solo concluiremos mañana el asunto de la Diana. Los diarios hablan hoy de otros casos de cólera, sigue ella en progreso. Muchos buques llegados hoy de todas partes del mundo. Van hoy a acabar de instalarse las calles de Jackson y el Pacífico.

San Juan en recuerdo

Anoche soñaba que estaba en San Juan en la casa de Manuelita Herrera, sentado a su lado en su cuarto de costura y teniendo en mis manos aquella memorable llave objeto para mí de eterno recuerdo con que yo travesaba mientras estaba con ella. ¡Ah! Qué tiempos más felices aquellos para mí. Ya no volverán quizá. Esta plata Dios mío. Esta innata ambición del hombre que lo trae y lo lleva continuamente tan lejos de los únicos objetos que ama uno en la vida. Y sin embargo yo deseo tener solamente para ser feliz a la par a los quiero. Ya me puedo decir rico, pero de qué me sirve si estoy tan lejos y se alarga mi pensamiento en este destierro. Pobre Manuelita, si se acordará ella de mí como me acuerdo yo en este momento en medio de tanto grande y maravilloso, aquí en la capital del mundo donde todo se olvida para ocuparse del presente. Muy ingrata conmigo ha sido mi tía, sin embargo yo soy para ella el mismo que fui y tal vez ahora la quiero más que antes.

Lunes 14 de octubre

Hoy he tenido nuevamente cartas de Samuel desde Stockton y está bueno siempre. El cólera allí parece que no es tanto como se teme. Aquí sigue siempre haciendo sus rasguños en la humanidad. Nada nuevo por ahora. De Chile han llegado buques pero no tenemos cartas.

Son las cuatro de la tarde en que acabo de arreglar el complicado asunto de la Diana con el cónsul. Vengo de a bordo donde fui a dejar una carta para Samuel. Mañana sin falta debo salir para Stockton a reunirme con Samuel y hacer causa común para el cólera.

Martes 15 de octubre

Son las 4 de la tarde en que me embarco a bordo del vapor Sagamore para Stockton. Estuve a despedirme a lo de Madame Lacombe después de poner mi equipaje a bordo. *Je suis encore hors*

*de moi, je suis foudroyé ! Mon Dieu ! Je suis maintenant maître d'un secret et je le pose de propre aveu ... je ne sais pas dire si ça me rend malheureux ou heureux pour toujours. Mon Dieu, j'ai vu écouler tant de larmes ... pendant une heure ... je suis fou ... à demi raison.*¹⁶²

Stockton. Miércoles 16 de octubre de 1850. San Juan y ella

Ayer cuando salimos de San Francisco no tuvimos mucho viento, pero al atravesar la gran boca cerca de la Isla Blanca nos tomó un viento horroroso que casi impidió andar al vapor. A las ocho de la noche calmó el viento y tuvimos una hermosísima noche. La claridad de la luna reflejaba, sobre todo, el mar tranquilo ya y sin olas. Yo estaba sentado en los escaños de cubierta viendo la velocidad y orden con que navegaba el vapor y distraído con las mil formas y figuras que causaba la sombra de las nubes de humo que expedía el vapor, y que con los rayos de la luna se designaban en el mar. Me acordé entonces de esas hermosas noches de San Juan en que a esas mismas horas salía yo de la calle ancha. Qué Manuelita a estas horas me decía yo ... si se acordará ella una sola vez siquiera por tantas que yo pienso en ella. ¡Oh! Ahí llegará un día si Dios quiere en que vuelva a abrazarla y preguntarle si ha pensado en su sobrino durante los cinco años.

Son las dos de la tarde en que acabamos de llegar aquí. El vapor se nos varó en un banco de arena y no hemos salido de allí sino a duras penas. Acabo de abrazar a Samuel que está bueno y sin ningún síntoma de cólera.

Jueves 17 de octubre

Son las 9 de la mañana y acabamos de salir del comedor con Juan de Dios y Samuel. Pobre Juan de Dios, ya yo le había franqueado 1.000 \$ para su viaje por el vapor y he aquí que el cólera en Panamá le hace desistir de irse por el Istmo. Yo me alegro que se quede aunque siento por él y por ella, pero hemos vivido tanto tiempo juntos, y congeniamos tanto.

El día está hermosísimo pues que no se siente aquí el frío que en San Francisco. Allí no se podía dejar la capa ni un momento, mientras que aquí hay una temperatura muy pasable. Nada de viento y los buques de vela y los vapores se ven andar por el río perfectamente. Nada hay de nuevo en nuestra casa. Gracias a Dios, mucho extrañaba en San Francisco el

¹⁶² *¡Estoy todavía fuera de mí, fui fulminado! ¡Dios mío! Ahora soy dueño de un secreto y lo deposito según su propia confesión ... no sé decir si me hace infeliz o feliz para siempre. Dios mío, vi fluir tantas lágrimas ... durante una hora ... estoy loco ... medio delirante.* Traducido del francés.

alfombrado de paño lacre, el riquísimo empapelado, los buenos cortinados, los muebles y el hermoso balcón de nuestra casa. Realmente en Stockton ninguna casa está montada en el pie que la nuestra.

Viernes 18 de octubre

Tres vapores acaban de llegar a un tiempo y no traen ninguna noticia de consideración. El cólera sigue acariciando a su modo a los habitantes de San Francisco. Se cuentan muchos casos pero yo jamás presencié ninguno en todo el tiempo que estuve allí.

Todavía me parece estar viendo y oyendo lo que presencié el 15 en San Francisco. Apenas pude creer lo mismo que he visto y palpitado. Y qué extraño es esto. Santo Tomás no creyó hasta que no tocó. Dios mío, recuerdo esa hora de sueño para mí con una mezcla de felicidad y amargura. Pero esta no viene de crimen ni falta ninguna la más leve cometida por mí. No, estoy puro y sin mancha en mi conciencia y como un ángel respecto a lo que aludo. Pero Dios mío, no puedo comprender ... ¿si comprendo y me hago que dudar porque así me conviene tal vez? Lo cierto es que yo he ganado mucho el 15. He visto mucho, he oído divinidades salir de una boca de ángel y he visto mares de lágrimas inundarlas, si ellas no fueran de marfil habrían brotado con tanto riego.

Sábado 19 de octubre

El día está hermosísimo y ningún síntoma de invierno aparece todavía. Cada vez más van siendo mejores los días de Stockton.

Hay ahora una gran competencia entre los hoteles El Dorado y el Placer, a cuál despliega más lujo en cuadros, además y música; veremos quién gana.

Domingo 20 de octubre

Nada tenemos de nuevo. Los días siguen hermosos y sin enfermedades. Los vapores que vuelven hoy dicen que hay siempre mucho cólera en San Francisco. En el Sacramento hace [ilegible] según dice el diario de ayer traído por la diligencia.

Nada más por ahora. No tengo más tiempo.

Stockton. Lunes 21 de octubre de 1850

Ayer ha sido domingo y para mí ha pasado tan desapercibido que hoy caigo recién en cuenta. Se pasan los días de fiestas cívicas y eclesiásticas sin que los pobres que vivimos desterrados aquí tengamos de ellos más noticia que el dolor que nos causa su recuerdo en días más felices.

En todo el mundo cristiano, los hombres ven llegar el domingo con el placer en el corazón. El jornalero ve llegar el día de descanso en sus últimas fatigas del sábado, se le oye cantar de placer porque ve acercarse la hora de su libertad en que tal vez va a ver a su madre, su mujer o hijos o tal vez su querida. El hombre rico también ve llegarse el domingo esperado por siete días para descansar, en fin, del afán de los negocios, que al fin hostigan, y consagrarse un día entero al seno de su familia. El joven que está en la flor de su edad en su tiempo de oro, con dobles razones siente una expansión grande, un corazón, cuando se acerca el día suyo de siete que cuenta la semana. Tal vez tiene un baile a que asistir, o una familia querida que ver, tal vez está convidado a algún paseo en que va a ver a su querida, tal vez tiene alguna inocente cita de amor. ¡Dios mío! Pero yo. Yo que soy joven, muy joven todavía, que he volado algún día en su torbillón (sic) que se llama sociedad, que he triunfado de distintos modos, que toco un instrumento y canto regular, que tengo conciencia, en fin, de lo que soy. Vivir así sepultado sin nada en el mundo que le rodea, que le haga esperar con placer el único día en que puede gozar un joven que ha sacrificado como yo su juventud, su ambición, su amor quizá, al bien y felicidad de su familia. ¡Oh! Dios mío, qué vida tan quebrantada, tan amarga ... ¿de qué sirve la plata con que puedo contar si ella no endulza las horas de una vida pasada en el destierro y el abandono? Maldita mil veces ella. ¡Oh! Dios mío, sufro mucho.

Martes 22 de octubre

El 9 de éste fui presentado en San Francisco a la sobrina carnal de Rosas, ¡la Emilia Mansilla de Twesbury!¹⁶³ Jamás he visto una señorita más completamente bien educada. Durante mi visita tuvimos muchas veces que hablar en inglés y francés conforme lo exigían las diferentes visitas que iban entrando sucesivamente. Los dos idiomas posee bien y es a la par bonita y elegante. Supo, por un amigo, que yo quería ser presentado a ella y sin ninguna ceremonia fue a casa de Miss Caddis donde estaba yo y me dijo, “sé que usted quería ser presentado a mí y el título de paisano y los deseos que tenía de conocer a usted me hacen pasar por toda etiqueta”. Qué amable criatura. Con razón quería conocerme, pues que es la amiga íntima, inseparable

¹⁶³ Emilia Sutton Mansilla era hija del norteamericano Richard Sutton y de la argentina Mauricia Mansilla Ortíz de Rosas, era a su vez sobrina nieta de Juan Manuel de Rosas.

de mis primas en Buenos Aires. Esta es la famosa señorita de quién estaban celosas a un tiempo la Manuelita¹⁶⁴ y una hermana de Rosas, por las distinciones con que la preferían los jóvenes de Buenos Aires, los enviados y nobles de Europa y todos los hombres de la corte de Rosas. Realmente es digna de amarse porque hasta imparcial es con respecto a los crímenes de Rosas, su tío.

Miércoles 23 de octubre

Volvía yo el domingo 13 a las 11 y media de la noche de la casa de Emilia en San Francisco. Dejé la calle del Pacífico y tomé derecho la calle de Montgomery hacia mi cuarto. Iba distraído, parándome en cada uno de esos remates de noche que hay, para ver y absorber tanta cosa que llaman la atención. Rematé una caja china en 6 reales y me salí del remate. Tomé la calle de California embrazado en mi capa, cuando de repente me ataja el paso un hombre. Qué quieres, le pregunté en inglés, haciendo al mismo tiempo un movimiento para hacerle creer que quería sacar mi pistola. “Nada, señor”, me dijo, “quería saber la hora solamente si me hace el favor”. Aquí no puedo decirle a Ud. porque está oscuro, vamos a donde haya luz”. Realmente nos llegamos al primer hotel y viendo mi reloj le dije, “son las 12 en punto”. “Gracias”, me dijo, y se retiró, pero apenas pude verle la cara y era realmente uno de esos muchos que roban ahora en San Francisco.

Jueves 24 de octubre

Los vapores acaban de llegar, los muertos de cólera van disminuyendo en San Francisco. En el Sacramento mueren hasta 50 al día del cólera. Dicen los diarios que más de un 10 por ciento ha perdido de población de Méjico con el cólera. Dicen algunos rumores que hoy y ayer han muerto también de cólera aquí, pero yo no he visto ninguno.

Stockton. Viernes 25 de octubre de 1850

Hacen seis u ocho días a que llegó aquí un padre jesuita con intenciones de poner un templo católico. Supe yo que se veía en crueles apuros por no saber más que francés cuando tenía que hacer con españoles e ingleses. Me fui yo a buscarlo y le expuse el objeto de mi visita, concluí

¹⁶⁴ Manuelita Rosas, hija de Juan Manuel de Rosas, gobernador de Buenos Aires.

diciéndole, que yo le traduciría lo que él quisiera y necesitara por miras a ayudarlo en algo, que al mismo tiempo vería al señor Weber para que diera el terreno para el templo católico. Tanto fue su reconocimiento que me abrazó llorando y llamándome hermano en Jesú Cristo. En seguida me preguntó de qué país de Francia era yo y cuando le dije que no era francés sino argentino, “bah” me dijo, “usted habla tan bien el francés que muy bien he podido yo equivocarme”. Ya el domingo habremos oído misa, ¡la primera en Stockton! ¡Qué gusto, Dios mío!, al fin moriremos como católicos cuando venga el cólera.

Sábado 26 de octubre

En días pasados me sucedió en San Francisco una aventurilla, que en fuerza de ser graciosa no quiero olvidármela. El 9 del presente salía yo de casa de mi señora Eugenia como a las nueve y media de la noche, por cierto más temprano que de costumbre en noches tan largas ya. Llegué a mi cuarto, me desvestí y tomé a leer “La guerre de femmes”¹⁶⁵. Leí hasta las 10 y apagué la vela creyendo que ya tenía sueño, pero me equivoqué porque no podía dormir, y me llevaba con el oído atento sobre los gritos de los borrachos, los ruidos de algunos carruajes todavía. Todo quedó en silencio al fin, cuando de repente oigo pasos en la escalera y un cuchicheo semejante al de los ladrones o amantes. Será tal vez mi amigo S. S. que aún no había entrado, pensé yo. Es de advertir que mi cuarto y el de mi amigo en cuestión estaban divididos sólo por un ligero tabique de tablas. Paré mi oído yo y estuve atento. Luego oí que se acercaron de puntitas a la puerta de mi cuarto. Yo eché mano a mi puñal, cuando una voz muy conocida me dice, “Navarro”. Me callé por ver en qué paraba la cosa ... y luego oí que dijo, “no ha entrado todavía y si ha entrado ya está dormido”. No oí más. Luego se abrió la puerta del cuarto y oí cerrarse tras los pasos de dos personas. Una dio una carcajada de risa y conocí la graciosa y coqueta risa de una señorita. Me llegué al tabique y poniendo mi oído allí a la muralla oí cuantas mentiras y falsos juramento pueden pasarse entre amantes. Lo que es el mundo y las cosas. Mi pobre amigo no sabe que lo tengo agarrado, que le conozco su secreto lo mismo que él, que he oído sus palabras. Pero también es cierto que yo no más lo sabré. Al fin, me dio frío y volví a mi cama donde a cada momento era despertado por las malditas risitas de la dicha niña, pobrecita. Al fin, todos los que se creen iguales a mí son menos que yo. Yo lo veo ahora por lo que descubrí esa noche. Al fin tienen algo por qué avergonzarse.

¹⁶⁵ *La guerra de las mujeres*. Es una obra de Alejandro Dumas (hijo), publicada en 1845.



F. 15: Sociedad de templanza¹⁶⁶

¹⁶⁶ Augusto Ferrán, José Baturone y Luis Marquier, litografía, *Album californiano: Colección de tipos observados y dibujados por los tres* (La Habana, 1849). Robert B. Honeyman Collection, UC Berkeley, Bancroft Library.

Domingo 27 de octubre. San Juan

Hoy a las diez y media hemos tenido nuestra misa. El padre ha dicho una hermosa plática en francés, qué sabio y despreocupado es este padre; cuanto más lo trato, más conozco su mérito y capacidad. Viene casi todos los días a pasear a casa. ¡Gracias a Dios! siquiera misa tenemos ya que no podemos contar con nada más en los domingos aquí.

Son las once y media de la noche. Fuimos un momento con Samuel a oír la música del Hotel Dorado y realmente vengo triste. Han tocado trozos tan lindos. Valses y polkas tan alarmantes. ¡Oh! cuántas de mis amigas bailarán a estas horas sin acordarse de mí. ¿Y qué hará a estas horas la solitaria de la calle ancha en San Juan? ¿En qué estará pensando?

Lunes 28 de octubre

El día de hoy, como todos los que han pasado, está hermosísimo. Nada se oye todavía del invierno. El año pasado nos llegó este caballero en este mismo día.

El padre jesuita me suplicó hoy que lo acompañara a algunas casas para interpretarle lo que quería anunciar a los católicos de Stockton, respecto al templo. En efecto anduvimos felices, porque hemos recogido 100 \$ en un momento de limosna. Al pasar por el *Ricorder* nos alcanzó una mujer suplicándome que dijera al padre que fuera a absolver a su madre que moría de cólera. El padre se volvió y aún a estas horas quién sabe lo que habrá pasado.

Stockton. Martes 29 de octubre de 1850

Hoy acompañé como ayer al padre católico para llevar el papel de suscripción a algunas casas y estoy sorprendido del modo con que él trata a los que se llaman cristianos, sea cual fuere su estado o profesión. Habíamos salido esta mañana del almacén de Robinson y seguíamos por la calle del centro cuando pasamos frente a una casa. El padre se paró y me dijo en francés, “por qué no entramos aquí”. “Padre mío”, le dije, “no es una buena casa”. “¿Qué, hay gente mala aquí?”. “No, pero es una casa de Mujeres ...”. “Tanto mejor, en todos los países si las mujeres no son las más caritativas y religiosas, al menos aparentan serlo”. “Pero no, padre mío”, le dije “este es un burdel donde se recoge esa clase de mujeres perdidas, que venden su honra para subsistir”, para desengañarlo de una vez. “Tanto mejor y me alegro de saberlo, si el pastor sólo cuidara de las ovejas que le quedan en su rebaño abandonando al lobo las que se le han

descarriado, no sería un buen pastor, *allons mon cher*¹⁶⁷, entonces”. “Padre, yo no he entrado en mi vida a estas casas, lo confieso por honor y me parece que hasta la atmósfera que se respira allí debo evitarla”. “Vamos a hacer una buena obra y nada debe temer el hombre que obra bien”. Entramos y con la mayor amabilidad del mundo saludó a todos y se dirigió a ellas por mí. Recordaré siempre esta escena. Entre todas dieron al padre 50 \$.

Miércoles 30 de octubre

¡Dios mío! ¡Qué desgracia tan grande! Hace unos cuantos días que los ocho vapores de aquí se habían puesto en competencia todos hasta bajar el flete 2 \$ de 18 y 25; otros pusieron a peso el viaje, el Sagamore puso un aviso diciendo que pagaba 1 \$ y la comida a todo hombre que se embarcase a bordo para ir a San Francisco. Así salió de aquí antes de ayer con más de 200 pasajeros para San Francisco. Esta mañana estaba yo en el muelle viendo llegar al San Joaquín cuando antes de atracar bien el vapor, grita un hombre de a bordo, “el Sagamore se reventó ayer al salir y murieron más de 100 hombres que habían a bordo”. Dios mío, la cosa es cierta, luego cada pasajero se ocupaba de contar los pormenores de esta fatalidad. Apenas lo creo, ¡Dios mío! Y tantas veces que he viajado yo en este vapor, nada menos que hace muy pocos días que llegué en él a San Francisco. De lo que me he salvado. Así es cuando uno no ha de morir de una cosa ... Pero en trueque ha muerto el segundo capitán, nuestro íntimo amigo y compañero Charles. ¡Oh Dios mío! qué cosa tan horrible es pensar en esto ...

Jueves 31 de octubre

Todavía estamos aturridos con semejante noticia como la que recibimos ayer. Hace estremecer el cuerpo de horror oír contar la desmembración de los cuerpos que estaban a bordo. Muchos han sido divididos en tres y cuatro pedazos, se han encontrado brazos y piernas hasta más de una cuadra de distancia; los que no perecieron con la explosión murieron ahogados. ¡Oh! horroriza de veras oír contar los desastres de esta explosión pues que es la primera que sucede en California. Pobre nuestro amigo Charles tan joven, tan lleno de proyectos y esperanzas, rico ya y tal vez con algo más en este mundo que le hacía querida la vida y hoy ya en la eternidad.

¹⁶⁷ *Vamos mi querido*. Traducido del francés.

Stockton. Viernes 1 de noviembre de 1850

Los días están siguiendo muy hermosos hasta aquí, y tanto más los admiramos cuanto que otoño pasado teníamos ya muy entrado el invierno en este tiempo, y las lluvias habían puesto ya intransitables los caminos. Los vapores que han llegado ahora nada traen de nuevo. Nada sabemos de Chile, y de la República Argentina tenemos los tratados nuevamente hechos entre Rosas y los franceses.

Se dice que algunos han escapado de la explosión y están sin esperanza de vida en los hospitales. Ya lo creo. Mucho hacen en vivir hasta ahora.

Sábado 2 de noviembre

Gracias a Dios mil veces. Tenemos a la vista el *Stockton Journal* que da los pormenores de la explosión del Sagamore y dice, ¡Gran Dios! que nuestro amigo Charles ha escapado de un modo sobrenatural e increíble y que está en San Francisco sano y bueno. Y que ya lo llevaba yo muerto. De veras esto es increíble y muy largo de contarse; guardo el diario archivado para ver cuando quiera más tarde las minuciosidades que cuenta y la milagrosa salvación de nuestro amigo. De veras esto es más que sorprendente. Leer el diario a que aludo.

Stockton. Domingo 3 de noviembre de 1850

Hoy fuimos con Samuel y nuestros amigos Quirogas y Rojo a misa. Quién sabe por qué es que aquí oigo misa con más gusto que en ninguna parte. Hubo ahora más concurrencia pues que hasta señoritas vimos allí. Estuvo en misa Miss Mure y Miss Craig y una negra, tres mujeres en todo, lo demás era gente toda.

El día está lindísimo como muy pocos he visto mejores, hay un sol que hace gustar de su calor y no corre nada de viento, que es lo mejor. Se ven por todas partes los carruajes que salen al campo, llevando cada uno su dichosa pareja. Todo suspira vida y esperanza en un día como este. Nosotros acabamos de llegar del muelle donde fuimos a ver la llegada del vapor y nos ha sorprendido la fatal noticia que nos han dado allí. 10 hombres de cólera han muerto desde ayer hasta hoy. ¡Qué tal! Con qué amargura recibe uno la noticia y probabilidad de morir sin remedio, cuando está lejos de los seres que le son queridos y lo ligan a la vida, y a quienes quisiera decirles adiós antes de partir de este mundo. ¡Oh! ¡Qué triste es esto!

Acaba de llegar de visita el padre y dice que entre ayer y hoy ha auxiliado 10 de cólera y que ninguno se ha salvado. ¡Qué hacerle! Triste es morir tan joven y con tantas esperanzas en la vida, pero si Dios lo quiere ... No hay más que decir adiós al mundo.

Lunes 4 de noviembre

Son las 7 de la mañana y debo salir a las once o doce para las minas. Tengo un buen día para viajar, al menos buen caballo que montar, lo demás lo arreglaré el cólera. Tengo que ir a casi todos los placeres, a San Andrés, Calaveras, Estanislao, Ángeles, Carsons Creek, Mormon, placer Americano, Placer seco, placer del Barro, placer Chileno. No sé cuándo vuelva, porque no sé cuándo llenar el objeto de mi viaje sin lo que no vuelvo aquí. Tengo que reunir 1.000 \$ para mandar a Mardoqueo y no me vuelvo sin ellos.

Son las seis y media de la tarde en que acabo de llegar a casa de Masterson, quién en este mismo momento llega también del Sacramento.

Son las ocho y media de la noche, todos duermen ya mientras yo escribo y leo a un tiempo la continuación del *Conde de Montecristo*. En estas horas de soledad, en estos lugares es donde me agrada siempre recordar mis tiempos pasados. Quién fuera como el pensamiento para volar en este momento y dar una sorpresa en la calle ancha de San Juan. En quién pensará Manuelita en este momento en que yo pienso en ella.

Martes 5 de noviembre. Casa de Masterson, quince millas de Stockton

Son las ocho de la mañana en que salgo para Calaveras. Dormí bien anoche después de mucho viajar con mi pensamiento por toda compañía. Masterson me ha dado un rico almuerzo (así debe ser para que valga 3 \$) y mi peón ensilla los caballos mientras yo escribo. He escrito a Samuel una carta desde aquí que se la entregará Masterson hoy día. Nada más tengo que hacer aquí sino ceñirme mis pistolas y mi puñal y marchar. No me sucederá ahora lo que en el otro viaje por falta de armas ¡eh! ... Carambita, casi no cuento el cuento ...

Son las cinco y media de la tarde en que llego a San Andrés. He sorprendido a Rodríguez que no me esperaba y que de repente me vio echar pie a tierra. Pobre General, está muy bueno y gordo, gracias a Dios.

Miércoles 6 de noviembre. San Andrés

Anoche visité a Estuardo y Larenos en su nuevo pueblo de San Andrés. Hay ya bastantes comerciantes en este placer que creo va a ser el mejor para el invierno. Ya Rodríguez tiene bien establecida su carpa y pensamos con mucha esperanza que en este invierno vamos a ganar mucha plata.

Ya mi peón Juan Ángeles Sánchez viene a decirme que los caballos están ensillados. Me voy ahora a Calaveras y llegaré expresamente a visitar el lugar donde he tenido mi casa por más de un año. Son las 9 de la mañana en que parto.

Las hojas secas

Son las seis de la tarde en que llego de Calaveras. Estuve a visitar el lugar de mi casa y tomé un montón de hojas del árbol que sostenía mi carpa para precioso recuerdo mío. Qué gusto tendré más tarde cuando vea estas hojas secas que tanto deben recordarme a la vez.

San Andrés. Jueves 7 de noviembre de 1850

Mucho frío sentí anoche y casi digo que fue por frío que no dormí anoche. Los fríos que hacen aquí de noche y por la mañana son casi insufribles. Aún Rodríguez, que ya se ha vuelto pesado con su hidropatía, grita al pasarse los paños de agua por el cuerpo. Por lo demás, el día está lindísimo y cuando el sol se levante un poquito, tendremos muy buena temperatura en San Andrés. Ayer sentí una especie de dolor cuando llegué al lugar que por un año o más ha sido testigo de todos mis pesares, de mis lágrimas a veces, de mis ratos de alegría y por fin, de mi fortuna. Las lágrimas se me rodaron cuando vi trillado mi huerto, mi trigal, todo parece que se afecta de la ausencia del dueño de ese pedazo de tierra. El roble que sostenía la cumbre de mi carpa, lo mismo que el pino, habían sido despojados de sus más hermosas ramas que tanto respeté yo en todo el tiempo que estuve allí. Me llegué sin ser visto de nadie y recogí una porción de hojas que envolví lleno de cierto respeto en un papel y guardé en los bolsillos de mi cartera. Estas hojas valdrán para mí cada una de ellas lo que una hermosa joya. Las cuidaré hasta que muera.

Viernes 8 de noviembre

Son las ocho y media de la mañana. Hace un frío horrible y Moyano aún no puede encender su fuego para calentarse. A las nueve debo salir para Calaveras y de allí para Estanislao con mi peón Sánchez, que ahora debe estarme esperando en casa de Belseo.

Son las diez y media del día y estoy en casa de Mr. Belseo donde Eloísa me hace los honores de la mesa en el almuerzo. Mandé a Sánchez y solo espero su vuelta para salir para Estanislao.

Son las 2 y media de la tarde en que acabo de llegar al río Estanislao. Dios mío las cuestras que he pasado y que no esperaba volverlas a ver más, no son menos que las de los Andes. Nada me ha sucedido que valga la pena de escribirlo en mi cartera. Me doy muy dichoso si llego a la ciudad a las 4 de la tarde.

Son las 5 y media de la tarde en que llego a Sonora y me encuentro precisamente con el Ñato Cupertino y Galup que salían del hotel. Yo voy a comer ahora con ellos y pasar una buena noche.

Placer de Sonora. Sábado 9 de noviembre de 1850

Sánchez a quién dejé ayer después de pasar el río, no apareció anoche ni sé nada de él hasta ahora que son las doce del día. Yo vi que su caballo estaba un poco cansado pero él me dijo que no tuviera cuidado y que él llegaría a cualquiera hora. Lo que más me aflige es que no tiene plata y que yo no le di algunos diez o doce pesos al separarme de él por si necesitaba para algo. Pobre Sánchez y que no habla una palabra de inglés.

Sonora es una ciudad cuyas casas nada tienen que envidiar a las de Stockton. Es muy bonita esta ciudad con sus árboles en medio de la calle y con sus labores de oro en los patios mismos de las casas. De veras nada puede encontrarse más caprichoso que esto. La corte está ya establecida aquí y tiene una hermosa casa. Hay tres o cuatro hoteles muy buenos y todos concurridos. También tienen música, pero tan buena como la de Stockton. El mejor hotel es el de nuestro amigo y paisano Elordi.

Domingo 10 de noviembre

Es hermoso y por demás curiosos este día en Sonora. Todos los mineros de los alrededores bajan a la ciudad para pasar el domingo y surtirse de víveres y demás cosas necesarias para la semana venidera. Hoy parece verdaderamente una feria. Los que juegan son los que más negocio hacen hoy. A propósito, he encontrado a Cupertino ocupado también de jugar para subsistir. Me duele en el alma semejante cosa y dichoso de él que encuentra una satisfactoria excusa a su delicadeza y propia conciencia que reprueban lo que hace. Por lo que hace a mí, yo me suicidaría primero antes de ganar mi pan así. Pero también nadie sabe lo que ha sufrido Cupertino y por los sacrificios que ha pasado antes de llegar a jugar. Los que estamos lejos del abandono y la miseria tenemos más escrúpulos de los necesarios a un hombre de honor, pero la miseria, ¡Dios mío! ¡Morirse de hambre! Pues Cupertino habría muerto de hambre o hubiese robado si no juega.

Sonora. Lunes 11 de noviembre de 1850

Antenoche fui presentado por Cupertino a Madame Amelia Mezzara, la bella de Sonora. Es realmente muy bonita y canta muy bien. Me cantó en el piano una de las arias más lindas que yo he oído, y me hizo los más exagerados cumplimientos cuando me oyó tocar. Le dijo a Cupertino, "*Je vais parler comme si votre cousin Navarro ne eusse pas ici, et je dis qu'il me paraît parfaitement bien, et que surtout est il un joli garçon, sur ma parole*".¹⁶⁸ Mi pobre Cupertino no entendió, por supuesto, nada de lo que me dijo, pero yo di las gracias por su franqueza y generosidad. Ciertamente es que el Ñato no entiende ni habla francés pero el amor (*ce blond enfant*)¹⁶⁹ habla todos los idiomas y Cupertino es feliz hasta donde puede ser feliz un amante.

Acabo de llegar del placer Seco donde fui a hacer una visita a los Quiroga, Isidro y Juan Crisóstomo. He ido con Cupertino y Galup, y hemos estado en el Barro, en los Chilenos, en el Americano y placer Seco, donde vimos a los Quiroga que están buenos.

Martes 12 de noviembre

Son las seis de la mañana y saldré muy luego para Calaveras. Anoche fui convidado a cenar a casa de madame Mezzara y vino a turbar lo hermoso de nuestra sociedad un americano que pasa por el hombre más valiente y pícaro a la vez. Pedía que le abrieran la puerta para beber y madame le contestó que no quería, a lo que arrojó él tanto insulto y desvergüenza que yo tenía ya valor para quedar más allá. Le dijo a madame que ella era una. Yo quise salir afuera pero el marido me impidió. Volvieron los insultos de nuevo y salimos con Cupertino a pesar de todo. Cupertino tenía su pistola y yo tomé las mías de mi cuarto porque el tal Villefort tenía las suyas en las manos y decía que mataría al primero que saliera y en seguida a madame. En fin, salimos y Villefort nos dio la mano diciendo que con nosotros nada tenía. Callo cuánto tuvimos que hacer para quitarle de la cabeza que descargara sus seis tiros sobre la puerta. Nos convidó a cenar aunque eran las dos de la mañana y tuvimos que admitirle para no agriarlo. Recordamos al dueño de un hotel que nos sirvió la cena y al fin la jarana no concluyó sino al amanecer.

Son las ocho y media en que salgo para Calaveras y San Andrés.

¹⁶⁸ *Yo voy a hablar como si su primo Navarro no estuviera presente aquí, y yo digo que él me parece perfectamente bien a mí y que sobre todo es un bello joven, bajo mi palabra.* Traducido del francés.

¹⁶⁹ *Ese niño rubio.* Traducido del francés.

Miércoles 13 de noviembre

Ayer al entrarse el sol llegué aquí a San Andrés, y encontré a mi general matando el tiempo con la malilla. Nada hay de nuevo y todo va bien hasta aquí. Tuve que venir todo el camino enteramente solo y triste como un solitario, pues que en Calaveras vine a encontrarme ayer con mi Sánchez quien, extraviado del camino la noche que llega a Sonora, tuvo que quedar esa noche en casa de unos americanos, y al otro vendió su caballo y volvió a pie a Calaveras por creer que ya no me era necesario él hasta mi vuelta.

Son las nueve de la mañana en que salgo para Stockton. Ya es tarde y no quiero maltratar mi caballo por llegar en el día a casa.

Llego a lo de Maileron a las 5 y media de la tarde cansado como una mula. Tengo una brillante disposición de comer porque no almorcé hoy. Me presentaron ahora al hermano de Maileron que es un bello joven.

Stockton. Jueves 14 de noviembre

Son las doce del día en que acabo de llegar a Stockton. La primera persona que he encontrado ha sido a Onofre Navarro, quién me ha mostrado su mano con un dedo menos. Le he encontrado atacado de un fuerte resfrío de tres o cuatro días ya. Cuando yo llegué, él había salido a pasear la hidropatía a ver si podía mejorarse con el sistema.

Por lo demás no hay ninguna novedad de casa. De Chile nada sabemos o mejor, no he recibido cartas de Samuel. Y parece que estoy olvidado por aquellas gentes. No les haré de ingratos [ilegible] el mundo y no tengo otra cosa que hacer que quejarme de ellos.

Stockton. Viernes 15 de noviembre de 1850

Llegué ayer de los placeres después de haber andado casi por todos ellos. Fui a San Andrés y de allí pasé a Calaveras. Después, he estado en los Ángeles, en Melones, en Botellas, en Cassey Creek, en Herman, en Colombia, en el Placer seco, en el Barro. Placer americano, Placer seco, y Estanislao. Gracias a Dios he vuelto sin ninguna novedad después de haber pasado por medio de tanto bandido. Por supuesto que cuento por nada lo que casi sucedió el 11 en la noche.

De lo que estoy más contento es que he llenado completamente mi objeto. Quería reunir un poco de oro, para mandar a Mardoqueo, y he traído mil pesos del placer que pronto se los remitiremos. Samuel irá a San Francisco en dos días y él mismo se los remitirá. Pobre Mardoqueo, quién pudiera hacerlo rico en un momento para que su orgullo no se abata cuando piense en

Delfina. Y yo soy quién quisiera hacerlo, a mí a quién más ofendido tiene y más ha herido en mis sentimientos. Pobre Mardoqueo. Tanto que parecía quererme antes, para recompensar toda la sinceridad de mi devoción y amor por él y sus cosas.

Sábado 16 de noviembre

Admirables días en su serenidad y hermosura. Ni una nube, ni una ráfaga de viento siquiera que anuncie estar en un mes de invierno. Solo yo que he sabido los rigores del invierno del año pasado con los vientos, las lluvias, y la nieve en este mes de noviembre, sé estimar la bonanza del presente en que ni síntomas de invierno aparecen. Los vapores siguen navegando perfectamente, ahora mismo han llegado tres casi a un mismo tiempo.

El día que yo llegué a Estanislao me encontré con la crónica del día sobre el reciente envenenamiento de la Carmelita N., ex esposa del S. N. y querida ahora del Sr. Miranda. La noche antes que yo llegara, toda la ciudad de Sonora estaba alarmada y veían correr las gentes de una calle a otra y de un barrio a otro, pronunciando en secreto la palabra veneno ... Efectivamente la pobre niña se había tomado onza y media de arsénico comprada a un boticario para matar ratones, y quería dejar este mundo en que no tenía nada ya, perdido el amor de su Miranda. Pobre niña. Dice Cupertino, quién se halló presente, que causaba compasión el ver la ternura con que recomendaba sus niños. Lo cierto es que cien y tantas personas que se hallaron presentes lloraron como niños al oír hablar a esta niña en sus últimos momentos, tan serena como si nada tuviera. Por fin la crisis se pasó y se salvó tal vez para ... para escarmiento y ejemplo vivo. Me había sido presentada en San Francisco y yo fui a verla con Cupertino y Galup. Me recibió muy bien y encontré yo diferencia en su físico, caramba, aún no tenía veinte y cuatro y tenía la muerte por delante.

Domingo 17 de noviembre

Hoy hemos tenido misa y yo acabo de llegar de allí. Samuel quedó vistiéndose cuando yo salí, no alcanzó la misa porque recién acaba él de salir preguntando si será hora de ir a misa. Di mi acostumbrada limosna de dos pesos en la misa acordándome en ese momento de mi mamita.

Fui al muelle en seguida con Rojo y héteme aquí de vuelta para pasar las tristes horas del domingo sentado contando las listas verdes y celestes del empapelado del cuarto. Éste es mi día de pena y ansiedad. Dios mío, quién pudiera no pensar en este día. ¡Oh! siquiera fuese yo borracho ...

Son las 11 y media de la noche. Todavía veo desde mi cuarto el brillante iluminado de los hoteles ... pero mientras mis ojos están allí, mi pensamiento está en Chile y la República Argentina. Cuántos de los que no pertenecen, por varias razones, estarán y reirán entre las fiestas del domingo en aquellos mundos, mientras yo cuento los minutos de cada hora aquí entre el pesar y la amargura que causan siempre todos los recuerdos y sean tristes o felices. Y sin nada de las penas de California. ¡Oh! Mil veces ingratos y vulgares los que desconocen por unos momentos los sacrificios de esta vida en que la juventud y vigor van muriendo a pausas.

Lunes 18 de noviembre

Hoy tenemos un pequeño nublado pero que no parece aún ser el que traiga la primera lluvia del invierno. Sin embargo se ve gran prisa en poner bajo techo millares de mercaderías, se ven concluir techos de casas, levantar veredas y puentes en todos los cruceros de las calles, por fin, se ve ya el gran movimiento que causa la entrada del invierno en todas las cosas de la ciudad. Sin embargo no veo yo nada todavía que se parezca a temporal.

Stockton. Martes 19 de noviembre de 1850

Pues señor yo me engañaba cuando pensaba que el nublado de ayer no traía agua. Anoche u hoy como a las dos de la mañana sentía que llovía pero no gran cosa. Ahora son las doce del día y sigue lloviendo pero tan poco que más bien parece una garúa. Ya tenemos al fin la primera lluvia de invierno del año 50, pero cuán diferente de la del año pasado.

Los stocktinos (sic) se ven ya con los pantalones metidos dentro de las botas para evitar el barro que salpica y ya se ven lucir también estas malditas botas de seis suelas que tan antielegantes (sic) parecen en el verano, pero que tan bien preservan de la humedad y del barro en el invierno. ¿Habré yo de ponerme estas botas en vez de los elegantes zuecos de charol de Chile? Creo que no, veremos cómo anda la necesidad.

Ahora que me acuerdo es el aniversario del gran terremoto que en 1822 arruinó a Valparaíso. Pues nuestro invierno entra bajo de muy buenos auspicios.

Miércoles 20 de noviembre. Cartas de Chile. La Elisea

Hoy hemos recibido cartas de Chile, digo hemos porque no puedo separarme para nada de Samuel, pero en facto es él sólo quién ha recibido. Tal vez hoy es el primer día feliz que tengo en

California. Estas cartas traen el aviso de la feliz llegada de la Elisea a Chile del 20 de septiembre. Según se ve, ha puesto 57 días de San Francisco a Valparaíso, viaje que aún no lo han hecho muchos buques. Los pasajeros han llegado perfectamente contentos y en todo el viaje no ha habido la más pequeña indisposición a bordo. Es imposible poder pintar el entusiasmo y alegría que ha causado en todos los nuestros la llegada de la Elisea. Lo cierto es que ella ha hecho derramar más lágrimas de gozo que las que se pueden esperar del suceso más feliz.

Gracias a Dios, qué contento y feliz soy en este momento. No soy muy rico todavía, pero soy más que muchos más ricos que yo, con solo poseer la Elisea que por tantos títulos ha venido a ser tan querida para mí. “Leer las cartas avisos de 20 y 21 de septiembre”.

Jueves 21 de noviembre

Aún no vuelvo yo de la agradable sorpresa que me causó ayer la noticia de la llegada de la Elisea. Como apenas son cartas avisos las que han llegado, tenemos muy pocos pormenores que marcar.

Tío Ramón nos escribe felicitándonos también, y el poeta no ha podido dejar de decir “que el que para simbolizar más la fortuna que nos protege, ha entrado allá con viento en popa”. Sin embargo, algo debía haber que viniera a enturbiar mi humor y ello había de ser siempre el mal de siempre. ¿Por qué no soy yo más indiferente o menos susceptible? ¡Oh! ¡Imposible! Me quejaré toda mi vida de no ser correspondido en mis relaciones epistolares y afecciones íntimas, lo haré siempre con muchísima justicia. Nadie me ha escrito ahora teniendo todos allí con qué contestarme. Bueno. Sábelo Ramón Gil, y ponte en guardia, los ingratos acabarán por arrancar una por una tus buenas cualidades.

Viernes 22 de noviembre

Otra carta de Mardoqueo recibida hoy por Samuel trae algunos días de fecha posterior. La Elisea debía salir para Copiapó llevando un flete cuyo importe ascendía a 1.500 \$ según dice Mardoqueo. Creo que Pedro Agote entrará en sociedad con nosotros poniendo seis u ocho mil pesos en plata o el valor del buque en artículos de especulación sobre California.

Mucho tiempo hace que Pedro Agote¹⁷⁰ se detenía en especular por falta de buque, ahora se le abre un gran camino y dice Mardoqueo que está casi seguro que entrará en sociedad con nosotros tan pronto como el buque llegue a Copiapó y se lo proponga por Rondizoni.

¹⁷⁰ Emigrado rioplatense con un perfil parecido al de Ramón G. Navarro. Ver Pedro Agote, *Recuerdos del pasado: Catamarca 1816–Buenos Aires 1909* (Emecé Editores, 1968).

Sábado 23 de noviembre

Tenemos hoy un hermosísimo nuevo vapor llamado el E. Corning. Todo él es de fierro y pintado verde y amarillo. Es el vapor más lujoso que ha venido hasta ahora a Stockton. Tiene dos cámaras ricamente adornadas de buenos alfombrados, colgaduras de damasco y muebles de caoba. En una palabra, nada queda ya que desear en materia de comodidad.

En mi vida he experimentado fríos iguales a los que estamos sufriendo. Hermosísimos días tenemos sin una gota de agua fuera de la primera lluvia, pero tan fríos que casi es insoportable. Nada se puede hacer y aún quita la disposición de comer que es más extraño todavía.

Stockton. Domingo 24 de noviembre de 1850

Después de almorzar salimos con Rojo y tomamos, como buenos católicos, el camino de la iglesia. Llegamos allí y con mucho sentimiento encontramos la puerta cerrada. El padre Arnaud está enfermo y no hemos tenido misa hoy. He ahí una de nuestras únicas distracciones venida a pique. ¿En qué ocupar ahora el domingo? ¿En rezar solo en su casa después de estar acostumbrado a dar buen ejemplo a las señoritas en la iglesia? No hay remedio, renunciaremos también a esta ocupación.

Son las diez y media de la noche. Todavía es muy temprano para acostarse a dormir en noches tan largas. Pensemos más un momento en los que jamás piensan en uno. Hoy es domingo, es mes de noviembre y debe ser ésta una hermosísima noche en Chile y la República Argentina. Los de Valparaíso, los ingratos de alto borde ... deben estar a estas horas en el teatro. Ni un recuerdo debe pasar por su imaginación en este momento que vaya más lejos del presente. Bien, dejémoslo allí, no los turbemos en su dicha. Los de Concepción, más pobres en espectáculos pero no menos ingratos por eso, deben estar a estas horas paseando el té en la música o acompañándola al cuartel Carampangue en la Puntilla. No los turbemos tampoco en su marcha triunfal al son de música precedida por Don Juan 1º con su bastón de Mariscal. La de la calle ancha de San Juan, veamos ... no está en casa ... ¿se iría a Zonda? No señor, ¿a Caucete?, tampoco ... ¡Ah! está convidada hoy a casa de alguna Juana a celebrar su día; está en un baile, por consiguiente tampoco debemos turbarla ... Si pensará ella que yo la estoy viendo y que no quiero hablarle por no sacarla de su felicidad. Bien, lo mejor que debemos hacer entonces es ir a dormir y soñar que apoya uno su cabeza volcanizada (sic) en el blanco y muelle pecho de una mujer que lo ama ... en fin, soñar con su fantasma criado al capricho de uno.

Lunes 25 de noviembre

Los vapores no llegan a esta hora todavía que son más de las doce. Tal vez ellos también han querido guardar el día de precepto y han postergado su salida de San Francisco para hoy recién; pero no lo creo, los americanos son más comerciantes que religiosos y no pierden *ten cents*¹⁷¹ por un acto religioso.

Hasta ahora no hemos tenido más lluvia de invierno que la que cayó en muy pequeña cantidad el 19 como para anunciar la entrada del invierno. Desde entonces hemos tenido preciosos días hasta hoy, pero fríos como amores de viejas y tristes como pensamientos de desterrados. Adelante con la cruz. Yo sé que vendrá un día para la patria mía ...

Stockton. Martes 26 de noviembre de 1850

Una nueva carta de Mardoqueo de 1º de octubre nos da noticia de haber cargado la Elisea para Copiapó y llevar en flete el valor de 1.500 \$ por lo menos. Se estaba pintando blanco y celeste según nuestras instrucciones mientras acaba de cargar.

Rodríguez acaba de escribirme remitiéndome unos 200 \$. Todo aquello va bien, el General está más comfortable ahora con su nueva casa y chimenea de fierro colado. Esto es un lujo y una comodidad que no me la he dado yo cuanto ya tenía 19 mil pesos.

Mucho perjuicio está haciendo la falta de agua para trabajar. El año pasado fue el mes de noviembre el mes más furioso que tuvimos en todo el invierno.

Miércoles 27 de noviembre

Acaba de llegar y desembarcar en el muelle el vapor Unión una compañía de la Guardia Móvil de París de 250 hombres, todos uniformes en vestido y con fusiles de infantería ligera. Traen sus cornetas, sus valijas a la espalda, sus tenientes, sus capitanes, todo, en fin, como si estuvieran en actual servicio. No ha dejado de admirar todo esto a los americanos porque de veras es un cuerpo respetable y puede hacer mucho mal si quiere.

Nada más hay de nuevo sino que el cólera está haciendo de nuevo horribles estragos en San Francisco. ¿Volverá a visitarnos ese sujeto?

¹⁷¹ *Diez centavos*. Traducido del inglés.

Jueves 28 de noviembre

Son las doce del día y se oye aún el clarín del batallón francés que marcha a las minas como si marchase a tomar su campo en la víspera de la batalla. De veras esta marcha está muy imponente; todos van de columnas de ocho en fondo, con sus fusiles y mochilas a la espalda y ejecutando puntualmente las órdenes de su jefe. Ya me parece que veo un batallón de guardia de Napoleón.

Mal cuento van a tener los americanos con estos viejos soldados de Argelia.

Stockton. Viernes 29 de noviembre de 1850

Sigue el buen tiempo y con él, un frío insoportable tanto de día como de noche. Admirable es que estemos concluyendo el mes de noviembre y que nos hayamos mojado una sola vez con agua de invierno. Para mí que para nadie es más admirable esto ya que en este mes he sufrido tanto el año pasado. Mis compañeros de destierro estarán ya cada uno en su casa a estas horas tal vez acordándose de las malas nevadas del invierno pasado para hacer más dulces las del presente verano en su casa al lado de su familia. Solo yo quedo atrás siempre, solo yo siento ansiedad en mi corazón sin poderla satisfacer.

Son las diez de la noche en que llegamos con Rojo de dar un paseo. Qué condición la del hombre, Dios mío. Sale de su casa en busca de algo que lo distraiga de la monotonía de su vida y tristeza de sus pensamientos y todo lo que ve y oye afuera parece que está afectado de la misma tristeza que padece. Nos llegamos al hotel del Dorado y el músico mayor apenas me vio me dijo que me iba a tocar la Norma. En efecto he oído la Norma brillantemente tocada, pero cada nota ha sido un martillazo en mi corazón, cada transición de tono o aire me ha sumido en doble tristeza, no hay remedio para gozar de la visita de un jardín, debe tener una hermosa apoyada en su brazo con quien compartir la hermosura y vida de las flores. Cuando quiera gozar de la música con expansión, sin ansiedad, sin tormento, tenga a un lado una bella a quien dirigir su súplica, un reproche, un adiós, una palabra de amor, en fin, en cada una de las sentidas notas que componen un aria triste. He aquí lo que me faltaba a mí cuando oí esta noche la Norma, y he ahí la causa por qué he vuelto a mí, más triste y pensativo que cuando la dejé. ¡Oh! Dios mío, a qué hermosa estaré sacrificando mi vida, mi juventud, mis aspiraciones, cuál será por fin la que recoja el fruto de tanta pena, abnegación, y sufrimientos morales, cuál será, por fin, que me pague con un solo “te amo” todos mis momentos en California. ¡Oh! Mucho temo no dar yo con el ángel que ha creado mi fantasía en California, a falta de seres reales en que fijarse.

Sábado 30 de noviembre

Hoy es el último día del mes de noviembre. El año pasado por este tiempo había sufrido ya crueles pruebas del invierno, lluvias, hielos, nieves, y fríos, pero ahora, salvo de un ligero aguacero y los fríos que nos van secando ya, no hay nada más que anuncie el invierno sino la ausencia de la verdura en los campos, y la desnudez de los árboles cuyas hojas pálidas y marchitas como mi corazón, por todas partes a capricho del primer vientecillo que sopla. Todo sigue tranquilo en Stockton, esa existencia normal de una ciudad que ha entrado ya en el rango de las demás y no sufre sus alteraciones sino con mucha tranquilidad. Los vapores dan sus señas de partida, y aun tiempo veo desde las ventanas del Valcin, el Dorado, al Corning, al Unión, al Fashion, y San Joaquín echar uno por la brea de la chimenea esas bocanadas de humo que anuncian al viajero su partida en una hora más. Los carruajes se cruzan en todas direcciones llevando bribones a todas partes, las campanas de las fondas, hoteles, cafés, restaurantes, etc. se hacen oír, confundiéndose unas con otras. Tal es Stockton el día 30 de noviembre de 1850.

Qué hermoso es este día en la República Argentina. La flagrancia de la primavera, su brillo y verdura principia en este día a ceder el campo al verano que entra ostentando sus frutos, [ilegible] de fiestas y paseos.

A propósito, hoy es día de San Andrés, y no sin pensar en ello mi imaginación ha ido a parar a la República Argentina. Este día fue muy feliz para mí en el año 46 en San Juan. Nos reunimos para celebrar el aniversario de Andrés y su padre en la casa de Manuelita. ¡Oh! Qué feliz recuerdo tengo de ese día. Ninguna de sus pequeñas circunstancias se me han olvidado. Hoy doy mis días desde aquí a Andrés, deseándole años y fortuna. Si pensara él en que yo estoy con él en este momento y tal vez Manuelita no se acuerda siquiera hoy del día en que nos reunimos en su casa el año 46.

Stockton. Domingo 1 de diciembre de 1850

Como el padre Arnaud sigue enfermo hoy tampoco hemos tenido misa con gran sentimiento mío que estoy más religioso y mejor católico a manera que se prolonga mi destierro en California. Después de vestirme hoy elegantemente como si fuera para una función de ceremonia, salí acompañado de Rojo a pasear después de almorzar. Pasamos el puente, nos detuvimos cinco o seis minutos en la gran relojería cuyo dueño se empeñaba acalorado en contarme que anoche habían roto uno de sus vidrios para robarle pero que con sus gritos había puesto en alarma a los vecinos comerciantes, y que así había salvado.

Tomamos en seguida la calle del Dorado que siempre está tan concurrida como en día de feria, entramos de paso al hotel; el músico mayor apenas me vio me regaló con la cavatina del

Hernani¹⁷² que ejecutaron perfectamente; pasamos de allí al hotel Placer, la música tocaba una marcha americana que nos fastidió mucho; le hicimos una nueva visita a la exaltación de Pío Nono en su hermoso cuadro de terciopelo, no nos detuvimos frente al siguiente cuadro de las doce mujeres desnudadas bañándose y salimos del Placer.

Tomamos la calle del centro hasta el Hospital de Stockton, pasamos dos burdeles y una casa de baile, con su anuncio “para esta noche” en la puerta y tomamos la calle del señor Dickinson. Teníamos miras de haber entrado allí a tocar un poco el piano, pero Dickinson y las niñas habían ido a la iglesia. Así hemos vagado por esa calle hasta llegar insensiblemente hasta el río. Nos paseamos por las orillas un rato y nos volvimos.

Antes de tomar de nuevo la calle del Centro alcanzamos tres mujeres elegantemente vestidas de seda y como nos pareciese que eran conocidas, las seguimos. Realmente al entrarse a su casa las alcanzamos y vimos que eran Mrs. Peck, su hermana y la viuda. Hace media hora que volvimos del paseo y Mix, Rojo y Samuel juegan al ajedrez mientras yo escribo. No sé lo que será de mí en el resto del día.

Son las doce de la noche. Stockton duerme en partes y en partes vela. Los grandes faroles del hotel Placer despiden todavía luces muy brillantes a través de sus vidrios de colores. Las innumerables luces del Dorado están tan vivas que parece que acaban de cambiarlas, se ven uno por uno los hombres que entran y salen. En medio del lago se ve otra población alumbrada y la forman los buques de vela y seis u ocho vapores que esperan el lunes para marchar. Se ven la luces que a través de las innumerables persianas de cada vapor formar una hermosa línea de piezas alumbradas que a la distancia cree uno ver un inmenso palacio en su día de fiesta. Tal es la noche del primero de diciembre en Stockton.

¿Quién velará a estas horas en aquellos mundos que piense en mí a estas horas? ¿Habrá alguien en Valparaíso, en Concepción, en Chillán? ¡Oh! Todas las personas que velen deben estar en algún baile y allí, pobre de mí, ¿quién ha de pensar en mí? Y en la República Argentina, en Catamarca, en La Rioja, en San Juan, por fin. ¡Ah! Qué hermosa noche debe ser esta en S. J., sin embargo la de la Calle o duerme ya, o está en baile la ingrata por consiguiente, buenas noches.

Lunes 2 de diciembre

Son las 10 de la mañana, y hasta ahora hace un frío insoportable. El día está hermosísimo, digo, en cuanto al sol que se hace desear por todos y convida hasta los convalecientes a salir a buscar la vida y el aire afuera.

¹⁷² Una ópera de Giuseppe Verdi estrenada en 1844.

Hoy no nos ha llegado ningún vapor de San Francisco, ni esperamos tampoco hasta mañana. Parece que el invierno se ha perdido, pues que no se tiene noticias de él desde el 19 del p. p. en que solo se vio en Stockton, y desde entonces nadie ha oído hablar de él. Yo estoy bueno pero triste siempre, hasta que date la fecha de mi diario fuera de California.

Stockton. Martes 3 de diciembre de 1850

El día de hoy ha amanecido lindísimo lo mismo que todos los de la semana precedente. Después de almorzar hemos salido a pasear con Samuel en dirección del río San Joaquín. Aprovechamos ahora todos los momentos en que podemos pasear, pues que vendrá la estación lluviosa y no tendremos la dicha de pasear en ningún día como este.

Todavía no entran los vapores sin embargo de ser ya las doce. Como a tres millas de aquí se alcanza a distinguir el humo de un vapor, no sabemos si será el Corning o el Dorado. No sé de qué laya impresión siente uno cuando ve a lo lejos el humo de un vapor. El que está lejos de su familia y los objetos queridos de su vida, siente palpitar de alegría su corazón pensando que ese vapor le trae una carta, un recuerdo, y ama hasta la insignificante nube de humo de su chimenea. Yo pienso a un tiempo muchas cosas que mi pobreza de capacidad no me dejan explicar.

El señor Weber, el dueño de millones de pesos, acaba de casarse con la señorita Murphy, dueña también de algunos millones y hoy ha llegado de San José con su hermosa novia a establecerse entre los vecinos de Stockton. Pobre niña, la han hecho casar con los millones y yo aseguro que su corazón está tan virgen de emociones y exento de amor como el de un niño de cuatro o seis años. No hay duda, la palidez de su cara y lo lánguido de sus miradas dicen que ella echa de menos el amor de un joven como ella, que la ame con todo el poder de su alma sin fijarse en sus millones. Así son las cosas y así es la sociedad.

Miércoles 4 de diciembre

Lindísimo día, no hay duda de ello. Lo malo es solamente que creo sentir una cordillera entera al lado de mi cuerpo, tal es el insoportable frío que hay. Ya son las once del día y el sol apenas parece entibiar la atmósfera tan pequeña y sin influencia sobre la estación. No hay noticias del invierno, nadie sabe de él, y muchos quisieran que se pierda del todo.

Ayer fue buscado Samuel por M. Mix para servir de padrino para su matrimonio con la señorita María Craig. De modo es que ayer y hoy se han ocupado novio y padrino de muchas preparaciones que inducen todas a acelerar el dichoso día del novio. Bendita y alabada sea la santa noche de un casado con palabras de no sé quién y el verso no sé cuánto. De laya,

modo, manera y calidad que casorio tenemos y con él un baile, vestidos que cortar, cuerpos que enderezar, bailes y movimientos que notar, ceremonias que admirar, modas nuevas que adoptar. Gracias a Dios mi diario hambriento siempre de qué ocuparse va al fin a tener algo entre manos que no sean la monotonía y tristeza de mi vida. El casamiento es el día doce; ya veremos los adornos, los postizos, los corsés, los fraques yanquis, las patas inglesas, las figuras de solos en las cuadrillas, los valeses, la polka ... ¡Oh! mi pobre diario va a caer apenas de gusto.

Son las cinco de la tarde en que acaba de embarcarse Samuel con Mix para San Francisco. Samuel lleva su objeto, más que acompañar al ahijado, a comprar su ropa ... y necesarios de casado ... qué ridícula cosa, no hablemos de ellos hasta más tarde.

Casi se quedó Samuel y su ahijado porque entretenidos con una partida de ajedrez no oímos la señal del Unión y cuando fuimos al muelle iba ya una milla de distancia. Al fin Samuel se ha embarcado en el V. G.

Jueves 5 de diciembre

Nada nuevo nos han traído los vapores de hoy, sino es que los de San Francisco están también locos de contentos con la ausencia prolongada del húmedo Caballero invierno. Hoy tenemos un magnífico día, uno de aquéllos en que las viejas suelen salir apoyadas en el brazo de sus nietas a tomar el aire. Excepto algunas viejas inglesas e irlandesas que he visto ir a hacer sus provisiones, no he visto aún más mujeres hoy.

A propósito, hoy encontré en la calle la hermosa del Brench Hotel, que tiene conmigo otra relación que las palabras que se cruzaron entre mí y ella a propósito de aquel clavel. ¡Qué hermosa estaba hoy!

Stockton. Viernes 6 de diciembre de 1850

Hoy llegaron los vapores Unión y Fashion y contra todas mis esperanzas no he tenido cartas de Samuel de San Francisco. ¿Será que no ha tenido tiempo de escribir, o que ha escrito y tiene la carta en otro vapor? De todos modos no me gusta nada la tal falta de cartas. Sin embargo, voy a ponerme a escribirle viendo si con esto se me quita el fastidio.

Son las diez y tres cuartos de la noche. Después de comer hemos dado un paseo con Rojo por el jardín de Weber; de vuelta hemos jugado el ajedrez hasta las siete y media y nos fuimos un rato a oír la música del Dorado. Ya estamos de vuelta y yo escribo mientras Rojo se echa a la cama en el cuarto de Samuel. ¿Me habré de acostar yo también? Caramba, es temprano para

las noches tan largas. Verdad es que el “Caballero de la casa Roja” me las acorta mucho, pero, sin embargo, todo lo que es velar en las horas tardes de la noche me ha gustado siempre muchísimo. A estas horas en que todo el mundo duerme o el que no duerme o roba o enamora ... a estas horas es cuando me gusta velar a mí. Me figuro que tengo visita del Diablo Cojuelo¹⁷³ y voy con imaginación de casa en casa y de cuarto en cuarto, destapando los techos de las casas y dormitorios y sorprendiendo secretos de toda clase ... ¡Ah! qué lindo es esto; a ver, erremos un poco por todas partes con la imaginación del Diablo Cojuelo ... Veamos que hará a esta hora la novia de Stockton ... pensará en mí o en Mix, ¡quién sabe! Como suele decirme ella misma. Veamos los de Chile, hoy no es día de teatro y la Ñata está en su cuarto. Bendita niña, duerme como un jornalero ¿y sueña con qué? seguro que no es conmigo. Quién sabe a estas horas en qué sueña su Samuel en San Francisco. Vamos a San Juan ... ¡Ah diablos! no conozco el dormitorio de mi prima Benjamina sin embargo busquémoslo ... ¡ah! ahí está la madre con sus niños más hermosos que un ángel pero con qué tranquilidad duerme. ¡Oh! debe ser muy dichosa ... ¿y mi tía Manuelita dormirá ya la de la calle ancha? que sí; ¡veamos! ... Pobre, qué solita está, siempre la misma soledad, el mismo silencio, yo hago ruido, se despierta, y qué hermosa está así dormida mi ingrata tía, decía el sobrino de la Duquesa de Borgoña. Dice una vieja tradición que cuando una persona en el sueño está radiante en hermosura, con la risa en los labios, su alma es feliz en ese instante porque no la abrumba el peso de ninguna pena ni remordimiento. Qué feliz debe ser Manuelita si eso es cierto. Está tan hermosa así.

Sábado 7 de diciembre

Disgustado estoy porque no tengo cartas tampoco hoy en ninguno de los vapores. ¿Por qué se habrá descuidado así Samuel? Zena acaba de escribir de San Francisco y cuenta los horrores que hace el cólera allí. Nos dice que el domingo 1º murió de cólera nuestro amigo Vives y que alcanzó a durar cinco horas. Este amigo ha muerto en la misma casa de Benavidez donde está Zena y donde va a alojarse Samuel. Ha entrado de nuevo con doble fuerza el cólera en San Francisco. Lo que falta es que venga a alojarse de nuevo en Stockton y principie por los que han escapado en el mes pasado.

El día es lindísimo y me voy a dar un paseo al lado del río San Joaquín. Si hallo algo estando por ahí se lo contaré a mi diario, si no, buenas noches.

¹⁷³ Se trata de la novela picaresca de Luis Vélez de Guevara (1641), que, entre otras cosas, retrata los vicios y la hipocresía de la Madrid de ese tiempo.

Domingo 8 de diciembre

Me vestí de ceremonia como si fuese a alguna gran fiesta. Fuimos a misa con Rojo después de almorzar, pero el Padre Arnaud sigue enfermo y no hay misa. Fuimos en seguida al muelle, entré a la cámara del vapor Fashion y uno me abrazó de atrás, era él nada menos, Samuel, que acaba de llegar de San Francisco.

Son las 12 del día 8 de diciembre, día de la Virgen del Valle. ¡Oh! Dios mío, que porción de recuerdos se me agolpan a mi memoria. En este momento pienso yo en todos y cada uno de mis parientes y amigos de Catamarca. ¿Estarán en la misa a esta hora mis primas Genoveva, Argentina, Natalia, Corina? ¿Se acordará alguna de ellas de mí? Si fuese ésa la Corina.

Stockton. Lunes 9 de diciembre de 1850

Son las 9 y media de la mañana. El día está lindísimo pero hace tanto frío que apenas tengo yo la pluma en la mano. Dos vapores han llegado que nada traen de nuevo. Se ven a lo lejos el humo de dos más que llegan, puede ser que ellos digan algo nuevo.

Los carros proveedores hacen en este momento más ruido que una campana china. Yo creí ahora que fuera de la diligencia del Sacramento y salí a ver, y era el carruaje de *Ricky and Bread* de *Stockton Bakery*. Vayan al cielo con sus americanos. Ricky. ...

Ayer y anoche he pensado casi siempre en Catamarca, y sus días de la Virgen que no he visto por seis años. ¡Oh! ¡Qué felices tiempos esos! Si llegaran otra vez para mí, que siempre soy fanático del recuerdo de mi país por más lejos que esté de él, por más pobre y miserable que sea, y por más alto que la fortuna me haya volcado respecto de él. ¡Oh! El amor y el recuerdo de mi país no se borran por nada de mi corazón.

Si yo no consiguiese que mientras yo soy así consecuente, los fueran conmigo los seres con quienes la naturaleza y la amistad me han ligado. Cuál de mis condiscípulos de tantos que tenía entre clérigos, frailes y seglares, se acordará de mí ahora como de un amigo y condiscípulo. ¡Oh! Esos pobres corazones no son entusiastas por nada, y el día pasado se lleva en sus horas el recuerdo de un ser querido.

Son las diez de la noche. Tal vez a estas horas en que yo escribo hay en la plaza de Catamarca más de un amigo, más de un pariente que no se figura nunca que yo le estoy tendiendo mi antejo de larga vista a través de los vapores y los innumerables hoteles de Stockton. Tal vez en la función de esta noche, las dos familias primas, diré las tres: la de mi tío Mauricio, la de mi tía María del Señor y Beatriz. Pobres tías y primos; yo los quiero, a pesar que lo que ellos puedan pensar, así ausente y rico como ellos me ven. Allí estarán la Teodosia, la Concha, la Pepita y Segunda, capitaneadas por mi tía María del Señor; después, en la puerta de casa estará Irene,

Constancia, Gilena, mi tía Catalina y mi inmejorable tío Mauricio. ¡Oh! Dios mío ¿sería cierto que están todos en la plaza por casualidad? ¡Oh! cuánto diera por dar un abrazo a cada una de estas buenas primas y tías y demostrarles lo que valen para mí. ¡Ah! pero estoy tan lejos, dos mil leguas. Y quién de todas ellas se acordará más de su primo. Ojalá que fuera Corina, así se me pagaría las veces que yo pienso en ellas y en ella más que en todas ... será que la igualdad de edad y épocas me unía más a ella, o será que alguna particular simpatía bulle todavía en mi alma y mi memoria, ¿quién sabe? Lo cierto es que yo quiero a esta prima más que a todas.

Stockton. Martes 10 de diciembre de 1850

Aún nos sigue el bueno tiempo y la ausencia del frío caballero, a despecho de los marineros que se quejan de no haber agua en las cañadas para las máquinas. De veras que ya ésta seca perjudica demasiado. Anoche, después de escribir, tomé mi Caballero de la Casa Roja y me entretuve con él hasta la una y media sin sentir; de veras, que cuando vi mi reloj me sorprendí y me acosté luego; así es que no es de admirarse que esta mañana entrase el criado a decirme, “*Monsieur Ramón Gil, le déjeuner est servi*”.¹⁷⁴ Pocas veces sucede que yo duerma hasta las ocho o nueve como hoy, sin embargo esta mañana aún tenía sueño.

Samuel está en casa de sus futuros ahijados, trabajando en aprestar los novios en todo. Creo que ahora están trabajando las tarjetas de convite. Ya veremos como vienen. Pobre Mariquita. Ya luego no será sino Mrs. Mix.

Stockton. Miércoles 11 de diciembre de 1850

¿Será que el buen tiempo quiere despedirse de nosotros? Hoy tenemos un lindísimo día, pero el horizonte está cargado y no es esto de buen augurio. Es tan cruel un día de invierno que, a manera que las nubes van subiendo la atmósfera y la ciudad de Stockton, otra nube imperceptible de tristeza va cubriendo la frente de todo Stocktino (sic) ... Así es que lo primero que se habla después de un saludo es a propósito del tiempo.

Mañana tendremos el casamiento en cuestión según dice mi carta de convite recibida en este momento. Con que diario mío, tendremos que ver y que conversar después de la fiesta, ¿no? ¡Oh! ya era tiempo que algo viniera a cambiar la monotonía de mi diario que como buen egoísta que es el dueño, no habla sino de él. ¿Pero, Dios mío, a quién más interesará mi diario?

¹⁷⁴ *Monsieur Ramón Gil, el almuerzo está servido.* Traducido del francés.

Ni para qué recordar aquí nada cuando [ilegible] ni una palabra de todo él. Yo solo quiero estos borrones porque a mí sólo me interesan, así que todo lo que escriba en él debe pertenecerme.

Ya son las diez de la noche y es bueno hacer otra cosa que escribir. Ya la noche a estas horas está muy nublada y no le veo al tiempo buena cara.

Jueves 12 de diciembre

Anoche como a las dos de la mañana principió a llover y el ruido que hacía la agua al azotarse sobre las ventanas me recordó muchas veces. En algunas parecía que fueran piedras las que caían sobre los vidrios, tal era la fuerza con que llovía.

Son las 10 del día en que llegamos del Petit Very donde fuimos a almorzar. El día está hermoso ahora, a pesar que amaneció nublado. Dos vapores han llegado y ninguno trae el vestido que debe llevar esta noche de nupcias la ahijada de Samuel. Éste lo encargó a madeimoselle Barry en San Francisco, quién prometió concluirlo sin falta para ayer. Pero como aún no ha llegado hasta ahora, mucho temo que no llegue ya.

Son las cuatro y media de la tarde en que llegamos con Samuel del Petit Very donde fuimos a comer. Vengo hasta sorprendido de la hermosura y tamaño de un pepa de oro que hemos visto allí sacada por uno de los soldados de la Guardia Móvil de Francia. Tiene un peso de 20 libras de oro, el más puro macizo que yo he visto. Apenas lo creía yo, pero la he tenido yo en mis manos y como Santo Tomás no dudo ya. El año pasado se han sacado de 34 libras algunas chispas, pero no de oro puro como el de la pepa de hoy. “Ma foi”, dijo el francés cuando yo le pregunté si quería venderla, “je vais la porter à San Francisco dans le but de la faire voir seulement à tous mes amis et à Madame N. N. et puis j’inviterai mes amis à boire à la santé de Napoléon et puis de la République”¹⁷⁵ ... “Bien hecho” le dije yo, “es el mejor modo de emplearla”.

Una hora hace a que habíamos recibido una carta del novio diciéndonos que la ceremonia y el baile tendrán lugar mañana. En esta virtud yo y Rojo fuimos a visitar a Míster Dickinson, pero después de algunos minutos se presentó Mrs. Dickinson y su hija diciéndome que acababan de recibir segundo aviso de que la ceremonia tenía lugar esta noche. Al momento levantamos nuestra visita porque pensamos que también nosotros debíamos haber sido anunciados en ausencia. Así ha sido realmente, yo tengo a la vista el nuevo aviso. No hay duda, el novio tiene prisa. Samuel y Rojo se marcharon ya a vestir a la novia, yo acabo de vestirme y parto ya. No quiero olvidarme nada, nada de lo que tenga relación con este casamiento, quiero recordar

¹⁷⁵ *A fe mía ... voy a llevarla a San Francisco con objeto de hacerla ver solamente a mis amigos y a Madame N. N. y luego invitaré a mis amigos a beber a la salud de Napoleón y de la República. Traducido del francés.*

más tarde el vestido que lleve esta noche. Llevo un pantalón celeste cielo, chaleco ante bordado blanco, corbata azul turquí, fraque negro, mi reloj y cadena de diario (el presumido del padriño tomó un reloj nuevo ...) sombrero negro, guantes blancos ... Bueno ya es hora que vaya ... veremos lo que pasa y hablaremos de ello mañana. La noche está hermosa, aunque fría.

Stockton. Viernes 13 de diciembre de 1850

Hoy robo algunos minutos al convite que tengo para pasar el día en casa de los recién casados, para ocuparme un momento, dos minutos en apuntes que más tarde me han de interesar, como fragmentos de este drama en que he jugado yo el primer papel en realidad. Antes de todo, sépalo mi diario que no lo sabía antes, que la que anoche ha dado su mano a Mr. Mix me ama a mí con todo el ardor y la pasión de un primer amor, con la locura de 15 años, con la poesía del más puro amor. Jamás le he dicho yo, y lo juro por Dios que pensaba hacer de ella mi novia, ni aún siquiera le he dicho que la amaba claramente con palabras, por más que mis acciones se lo han dicho muy bien. Sé que no amando al hombre con quién se casa, cede a influencias, cede quién sabe a qué, que por ahora es misterio para mí, pero que no lo será con el transcurso de los días. Veremos ... y ¡ay! infeliz del que ha forzado su voluntad ya sea su padre o su indigno novio. (Es indigno el hombre que toma por mujer una niña que cien veces le ha dicho “no amo a usted señor”). Protesto en nombre de su dicha ante Dios y los hombres contra la violencia de anoche, contra el sí forzado y cargue desde hoy el que tenga la culpa con el justo castigo de este crimen consumado anoche.

Yo llegué anoche cuando ya habían bailado la primera cuadrilla. Mariquita se inmutó al verme frente de ella con mi sombrero aún en las manos dando ceremoniosamente el parabién. Concluido esto, me retiré con Agustín a un extremo de la sala. Pero donde quiera que yo iba, allí estaban sus ojos sobre los míos, llenos de lágrimas, llenos de la expresión más tierna y dolorosa que puede presentar una víctima sacrificada. Como yo no bailaba (no he bailado ni movido un pie ni en chanza), me estaba distanciando y varias veces me dijo, “y usted señor Navarro, no baila un vals siquiera”. “No, señorita, mil gracias”. Esta invitación fue repetida varias veces, pero más terco y accediendo menos que nadie me mantenía de pie con mis brazos cruzados cerca de la puerta del segundo salón. Podría haber notado cualquiera en mi semblante no la envidia, Dios mío soy demasiado orgulloso para envidiar a nadie, y qué he de envidiar cuando yo soy a quién ama ante Dios y el mundo, por más que él tome a fuerza su cuerpo. Y no estuviera yo cien veces primero que él en su lugar si hubiese querido entender sus súplicas y agonías en silencio. Podía verse en mi semblante no la envidia, como digo, pero sí la expresión de la protesta contra la violación, la expresión de mal pronóstico sobre ese himeneo que celebraba con tanta dicha al parecer de todos, y que para tres presentes allí era tan infeliz.

Yo he sido el único que no he tomado parte en nada. Como un simple autómatas he visto las danzas, los hombres, las niñas, sin mostrar ni un solo momento de gusto, ni pesar, ni participación alguna en la fiesta. Más tarde salieron todos a bailar cuadrilla y quedando sola Mrs. Clements, su madrina sentada en el sofá, me senté yo cerca de ella. La casualidad o intención hizo que Mariquita viniera a ponerse exactamente en frente de mí con su pareja. Con sus brazos caídos a lo largo de su cuerpo y sus manos tomadas la una entre la otra, su cabeza inclinada sobre el hombro derecho, pálida y con la expresión de la más profunda agonía, más parecía la estatua del pesar que la novia y dueña de la fiesta. Mientras viva no me olvidaré nunca de esos momentos en que puesta así, me miraba sin quitar sus ojos de mí como implorando perdón y compasión. Esa tristeza ha acabado de revelar en mí todo el desgraciado misterio de este matrimonio. Madame Clements se fijó en la afligente y triste actitud y en sus tristes miradas a mí. Y dándose vuelta hacia mí, entabló en francés el siguiente diálogo. “*Qu’est-ce que cela signifie, Mr. Navarro? Qu’est-ce qu’elle a Mariquita? Pourquoi est-elle si triste, si pale si mourant, elle vous regarde*”. “*Pardon*”, *ai-je interrompu*, “*peut-être tout ce que vous pensez y remarquer n’existe pas, Madame, et vous vous trompez*”. “*Non, Monsieur Navarro. Elle souffre, je suis bien certain de ça*”.¹⁷⁶ Más tarde y antes que las cuadrillas se acabaran viendo de nuevo, la postura de Mariquita, quién al parecer trataba muy poco de ocultarse de que la vean así, madame Clements me dijo otra vez en francés, “señor Navarro, ahí tiene usted en Mariquita una niña de 16 años que se despidе del mundo y su dicha, la cara y su modo lo dicen a gritos”. Tremenda profecía, ¡Dios mío! La recordaré siempre y lloraré sobre ella como Jeremías sobre su misma profecía de ruina sobre la Ciudad Santa. Quomodo sedet sola civitas & ... et ipsa Domina gentium vidua facta est sub tributo¹⁷⁷!

Una hora después pasaron todos los convidados al salón del ramillete y la cena que ha sido espléndida duró mucho tiempo, sólo yo falté allí, sólo yo, el amigo más íntimo de la casa. ¡Oh! No he autorizado yo con ningún acto, esa farsa inicua donde se juega la dicha de una de las criaturas más dignas de ser feliz. Tres o cuatro veces vino el mismo novio y Mariquita misma se quejó de mi terquedad en no querer aceptar nada, pero todo fue en vano. Entré y salí como entré con la fría ceremonia en mis palabras y acciones. Así se ha pasado anoche la noche de bodas, así se ha pasado la noche que decidirá más tarde el tiempo si fue de feliz o ingrata memoria. Así se ha concluido el drama en que el destino me dio un papel. Dios eterno. Mal agüero hay en todo este asunto entre cuyos misterios se encierra algún crimen. No permita el cielo que ese

¹⁷⁶ “¿Qué es lo que esto significa, señor Navarro? ¿Qué es lo que tiene Mariquita? ¿Por qué está ella tan triste, tan pálida, como muriendo cuando lo mira a Ud.?” “Perdón”, yo la interrumpí. “Quizás todo lo que usted piensa notar no existe, señora, y usted se equivoca.” “No, señor Navarro. Ella sufre, estoy bien segura de eso.” Traducido del francés.

¹⁷⁷ *Cómo yace solitaria la ciudad ... como una viuda se ha convertido en tributaria. Lamentaciones 1.1. Ver nota 2.* Traducido del latín.

crimen se castigue más tarde. Él caerá sobre la cabeza del que lo cometió y el arrepentimiento vendrá tarde. Veremos lo que dice el tiempo y lo que es este matrimonio el 12 de diciembre de 1851.

Stockton. Sábado 14 de diciembre de 1850

Anoche ha llovido desesperadamente y hoy sigue como un segundo día de diluvio. Casi todo Stockton está intransitable por la mucha agua y barro que hay en las calles a pesar de los puentes en todas las esquinas. Ayer ha llovido todo el día sin que haya cesado hasta en la tarde, hora en que nos despedimos de la novia para volver a casa después de haber pasado allí todo el día. Después de haber sido invitados para la boda de noviazgo, como me sucede siempre a mí, yo salí con hambre porque no quise comer nada, y dije a Samuel y Rojo, “yo me voy al Hotel Petit Very a comer algún pato asado porque tengo hambre”. “Yo también tengo hambre”, dijeron a un tiempo Samuel y Rojo; sin decir más, nos fuimos al hotel donde estuvimos hasta las siete, hora en que acabó nuestra comida o sobremesa diré mejor.

Todo Stockton parece triste y oscuro aunque mil luces alumbran cada calle fuera de las que despiden las vidrieras de los hoteles, tal es la espesura de las nubes que cansadas de derramar su agua sobre nosotros, parece que trataran de ahogarnos en la oscuridad.

Son las diez de la noche y el tiempo está obstinado como siempre. Nuestras persianas se sacuden con el viento como si quisieran arrancarse. Nada es esto todavía para los temporales del año pasado en que por horas esperaba yo ir al cielo, arrebatado por una ráfaga de viento. Pero ya es hora de acostarse y aunque no sea para dormir, es mejor acostarse cuando hay un tiempo como éste.

Domingo 15 de diciembre

El padre Arnaud, que sólo por condescender con Samuel se levantó el jueves para ir a casar a Mix, no ha podido sostenerse como para decir misa hoy. Por consiguiente, no tenemos misa, y aunque hubiera, creo que pocos fieles irían hoy tal el barro y el agua que cierran el paso hasta la iglesia católica.

Nosotros acabamos de llegar del Petit Very y es tanto el barro que hay aún en las calles y veredas entabladas, que tengo las más positivas ganas de no volver más. No está malo el día porque no llueve y a veces el sol aparece radiante a calentar los viejos que dan encía con encía de frío.

Son las nueve y media de la noche. Samuel se fue esta tarde a casa de Mix diciéndome que allí me esperaba. Nunca pensé ir. Antes que anoheciera vino un criado de Míster Mix que traía un

papel suyo llamándome. Claro es que no he ido, puesto que estoy en mi cuarto solo escribiendo mientas llega Samuel. Pobre niña, tendrá de veras deseos de verme.

Oh, quién pudiera en este momento dar un salto a Valparaíso y ver de paso allí a los dos ingratos, ¿estarán ahora en el teatro?, y para a Concepción y arrojarme en los brazos de mamita y Tatita a pagarme con su amor tanto como pena mi alma en cada mes, cada día, cada hora que pasa sin que los vea. ¡Dios mío! Si tengo muchas faltas que purgar, recibe las angustias de mi corazón a las horas de martirio de mi vida en descarga de ellas.

Lunes 16 de diciembre

Sigue el temporal sin esperanza de bonanza. Llueve con muy buena disposición a pesar del descontento que nos causa a todos tanta agua. ¡Ah! quién pudiera dar la mitad de esta agua a los sedientos campos de Catamarca y la Rioja, cuánto producto entonces, cuánta fertilidad se vería allí. Pero Dios que los ha hecho secos sabe más que yo que así les conviene ser.

Anoche, a las dos de la mañana, silbó el Vapor Unión, y yo lo sentí porque estaba despierto a esa hora. El Dorado acaba de llegar en este momento pero ninguno de los dos trae cosa alguna notable. El cólera ha disminuido mucho en San Francisco, ocurren ya pocos casos diarios.

Al paso que se va el cólera de San Francisco les viene otra ruina a San Francisco. La plaza ha bajado a los suelos y sigue bajando con los innumerables buques que entran de todo el mundo diariamente. El mercado de San Francisco ahora no da el costo de las importaciones que recibe. Ya muchos comerciantes se han arruinado con sólo la baja. Y quién sabe adónde va a parar esto.

Stockton. Martes 17 de diciembre de 1850

Sigue el mal tiempo aunque no con la misma violencia que en los días pasados. Ha llovido anoche casi en toda la noche y sigue hoy cayendo agua sobre Stockton como un diluvio. Los vapores no han llegado aún, sin duda han sufrido algún temporal y es eso es lo que los demora, por desgracia, hoy no se puede ver el humo consolador hacia la distancia.

Mientras comíamos esta tarde en el Petit Very oímos una gran bulla en la puerta del hotel y luego vimos amontonarse una cincuentena de hombres al derredor de un carro americano más grande que una casa, que al pasar para las minas se había parado en la puerta del hotel a hacer sus últimas provisiones. Como digo, la bulla seguía y gran muchedumbre se reunía al derredor del carro. Nosotros, a pesar de la curiosidad, nos quedamos en nuestra mesa hasta que entró el maître de hotel y nos dijo que la bulla y admiración la causaban las *monjas* del *Brench Hotel* que partían para las minas. Entonces me fijé yo y a través de los vidrios vi la cara divina e incomparable de la Judith que

tanta admiración nos causó a todos con su hermosura. Cuánta lástima, cuánto sentimiento tengo de ver en una mujer, la más hermosa tal vez que he visto en mi vida, no más que una ramera que vende su honra al que más le da, y a pobres y ricos a un tiempo. Él, que da el curso que llevan a las cosas de este mundo, sabe por qué ha hecho una ramera de esa sorprendente hermosura. Cuántos desgraciados habría habido si esa mujer a su angelical belleza hubiera reunido la honra de su sexo, el pudor de una señorita y la respetuosa continencia de una casada. Dios mío, cuántos locos habría habido entonces por ella, cuántas desgracias tal vez cometidas, cometidas por ella. Mientras que ahora todo el mundo es dueño de ella, y la envidia y los celos que han causado tanto infortunio no pueden tener lugar con ella; ahora no es ella fruta vedada para excitar la codicia del hombre, como sucede siempre, todo el mundo la ve, el que quiere la posee y el que no, la desprecia. Yo habría sido tal vez el primero en enloquecerme por ella si su alma fuera como su cuerpo, pero infeliz de ella ahora, no me inspira sino lástima que raya en desprecio. Ésta es pues la heroína de la historia del clavel en que por una de esas grandes casualidades en el mundo, figuré yo con mi amigo Len quién me había regalado momentos antes ese famoso clavel del jardín de Weber.

Miércoles 18 de diciembre

Gracias a Dios, hoy tenemos un hermosísimo día capaz de causar envidia al más brillante día de primavera. El sol está confortable y convida a todos los mojados a salir libremente en su nuevo [ilegible] sin temer ya venganzas del invierno cuando vuelva en dos o tres días más. Las campanas de los hoteles se oyen llamar a sus parroquianos con todo el ardor de unos verdaderos gastrónomos. Por otra parte, los dependientes de los innumerables martillos hacen oír cada uno a su vez, después de haber llamado la atención con su gran campana, el rezo eterno de las mercaderías que se rematan; hablan de su calidad, del famoso nombre del manufacturero, del barato y cómodo precio en que deben venderse todas ellas, etc. Todo esto hace un ruido grande en este momento como primer día bueno después de seis o siete malos. Los vapores han llegado, pero nada traen de nuevo de San Francisco.

Jueves 19 de diciembre. Darío

Esta mañana al salir del hotel después de almorzar encontramos a nuestro amigo Santiago que había llegado el día antes de ayer y que había estado en casa dos o tres veces sin encontrarnos. Pasa en este momento para las minas y volverá el 26.

También hoy tenemos un hermoso día. ¿Será acaso que San Darío ha influido en ello? Realmente hoy es día de San Darío, y hace nomás que un momento que yo se lo hice notar a Samuel

que estaba con Don Mariano Álvarez. ¿Qué hará a estas horas Darío? ¿Pensará acaso en que yo le doy [ilegible] días de aquí? ¿Se habrá acordado él de mí en todos estos días como me he acordado yo de él? Aunque distrae e impide el pensar en los que están en California envejeciéndose sin haber sido jóvenes.

Stockton. Viernes 20 de diciembre de 1850

Anoche ha hecho un frío insoportable desde las cuatro de la tarde, en que yo tomé mi capa y salí a andar después de comer. Hoy ha amanecido un día hermosísimo pero frío como el de ayer. El piso de Stockton va mejorándose y se puede ya salir de su casa para no morir de inacción. Los vapores Jenny Lind y Dorado han llegado pero nada han traído de nuevo para nosotros, al menos pues que no hemos recibido carta alguna, que es lo único que esperamos en los vapores.

Son las diez y media de la noche. Samuel y Rojo me convidaron a las 5 para la casa del Dr. Craig, y yo me quedé solo después que ellos se fueron. Son ahora las 10 y media y los caballeros siguen así en tertulia con la negra. Yo estoy solo en mi cuarto y escribo como hago siempre cuando estoy solo. En mis horas de soledad y tristeza, mi diario me ha consolado más que lo pudieran haber hecho el mejor amigo. Solo yo sé cuánto valen para mí estos girones de papel blanco en que, gravando mis penas, me conformo y consuelo con ellas.

Anoche, como a las diez, oí un gran ruido de instrumentos los más extraños y hermosos que pueden inventarse. Las campanas chinas capaz de despertar muertos se despedazaban crujiendo; así mismo sonaban a un tiempo clarines y cornetas de caza, las mil y una campanillas de los carruajes proveedores, las campanas de los martillos, y mil otros instrumentos que yo no conozco. Todo tocado a un tiempo formaba una bulla imposible de compararse con nada; agréguese a esto los descompasados gritos de cien y más hombres y se tendrá una idea de lo que debía causar semejante ruido. Así estuve yo sin saber qué significaba ello, hasta que llegó Samuel y me dijo que era una serenata dada por los bribones stocktinos a un casamiento de un joven con una vieja de 70 y tantos años. Esta es una costumbre de Estados Unidos y cuando la desproporcionada pareja quiere librarse de este ridículo, tiene que dar dos o trescientos pesos conforme su fortuna a los bergantes miembros de la tal sociedad, quienes lo aplican para una casa de huérfanos. Nada tiene que hacer con eso la policía.

Sábado 21 de diciembre

Lindísimo día con excepción del frío de cordillera que hace. No hemos tenido mal tiempo desde el 18, cosa que prueba doblemente la benignidad de este invierno.

Los vapores Unión y San Joaquín acaban de llegar. Benavides nos escribe pero sin incluirnos ninguna; ¿será que la Brede, que según Mardoqueo, trae aquellas famosas cartas del 29 de septiembre, se habrá perdido?

Acaba de entrar el gacetero a dejarme la *Alta California*. Nada de nuevo hay en toda ella sino es la noticia de que ayer el E. Carmenino se estrelló contra una peña a flor de agua en la Bahía de San Pablo y que los pasajeros se salvaron en el *New World*.

Son las 10 y media de la noche. Samuel aún no llega de casa del Dr. Craig. Yo estoy solo en mi cuarto y voy a ocuparme de dar los días a mi querida aunque ingrata Tomasita. Hoy es día de Santo Tomás, por consiguiente, día de Tomasita y de todos los que se llaman Tomás.

Qué hará a esta hora ella, y en qué repara la querida tía mientras yo trato de conversar con ella deseándole cuanto ella sea capaz de necesitar para ser feliz. Hoy es sábado, no hay teatro, no hay música, no hay baile ... ¡ah! Pero hay visitas que la entretienen y la distraen de pensar un momento siquiera en los que piensan siempre en ella. Bien Tomasita, no importa. Sé feliz, así lo deseo de lo íntimo de mi corazón, no importa que él esté lastimado todavía de algunas heridas abiertas por ti de mancomún *et in solidum*¹⁷⁸ con Mardoqueo, el hermano más querido y más íntimo en confianzas.

¡Ah! qué tonto soy cada vez que me acuerdo de los míos, ha de ser para que quejarme de ellos. ¿Será que tal vez tenga justicia? A propósito, tengo otra hermana, que creo que se casó en este mismo día el año pasado. ¿Hoy hace un año entonces? De parte de ella lo dudo hasta ahora, por otros hermanos he sabido que se casó. ¿Tendré así justicia para quejarme de las personas que amo?

Domingo 22 diciembre

Me levanté hoy temprano como siempre y tuve mucho gusto cuando vi el sol entrando por la ventana. Es hoy un lindísimo día, y para que sea mejor, no hace mucho frío. La vista de Stockton todo parece muy alegre, será acaso porque todo recibe vida del sol que se levanta hermoso ahora.

Nos vestimos y bajamos a almorzar a las diez. A la una salimos a andar con Samuel y hacer una visita al señor Morales. Allí nos detuvimos con este amable caballero una hora y media y no vimos a la señorita Adelaida sino un momento antes de venirnos. Donosita como es, pero no elegante que digamos. A las 11 y media fuimos con Juan Crisóstomo a ver si había misa creyendo ya mejor al padre Arman. Pero encontramos la puerta de la iglesia cerrada, lo que quiere decir que ya está enfermo el padre.

¹⁷⁸ *En común y en solidaridad*. Traducido del latín.

Han llegado hoy los vapores Jenny Lind y El Dorado, no trayendo nada para nosotros. Por los papeles de ayer de San Francisco sabemos que el cólera se acabó.

Son las 9 de la noche. Samuel y Rojo se fueron a las 6 a casa del Dr. Craig donde deben estar bailando en estas horas en que yo escribo. ¿Dios mío, porque tendré yo tanta hiel en mi corazón los días domingos particularmente? ¿Por qué es que en este día más que en otro siento más el peso del destierro y la amargura de la soledad? ¡Oh! Caramba ¿y no es sacrificio el que hace uno permaneciendo en California? Llegar a viejo sino haber sido joven. Sentir que es joven uno, y su corazón desborda de vigor y madurez, sin tener sensación ninguna de qué alimentarse. Sentir a cada hora, a cada minuto que su alma le pide sensación de alguna clase para matar la monotonía de la vida, sentir que le pide glorias, placeres, amor, en fin, para suavizar la sed de dos, sentir todo esto, y tener que ahogar a un tiempo esos gritos del alma y las exigencias tan naturales de corazón. ¡Oh! Qué me importa la plata si no yo soy feliz, ni puedo gozarla con los míos. ¡Oh! ¡Suerte la mía, habrá sin embargo quien me la envidia! Y así habrá un día una hermosa a quien le diga, “la fortuna que tienes a tus pies me ha costado más que lo que ella cuesta regularmente al común de los hombres ... El corazón que te ofrezco está marchito con las penas y agonías de dos años de deterioro del mundo y la severidad, pero está virgen y sediento de amor como muy joven todavía”. Así diré a alguna bella un día, y dirá acaso en sus adentros, “mentira, poesía de las parecidas suenan diariamente en nuestros oídos”. ¡Maldición! Corrompida como está la sociedad, quizás no halle yo quien no crea el cuento, y con este accionar ellas están autorizadas para mentir siempre. “Nos mienten, mintamos”. Todavía los jóvenes emigrados y consumidos acá después de luchar aquí con todos los reveses de la fortuna nos queda lo peor que hacer ... ¡Luchar con las sonrisas y las mentiras de las coquetas! Dios mío, cuánto sufro al pensar que me puede llegar la desgracia de que me enamore de alguna coqueta o falsa mujer. Santo Dios, qué desgracia sería, y estoy por decir que tal vez mi corazón quede virgen si voy yo a bucear entre mujeres otro que le valga en sencillez, ingenuidad y constancia ... Tal vez yo quiera premiar mi paciencia encontrando algún día el ideal de mi fantasía. Lo veremos.

Lunes 23 de diciembre

Envidiables serían estos días, si no fuera que somos nosotros quienes los gozan. El sol está hoy brillante y calienta apenas lo suficiente para salir a gozar de él.

Los vapores Jenny Lind y Dorado acaban de llegar pero no traen cosa alguna nueva. El cólera se acabó del todo en San Francisco. La plaza sigue bajando, y a los artículos introducidos pagan los derechos con su producto.

Hoy a las doce fuimos a hacer ver el cuadro de Stockton a nuestros amigos Morales y Mix y con mucho sentimiento nos dijo Míster Cresi que estaba ya empaquetado. Sentimos mucho

que no lo hubieran podido ver por qué de veras es un cuadro magnífico. Tiene 18 pies de ancho, por 22 de largo. No se puede dar en el mundo un cuadro más hermoso ni una vista más encantadora que la ciudad de Stockton dividida por el río con sus buques de vela y vapores, etc. Y lo que es más, cada casa se puede ver en el cuadro con su nombre y exacto color de pintura.

Stockton. Martes 24 de diciembre de 1850

Fuera del insoportable frío que hace hoy, tenemos un día magníficamente hermoso. Apenas se conoce que estamos en el mes más riguroso del invierno, pues que ya tenemos seis o siete días hermosísimos. El piso está también mejor y puede andarse ya en la calle muy bien.

Acaban de llegar los vapores Dorado y el Unión y por ninguno de ellos tenemos cartas ni los papeles dan otras nuevas que las de Jenny Lind y su proyecto de viaje para acá.

Son las 4 de la tarde en que acabo de escribir a Manuelita Herrera a San Juan. No puedo conformarme de veras con que esta ingrata se porte así conmigo. Van a hacer tres años que no me escribe. ¡Oh! Esto me hace sufrir bastante, porque no sé a qué atribuirlo, pero ella me las pagará juntas todas algún día la bribona. Pobre Manuelita, ¿qué hará ella ahora en la víspera de Navidad? ¿Se acordará de los paseos que tuvimos a los nacimientos en este mismo tiempo ahora 5 años?

Acaban de mandarme un convite para un baile mañana en celebridad de la Navidad, y viene impreso y firmado por ocho sujetos, entre ellos mis amigos Mr. Clements, y Mr. Peck. Aún no sé si asistiré. Yo debía haber salido esta tarde para San Francisco y ya parece que no me iré. Si me quedo iré tal vez para ver y tener algo más que hacer con mi diario a propósito de las brutales costumbres americanas en algunas cosas.

Miércoles 25 de diciembre

Hoy ha amanecido un hermosísimo día. Son las ocho y media de la mañana y el sol está convidando con su calor a los que tal vez se han helado anoche. Ha caído una helada anoche que no la he visto más grande en los días de mi vida. El agua del lago ha amanecido congelada y todo Stockton inclusive sus campos parecían tendido de sábanas. Se advierte por esto el frío que haría ahora, una hora. Yo apenas puedo escribir y aún estoy por renunciar a ello, tal es el frío que hace.

Sin embargo de que éste el día más grande de fiesta que hay para Estados Unidos, sin embargo anoche no ha habido tanta bulla y movimiento como el año pasado, y como regularmente sucede en todas las fiestas cívicas y eclesiásticas de Norte América. Fuera de algunos tiros de

pistolas, cuetecitos y unos cuantos cañonazos de la casa de Weber, no ha habido más que llame la atención anoche y que haga conocer que era la víspera del nacimiento del redentor del mundo.

Después de almorzar fuimos a la iglesia católica creyendo que indudablemente tendríamos misa pero no hallé sino el siguiente aviso en inglés en la puerta cerrada. "*There will be Catholic service at eleven o'clock in the Peninsula in front to the Center Street*".¹⁷⁹ En efecto fuimos a buscar el nuevo templo en la península y no pudimos dar con él a pesar que lo buscamos en todas partes. Yo me cansé al fin y me vine a casa. Samuel acaba de llegar y dice que él ha oído misa, que al fin halló la iglesia, que toda ella inclusive el sacerdote es costeado por Weber y se ha estrenado hoy con sus tres misas.

Son las once de la noche. La noche, aunque sin luna, está muy clara por las estrellas, y por un inmenso incendio a seis u ocho cuadras de la ciudad, que verdaderamente parece una cosa encantada, tan hermoso y grande es ver ese inmenso campo de una milla en cuadro arder como un infierno cuyas llamas se elevan formando distintas formas hasta perderse en las nubes de humo. Esto solamente y ninguna otra pintura puede dar una idea del infierno (o más cerca de Troya ardiendo). Ayer me convidaron para el baile que se da esta noche en frente de la casa de Ainza y hoy todo el día he estado tan sumamente triste que he llegado a la tarde sin la menor disposición para asistir a él. Samuel se vistió y se fue hace tres horas ya. Voy yo allí ahora. No me gusta ninguna, y para recordar con tristeza mejores tiempos, mejor es no ir. Hoy hace dos años cabales que estaba yo en unos nacimientos en Concepción teniendo del brazo a las Señoritas Versines. Hoy y a estas mismas horas hace 5 años que me paseaba por la calle ancha del sur de San Juan con mi tía Manuelita y demás, si se acordará ella a estas horas.

Stockton. Jueves 26 de diciembre de 1850

El día ha amanecido hoy con una niebla espesísima pero que anuncia doblemente un hermoso día dentro de una hora más. Se ve que la helada que ha caído anoche es muy semejante a aquellas con que los moros atormentaban a los mártires de la Iglesia. Si aquí hubiese quién quiera sufrir el martirio del hielo a cuerpo desnudo creo que la helada de anoche es muy a propósito.

Las campanas de los martillos, de las fondas y carros de provisiones principian ya su incómoda bulla. Todo Stockton se mueve como por un resorte al oír estas campanas. Unos van a los martillos, otros al almuerzo, otros corren con sus carros a fletar para las mercaderías que se rematan y así todo es confusión y movimiento como es a esta hora misma en todas las calles de Stockton.

¹⁷⁹ *Habrá un servicio católico a las once en la Península frente a Centre Street.* Traducido del inglés.

Anoche serían las dos de la mañana cuando llegó Samuel. Yo había leído hasta las doce y media mi “Bragelone o hijo de Athos” para pasar la tristeza y estuve después sin poder dormir hasta las dos. Hoy un momento apenas que mis malditos recuerdos ... me dejaba dormir cuando sentí pasos y después di vuelta la llave en la cerradura que cae al corredor en la puerta del cuarto de Samuel. Yo dejé la mía abierta por si entraba más bien por mi cuarto, pero él había tomado su llave a precaución. Yo me hice el dormido para no tener que seguir conversando y así, viendo que no le respondía a dos veces que me llamó, se echó en su cama y se durmió luego lo mismo que yo.

Dice que el baile no ha estado muy bueno por la música. La reina del baile fue declarada Mariquita. Mejor para su marido. No fue Mrs. Clemments. Las cuadrillas eran de media hora y a la americana. Buena cena pero a la americana. No estuvo nuestra verajuca (sic) de la vez pasada y para concluir la fiesta creo que hubo al fin un desafío, pero también a la americana.

Viernes 27 de diciembre

Lindísimo día, sin viento y con un sol de otoño. Los vapores han llegado pero nada traen de nuevo. El cólera desapareció completamente de San Francisco. Esa epidemia menos siquiera porque lo que hace al comercio, está esa plaza arruinada. Hoy he estado viendo los precios corrientes que da el *Alta California* y casi ninguno paga el costo de la plaza, y aún hay muchos cuyos precios no dan para los derechos.

Son las diez de la noche. El cielo está despejado, la claridad de las estrellas equivale casi a la luz que debiera dar la luna, pero en trueque hace un frío horroroso, insoportable. Está cayendo una helada de aquéllas que suelen arruinar los plantíos de mi país. ¡A propósito! Esta noche, por el contrario, debe ser hermosísima en Catamarca. Los pacíficos habitantes de ella deben estar a estas horas todavía gozando del fresco que han deseado todo el día sin podérselo proporcionar. Algunas familias, a estas mismas horas, hablarán de política y de las próximas funciones de la iglesia sentadas con toda indiferencia en la puerta de la calle. Pobres gentes, tal vez ninguna de tantas personas piensa que un primo, un amigo y sobrino los saluda desde aquí. Ya es hora que me ponga a leer a Bragelon o el hijo de Athos ... Buenas noches.

Sábado 28 de diciembre

Hoy hemos tenido en la mañana una ligera niebla pero solo ha durado hasta las 7 y media u ocho. Son las 9 de la mañana ahora y hace un frío que apenas se puede aguantar. Todo lo hermoso del sol no es suficiente a templar el día y ponerlo un poco más soportable.

Todos los días hemos pasado el invierno del año pasado aquí, nos admiramos y no hallamos a que atribuir tanta diferencia. En el mes pasado y presente apenas ha llovido una o dos veces, mientras que el pasado no hemos tenido un solo día bueno desde el 28 de octubre, hasta fines de diciembre. Y además, intermedios de grandes nevadas. Este año no ha nevado ni una sola vez, y ha llovido solamente durante tres días. De veras que ya los mineros van arruinándose con semejante bonanza.

Stockton. Domingo 29 de diciembre de 1850

Son las dos de la tarde en que llego de misa. Anoche mientras escribía yo, llegó Estévez a convidarme para hacer hoy una partida de caza. Quedamos convenidos y esta mañana al rayar el día nos pusimos en marcha a pesar de todo el frío que hacía. Samuel nos acompañaba también. Después de pasar el lago del sur donde están los buques principiamos ya a oír los tiros de muchos cazadores hacia el río San Joaquín. Nos acercamos una o dos millas más y oímos los aturridos gritos de las bandadas de gansos y patos de todas layas y clases. Llegamos por fin a las lagunas pero nada pudimos hacer pues que no tomábamos ningún pájaro a tiro. Toda la caza está ya tan ahuyentada que apenas hemos podido hacer algunos tiros al vuelo a los gansos, pero muy lejos. Estévez quiso pasar al otro lado de una laguna y no obstante las largas botas de caza, se perdió en la agua hasta la cintura. Pasado al otro lado, echó cuantos juramentos sabía en los cuatro idiomas y cuánto más reíamos nosotros, doble rabia le daba, y dobles juramentos volvían de nuevo a oírsele. Al fin decidimos que él, que era judío, se quedase a enterrar la jornada mientras que nosotros como católicos nos volvíamos a Stockton a oír misa.

Llegamos aquí más muertos que vivos de cansados pero con disposición frailuna para almorzar. Llegamos a las diez y cuarto y almorzamos. En seguida nos vestimos y fuimos a misa. El clérigo, después de la misa, nos sacudió el polvo con una plática más fanática que instructiva. Nos habló de ayunos y de faltas contra el culto. Ambas dos cosas sobre las que únicamente nada se puede reprochar al católico en California. Estuvo allí Miss Maury con su padre y la Sra. de Weber, las Morales. Nos vinimos acompañando a Miss Maury hasta el puente.

Son las diez y media de la noche en que llegamos con Samuel de casa del Dr. Craig. Me convidó para ir allí y a mi renuencia de costumbre me dijo, “Ramón, ya es bueno que vayas, no has vuelto desde que se casó y tu ausencia puede dar mucho que pensar.” Sin embargo dije que no iba y se fue él con Rojo. Pero media hora me quedé pensando solo en mi cuarto y con la cabeza apoyada sobre el escritorio y al fin de un rato, me levanté decidido a ir a hacer una visita. Tomé mi capa, arreglé mi reloj, me calé mis guantes y salí ...

¡Pobre Negra! Recibió una sorpresa grande cuando me vio entrar, y le fue difícil disimular. Me senté cerca de ella y apenas podía tener su respiración la maldita, tan conmovida estaba.

Habían estado jugando y como todos se levantaron, se interrumpió por un momento ... pero luego Samuel tomó el naipe y dijo, adelante. Pero apenas acabó de dar el naipe cuando entraron las señoras Morales. La rueda se agrandó y la conversación se hizo particular. “Ya yo creía que usted no volvería más y hasta que se había olvidado de mí”. “Así es el mundo”, le dije yo, “no quisiera ni debiera venir pero la sociedad manda mentir y yo me avengo ...”. “¿Con que no quisiera usted venir?”. A esta pregunta se siguió una larga conversación. Después se bailó. Más tarde me dijo que por qué no había ido al baile. “¿Sería porque yo estuve allí señor Navarro?”.

“No, Mariquita”. “Sí, usted me evita cuantas veces puede”. “Tal vez”. Otra vez. “Me hace el favor de bailar alguna cosa, deseo mucho verlo bailar”. “Sabe que no bailo”. “Sí, por no verse obligado a bailar conmigo, soy muy ...”. En otra ocasión, “¿va usted a este baile?”. “No, señorita”. “Vaya nomás, haga un esfuerzo”. “No puedo ni quiero”. Más tarde le pregunté, “¿va usted al baile?”. “¿Y va usted?”, me contestó. “No voy, ya se lo dije”. “Pues ni yo tampoco ...”. Lo cierto es que la escena se cambió de alegre en triste desde que me vio, como me lo dijo Samuel al salir ...

Stockton. Lunes 30 de diciembre de 1850

También hoy tenemos un hermoso día. ¿Y será creíble que se acabe el mes de diciembre también como el de noviembre sin que llueva más que una sola gota? Y así es la verdad. El piso está ahora enteramente magnífico y da ganas de andar todo el día. Hace un poco de frío pero yo me he calado mi sobre todo azul sobre mi levita verde y mis guantes de gamuza y así solamente puedo escribir. Las campanas de las fondas chinas, las de los hoteles y restaurants y las de los martillos a un tiempo nos aturden ya; tal es el ruido horrible que hacen llamando cada uno a sus respectivas cacerías. Los carruajes de provisión llenos de campanillas corren de una calle a otra, mientras que los lecheros se anuncian con su silbido de costumbre. Tal es el día 30 de diciembre en Stockton, a las nueve de la mañana.

Son las dos y media de la tarde en que acabo de cerrar mi correspondencia para Chile y la República Argentina. He escrito para mi tío Agustín, la Manuelita, Merceditas, Benjamina y para todos los demás parientes y amigos en las mismas cartas. Jamás he tenido más presente a San Juan que hoy en que durante todo el día he escrito sin misericordia tantas cartas. He visto muchas veces a Manuelita salir a la calle y tomar con su negro para misa. La he visto volver a su casa y sentarse a almorzar conmigo ... Qué presente la he tenido todo el almuerzo y después en mis dos horas más de visita. Veremos si ella ha pensado siquiera en que he almorzado con ella hoy, que he estado sentado a su lado y que ni ha pensado siquiera en California, mucho menos en mí. ¿Hasta cuándo no acabaré yo de persuadirme que para esto de recuerdos no soy sino yo?

Después he visto a Merceditas, a Carmelita, Benjamina y Escolástica en mi cuarto, es decir, en aquel cuarto que en la casa de mi tía Casimira se llamaba mi cuarto. Allí he estado dando yo

mi lección a Benjamina y Manuelita con toda la terquedad de un maestro de 70 años, pero en la realidad tan niño en mis ideas y pensamientos como mis mismas discípulas. Y sin embargo van ya a hacer seis años a que eso pasó. Cómo se pasan los días, los meses y los años sin que uno los sienta sino es por la ausencia de las personas queridas que echa de menos a cada instante. Así he pensado hoy en cada una de mis tías y primas a manera que iba escribiendo sus cartas. Pero luego se me venía a la memoria mi perseguidora idea de siempre a empañar la claridad de mis recuerdos y a traer sin sentir las arrugas a mi frente, tan tranquila y serena pocos momentos antes. Si se dignaran ellas fijar su memoria en mí un solo segundo siquiera, en trueque de cuanto he hablado yo con ellas en todo el día ... La ingratitud y el olvido se me vienen a la imaginación para hacer presa de mí como siempre. Yo soy para cien de ellas y ellas ... ninguna es para mí ...

También he escrito hoy a mi tía Juanita aunque muy apurado. Al redactar esta carta me he entristecido de otra manera. Relatándole los progresos con que marcha California, vine a hacer una desgraciada comparación entre California y mi país. Luego he dado con la anarquía y desunión que reina allá, cuando con tantos elementos pudiera ser tan feliz como esto ... ¡Ah! qué desgracia ...

Stockton. Martes 31 de diciembre de 1850

Antes de cerrar el año 50 y principiar el 51 quiero hacer un ligero balance de los acontecimientos de mi vida desde los primeros recuerdos que campean en mi memoria de niño, hasta los últimos que hay ahora en mi alma como hombre ya. Yo tengo recuerdos de niño tan frescos y detallados que a mí mismo me pasman. Pero esos recuerdos me son doblemente queridos, porque en ellos tengo para mí probada lo que es la fresca y pura memoria del niño cien veces más capaz que la del hombre. En esos recuerdos hay verdaderamente más que me pasman y que a cualquiera otro que a mí que las dieran tendrían el aspecto de fábulas. Pero más detalles han campeado en mi memoria después, año por año y día por día, y ahora están tan frescos en mi mente, que puedo muy bien ver el lugar de la escena, los objetos, y hasta las más pequeñas e indiferentes circunstancias.

Mis primeras impresiones de niño figuran en mis recuerdos desde el año 1831. Esto hasta donde puedo ir con mi memoria, y es tal vez la naturaleza de los acontecimientos que contribuye mucho al recuerdo de ello. Las cosas que pasaban en mi alrededor entonces eran bastante fuertes y capitales para quedar bien gravadas en la imaginación del niño de entonces. En 1831 yo tenía 4 años. Y era aquella época, como lo sabe todo argentino, cuando andando el General Quiroga hacia la campaña de las provincias contra Madrid, campaña que terminó en la batalla y derrota de Madrid en la Ciudadela a inmediaciones de la ciudad de Tucumán. Madrid, al

pasar por Catamarca, país donde estaba mi familia, había ordenado la emigración de todo habitante de la ciudad que tuviera posibilidad para hacerlo. Salieron todas las familias como en una Grande Caravana Oriental, y es aquí, en esta emigración y jornadas, que entran a figurar mis primeros recuerdos. Mi primo Pepe, dependiente en el almacén de mi papá, por dobles razones es el primero que se presenta a mi memoria. Él fue el encargado en nuestra peregrinación para llevarme a mí, que por muy pequeño debía ir o viajar llevado por adelante en el caballo de mi primo, en vez de ir a la grupa como los demás niños mayores. Mis hermanos mayores Samuel y Mardoqueo no figuran en estas jornadas porque mi papá los había dejado en Catamarca al cuidado de nuestra tía monja, la rectora del Colegio de Huérfanos.

Mis recuerdos, como dije, principian por mi primo Pepe, con razón ellos están impresos con azotes. Tal vez en esas largas traversas en las llanuras de mi país, cansado yo, principiaba a llorar, y a acusar a mi primo, el caballo, etc. Yo me veo sentado sobre la cabeza de la silla en una almohada. Molestado mi primo con los regaños de mi papá y mi mamá sin razón, pues que él no tenía culpa alguna en mis sufrimientos, se quedaba atrás de la caravana una o dos millas a veces, y protegido de la vista de los demás por algunas de los inmensos bosques allí, tomaba el azote de las riendas y me sacudía una media docena, diciéndome a cada uno de esos azotes, “Toma, llorón, anda, demándame ahora en mi tío que yo soy él que te hago llorar, y hazme regañar con ellos sin culpa”. Yo me callaba entonces, y prometía no llorar más. En otras ocasiones, en el calor del sol y la monotonía del camino, me acuerdo que me dormía, y entonces principiaba el vaivén de mi cuerpo para un lado y otro aumentado por el trote del caballo, que daba a mi primo un cansancio horrible porque los brazos que mantenían ambos se cansaban al ir sosteniendo el peso de mi cuerpo, andando al compás del caballo de un lado al otro. Pero de repente me despertaba yo, dando un grito de dolor, y era algún horrendo torcijón o pellizco aplicado por mi primo para que despertara. Otras veces me acuerdo que mi primo, cansado de llevarme por delante, principiaba a quedarme un poco atrás insensiblemente hasta que estaba una milla distante de la caravana, y entonces tomaba un paño de manos largo, me sentaba a las ancas del caballo, y con el paño amarraba mi cuerpo al suyo de modo que me sujetara y no cayera del caballo. Entonces principiaban mis llantos eternos y largos como las horas que pasaban así amarrado, pero no había a quien apelar y al fin tenía que resolverme y controlarme a fuerza. Otras veces mi primo, para consolarme, se paraba en algún bosque se desmontaba y trepaba a un árbol para cortarme mato, una fruta exquisita, algo semejante a la uva negra en la forma que se da en una especie de árbol como el roble y que abunda mucho en los bosques de Tucumán. Todas estas jornadas, en esta larga peregrinación, están tan frescas y vivas en mi imaginación como si hubieran pasado ayer.

Poco después de nuestra llegada a Tucumán, llegó Quiroga a Tucumán, y su ejército y el de Madrid se encontraron en la Ciudadela, una milla de la ciudad. De esos sucesos tengo otros, siendo no menos vivos que los de nuestro largo viaje. Mamá y mi abuelita Tomasa estaban en

un templo lo mismo que todos las demás familias de la ciudad. Se principiaron a oír los cañonazos que al principio me causaban gusto, pero luego que la desesperación, lágrimas, gritos de misericordia de mi mamá y las demás señoras, entonces me acuerdo que cada cañonazo sonaba en mi oído horriblemente, y zumbaba en mi corazón como el duro golpe, un martillazo. Recuerdo que la batalla o los tiros de cañones duraron cerca de tres horas mortales, así debió ser para que hubiera tanta mortandad. Mamá no me permitía levantarme de sus faldas, o cuando mucho me dejaba jugar con los demás niños y mi hermanita Elisea, cerca del altar mayor de la iglesia. Pero no sé cómo fue que tapé los ojos de mi mamá o si fue la Señá Laureana, vieja esclava nuestra, quien me sacó a la calle, lo cierto es que yo me hallé allí en los restos de la batalla y pillaje que tuvieron lugar en las calles mismas de la ciudad. Gruesas partidas de hombres, me acuerdo, que pasaban por cerca de mí a caballo en persecución de algunos que huía a esta distancia, y tal sería la impresión que esa escena de miseria hizo en mi alma que me acuerdo ahora hasta de los juramentos que echaban los soldados. Pero lo que más impreso ha quedado en mi alma es lo siguiente: cuatro o seis hombres perseguían a caballo a otro soldado de caballería que huía en la dirección donde estaba yo parado frente a la iglesia. Pocos pasos después o antes de llegar donde yo estaba, el infeliz cayó del caballo con los sesos afuera de un balazo. Sus perseguidores se desmontaron, en menos de un minuto quedó desnudo en cueros vivos el infeliz. Yo me acuerdo de la particularidad de que estaba vestido de barchilón o sea sayal hábito de fraile franciscano. Yo veía con horror las lanzadas que cruzaban en medio de las agonías de los moribundos, pero como fascinado con el horror de lo mismo que veía, me quedaba ahí. Más tarde entró el ejército triunfador de Quiroga y sobre sus cañones y carretas venían los generales, muertos o heridos, u oficiales distinguidos muertos en la batalla para ser enterrados en lugar sagrado. En uno de los cañones venía un cuerpo envuelto en una sábana llena de sangre, con los brazos y piernas hechos pedazos, y yo me acuerdo de estas palabras que oía a las mujeres. “Ahí va el General Vargas, pobrecito, todavía está vivo; dicen que iba a tomar la artillería del pilón de la Madrid y que fue hecho pedazos”. En efecto, la historia de esta batalla me ha dicho más tarde que así murió este triste general.

Después de estos sueños, mis recuerdos me llevan a otra parte. Me veo en la cárcel de la ciudad, en esos tres o cuatro días después de la batalla. Me acuerdo que había un gran corredor que estaba lleno de oficiales y gente de armas. A un extremo, y cerca de una ancha escala para el segundo piso, había una mesa alrededor de la que estaban sentados muchos señores, y allí estaba Quiroga y sus ministros porque me acuerdo que todo el mundo alrededor estaba de pie con el sombrero en la mano. Mis recuerdos son confusos ahí. No me acuerdo si fue mi mamá que me llevaba por la mano para visitar a mi abuela, que estaba presa en el segundo piso, o si fui yo solo con la Señá Laureana. Lo que me acuerdo exactamente es que yo, después de subir la gran escalera y pasar un comedor, me entraron en un salón bastante decente y allí me veo yo de rodillas a los pies de mi abuelita y mi mamá, que lloraban la una en brazos de la otra.

Creo que mi mamá bajó, y pidió al General la libertad de mi abuela, porque luego me veo yo de nuevo en casa al lado de mi mamá y mi abuelita. No recuerdo yo las facciones de Quiroga. Poco después, mi mamá me contaba que habiendo el General Quiroga una vez ido a casa de visita, yo entré al salón aun en camisita y que, llegándome a él sin ceremonia, le regalé un melón que tenía en mis manos. Él me levantó sobre sus rodillas, me acarició y llenó de besos, y al bajarme otra vez, me dio dos pesos fuertes, diciéndome, “toma para que compres más melones”. Eso pasaba en Catamarca el año 30, un año antes de los sueños de Tucumán. Mi papá a todo esto estaba en Salta y no fue sino después de dos cartas de puño y letra de Quiroga (que mi hermano Mardoqueo conserva) que mi papá se animó a regresar.¹⁸⁰ A propósito de esto, me acuerdo que el año 48, viajando con mi papá de Cucha a Chillán, para distraer las horas del camino, se puso él a contarme los sucesos de aquel tiempo, sus trabajos y desgracias de migración, y entre otras cosas notables, me acuerdo del recibimiento que le hizo Quiroga al volver de Salta y presentarse. Quiroga estaba lleno de oficiales y de hombres que clamaban relajo de sus contribuciones, libertad de presos o cosas de laya, cuando entró mi papá. “Oh, señor Dr., me alegro de verlo”, dijo Quiroga con esa expresión medio de burla, medio de siniestro sarcasmo que lo distinguía, y luego volviéndose a un ayudante, dijo, “cuatro tiradores para dentro de una hora, y varas listas para quinientos azotes.” “Pero señor”, se apresuró a decir mi papá, pero a un gesto de Quiroga ahogó las palabras de la garganta; el oficial salió a ejecutar las órdenes. Dice mi papá que jamás ha pasado horas de más agonía en su vida. Se veía ya en llegar al cadalso sin ver a su familia más, sin besar sus hijos, sin disponerse siquiera como cristiano. Dos horas después Quiroga quedó solo, y rompió el silencio por estas palabras. “Ahora entre nosotros dos, señor Doctor”. Son muy largas las conversaciones que tuvieron sobre los últimos sucesos. Al fin, mi papá volvió a los brazos de mi mamá y sus hijos que ya lo creían muerto, después de tres horas de ausencia. Quiroga le dio su pasaporte, le ofreció los miles que quisiera para que trabajara en Catamarca, y mi papá, rehusando todo, solo aceptó recomendaciones para los mandarines de departamentos, caballos para su regreso a Catamarca y nada más. Esta recepción de Quiroga a mi papá dijo muy bien que laya de hombre era mi papá cuando así era acogido y respetado por el hombre más tirano, más bárbaro y cruel de esos tiempos, por el que se burlaba hasta de las

¹⁸⁰ En el archivo Quiroga hay una carta de Rosa Ocampo de Navarro (7 de enero de 1831) donde pide una amistad para su marido y otra de este último (2 de octubre de 1832) donde manifiesta su inocencia. *Rosa Ocampo de Navarro al Gobernador de la Provincia de Catamarca*. Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”. Documentos del Brigadier General Juan Facundo Quiroga (1815–1876). Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubas.sisbi.uba.ar/gsd/collect/archivos/quiroga/index/assoc/mq239700.dir/mq239700.pdf>> Navarro, Ramón Gil. *Ramón Gil Navarro a Juan Facundo Quiroga* (Carta). Ibid. <http://repositorioubas.sisbi.uba.ar/gsd/collect/archivos/quiroga/index/assoc/mq405500.dir/mq405500.pdf> [consultados: 21/1/2021]

cosas más sagradas, y se mofaba de los hombres más grandes y sabios a quienes o echaba a la eternidad o los humillaba a su capricho hasta hollarlos con su pie.

Pocos días después que me sucedió lo que causa en mi memoria el recuerdo jefe de [ilegible] el que a mí mismo me parece fábula, pero que sin embargo está tan vivo y tan bien gravado en mi memoria si no hicieron sino unas cuantas horas que pasó. Para mí, ese recuerdo es un objeto de estudio y admiración que llenará siempre de santa veneración por lo que se llama en severidad amor, y para mí es la segunda existencia del hombre, es la santa herencia de Dios a sus criaturas pues que se halla santificado hasta en la pura alma del niño de 4 años.

Pocos días después de los referidos sucesos jugaba yo a las orillas de la ciudad en un llano y a algunas cuadras de distancia de las primeras casas. Abundaba mucho en el paraje donde yo estaba de un arbusto que allí se llama cardo, crece del alto de una yarda y da una flor grande, hermosa y de un color amarillo muy subido. No recuerdo yo bajo qué impresión trabaja en ese momento, ni que fue la causa que me lleva a identificar las niñas, las lindas señoritas con aquellas flores. Veía en cada flor la hermosa cara de alguna niña que había visto quién sabe dónde y conforme iba cortado cada flor, la iba bautizando con el nombre de Carlota, Rosa, etc. También presente tengo ahora esa alucinación poética que más me admiro por lo mismo cuando me detengo a buscar la causa de ello, y no la encuentro. Al fin corté una flor de esas, más grande y más hermosa que todas, a quien llamé Leonor. Ese nombre desde entonces se me ha asociado a este recuerdo de niño como parte integrante. Pero tal fue mi ilusión, mi locura, y mi placer al tomar esa flor que me figuré, y creí ciertamente tener a mi lado en persona a la bella a quien identificaba con la flor. Mi naturaleza entera se sacudió con el mismo ardor, y bajo una impresión tan fuerte, como me acuerdo haberla tenido más tarde, a los 16 años, bajo la primera sensación de amor. Parece imposible, parece fábula, y si otro me lo contara que lo ha experimentado me reiría de él. Pero es cierto, yo lo sentí por mí, y la prueba es que no he olvidado ninguna de las circunstancias. No sé qué camino tomó mi ilusión, ni a dónde quería ir a parar, lo cierto es que yo sufrí, sentí mi corazón oprimido bajo un peso desconocido, y concluí al fin por botar al suelo las flores, inclusive mi amada, y prorrumpiendo en llanto me encaminé a casa. El encanto fue cediendo a la realidad conforme me acercaba a casa, y cuando llegué allí estaba yo casi consolado, pero desde entonces jamás me he olvidado un momento de ese acontecimiento raro, extraordinario y ahora lo tengo tan presente como si hubiera pasado ayer solamente. Si fuera yo más supersticioso buscara alguna conexión entre aquella escena pasada 19 años antes y mi vida de joven ahora. Buscara algún agüero entre la rabia y lágrimas del niño de entonces al arrojar las flores al suelo y entre las escenas de amor de mi vida presente. ¿Pero, qué relación puede haber, ni qué profecía para ahora podrían encerrar las lágrimas del niño, sufriendo al parecer la influencia del amor, con la vida del joven ahora? ¿Y por qué lloraba yo entonces como si hubiera sufrido una decepción, una repulsa a mi amor, por qué no rogaba en vez de enojarme? ¿Y por qué concluí por arrojar al suelo las flores que fueron mi encanto, mi ilusión, mi placer; por qué

el niño de entonces soltó de sus manos esos objetos queridos como a ascuas encendidas; por qué las miró el niño de entonces airado y con pesar al arrojarlas de sí, como arrojara al presente el joven de ahora, esas mismas bellezas que tras sus placeres y goces no dejan sino desengaño y amargura? ¿Qué triste presagio, o qué misterio se encerró desde entonces en esa escena, para desenvolverse más tarde en la vida del hombre? Ahí donde está el misterio y la incidencia del recuerdo para mí. Ahí donde yo me he hundido siempre en conjeturas. Para mí que sé muy bien lo que sufrí entonces, y lo que para en mi presente vida, con escenas semejantes, yo veo algo misterioso. Mi alma de ahora tiene mucho en sí del alma del niño de entonces, digo en invenciones, y mis ideas, mis creencias, mis aspiraciones, mis tendencias me parecen ser las mismas del niño de entonces ilustradas por la edad, y robustecidas por un poco de experiencia. En diferentes lances de mi vida veo yo mucha identidad entre aquella primera impresión y las emociones que siente mi alma ahora bajo diferentes circunstancias.

Después de nuestra vuelta a Catamarca de la emigración a Tucumán vienen a mi memoria los días de mi primeras letras, primero bajo Doña Paula Vera, de donde salí quién sabe a propósito de qué picardía, que no recuerdo y entré con la maestra Micaela que tenía una sobrina de quince a 20 años (ahora creo que era su hija) y que era la que en su lugar nos aparecía cuando la maestra Micaela estaba en misa u ocupada. Conmigo había entonces en la escuela la Neófito Augier, hoy la más hermosa y divina criatura que haya en mi país, y su hermano Vladislao, y dos hijas del gobernador Aramburo. La maestra Micaela compraba leña los sábados para toda la semana, y nosotros los pupilos la acarreábamos para la cocina. Un día que mi amistad se entusiasmó más, con el cariño que me hacía Neófito, yo no quise meter la leña porque Neófito no me viera en tan triste oficio, a mí, su galán por entonces. Maestra Micaela se enojó y me mandó de nuevo, yo dije que no, que si mi mamá llegaba a saber que me hacían a mí meter la leña que así le iría. La maestra tomó el zurriago, y me corrió hasta media cuadra sin poderme dar alcance. Llegué a casa y no volví más a casa de la maestra Micaela, la tucumana, y su sobrina Pepita. Entré después al colegio siempre en primeras letras. Sabido es ya para mi diario en otras páginas mi carrera y estudios de 9 o diez años en el colegio de San Francisco. De muchacho de escuela no tengo recuerdo que valga la pena para mí sino es de que no dejaba botón a vida en mis pantalones de paño, que no lo cortaba para jugar a la taba o al hoyito y las escapadas que hacía los sábados en vez de ir a la escuela, para irme con los muchachos Medina a los altos de arena, dos millas de la ciudad, a dejarnos caer de esas cumbres de los altos de arena, y venir rodando con lo ancho del cuerpo hasta el plan del banco algunas 10 o 12 varas de altura. La arena de esos bancos es tan pura, tan limpia, y tan blanca que el muchacho encuentra allí su lugar de recreo y dicha como la tuvo Adán en el paraíso terrenal en sus primeros días. De allí paso yo a mis cinco años de latinidad, pero antes viene un acontecimiento jefe para mí. Mi locura.

Tendría yo entre ocho y diez años, cuando fui por vacaciones a la hacienda de mi papá en Copayán. La hacienda estaba entonces a cargo de mi tío Mauricio, hermano mayor de mi papá,

y su numerosa familia ocupaba desde muchos años antes la casa y fincas pagando a mi papá un tanto al año, o la mitad de los productos de la hacienda. Allí fui yo a pasar por la primera vez mis primeros días de vacaciones y primeras siestas fuera del dormitorio de mi mamá y en el solazo de los rastrojos, como decía ella. Luego que llegué, encontré en Miguel la horma de mi zapato. Mi primo, un año o dos mayor que yo, era el que encabezaba nuestras excursiones, a caballo o a pie, y todos nuestros juegos con las cabras, los carneros, los burros, terneros, las yeguas de las trillas, el tordillo de paso de silla de mi tía, los pavos, gallos y gallinas porque todos estos pobres animales tuvieron una corrida, y un movimiento tal por quince días con nuestra estada allí que yo creo que algunos llegaban a hablarnos pidiendo misericordia, en medio del cansancio y agonías a que los reducíamos con nuestros juegos. En una de estas tardes que yo había enfrenado un carnero blanco muy malo, y me paseaba en él en la plaza del lugar, con mi primo, montado en otro carnero o chivato no recuerdo bien, vimos un acompañamiento de gente a caballo que se dirigía a la iglesia. Nosotros corrimos en nuestros carneros averiguando la causa de semejante movimiento en día que no era de misa, supimos que era el cuerpo de Señá Larca, la quesera de la sierra que viniendo a vender un cargamento de quesos había muerto en el camino. De común acuerdo yo y Miguel dejamos nuestros carneros y los pobres animales bien enseñados volaron al chiquero de la hacienda que no distaba sino de una o dos cuadras. Nos encaminamos enseguida a la iglesia donde se agolpaba la gente, pero yo como hijo del Dr. Navarro, dueño de la hacienda y de 30 millas a la redonda y mi compañero, como hijo del padre y patriarca del pueblo, pudimos entrar hacia el mismo lugar donde habían depositado el cuerpo. Cuatro hombres se ocupaban en cavar la sepultura y el cuerpo yacía al lado. Eran días de verano, y hacía ya tres días que había muerto la Larca. Por consiguiente, el cuerpo estaba putrefacto y horriblemente desfigurado. Tenía los ojos abiertos con una expresión de horrible ferocidad, la boca contraída, lo mismo que todo el semblante. Más horror me causaba aquella espantosa figura y más me acercaba yo. Más asco y disgusto me causaba lo corrupto y asqueroso del cuerpo, y más me llegaba yo a él verdaderamente fascinado. Por un momento creí que el cuerpo con su mirada elevada en mí, me amenazaba, y que su boca se contraía con una expresión de amenaza. La alucinación fantástica crecía en cerebro sin que yo tuviera ni fuerza para hablar y retirarme de allí hasta que llegó a su colmo. La vi levantarse y correr con sus brazos extendidos hacia mí, mientras la levantaban para ponerla en su sepultura; ya preso de la completa alucinación di un grito, grito horrendo y haciendo cruces con mis manos principié a rezar el credo, con los ojos saltados, pero sin llorar, a veces riéndome, a veces temblando de horror. ¡No me acuerdo de más! Estaba loco.

Todo lo demás que sé de mi locura, o lo he visto en algunos minutos de lucidez que recuerdo entre sueños, o me lo ha contado mi tío y mi mamá después. En vano me tomaron a casa de mi tío y me prodigaron los más esmerados cuidados, en vano, más horas se pasaban, más completamente perdía yo el uso de mi razón, y mi manía de hacer cruces y rezar el credo como

conjurando o exorcizando el fantasma de la Larca. No dormía ni descansaba a ninguna hora del día, en mis mayores accesos desgarraba mis vestidos y salía desnudo haciendo mis cruces y rezando mi credo. Todo lo reducía a cruces. Cualquier objeto que hallaba a la mano lo hacía cruz y hasta la comida la botaba en cruz, o decía que la comida estaba podrida como la Larca. Tal era la consternación de mis tíos con tanta desgracia que ocultaron a mi papá y mamá este desastre por más de ocho días y a eso se debió la prolongación de mi enfermedad. Samuel fue enviado a traerme a la ciudad. En vano lloró mi hermano llamándome hermanito mío, mi Ramón, en vano, yo le hacía la cruz y huía de él. Los médicos dijeron que fuertes impresiones solamente me volverían el juicio. ¡Dios mío, cuál desesperación debí causar a mi mamá al verme llegar a ella loco y al responder a sus caricias con cruces y huyendo de ella! Pero muy fuerte debió ser la impresión que sentí a los besos y caricias de mi mamá porque tuve un momento lúcido y me acuerdo de mi mamá anegada en lágrimas y todos los criados y demás hermanitos al derredor mío. Pero más que nada recuerdo a mi mamá llorando con el gran jarro de plata en sus manos echándome agua fría en la frente. Pero mi lucidez no debió durar más de un minuto porque nada más me acuerdo y luego comencé las cruces con mis dos manos y a retirarme andando para atrás rezando el credo entre dientes. En conformidad con la opinión de los médicos me llevaron al Convento de Huérfanas a ver si el recuerdo de mi tía la abadesa, que tanto quería, me volvía a juicio. Imposible, nuevos llantos, nuevo desengaño. Mi mamá se cargó de mandas y promesas, casi se volvió loca ella misma, todo era en vano. Rezos, misas, novenas y todo era sin provecho, cada día era yo más loco y mi situación más infeliz. Llorando, mi mamá decía, “yo lo sabía bien que alguna desgracia le esperaba a mi hijo al momento que saliera de mi lado. Nadie los cuida como yo”. Un mes más o menos se pasó así y ya todos habían desesperado de la rehabilitación de mi razón, cuando a alguien se le antojó decir que era bueno que trajeran a casa a Niceo Acuña, a Melitón, a Quintín, a Manuel García, etc. Todos muchachos y compañeros de escuela. ¡Pero admirable influencia la de los muchachos compañeros de juegos sobre el recuerdo de uno! Yo los conocí al momento, y luego di, nombrándolos algunos, rasgos de razón. Por tres o cuatro días permitieron sus padres que mis amigos vinieran a casa y jugaran conmigo, al mismo tiempo que se administraban otros remedios. Al cuarto día yo conocí a mi mamá y preguntaba si todavía estaba en la hacienda y si Señal Larca se había ido. Ocho días después, recobrar por horas mi razón, pero mi enfermedad cambió y caí en cama. Al fin me levanté de la cama muy mejorado, y lo primero que hicieron fue llevarme al Colegio, pero no a que estudie, sino a que juegue y pasee en los jardines con mis compañeros. Eso acabó de restablecerme completamente y así se pasó ese mes más o menos de locura de que yo no tengo más recuerdos que los dichos. Y así pasó esa época célebre y ese nunca olvidado grande acontecimiento de mi vida de niño.

En seguida vienen a mi recuerdo mis cinco años de latinidad en que llegué a salir versado bajo el R. P. Ramón Quintana, y mis años de Filosofía, tres mortales años de arduos y costosos

exámenes. Hay en esos tres años recuerdos de lindísimas escenas en mi vida de niño estudiante (en Filosofía me decían el Niño, por ser el más joven y pequeño de todos). Hay hermosos recuerdos que los tengo yo anotados o que dejo para más tarde y más despacio. En octubre del 43 fue que se me puso primero en la cabeza la cosa de sacar licencia de mi mamá para ir a pasar las vacaciones a la Rioja. Es de recordar que por entonces había yo llegado a ser algo como el padre de la familia por la ausencia de mi papá y mis hermanos mayores en Chile y no es sino debido a ese nuevo rango que yo me animé a emprender la ardua tarea y difícil cosa de obtener licencia de mi mamá para ir de vacaciones a una ciudad extraña, cosa que mis hermanos mayores no lo habían pensado siquiera. Así, a mediados de octubre, conseguí mi licencia y en una hermosa tarde nublada salimos yo y mi primo Nicolás Villafañe acompañado de un sirviente para la ciudad de la Rioja. Ambos éramos entonces muchachos de trece a catorce años. Llegamos al otro día a nuestra hacienda de Capayán y nos alojamos en casa de mi tío para salir al otro día.

Al día siguiente nuestros tíos y niñas muy contentos con los colegiales, no nos dejaron partir hasta ya entrado el sol. Al partir, mi prima Goya se acercó a mí y me dijo, “yo he hecho emborrachar a Laurencio para que te castigue en el camino porque no te has querido quedar un día más”. Yo me reí de la ocurrencia sin hacer caso de ella. Esa noche al llegar a Chumbicha notábamos que nuestro criado Laurencio se tomaba muchas libertades con nosotros, al fin, nos trataba de tú, etc., cosa o crimen para nosotros de lesa dignidad. Al día siguiente, tres o cuatro horas antes del amanecer ya nosotros teníamos ensillados nuestros caballos, y partimos con Laurencio a quién vimos ladearse de una lado y otro mientras ensillaba su caballo; a una milla de distancia le dimos nuestras alforjas de camino para ir más a nuestro gusto y galopar sin embargo. Nos adelantamos de él y como a las tres leguas, cuando ya principiaba a amanecer, nos paramos a esperar a Laurencio. Pero Laurencio no aparecía. Nos volvimos a buscarlo hasta el mismo lugar donde lo dejamos, pero nada pudimos encontrar de él. ¿Qué hacer en semejantes circunstancias, sin conocer el camino, sin avío que comer, y sin haber población ninguna en una travesía de 50 leguas, en pasajes donde había tantos tigres que se alimentaban de carne humana? ¡Oh!, locura y de cuyas funestas consecuencias no salvamos sino por la divina providencia. Emprendimos el camino al galope sin pensar que no teníamos más que un caballo para 120 o 130 millas y que, en todo el camino, no encontraríamos una gota de agua ni para nosotros ni para los caballos. Cada vez que me acuerdo de esa locura se me espeluzna el cuerpo al pensar en los riesgos que corrimos. A las 10 leguas y cerca de la Punta nuestros caballos estaban llenos de sudor, pero habíamos andado mucho a pesar del horrible sol con que nos quemábamos. Diez leguas más anduvimos hasta que llegamos al río del Salado. Es un río del agua más pura y cristalina que puede jamás encontrarse, pero nace en salinas y corre por salinas por más de 10 leguas, de modo que es más salado que la misma sal. Yo, que ya me moría de sed, no pude detenerme, me bajé y tomé el primer trago de agua y sentí que mi paladar se quemaba con su amargor. Nuestros caballos sudaban mares. Y para más horrible cosa allí era el lugar donde se

mantenián los tigres cebados ... seguimos sin embargo en nombre de Dios pero cuál fue nuestro horror, Dios eterno, cuando a una o dos millas de distancia oímos los bramidos horrendos de dos tigres. ¡Y nada fue eso todavía, cuando al llegar a un cruce de camino encontramos los rastros frescos de un tigre enorme que había pasado por allí pocos momentos antes! ¡Oh! ¡Horror! ¡Pusimos espuelas a nuestros caballos y fuimos a parar solo a las 10 leguas, a eso de las dos de la tarde! Asombro de asombros, habíamos andado más de lo que anda el correo mismo mudando caballos en cada posta.

Descansamos un momento casi muertos de sed y de hambre porque no comíamos desde el día antes y seguimos nuestro camino. Pero nuestros caballos principiaban a rendirse ya con tanto galope de un día caloroso, sin comer ni beber casi por 24 horas. Tres leguas más anduvimos y el caballo de mi primo cayó por tierra para no levantarse más. Allí fueron llantos y aflicciones. ¿Qué hacer?, si subía él en mi caballo conmigo podríamos andar una legua sin que se nos cansen y perezcamos los dos. El tiempo se iba y ¿cómo quedarnos en aquellos bosques expuestos a bandidos y tigres sin comer o morir de sed o devorados por algún tigre? Pero, ¡oh providencia divina! Después de haber llorado más que un Jeremías, un San Pedro o una Magdalena y ya sin esperanzas, oímos a lo lejos la campana o cencerro de mulas y la vida nos volvió. Un cuarto de hora después llegaron los arrieros que venían de la Punta por otro camino y que iban para la Rioja. Al momento, con la autoridad del que ha peligrado en vida, pedimos una mula diciendo nuestros nombres y contando lo que nos pasaba. Mi primo ensilló su mula negra y partimos de todo escape, más alegres que una pascua. Llegamos a la Rioja a las cuatro y media de la tarde y mi caballo estaba aún muy fresco y habíamos andado 130 millas en doce o trece horas. Es increíble el gusto que tuvieron mis primos y tíos al verme llegar sano y salvo después de tanto peligro. Nuestro criado llegó cuatro o seis días después.

Yo, con mis títulos de estudiante acreditado, tocando bien la guitarra, vistiendo a la moda, etc., hice furor en los veinte días que estuve en la Rioja. Dejo para otro lugar las interesantes páginas de esos recuerdos en que figuran la Juanita Villafañe y mis primas Felicinda y Admentaria. En esos recuerdos hay hermosas escenas bien pintadas en todos los colores. Llevado por mi genio de estudio que me ha distinguido desde niño, me puse a aprender un método nuevo de escribir en quince lecciones. Estudiando día y noche con el calígrafo Villanueva, aventajé a todos los que habían estado aprendiendo desde doce meses antes más o menos y a los veinte días cuando volví era el que mejor escribía en la ciudad. Verdad es que yo tenía mucha habilidad para la pluma. Llegué pues de vuelta a Catamarca de profesor de primeras letras en quince lecciones. Mi método era el mejor, el más moderno, mi sistema muy corto y sencillo y el del viejo Ponferreda fue olvidado. Tal fue el furor que causé con mi nuevo método, que no sólo me veían para sus niños y niñas las familias amigas, sino que señoritas casadas, jóvenes comerciantes, los frailes, los clérigos, porque todos vieron luego los progresos que en quince días habían hecho los que habían principiado a enseñar. La ciudad entera estaba conmovida

y hasta mis maestros de Filosofía se volvieron mis discípulos de Caligrafía. Las niñas que no aprendían Caligrafía o mejoraban su letra bajo mi método no estaban a la moda. Y pronto no tuve ya hora ni momento mío porque todo lo ocupaba en mis lecciones hasta descuidar mis hermanas, quién más que nadie tenían el derecho de tenerme cerca de ellas. Mamá me decía a propósito de esto, “tú eres el candil de la calle y la oscuridad de tu casa”. Yo me he llegado a poner tan orgulloso que me creía la primera categoría de la ciudad. Y tenía razón, no por lo que en realidad valía sino por el respeto con que se me miraba y trataba. Todo el día entraban y salían de casa sirvientes de las familias a quienes enseñaba, con magníficos y regalados presentes de toda clase.

Al fin mi fama llegó a los oídos del cura y Vicario de la ciudad y el Síndico del Monasterio de Huérfanas. Y una buena mañana se apreció en casa solicitándome para que presidiera en el Monasterio la clase de primeras letras. Ya no podía llegar más arriba en mi gloria. Entrar yo al Monasterio donde la estrictez de la constitución apenas permitía al capellán, al cura párroco, y al gobernador del estado penetrar en sus claustros, eso fue para mí, mi último triunfo. Desde la abadesa que era mi tía, inclusive todas las monjas, hasta la última niña educanda estaban bajo mis órdenes y sujetas a mis penitencias. Las monjas profesas aprendían lo mismo que las demás, porque ellas debían enseñar seguido en las demás escuelas. Yo entraba al Monasterio una vez en la mañana y otra en la tarde, hora y media en cada ocasión. Habían, me acuerdo, bellísimas criaturas, lindas niñas desde 15 hasta 20 años a quienes yo apenas me dignaba dirigirles la palabra, pues que las demás maestras a quienes ellas obedecían se disputaban mis más pequeñas atenciones. Era yo atendido y regalado como un príncipe. Cada día tenía nuevos platos en mi almuerzo, nuevos dulces, nuevos regalos de escapularios y pañuelos bordados de cada una de las monjas o niñas. Qué cuadro de hermosuras para un joven de 15 a 16 años. ¡Tanta hermosa niña que venía humilde con su pluma en la mano a mí, que estaba sentado en una poltrona en medio de las Madres, y que temblaba al ver la pena que imponía yo según los yerros o malas letras! Mis castigos eran *palmetas* o tantos minutos de rodillas en el empedrado del claustro.

Pero Dios me es testigo que en medio de mi orgullo y bellas proporciones jamás abusé de mi posición para nada. El más estricto anacoreta no habría tratado a esas bellezas, a que nadie podía ser insensible, con más respeto y pureza que las traté. Dos habían que se disputaban mi amor, con el nombre de preferencia por sus adelantos. La Encarnación Herrera y la Señorita Villegas. Ellas me amaban con la pasión del primer amor, con la pureza de las vírgenes destinadas a esposas de Dios arriba. Yo quería a las dos y apenas puedo decir a cuál prefería, tal vez eso prueba la pureza con que las amaba. Jamás o muy pocas veces les daba ninguna penitencia y si tomaba la pequeña palmeta, era más bien con el placer de tomar esas blancas y hermosas manos entre las mías, mientras me decían gracias, de las palmetas con que las penitenciaba. Como el capellán o el cura, yo tenía permiso de entrar al Monasterio en las festividades y en

todos los días para visitar los jardines y hasta los lugares más reservados del Monasterio. Otro joven allí con mis prerrogativas, mi edad, mi talento de estudiante arriba de todos o con los primeros, y en medio de tanta belleza, qué habría hecho, Dios mío. No me pesa a mí el haber gobernado esas 200 personas femeninas lindas como ángeles, por espacio de un año y haber salido del Monasterio más puro que la primera virgen que se encierra allí para Dios. Yo, en mi calidad de profesor del Monasterio y sobrino de la abadesa, era el que acompañaba las monjas más respetables en sus viajes a la hacienda y de esas jornadas tengo tan bellos y puros recuerdos como de los del Monasterio.

Muchas veces acompañé la Comunidad y ese gran número de hermosos ángeles a la hacienda a pasar algunos días de vacaciones. De continuo me entraba yo a la inmensa viña de la hacienda o a aquel grande higueral cerca de la casa y siempre me encontraba de repente solo bajo de algún hermoso emparrado con alguna de estas diosas encarnadas, pero yo no sé qué mentor me aconsejaba y me salvaba a mí, porque no bien las veía, cuando ya buscaba alguna excusa o pretexto para alejarme de ellas. Parece que yo conocía mi alma y mi corazón y me evitaba ponerlos a prueba. Con mi posición respecto de ellas yo no hubiese dejado de amar uno de esos ángeles teniendo el alma que tengo y entregándome el más pequeño momento a otro sentimiento que el de pura y casta amistad. Una o dos veces me encontré en mis correrías ya con la Villegas, ya con la hermana Encarnación, las dos criaturas más bellas de la partida, y las que sin saberlo ellas, tal vez se disputaban el amor del joven maestro. Yo tenía allí mismo, en un lugar de la hacienda, una hermosa siembra de maíz en un lugar llamado Monte Grande, a dos millas de la casa, y cuando volvía de allí, o de la ciudad después de una ausencia de un día, tal vez de horas, la primera que encontraba en el callejón largo antes de llegar a la casa era la Villegas y la segunda, a la Encarnación. Ambas me esperaban con algún nuevo presente que me daban haciéndome algún reproche por mi ausencia, o por alguna preferencia de una a la otra. De noche, como hacía calor, todos dormíamos en los corredores y en el patio de la casa y allí tenía yo mi cama pelle melle en medio de las niñas, donde nos dormíamos como unos santos después de jugar juegos de prendas ofrecidos por mí o mi tía la abadesa. Dios mío, ésta es la prueba más grande que puedo dar de lo que yo era entonces, dormir en medio de tanta hermosura, de tanta casta virgen sin que jamás pasara por mi imaginación una sola idea torpe o deshonestas.

Me acuerdo que en una de esas noches sobrevino una horrible tempestad de verano con rayos, truenos, relámpagos, en fin, una de aquellas tempestades con que parece que el mundo entero va a arruinarse con cada trueno. Todos tuvimos que levantarnos, y en la prisa y la confusión por huir del agua, corríamos desnudos casi sin cuidarnos de nada más que de salvar. Pero ¡Dios mío!, a la luz de los relámpagos, cuántos ocultos misterios se revelaron a mi vista ... ¡Cuánto tesoro oculto, cuánto portento de hermosura vi entonces, antes ocultos a mi vista aun a mi imaginación, cuánto blanco, virgen y terso pecho desplegado vigorosamente por la

naturaleza en toda su hermosa, expansión sin la prisión del corsé y demás prisiones de moda, hermosa en esas formas medio veladas por la toca o el saco de dormir! ¡Dios mío, yo recuerdo todo lo que vi entonces como si estuviera viéndolo ahora mismo! Así, medio desnudos corrimos todos a la gran sala a rezar el trisagio y demás devociones para aplacar la ira y la venganza de Dios. De todos estos recuerdos no queda sino el placer de que fui puro, muy puro en todas mis acciones y movimientos. Me alegro de ello.

Después de esto viene el Acto Público, una de las épocas más célebres de mi vida de joven. Ese examen público, que sufrí delante de miles de personas, en la iglesia adornada como en la más grande fiesta, en presencia de las comunidades religiosas y civiles, del Gobernador del Estado y sus Ministros, de los Jesuitas, de cuanto sabio y Doctor había para responder a cada uno lo que se le antojase preguntar sobre el tratado del “Sagrado Misterio de la Encarnación”. Ese acto público, con toda su imponente solemnidad del público y aparato de fiesta, fue para mí un verdadero triunfo. (En otra parte de mi diario con fecha del 17 de febrero de 1848 debo ver más detalles sobre este certamen público más interesante de lo que yo mismo lo creía entonces). Cuántas bellezas había entonces y cuántos hermosos ojos podía yo ver desde mi lujosa cátedra clavados en mí como el héroe de la fiesta. Y cuántas lágrimas rodaron entonces de placer y entusiasmo al romper el golpe de música y sacarme en triunfo por las calles, después de la aprobación de los regentes y doctores del acto público. Todas las comunidades me acompañaban por las calles hasta casa y un inmenso gentío seguía la procesión y la música. Yo llevaba aún el vestido de sacerdote con que asistí al acto, y con bonete de cuatro picos, levantándolo de la cabeza hacía uso de mi bonete de cuatro picos como un general triunfante de su espada, para saludar con ella a todo el mundo. ¡Cómo gozo yo, Dios mío, con estos insignificantes recuerdos de mi juventud, de mi tiempo de estudiante! ¡Cualquiera que leyera por casualidad estos renglones que son sólo para mí, encontraría vanidad y orgullo en relatar mis triunfos, que llamo! Pero se equivocaría de medio a medio, yo escribo lo más culminante en la historia de mi vida y como de niño, los recuerdos más importantes de mi vida son esos, ¡esos sólo recuerdo ahora!

Stockton. Miércoles 1 de enero de 1851

Fuimos convidados esta mañana para una tertulia en casa del Dr. Craig, pero aún no sé si yo iré o no. El día ha amanecido hermosísimo y nada que envidiar el primero de enero del 51 al hermoso día del pasado 50. Le vi bien que los americanos miran con mucho respeto esta festividad, pues que no se ve trabajar ni rodar un carro cargado por la calle, ni molestarnos las campanas de las fundas y martillos con sus sonidos horribles. El sol quema o mejor calienta solamente lo suficiente para quitar el frío horrendo de esta mañana, así es que el sol hermoso

más bien que desmejora el primer día de este año. El vapor Erastus y San Joaquín acaban de llegar y ahora hacen sus señales de entrada, mientras se ve por todas las calles de Stockton acudir a la población a buscar sus cartas o encomiendas. Tal es el primer día del año 51 en Stockton.

Anoche hubo un baile para el que alquilamos nuestro piano a Mrs. Sharp. Yo compré un boleto para Samuel sin intenciones de ir yo por nada de este mundo. Pero vine aquí y Samuel y Mix me dijeron que ellos no irían tampoco si yo no iba. Fui en efecto, pero a todos les ha pasado el haberme instado a mí a que vaya y haber sido ellos mismos. No podía darse de veras una cosa más mala. No había más joven que la hija de Mrs. Sharp que no valía un comino, y una sobrina de Weber que nada más tenía de bueno más que parecerse a Miss Arinton. Mariquita estuvo allí pero luego que vimos que no había allí señoras en realidad, todos a una seña nos salimos a las diez y media por más que Mrs. Sharp nos instaba a quedarnos a la cena. En cuanto a mí, saludé a Mariquita y no volví a saber más de ella hasta que Samuel me llamó de repente y me dijo, “hazme el favor de sentarte y guardarme este asiento cerca de Mariquita hasta que yo venga”. “Qué infeliz es usted en este momento”, me dijo ella, “que tiene que estar cerca de mí sin poderlo remediar”. “¿Por qué?”. “Porque lo he visto que toda la noche ha andado huyendo y buscando pretextos de no verse cerca de mí”. Pobre niña, yo no creía que fuera más ingrata de veras.

Después del baile, cuando se llegó la hora de las doce, hubo una bulla y movimiento tremendo en todo Stockton. Se habían reunido cuantas campanas de fondas y martillos, clarines, trompetas de caza, violines, y todo a un tiempo formaba el contraste más horroroso que darse pueda. Los tiros de pistolas, cohetes y demás juegos artificiales doblaban todavía el ruido. Algunos desórdenes más y robos de alguna consideración cuentan además en la noche buena. La mayor parte de los comerciantes han formado una presentación pidiendo un cuerpo de serenos que guarden de noche la ciudad. Veremos ...

Jueves 2 de enero

Nada hay hoy de particular que contarle a mi pobre diario. El día está hermosísimo, lo que perjudica en vez de hacer bien a lo general del comercio. Los vapores han llegado ya pero ninguno trae nada de nuevo para nosotros ni de Chile ni de San Francisco.

Se ha principiado ya a trabajar el teatro “Del Placer” y según aseguran, van a hacerlo doble mejor que el Corintio. En esto se ocupa la honrada sociedad de Stockton, después de la postulación del comercio que se sufre ya por tres meses. Todo está tranquilo. En vez de carretas de fletes no se ven sino elegantes coches de toda clase y en vez de trabajadores, elegantes parejas paseándose.

Viernes 3 de enero

El día ha amanecido hoy hermosísimo a pesar de los infinitos ruegos que debe haber para que llueva. Jamás se ha conocido en California un invierno semejante, y ojalá que en cambio de tanta agua el año pasado hubiéramos tenido algunos de estos días buenos.

Los vapores han llegado ya y nada traen interesante, sino es el doble envenenamiento de dos artistas en San Francisco. La tal señorita se vio, según dicen dos diarios, algo mal correspondida de la ternura que prodigaba a su amante y tomó veneno sin más ni más. El dicho amante, según dicen, amaba a su querida más de lo que ella creía y no pudiendo soportar el sobrevivirla, se envenenó también. Ninguno de los dos ha salvado, y los diarios todos se han ocupado de este acontecimiento tan raro en San Francisco como digno de las mejores capitales de la Europa.

Sábado 4 de enero

En fin, hoy ha amanecido nublado y corre un sur desesperado que nos anuncia agua para esta noche o mañana, cuando más tarde. No por eso deja de haber mucho movimiento en Stockton. Y acaso es tal vez la proximidad del agua lo que trae este movimiento. Infinitos carretones hacen crujir el puente, sin contar con el sempiterno ruido de los carruajes de provisión con sus colgajos de campanillas y cascabeles con que se hacen anunciar desde gran distancia.

Los vapores de hoy traen aviso de unas loterías monstruosas que se van a jugar en San Francisco para que se toman suscripciones en todas partes. Los vapores de la carrera de Panamá también han bajado de precio y hoy se ven en todas las calles de Stockton por 150 \$ en la cámara hasta Panamá.

Domingo 5 de enero

Hoy ha amanecido lloviendo y creo que nuestro paseo a French Camp con Ainza quedará frustrado. Sin embargo, él me dijo que el agua no lo acobardaba nunca, veremos ahora si es cierto.

Son las 4 y media de la tarde en que acabamos de llegamos de French Camp. Salimos de aquí a las 10 con toda el agua y a más, en un carruaje sin toldo. Al pasar por lo de Hire nos acordamos con Agustín que ni él ni yo llevábamos plata y nos detuvimos allí para pedirla a Hire. A este le dieron también ganas de ir y se coló en el carruaje con nosotros. No nos ha dejado de llover un solo momento desde que salimos hasta que volvimos. Al llegar a French Camp, a 6 millas, dejamos el carruaje y salimos a caminar a pie, recibiendo una copiosísima lluvia de la que no nos cuidábamos.

Acabamos de llegar a Stockton y no tenemos en todo el cuerpo un trapo seco. Esto es lo que se llama humor de pasear, en este lo que costare.

Lunes 6 de enero

Sigue hoy lloviendo y según está la atmósfera, no hay fundadas esperanzas de que deje de llover luego. Ya ha llovido demasiado para poner las calles intransitables. Todo Stockton está oscuro y afectado al parecer del mal tiempo de que está invadido. Poco ruido y poco tráfico hacen más triste todavía de lo que en sí es este día lluvioso.

Aún no me olvido de la locura de ayer, de pasear a campo raso por 6 millas en medio de un torrente de agua. Al volver de French Camp nos detuvimos bajo de un árbol a comer una caja de sardinas y algunos dulces que habíamos llevado. En seguida destapamos una botella de cerveza, y nos salió de jarabe de limón, cosa que nos dio mucha incomodidad, vistas las ganas que teníamos de tomar algo después de las sardinas. Y todavía después de llegar a casa de [ilegible] este nos pidió al criado una botella de cerveza, la destapamos y tomamos cada uno un vaso de jerez en vez de cerveza, por equivocación siempre.

Martes 7 de enero

Hoy también ha amanecido lloviendo, pero se conoce muy bien que al fin el viento cambia y que así, a la tarde tendremos bonanza.

Los vapores llegaron esta mañana y nada nos traen de nuevo. Soruco acaba de escribirme diciéndome que no ha podido encontrar mi encargo en San Francisco y que si al fin lo haya lo traerá él mismo, que se viene en tres días más.

Son las cuatro de la tarde en que me embarco a bordo del vapor Unión para ir a San Francisco. La tarde parece que se compone porque ha dejado de llover ya. A estas mismas horas acaba de salir Rojo y Tena para las minas de Estanislao acompañados de Juan Crisóstomo, de modo es que a un tiempo hemos salido tres de la casa y cuatro de la reunión de amigos que teníamos. Yo voy a San Francisco y no sé cuándo volver.

San Francisco. Miércoles 8 de enero 1851

Anoche a las 10 y cuarto llegamos a New York, sin ninguna novedad. Ahora son las 3 de la mañana, y estamos atracados al muelle de San Francisco. Aún no amanece y como yo, a decir

verdad, no he dormido bien, voy a aprovechar estas dos horas en que la máquina no hace ruido para dormir y tener algún buen sueño.

Son las 4 de la tarde. Fui apenas desembarqué a casa de Height y no lo encontré porque había ido a San José por tres días. Esperaré mañana y resolveré lo que debo hacer si él no viene.

He estado en casa de Baque, *and she received me with a long kiss. Poor fool, she thinks that I am capable of loving her.*¹⁸¹

Ahora acabo de salir de casa de Madame Lacombe y espero a Soruco para ir a comer con él al Hotel Lafayette. Siempre triste y siempre interesante. Me cantó su romance favorito con que ella cree que hizo toda su influencia sobre mí. *She loves me too much ... I know it at present. But she never told me nothing about that.*¹⁸²

Jueves 9 de enero

Hoy es un día tan hermoso como el de ayer. Cientos de coches de todos tamaños, clases y calidad de dueño ruedan por todas las calles. Gracias al hermoso entablado es que ahora los coches vuelan en vez de correr. Las veredas de las calles apenas pueden contener los centenares de hombres que van y vienen todo el día. Los gritos de los revendedores de frutas, efectos, papeles, loterías ... no dejan de contribuir mucho al ruido general que reina en esta capital del mundo. Cada vez es el lujo más grande y las maravillas que se ven aquí más estupendas. No importa que los negocios vayan mal, el lujo, el tono, hasta la extravagancia siguen siempre adelante.

Estuve en casa de Height, quien no aparece aún. Lo esperaré todavía mañana y pasado, a fin de no hacer inoficioso el viaje.

Anoche paseamos con Soruco por todos los hoteles que van cada vez adelante en lujo y buen orden. Madame Caddis me dijo hoy que Emilia Twesbury estaba ya de vuelta y que esperaba mi visita.

Son ya las cuatro de la tarde. Llego del correo pero no he encontrado allí ninguna carta de Chile ni de ninguna parte del mundo ... parece que todo el mundo se ha olvidado de mí.

Viernes 10 de enero

También hoy tenemos un hermoso día, lo que es doblemente malo para el negocio que trae su principal ruina de la falta de lluvia para trabajar los placeres. Da lástima ver el estado espantoso

¹⁸¹ *He estado en casa de Baque, y me recibió con un largo beso. Pobre tonta, cree que soy capaz de amarla. Traducido del inglés.*

¹⁸² *Me ama demasiado ... en este momento lo sé. Pero nunca me dijo nada sobre eso. Traducido del inglés.*

en que está esta plaza. Nadie vende nada ni hace ninguna clase de negocios, y sin embargo la bahía se llena cada día más de buques.

La noticia predominante que hay ahora y ocupa a todos como un consuelo es la del Gold Bluft (sic) cuyo descubrimiento es hecho por el Chesipie. Son 200 millas la tierra que contiene el oro, y este es muy fino, y dicen que hay 4 \$ en cada libra.

Hoy escribo para Chile e incluyo cartas de los Quirogas a Mardoqueo para remitir a San Juan. Ninguna he recibido yo, y hace ya bastantes meses que nadie piensa en mí, o que todos se han muerto a un tiempo, lo primero es lo más factible.

Sábado 11 de enero

El día de hoy ha amanecido cubierto de una espesa niebla, pero ahora que son ya las diez del día está muy bueno. Yo he recibido cartas de Samuel de Stockton y las he incluido en las que acabo de escribir para Chile. Las que escribí ayer salieron ya y creo que llegaron muy luego por el buque ese que van [sic]. Entregué a Cros Opsen y Ca. $\frac{3}{4}$ \$ de cf. de A. Quiroga para remitir a mercado.

Cros me ha contado que en las cartas que ha recibido ayer le hablan de una revolución sofocada en Chile, y que tiene presos a los revolucionarios y que entre ellos se encuentra Don José Antonio Alemparte.¹⁸³

Son las 11 y media de la noche en que acabamos de llegar con Soruco. Vengo todavía enajenado de oír tocar el violín a un joven alemán. Dios mío, yo no tenía idea de lo que era esto. Lo he oído en el hotel de la esquina de Clay y creo que nada puede oírse ya ni mejor ni igual. Allí hemos pasado entretenidos hasta ahora porque él tuvo la amabilidad de tocarme para mí la Lucia de Lamermoor.

San Francisco. Domingo 12 de enero de 1851

Son las nueve y media de la mañana en que acabamos de llegar con Soruco de la casa de baños. Me ha pasado una aventura de la que estoy gozando hasta ahora. Me dieron la tarjeta y el número de mi cuarto de baño, y fui allí. Luego que me principié a vestir después de un hermoso baño de media hora, siento que abren la puerta del cuarto siguiente y al mismo tiempo, oigo la voz de una señora que por el acento conocí que era mejicana. Sentí al momento que

¹⁸³ Miembro de la *Sociedad de la Igualdad*, la cual fue disuelta por las autoridades a fines del año 1850. Alemparte aparece en varios momentos de este diario.

principió a desvestirse, sentí el roce del vestido de seda ... en un momento corrí la vista y vi que podía saciar mi curiosidad. El tabique que nos dividía se elevaba solamente a dos y media varas. Al momento lo comprendí todo. Tan pronto como sentí que se entró al baño puse la silla y saqué mi cabeza por sobre el tabique. Dios, qué hermosura. Algunas gotas de agua esparcidas al sacudir su pelo llegaron hasta mi cara y me parecían calientes como fuego. Estuve cinco o seis minutos viéndola bañarse sin que ella se apercibiera de nada. ¡Dios mío! ¡Qué hermosa me parecía!, será acaso que las formas desnudas toman algo más de hermoso. Para que no se me hiciera daño mi visión llamé a Soruco en inglés, que estaba en el primer cuarto y le avisé todo. Pero el infeliz fue descubierto al asomarse, la bella pegó un grito horrendo, y nosotros, que estábamos ya vestidos, nos escapamos luego al gran salón antes que se supiera nada.

San Francisco. Lunes 13 de enero

Ayer hemos tenido uno de los mejores paseos que se han visto en San Francisco. Todo lo más escogido de la ciudad se fue al cerro del Telégrafo y yo y Soruco tomamos también el mismo camino. El cerro entero parece cubierto de un tripe verde y allí los más ricos zapatos de raso se han ostentado con la mayor galantería. La vista de San Francisco desde el telégrafo es una de las mejores que pueden sacarse. Nada hay más magnífico. Del otro lado se ve la bahía con sus 600 buques pudiendo ver hasta la más pequeña arboladura de cada uno. Así pasamos hasta las cuatro en que bajamos a comer.

Por la noche hemos tenido la pieza mejor que se ha presentado en el Teatro Francés. La Luisette o la Cantora de las Calles de París. Los vaudevilles que se han cantado han arrancado lágrimas a más de uno. Después entramos a las once a un baile de máscaras por ver solamente y allí me salió a hablar aquella famosa niña de Chillán que vivía en la esquina opuesta a la que tenía mi tienda, que sorpresa, Dios mío.

Hace dos o tres días que estoy loco por una guitarra de un artista que está a la venta en un almacén de instrumentos. Es ya lo mejor que puede esperarse ver en la materia y me piden 150 \$ el precio mínimo de la fábrica. ¡Dios mío! Veremos.

Martes 14 de enero

Son las cuatro de la tarde en que me embarco a bordo el vapor Mariposa para ir a Stockton. Apenas tengo tiempo para darme cuenta de lo que he hecho hoy. Compré la guitarra y la obtuve por 125 \$ al contado. Pero estoy tan feliz con mi guitarra como un recién casado con su mujer.

Ahora tengo mi guitarra encerrada en una pequeña caja porque es de desarmarse. Otra vez conversaremos de las cosas de hoy, ahora no hay tiempo.

Son las ocho de la noche y acabamos de llegar a Venecia. La luna está como si fuese de día, tres o cuatro buques de vapor hemos encontrado al venir; ahora acabamos de pasarnos con el nuevo mundo.

Son las once de la noche y estamos en Nueva York. Hasta estas horas nos hemos paseado sobre cubierta conversando con el padre Jesuita que va a Stockton a hacerse cargo de la Iglesia Católica. Pocos hombres he visto tan sabios como éste.

Miércoles 15 de enero

Son las cuatro de la mañana en que acabamos de llegar a Stockton. Aun no amanece, pero por lo menos voy a sorprender a Samuel en la cama.

Anoche después de acostarme le sucedió un accidente a un pasajero del cual habría muerto si no soy yo y el padre que nos levantamos a auxiliarlo. Tenía un horrible vómito de sangre pura con atroces convulsiones y ahogos. Felizmente salvó bien y hoy está mejor.

Nada hay de nuevo en Stockton. Está donde mismo lo dejé ... Pero que feo y triste me parece después de venir de San Francisco.

Stockton, Jueves 16 de enero de 1851

Hoy tenemos un lindo día de verano más bien que de invierno. Hay más movimiento que de regular y todo parece que se alegra más hoy que ayer. ¿Será tal vez que este día será para mí uno de los más felices de mi vida desde mucho tiempo? Quién sabe, yo tengo que hacer ahora una visita y tiemblo al ver acercarse la hora como un reo que siente venir su último momento. En fin, debo acordarme que soy argentino y tener por esto un poco más de valor ... es que yo tiemblo más de las mujeres que de los hombres ... Adelante. *En avant.*

Son las dos y media de la tarde ... Dios mío, cuando yo decía que tal vez hoy será uno de los días más felices de mi vida, no me equivocaba. Yo acabo de volver de mi visita y apenas puedo contener mi corazón que quiere escaparse de mi pecho, como encontrándolo muy estrecho para su felicidad. ¡Oh! lo sé todo, todo cuanto pueda desear saber un amante. ¡Pobre Ñata! me ama con toda la sinceridad de su alma, con toda la pureza del primer amor y con toda la pureza de una virgen. ¡Oh! cuanto diga para pintar nuestra entrevista será muy poca cosa. Yo soy el más incrédulo y poco contentadizo que existe, pero hoy no tengo nada que pedir. Nunca le podré rehusar a usted nada. Debo acordarme de esto cada vez que quiera recordar la felicidad

de hoy. ¡Pobrecita! Tal vez ella ha sufrido más que yo ... y yo que principiaba a culparla. Dios mío, que injusto era. Qué feliz es uno cuando es amado de una hermosa criatura ardiente en su amor como el amor mismo.

Viernes 17 de enero

Cuando uno es feliz, todo es agradable, todo es bueno. Será acaso que yo soy feliz ahora por la primera vez de mi vida y que esto influye para que yo encuentre hasta hermoso a Stockton. El día de hoy me parece mejor que muchos, menos que el de ayer, como este no hay muchos.

Samuel ha hecho sacar ahora cuatro días dos retratos, uno para mandar a Chile y otro para regalar a su ahijado Mix. Tal vez él vaya a San Francisco en dos días más, o esperará que yo vuelva de las minas para hacer su viaje.

A propósito, yo pienso ir mañana para las minas a buscar oro. No es cosa fácil, pero veremos, yo tengo mucha fe porque me va siempre bien cuando voy.

Sábado 18 de enero

Son las once de la mañana en que acabamos de salir para las minas. Debía ir con el señor Morales pero, al fin, algunas ocurrencias le han privado el viaje. Voy acompañado de Estuardo y cuatro jóvenes más amigos suyos.

Son las dos de la tarde en que acabamos de llegar a una casa de un americano que tiene su mujer y ocho hijos. Es una de las familias más buenas y honradas que he visto; quisiera alojarme aquí pero tenemos que llegar al río.

Son las cinco de la tarde en que acabamos de llegar al río Calaveras. Nosotros, después de desensillar, nos vamos a dar un paseo hasta que sea hora de comer. Mrs. Davis ha estado conmigo tan amable como siempre. Después de regalarme algunas cosas frescas en la mesa me ha convidado para pasar la noche en su cuarto hasta que sea hora de dormir. Después de estar con ella hasta las nueve, me ha hecho dar un cuarto aparte. Así se puede viajar yo creo.

Domingo 19 de enero de 1851

Son las siete y media de la mañana en que salimos para San Andrés. Nada de nuevo hasta ahora. Dios quiera que lo nuevo que ocurra no sea malo.

Son las 4 de la tarde en que acabo de llegar a San Andrés. Como es domingo está el campo un poco triste. He encontrado a Rodríguez muy bueno aunque algo más flaco que lo dejé en vez pasada. Ahora está muy contento y no le falta sino una carta de su familia para estar feliz del todo. El negocio está concluido, arruinado aquí en San Andrés. No sé qué es lo que va a ser de los comerciantes todos porque todos ellos nada hacen.

San Andrés. Lunes 20 de enero de 1851

Dos días hace que se ahorcó aquí un chileno por haber asesinado a otro compañero suyo. Los chilenos formaron un juri y lo condenaron y ejecutaron al acto. Me gusta; el que mata alevosamente debe morir sin remedio.

Hoy vi a la hija del Comandante de la Guardia Móvil que me ha parecido muy bonita. Ya veremos si va a Stockton como nos hacemos amigos. Necesito ser muy amigo de ella ...

Calaveras. Martes 21 de enero de 1851

Acabo de llegar de Calaveras a San Andrés. Fui hasta el mismo lugar donde tuve yo mi carpa y estuve un momento visitando el lugar con mucho respeto y veneración. El lugar donde yo tenía mi cama está cubierto de pasto y trigo, he visto el lugar donde yo tenía mi mesa. Todo me ha recordado el tiempo que he pasado allí. Esto me ha dado mucho placer, tan cierto es que el tiempo que pasa, aunque sea lleno de penas y contratiempos, al fin lo encontramos mejor que el presente. Esto prueba más el innato deseo de eterna bienaventuranza que existe en todo ser viviente.

Hoy al pasar de vuelta por la carpa del Comandante de la Guardia Móvil de Francia vi a su hija que me ha parecido muy bonita. La saludé solamente y pasé porque no tuve más tiempo, pero no hay duda que ella será mi amiga.

Miércoles 22 de enero

Son las siete de la mañana en que estoy listo ya para salir para Stockton. Anoche al acomodar mi necesario llegaron tres de mis antiguos peones a saludarme. Sabiendo que estaba aquí han hecho dos leguas desde sus minas para venir a verme y tuvieron que volverse a las diez de la noche por no tener quién cuide sus carpas. Hace un frío horrible a estas horas; el suelo todo parece tendido de sábanas, tan grande es la helada que ha caído anoche.

Son las diez y media del día en que acabo de llegar a Calaveras; Mr. Davis se ocupa de dar cebada a mi mula mientras su mujer me prepara el almuerzo. Todo lo que debo parar aquí son quince o veinte minutos a lo más, y eso es lo que hace que todo ande apurado.

Son las dos y media de la tarde que acabo de llegar a Stockton. Al pasar me detuve un momento en casa de Morales mientras hablaba con su mujer y Adelaida. Se admiraron cuando les dije que había hecho 24 leguas en siete horas.

Stockton. Jueves 23 de enero de 1851

Llegué ayer a Stockton sin la menor novedad. Y no es poco porque traía conmigo unas cuatro libras de oro, lo muy bastante para que me hubieran asesinado, como ha sucedido con dos o tres ayer mismo en el camino de Estanislao.

Tuve mucho gusto porque vine a encontrar aquí a Cupertino, a quién hace mucho tiempo que no veía. Está muy bueno, y yo por mi parte estoy muy contento porque ha dejado aquel campo donde no tenía una de las más honrosas ocupaciones.

Los vapores han llegado ahora pero nada traen de nuevo para nosotros. Samuel ha recibido cartas pero solo para él, ninguna para mí. Le escriben Mardoqueo y Tomasita. Hablan de mí pero no satisfactoriamente para mí. ¿Qué hacerle?

Hoy tenemos ya instalada en casa a madame Mezzara y su marido, que han tomado uno de los cuartos de alquiler en casa. Estoy muy contento porque al menos tendremos muy buenos trozos de ópera para oír.

Viernes 24 de enero de 1851

Son las ocho y media de la mañana en que acaba de llegar el vapor Santa Clara, un hermoso vapor recién construido, y que es el mejor y el más grande que ha tocado las playas de Stockton. Estuve a bordo y de veras me han encantado sus comodidades y lujo en todo.

Se organiza un concierto para uno de estos días dado en el Teatro Corintio por puros aficionados y gratis al público. Madame Mezzara cantará con su marido y nosotros ejecutaremos algo en la guitarra. Se cantarán los mejores trozos de ópera, canciones bufas, etc. y la última parte será una imitación de los negros en sus canciones y gracias que será una parte no menos agradable.

El invierno parece que se ha concluido pues que estamos ya a fines del mes y no ha llovido sino una vez siendo este el mes más lluvioso en todo el invierno. Qué diferencia Dios mío del año pasado, que no tuvimos casi un solo día bueno.

Stockton. Viernes 31 de enero de 1851

Se ha concluido el mes de enero sin que hayamos tenido una sola lluvia. Esto trae ruina al comercio y comodidad a los pisos verdes para los que no quieren ensuciar sus botas en el barro. En estos días pasados han tenido lugar muchos acontecimientos particulares para mí que me han tenido distraído. De veras que no he podido sacudir así nomás la impresión y alimentada en San Francisco por la E. ¿Quién en mis circunstancias habría dejado de amar una criatura tan de todo punto interesante y la que desde el momento que me es presentada reclama primero mi amistad y después mi amor como dignas de ambos sentimientos por la semifraterna amistad que ha tenido con mis primas en Buenos Aires? Dios mío, he hecho bien en venirme porque nos habríamos precipitado ... ella me amaba como yo desde el principio, es más apasionadamente ahora. Qué me importa sea sobrina de un tirano que impera como monarca absoluto si ella no tiene nada de esas ideas ... Dios mío, al fin volví aquí para salvarme. Un sentimiento más puro, más antiguo, hecho más grande y desgraciado por las desgracias del destino, ese sentimiento dura vivo aún en mi corazón y a la vuelta aquí el objeto de ese sentimiento no me es menos querido que lo era cuando fui a San Francisco. Pobre María, yo no debo atormentarla recordándole un error cometido a mitigación e influencia de mayores. Bastante pena ella sola con recuerdo de su amor presente, vivo, roedor, y su eterna cadena sin consuelo ni esperanza. Pobre, ella no sabía cuánto me amaba, cuánta pasión santa y pura había concebido por mí, y hasta dónde podría influir ese amor después. Dios mío, yo sufro al ver sufrir tanto y tan sin remedio y hablaré para archivar en mis ... Quién sabe ... tal vez sepa más tarde lo que no sé ahora con evidencia y entonces, pensando menos que ahora, contaré todo a mi diario para que lo guarde para sí, para mí, y para Dios.

Ha tenido lugar en días pasados, el miércoles o jueves, el sonado concierto en el Teatro Corintio por madame Mezzara y muchos de nosotros puramente aficionados. Jamás se ha visto en Stockton una función más magníficamente dada. Nunca han salido los espectadores más contentos y llenos de gratitud tanto más cuanto que ha sido gratuitamente ofrecido al público. Madame Mezzara ha estado más hermosa y encantadora que nunca. El teatro entero parecía venirse abajo con los aplausos. Siendo tan joven y tan hermosa, no puede sino enloquecer su estupenda habilidad para el canto y toda clase de música. Le han tirado al proscenio muchos ramilletes y el mejor de ellos pasa ahora a mi poder. Su último canto de las *hirondelles* los ha enloquecido de placer y su *Good by* ha arrancado lágrimas de ternura a todos los concurrentes. Nosotros tres hemos tocado el Alegre de un fandango a tres guitarras que ha salido de un efecto maravilloso. El tercer acto se ha compuesto de canciones de negros cantados por seis jóvenes americanos disfrazados en negros e imitando perfectamente los negros de Estados Unidos.

Al volver yo de San Francisco me he venido a encontrar aquí con madame Mezzara a quién conocí en Sonora en octubre bajo circunstancias tan peligrosas para mí, porque si mal no me

acuerdo, el bandido de Villefort, que en paz descansa, hubo de alojarme una bala y recibir otra mía a causa de insultos que hizo en mi presencia a madame Mezzara.

Del hotel que estaba alojada en Stockton se ha cambiado a nuestra casa con su marido por ser más respetable para ella. A mi vuelta de las minas he encontrado ya a esta sirena acá. En las diferentes ocasiones que me he visto con ella he notado quién sabe qué de extraño conmigo, pero que no me atrevo a calificar por miedo de equivocarme. Ya bailando conmigo, cantando y conversando he tenido lugar de notar eso, no sé si será para ella algo más que los otros, ya sea como amigo o enemigo, como mejor o preferido. Veremos ...

Stockton. Martes 4 de febrero de 1851

Mi insistencia ha principiado a ser distraída y sin quietud y es así que mi diario no me ve la cara todos los días como antes. Sin tener un sentimiento que me domine y haga olvidar mis hábitos y costumbres, tengo algo en mi alma que nada bueno me presagia. Voy de contradicción en contradicción y marchó siempre alarmado y hoy, que debía estar contento por un acontecimiento que se pinta en mi favor, estoy desasosegado y más que nunca contrariado. Pero mi diario no sabe muchos antecedentes que le serían de necesidad para mi pobre y triste relación que voy a hacerle, y así diré algo de paso, de lo que el mes pasado me ha ocurrido.

Parece que mi conducta, sin saberlo yo mismo, ha tendido desde el día de su casamiento a alejarme de ella para siempre. Para todo el que ha sido amado como yo con el ardor, locura y pasión de un primer amor, no hay explicación que dar a su conducta. Verdad es que yo he sido advertido e intrigado tal vez a decir mis intenciones antes de que ella diera su resolución, pero yo me he guardado siempre impenetrable y oculto, casi indiferente a lo que pasaba en mi derredor. La ida pues y permanencia en San Francisco parecía dar de mano a toda mi conducta anterior de indiferencia. Pero Dios mío, ¿pensar que así nomás se olvida un amor de la laya! Yo he vuelto de San Francisco y me he presentado en su casa por primera vez después de veinte días o un mes. Nada he encontrado variado y olvidado en ella, todo vive en su memoria como grabado de intento y para siempre ... Contra mi gusto la encontré sola y yo he temblado siempre por una entrevista así después de ser ella lo que es para mí, la mujer y honrada esposa de un hombre. Dios mío, ¿qué misterio se encierra en todo esto! Me ama con locura y se casa sin embargo ... ¡Oh! han influido sobre su corazón puro y bueno y sobre su inexperiencia de quince años, la han aterrado de una parte y conjurado de otra en nombre de su dicha a entregarse. Malditos sean los que con algún dominio sobre una niña ya por la naturaleza, ya por accidentes, la influyen contra su voluntad en su destino y futuro porvenir, dando por disculpa de sus miras, la dicha de la víctima que sacrifican. Sí, sean malditos

sobre ellos caiga la infelicidad de ese ángel más tarde, y sobre ellos haya también dos yerros y despropósitos que pueda cometer ganada por los verdaderos y únicos sentimientos de su corazón.

Sábado 8 de febrero

¡Dios mío! ¿Qué no haya ya de abrir mi diario sino para llorar en él? ¿Qué debo hacer, cómo he obrar en este acontecimiento único en mi vida, y tan particularmente e intenso para mí? Amigo del secreto y el misterio en cosas que me pertenecen particularmente he ocultado todo de Samuel por mi boca, aunque tal vez lo ha comprendido todo. Y ahora hay un tercero que sabe lo que se pasa en mi alma y los combates a que va sujeta de día y de noche. ¿Qué interés tiene Amelia [Mezzara] en arrancar y hacerse dueña así de secretos que aunque llenos de santidad por los martirios que causa, que aunque puro y sin mancha, pertenece sólo al alma que los lleva? ¿Por qué se ha iniciado ella en las tendencias y en las secretas sensaciones de su corazón? ... Ella ha llorado sobre el seno de Amelia diciendo sus penas y secretos sufrimientos en cada una de sus lágrimas. Dios mío ¿y por qué ella no ha sabido sufrir sola su martirio sin hacer dueños a otros de sus penas y secretos? Maldita debilidad de las mujeres que siempre causa dicha por un momento pero que es tan fatal siempre. ¿Por qué no ha podido sufrir en silencio? ¿Es para bien o mal que Amelia es dueña de su corazón con sus secretos y sus penas, o es algún intento el que a ella la mueve así? ¡Dios mío, qué hacer! Verdad es que tengo un consuelo, y es que aún no hay falta ni crimen y que si hubiera, estaría lejos de ser calificado así. No tengo la culpa que otro haya comprado o adquirido un cuerpo cuyo corazón me pertenece tan justamente desde su primer latido de amor. No tiene ella culpa si han sacrificado su voluntad e inclinación a pesar de sus negativas. El que obre a sabiendas, aténgase a las consecuencias y no llore más tarde falta de nadie sino suya. Pero Dios mío, qué será de esa infeliz criatura en su vida más tarde ni qué consuelo ni alivio puedo yo ofrecerle que estoy distante de ella por mi honra y la suya.

Stockton. 22 de febrero de 1851

El invierno parece haber concluido ya. Muchos días se han pasado sin que tengamos uno solo nublado, mucho menos agua. Antes de ayer salimos a pasear con Amelia y su marido acompañados de Mariquita. Qué hermoso está el campo y qué bien nos pareció a todos el paseo. Para mí campeará siempre en mi memoria con un recuerdo único y feliz. Esas hebras de pelo serán el recuerdo de este día, sonreiré sobre ellas más tarde cuando pene con el dolor. Dios mío, que

así sufra uno sin culpa y por causa de extraños. Con qué pasión he recibido esa inocente como primera prenda de su amor tan contrariado, tan infeliz hasta ahora. Ojalá que yo pudiera ser su ángel de guarda y velar por ella en su vida como su mejor amigo; yo me contentaría con esa eterna y hermosa prenda suya para recuerdo de dichas y pesares, las primeras sin remordimiento, los segundos sin culpa. Pero hay la intención de un crimen contra mí que mata la generosidad y caballería en mi corazón hasta llamar la venganza, cuyo gusano no ha mordido ni excitado nunca mi alma hasta ahora ... Se ha querido cometer conmigo la acción más vil y canalla, y con ella una atrocidad criminal, todo en intención es verdad, pero el efecto habría seguido la intención si la víctima no se hubiese ofrecido en sacrificio. Cuando ella ha puesto como objeción ... su amor por mí, indigna y cobardemente se le ha hecho temer por mi vida, y cuando a pesar de todo ha querido sobreponerse a amenazas, se le ha mostrado una pistola y un testamento y se la ha dicho, “señorita, usted será la causa de mi suicidio y el crimen que sigue”. Dios mío, eso el miserable y villano hasta el último grado, ni hay amor ni locura que disculpe una acción semejante; eso es peor que violar una virgen sin mancilla, peor que asesinarla después de deshonrarla. ¡Dios mío! Siendo ella tan buena y tan virtuosa. Nada de estas infamias sé por ella, nada, ni una palabra, su evidencia me viene de otra parte, no, sin embargo, menos cierta. ¿Conque injustamente se ha atentado a mi vida? ... ¿Conque vilmente y sin conciencia se ha forzado su voluntad y su corazón sin temer su infelicidad y desdicha para siempre, y sin contar tampoco con la destrucción quizá de mis proyectos, de mi carrera y porvenir? Muy bien, nada liga ya a mi corazón con caballería, mi generosidad para los que así me han ofendido tan vilmente.

Lunes 24 de febrero

Ayer se ha pasado el domingo triste como siempre para mí. Hoy tengo algunos renglones que hacen más soportable el día aunque no menos triste. Es preciso que llame mi voluntad de fierro en auxilio de mi situación, es preciso que me sacuda como de un sueño y que vuele a otra parte donde se me presente escena menos triste y desesperante que ésta. Sí, yo lo puedo hacer, ¿pero y ella, Dios mío? Ella, que se muere de amor cuanto más infeliz es. Ella, cuya única luz en el oscuro horizonte de su porvenir es su pobre Ramón. Qué será de ella cuando no esté yo para alentarla en la existencia que arrastre sin prospecto ni porvenir para el futuro.

¡Dios mío! Tú eres el único consuelo para los infelices que llaman su pena sin remedio. No desampares así dos seres infelices cuya única falta, cuyo único crimen, fue el amarse desde que se vieron y cuya sola causa de martirio, es no haberse olvidado y ser fiel el uno al otro.

Jueves 27 de febrero

Cada vez que abro mi diario asoman lágrimas a mis ojos. No hay ni la hermosura del día, ni el recuerdo de mi familia, ni el propósito de mi vida joven y sin esperanza de un futuro feliz, no hay nada de eso que me ocupe ya en mi diario, todo es pena y desconsuelo, y mi guitarra, la mitad mía, está descuidada.

Ella vive con mi recuerdo y al calor de mis ojos. ¡Pobre infeliz! Para ser tan desgraciada a los quince años de su vida, qué ha hecho esta criatura. ¡Pobre! Sus renglones hablan mucho lo que pasa en ella. ¡El día hermoso por sí se ha santificado por su recuerdo! Si pudiera siquiera cambiar su destino y hacerla feliz como merece. Tan buena, tan virtuosa y sin embargo tan infeliz. Dios mío, si ahora pena, ¡qué será más tarde! ¡Qué desconsuelo!

Stockton. Sábado 1 de marzo de 1851

El tiempo está hoy lindísimo, y si sigue así tendrán mañana un paseo Amelia, Mariquita, Samuel, Mix y Mezzara. Yo voy convidado antes que todos, por supuesto, pero es muy probable que no vaya, como siempre. ¿Y a qué iría yo? He de estar descontento y los que sufren por mí han de envenenar su paseo. Dice que tendrá más veneno en el corazón si yo no voy, pero a pesar de todo, creo que no iré.

Va siendo ya para mi doblemente insoportable esta vida de martirio y sufrimiento, sin horas de placer siquiera por intervalos. Ella sufre y llora más que yo, no es extraño, de ella es la culpa que suframos ambos. Sin embargo no por eso soy yo menos sensible a su pena. Pero, Dios mío, ¿qué hacerle? ¿Y qué remedio tiene? Si Dios no viene en nuestra ayuda, seremos muy infelices. Hoy me decía que yo también tenía culpa de mi parte, pues que jamás he hecho propuesta que indique mis miras ... “¡Bah!” respondí yo, “amor no quiere decir casamiento, que sea una consecuencia lo admito, pero, que la palabra amor encierra para la otra no lo he pensado jamás. Los que son caballeros y los que se aman con pureza y honradez son ya esposos ante Dios aunque falte el mero rito de un sacerdote que no hace sino confirmar un pacto formado antes por dos corazones. Jamás, pues, he acompañado yo la palabra matrimonio a la de amor y así en nada tengo yo la culpa.” ¿Dios mío y qué he remediado yo con sus lágrimas después de esto? Nada, nada. “Dios mío, mi Ramón, toma mi vida, toma mi honor, si quieres, pero muéstrame al menos que me perdonas y no me aborrezcas, sonríeme una vez siquiera, ya que siempre no veo tus ojos sino airados y yo no oigo nunca tus palabras, sino llenas de amargo y cruel sarcasmo.” Mis lágrimas han rodado sin sentir, pero un momento después he respondido, “tu vida, ángel mío, no haría sino más infeliz la mía si tú la perdieras; tu honor, sin honra y pureza, yo no te amaría más, ya ves pues que no seré yo quién te pida tu honra”. Gracias a Dios que me alienta

y protege, aún tengo fuerza para resistir a mi agonías, y mientras el demonio de la venganza, por justas ofensas ... Dios mío, ¿Por qué hacen que uno sea malo, habiendo uno nacido bueno y teniendo en su corazón bien arraigada la virtud y la honradez?

Lunes 3 de marzo

Ayer domingo se ha pasado el día como en todos los demás. El día ha estado hermoso, como uno de los mejores de primavera. El sol ha calentado lo bastante como para quitar el frío, pero nada más. Los pájaros han cantado dondequiera, y desde las ventanas de mi cuarto he visto por varias partes del campo carruajes llenos de niñas y jóvenes. Yo he pasado el día, dije, como siempre, viviendo con el recuerdo y el pasado, y muriendo con el presente, temiendo el porvenir. Cómo llega a marchitarse la juventud y la alegría de todo un joven de 22 años, virtuoso, rico, bien educado, con tal cual gracias y habilidad. ¿Pero, qué es la vida entonces, sino es lo que nos han pintado los que han vivido y muerto mártires de ella, e ido a gozar de la que está prometida a los que sufren en esta? Oh, yo veo que voy a entristecerme hasta llorar, y sería tontera seria, flaqueza; me atormenta el horror de las faltas de otros, y la iniquidad de los que son causa. Pero no me rindo mi pasión sino por ese lado, por el que el demonio aguza la venganza.

El proyectado paseo se hizo ayer, con todas las personas que debieran ir, menos yo. Como es de figurarse fue triste y más bien rodaron lágrimas que se vieron sonrisas. Samuel dice que M. quiso dos veces, o dijo que quería echarse al agua, mientras paseaban en un bote en el río de French Camp, y que le quitó de las manos un pañuelo con mis iniciales, diciendo "Ese pañuelo es de Ramón". El pobre Samuel se quedó absorto, y ella en seguida muy avergonzada de haberse dejado así llevar de un movimiento de locura. El pobre Samuel, que nada sabe, no halla a qué atribuir esa tristeza que la consume y acaba aún en medio del placer. De vuelta del paseo las encontramos con Agustín, y por más que me instaron a entrar a su casa, rehusé y me fui con Agustín.

Stockton. Miércoles 5 de marzo de 1850

Son las tres de la tarde que acabo de entrar a mi cuarto. Aún no sé hasta dónde soy infeliz, pero lo cierto es que aunque estoy atolondrado con la rudeza del golpe, no por eso sé menos que soy doblemente infeliz; por el momento no puedo pensar, ni mirar hasta donde se extiende mi desdicha, pero al menos principiaré por decirle a mi diario, el único ser que guarda fielmente mis secretos y mis penas, lo que me pasa. Como éste debe ser un día que haga época, célebre en la pobre historia de mi vida, no debo dejar nada por decir.

Salí de aquí a las nueve y como de costumbre, fui al almacén de Agustín [Ainza]. Después de una hora salimos a pasear y de vuelta entramos a casa de Mariquita. La encontramos con sus aprestos para ir a San Francisco y en su semblante se podía leer que había sufrido un choque horrible toda su máquina (sic). Nos dijo que un reo no iba más contra su gusto al cadalso que lo que iba ella esta vez a San Francisco. Estoy tan trastornado que yo no me acuerdo bien cuántas cosas me ha dicho. Fue adentro y al cabo de media hora más o menos, me entregó una carta “para Amelia”. Su despedida para San Francisco. Pobre tonta. Momentos después nos levantamos para salir, pero observó que yo debía acompañarla un momento más pues que estaba enteramente sola. Me quedé y Agustín se fue. Sus primeras palabras fueron, “Pobre Ramón, ya no vamos a sufrir tanto, ya tenemos un amigo que nos consuele, mi hermano A.¹⁸⁴ sabe todo, yo se lo he confiado y ha mostrado mucho interés por nosotros”. No podré explicar jamás la tortura y la sorpresa que me causó semejante declaración. Un momento después me levanté para irme y mis únicas palabras fueron las siguientes, “estamos perdidos para siempre y ante Dios te acuso de ello”. Al salir, encontré a Amelia, Samuel y Mezzara y a los dos hermanos. No quise quedarme por más que me instaron y heme aquí solo frente con mi desgracia.

Sí, yo acabo de recibir un golpe tremendo, el primero de mi vida de la laya. Yo acabo de recibir uno de esos golpes decisivos de la vida del hombre, que curan o matan la pasión; uno de esos sacudones que influyen para siempre en la vida del joven virtuoso y le muestran por primera vez la senda del vicio, la corrupción y el desenfreno de todas sus pasiones a la vez. De hoy en adelante estoy divorciado de la virtud y de la honradez y levanto en su lugar a mi corazón la perfidia y la venganza. ¿Cuál es el fruto de 22 años de pureza y acrisolada virtud? ¿Cuál es mi precio, por mi austera honradez en la vida pública y privada? ¿Cuál es mi premio por no haber jamás seducido una doncella, ni desviado una esposa de sus deberes, cuál es mi premio por haber dispensado el honor de más de una virgen que ha caído en mis brazos, cuál mi premio por haber sufrido de amor y deseos con el ser querido en mis brazos, y haber religiosamente respetado su pureza, sin haber dado un beso torpe, sin haber arrancado, en fin, una sola hoja de la flor de la virtud? Los que me conocen desde mi niñez, y me vieran hoy con el peso de mi desgracia, ellos, testigos de mi intachabilidad, me empujarían en la senda de la depravación. Si me he reunido con jóvenes en cualquier parte del mundo, y en cualquier idioma, a riesgo de pasar por fanático y puritano tonto, no he hecho otra cosa que predicar la virtud y pureza en nosotros hombres con respecto a la mujeres, y jamás un sacerdote ha hablado con más convicción y fervor que yo en esa materia, y si no he conseguido traerlos a mi modo de ser, al menos me han respetado y confesado muy arriba de ellos en este particular. Éste el galardón conseguido con mi pureza de virgen, siendo tan joven y lleno de pureza y vigor, de una naturaleza

¹⁸⁴ Agustín Mix, su cuñado.

fuerte, ardiente y ávida de pasiones, éste el premio de 22 años de martirio y prueba sufridos sin quejarme. ¡Maldición! Caigan bajo el peso y justicia de mi venganza, los que me han ofendido y robado mi dicha. ¡Carajo! ¡Nos veremos!

Stockton. Jueves 6 de marzo de 1851

Son las tres de la tarde en que acabo de llegar de casa de Mariquita, tal vez para no volver nunca ni verla jamás. El vil, el perjuro y miserable de Agustín, ahora el dueño de la confianza de Mariquita, que en su honradez y buen corazón cayó sobre él abriendo su corazón, la ha vendido a su marido como Judas vendió a Cristo. Dichosamente nada criminal, nada, nada, ha podido acusar, porque nada había que no fuera digno y puro entre ella y mí. Gracias, Dios mío, por ella, que aún es la esposa pura y fiel de su marido. Gracias por ella sola, en cuanto a mí, tu bondad me proteja y corra el destino.

Samuel, a quién Mix ha comunicado lo que sabía por Agustín, ha solicitado una entrevista entre yo y Mix y se realizó hoy. Yo acabo de llegar de allí, y aunque todo parece haber quedado en mejor armonía que antes por sus protestas de amistad, queda en mi corazón un no sé qué, que yo mismo no sé qué es. Mix principió por decirme lo que sabía por su hermano y Mariquita y como todo no se reduce sino a decir que nos amamos, no he tenido nada que hacer para defenderme. Sería larguísimo relatar una entrevista en que he triunfado por todos lados de todo punto. En un momento de acaloramiento me levanté yo y dije, “al fin si usted es caballero como parece, y se cree ofendido, no gastemos más palabras, tome una pistola como yo y vamos midiendo la distancia”. Samuel, que oyó esto a un tiempo con Mariquita, entraron y todo quedó en calma de nuevo, diciendo él que jamás había pensado nada mal de mí, pero que yo amaba a María y que ella a su vez ... Samuel y Mariquita salieron. “Si yo la amo o no es cuestión que no concierne sino a Dios y a mí, en cuanto a mi corazón puesto que acciones no tiene usted que argüir, ¿de qué se queja? Y una vez por todas dado que la amara, quién sabe quién de los dos tenga más derecho a su amor, si yo o usted”. “Yo, que soy su marido”. “Sí, su marido, hecho por el miedo de una pistola, y las cláusulas de un testamento”. “Usted no tiene derecho a mezclarse en asuntos que no le conciernen”. “Puede ser que me conciernan y hayan concernido en un tiempo con más derecho que a usted”. “Sin embargo, si usted es un caballero nada tiene ya que hacer en todo eso”. “Verdad es”, respondí, “y la prueba voy a dársela con no pisar más su casa, sea usted dueño de su mujer sea como fuere que ella haya sido adquirida, y en cuanto a mí, soy dueño de mi corazón y la amaré o no la amaré de lejos, según sea mi capricho”. “Jamás he pensado yo que en esta escena fuera hasta decir usted que no volvería a mi casa, yo no permitiré eso jamás ...”. En otro momento de acaloramiento y despecho, a un nuevo cargo de sospecha, me levanté de mi asiento y dije “véame la cara y

diremos después cuál de los dos es más criminal hacia el otro, (yo hacía alusión a su intento contra mi vida en caso de una negativa), yo sé lo que usted ha pensado e intentado contra mí, y lo peor es que usted lo ha confesado a una amiga mía y sino recuerde el paseo a French Camp ... ¡Eso sí es criminal y villano! No nombro su intento y la laya de su ofensa contra mí por ser más generoso; pero ¿con qué derecho exigiría Ud. hombría de bien de mí, cuando me ha ultrajado y ofendido en lo más sagrado y querido para mí, y cuando a más en su locura, ha soñado, por no decir intentado mi ruina? ¿Quién es pues de los dos el que tiene el derecho y la justicia de su parte, y el que en su generosidad ha olvidado y perdonado todo?”. Indecible es lo que puede un cargo cierto, y más cuando pesa sobre la conciencia de quién lo recibe. Se trató de excusar con que era mucho de ello falso, y lo demás, palabras escapadas en calor y desesperación. Samuel entró en ese momento con Mariquita y el Judas. Dirigí la palabra a Mariquita para decirle “gracias a usted señorita por las horas de agonía que he sufrido desde anoche, gracias por el primer golpe y primer desengaño que sufro en el mundo, se los debo. Si mi secreto conforme ha sido puro y honrado hubiese tenido algo de criminal, a esta hora o yo sería llorado de mi hermano y mi familia o usted sería viuda. El castigo me viene por haber olvidado que era usted mujer como las demás.” Todo esto delante de su marido y demás. Samuel nos hizo dar la mano con Mix y los demás en seña de renuevo de amistad. Lo dirá el tiempo lo que seremos ...

Stockton. Jueves 7 de marzo de 1851

Se han pasado muchas horas cuyos minutos he contado uno a uno devorado por el dolor y la tristeza y aún creo un sueño la horrible realidad de mi desgracia. Yo vi ayer a Mariquita por la última vez después de haber apuñalado su corazón con mis últimas palabras al despedirme. En vano yo vi sus lágrimas en sus ojos, fingí no verlas y en ese momento no las habría ni de la Magdalena. He salido pues ayer de allí, aunque en los mejores términos, sin embargo, con mi resolución hecha. No volveré más a su casa y si es posible, no la veré más mientras tenga la desgracia de quedarme aquí, donde he recibido mi primer desengaño en la vida de hombre y mi primera desilusión de joven. ¿Yo lo podré cumplir? ¿Podré yo vivir sin amistad siquiera con un ser tan querido antes? ¿Podré verla y cerrar mis ojos como a un fantasma en sueño? ¿La creeré visión y nada más que una aparición para mí ya en la vida? ¿Podré, por fin, sufrir que mi hermano gaste con ella sus horas en la mayor amistad y armonía y no ligarme a ella siquiera por ese lado? ¿Podré, en fin, alejarme y no sucumbir con mi pena? ¡Sí! ¡Sí, yo lo podré! Yo no sabía de lo que era capaz mi corazón una vez tocada la cuerda del orgullo y amor propio ofendido. Santa pasión te venero, porque al fin tú me salvarás o me echarás a la tumba, pero no sufriré mucho ni contaré las horas en el tormento. Orgullo, estimación propia. Santa pasión,

ella castiga las más veces, pero cura heridas sujetas sólo a su influencia y talismán. Alguien ha dicho “*toute passion extreme se punit par elle même*”¹⁸⁵. Toda pasión que con el extremo desborda se castiga al fin por sí sola. Yo digo “toda pasión se castiga y cura por sí sola”. El orgullo me ha sido fatal muchas veces, el me curará por ahora.

A las cuatro de la tarde de ayer se embarcó María para San Francisco con su marido y nuestro Judas. Todo está concluido para nosotros. No nos liga ya ningún lazo en la tierra. Siga ella su senda y yo la mía, en el laberinto de esta vida, y si una vez nos encontramos, no habrá en mi semblante la pena del remordimiento y la conciencia de la falta hacia un ser querido ... No, nada tengo yo de qué arrepentirme. La he amado con ternura, con pureza, con pasión, como se ama en un primer amor. La he respetado con igual veneración a mi amor, sin haber jamás robado un beso a su pureza de virgen, ni a su dignidad de esposa. Ella está pura y sin mancha, y yo sin remordimiento ni falta en mi conciencia. Como ha pasado con ternura, con pureza, con pasión, como se ama en un primer amor ... La he respetado con igual veneración a mi amor, sin haber jamás robado un beso a su pureza de virgen, ni a en dignidad de esposa. Ella está pura y sin mancha, y yo sin remordimiento, ni falta en mi conciencia ... ¿Cómo ha pagado ella, mi abnegación por su amor, qué ha hecho ella de ese amor y virtudes conseguidas por mi amor solo? Ni ha pagado dándose a otro, no me importan las causas ¡Ni doy disculpa a nada! En amor no admito yo causas, obligaciones, al menos yo pienso así y por eso soy infeliz. He sido después su mejor amigo, he perdonado, sacrificado el amor de la venganza, a mi amor por ella a mi rectitud de conducta y a mi esperanza en sentimientos más elevados para mí, víctima suya. ¿Con qué me ha pagado eso? Me ha vendido vilmente, no importa que con doble interés por mí; no importa el secreto mío al menos, y mi permiso debía ser para ella condición *sine qua non*, para revelarlo. Sí, fuera y lejos de mí los que así pagan azote, por ósculo y perfidia, por franqueza y generosidad. Nada te debo María sino penas y lágrimas, en trueque de mi amor y sacrificios por ti. Pero gracias a Dios vas pura como virgen y sin mancilla como esposa. Adiós, María, quiera Dios que me olvides y que cuando pienses en mí, no ruede por tu mejilla una lágrima amargada dolor y remordimiento.

Dios mío quién podrá pintar jamás lo que sufre mi alma en este momento. Aunque sea profanación, yo diré ¡*Non est dolor sicut dolor meus, et non est que consoletur me!*¹⁸⁶ Roe dolor, roe y cébate en despedazar mi alma, no me rendirán sin embargo, y aunque las agonías de tu martirio me impidan pensar, siempre lucirá en mi alma un rayo de religión y otro de esperanza.

¹⁸⁵ *Toda pasión extrema se castiga por sí sola.* Traducido del francés.

¹⁸⁶ *No hay dolor como el mío y no hay quién me consuele.* Lamentaciones 1.12 y 1.2. Traducido del latín.

Stockton. Sábado 8 de marzo de 1851

Dios mío, qué aniversario y qué coincidencia tan triste. El 8 de marzo del 49 me había despedido de mi familia y mi madre por última vez y creí morir de dolor al arrancarme de sus brazos para embarcarme y venirme a este mundo donde no he tenido sino penas y angustias, trabajos y miserias. El día 8 de marzo fue un día de luto para mí y mi familia, día en que derramé más lágrimas en una hora, que había derramado en seis días antes. Y ahora viene el ocho de marzo a ser uno de esos días fatales y tristes cuya memoria no se borra nunca. También ahora viene el ocho de marzo a encontrarme doblegado y abatido bajo el peso de un dolor sin remedio ni esperanza. Aquel ocho de marzo me arrancaba de mi familia para venir a un país de las mil y una noches, al medio de la miseria y peligro de la vida. En aquel ocho de marzo perdí mi familia y mi casa; este ocho de marzo encuentra todavía mi corazón sangrando de una reciente herida. Él ha perdido al presente, su ídolo de amor, su alegría y su dicha, y su esperanza y su porvenir para el futuro. Ha perdido su ilusión, su virginidad de sentimientos puros, ganando en trueque, la duda, la desconfianza que llevan luego en seguida al disfraz y el artificio. ¿Y por qué me es tan fatal el 8 de marzo? Dios mío, qué día este igual en sufrimientos y torturas, a aquel 8 de marzo en que dejé todo, para venir acá en busca de sufrimientos. Yo diré como Ovidio, “Cum subit illius tristiei ma noetis imago, cum repeto, nuetem qua tol mile cara reliqui”.¹⁸⁷ Si cuando me acuerdo de ese día y de esas penas, me estremezco al pensar en la coincidencia de hoy. El 8 me encuentra hoy sin querida, sin ilusión, sin amigos, sin nada, y bien repetirá con el otro poeta “Ommia perdidumes salumque, animamque, deumque”,¹⁸⁸ pero mejor es decir lo que San Francisco, “todo se ha perdido menos el honor”.

Este es el desenlace que ha tenido un amor concebido con tanta pureza y llevado con tanta honradez y buena fe. Ya no me queda de ellos sino el recuerdo, pero recuerdo, vendido por ella a quien he amado tanto y de quien he sido amado como nadie. Al fin, todo se ha concluido ya y como digo, no me queda más que el recuerdo. En este momento ella está ausente y quizá ni ha pensado más en quién ha llamado su Ramón. Dios mío, al fin no tengo que llorar falta ninguna al desenlace de este drama. Ella es para mí lo que me recomiendan sus acciones, fue querida adosada, y en prueba pura y digna, pero no más ya de mi amor.

¿Su marido? qué le debo a su marido. Le debo el haber vilmente arrancado un sí con una pistola y cláusula de testamento. Le debo la villanía de haber perseguido un ángel cuya pureza me estaba destinada por su amor y haberme robado una propiedad ante Dios y los hombres. Le debo la bajeza de haber amenazado a mi vida, con la doble bajeza de obtener una palabra de

¹⁸⁷ Ovidio, *Tristia*, Libro 1, Capítulo 3. “Cum subit illius tristissima noctis imago [...] cum repeto noctem, qua tot mihi cara reliqui”.

¹⁸⁸ *Hemos perdido todo, nuestras penas y nuestra alma y nuestro Dios*. Traducido del latín.

amor de un corazón mío. Le debo esa intención de haber querido mandarme una bala de atrás, si no le decían te amo y seré tuya. Vil y canalla procedimiento. Le debo haber hecho infeliz para siempre a María cuya dicha me estaba confiada por su amor y el mío. Le debo las amargas y sinsabores de todo un año, las veladas sin sueño ni reposo, y las lágrimas que van a seguirse a mis días de dolor y desdicha. Suma total de mi deuda a su marido, ¡venganza!

¿Qué le debo a su hermano? Le debo el haber sido ingrato a tanta muestra de afectos mía, le debo la villanía de haber dicho a María con fin de ganar a favor de su hermano que yo había seducido en Chile una señorita. Atroz calumnia; pongo a Dios por testigo de esa falsedad que me ha imputado con fines tan viles como depravados. Le debo el haber sido perjuro a María y violar un secreto confiado bajo palabra de honor. Le debo el presente, mi desdicha y mis lágrimas para más tarde. ¡Suma venganza! ¡Carajo! ¡Y les pagaré su deuda, no haya miedo!

Stockton. Domingo 16 de marzo de 1851

Muchos días se han pasado desde el fatal cinco y seis del presente, sin que abra mi diario, no por eso he tenido menos que decirle, ni es por eso menos fuerte mi pena. Pero excitado como estoy, no puedo hablar sino cosas muy fuertes, algunas a veces hasta injustas. Pero me parece que cuánto diga sería muy poco en comparación del agravio que siente mi alma. Mi pena, sin ser menor, es menos ejecutiva en su martirio, ya sea que mi religiosa resignación minore mucho su intensidad, ya sea que la fuerza de mi voluntad unida a la de mi orgullo y amor propio ofendido principien a ejercer su influencia. Pero sé apenas sentir la calma, aparente en realidad. Toda mi pena y revolución de mi alma se renuevan al abrir mi diario y escribir mis confidencias. Todas las ofensas cobran vida y se me presentan clamando venganza. Pero yo estoy loco y es preciso que así esté para que venga ... Pero no, no olvidar así ni por un momento las torturas y villanía de los demás hacia mí, no, no. Oh, yo veré un día si no saciada mi venganza al menos castigada su culpa ...

Desde el día fatal del 5 en que dejé de ver a María, la he visto esta tarde por la primera vez. Se fue a San Francisco y vuelto, pero no la he visto esta tarde sino por casualidad. Yo salía a pasear con Agustín y Don Pancho [Ainza] después de comer por *Channel Street* y cuando menos pensamos, distinguimos a veinte pasos de nosotros, que venían a encontrarnos. María, a lo que pude ver, venía en medio de su marido y Judas. Yo en medio de Don Pancho y Agustín nada podía hacer de extraordinario y aunque hubiera querido cambiar de calle, para no sufrir a la vista de tales demonios, no hubo tiempo. Nos encontramos; todos saludamos con mucha cortesía excepto yo que no saqué las manos de mis bolsillos, ni di la menor señal de ver semejante gente. Me dan asco. En cuanto a María, traía sus ojos fijos en mí y oí su saludo pero no lo respondí. Oh, qué cruel es torturar así por la dura ley del orgullo el ser que uno ama y por quién es infeliz. ¿Pero no es ella sin embargo quien me ha vendido y hecho infeliz? ¿No es ella la que ha roto y

hollado la primera ilusión de mi vida? Dios mío, qué cruel es pensar mal del objeto que uno ha amado por tanto tiempo. Qué duro acusar de perfidia al ser en quien he creído ver integridad y virtud. Qué horrible es comparar con el demonio, al que uno ha creído un ángel, al ser ideal de su fantasía, al que le ha atribuido todas las virtudes a un tiempo. Qué duro es maldecir a quien tantas veces se le ha acordado, y a quien en la exaltación de su amor lo ha divinizado hasta llevarlo fuera de esta esfera como indigna de él. Qué horrible es, en una palabra, perder la ilusión, por un ser querido y encontrarse en el amargo desengaño, ver un demonio donde creía un ángel, y ver perfidia disfrazada y falacia donde uno pensó ver sencillez, candor y conciencia. ¡Oh! Dios mío, cómo sufro y cómo arde mi alma, cómo deberá la necesidad de odiar [sic], a un tiempo con mi amor que se va y vuelve en agonías.

Martes 25 de marzo

Son las dos de la tarde en que acabo de llegar del hospital, donde fui convidado por el Dr. Lasvignes a presenciar una amputación. Dios mío, qué horrorosa cosa. Llegamos allí y encontramos al paciente tendido en su cama prorrumpiendo en ayes, conforme le venía más agudo el dolor. Según el mismo paciente nos ha dicho, salió a cazar ayer y al volver se detuvo en el Dorado. Afirmó su escopeta aún cargada sobre el banco donde estaba sentado, y al hacer quién sabe qué movimiento, salió el tiro y le atravesó el hueso del muslo. Cuando llegamos pues, se juntaron los médicos y después de una nueva consulta, decretaron la amputación de la pierna entre el muslo y la asentadera. El Capitán Adams, que tiene su familia en Estados Unidos, preguntó si había algún peligro en la amputación, le respondieron que no. Sin embargo él encargó su familia a la caridad de todos. El Dr. Radclif sacó los instrumentos en su presencia y principió a afilarlos. Dios mío, qué horrible cosa. Se le colocó en una mesa rodeada por los cuatro médicos y yo y otro testigo. Se le administró el cloroformo y quedó insensible y el Dr. Radclif metió su tremenda cuchilla como en un buey y después de llegar al hueso, advirtió que erró la coyuntura; el paciente se estremeció y volvió en sí a pesar del cloroformo y nos hizo llorar a todos con sus ayes. Se le administró de nuevo el cloroformo y el doctor siguió cortando. La operación duró 18 minutos por mi reloj, en vez de tres que debía durar, y cuando la pierna caía al suelo desprendida, el alma del Capitán Adams se desprendía también. ¡Murió para mí el infeliz asesinado!

Stockton. Domingo 30 de marzo de 1851

Hoy tenemos un día lindísimo de primavera. Doblemente lindo debe ser para los que son felices y pueden gozar de toda su hermosura. Se ha pasado casi un mes poco más o menos después

del fatal 5 y no he visto a Mariquita desde entonces, sino dos veces. Sé de ella por Samuel que va allá todas las noches, pero nada más. Samuel dice que está devorada por una profunda melancolía. Es verdad que todo le ha faltado a la vez. Me ha perdido a mí, ha perdido a su padrino Samuel, su padre, su hermano, su amigo, su mentor, y ha perdido a Amalia, su único consuelo. Samuel, de ser antes casi uno de la familia como yo, no va presentemente como antes, y si va no sale de la fría política con que trata a todos. Si lo invitan a comer, no acepta jamás, cuando almorzaba y comía allí casi siempre. Mariquita llora sin sentido a veces y cuando no está sola para preguntar de mí, pregunta con voz en cuello, “¿cómo está Ramón, padrino?”. “Está bueno, gracias”. Otras veces que lo ve solo, y callado con ella. “¿Qué tiene Padrino?”. “¡Nada!”. “¿No tiene nada que decirme?”. “No, señorita”. “¿Está bueno Ramón?”. “Sí, gracias”. “¡Dios mío! Qué indiferencia, qué cambio en todo”. Así concluye sus frases y hacen pasar sus días y sus noches, sin ver otro ser que su marido o al Judas moderno. Y yo, Dios mío, ¿cómo lo paso?

Parece que yo voy siendo buen muchacho, y que vuelvo a tomar mi fuerza de voluntad, mi orgullo y mi amor propio como cualquier hombre. Con mi corazón en pedazos veo pasarse un día sin ver a esa pobre víctima, pero siento alegría al llegarse la noche y ver que he triunfado un día más y sido como debo ser. Yo dije que no volvería allí aunque no me costase un tormento, y fiel a mi protesta no he vuelto más.

Hoy he visto a María en misa. ¡Pero Dios mío que cambiada está! Yo estuve con Agustín tras de un confesionario secreto cuando ella entró con su marido. Ella nos vio y desde ese momento parecía absorta en su libro, aunque su alma estaba lejos de él. Dos o tres veces nos miró de frente y se sonrió a alguna seña que le hizo Agustín. Dios quiera hacerla olvidar todo lo que ha pasado y hacerla feliz como merece. ¡Pobre ángel! Tal vez sin culpa sufre ella faltas de otros. Así ha pasado este primer mes de prueba.

Lunes 31 de marzo

Hace algunos días Cupertino está en San Francisco queriendo ir a Valparaíso. Yo debo ir en estos días a San Francisco y allí espero verlo. Pobre muchacho, he ahí otro infeliz que sufre pero de distinto modo. Dios mío que porción de sucesos encontrados, y que lástima tengo a los diferentes actores en este drama. Qué será y cómo concluirá esto ... Cupertino llora allá su desgracia y no por eso es Pietro más feliz. Yo creo que ambos están engañados ...

Son las tres de la tarde y acaba de suceder un acontecimiento horrible. Amelia acaba de envenenarse. Yo escribía en mi escritorio, cuando ella entró y salió a mi cuarto después de haber mirado por dos o tres minutos que seguía escribiendo, cuando oigo de repente desesperados gritos de mujer y pasos y golpes, todo como suele suceder en una grande y repentina desgracia. Salí corriendo y en el camino encontré a Pietro llorando; seguí y entré al cuarto. Amelia estaba

tendida por tierra y deshaciéndose en convulsiones. Pero no dejó de verme y exclamó, “he ahí otro que me atormenta inocentemente”. Todos se fijaron por un momento, pero todo quedó de nuevo reducido a los cuidados que el Dr. Lasvignes le daba ... Nadie sabe la causa que ha llevado a esta infeliz a semejante atentado. Sin embargo el Doctor no desespera aunque la dosis es más que lo bastante.

Son las doce de la noche en que llego de hacer mi guardia al lado de Amelia. Por las dos horas pasadas ha reposado siempre en delirio entre los brazos de Samuel y Pietro, su marido. Yo acabo de pasar mi hora y vengo a dormir, pero pensaré más bien que dormir. Qué extrañas cosas ha hablado Amelia en mis brazos ahora. “Tú me matas Ramón. Eres cruel, no me amas”. ¿Qué significa?, ¿delira así con los demás? Samuel dice que cuando estaba con él ha hablado de mí siempre ... ¿Qué le he hecho que parece así conmigo? ¿Pero por qué me ha estrechado en sus brazos dos o tres veces, si yo la hago sufrir?

Stockton. 1 de abril de 1851

Son las doce del día en que escribo. Amelia sigue siempre horriblemente enferma. Después de salvar del veneno, parece que su enfermedad toma otro camino. El Doctor habla de inflamación y desespera de su salud una vez que eso llegue a suceder. Dios mío, qué desgracia sería morir en California a los 22 años de edad, tan joven, tan linda, tan hábil y virtuosa. Qué desgracia para su marido. El pobre Pietro está inconsolable. Verdad es que el suceso no es para menos.

Alternativamente está con Samuel, conmigo o con su marido. Sufre horriblemente y la orden del Doctor es que no la dejemos un solo momento. Dios mío, cómo sufre esta criatura cuando el opio la rinde de sueño y cada uno de nosotros la sacude para que no se duerma. Pobre criatura.

La una y media de la mañana según mi reloj. Yo acabo de dejar a Amelia con su marido que me ha relevado y vengo en busca de reposo, o de mi diario a mi cuarto. Pero admirable cosa. ¿Qué tiene Amelia conmigo y por qué hace tanta extraña cosa cuando descansa en mis brazos? Otra vez dice palabras incoherentes fuera del caso pero de tanta triste significación para mí. “Deja que ponga mi cabeza en tu pecho Ramón. ¡Oh! ¡Tú me aborreces y desprecias a cada momento!”. Más tarde, “pon tu mano en mi pecho Ramón, qué sufrimiento, yo me devoro. ¿No sientes los latidos de mi corazón?”. Y otras cosas así; siempre cree que la desprecio y de repente en sus convulsiones y delirios van palabras que me asombran y cuya significación me es completamente extraña. ¿Por qué quiere estar conmigo más bien que con los demás?

*Misterium absconditum in equanlis a Deo!*¹⁸⁹

¹⁸⁹ ¡Un misterio escondido por Dios! Traducido del latín.

Viernes 4 de abril

Nada mejora Amelia sin embargo de los esfuerzos del Doctor. No hay un peligro inminente ahora, pero la enfermedad se ha complicado y es ahora más difícil curarla.

El Obispo ha estado a hacernos una visita y con ese motivo ha visto a Amelia y tal vez, sabio y de mundo que es, ha adivinado que sufre moralmente. Sin decirle que quiere confesarla, le ha dicho que quisiera consolarla en sus penas que parece que sufre. Amelia ha consentido y han quedado solos por media hora. Amelia se ha confesado y parece ahora mejor y más aliviada. El Obispo después de volver a nuestros cuartos y entretenerse un momento se ha despedido y vuelto con sus dos familiares. Nos ha dado mil gracias por nuestros buenos oficios hacia el padre N., su misionero aquí, y nos ha dicho que se comunicará con nosotros desde Monterrey. Habla bien el inglés, el francés y español.

Sábado 5 de abril

Ha llegado el fatal 5 otra vez sin que se haya cambiado nada en mi nueva existencia desde el 5 del pasado. Mis sufrimientos se han cambiado de activos, y tormentarios a pasivos pero siempre constantes e iguales como antes. Nuestros días hacen qué nada sepa de María. Samuel, que es ahora el único lazo por donde se ata aún nuestra pasada y agonizante relación, no ha ido allá, ocupados como hemos estado por estos cinco días pasados con la enfermedad de Amelia. Así es que nada sé de todos ellos.

¡Dios mío quién creyera! Después de tanta amistad, tanta confianza, quedar reducido al olvido. Después de tanto amor y tanta pena, no somos sino dos extraños en la vida el uno para el otro. ¿Se habrá ya olvidado de mí, no pensara más ya en quien llamaba su Ramón? ¡Tanto que yo soy! ¿Piensa acaso el que traiciona al que traicionó? ¿El que ha dado un desmentís a su amor con un procedimiento infame pensará más en su víctima olvidada? ¿Cómo quiero yo, ni exijo que piense en mí cuando me ha vendido tan vilmente? ¿Ni qué debo esperar yo ya, sino golpe tras golpe después de mi desengaño, después de mi ilusión perdida? ¿Y para qué, tampoco, quiero yo que ella piense en mí si es indigna de mi amor y entusiasmo? ¿Para qué quiero el amor, de una falsa, ni la amistad de una pérfida, ni el recuerdo de una ingrata? Pero Dios mío, que María, la que lleva el nombre de la Madre de Dios, y a quien yo quería y creía virtuosa y pura como ella, que María sea ahora hasta indigna de mi amistad. Dios, que horrible cosa.

Stockton. Martes 8 de abril de 1851

La enfermedad de Amelia sigue siempre, aunque el Doctor tiene ya más esperanzas de su convalecencia. Muchos días ha que yo debiera haber partido para San Francisco pero su enfermedad me ha detenido aquí. Saldré para allá esta tarde a las cuatro para volver no sé cuándo fijamente, pero pasaré allí algunos días.

Nada sé de María y me voy sin verla. Mejor tal vez para ella y para mí. Me admiro aún cómo su recuerdo no me enoja, pero quién sabe si yo no soy un poco injusto. Lo cierto es que cuando más días se pasan mi sentimiento y agravio toma un camino diferente. Tengo tristeza y pena, pero calmado ya un poco y sin excitación febril; odio a los que me han ofendido, pero mi amor por la venganza ha perdido mucho su fuerza. Yo siempre necesito perdonar; pero no, hay gentes que no lo merecen y con quienes es culpa (sic) un buen comportamiento. Pobre María, quién sabe lo que sufre.

Son las cuatro de la tarde en que partimos para San Francisco a bordo del vapor Corning. Volamos en este momento alejándonos de Stockton. Yo, que escribo en mi cartera estas notas, apenas puedo trazar bien los renglones, tal es la velocidad con que nos alejamos. Llevo conmigo el pensamiento de los delirios de Amelia. Pienso mucho sobre ello y en él porqué de tantas cosas que me ha dicho durante las veladas de su enfermedad. Sea de ello lo que fuese, creo que hago bien de alejarme. Adiós de nuevo. María ... Tal vez esta vez pierdes para siempre a tu Ramón. Bah! que tanto, soy yo, no es ella que ha querido perderme vendiéndome. Sí, tu Ramón no es insensible a tanta ingratitud y abría su corazón llagado a otro más firme en sus propósitos, y más ardiente y sincera en su amor. Pero no, Dios mío. No lo haré. Dónde está entonces la palma del martirio de haber sufrido desengaño y tenerme siempre digno de mí. Dónde está la ventaja de ser constante al menos en no volver tras de nuevas ilusiones, estando tan frescamente viudo de mi última pérdida tan desgraciadamente. No, María, yo no seré falso, no por ti, nada te debo, por mí solo, por mi dignidad propia.

Son las doce de la noche y estamos atracados en el muelle de New York mientras se toma carbón y algunos pasajeros. Tenemos un viento horrible que da al buque un balance fuerte que no solo nos impide dormir, sino marchar con la ligereza que debíamos. No más algunos hoteles están iluminados en la ciudad dormida. El cielo está despejado y muy estrellado. Yo, para distraerme, he tomado de nuevo el Vizconde de Bragelone y estoy solo en la cámara leyendo a la luz de la lámpara y al compás de algunos ronquidos.

San Francisco. Miércoles 9 de abril de 1851

Son las cuatro de la mañana en que acabamos de llegar al muelle de San Francisco. Aún no amanece, pero la nueva Babilonia presenta desde aquí una vista hermosísima, con sus mil

hoteles iluminados aún y sus magníficas casas diseminadas por las quebradas y plantadas en la cima de los cerros, todas al parecer sin orden y a capricho, pero estrictamente marcando las calles y plazas.

La bahía no está menos hermosa con su tejido de masteleros que parece una nube. Bien hacen su bulto los palos de 600 buques anclados en el puente. Muchos de ellos muestran luz por las ventanas de las cámaras y se oye de repente el grito triste y acompasado de los marineros al mover un ancla para cambiar la situación de un buque. En los Hoteles ambulantes se ven algunas veintenas de hombres, la mitad ebrios y los demás cantando. Uno de esos hoteles acaba de pasar cerca de nuestro vapor y va a recorrer la bahía y tomar de cada buque un marinero, de cada pontón un criminal, de cada buque de guerra, un desertor. Esta es la vista de la Emperatriz del Mundo mientras duerme a estas horas que acabo de llegar, las cuatro de la mañana.

San Francisco. Domingo 13 de abril de 1851

Hace tres o cuatro días, tal vez cinco, que llegué a San Francisco, y cualquiera que lo conozca, dirá que no es extraño que yo no haya visitado mi diario desde entonces. No he tenido en verdad un solo rato desocupado como para emplearlo en mi diario. Hay tantas cosas, Dios mío, que ver y admirar, más extraordinarias que las que pueden verse en cualquiera parte del mundo, que no queda tiempo a uno para nada y dejaría de comer también si eso no fuera necesario para vivir. Hay teatro todas las noches en diferentes partes de la ciudad, nuevos y lujosos hoteles que visitar, grandes artistas que admirar. Esta noche debe darse una hermosa función en el Teatro del Vaudeville Francés, y saldré tarde de allí para ir a cumplir una serenata prometida a Emilia.

A propósito. He visto diariamente a esta encantadora criatura que huele a princesa desde que al lado de su tío Rosas ha recibido las cortesías de más de un Duque y los mentidos galanteos de más de un enviado de Europa. Desde que he llegado pues esta vez, nuestra amistad ha sido de más confianza y llegado a la intimidad. Ella me conoce bien y yo lo mismo, en tantas y tan largas conversaciones. Jamás ha pasado por sus labios ni por los míos el nombre de su tío Rosas. La aprecio yo en alto grado y sin disfraz ni ficción soy correspondido en todo el interés y amistad que tengo por ella. Jamás ha tenido ella un amigo mejor, según ella me decía hoy mientras conversábamos en el camino de la iglesia a su casa. Dios mío, cuántas virtudes adornan el alma de esta criatura doblemente hermosa en su cuerpo. Ella no es una mujer como las demás porque no disfraza sus sentimientos y no finge en sus acciones.

Yo la había engañado anoche, quiero decir, diciendo que me iba para Stockton y tan bien la engañé que me despedí de ella a las cuatro. A las doce de la noche subimos la escala de su casa con Leguizamont, Cupertino y Lucero a darle una serenata. Cantamos las hermosas canciones

de la Palidez y la Estrella, en tres guitarras y tocamos después un magnífico Andante y Alegre con Cupertino. Al bajar la escala a la calle abrió la ventana y me dijo “gracias Navarro”. Esta mañana no hallaba cómo agradecerme el chasco y la serenata, pero me dijo que había sufrido mucho y que otra vez cantara y tocara menos triste.

De vuelta subimos al balcón de Madame C.[addis] para darle una serenata y habíamos principiado a afinar nuestras guitarras para cantar, cuando pasó un *fellow*¹⁹⁰ gritando *fire*¹⁹¹ en dirección de los hoteles y la plaza. En un momento mil voces gritaron fuego de todas partes y toda la ciudad, policía y bomberos se pusieron a correr por las calles. Pero el fuego no aparecía y en vano tratamos nosotros de decirles que era un borracho el que había dado la alarma. No había qué hacer, los ladrones corrían en todas direcciones y por toda la ciudad se oía el grito de fuego. Nosotros, en medio de tanta consternación, no nos fijamos en que andábamos con nuestras tres guitarras, hasta que Leguizamont nos dijo, “no tardarán en darnos una paliza a nosotros, por pobres entremetidos, cantando a bellas y sin un medio en el bolsillo”. A esta chanza se siguió otra y otra, hasta que nos hizo enfermar de risa; e hizo también a Lucero con una consignación que le daba 999 virolas, 999 mangos y otras tantas pelotas de ... Dios mío. No me olvidaré nunca de anoche y de las locuras y chuscadas de Leguisamont. La luna estaba tan clara que se podía leer, y tanto seguía la alarma de fuego y el desorden que Leguizamont concluyó por persuadirnos que debíamos ocultar nuestras guitarras y poner pie en polvorosa. Hasta que al fin escondimos las tres guitarras bajo de una casa y fuimos a la novedad. Todo se había ya calmado. Volvimos a tomar nuestras guitarras y concluimos nuestra serenata que fue tan bien recibida como la primera. Pero mucho trabajo nos costó contener la risa mientras cantábamos con las cosas de Leguizamont. ¡Oh! no me olvidaré jamás de la noche ésta.

Pero ya va a ser hora del teatro. De vuelta veremos qué rumbo tomamos con nuestras guitarras. Madame Lacombe pide también y tiene derecho a una serenata.

San Francisco. Miércoles 16 de abril de 1851

Hoy a las cuatro de la tarde debo salir para Stockton. He recibido hoy cartas de Samuel y entre ellas, una de Amelia. No son menos extraños sus conceptos que lo eran sus delirios. ¿Qué significa? ... Pobre Amelia, aún está enferma, cuando creía volver a hallarla buena ya. Samuel me habla largamente de María, y de lo que ambos han hablado de mí.

¹⁹⁰ *Un fulano*. Traducido del inglés.

¹⁹¹ *Fuego*. Traducido del inglés.

Pobre María, es siempre buena, y siempre sufriendo como si ese fuera el premio de los buenos. Pero ¿por qué siendo ella tan buena, ha probada ser tan mala con el ser más querido? ¿Por qué ha desmerecido tanto a mis ojos de su primer e incomparable valor? ¡Oh! María, tu llorarías sangre de dolor y arrepentimiento si un instante sufrirás lo que piensa de ti el hombre que más te ha querido y el que más te ha elevado sobre todas. Pero tú naciste mujer, y aunque mi influencia virtuosa sobre ti, te guardó y te defendió durante mucho tiempo, preciso fue al fin que le reconfortaras con tu seno por una acción digna de él, y para que fuera más digna del veneno, malicia, doblez y perfidia que alaban tanto entre sí las mujeres, como prendas accesorias en sus gracias, como maldades sine quibus non, ... para que admirasen más tu golpe lo descargaste sobre el ser más querido para ti. Verdad es que el sacrificio no habría sido tan grande con [ilegible] llegado a ti, era preciso que un pedazo de tu corazón sufriera a la vez para mayor prueba y me sacrificaste a mí. ¡Oh! María mostraste ser al fin mujer como las demás. ¡Qué dolor, qué desengaño, que disolución!

Son las cuatro de la tarde en que principiamos a alejarnos del muelle en el vapor E. Corning. Llueve a torrentes y yo estoy un poco mojado a causa de haberme detenido más de lo necesario en mi despedida de Emilia. Quién sabe cuándo volveremos a vernos. Escribiendo estaba en mi cartera cuando el vapor se ha dado un tremendo golpe con un buque. Todos nos hemos asustado mucho y más que nadie el capitán.

Son las 11 y media de la noche en mi reloj. La luna está lindísima, y no hay viento ninguno que impida la velocidad del vapor. Navegamos hermosamente y si yo fuera poeta no habría bajado a la cámara, y me habría quedado más bien sobre cubierta. A estas horas estoy completamente solo, sentado en la cámara en el sofá de la cabecera, y escribiendo a la luz de la lámpara. ¿Qué harán a estas horas las gentes que yo llamo mías? Las de la República Argentina, las de Chile, y por fin las de Stockton? Todas deben dormir a estas horas y todas al menos, si no son felices, olvidan sus cuitas en el reparo del sueño. Tú duermes María en brazos del que una vez ha jurado matarme; y tu respiración se confunde en este instante con la del que te ha arrancado un sí a ti del modo más vil, y a mí la paz del modo más usurpante (sic) y canalla. ¿Pero qué te importa a ti todo eso, si tú has dado una prueba de tu falsía en tus últimas acciones? ¿Qué te importa que yo te miré abajo de mi esfera, y en este momento, cuando das a otro caricias que me pertenecen, qué desprecio en la pureza y la virginidad de mis costumbres, qué te importa, digo, que te desprecie, hasta avergonzarme de haberte amado, y manchado la pureza y la virginidad de mi corazón con tu amor? ¿Qué te importa que te desprecie, si tú eres feliz en tus goces materiales? Oh, Dios mío, si tú supieras cómo sufre mi corazón, pero al fin que te vale a ti lo que me pertenece, y por qué me dirijo a ti yo. ¿No estamos divorciados para siempre, y no serás tú mi mal recuerdo para más tarde como yo tú víctima?

Stockton. Jueves 17 de abril de 1851

Llegamos aquí de San Francisco a las cinco de la mañana y como aún no amanecía y yo he pasado una mala noche, me acosté a dormir en mi camarote después de fondeado el vapor. Cuando he despertado he visto a Pietro a mi lado que me abrazaba y me decía, “*Eh, ve [sic] cochon, levez vous en paresseux, Comment ! Vous vous promenez dix jours à San Francisco, et vous venez encore dormir, ici, quand nous vous attendez à un pas d’ici?*”.¹⁹² Me levanté y después de vestirme tomé las cosas que traía de San Francisco y llegué a casa. Amelia estaba aún en cama, y en la mía, en que había dormido la noche antes. Dios mío, qué caricias, parece que me hubiera muerto y que acababa de resucitar. Todo está bien en casa gracias a Dios y todo va como siempre en Stockton.

Traía a bordo un riquísimo reloj con una magnífica caja de terciopelo y anoche, al despertarme, lo puse junto con el que uso debajo de mi almohada. Esta mañana saqué el mío, le di cuerda, lo guardé y no me acordé de tomar el que estaba en la caja. Ya es tarde ahora. Volví ahora y no lo encontré, pregunté al criado de la cámara, en seguida al capitán, pero en vano, se fue entre curas y sacristanes. Eh, bien 219 \$ cargados a Don olvido en su cuenta.

Stockton. Lunes 28 de abril de 1851

Son las cuatro de la mañana en que me despierto para aprestar mis cosas y marchar a Sonora. Anoche he visto a María por la primera vez después de mi llegada a San Francisco, es decir más de cerca porque la he visto en misa y después en la calle rozando su vestido y no la he saludado. Anoche la he visto tan de cerca que puedo decir que he estado con ella. Pero de qué modo, Dios mío. Yo dije ayer tarde a Agustín que fuera a convidarla para ir al concierto pues que la infeliz tal vez no sabía nada. Agustín salió de casa, para ir a invitar a Mariquita y quedamos en reunirnos después en su casa para ir juntos al teatro. Cuál fue pues mi sorpresa cuando al entrar a casa de Agustín me encuentro allí con Mariquita y M. Dios mío, qué golpe el suyo, y qué sorpresa la mía. Yo tomé un diario y fingí leer. Manuel me dirigió la palabra, diciéndome “¿va V. con nosotros al teatro?” “No, voy con Agustín”. “Es lo mismo; porque él está aún vistiéndose, le invitaba yo a que fuera luego con nosotros”. “Voy a hablar con Agustín”, dije, y subí a su cuarto. “Hombre”, me dijo al verme, yo voy con Mariquita, porque la pobrecita no quería ir sin que yo fuera con ella”. “Yo no sabía eso”, dije, y bajé corriendo. “Manuel”, dije, “acepto ahora tu

¹⁹² “*Eh! Puerco, levántese usted, perezoso. ¡Cómo es posible! ¡Usted pasea diez días en San Francisco y viene ahora a dormirse, cuando todos nosotros lo estamos esperando a un paso de aquí!*”. Traducido del francés.

invitación, que rehusé, porque él debía acompañar al Señor y su Señora. Es imposible pintar el efecto horrible que hicieron en Mariquita mis palabras, rehusando separarme, o dejar la compañía de Agustín, que nunca me sucede, solo porque él iba con Mariquita y su marido. Dios mío, yo sufría al mismo tiempo. Pero no debo llegarme a ellos ni de lejos. Durante el concierto (ella llegó allí más tarde) no quitó sus ojos de mí y muchas veces vinieron lágrimas a sus ojos cuando veía a su padrino lejos de ella, al lado de Amelia, rodeada por todos nosotros, que antes la rodeábamos a ella como nuestra única amiga o hermana; lo mismo que nuestros amigos. Así ha pasado sola su alma toda la noche. Dios mío, que horrible desengaño, qué cambio, y cuánto sufro, solo al ver que ella sufre. ¡Oh! Yo tengo necesidad el perdonarla a mí vez, no puedo sufrir el rencor en mi alma.

Son las 7 de la mañana en que salgo para Sonora. Marcho en un buen caballo, aunque voy solo y por un camino que jamás he andado. Voy acompañado únicamente de mis pistolas y mi cartero. La mañana está hermosísima, y aún no asoma el sol en el horizonte.

Son las 12 del día. Después de haber parado por unos jardines más grandes y más hermosos que los de Versailles, porque estos son naturales, estoy en el más hermoso paisaje, y pasando el sol a la sombra de magníficos árboles y en medio de las flores. Qué feliz fuera yo, si no penara mi corazón.

Sonora. Jueves 1 de mayo de 1851

El 28 del pasado, el lunes a las cuatro de la tarde, llegué al río de Estanislao. Mientras acomodaba mi caballo y preparaba mi cuarto en el hotel, me fui a dar un paseo por la rancharía de los indios. Hay más de 500 indios entre machos y hembras, que tienen sus ranchitos todos juntos, y que a una distancia de una o dos cuadras no parecen sino un árbol pequeño y una mata de arbusto pequeño. Algunos de ellos tienen sótanos o mejor cucas en vez de casas. Como yo me metí entre ellos, iba marchando por entre medio de las casitas, cuando sentí que el piso se hundía bajo mis plantas; a ese momento salió una india con su chico en las espaldas y su indio marido, y por señas me dijeron que no les hundiera el techo de su casa. Me fijé entonces que estaba pisando el techo de una cucha. Hay muchas indias con chicos de pechos, y muchos de estos niños son muy blancos. Lo que quiero decir es que la raza va mezclándose a largos pasos con los americanos.

El martes a las 12 llegué aquí y, como siempre cada vez que falto un mes o más de alguna parte, me ha sorprendido lo mucho que ha adelantado la ciudad en edificios. Es admirable la población que hay, tal vez excede la de Stockton; y el lujo que usan en los hoteles que son infinitos, está muy lejos de ser menor que el de cualquier ciudad grande de California.

Lunes 5 de mayo

Ayer ha sido un día de magnífica expectación para cualquier extranjero en Sonora. Todos los mineros de los alrededores se han reunido aquí de modo que Sonora, en los domingos, presenta una vista encantadora al que no la haya visto en estos días de fiesta.

Ha habido ayer diferentes entretenimientos; ha habido toros, teatro y una pelea de un oso con un toro. Nosotros, con William, preferimos el teatro y nos regalaron allí, con la pieza del Robert Macarvé, con que nos reímos hasta enfermarnos.

En este momento acabo de recibir carta de Samuel comunicándome el incendio de San Francisco, el más grande y fatal en vidas y sociedades comerciales que pudiera haber sucedido jamás. Ha tenido lugar entre el tres y cuatro del presente. Fatal coincidencia, y más fatal aniversario, a la misma fecha y hora que sucedió el incendio del año pasado. En esta vez se han perdido 20 millones. Cuando el vapor que ha traído la noticia de Stockton salía a la mañana del 4 ya San Francisco no era sino escombros.

Sonora. Martes 6 de mayo

Fatalidad. Acabamos de recibir un propio con William hecho por Samuel, ya Stockton no existe tampoco. El incendio principió anoche en el magnífico Hotel del Placer y fue imposible detenerlo hasta que arrasó con toda la ciudad. Nosotros, de la península, hemos salvado completamente, pero en cambio se han arruinado todos nuestros amigos. Pobre Agustín, no estar yo siquiera para haberle ayudado a salvar alguna cosa. La única vez que podía serle útil me ha tenido lejos la mala suerte.

He aquí el objeto de la admiración general, y de las conjeturas falsas o fundadas. ¿Por qué se incendió San Francisco al mismo tiempo que Stockton? ¿Y cómo puede ser sino la obra de incendiarios? Las diligencias han partido esta tarde misma otra vez para Stockton y todas van cargadas de pasajeros.

Samuel no me habla esta vez nada de Mariquita. Verdad es que se ocupa solo del incendio y cómo ellos han salvado de él, nada me habla sobre ese particular. Creo que yo saldré mañana sin falta y que daré la vuelta por Calaveras a ver a Rodríguez y Morales.

Sonora. Miércoles 7 de mayo de 1851

Son las nueve de la mañana en que acabo de salir para Stockton. Hemos almorzado junto con William y él me acompaña hasta alguna distancia de tres o cuatro leguas. El día está nublado

y presenta una vista lindísima con los pinos y demás árboles frescos y como alegres de la ausencia del sol que aunque en primavera principia ya a quemar. Yo voy para Calaveras y tengo que pasar el infernal cerro de Melones y las peores cuevas del Estanislao. Jamás he visto peores caminos ni en las cordilleras de Chile. Pero voy bien montado y mis pistolas y puñal me hacen compañía a las mil maravillas.

Son las once del día en que acabo de llegar al río Estanislao. Yo escribo mientras los lancheros preparan la lancha y ponen mi caballo adentro. El río está lindísimo y cristalino que bien se puede ver la cara en sus aguas. El pasaje donde han hecho este paso está de un lado y otro del río cubierto de hermosos pinos y sauces. Ya había visto yo pinturas de este lugar en cuadros al olio y en daguerrotipos y de veras que es digno el paisaje de una pintura. La casa es de dos pisos y se eleva entre de los pinos más altos que hay en la orilla del río. Las cortinas de las ventanas están lujosamente adornadas con cordones azules y en este momento acaba de pasar por un corredor el ángel que adorna esta casa encantada. ¡Adiós hermosa! Tú no sabes que yo te he visto y que te llevo consignada en mi cartera. No. Tu sabes que te he visto, y tú me has visto bien también y te has dicho, “viajero que lleva plata en su silla, rico puñal y mejores pistolas a su cintura, que cuelga rica cadena y reloj en su chaleco y que, por último, toma notas en su cartera, no debe ser cualquier cosa”. Sí, todo esto se ha dicho en un momento la maldita antes de entrarse a su cuarto.

Son las seis y media de la tarde en que acabo de llegar a Calaveras a casa de mi tío Rodríguez y a casa de Morales. Principia a anochecer y yo estoy cansado como nunca en la jornada. He pasado por Melones, que está lleno de mineros. Enseguida he comido en el placer de los Ángeles y al pasar sus últimas poblaciones me detuvo un francés llamándome por mi nombre. Era Mr. Cros, antes cónsul francés en Chile. Me bajé, comí alguna cosa en su casa y pasé. Adelaida y mi señora Teresita están muy buenas. La primera está contenta como una pascua y linda siempre como la imagen de los 15 años. Me hacen de comer mientras yo escribo en mi cartera mis últimas notas del día.

Viernes 9 de mayo

Son las ocho de la mañana en que salgo para Stockton. Me he quedado aquí ayer y he pasado un día felicísimo en cuanto puede ser feliz el que dondequiera encuentra recuerdos de su pasada dicha. Adelaida era la íntima amiga de María, y un recuerdo triste tengo que combatir cada vez que hablo con ella. Voy a principiar a tontear y mejor es cortar aquí. Fuimos ayer a las 6, apenas amanecía, a tomar leche a una lechería a dos millas de aquí. El campo está tan lleno de flores y estaba ayer a esas horas tan cubierto de jazmines, rosas y mil otras calidades que parecía un jardín más bien que un campo. Yo que llevaba a Adelaida recogí una gran maceta de flores y se la di.

Son las dos y media de la tarde en que acabo de llegar a Stockton. Dios mío, no hay ni señas de la hermosa ciudad. Al pasar el puente me encontré con miss. Mi mal genio a la entrada Stockton. He venido a encontrar en mi cuarto y sobre mi cama a la ahora esposa de Mr. Reynolds desde ocho días antes. Se ha venido a casa a protegerse del incendio y Amelia le había dado mi cuarto y mi cama. No es poco mejorar, pero no quería pagarme el alquiler ...

Stockton. 14 de mayo 1851. Memento

Son las doce del día en que acabo de llegar del campo donde fui a pasear con Amelia. Dios mío, apenas puedo escribir y tiemblo entero en todo mi cuerpo. ¡Oh! como hará época en mi vida el recuerdo del 14 de mayo. Cómo debo cantar, reírme o llorar más tarde cuando recuerde el día de hoy. Qué porción de sentimientos encontrados voy a experimentar toda mi vida con la memoria del 14 de mayo. A un tiempo la tristeza, la lástima, y el colmo de la dicha y la ventura.

Cinco días han pasado desde mi llegada de Estanislao y en cinco días hora a hora, minuto a minutos, he visto nacer, criarse, tomar forma y cuerpo colosal a un fantasma que de veras, para mí, no tiene nombre, tan extraño es para mí corto conocimiento en materias de anomalías del corazón. Yo mismo no creo aún en lo que estoy viendo y palpando. ¡Oh! sí, he aquí la explicación de tanto misterio, de tanta cosa extraña, incomprendible para mí, pobre tonto dichoso. Dios mío y cómo saber ni cómo explicar yo mismo lo que yo apenas comprendo.

Un sueño

Salí de casa a las nueve y la tomé a pasear conmigo. Hemos tenido en nuestro favor el día más lindo de primavera que ha alumbrado la ciudad de Stockton. Temblando siempre por mí, pero muy lejos de soñar siquiera en lo que debía suceder nos alejamos de la ciudad poco a poco sin sentir, sin notarlo, andando siempre como ciegos sin ver ni oír nada más que lo que uno al otro nos decíamos. Hemos pasado por lindísimos parajes llenos de flores exquisitas, hemos tomado algunas y seguido siempre nuestro camino sin fin, sin término fijo. De repente nos hemos encontrado en un lindísimo bosque y con la ciudad a una milla de distancia, sin más testigo que nosotros, en medio de un profundo silencio, y sin más ruido que el agitado latido de nuestros corazones. De repente digo, me he encontrado solo con ella apoyada en mi brazo, más linda que el encanto mismo. De repente repito, me he encontrado mudo y temblando de pies a cabeza, sin poder explicar mi emoción, sin hallar una palabra que decir, sin encontrar camino ni huella que tomar ... ¡Dios mío! ella temblaba más y su hermoso pecho se levantaba y bajaba como si alguna tormenta estuviera por estallar. Ni ella me hablaba ni yo hallaba una palabra qué decir. Al fin

de uno o dos minutos de terrible lucha, dije “vamos adelante” y seguimos marchando. Salimos a un bosque y entramos en otro, pasamos ése y otro durante quince minutos, hasta que al fin llegamos a un bosquillo muy espeso formado por coposas matas de rosa llenas de flores, y el suelo cubierto de una hierba tan tupida y tersa como el mismo tripe. ¡Dios mío! ¿Puede darse paraje más hermoso, más encantador? Las rosas despedían una fragancia dulce y suave, lo mismo que las demás flores y arbustos que rodeaban al bosquillo. Parecía un cuarto, tan cerrado estaba por todas partes con el ramaje de las rosas. La ardiente imaginación de un poeta no puede pintar un paraje más hermoso, ni puede encontrarse mejor sino en sueños. Explicar yo lo que sentía después de haber entrado a ese lugar poético y misterioso, sería imposible. Yo estaba fuera de mi juicio. Ella temblaba entera y ocultaba su cara en mi pecho. “Dios mío, ¿qué tienes?” dije yo al fin. “Y tú, ¿qué tienes que tiembles más que yo?”. Dos o tres minutos se pasaron en que no cruzamos una sola palabra, sino era estrecharnos mutuamente el uno al otro contra su corazón. Yo sentía los latidos del suyo sobre mi pecho, y el contacto de su redondo y terso pecho me ponía fuera de mí. Dios mío, ¿quién pudiera pintar semejante escena exactamente? “¿Quieres sentarte un momento acá a descansar?”. “Sí”. Yo tomé mi sobretodo y lo coloqué sobre la hierba, se sentó ella y me senté yo a su lado. Por un segundo se encontraron nuestros ojos y temblamos como si algo nos asustara. ¡Dios mío! sin decir una palabra tomé yo su mano, la estreché en las mías. En seguida sentí sus labios pegarse a los míos en un largo y ardiente beso y sus brazos estrecharme fuertemente a su cuerpo, y un momento después ... ¡Dios mío, qué sueño!

Stockton. Jueves 29 de mayo de 1851

Se han pasado estos quince días sin que yo haya abierto mi diario para nada. Quiere decir que en todo este tiempo he vivido siempre excitado, pasando días de completa felicidad, y otros de amargura y pena y de peor recuerdo. Tres o cuatro días hace que vivo como si no viviera, es decir llevo la existencia más forzada que jamás llevé hombre viviente. Voy de mi cuarto al almacén, del almacén a casa de Ainza y de allí de nuevo a mi cuarto, sin que en ninguna parte encuentre calma, ni reposo. Verdaderamente soy infeliz, y en vano busco algo que minore mi pena, o que me conforme y no he encontrado sino hoy algo parecido a lo que busco. En nuestro modo de ser de los hombres en general, mezquino, egoísta y miserable, cuando sufrimos quisiéramos que sufran todos, y hallamos sino consuelo al menos conformidad cuando el sufrimiento es general o compartido por alguno. De este modo he pensado yo ahora ser menos infeliz, y decir comparando mi mala suerte y pena moral de causa desmedida a otra peor.

Son pues las tres y media en que acabo de llegar a mi cuarto del lugar del patíbulo donde acaba de ser ahorcado el joven irlandés cuyo proceso se seguía hacen muchos meses. “He aquí” me he dicho yo, cuando he visto subir a Mack a la horca, “he ahí a otro más infeliz que yo que va a morir

del modo más ignominioso y en medio de la curiosidad de más de tres mil espectadores”. De ese modo es como nos conformamos de nuestros sufrimientos morales, nosotros los miserables de los hombres. Pero volviendo a Mack apenas he visto jamás en los cientos de hombres que he visto ejecutar uno más estoicamente indiferente y lleno de calma. Apareció en la plataforma de la prisión perfectamente bien vestido y con un cigarro puro en la boca. Llegó al lugar de la horca y subió los tramos fatales más alegre y contento que lo hiciera al hotel del Dorado. Tenía levita negra, pantalones, chaleco y corbata negra, un sombrero de pelo y una rica y limpia camisa blanca. No parecía sino haber vestido para el día de sus bodas. Habló más de media hora contando su historia y sus crímenes. Al fin el sheriff le puso la máscara fatal con que dio su última mirada e hizo seña al del carruaje. “Farewell” dijo, y quedó colgado en el aire después de caer la trampa. Yo he tenido mi reloj en las manos y su agonía ha durado 2 minutos 20 segundos. A los 23 años ha muerto así Mack después de haber arrastrado, según sus palabras, una vida relajada y criminal.

Viernes 30 de mayo

Son las 2 y media de la tarde, en que llego de la calle. ¿Dios mío, por qué soy tan infeliz yo y por qué cuento sin reposo las horas de la noche y del día? ¿Qué crimen tengo encima o qué desgracia se me prepara que así se anuncia tan fatal? Ayer he estado enfermo, y nada más quede la excitación y malestar moral; hoy parece que estoy peor y que mi tristeza raya en desesperación. ¿Son estas penas que nos vienen de lo alto en castigo de alguna falta, o son accidentales y son el mero capricho de nuestros semejantes que así gozan con vernos sufrir? ¿Qué ventaja resultaría a la majestad divina, de hacer sufrir así una hechura suya en esta vida, cuando tiene el infierno para su fuerte amenaza más allá de esta vida? ¿Luego son los seres como nosotros que se gozan con nuestras penas? Maldito sean los que así se abrogan el santo y divino atributo de Dios para hacer sufrir sus criaturas y castigar en ellas faltas que solo lo son para Dios. Infeliz, dice él, del que injustamente haga llorar una de mis criaturas. ¿Y por qué no crea Dios un infierno aparte para los usurpadores de su justicia, y verdugos de sus hijos?

No he dormido anoche, y estoy mal hoy, porque a más del desvelo tengo una tristeza que me espanta como la única tal vez que ha asaltado mi alma hasta ahora. Confío en Dios y me conformo con que sea de su mano de donde me viene tanta tribulación.

Stockton. 1 de junio de 1851

Hoy he escrito para Tatita, mamita, Mardoqueo y demás hermanos. Mucho tiempo hacía que no escribía a la familia ni una sola letra y en estos últimos días ha sido tanta la tristeza que he

sufrido que no he encontrado otro consuelo que el escribir a los míos. Cualquiera diría que yo soy muy feliz al menos, así aparece a cualquiera que haga consistir la dicha en mentidas ilusiones. ... Más de un hombre, como paso yo este mes y mitad del pasado, sería feliz sin desear más; a veces ha habido en que yo he creído también ser muy feliz. Pero me he engañado. Si hay dicha en conquistas soy feliz más que nadie, pero es falso que uno es feliz con conquistas donde no hay la virginidad y pureza del amor, donde no late solo el corazón sin que se mezclen deseos torpes y groseros que embotan y fascinan por un momento, pero que dan asco y amargura más tarde.

Van ya a hacer tres meses a que se pasó el fatal 5 de marzo sin que yo haya vuelto a ver ni hablar a solas con María. Hace algunos días en el mes pasado fuimos con Samuel y Perkins a hacer una visita a Madame Clements. Allí encontramos a ella y su marido. Aunque yo sabía antes de entrar que debía verla allí, sin embargo me fue preciso mucho para dominar la emoción que me causó su encuentro. Más difícil es aún explicar la suya. Di la mano a Madame Clements y su marido y sin saludar ni a María ni a su marido tomé mi asiento cerca de una mesa. Se pasó un cuarto de hora sin que yo levantase la vista ni dirigiera una palabra a nadie más que al niño de Mrs. Clements que tenía en mis piernas. Al fin María se levantó y so pretexto de componerse algo, entró al dormitorio, en cuyo cuarto yo podía ver por estar en frente de mí la puerta. Al momento de entrar allí se paró en vez de ir más adentro, cruzando sus bracitos sobre su pecho principió a mirarme sin disfraz, sin ficción ... Dios mío y yo mismo que he dicho que el hablar con la mirada no es sino farsa e ilusión de los poetas ... ¡Cuán equivocado estaba! ¡Oh! si yo pudiera traducir cuánto expresaban sus ojos y su triste postura en esos tres o cuatro minutos. Al fin puso sus dos manitas en los labios, y pareció entregarme su alma en el beso que me mandó. Dos o tres minutos después levantamos la visita en el mismo orden en que había entrado yo con la diferencia que entonces no dejé de ver a María al salir ...

El 25 de Mayo

Después de ese día se llegó el 25 de Mayo día feliz de nuestra patria. En ese día había llegado Pancho mi primo de San Juan y otros parientes más y paisanos. Entre ellos han venido dos que cantan muy bien nuestras canciones o "tristes" y el 25 en la noche vinieron a darnos una serenata. Después entraron y cantaron en nuestros cuartos, pero al salir se me vino la idea de dar también una serenata y acto continuo tomé mi guitarra, arreglamos con las otras dos y partimos. La noche estaba hermosísima; llegamos a casa de Mariquita, nos arrimamos a la ventana y rompimos el acompañamiento casi en la cabecera de su cama. Hemos cantado dos veces y el acompañamiento de las tres guitarras hacía un efecto maravilloso. Yo sentí a ella levantarse de la cama y venir a la ventana a oír la serenata como lo hacía en otros tiempos más felices.

Concluimos y nos retirábamos ya cuando oí su voz “¡Gracias!”. Sin duda que sabe ella que soy yo, pero tengo el derecho de guardar mi incógnito y así lo haré. Dios mío, qué se pasaría en ella al oír la serenata, cosa por dónde ha nacido su amor, crecido y llegado hasta la pasión.

Después de salir de allí nos dirigimos al almacén de Ainza. Cantamos en la puerta, en seguida entramos y pasamos allí la noche hasta las 12 cantando y jugando con Fernando, Agustín y Manuel. Salimos de allí a las 12 y entonamos nuestra canción Nacional Argentina. Dios mío y qué solemne me pareció a esas horas en el silencio de la noche, en un país extraño y con un puñado de compatriotas, casi los únicos en California. Así se acabó la noche del 25.

Stockton. Martes 10 de junio de 1851

Son las cinco de la mañana en que acabo de partir de Stockton para Melones acompañado de Agustín Ainza. Vamos a dar un paseo por los minas y ver al mismo tiempo si hacemos algún negocio allí que nos costee el paseo y deje alguna utilidad.

Amelia ha llorado anoche toda la noche no pudiendo conseguir que vaya yo a verla. Dos veces vino el doctor pidiéndome que fuera a ver a Amelia que sufría por eso, y no he querido ir. Esta mañana antes del amanecer me levanté y oyendo ella mis pasos me ha llamado, pero he fingido no oír nada. Se queda pues con el alma en trizas, al fin yo no la llevo mejor.

Son las doce del día y estamos con Agustín en una sombra hermosísima y en un pastal que parece un trigal. Hace un poco de calor, pero acá corre un aire delicioso. Agustín acaba de dormirse y yo escribo estas cuántas líneas en mi cartera mientras se llega la hora de volver a partir. Al abrir mi cartera he encontrado una carta de Amelia, mojada en lágrimas y triste como la pena misma. Pobre Amelia, lejos de ella ahora, no tengo ya rabia, sino ternura por ella. Ojalá que estuviera aquí para darle un abrazo en señal de mi perdón.

Son las seis y media de la tarde en que acabamos de llegar a Calaveras a casa de Morales. Mi señora Teresita y Adelaida siempre buenas y amables, como las mejores amigas. Hemos llegado aquí sin la menor novedad, tertuliano esta noche y partiremos mañana para Melones.

Calaveras. Miércoles 11 de junio de 1851

Son las nueve de la mañana en que salimos con Agustín de casa de Morales para Melones. Yo, que conozco la distancia que hay y el mal camino que tenemos que andar, dudo mucho que lleguemos hoy tanto más cuanto que tenemos algunas visitas que hacer de paso en el camino.

Son las diez del día en que acabamos de llegar a casa del Dr. Craig. No estaba en su casa y fuimos a buscarlo a su labor. El pobre viejo salió a encontrarnos con una pala y un balde en la

mano. Nos ha preguntado al momento por Mariquita; yo le he dicho que por Samuel le hice avisar que me venía para que escribiera a su papá, pero que no me mandó ninguna carta. El pobre viejo no sabe que ya tampoco Agustín pisa su casa y que su hija está completamente aislada hasta de Agustín y Manuel sus hermanos, por justos choques con Mix. Nadie va a su casa excepto Samuel y eso no con la frecuencia de antes. Yo paseo con Agustín en Stockton y al pasar por su casa siempre vemos sus puertas cerradas a excepción de la ventana de su cuarto donde está ella siempre parada, viéndonos pasar. Mucha tristeza he tenido al ver al Doctor Craig. Él sabe que yo he amado a su hija y que ella me ha amado con locura, en fin, sabe todo, y cuando él me aprecia y distingue tanto todavía, no puede sino hallarme justicia y compadecer a su hija y a mí. Al fin, tropecé yo con mi asunto para no dejar de hablar tonteras ... a caballo.

La una y media de la tarde en que acabamos de llegar al segundo río de Calaveras y al lugar mismo dónde yo he pasado aquí casi dos años de mi vida. Me ha conmovido todo al volver a ver este lugar que había creído dejar para siempre; este lugar es testigo de tantas amargas horas de pesar, de tantas lágrimas en soledad y silencio, de tantos placeres inocentes, en una palabra, este lugar donde tenía mi cama cubierta de flores (tomo una en mi cartera para recuerdo) ahí está el lugar donde tenía la mesa, mi escritorio, ahí están los cuatro pilares que servían para formar la mesa, ahí está el palo de la carpa en que colgaba mi guitarra, y ahí, más afuera, está el lugar de mi trigal y ahora mismo, grandes matas de trigo se ven, echando algunas espigas ... Si ahí está de nuevo mi escenario conforme quedó, no le faltan sino el altar y aquí estoy yo también.

Melones. Jueves 12 de junio de 1851

Ayer a las seis de la tarde llegamos aquí después de haber dado la vuelta por Calaveras, por casa de Milnes, el inglés que vivió conmigo cuando estaba en las minas. Después nos hemos detenido un poco en otro placer buscando algunos peones míos de quienes me habían dicho que tenían una mina. Comimos en los Ángeles y después de un trote de tres horas, hemos llegado al fin aquí ayer a las 6 de la tarde. Esta ciudad improvisada, llenas de gente y comerciantes de todas partes, parece que es ahora el punto de reunión de todo el mundo y objeto de la codicia de todo el que busca su fortuna. Como el terreno es quebrado, se ha formado una sola calle inmensamente larga en el único terreno que había un poco igual. Los lotes valen hasta 3 y 4 mil pesos y hay muchos especuladores. He venido a encontrar a Rodríguez que había comprado otro terreno, y parte de otra mina. Como ya son tres las minas que tenemos, yo he tratado de vender una parte de una, para darle más mérito, al mismo tiempo que aseguro más el principal de ella. Acabo de firmar el contrato con Vera a quién le he vendido la cuarta parte de una acción en 300 \$ al contado. Tengo en trato la otra cuarta parte de esa acción por 500 \$ de modo que

habré hecho a mi vuelta a Stockton 800 \$ en oro del mineral, cosa que me costea mi viaje y las moleduras del camino.

Son las doce de la noche en que acaba de suceder una gran desgracia y en que nosotros, puede decirse, acabamos de nacer. Hace una hora que fuimos a pasear con Agustín por los hoteles con fin de oír la música. Estábamos oyendo la música del Hotel Lavetour, donde había más de 500 personas cuando a propósito de dos mujeres, una mejicana y otra americana, los maridos y hombres de ambas se erraron un balazo. Como una chispa eléctrica corrió la noticia, y antes que nadie tuviera tiempo de salir del hotel se ha trabado una feroz batalla, entre americanos y mejicanos. Diez o doce balazos han pasado por nuestras cabezas y han muerto y herido otros tantos cerca de nosotros. No se oía sino el ruido de maten, y los juramentos y blasfemias en todos los idiomas. Al fin, los mejicanos han triunfado y los americanos o huyen desfavoridos o están escondidos en casa de mejicanos pacíficos. Yo y Agustín nos escurrimos como pudimos y llegado a la casa, tomamos nuestras pistolas y puñales listos a vender caro cualquier injuria. Tres mejicanos están muertos y cuatro heridos; un americano ha muerto y el Capitán N. respira apenas, pero no alcanzará a mañana. Uno de los mejicanos muertos tiene 9 balazos. Parece que cada uno descargaba en él su pistola.

Melones. Viernes 13 de junio de 1851

¡Maldición! Después de un suceso como el fatal de anoche no hemos querido quedarnos un solo momento más aquí. Pero hoy cuando hemos pedido los caballos para salir, nos han contestado que los americanos de Murphys se los han llevado para perseguir a los asesinos del Capitán N. Que el diablo se lleve en cuerpo y alma al maldito Capitán. He aquí que nosotros estamos sin poder salir de este laberinto donde la vida de uno pende de un hilo. ¡Maldición! Saldremos aunque sea de a pie y hoy mismo.

Son las doce del día en que salimos para Stockton. Nuestros caballos acaban de llegar en este momento, dos peones les cambian las sillas. Están mal comidos y un poco cansados, pero saldremos, y si Agustín es hombre de pulmones iremos a sujetar a Stockton, pondremos unas cuantas horas para volver en vez de dos largos y eternos días a caballo.

Son las seis de la tarde en que llegamos al puesto de Calaveras y hemos hecho 53 millas desde que salimos sin bajarnos del caballo. ¡53 millas en seis horas! Agustín está casi imposibilitado pero hemos resuelto hacer las 30 millas que nos faltan para llegar a Stockton.

Yo tomo un jarro de leche con pan y Agustín hace otro tanto mientras los arrieros que han cambiado nuestros caballos nos ensillan los nuevos de refresco.

Principia a anoecer cuando salimos, pero parece que tendremos una luna hermosísima.

Stockton. Sábado 14 de junio de 1851

Anoche a las once de la noche llegamos a Stockton. Hemos tenido por dicha la luna más hermosa que darse pueda y hemos viajado aunque muy rendidos pero muy alegres con la hermosura de la noche. A catorce millas de acá encontramos que estaba ardiendo el pasto, pero jamás habíamos visto una vista más hermosa; a través de los árboles y con las sombras producidas por la luna parecían a la distancia millares de hombres confundidos, o en guerra en medio de las llamas. Un poeta habría dicho que era eso un remedo del infierno. Por más de cuatro millas nos ha durado la vista del incendio, creyendo a cada momento que no estábamos sino a una cuadra de distancia, cuando estábamos más lejos.

A cuatro o seis millas de aquí nos hemos entretenido una hora corriendo un zorrillo y nos hemos divertido mucho porque ya lo pisábamos con los caballos, ya lo azotábamos con las riendas pero jamás podíamos tomarlo. Al fin, hemos llegado aquí y hemos hecho un viaje jefe. ¡Ochenta y cuatro millas andado en poco más o menos de 9 horas! Eso es caminar. Yo llego a tomar un baño con Agustín y estoy aún un poco cansado.

Stockton. Domingo 22 de junio de 1851

Son las diez de la mañana en que llego de casa de Agustín. Muchos días se han pasado sin que haya abierto para nada mi diario. Entre esos días ha habido muchos muy felices; felices con la dicha que embota y hace a uno olvidar todo, todo ... al cual estado de beotismo le llamamos los hombres. Casi cuatro meses han pasado sin que haya cambiado una palabra con María. Su recuerdo viene siempre a mi alma más punzante y vivo a la manera que los días y los meses nos alejan el uno del otro. Cada vínculo de amistad que se rompe, que tiene relación alguna conmigo, me aleja de ella una legua. Así cuando Agustín ha quebrado con su marido, Agustín, que ella sabe en mi mejor, mi único amigo, cuando él ha dejado ya de ir a su casa, parece que nos hemos distanciado más.

Después de comer salimos a pasear con Agustín y cuando volvemos, era ya de noche. Al pasar por lo de Mariquita se nos ha antojado robar reseda, pues que algunas de las matas del jardín llegan hasta echar sus ramas fuera de la reja que cae a la calle. Nos hemos llegado hasta la esquina de la casa y con gran sentimiento hemos visto que estaba Mariquita, su marido, y quién sabe quién más en el corredor. De modo que ha imposibilitado todo nuestro hurto. Pero en el grito con que me llamó Agustín, nos ha conocido ella probablemente. Pobre María y ya a estas horas duerme ella tal vez tranquilamente cuando yo velo y pienso en ella.

Stockton. Jueves 26 de junio de 1851

Son pasados ya muchos días de que se fue Samuel a Sonora y de que estoy solo en casa con Amelia. La pobre ha pasado días muy enfermos, y ahora mismo sufre mucho, de quién sabe qué enfermedad que tiene a un pecho (sic). Muchos días se han pasado sin que yo escriba a no ser cartas que vale tanto a veces como escribir a mi diario. Todos los días pues que no escribo y toda la desatención que doy a mi diario, es tiempo que consagro y consagrado hasta ahora al cuidado de la pobre Amelia. Salimos siempre a pasear en la tarde, casi todos los días, y parece que eso le hace bien, porque al volver, siempre se encuentra mejor con haber respirado el aire del campo, y haber tomado rosas de nuestro bosque favorito. Así llamamos un bosquecillo donde tomamos rosas siempre.

También los domingos damos nuestros paseos una o dos veces en el día. De noche pasamos el tiempo en compañía de Agustín y el doctor cantando, jugando o haciendo daño al doctor. Esta es la vida de casi un mes y medio; y quién creyera que me va siendo ya muy pesada. La encuentro monótona y triste y sin el encanto de la variedad. Echo de menos los instantes de tristeza, los momentos de agravio, las horas de amor y contrariedad pasadas en otros días. Echo de menos, en fin, el mismo estado que yo he llamado infeliz antes del 5 de marzo. Dios mío, quién creyera que se habían de pasar cuatro meses como un sueño y los dos últimos como en encanto, como entorpecido en mis facultades todas, como si estuviera beodo (sic) siempre.

Stockton. Sábado 28 de junio de 1851

Hoy hemos tenido un día no muy caluroso, pero más de lo que hemos experimentado en los pasados. Samuel me ha escrito de Sonora y aún no sabe cuándo estará aquí. Creo que no será pronto porque quiere hallarse en un baile que da Perkins a él y demás amigos ...

A propósito, acabo de recibir carta de Perkins incluyéndome el *Herald* de Sonora en que se ha publicado un hermoso discurso que ha pronunciado él en la fiesta masónica que ha tenido lugar ayer. El discurso está magníficamente escrito, y hace mucho honor al presidente Perkins, jefe de la Sociedad en Sonora. Stockton está volviendo de nuevo a su primitivo estado. Casi ya toda la ciudad está plantada de nuevo y no quedan sino pocas manzanas en ruinas del pasado incendio. No son las casas tan lujosas como eran antes, pero eso es porque van a ser construidas luego de ladrillos. Todo el mundo se prepara para fabricar a ladrillo.

El almacén de Agustín está ya concluido y se ha principiado el acopio de material para el de ladrillo que va a poner al costado del de madera. Al fin va ser bueno que Stockton se haya quemado porque va a ser mejor edificado que lo era antes del incendio. Los vapores siguen viajando con igual ventaja y hay flete y pasajeros para todos.

Domingo 29 de junio

Como siempre, fui hoy a misa, pero en el camino encontramos la gente que salía de la iglesia. Allí es la única parte en que María me ve por algunos momentos y no es extraño que sea ella muy puntual en ir a la hora, más bien que yo. Dios mío, qué duro es, que una tenga que profanar así la casa santa de Dios haciendo un lugar de cita. Pero ¡Dios mío! ¿No es, quiero decir, no era santo nuestro amor? ¿En qué pues ofendimos a Dios, si nos vemos allí? Al contrario, yo me siento más conmovido, más entusiasmado, porque es en la casa de Dios donde tengo el único consuelo, el único placer, de ver el objeto de un amor tan puro como desgraciado.

Apenas creo en lo mismo que estoy viendo y palpitando. Son las 7 de la noche. Después de comer salimos a pasear con Agustín como de costumbre, y después de un largo paseo volvíamos pasando cerca de la casa de Mariquita, cuando de repente salió ella y se paró en el corredor. Ya no hubo modo de hacerse atrás, seguimos andando, aunque yo no sé si se me conocía o no la emoción tan fuerte que ahogaba en mi pecho. Pero cuál fue mi sorpresa cuando al pasar por su puerta nos dirigió la palabra preguntándonos si queríamos un gajo de reseda. Yo quedé como petrificado y no dije ni sí ni no, ni hice ningún movimiento para responder. Agustín dejó mi brazo y entró por la reja del jardín. Mariquita le dio la mano y luego principió a cortar dos gajos de reseda. Dio primero a Agustín y en seguida fue a cortar de otra mata otro ramo. Dios mío, que momento de ansiedad para mí. Pensar que me iba a dirigir la palabra, que me iba a dar un ramo, que, al fin, iba a tocar su mano. Dios mío, todo eso pasó en ese momento por mi memoria, mientras ella hacía el ramo que me dedicaba. Al fin lo concluyó, y dirigiéndose donde yo estaba pasó su mano por sobre de la reja y me dio el ramo, sin decirme una palabra con su boca, pero hablándome mil cosas con sus ojos. Yo no sé si dije gracias siquiera, tan inmutado estaba, pero luego, volviendo en mí, “vamos Agustín” dije, con una voz firme que en nada tenía ni seña de lo que pasaba en mi alma. Aquí tengo su ramo delante de mis ojos mientras escribo, y apenas creo todavía. Sí, siento su fragancia exquisita y lo estrujo entre mis manos y creo soñar. Dios mío, ¿será que María me ama siempre con la pasión que antes? ¿Será, acaso, que su crimen no haya sido sino un hierro de que arrepiente y llora amargamente? ¿Será, acaso, que ella es siempre digna de mi amor?

Stockton. Martes 1 de julio de 1851

Se ha pasado el mes de mayo y de junio para mí como un sueño. Digo como un sueño porque no han pesado sobre mi corazón las horas de cada uno de sus días, como yo esperaba después de los sucesos de marzo hasta aquí. No se cómo no he envejecido a fuerza de tanta emoción ya de pesar, ya de dicha, ya de rabia, ya de infortunio. Desde el 14 de mayo aquí ha fluctuado mi

alma en mil alternativas de pesar y ventura. A veces he creído ser feliz, sin acertar a decir cuál es el objeto de donde me viene la dicha, ni cómo es que soy feliz a través de la desgracia misma; en una palabra, he despertado a veces como de un letargo, he abierto los ojos a la luz como un ciego y me he preguntado, “¿dónde está la dicha con que soñaba poco ha, con que me creía el más de los hombres?, luego todo no era sino entorpecimiento de mis sentidos, obscuridad en mis ideas, confusión, letargo, etc.” Pues bien, hoy mismo soy feliz de ese modo, se diría que tengo todo cuanto puedo querer, pero o yo no sé lo que es dicha, o mi corazón siente un vacío donde hay pena tal vez en vez de dicha. Se ha pasado el mes de mayo día a día y se ha pasado el de junio del mismo modo sin que yo pueda decir si soy el hombre más feliz que hay o si estoy solo entorpecido en mis ideas y sentidos.

Miércoles 2 de julio

Van a hacer ya veinte días que Samuel está en Sonora. Hemos pasado esos quince primeros días de su ausencia enteramente solos con Amelia, nadando en una casa suficientemente grande para cien personas. Cuatro o cinco días hace solamente que ha venido Pietro y desde entonces estamos más acompañados. Paseamos casi todos los días en el campo, almorzamos y comemos juntos, pasamos la noche tocando, cantando y leyendo hasta el tiempo de dormir; he ahí la vida que llevamos. Algunas noches vamos los tres a tomar el té y pasar la noche en casa de Agustín en compañía de Manuel, Don Pancho, Don Pascual su hijo, Ahumada, Ortiz, etc. Esperamos que Samuel venga y entonces la escena cambiará un poco de su monotonía.

Hace ya cuatro meses que pararon los nunca olvidados desgraciados días últimos de febrero y principios de marzo. Tantas cosas han sucedido desde entonces, tantos cambios se han operado, cual sobra al fin el desenlace de tantos acontecimientos en este drama de mi vida, en que yo he jugado la paz de mi alma y la dicha de mi corazón. Las cosas y los acontecimientos han cambiado mucho, parece que los que me han ofendido y agraviado, derraman lágrimas de arrepentimiento los unos y los otros, se avergonzaron de sí mismos. Sea vergüenza o arrepentimiento todo entra por satisfacción justa para el que ha sido ofendido. Miss ha venido a casa dos veces en el mes pasado con pretexto de acompañar a Samuel, etc. Yo la he saludado, aunque no mostrado ninguna señal más de reconciliación. Él habla de mí con Samuel como si fuera su eterno remordimiento, y quisiera reparar ... ¡Oh! ¡Dios mío, las injusticias y ofensas que traían la paz del alma dejan tan honda herida en el corazón!

En cuanto a Mariquita, si ha cometido alguna falta, me daría su sangre gota a gota para repararla; jura ante Dios y los hombres no haber hecho cosa alguna con influencia de agraviarme ni ofenderme que, si me ha hecho mal, se lo ha hecho ella misma pensando hacer bien. ¿Dios mío, será acaso que las apariencias me han engañado? ¿Será acaso que ella no miente, que no es

pérfida, y que es por el contrario la virtud y el candor y la conciencia misma? Pobre María, al menos te he creído en muchas horas de mi vida, en que he creído que eres la mujer como Dios debe haberla dado al primer hombre. En el mes pasado, me convidó Agustín a que lo acompañara a hacer una visita a casa de Miss Were. Fuimos allí, pero Dios mío, cuál fue mi sorpresa cuando me encuentro allí con Mariquita y su marido. Estuvimos un momento y luego me paré diciendo a Agustín que nos fuéramos. Ni sé cómo se pasó el momento que estuvimos juntos, nuestras miradas solo se encontraron. Al despedirnos me alargó su mano, diciéndome “buenas tardes, señor Navarro”. He ahí el estado de cosas hasta hoy.

Stockton. Viernes 4 de julio 4 1851

Son las cinco y media de la tarde y se oye aún el ruido de los carruajes, el estruendo interminable de los cuetecitos, tiros de pistola, cañón, etc., todo en celebración del aniversario de la independencia norteamericana. Tantas cosas han pasado desde esta mañana que tienen relación con mi individuo que apenas sé por dónde principiar. Lo mejor será comenzar por el principio. Fuimos convidados a un picnic con Agustín a cinco o seis millas de aquí donde debía reunirse todo lo mejor de Stockton en cuanto a señoras y caballeros. En efecto, hicimos alistar el carruaje y salimos de aquí a las ocho u ocho y media para el paseo, acompañados de Ahumada. Tan veloz iba nuestro carruaje que al principio pasamos a algunos de los mejores. Pero luego principiamos a ver que la furia de nuestro caballo tenía algo de salvaje o indomable pues que a veces no podíamos sujetarle. Habríamos andado tres millas cuando saliendo de un hermoso bosque entramos en un anchísimo llano lleno de verde. A un tiempo dimos un grito de gusto y dijimos, “pues he aquí nuestro lugar para correr”. En efecto, Agustín animó el caballo y partimos a todo galope. Pero no bien anduvimos una milla cuando qué sé yo qué animal entró debajo de la cola del caballo, y éste partió como un desesperado sin ver ni dónde iba a precipitarse. Por el momento casi nos enfermamos de risa viendo el susto y la desesperación de Ahumada, pero luego la cosa se nos presentó seria, horrible. Tomamos los tres las riendas y no pudimos sujetar el caballo, hasta que al fin las riendas se hicieron pedazos. A ese tiempo el caballo se enderezó ciego a un bosque; a un tiempo pasó por los tres la idea de que íbamos a ser estrellados en algún árbol. El peligro no podía ser más inminente. Me paré en el carruaje y decidido a lo que sucediera, di vuelta para atrás y salté para que las ruedas no pasaran por mí al caer. Pero tan violento iba la carrera que aun habiendo saltado para atrás todavía caí en frente de las ruedas de adelante. Yo mismo no creía que estaba salvado. Agustín siguió mi ejemplo y pronto cruzamos la palabra “estás lastimado.” Estábamos sanos y salvos. Pero el caballo seguía su carrera hacia el bosque con el pobre Ahumada a bordo, a pesar de sus gritos; cuando al fin le vimos caer largo a largo con la boca al suelo. Pero, Dios mío, cuál fue

nuestra risa al verle que no podía levantarse del golpe y que nos iba diciendo, “yo no me bajé donde ustedes cayeron porque quería buscar y elegir mejor lugar”. No me acuerdo que en mi vida me haya reído más, jamás tengo memoria de un suceso que nos haya causado más risa. Nuestros fraques estaban llenos de tierra, lo mismo que nuestros sombreros, y Ahumada, con la cara embarrada a causa de la tierra mezclada con el sudor. Al fin, después de correr media hora tras del caballo, conseguimos tomarlo y nos volvimos a Stockton con Agustín; Ahumada no quería más carruaje.

A la vuelta del maltratado picnic encontré a Samuel, ya que había llegado de Sonora. Con qué gusto lo he abrazado. Acababa de salir del baile esta mañana a las cuatro para venir aquí. Ha llegado a las dos de la tarde.

Pero, ¡Dios mío! Qué significa tanto extraño acontecimiento en este día. No salgo de uno y entro en otro doble, grande y nuevo para mí. Son las siete de la noche, digo de la tarde porque aún hay luz. Yo acabo de salvar mi vida, acabo de nacer en este momento. Hace una hora que Agustín vino en su carruaje y me tomó para que fuéramos a pasear por la ciudad. Hemos andado bien por tres o cuatro cuadras cuando al pasar por el Fénix Hotel el caballo se ha desenfrenado y después de hacernos pedazos a patadas el antepecho del coche, ha corrido por la calle del Mercado en medio de los gritos de más de 200 personas. “Los mata, atajen, atajen”. Nosotros no podíamos contenerlo porque no teníamos riendas. Al fin vimos nuestra muerte con los ojos al llegar al punto o calzada que se levanta frente a la casa del Sr. Duval. Llegamos allí y antes que pudiéramos prever nada, el carruaje se ha hecho mil pedazos, nosotros hemos caído, el caballo nos ha errado tres o cuatro patadas, en fin, los restos del carruaje han pasado sobre nosotros y no hemos recibido la menor herida. Dios mío, esto es un milagro, y esto es nacer de nuevo.

Stockton. Sábado 5 julio de 1851

Ayer acababa yo de llegar del último y desgraciado paseo con Agustín, acababa de estar pensando sobre tantos acontecimientos en un solo día, todos tan grandes para mí y para pasar en un solo día, pensando estaba en la milagrosa salvación de mi vida, cuando se abrió la puerta y entró A. Mix. Difícil e inútil es decir la sorpresa que me causó verlo entrar, y alargarme la mano como si nos viéramos a cada momento y después de lo que ha pasado entre nosotros. Se sentó y viendo que cada segundo es pesado para los que tienen que entrar en satisfacción o explicaciones, me miró a la cara y me dijo, “Ramón, yo vengo aquí en mi nombre y en el de Mariquita a invitarlo para que nos haga el favor de ir esta noche a una tertulia que damos en casa”. Prevenido yo por Samuel que se trataba de dar ese baile para excusa de nuestra reconciliación, no insistí ni un momento y respondí, “si soy útil para alguna cosa, tendré mucho gusto en estar

allí, diga lo mismo a Mariquita”. Respiró como aliviado de un fardo, y pareciéndole largo el tiempo (lo penoso es largo siempre) se levantó y despidió de mí.

Dios mío, lo que pasó por mí en ese instante es indefinible. Volver a Mariquita, hablar con ella, tomar su mano y bailar al fin con ella. Todo lo he creído un sueño ayer. Por dónde principiar, qué decirle, o más bien, qué debe decirme ella después de tanto tiempo de ausencia, después de tanto suceso desagradable, al fin, después de tanto agravio como he recibido de ella. Pero, Dios mío, al fin creo que nada diré y nada me dirá ella. La acción del baile a mi nada en sí me dice cuánto quisiera decir la lengua. Eso es lo más seguro. Con esa resolución principié a vestirme, no obstante las lágrimas y tonteras de Amelia. He ahí otro asunto encontrado para ella. Volver yo a ver a Mariquita. Ir su marido, yo y Samuel y quedarse ella.

Salí al fin a las ocho de casa más hermosamente vestido que un figurón de París, y así debía ser y estar el dueño del baile, y llegué cuando ya el salón estaba lleno. Entré adentro y me paré para tomar mi partido y dominar mil emociones desconocidas para mí verdaderamente. Un momento me bastó. Fui derecho donde estaba Mariquita y como si hiciera no más de dos minutos que acababa de estar con ella, le di la mano y dije, “cómo está Ud. Señorita”. “Muy bien, señor Navarro, Ud. ha venido un poco tarde”. “No pienso que haga falta ninguna, y creía que nadie se fijaría en que llegara más tarde o más temprano”. “Oh, Dios mío, qué injusticia”. A ese tiempo se llegó Samuel acompañado de Agustín y de Alfredo y me llevaron al salón de los refrescos para que tomara alguna cosa. Se pasó así el momento crítico y yo volví a mi natural indiferencia y frialdad. Se bailaron tres o cuatro bailes y yo me asomé al salón. Después de unas cuadrillas vi aparecer a Mariquita con dos señoritas más a la pieza donde yo estaba. “Señor Navarro”, me dijo, “¿por qué está Ud. aquí, es que no piensa bailar ni ir más a la sala?”. “Señorita, si Ud. me hace el favor bailaré un valse con Ud.”. “Muy bien, con mucho gusto”. “Gracias”. Tomó en seguida una copa de champagne, me la pasó y me invitó a brindar con ella ...

Un momento después tocaron un valse que sonó en mi corazón como la trompeta del juicio final. No esperé nada. Entré a la sala, tomé a Mariquita y salí a bailar. Dios mío, ¿qué he de decir para pintar lo que pasó en mí cuando tomé su mano y después su cintura para bailar? ... Ni una palabra asomó a mis labios y fiel a mi promesa, no despegué mis labios hasta después que ella. De pronto se me vino a los labios las palabra siguientes, que contienen toda mi conversación y de cuya respuesta dependía todo, “*adhu diligis me, Mariquita*”.¹⁹³ Su respuesta sonó para Dios y para mí, y sólo Dios tiene derecho de juzgar por ella.

Más tarde después del valse me vine a casa y encontré a Amelia ya en cama. Pobre Amelia, cuánto me agradeció mi vuelta, dejando el baile para solo verla y consolarla. Volví de nuevo al baile y después que se concluyó, quedamos solos allí con Mariquita, Mix y Samuel hasta las tres de la mañana.

¹⁹³ *Me amas aún, Mariquita*. Traducido del latín.

Stockton. Martes 15 de julio de 1851

Son las seis y media de la tarde en que acabo de llegar de casa de Mariquita. Allí fui a consolarme de mi completa soledad. A las cuatro de la tarde hoy, he quedado completamente solo. Ya partió al fin Amelia y con ella Samuel y Pietro. Va a la Francia al seno de su familia en compañía de una señora y del viejo Capitán Labarún. He quedado pues completamente solo en la casa.

He visto llegar este día temblando, y ha pasado al fin sin que sea tan doloroso y funesto como pensaba. ¡Pobre Amelia! Hace quince días que su vida no es vida, y otros tantos que no se han secado sus ojos por dos horas seguidas. Ha llorado esta pobre criatura cada momento sin consuelo, sin esperanza, cada momento que pensaba en que hoy debía separarse de nosotros y de Stockton para siempre. Dios mío, qué corazón de criatura. ¿Por qué Dios, para hacer un ser perfecto en la tierra, no daría otra cabeza a ese corazón de oro y otra voluntad más adecuada a esa hermosa cara? Pocas criaturas he visto sin embargo que lleguen como ésta a poseer tanta gracia a la vez. Hermosa como pocas, sabiendo inglés, francés y español, como su propio idioma, cantando como nadie cuanto hay cantable, siendo hija y llevando sangre del primer hombre de Francia. Siendo educada por la mujer del Rey, admirada y respetada de los príncipes, y querida al fin del mundo entero como la privilegiada ahijada de la Reina de Francia. Pobre Amelia. Tan digna de mejor suerte. Jamás he visto una abnegación tan completa como la suya en su amor. Jamás ninguna mujer más seductora, más graciosa, más ardiente y más digna de ser querida.

¡Pobre Amelia! Cuando le decían ahora que se ocupara de su equipaje y su acomodo, “respondo a todo eso”, decía, “que son injustos, me quieren quitar las únicas horas de dicha que me restan con Ramón. Quieren matarme al fin”. Sí, verdaderamente la matarían si le hubieran quitado esas últimas horas, como ella las llamaba. No tiene al fin que quejarse; hoy en su despedida se ha despedido como ella quisiera. Pocos días ha pasado tan completamente conmigo como éste último. Ha pasado en mis brazos sus últimos instantes de Stockton, ha vertido sobre mi pecho las lágrimas de una separación tal vez eterna, el dolor de una dicha perdida, en una palabra, ha llorado conmigo diciéndome en sus sollozos, “yo sé que ahora cambio mi dicha por la muerte, es imposible que pueda sobrevivir”. Dios mío, había tanto dolor y verdad en sus palabras, tan hermosa estaba llorando así con tanta serenidad derramando a mares lágrimas del corazón, no de los ojos, como el común de las mujeres, tan digna de mi amor y compasión me pareció que he llorado como un niño con ella todo el día. Pobre Amelia, si no nos vemos más, al fin me quedará eternamente tu recuerdo.

Hablando hoy de la poesía de Mármol “Los cuatro instantes”, “Ramón, yo espero que tú compondrás otra mejor que ésta y que, en vez de cuatro, pondrás en el encabezado “Los cinco instantes”. Bien, quisiera darle su gusto, pero estoy tan lejos de ser capaz de componer nada que

se parezca a las poesías de Mármol que dejaré más bien los cinco instantes de hoy en mi memoria. Además, en éstos no hay sino dicha y separación quizá temporal, en aquéllos hay muerte, por consiguiente separación eterna. ¡Pobre Amelia! “Gracias a Dios Ramón”, decía llorando, “que al fin me separo de ti del modo más dichoso y feliz que podía esperar en un día tan desgraciado”. Fuimos con ella a casa de Mariquita y su dolor ha sido muy marcado al encontrarse de nuevo con ella. Quién sabe las ideas que se alojaban en su cabeza al verme y a Mariquita juntos allí al tiempo de ausentarse ella, tal vez para siempre.

Mil veces me ha recomendado volver a nuestro bosque de rosas durante su ausencia. Lo haré cuantas veces pueda y recordaré allí los paseos que hemos tenido en diferentes ocasiones. No he tenido yo ánimo de ir con ella a bordo. La he acompañado hasta el muelle y de allí me he dirigido a casa de Agustín. No teniendo valor de volver a casa he pasado de allí a casa de Mariquita, donde he estado hasta ahora en que acabo de llegar aquí. Dios mío, qué triste cosa.

Sacramento. Sábado 26 de julio de 1851. Notas de mi cartera

Son las 7 y media de la mañana en que salgo de Stockton para Sacramento. He tomado el coche de la oposición y por suerte no tengo sino un compañero de viaje. Así es que puedo ir perfectamente durmiendo o leyendo los Misterios de la Corte de Londres por Reynolds o bien ya sumido en mis pensamientos y recuerdos.

Samuel salió ayer para la mina La Estrella de Oro, y Mariquita y Mix salieron también con él para separarse en el puente y seguir el camino que va a dar al rancho del Dr. Craig. Ella iba en su coche a estas horas con su recuerdo y yo con los míos. Nos veremos a la vuelta si vivimos.

Estamos a la mitad del camino y hemos bajado en casa del Dr. N. a comer. Aquí he encontrado a la hermosa y elegante niña que vi la primera vez en el baile del 4 de Julio en casa de Mariquita. Tiene una buena guitarra en que he tocado ya. Me ha conocido al momento de verme, lo mismo que yo a ella. El camino está sembrado de hermosas casas lo mismo que la presente, y todas habitadas por familias decentes dedicadas al cultivo, que por cierto, es la gente más honrada que existe en el mundo.

Son las tres y media de la tarde y estoy en el Fuerte de Sutter, donde se hizo el famoso descubrimiento del oro en California. Cuánto objeto de admiración y poesía existe ahí, en esas paredes a medio caer, y en las murallas que forman el fuerte y el nunca olvidado Molino de Sutter, en cuya acequia se encontró el año 48 el primer pedazo de oro, que dio nombre después a la riqueza de California y que llamó la emigración de todo el mundo.

Son las cuatro de la tarde en que acabo de llegar a Sacramento. Sin duda, como ciudad es cien veces mejor que San Francisco. Está sobre las orillas del río de su nombre en un hermoso llano

y los inmensos árboles que están al margen del río dan a la ciudad a la vez un aire de campaña que contrasta admirablemente con los hermosos edificios de una gran ciudad. Los hoteles y principales calles, los teatros y casas de banco son todos hermosos edificios de ladrillos. La calle del Comercio que tiene de 10 a 20 cuadras es lo más hermoso y rico que puede verse en materia de lujo y mercaderías. Entre los mejores hoteles están el Dorado, el Magnolia, el Hotel de la Reina, cuyo lujo es doble aún que el de los de San Francisco. Entre los hoteles de alojamiento está el Crescens City, el Hotel de Francia, el Hotel de Sutter, el Sur Carolina, etc. Yo estoy alojado en el Hotel de Sutter.

Son las dos de la mañana. Había salido del Teatro Americano a las 12 y hacía una hora y media o dos que dormía cuando oí de mi cuarto el grito de ¡fuego! ¡fuego! Me vestí al momento y como no tengo sino mi capa y mi pistola conmigo, a más de mi ropa y bolsa, salí a la calle diciendo al portero, “adiós, buen hombre, por si se quema el hotel, no nos veremos más”.

Se ha incendiado una manzana entera, y el fuego se ha cortado al fin a fuerza de demoler casas y echar abajo un hotel de tres pisos que principiaba a arder. Más de seis mil hombres se reunieron en un momento. Pero qué espectáculo tan grandioso. Cuatro compañías de bomberos trabajaban ayudados por los mismos hombres que había reunidos allí. El fuego se ha concluido al fin y todo ha quedado en calma. Al entrar al hotel he encontrado por los corredores algunas señoritas desnudas o a medio vestirse que me han preguntado, “señor, ¿se ha concluido el fuego?”. “Sí”. Qué bonitas muchachas para estar tan asustadas.

Marysville. Domingo 27 de julio de 1851. Notas de la cartera.

Sacramento

Son las siete de la mañana y estoy en el *Hotel Crescens City* donde hay paradas más de veinte diligencias listas para partir para las diferentes ciudades vecinas. No he visto jamás en mi vida coches más lujosos. Yo acabo de tomar pasaje en un coche amarillo forrado adentro de terciopelo carmesí, con asiento o cojines de lo mismo, reclinatorios forrados en raso azul y franjas de oro y plata. Hay 25 leguas de aquí a Marysville y llegaremos en cuatro horas y media. Mi pasaje hasta allí me cuesta tres pesos. ¡Esto se llama adelanto y progreso!

Son las diez del día y estamos en la ciudad de Nichols. Se mudan los caballos al coche mientras yo escribo en mi cartera. Al pasar el río Americano los caballos perdieron tierra, y nosotros tuvimos que cerrar las ventanas del coche para no ser anegados de agua. Las dos primeras parejas de caballos cortaron la cadena y nosotros quedamos plantados en medio del río. Los postillones tuvieron que echarse a nada para tomar los caballos y uncirlos después con infinito, trabajo pero al fin hemos salvado bien.

Marysville

Son las doce del día en que acabamos de llegar a Marysville. Hemos pasado por casi toda la ciudad para llegar al Hotel de los Estados Unidos y yo escribo ahora en mi cartera mientras el criado del hotel me ensilla los caballos para ir al Verano o Campo Sonoreño. La ciudad tiene una vista hermosísima porque, como la de Sacramento, se eleva sobre las orillas del río Marysville donde se pueden ver los vapores y buques de flete que hacen el viaje para surtir las minas desde San Francisco y Sacramento. Hay infinitos hoteles lujosamente adornados con cuadros y otras hermosas pinturas de costo. Pero lo que más me ha llamado la atención es un burdel, hermosísimo edificio de tres pisos y lujosamente adornado por lo que se puede ver en los cortinados de las puertas y ventanas, todos de seda de la India de diversos colores. He visto al pasar seis de esas vestales que se alojan ahí, que son bien hermosas, si puede darse hermosura de cuerpo donde no hay de alma.

El Veranito

Son las dos de la tarde en que acabo de llegar al nombrado Veranito. Hay cuatro o seis millas de Marysville y es éste el lugar donde paran los arrieros y donde se cosechan las mejores frutas que se venden en San Francisco, Sacramento y Stockton. He encontrado a D. Mariano Álvarez quién me ha recibido como al Mesías prometido y para principiar me ha regalado con dos hermosas sandías, como no las he visto mejor en mi vida. Después me ha dado una buena comida. Pobre Negro, vale oro lo que pesa. Qué bien me han venido sus sandías después de tanto calor como jamás he experimentado.

Lunes 28 de julio

Son las ocho de la mañana en que salimos de Marysville para Sacramento y Stockton con Don Mariano Álvarez. Anoche mismo le hablé de mi negocio, le arreglé sus dependientes y vine a dormir a la ciudad para salir en la mañana. Llegamos aquí a las ocho, cenamos en un hotel y nos acostamos a dormir hasta hoy.

Son las dos de la tarde en que acabamos de llegar al Sacramento. Hace un calor que devora y abraza como si fuera uno en una hoguera. Hemos ido a casa de un depósito de frutas y allí sólo hemos podido templar el calor tomando sandías y melones.

Yo y Don Mariano Álvarez estamos alojados en el mismo hotel y en el mismo cuarto que antes. Mañana salimos para Stockton.

Sacramento. Martes 29 de julio de 1851. Notas de mi cartera

Son las ocho de la mañana en que salgo de Sacramento para Stockton en la diligencia de la oposición. En mi viaje a Marysville llevaba a mi lado una bonita mejicana de 16 a 17 años y ahora no llevo sino a Don Mariano Álvarez y algunos compañeros de viaje. De vuelta de Marysville he alojado en el mismo Hotel de Sutter. A mi pasada había comido una vez en la mesa con una señorita y su marido al parecer, la misma que en la noche del incendio me preguntó si se había concluido el fuego. Parece que yo le parecí muy buen muchacho en las palabras que cambiamos en las dos ocasiones que nos vimos, porque ayer desde que llegué, salí al balcón so pretexto de calor y ella salió allí y no se movió por dos horas en que yo me paseé. Salí después para mi cuarto y pasó ella en seguida tres o cuatro veces sin objeto o con él. Lo cierto es que en las horas que he estado en el hotel desde ayer ha sido ella mi sombra en todas partes. Qué lástima que no se haya quedado dos días más, para saber lo que pensaba y lo que quería ...

En Marysville he visto ante noche las mejores orquestas que pueden encontrarse en California y es extraño, allí he visto también las mejores mujeres, ya en francesas, mejicanas o americanas, pero todas más o menos empleadas en los hoteles, verdad es que unas están en la barra honradamente con su marido ... y otras juiciosamente con sus Papás en los Lansquenets ... Que la corrupción llegue a tal, que hayan viejos de 50 y 60 años que por una cantidad de plata mensual acepten el nombre de una señorita y están en público al lado de ella por ceremonia ciegos y sordos a todo lo que pasa en su derredor con su hija ... Hay corrupción y veneno en todas las edades y estados de la vida. De estos tipos he visto dos o tres ya tanto en Sacramento como en Marysville.

Son las nueve de la mañana en que acabamos de llegar a casa de la Señorita N. N. Está siempre muy bonita y bien vestida. Tiene ahora una hermosa bata rosada formada a la Pompadour cuya talla y pliegue baja hasta dos pulgadas más debajo de la cadera.

Me acuerdo ahora que al llegar a la ciudad de Nichols en mi viaje a Marysville encontré en el hotel donde paró la diligencia al pobre viejo Capitán Sutter, el hombre que descubrió el oro aquí en California. No tiene qué comer y se calentaba en la chimenea con su pipa de seis centavos en la boca. ¡Lo que es el mundo y la fortuna! Ese hombre dueño de las ciudades de Marysville y Sacramento, por cuyos terrenos y lotes ha recibido doce millones y medio de pesos, ese hombre no tiene ahora un palmo de tierra en qué caerse muerto, y le dan la comida de limosna. Dios mío, como es vanidad y nada más la fortuna de este mundo.

Son las dos y media de la tarde en que acabamos de llegar al rancho de Mr. N. N. Me he venido a encontrar aquí con dos antiguas relaciones, con dos amigas. La una Miss Dickinson, el año 49 parecía la deidad de Stockton, y el ideal del poeta, pues no había otra, ahora es Mrs. Peck. La otra Miss Mur quedó siendo bella; verdad es que ambas son bonitas, que a mí me han robado en su compañía muchas horas de las noches de invierno. Esta última es ahora Mrs.

Masterson, su marido es un íntimo amigo mío y un bello sujeto. Ambas acaban de entrar con nosotros a la diligencia; tengo a Mrs. Masterson a mi derecha ... Bah, pero es nada al fin, son bonitas criaturas, y ocho millas con bonitas niñas y el movimiento mismo de la diligencia es así más soportable.

Son las cuatro de la tarde en que acabamos de llegar a Stockton. No hay novedad.

Stockton. Viernes 1 de agosto de 1851

Recibí ayer la fatal noticia de una desgracia sucedida a Samuel. Se ha quebrado un brazo como quién no dice nada. Me habían escrito primero diciéndome que la cosa no era sino un pequeño golpe y yo no hice de ello mayor caso. Pero al fin sé lo cierto por Samuel que me escribe por medio de Rudecindo, por no poderlo hacerlo él. Paseando por la Mina Estrella de Oro, galopaba sobre Kate sentado como mujer. La pobre Kate metió la mano en una cueva de qué sé yo y cayó apretando a Samuel en su caída. El resultado es que Samuel ha salido de allí con su brazo quebrado. Se ha llevado al Dr. Lasvignes de Sonora y a Perkins, quienes dos han conducido a Samuel desde la mina hasta Sonora pasando por las horribles cuevas de Melones.

Nada bueno es principiar un mes en su diario con una desgracia, jamás vienen solas. Ya veremos, yo no soy fatalista pero admito eventualidades sin procedencia fija, es decir, admito sucesos desgraciados unos tras otros sin que vengan directamente preparados para uno, y no culpo a la bondad divina de todos esos reveses de la vida, aunque ella sea la única procedencia de todas las cosas.

Sábado 2 de agosto

¡Dios mío, qué infeliz soy al sentarme en este momento frente a mi diario! ¿Qué voy a confiarle ahora que no sean lágrimas o agonías de mi alma? ¡Dios eterno! Y que sea mi diario la única persona a quien pueda yo confiar mis penas, y en quien confíe para secar mis lágrimas y aliviar las torturas de mi alma. Bendito seas, amigo mío, y ojalá que pudieras oír y sentir para que pudieras saber cuánto te amo, cuanto te debo. Ser inanimado, y mudo testigo de mis tormentos, tú eres un soldado, en ti he vaciado las penas, los desahogos de mi corazón, y tú has recibido mis lágrimas; y en tu silencio inalterable yo he creído distinguir en ti la virtud más escasa de la creación, la caridad. Si parece que tu posees esa virtud tal es la paciencia con que recibes y oyes las penas de mi corazón; tú, sin tener un alma de donde te vengan virtudes, posees muchas para mí, sobre todo, la más grande, la que nos enseñó Jesucristo como la mejor, de la caridad. ¡Consolar al desgraciado! ¡Qué misión hay más santa sobre la tierra! ¡Qué virtud más

digna de la doctrina de Jesucristo! Y esa es tu misión, mi pobre diario, esa es tu virtud; tú la posees a falta de otras. Otras almas hay hechuras de Dios, que injurian a su hacedor faltando a la caridad, y atormentando sus criaturas en vez de consolarlas para soportar las vicisitudes de esta vida. Otras almas hay a imagen y semejanza de Dios, pero que niegan su hacedor porque en vez de sus virtudes tienen ponzoña y martirio para sus semejantes. Otras almas hay que no tienen ni caridad ni consuelo que ofrecer a sus hermanos en la tierra. Otras almas hay que en vez de seguir el ejemplo de Jesucristo y llorar con los que lloran, roban a Dios el atributo de su divina justicia para castigarle sus criaturas y gozarse en el martirio de los infelices. ¡Oh! Dios mío, cuánto sufro.

Salí de casa a las cuatro y media. Aún no amanecía. Debía ir a una partida de caza y yo estaba encargado de despertar a mis compañeros. Llegué a casa de M. y aún estaban durmiendo. Mas luego los desperté y mis compañeros principiaron a alistarse a su vez. M. salió en busca del carruaje que debía llevarnos pues que la partida de caza debía ser adornada por la presencia de una señorita. Dios mío, así son las esperanzas del hombre, aun las más positivas. Yo salí con el alma radiante de dicha, lleno de esperanza y de alegría y vuelvo lleno de luto, desconfiando de todo, y hasta aborreciéndome a mí mismo. Dios mío, quién creyera que los tormentos únicos de su vida, esas indescriptibles agonías sin nombre, sin remedio, las reciba como del objeto que más ama en la vida, del objeto por quien daría su vida, y por cuya dicha, si necesario, fuera derramar gota a gota toda su sangre.

Esta es la vez en toda mi vida, en que yo recuerdo haber sufrido más que nunca; esta es la vez que los sufrimientos de mi alma han afectado mi físico, esta es la única vez de mi vida en que mi alma ha sucumbido al dolor. Y todo me viene de ella; del objeto adorado, de mi visión en sueños de la dueña de mi alma y de mi vida. Sobre ella carga no mi venganza, no, jamás, pero la justicia que haga pesar en su alma el remordimiento. Ojalá que más tarde no deba a ella mi eterna infelicidad.

Stockton. Jueves 7 de agosto de 1851. Memento

Así debía ser, si hay justicia en la tierra y si queda en este mundo una chispa siquiera de lo que se llama sinceridad de amor. Apenas creo en mi dicha, tal es la grandeza de ella que apenas creo que mi corazón sea capaz de contenerla. ¡Dios mío! La dicha que experimento ahora es sobre todas las que he experimentado hasta ahora en mi vida, y así debía ser para que compensara la pena más grande que he tenido desde que puedo pensar. Ya no tengo recuerdo siquiera de lo que sufrí el sábado pasado, la felicidad de ahora es sobre todo, y absorbe hasta el recuerdo de las pasadas penas. ¡Pobre ángel de ventura! Y yo, que en medio de mi dolor y sufrimiento la he llegado a creer falsa, hasta desconfiar de su amor y su ternura. Oh, yo le he pedido hoy perdón

cien mil veces, yo le he confiado cuánto le he acusado en medio de mi dolor, y ella me ha perdonado o pensando sino en presente. Dios mío, y cuántas penas y pesares han pasado por su alma después que yo he llegado a decirle “que la despreciaba y que me avergonzaba de amar una criatura de tanta doblez y mentira”. Cuánto ha sufrido ella al verse insultada así por el dueño de su amor y en lo más sagrado de sus sentimientos. Cuánto ha llorado y sufrido, luchando a un triunfo entre la pasión y la calidad de su genio, entre el amor y el deber. “Muchas lágrimas he derramado, mi Ramón, al ver la injusticia con que me has tratado, yo que soy capaz de dar por ti mi vida, mi sangre, mi honor y cuanto tengo en el mundo. Hora por hora he llorado y cada una de tus airadas palabras han pesado hasta ahora en mi alma como una eternidad de desdichas”. Así sucede en el común de las cosas. Cuando está herido en su orgullo, enemigo del hombre, se hiere, ya no hay respeto por nada y calumniamos hasta nuestro mismo padre. Yo, en la exaltación de mi pena el otro día fui hasta decirle las cosas más duras que pueden proferrirse para un objeto amado. Pobre María, y no me afectaban sus lágrimas, persistía en culparla y no hallar razón en su conducta. Pobre María, al fin tú perderás a tu Ramón porque sabes de dónde provenía todo.

Son las diez y media de la noche, muy cerca de las 11. Estoy solo en mi cuarto, y así debía serlo para pesar debidamente mi dicha. Pero Dios mío, qué día tan feliz desde su principio hasta el fin. Cómo las cosas se combinan para venir al fin a hacer más solemne su dicha. Yo no pensaba hoy ser ni siquiera conforme y tranquilo y soy el más feliz que darse puede. Así son los poetas y los enamorados que hacen consistir su dicha o su desgracia en una mirada dulce o airada; pero yo no soy ninguna de las cosas, y sé bien estimar mi dicha en lo que vale. Ahora mismo tengo a mi vista su imagen, su retrato, hermosa como es ella. Sí, ahí está abierto delante de mí ante mis ojos para que no dude más ... Cuando he puesto en mi bolsillo su retrato estaba tan lejos de esperar para más tarde en el mismo día el colmo de mi dicha, mi suprema felicidad. Oh, Dios mío. Yo oigo aún sus palabras que suenan en mis oído como la música que debe haber en los cielos para la dicha de los justos. ¡Mi Ramón! ¡Dios mío! Cuánta pasión, cuánto amor y ternura encierran esas dos palabras salidas de lo hondo del alma, y pronunciadas con una boca y labios llenos de fuego y de pasión. Dios mío, yo he pensado volverme loco de dicha. Ahora mismo no puedo juzgar cuánto hay de supremamente feliz en mi alma porque estoy ciego, fuera de mí. Pero subsistirá este recuerdo más en mi alma que en mi diario y seré feliz con él en todos los días que sufra por su amor. Al fin estoy cierto que ama y que su amor es como el mío, sin disfraz, sin mentira, sin estudio, espontáneo como el amor de los pájaros, libre y sin interés como el de Eloísa y Abelardo, tierno y puro como el de los ángeles. ¡Dios mío, qué recuerdo! Ella tenía ahora un vestido rosado que tantas veces he querido besar siquiera su recuerdo. Y con la veneración que se tiene por una diosa, ella no es menos en sus gracias y virtudes. “Dios mío, morir así”. He ahí mis palabras que caracterizan el recuerdo de este día y esta noche.

Stockton. Miércoles 13 de agosto de 1851. Notas de mi cartera

Son las ocho de la mañana en que tomo la diligencia de Moquelemos para ir a la minas de Calaveras. Ayer, estando en casa de Mix, recibí un propio de Escalante diciéndome que no acertaba el camino de la Estrella de Oro y que dispusiera el flete que llevaba. No he esperado y parto ya mismo ahora en la diligencia. Bien diferente es ahora mi modo de viajar del año 49. Ahora me entro en la diligencia como a un baile con mi libro bajo del brazo, me recuesto leyendo a Rose Foster y me acuerdo del camino sino cuando me llaman al almuerzo o a la comida.

Calaveras

Son las doce del día en que acabo de llegar aquí. Pensaba encontrar al arriero en el puente para enseñarle el camino a la mina, pero no he encontrado ni noticias. He buscado aquí un caballo para ir en busca de ellos, y me ha sido imposible encontrarlo por ningún dinero; tendré al fin que emprenderla a pie después de venir en una tan hermosa diligencia. Malditos sean los arrieros, ellos tienen siempre la culpa.

Son las dos y media de la tarde y estoy a orillas del río Calaveras acostado a la sombra de los hermosos y grandes robles que hay en las orillas. Quema el sol horriblemente y apenas puede uno soportarlo en la sombra. Yo he tenido que andar a pie cinco o seis millas con este calor y todo infructuosamente sin poder encontrar a los arrieros. Aquí estoy pues solo con mi libro leyendo en la sombra como un Bousano. No tengo ni un paltó, ni un bastón, ni un puñal para defenderme en caso de necesidad. Mi levita me sirve de cabecera y un arenalcito (sic) de colchón para descansar. Aquí esperaré al fin hasta que pase el sol y volveré las seis millas de a pie al otro rancho para dormir siquiera bajo techo. Qué posición, Dios mío, y tan sin necesidad. Mil rayos partan a los malditos arrieros.

14 de agosto de 1851

Anoche venía yo con mi libro bajo el brazo en mi camino para este rancho, como un predicador misionero con su breviario, hasta que sentí atrás de mí el ruido de una carreta. Esperé, y efectivamente era una que venía a este mismo lugar; les conté mi aventura a los americanos, me hice amigo y me trajeron en su carro hasta aquí. Los mismos me dieron noticias de los arrieros y hoy fui ya, los encontré, les enseñé el camino de la mina y heme ya de vuelta esperando la diligencia que debe pasar por acá a las nueve o diez para irme a Stockton.

Anoche ha sido una de las noches más hermosas que darse pueda. Después de cenar, como a las nueve, salí a pasearme por el campo con la luz de la luna hasta que llegara la hora de dormir o la brisa que refresque el calor del día. Volví a la posada, pedí el número de mi cuarto y fui a dormir; hasta hoy no sé lo que se pasó desde entonces, tal fue el cansancio de anoche que he dormido sin cesar hasta hoy.

Son las diez y media en que tomo la primera diligencia que pasa para Stockton. No vamos sino tres en ella y vamos a volar porque los caballos son magníficos.

Acabo de llegar a Stockton a las tres de la tarde. Aún queda Samuel en Sonora, a quién pensaba encontrar aquí a mi vuelta. Todo está aquí como lo dejé antes de salir. Nada sé de Mariquita pero sabré luego, porque voy a tomar un baño, a la calle del Dorado. Me vestiré y sin esperar más iré a verla. Pobre Mariquita, cuanto debe sufrir con la idea de que su marido pierda quizá sus elecciones y con ellas, su posición social.

Stockton. Sábado 23 de agosto de 1851. Memento

Son las 11 de la noche en que acabo de llegar a mi cuarto. La luna está hermosísima, y corre una brisa apenas lo bastante para refrescar el calor horrible del día. Estoy solo, con mi alma en mi cuarto, y doy gracias a Dios de ello, porque hay momentos en la vida que toda compañía fastidia o perturba. Hay momentos de suprema, como el presente para mí, en que uno quisiera estar solo para saborear a su gusto uno por uno los instantes de su dicha y una por una las más pequeñas circunstancias que le han sucedido. Hay otros momentos en que uno pena y sufre con el alma y el cuerpo y quisiera también que en esos momentos lo dejen solo con su dolor y su martirio. Toda compañía me haría mal hasta la más querida, excepto solo la suya de donde me viene la dicha. Da pues la causalidad que Samuel está aún ausente, y que yo quedo hasta separado de él, solo frente a frente con mi dicha.

Yo salí de mi cuarto entre las tres y las cuatro y estaba al salir de la casa muy lejos de lo que debía escribir en mi diario al volver. He estado en casa de Adela, no estaba su marido, y me demoré allí más de lo que pensaba. Llegué cerca de las cinco a casa de Mariquita, a quién encontré también viuda y huérfana. Alfredo había ido a French Camp y el Doctor a casa del Mayor Were. Yo también fui allí luego con el Dr. que vino y nos invitó a mí y a Mariquita. De allí salí para venir a casa. He estado con María a quién acabo de dejar en este momento, más feliz que un resucitado, más hermosa que una Venus, más buena que una santa. Dios mío, cuánto me ama este ángel, cuánta pasión en cada una de sus miradas, cuánto ardor en cada una de sus caricias. Yo he pensado siempre que el ideal de una mujer buena, pura, sin mentira, cándida, hermosa, y llena de todas las virtudes no se encontraba sino en la cabeza de los poetas, y he pensado también que la mujer como yo pensaba debía amar un día, no era sino un fantasma

de mi acalorada imaginación. Me he engañado, he encontrado en ella el ideal del poeta y mi fantasma en delirios sin que le falte a mi ser real ninguna de las gracias ni virtudes que daba mi fantasma al suyo. Yo no me engaño porque la amo, no; amando puede también uno conocer faltas y defectos, pero yo no le conozco uno, y si ella tenía y los oculta ahora, tanto más mérito, no es sino el precio del amor la encargada de purgar y limpiar las almas de todo defecto hasta elevarlas un poco más arriba del común de las demás. Un defecto corregido por el amor, se torna virtud siempre, y es más admirable el que pueda recordar ese defecto al objeto amado para citarle una falta, aunque basada por el solo motivo que ese defecto desapareció a influencia de su amor; eso sería reprocharle su amor mismo, que es más absurdo.

Yo he oído decir a los positivos que los que se aman no se encuentran jamás defectos los unos a los otros y que se creen el colmo de perfección. Convenido, y esa certeza no es sino una evidencia. Ya que el ser amado sea en realidad perfecto, ya que oculte y olvide sus defectos por su amor que lo eleva más y más arriba siempre, de todos modos el ser amado es perfecto, puesto que para el objeto de su amor aparece sacrificando sus defectos tal vez habituales, a la fuerza de su pasión; siempre es perfecto; ¿qué defecto sino iría uno a reprochar al objeto querido los defectos y las faltas que comete con los demás? No, por supuesto, porque sería villanía y tontera acusar a las que no les son para uno. Que las acose y castigue quien corresponda ...

Pero yo he salido lejos de mi primer objeto al abrir mi diario. Yo quería recordar mi dicha y hacer sentir la fuerza de mi ventura, detallándole sus circunstancias las más pequeñas y me he extraviado. Sin embargo, no es por demás porque eso es en honor de ella que me inspira al mismo tiempo tanto amor y respeto con sus gracias y virtudes. Dios mío, cuánta dicha hay en mi alma, y cuánto objeto feliz de recuerdo en su vestido blanco de muselina con pequeñas pintas violetas, en su peinado, en sus palabras “¡mi Ramón, cuánto te amo Dios mío!”.

Stockton. Miércoles 27 de agosto de 1851. Notas de mi cartera

Son las ocho de la mañana en que salgo para el Sacramento en mi segundo viaje a aquella ciudad. He tomado a bordo de la mejor diligencia que viaja para allá y creo que iré con la mayor comodidad. Estuve anoche en casa de Mariquita, a quién dejo buena aunque triste. Pobre Mariquita, qué será al fin de ella si su marido pierde sus elecciones. ¿Tendrá tal vez que salir de Stockton si su marido va a otra parte? No creo que ella salga ni muerta de aquí. Tiene tantas relaciones, tantos amigos que para ella sería lo más duro que tuviera que salir. Pero su marido y su papá no son suficientemente ricos para emprender cualquier negocio aquí. No hay duda que la pérdida de una oficina de veinte mil pesos más o menos al año se sienta un poco.

Son las doce del día en que acabamos de llegar a casa de la señorita Hallen donde esperamos una hora mientras comemos y se cambian nuevos caballos a la diligencia. El día está

hermosísimo y no hace tanto calor como pensábamos. Pero más hermosa está Miss Hallen, que conversa con nosotros mientras pone la mesa y los platos de diferentes cazas de venados, conejo, codornices, etc.

Sacramento a la 4 y media de la tarde

Hemos llegado aquí a las cuatro en punto de la tarde después de un feliz pasaje. Toda la hermosa y coqueta ciudad de Sacramento está lavada de cara. Sus calles están todas regadas y barridas de modo que se nota una frescura y bien estar encantadores. Parece una ciudad encantada, tal es la hermosura y lujo de sus edificios, la multitud de gente inunda cada calle, cada vereda, y los almacenes y tiendas que no contribuyen menos a adornar la ciudad con sus riquezas. Yo he tomado mi cuarto en el Hotel Cressens City de donde parten las diligencias para todas las ciudades vecinas para estar más expedito, para tomar la que va a la ciudad de Marysville.

Son las nueve y media de la noche. Comí en el gran Hotel del New Orleans y salido de allí me dirigí al Teatro de Tehama donde había estado la vez pasada. Pero mucho me admiré cuando llegando al paraje no pude dar con él. ¿Quién sabe, me dije, cómo el Sevillano con su Giralda, si lo habrán llevado en angarillas a otra parte? Pero luego me encontré con un caballero quien me sacó de la duda diciéndome que hacía ocho días que el Teatro Tehama se había reducido a cenizas con los demás edificios de la manzana.

Heme aquí de vuelta a mi cuarto. He pasado por todos esos palacios encantados con nombre de hoteles y burdeles, donde la música, el canto, las decoraciones y el lujo, ocultan la corrupción y desmoralización hasta el último grado. Por dos cuadras enteras no se oyó sino música y no se ven sino casas públicas de toda especie llamando al pasajero. He preferido volver a mi cuarto. El pasar siquiera por esas casas me da asco y aborrecimiento ... ¿Quién pensara en mí ahora? ¿Qué será de Mariquita, en este momento? Tal vez ya duerme llena de dicha y tranquilidad.

Jueves 28 de agosto

Son las ocho de la mañana en que tomo mi pasaje para Marysville en uno de los más hermosos coches de tres pasajeros que viajan para aquella ciudad. Nos prometen hacer en cuatro horas y media las 25 leguas que nos separan. He aquí que acaba de entrar y sentarse a mi lado una hermosa mazatleña de hermosos ojos, blanca como un papel y de 16 a 17 años. Yo sólo hablo español de todos los que vamos y por medio de mí, tiene que entenderse para su pasaje ... qué desgracia ...

Son las dos y media de la tarde en que acabamos de llegar a Marysville. Durante el camino me he entretenido con ella, y me ha contado casi toda su vida. Dice que deja su marido en

Sacramento y que viene aquí a visitar una hermana. Me ha convidado que vaya a verla al Hotel Napoleón donde aloja. Es tan linda que nadie puede decir no a lo que ella pide, y yo le he dicho que sí iré pero no pienso ir allí por nada. Puede no ser honrada. De todos modos, ¡lo mejor de los dados es el no jugarlos!

Marysville. Viernes 29 de agosto de 1851. Notas de mi cartera

Ayer a las cuatro de la tarde llegué a Marysville. Me bajé en el Hotel de los Estados Unidos, me lavé y una hora después tomé el camino del Campo Sonoreño o Veranito, en la diligencia que viene y vuelve de aquel Campo.

Son aquí las gentes como son los sonoreños en su país. Todo es baile y la mayor población es mejicana. Llegué aquí ayer y encontré a Don Mariano [Álvarez] como todos los demás, enfiestado. Me sirvieron sandías y cuánto se ha inventado bueno para comer. Hasta que llegó la noche, me he pasado leyendo. Pero apenas anocheció principiaron las músicas en los dos hotelcitos que hay a moler la paciencia. Me acosté a las nueve y desde mi cama oía la música y los cantos y el ruido de los bailadores. Creo que serían las doce cuando me despertó la bulla de una pelea de más de cien hombres; casi a la cabecera de mi cama se oían los juramentos y las voces de dos o tres mujeres que eran la causa; ha habido tiros, puñaladas y maldiciones. Así se ha pasado la noche hasta hoy.

Me encuentro de nuevo en mi cuarto de los Estados Unidos. Llegué del Campo Sonoreño y estoy aquí desde esta tarde para volver mañana al Sacramento. Son las diez y media y acabo de llegar de dar mi último paseo por la ciudad. He visitado todos los hoteles y casas que llaman algo la atención. De veras que de noche, Marysville es doble mejor que lo es de día.

Sábado 30 de agosto

Son las siete de la mañana en que salgo de Marysville para Sacramento. Me persiguen las mujeres. Esta vez no es una mazatleña, sino una americana de 30 con pretensiones de 25 la que ha venido a sentarse a mi lado en el coche.

Las 10 del día. Acabamos de encontrar la diligencia que salió antes que nosotros hecha pedazos en el camino y algunos pasajeros malamente magullados por el golpe. Seis y ocho de ellos acaban de entrar a nuestra diligencia. Así es que el que no ha de morir de viruela en vano, le viene la peste. Yo debía venir en ese coche y me quedé porque no lo vi a tiempo que salía, gracias a Dios buena librada he hecho.

Sacramento. Las dos de la tarde

Son las dos de la tarde en que acabamos de llegar al Sacramento. Hace un calor horrible y a pesar de la fruta y soda que he tomado, no pude aún refrescarme. Estoy en el Hotel de Cressens City donde se mueven más de 200 pasajeros.

Domingo 31 de agosto

Son las ocho de la mañana y tomo mi asiento en el coche para volverme a Stockton. Aunque es un poco temprano para una gran ciudad, y para domingo, sin embargo ya hay mucho movimiento en toda la ciudad. Se ven los carruajes con niñas cruzar todas las calles, tal vez en paseos para el campo. Mil gritones aturden anunciando para esta noche las funciones en los diferentes teatros y demás diversiones. Buen provecho.

Acabamos de llegar a casa de la señorita Hallen, donde comemos y cambiamos los caballos. Hace un calor horrible mientras no marcha uno en el coche, se sofoca, porque la velocidad de los caballos da siempre aire y uno va más fresco. Qué linda está Miss Hallen. Me acaba de preguntar por mis bellas de Stockton haciéndome idea con las que ella conoce ...

Son las cuatro de la tarde en que acabo de llegar a Stockton ... ojalá que no hubiera llegado ... Ya no tengo padre y ya entro en la cuenta de los infelices que no han recibido la última bendición del autor de sus días. Santo Dios, qué desgracia, qué horrible cosa. Muerto el 30 de mayo, día en que yo le escribía.

Stockton. 1 de septiembre de 1851

¡Con qué triste asunto abro en mi diario la campaña de este mes! Cuánta desgracia y cuánto dolor encierran las cosas que voy a recordar hoy en mi libro de memorias. ¡Es poca cosa sin padre y! Dios mío, ¿podría habernos venido desgracia más grande después de tantas calamidades como las que hemos sufrido hasta ahora, una tras otras sin intermisión? ¿Hay desgracia más grande que perder uno a su padre, y no hallarse allí cerca del lecho de muerte para recibir siquiera su última bendición? ¡Dios mío! No verse uno cerca del autor de sus días en su hora final es para mí una catástrofe sin consuelo.

Pobre mi Padre. Después de una vida laboriosa de 50 años, después de haber servido a su patria en los puestos más importantes y sin el estímulo del dinero, después de haber sido el hombre más justo de su país, el intachable, ha sido arrojado lejos de su patria, de su casa y comodidades a ganar el pan de su familia a costa de pesares, a costa de su vida misma. Después

de haber llevado una vida ejemplar en su austeridad de costumbres, después de haber sido llamado por cuantos lo han conocido desde su infancia, “el virtuoso, el intachable” ha venido a morir en Chile, en el destierro, y ausente de sus hijos.

Parece que su enfermedad y su muerte son la obra sola del pesar y la melancolía. Pues que yo jamás he conocido enfermo a mi padre y en Chile ha gozado siempre de una salud inalterable. Soterrado en la hacienda de Cucha, no viendo a su familia sino en el invierno, entregado al trabajo material en el día y de noche a los mentales, ha caminado así sin pensar en el camino de la tristeza y consunción moral, sin apercibirse de ello sino cuando ya era tarde. En sus cartas nos ha presagiado él su fin, pero nosotros hemos creído todo meras apreciaciones, efecto de su tristeza y tal vez por estimularnos a volver luego. Nos hemos equivocado. Como privilegio acordado por Dios sólo al hombre justo, él ha conocido su fin y se vino a la ciudad a morir al lado de su familia, y con los auxilios de su religión.

A los quince días de llegar a Concepción ha muerto. Pero al fin tengo el consuelo que su muerte ha sido ejemplar, como ha sido la historia toda de su vida. El día que debía morir (30 de mayo) cuando parecía mejor, dijo que iba a morir ese día y que quería levantarse e ir por sus pies al templo a prepararse. Contra el empeño de todos, contra semejante ocurrencia, se levantó de la cama, fue a la iglesia, se confesó, recibió los santos sacramentos, oró allí por más de dos horas y volvió a su casa tan tranquilo y bueno como si estuviera sano. En seguida se sentó en su escritorio y escribió una larga carta de despedida para mí, y otra para Samuel, arregló todas sus cosas, sus últimos codicilos y después dijo “ahora voy a la cama a morir”. Toda la familia se reunió en el aposento y fuese despidiendo de cada uno de ellos con toda tranquilidad y habló en su entero juicio hasta que espiró una hora después que se recogió a su cama.

¡Cuán marcado es el fin del hombre justo! Con qué serenidad se despide de esta vida, sin pesar, sin remordimiento y hasta parece que sin dolores, tal es la dulzura con que se cierran sus ojos, sin esfuerzo, sin contorsiones de agonía. Cuando yo deba desviarme una línea del camino del honor y de la probidad como poco virtuoso y menos parecido a mi padre, entonces yo recordaré la vida y muerte de mi padre como el ejemplo y justa senda que nos ha trazado para justa carrera. Tendré presente el tesoro de sus cartas, que son muchas, y particulares a mí, a quien como heredero de su nombre y tal vez por quién sabe qué más ha distinguido mucho siempre; guardo esos tesoros en que está pintada su alma, su caridad evangélica y sus virtudes todas.

Mi padre ha sido puro en cuerpo, en alma y en acciones. Jamás conoció otra mujer que la suya y cuando se casó tan cándido era y puro, que no sabía siquiera el uso que debía hacer de su esposa. Estas confidencias me hizo él, me acuerdo, en la hacienda de Cucha, una noche que estábamos solos y que hablábamos de mi viaje a California. Cuál fue su dicha cuando yo le dije “Tatita, yo no soy indigno de usted en eso, yo tengo ahora 21 años, soy fuerte, joven, con más o menos gracia que cualquiera y estoy tan virgen de mujeres como la más pura

doncella; he pasado por muchas, he dominado muchas tentaciones y conozco que puedo ser así siempre con la ayuda de Dios y la educación que he recibido de usted y mis maestros”. Me abrazó lleno de gusto y me dijo que entonces quedaba más satisfecho y contento de mi viaje a California, porque confiaba en mi virtud y fuerza de alma. Pobre mi Padre, bendita sea su memoria.

Stockton. Martes 16 de septiembre de 1851

Son las cinco y media de la tarde en que llego a mi cuarto. Aún siento las palpitaciones de corazón a influencia de la emoción de dicha que domina mi alma. Cuando menos se espera y cuando más feliz es uno, y cuando más agradecido queda a la casualidad o destino que prepara las cosas. Yo salí de mi cuarto sin pensar en la dicha que me esperaba, tanto más sorprendido he sido cuando me he visto feliz sin siquiera haberlo soñado. Después de muchos días de penas y sufrimientos, puedo al fin decir que soy feliz aunque mi dicha no me dure por largo tiempo. Sin embargo, en medio del pesar, el recuerdo de su dicha le hace más soportable sus penas, se es feliz con el recuerdo como con la dicha misma. Así recordaré yo esta tarde como una de las más felices de mi vida, y cuando la pena asalte mi corazón, llevaré mi pensamiento al recuerdo de este día y seré si no feliz, al menos más tranquilo, menos desgraciado. *Elle avait, comme au 7 de août, sa robe rouge, et comme elle était bonne, ardente, passionnée et belle, mon Dieu, je crois rêver, tant ma fortune m'étonne. Mon Dieu, comme elle m'aime, et comme je la répute/respecte en même, correspondant son amour et sa tendresse!*¹⁹⁴ ¡Mi Ramón! ¡Con que suenan esas palabras a mi oído! Y el amor y ternura con que ellas suenan en sus labios. ¡Oh! Dios mío, algo hay de divino y de singular en ser feliz así, en ser amado con tanta pasión, el ser el ídolo, el pensamiento, la dicha, y presente y el porvenir del objeto adorado. Algo de grande hay, un amor tan puro, tan poco vulgar, algo de extraño que lo eleva a uno más arriba y lo hace pensar en mejores acciones, en mejores obras, en mejor conducta. Más tarde cuando yo lea estas páginas sentiré dicha y seré feliz, recordando que el objeto de mi amor me enseñaba la virtud, y plantaba en mi alma mejores ideas que las mismas mías que yo creía buenas. Cuando uno tiene que enseñar la virtud al que quiere amar, cuando hay que plantar la virtud en lugar del vicio o los defectos en el corazón del objeto amado, entonces el amor es menos grande, menos digno, menos puro, en una palabra, menos digno de recuerdo eterno. Bendita sea siempre la memoria de este día.

¹⁹⁴ *Ella tenía, como el 7 de agosto, su vestido rojo, y como ella era buena, ardiente, apasionada y bella, Dios mío, creo soñar, tanto mi fortuna me sorprende. ¡Dios mío, como me ama, y como la respeto como joven, correspondiendo su amor y su ternura!* Traducido del francés.

Miércoles 17 de septiembre

Hacían ya quince o veinte días que esperábamos con Agustín día a día su familia. Al fin supimos que llegó el 14 de Mazatlán a San Francisco, y salió de allí antes de ayer para acá. Pero el vapor, debiendo llegar aquí ayer, tuvo avería y se quedó con la familia hasta hoy en la noche que llegó. Todo el día hemos estado con Agustín a la expectativa y nos hemos cansado de esperar hasta la noche. Yo salí de casa de Mariquita a las diez y venía a mi cuarto cuando vi de la escala venir el vapor completamente iluminado. Me fui al punto a advertir a Agustín quién estaba ya en cama, lo mismo que sus demás hermanos. Salimos y fuimos a recibir a bordo la familia.

Acabo yo de llegar de casa de Mariquita donde dejó ya establecida toda la familia. Nosotros los acompañamos hasta allí. Son muy buenas señoritas, lo mismo es la madre. La menor de ellas tiene quince años y es la mejor en cara. Cuánto gusto he tenido al verlo a Agustín entre su familia. Pero ahora estoy triste, me he acordado que también yo tenía un padre de la misma edad del que Agustín acaba ahora de abrazar, hermanos y hermanas como ellas y una madre tan buena y santa como la de Agustín. Ahora, de mi padre no queda sino su memoria, mis hermanos ... una nuestra ya y las demás huérfanas, mi madre viuda, ausente de sus hijos y sufriendo en destierro la escasez y la miseria tal vez.

¡Dios mío, mientras yo sufro con tan tristes recuerdos, cuántos habrán a esta hora embriagados de placer con las fiestas del aniversario de Chile! Hoy es 17 de septiembre y deben haber a esta hora grandes fiestas, grandes ruidos en todas las ciudades de Chile. Quién habrá de tantos que piense en mí a estas horas en que yo pienso en todos.

Stockton. Jueves 25 de septiembre de 1851

Muy pobre estoy de acontecimientos para mi diario. Samuel, que ha estado en San Francisco quince o veinte días con Perkins ha llegado hoy. Esta noche iremos y será presentado a casa de las señoritas Ainza. Nuestra relación tan estrecha antes con Agustín, se hace hoy más íntima con la venida de su familia. Sus costumbres son enteramente sencillas sin dejar de ser bien civilizadas, efecto todo de la vida de provincia, sin disfraz, sin arte, sin ficción. Cantan cuanto hay cantable en trozo de ópera, tocan y bailan bien todas ellas. Nada queda de desear a un joven educado para divertirse allí. No son bonitas sino dos de ellas o sólo una, Lola, pero su amabilidad y virtudes la hacen más bonita que las gracias de la naturaleza. La madre es muy parecida en el modo de tener su familia a mi mamita, se parece en lo rezadora, en lo amante de sus hijos, en lo cuidadera (sic) de su casa, etc.

Mariquita, después del placer que le causa estar en medio de la familia donde se ha criado, sufre mucho como se lo presagiábamos antes de la llegada de la familia yo, Samuel y su marido

mismo. No es que ella reconozca en sus hermanas adoptivas ventaja alguna en hermosura, gracia, educación, pero está celosa de todas, de su marido, de Samuel, de mí y de todos sus amigos, hasta cela a su papá mismo. Acostumbrada desde que llegó acá a ser la reina donde quiera, la admirada, la querida y apreciada de todos, no puede ver en sangre fría que se prodiguen atenciones, ni palabras cariñosas a otras que ella. Le parece un sacrilegio que su padrino Samuel vaya a ser amable con otras señoritas, que su marido se sonría con otras, y que su papá diga hija a cualquiera de ellas por chanza. Después de esto es sabido ya cuántos celos debe tener de mí que en calidad de soltero soy mejor visto tal vez por todas ellas. Sin embargo todo es en ella un poco injusto porque nadie ha mermado su afecto hacia ella. Nadie, ya digo. Yo la estimo y respeto lo mismo y creo que así debe pasar en todos los demás.

Domingo 28 de septiembre

Hace tres o cuatro días que he recibido cartas de Amelia desde Panamá. Pobre Amelia, siempre sufriendo, siempre desgraciada, pero siempre la misma en sus sentimientos. Dice que ha sufrido mucho en su navegación de todos modos. El malvado del viejo Capitán ha probado ser un infame ... y hasta con esto ha sufrido la infeliz. Se encontró a bordo con un joven doctor argentino y americano quién le ha brindado mucha amistad y sus auxilios como médico a bordo. En la cruzada del Istmo dice que espera sufrir doblemente, porque hay peligros que salvar y muchas leguas que andar de a pie. Pobre Amelia. Concebida en desgracia ... siempre es infeliz en todas partes y hasta donde ha sido amada y querida por todos, allí ha tenido otra clase de sufrimientos. Me dice que me acuerde del 14 de mayo y sus acontecimientos, que si ella muere, morirá pronunciando mi nombre y acordándose de ese día ... Gracias Amelia, si yo me muero, rogaré por ti y por mí a Dios y por la dicha de los míos.

Martes 30 de septiembre

Poco fecundo ha sido este mes en acontecimientos que merezcan la pena de venir hasta mi diario. Sin embargo, para mejores y más eternos recuerdos, debo ver mi libro copiador de cartas, donde se encuentran más fechas anotadas, más cosas y cosillas relatadas. Es cierto que hay cosas que a fuerza de ser viejas, se he llegado a olvidar ... o al menos descuidarlas en cuanto a hacer de ellas materia para mi diario. Esas cosas y esos asuntos siguen sin embargo su curso ordinario, y no es que se hayan hecho para mí viejas o menos interesantes, como para ocupar páginas en mi diario, no, sino que son siempre iguales los días, e iguales los incidentes que pudiera marcar. Me [ilegible] para una vez que noté diferencia alguna, en el día, en el tiempo,

en las cosas, en los objetos y entonces vendré a mi diario de prisa. Ahora soy muy feliz y los días pasados son como éste, siempre iguales, continuos como la primera vez. No pienso tener que anotar pesares al menos por mucho tiempo, no sé de dónde me puedan venir tampoco, pero sin embargo no quiero perder la costumbre de sufrir, por si me asalta mi compañera de repente, la desgracia.



F. 16: California gold diggers, mining operations on the western shore of the Sacramento River¹⁹⁵

Stockton. Miércoles 8 de octubre de 1851. Notas de mi cartera

Son las seis de la mañana en que tomo el coche diligencia de Todd para Sonora. El día está hermosísimo y tal vez no tengamos mucho calor en el camino. Me he levantado a las cuatro y media y aún no amanecía. La madrugada de hoy ha sido como todas las de otoño, hermosa sin viento, ni fría ni calurosa. Creo que tendremos un magnífico viaje.

Son las doce del día y estamos en el río Stanislaw. Esperaremos en un magnífico Hotel mientras se sirve la comida a los pasajeros y se mudan caballos a la diligencia. El hotel en que estamos es lindísimo y está edificado sobre los bordes mismos del río, dominando todo el campo

¹⁹⁵ Kellog & Comstock, hacia 1851, litografía, Robert B. Honeyman Collection, UC Berkeley, Bancroft Library.

y las demás habitaciones del lugar. Está la sala principal completamente llena de cuadros que para mí tienen el sendo defecto de ser muy obscenos, lo mismo que para los demás es una cualidad.

La ranchería de los indios está a dos cuadras del hotel sobre la otra orilla del río. Yo acabo de dar un paseo por sus casuchas, y he llegado a tiempo en que cada uno de los indios llega de su pesca, con su inmenso salmón o sarta de truchas. Esto es con lo que se mantienen estos pobres, y cada uno de ellos trabaja ahora en preparar su comida, mientras las indias mecen sus niños sobre sus rodillas. Cosa admirable entre los niños que he visto, he notado ocho o diez tan blancos como un papel, aunque con el pelo todavía un poco negro. Estos son ya sin duda hijos de yanquis y la raza comienza a mezclarse hasta que desaparezca la de los indios.

¡Qué casualidad! Acaba de entrar a servirnos a la mesa el mismo negro que tenía de cocinero Mariquita. ¡Qué recuerdo me trae su presencia! Tantas veces comiendo y sentado al lado de Mariquita, lo he visto de pie a mis espaldas esperando órdenes. Me ha preguntado por sus antiguos patrones y me ha dicho que tiene muchas ganas de volver con ellos. Yo vi anoche a Mariquita y queda buena, aunque triste como un panteón, sin embargo de estar acompañada de la familia entera de Ainza. Pobre María.

Sonora. 8 de octubre. Las seis y media de la tarde.

Las seis y media de la tarde en que acabamos de llegar a esta pequeña Babilonia. La ciudad está ya alumbrada por los faroles y lámparas de los Hoteles y casas de comercio. Se oye al entrar a la ciudad un ruido inexplicable, indeciso, y es producido por las innumerables músicas de distintas clases de cada uno de los hoteles.

En cada uno de ellos hay alguna hermosa niña en la barra y otra en la mesa de juego para atraer a la gente y el movimiento del hotel. Sin una niña no se da hotel, sin una bella no hay negocio, sin una mujer no hay negocio ni nada. Dios mío, cómo llega a ser el sexo a veces y como es deshonrado aquí hasta el asco.

He encontrado a William muy bueno lo mismo que a Enyart. Bienvenido soy, porque estaban muy aburridos. Vamos ahora a comer al Hotel Francés de Le Coq.

Domingo 12 de octubre

Cuatro o cinco días hace que estoy en Sonora, y a pesar de estar con mis mejores amigos en medio de tanto movimiento, de tanto artista y música, yo estoy más triste que un encarcelado.

Dios mío, qué noche he pasado anoche. Samuel me escribe y en su carta me dice de nuevo “Mariquita *est enceinte*”¹⁹⁶. ¡Vaya con la noticia para consolar tristes!

Hoy es domingo y el movimiento en la ciudad presta verdaderamente un espectáculo digno de atención al que lo ve por la primera vez. Se oye la música en todos los hoteles y cada uno de ellos está lleno de gente hasta la puerta. No es extraño; toda la población minera de tres leguas a la redonda se reúne los domingos y hay muchos miles que digamos. En cada media cuadra se ve otro inmenso pelotón de gente y un hombre sobresaliendo de todos y gritando con mil ademanes, al mismo tiempo que enseña alguna mercadería; ése es un martillo. Luego pasan uno, dos, tres cuerpos de música casi a un tiempo cada uno llevando un saltimbanqui o un payaso que convida para el teatro, los toros, o maroma en la noche. Dios mío, con qué gusto dejaría todo esto por hallarme en Stockton.

Sonora. Lunes 13 de octubre de 1851. Notas de mi cartera

Son las nueve de la mañana en que salgo de Sonora para Melones. Ayer con los mineros que vinieron de los alrededores de Melones supe que la mina nuestra estaba en alcance. Y así como se abultan todas las cosas en California, así también se ha abultado esta noticia, hasta el extremo de hacerme la corte en Sonora los jóvenes y las señoras como al poseedor de una mina que en su primer alcance ha dado una arroba de oro. ¡Miserables! todo es mentido y con arte en ellos y son serviles hasta besar lo pies al que llegan a creer rico. La carta de Rodríguez por la que yo sé lo cierto de esta noticia, traída por Vera, sólo me habla de un beneficio de 500 \$ por carga, y eso solo es una ¡riqueza! con todo el énfasis de la palabra.

Melones

Son las doce y media del día en que acabo de llegar a Melones. No he encontrado a mi tío y compañero Rodríguez en casa; según me dice una mujer que vive al lado de nuestra casa, salió esta mañana para la mina y no ha vuelto aún. Probablemente volverá luego. La casa está completamente sola y yo solo soy el ser que respira adentro a excepción de algunas ratas que cruzan cerca del mostrador de vez en cuando. Hace un calor horrendo, y no corre ni una gota de aire según el dicho vulgar.

Son las once y media de la noche. La luna brilla como jamás la he visto brillar en California. Mi tío hace ya más de una hora que duerme. No corre ni viento siquiera que haga sonar las hojas de los árboles. Yo he dado un paseo gozando de esta hermosura de la noche y a ella debo

¹⁹⁶ *Mariquita está encinta*. Traducido del francés.

“La serenata”, borriones de poesía que se me ha venido a la memoria o a la fantasía. He hecho y copiado esos borriones después de haber leído a Lamartine. ¡Qué casualidad! He hallado aquí lleno de grasa y estropeado el libro de Lamartine, su alma a la vista “Sus confidencias”, ¡Dios mío! qué placer me ha causado este hallazgo en medio de las entrañas de California, en esta soledad y circunstancias, en medio de esta noche, en fin. Preguntando a mi tío sobre el dueño del libro, me ha respondido que es un viajero que lo ha dejado olvidado, y que desde entonces ha pasado de mano en mano de los mineros de Melones hasta quedar en el estado en que está. ¡Dios mío! No podía yo haber encontrado un tesoro igual. Yo no había leído aún esta obra y la buscaba por todas partes. La relación que hace antes de principiar sus confidencias, el modo cómo llevaba él su diario desde muy joven, lo que valía y era para él su diario, me ha llenado de asombro al ver que yo, un gusano, un átomo, una nada en comparación con este hombre, he hecho instintivamente la misma cosa que él. Para mí, mi diario es mi vida, mi consuelo, mi segunda existencia. Para él fue lo mismo, y no he podido menos que copiar sus renglones que hablan de su diario. Ahí están al principio de mi diario y cuando yo, o alguien, quiera saber lo que significa un día, lea las palabras de Lamartine y sabrá.

Martes 14 de octubre

Son las nueve de la mañana en que salgo de Melones de vuelta para Sonora. Anoche leí y escribí con las confidencias de Lamartine hasta que se me acabó la vela. Hoy me he levantado aún bajo esa influencia y mi alma rebosa de tranquilidad, sino de dicha.

Son las once de la mañana. Acabo de bajar la inmensa cuesta del cerro de Melones y estoy de este lado del río donde espero que me sirvan de almorzar para seguir mi camino. La casa de Mr. Maury está sobre la misma orilla del río Estanislao y es una bonita casa de campo, con sus balcones, su jardín, sus plantas, etc.

Son las dos y media de la tarde en que acabo de llegar a Sonora. Al pasar por el Hotel Le coq me ha convidado a comer Miranda y su “señorita”. Y va de adulaciones. ¡A propósito! ... Dejo la mina en un brillante estado y parece que venderemos luego la mitad de ella en 12 mil pesos. Yo llevo la muestra que he tomado del mismo laboreo y creo con ellas haré un negocio en Stockton o San Francisco.

Sonora. Miércoles 15 de octubre de 1851. Notas de mi cartera

Son las cuatro de la mañana en que salgo para Stockton. Anoche no he dormido ni un momento. A las ocho y media salí de casa de Carmelita con Enyart. Después volvimos y fuimos con

ella y su marido a tomar chocolate a una fonda célebre por su chocolate. De vuelta he pasado hasta las doce al lado de Mademoiselle Virginie, que en buen español me dice “alma miya”. Al salir de allí hemos encontrado con Enyart un burrito en la calle. Como la luna estaba tan hermosa se nos puso en la cabeza jugar con él. Lo tomamos, subió él adelante y yo en las ancas, y acompañados de Cupertino, Galán, Samborain, Galup y algunos otros jóvenes, nos entramos al Hotel de Lavetour en el burro en medio de los más frenéticos aplausos. De veras que ver al tesorero de la ciudad, miembro del Congreso y a su amigo Navarro, dos altas categorías, montados en un burro llevados por veinte jóvenes más, causó gran gusto entre todos los concurrentes. Mademoiselle Virginie se reía como si hubiera estado en una petipieza (sic) la más salada.

Así llevamos jugando hasta las dos, y yo no quise ya acostarme porque debía levantarme a las cuatro. Aún no amanece y estamos en el río donde almorzamos y cambiaremos caballos. El día no es muy caluroso, o solo sentimos esto cuando nos paramos.

Stockton. Jueves 16 de octubre de 1851

Ayer a las dos de la tarde llegué a Stockton. Encontré a Samuel bueno. Salí a tomar un baño y quitarme todo el polvo que traía del viaje. Fui en seguida a casa de Mariquita y visité a un tiempo a ella y a las Ainza. Las encontré comiendo. Me invitaron a que comiera con ellas y rehusé por la primera vez y alguna de ellas dijo, riéndose, “los hombres de mina de cincuenta mil pesos no comen ya con los pobres”. “Al contrario, esos son los que comen con los pobres, por economizar su dinero, pues que todo rico es miserable”. Estuve un momento más y me salí.

No he notado en Mariquita diferencia alguna, y creo que todo es mentira en cuanto a estar encinta. ¡Dios mío! *¡Serait-il possible, ça finirait d'un seul coup avec ... mais c'est impossible!*¹⁹⁷

Lunes 20 de octubre

Se han pasado muchos días sin que tenga nada de particular que decir a mi diario. Desde el 16 de septiembre se han pasado los días entre sí y no soy dichoso, entre la duda y la pena, sufriendo a veces, llorando otras, siendo feliz a medias, bajando otras veces a la desdicha misma en la exageración de la situación. Después que uno ha apurado la copa de la dicha hasta cierto grado no pueda bajar a ser feliz a medias, es decir, reír la mitad de un día y llorar en la otra, o a veces llorar un día entero sin siquiera tener nada de esa dicha que ha gozado otra vez. Pero ¡qué hacerle! A veces no pende sino de la reunión de accidentes y entonces no puede culpar a

¹⁹⁷ *Será posible, esto terminaría de un solo golpe con ... ¡es imposible!* Traducido del francés.

nadie de no ser dichoso. Los elementos de mi dicha existen, pero se hacen ineficaces por lo que llamamos causalidad, accidentes.

He fluctuado en muchas alternativas desde el 16 de septiembre. He exagerado mi tristeza e infelicidad hasta hacer sufrir a más de uno de los que más quiero, a las personas de quienes me viene la dicha. En la amargura de mis fantasmas de infelicidad he hecho derramar lágrimas que yo quisiera pagar con gotas de sangre. Pero, Dios mío, cuando uno sufre, cuando uno es infeliz, se vuelve malo, injusto y la misma actitud de sus penas agría sus palabras y hace sus acciones ir de acuerdo con la amargura de corazón. Yo me he espantado, era de fantasma sin que nada haya en realidad. ¡No era cierto! ... Lo sé con evidencia como puedo saber que existo. Y si tal fuera, si la cosa existiera, en que hay objeto allí de pena para mí cuando es más que natural que ello existiera, y que si no existe el hecho en cuestión, es mera casualidad, accidente ... Dios mío, sin embargo yo he sufrido con la idea solo, y ahora tengo en mi alma sino dicha, al menos calma.

Stockton. Sábado 25 de octubre de 1851

Yo diría como Zorrilla, “van los días, van las horas, mi existencia carcomiendo”¹⁹⁸, pero mi situación es tan dolorosa, aunque sufro con ella. No es exacta la comparación, pero sin embargo se van los días, y se van las horas sin que yo vea un lucir, un día como el 7 de agosto, como el 23 del mismo, o como el 16 de septiembre. Así van los días y las horas mantenidos por la esperanza que viene para la ayuda del corazón afligido, crece, falla al fin y vuelve a nacer de nuevo, como el único sostén del que es infeliz en esta vida. Sin embargo nada hay cambiado, nada de extraño en el fondo de la situación. Existe el mismo amor vivo, ardiente, sin restricción, fuerte y lleno de atención y ternura fraternal como al principio. Y sin embargo, se van los días, se van las horas, y yo no vivo sino de recuerdos y de esperanzas. Cuán poderoso es, Dios mío, el recuerdo feliz para un hombre. Cómo se alienta y consuela su alma afligida. Cómo busca y revuelve en su tristeza hasta las particularidades más pequeñas de su recuerdo, cómo se detiene feliz su imaginación en cada uno de los detalles hasta en aquellos en que no se fijó por creerlos muy insignificantes. ¡Y dicen que lo que [ilegible] ya como el olvido mismo! No hay tal. Yo creo que hay quienes gozan con el recuerdo de la dicha pasada, que gozan en el momento de ser feliz. Cosa muy natural. Entonces uno estaba fuera de sí bajo la influencia de un sueño al parecer y muy poco a propósito para juzgar del tamaño de su dicha y analizarla en todos sus ramos. Yo creo que todavía seré muy feliz más tarde, lo espero como todo hombre bueno debe esperarlo, pero mientras tanto llega ese tiempo, seré feliz con el recuerdo. Pobre María, si pensara ella como yo para no sufrir tanto como debe sufrir.

¹⁹⁸ *Tempestad*, “Canción de verano” (1834). “Van mis días, van mis horas (...)”.

Viernes 31 de octubre

Se ha concluido el mes de octubre como principió: Poco fecundo en sucesos que merezcan para mí mucho recuerdo. Poco feliz, en cada uno de sus días, mucho sufrimiento, en cada uno de sus días, algunas lágrimas en Sonora a propósito de noticias en carta de Samuel desde aquí, muy malo en negocios pecuniarios, he ahí la historia exacta para mí del mes de octubre de 1851. Si fuera un filósofo a preguntarme por qué este mes no ha sido tan feliz para mí como los demás, me abnegaría y no hallaría qué responderle. Pero si el Dios de amor, si el Dios de la dicha me juzgara, sin duda sentenciaría “que fuera más feliz para mí el mes de noviembre, en reemplazo de lo ingrato de este”. Antes del mes de agosto ... habría dicho yo, hablando de este mes, “ha sido el mes más feliz de mi vida”, pero soy hombre y no me conformo jamás con mi dicha. Yo digo lo que Echeverría del corazón en su poesía, “está siempre afligido, desprecia lo conseguido, y sin cesar pide más. ¿Cuándo su hondura se llena? ¿Cuándo su volcán se apaga? Cuando se calma y se sacia”.¹⁹⁹ Así era yo feliz, antes de agosto, y ahora me creo infeliz el mes de octubre porque no es doble feliz que lo fue agosto. Dios mío, qué ingratos somos los hombres, y cuán dignos de vivir siempre infelices. Tenemos la dicha en la mano, somos el objeto de envidia de los demás y sin embargo nos llamamos infelices, muy infelices. Ojalá que yo pudiera corregirme de este defecto y ser más positivo en mis aspiraciones y en el modo de pensar sobre la situación de mi alma antes de llamarme infeliz. Pero ¿tengo yo la culpa de ser así? ¿Tengo yo la culpa de ser un fragmento de poeta en esas cosas? ¿Soy yo el que he formado mi corazón y el que he plantado en él las aspiraciones que lo devoran?

Veamos a donde estamos en cuanto a vida y asuntos domésticos. Mucho hemos trabajado para que Samuel hubiera podido salir de aquí para Chile, ya que yo ... Las cartas de Mardoqueo están llenas de lágrimas y de reconvenciones a la vez por nuestra dureza para responder a sus llamados cada 15 días. “¿Qué quieren, dice, qué hacen? ¿Por qué se obstinan, por Dios en quedarse allí en medio del sufrimiento cuando aquí les espera su familia y su fortuna?”. ¡Tiene razón! ... pero yo me encojo de hombros.

Stockton. Sábado 8 de noviembre de 1851

Hace ocho o nueve días que vi últimamente mi diario. Poco o nada tengo de importante que confiarle. Se han pasado estos ocho días sin mayor novedad. Las cosas van siempre cómo iban, un poco en inacción, con un si es no es de desinteligencia a causa de la situación (sic). Pero quito y pongo los entredichos a mi voluntad, y mi voluntad se rige ahora por mi capricho que

¹⁹⁹ Tomado libremente de “Al corazón” (1835). Véase *Obras completas*, (1871), vol. 3, 171–75.

se mueve a su vez a impulso de las alternativas de mi corazón. Lo cierto es que estando un poco agriado busco siempre y hallo faltas donde no hay sino ternura y deseo de agradarme mejor. En estos días lo más nuevo, es la cambiada de casa de las señoritas Ainza. Mariquita queda sola. Hace dos o tres días que se mudaron. En esa noche, hubo un motivo que tal vez lo buscaba desde muchos días antes.

Se formó un trío de Mariquita, Filomena y Adelaida al tiempo de irse de mudada. Ya bien sabía que las tres personas distintas querían ir juntas por la última vez. Como Don Pancho y Samuel ofreciesen su brazo yo me llegué al turno y dije, “¿quién de Vds. quiere ir acompañada?”. “Gracias, Don Ramón”, me dijeron a una vez Adelaida y su hermana, “nos hemos juntado con Mariquita para ir con ella por la última vez. Gracias por su atención”. “Nada más natural”, me dije entre mí, Mariquita no respondió nada. Así llevamos y la instalación se hizo sin que yo me moviera del lado de la señora. Yo sé que su corazón ha llevado sangre, yo sé que se ha apercebido de mi disgusto ... en una palabra, la mecha ha prendido. Pobre, ya no le ha valido una despedida en forma, un adiós sin vuelta; ya hoy le cuesto más lágrimas y más amarguras que las que ha experimentado en toda la vida. Pobre María. Está condenada a sufrir siempre y que hasta su Ramón le causó las penas más grandes que ha experimentado en su vida.

Miércoles 12 de noviembre

Son las cuatro de la tarde en que sale Samuel para San Francisco acompañado o más bien acompañando a Pepita y Mariquita, que van a su vez acompañadas de su hermano y marido. Pepita aprovecha la ida de Mariquita para ir ella misma y escoger su piano en San Francisco. Jamás se ha hecho un paseo tan a destiempo, al menos para las personas que lo componen. Dios Santo. Todavía sangrando el asunto que le ha traído tantas lágrimas. Se va sin perdón, sin consuelo, sin una mirada siquiera de la persona de quién pende su dicha, su pasaporte y su futuro.

Dios mío. Qué triste es separarse así aunque no sea sino pocos días. Horrible, horrible cosa. Van ya a hacer dos meses, sesenta largos días a que se separó el 16 de septiembre. Día de tantos recuerdos felices. Día en que todo el mundo es feliz en Chile, día en que yo he sido más feliz que nunca. Sí, van a hacer dos meses, y en unos largos días no ha habido sino penas y lágrimas y muy pocos destellos de dicha. El que ha dicho, “se ven nacer entre rocas, tiernas espinas de amor” ha gozado y sufrido como yo. En medio de las hermosas flores de amor, hay agudas espinas que traspasan el corazón. Así es mi situación, y peor que la mía es la suya. Pobre María, cuántas lágrimas le cuestan yo, cuántos pesares y amarguras y cuánta dicha y ventura al mismo tiempo. Cuántos más trabajos y sinsabores, cuántas más lágrimas cuesta un tesoro adquirido, tanto más vale y tanto más querido es para el que lo posee. Lo que cuesta mucho vale, según dice el antiguo proverbio español, o vice versa.

Poca o ninguna atención he puesto hasta ahora en otras pequeñas cosas, que sin embargo pueden llegar a ser grandes según se las tome y dirija. A más de las horribles torturas que sufre María por mis últimos propósitos, sufre el horrible y roedor de los celos. ¿Estará celosa ahora? ... ¡Y ella tiene razón! se le han hecho confidencias, se la ha hecho depositaria de secretos, en fin se le ha dicho que se me ama perdidamente ... aunque yo no tenga nada de qué reprocharme, sin embargo ella sabe que soy amado y de allí proviene su dolor. ¿Y quién es pues esta ella? [sic] ¿Será Belén? compatriota del país de J. C. Y cerca de ella no teme mucho de ésta, a quién llamaré desde ahora la condesa de Landsfeld. Mi Dios, ella conoce los secretos de la primera, y yo poseo aquellos de la Condesa. Pobre niña. Yo no tengo por ella más que una pura amistad, pero ella es tan joven y bonita sobre todo que uno debe ponerse en guardia si uno no quiere sucumbir bajo el peso de sus miradas tan peligrosas en esta inocente Venus ...

Stockton. Lunes 17 de noviembre de 1851

Dios mío, apenas puedo creer aún en mi dicha. Después de dos meses, este es el primer día dichoso que cuento, este es el día en que he sido recompensado de tantos tristes días, de tantas largas horas, de pena e incertidumbre. Cuánta dicha encierra mi alma en este momento. Si digo que este es uno de los días más felices que me acuerdo haber pasado en mi vida, no exagero. Esa es la verdad, y su recuerdo me hará más tarde palpar de dicha como ahora mismo. Estos días y estas horas de ventura vivirán más frescas y gravadas en mi alma que lo están en mi mismo diario. No olvidaré nada de lo que me ha ocurrido porque en un día feliz, así hasta las cosas más minuciosas, son trozos de dicha. ¡Dios mío! Cada una de sus palabras tan llenas de amor, tan hechas evidentes con las lágrimas del placer suena aún en mi alma, como si las acabara de oír. Todo me recuerda a la dicha, y todo es hermoso hoy, hasta el día. Dios mío. Con qué dulzura, con qué extrañeza de sonido suenan las palabras, “mi Ramón”. ¡Vaya! Un día feliz por tantos infelices que he pasado, y que me esperan todavía, una larga noche de dicha en calma por tantos en vela y en torturas, testigo mi cama y mis libros. ...

Samuel llegó ayer con sus compañeros de viaje, Mariquita y Pepa. Aunque llovió ayer y había barro en las calles, no por eso dejé de ir en la tarde, cerca de la noche, a ver a Mariquita. Su paseo a San Francisco no ha sido nada feliz por muchas razones. Pero ha llegado buena como es en toda su vida. Yo fui invitado por ella y Alfredo a comer hoy con ellos. Y he pasado allí hasta antes de las cuatro con mucho gusto. Salí de casa entre la una y las dos, sin embargo, como tenía que ir a comer allá a casa de Mariquita, volví para ir a la hora fijada entre 4 y 5. No ha sido para mí menos feliz la noche que lo fue el día. Al contrario, nada me sobra, ni nada me

falta. Son las 10 de la noche en que acabo de llegar a mi cuarto. Aún no viene Samuel, que está ahora en casa de Ainza.

Estoy solo en mi cuarto, pero acompañado de todos y cada uno de los recuerdos de este día. A veces me creo estar soñando, tal es el magnético poder que tiene sobre uno la dicha. Cuántas noches he vuelto a estas mismas horas a mi cuarto sin tener otra cosa en el corazón que desconuelo, desasosiego. Cuántas veces he ido a mi cama cansado de pensar y sufrir; cuántas veces, digo, he ido a mi cama con el alma en pena, buscando el sueño para olvidar con él los pesares y contrariedades del día. Así buscan otros infelices en el anonadamiento espiritual de la embriaguez, el olvido de algún torcido pensamiento, de algún infeliz amor, de una fortuna perdida. Gracias a Dios. Yo iré a mi cama ahora con la dicha en el alma pensando en mi María, como un Gonzalo con su Zulema,²⁰⁰ y si diez veces me despierto en la noche, no será como otras para sentir en mi corazón como la punta aguda de un puñal al recuerdo de la pena y sufrimiento que había olvidado con el sueño; no, si despierto será para ser feliz de nuevo, para recorrer una a una las pequeñeces y particularidades de este día feliz. Bendito sea en mí memoria, como bendigo ahora el objeto que me lo hace feliz.

Miércoles 19 de noviembre

Son las cinco de la tarde en que me encuentro en mi cuarto. Mi corazón late todavía bajo la impresión de la dicha con que está lleno. Tan acostumbrado a sufrir, tan acostumbrado ya a no abrir mi diario sino para llorar con él, gozo ahora doblemente cuando registro en sus páginas tanta dicha de una vez.

Penando casi siempre, quizás porque mi corazón tiene algo de más o menos que los demás. Mi dicha de ahora tiene doble influjo en mi alma. Rara vez en mi vida, muy rara vez me acuerdo que mi corazón haya sido satisfecho hasta poderme llamar feliz. Siempre marcando ingratitudes, llorando ausencias, o clamando por un ser ideal símbolo de la dicha, siempre he sufrido dolorosamente bajo el terrible peso de estas impresiones. Por eso es que ahora soy tan feliz, por eso es que sé tan bien estimar hasta el más pequeño detalle de mi dicha, por eso que lo saboreo, y la paso a tragos ¡Dios mío! Y no es sino el infeliz el que sufre y el que llora, el que tiene derecho de ser feliz como yo. Gracias, Dios mío. Yo haré alguna obra para santificar este recuerdo ... Gracias mi María, yo te amaré y tu recuerdo será conmigo como la más feliz época de mi vida.

²⁰⁰ Romance del siglo de oro entre un caballero cristiano y una princesa musulmana. Podría ser una referencia a la ópera italiana *La conquista de Granada* (1850) en la que figuraron como personajes.

Lunes 24 de noviembre

Son las tres de la tarde. El día está hermosísimo. Brilla el sol en el cielo sin quemar a nadie como brilla la felicidad en mi alma venturera sin que a nadie ofenda, sin que a nadie cause envidia. Yo paso hoy las horas de mi existencia en una felicidad desconocida hasta ahora para mí, grande, inexplicable, pero que sin embargo no me ciega. Como ha tumbado al infortunio y el pesar, espero en medio de mi dicha algún golpe de desgracia, como en confirmación negativa por la paz y dicha que he gozado, y gozo al presente. “Yo te amo más que a mi alma, mi Ramón, más que a todo en el mundo, más que a mi padre, más que a mi madre, más que a mí misma; ¿me amas tú lo mismo, mi Ramón?”. Dios mío, ¿no es dicho al ser amado así? ¿No es un mundo de delicias el amar así a una persona tan poco vulgar? ¡Mi María! Cuanto más conozco tu alma y tus sentimientos, más te amo yo.

Miércoles 26 de noviembre

Hoy es un día horrible como el peor tal vez que tengamos en este invierno. Corre un viento tan fuerte acompañado de agua, que sacude las casas hasta sus cimientos. Toda la escena está triste. Aunque las tiendas y almacenes están abiertos, sin embargo se ve muy poca gente en la calle, y al ruido y movimiento de los carruajes y el comercio ha sucedido el del viento y el agua que cae a torrentes. Sin embargo, este día tan feo, ha sido doblemente feliz para mí. Más feliz, si es posible, que muchos hasta hoy. Así es que creo que nosotros llamamos lindo o feo a un día según la disposición de nuestra alma, según es la dicha o pena que la ocupan. Conforme son los acontecimientos para cada uno, así es día o feo o hermoso. Soy muy feliz, doblemente feliz, para que no esté ya muy cerca algún infortunio. No soy fanático, pero la vida del hombre en este mundo es regada solamente de vez en cuando por ligeros rocíos de dicha, para que se mantenga y no sucumba bajo el peso del infortunio, que es su herencia desde que nace. Gracias mi María. Yo seré fuerte pensando en ti, y la desgracia no me doblegará cuando llegue.

Jueves 27 de noviembre

Está el día hermosísimo. El sol no quema sino lo suficiente para quitar el frío. Nada anuncia que estamos en invierno; ni lluvia, viento, ni nubes siquiera que impidan la luz del sol tan hermoso hoy. Tampoco hay una sola nube en mi alma que le impida brillar con la luz de la dicha. Sí, en vez de nubes que marquen tempestad en mi alma, hay reflejos que dicen felicidad, contento, paz, ventura, etc.

Pero Dios mío, qué horrible es la desigualdad de las existencias en este mundo. Cuando yo estoy lleno de cuanto puedo desear para ser feliz, hay dos seres infelices, que cuentan en un calabozo las horas que les restan de vida. Sí, esos infelices tienen a más la roedora idea de morir ignominiosamente en la horca mañana a las tres de la tarde, y servir de espectáculo a una muchedumbre de miles, que se acercará de todas partes, a gozarse de sus agonías. ¡Pobres! Al menos hay sin que ellos sepan, quien los compadece y piensa en ellos en este momento dejando de pensar en su dicha y su María.

Viernes 28 de noviembre

Son las cuatro de la tarde en que acabo de llegar a mi cuarto. Vengo de presenciar la ejecución de Roberts y Wilson. El día amaneció hoy lindísimo como un sarcasmo hecho por la muerte a sus dos víctimas. A las doce principió a llegar la gente a caballo y sus carruajes de los alrededores de Stockton. A las 2, la horca cerca del Mormon Stou, estaba rodeado de más de seis mil almas entre hombres y mujeres, sin contar que la calle de la prisión estaba llena del mismo modo. A las dos en punto aparecieron los dos reos. Wilson apareció con su cigarro puro en la boca echando bocanadas de humo con una indiferencia total. Al sentarse en el carretón, dijo “¿cuál es mi ataúd?” y después se sentó en él, y marchó el carretón. Subieron a la horca. Wilson, el desalmado, tomó la derecha y Roberts la izquierda. Éste último habló sólo unas pocas palabras, pidió perdón y que lo encomendaran a Dios. Wilson, por el contrario, ha hablado por más de media hora según mi reloj que yo tenía en la mano. Su voz se oía hasta tres cuadras de distancia y jamás he oído blasfemias como las que ha dicho este bárbaro. Contó su vida y sus crímenes en medio de un silencio profundo y a veces se reía él y hacía reír a los demás con varias ocurrencias de su vida. “Yo sé que me voy a los infiernos” dijo, “pero no me importa, quiero morir como un valiente y no como una vieja. Adiós, niñas” y diciendo esto, cayó la trampa y principió su agonía, que duró muy cerca de veinte minutos. El otro murió al momento.

Stockton. Viernes 3 de diciembre de 1851

Se han pasado cuatro o cinco días tristes y feos para mí como el día 28 de las ejecuciones. Desde entonces hasta hoy no ha faltado algo que contraríe mi dicha. Y bien merecía yo hoy un día dichoso, doblemente feliz, pues que he contado tantas horas tristes durante estos últimos días. Pero ¡oh! Misterio insondable la inconformidad y ambición del hombre. Siempre insaciable, siempre descontento, siempre pidiendo algo más. Se llama uno dichoso sobre todos, y pudiendo ser constante por 24 horas el estado de dicha, se rebela contra ella, se cansa también

de ser feliz ... y echa de menos el estado de incertidumbre y tal vez de infortunio y todo sin admirarse, sin apercibirse de ello ... Así busca en su estado descontento el fantasma de desdicha, lo cría, lo alimenta y se hace a fuerza desgraciado en su existencia. Pero también es cierto que siendo hijo de la desgracia y la tristeza, extraño mucho de repente las largas horas de ventura, y en medio de mi dicha, llamo mi tristeza, como el salvaje llama su gruta en medio de un palacio y las riquezas. Pero gracias mi María. Soy feliz, y el recuerdo de hoy queda en mi diario menos que en mi alma.

Sábado 6 de diciembre

Son las cuatro de la tarde en que acabo de llegar de la casa de Mariquita. Está el día hermosísimo y mejor que muchos ... Mañana a las 4 de la mañana debemos embarcarnos para nuestra partida ordinaria de caza, a pesar del frío horrendo que hace en las madrugadas. Yo iré como siempre a recordar a Alfredo. El día de hoy ha estado lindísimo, después de dos o tres que ha habido lluviosos. El baile que debiera haber tenido lugar el jueves pasado tuvo lugar anoche solamente. Yo ayudé a Mariquita a hacer sus rosas de cinta para el pecho y su cintura y en la noche ayudamos con Samuel a acomodar su ramo. Qué hermosa estaba anoche con su vestido blanco y adornos de cinta celeste. Hoy no ha estado menos linda en su negligé después del baile.

Domingo 7 de diciembre

Son las dos de la tarde en que acabamos de llegar con Alfredo de la caza del Campo Francés a orillas del río San Joaquín. Alfredo me espera a comer allá, pero yo escribo esto antes de ir allá. Esta mañana a las cuatro recordé a Alfredo, quién aunque con pereza por el gran frío que hacía se fue al establo de N. N. a traer su caballo y no volvió sino una media hora después, pues se tardó más de lo que lo esperaba.

Son las nueve de la noche y estoy de vuelta en mi cuarto. Me vengo ahora de casa de las señoritas Ainza. Dios mío, mientras viva me he de acordar yo de este día, tan feliz en acontecimientos y de dicha de naturaleza tan extraña. Dios mío, cuánta dicha para ser un domingo en que ni estoy en mi patria ni al lado de mi familia. Me acuerdo y no me olvidaré nunca hasta de los detalles más minuciosos de todo el día. Esta mañana en la madrugada yo tenía mis botas de goma hasta el muslo, "que frías las malditas, malditas botas". Todavía cuando salimos con Alfredo tuvimos dos horas de noche. Es decir que yo los desperté casi a media noche.

Lunes 8 de diciembre

Hoy es el día de la purísima y por consiguiente, día de Mariquita. Se debe un baile esta noche en celebridad de su cumpleaños. Después de misa, nos fuimos a su casa, almorcé con ella y estoy de vuelta en mi cuarto. Samuel se ocupa allá de los aprestos y adornos de salón. Yo voy a ocuparme de hacer para María unos versachos (sic) en celebridad de su día.

Martes 9 de diciembre

Se ha pasado anoche el baile del modo siguiente para mí, fui a las 7 de la noche a ayudar, pero ya no había qué hacer, y me puse a jugar con el Doctor a despecho de María hasta que comenzaron a bailar. Después del primer baile dije a María, “me voy”. ¡Dios mío! ¿Por qué, qué tienes? Nada, me voy a ver a Agustín que no ha venido al baile, y diciendo esto me salí. Me fui y estuve jugando con Agustín en la sala hasta la una en que llegaron las niñas. Comimos, bebimos y dormimos a ratos, he ahí la noche del baile.

Miércoles 10 de diciembre

Son las cuatro y media de la tarde en que acabo de llegar a mi cuarto. Estuve en casa de Mrs. Were y llevé de allí a Benjamín a comprarle una gorra al Coronel; en seguida, fui llevándolo a casa de Ainza donde estuve con todas las niñas. Dios mío, qué feliz ha sido todo el día para mí. Jamás ella ha estado tan hermosa, pero hoy lo ha estado más que nunca con su vestido verde de gras y vestida como de boda. Cómo saben las mujeres adornarse cuando tal vez saben que van a ver ese día el objeto de su amor. Mi María lo sabía sin duda, o su corazón se lo decía, el que es el mensajero más fiel de su amante.

Stockton. Sábado 13 de diciembre de 1851

Son las cuatro de la tarde en que acabo de llegar a mi cuarto. Nada hay nada que diga que hoy es un día en lo más riguroso del invierno en otros años. Está hermosísimo el día y nosotros como siempre debemos hacer una partida de caza. Saldremos de aquí a las cinco en nuestro bote y dormiremos a campo raso para esperar los patos y gansos en la madrugada. Yo debo cazar mucho mañana porque salgo lleno de felicidad de aquí. Y ojalá que hoy hubiera alguna buena obra que hacer para santificar más el día y hacerlo más solemne. Dios mío, como voy

a recordar más tarde este día y hasta las cosas más minuciosas, y objetos mudos que han sido testigos de mi dicha única en su laya hasta ahora. Más tarde recordaré el sofá, mi capa, mi reloj, los cuadros, etc. como he recordado otra vez estos mismos cuadros en un salón de Talcahuano. A veces los objetos de valor más insignificante más recuerdan los momentos más dichosos de nuestra vida. ¡Dios mío! ¡Qué me importa si te amo tanto! ...

Sábado 20 de diciembre

No puedo creer yo mismo, que desde el lunes se hayan pasado hasta ahora largas horas de dicha hechas segundos, con la rapidez que da el tiempo la ventura de uno. Para mí han sido todos muy felices sin alteración, sin diferencia, sin ninguna cosa que agrie un momento siquiera la felicidad. Así, el recuerdo de un día dichoso no se ha hecho amargo por la sucesión de otro triste e infeliz. No; al día de dicha ha sucedido otro igual sino mayor en ventura. Ahora no me amarga ya cada día que se pasa como si se llevara con él el recuerdo de mi felicidad y placer; los veo ahora pasar sereno y conducirse en paz y calma para mí, esperando el venidero con igual suerte. Sí; se han pasado los seis días de esta semana sin que venga a mi alma, en ninguna hora de ellos, ni un ligero momento de pesar ni contradicción. Sí, soy feliz ahora, puedo repetirlo cien veces.

¡Dios mío! ¿Qué será de mí más tarde cuando en vez de ser dichoso como al presente, sea infeliz como en tantas otras épocas? Oh, entonces con más fuerza en mi alma, y con doble esperanza del corazón, aguardaré mejores días. Tantas ocasiones he creído que voy a rendirme al peso de una pena que me ha parecido eterna y sin embargo he salido de sus garras “poco a poco sin sentir” hasta llegar a ser el más feliz a mi modo de ver. ¡Oh! ¡No! Yo no me rendiré nunca al pesar. El recuerdo de esta época feliz en mi vida será muy eficaz y consolador para más tarde, cuando la suerte se canse de estar en mi favor. Tan feliz soy ahora que el solo recuerdo me alentará en mis quebrantos más tarde. Dios mío, su imagen, hermosa, tierna y sonriéndome de amor, se me presentará en mi memoria como el ángel de ventura de consuelo en las horas tristes. No la veré entonces como la he visto en cada una de estas como la estatua de la fortuna con la dicha en su cara, en sus labios, en cada una de sus facciones, la veré bendecirme y derramar placer en mi alma como el bálsamo o el elixir de la vida, y filtrar hasta mi corazón la dicha, la ventura ... Entonces, ¿por qué no puedo ser feliz como ahora? Por qué si su amor es inagotable, eterno, puro, sin disfraz, sin mancha, ¿por qué no ha de tener también la virtud de hacerme feliz en medio de mi tristeza cuando tal vez esté lejos de ella, cuando tal vez me llame infeliz? Dios mío, su solo recuerdo, su sola presencia en mi imaginación con la aparición de “María” me hará feliz, me alentará en mi desgracia. Es tan hermosa, muy buena, tierna y amante, que hermosa todavía. Su cara revela cada una de sus virtudes, y ellas muestran y señalan dicha al presente y futuro, el que felizmente es dueño de su alma y corazón.

Pero es admirable como yo, en medio de la dicha, busco siempre algo infeliz, o recuerdo y me supongo desgranado para hacer tal vez menos grande mi suerte y pedir más. No; Dios mío, tan acostumbrado estoy a ver siempre mi corazón en luto que nadando en un mar de delicias no pierdo nunca de vista mi situación normal de pena y tristeza, ni no me olvido jamás que el reverso de la medalla puede mostrármese luego. Al fin, de este modo no me sorprende nunca el dolor y me halla siempre preparado para cualquier golpe. ¡Más veremos, mundo! Y veremos si tú eres capaz de mostrarme tus dientes una vez que yo estoy armado del verdadero poder de mis fuerzas, su amor y su confianza.

Stockton. Martes 23 de diciembre de 1851

Después de tres días de trabajos por tierra y agua, hemos vuelto ayer al fin salvos. Salimos de aquí el sábado y no bien anduvimos tres o cuatro millas en el bote, cuando nos principió a llover horribilmente con un acompañamiento de un huracán que nos quebró el palo de la vela y casi no echó a pique en la embocadura del Río San Joaquín. Al anochecer llegamos a los tulares²⁰¹ en medio de un aguacero horrible. Hicimos de la vela y de algunos tulares una casita, y allí pasamos la noche, sin haber pegado los ojos pues que no cesó de llover. El domingo nos llovió del mismo modo en el día y en la noche. Ayer resolvimos, al fin, venirnos aunque llovía a cántaros y nos hemos mojado en el camino como unos patos. El viento nos quebró de nuevo el palo de la vela y no pudimos arribar aquí por tierra dejando el bote a orillas del mormón Stoico.

Sin embargo hoy soy muy feliz. Este día, que en otras circunstancias habría sido porque llueve a cántaros y hace un viento horrible, es para mí muy hermoso. Así, todo me parece bien a mí porque mi alma es feliz y todas las impresiones que recibe son buenas. ¡Gracias mi María! ¡Gracias!

Miércoles 24 de diciembre

Son las tres y media de la tarde en que acabo de despedirme de Mariquita que sale en este momento para San Francisco, para asistir al gran baile que se da en la capital de California y ciudad de Vallejo. Samuel va también al baile, va Agustín llevando sus dos hermanas Josefa y Belén. Yo me he despedido de todos y estoy ahora en mi cuarto viendo desde la ventana un vapor que se va.

²⁰¹ Conjunto de junco o plantas acuáticas.

Yo solo en mi cuarto soy más feliz que todos los que van al baile. No cambio la paz y tranquilidad de mi alma, la soledad de mi cuarto, sin más compañía que mi diario, no cambio toda esta tristeza aparente de mi habitación por todas las dichas y placeres que van a buscar ellos al baile de Vallejos.

Dios mío. Yo soy más feliz que él que cuenta millones y rueda carruajes con armas y corona de príncipe. Yo, que me quedo hoy solo con mi recuerdo de hoy, tengo felicidad en mi alma para hacer feliz a cualquiera que se llamara triste. Si yo lo consolaría poniéndome yo, por ejemplo, y le diría que explore como yo que me he llamado infeliz tantas veces, ser (sic) feliz y olvidar con la dicha sus pesares.

El día ha sido uno de los más felices para mí. Quiera mi buena suerte que no tenga más tarde recuerdos distintos a los que me causan hoy estas páginas. Seré feliz siempre que las lea, y siempre que tenga que llorar buscaré estas páginas y el recuerdo de mi María para consolarme.

Lunes 29 de diciembre

Samuel llegó el sábado del célebre baile de Vallejo con Agustín y sus hermanas. Mariquita llegó ayer en la mañana con su marido. El baile que esperaban fuera una de las maravillas de California, ha satisfecho malamente las exigencias de los concurrentes. Para tanta pena muy poca gloria. ¡Bah! y que no he de ser yo más feliz sin moverme de mi cuarto.

Son las tres y media de la tarde en que llego a mi cuarto. No llueve y está el día un poco más en calma a esta hora. Pero más en calma está mi alma, digo mal, la agita en este momento un mar de dichas. Mi corazón late con precipitación y no, no es calma que digamos ... Pero cuán diferente es cuando el corazón salta de dicha, y cuando se muere y se retuerce en el pecho con las agonías del pesar. Siento inflarse mi corazón pero de dicha, de gratitud, de amor, de alegría, de agradecimiento hacia Dios y al objeto en la tierra a quien debo tanta ventura.

Martes 30 de diciembre

Dios mío ¡qué fin de año! ¡Qué mes de diciembre para mis recuerdos! ¿No es un buen presagio la dicha de este mes, para la bonanza del año que viene llegando? Parece que el año que llega se hace anunciar bueno a todos por medio del tiempo que principia a ser mejor. Qué distinta la conclusión de este año para mí al del pasado. El horizonte parece que se aclara por todas partes. En mi patria se acaba la guerra y habiendo paz allá, tengo riqueza, gloria, y amor. Pero,

Dios mío. ¿Qué me falta aquí? Qué ingrato soy, y si ella oyera siquiera que hablo de dicha y riqueza de otra parte, como si algo me faltara aquí. Cuánto se agraviaría. De veras soy ingrato porque nadie es más feliz que yo, nadie más amado, respetado, y querido. ¡Oh! Mi María. Pero yo lo tomaría como [ilegible] y la llevaría conmigo a correr las pampas y desiertos de mi país y hablaría de amor en los bosques.

Stockton. Viernes 2 de enero de 1852

He principiado ayer el año del modo más lisonjero que podía yo esperar. Fuimos convidados con Samuel a acabar el año y principiar el siguiente en casa de Mariquita. Estuvimos en casa de Ainza hasta las once y media y de allí salimos para casa de Mariquita. Al llegar a la puerta prendimos cada uno una guía de cohetcitos y salieron a recibirnos al ruido que hicimos, Mariquita, su marido y el Doctor. Dios mío, qué momentos felices se pasaron después para todos. Jamás he visto yo reír tanto a Mariquita, y jamás he visto a Samuel más célebre. Mientras Alfredo trabajaba el ponche de huevo, nosotros con nuestros relojes en la mano esperábamos las doce, fin del año 51 y principios del 52.

Hemos concluido pues el principiado año del modo más solemne. Gastamos bien el tiempo hasta las dos de la mañana jugando y riendo nosotros solos y nos separamos más contentos que jamás. Ayer fui convidado a un tiempo a comer en la casa de los Ainzas y Mariquita. ¿Cómo cumplir con los dos convites? Haciendo buen apetito. Estuve en la mañana en casa de Mariquita y fui a comer a las 12 a casa de los Ainzas con su hermano Agustín. Después volví con Manuel a casa de Mariquita donde comimos a las 7 el célebre pavo del *Christmas*. A las ocho salimos yo, el Dr. Samuel, Mariquita, su marido y Manuel para casa de los Ainzas. A Mariquita la llevaron en silla de brazos dos hombres por haber mucho barro. Al doctor se le pasó que cada uno de los que acompañaban a Mariquita debía llevar en su frac una flor o un ramo, y así Mariquita tuvo que darnos todas sus flores artificiales para armarnos. Bailaron después de la cena que fue espléndida y donde se echaron muchos brindis ... Yo no dije nada. Se jugó un juego del infiernito y Mariquita se ganó el árbol compuesto de flores y frutos de dulces.

Sin embargo, ayer no ha sido tan feliz para mí como hoy en que nada me falta. Dios mío, hoy soy muy feliz y quisiera que todo el mundo lo fuera lo mismo; nada me falta; tengo al contrario cuanto pudiera desear y mi dicha es completa. Cuánto amor, Dios mío. ¿Será así como es preciso ser amado en este mundo para ser feliz a través de tanto infortunio y vaivén? Gracias mi María. El recuerdo de hoy más tarde me hará bendecirte en cada una de las horas de mi vida. “Cuánto te amo yo, mi Ramón”. Qué recuerdo tienen esas palabras.

Viernes 9 de enero

Después de ocho eternos días de contradicciones y sufrimientos, impuestos a mí por mi propia voluntad y capricho, tengo hoy uno de los días más felices que he pasado en mi vida. Dios mío, qué injusto soy yo, y qué indigno por lo mismo de un amor tan elevado, tan puro, y tan lleno de atroces sacrificios por mí. Qué indigno soy de veras de que me ame un ángel en quien se personifica la bondad, la virtud y la hermosura. Y que yo sea capaz de hacer sufrir así un ángel tan incapaz de ofensa, que haga yo llorar así un ser querido, y más todavía que yo mismo me condene a sufrir, porque cuando ella padece y llora, yo sufro el doble, que yo haga todo esto sin pensar en ello y por mero capricho, y a veces por tentar o saber qué sé yo qué. Pero Dios sabe que mi arrepentimiento es tal vez doble a mi falta y que yo quisiera purgarme de ella a costa de sangre mía si era posible. Pero Dios mío, como ángel que es, perdería y es feliz perdonando, o mejor, ella misma pide perdón. Yo no he podido impedirme de llorar con ella cuando he visto su rostro bañado en lágrimas, y sus tantas palabras ahogadas en sollozos. “Dios mío, mi Ramón, qué te he hecho para que me mires así”. ¡Oh! Qué hermosa, Dios mío, estaba así. Si algún día soy infeliz y acierto con estas páginas, huirá mi desgracia lejos al recuerdo del día de hoy y del ángel a quien debo mi dicha. Cuánto te amo mi María.

Martes 13 de enero

Son las tres y media de la tarde en que llego a mi cuarto. Debí haber ido a cazar hoy con [ilegible] pero los remos se nos han perdido y Alfredo se ha ido solo. Yo no soy por eso menos feliz; nada me falta y tengo cuanto quisiera un hombre para ser muy dichoso. Yo no sé qué tengo yo de bueno y virtuoso, si buen mozo o agraciado para ser tan dichoso en poseer un amor como el suyo. ¡Dios mío! Tantas veces que he creído yo apócrifos los amores pintados en romances; pues yo veo que el de ella sobrepasa y que es más puro, más grande y más digno de tal admiración por ser incierto y real y no pintado como un romance. No puede darse más ternura, más pasión, más caballería, más completa abnegación en saber de su objeto amado. Dios mío, yo pienso a veces en todo este tesoro que yo poseo y es para mí tan doble objeto de amor y estudio este ángel sobre la tierra. Será que hay muchos seres así que no conocemos o será que el amor nos purifica y perfecciona a todos, cuando es el amor puro y poco vulgar.

Stockton. Viernes 16 de enero de 1852

Se han pasado cuatro días desde el martes verdaderamente felices para mí. Parece que el invierno se ha ido y que se ha llevado con él los nublados que venían de repente en medio de mi

dicha. Amo y soy amado cada día más y más. Mejor es por lo mismo seguir soltero; un poeta francés dice, *Quand l'hymen s'en mêle, l'amour le plus ardent, n'est plus q'une étincelle*.²⁰² ¡Pobre! Y cómo me ama Dios mío. Con qué pasión y sinceridad habla ella de su amor y cómo queman, Dios mío, sus caricias. En una de estas veces le digo yo que “es más ardiente que el alma de un poeta”. “Es porque yo te amo que tu amas, y porque hago tantas locuras en los momentos que te veo, que me llamas así. Tú no me amas tanto como yo, y si no, ¿qué esperas, qué haces?”.

Martes 20 de enero

El día de hoy se ha principiado y concluido muy feliz para mí. El día o el tiempo ha estado muy hermoso. Parece que el invierno se ha ido ya y nada me ha faltado para que sea para mí como de esos días de feliz recuerdo para secar las lágrimas de otros que me vengan más tarde de tristeza y turbación. Pobre ángel. Llorando me decía hoy, “mi Ramón, yo te amo tanto y con una locura tan extrema, que si tú me faltaras alguna vez, llegaras a no amarme, no sé de veras, mi Ramón, cómo soportaría mi vida”. Dios mío, ella no sabe tal vez como yo la amo a mi vez. Y qué tengo yo, Dios mío. Para ser tan feliz en dar con un ángel así, con un amor tan puro, tan grande, tan poco vulgar, tan lleno de virtudes, aquí donde todo es miseria y corrupción. Dios mío, ya es suficiente tiempo para que yo pueda juzgar fríamente de esto sin el entusiasmo de un amante; y yo hablo de ella como historiador, como que más tarde, suceda lo que sucediera, he de siempre pensar lo mismo. Es de veras admirable encontrar así un diamante tan fino y puro en medio de un muladar.

Miércoles 21 de enero

Cada vez que soy tan dichoso como hoy y ayer, cada vez que mi corazón se llena de felicidad, es seguro que me viene el pensamiento de que alguna desgracia se me acerca. Pero muchas veces me he equivocado, tal vez las más poco acostumbrado a ser feliz, no me parece sino que el destino me embriaga de placer y contento con el solo objeto de armarme una trampa y hacerme caer después más abajo. Pero me he engañado muchas veces. Y por qué mezclar

²⁰² *Cuando el himen se enreda, el amor más ardiente no es más que una chispa*. Traducido del francés. Pannard, “Le temps passé et le temps présent”. En Moysant, François, *Bibliothèque portative des écrivains françois, ou, Choix des meilleurs morceaux extraits de leurs ouvrages, en prose, De l'imprimerie de Baylis... pour A. Dulau et Company, 1800, p. 645.*

ahora tristes reflexiones en los momentos más felices de mi vida. Por qué blasfemar así en medio del bienestar y la fortuna. Qué queda entonces para aquellos momentos en que siendo presa el alma de una horrenda pesadumbre es disculpable por sus blasfemias en cuenta de desahogo. No; yo no debo creer que soy infeliz ahora por acecho, por trampa; soy dichoso porque siento a mi alma tranquila y gozando como nunca de una ventura inesperable. Gracias mi María.

Es cosa singular como se complican ciertas cosas en la vida real que se hacen casi increíbles. Si los viera yo en un romance dudaría mucho de su verdad. *Moi même à peine si je puis croire a ce que j'entends avec mes propres oreilles. Mais vraiment ça me fait de la peine. Neleb [Belen] on croirait on est plus amoureuse de moi que jamais. Hier au soir elle me parla tout clairement, en me avouant tout ce qui se passait dans son coeur. Mais mon Dieu, c'est horrible ! Elle qui est si fière et orgueilleuse, on le croirait à peine comme elle pria pour grâce, un peu d'amitié, au moins, en échange d'un amour comme elle n'a jamais senti qu'à présent par [sic] la première fois. Mais mon Dieu j'ai entendu tout ça avec calme, mais quand elle a dit, "Mon Dieu, comme je suis malheureuse", et a fondu en larmes, alors je ne puis pas tenir et j'ai pleuré aussi avec elle. Elle m'a fait des aveux que c'est assez à percer le coeur ... mais mon Dieu, que faire, je ne sais pas comme ça se passera ... Mais mon Dieu voilà que c'est horrible ... mais ... oh mon Dieu ... La comtesse de Landsfeld mourra de peine si jamais elle croit qu'une autre m'aime ... Pauvre comtesse elle, presque un enfant, m'aime plus que trois ensemble ... Peut-on ne pas l'aimer quand elle est si jolie ... la plus jolie de toutes quant elle si jeune, si innocente jusqu'à dire, "je vous aime, monsieur, tant, tant, mon Dieu, que je voudrais que vous me demandiez une preuve et vous aurez ce que vous demanderais !" ... Mon Dieu, on croirait que tout ça est une farce ... mais tout est vrai comme je suis Ramón. ... Que faire mon Dieu et si elle, Airam [María], sait que deux autres meurent pour son Ramón! ...*²⁰³

²⁰³ No puedo llegar a creer lo que he oído con mis propios oídos. Verdaderamente me ha dado pena. Belén increíblemente está más enamorada de mí que nunca. Anoche me ha hablado bien claramente, declarando todo lo que contenía su corazón. Pero mi Dios, ¡esto es horrible! Ella, quien es tan orgullosa, se podría creer apenas que ella ha pedido por favor una pequeña amistad de mi parte a cambio de un amor como el que ella jamás ha sentido sino es por la primera vez. Pero Dios mío, yo he escuchado todo esto con calma, pero cuando ha dicho "Dios mío, como soy de desgraciada" y se ha deshecho en lágrimas, entonces no me he podido contener y he llorado también con ella. Me ha hecho confidencias que atraviesan el corazón ... Pero qué hacer, Dios mío, yo no sé cómo esto terminará ... La condesa de Landsfeld morirá de pena si sabe que otra me ama ... Pobre condesa, casi una niña, me ama más que tres juntas ... Puede uno no amarla siendo tan bonita... la más bonita de todas al ser tan joven, tan inocente, hasta cuando dice, "yo lo amo tanto, señor, pero tanto por Dios, que yo quisiera que Ud. me pidiera una prueba y entonces Ud. tendría lo que pida ...". Dios mío, uno creería que todo esto no es sino una farsa ... pero todo es tan cierto como que yo soy Ramón ... ¡Qué hacer, mi Dios, si ella, María, sabe que hay otras dos que mueren por su Ramón!". Traducido del francés.

Sábado 24 de enero

Se han pasado estos tres días desde el jueves como un sueño para mí. No he sufrido ninguno de esos momentos que temo después de pasar por horas tan felices. Nada me ha sobrevenido que turbe un momento la paz y dicha de mi alma. Hoy he sido doblemente feliz cuanto menos lo esperaba. Así es, las esperanzas más positivas fallan y se realiza lo que apenas se ha atrevido uno a pensar.

Dios mío, qué día tan completamente feliz. Son las once y media de la noche en que llego a mi cuarto. Ha sido hoy un día nublado, y a las diez salimos a cazar con M. en dos hermoso caballos hacia el río de Calaveras, y hemos vuelto a las 6 o 7 a tomar una buena cena. Dios mío, qué recuerdos me traerá esta jornada de hoy.

Stockton. Martes 27 de enero de 1852

Tengo muy feliz recuerdo de este día. Soy muy feliz para poder pensar en este momento el valor de mi dicha. Más tarde hará de este día el recuerdo lo que no puedo hacer yo ahora. A las dos y media o tres de la tarde, salí de casa de Mariquita con Alfredo y nos separamos en Mean Street. Al pasar por lo de Adela he visto un hermoso género celeste para vestido de primavera, y al momento se me vino la idea de hacer un regalo de él. En efecto lo he comprado y llevado a Mariquita, quien ha quedado tan contenta que no hallaba con qué pagarme tan grande presente. Estoy doblemente pagado ya, y es tan pocas veces que yo le regalo alguna friolera que siento un gran gusto cuando puedo ofrecerle algo a esta amiga que le parezca bien.

¡Dios mío! Qué recuerdo va a ser el día de hoy para mí más tarde, cuando venga a mi memoria una por una las horas de este día y una por una las particularidades de mi dicha. Pero algo hay que me entristece cada vez que pienso en ello. Qué hacer, Dios mío, con el amor desgraciado de Belén, que sufre y se hace tan infeliz cada día más. Samuel no ha llegado aún de Sonora, y él me diría al menos lo que sería bueno hacer ... Yo sufro viéndola sufrir y al ver que no puedo ofrecerle ningún consuelo. Ella quiere una sola palabra de amor, una sola esperanza, para ser feliz y dejar de llorar en todas las horas de la noche. Pero ¿he de decir una mentira, la he de engañar que la amo para que no sufra? ¿Y qué es de un caballero decir a nadie te amo sin que sea cierto, sin que su corazón lo diga antes que su boca? No quisiera que nadie sufra por mí, pero tampoco quiero hacer una villanía ... Pero Dios mío, sufrir como ella sufre. Quién creyera, tan altiva, tan orgullosa, tan dominante, verse así abatida hasta la nada ... tan llena de gracias y virtudes y que yo no pueda sentir por ella sino una amistad fraternal. Dios mío, qué hacer. Y sin contar que lo que diría a ella se lo robaría a la inocente condesa de Landsfeld. ¿Sufrir

menos ésta? ¿Y es menos grande su amor que el de la otra aunque sea menos infeliz? Pero qué hacer, Dios mío, y cómo obrar.

Miércoles 28 de enero

El día es completamente uno de primavera. Está hermoso el sol, sin quemar calienta lo bastante para quitar el frío. Muchos carruajes se ven pasar con jóvenes y señoritas hacia el campo. Tan hermoso día debía ser muy feliz para mí para no tener que envidiar su dicha hoy a nadie. Así soy y nada me falta y quisiera hoy tener una obra buena que efectuar para pagar tanta dicha al cielo. Con cuánto más fervor ofrezco mi reconocimiento al objeto de cuya mano lo recibo. Oh, Dios sabe, mi María, cuánto te amo yo en recompensa, cuánto te respeto y venero al mismo tiempo, y cuánto vale para mí tu dicha o tu desgracia. A la vez, tú eres también dichosa de ser amada por mí, que no sé qué es mentira, ficción, ni doblez en amor, por mí, que te respeto hasta el fanatismo, por mí, que no hago farsa de amar sino una pasión santa y virtuosa, por mí, que no hago un triunfo glorioso ni una conquista de tu santo y puro amor, por mí, que no alardeo ante el mundo de ser amado por la más hermosa, pura y virtuosa de las mujeres. Con eso te pago yo mi dicha y el recuerdo de hoy. Tú serás feliz para más tarde como ahora, porque siempre te amaré como hoy.

Sábado 31 de enero

Samuel debe llegar hoy de Sonora después de un mes casi de ausencia. Ojalá que llegue cuanto antes. Mucho lo necesito y mucho tengo que hablar con él. El mes se ha concluido feliz como principió. Dios mío, ¿y qué desgracia se me prepara así con tanta dicha? Sobre todo se han pasado estos últimos tres días como en sueños, como encantado para mí. Así debe pasarse el tiempo para los bienaventurados en el cielo, digo, relativamente, aunque puede apenas haber punto de comparación y en cuanto pueden compararse las mentidas dichas de esta vida con las ciertas de la eterna. Se han pasado estos tres días, repito, como un sueño para mí. Dios mío. Y cuánto amo yo al ángel sin mancha que así me ama y me hace feliz. Sí, no me ciega su amor y mi dicha y puedo muy bien ver, que si entre mortales hay un ser que por sus virtudes se acerque a la perfección, es ella, sin ninguna duda. Nunca he estado más en calma que ahora para discernir y ver la verdad. Es buena, tierna, amante, cariñosa, no miente como las demás, Dios mío, y eso solo es bastante para que esté más arriba que todas. Es ardiente y llena de abnegación en su amor, en una palabra, para ella, “no hay mundo ni dicha sin el amor de su Ramón”.

Anoche he vuelto a hablar con Belén y estoy cada vez más cuidadoso con ella. He ahí una posición para mí. Cada palabra suya viene en lágrimas, y cada lágrima mezclada con la palabra amor. Quería, anoche, que le diera mi retrato, más quería que le diera también el de mi mamá, a quien dice que adora como a la Santa de sus sueños. A la negativa mía por el último, su dolor fue tan grande que no tuvo problema ninguno en prorrumpir en llanto como si estuviera sola. Dios mío, qué debo yo hacer. Yo me muero de pena al verla sufrir pero no puedo darle lo que me pide. La amo como a mi mejor hermana, pero ella no quiere eso. Horrible cosa.

Stockton. Lunes 2 de febrero de 1852

Son las 10 de la tarde en que llego a casa. He pasado un día feliz y espero que la noche sea lo mismo, no habiendo motivo para que sea peor que el día. El tiempo está hermosísimo y parece que ya no tendremos más invierno. He recibido cartas de Francia de Amelia y de su madre. La pobre Amelia está enferma. Da lástima de veras ver su carta. Quién creyera que tenga todavía, estando en la capital del mundo, el mismo recuerdo vivo fervoroso por mí, el mismo sentimiento que tenía por su Ramón aquí, como ella usaba llamare. Diré más tarde lo que me habla en sus cartas y copiaré de ella algunos trozos. Por lo pronto, bástele saber a mi diario que está en París en casa de uno de los primeros hospitales en compañía de cuatro o cinco señoras más de rango que están enfermas como ella; estará allí cuatro meses.

Martes 3 de febrero

Son las cuatro de la tarde en que llego de casa de Mariquita, y he venido a encontrarme con Samuel que acaba de llegar de la diligencia, digo en la señora Kate. Dios mío, qué día tan feliz, qué dicha. Para que nada falte a mi completa felicidad Samuel acaba de llegar. Yo salí esta mañana a las nueve, y no he vuelto sino ahora en que he venido a abrazar a Samuel. Williams y Enyart quedan muy buenos y me mandan muchas expresiones.

Samuel debía partir el primero pero ha sido imposible y su viaje ha quedado para hacerse por el 15 a lo último, pasará estos últimos días con nosotros y en seguida partiremos con Alfredo y tal vez Mariquita para el Sacramento, de allí a San Francisco acompañando a Samuel hasta que se embarque.

Miércoles 4 de febrero

Son las diez de la noche en que llego con Samuel de la casa de Ainza. Hoy ha sido un día feliz, felicísimo y doble porque en cierto modo es despedida por algunos cuatro o seis días. Debo salir para las minas, pero salgo contento, lleno de dicha y de esperanza. Así puede uno muy bien afrontar una despedida, y exponer su vida en algún peligro, siempre lo haré con gusto y valor; pero este desmaya cuando uno, en vez de una despedida como la mía de hoy llena de dicha, lleva consigo el pesar y contrariedad de no salir como quisiera. Nada me falta ahora a mí. Dios mío, qué feliz he sido hoy, ¿y cuándo no lo soy, cuándo un poco de amor cuya sinceridad y ternura, cuya solidez e invariabilidad no se ve sino en los romances? Gracias mil veces a ella. “¡Dios mío, mi Ramón, cuánto te amo, y qué hiciera yo para hacerte el más feliz de los hombres!”. Dios, y quién no es el más feliz de los hombres cuando es amado así.

Jueves 5 de febrero. Notas de mi cartera

Son las ocho y media de la mañana en que salgo para la mina de la Estrella de Oro, a arreglar una desavenencia que ha habido allí entre los trabajadores y el director, nuestro socio Sanfuentes. He estado estas horas desde las siete en casa de Mariquita de quien me acabo de despedir. Samuel y Alfredo estaban también allí ... a causa de un asunto de Don Mariano Álvarez ... De modo, laya, manera y calidad, como dicen los chilenos, que *that is all*.²⁰⁴

El día está nublado y yo he salido sin más sobre mi cuero que mi levitón de invierno. Nada, ni poncho, ni capa. Pero voy montado en Kate y llevo mi pistola de cinco tiros al costado.

Son las dos y media de la tarde en que llego al rancho de Calaveras, diez y media leguas distante de nuestra mina. Estoy completamente mojado. Me ha llovido por una distancia de diez y doce millas pero no he querido pararme en ninguna parte.

Son las seis y media de la tarde en que acabo de llegar al Hotel de Mr. Wakes en Calaveras. En el camino alcancé a Benavidez, un joven chileno que venía con una carreta y nos hemos venido muy despacio conversando de Chile y de la República Argentina.

Viernes 6 de febrero. Mina de la Estrella de Oro

Salí esta mañana a las 6 y media o siete después de haber pasado una noche tolerablemente buena. Cené a las ocho o nueve en compañía de Benavidez y subimos a nuestro cuarto a las diez,

²⁰⁴ *Eso es todo*. Traducido del inglés.

después de habernos paseado por el campo a la luz de la luna hasta la hora de dormir. Me ha llovido en todo el camino desde que salí. Cuatro leguas antes de llegar aquí me bajé en una fonda americana en el camino a tomar una copa de coñac francés y al salir, viendo cómo estaba mojado, me dijo el dueño del establecimiento, “señor, le prestaré un saco indio de goma para la lluvia y Ud. me lo devolverá cuando vuelva”. Gracias a este capote me he dejado de mojar hasta llegar aquí. Son las seis de la tarde en que he llegado. El desorden y desunión en que he hallado esto me da pena. Pero veremos lo que se puede hacer. He bajado a la mina por medio de una rondana, pero qué imponente es esa vivienda subterránea completamente iluminada y llena de recovecos.

Estrella de oro. Sábado 7 de febrero de 1852. Notas de mi cartera

Son las siete de la mañana en que salgo acompañado de mi compañero San Fuentes, Pietro y otro de los franceses para la casa del Capitán N. S., donde dejé ayer a Kate. Ha llovido ayer y anoche toda la noche entera, pero hoy está el día muy hermoso y espero que no tendré agua en el camino.

Son las ocho y media de la mañana en que salgo para Stockton muy cerca de las nueve. Veremos si ando pronto o no. A fe que llevo a Kate muy bien alojada anoche y con un buen almuerzo hoy. Voy muy alegre porque he arreglado todas las diferencias que había anoche dando lugar a creer que todo quedaría perdido. La Compañía queda arreglada bajo un nuevo pie y a trabajar una nueva veta, cuyo metal está con el oro a la vista. Tenemos ya algunos 100 quintales de este metal y luego tendremos quién sabe cuántos más en oro puro tal vez. No haya miedo, mundo, nos veremos.

Son las tres de la tarde en que llego a mi cuarto. Llegué a las dos pero me detuve en casa de María hasta ahora, a fe que está su casa muy en el camino de las minas y a propósito para que un pasajero sediento tome un refresco al pasar. Dios mío, cuán feliz soy. Cuánta dicha de ser recibido así al llegar aquí, antes que nadie por la primera persona en quien uno sueña y en quien está su presente y su porvenir, La he encontrado un poco enferma, pero esa enfermedad me será doble recuerdo de dicha, porque nada sin embargo me ha impedido ser feliz viéndola porque su sufrimiento, pasajero, no la ha hecho ni menos tierna, ni menos buena con su Ramón. Dios mío, qué agradable sorpresa recibió, “Dios mío, me parece un año que no le veo, mi Ramón, cuando apenas hacen tres días”.

Domingo 8 de febrero

Son las diez de la noche en que llego a mi cuarto. Cuánta dicha, cuánto hermoso recuerdo. Salimos hoy a pasear y por suerte me tocó tomar a mí a la Condesa de Landsfield. Apenas

puedo creer en lo que me ha pasado. El paseo de esta tarde me abre un nuevo mundo de emociones que no puedo apreciar bien exactamente ahora; hechas de dicha, de amor, de temor, de tristeza, de pena, por otros que sufren. No puede ser sino así, llena de candor, en sus confesiones cuando es tan virgen de todo. Con sus quince años y su hermosura de ángel, ingenua en su propia inocencia. Dios mío. Dice que me ama mucho, mucho, más que a cuanto hay en la vida. Que me ha amado desde que me vio, sin saber cómo, sin saber por qué, y que desde entonces por la primera vez de su vida ha sido infeliz. “Muy infeliz porque creía que V. no me amaba nada”. “Muchas veces he llorado solita en mi cuarto creyendo que V. ama a otra y que me desprecia a mí”. Pobre ángel, si ella supiera lo que pasa en mi alma. Dios mío, sin embargo de mi dicha con esta declaración ... cuánta pena me da la infelicidad de Belén que tal vez me ama “como mujer no ha amado a un hombre”, como ella, y dice, y a quien yo no puedo ver sino como la hermana más querida. Dios mío, quién pudiera cambiar su amor por amistad.

Lunes 9 de febrero

Son las cuatro de la tarde en que llego a mi cuarto. Soy tan feliz como puede ser un hombre en esta vida. Cuánta dicha, Dios mío. Los ángeles deben amar así con la pureza y ternura que ella me ama, con el desinterés y pasión con que me dice “¿yo soy tuya, mi Ramón, no es verdad? ¿Y tuya solita, mi Ramón, tuya como del hombre el pensamiento? No hay nada en mí que no sea tuyo ... Mis palabras, mis pensamientos, mis acciones, hasta mi voluntad ... toda tuya solita. ¿No, mi Ramón?”. Dios mío, sus palabras sonaron en mi oído, mientras viva me parece estarla oyendo, viendo su actitud y postura al decirme cada una de sus palabras o protestas de amor. Dios mío, creo con razón que existen pocas mujeres con un corazón, con un amor como el suyo.

Martes 10 de febrero

¿Quién ha dicho que los martes traen siempre desgracias? ¡No te cases, ni te embarques! Ojalá todas las supersticiones pudieran ser falsificadas como esta para mí. He aquí un martes como muchos otros que se ha pasado del modo más dichoso que darse puede. Yo he sido feliz hoy ... Muy feliz, como ayer, quizás más que se haría su enfermedad ... yo no lo sé ... ni me he acordado tampoco de preguntarle, ni me anunciara yo creo. Baste saber a mi diario que soy muy feliz. ¡Oh! Vendrá el día en que seré feliz escribiendo más largo sobre las particularidades de mi dicha.

Jueves 12 de febrero

No es preciso llevar corona ni haber contado millones para ser feliz. Todo el que tiene su conciencia tranquila, y el que no lleva un dolor en su alma, es feliz en este mundo. Ayer 11 ha salido un día feliz, pero hoy soy tan feliz como ayer, si no más. Ninguna diferencia entre uno y otro día, sino en que el de ayer es pasado y el de hoy presente. Sin embargo los días de dicha no son pasados nunca para mí. Soy feliz con su recuerdo y no soy ingrato ni desconocido al objeto de mi dicha porque se pase el día en que soy tan feliz. No queda en mi memoria el recuerdo y bendigo siempre a mi pobre María como si fuera mi ángel y mi buen genio.

Stockton. Viernes 13 de febrero de 1852

Son las dos y media de la tarde en que llego a mi cuarto. Con el motivo de la partida de Samuel y de la mía hasta San Francisco, fui a las nueve a despedirme de María y he estado allí hasta horas en que vuelvo a mi cuarto. Triste es el día porque acompaño a mi hermano que parte para Chile y voy a despedirme de él a San Francisco, pero si hay alguno feliz fuera de eso, soy yo. Dios mío, cuánta dicha encierra mi alma en este momento que pensaba sería uno de los más crueles para mí. Así se puede uno separar y despedirse cuando en la despedida es tan feliz o más que en otras reacciones.

¿Santo Dios, y cómo habría quedado mi María sino hubiese sido tan feliz a mi partida? “Ramón mío, no te quedes más tiempo que el que te sea absolutamente necesario. Cuando no te veo unas cuantas horas sufro mucho, compara entonces cuántas agonías tengo que pasar en los días que estés lejos de mí”. Pobre ángel, cuánto más tiempo se pasa, es más entusiasta en su amor, más extrema en su ternura. En otro momento me decía, “¿no es verdad, mi Ramón, que vas a pensar en mí a cada instante, en cada minuto? Hazlo así, mi Ramón, y yo seré menos infeliz”. Con qué pasión me ama este ángel cuya virtud y mansedumbre me merecen siempre ese título. De repente, en algunos felices momentos me dice repentinamente “¿no es cierto, mi Ramón, que me amas más que a nadie en el mundo, y que eres mío, mío solito, en pensamientos, palabras y obras?”. Sí, es cierto. Y Dios sabe cuánto amo a esta criatura en quien ni los años ni la última relación que tengo con ella me han hecho descubrir en su alma un solo defecto, una sola mala calidad. Será que el amor purifica y da virtudes al que no las tiene, y realza y fortalece en ellas a los que son de sí virtuosos. No hay duda en ella, yo lo sé y lo palpo.

Son las cuatro de la tarde en que nos embarcamos con Samuel y Alfredo a bordo de la Kate Kearn para San Francisco. La despedida de Samuel de tantos objetos queridos aquí ha costado más lágrimas que lo que él mismo pensaba. Yo escribo esto en mi cartera mientras nos alejamos del muelle.

San Francisco. Sábado 14 de febrero de 1852. Notas de mi cartera

Son las cuatro de la mañana en que acabamos de llegar a San Francisco. Aún se ve la ciudad completamente iluminada y se oye claramente la música de los mil hoteles. Aún es tiempo de dormir y yo me vuelvo a mi camarote. Hay en la bahía muchísimos buques, creo que pasan de 600.

Son las 12 del día. Estamos alojados en el Hotel de New Orleans pero tomamos nuestra comida en el suntuoso restaurante de *Loving House*. Después de desembarcar fuimos a casa de un peluquero, a quién se le antojó en vista de mi hermoso pelo, hacerme el peinado últimamente llegado de París. Consentí en ello, pero Dios mío, qué hermoso peinado y cómo el arte cambia en hermoso al que no lo es y mejora doble al que lo es. Siento que no me vieran así con ese peinado ellas, mejor para ellas.

Allí supimos por los diarios que el Panamá en que se va Samuel no ha de salir hasta el 18 de este mes. Cuánta pena ha dado esto a Samuel, que tiene que pasar cuatro días más aquí pudiéndolos haber pasado en Stockton.

Domingo 15 de febrero

He visto a Emilia ayer y hoy y está tan hermosa como amable siempre. “Nos hemos vuelto a ver ha cerca de un año, mi querido amigo”. “Tiene Ud. razón”. “Ya comprendo el motivo porque Ud. no sale de Stockton, tiene razón Navarro, las demás relaciones son viejas para Ud. y en el sistema del día lo nuevo es lo que domina”. En cosas y cargos de esta laya pasamos el día de ayer, pero en la visita de hoy, no ha habido ya cargos ningunos.

Visitamos hoy a la señorita Barreto que es una muy amable mazalteca a quienes venimos recomendados por sus hermanos y padre que están en Stockton. Por supuesto que la guitarra metió su cuchara en la presentación ...

Miércoles 18 de febrero

Son las siete y veinte minutos en que acaba de dar el cañonazo de despedida el vapor Panamá que se lleva a Samuel. Él durmió anoche con nosotros y esta mañana a las cuatro nos levantamos para acompañarlo a bordo. Qué triste era el vernos los tres solos a esa hora en las calles de la inmensa y populosa ciudad de San Francisco. Ni un alma siquiera encontrábamos y nosotros atravesábamos las calles y los muelles en silencio como si fuéramos conducidos al patíbulo ... Dios mío, qué triste cosa. Al llegar al vapor entramos al cuarto destinado a

Samuel, pidió vela y se puso a escribir su codicilo, mientras nosotros salimos a pasearnos sobre la cubierta ... Al fin, no es posible pintar nuestra despedida. Samuel me entregó su pliego sellado y no nos despedimos ... porque yo le dije, aunque sin intención, que iba a buscarle libros. Pero por si acaso, me dijo adiós ... y yo le dije, Dios, Patria y Libertad. A esta hora el cañonazo ha sonado y él se va ya lejos de nosotros. Yo me embarco esta tarde para la Contra Costa, y Alfredo para Stockton.

Contra Costa. Jueves 19 de febrero de 1852. Notas de mi cartera

Son las once del día en que acabo de llegar a la Contra Costa de San Francisco. Me embarqué a las 10 en el vapor Cangarro y hemos puesto una hora hasta llegar aquí. El país éste es hermosísimo y su figura topográfica es la misma de Coronel, al otro lado del río Biobío en el sur de Chile. Tan encantado me he visto yo por su semejanza en sus árboles, hierbas, pasturaje y calidad de terreno, que mi ilusión ha sido completa y me he creído encontrar en Coronel, hacienda del General Ribera, y teatro otra vez de escenas de amor, de dicha y pena para mí ... Qué lejos se han ido esos días, pero es verdad que estoy en la Contra Costa.

Me he encontrado con Leguisamont que aquí es el Señor Doctor y goza de una reputación de médico y buen argentino, buen amigo entre todas estas buenas gentes. No hace sino algunas horas que estoy con él y ya no tengo alientos, tanto me he reído con sus cuentos y ocurrencias.

Son las cinco de la tarde en que llegamos con Leguisamont a casa del señor Valdez cerca del puerto para estar prontos a tomar el vapor mañana para San Francisco.

Viernes 20 de febrero

Son las diez y media del día y Leguizamont se ocupa de litografiarme un bonito cuadro dedicado a Mariquita. Qué hermoso está quedando y de cuánto valor va a ser esta obra de Leguisamont, hecha en su retiro sin ejercicio y sin buenos materiales. El cuadro es "Recuerdo de amistad a Mariquita, de su amigo Ramón Gil Navarro" y algunas palabras más. Pero está quedando hermoso con los ramos y las costosas letras con que está adornado.

Anoche me ha tenido Leguizamont hasta las 8 y media en nuestro cuarto entretenido con sus cuentos y sucesos de su vida en las diferentes partes donde se ha encontrado y jamás me acuerdo de haberme reído tanto. Hoy nos embarcamos para San Francisco a las dos de la tarde. Él va conmigo por acompañarme y pasar algunos días conmigo antes que vuelva a Stockton.

San Francisco. Sábado 21 de febrero

Ayer a las tres de la tarde llegué de la Contra Costa y tuve tiempo de echar una carta al vapor que partía para Stockton diciendo que no me esperasen hasta ocho días porque había venido Enyart y me instaba a quedar con él hasta su vuelta a Sacramento. Pero he aquí que una vez que partió Samuel y Alfredo en seguida, y al fin Enyart para Sacramento, yo me hallo sin equilibrio, sin gusto. El recuerdo de Stockton me persigue donde quiera y me amarga todos los momentos hasta los que paso al lado de Emilia. Cuánto debe sufrir ella allá con mi ausencia, sus cartas vienen llenas de lágrimas, en lugar de letras, pobre María ... Ya me abrazará mañana.

Me embarco a las cuatro de la tarde en el Kate Kearn. Me despedí de Emilia, quién me regaló una hermosísima corbata y una cadena de reloj que tenía ella en ese momento. Ambas prendas me serán muy queridas y tendrán el recuerdo de ser de ella. Pobre Emilia, como sobrina de Rosas su trono se vino abajo, pero como reina de las bellas y amables criaturas, su corona está firme siempre en su cabeza. Me he despedido también de la señorita Barreto, donde almorcé y comí hoy. Tengo una foja escrita de su mano en mi cartera que aún no he leído por falta de tiempo. Me voy siendo su mejor y más querido amigo.

Acabo de comparar dos hermosos y grandes ramilletes para llevar a Stockton. Jamás he visto una casa mejor ni más bien adornada y más bien arreglada de matices.

Stockton. Domingo 22 de febrero de 1852

Son las siete de la mañana en que acabamos de llegar a Stockton. Tuvimos anoche un hermoso viaje acompañados del vapor Constance hasta Venecia; encontramos al Nuevo Mundo y al Senador en el camino en medio de una noche de luna la más hermosa que darse pueda. Parecía un palacio con sus ventanas y portadas iluminadas. Anoche, hasta antes de dormir, me ocupé en componer la canción que se llama "Las cuatro épocas".

Son las diez de la noche en que llego a mi cuarto. Por ser domingo yo no creía hoy ser tan feliz ... Ya se ve mi María, me recibió como era natural después de una ausencia de diez días. Qué dicha que ella me haya abrazado con un largo y apasionado beso, con diez o doce diré más ardientes que los de una [ilegible]. Esta mañana a mi llegada a casa de Mariquita la encontré aún sin vestirse. Qué gusto tuvo al verme; se vistió, almorzamos juntos y después la llevé a misa a la iglesia católica. Cuánto gusto y admiración tuvo al ver su Ramón.

Stockton. 23 de febrero de 1852

Después de diez u once días de ausencia de Stockton y de toda dicha, tengo hoy los días felices que contaré más tarde en el curso de mi vida. No hay un hombre que hoy pueda ser más feliz que yo y que menos aparenta serlo. Las horas de hoy han corrido para mí en éxtasis de ventura tal vez hasta hoy desconocida por mí. Dios mío, que sea preciso que uno pierda su felicidad por algunos días para saber el mérito de ella ... Si era preciso que yo me ausentase por diez días, para saber lo que he dejado de gozar en cada una de las horas de esos días, para saber cuánto amaba, y cómo era yo amado, para saber, en una palabra, la diferencia que hay entre el cielo y la tierra. Mis recuerdos tendrán siempre este día como el más feliz de mi vida. Dios mío, las palabras y sus caricias siento todavía como si estuviera a su lado. Cuánta ternura, cuánto amor, cuánta ardiente pasión en cada una de sus palabras, en cada una de sus caricias. “¡Mi Ramón, cuánto te amo, Dios mío! Me parece que fue un año que no te veo, y sin embargo despierta, durmiendo, en mi casa o fuera, sola o delante de otros, siempre tú has estado conmigo. ¡Oh! Mi Ramón, tú no te vas ya más para ninguna parte ... ¡O si te vas, me llevas contigo!” Con qué entusiasmo y gracia añadía estas últimas palabras. Cuánta alma. Y de cuántas virtudes está adornada la suya. ¡Pobre ángel! Yo te amo con igual ternura y desinterés.

Martes 24 de febrero

Este día no es menos hermoso que el que se ha pasado, ni es menos feliz en nada que el de ayer. No. Está lindo y sereno, y más feliz y hermoso para mí que lindo y sereno para los demás. Si no soy menos feliz que ayer, y mi alma nada en un bienestar sin tormenta, sin remordimiento, sin pena, sin tristeza, que es lo último que desaparece de ella. Gracias a Dios por tanta dicha, y gracias al objeto querido que hace de mí el hombre más feliz. Dios mío, tan joven y tan hermosa como es, tan buena y tan llena de tantas virtudes pueden adornar una criatura celestial, tan adornada de gracias y talento como no he de ser yo feliz así, cuando ese ser ideal que no tiene más de terrestre que el vivir entre nosotros, como no he de ser feliz cuando ese ser no vive sino por mí, no respira ni alienta la vida sin por mí, no es feliz sino por mí, y no vive ni canta ni ríe sino por su Ramón. Su Ramón suyo. El ángel de sus sueños, el ser ideal de su fantasía y el objeto real de su ambición, el dueño de su vida y de su amor. Pobre ángel mío, si yo no te amo con doble pasión a la tuya, mi abnegación por ti no es menos en nada.

Jueves 26 de febrero

Se ha pasado ayer un día malo por muchas razones pero sin intención de los que pudieran haberlo hecho feliz. Llamamos malo al día en que no somos felices, cuando ya como yo, uno va perdiendo la costumbre de ser infeliz todos los días de su vida. Ayer pues nada me faltó, pero no fui feliz como hoy. Hoy todo es lindo porque todo se dora con el resplandor de mi dicha; y cosa extraña no es sino cuando la dicha viene mezclada de ráfagas de contratiempos que uno goza de ella con doble placer. Todo es monótono para nosotros, y todo esto prueba doblemente la mortalidad de nuestra alma. Nos cansa y fastidia la dicha a su vez como el pesar y pedimos variación aunque ella sea del placer al dolor, tan miserable como todo eso es nuestra naturaleza. Yo soy ahora doblemente feliz porque ahora soy feliz y ayer no lo fui como ahora.

Viernes 27 de febrero

Son las doce del día en que llego a mi cuarto. El sol está más bien fuerte que templado para ser día de primavera. Nada me falta hoy y en nada ha cambiado ni se ha alterado la paz y dicha que goza de cerca de un año. A pesar de que vendrá luego la desgracia en busca mía, ya me ha dejado muchos y largos días sin pesares y sin lágrimas. Pero no la temo. El recuerdo de estos días, si no me quitan de sus garras al menos aliviarán mis pesares. Estos recuerdos traerán dicha para mí hasta más allá, hasta muy lejos, y cuando el día se nubla, cuando el horizonte se ponga negro y amenazador, yo abriré estos recuerdos y entrarán en mi alma como un bálsamo.

Hoy plantamos las rosas en el jardín de Mariquita. Quién sabe si seré yo el primero que corte una rosa de allí y quién sabe si sea ella la primera que vea abrir el botón ... Es tan variable el destino ...

Sábado 28 de febrero

Nada hay de nuevo hoy; la misma dicha que ayer, doble si es posible, la misma hermosura, el mismo amor, la misma pasión y abnegación, el mismo ángel con sus mismas virtudes, el mismo tesoro mío, en una palabra. Pero ahí viene mi mal genio ... los malos presagios, ahí ha centellado en mi alma una chispa de desconsuelo que pequeña e insignificante como es, trae desconsuelo a mi alma ... y mi esperanza no es la misma. Pero nada hay de mío que me dé motivo a creerme menos feliz, sino es que he sido muy largo tiempo feliz para que dure más mi dicha. Pero perdón, mi ángel, perdón, María. Dios mío, que miserable soy ... en medio de la dicha que te debo, me tengo en tristes pensamientos injuriando tu amor que desafía la misma muerte. Perdón, mi ángel.

Stockton. 1 de marzo de 1852

El día de hoy ha amanecido nublado con el de ayer, aún más, ha llovido ya bastante y la escena de la ciudad no es de lo más bonito y divertido. Sin embargo, el día ha sido muy feliz. Ha principiado el mes de marzo, con toda la dicha que yo podía esperar, en una palabra ha principiado como ha concluido el de febrero. Veremos si el 1 de abril, el reverso de estos renglones en materia de dicha. Si nos veremos destino y cualquiera que sea tu fallo, no robarás por eso a mi memoria el recuerdo de hoy y de los demás días que, como éste, serán mi consuelo en mi desgracia. Yo pensaré en ella, en su amor sin ejemplar hasta hoy en absoluta abnegación por mí. En su ternura fraternal, en sus caricias llenas de cuánto hay de delicia y amor, y su recuerdo, me traerá mucha atenuación al dolor en mi desgracia. Pero, ¿por qué hablo yo siempre de desgracia en medio de mi dicha? ¿Por qué he estado siempre acostumbrado a partir con ellos mis horas, y por qué, al fin, no me tome dormido cuando venga en busca mía? Pero yo seré valiente mi María, y tu recuerdo me alentará en mi dolor.

La novela de Laura²⁰⁵ ha hecho esta noche la primera movida a la Condesa de Landsfeld ... Ella le he llevado entre sus páginas su tesoro, su primera miseria de amor porque tanto la ha anhelado. Qué feliz ha estado ella después que ha leído el contenido, qué dicha y agradecimiento se pintaba en su cara y sus ojos, cuando me miraba. Si supiera mi amigo Dumas que él me ha servido hoy con su Laura, y que ella, por su parte, ha sido feliz esta noche también por ella.

Martes 2 de marzo

Son las tres y media de la tarde en que acabo de llegar a mi cuarto. Llueve mucho, el doble que ayer, y yo estoy un poco mojado. Pero qué importa eso y mucho más cuando se es tan feliz. Los sufrimientos corporales son gloria cuando el alma está llena de dicha. Nada hay que pueda hacer a uno sufrir cuando el alma nada en placer y ventura. Yo soy ahora uno de esos, estoy en esa situación, y nada me contraria cuando moralmente soy tan feliz. Yo acabo de llegar de la casa de la señorita Barreto que llega de San Francisco. Me dio un abrazo, comí allí y me despedí hasta la noche. Estuve con Mariquita desde las nueve hasta las doce y media y me despedí para venir a ver a Isabelita. Dios mío, quién pensaría en que hoy se me destinaba tanta dicha. Si soy muy feliz ... “Mi Ramón, ¿tú no amas a ... no es verdad? ¿Me amas a mí solita, eres mío como mi pensamiento, y yo, yo soy tuya lo mismo, no? Di mi Ramón, mi ángel, que a mí me amas más que a todas en este mundo”. Sí, es cierto. A ti amo más que cuanto me rodea hoy en esta tierra ingrata y ... ¿cómo podía ser de otro modo mi María?

²⁰⁵ Quizás *Laurette ou le Rendez-vous* (1826).

Miércoles 3 de marzo

Sigue el temporal que principió ahora tres o cuatro días, y sigue en aumento. Los días tempestuosos tienen algo de hermoso cuando uno es feliz como yo ahora. Todo lo que tienen de siniestros y horribles cuando siente a un mismo tiempo la tormenta en el tiempo y en el corazón. Yo encuentro ahora poesía en las fuertes ráfagas de viento que azotan mis persianas, y hasta la creciente grande que se lleva en su ímpetu todo lo que se le opone. Dios mío, todo es hermoso cuando uno es feliz ... Con cuánto ardor y entusiasmo santo admira y reverencia uno hasta las cosas más insignificantes de la naturaleza, y con cuánto más veneración piensa uno en Dios como el autor de la naturaleza y la causa de tantas maravillas ... Uno es entonces algo más que un pobre diablo y admira la creación en sus vastas e incomprensibles ramificaciones, y el mundo entero con sus hombres, sus hechos, sus talentos, sus invenciones etc. Yo soy feliz así, ahora, y quisiera que todo el mundo lo fuera como yo, y entonces estoy seguro de que no habría hombres malos. No es sino la infelicidad que envenena el alma y corrompe al hombre.

Viernes 5 de marzo

Conque al fin es cierto y no es ilusión mi dicha. Sí, al fin soy feliz después de dudar tanto a fuerza de ser hombre y de vivir en el mundo donde lo que no es mentira, es ilusión que se va como el humo. Dios mío. Aprenda yo esta vez a no desesperar cuando sufra mi corazón bajo el tremendo peso del infortunio. Testigo sea este 5 de marzo de la dicha inefable, inexplicable de mi alma, testigo sea este 5 de marzo de la ventura más grande y completa a que pueda yo esperar. Sí, testigo sea este 5 de marzo de mi dicha, como fue testigo de mis lágrimas y tormentas de mi desdicha y pesares el 5 de marzo del 51. La providencia, de quien como un ingrato, llegué a desconfiar en medio de mi dolor del 5 de marzo del 51, ha hecho que hoy en el mismo 5 de marzo a las mismas horas y en la misma casa me llame el hombre más feliz del mundo. Si este mismo cuarto en que he llorado antes me ve reír ahora. Este mismo escritorio, este mismo diario que ahora un año a estas mismas horas me veía doblado bajo el peso del dolor, me ven ahora confiar estos renglones al recuerdo en medio de lágrimas de placer. Gracias mi ángel, gracias mi María. Ramón aprende en esto a no desesperar. Memento Ramón.

Sábado 6 de marzo

El temporal sigue horrible y tenaz como en los demás días desde que principió. Yo creo que a un tiempo va a ser causa de mucha riqueza, y de grandes pérdidas por las inundaciones. Pero todo se

recuperará con las siembras y las crianzas. El tiempo no tiene influjo en mi dicha; yo soy feliz sin alteración, sin revés. Dios mío, qué recuerdos me dejan estos dos días de ayer y hoy. Jamás he sido tan feliz en mi vida como en estos dos días. Cuánto me ama, Dios mío, y cuánto la amo yo. Y cuánta dicha encierra esta reciprocidad. Gracias mi María. Me acordaré de los 5 y 6 de marzo de 1852.

Stockton. Domingo 7 de marzo de 1852

Son las 12 de la noche en que acabo de llegar con Enyart de casa de las Ainza. Ya tenemos ocho días de temporal y sin embargo no cesa de llover. Anoche y hoy ha bajado una gran creciente por el Stou y esta noche amenaza grandes ruinas al menos por los puentes. La creciente ha subido ya hasta salir el agua por las calles de Stockton y casi entrar a las casas de las Ainza. Nosotros hemos estado allí acompañando las niñas.

Los días más calamitosos son para uno a veces los más felices. Mi Condesa de Landsfeld acertó a quedar a mi lado mientras todos salieron a bailar, y me ha hablado de su amor con toda la faena y trabajo de una niña de 15 años que no hace esta confesión sino en fuerza de lo que padece. ¡Pobre criatura! Cómo se engaña el general de la sociedad en la calificación de ciertas personas. A ella se le ha llamado la más bonita, la más graciosa de todas, la de gracias más generales, pero los jóvenes han dicho siempre que era la más orgullosa, la más fría, la más inaccesible a todo sentimiento de amor. ¡Imbéciles! A la que no nos ama, a la que no nos responde a nuestros tontos cortejos y engaños, le llamamos orgullosa o fría. Si supieran la pasión tan santa y pura que arde en el pecho de la que llaman fría y orgullosa. Dios mío, yo no la he creído así jamás, desde el momento que la vi la calificué justamente y a ella, según me dice, le pasa lo mismo. Admirado he quedado de encontrar en ella esta noche ideas tan elevadas y puras al mismo tiempo hablando de su amor. “No nos debemos engañar jamás nosotros una vez que sabemos uno y otro que nos amamos, no nos debemos ocultar nada. Dios mío, cómo yo he sufrido en estos días pasados en que V. me miraba a penas, o no me miraba a veces. Todas esas veces he llorado en mi cuarto creyendo que yo había hecho alguna cosa mala y que V. me había dejado de amar, que amaba a otra”. Cuánto he gozado al sacar de la horrible duda al oír hablar así a una criatura que entra apenas al mundo. “Yo soy muy joven, y V. debe decirme lo que debo hacer en todo, al fin. Nadie tiene más derecho en enseñarme”. Cuánta dicha, Dios mío. Sí, yo le enseñaré y haré como un hermano una cumplida señorita de ella.

Stockton. Martes 9 de marzo

Aún no hay esperanzas de que bajen los arroyos. Ayer a las dos de la mañana el Stou se llevó los dos puentes. Yo y Enyart estábamos en el balcón viendo los estragos de la creciente a 8 u

10 pasos de nosotros debajo de nuestro balcón casi. Todo Stockton se encontraba de un lado y otro del Stou, cuando casi a un tiempo se desprendieron los dos puentes y pasaron majestuosamente en medio de los hurras, a pararse en el otro puente de la bomba. Dos casas vinieron del Stou para arriba aún con luces y se hicieron añicos en los puentes donde se quedaba todo lo que traía el Stou.

Son las cuatro de la tarde en que acabo de llegar de casa de Mariquita. La pobre ha estado tan triste desde el sábado que no ha hallado qué hacerse. Está aislada y yo, para ir allá, he tenido que pasar dos veces el Stou en bote con gran peligro. Pero soy feliz ahora como es posible serlo, nada me falta, Dios míos, gracias. Pobre mi María, cuánto más sufre por tantos más títulos adquiere a mi ternura. ¿Quién puede explicar la dicha que siente a veces? Yo al menos ahora recuerdo los detalles y minuciosas particularidades, pero me sería imposible explicar nada.

Miércoles 10 de marzo

Son las cinco de la tarde en que acabo de llegar a mi cuarto. Salí a las nueve y he vuelto doble feliz que salí. Dios mío, lo nublado y tempestuoso del tiempo no creía yo de buen agüero para mí, me equivocaba. Mi dicha no es explicable ni puede pintarse. Yo la siento pero no puedo pintarla porque saldría mal. Quién creyera. Cuantos más días, cuanto más tiempo corre, más ardiente es su amor, sí, ardiente como una española andaluza y tierna y pura como una virgen de 15 años. ¡Su Ramón! ¡Su Ramón! Es el principio de todas sus frases, de todas sus ideas, y de todos sus planes, su Ramón es el héroe de todos los sucesos de su vida pasada, presente y futura, él es el héroe de sus recuerdos, los más graves, los más felices de su alma. “Te acuerdas, mi Ramón. ¡Sabes lo que vamos a hacer, Ramón!” “Quieres, mi Ramón, que haga esto yo. Qué piensas, mi Ramón de esto, dime lo que debo hacer”. Sí, así me habla siempre y con razón yo, soy de ella en todo y por todo.

Viernes 12 de marzo

El día de hoy aunque menos hermoso que el de ayer es para mí mucho más feliz. Soy muy feliz y si me mataran por ello, sería dulce muerte. ¿Pero quién me mataría porque soy yo feliz? ¿A quién hago mal en mi dicha, quién sufre por eso? Soy muy feliz porque tengo realizado el objeto ideal de mi fantasía, en el objeto de mi amor. Cuánta dicha hay en poder decir cuánto he soñado de divino, de grande, de virtuoso, cuánto ha creado mi ilusión de puro, de sublime, de tierno y amoroso, todo lo tengo realizado. Sí, yo lo tengo realizado en mi María. Gracias, mi ángel. Dios mío, mi Ramón, qué dulce sería el morir así. “Oh, mi Ramón”. Cuánto misterio, y

cuántos mundos de dicha encierra esa palabra que parece tan sencilla. Pero que solo para uno contiene tanto misterio que causa la misma dicha.

Martes 16 de marzo

El día de hoy ha estado lindísimo, como el mejor que hemos tenido después del temporal. Se han pasado muchos días muy infelices para mí como el 13, 14 y 15 de que tengo notas y copiaré más adelante. He tenido muchas y largas cosas de pesar, pero no, de ella, ¡no! Dios mío. De ella me viene siempre la dicha. Hoy soy feliz, y ella seca mis lágrimas y con besos que mandan lejos el infortunio. Si ella no fuera, qué sería de mí en algunas tribulaciones ... mi pena me ha venido injustamente, sépalo mi diario, y de viles y canallas personas a quienes yo he hecho siempre bien. Pero no es más que esto; soy muy feliz ahora para recordar esas horas menguadas por el dolor. Gracias mi María. Gracias te da tu Ramón.

Stockton. Jueves 18 de marzo de 1852

Son las diez y media de la noche en que acabo de llegar a mi cuarto. La pena que turbaba mi alma por algunos días pasados está muy minorada. Pero mi diario sabe que yo no olvido jamás las cosas. Recordaré esas penas y la causa de ellas para mi gobierno, como recuerdo las dichas y a quien se las debo para pagárselas más tarde. Si Dr. Lasvignes. Es a ti que te debo estas penas en pago de tantos buenos oficios como debes, en pago de la posición que tenías en la sociedad. Tú sabes bien el mal que me has hecho en mi alma con tus calumnias que en los demás no han tenido más efecto que lo que regularmente tienen las cosas salidas de infames contra caballeros que no están manchados. Ante Dios declaro que tú no temas el menor motivo de queja contra mí, más tú lo declaras lo mismo en tu carta, luego tú eres el más infame, vil y envidioso que pisa la tierra en vengarte en mí por envidia de los golpes que recibes de otros. Pero no tengas cuidado hasta que salgas de aquí, “y saldrás”, citarás fuera de mi venganza, sacrificio que hago en favor de bellas e inocentes criaturas, para evitar escándalo. Pero nos veremos fuera de aquí y entonces sabrás conocer la venganza de Ramón como has conocido su generosidad y bondad en otro tiempo. Ya todo el castigo que se te pudiera dar está dado. Hoy se te ha botado ignominiosamente de las dos casas donde, sin saber tú cómo yo me siento en ellas, te atreviste a moverme con calumnias, dos o tres días que se te botó también lejos como miembro corrompido de las demás casas que se llaman decentes. Pero mi venganza de mi parte era lejos, y en el remordimiento de tu conciencia llevas por ahora una tremenda venganza.

Es tontera ocuparse de semejante átomo ahora que yo soy tan supremamente feliz. Ya eso es muy pasado, y hoy debo a mi ángel una de esas dichas que valen y borran cien penas de las que tuve. Gracias al fin, en ti, en tu corazón y en tu amor hay toda la dicha de este mundo y yo, el dueño de ambos. “Tuya soy, mi Ramón, tuya y nada hay en mí que no te pertenezca desde mi pensamiento hasta la más pequeña acción”.

Domingo 21 de marzo

Son las once y media de la noche en que acabo de llegar de casa de las señoritas Ainza. Hoy fuimos a bañarnos con Agustín y nos detuvimos en la casa de baños más de una hora. Al salir de allí me dijo que fuéramos a sacar a sus hermanas a pasear. Pero yo, en vez de ir allá, me fui a casa de Mariquita, y no fui sino en la noche con ella. Encontramos allí a la señorita Barreto, y mucha concurrencia de jóvenes. Sus muestras de afecto e interés por mí se remarcaron por todos y se esmerasen todas las niñas en mostrarlo así, pues que me creían resentido. No hablé con nadie excepto Mariquita y Agustín. Digo mal. Mientras hubo un momento de bulla y canto en que todas estaban empeñadas, me llegué yo a mi Condesa de Landsfeld, a quien no he visto ni hablado por quince días, a pesar de sus muestras y señas de amor. En este momento supremo jugaba su dicha tal vez porque si hubiera demorado un segundo en contestar a mis dos palabras, y técnicamente, envenenado como estaba la habría sacrificado a mi orgullo. Pero Dios mío, ella es un ángel y sufría demasiado para no creerse dichosa con mi pregunta y respondérmela. Me llegué y dije “me amas”, “sí, mucho” iba a seguir, pero yo me retiré sin esperar nada más y murmurando la palabra gracias.

22 de marzo

Son las diez y media de la noche en que acabo de llegar a mi cuarto. Dios mío, qué feliz soy y cuánto pequeño particular aumenta mi dicha. Si yo supiera que a costa de quince días de penas puede obtenerse una dicha así, yo las sufriera y diera dos más de barato. ¡Dios mío! Qué pierna y qué pie adornada la primera con rica media de seda, y el segundo con zapatos de baile. Tan pequeño y bien hecho que bien cabría en uno de mis guantes. “Al fin cumplo mi promesa y tú tienes en tus manos lo que tu capricho hace llamar tu dicha. Pero antes de todo, eso es tuyo más que mío”. Santo Dios, yo he creído volverme loco de dicha y de placer. Y quién no lo es cuando es uno así el dueño de un corazón y amor que tienen poco o nada de vulgar, si algo les queda de humano. Gracias mi María. Gracias.

Miércoles 24 de marzo

Hoy cuento este día como el más feliz que recuerde en mi vida, como el más hermoso que espero que luzca para mí, y en mi idioma, una de las cuatro maravillas de la dicha. Yo me abismo y no puedo ni siquiera explicar y pintar mi ventura. Ella tenía hoy mi vestido celeste por la primera vez que ha sido santificado con las dichosas horas de este día ... Dios mío, cómo me recuerdo a cada momento su talle, su peinado, su cara, qué hermosa estaba Dios mío. Me ha parecido una pintura o un figurín parisiense en los días de primavera. De dónde inventa ella caricias y palabras que no he oído ni visto escritas en ninguna parte. Dios mío, cuánto me ama y de cuánto es capaz por mi amor que para ella está sobre todo el mundo ... Mi dicha, como decía, es única hoy porque yo he visto mi tesoro, ¡Dios mío qué hermoso! Qué puede compararse a esta dicha de verlo y de imprimir un beso eterno en que va toda su alma ... Dios mío, mi tesoro ... está grabado su recuerdo en mi alma mientras viva. No me olvidaré, porque contigo mi María todo es grande, pero hoy, sin comparación. Quién creyera que tanta dicha me esperaba hoy. ¿Y con qué pagarle? Con mi amor eterno, mi María.

Stockton. Jueves 25 de marzo de 1852

Son las cuatro y media de la tarde en que acabo de entrar a mi cuarto. Salí a las nueve y media y he estado hasta estas horas con mi María. Dios mío, qué supremamente dichoso soy en este momento. Pero el recuerdo del día de ayer me hace hoy doble feliz. No es que hoy sea menos feliz en nada, pero mi tesoro, que vi ayer por la primera vez. Hoy he gozado de esa dicha doblemente porque he apreciado más detenidamente lo que vale. Qué prodigio de hermosura, Dios mío, en qué loca pasión he contemplado yo mi tesoro gozando en cada una de sus maravillas. ¡Oh! Esa palabra, mi tesoro, encerrará para mí un mundo de recuerdos y de delicias, concebidas solo para mí, pero que sin embargo me sería imposible explicar. Dios mío, cuánto de misterioso, delicioso y sagrado para mí encierra esa palabra mi tesoro. Comprensible para mí solo, a mí solo me llena de ventura su recuerdo. Gracias mi María. No me olvidaré que te debo a ti los días más felices que he pasado en mi vida.

Llevo siempre la pena conmigo de que en nada puedo yo olvidar las torturas Belén. Qué hacer, Dios mío, cuando amo a ella sin otro sentimiento que el de una querida hermana. Pide una sola palabra de amor para ser feliz, ¿cómo puedo yo dársela sin sentirla? ¿Y cómo traicionar así, por consolar a otra, a la que amo verdaderamente con toda la fuerza de mi alma? ¿No sería una villanía darle siquiera la menor esperanza, el menor motivo de creer que la amo cuando mi sentimiento está puesto en su hermana misma? Y sin embargo, ella sufre, y yo sufro a la vez porque la quiero y la considero como algo mío, como mi hermana, en fin.

¿Quién pudiera cambiar su sentimiento por el de pura amistad? ¡Oh! Dios mío, qué feliz sería yo en darle a ella cuanto puedo darle como mi hermana. Qué hacer, Dios mío. ¿Vender mi secreto? ¿Decirle que amo a otra, su misma hermana? Dios mío, esto la mataría y haría nacer el aborrecimiento para la otra infeliz inocente, mientras que sin decirle, aún puede desengañarse ella sola y olvidarme en favor de otro. Además, ¿cómo vender así el secreto de mi amor que está entre Dios y yo? Nada hay en él de criminal, al contrario, todo el mundo bendeciría un amor tan virgen y puro como el mío. Pero no entra en mis ideas hacer manchacho de un secreto²⁰⁶, porque quién sabe si al fin el destino me lleva lejos de ella. Al fin, me queda el consuelo de mi conciencia, jamás ni en obras ni en pensamiento he hecho creer a Belén que la amo, siempre finjo no entenderla, siempre me evado de sus insinuaciones. Yo espero en Dios que un día he de poder darle como hermana cuanto ella pide de otro modo. Al fin, me iré a Sonora, tal vez se olvide.

Viernes 26 de marzo

Son las tres y media de la tarde en que acabo de llegar a mi cuarto. Aún parece que el frío va a seguir por algunos días más. Hace un viento tan horrible que anoche parecía que se llevaba las casas. No importa el viento y no importa el frío, yo soy feliz como siempre. Hoy me decía, “Dime, mi Ramón, te acuerdas de la canción de la María sobre tu seno inocente, mi cabeza reclinará [ilegible]. Di, no sientes dicha al ver cumplido un deseo en todas sus exigencias, mi Ramón, ¿no eres feliz en cuanto tú desearas serlo?”. Sí, alma mía, sí soy y a Dios y a ti les debo los únicos días de dicha que he pasado en California ¿se puede ya ser más feliz?”. ¡Imposible! Cada una de sus palabras me valen un mundo de recuerdo, cada una de sus caricias vale una dicha que se imprime en el alma y queda eternamente tal vez para consuelo de días más infelices más tarde. Tantos días de penas y soledades he pasado yo que al fin creo que merezco justamente el ser feliz. No ha muchos días, creo que antes de ayer le mostraba yo mi despedida de las minas aquel pliego de papel escrito, al dejar las minas con mi fortuna de 15 mil pesos para volverme a mi país, ese, tan lleno de poesía y tiernas y tristes renunciaciones. ¡Dios mío! Con que dicha leía ella esos renglones el espejo de mi corazón, mi alma patentizada, sus lágrimas caían dulcemente de gozo y admiración. Allí llego a una parte donde yo decía “y cuál será mi porvenir, cuál será el ángel que de hoy en adelante se encargue de mi dicha, cuál será la mujer que venga a ser la dueña de este corazón, de mi fortuna, de mi vida, cuál será ese ser porque he clamado ansioso antes de conocerlo. ¿Cuál vendrá a ser la dueña de tantos sufrimientos?”. “Yo, mi Ramón”, exclamó loca, “¿quién había de pensar que yo estaba en tu

²⁰⁶ Hacer manchacho: provocar un desorden.

mente antes que mi ojos te vieran? ¿Quién creyera que tanta dicha me estaba reservada?”. Sus caricias acompañadas de sus lágrimas decían el resto de lo que no podía decir su lengua. Dios mío, qué hermosa y sensible criatura, qué alma y qué ideas para su edad, qué ternura y bondad para su Ramón, su Dios en la tierra, su hermano, su amigo, su todo en la tierra. Oh, gracias ángel mío.

Sábado 27 de marzo

En toda mi vida los días sábados han sido muy felices para mí. Desde la escuela en que los sábados por la tarde mi iba a cazar en vez de ir a la escuela, después en el colegio, en latinidad, en filosofía, en teología, en esos años de recuerdo siempre los sábados han sido para mí muy felices. Bien hoy lejos de aquellos días, tengo uno de los sábados felices de mi vida. Mi tesoro, mis tesoros, campean ellos en los recuerdos de este día. “¿Y este otro pobrecito tesoro que jamás lo ves si le das una caricia?”. ¡Dios mío, cómo recuerdo este día! La Condesa Landsfeld me ama, Dios mío, con toda la fuerza de su primer amor, y soy doblemente feliz en decir que la amo lo mismo y la respeto más que nadie.

Stockton. Domingo 28 de marzo de 1852

Son las once de la noche en que acabo de llegar a mi cuarto. Este domingo se ha pasado más o menos como todos los demás. He pasado el día en casa de Mariquita y la noche en casa de los Ainsa con ella; allí estaba la señorita Barreto y su amiga, que aumentaban la sociedad femenina. La Condesa de Landsfeld me decía con su candor y sencillez propios de su edad que no sabía lo que sería de ella en estos días en que yo iba a faltar. Pobre ángel. Cuánto amor y tristeza siente ahora a un tiempo. Ya principian las espinas a nacer en medio de las rosas.

“Yo he visto en sus versos que V. dice que yo no me hago la indiferente, Dios mío, ¡qué hacer! Yo lo amo tanto que quisiese estar siempre con V. Tanto lo amo, Dios. Cada día más, y quisiera que me pida una prueba, vería entonces”. Gracias mi Condesa, no necesito prueba ninguna, gracias mil veces, yo parto ahora feliz.

Ahora me he despedido para ir a Sonora y los ángeles se han dignado llorar por mi despedida. Mi Condesa me estrechó la mano sin poderme decir nada más y deslizó la flor que había tenido en su seno ... Oh, cuánto he agradecido yo esta muestra de su amor que habla tan alto sin embargo. Belén se puso a llorar sin ceremonia alguna, quién pudiera hacer de esas lágrimas de amor, lágrimas de ternura fraternal.

Lunes 29 de marzo

Debí salir hoy para Sonora pero dejé mi viaje para mañana. No me pesa. He sido feliz hoy, como pudiera haberlo deseado mi fantasía, si ella se ocupara de formar planes de dicha. Cuántos formarían los habría satisfecho hoy en cada una de las horas que cuento felices. Dios mío, cuando más tarde haya yo abierto mi diario y lea estos renglones, qué efecto hará en mí su recuerdo que es tan vivo como punzante por su dicha. ¿Seré feliz o infeliz? ¿Su recuerdo me sumergirá en mi dolor, o me alentará en mis agonías y quebrantos? Quién pudiera leer el porvenir. ¡Oh! Su recuerdo no podrá nunca hacerme infeliz. Hay tantas caricias en los recuerdos de hoy, tantos juramentos de amor, tantas las rimas que los confirman, tantas palabras de amor y ternura como la de una madre a su hijo, como las de Eloísa a Abelardo. Cómo pueden hacerme infelices esos recuerdos. Y después de todo, ¿no he dormido una hora en sus brazos, con mi cabeza sobre su pecho, y su mano no ha resbalado todo ese tiempo por mi frente jugando con mi pelo? Dios mío, ¿cómo puedo ser infeliz con el recuerdo de tanta dicha, de tanto amor? “Hoy no es jueves mi Ramón”, dijo sonrojándose, “y no me es permitido ...”. Dios mío, cuanto tesoro de felicidad encierran para mí esas cuantas palabras. Incomprensibles para mí solo como las de mi tesoro, para mí solo valen un mundo de dichas, encierran tanto misterio como ventura. Valen tanto como las de mi tesoro. Cómo pues puedo dudar que estos recuerdos me han de ser siempre feliz y que han de minorar mis penas si al leerlos soy más tarde infeliz. Es que me acuerdo de una estrofa de un poeta argentino, tío mío, y provisor en Córdoba. “Las pasadas glorias sirven de dogal al pensamiento, acordarse de haber sido, sirve de mayor tormento”. Dios mío, qué tremendas verdades encierran esas palabras. Comparar la desgracia presente con las glorias y dichas pasadas, ¿no es un tormento? ¿Ya no vienen los recuerdos felices a ser más bien los tiranos de uno cuando es infeliz que el consuelo en su dolor y aflicción? Hay mucho de verdad en esto pero no es siempre así. Causa pena el recuerdo de la dicha pasada, pero una pena que no debe llevar el nombre de tal, porque es dulce, llevadera, es suave y el sufrimiento no acaba, no mata el corazón, al contrario siempre el recuerdo es feliz aunque haga sufrir, siempre trae una sonrisa a los labios. Gracias mi María. De un modo o de otro yo te debo hoy mi dicha, y aunque más tarde sea infeliz, siempre buscaré consuelo en tu recuerdo, es decir, en mi dicha.

Martes 30 de marzo. Notas de mi cuaderno

Son las diez y media en que salgo para Sonora. Llevo mi alma llena de dicha, sin embargo de que dejo en lágrimas mi María. ¿Cuál es, Dios mío, la estrella que me alumbró para ser así, tan feliz a través de todo? Mi despedida, que debía haber sido horrible, ha sido unas de las horas más felices de mi vida; despedida en nombre pero momentos de dicha que no los borra ni el

tiempo ni la ausencia. ¡Mi tesoro! Oh, Dios mío, con qué locura he besado yo entre trasportes de ventura ese misterio. “Hoy no es jueves, mi Ramón”. Oh, qué recuerdo encierran esas palabras, no es jueves, pero que sea jueves. Oh, Dios mío, cuánta dicha, cuánta ventura, para llorar en felicidad tal vez desde mañana. ¿Dios eterno, de qué más me he despedido yo hoy? Me he despedido también de mi dicha. ¡Oh! No, cien mil veces no. Lejos atormentadora idea. Estoy en la sombra de un árbol. He desenvuelto la corbata que me han regalado del género de su vestido y he visto estas palabras en un jirón de papel. Mi Ramón, yo te amo más que a mi vida. ¡Gracias!

Sonora. Jueves 1 de abril de 1852. Notas de mi cartera

Salí ayer del río Estanislao y llegué aquí a las doce haciendo 35 millas en tres horas y media. He alojado en el río antenoche perfectamente y a pesar de estar lejos de Stockton, no pasé mala noche porque el recuerdo de mi dicha en la mañana de mi despedida me confortaba y me hacía feliz hasta en la ausencia.

Son las cuatro de la tarde y sigue el horrible temporal que principió ayer después que yo llegué. Llueve a cántaros y anoche a la madrugada cayó un poco de granizo. Sonora está siempre como ciudad encantada. Las músicas de mil hoteles y el comercio hecho casi en la misma calle de los hoteles dan un aspecto curioso a esta ciudad. Es verdaderamente admirable el movimiento que hay aquí. En cuanto a lo demás, he encontrado bueno a Alex y demás amigos. Rojo está de sirviente en el Hotel de Le coq y allí me salió a servir ayer cuando llegué sin que yo ni él pensáramos encontrarnos en semejante posición. Cupertino es el tesorero de la Sociedad Dramática Española improvisada en Sonora ... William vendrá del Sacramento en algunos días más.

Sonora. Viernes 2 de abril

Sigue hoy el temporal, sin tregua, sin intervalo. El tiempo está horrible; triste como el día de los muertos e incómodo como un día de cuaresma en Catamarca. Será tal vez que mi ánimo, estando tan abatido, encuentra todo triste, todo horrible. No hay duda que mucho contribuye con esto, pero sin embargo esto es horrible, para el joven que sale de sociedad pura, limpia, llena de atractivos, para venir a sumergirse en este lodazal en que todo es miseria y corrupción, en que todo es canalla y bajo, y en que el más honrado es el jugador que disipa su plata y su tiempo en los hoteles ... Qué diferencia, Dios mío y cómo sufrir; cuánto mejor se vive solo como vivía yo en Calaveras.

Hemos compuesto y arreglado unas piezas para dos guitarras con Cupertino que salen divinamente ejecutadas. Alex y Dreyfous que representan Damon y Pitnias²⁰⁷, el domingo nos han suplicado que toquemos en compañía del artista M. Planell. Pero no quiero yo consentir en ello porque el teatro es pagado.

Sonora. Sábado 3 de abril

Son las doce de la noche en que llego del teatro con Alex. Él ha representado a Pitas y Dreyfous a Damon. La tragedia ha salido lindísima. Todos hemos llorado sin poder contener nuestras lágrimas en la mayor parte de las escenas. El día ha estado hoy hermosísimo y la noche semejante a aquélla de Melones en que yo compuse la Serenata. Digo si para mí, ausente de Stockton, puede darse día lindo o noche hermosa. Dios mío, cuántos días y cuántas noches se pasan en la tristeza para mí. Cuantos ratos de desesperación cuento yo mientras estoy aquí. “Las pasadas glorias sirven de dogal al pensamiento” como dice un poeta tío mío.

Hoy compuse el vals que he llamado “El Delirio” que a mí me parece tan bonito. Tal vez es porque al componerlo estaba bajo la influencia del recuerdo de mi María. Mi ángel, cuánto debe sufrir ella. Pero, Dios mío, el destino es inexorable, él hace de nosotros lo que quiera por más que alguno tengamos voluntad de fierro.

Domingo 4 de abril

Son las dos y media de la mañana en que llego del teatro. Hoy domingo ha sido triste para mí como los demás días de la semana. A las cuatro llegué de un largo paseo con Madame Bremer. Me suplicó que la acompañara a pasear y tomar flores al campo, y consentí en ello. La hermosura, el coquetismo, que en ocasiones más oportunas sacarían a uno de sí, en otras menos favorables dan asco, enfadan. Yo recogí un ramo de jazmines blancos y algunas otras flores y en vez de dárselo a ella, lo guardé y aprensé para llevarlo a Stockton a mi María.

Lunes 5 de abril

Son las nueve de la noche en que llego a mi cuarto. Fuimos al circo con Alex y Dreyfous. Después de estar allí, todo el teatro y aparato se vino abajo haciendo un horrible estrépito y

²⁰⁷ Filósofos griegos de la escuela pitagórica.

causando algunas quebraduras y daños a los que caían debajo de los otros. Felizmente nosotros estábamos en medio del circo y no habíamos tomado aún nuestros asientos. Se armó de nuevo, pero de nuevo volvió a caer segunda y tercera vez hasta que nosotros nos volvimos sin cobrar nuestros 6 pesos de entrada. Perkins acaba de llegar en este momento y me ha llenado de dicha. Me ha traído cartas de Samuel y una larguísima carta de mi María capaz de llenar de dicha al más infeliz. Me refiero a esa carta fecha 4 que ella sola puede dar una idea de lo feliz que había sido al recibirla.

Martes 6 de abril

No he salido hoy a parte alguna. Me he llevado todo el día entretenido en leer las cartas de Samuel de 19 a 20 páginas desde Panamá que contienen importantísimos datos. A veces se agrega la de mi María que me ha hecho tan feliz. Dios mío, qué dicha he tenido ayer y hoy después de tanto sufrir. Las dichas son relativas. Se contenta uno a veces con lo más insignificante cuando es infeliz ... Tengo entre manos ahora los “Misterios de Naples”, interesante obra de Reynolds.²⁰⁸ Qué fuera de mí si yo no encontrase distracciones en los libros.

Miércoles 7 de abril

Aunque llegó ayer Williams, sin embargo Alex se fue esta mañana para Sacramento y no sé cuándo volverá, por consiguiente mi estada en Sonora se prolonga indefinidamente. Es decir, mis agonías se prolongan indefinidamente. Dios mío, y cuando yo sufro así ¿cómo serán sus penas? ¿Cómo soportará, ella que es más débil, que es más tierna, más ardiente, más llena de pasión que yo? Pobre mi María. Tú debes llorar mucho y quién sabe si estos sufrimientos no son sino el preludio de otros mayores, o el principio de otras grandes desgracias. Piensa en mí, ángel mío, y domina tu pena como la domina tu Ramón en tu recuerdo.

Sonora. Jueves 8 de abril de 1852. Notas de mi cartera

Hoy es Jueves Santo según me acuerdo en este momento. Quién creyera, Dios mío, en mi destino, si supiera que el Jueves Santo ahora ocho años me tomaba siempre en los claustros de un

²⁰⁸ *The Coral Island, or the Hereditary Curse* (1848). Un ejemplo de la ficción popular romántica. Ver la lista de libros en la entrada del 1 de junio de 1852.

Colegio, y que por nueve años lo he celebrado yo con tanta alegría y veneración. Ahora me toca en la California, en la ciudad de Sonora, con una posición y prospecto de futuro muy diferente de aquéllos. Nadie parece ni siquiera apercibirse de que hoy sea Jueves Santo, nada hay en la ciudad que anuncie la víspera del aniversario de la muerte de Jesú Cristo, el hombre, como hombre, más célebre en la historia del mundo. La ciudad está llena de movimiento pero movimiento comercial. Las diligencias de Stockton y Colombia, Jamestown, etc. acaban de llegar y pasar por frente a la ventana de mi cuarto donde yo escribo. El día está hermosísimo como que es uno de los más hermosos que he visto en esta primavera. Mil pájaros cantan en los grandes robles que están frente el Hotel Le Coq y ese canto reunido a las músicas de los hoteles forma un hermoso y muy particular concierto. Qué será de las gentes, amigos y condiscípulos de mi país a estas horas en que yo pienso en ellos, ahora en que me traspongo a aquellas regiones con mis pensamientos. ¿Quién habrá de tantos y tantos que se acuerden de mí? ...

Sonora. Viernes 9 de abril

Está el día lindísimo como uno de los mejores que he visto de primavera hasta ahora. Siempre se oye el mismo bullicio y se ve el mismo movimiento en la ciudad. Tal es el día Viernes Santo que me toma en la ciudad de Sonora. Después de comer hemos salido a pasear con Jorge, por el lado del cerro donde está el gran canal. A la vuelta hemos entrado a la ciudad por el lado de la población española. De repente me ha llamado la atención una reunión de muchachos que al parecer, se ocupaban en amarrar un hombre al tronco de un árbol. Nos llegamos más con Jorge y fuimos descubriendo que los tales muchachos habían hecho un gran muñeco figurando a Judas, lo habían vestido perfectamente, lo estaban llenando de cuetes y pólvora por todas partes, en los bolsillos del levitón, chaleco y pantalón mientras que otros lo amarraban a un poste para prenderle fuego al otro día al canto de Gloria. Me ha dado mucho gusto este encuentro porque al fin he encontrado en la ciudad gente que recuerde siquiera el aniversario de los grandes eventos obrados en este día por nuestro Salvador.

Sábado 10 de abril

Acabo de recibir cartas de Stockton de mi tío. Son las 12 del día y apenas puedo sostener los fuertes latidos de mi corazón ... pero no late de dicha, como en otras ocasiones ... no, mi dicha se ha ido lejos, muy lejos de mí. Late oprimido bajo el peso horrendo del infortunio. Parece que quiere salirse de su quicio. Dios mío, como sufro, y cómo puedo soportar mi pena hasta detenerme a escribir y hablar de ella. Parece que me fascina y aunque quisiera huir y olvidarla,

me detiene, me clava a mi asiento. Oh, Dios mío, qué infeliz. Mi María parte lejos de mí dentro de 20 días.²⁰⁹ Horrendo prospecto de vida que se abre para ella y para mí. Horrenda desgracia, que va a acabar tal vez con su existencia. Santo Dios, qué horrible cosa. Oh, yo me ahogo y me devoro, quiero aire, quiero el campo, quiero soledad donde corran mis lágrimas, donde lllore por su desdicha más que por la mía.

Domingo 11 de abril. Pascua

Son las doce de la noche en que llego del teatro con William. Después de un día horrible ayer, y otro no mejor hoy, fui al teatro con William a un vaudeville francés “El Coronel”. He estado allí más o menos bien porque, al fin, las escenas me han distraído de mi pena horrible. Se ha bailado enseguida la jota aragonesa divinamente por una compañía de cuatro, entre ellos dos niñas muy bonitas. En seguida se cantó “La italiana” por una señorita alemana, tan bien como no he oído mejor jamás en los días de mi vida.²¹⁰ Pero gracias a Dios me voy esta madrugada para Stockton; salgo a las cuatro de la mañana y estas cuatro horas que faltan para que venga la diligencia van a parecerme eternidades. Hoy recibí cartas de Samuel de Panamá y a un tiempo de Chile de Mardoqueo, de la esposa de Rojo de San Juan en la República Argentina.

Lunes 12 de abril

Dios mío, quién puede pintar mi horrible ansiedad al volver a mi cuarto con mi valija en la mano, al recordar que esta tarde a las dos o tres podría haber abrazado a mi María, y que al fin no he salido de Sonora. Dios mío, cuando yo llegué al expreso, después de esperar en el balcón de casa oyendo a Labetour y Charnau hablar *au claire de la lune*, de astronomía, borrachos como uva, después de llegar al expreso encuentro con que la diligencia ha partido dejándome. Qué horrible cosa, que desesperación. Cuando yo hago el ánimo de partir y me quedo por accidente, me contraría esto tanto como una desgracia cualquiera. Veremos si mañana me deja.

²⁰⁹ En su carta del 15 de abril, a su hermano Samuel, Navarro afirma que la familia se mudaba a Sacramento.

²¹⁰ En su carta del 15 de abril afirma que se trata de una compañía española dramática que se estableció en Sonora en la que trabajaba Cupertino y también algunos peruanos, argentinos y de otras nacionalidades.

Martes 13 de abril

Son las tres de la mañana en que llego al Hotel Longton a esperar la diligencia. Aún están las mesas llenas de jugadores y algunos borrachos están tendidos por el suelo. Debemos partir a las cuatro en punto para Stockton, aún no llegó. Ayer, después de habernos quedado aquí fuimos con Perkins y Madame Bremar a pasear al campo a visitar la señora que nos recibió muy bien. Qué bonita es y qué bonita es su niña. Es una verdad, tenía su vestido en su coquetismo y hermosura.

Ya llegan los coches y los demás pasajeros. Una vieja de setenta años va conmigo y cuál ha sido mi sorpresa al oír la decir “adiós papá”, el papá llega a 100 años según pude ver. Son las dos de la tarde en que llegamos a Stockton.

Stockton. Miércoles 14 de abril de 1852

Ayer a las dos de la tarde llegamos a Stockton. Jamás he visto en mi vida unos llanos iguales a los que hemos pasado esta vez al venir de Sonora. No hay pluma de poeta que pueda pintar la hermosura de esos jardines naturales ni pincel de pintor que pudiera copiar ese portento, esa maravilla de la naturaleza. En cada ocasión que paraba la diligencia yo tomaba grandes macetas de innumerables calidades de flores a cual más hermosa. Lástima es que no he podido hacerlas llegar hasta aquí porque el sol me las ha marchitado.

Al llegar a bajarme del coche en el diligencia me encontré con Agustín y Juan Crisóstomo, que vinieron en seguida hasta aquí conmigo. Pero, cosa extraordinaria. Mientras yo entraba a Stockton, el Doctor canalla se embarcaba para Mazatlán. Más bien así.

He sido recibido ayer en casa de Mariquita como un hermano ausente. Me habían escrito el día antes y sus cartas me han pasado en el camino. Dios mío, cuánta dicha tenía al verme ayer. Cuánta muestra de afecto y ternura, cuánto interés, en fin.

Son ahora las once y media de la noche en que llegamos del teatro. Hoy a las diez estuve a ver a la familia Ainza y me recibieron como yo no lo podría haber deseado mejor. Cuánta muestra de amistad. A las siete y media fuimos al teatro con las Ainza y Mariquita a invitación de Enyart y Dreyfous, que representaban Damon y Pitias. Hoy al menos fui feliz a medias. He visto y besado mis tesoros, que han sido guardados religiosamente.

Jueves 15 de abril

Enyart, que se quedó hoy, nos invitó de nuevo y acabamos de llegar del teatro, donde se ha representado divinamente “la Dame de Lyon”, y el primer papel por Dreyfous. Yo apenas puedo

creer en tanta dicha. Al salir he tomado yo del brazo a la Condesa de Landsfeld. Dios mío, qué dicha. *La main a été toujours entre les miennes*²¹¹. Hacía frío y le di la mitad de mi capa. Su mano puesta por mí sobre mi pecho, y estrechada con todo el fervor de una pasión, podía bien contar los latidos de mi corazón. Qué confesiones, qué palabras de amor, tan sin disfraz ni estudio, tan sencillas. “Yo te amo mi Ramón y en tu ausencia he sido muy infeliz, muy triste”. En otra ocasión yo también quiero estrechar tu mano contra mi pecho. Dios mío, qué dicha. ¿Y quién no es feliz así?

Sábado 17 de abril

Ayer hicieron llevar los Ainsa mi guitarra para que yo tocara esa noche. Como mi guitarra es mi segundo y mi mitad, como dicen mis versos, a ella le han prodigado mil cariños, la han llenado de cintas, etc. En un momento dado pude cambiar dos palabras con mi condesa y oí de sus labios, “sí, te amo mucho, mi Ramón”. Dios, y qué hermosa estaba esa criatura, y cuánto más brillan sus gracias con la dulzura de su genio y sus virtudes.

Se han pasado 17 o 18 días en que no marco en mi cartera signo ninguno de dicha. Mi diario no ve ya desde muchos días las palabras de dicha y ventura usadas en todos los casos por el hombre. Cuánto sufre mi pobre ángel, cuántas crueles agonías matan su alma cada día, cada hora, cada minuto en que tarda en llegar un momento de consuelo siquiera para tanto padecer. Pobre mi María. Yo amo más cuanto más infeliz eres, y cuanto más sufres por mí, más te adoro. Pero, ¡oh! Dios solo sabe las torturas de tu alma.

Domingo 18 de abril

Son las doce de la noche en que llego a mi cuarto. Puedo decir que este domingo es uno de los más felices que cuenta mi existencia en California, y es decir desde que no marco momentos en mi cartera ni en mi diario. Salimos esta tarde a pasear y me tocó a mí, mi Condesa. Dios mío, qué dicha me estaba reservada hoy. Mientras dure mi vida me acordaré de estas dos horas de paseo. Cuántas protestas de amor, cuántas gracias acordadas en prueba, cuántos juramentos y seguridades he recibido. Dios mío, cómo zumban en mi oído a cada momento las palabras, “mi Ramón, te amo, como a mi ángel, como al dueño de mi vida, y como que amo y sé lo que es el amor por la primera vez de mi vida”. No es [ilegible] no es tan joven. Pero qué dicha el saber que soy yo por quién primero ha latido su virgen corazón. Dios mío, oír repetir a cada instante con

²¹¹ *La mano estaba siempre entre las mías.* Traducido del francés.

la confianza y ternura de una hermanita menor, “mi Ramón, ¿quieres que haga esto, quieres que traiga para ti un ...?”. ¡Oh! Dios mío, qué criatura, qué ángel tan sin mancha, tan claro y sencillo en sus ideas, como diré, en sus gracias y virtudes ...

Miércoles 21 de abril

“Van los días, van las horas” como dice Zorrilla, “mi existencia carcomiendo”. Sí, “el valor ha sucumbido, hace helado el corazón”. Así van mis horas y las suya, y así se va marchitando su corazón y el mío bajo el fuego abrasador del infortunio y la desesperación. Pero más sufro por sus desgracias que por la mía. ¡Oh! Mi María, cuánto te amo, y venero al mismo tiempo como un mártir de amor. No soy feliz como lo puede ver mi diario. Muy al contrario, tremendas horas de amargura me han despedazado el corazón estos últimos días. Pero yo he triunfado si como siempre he triunfado todavía sobre restos de la infamia del Dr. A. Carajo en otros. Te veré algún día y entonces. Sí, de todo he triunfado, pero esas horas dejan en el corazón hondas huellas de amargura que no se borran sino con la dicha, y con dicha de tamaño doble a cubrir hasta el recuerdo del infortunio. “Ver sus cartas y notas de estas fechas”. Dios mío, ¿y será verdad que ambos nos despedimos de nuestra dicha en el 30 de marzo? Pobre María. Sobre todas sus penas ella sufre el doble de mí. Acabo de escribirle una carta horrible que va a matarla de pena. Dios mío, ¿de qué calidad es el amor?, ¿y yo solo soy el infame que me complazco en el martirio del objeto que amo? Dios mío, pero yo soy tan infeliz, sufro tanto al mismo tiempo que le escribo esas durezas.

Stockton. Jueves 22 de abril de 1852

¡Dios eterno! Apenas es de creer al encabezamiento de estas líneas. Después de tantos sufrimientos, de tantas agonías saboreadas con lágrimas amargas, sí, muy amargas, después de perder casi la esperanza, hemos sido felices en la hora y momento en que menos lo pensábamos. Pero qué dicha, Dios mío. Yo no recuerdo haber experimentado mayor en la vida de mis días aquí. Todo, todo se ha reunido favorablemente para hacer de cada uno de nosotros los seres más felices del mundo. Qué recuerdos ... El vestido de montar. Mi tesoro al fin santificado por mis labios. Sus palabras, “¡Dios eterno, qué dicha!”! Cada una de estas pequeñeces insignificantes tiene para mí su sentido y valor, cuyo recuerdo me hará más feliz hasta en medio del infortunio. Y todo en el momento menos esperado. ¿Y su carta? ¿No es ese solo recuerdo capaz de hacer feliz a cualquiera? Dios mío, cuánta cosa en un solo momento, cuánta dicha para no esperara nada. Aún es eso nada si recuerdo los goces de esta noche. No bastaba ser el más feliz

en la tarde, y estaba destinado a más aún en la noche. Mis tesoros tenidos, acariciados, Dios eterno, es doble gozar tanto en la tierra. ¿Y su liga? ¿Qué digo de eso tomado por mis propias manos, y dada y acompañada de la más tierna acaricia? Oh, Dios mío, es de volverse loco ... *Honni soit qui mal y pense.*²¹² Recordaré este día y esta noche mientras viva.

Sábado 24 de abril

Así son las alternativas de la vida que nos enseñan cada día lo que es este mundo, y sin embargo, jamás nos aprovechamos de las crueles lecciones ni tratamos de escarmentar ... y conocer que todo es fugaz, transitorio, no importa que sea la dicha más grande. Feliz yo antes de ayer el 22 como jamás un hombre lo fue tal vez, y lloré al día siguiente, ayer, llamándome el más infeliz. (Ver cartas mías y tuyas de esta fecha). Hoy me he llamado también muy infeliz en el resto del día, y ahora que escribo esto soy el hombre más feliz y dicho que jamás se puso a pesar el valor de su ventura. En las cartas a que aludo, véase los detalles de las causas que me hacían infeliz ... ¡No de ella! No, ángel mío. De ti jamás me viene sino dicha. Haciéndote justicia lo digo antes Dios y mi conciencia que hasta ahora en el curso de dos largos años, jamás he recibido, no digo ofensa, no, ni siquiera una acción de las que en sociedad las niñas hacen al objeto de su amor, no para agraviarlo, pero sí pasarse de alguna ofensita de algún descuido en favor de otro, no, jamás. Eso es lo que para mí la hace superior a todo el mundo. Jamás ni directamente ni de otro modo he visto en ella cosa alguna con intención contra mí de ninguna naturaleza. Bien pues de ti, ángel mío, no me viene sino dicha. Lo que me hace sufrir es la violación de mi tío anoche, y las tonteras de su papá hoy ... Pero todo eso, Dios mío, se ha ido muy lejos ante la dicha con que está llena mi alma al escribir esto. Gracias mi María.

Lunes 26 de abril. Su vestido color antes del baile estrenado ayer

Anoche bailé yo por la primera vez después de un año. (Ver mi cartera) Dicen que lo hice divinamente y que parece que hubiera bailado día por día desde entonces. Pero lo que más les admiró fue que pudiera bailar divinamente el shotis sin haberlo bailado antes²¹³. Gracias por los cumplimientos. Soy ahora tan feliz que yo apenas puedo creer en lo mismo que estoy yo palpando. Nada me falta y a ti debo, ángel mío, la dicha que gozo. Dios mío, qué ángel de

²¹² *Vergüenza caiga sobre el que piense mal.* Traducido del francés antiguo.

²¹³ Chotis o Shotis, un baile de pareja, originario de Escocia (del alemán Schottisch) que se puso de moda en Madrid en el siglo XIX y de allí se difundió a América Latina.

virtud eres. Cuán feliz mereces ser tú, y con cuánta injusticia te persigue a veces el destino. “Mi Ramón, Dios mío, qué dicha y yo que eso lo esperaba. Cuánto te amo, ¿tú me amas lo mismo, no? Soy tuya solita como del hombre el pensamiento, ¿no es verdad?”. ¿Esas palabras con la actitud de abandono y de amor, con la ternura de una hermana la más cariñosa, no son capaces de volver loco al más frío y de hacer feliz al más descontento? Gracias, mi María.

Martes 27 de abril

Dios mío, apenas puedo coordinar el montón de acontecimientos que tengo que recordar. Perkins se ha ido en este momento. Mientras yo estaba con él en el muelle, oí que le dijeron N. N. busca a V. en este momento. Yo no esperé más, dije a Perkins y partí. La cosa era cierta. Dios mío, qué dicha. Llegué con tiempo y soy tan feliz tanto como no lo esperaba. Gracias mi María.

Dios mío, tengo a mi vista la carta y pelo de mi Condesa de Landsfeld. Qué dicha, Dios mío. “Yo te amo, mi Ramón y ni un momento dejo de pensar en ti”. Ella misma me entregó todo esta noche y me regaló una naranja al mismo tiempo. Qué ángel, Dios mío.

Miércoles 28 de abril

Recuerdo hoy una de las aventuras más singulares que jamás haya yo experimentado. Nada esperaba yo, *sa fenêtre était fermée*²¹⁴, y los tiranos o eunucos estaban allí. Pero Dios mío, yo soy tan feliz y más que ninguno de estos últimos. Pobre ángel. “Ramón, mi ángel, vas a ser muy feliz, ¿no es verdad? Dios mío, mi Ramón, nadie hay en el mundo que te ame como yo, ni tu mamá cuando te parió. Sé feliz, ángel mío, y dime que soy yo quien te hago feliz con mi amor, por ser dichosa a mi vez”.

Viernes 30 de abril

Hoy viernes, día último del mes de abril, recuerdo con dicha que así concluyó el mes pasado de marzo. Cuán feliz soy hoy, Dios mío. El día ha estado lindísimo como el semblante de la virgen a quien debo mi dicha. Ella tenía su vestido ante el de feliz memoria, no el que tenía el domingo y lunes y que fue santificado sino el de muchos y divinos recuerdos. Pero el que no ha visto a

²¹⁴ *Su ventana estaba cerrada.* Traducido del francés.

mi María con su vestido del lunes, más hermoso que un ser ideal, que un figurín parisense, no sabe lo que fue para mí la dicha del lunes. Pero baste que lo sepa yo.

Stockton. Domingo 2 de mayo de 1852

Son las once y media de la noche en que llego a mi cuarto. Muchos y muy felices recuerdos me quedan de este domingo. Después de misa, fuimos los jóvenes amigos acompañando las señoritas Ainsa a su casa. No me olvidaré nunca de los ángeles que representaban nuestra Nación. Acabábamos de recibir el detalle de los últimos sucesos que han precedido la caída de Rosas y como vieran mi alegría y como saben el entusiasmo que me causan los colores de mi bandera, se salieron de común acuerdo y media hora después volvieron tomadas de la mano y vestidas tan exactamente igual que habría sido difícil distinguirlas de atrás. Vestidas de puro blanco, Mariquita y Lola y con largas y anchas cintas celestes en la cintura, sentadas juntas, teniéndoles por la mano parecían en efecto dos ángeles caídos del cielo. Yo veía extasiado estos dos seres ideales en su hermosura y elegancia, estos ángeles representando mi Nación y mi dicha, y me complacía en verlas juntas como si fueran mías, como si fuera algo que me perteneciese.²¹⁵

Tengo a mi visto el pañuelo lleno de sangre de la Condesa de Landsfeld. ¿Qué recuerdo mejor puede tenerse de una persona querida que un pañuelo empapado de su propia sangre? Con cuánto amor y sencillez me ofreció ella esa prenda, ese tesoro inestimable ... “Tú no olvides tampoco, mi Ramón, de darme lo que te he pedido”. No olvidaré nunca su modo sincero y sin ceremonia al hablarme así. Y qué dulce suena para mí en sus labios ese “mi Ramón” y ese “tú” que hace la primera dicha de los que se aman.

Martes 4 de mayo

Al fin cuento un día supremamente feliz después de tres o cuatro entre alternativas de bien y mal estar. Dios mío, qué feliz soy. Después de muchos días de malísima temperatura, y de huracanes de viento, este es el primer día hermoso de primavera que tenemos, el primer día de calma en que todo el mundo sale a pasear a caballo, de a pie o en carruajes. Tal es el día en que yo cuento mi dicha sin medida, sin tasa. Aún no son las diez y cuando yo menos esperaba he

²¹⁵ Relata la recepción de las noticias de la caída de Rosas en su correspondencia a William Perkins (23/4/52) y Samuel Navarro (28/4/52). El 23 de abril escribió una carta a William Perkins en la que celebra la derrota de Rosas en el momento. Las noticias llegaron con los diarios de Valparaíso (“hasta el 12 de marzo”) y se recibieron con una copa entre emigrados argentinos. Navarro a Perkins, Stockton, 23 de abril de 1852.

salido de mi cuarto sin intención determinada, he sido doblemente feliz por lo mismo y heme aquí de vuelta en un prospecto de dicha para el resto del día. Yo he visto y prodigado mil besos a mis tesoros, y siento todavía latir con violencia mi corazón al solo recuerdo de tanta ventura. “Qué dicha, mi Ramón, Dios eterno, me figuro que hace un siglo que no te estrecho en mis brazos; si tú has pensado como yo, mi Ramón, bien merecemos los dos estos momentos de dicha. Dios mío, ¿no ves mis besos, tres tesoros?” Pobre ángel. Cada momento de dicha que cuenta es después de mil tormentos y amargas. Pero qué hermosa y radiante se pone en sus momentos lúcidos de ventura; qué brillantes sus ojos, qué sonrisa, Dios mío, es imposible explicar eso. Pero cuánto puede la dicha o el infortunio sobre el semblante de una persona, cuánto lo mejora o afea uno de estos, dueños del hombre. Mis momentos de ventura hoy no han sido contados, doble dicha, cada una de sus caricias ha sido prolongada sin término, sin espacio, sin medida. Dios mío, cuánto te debo mi pobre ángel. Y Dios sabe cuánto te amo en pago y de cuanto sacrificio soy capaz por un solo momento de dicha tuya ... ¡Gracias! ¡Gracias mi María!

Miércoles 5 de mayo

Son las once de la noche en que llego a mi cuarto. La noche esta hermosísima. No hace ni frío ni calor y hay una luna que parece fuera de día. Todo está en silencio. No se oye ni ruido de borrachos ni músicas en los hoteles ni nada que turbe el misterioso silencio de media noche. No ha sido menos hermoso y tranquilo el día de hoy.

Llegó hoy a Sanfuentes y creo que venderemos o entraremos en venta de la mina con el francés a quién él fue a enseñársela. Yo fui a las cinco a la casa de María. Está buena aunque triste como siempre “cuando se pasa un día sin que sea feliz a tu lado”, como dice ella misma. Sin embargo, no soy infeliz, y el recuerdo de esta tarde no es amargo. Feliz a medias, si la visita y cariños de mis tesoros es dicha, no debo quejarme ahora. Llego ahora de casa de las señoritas Ainsa. La Condesa de Landsfeld estaba triste y silenciosa como la noche de luto ... Yo no la he tratado bien y estoy seguro que a estas horas ella está llorando. Dios mío, ¿cuándo dejaré yo de fomentar mis caprichos haciendo sufrir a los que amo y tal vez sufriendo yo mismo?

Jueves 6 de mayo

Dios mío, ¡qué feliz soy! Y apenas creo en ello. No lo esperaba. *Je suis allé porter une lettre chez elle sans la moindre idée de la voir seule. Le tyran était là, sa fenêtre était ouverte, il était onze heures. Mais, mon Dieu, quand on attend le moins c'est alors qu'on est heureux. Eh bien, je suis heureux à présent, je ne sais comment, dans quel temps mais je suis heureux, mon Dieu, comme*

jamais.²¹⁶ Oh, Dios mío, me suceden de repente cosas tan singulares que si no las escribiera, creería que son sueños del día siguiente. “¡Cuánto te amo, cuánta dicha tengo, mi Ramón! Oh, Dios mío, soy tuya solita, ¿no es así? ¡Oh! Qué dicha. Con qué pagar esto Santo Dios. ¿Quieres ver tus tesoros de que no me preguntas ya? Oh, Dios mío, mi Ramón, ¿qué será de mí cuando no pueda tenerte en mis brazos como ahora?”. Son las dos de la tarde ahora.

Son las once de la noche en que llego de casa de Ainsa. Con motivo de la llegada de Manuel se reunió allí a las hermanas y Mariquita. Se bailó (*ego etiam*)²¹⁷, se cantó, se comió, se bebió champaña. Fuera de mí, todos estaban contentos, yo no estaba bien porque veía sufrir mi pobre Condesa sin poderla consolar.

Viernes 7 de mayo

El día de hoy ha sido para mí como una tela escocesa. Las telas escocesas son variadas en listas y ha sido así este día para mí. Listas grandes de dichas matizadas con pequeñas de tristeza y pesar. Sin embargo domina mi dicha y los pequeños colores de malestar se pierden en la brillantez de los de mi buena fortuna. Debido a una casualidad es que yo me cuento feliz en vez de haber sido muy infeliz. Un cuarto de hora más y habría tenido horas de martirio como jamás tal vez. Pero mi buena suerte quisiera que llegara con tiempo. “*Mon Dieu, mon ange, mon Ramón, je t’attendais et te ... voilà*”²¹⁸, oh, qué dicha, con qué placer, Dios mío. ¡Oh! Ahora no importa, puede venir la desdicha, tengo ya con que resistir, cómo esperarla y combatir y triunfar. Oh, Dios mío, tú me alientas mi Ramón, lo mismo que me matas, me destruyes cuando no te veo”. Soy muy feliz pues y como ayer, debido a buena suerte. Minutos más o menos y mis renglones llorarían sangre de pesar y rabia al mismo tiempo. Pero gracias a Dios. Venga ahora, como ella dice, la desgracia.

Son las doce y media del día. Alfredo llegó esta mañana por el vapor y se irá con Mariquita al norte el miércoles de la semana entrante, es decir el 12 en cinco días más. Pobre Mariquita, cuantos horribles tormentos y agonías sufre al separarse de Stockton. Va con su marido ... pero deja en Stockton sus hermanas, sus amigos, el recuerdo de su dicha pasada, en una palabra, deja el teatro donde ha sido feliz y reina por dos años en cambio de las selvas, deja la brillante sociedad y finos amigos en cambio por los torpes mineros y asquerosos indios; deja su hermosa

²¹⁶ *Fui a llevar una carta a su casa sin tener la menor idea de verla sola. El tirano estaba ahí, su ventana estaba abierta, eran las once. Pero, Dios mío, cuando se espera menos es cuando se es más feliz. Y en este momento estoy feliz, no sé cómo, en qué tiempo, pero estoy feliz, Dios mío, como nunca antes.* Traducido del francés.

²¹⁷ *Yo también.* Traducido del latín.

²¹⁸ *Mi Dios, mi ángel, mi Ramón, yo te esperaba y ... listo.* Traducido del francés.

casa y sus comodidades por los ranchos con techo de lona sin abrigo, sin aseo, sin belleza. ¡Oh! Dios mío, y si eso no más fuera todavía, sería gloria ... y no le quedan ya sino cinco días de Stockton.

Son las diez y media de la noche en que llego a mi cuarto de la casa de Ainza. Mariquita estaba allá pero todos estábamos en luto con el anuncio de su día; parece una casa de mortuario. Dios mío, qué horrible desquicio general de dicha y bienestar. Todo se afecta ahora. Ella ha estado en agonías toda la noche, parece que todo espíritu vital ha huido de su semblante; en tan pocas horas parece ya marchita su frescura. Dios mío, qué será en un día y otro en un mes y dos más tarde y después de un año y dos. Oh, Dios eterno, ten piedad de ese ángel que no tiene más que a ti en la tierra y en el cielo de quien pueda esperar dicha.

Yo pedí a la Condesa un vaso de agua y ella recibió en cambio un paquete. Pobre infeliz. Tan joven y ya se ve el pesar en cada una de sus facciones.

Pobre María. Yo te bendigo y seré toda mi vida tu ángel de la guarda. Qué coincidencia, yo hago esta misma protesta, este mismo juramento de amor hoy día 7, y lo mismo y bajo la misma impresión que el memorable 7 de agosto. Es cosa singular. Fue un 7 la primera ocasión, ¿y será un 7 la última vez en que yo sea feliz?

Domingo 9 de mayo

Se ha pasado ayer para mí un día malo. He sufrido, he hecho sufrir a inocentes por esa especie de placer brutal, cruel y bárbaro que se siente en ver sufrir y llorar por su influencia, por su amor al objeto que uno ama. La prueba más inequívoca que podemos dar de nuestro capricho, de nuestro germen de maldad, es el gozar con el sufrimiento de las personas de quien hace uno su Dios en la tierra. Pobre infeliz, ¿qué culpa tiene?, Dios mío, en amarme como jamás una mujer amó un hombre. ¿Y qué culpa tiene ella en lo que sufro para que así me venga yo en este ángel a quien no debo sino ventura, y cuyas desgracias, si las cuenta, le han venido a su corazón desde que latió la primera vez en su vida por mí? Hoy he sufrido y he visto sufrir a ella sin tener alientos de aliviar su pena y cambiarla en dicha con una sola mirada. “Tú solo, mi Ramón, puede dar dicha a mi corazón hecho pedazos con las agonías del dolor más grande que jamás tuvo un corazón. Mírame y consuélame, siquiera una palabra de amor, y me veras feliz, feliz, y bendeciré y rezaré por ti como por mi ángel de paz”. Dios mío, pero yo soy tan brutal cuando tengo un capricho, y sufro tanto, Dios mío, que a todo me he negado. Pobre María.

Mariquita debe salir el 12 de Stockton para no volver más, tal vez para siempre. No más que tres días le quedan. Más feliz es el que espera su última hora que lo es ella, con eso está dicho todo. Dios solo y ella pueden saber las agonías de su corazón al arrancarse a su familia, a sus

amigos, a sus goces, dejando su casa, sus comodidades, su dicha, para ir lejos, sin nadie más que su marido. Santo Dios. Hoy he compuesto yo una canción titulada “el desengaño”. Compuse la música esta mañana en 20 minutos, y la poesía, una de las mejores que haya yo hecho en otros tantos minutos. Más de un sentido y aplicación puede verse en ella. Pobre mi María. Es dedicada a ella, y es ella en persona.

Stockton. Lunes 10 de mayo de 1852

Anoche bailamos en casa de Ainsa hasta las once y media o doce de la noche. Yo bailé un largo shotis con Mariquita, tal vez el último que bailaremos ya, pues que pasado mañana a las dos estará ya lejos de Stockton. Esta noche ha sido ya de llanto y desesperación para todas las niñas. Dios mío, todas se despedazan el alma pensando en la despedida de Mariquita. Todo es luto y consternación, y pues que ella dice que camina derecho a su tumba desde el día que salga de Stockton, se puede muy bien concebir cuánto sentimiento, cuánta pena causa en todos tan triste situación. Infeliz de aquel sobre quien pese su desdicha. Infeliz de aquel sobre cuya conciencia pese el horrendo asesinato de esa virgen de 16 años. Pobre ángel, pobre criatura. Tan virtuosa, tan buena, joven y hermosa, tan llena de bondad y mansedumbre, con un corazón como no puede haber otro en el mundo, y ya tan infeliz. Tan digna de mejor suerte y ya sumida en el olvido, consumida por el infortunio, devorada por el pesar, y muerta ya para el mundo y para sí misma. Oh, Dios eterno, cuánto debe pesar sobre el alma de un hombre quien es causa de tanta pena y desgracia. Qué cuenta debe tener que dar más tarde a Dios y los hombres de semejante desdicha. Dios eterno. De ti es la justicia, y el que se la hace en la tierra usurpa un divino atributo.

Martes 11 de mayo

Tengo a mi vista la carta escrita esta mañana y dada esta noche por la Condesa de Landsfeld. Confieso sin ponderación ni entusiasmo que nada he visto igual en ángeles de su edad. Nada que iguale su candor y sinceridad, la sencillez y peso al mismo tiempo de sus palabras e ideas. Cuán bien ha venido ese tesoro de dicha para mi alma hecha pedazos desde tres días.²¹⁹ Dios mío, qué bálsamo ha derramado en mi corazón esta carta. Cuánta pasión hay en su alma, cuánta verdad y pureza en cada una de sus palabras, “mi Ramón, yo he besado mil veces tu pelo, y tu pelo solo como viniendo de ti podía consolarme. Yo he llorado

²¹⁹ Este mismo día escribió a Álex Enyart manifestando su intención de volver a Chile.

anoche, toda la noche, sin poder dormir un solo instante pensando en lo cruel de tu carta. No, mi Ramón, no quiero gloria, no quiero nada, tú eres mi dicha, tú eres mi gloria, como que tú eres lo que más amo en el mundo”. Hay muchas frases por este estilo en su carta, Dios mío, qué feliz es ese pedazo de papel que ha estado tantas horas encerrado en su seno, entre esos globos vírgenes que aún no han sido manchados ni siquiera por la vista de un profano, mucho menos por el tacto y presión de otro pecho. Dios mío, cuán hermosa criatura. Y cuánto amor y abnegación encierra por mí ese virgen pecho que tan hermoso y envidiable es. Al fin, soy muy feliz. Mi condesa. Qué dicha es saber que su corazón puro, como el aliento de un querubín, ha latido la primera vez de amor por mí. Sus ojos, que causan la envidia de las demás mujeres, me han dado a mí la primera mirada de amor, y sus primeras lágrimas de amor han sido mías, su primera trenza de pelo ha sido tomada de su cabeza por mí. No ha muchos días que yo oía decir cerca de mí, “Qué hermosa criatura, he visto pocos cuerpos más hermosos en mi vida. Y muy pocas almas que se le asemejan. Un beso de su boca debe valer la dicha de un hombre”. ¿Y no soy yo el dueño de ese tesoro? ¿No son de ella esa carta y esas lágrimas que la han manchado? ¡Oh! Yo la haré feliz cien veces por cada una de sus lágrimas. Pobre mi Condesa.

Miércoles 12 de mayo

Son las cuatro de la tarde. El día ha estado horrible. Ha hecho un frío espantoso, en todo el día, ha estado nublado y ha corrido un viento frío peor que en invierno. Tal ha sido el último día que Mariquita ha estado en Stockton. Acaba de partir el Sofía que la lleva para San Francisco y de allí para Colusa. Después de amargas lágrimas todo el día, al fin se arranca de brazos de sus hermanas y vino conmigo, su marido y mi tío a bordo y venía peor que un reo a su cadalso. Me he despedido de ella y yo tengo tanta pena en mi alma que apenas puedo recordar las particularidades de esta horrenda despedida. Y para qué recordar.

Son las doce de la noche en que llego de la casa de la señorita Barreto y Ainza. Dios mío, quién puede explicar lo que es el mundo y sus caprichos, lo que es la fortuna y sus cambios. No ha muchas horas que mis lágrimas decían muy bien lo infeliz que era. Pero nunca debemos desear en los mayores momentos de penas. Yo soy ahora el hombre más feliz que puede haber. Mi condesa, sus primeros besos, sus primeras caricias, sus primicias de amor, que no matan ni dañan el lustre de la Virgen. Yo no me atreví a besar su mano, y ella diciendo, ¡oh! “mi Ramón”, se arrojó en mis brazos. Dios mío, eternos y tan tiernos besos, qué boca, qué perfume de su cabeza, qué ternura de labios, qué pecho, Dios mío. Media hora después, bajo otra proporción, me abrazó de nuevo y se entregó en mis brazos como a su Dios, qué dicha. Oh, en quien confía. Moriría mil veces antes de perder su pureza en nada.

Stockton. Jueves 13 de mayo de 1852

Cada vez que pienso en los acontecimientos de ayer apenas puedo creer en ellos. Tanta horrible agonía durante las diferentes horas del día, para ser cambiadas por tanta dicha. Apenas si yo me he arrimado a pensar siquiera que jamás podía esperarla yo. La dicha quiso que nos dejaran solos. Yo sentado a su lado oía muy bien los latidos de su corazón y veía muy bien su pecho blanco como el alabastro levantarse y caer agitado bajo el peso del amor y la excitación. Dios mío, que tanta hermosura, tanta voluptuosidad y abandono no me llevaran a ningún pensamiento torpe. No, a ninguno. Yo he estado en éxtasis, tal vez loco, pero del amor más puro y santo que jamás puede sentirse. Al fin, yo tomé su mano y di un beso en ella más ferviente que el primero que dio Ceres a su amante. Pero parece que mi beso corrió por sus venas como una chispa eléctrica, porque no bien lo hubo sentido que se levantó, como movida por un resorte, exclamó “oh, mi Ramón” y se arrojó en mis brazos estrechándome con toda la pasión de su primer amor. “Ángel mío, ¿no me das un beso, tu primer beso?”. “Sí, mi Ramón, mi primero y los que quieras, yo soy tuya”. Dios mío. Qué dicha. Un hombre que pide licencia para dar un beso a una mujer que se arroja primero en sus brazos venida por su pasión, sabe gozar más que el que lo toma sin la dicha ceremonia. Yo no lo habría tomado jamás sin su anuencia, no por escrúpulo, pues que ese es vencido por la misma acción de la hermosa, pero sí porque para mí un beso es nada y sin valor si la que lo da no tiene igual deseo, igual pasión, igual ansia, que el que lo pide. Dios mío, ¿cuántas veces la he estrechado contra mi corazón, sintiendo su terso pecho cerca del mío y respirando su aliento en cada beso? Media hora después, como para que no crea yo el peso de mi dicha, que estaba soñando, tuve la misma dicha repetida con doble gasto, con doble abandono. “¿Quieres abrazarme de nuevo?”. “Oh, sí, mi Ramón”. “Dios mío, continúo todavía quedando en mis brazos, yo he estado tan triste pensando en que tú, con tu entusiasmo por tu patria, donde eres querido, donde eres rico y donde debes figurar como quieras, pensarás tal vez en este ... Dios mío, qué sería de mí. Y más todavía tu familia te llama, te ofrece fortuna y dicha allá”. “Ángel mío, no has visto mi hermano partir sin mí, y entonces qué no sabía aun cuánto valía tu amor, entonces que no había tu primer beso (sic)”. “Gracias, mi Ramón, yo estimo tu amor y sacrificios por mi más de lo que tú piensas”. Pobre mi Condesa, tal vez ella no sabe aún cuánto la amo. ¡Pobre ángel! La adoro con respeto y la amo con una ternura que yo solo puedo explicar.

Viernes 14 de mayo

Hoy he estado en casa de Mariquita, digo en la casa que ella habitaba. Dios eterno. Cuánto horrible sufrimiento he tenido a cada uno de tantos recuerdos y el aspecto triste, casi fúnebre que

presenta esa casita, asiento antes de tanta dicha, de tanta ventura. Su ventana estaba cerrada. Pero qué cambio, lo que antes indicaba alegría, felicidad, ahora no diré sino amargura, ausencia, pesar eterno. Yo he andado como ayer en toda la casa que por casualidad también como ayer, la he encontrado sola sin un alma. Qué horrendo aspecto en sus puertas y ventanas cerradas, con su silencio de tumba, y qué contraste forma en mi alma al mismo tiempo ese horror, esa sociedad, con el misterioso placer, con la dicha triste si se quiere que me dan cada uno de sus recuerdos, en cada uno de tantos objetos. Como ayer bajé al jardín y tomé rosas y algunas otras flores. Para mayor recuerdo de este día y de las emociones diferentes que he sufrido, debo leer en mi libro copiador de cartas, la que en esta fecha he escrito a Mariquita.

Y va de coincidencias. He escrito ahora dos largas cartas para Francia y en la de Amelia después de concluirla me he fijado en su fecha. Pero Dios, mío bajo qué circunstancias viene este aniversario de hoy 14 de mayo. Y qué casualidad de escribir a Amelia sin pensarlo en este mismo día cuya fecha y hora son la época y momentos más célebres de su vida, marcadas no solo en su memoria sino en sus cartas, sus joyas y anillos.

Hoy puedo decir también que tengo un año de nacido. El año pasado a estas mismas salvé mi vida por el ala de una mosca cuando cayó esa pila de 200 cajas sobre la mesa que yo escribía y cuyo golpe evité yo por pura casualidad, por decretos de la providencia. Sí, yo y Cupertino tenemos ahora un año de existencia.

Domingo 16 de mayo

Son las dos y media de la tarde en que acabo de entrar en mi cuarto de casa de Ainza. Cuánto recuerdo triste pesa en mi alma. Este, el primero domingo en que Mariquita no ha estado, allí reunidas a todas las demás niñas. Esto es una cosa tan notable que todos hemos estado tristes. ¿Qué hará ella en este domingo en que todos los pensamientos son para ella? ¿Y qué significa, Dios mío, que ella no escribe? ¿Acaso está confinada? Pobre Mariquita. El día está en calma. Agustín y dos de sus hermanas, Adelaida y Belén, han salido a pasear a caballo, me han convidado y yo he reusado por venirme más bien a mi cuarto. Todo está en silencio y el día domingo va pasándose muy triste.

Son las once de la noche en que llego de casa de Ainza. Había esta noche más concurrencia que de ordinario. Estaban los Barreto y algunos jóvenes más recién presentados. *J'ai sous mes yeux sa lettre donnée par elle-même ce soir presque à la vue de son père et sa mère. Pauvre enfant. On voit bien qu'elle a été désespérée. "Pardonnez-moi, mon Ramón, si je t'ai fait souffrir sans savoir, mais méprisez moi c'est ce que je mérite ... ¡Oh! ¡Tu es le meilleur des hommes. Pardonnez moi!"*²²⁰

²²⁰ Yo tengo a mi vista su carta, entregada por ella misma esta tarde, casi a la vista de su padre y su madre. Pobre niña. Es claro que ella ha estado desesperada. "Perdóname mi Ramón, si yo te hice sufrir sin

Stockton. Lunes 17 de mayo de 1852. Landsfeld

“Siempre tras la pena tiene el consuelo”. Muchas, infinitas veces he tenido yo lugar de observar lo cierto de este axioma. Son las doce de la noche en que llego a mi cuarto. Como anoche, no tengo a estas mismas horas a mi vista una carta suya que comentar. Pero tengo impresas en mi alma sus caricias. Tengo, mejor que eso, siento aún en mis labios la presión suave y ardiente de los suyos. Siento aún sobre mi pecho sus dos globos tersos y blancos y más adentro, siento los latidos de su corazón sobre el mío como golpes de martillo. Pero Dios mío. Yo de veras he sentido materialmente sobre mi pecho los latidos de su corazón, tan fuertes eran en los momentos en que sus labios se pegaban a los míos. Parece un sueño tanta dicha. Si yo fuera un poeta exagerado, cantaríá día y noche a la hermosura de esta criatura, porque sin exageración ninguna es hermosa en todas y cada una de sus facciones. Qué ámbar, qué esencia, Dios mío, la de su aliento al darme cada beso. Me parece sentir todavía lo suave y aterciopelado de sus labios, lo fresco y puro de sus dientes mientras su cara se frotaba llena de pasión sobre la mía, y mientras sonrojada se ocultaba en mi pecho. Dios mío, temblaba todo su cuerpo como si su máquina entera fuera a destruirse, y quién sabe si era yo el que más temblaba. “Mi Ramón, te prometí estar aquí y aquí estoy”. “Gracias, mi Condesa”. Cuánto le debo, Dios mío. Y en todo ese rato no hemos cruzado más que dos palabras. Sus últimas palabras han sido, “sí, pero yo también quiero darte el último beso como el que me has dado”. Qué hermosa estaba, así con los sonrojos por una licencia que a su parecer se había tomado. Cuán sonriente estaba en ese momento en que su entusiasmo la llevó hasta pedir de nuevo una caricia. Un poeta más exagerado que yo, al ver este ángel vestido de blanco, más hermoso que una pintura de Rafael y más graciosa que una andaluza, más voluptuosa que una circasiana, habría dicho “daría yo gota a gota mi sangre por un beso de sus labios, por sentir contra mi pecho esos tesoros, esos dos globos tersos con la frescura y juventud de quince y voluptuosos con la pasión del amor”. Y yo he gozado toda esa dicha y el doble de ella sin derramar una gota de mi sangre y con promesas de mayor ventura. Dios mío, mi Condesa, cuánto te amo y cuánta ternura y respeto hay en mi pasión. Ahora me acuerdo que debí yo hacer un cuadro lindo en su último beso, con mi guitarra en la mano izquierda y con la derecha sosteniendo todo el peso de su cuerpo mientras pendía ella al parecer de mis labios en una postura de languidez y abandono. Gracias alma mía. Gracias mi Condesa.

saberlo, despréciame, es eso lo que merezco. Oh, tú eres el mejor de los hombres, perdóname.” Traducido del francés.

Martes 19 de mayo

Son las doce de día en que acabo de llegar a mi cuarto de casa de Mariquita. Dios mío, por cuántas crueles pruebas acaba de pasar mi alma, por cuantos martirios y tristes recuerdos. Hoy hacen ocho días que ella se fue de Stockton y hoy acaban de venderse en el martillo todos sus muebles, sus útiles, etc. Las cosas más insignificantes para aquéllos que las compraban estaban para mí adornadas de dichosos y tristes recuerdos a la vez. El remate principió por la cama que ocupaba Eduardo y concluyó por su sofá. Dios eterno. Si alguna vez he sentido yo el pesar de mi pobreza ha sido hoy. Mi diario es testigo que jamás he hecho alusión a mi presente mezquina situación. No, jamás, pero hoy he sentido y llorado en mi corazón el no poderme hacer dueño de facto de todos esas cosas que me pertenecen por derecho de amistad y concesión de su parte. Cuando vi venderse el servicio de té. Dios mío, esas tacitas que en innumerables noches y ocasiones se han mezclado en los acontecimientos de mi vida, yo, que siempre he estado a su derecha cuando esas tazas han salido a la mesa para servirse en ella el té, yo solo, repertorio de recuerdos, sé lo que encierran de grande y dichoso para mí. Al fin tuve el gusto de ver pasar todo el servicio de té y café, cubiertos de plata, etc. al poder de un amigo, Mr. Masterson. Se vendió su comedor y su tocador, esos objetos, mudos testigos ellos solos de tanta hermosura reflejada en sus espejos, testigos ellos solos de todos los tesoros, bellezas y misterios, que son misterios para los demás vivientes y para ellos, objetos a la vista. Esos espejos que han visto tantos hermosos atavíos de fiesta y de baile, tantos negligés y abandonos en que se revelan los encantos misteriosos de la hermosura. Dios eterno, también se fue su cómoda, y sus tocadores, después vino el sofá forrado por Samuel, el famoso ocho de diciembre, tan famoso como el 17, el sofá que representa el día de Mariquita y que fue entapizado por Samuel, mi pobre hermano, su querido y nunca olvidado padrino. Y al último vino su sofá de crin, el objeto jefe de hermosos recuerdos, su mueble predilecto, su cama de día. ¡Oh! Santo Dios, me enfermo si pienso más en ello.

Jueves 20 de mayo

Son las once en que acabo de llegar a mi cuarto. Tengo a la vista la carta de mi pobre Condesa. Está llena de ansiedad, dice porque le escriba y le diga que soy feliz. La bribona sabe que lo soy después de la escena del lunes 17 y por eso quiere que le escriba, según ella dice, en su carta bajo esa misma impresión.

El día de hoy ha sido un poco caliente en comparación de los anteriores, pero en nada todavía es de creer que sean estos días de verano. Hace frío más bien en vez de los hermosos calores que sufrimos el año pasado en este mismo mes. Ninguna carta he recibido aún de Mariquita y estoy pensando que tal vez está muy enferma.

Stockton. Viernes 21 de mayo de 1852

Tres o cuatro días hace que sufro y no poco de un asunto que pensaba yo ya concluido. Pero me equivocaba en pensar así. Belén está lo mismo en sus sentimientos y en nada ha cambiado según creo. Yo que pensaba con gusto, Dios mío, que su amor y su pasión no eran ya sino verdaderos sentimientos de amistad. No, ella persiste, y tal vez con más tenacidad que antes. ¿Qué espera, Dios mío, si no hay palabra o acción mía que no tienda a mostrarle la laya de amistad que tengo por ella? Hay veces que soy hasta impolítico y ahogo muchos tiernos sentimientos de amistad que tengo en su favor, porque ni por eso se figure que la amo de otro modo como a una hermana. Me privo de hacerle a ella el menor cariño, a ella la quiero más como hermana, y dispenso a las demás toda la ternura y amistad que tengo por ella. Con qué habré de estar siempre, Dios mío, con estos sentimientos encontrados, y estoy destinado a ver sufrir por mi causa e inocentemente. La mitad de mi vida diera si yo pudiera cambiar el sentimiento de amor que tiene por mí por uno de pura amistad. ¿No es por Dios una desgracia que ella, la hermana de la que amo, pida amor de mí, y una palabra siquiera que la aliente en su pasión? ¿Y no sería yo un doble villano si fuese a dar esas palabras de consuelo robadas a la que es verdadera dueña de ellas, por más que fueran por lástima y buena intención, y qué hacer, Dios mío? Oh, yo moriré antes o perderé de vista mi amor y mi amistad en la casa antes que traer un pesar, o una lágrima a los ojos de la familia por una mala acción de mi parte. Pero ahí está. Mi conciencia que me absuelve de todo y Dios que sabe lo que pasa en mi alma con este asunto. Y no poderle decir que amo a su hermana. Oh, Dios mío, dar mi secreto a un tercero. No, cien mil veces no.

Sábado 22 de mayo

Son las diez de la noche y me hallo solo en mi cuarto pensando bajo el peso de mi dolor nuevo. Siempre sufriendo y siempre con algo que lamentar. Hoy en la mañana recibí cartas de Mariquita que me llenaron de dicha y lástima al mismo tiempo por los sufrimientos que matan a este pobre Ángel. Sus cartas son del 19 de mayo y después de muchos días de angustias era feliz, dice, leyendo mis cartas. ¡Oh! No es de su parte el dolor que pesa en mi alma, es del bárbaro de Alfredo que ha hecho un barro con su juicio de niño o pérvida intención, quién sabe. Él ha tomado algunas de las palabras de mi carta, las más sencillas tal vez, les ha dado una mala interpretación y ha escrito una carta al doctor diciendo que yo digo en mi carta, que la señora Ainza me ha contado cosas de Mariquita que no me debía haber dicho. Bárbaro, imbécil o canalla tal vez, porque Mariquita nada me dice en su larga carta de eso sino muy al contrario, es feliz con cada carta mía y me pide que le escriba cada momento. Yo

fui esta tarde a vera a la señora y la encontré consternada y con razón pensando que yo, de veras, hubiera dicho algo que fuera malo como salido de su boca, y el doctor tenía la misma y toda la familia. Pero la providencia que protege siempre la buena intención me ha salvado esta vez. Esta es la vez primera que mi libro copiador de cartas me sirve, y esta vez me ha servido en un asunto de honor que agradecido y contento estoy de mi escrupulosidad en copiar mis cartas todas. Yo he llevado mi libro y dado a la señora para que lea la carta a que alude Alfredo, y ha sido vista y revista por todos derramando lágrimas de placer al ver que era todo lo contrario de lo que Alfredo decía. Y se condenó a él, diciendo que por no saber español bien había interpretado mal, yo digo entre mí, no digo nada. Gracias a Dios. Mi justificación no podía haber sido más completa y mi triunfo es grande. Yo acabo de escribir a Alfredo una carta en que debiera haber lanzado todo el veneno de mi corazón, pero la carta es la más prudente que he escrito en mi vida. Ahí está esa carta de esta fecha y la primera de Mariquita en que él ha querido hallar algo malo.

Pero mi pena es porque no es él que sufre por sus faltas, sino el ángel que tiene encadenado su destino al suyo. Cuánta pena y angustia va a tener ella ahora, cuántas lágrimas van a costarle mi carta de despedida. ¡Oh! Alfredo. Qué enorme es el crimen que pesa sobre tu conciencia, y cuán caro debes pagarlo. Oh, ya estás pagando tu violencia y villanía con que obtuviste su mano, con el desprecio y aborrecimiento que le infundes, miserable. Menguado. Forzar así la voluntad de una mujer y pensar después ser feliz con ella.

Domingo 23 de mayo

Hoy llevé mi libro copiador de cartas a casa de Ainza y la carta a Mariquita ha sido leída, leída y releída por cada una de las niñas derramando lágrimas de ternura al ver lo sentido y puro de la amistad de esa carta. De veras la carta que no estaba destinada a ser vista de nadie ha sido vista de todos y he recibido inmerecidos elogios por ella. Lola y Belén lloraban de ternura por Mariquita y de placer al ver en la carta todo lo contrario de la acusación. Oh, Dios mío. Me dijo Lola llorando, “yo no necesitaba ver la carta para saber que Alfredo se equivocaba, yo la he leído porque está tan linda solamente y porque V. lo exigía”. Agustín y el doctor han leído también, y ambos han dicho “es preciso que Alfredo haya estado loco para que haya escrito semejante absurdidad”. Oh, yo soy feliz en este momento porque está patente mi buena intención, aunque estoy por otra parte triste por lo que va a sufrir Mariquita con mi carta de despedida a Alfredo y a ella. Pobre ángel. No importa. En mi corazón no mandan las leyes de sociedad y yo para ella ante Dios seré el mismo que siempre. Sí, seré siempre el mismo.

Stockton. Martes 25 de mayo de 1852

Hoy hace ya tres años que llegué a Stockton. Por cuántas alternativas ha pasado mi destino desde el 24 de mayo de 1849 en que llegué a Stockton. Llegué pobre entonces, pero a la cabeza de una expedición que me prometía fortuna. Aún no había sino dos o tres carpas entonces en esta ciudad que hoy ostenta tanto adelanto en sus edificios. Yo puse mi carpa, la mejor de entonces donde mismo están ahora los ricos almacenes de ladrillo de los señores *Paige & Webster*. Aún puede verse en la misma esquina el tronco de un inmenso roble que hice yo cortar con los peones. Ese tronco de alto de tres cuartos me servía de mesa de velar cerca de mi cama; allí tenía clavos en que colgaba mi reloj, pinzas, tijeras, etc. Allí ponía mi vela para leer de noche al acostarme. Ese objeto invencible, mudo e insignificante a la vista de todos, es testigo de mis largas veladas en aquella enfermedad de insomnio que tuve en esos días, por quince días o veinte. Allí me sorprendía el amanecer, muchas veces recostado en mi cama vestido y con los pies sobre el famoso tronco, allí decía, me sorprendía el alba, pensando en lo incierto de mi destino, en lo oscuro que se presentaba mi horizonte, en planes y combinaciones. En una palabra, un mes después ese tronco ha contenido el peso de algunos miles de pesos en oro, primer cimiento de mi fortuna. Ahora ese sitio donde yo tenía mi carpa vale miles y miles; ese tronco tiene ahora otros dueños, otras fortunas y otros secretos que guardar.

El 25 de mayo del año 50 me tomó ya rico, rico para mí sólo al menos. Después de un año de trabajos en las minas, después de sufrir allí con mis peones los rigores del verano y las nieves del invierno, después de haber salvado mi vida de mil peligros, yo estaba de vuelta en Stockton, ya tenía empleados, dos o tres mil pesos en lotes, dejaba otros tantos en valores en mi casa de Calaveras y marchaba a San Francisco a comprar un buque y despachar para Chile. Compré ese buque, le cambié el nombre, le llamé *Elisea*, puse a bordo mis peones con cincuenta pasajeros, el resto de mi capital en oro, di el mando de él al Capitán *Detjen* y de sobrecargo a *Rondizoni* y lo despaché a Chile quedándome yo a lo que la fortuna me diera. Más tarde quedé feliz con mandar eso a mi familia. Lo demás para mí era fácil. Mi pensamiento entonces era irme en el mismo buque, pero quedaba aquí mi hermano *Samuel* y ¿cómo dejarlo a él? Volví aquí a Stockton que debía ser más tarde el teatro de muchas dichas y pesares, el teatro de célebres acontecimientos para la pobre historia de mi vida. Después de volver aquí conocí a *Mariquita*, única niña de Stockton. Las ventanas de su casa oyeron la primera serenata dada por mí en Stockton a ella en compañía de *Sánchez*. Esa serenata, que tanto ha figurado más tarde en sus recuerdos y los míos, marca una época célebre en mi vida, y otra época célebre en la suya, como ella dice.

El 25 de mayo del año 51, vino después del horrendo incendio del 4. *Mariquita* se había casado en diciembre del 50. En marzo 5 vinieron esos días de tribulación para mi alma, esos días únicos en que su amargura y adversidad, esos días que trajeron mi ausencia de su casa por cuatro o cinco largos meses, por más que mi amistad, la de mi hermano y toda su familia me

llamaban cada día. Pero oí a mi orgullo más bien que a mi corazón. Después de esos sucesos y esa larga ausencia es que veo llegar el 25 de mayo. Amelia vivía entonces en casa desde algunos meses antes con su marido. A ella pues a quién trajeron el 25 de mayo una serenata unos cuantos argentinos ... He ahí esos recuerdos de Amelia que se siguen. A mí se me puso en la cabeza dar otra serenata esa noche. Tomé mi guitarra y acompañado de los argentinos que habían cantado en casa fui y di la celebrada serenata del año pasado en la misma cabecera de Mariquita sin más división entre mí y ella que una delgada tabla que formaba la muralla de su casa, y la de su dormitorio cuya ventana cae a la calle. Más tarde me decía ella que después de cuatro meses de ausencia mía de su casa, las notas de mi guitarra en esa serenata caían sobre su corazón como gotas de plomo derretido ... pero que embelesaban su alma como si estuviera extasiada. Había una hermosa luna y eran las dos de la mañana. Después dimos otra serenata a Agustín en su casa y de vuelta cantamos en el puente la canción Nacional argentina. Así acabó ese 25 de mayo del año pasado en medio de dicha, con preludios de felices días que se han cumplido más tarde y que a la fecha ya son idos.

¿Y este 25 de mayo cómo me toma? Mi diario lo puede decir, y también mis cartas escritas hoy. Qué diferencia, Dios mío, entre este 25 de mayo y aquél. Yo diré con Varela “qué Mayo el de entonces, qué dichas aquéllas, ni memorias de ellas consiente el Tirano que el mando robó”. Sí, muy cierto; en mi destino ha habido un tirano que me ha robado mucha dicha y largos días de ventura. Un tirano vil y canalla quién paga ahora su maldad con el desprecio hasta de los suyos. Un tirano que lleva sobre su conciencia y hasta la tumba el peso de un crimen negro y horrendo, que horroriza hasta a los que lo oyen contar. Un crimen que es sabido de todo el mundo ... cuya pena debe llegar más hoy, más mañana. Sus víctimas son nobles de nacimiento y de corazón, y le compadecen más bien que le aborrecen. ¡Oh! él a la vez será infeliz en pago de lo que él y su crimen hizo infelices, y servirá de escarmiento a los que después tengan sus ideas y su laya de pecado contra Dios y la sociedad ... Sirva de ejemplo su vida más tarde y permita Dios que no tenga más castigo que ése. Quiera Dios hacer nacer en el corazón de sus víctimas la compasión, que el perdón ya está dado. “¡Como hombre te perdono mi cárcel y mis cadenas, más como argentino, las de mi patria, no!” Sí, yo te perdono como hombre mis angustias y pesares, pero como Ramón las de mi Patria, no ... Atención. Hay tiranos de tiranos y unos más feroces que otros.

Miércoles 26 de mayo

Para que el día de ayer no fuese de tan desgraciada memoria quiso mi buena suerte que no se olvida de su viejo joven, que yo fuese ayer tarde después de un día triste a buscar una noche más alegre en la brillantez de sus ojos. Nadie había en el salón. Yo entré como siempre, tomé la

guitarra y principié a traer un andante de Sor. Al concluir la cuarta parte entró una niña y como principiaba a oscurecer, no conocí al principio quién era. Pero luego me vino derecho a mí y sus bracitos me estrecharon contra su pecho terso mientras que sus labios frescos y puros imprimían un eterno beso sobre los míos. Dios mío, ¡qué dicha! Yo supe entonces que era mi condesa. Cuánta dicha para no esperara nada. Salida del baño tenía el pelo suelto y su bata se entreabría en su pecho, revelando lo blanco y terso de sus globos vírgenes como ella. Qué linda estaba así, Dios mío, y cuánto se aumentaba su encanto con el abandono con que se echaba en mis brazos, con la pasión de sus besos y caricias y la ternura de sus palabras. “¿Por qué estás tan triste, mi Ramón, y me haces a mí también morir de pena? ¿Qué ya no me amas que ni yo puedo consolarte, y ni siquiera buscas consuelo en tu pobre?”. ¡Dios mío! Yo le habría dado mi vida en ese momento si me lo hubiera pedido. Cuánto amo este ángel, y cuánta más confianza tiene en mí, cuánto más abandono y fervor tienen sus puras caricias, más respeto me infunde. ¡Oh! Ella tiene inviolable garantía en el respetuoso amor que me infunde. Yo no sobreviviría a la pena que me causase la menor ofensa que tuviera que reprochar yo a mí conciencia contra este ángel. Más particularidades hay en algunas líneas que hay puestas de mi letra en su misma carta de ayer.

Viernes 28 de mayo

Tengo a mi vista hoy la carta que recibí anoche de Landsfeld. Hay en ella notas puestas por mí que dicen el motivo de mi triste carta a ella. Leer esas notas en su misma carta fecha de ayer. Soy bárbaro yo en derramar sobre el objeto que más amo en mi vida el veneno amargo que bebe mi alma con las contrariedades de la vida, con algunas injustas leyes de la sociedad y otros vaivenes que sufre mi existencia sobre las inquietas olas del mundo. Dios mío, cómo debe ella haber sufrido con las durezas que digo en mi carta aunque no son directamente contra ella. Jamás me acuerdo haber tenido una elocuencia más cruel y cínica, más llena de sarcasmo y desprecio por todo el mundo, inclusive los bichos y sabandijas que encierra. Algo de sus penas se puede ver en los renglones de su carta escritos en momentos, en segundos, robados.

Pero Dios mío. ¿Qué más puede salir de mi corazón envenenado que veneno? ¿Qué más puede dar mi alma presa del dolor sino amargura en todas sus expresiones? Soy tan infeliz, Dios mío. Hay tantas cosas horribles que se reúnen a mi posición difícil y precaria, tantas pequeñas circunstancias que agrían mi situación pobre, que tuercen mi alma y arrancan de ella ideas e impresiones que tal vez no se me habrían ocurrido jamás. ¡Carajo! Y siendo rico, ser pobre. Teniendo en otra parte con que humillar a más de cuatro, de esos que se engrandecen y humillan con la cantidad de pesetas que cuentan, que siendo yo rico más allá de California, me ahogué en la miseria de aquí. ¡Carajo! Con mi genio, mi carácter y mis ideas no habría creído nunca que para ser feliz yo necesitase plata. Verdad es que en mis relaciones íntimas, en lo que yo llamo mis

dichas, mis placeres, mis goces, jamás he gastado un medio centavo, testigo es de ello mi diario. Jamás he hecho alarde de mi fortuna en ningún salón, y siempre he visto preferencias hechas a mí, postergando millonarios. En todas las escalas de la vida, y en toda clase de sociedad he sido más que un príncipe, más que un rico, o que un noble titulado ... Así pues, he creído siempre que si alguna vez, bajo cualquier circunstancia para agradar o elevarme, hubiera tenido que hacer uso de plata, me habría dado asco mi candidatura y hollado con mis pies la plata que para tal cosa debiera emplear. Jamás he creído pues que yo necesitara plata. Pero carajo, hay miserables a quienes es preciso humillar con plata, y qué diablos. Todavía ha de llegar un día ...

Yo recibí ayer con su carta el beso más tierno y ardiente que he recibido de ella. Si un beso se comprara con plata y tuviera yo millones, los coserían en un saco, los echarían en el océano y no comprarían un beso. ¡He ahí mi idea!

Sábado 29 de mayo

Después de nuevos tan pesarosos días, ayer he tenido un día verdaderamente feliz. Recibí carta de Alfredo contestando a la que le escribí con fecha 22 del presente. Me da una satisfacción como yo no la esperaba tan completa y tan llena de interés y amistad. Al mismo tiempo escribe al doctor y a la señora satisfaciendo sobre lo mismo y haciendo a todos mi inocencia. Mariquita me escribe también una carta muy larga. Pobre ángel. Ella, sobre quien caen siempre todas las desgracias y hasta las ajenas, casi se ha muerto de pena, a ver mi carta a Alfredo por la que creía nuestra amistad concluida para siempre. Qué sensible y tierna es esta pobre criatura, y ella sin culpa satisface a todos, y como un ángel de paz anuda de nuevo todos los lazos que se rompen y que pueden afectar a sus amigos.

Son las diez del día y yendo al correo en busca de cartas de Samuel me he encontrado con un paquete de cartas de Colusa de Mariquita que estaba en mi casilla desde quién sabe cuándo. Me escribe larguísima con fecha del 23 del presente y me dice que me escribe con el intento de que reciba esa carta el 25 de mayo, para que si estoy triste, me alegre. “Yo te lo pido, hazlo en mi nombre, diviértete y cántame mi canción que me compusiste al partir, el Desengaño, y mi Valse de ausencia”. Qué coincidencia, yo acabo de recibir ahora esa carta y el 25 de mayo en la noche, lo único que toqué, lo único que canté, fue el Desengaño, y el Valse la Ausencia, jamás me ha pasado una cosa más singular. Ver su carta fecha 23.

Stockton. Domingo 30 de mayo de 1852

Hoy domingo de Pascua he asistido a la misa muy solemne que se ha celebrado en Stockton. Es Pascua hoy del Espíritu Santo, y el cura, para hacer la misa más solemne, consiguió que las

señoritas Ainza cantaran en ella en “Ven Santos Espíritus”, etc. La misa ha estado muy solemne, con sus cantos, la música, el sermón, etc. ¡Así debía solemnizarse el aniversario de la muerte de mi papá!

Son las once y media de la noche en que llego a mi cuarto. Tal vez es a la generosa sombra de mi papá que debo el haber tenido hoy un día muy feliz en vez de ser, por el contrario, muy triste. A las cinco asistimos a la iglesia a la visita del sacramento que quedó manifiesto desde esta mañana. Y en seguida salimos a pasear, en compañía de la señorita Barreto. Fuimos a la casa de mi Mariquita ... pero qué horrible tristeza se apoderó de nosotros todos. Cada uno con sus recuerdos, cada uno con sus objetos que le recuerdan dicho pesar o placer. Nos salimos luego, después de cortar cada uno flores del jardín. Fuimos en seguida al jardín de Weber, pero Dios mío, qué hermosas flores. Había una sola rosa en una mata tan hermosa que jamás he visto en mi vida cosa igual. “Solo una flor conozco que pueda rivalizar con esa rosa, una [ilegible] hermosa, y reina de las demás, y esa eres tú”. “Dios mío, Ramón, qué placer me das en decirme eso, pero aquí no hay ninguna flor con que pueda yo compararte, los claveles están muy pequeños para que se te parezcan”. En otra ocasión, “yo soy tuya, Ramón, y tú eres mío, si estuviéramos solos yo te abrazaría y te daría un beso”. “Tomo la palabra para cuando lo estemos”. Media hora después ella estaba en mis brazos, y me daba mil besos por uno; en medio de sus palabras, “Dios mío, cuánto amo a mi Ramón”, qué dichosos y ardientes eran sus besos. Cuánta dicha, Dios mío, tenerla en mis brazos con todo el abandono de su parte que puede tener una esposa querida en los brazos de su marido, sin mezquinar ninguna caricia, pidiendo más besos y sin el temor y temblor en medio de la dicha, que arguye crimen o falta. Dios mío, cuánta dicha. Dios mío, la prueba que yo tengo que este amor es puro y santo y que nada tiene de profano y criminal hasta ahora es que la sombra de mi papá, al escribir yo esto, no me aterra como si yo hubiese hecho alguna falta. ¡Al contrario, me parece que él me bendice, o nos bendice desde su última mirada!

Lunes 31 de mayo

Hoy el día está lindísimo y no hace tanto calor como en los pasados. Solo en el año 49 me acuerdo haber pasado unos calores iguales a los presentes. Hoy ha hecho fresco porque corre un viento bastante fuerte. A las 7 de la mañana, vuelto mi tío de los vapores, abrió las cortinas de mi cama y me dijo “levántate hombre, Mariquita está aquí”. Difícil me sería a mí pintar la emoción que esta noticia me causó oída entre sueños y tal vez cuando soñaba con ella. Pero luego se fue lejos la ilusión, porque en seguida añadió, “no está allí pero está su mitad que es Alfredo”. Alfredo, de quien mi tío me hablaba, acaba de salir ahora de mi cuarto. Mucho gusto he tenido al verme como arrepentido de haberme hecho una injusticia, y yo lo he recibido

bien porque no puedo tener rencor a nadie, y mucho menos al que me da satisfacción de una falta cometida. Sé ciertamente que Mariquita le ha ordenado de venir a verme a mí antes que a nadie. Mariquita ha escrito a Adelaida con lápiz las siguientes palabras. “Hermanita estoy tan acongojada de no pasar a verte a Stockton que hasta el aliento para escribir se ha quitado. Sufro tanto con esta decepción que ni puedo hablar siquiera. Díselo a Navarro y que sepa por qué no escribo. ¡Dios mío cuánto sufro, y yo que pensaba verlo!”

Son las cuatro de la tarde y estoy solo en mi cuarto. Mi ventana está abierta y desde aquí veo todo lo que pasa en Stockton a esta hora, que es la de más movimiento. Mi ventana que cae al lago me proporciona la más hermosa vista que tiene Stockton. Los cuatro vapores están echando humo ya y el ruido de las campanas a un tiempo me recuerda el día de Todos los Santos a las cuatro de la tarde en mi país. Qué semejanza encuentro entre aquel eterno doblar de las cuatro iglesias cuyas campanas daban diferentes sonidos, y entre éstas campanas de los vapores que suenan a un tiempo, pero diferentes unas de otras. Dos buquecitos de vela vienen entrando viento en popa y desde aquí los veo balancearse graciosamente en el lago, mientras otros botes de pescadores y de jóvenes que se pasean vienen casi hasta abajo de mi ventana. El muelle está lleno de carreteros y miles de hombres que se embarcan, acompañan sus amigos que se van, el *levee*²²¹ y la calle del comercio parecen sendas de hormiga, tantos son los hombres que van y vienen por ellas. Esta escena se repite todos los días para mí y del mismo modo, más o menos bella a veces.

Cómo recordaré más tarde mi silla poltrona en que me balanceo cerca de la ventana con mi libro en las manos, mientras ondean las cortinas de la ventana y yo juego con los pesados cordones y borlas celestes que adornan la colgadura. Solo así como estoy ahora, sin familia y sin fortuna aquí, más tarde me he de pensar más dichoso y feliz. No hay duda y soy tal vez muy feliz en un sentido.

Stockton. Martes 1 de junio de 1852

Debo salir mañana o pasado para la ciudad de Sonora y de allí quién sabe para dónde. Me canso de estar en Stockton y quiero pasar estos dos o tres meses hasta que me lleguen las cartas de Samuel viajando y en movimiento. Tal vez vaya a la Baja California por medio de paseo y ver si cobro allí a dos individuos que me deben entre ambos dos mil y tantos pesos. Antes que me vaya voy a hacer el inventario de todas mis cosas y equipaje que componen el adorno de mis cuartos para dejarlo aquí hasta que vuelva, y como en diez años más los muebles y hasta las

²²¹ *Malecón o dique*. Traducido del inglés.

cosas insignificantes que componían mi ajuar me han de ser muy interesantes, porque espero que para entonces, seré algo ya en el mundo, hago mi inventario en mi diario como sigue:

Mi ropero y mis andrajos

- 1 Capa de paño borra de vino
- 1 Frac azul
- 1 Frac negro
- 1 Levita negro de cachemira
- 1 Levitón celeste de verano
- 1 Levita color ante de verano botón concha de perla
- 2 Pantalones negros de raso de lana
- 1 Pantalón celeste claro de verano
- 1 Pantalón color violeta
- 1 Pantalón verde aceituna
- 1 Pantalón color plomo, listas blancas
- 1 Pantalón verde casimir francés
- 1 Pantalón *avec un tache de sang!*²²²
- 1 Chaleco negro de raso
- 1 Chaleco de terciopelo blanco bordado de celeste
- 1 Chaleco color ante bordado de la misma
- 1 Chaleco cachemira plomo bordado verde oscuro
- 4 Chalecos blancos de piqué diferentes hechuras
- 1 Chaleco seda morado flores verde mar
- 1 Sobretudo de invierno color cáscara bordado de cinta del mismo color. Regalo de mi amigo Enyart de Nueva York
- 3 docenas de camisas blancas
- 3 camisetitas de seda
- 1 docena de calzoncillos de dril
- 1 docena de sábanas
- 18 toallas o paños de mano
- 6 pares de fundas (las mismas que me dio Mamá)
- 2 juegos de cortinas o colgaduras de ventana
- 6 corbatas de diferentes colores

²²² *Con una mancha de sangre.* Traducido del francés.

Muebles, útiles, joyas, etc., etc.

1 Cómoda de caoba con estante para librería	40
1 Catre de bronce	125
1 Cuadro de Pablo y Virginia	20
1 Máquina de copiar cartas	20
1 Escritorio cubierto de terciopelo azul con secretos, etc.	32
2 Cajas con secretos departamentos para equipajes, etc.	32
1 Par de pistolas Manton 1ª clase, 4 tiros	32
Media docena de sillas esterilla y una poltrona	22
2 Mesas forradas de hule fino	14
4 Candeleros imitación plata alemana	8
1 guitarra (la mejor que se ha conocido) con su caja y llaves y tornillos para armarla con 6 cajas de cuerda, etc. Costo en la fábrica	150
1 reló de oro, esfera y números de oro	208
1 nueva cadena de oro con guardapelo a una extremidad	32
1 lapicera de oro, pluma de oro, montada en piedra ágata	30
1 lapicera con piedra color celeste	16
1 anillo de oro de California, montado en piedra roja	32
1 anillo doble peso, oro de Calaveras sacado por mí con secreto de guardapelo y las iniciales de mi nombre	30
1 chispa de oro figurando una cuchara de té peso neto	30
Varias otras chispas pequeñas especímenes	16
Varias porciones de oro tomadas por mí de varias cañadas	50
1 sello de mi cifra cincelado en San Francisco	12
1 cortaplumas finísimo	8
1 cajón para guardar la guitarra después de armada	10
1 par de pinzas fina cabo de concha	3
	\$ 932

Voy a hacer ahora el inventario de mis libros, pero a eso no valorizo como valorizo mi ropa. Si algún día me veo en la miseria quemaré ambas cosas antes de verlas pasar a otras manos.

Libros en inglés empastados

	<i>Volúmenes</i>
1 diccionario	1
1 obra de Astronomía editado por Olmsteds	2
1 obra completa de Encyclopedia	13
1 obra los Misterios del Romanismo	1

1 gramática inglesa por Vreullu	1
1 gramática inglesa por Zenteno y Velasquez	1
1 gramática inglesa por Velasquez and Simons	1
La verdadera religión cristiana. Abbot	1

Libros en francés empastados

diccionario francés español	2
Historia de los hombres útiles con láminas	1
Lecciones de literatura francesa	1
Las artes y oficios	5
Historia francesa por Lavallete	4
Las mil y una noches	4
Don Quijote en francés	4
Madame Stäel, L'alemagne	1
Han d'Island, Victor Hugo	1
Los orientales, Victor Hugo, poesías	1
Los rayos interiores, Victor Hugo, poesías	1
Jorge Sand, Valentine	1
Jorge Sand, Variedades	1
La reine Margot, Alexandre Dumas	4
La dame de Monsereau, A. D.	4
2 obras grandes de artes y materias y oficios con láminas	2
1 mapa en francés	1

Libros en español empastados

Diccionario español por Arnao	2
Curso de Geografía	1
Geografía Universal	2
Teneduría de Libros	1
Arte de la correspondencia	1
Etimología elemental	1
Gramática italiana de Brunetti	1

<i>Novelas en inglés</i>	<i>Autor</i>	<i>Volúmenes</i>
Adventures of a Marquis	A. Dumas	2
The two Dianas	A. Dumas	1
Six years letter or the Taking	A. Dumas	2
Chevalier of Maison Rouge	A. Dumas	2
Genevieve or The Reing of terror	A. Dumas	1
The Duque of Burgundy	A. Dumas	1
Cecile or the woman's love	A. Dumas	1
Edmond Dantes sequel to Monte Cristo	A. Dumas	1
The queen's Necklace	A. Dumas	1
The friend's hand	A. Dumas	1
Thousand and one phantoms	A. Dumas	1
The young chevalier	A. Dumas	1
The son of Athos sequel to the Three Gardsmen	A. Dumas	1
The viscount of Bragelone	A. Dumas	1
The friend's mask	A. Dumas	1
Louise de la Valiere	A. Dumas	1
Diana of meridor	A. Dumas	1
The children of love	E. Sue	1
The misteries of the people	E. Sue	1
Fair Isabel	E. Sue	1
Temptation	E. Sue	1
Pride	E. Sue	1
The misteries of the Court of London	Reynolds	3
Rosa Foster sequel to ...	Reynolds	3
Mis Tretonay	Reynolds	3
Misteries of the Court of Naples	Reynolds	1
The black tulip	A. Dumas	1
The fallen angel or Fernanda	A. Dumas	1
The stone mansion of Sain Point	Lamartine	1
David Copperfield	Dickens	1
Consuelo	J. Sand	1
The comtesse of Rudolstad sequel to	J. Sand	1
Caroline of Brunswick	Reynolds	1

Stockton. Miércoles 2 de junio de 1852

Son las cuatro de la tarde. Hoy ha sido un día tan sumamente caluroso que creo que ha sido el más cruel del verano. Yo tengo las ventanas de mi cuarto abiertas y entra por ellas una brisa que mitiga un poco el calor.

Desde que Alfredo estuvo conmigo antes de ayer y me dijo que había dejado a Mariquita en San Francisco, nada he sabido de ella. No me ha escrito después de su última de mayo 25, sino es uno o dos renglones en la carta de Adelaida que trajo Alfredo. No sé de veras a qué atribuir semejante silencio. Yo sé que algún imposible pesa sobre este silencio, de otro modo jamás dejaría de escribirme. Dios mío, con cuántos recuerdos ha gozado y penado mi alma hoy. Cuánta pasada dicha, cuánta ventura y goces pasados ya y para no vivir sino en el recuerdo. Como digo, yo he gozado y penado hoy a tiempo con esos recuerdos. Pobre mi María. Cuán vivo estaba su recuerdo y rememoro su imagen en mi mente. Bajo la influencia de su recuerdo y pasadas dichas, he compuesto hoy la canción del “primer amor”, cuya poesía a mí mismo me parece pasablemente buena. Cuán caracterizada está mi posición y la suya, y cuán bien está en el segundo verso, su pasada dicha y la mía. “De dicha paz y ventura –Hay una época y no más –En la existencia feliz– De nuestro mundano ser –Algo hay de magia y misterio –En ese recuerdo Santo –Que hace eterno el encanto de la primera mujer”. De veras algo hay de magia y misterio, y para mí será siempre sagrado y venerado su recuerdo. ¡Oh! Mi María. El amor, la pasión loca y el delirio con que tú me amas son nada aun en comparación del sagrado y venerado sentimiento con que mi alma te adora. Ese recuerdo vivirá eterno en mi alma. Recibe, ángel mío, esos versos como tributo de hoy a tu amor y recuerdo.

Jueves 3 de junio

Son las doce de la noche. A estas horas la noche está fresca después de un día más caluroso que la mollera de un orador francés. Las señoritas Ainzas me hicieron llamar hoy para que las acompañe a una visita a casa de Mrs. Were. Fuimos con mi tío a las cinco pero hacía tanto calor que parecía que fueran las doce del día. Cuánta pena y amargura tuve mientras estábamos en el corredor de Mrs. Were y veíamos la casa de Mariquita con todas sus ventanas y puertas cerradas, al parecer para no volverse a abrir más. El calor que hacía, el silencio del barrio, la ninguna muestra de vida en esa casa tan llena antes de dicha y movimiento, todo contribuía a hacer tristísima la escena. En ese momento las niñas veían las láminas de mi libro “Los misterios de la inquisición” y esos martirios horribles, sin comparación en época alguna del mundo, contribuyó no poco a hacerme más triste la misma escena de tristeza que tenía a la vista con la casa aislada de Mariquita.

Quand j'avais le livre dont je parle et j'étais au milieu de Belén et de Landsfeld et j'ai eusse [sic] pu être complètement heureux d'un moment là, si n'eussent pas été les tristes souvenirs. ¡Oh! Mon Dieu ma petite comtesse avait croisé sa jolie jambe avec la mienne, et en plus elle avec mon pied à gauche j'avais toujours. Je touchais à chaque instant sa jambe si bien faite et allant jusqu'au son jarretière, je sentais trembler tout son corps. Mon Dieu, comme elle me regardait ! Quelle passion quand elle pressait ma jambe contre la sienne. Nous avons été comme ça une heure. Quelques fois j'ai senti le pied de Belén se poser sur le mien significativement et le presser, mais je feignais de ne pas m'apercevoir. Mon Dieu, comme elle m'aime aussi, mais je n'ai pas donné un seul encouragement, pas un seul, et cette fois j'ai connu qu'elle eut honte. Pauvre, si jolie, si bonne, si amoureuse, je ne puis répondre son amour que avec de l'amitié ! Mais ma petite comtesse est plus jolie, plus gracieuse, plus bonne, plus vertueuse que personne ! Oh, comme je t'aime, M. Landsfeld.²²³

La luna entra por mi ventana al cuarto y con el silencio de la noche y el lago a la vista debajo de mis ventanas forma una escena lindísima capaz de inspirar de nuevo otra serenata como la que el año pasado compuse aquella en Melones ... Pero ya no me inspiro mucho ahora, mi dicha es efímera ahora cuando es infeliz.

Viernes 4 de junio

Son las once y tres cuartos de la noche en que acabo de llegar a mi cuarto. Después de dos días horrorosamente tristes con mi situación y acontecimientos que ella me causa a cada momento, después de dos días de penas amargas y negros sufrimientos morales, he sido esta noche muy feliz. Qué triste verdad, tras de un pesar tiene un consuelo la dicha o vice versa, cosa que prueba la falaz estabilidad de las cosas de este mundo. Yo en mis aventuras soy un objeto de estudio y saldré al fin filósofo, debiendo los informes y experimentos a mi propia cabeza. Pero volviendo a mi asunto. *Je suis allé à cinq heures chez ma Comtesse Landsfeld. Il n'y avait personne au salon. J'ai pris ma guitare et commencé à joué. Un moment après j'ai entendu que tout le monde*

²²³ Cuando tenía el libro del cual hablaba, y estaba en medio de Belén y Landsfeld, y hubiese podido ser completamente feliz durante un momento, si no hubiera tenido los recuerdos tristes. ¡Oh! Dios mío, mi pequeña condesa había cruzado su hermosa pierna con la mía, y además con mi pie izquierdo todavía. Tocaba en cada instante su pierna tan bien hecha, y yendo hasta su liga sentía temblar todo su cuerpo. ¡Dios mío, cómo me miraba! Qué pasión cuando ella apretaba mi pierna contra la suya. Estuvimos así durante una hora. A veces sentía el pie de Belén posarse sobre el mío significativamente y apretarlo, pero fingía no darme cuenta. Dios mío, como ella me ama también, pero no le di ningún aliento, ni uno solo, y esta vez conocí que tenía vergüenza. Pobre, tan bonita, tan buena, tan enamorada, y ¡solo puedo responder a su amor con amistad! ¡Pero mi pequeña condesa es más bonita, más graciosa, más buena, más virtuosa que nadie! Oh, como te amo, Señora Landsfeld. Traducido del francés.

était au rosario. Alors j'ai pris un livre et me suis assis près d'une fenêtre. Deux minutes après, j'ai vu remonter ma comtesse Lands, et se jeter dans mes bras. Oh ! Mon Dieu, quel bonheur ! Je croyais rêver ! Elle venait de sortir du baigne, avait ses cheveux flottant sur ses épaules nues, elle avait seulement un peignoir, et son sein était presque nu. Oh ! Mon Dieu ! Mon Dieu ! Comme elle était jolie ! Et ses bisous, ses caresses, étaient si ardentes ! “ ¡Mi Ramón ! ” Oh mon Dieu, elle pressait son sein contre le mien et je sentais ses globes durs et blanches contre ma poitrine, quel plaisir mon Dieu ! Jamais de ma vie je n'ai été si hors de moi mais cette fois ci ... et elle ... elle ne me niait aucune caresse que dans ma folie je demandais ... mais, mon Dieu, elle tremblait et moi aussi et je lui ai dit “ Va t'en, mon ange ! ” Oh ! Mi Ramón ! Il y a si peu que je suis avec toi !²²⁴

Stockton. Domingo 6 de junio de 1852

“O la máquina del tiempo se destruye o el autor de la naturaleza padece”. Yo puedo decir con San Dionisio Aeropagita otro tanto ahora. O la máquina complicada de nuestra amistad se destruye o el autor o el móvil de ella padecen. Pero ahora, como pocas veces en mi vida, mi ansiedad es horrible y ella se aumenta con la incertidumbre y el misterio en que me hundo. Lo cierto es que yo sufro horriblemente y que si de esta vez mi paciencia no se agota y la cuerda no se rompe, diré que soy más sabio que un Salomón y más paciente y prudente que un Job. He aquí lo que se pasa.

Acabo de recibir una carta del amigo por antonomasia ... Agustín, con estas concisas palabras. “Mi amigo: es mi deber preguntar a Ud. cuáles son sus ideas y el objeto de sus visitas; dispense el lenguaje a su amigo Q. L. M. B.”. Mi contesto, “mis ideas son muchas (sobre política tengo una, sobre la esclavitud de los negros otras, sobre el comercio otras, sobre la sociedad y sus diversas ramas, otras). No sé de cuales quiera Ud. hablarme. El objeto de mis visitas, si alguno tengo, es el de todo caballero de honor que visita la casa de un amigo”. Ahora bien, ¿a dónde quiere él parar con su singular carta y las cómicas preguntas? ¿Serán acaso circulares que se han pasado a los demás que visitan allí? Pero en ese caso me habrían exceptuado a mí

²²⁴ *Fui a las cinco a la casa de mi Condesa Landsfeld. No había nadie en el salón. Tomé mi guitarra y comencé a tocar. Un momento después entendí que todo el mundo estaba en el rosario. Entonces, tomé un libro y me senté cerca de una ventana. Dos minutos después vi a mi condesa Lands subir y echarse en mis brazos. Ella acababa de salir del baño, tenía su pelo flotante en sus hombros desnudos, llevaba solo una bata, y su seno estaba casi desnudo. ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cómo estaba hermosa! ¡Y sus besos, sus caricias, eran tan ardientes! “ ¡Mi Ramón ! ” ¡Oh!, Dios mío, apretaba su seno contra el mío y sentía sus globos duros y blancos contra mi pecho, qué placer, ¡Dios mío! Jamás en la vida he estado tan fuera de mí, pero esta vez ... y ella ... ella no me negaba ninguna caricia que en mi locura pedía ... pero, Dios mío, ella temblaba, y yo también, y yo le decía “vete, ¡ángel mío!”.* ¡Oh! ¡Mi Ramón! ¡Hace poco que estoy contigo! Traducido del francés.

porque yo soy como de la casa en amistad y entrando yo en el consejo privado y gabinete de la familia, honra que agradezco, no sé a qué atribuir la tal carta. En post data de mi carta, que pocas veces las uso, agrego, “*for further particulars come to see me, and expend an hour or two with your friend*”.²²⁵

Yo escribo pues mientras estoy tratando de sacar por la hebra el ovillo. Qué he hecho yo que pueda haber dado lugar a esto. Nada. Nada que sea deshonoroso ni doble política o torcida intención. Yo he recibido de la Condesa anoche una carta y beso, más qué tiene que hacer con esto. ¿No es libre ella y no soy libre yo, y no nos amamos con ternura y honradez hasta poner ella su confianza en mí, o yo la mía en ella? Bien, no es eso. Será que en la marcada y absoluta preferencia que ellos hacen de mí, habrá encontrado él un obstáculo a los futuros casamientos de americanos de cuenta, y que por bien y dicha de sus hermanas, sacrifique su amigo a ellas, es decir me busque motivo para que me retire. No, Dios mío. Él no es capaz de eso, por más que la dicha de la familia debe ir ante todo y si yo soy obstáculo pero no, no. ¡Oh! Una idea me asalta. Tal vez la cosa viene de Belén ... Dios mío, que horrible sería eso. Y yo que la creía curada y olvidada de semejante locura, yo que creía que su amor ha cambiado en fraternal amistad, viendo la estrechez, santidad y hasta terquedad con que me he portado con ella (como lo sabe en otras páginas mi diario), para no darle el menor motivo de creer que la amo. Tal vez ella en su desesperación ha inducido a Agustín que me pregunte por una carta, y tal vez se venga ella en la infeliz hermana que ella posee. Pero Dios mío, que horrible cosa sería. Qué derecho tiene ella para buscar y perseguir mi amor de ese modo, cuando no le he dado yo el menor motivo para creer que pudiera siquiera corresponderle. Ante mi conciencia, de nada tengo que arrepentirme. A todas sus mentiras y declaraciones he respondido con dolor de mi alma, con mucha terquedad hasta llegar a lo impolítico. Por qué se venga pues en la otra infeliz de la pérdida de un amor que jamás ha tenido el menor título dado por mí. Pero no creo, Dios mío, que eso sea, es generosa ella y no es capaz de eso, no y mil veces no. Veremos, pero yo sufro horriblemente con la ansiedad y la incertidumbre, y con lo mismo tal vez sufre la otra infeliz allí sola bajo el despotismo de los mayores.

Stockton. Lunes 7 de junio

Se ha pasado el día de ayer y la noche sin que nada nuevo suceda. He quedado solo en mi cuarto todo el día, toda la noche y contrario a mi costumbre, no he ido allá ni en el día ni en la noche. Todas se han admirado de mi ausencia. Belén me mandó una flor seca con mi tío. Hasta hoy, que son las cuatro de la tarde, nada ha resultado; tengo hecha mi intención, no dejaré que se

²²⁵ *Para otras particularidades venga a verme y pase una hora o dos con su amigo.* Traducido del inglés.

juegue conmigo y si es preciso, que se pierda la amistad, que se pierda. No pasará nadie sobre una injusticia hecha a mí.

Son las seis de la tarde; acabo de recibir una segunda carta de Agustín en que me dice “antes de acordarte mi amigo la entrevista, quiero que me respondas a las preguntas de ayer”. Mi contesto. “Creí haber respondido ayer. Lo demás se lo diré a Ud.”. Una tercera carta me escribe un si es o no es terca, y con si es, no es de amenaza sobre perder su relación. El Navarro y Ocampo se me suben a la cabeza y contesto tercamente. Concluyo mi carta con estas palabras “el que no quiera mi relación y amistad que la deje, no ruego a nadie”. Creo que aquí van a cortarse nuestras relaciones para siempre. Sé que nada saben las niñas y menos la Condesa porque preguntan a mi tío a cada momento qué es lo que pasa entre mí y Agustín. Cada vez más me persuado de que es Belén en su desesperación la que causa este suceso. Sea de ella lo que fuera, mi corazón sangra de dolor. Muchas cosas se reúnen para hacerme sufrir. Pobre infeliz, sobre ella no va a recaer todo el peso de esta desgracia. Qué va a ser de ella, Dios eterno. Ten piedad de ese ángel.

Stockton. Martes 8 de junio de 1852

Mi tío llegó anoche a las once cuando ya yo estaba en cama. Las muchachas se abisman y nada comprenden de lo que pasa y de mi ausencia total allá. He pasado una mala noche y tengo hoy un peor día. Mi situación, aunque amarga, me ha parecido llevadera, y mi alma no se ha rendido al dolor que la ha oprimido por 60 largas horas. Pero mi valor ha flaqueado, mi corazón está rendido y oprimido del todo ya bajo el peso de la desgracia. ¿Y cuál es el último golpe que ha herido de muerte mi corazón? La desgracia de ella, ella, mi pobre Condesa está enferma y es presa en este momento de una fiebre horrible. Está enferma desde anoche, y esa enfermedad es por mi causa, por mi amor. Oh, Dios mío, que sufra ella por mí y que no pueda ofrecerle ningún consuelo. Oh, Dios mío. Ahora sí que peno y sufro como un mártir. Ángel mío. Tan pura, tan joven y tan inocente, tan hermosa y tan buena y ya presa de la desgracia, sin más culpa que el amarme con locura. Oh, Dios mío, ella me llama en su delirio. He suplicado a mi tío que vaya a ver cómo está. Oh, pero yo no sufriré sin escribirle siquiera para su consuelo.

Son las cuatro de la tarde. Le he escrito una larga carta. Le hago saber todo lo que pase para que no la engañen. Le digo a quien debe ella su desgracia, la aconsejo a esperar mejores días, y no entregarse al dolor; que yo no compraré mi dicha y la suya a costa de la muy pequeña humillación, que se muera de pena como yo, pero que acepte el sacrificio. Le juro por mi honor, amor y por las cenizas de mi padre, estar puro y limpio de toda falta contra ella, o contra ningún miembro de la familia. Oh, ella va a tener placer, va a llorar de gusto, lo sé, y yo siento ahora mi corazón más aliviado. Le digo que muestre mi carta a todas sus hermanas y hermano,

que sepan cómo la he amado, cómo la amo, y cuánto orgullo tengo en la pureza de mis relaciones. He escrito también a las demás hermanas, y en sus manos pongo la carta que mando a ella. Esa es la prueba más grande y convincente que puedo dar de la pureza y honradez de mis relaciones. El sacrificio está hecho. Me despidió de ella para siempre. Dios eterno, cuánto sufro y cuánto va a penar esa pobre criatura. “Si me ves algún día, será cuando tú seas libre ya, y cuando yo doble la fortuna y la gloria de mi nombre, a la fortuna y nombre de tu familia. Si entonces tú eres ya de otro y además eres feliz, tanto mejor para ti. Ojalá seas feliz aunque tu dicha cuente mi desgracia eterna”.

Sí, el sacrificio está hecho y mi intención inalterable está tomada. Me voy a Chile y de allí a la República Argentina. Me voy sin remedio, estoy resuelto, ¿para qué es mi voluntad de fierro sino para sacar partido de ella por más que mi alma gima de dolor? “Cualquier reparación que quieran hacerme será ya tarde”, le digo en mi carta, “y si eres infeliz causa a tu hermano y hermana de ello. Tal vez ellos se han opuesto al curso del destino y porvenir feliz, si tienen conciencia llorarán, pero ya será tarde ... Adiós otra vez, ángel mío”.

Son las nueve de la noche y acabo de recibir por medio de Florencio una carta de ella y una inmensa trenza de pelo. Ambos preciosos objetos están a mi vista, y mis lágrimas corren de placer, ternura y amor, por ese ángel, ejemplo de las fieles amantes. Es muy interesante su carta para que deje de copiarla, para eterna memoria aquí, aunque conservaré el original mientras viva.

“Mi nunca olvidado Ramón: Tú has hecho mal, mi Ramón, de mandarme tu carta abierta para que la vieses todos. Todos se han puesto contra mí, todos me han echado, y yo todo lo he sufrido con gusto, por el amor que te tengo y te lo tendré siempre. No me importa a mí que me maten, yo siempre te amo y te amaré hasta que mi vida se acabe. Sí, mi querido Ramón, yo de nadie he de ser en el mundo sino de ti, o de Dios. Adiós mi queridísimo Ramón, no te escribo más largo porque todos están sobre mí. Yo siempre estoy a tu favor, siempre te amo, y siempre soy tu Condesa. Mi querido Ramón, ¿es cierto que tú dejas a tu ... para siempre? ¡Oh! Dios mío, qué cruel eres, tú me dejas sola aquí, todos me echan de sí, y todos están sobre mí. Tú, que eras el único me debías libertar, ya te vas y me dejas. Sí, Ramón, tu pobre ... se queda aquí entre todos sus enemigos. Adiós mi queridísimo Ramón. Dos cosas hay que yo amo más que a mi vida, que eres tú en la tierra y Dios en el cielo, si tú me dejas yo me iré con mi Dios, ese nunca me abandonará. ¡Adiós! ¡Adiós! Para siempre mi Ramón tu ... se morirá primero antes que amar a otro. Tú me has de dispensar que esté tan mal escrita esta carta porque estoy enferma con una fuerte calentura y mi pulso está muy débil. Este pelo que te mando es el último recuerdo que te da tu ...”.

Esa es la fiel copia de su carta, palabra por palabra. Cuánta dicha y cuánto dolor al mismo tiempo poseer un corazón, un alma, así y partir de ella por pura desgracia. Nacida de la envidia de una hermana mayor. O ella, que es también tan buena, se arrepentirá del mal que hace a

esta pobre víctima en su desesperación, pero ya será tarde. Yo acabo de contestarle vaciando en mi carta cuanto encierra mi corazón de amor, de gratitud, de admiración por ella y horrendo dolor por su desdicha ... Cuánto sufro, Dios mío. *Non est dolor sicut dolor meus.*²²⁶

Stockton. Miércoles 9 de junio de 1852

Pocos momentos después de contestar la carta a la Condesa, llegó un criado anoche con una carta de Agustín y más tarde a las 11 mi tío me trajo otra de P. Yo no me equivocaba. Belén, en su desesperación, hizo que su hermano me hiciera las preguntas que quedan anotadas. Por última esperanza se figuró que yo diría o respondería algo en su favor. Pero mis cartas de ayer le han dado suficiente respuesta. Porque a ella le hablo como hablaría a una hermana querida y nada más. El último golpe ha sido para ella fuerte, porque aunque no respondía a su amor, al menos pensaba ella que a nadie amaba, y que una vez puesto a decidir, mi elección caería sobre ella. Qué equivocación, como si yo amase por mi voluntad y mi antojo fuera dueño de decidir de mi amor. Agustín y P. dicen en sus cartas que el golpe ha sido horrible y la escena triste. Dios mío, qué culpa tengo yo de ello, y ella no ha podido verse sino avergonzada porque ninguna razón, ninguna esperanza tenía ella, mientras que Landsfeld ha enseñado mis cartas, mi recuerdos de amor, etc. Pobre Belén, sin pensar en lo que hacía, ha hundido en la desgracia a su hermana y a mí.

“Qué haría Ud. mi amigo” dicen ellos, “si viera Ud. dos hermanas tuyas enamoradas de un solo joven, póngase en nuestro lugar ... y haga el sacrificio que como amigo debe hacer a nuestra amistad”. Triste cosa. Ya el sacrificio está hecho y la pobre víctima de su misma hermana mayor no me verá más en su casa. Qué horrenda cosa, Dios eterno. ¿Qué culpa tiene ella para que así la hagan infeliz, y la priven de una dicha tan legítimamente adquirida, y que tan justamente le pertenecía? Pobre Belén, en su bondad de corazón más tarde va a llorar lágrimas de corazón por la desgracia que causa a su hermana. Pero ya será tarde y su arrepentimiento nada valdrá. Pobre ángel, cuánto te amo, Dios mío. Parece que has adquirido menos títulos a mi amor cuanto más infeliz eres.

Pero qué singular suceso, Dios mío, aquí, para entre nos. ¡Cómo una mujer en su locura y capricho es capaz de causar la desgracia de su misma hermana! Y yo, que a mi vez sufro también sin haber pecado en nada. ¿Pero a quién le pasa o le ha pasado en su vida cosa más singular que la que me pasa ahora a mí? Hay un hombre que se llama infeliz y se suicida porque no lo ama una mujer, y yo soy infeliz y pierdo mi dicha presente, porque me aman dos a un tiempo. ¿Dase nada más singular que esto? Dios mío, cuanta idea filosófica arrancararía este suceso a otro más

²²⁶ *No hay dolor como mi dolor, O vos omnes* (responsorio católico).

pensador y más filósofo que yo. Lo que es el mundo y su sociedad. Cuanto más viejo se hace el mundo, más cosas nuevas da a luz. O más bien, con cada día que viene, hay una nueva cosa, un nuevo descubrimiento, un nuevo fenómeno que admirar, en este aborto de la naturaleza que se llama mujer. O será tal vez que yo, que he leído más romances y novelas que pelos tengo en la cabeza, esté destinado a experimentar en mi pobre cabeza cosas más fabulosas aún que las mismas que ridiculizo como apócrifas en las novelas. Pues más bien prefiero no saberlas, que saberlas tan a caro precio. Y me basta con lo que sé, Dios mío.

Y tu pobre infeliz, ángel sin mancha, eres la víctima sacrificada. Tú, la única virgen en la sociedad, es decir la única virgen de cuerpo y alma. Hay muchas vírgenes y puras, cuya alma es más corrompida que el de una prostituta. Tú sola eres virgen y pura en cuerpo y alma, porque aún no sabes las dobleces, tramas, maquinaciones, embustes, disfraces y los mil y un modos de coquetear de tu sexo muy tolerado en sociedad, si no bien admitido y sancionado. Y en premio de la pureza de tu alma, que no ha corrompido el contacto asqueroso e inmundo del suceso, eres infeliz ahora. Ahí tienes, el hombre que amabas, es puro y honrado como tú, y te amaba con respeto y veneración, tú lo sabes, ese hombre no te ha seducido y no te ha robado ni una tilde de tu honor, y sin embargo tú eres infeliz. Luego no son los hombres la causa de que el bello sexo esté tan corrompido y de que muchas mujeres se llamen infelices por ellos. De qué te sirve el haber dado con el más honrado de los jóvenes, y de qué te sirve que haya respetado tu honra y tu pureza si eres ya tan infeliz como tú lo dices. Pobre ángel, que horrible prueba por lo que tú pasas ahora. Si después de este golpe y de este tremendo desengaño tú eres virtuosa siempre, eres un portento de virtud, un nuevo aborto de la naturaleza para lavar la mancha de las demás mujeres. Pobre ángel. Como tú dices en tu carta, no te queda más que la memoria de tu dicha con las caricias que recibiste de tu Ramón. ¡Oh! Ni tú ni yo no nos avergonzamos nunca de los momentos de dicha y ventura que vivimos en nuestros besos y caricias.

El verdadero amor no viene sino de Dios, y el que lo ahoga y no bebe en su copa, peca contra él. Dado el caso que yo hubiera sido indigno de ti, el primer impulso, esa primera inspiración santa con que trocarte tu primer beso conmigo, no habría sido menos celestial en ti. Además, Dios, que está contigo y te protege, no habría permitido jamás que tanto tesoro de sublime amor cayera sobre un falso corazón. Ahí tienes la prueba, ángel mío, que tu instinto, al darme tu amor y tu alma entera, no te engañó en nada. Si, ángel mío, tú no has sido profanada por latidos de mi corazón estrechado sobre el tuyo, por el abandono con que has descansado tu cuerpo en mis brazos, ni por el contacto de mis labios con los tuyos. No, ángel mío. Nuestra mutua confianza, nuestra ciega fe del uno en el otro, nacida del verdadero amor, justifica todo abandono, que de otro modo sería un crimen. Pobre ángel mío. Más tarde, en tus largas horas de pena, recordarás nuestros besos y caricias como la pureza misma de los ángeles, y gozarás con su recuerdo. Sí, porque fue tu primer y verdadero amor, ese que no se olvida nunca, en el que no se miente ni se juega a las escondidas, ese amor que dura lo que dura el alma en mi cuerpo.

Cuántas veces vas a leer tú la canción que te compuse titulada “El Primer Amor”. Cuánta dicha y simpatía vas a encontrar en cada uno de sus versos, en cada una de sus ideas. Y cómo vas a repasar tú una por una de mis cartas, insignificantes para otros y de inapreciable valor para ti. Las cartas de amor, son sin fuerza ni valor, sin color ni expresión para toda otra persona que para aquella a quien van dirigidas. Son lo mismo que escritas en ajeno idioma. Y no se diga que el idioma del amor es uno solo. Es tan variado y complicado cuantos son los amores que existen en el mundo. Todos los que aman encuentran en el objeto querido algo sublime, algo fuera de la regla general, algo nuevo, en fin, y según es el grado de pasión que le causa esa fascinación, así es el lenguaje que usa. Nadie se figura que su amor es como el de otro; todos figuran su amor nuevo y único en su manera, aspiraciones y goces. Y cosa admirable. Donde no existe esta fascinación, este ciego engaño, allí no hay amor ni pasión. Así pasa en mí, y como yo no soy ni más ni menos que nadie, así debe ser en todos.

Pero dejando la filosofía y el amor a un lado, volvamos a mí. Mi máxima eterna es, no hay mal que por bien no venga o viceversa. Bien, ¿cuál es el reverso de esta desgracia, y cuál el bien que esta fatalidad me trae? Claro está, me voy a Chile. Vuelvo al seno de mi familia, vuelve para ella su Ramón y vuelve para ella y por ella sólo. Dios mío, en medio de mi dolor y desesperación la imagen de mamá ha venido a mi pensamiento como un rayo de luz y consuelo en oscuro calabozo. He visto después a mis hermanos colgados de mi cuello y dándome abrazos a la llegada; he visto a mi Emilia llamándome su Monjil Ramón, he visto a Darío, a Parmenia, a Amelia, a Aníbal, a mis tíos y tías y de golpe, como el efecto de un rayo se ha formado mi resolución. Yo los he visto a todos ya y el orgullo tonto, la necia fascinación que me detenía aquí por no volver pobre, se ha ido lejos. Sí, muy lejos y como para sancionar mi resolución, mi tío, mi buen viejo y amigo Rodríguez, acaba de recibir una carta de Catamarca en que también me llaman. Sí, allá voy para todos. Pero ... Pobre ángel. No te enojés por mi ingratitud, me voy pero pensaré en ti toda mi vida, porque tu virtud me admira, y tu amor será eterno para mí. Adiós, ángel mío. No sé cuándo me voy ni cómo, si por mar, si por tierra, de a pico o a nado, lo cierto es que yo me voy. Adiós, ángel mío. Y por qué decirte adiós cuando diariamente te veré y hablaré contigo en mi diario.

Sábado 12 de junio

Son las cuatro de la tarde en que me embarco para San Francisco. Nadie, después de Dios, sabe el objeto de mi viaje. Voy a tratar mi pasaje para irme a Chile. Yo mismo me admiro de mi resolución teniendo tantas cadenas que me ligan a Stockton. ¡Pero coraje! Yo he de hacer de todos estos vínculos que me ligan a Stockton un pedestal a mi orgullo y he dicho me voy, y me voy. Mi tío Rodríguez, pobre viejo me ama tanto y no puede conseguir que le diga a qué voy ni tampoco los Quiroga.

Hace dos o tres días que un comerciante americano de aquí vino a solicitar el favor de que diera lecciones de música de guitarra a una señorita recién llegada de New York. Le he contestado que no hago profesión de mi instrumento. Él me ha ofrecido lo que yo pida por una lección al día y he rehusado, por supuesto. Al fin me ha rogado que le haga siquiera el favor de ir con él, para que la señorita, que es muy aficionada, me oiga tocar. No pude negarme. Después de tres veces que ha venido a llevarme, al fin fui ayer tarde, y con sorpresa mía he visto que es la misma hermosura que veo siempre en la ventana cuando atravieso el llano mañana y tarde para ir de paseo a mi célebre bosque de rosas, que ahora está lleno de rosas ... Ya ella también me había visto. Ha quedado encantada de oírme tocar y dice que en su vida no ha oído tocar mejor un instrumento. Como estoy cansado de oír estos cumplimientos, lo echo al hombro. Ella es muy bonita y el inglés que habla es muy escogido. “¿Nos volveremos a ver?”. Sí y no, le respondí.

Son las once de la noche, estoy en el gran salón del vapor Águila Americana acompañado del Dr. Ward, un amigo suyo y la señora de éste, a quienes me ha presentado el Dr. Ward. Por casualidad la señora toca la guitarra y trae a bordo una muy buena. Yo la oía tocar de lejos, sin decir nada, cuando el Dr. Ward me dijo, me suplicó que les hiciera oír algún trozo de ópera. Condescendí y la señorita está encantada de oírme. La noche está hermosísima y navegamos con luna, viendo los árboles de uno y otro lado del río San Joaquín.

De Stockton a San Francisco. Domingo 13 de junio 13 de 1852

Son las dos de la mañana en que acabamos de llegar a San Francisco. Aún se ven todos los hoteles iluminados en el 2º París americano. Yo escribo en mi cartera a la luz del farol de proa y oigo sonar confusamente las mil músicas en los innumerables hoteles. Qué hermosa vista tiene la ciudad desde la bahía. Y después este enjambre de arboladuras de buques semejante al bosque, muy espeso, cuyo cordalaje (sic) nubla el horizonte. Más de 500 buques pueblan hoy la bahía, y aun a estas horas se ven luces en las ventanas de los vapores que parecen castillos iluminados. Me vuelvo a dormir a mi cámara porque tengo buen sueño y a estas horas nada puedo hacer en tierra.

Son las nueve de la mañana. Bajé a tierra apenas amanecía y cuando los revendedores de provisiones hacían resonar los muelles con sus gritos. He bajado a tierra por el muelle largo a la misma en que en el 18 de febrero vine a embarcar a Samuel para Valparaíso, qué recuerdos. El muelle estaba ya con todas sus tiendas de modas y joyería abiertas de un lado y otro, y los mil vendedores de diarios y cigarros, provisiones, etc. Me aturdían a gritos. Tomé un diario para ver los buques que salen para Valparaíso. A las siete y media llegué a casa de nuestro peluquero parisense y mientras me peinaba, obtuve de él noticia de en qué muelle paraba el buque Godfrey. Son ahora las nueve, acabo de llegar de a bordo del buque que es una hermosa fragata con

un capitán español. Me ha recibido perfectamente, he controlado mi pasaje y el buque debe dar la vela el jueves o viernes. Ya no hay remedio, ¡me voy! Mi resolución ha sido tan fuerte y tanto temía vacilar al mismo tiempo que como ciego he corrido hasta al muelle de Cunningham como quien va al patíbulo pero resuelto enteramente, ya ahora estoy con mi palabra dada para estar el jueves en la tarde; el viernes de mañana a las seis a bordo de la Godefroy. Dios mío, y no tengo tiempo para ir a ver por última vez a Mariquita y despedirme de ella. Necesito cinco días para ir por la línea de vapores hasta Colusa y volver por Sacramento y Stockton, tomar allí mi equipaje, y estar aquí de vuelta el jueves, y no tengo más que cuatro días porque hoy domingo, por una última ley, no salen vapores para ninguna parte. Dios mío, ¡qué infelicidadirme sin despedirme de ella! No les es bastante saber que me voy, que me he ido, sino tener que sufrir la agonía de no despedirse de mí. Santo Dios, qué va a decir ella, qué va a pensar de su Ramón y después de un mes que no nos vemos. ¡Oh! Dios santo, que mi corazón desfallece ... ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Las nueve y media. Salgo de casa de mi inmejorable amiga madame Cádiz. Cuánto cariño y gusto ha mostrado de verme, cuánto ofrecimiento. Dios mío, en otras circunstancias estos buenos oficios de esta amiga tan amable, me habrían llenado de contento, pero ahora soy tan infeliz, Dios mío. Yo no sabía hasta dónde podía ir mi desgracia, pero sé que debo irme para siempre de California y sin ver a María siquiera por la última vez en mi vida. ¡Oh! Ángel mío, perdona a tu Ramón. Y ahora, que tanto necesito de su ternura, de su amistad, de sus caricias. ¡Oh! Dios mío, me siento morir de pena ahora cuando antes ninguna desgracia me ha hecho ella. Qué hacer, Dios eterno, yo me ahogo de aflicción. Dios vendrá en mi socorro.

Mis últimas palabras de esta mañana al dejar mi diario están confinadas. Gracias a Dios. Son las diez del día. Al salir de lo de madama Cádiz, esta mañana le prometí estar de vuelta a las diez para almorzar con ellos en vez de ir a almorzar solo al Hotel Lafayette o el Irving, y aquí estoy de vuelta pero con el alma llena de dicha. Salí en busca de Alfredo para ver si de él siquiera podía despedirme. Yo creía que debía encontrarlo en San Francisco. Después de buscarlo en vano en Hope Valley dos millas de aquí, en casa de su sobrino, volvía ya para acá muy triste, cuando al pasar frente al hermoso Hotel Tehama en la calle de Lampron, alcanzo a ver a Alfredo parado leyendo un diario. Volé hacia él y lo he abrazado detrás. Qué gusto, no es eso todo. Puedo ver a María y estrecharla en mis brazos antes de despedirme de ella para siempre. Ella está en Sacramento, llegada de Colusa antes de ayer. Después de convenir todo con Alfredo, y darnos cita para las 12 para pasar juntos el resto del día y la noche. Me he venido aquí a cumplir con mi amiga. A las 12 debo encontrarme de nuevo con Alfredo en los salones de la Unión. Mi Lea Eugenia acaba de llegar de misa y oigo ya que pide el almuerzo a los criados.

Las dos de la tarde. Salimos con Alfredo de casa de Emilia, la sobrina de Rosas que fue ... Le hemos hecho una larga visita. Mucho se sorprendió al verme entrar cuando menos lo pensaba.

Me ha dicho que en otra visita arreglará cuentas conmigo “que ya sabe mi vida y milagros de Stockton”.

Son las cinco de la tarde en que acabamos de comer con Alfredo juntos por la última vez en el Hotel Lafayette. Más 400 personas había en el salón. Vamos a pasar por las entabladas calles de San Francisco, atestadas de niñas y caballeros. Cuántos coches y hermosas niñas.

Las doce de la noche. Acabamos de salir del Teatro Adelphi con Alfredo. Se ha representado la California en 1849 en francés por la primera vez.

San Francisco. Lunes 14 de junio de 1852

Ayer tuvimos con Alfredo una tarde muy divertido; después de comer en el Hotel Lafayette donde madame Mondelet, dueña ahora del hotel en vez de Baqué, nos hizo servir con mucha profusión. Este hotel, que es el de más de moda ahora y el más concurrido, ha sido largamente reformado por los dueños actuales recién llegados de Francia. Después de comer salimos a pasear, y anduvimos en casi todo San Francisco. Fuimos al telégrafo y de allí vimos la hermosa ciudad de las maravillas y los fenómenos extenderse hacia las llanuras de la misión llamada Valle Feliz (Hope Valley) en inglés, y por mar como una nueva Venecia, alargar sus calles y muelles hasta doce cuadras mar adentro. La población del mar es una nueva ciudad con sus almacenes, sus lujosos hoteles, salones de baile, tiendas de modas y joyerías, y como en Venecia, los botes se cruzan de una calle a otra llevando las provisiones a las casas. Del cerro del telégrafo, vestido de gala de primavera, ahora se ve esta parte de la ciudad monstruo con la vista más hermosa que darse puede, los innumerables vapores arrimados a los muelles parecen estar en medio de la ciudad, porque sus casas y sus hoteles se extienden seis o siete cuadras más adentro del mar todavía. Los otros tres cerros que había en el año 49, y que yo veía de este mismo lugar, ya no existen. Han sido arrasados por estos hombres sin iguales en el mundo y ahora donde antes no había más que riscos de una alta elevación, se ven hermosas, anchas calles y hermosos edificios de ladrillo de tres o cuatro pisos, siendo el más hermoso barrio de la ciudad, de más movimiento y comercio, y conocido bajo el nombre de Clark's Point. Si en veinte años más vuelvo a San Francisco, ¿qué dirán los niños que encuentre jugando en esas hermosas calles llenas de almacenes y tiendas de lujo, cuando les diga que yo, “el año 49, cuando yo desembarqué en San Francisco, en vez de diez muelles que dejé en 52, no había ninguno, y aquí donde vosotros jugáis ahora sobre el enlozado de las calles, se elevaba el cerro más alto de San Francisco, a donde yo subía a coger flores y ver entrar los buques de todas las partes del mundo”.²²⁷ Y qué dirán cuando les diga, “allí en la plaza donde ahora hay edificios y

²²⁷ Cabe notar que el Cerro Telégrafo existe todavía.

monumentos que cuestan millones, cuando yo bajé a tierra el 49 en mayo no había sino carpas de lona y una aduana vieja”. ¡Oh! Portentos de junio del hombre y poder incalculable del oro. Pero más que todo, es de admirar el genio de la nación norte-americana, de quién nosotros también americanos somos el reverso, es decir, indolencia, holgazanería, atraso, inmundicia, etc. ¡Oh!, ¡caramba!

Bajamos del telégrafo y vimos al pie del cerro donde toman sus cuarteles las poblaciones chinas que vienen a millones. Aunque en nuestra casa de Stockton estoy cansado ya de recibir cientos de ellos cada día, alojados por 24 horas, sin embargo fuimos a ver los recién llegados de Cantón. Pasamos todas sus carpas viendo cuanto tenían y comprando mil frioleras de curiosidad y examinando sus vestidos, muebles, costumbres de comer, rezar, etc. Como era domingo, muchas iglesias improvisadas estaban abiertas, guardan el domingo lo mismo que nosotros. Llegamos a una iglesia y un sacerdote viejo presidía las ceremonias religiosas. Al fondo de una gran sala se elevaba un altar alumbrado de cuatro velas y un sin número de palitos prendidos que despiden un humo muy fragante que sin duda hace las veces de incienso. En medio del altar se veía una horrenda caricatura china en hábito masculino con bigotes de pelo natural hasta sobre el pecho y la cabeza rapada. Al lado estaba otra igualmente de bulto como la otra, pero llevando vestidura femenina. Mi primera idea fue de creer que era el uno Jesu Cristo y la otra, María Santísima, pero no tal porque ellos no se ligan por ninguna creencia a nuestra religión y solo adoran su Soho y otra parte al gran profeta. Todos estaban de rodillas, sus libros en las manos y con gran reverencia. Yo, fiel a mis ideas de dar buen ejemplo y no burlarme de ninguna creencia religiosa, me saqué el sombrero y me coloqué en un rincón con todo el posible respeto a la ceremonia. Viendo lo extraño de los libros, los tipos y los caracteres, hice señas a uno que me vendiese su libro. Y sin más hablar me dio el que tenía sin querer recibir por él paga ninguna.

Después del anochecer nos fuimos al teatro Adelphi francés que estuvo tan concurrido como jamás lo he visto. Se dio una ópera cómica o vaudeville en cuatro actos representando a California en el 49 y llamado Gogo en California. Yo, que conozco lo que era esto en 49, puedo juzgar lo hermoso de la pieza. Estuvo inmejorable ...

Son las cuatro de la tarde en que me embarco a bordo del vapor Nuevo Mundo para Sacramento. Alfredo me ha acompañado hasta a bordo, y me ha dado sus cartas y señas de la habitación de Mariquita, porque él no puede ir conmigo ... Al fin voy a verla. Este vapor, que es uno de los mejores que se conocen, necesita una hora para visitarlo, tan grande es, y tan lleno de cosas lujosas que admirar. El salón tiene 30 varas de largo o 90 pies y todo él está rodeado de sofás de brin y las murallas entapizadas de terciopelo mordoré con innumerables cuadros y espejos de cuerpo entero.

Sacramento. Martes 15 de junio de 1852

He llegado al Sacramento a las cinco y media de la mañana. El viaje ha sido de lo más hermoso y cómodo. Me encontré con dos amigos americanos de Sonora y tuvimos horas muy agradables durante la navegación. El uno de los amigos es Osmer, que hizo la gran rifa de Sonora y que me cambió la cadena de mi reloj. El río de Sacramento está en su estación de parecer hermoso, porque los árboles de una y otra ribera están tan hermosos con su frondosidad que no dejan que desear al viajero en cuanto a hermosura de vista. A las dos de la tarde el Nuevo Mundo hizo alto en Venecia para dejar allí a los pasajeros. El vapor se unió al hotel mismo en que debían embarcarse y desembarcar los pasajeros. Tuvimos, por lo mismo, lugar de ver allí muchas hermosuras notables. Una hora después nos encontramos con el vapor Senador, con sus tres pisos altos, más parecía un hotel que no un vapor navegando. Anoche encontramos dos vapores más, el Confidence y el Antilop. Pero es de renunciar a pintar lo hermoso de un encuentro así, en que si no fuera, la imponderable velocidad que llevan los vapores, los pasajeros pudieran darse las manos tan cerca pasan el uno del otro. Los vapores con esa furia con que andan en medio de la noche con sus mil ventanas iluminadas dan espectáculo el más bonito en el mar.

Después de desembarcar, como aún era oscuro he entrado esta mañana a mi antiguo cuarto de alojamiento en el Hotel Sutter. La idea de estar en la misma ciudad que Mariquita, tal vez en horas en que ella misma pensaba en mí, no me dejó dormir casi nada. Me levanté a las siete, me vestí y fui a casa de la S. G., Calle 10. Son las nueve de la mañana y ya estoy de vuelta de ver a Mariquita. Dios mío, todavía salta mi corazón bajo el peso doble de la impresión de su vista y el de mi dicha que no es menos difícil de soportarlo. Llegué a la casa y a mi llamado salió un sirviente inglés a quién sin dar mi nombre dije que avisara a Madame Mix que un joven llegado de Stockton quería hablarle en el momento. Pocos momentos después llegó y cayó en mis brazos sin que ella misma supiera lo que le pasaba. Cómo pintar Dios mío la impresión tan fuerte que recibió el verme tan inesperadamente, y cómo pintar yo tampoco la dicha al volver a ver y tenerla en mis brazos cuando creía ya esto tan remoto. Dios mío, el recuerdo de mi dicha me ahoga y es imposible que pudiera expresarla cuál la siento. Dios mío, era preciso la separación de un mes, un siglo para nosotros, para que yo volviera a apreciar bien mi dicha y para que estimara mejor su hermosura, sus gracias y cuanto hace de esta criatura la mujer más virtuosa y seductora que pueda verse.

Dios mío, es tan buena, tan amante, tan llena de candor, tan sin disfraz en el amor, tan espontánea en sus palabras, tan ardiente en sus cariños. ¡Oh! Yo sé que el amor que la tengo no me ciega para hablar así de ella; he hablado lo mismo en otras ocasiones en que mi amor dormía el sueño del a ... y en que muy bien, como más frío, pudiera haber notado los defectos que se ocultara por el ardor de la pasión. Al bajar esta mañana a verme tenía una bata de raso de la China, verde y con un peto azul del mismo género, con grandes botones desde el pecho hasta

el ruedo. Qué hermosa estaba así, en este traje de desaliño o de levantarse. “¿Y no poco antes, malvado, por tus tesoros? Es que no los quieres como allá”. Solo quién sabe el misterio santo que encierran esas palabras, “tus tesoros”, puede figurarse lo que yo gozaba. Pobre ángel, nada echo de menos en todo su amor, y pasión. “Tanto más infeliz”, me decía yo a cada nueva caricia, tanto más vas a sufrir, repetía entre mí a cada nueva protesta, a cada juramento de amor. “¡Dios eterno, qué es lo que va a pasar por este ángel cuando sepa que me voy a Chile ... y que la dejo aquí ... y que tal vez ... Dios mío, hasta el escribirlo me hace temblar y que tal vez no me verá nunca más ... Al fin, era preciso decírselo y se lo dije. Pobre criatura. Había dicho de estar en ese momento como el ser más infeliz en el mundo. “Dios mío, mi Ramón, tú ya no me amas puesto que me dejas. ¡Oh! Ya no me amas y eso es para mí peor que tu ausencia”. Así hablaba, inundada en lágrimas esta mañana. Pobre ángel, ¡qué no la amo ya! Dios mío, yo la amo todavía como el primer ardor con que la amé en mi mayor época de locura por ella. Siempre la amo más cada día porque siempre encuentro alguna cosa de grande y [ilegible] que admirar en esta infeliz criatura. Ella me conoce y al fin se convenció de que debía irme donde me llaman tantos intereses de familia y fortuna. Yo he temido su desesperación, y alguna locura en consecuencia, pero ella no es vulgar en eso. Tiene su alma hecha pedazos de dolor, y no sabe lo que va a ser de ella desde hoy pero su Ramón le manda que espere, que se conforme y aguarde verlo más tarde, su Ramón no debe aconsejarle nada malo y ella acepta. ¡Dios mío! Tanto horrendo sacrificio me hace este ángel sin mancilla al someterse así a la fatalidad de su destino; pero cuánto tendrán que dar un día a Dios los que así la obligaron a ser infeliz para siempre. Pobre María, en ninguna época de mi vida te olvidaré un momento. Tú serás para mí la Graziella de Lamartine, la Teresa de Espronceda y la Atala de Chateaubriand.²²⁸

Miércoles 16 de junio

Ayer después de mi primera visita a María me volví a la ciudad y tomé mi alojamiento en el Hotel de New Orleans. He visitado en seguida toda la ciudad después de haber almorzado. A pesar de la inundación de marzo parece que nada ha perdido la ciudad, porque ahora la encuentro más hermosa y lujosa que nunca. Se han hecho inmensos edificios de ladrillo, se han construido de nuevo los dos Teatros francés e inglés y algunos edificios públicos como el City Hall y la casa de la Corte. Las calles están lujosamente cuidadas por la policía porque se riegan y barren dos veces al día para evitar la suciedad del viento de la estación de verano. Hay tanto

²²⁸ Se refiere a célebres obras románticas de Alphonse de Lamartine (*Graziella*), José de Espronceda (*Canto a Teresa*) y François René de Chateaubriand (*Atala*). En los dos primeros casos se inspiraron en amores verdaderos.

ruido y movimiento como en San Francisco, y tantos coches y diligencias como en ninguna parte de California. Los vapores y diligencias que salen para las ciudades vecinas de Nevada y Marysville son también de mucho lujo. Ya me quedan pocos minutos para estar en Sacramento y yo escribo esto en mi libro de memorias mientras llega la diligencia a tomarme para volverme por tierra a Stockton. He tomado un hermoso coche de los que hacen la oposición a la Gran Compañía.

Ayer a las doce volví a ver a María y paseé con ella hasta las cuatro o cinco de la tarde en que volví a comer al hotel, aunque más por ceremonia y por estar con María admití la oferta y me quedé a comer a las tres en compañía de ella en casa de la S. G. Al volver ayer a las doce hallé a María en el salón y vestida con su hermoso vestido color ante, ese vestido de tantos recuerdos y misterios para nosotros. “Ya ves mi Ramón”, me dijo, “que me he puesto el vestido que más quieres tú y mejores recuerdos encierra para ambos. Qué se harían esos días mi Ramón.” Dios mío, jamás he visto a María más hermosa. Tenía su peinado de fantasía a la María Antonieta que tan bien le va. Dios mío, tanta dicha para ser una despedida. Y cuánto tengo que acordarme de estos momentos de felicidad por todo el resto de mi vida. Allá más tarde, cuando yo recordé las horas de ventura de ayer, y cuando sea infeliz tal vez, diré, como Espronceda desde lo más hondo de mi alma, “por qué volvéis a la memoria mía, tristes recuerdos del placer perdido. Dónde sois idas horas de dicha y ventura”.²²⁹ Sí, ya llegará un tiempo en que sea infeliz, y ahora mismo ya veo muy lejos esas horas que no han pasado sino ayer, ahora principio a ser infeliz. Pobre María y qué será de ella ahora; ella que quedó poco menos que muerta en la despedida de ayer. Al fin me arrancó la promesa de verla hoy por la última vez antes de dejar Sacramento y yo la cumpliré de mil amores. Ayer, en algunos momentos, se olvidaba que era su último día de dicha y colgada de mi cuello me hacía reír acordándose de mil y mil escenas de Stockton de dos años atrás. Dios mío, las horas de ayer dejan un recuerdo en mi alma para mientras viva yo. Estábamos solos en el salón y no nos dividía de la calle sino el jardín que rodea toda la casa y que por la parte a la calle tiene seis varas de ancho. Dios mío, en la locura de nuestra dicha no hemos pensado sino en nosotros, y habría sido un sacrilegio entre nosotros en esas horas solemnes de llanto y de placer, de locura y solemnidad, cuidarnos de ninguna otra cosa que nuestras mutuas caricias. Nada había más santo y sagrado para nosotros que esas horas últimas. Ahora solo, pienso en el riesgo que allí corríamos y me estremezco sólo de pensarlo. Dios mío, es más que temeridad y pasión la nuestra. Pero habríamos desafiado al mundo entero, a nuestro propio porvenir, a que hubiese habido algo que turbe esas horas.

En un cuarto y sala vacía vecina habían dos señoras, pero pensábamos tanto en ellas en esos momentos como en el Rey de Rusia. No hay sino un amor así para hacer de los jóvenes, valientes hasta el heroísmo y la temeridad. “Yo no temo al mundo entero mi Ramón cuando estoy

²²⁹ La primera línea corresponde al poema epónimo de Espronceda, la segunda parece ser de Navarro.

contigo”. Me dio su despedida y un bordado de ella hecho para mí, el todo envuelto en un papel donde están sus últimas palabras en despedida. Y su par de zapatos, de raso blanco que tenía en ese momento y que no son más grandes que mis manos, pues que ellos han cabido a más de mi cartera en el bolsillo de mi fraque sin haber por eso más bulto en el pecho al abrocharlo. Dios mío, cuánto capricho y tontera para el que no sabe lo que es la última prenda del objeto que se ama sobre todos en la tierra. Además, su pie es de lo más pequeño y bonito que se conoce, y eso dará la idea de lo que es el pie mejicano tal vez, el más bonito del mundo. Jamás se ha conocido una mejicana que como María pueda dar la verdadera idea del hermoso tipo mejicano. Oh, Dios mío. Si alguien leyera estas páginas que no son sino para mí, ¿cómo encontraría aquí objeto para risa y crítica tal vez? Pero solo el que ha amado una vez y ha sido amado como yo, puede comprender lo que es la dicha de recordar hasta las más pequeñas circunstancias que presidieron a su ventura. El que no tiene un corazón que haya amado, gozado, sufrido, todo a la vez por efectos de amor y ternura, no podrá comprender nunca que en el mundo haya un hombre que en su diario consigne las memorias de sus goces y pesares. Pero a esos seres no les llamaría yo hombres.

Stockton. Jueves 17 de junio de 1852

Después de un hermoso viaje por tierra desde la ciudad del Sacramento llegué ayer a Stockton sin la menor novedad. Ayer a las siete de la mañana, antes de salir del Sacramento, fui en el mismo coche que alquilaba a cumplir mi promesa con María. Hacía ya más de una hora que ella me esperaba en el balcón. Apenas me vio llegar, bajó al salón y tuvimos un cuarto de hora de verdadera agonía. Ésta es la primera vez en mi vida que yo me despido, siempre he dicho que volvería para dejar así pendiente mi relación. Dios mío y despedirse del objeto amado eso es más que duro y cruel. “Mi Ramón, apenas creo que es cierto, quién creyera cuando ayer a estas mismas horas acababas de llegar y estábamos juntos, que hoy sería ya la última vez que íbamos a vernos, ¡quién sabe hasta cuándo!” Mucho ha llorado María, y más he llorado yo. Verdaderamente me inspira amor, ternura y respeto a un tiempo esta criatura tan hermosa, tan infeliz, tan buena y tan llena de virtudes. Después de mil protestas y juramentos me arranqué al fin de sus brazos y sus caricias, que no es poco heroísmo arrancarse de ellos.

Viniendo tan triste como venía, cualquier compañía me habría sido molesta hasta el fastidio, pero dichosamente vine solo en el coche y no tuve que hablar con nadie. El campo está hermosísimo y el coche volaba con su pareja de caballos alazanes por esas llanuras llenas de flores. Me bajé a almorzar en casa de la señorita Wilson y después no hemos parado en ninguna parte sino para cambiar de caballos.

Llegué ayer a las dos de la tarde y en el momento principió el acomodo de mi equipaje. Mis cuartos tan bonitos y tan llenos de elegancia están ya sin cortinas, sin cuadros, sin catre de bronce, sin colgaduras ni cordones, sin biblioteca y sin nada de adornos. No queda en ellos más memorias nuestras que el alfombrado de paño lacre que me habría sido fastidioso llevar conmigo. Lola me escribió anoche dándome en despedida e incluyéndose en su carta pelo y la última que tenía en el cuello en su momento. He aquí otra que es muy infeliz según sus cartas mismas. Pobre mi Condesa, la preferencia que yo he hecho de ella postergando a sus hermanas mayores le ha sido fatal. En sus cartas habla de la tiranía que sufre de toda la familia creyendo que ella me ha hecho amarla con perjuicio de Belén, su hermana. Pobres tontos. Creer que yo nunca preferiría en mi amor a B. Dios mío, qué cruel es el sacrificio que me impongo. Yo pierdo la relación y sacrificio de mi amor y el de la pobre Condesa a la amistad que tengo por toda la familia. No puede ser feliz Lola en presencia de la hermana que me ama tanto como ella y a quien yo, siendo caballero, no puedo corresponder, ni darle ningún consuelo como ella me pide. Y viéndolo bien, qué culpa tengo yo, Dios mío, en que B. me ame, y qué culpa tiene la Lola en todo para que a ella se le arranque del alma su amor solo porque su hermana me ama también. Verdad es que ella es la menor, y que debe sacrificarse en favor de su hermana mayor ... Oh, sarcasmo hecho a la naturaleza, e injuria tremenda causada al derecho natural de cada uno.

Pobre Lola, ella me ama con toda la pasión de su primer amor de 16 años, es decir, sin mentira, sin disfraces, sin coquetería, y con toda la espontaneidad y fuerza de una primera pasión. En sus cartas sobre esta última desgracia encontraré, cuando vuelva a leerlas todas, la pasión e infelicidad ... “ver esas cartas”. Las lágrimas que ha derramado esta infeliz niña son ya más que ha derramado toda mujer desdichada; tan joven como es, sus pesares han hecho viejo su corazón, pero mi amor, como ella dice, la ha sublimizado, ha agrandado su alma, la ha hecho capaz de sufrir todo y estimarse más de lo que ella creía valer. ¡Pobre ángel! Por qué no está en mi mano el hacerla dichosa. O más bien, porque se oponen a su dicha y su destino. ¡Quién sabe! Quizá yo algún día habría creído que era mi destino ser esposo suyo y unir mi suerte a la suya. Tal vez me habría casado con ella, aunque tenía el defecto de ser tan rico, pero hoy tan joven y a media carrera de mi posición. ¡No! Pobre Lola, sin embargo ella me dice en su carta, “Ramón, tú te vas y me dejas, y no sé yo qué te hace tomar una medida así. Yo sé que amas, y que debe ser santo el motivo que tienes para dejar así a tu Lola sin esperanza siquiera de volverte a ver. Sin embargo, tú no me exiges promesa ninguna en tu generosidad, yo te la ofrezco sin sacrificio porque nace de mi corazón. No he sido tuya, no lo seré de ningún hombre, y me daré a Dios pura como debía haberme dado a ti. Yo esperaré el tiempo sin esperanza ... Dios sabrá acompañarme hasta que tú vuelvas o hasta que yo siendo suya, deje de esperarte”. Muchas cosas más dice en su carta que muy bien prueba toda la fuerza de su pasión. Las demás niñas me han escrito en grupo diciéndome que puedo gloriarme que jamás ha habido joven que haya sido más querido y respetado por ellas que yo.

Son las cuatro de la tarde en punto en que me embarco a bordo del vapor *Sofía* para ir a San Francisco. Yo dejo Stockton para siempre ... Me ha enternecido mi despedida de los Quiroga y mi tío, pero más que éstas, la de Adela porque me ha hecho confesiones y declaraciones que yo no esperaba. Ella es muy infeliz con su marido. Dios mío, por qué se casó si no lo amaba. Dice que creyó que yo la amaba y que ella también. A fe que es la última vez que la veo y que puedo darle lo que me pide. Y quién creyera, yo he pedido nada más que un abrazo y un beso como suspiro de monja. Nada más.

San Francisco. Viernes 18 de junio de 1852

Hoy a las dos de la mañana hemos llegado a San Francisco. Los hoteles todos estaban todavía abiertos, sin embargo yo me he quedado a bordo hasta las siete. En seguida he bajado a tierra y llevado todo mi equipaje a bordo de la fragata *Godefroy*, que está en el muelle *Cunningham*. Ya tengo allí una de las cámaras de dos que tiene a popa y allí estoy instalado como un príncipe. Después he venido a casa de mi Sra. Eugenia donde estoy ahora. Tal vez salgamos pasado mañana para Valparaíso, pero ya el Capitán me ha hecho perder dos días que podía yo haber pasado en sus brazos. Tanto me exigió que estuviera hoy a las ocho a bordo de su buque que me he apresurado a cumplir a pesar de mis deseos y los suyos de quedar un día más con ella. ¡Oh! Dios mío, el Capitán no sabe lo que me ha quitado de dicha y de placer, ni pudiera jamás comprenderlo por más que yo se lo dijera o tratase de explicárselo. Pero qué hacerle, ya no tiene remedio y no hay sino conformarse. Voy a escribir a María y decirle que maldiga de nuevo al capitán como lo hacía a mi despedida.

Anoche, a bordo del vapor, venía una señorita que traía una muy buena guitarra y tuvimos música casi hasta las doce. Ella es americana del Norte pero tiene gusto por la música y estaba asombrada de oírme tocar.

Sábado 19 de junio

Ya es seguro que no salimos hoy tampoco, y quién sabe si saldremos mañana. Aguarda el Capitán una familia que viene de Monterrey para irse en el mismo buque a Valparaíso y quién sabe si llegará mañana en el vapor. Yo alojo en casa de Cádiz y mi señora Eugenia se porta conmigo como una madre, tal el cariño y atención que me dispensa. Hoy ha invitado a Emilia, a quién no he visto en mi otro viaje. Al momento que vio en mi reloj su cadena y en mi cuello la corbata, ambos objetos regalados por ella, se puso colorada y me dijo, "Ud. me quiere hacer pensar que me tiene presente, cuando yo sé tantas cosas tuyas de Stockton que

me prueban lo contrario.” No me fue difícil salir del paso, porque le dije que en los cuentos no se debían creer y que el vulgo dice siempre lo que se le antoja. Al fin de mi visita salimos tan amigos con la sobrina de Rosas como lo fuimos en el día que me regaló la corbata y la cadena.

Domingo 20 de junio

Hoy es uno de los días más aburridos aquí, y uno de los más tristes para mí. He recibido cartas de Stockton y me han hecho sufrir mucho. Tanto he padecido en estos quince últimos días como en toda mi vida junta. Tanta cosa desagradable me ha sucedido de apartarme de tanto objeto querido, como ni el diablo lo hiciera a propósito. Todo es sufrir y penar en todo sentido. He sufrido en mi orgullo, mi amor, en mi amistad, en todos mis sentimientos íntimos y aborrezco en este instante hasta a mí mismo; hasta dónde va uno en el dolor de sus aflicciones. Tal vez todo lo hace el arranque brusco que hago de raíces tan profundas y todo me choca, todo me agria, aborrezco a todos y me desprecio hasta yo mismo. Oh, carajo, si pudiera salir en este momento y no ver más que cielo y agua, me reconciliaría con el mundo. Mi corazón se ensancharía gozando de los portentos que se ofrecen a la vista de uno en el mar, cantaría a Dios y a sus hechuras y así, mi alma agitada de tantos modos, se calmaría.

Acaba de llegar la noticia de que Sonora se ha reducido al fin a cenizas. Mis amigos Perkins, Enyart y Theall se han arruinado. Cuando yo decía ahora que todo ha sucedido como si el diablo lo hiciera adrede. Veremos.

Lunes 21 de junio

Tampoco saldremos hoy porque la maldita familia no llega aún. Qué diablos, tanto tiempo hacía que no sufría de estos contratiempos en los vapores. Qué hacerle, paciencia. Dios mío y todos estos días en que muero aquí de rabia podía haberlos pasado como un sueño en sus brazos. Pobre María, cada día que se pasa te amo más y más y tu recuerdo solo dulcifica las horas agrias de mi existencia presente. Yo bendigo los momentos que debo de placer y haré votos por tu dicha hasta el fin de mi vida.

El movimiento de San Francisco es mayor cada día y el lujo y aparato imponderable, mucho gozaría yo con los teatros y tantas otras fiestas si mi alma no estuviera ahora ineficaz para gozar. El Dr. Zely y su señora me tratan en su casa como si fuera de su familia. Son muy buenos amigos. Sépalo mi diario para su gobierno.

Martes 22 de junio

No saldremos hoy, como me lo había dicho el Capitán. Las señoras que esperamos de Monterrey no aparecen y según él, tenemos que esperarlas. Qué hacer. Cada día que pasa, pasa en mí como un mes. Madame Alep no se olvida nunca de mí, aunque Mr. Elie tiene tantos relojes desde ahora un año. Ella viene a verme a casa de Enyart y a llorar lágrima viva oyéndome tocar la guitarra. Dale que me han de perseguirlas ellas ... Me ha regalado hoy la corbata celeste que campea en la colección de corbatas. Pobre Madame Elie.

San Francisco. Miércoles 23 de junio de 1852

Al fin tampoco saldremos hoy porque no ha llegado el Ohio con los pasajeros de Monterrey que debemos llevar a bordo. Yo estoy a bordo desde ahora dos o tres días y no veo ya la hora de salir. Sin falta nos haremos a la vela mañana, aunque no llegue la familia del Señor Vásquez.

Yo he recibido hoy cartas de Isidro y de mi tío Rodríguez. Mucho he sufrido con ellas porque cualquier cosa que me recuerde Stockton, donde tanto he gozado y sufrido a la vez, me hace padecer mucho. También he recibido cartas de Samuel desde Lima, aunque un poco atrasadas. Leguizamont tiene la culpa de que hoy haya sufrido como pocos días en mi vida. Ha dejado en descubierto una libranza que giré en su contra por 60 \$, por 300 \$ que me debía y desde ahora tres meses recién vengo a saber que no se pagó. Ya está pagada ahora, pero esta cosa ha hecho sangrar mi corazón por ser el asunto con un rosista a quién quisiera humillar más bien que parecer humillado delante de él.

Jueves 24 de junio

Son las siete de la mañana y estamos saliendo del puerto de San Francisco para Chile. Anoche, a las nueve de la noche, llegó el señor Arcos y su señora Doña Javiera Ugalde²³⁰. Parece que ambos son buenos, también van a Valparaíso y de allí a Santiago. Tenemos el práctico a bordo desde las cinco en que levantamos ancla. Yo estoy en pie desde antes, para dar mi

²³⁰ Santiago Arcos. Hijo de un rico comerciante, vivió el 1848 parisino antes de volver a su Chile natal, donde participó con Francisco Bilbao en la *Sociedad de la Igualdad*. En seguida, vivió en el exilio en Lima, California, Mendoza y Buenos Aires, donde siguió su amistad con Bartolomé Mitre. Con la muerte de su padre en 1862, pasó a España para cobrar su herencia, y después de la revolución de 1868 participó en las Cortes liberales. Se suicidó en París en 1874.

último adiós a California. San Francisco está tranquilo todavía y sólo se ven los carros proveedores pasar por las calles. Todavía se ve salir el humo de las chimeneas de los vapores que han llegado de Stockton y Sacramento. Quién sabe si en ellos vienen cartas de Mariquita desde el Sacramento y Lola, Belén, mi tío o Isidro de Stockton. Pero ya no hay tiempo de ver nada. Adiós a todos. Están saliendo a un tiempo con nosotros el bergantín Copiapó para Mazatlán y la fragata Cape Breton también para Valparaíso, como nosotros. No llegó el Ohio y pasamos a Monterrey a tomar allí la familia del señor Vásquez. Que chasco fuera que la erráramos.

Monterrey. Viernes 25 de junio de 1852

Avistamos esta mañana Monterrey pero no pudimos entrar por ser la niebla muy espesa, como es en este tiempo en casi toda esta costa de Méjico y California. Son las tres de la tarde en que hemos entrado al puerto. Jamás en mi vida he visto un puerto más hermoso y pintoresco. Razón tuvieron los españoles para hacer aquí la capital de la Alta California. A la entrada y desde más de dos millas se distinguen ya elevadísimas montañas con más elevados pinos de que está rodeada la ciudad. No puede pintarse ya una vegetación más rica y más animada. Las casas son del estilo español, un poco bajas y sin arquitectura característica. Sin embargo las calles son rectas y bien pobladas. Hemos tirado nueve cañonazos al entrar. Cualquiera diría que veníamos a tomar la ciudad por asalto. El vapor Ohio salió ayer para San Francisco llevando la familia que veníamos a buscar aquí. Qué chasco; todo el equipaje va a bordo con nosotros. Acaba de llegar el Capitán de puerto con dos ayudantes a pasar su vista de puerto.

Sábado 26 de junio

Son las ocho de la mañana y tenemos un viento en popa magnífico. Ayer dejamos de ver las playas de California casi al mismo tiempo que principiaba a anochecer. Con los últimos rayos del sol perdimos de vista la aurífera tierra de California, el país de las maravillas, el de *Las mil y una noches*, el que para mí ha sido objeto de tanta dicha y tanto sufrimiento. Los últimos cerros de Monterrey con sus hermosos pinos desaparecieron con la luz del día de ayer. Hoy no hay más vista que el cielo y el agua, y nos alejamos de la costa con viento en popa. El Copiapó se separó de nosotros ayer con una salva de cañones. A la Cape Breton la hemos dejado atrás pero quién sabe si llegue o no primero que nosotros a Valparaíso. Ahí veremos según sean los vientos y la suerte del viaje.

Domingo 27 de junio

Anoche tuvimos una hermosa noche de luna. Yo toqué la guitarra sobre cubierta a la luz de la luna mientras navegábamos viento en popa. Qué hermoso es navegar de noche con buen viento y con una luna clara. Eso sería lo que inspiró a Espronceda aquellos versos del Pirata, “la luna en la mar riel, etc.”²³¹ Hoy también tenemos un hermoso viento de 6 y 8 millas. Comparte conmigo una cámara entera. Es un buen joven y seremos amigos. Llevamos hasta aquí una muy feliz navegación, comemos bien, estamos bien alojado y el viento es favorable, ¿qué mejor queremos? El capitán es español, vizcaíno, y es bastante bien educado. El piloto es un joven muy instruido, es italiano, y eso me concierne porque me perfeccionaré en el idioma. El contralmirante es también español, lo mismo que el capitán.

Lunes 28 de junio

Tenemos hoy igual suerte en el viento. Andamos en popa y de 6 a 7 millas por hora. Anoche hemos pasado la noche leyendo a Espronceda con Arcos, y hablando de los poetas antiguos y contemporáneos. Él es muy instruido y lo hallo en todo a mi orden, como él a mí, para hablar de literatura. La señora es igualmente amable y pienso que tendremos una navegación bien alegre, esto es cuando no tengamos un temporal que nos quita hasta las ganas de estar alegre. La cámara que llevo es muy espaciosa y tengo donde tener mi cómoda, mi escritorio, mi guitarra y cuanto necesito.

California. San Francisco y Monterrey. Martes 29 de junio de 1852

No tenemos hoy viento tan bueno como teníamos ayer. Ya se ve, sería demasiada dicha tanto día de buen viento. El sol no ha aparecido para nosotros desde que salimos de San Francisco. Hemos tenido siempre días nublados como hoy. En estas costas del norte es siempre lo mismo en esta estación. No andamos sino tres o cuatro millas por hora, y parece que luego tendremos calma.

Yo paso mis horas divididas en toda clase de estudio. La música me entretiene algunas horas, y como gustan tanto de verme el capitán, Arcos, mi señora Javiera y los demás de cámara, eso hace que yo estudie porque veo que no hay fastidio con mi guitarra. Estudio mucho el italiano,

²³¹ Espronceda, José de. “La canción del Pirata”. El poema apareció en la revista *Artista* (1835) y después en su libro *Poesías* (1840).

y en eso gasto muchas horas en la mañana y otras tantas en la tarde. Ya lo sé bien pero siempre estudio mucho para perfeccionarme. Estoy traduciendo una obra crítica del Señor Baretti²³² y me parece que es lo mejor que he visto en este género. Después, en otras horas, subo sobre cubierta y me entretengo leyendo Miss Treboney, última serie de los misterios de Londres, en inglés, o ya sea el Conde de Tolosa por Frédéric Soulié en francés. Así me ejercito en todos los idiomas sin desatender uno en preferencia de otro. Hoy es día de San Pedro. El cocinero de a bordo se llama Pedro y es seguro que tendremos algo nuevo en la comida.

Miércoles 30 de junio

El día no está mejor que ayer en cuanto a sol y en cuanto a viento. Está muy nublado y el viento que corre apenas nos hace andar de 3 a 4 millas. Vamos sin embargo muy bien. En la cámara que tiene tres divisiones vamos los siguientes. El capitán ocupa la de la izquierda al entrar, mi señora Javiera y su marido la izquierda contigua a la nuestra. Don Ambrosio, uno de tantos camarotes que están en la gran cámara donde se come y se toma el té. He ahí el modo como estamos distribuidos los pasajeros a bordo de la Godefroy. El buque es muy firme y las comodidades para pasajeros no pueden mejorar ya. Nada nos falta hasta aquí, veremos más adelante. Los marineros son buenos. Hay tres italianos, entre los que está *vita felice*, que así le puse yo a uno de ellos, muy simpático y que siempre que hay tiempo acostumbra decir *vita de marinero e vita felice ai mio signore*.²³³ Hay dos o tres chilenos, dos ingleses, un alemán y dos peruanos.

A bordo de la fragata Godefroy. Jueves 1 de julio de 1852

Andamos hoy muy poco, en cambio tengo suerte de haber visto el entregarse el sol y el salir de la luna. Es la cosa más portentosa que pueda verse en el mar. Bien dijo Mármol cuando llamó sublimes y maravillosos a estos grandes fenómenos diarios de la naturaleza. Quién fuera como él para expresar lo que siente el alma a la vista de esas cosas en la latitud de los trópicos. El sol entrándose en el inmenso espejo de la mar, y bañando todo el horizonte con ríos de oro de ese líquido al parecer, es una cosa que no puede verse sino en los trópicos y en un día como éste. La mar está en calma, y el cielo despejado. De un lado se entra el sol derramando sus rayos por toda la inmensidad del océano, y del otro lado asoma la luna al mismo tiempo, levantándose como una bola de fuego al ponerse debajo de las aguas. La claridad del horizonte hace

²³² Giuseppe Baretti (1719–1789), autor de relatos de viaje y unas *Cartas familiares* (1762).

²³³ *La vida de un marinero es una vida feliz mi señor*. Traducido del italiano.

resplandecer más el rojo encendido de la luna, y más solemne e importante, Dios mío, ¡quién fuera poeta para cantar ahora a los dos astros! Antenoche a las 11 de la noche, estábamos aún sobre cubierta, tan hermosa estaba la luna que nadie quería baja a la cámara por no perder de gozar una noche tan hermosa. Yo tenía mi guitarra sobre cubierta, y por más que parecía contento porque tocaba mucho, yo tenía el corazón enlutado. Tantas noches como la de anoche en que me he paseado en el balcón de nuestra casa en Stockton, teniendo del brazo a Amelia y llorando de amor y de dicha al contemplar la hermosura de los cielos en dicha, y la mía. ¡Cuánta dicha y llorar de placer! En otras noches hermosas como la de anoche yo he tocado la guitarra sentado del lado de María, bajo el corredor de su casa aspirando el perfume de las flores del jardín. También ella me amaba como el ángel de su dicha, como a su alma misma. Otras veces he paseado del brazo en iguales noches, con mi Condesa de Landsfield al volver del teatro, y entre yo te amo Ramón más que a mi vida, tuya soy de cuerpo y alma y entre otras mil razones de la laya, era testigo la luna como la de anoche. ¡Y ahora todo eso no existe más que en el recuerdo! ¡Dios mío, tengo motivos para estar triste algunas veces!

Sábado 3 de julio

Yo he soñado anoche con María. El sueño me causó mucha impresión; no sé cómo ni de qué manera ha venido a mezclarse en el sueño la Adelaida Pradel. ¡Vaya una ocurrencia! ¡Si se acordará ella de mí con quien una vez ha tenido tanta amistad! El sueño con María me ha dejado una impresión profunda. ¡Pobre ángel! Será tal vez que ella pensaba en su Ramón infeliz, ¡oh! ¡Si estuviera siquiera en mi mano el hacer su dicha! ¡Pero ello es imposible, y con lo imposible no hay que hacer sino llorar! ¡Pobre María, ya la volveré a ver algún día!

Nos ha vuelto un poco el buen viento. ¡Gracias a Dios! Es una gran dicha que a un navegante no le falte el viento.

A Bordo de la fragata Godefroy cerca del trópico. Domingo 4 de julio de 1852

Tenemos hoy un viento muy flojo, y tal vez más tarde tendremos calma. El día está muy nublado, y achubascado según el término marino. Se siente mucho calor, y como no corre viento casi el calor es sofocante. Cuánta bulla y movimiento, y cuanto baile debe hacer hoy en California. Qué comparación de aquel 4 de julio pasado, a este que ahora tengo aquí. El paseo con Agustín del año pasado, el carruaje hecho pedazos en la tarde, nuestra avería en la mañana, el baile por la noche en casa de Mariquita; nuestra reconciliación en esa noche después de los

meses de un total entredicho, todos eran acontecimientos que, pues se parecen a lo que hoy tengo que recordar en mi diario. El baile solo en celebración de mi vuelta, y la de Agustín a su casa, es un acontecimiento que fue tan grande y feliz para mí que apenas podrá realizarse otro igual. Mi salida del baile a las 10 y media para volver a casa al lado de Amalia, nuestra corta pero dichosa entrevista, todo, todo, está en contraste con lo insignificante que es para mí este aniversario. ¡Veo el del año pasado! Yo encordé hoy mi guitarra y toda la tripulación ha estado de fiesta.

¡Son las 11 de la noche cuando yo me acuerdo de todos! ¡La noche está muy triste! Nublada y oscura como la frente del mismo satanás, la atmósfera está muy cargada y el aire pesado. Parece que alguna tempestad nos amenaza. De vez en cuando se ven unos relámpagos hacia la parte del sur.

Lunes 5 de julio

El día no ha estado mejor hoy que lo que estuvo la noche de ayer. Al entrarse el sol hemos tenido un chubasco horroroso lleno de rayos y truenos. Buen apurados nos ha tenido. Desde ahora cuatro días está muy enfermo el capitán de una fiebre que lo devora; pero hoy sintiéndose peor que nunca, nos llamó a nosotros y al piloto, hizo algunas declaraciones y delante de todos, dio algunas instrucciones y al piloto, le dijo ahora aunque me muera. La enfermedad ha pasado a ser grave y aquí, donde no hay dónde volver los ojos por un médico o remedios y los males se agravan, el doble. Las 11 y media de la noche. Esta la noche tan negra y la temperatura, como la conciencia de un juez, imagino yo estar solo en la cámara y leía hasta pocos momentos antes a Miss Treboney. Todo está a propósito para aterrar. Como no hay viento, no hay movimiento tampoco, y todo está en silencio, tanto en la cámara como sobre cubierta, apenas si se oye de cuando en cuando el ruido del timón. Todo contribuye para que la noche sea muy triste.

Martes 6 de julio

Estamos en calma pero tenemos un terrible balance. Y va de enfermos. También el piloto está muy enfermo, y el capitán, que se había mejorado anoche, está ahora peor que nunca. No ha andado muy sano todos estos días Don Santiago Arcos, de modo que solo yo en la cámara llevo hasta aquí una salud inalterable. Buena cosa sería que a un tiempo cayesen el capitán y el piloto y que quedáramos así abandonados en manos del contra maestre.

Las diez de la noche, sigue muy enfermo el capitán después de haberse mejorado ayer un poco. Tenemos calma siempre pero no nublado. La noche está hermosísima. La luna brilla en el cenit en medio de un cielo estrellado. Apenas anda la Godefroy, pero se ven encrespase las olas en la proa, y botar blancos copos de nieve a manera que corta muy despacio el agua. ¡Qué hermoso es el mar una noche así! ¡Cuánta cosa grande hay que notar para un alma sensible que sufre y que goza!

Miércoles 7 de julio

Se ha mejorado el capitán, pero para esa buena noticia tengo otra mala para mi diario. Tenemos un viento pésimo por la proa que nos atora mucho y nos hace trabajar el doble. El día está frío como el viento que corre. Tres o cuatro nudos, chubascos tremendos hemos tenido en menos de dos horas. Vita Felice casi se fue al agua ahora bajando desde el juanote por el cordelaje. El pirata griego está siempre fino y obsequioso conmigo. Este hombre de una fisonomía tan horrible y adusta es como un niño en su corazón. Así es que me admiro mucho cuando me cuenta sus piraterías en el África, en el Asia, en el canal de la Mancha y en otras diferentes partes. Sin decir él que es pirata, o que fue, se le puede descubrir por su cara. Conmigo habla en italiano. Son las 10 de la noche. Acabamos de tomar té, estamos en la cámara. Desde que anoche me he llegado a mi cama viendo por las ventanas a la mar. ¡Cuánto se goza así en la oscuridad, con los recuerdos en las contemplaciones y con mil otras cosas! Feliz el que tiene un alma que sabe comprender y estimar los fenómenos de la naturaleza en el mar.

Jueves 8 de julio

Llevamos un viento muy fuerte, pero que nos arroja muy lejos de nuestro rumbo. Después de algunos chubascos fuertes hemos tomado vigor casi en todas las velas. Nunca hemos tenido un viento más fuerte y menos útil. En nada he alterado yo mi régimen a bordo. Estudio mucho el italiano, y trabajo en la traducción de las cartas críticas del señor Baretto. Hablo siempre en italiano con Don Miguel el piloto, en sus horas de guardia principalmente hablamos mucho el italiano y después yo le doy en trueque algunas lecciones en inglés. Don Ambrosio es un huaso, lo que llamamos nosotros gaucho en toda forma, y nos divierte mucho con sus cuentos que son interminables. Ya el capitán está mejor y también se divierte mucho con algunos cuentos andaluces muy salados. Mi señora Javiera nos entretiene por su parte con la crónica escandalosa de Santiago, que a fe mía es bien interesante.

A bordo de la Godefroy, cerca del trópico. Viernes 9 de julio de 1852

Casi toda la noche la hemos pasado en vela. Como estamos ya cerca del trópico no pasamos una hora sin tener fuertes chubascos. Qué negra y amenazadora veía yo a la mar desde mis ventanas anoche durante los chubascos. Había ráfagas de viento tan furiosas que el buque queda de costado por algunos segundos antes que pudiera enderezarse. Pero gracias a Dios, de todas hemos salido bien, y hoy tenemos un buen viento, que si nos dura por algunos días, nos salvará de otros chubascos, que son inevitables en estos paralelos cerca de la línea. El pirata me contaba anoche durante su guardia la historia de sus tres naufragios, y algunas de sus correrías como pirata. Cuántas ocasiones acompañó yo a estos infelices durante sus guardias por la noche. Como me gusta mucho el mar en la noche, me quedo hasta más tarde que todos y entonces converso con ellos o me cuentan sus viajes y sus desgracias, y en todo ello encuentro yo mucho objeto de estudio y entretenimiento.

Sábado 10 de julio

Anoche por espacio de dos horas hemos estado en el más inminente peligro de naufragar. Un huracán de los que se pasean por acá en el golfo de México. Nos tomó a deshora de la noche, con todas las velas, sin darnos tiempo para ninguna preparación, ni siquiera para bajar los sobres. Al aclarar el día se fue el huracán como si fuera un fantasma que solo impera de noche. A estas horas que en las 10 del día estamos en calma y todos nos ocupamos de pescar. Yo pesco desde sobre mi cama por las grandes ventanas de popa. He tenido mejor suerte que todos porque he pescado dos bonitos, así se llama una clase de pescado que hay, de estos he tomado yo dos. Pero hay otros muy hermosos que se llaman dorados de los que no hemos podido tomar ninguno hasta ahora. Vamos acercándonos mucho ya a la línea y principiamos a sentir un calor sofocante. Pero no es eso lo peor, sino los chubascos y mangueras.²³⁴

Domingo 11 de julio

Dios mío, apenas contamos el cuento hoy. A las dos y media de la mañana oímos el grito de alarma del piloto, que decía “todos arriba”, indecible el espanto que causó el grito de alarma

²³⁴ Una manguera, manga de agua o tromba marina es un fenómeno atmosférico cuyo aspecto visible es el de una *masa nubosa con forma de embudo que, girando rápidamente, desciende desde una base nubosa de tipo cúmulo hasta la superficie del mar provocando la subida de esta hasta cierta altura.*

de un oficial de guardia a deshora de la noche. Subimos todos desde en frente, y vimos que teníamos dos mangueras adelante, una de las que venía derecho sobre nuestro buque sin que pudiéramos virar, porque el viento había calmado. Dios mío, el reventar de una manguera sobre un buque es peor cien veces que la explosión de una o más calderas en un vapor. Qué horrible y triste nuestra situación entonces. Pero Dios quiso que las mangueras se evaporasen antes de acercarse a nuestra embarcación. Imposible es que nadie pueda pintar el terror pánico que se apodera en estas circunstancias, y aún del más pío y lleno de calma y experiencia. Con motivo de esta manguera el capitán, piloto y demás de la tripulación han contado muchos pasajes destrozados por mangueras y yo he visto la lámina de algunas y es horroroso. Un oficial ha contado el modo único de conjurar las mangueras que se ha encontrado hasta ahora, y dice que es el poner una mujer desnuda con sus partes deshonestas presentadas a la manguera, y que al momento; riéndome yo de semejante absurdidad se formalizaron el capitán y piloto afirmando de que es una cosa muy cierta, un secreto de la naturaleza que ellos han puesto en práctica muchas veces. ¡Dios mío hasta dónde llega la superstición de los marineros!

Lunes 12 de julio

Después de ocho días perdidos en calma y vientos por la proa, recién hoy tenemos un buen viento con que hacemos de 10 a 8 millas por hora. Con este viento, si nos siguiera así pasaríamos la línea en cuatro días más, pues no estamos más que a diez grados de ella. Los vientos por la proa nos hacen salir muy afuera, de manera que tenemos doble longitud de la que necesitamos para ir a Chile. Pocos serán los buques que hayan nunca tomado tanta altura como nosotros ahora. Con el buen viento para que el capitán ha acabado de restablecerse porque hoy lo hemos tenido sobre cubierta ya, y con un muy buen color. Sigo siempre con mi método de estudio y traduciendo. En nada he variado mi programa aquí.

Martes 13 de julio

Muy poco nos ha durado el buen viento. Ya hoy tenemos calma y sufrimos un calor insoponible. Yo me baño dos veces al día y solo así puedo calmar un poco la sofocación. Dios nos libre ahora de una fiebre. Nos movíamos antes de 24 horas. Casi no hay noche que no sueñe con mi familia, y tan viva es la ilusión que al despertar siento una expresión muy dolorosa al ver el desengaño, y lo lejos que está de llegar ese día. Esto me ha traído sin duda la inspiración de una poesía que he completado y llamado mi madre. Nunca he hecho una cosa en

que más haya yo pintado mi situación triste, en que más haya hablado lo que siente mi alma, en que más claro se vea mi corazón. Todo puede faltarle a la poesía, pero ella es la expresión viva de mi situación, mi corazón hablando. Por eso será siempre para mí la mejor, y por eso dedicada a mamita.

A bordo del Godefoy, a 9 grados norte. Miércoles 14 de julio de 1852

Hoy a las cuatro de la mañana nos ha timado un temporal de proa furiosísimo. El capitán subió desnudo desde esas horas y hasta ahora está todavía sobre cubierta sin poder conseguir tomar vivos (sic). Jamás había visto yo ni la sombra de un temporal como este. He estado sobre cubierta, y a pesar de presentar el mar un espectáculo nuevo y grande para mí, no he podido quedarme mucho tiempo, tal es el horror que inspira el mar embravecido. Como es fácil conocer en estos casos, la nada de que nosotros nos componemos cuando una cosa tan natural de un elemento nos pone pavor. Y que así osemos todavía revelarnos contra el ser a cuyo solo gesto aplaca de furia los elementos, o salen de su orden natural. De veras horror era ver una inmensa mole como una fragata de 600 toneladas ser el juguete sobre olas como una paja sobre el agua. Hasta ahora recién sé lo que realmente es una borrasca en el mar. Mucha diferencia hay de leer su descripción en poesía o en libros, y a presenciarla a bordo del mismo buque que la sufre. Estos mismos cerros de agua que se adelantan hacia el buque y que parece que van a tragarse el buque, esos inmensos abismos que se abren al pie del buque una vez que la ola ha pasado; esas veces que una sube hasta las nubes y baja después hasta el abismo, esas veces que uno asombrado cierra los ojos porque cree que va a sumergirse para siempre en lo más profundo del mar, hay veces decía, se acuerda uno muy bien que nosotros no somos sino viles gusanillos en comparación de la omnipotencia que gobierna esos mares enfurecidos. ¡Dios mío! Tan grande es nuestra miseria, y no la descubrimos sino por el temor que nos inspira cuando, como hijos queridos, debíamos descubrir el amor de nuestro padre Dios en su amor, en su bondad para con nosotros, en las gracias con que nos ha dotado, y en fin, en la ternura con que él mismo ha puesto en nuestro poder el modo de dominar los elementos, y de sobreponernos a ellos, en vez de temerles. Ahora recuerdo las palabras de San Dionisio Areopagita cuando los elementos se chocaban, y la naturaleza entera se desquiciaba a la muerte del redentor. “O la máquina del mundo se destruye o el autor de la naturaleza padece”. Cuánta lógica encierran esas palabras.

Son las ocho de la noche. Sigue el temporal pero ya por esta vez estamos más a salvo, porque el capitán ha conseguido tomar vivos en todas las velas, esta noche dormiremos mejor.

Jueves 15 de julio

Hoy el viento es más flojo que ayer, pero lo tenemos peor; es decir, más en proa. El capitán dice que seguirá así por muchos días. Vamos perdiendo latitud, y saliendo cada vez más afuera. Al fin vinimos a pasar frente a las islas Márquez. El capitán me decía ahora que jamás le había surgido semejante cosa en estas alturas. De veras que el viaje es muy infeliz en cuanto a vientos. Cuando no hay calma, hay viento de proa, marejada gruesa. Siempre más o en contra de lo que queremos. El día muy nublado y frío; el viento silba y hace modulaciones en las cuerdas como si fuera una orquesta con diferentes instrumentos.

Viernes 16 de julio

Estamos en calma y el buque no se mueve siquiera. No tenemos pescados ahora con qué contentarnos como en los demás días de calma que hemos tenido. También los pájaros nos han abandonado, y no hay, desde el otro día que a la oración se sentaron dos en la copa, y los marineros ataron uno para hacer un cataviento. También ellos, como Napoleón, buscando la hospitalidad [ilegible] la muerte a bordo de un buque. Estamos a 9 grados norte desde ahora 4 días, y no tenemos esperanza de salir de aquí. El día está claro, el sol brillante, pero el calor sofoca y es capaz de matar porque falta aire que respirar. No se ve siquiera un solo [ilegible], el agua está calma como una laguna, tan clara que se ve hasta muy profundo sin mucho trabajo.

Sábado 17 de julio

Después de una noche entera en calma, nos ha venido una brisa a las 4 de la mañana y andamos en popa de 4 a 5 millas. La noche ha estado hermosísima, tal vez como nunca. La luna brillaba en la mitad de los cielos rodeada de estrellas refulgentes como ella. No corría ni una gota de viento y el mar estaba tranquilo como una taza de leche que de tanta quietud ha creado nata. Sin embargo de no haber viento, hacía un fresco delicioso. El capitán me suplicó que llamase el viento con mi guitarra, y como todos los demás pasajeros que estaban sobre cubierta se unieron a su ruego, yo saqué la guitarra con admiración de todos por esta casualidad. Algunos se retiraron a las diez; yo me quedé solo sobre cubierta hasta las 12 y a esa hora ya la brisa era de 4 millas.

Domingo 18 de julio

Navegamos con un viento bueno aunque muy flojo, la opinión del capitán es que muy luego la tendremos por proa y es muy malo. Es una malísima profecía, porque es doblemente mala aquí, en esta altura, un viento de proa. Qué hacerle. Hoy domingo hemos tenido a bordo un hermoso día, es decir muy de humor. Ya se ve, a bordo todos los días son domingos porque no se guarda más ni vemos la fiesta que en los otros días de la semana. Vita Felice y el pirata van siempre muy bien y llenos de oficiosidad conmigo. El huaso Don Ambrosio nos da muy buenos ratos con sus chistes y fábulas, que después de las de Esopo no he visto mejor porque cuentan más el uso de la verdad, muy bien dado. El día está hermoso. No es fuerte el viento, pero muy suficiente para calmar el calor del sol que está bien brillante.

A bordo del Godefroy a 10 grados norte. Lunes 19 de julio de 1852. Catamarca y la Rioja

Lo que prometió el capitán lo tenemos ya encima. Anoche, después de muchos y fuertes chubascos, el viento ha cambiado y hoy lo tenemos exactamente de proa. ¡Dios mío! ¡Cuántos días más tendremos que pelear con este viento para subir la línea, y después de estar allí, cuántos días más de calma vamos a experimentar! Qué desgraciado va nuestro viaje en cuanto a viento, que es el todo de un viaje por mar. ¡Horrible es pensar en eso cuando sino ya se tiene desesperación por ver su familia después de cuatro años de ausencia! No se pasa un día sin que yo sueñe con mi familia. También son repetidos los sueños con la República Argentina, será porque está siempre viva en mí la memoria de algunas de mis primas. ¿Qué será de mi prima Corina que tanto quería y distinguía yo en secreto? ¿Y qué será de Admentaria, de quien creo que me quería mucho en trueque de mi cariño y amor de 15 años? Si pensarán ellas que desde el medio del océano, y en medio de un temporal hay quien piensa en ellas con tanta ternura y afición. Las mujeres, luego son ingratas y se han olvidado ya de su primo.

Martes 20 de julio

El viento es el doble de fuerte que ayer y no es peor, porque ya no puede ser más malo. Mucho frío hace sobrecubierta y es imposible proseguir arriba. Muchos días más pasaremos por estas alturas porque según vamos ahora, perdemos mucho en cada hora. El capitán dice que hay a bordo algún endiablado, y yo digo que no soy yo porque soy tan infeliz que ni el diablo me quiere, y hasta él huye de mí, cielo y tierra. Yo sigo mi programa trazado al entrar a bordo.

No dejo por nada el italiano de las manos, y en otras horas estudio música, poesía, geografía, historia, etc. Siempre he tratado yo de sacar el mayor partido posible de las horas de tristeza, y aislamiento, tales son las horas que uno pasa a bordo. Porque por más que haya compañeros de pasaje, tiene uno que aislarse y buscar la soledad porque jamás lo comprenden, o nunca es uno de mismo pensar que los demás (sic); y nada hay más fastidioso que el estar en sociedad si pensamos que no se comprenden, o que no congenian con uno.

Miércoles 21 de julio

Malo, malísimo va el viento. Van tres días que perdemos siempre en vez de avanzar una sola milla. ¡Dios mío! ¡Quién creyera que tendríamos un tan mal viaje después de ser tan bien comenzado por vientos tan seguidos de popa! El sol quema un poco y las marejadas que tenemos son tan continuas como el viento. Ya los pájaros nos han dejado también y todo, todo, no vale nada ahora. Lo único que divierte aquí, a dicho de todos, es mi guitarra, la única que saca a todos del estado de mal humor en que se encuentran por los vientos tan contrarios. ¿Y a mí quién me divierte, y quién me saca del mal humor en que vivo desde ahora mucho tiempo? Los recuerdos de California vienen siempre en medio de la noche, en medio del silencio y del misterio; sí, en esas horas es cuando viene María, cuando me habla llorando mi Condesa, cuando se queja B. de mi indiferencia, etc. etc. ¡Ojalá que esas imágenes de dicha y placer pasado no vinieran tan continuamente a mi memoria. Yo sufriría más tranquilo su ausencia!

Jueves 22 de julio

¡Hemos ganado treinta millas en estos cuatro días! ¡Bueno, lindas esperanzas y para quien vive el desasosiego por llegar a Valparaíso! Siempre es malo el viento y siempre son pocas las esperanzas que tenemos de mejorar. Las codornices que llevo para Tomasita son los únicos seres a bordo que lo pasan bien. Cantan y saltan en su jaula, y están emplumados y gordos como nunca. Yo me divierto mucho en algunos ratos viéndolos y oyéndolos cantar. Jamás me han parecido muy bonitos. ¡Y qué fuera de mí, si no emplease mis horas en el estudio siempre en la lectura, y en diferentes trabajos de imaginación! Mientras todos duermen en la mayor parte del día, yo sólo velo en mi cámara, y leo o toco la guitarra, o escribo en mi diario. Me ocupo de cualquier otra cosa, sin contar que muchas veces gasto en escribir alguna poesía en mi libro de borradores. El capitán, Arcos, mi señora Javiera y demás se admiran de mi paciencia pero, ¿qué hacer? Yo prefiero estar solo que estar con personas que no me entienden, con quienes yo no puedo hablar más que de cosas vulgares e insignificantes. Dios me libre de personas más ignorantes que yo.

Viernes 23 de julio

Siguió el viento tan fuerte como al principio de su visita pero ha mejorado mucho en rumbo. Dice el capitán que mientras más adelante vayamos, mucho mejor será el viento. Al fin es un consuelo, y como este capitán no yerra jamás en sus cálculos, es de alegrarse ahora en su profecía, conforme se entristece cuando uno pronostica una cosa mala y se teme su buena, fama de profeta. Anoche teníamos una noche muy hermosa de luna, aunque lo furioso del viento no nos dejaba gozar de ella. Cuántas hermosas, me decía yo anoche, se pasearán a estas horas apoyadas del brazo de algún joven, y cuántas de las mismas que yo conozco cantarán y reirán, ¡sin pensar un momento en el amigo ausente que en medio de las olas y los huracanes piensa siempre en ellas! ¡Oh! ¡Cuánto me recuerdan estas noches de luna! ¿A quién no le habla el corazón en una noche de luna? ¿Qué joven no sonríe con el recuerdo de una noche en la que a la luz de la luna, en un paseo, robó el primer beso a su amada? ¿Y qué bella no ha dicho sus quejas y cuentos a la luna en medio de una noche?

Abordo de la Godefoy, en la línea. Sábado 24 de julio de 1852

Después de tomar té anoche, yo tocaba la guitarra en la cámara acompañado solamente de Don Antonio por único auditorio. Ambos estábamos distraídos, yo tocando y él escuchando con la mayor atención cuando un estremecimiento tan fuerte y repentino del buque, como si se hubiese estrellado en un banco, me tendió de costado en el sofá, tan recio fue el choque. Y después de oír la alarma sobre cubierta ya no me quedó duda de que algo notable sucedía pero no del modo que yo pensaba, porque en vez de dar el buque en un banco de arena, había dado en una ballena, pues que el capitán, que a esa sazón se hallaba a proa, subió al momento del golpe del barbiquejo de proa y tuvo tiempo hasta de oír un resoplido de la ballena. Ya no es la primera vez que sucede que un buque da así sobre una ballena dormida; al mismo capitán le ha pasado esto en otras costas. Mi señora Javiera, que estaba sobre cubierta con su marido, se asustó mucho, y peligroso es en ella asustarse porque está muy embarazada.

Domingo 25 de julio

Anoche hemos pasado la línea con un viento de 7 millas por hora. Estuvimos sobre cubierta hasta las diez y media, y a hasta esas horas el viento seguía muy bueno. Yo me quedé hasta las doce y media, con que me fui a acostar y así todavía no tenía mucho sueño. Gracias a Dios, estamos al sur de la línea, pero la hemos pasado a los 125 grados de latitud, y si algunos días más nos tardamos, muy bien habríamos llegado a las islas Marquesas. El día está lindísimo, o sería

que lo hermosea a nuestros ojos el buen viento, ¡pero no! El sol está muy templado. No hace calor ni frío, y el movimiento del buque no es muy notable aunque es de bolina. Hemos visto muchísimas toninas, tan grandes como un tiburón, que han seguido nuestro buque por más de cuatro o cinco millas. El contra maestre se ocupaba en pescar con algunos de los marineros que una que pescó rompió la fisga y se fue. No hay novedad alguna a bordo, todos vamos bien y sanos.

Lunes 26 de julio

Cada día nos remontamos más y más al oeste, pero no podemos remediarlo porque el viento no nos da para más. Al llegar al trópico viraremos hacia nuestro rumbo, pero tenemos que hacer 400 leguas de longitud, pero qué hacerle cuando el viento es tan malo. Estar 400 leguas distante de tierra da no sé qué especie de desesperación que no es así nomás el soportarla. El viento está muy bueno como siempre; yo sin ninguna novedad sigo sin alteración ninguna en mis trabajos de estudio de italiano, guitarra, historia, geografía, literatura, etc.

Martes 27 de julio

Hoy estamos ya a $3 \frac{1}{2}$ grados sur de la línea y nuestro rumbo va sur por suerte. De modo que más remontamos y más hacia las islas Marquesas. El viento que levantamos es de 6 a 7 millas por hora, tenemos unas noches tan hermosas que muy bien nos recompensan de lo malo del viento. Son noches de luna, como anoche en que yo me siento a popa y veo por más de una hora el surco de plata y fuego que va dejando la Godefroy en su marcha. Cuánto misterio agradable hay en una noche de luna serena en silencio, en que se ven resplandecer las estrellas rodeando la luna, como quien dijera una hermosa reina rodeada de todas sus bellas doncellas y damas de honor, después el ver las olas que vienen a romperse en la proa, y que se alejan espumosas como otras tantas montañas de nieve ... y después, en medio de todas estas cosas, viene la imaginación ardiente del que contempla todas estas cosas el ideal de la mujer hermosa, el ángel de sus sueños, la perfección de gracia y hermosura, creado al ardor de su fantasía, y crees tenerla a tu lado y hacerle notar todas esas bellezas de la naturaleza, y creo enseguida hablar de su amor poniendo por testigos a esa luna, a ese mar en que ella se refleja y al Dios mismo que los oye. Está Dios en todas esas cosas, se figura uno. La atmósfera está muy clara, y las noches muy hermosas. Todo va bien en cuanto a salud y bien se está a bordo. De noche, en la comida o el almuerzo, discutimos con Arcos sobre toda materia y algunas veces, muy acaloradamente, cuando hablando sobre política, se mezcla el nombre argentino en el asunto. Pero todo nos

conduce a mayor claridad sobre cuanto asunto, así es que siempre damos ventajas de nuestras discusiones.

Jueves 29. Catamarca

Anoche me acosté a las 11 y media después de haber tocado la guitarra sobre cubierta a la luz de la luna, y a la claridad de las miles de estrellas con que estaba tachonado el cielo. Tal vez me acordé en mi cabeza llena de entusiasmo con la música, la luna y la mar, y me he despertado soñando en que estaba en Catamarca y en compañía de mi prima Corina Soria, en una quinta muy hermosa a donde me había hecho ella llamar de un baile a que habíamos asistido los dos. Ella se quejaba de que yo no la amaba y cosas por este estilo. Yo debí decirle que se equivocaba porque si yo hubiera sabido distinguir qué laya de sentimientos abrigaba cuando jugábamos juntos, hubiera visto que era amor en vez de otro interés.

No es esta la primera vez que sueño con ella, y eso sé muy bien de qué viene. La he querido más que a todas mis primas sin saber cómo ni para qué, y sin poderme yo mismo explicarme ese sentimiento. Desde que la he dejado de ver ahora ya ocho años siempre pensaba en ella, ya en Chile, ya en California y ¡quién sabe si ella se acordará de su primo!

El viento está más fuerte hoy que ayer. A la madrugada se nos quebró el gancho del botalón de proa con que casi desarbolamos. No es de lo más agradable en alta mar quedarse sin palos.

Abordo del Godefroy, 10 grados al sur de la línea.

Domingo 1 de agosto de 1852

En los dos días últimos de julio, ayer y antes de ayer, hemos tenido los vientos más malos que hemos experimentado en toda nuestra navegación. El 30 y 31 no se registró nada en mi diario porque ni quiero tener memoria de ellos. El viento de proa a más de arrebatarlos muy lejos de nuestro rumbo, nos tenía en un balance que no nos dejaba ni comer ni dormir. Han sido los dos días más incómodos que hemos sufrido, también para que todo sea malo hemos tenido desde antes de ayer muchos chubascos, cosa extraña estando en la latitud en que nos hallamos. Hoy no es mucho mejor, el viento sin embargo mejora una cuarta desde esta mañana. Yo me he pasado estas dos noches de 30 y 31 con las ventanas de mi cámara abierta, viendo desde mi cama y en la oscuridad las oscilaciones de la mar en medio de los chubascos. Anoche estaba lo mismo, solo que en vez de estar a oscuras, mi cámara estaba alumbrada por la luz de la luna que entraba de lleno por las ventanas y bañaba toda mi cámara. ¡Qué hermoso es comparar así en ese retiro los más presentes con los pasados, por más que los pasados hayan sido dobles de felices que los presentes!

Lunes 2 de agosto

Estamos hoy a 17 grados sur de la línea y el viento ha mejorado dos cuartas desde ayer. ¡Dios mío, cuánto influye en la vida del navegante y en su dicha una cuarta más al norte o más al sur! Y sin embargo esa mejora es nada para nosotros, que estamos tan lejos de tierra. Quién sabe cuál vaya a ser el fin de un viaje tan desgraciado en vientos como ha sido este hasta aquí.

Hoy es día de Porciúncula si no me olvido. ¡Dos de agosto! ¡Cuántas veces en estos años y en otras circunstancias me he pasado este día entero en la iglesia para ganar la indulgencia plenaria, después de haberme confesado y comulgado! Cuán lejos se han ido esos años y esas costumbres colegiales para mí. Es seguro que hoy se ha confesado y ha comulgado mi mamita, y que ha ofrecido por mí, que estoy ausente, todo lo bueno que haya hecho hoy. Pobre mamita, ¡qué lejos me parece que está el día en que deba abrazarla! ¡Dios querrá que se acerque, también él fue hijo y sabe lo que es eso!

Martes 3 de agosto

El viento mejora cada día, y hace que cada día me acerco más de Chile. No hay noche que no sueñe con mamita. Anoche soñaba que estaba con Darío y Juan, que dicha tuve, y con qué gusto voy a abrazarlos. Dios mío, me parece que tarda siglos en llegar el día en que deba abrazar a todos los de mi familia. Jamás he sentido mi corazón más henchido de ternura y amistad. Necesidad tengo de desahogarme en sus brazos. Estamos a 19 grados sur de la línea. Sigo mi estudio del italiano, por más que ya tengo muy poco que estudiarle, pero me perfecciono en el modo de pronunciarlo, que es lo mejor. Algunas composiciones he hecho a bordo en la guitarra y gustan mucho. Pero es nada, me digo yo a mí mismo. ¡Dios mío! De golpe, hablando de guitarra, me ha venido el nombre de Mariquita a la cabeza. Pobre ángel, que hará a estas horas en que su Ramón piensa tanto en ella. ¡Qué será de misterios! ¡Dios mío, Dios mío! Cuánto amor, cuánta compasión y ternura tengo por ella. ¡Oh! Mucho sufro y gozo cuando la recuerdo.

Miércoles 4 de agosto

Estamos en calma, cosa bien extraña en la latitud en que nos encontramos. Pero solo a nosotros nos suceden estas cosas raras que jamás son en favor. Quién sabe cuántos días más de calma vamos a tener. El mar está como un espejo, no se mueve un pelo sobre el agua, y tan azul se ve que parece agua de añil. Quema mucho el sol y a pesar del toldo, apenas se aguanta el calor sobre cubierta.

Las 11 de la noche sigue la calma, y a estas horas hemos sentido llegar unas brizas muy suaves pero de muy buen lado, quiera Dios que soplen. La luna brilla en la mitad de los cielos, y las estrellas hacen la corte a esta luna de la noche, brillantes como ella. Qué hermoso se ve lo inmenso del mar en que reproduce la luna y los millones de estrellas, reverberando como el sol en medio día. Apenas se mueve el buque y eso da además un aire de silencio y misterio importantes. A lo lejos en el horizonte se ven algunas nubes que van asomando y que el experto ojo del marinero y oficial de guardia no pierden de vista un solo segundo. El viento me parece que va a tornar en bueno. *Mio signore oh! Io sono contento, Pietro*²³⁵. Esas palabras se han cruzado entre el piloto que da paseo sobre cubierta y el pirata que hace su guardia en el timón.

Jueves 5 de agosto

También hoy nos sigue la calma y hoy es más completa que ayer. Estamos a los 21 grados sur de la línea y pasado el trópico; hoy antes de almorzar hemos pesado un inmenso tiburón de 8 a 9 pies de largo con su ancho correspondiente. Qué hermoso animal mientras andaba en el agua, y qué feroz mientras veía algo que devorar. La descripción de la pesca de este monstruo la debo encontrar en mi libro de traducciones, donde hay minuciosidades muy notables sobre lo que nos pasa cuando abrimos la barriga de este animal, en que se encuentran muchas mangas de chaquetones, pañuelos y hasta una caja de cartón que un momento antes había yo botado a la mar. Seguramente este animal nos sigue desde dos o tres días a esta parte. ¡Leer la descripción a que me refiero si quiero ver algo curioso!

A bordo de la Godefroy, a 21 grados sur. Viernes 6 de agosto de 1852

Sigue la calma, sin variación ninguna, cosa realmente extraña estando como estamos a 21 grados y en estación de invierno en estos mares. Ya hemos pasado el trópico, y tenemos sin embargo mucho calor, todo consiguiente de las calmas que experimentamos aquí. Nos entretenemos en pescar pájaros y pescados, todos con anzuelo. Yo pesco desde mi cama por las ventanas de la cámara de popa. Mi cámara ha llegado a ser mi residencia en días tan notables para mí, en horas tan angustiadas a veces, tan felices otras, no quiero que se me olvide y voy a pintarla como está hoy en este momento.

Tiene una puerta de caoba con un tirador o pasamano de vidrio cortado. Tendrá mi cámara 2 varas o tres de ancho por cuatro de largo. A la entrada, a mano derecha, está mi cómoda y

²³⁵ *Mi señor, ¡oh! Estoy contento, Pietro.* Traducido del italiano.

en seguida dos grandes camarotes, uno de los que he cedido a mi amigo Carson en que tiene su cama y el otro que es ocupado por la guitarra, algunas encomiendas que me han confiado, libros en francés e inglés, y algunos útiles más de navegación. Al fondo de la cámara hay un hermoso sofá de crin que ocupa todo el ancho de la pieza y abajo de los cojines hay cajones de secreto que contienen licores finos de todas clases, como champaña, oporto, jerez, cerveza, etc., sabido es que sabiendo el capitán que yo soy el más sobrio de cuantos aquí vienen, se me ha confiado a mí el depósito de bebida ... Sobre el mismo sofá, una media vara más a popa, se eleva una especie de altar también de largo, quiero decir de ancho de la cámara. Tiene vara y cuarto de ancho y tiene a más una baranda de bronce por la orilla, perfectamente hecha, para sostener en el balance al que duerme allí, para que no caiga al suelo. Ahí tengo yo mi cama, cosa que en nada es camarote porque no es estrecho ni de alto ni de ancho. Dos ventanas grandes se abren a la cabecera de mi cama, y otras dos a los pies, y cuando están cerradas veo por ellas lo mismo porque son de vidrieras. Toda la camarita está forrada en terciopelo mordoré, grabado con flores de lo mismo. En los dos ángulos de la cámara, a derecha e izquierda, hay dos espejos de cuerpo entero incrustados en la misma muralla y de grueso de una peseta; el cielo de la cámara está pintado de blanco y el suelo entapizado con un tripe de color chocolate nada apetitoso. En el techo, hacia los pies de mi cama, he pintado, he dibujado a lápiz mi retrato con la fecha de ayer y mi nombre, para que sepan los que vengan más atrás a heredar mi cámara, que aquí ha penado un infeliz por dos meses, que ha llorado despedidas, que ha sufrido martirios, que ha padecido escasez de amistad, de amor e ilusiones, que ha llorado como otro Don Quijote en Sierra Morena ausencias de Dulcineas; pero sin hacer más penitencias que las de rimar algunos versos. Así, el que viene más atrás dirá, “aquí ha estado otro infeliz como yo, que ahogó sus pasiones por dos meses, y sufrió cárcel y escasez en todo, yo debo consolarme pues que debo esperar librarme de aquí como él se libró”.

Siempre que miro en mi cama con el libro en las manos veo mi retrato como que dicen que es muy parecido, y me figura la idea que se formara mi sucesor al ver cada una de mis facciones y la inscripción y el verso debajo. Si se le antoja también dejar el suyo, ya luego tendrá la Godefroy una galería de los buenos muchachos como yo, que han navegado a su bordo. A la entrada a la derecha y cerca del espejo, se abre una puertecita pequeña que da paso a un cuartito en miniatura, en que está el lavatorio, y otro departamento que yo llamo *The House of commons of England*, Casa de los Comunes de Inglaterra, que aunque no se parece en el tamaño, sin embargo son semejantes en el nombre. Pasó aquí en mi cámara muchas horas encerrado solo, y ya escribo en mi diario como ahora, estudio la guitarra o consulto autores clásicos o traduzco el italiano, las cartas Críticas de Baretti o ya, en fin, escribo algunas poesías inspiradas por la ausencia o el silencio, o ya por el recuerdo de mejores días comparados con los presentes o ya por la hermosura de los cielos con su luna y sus estrellas, o ya por la ferocidad de la mar algunas tormentas. Después de la ración particularmente, me escapo de la cámara grande y de la

compañía de los demás pasajeros y me encierro en la mía, metido en mi cama, abro las ventanas por donde entran los rayos de la luna sobre mi cama y principio mi eterna meditación, viendo pasar las olas espumosas, y los mares que oscurecen titilantes la luz de la luna. Yo pienso en mis pasados días, y el tierno recuerdo de alguna persona querida trae lágrimas a mis ojos que se secan al nacer, y vuelven a cerrarse conforme es más o menos fuerte y apasionado ese recuerdo. Dios mío, y pensarán muchos al verme que mi genio es alegre ... Nadie sabe lo que pasa en el corazón de otro. Yo lloro en esas reflexiones a que aludo porque veo que mi corazón tiene un vacío eterno que no se llena jamás. Me figuro en mi mente imaginaciones ideales de mujeres que jamás he visto realizarse y ¡quién sabe si es eso que me hace creer que seré infeliz un día!

A bordo de la Godefroy, a 22 grados sur. Sábado 7 de agosto de 1852

Me he levantado a las cinco y media de la mañana, encontrándome con un viento muy fuerte en popa. El sol está templado como de primavera y no hay frío a pesar del viento. Es pues este día 7 de agosto muy hermoso, lleno de todo cuanto quiera desearse en alta mar. Muchos pájaros de lindísimas plumas revolotean en derredor del buque como si quisieran burlarse de la pesadez con que navegamos en comparación con ellos. El sol naciendo, entre nubes del color de nácar perdura en el horizonte, da una vista hermosísima. Todo el horizonte parece una sola llama que se anima y enciende. Más y más conforme se va asomando el sol, ¡qué hermosa vista!

El cocinero Pedro me vino a mostrar un pescado volador que había visto en el buque esta mañana al amanecer, tal es el día aniversario del 7 de agosto de 1851 que se registra en mi diario. Horrenda verdad de la nada de nuestras cosas, de la inestabilidad de nuestra dicha.

Sí, hoy es el aniversario del día más feliz que cuento en la pobre y mezquina historia de mi vida. Este es el aniversario de un día en que yo hallaba el mundo estrecho para caber con toda mi dicha, todo era pequeño y mezquino, raquítico comparado con mi felicidad. Los hombres eran despreciables enanos a mi lado, el mundo en sus glorias y riquezas, sus pompas, horrores y placeres, era un sueño de calenturiento, una mera fantasía en hechura comparado cuanto grande de mi dicha, con lo completo de mi placer, con lo real y positivo de mi ventura. ¿Y qué me queda ahora de esa dicha, qué me queda a mí de ese elevado trozo de ventura a donde subí, y desde donde veía al mundo tan pequeño, y a los demás hombres tan vueltos a nada a mi lado? ¿Qué me queda ahora de aquel 7 de agosto, hallando chico a mi corazón para contener tanta dicha creía que se desbordase por todas partes, qué me queda por fin de aquellos momentos en que hallaba suficiente a mi alma, siendo una para gozar todo aquel tesoro, aquel portento de placer? ¡Nada me queda ya de aquel pasado! ¡Nada, nada! Todo, todo, se ha evaporado, es humo en la inmensidad del espacio, todo ha huido lejos de mí como huyen de los oídos los débiles sonidos de un instrumento a manera que uno va alejándose. *Vanitas vanitatum et omnia*

vanitas.²³⁶ ¡Sarcasmo del tiempo! Señor omnipotente, que se burla de todos los que quieren hacer algo duradero en esta vida. Nada me queda de aquel día que fue sino el día presente, es decir la burla, el sarcasmo del tiempo, que se ríe hasta de sí mismo. Me queda el día presente, más para hacer resaltar la nada de aquel día ido que para recuerdo agradable, y hoy apenas sé que fui feliz, es decir que el tirano del tiempo, que ríe hasta llevarse el recuerdo después de haberse llevado la dicha, todo cae y se anonada a los acerados golpes de la mano del tiempo. Todo lo produce, todo brota y fecunda bajo la magia de su incontestable poder, pero todo cae, se aniquila y al fin reduce a la nada, que ni sus obras sean duraderas. Brotan mundos e imperios, y colosales monumentos, y momentos después los barre y sopla su polvo al aire, haciendo su vil juguete de todo lo que cae bajo el peso de su mano. Para él, son ligeros instantes lo que nosotros llamamos siglos, y son para él castillos en el aire lo que el hombre llama un eterno monumento. En vano se empeña el hombre en eternizar su memoria, y en vano su estúpida vanidad recurre al mármol, al bronce, a la plata y al oro, en vano eleva pirámides y sepulta en sus cimientos los pensamientos como a prueba del tiempo; en uno, dos o cuatro siglos, nomás que segundos para él, no han de estar esas orgullosas crestas que tocaban hasta el cielo ni de esos cimientos que bajaban hasta el abismo, ni siquiera la memoria. ¡Si digiera que el tiempo es otro Dios que disputa el ser supremo sus principales atributos de omnipotencia y eternidad!

Sí, en mí, tengo el triste ejemplo, hoy 7 de agosto no tengo de la dicha de aquel otro día, ¡más que el recuerdo que quién sabe si va carcomiéndose ya en su camino al olvido! ¡Dios mío, que miserables somos todos! Hoy soy juguete de las olas, entonces pisaba firme en tierra, hoy navego incierto de lo que será mañana. Mientras que entonces corría la vista por el horizonte de mi porvenir y no le veía fin. Yo palpaba mi dicha. Me sentía otro hombre, el modo a más alta esfera, hoy apenas sé quién soy y a dónde me arrastra el destino. ¡Oh! Vanidad de vanidades. Ahora era infeliz porque mi corazón ha creado gustos y exigencias que no las puedo satisfacer, mi alma se ha forjado ilusiones que no alcanzaré nunca a realizar. Yo pienso, ante todo, una mujer como el ideal que mi fantasía ha creado, como yo la veo en mis sueños, una vez que debe ser, como a mi juicio en mis horas serias de pensamiento, debe ser la que está destinada a ser la mitad del hombre, la mitad de su alma, el alma de su vida, unida, que está destinada a formar el cimiento de la grande y difícil obra de la dicha del hombre. ¡Bien, yo quisiera en primer lugar una mujer así y esa mujer no las hay en el mundo, ninguna llena un ideal!

Y he ahí una primera exigencia, imposible de llenarse sin un primer vacío en el alma, una primera ilusión. Después quiero una sociedad al reverso de la que conozco, quiero esa naturalidad sin ficción, quiero franqueza e ingenuidad sin mentira, sin disfraz, yo quiero libertad y no esclavitud en todo, quiero fraternidad y sencillez de costumbres, quiero el buen tono, el gusto refinado sin la estúpida etiqueta, sin la tirante ceremonia en todos los actos

²³⁶ *Vanidad de vanidades, todo es vanidad.* Eclesiastés (Ec. 1, 2). Traducido del latín.

y miramientos del hombre, quiero goces sin torpezas, y placeres sin orgía, quiero lo que yo mismo apenas puedo comprender pero no explicarlo, y todo eso es imposible de conseguir. Quiero ser rico como todos, grande como todos, o que todos sean pobres y humildes como yo, y va Dios mío hasta lo infinito la aspiración de mi alma, ¡sin que jamás se satisfaga en ningún respecto! ¡Miento! Yo estaba satisfecho una vez, el 7 de agosto del año pasado, pero duró poco, yo mismo me cansé de gozar y triste de mí, no supe estimar mi ventura. Ahora que sufro con el recuerdo, ahora que soy infeliz, sé lo que entonces no supe estimar. Sin embargo, yo bendigo esas horas de suprema felicidad, ¡yo las consagro en mi memoria a un recuerdo eterno y dulce! Yo venero esos momentos y respeto su recuerdo con la santidad del misterio que encierran. ¡Sí! benditas eras las horas de ese día y los meses que se siguieron hasta hoy. En mis horas de amargura yo te recordaré, ángel de ventura y de paz, y mi corazón saltará de gozo. Allá en mis días de mayor desengaño y disgusto, cuando ya venga el hastío del vivir, el fastidio del goce y del placer, y el cansancio del ruido del mundo, yo te recordaré M. y entonces seré dichoso como fui el 7 de agosto. Y pensaré en tus lágrimas, yo recordaré tu rostro y dicha en unas veces, y en otros oscurecido por las lágrimas de tus celos, pobre tonta, no amaba sino a ti, yo te compararé con la virgen dolorida y lloraré contigo, ¡o reiré conforme venga el recuerdo! ¡Bendita seas M.!

Era aquel 7 de agosto fresco como este (ver el 7 de agosto pasado), era un día hermoso de verano, o más bien una mañana de verano en que California, en el edén del mundo, es tan hermosa. La noche del 7 de agosto era aún más hermosa, la noche estaba la luna en la mitad de los cielos, la atmósfera limpia y las estrellas brillan como nunca. Al calor del día de verano había sucedido esa noche divina, fresca y clara como una mañana en los trópicos, o como la bella en los quince, o más bien como tú misma, M. ¿Di, no te acuerdas tú? ¿O que sí, porque muchas veces me has mostrado tus notas, y mil otras me has descrito esa noche muchos meses después? ¿Y también para ti se ha ido lejos, no es verdad? Y tú lloras como yo, o más que yo y eres infeliz como tu Ramón. Pero tus labios sonríen después del llanto porque tú esperas, no sabes por qué, ¡que tu Ramón cante otra vez a tu lado! ¡O quién sabe si tú, el tipo de la hermana mejicana, de la mujer como la de Dios al primer hombre, pura, buena, virtuosa, amante, fiel enamorada, quién sabe si tú, decía, vuelvas a ver tu cielo de Méjico, y la marchita planta de la fortuna, sin raíces ni suelo propio te haga sombra en tu dulce sueño como el 7 de agosto! ¡Quiera Dios que seas más feliz que lo que eras cuando te vi por la última vez!

Son las 11 de la noche, y yo sé que tú ves la luna y piensas en mí como yo la veo ahora y pienso en ti, M. Para almas grandes y sensibles como la tuya, la luna es un ser a quién se confía para desahogar sus penas y su tormentos. ¡Cuántas veces me has hecho tú la descripción de aquella poética noche del 7, y cuántas veces te has quejado de que soy frío y que no recuerdo las minuciosidades! ¡Ahora al menos no te quejarás! Yo velo contigo y veo, como tú, la luna, y recuerdo la serenata que hice para ti y que cantabas con preferencia porque era en alusión a esa

noche venturosa y porque ella principiaba con recordarte un hecho. ¡Todo el silencio, duerme ya. La luna en el cenit, bella. De tu jardín, por la orilla, mi indeciso paso va! ¿Lo cantas aún M.? Oh, perdona que ni siquiera muestro de dudarle al preguntártelo. Pobre ángel. Muerta estarías mejor porque irías al cielo, volverías a tu patria, ¡de donde emigraste para no causar envidia a los demás ángeles!

Jueves 12 agosto

Después de 4 días de viento de proa y de calmas hermosas, hoy tenemos viento de popa. El 7, después de durarnos el buen viento todo el día, nos cambió el viento al rayar el 8. Parece que el cambio es bueno y no fue sino para celebrar la fecha del tránsito y volvería malo después. Así es que estos cinco días pasados los doy por no existentes, porque el que navega no cuenta un día cuando ese día es sin viento bueno. Sin embargo yo no los he perdido en lo que hace a seguir el programa que me tracé al embarcarme. Voy bien de salud y de estudios. Llegaré a viejo y estudiaré siempre. Distrae tanto el estudio de cosas que uno no quisiera recordar, ya porque fueron felices y pasadas, o porque fueron infelices y ¡esas no traerán sino amarguras hasta en el recuerdo! El día está claro y el viento bueno. ¡Gracias a Dios!

A bordo de la Godefroy, a la altura de Valparaíso. Sábado 14 de agosto de 1852

¡Gracias a Dios! Hoy vemos la luz con doble placer. Anoche hemos estado todos al pasar frente a la isla de Pascua. Por una diferencia en el cronómetro nos hemos hallado pasando la isla, y ¡casi teníamos la proa sobre ella! Nadie ha dormido anoche, porque el mismo capitán, conociendo el peligro en que estábamos, ha andado toda la noche con el piloto. La isla tiene de 14 a 15 millas de largo sobre un ancho correspondiente. No es tan peligroso el pasar la isla cuanto los innumerables bancos de arena a ras del agua de que está rodeada la isla. ¡Dios mío, y qué horas tan amargas para uno cuando está así a merced de un peligro! Para ser peor, nuestra estación, la noche estaba muy oscura. Al entrarse el sol, se oscureció el cielo completamente y no veíamos ni a una corta distancia. Las guardias que el capitán había puesto en la popa nada veían por la oscuridad de la noche, así es que íbamos como a ojo vendado y en medio de tanto peligro. Yo he pasado la noche horas en mi cámara a oscuras y otras horas sobre cubierta. Por intervalos han caído unas lloviznas bastante pesadas. Recuerdo que hoy es víspera del tránsito de María, y que yo en estas fiestas solía siempre estar vestido de ángel cuando tenía ocho o siete años ... ¡Qué tiempos los que lejos se han ido! Ahora saldría más bien de diablo que de ángel.

Martes 17 de agosto

Nos ha seguido un buen viento por estos dos días pasados pero en cambio hemos tenido un movimiento insoportable. Ayer me levanté a las 5 de la mañana sin haber pegado mis ojos. Ni el capitán durmió porque era imposible. Jamás he visto un balance igual. Era preciso que nosotros experimentáramos que nada faltara de malo en nuestro viaje. Hoy por ejemplo tenemos ya el viento por la proa y lo tenemos desde ayer a las 3 de la tarde. Un pobre chubasco vino y nos quitó el viento de 9 millas por hora. Hoy no hacemos rumbo sino muy malo. El viento está muy fuerte y hace un frío insufrible. Llovizna a veces, y en otras abre el sol por momentos y se oscurece en seguida. Tal es el día 17 de agosto.

Miércoles 18 de agosto

Hoy estamos ya al sur de Valparaíso con latitud de Talcahuano. El viento nos ha arrojado hasta sin dejarnos esperanzas de un viento que nos eche a tierra. El tiempo es perfectamente igual a aquel que suele hacer en Talcahuano por esta estación. Ahora cuando nos venga el norte es cuando ya no lo necesitamos, y tendremos que tomar el puerto si es que lo tomamos así a la lotería. Yo paso las horas más desesperadas que nunca a manera que me acerco un grado o dos de Valparaíso. Me parece más largo e interminable el viaje. Dios mío, y pasaré así los días sin siquiera tener esperanzas de llegar. Sin embargo, yo sigo estudiando en la traducción de las cartas de Baretta en italiano. He hecho algunas piezas de guitarra, y algunos trabajillos más en que paso el tiempo ocioso.

Jueves 19 de agosto

El viento es bueno y nos lleva casi a nuestro rumbo. No es poca dicha. El corazón me salta de placer a la idea de que en pocos días más, si Dios lo quiere, voy a estar en los brazos de los míos. He visto esta madrugada el salir del sol y he quedado muy encantado de ello. Para vistas hermosas no hay como el mar. ¡Lo que es el mundo! El año pasado por este mismo mes y días tuve que andar algunas leguas de a pie en Calaveras, andando con mi libro bajo del brazo como un religioso con su breviario. Cuántas memorias agradables de esa época y de esos días. El 23 vendrá luego y entonces será un aniversario triste ahora como fue el 7, pero de muy felices recuerdos. Dios mío, qué cambio entonces, andando a pie por tierra, cansado y fastidiado, hoy en el mar muy cansado y doble fastidio.

Viernes 20 de agosto

El viento es norte y nos lleva a un largo a nuestra dirección, qué alegría hay a bordo. El capitán ha ordenado al cocinero para una buena comida, y al mayordomo que nos ponga buena champaña y buen jerez. El almuerzo ha estado muy animado todos respirábamos contentos y comíamos mejor que nunca. Los días así a bordo son muy agradables, pero cuando el viento es malo, cuando hay marejada o temporal, entonces, Dios mío, se sufren martirios de tristeza. Si el viento sigue así, el jueves de la semana entrante tocaremos en la isla de Juan Fernández, la patria de Robinson Crusoe, tomaremos huevos y gallinas, casaremos si hay tiempo un rato y seguiremos nuestro derrotero a Valparaíso. Puede ser muy bien que hallemos algún hombre que quiera salir de allí y eso le será un consuelo grande para él y nosotros. Así pensamos que será, quién sabe ahora lo que Dios disponga.

Las codornices van muy bien, mejor que nunca, parece que ellas no sienten lo malo del tiempo jamás, siempre van gordas y contentas, siempre cantan a pesar de las ratas que las persiguen. No me acordaba que esos animalitos son macho y hembra en una sola jaula, ¡por eso les es feliz la prisión!

A bordo de la fragata Godefroy. Sábado 21 de agosto de 1852

Estamos hoy a los 34 grados de latitud sur y 99 de longitud, de modo que hemos pasado 2 grados casi de nuestra latitud necesaria. No puede ser menos con el ventarrón norte que llevamos. Ahora, cuando no lo necesitamos y cuando está más fuerte que nunca. Todo es para que el viaje ande al revés. Qué hacerle, ya vamos un poco a la orilla por más que vamos cayendo y levantándonos. El día está muy frío, el viento que nos lleva de bolina nos da muchísimo movimiento, así es que la molestia es doble. Nos entretenemos en cazar pájaros a anzuelo, lo mismo que pescados. Hemos fallado tres o cuatro, les hemos puesto un papel con [ilegible] y altura y los hemos soltado otra vez.

Martes 24 de agosto

Después de tres o cuatro días de viento norte muy fuerte que nos echaba al sur de Talcahuano ya, hoy tenemos un buen viento casi en popa. El día está hermoso y no muy frío. Vamos andando de 7 a 8 millas por hora. Las 12 del día, y estamos peleando con un horroroso chubasco. Jamás había visto otro igual. El cielo se ha cargado de nubes en un momento y el horizonte se ha reducido tanto que casi no alcanzábamos a ver más allá del buque. Ha caído una media

hora un diluvio de agua, y doble más que la que nos ha llovido en todo el viaje. Yo he abierto las ventanas de la cámara y a una vara de distancia no distinguía nada, nada. Así es que nos ha llenado de agua y de viento el tal chubasco. Pero muy hermosa vista.

Las 12 de la noche más hermosa que haya visto yo en el mar. La luna está en creciente y brilla en este momento como si fuera un sol, pero con su luz blanca suave y plateada. El cielo está muy estrellado y el viento, no muy frío ya que podemos gozar de la hermosura de la noche sin frío, sin calor, sin movimiento. ¡Las olas que vienen, chocan y se rompen en la proa de la Godefroy, como otras tantas estrellas en este cielo! *Que bello e navigare vento in popa in questo mare.*²³⁷ No sé qué italiano decía eso, creo que era Baretti. Ya es tiempo que me recoja, adiós.

La isla de Juan Fernández. Sábado 28 de agosto

Hemos tenido mucha suerte hasta hoy desde ahora 8 días. Hoy a las 8 de la mañana, poco más o menos, hemos avistado la isla de Juan Fernández. Dios mío, que dicha experimentamos todos los pasajeros cuando vimos al capitán decir, “allí está la isla de Juan Fernández”. En efecto, una hora después estábamos en la isla viendo sus árboles, sus animales y su primavera asomando. Yo me he trasladado al momento a aquel tiempo de niñez en que por la primera vez leí a Robinson Crusoe. Me parecía estarlo viendo apacentar su pequeño rebaño saltando alegremente por los riscos a la par de sus animalitos, me parecía ahora mismo estar viendo su cabaña, sus plantas y saludando la aparición de un buque a sus playas. Suyas debían ser esas playas, porque si se las dio la desgracia y sus títulos, eran más sagrados que ningunos. Hemos pasado a muy corta distancia y hemos podido ver el terreno, la clase de sus árboles y hasta las casitas de la costa. Dios mío, qué placer hemos tenido al ver tierra por la primera vez después de 63 días de viaje con tantos peligros. Ya me parecía estar en tierra y abrazando a cada uno de los de mi familia. ¡Dios mío, cuanto te bendigo tu bondad! ¡Cuán ingratos y desagradecidos somos a tus beneficios! No hemos bajado a tierra, como pensábamos, por no perder el tiempo y el viento que estaba hermoso. Andamos de 8 a 9 millas en un viento claro. Hoy tendremos una buena comida en celebración de haber salido bien el capitán en sus cálculos con respecto a su cronómetro y estima.

Ayer también tuvimos un hermoso día. Después de lavarme y vestirme, subía ayer sobre cubierta cuando un marino gritó “una vela a sotavento”. Yo tomé el antejo al momento y vi que era un hermoso bergantín con dirección a California y con bandera americana. Dos hurras, después estábamos conversando de todo a bordo. Nos dimos la longitud y latitud y no había

²³⁷ *Qué bello es navegar viento en popa en este mar.* Traducido del italiano.

entre los dos ni cinco millas de diferencia. A las 4 horas nos separamos, nosotros a Valparaíso y ellos a San Francisco de California.

Domingo 29 de agosto

Creíamos divisar tierra hoy, pero una niebla muy espesa nos privó de ver al menos la cordillera de los Andes. Un gusto tan grande voy a tener yo en sorprender a todos los de mi familia con mi llegada, yo que me resistía a venir y que con la última carta les decía que me esperasen en un año más. ¡Qué agradable sorpresa vamos a tener! Ni siquiera se imaginan que estoy en marcha o que tengo intenciones de venir.

Yo había querido llegar hoy para celebrar mañana el día de mamita (Santa Rosa) en Valparaíso, y quién sabe si ella está allí de paseo o en Concepción. ¡Oh! Dios mío, me salta el corazón de placer y parece que se me quisiera escapar del pecho. Mañana, a cualquier hora que llegue, siempre llegaré a tiempo para tomar un vaso de vino a la salud de mamita. ¡Pobre viuda! En sus días ella hacía sus bailes a que asistían todos los más notables personajes de Catamarca, y parece que ese día todos se alegraban con ella. Qué lejos se han ido ya esos días. Ya ella es viuda y ...

Chile, 1852–1855

Chile, Valparaíso. Lunes 30 de agosto de 1852

Al fin tiene mi diario su fecha en tierra y en la ciudad de Valparaíso. Avistamos tierra a la madrugada pero había una niebla tan espesa que no podíamos dar con el puerto y así tuvimos que salir afuera de nuevo. A las 8 o 10 la niebla se disipó un poco y volvimos a virar para tierra, pero la desgracia que nos ha perseguido todo el camino ha querido probar nuestra paciencia hasta aquí, cuando menos pensábamos nos ha calmado el viento en medio de la Bahía a vista del puerto. Nuestra impaciencia crecía cuanto más cerca estábamos. Dios mío, 65 días de viaje penosísimo, lleno de peligros y sobresaltos, no tener siquiera la dicha de entrar al puerto, viendo las casas y los buques. A la una de la tarde nos vino una ráfaga de viento que nos movió casi hasta dentro del puerto, pero luego calmó otra vez. A ese tiempo principiaron a llegar chalupas desde tierra. Ya el capitán había perdido las esperanzas de entrar hoy. Pero tanta fue nuestra insistencia que al fin accedió a nuestro empeño y mandó las chalupas que amarrasen para entrar a remolque. A las 3 y media en punto hemos botado el ancla. El capitán de puerto vino a su visita y embargó a bordo a Santiago Arcos para que no bajara a tierra.²³⁸ ¡Pobre! ¡Después de tantos días!

Yo bajé a tierra con Carson y tomé un birlocho. Estaba lloviendo, pero ¡qué me importaba mojarme! Venía a sorprender a Samuel y Mardoqueo que ni siquiera se imaginaban que yo hubiese determinado venirme. Así pensaba yo, pero me equivocaba. De California me habían escrito mis amigos Alfredo Mix y Alex Enyart y sus cartas, que llegaron por el Vapor diez días antes, vinieron a venderme aquí. Llegué yo esta mañana a casa de mi tío Ventura, subí la escalera y sólo encontré a mi tío Ventura. Me abrazó lleno de gusto y dijo a las criadas, que ya se apresuraban a ir a ganar las albricias a Mardoqueo, que me condujeran a mi cuarto. La bulla avisó a Mardoqueo de todo, lo encontré en el patio y caí en sus brazos. Dios mío, qué placer tan grande ... esto se siente y no se pinta. Un momento después llegó Constanca; la abracé y pregunté por Tomasita y Samuel. “Tomasita está en Santiago,” me dijeron, “y Samuel está en el puerto de guardia esperándote. Tenemos un hombre apostado para que venga a avisarnos en el momento que llegue la Godefroy.” De modo que salí mal con todo mi empeño por sorprenderlos. No conté con la ligereza del vapor y los contratiempos de un buque de vela. He llegado

²³⁸ En razón de la pena de destierro que se había pronunciado en su contra, a raíz de la sublevación de 1851.

por feliz coincidencia en día de mamita, día de Santa Rosa de Lima 30 de agosto. Después de estar un momento en el cuarto de Mardoqueo con Ventura y Javier fuimos con Mardoqueo en busca de Samuel, a quién encontramos en el Hotel de la Unión. Lo abracé por detrás sin que me sintiera, júzguese si sería grande su sorpresa. A más tuve el gusto de encontrar con él a Fabio Zañartu, mi antiguo amigo y me senté en medio de los dos a comer. ¡Qué gusto, Dios mío! Apenas creía en tanta dicha. Mamita y toda la familia en Concepción está muy buena. ¡Gracias a Dios! Ya pasaré yo muy luego a verlos a todos.

Se ha establecido en Valparaíso un Club Constitucional argentino para ocuparse con todas sus fuerzas de la grande obra de la pacificación y organización de nuestra patria.²³⁹ El Acta se ha firmado hacen pocos días bajo la presidencia del Sr. Don Gregorio Gómez y por su secretario Don Carlos Lamarca. Yo he sido incorporado esta misma noche y he firmado el acta que está sencillamente redactada y suscrita por hombres todos de la mayor importancia como son el Sr. Dr. Alberdi, el Dr. Zapata, el Dr. Villanueva, el Sr. Videla, Ventura Ocampo, el Sr. Borbón, Sáenz, Don Manuel de la Vega, Samuel, Mardoqueo y Ramón Navarro. Samuel ha sido nombrado secretario redactor de la sesiones del Club y Mardoqueo, tesorero de sus fondos. El objeto del Club es, como lo dice el acta, ocuparse de la organización de nuestro país y emplear para ese fin todos los medios que están en nuestro poder. Trabajaremos en la prensa con nuestras ideas, propagando las que sean puramente de libertad y civilización; usaremos nuestra influencia en la República Argentina y trabajaremos hasta en la prensa del extranjero nombrando para el efecto corresponsales que, como nosotros, se interesen en la organización de nuestro país. No omitiremos medio legal y honroso para conseguir el fin que nos proponemos. No protegeremos ningún partido ni perseguimos ninguna opinión política. Nuestra marcha, como lo muestra el Acta, será uniforme, en el sentido de trabajar por la organización de la República y nada más, no importa cuál sea el partido bajo el cual ella se constituya.

La sesión de esta noche ha estado muy buena. El Sr. Alberdi, en un discurso lleno de elocuencia y patriotismo, ha puesto más de manifiesto las miras del Club. Se han nombrado corresponsales en Santiago y en los demás puntos de la República donde se encuentren emigrados argentinos. Vamos a hacer también un propio a la República Argentina llevando el acta y las notas por las que el Sr. Presidente, en nombre del Club, nombra corresponsales en cada una de las provincias argentinas. Por Catamarca he indicado yo a Manuel José Navarro²⁴⁰ mi primo y ha sido nombrado.

²³⁹ Este club fue establecido para promover las ideas de Juan Bautista Alberdi en los debates constitucionales en curso, y dar una voz a la emigración argentina en Chile y el Pacífico.

²⁴⁰ Era hijo del gobernador federal del mismo nombre. Ver carta de Navarro, Valparaíso, a Manuel José Navarro, Catamarca, 20 de septiembre de 1852.

Valparaíso. Miércoles 8 de septiembre de 1852

Tantas son nuestras ocupaciones desde que yo he llegado, que ésta es la primera vez que tengo tiempo para abrir mi diario desde que llegué aquí. Después que he llegado se han pasado tres días antes de poder ir a ver a mi hermanito Aníbal, que está en el Colegio. Lo hizo llamar Samuel como de costumbre, sin anunciarle que yo había llegado. Yo lo veía de un cuarto inmediato al salón sin que él pudiera verme, pero apenas he podido yo conocerle, tan grande ésta y tan formado después de cuatro años que no lo veo. A fin salí de mi escondite y el me saludó sin reconocerme; luego se quedó contemplándome un momento y al fin se echó en mis brazos llorando y diciendo, “Ramón Gil, no te había conocido”. Yo no pude contenerme más. La memoria de Tatita se me presentó en este muchacho que se le parece tanto, y después ¡yo no sé por qué le personifico en Aníbal! Tal vez porque es el menor de todos, porque es el huérfano, por decir así ... Yo he llorado como Aníbal, tal vez más ahora por mi Tatita que cuando recibí la noticia de su muerte. Pobre Tatita. La vista de Aníbal ha sido de mucho dolor y desahogo ... Cuanto quiero a este muchacho. Me arranqué de él en mi primera vista y él se quedó hecho un mar de lágrimas. Hoy le he visto por la tercera vez y siempre vuelven los llantos como en la primera vez que me ha visto. Ojalá que pudiera estar con él todos los días pero es difícil por el peso de nuestros negocios que se ramifican cada día.

Jueves 9 de septiembre

El domingo pasado he estado en el teatro que ha estado muy concurrido. ¡Cuántas hermosuras he podido ver! Aún no he visitado a las Riveras que me han mandado dar la bienvenida. Las vi en el teatro y me saludaron desde su palco, yo contesté el saludo y no fui a verlas. He visto a mi Sra. Juanita Antuna y Delfina. Están de luto por la muerte de Don Salvador. Delfina está como yo la dejé en todo sentido ... No hay cambio alguno según he notado y creo que todo renacerá a nueva vida con mi llegada. Me abraza al verme con toda la efusión y entusiasmo que le inspira el recuerdo de nuestra fraternal amistad. Me abraza llorando como se abraza a un hermano y me dijo, “yo soy la misma que Ud. dejó Ramón Gil, en nada he cambiado yo”. He sido presentado a las señoritas Turnes que viven en la misma casa que nosotros, pues que toda ella pertenece al cura Ambrosio, tío de las niñas. Me han parecido muy bien, muy amables y muy amigas.

Viernes 10 de septiembre

Los preparativos para el 18 de septiembre siguen aquí a gran prisa, aunque se dice que las funciones no serán tan solemnes y por estar aún muy frescas las llagas hechas en todos los

ánimos por la revolución del año pasado. Sin embargo Valparaíso es siempre alegre y festivo, lleno de movimiento y de vida comercial. Mucho es el adelanto que he notado desde el año 46 que la dejé. Aquí es asombroso para todos el adelanto de Valparaíso pero para mí es nada porque vengo de California, donde hay ciudades de tres años de existencia el doble más grandes que Valparaíso. Más suntuosas, más llenas de encantos y atractivos que ésta. Sin embargo Valparaíso es la bella de las ciudades de Chile, y la más europea y la más adelantada en todo sentido.

Sábado 11 de septiembre

Nada sabemos aún de Concepción después de mi llegada. Sin embargo, creemos que están buenos todos por lo mismo que no se apresuran a comunicarnos ninguna novedad. Mi vida en Valparaíso sigue llena de trabajo y movimiento, no dejo de tener mil cosillas que me entretienen y hacen sufrir. No sé decir muy bien qué es lo que me falta y lo que quiero. Lo cierto es que no estoy contento aquí. Sufro por memorias frescas de California y como no soy versátil en mis afecciones y extraño aquellas ... para quienes yo era su Dios, su dicha, su parabién, su ilusión presente y su esperanza. Aparte de eso, sufro internamente quién sabe por qué. Nada me falta y me falta todo, todo a la vez. He sido presentado a las señoras Marcos, muy amigas de toda nuestra familia y paisanas además. Me han agradado muchísimo porque son muy buenas y muy amables.

Domingo 12 de septiembre

Una revolución acaba de sofocarse en Santiago, y hoy ha llegado aquí la noticia de haberse ya fusilado cinco de los complicados en ella. Malo está eso en los días del aniversario de la independencia. El gobierno está con facultades extraordinarias y Santiago se ha declarado en estado de sitio. De Concepción se dice que salió el movimiento pero aquel intendente celaba alerta y todo se ha sofocado. Fabio, que se fue para Concepción por tierra y con quién escribí yo para toda la familia, ha sido apresado en Santiago como sospechoso. Pobre Fabio Zañartu, tu apellido te hará siempre sospechoso para este gobierno actual. Ya hemos escrito al Comandante General de Armas de Santiago, el señor Luna, pariente nuestro, empeñándonos por la libertad de Fabio y la conseguiremos porque a la verdad esta vez Fabio estaba muy inocente. Quiera Dios que nada le suceda, es tan buen amigo y tan caballero que no creo nada malo de él ...

Valparaíso. Viernes 17 de septiembre de 1852

Hoy es víspera de la independencia de Chile. Se deja ver en los preparativos y en las fiestas mismas que comienzan hoy. Toda la ciudad está conmovida, hay un ruido grande en las calles con los carruajes que van y vienen del Almendrado al puerto. En frente de cada casa ondea graciosamente el pabellón chileno, lo que da a la ciudad más que nada un aspecto festivo y alegre. En la plaza ondean las banderas de las repúblicas hermanas, y hemos visto con alegría la bandera argentina en la esquina del Teatro. Por un singular e indisputable privilegio la bandera argentina es la única que está desplegada al viento en este momento y ondea graciosamente en el aire, mientras que las demás caen sobre sus astas como velas de buque en las horas de calma o como las hojas marchitas del árbol de otoño. Esto nos ha consolado un poco de la tristeza natural que se apodera de todo argentino cuando ve en el extranjero el júbilo a que se entregan los nacionales en los aniversarios de la patria. Un grupo como de cien señoritas saludaban hoy al sol de septiembre con la canción nacional. En medio de la Plaza de la Victoria se ha levantado un entablado, y allí estaban al salir el sol dos o tres bandas de música acompañando en el canto las cien vírgenes que han cantado hoy a la independencia de Chile. Es fama tradicional que allá por los años 783 cuando aún Córdoba y demás pueblos de España estaban bajo la dominación de los moros, cuando ascendió al trono de Asturias el Rey Mauregato, en vez de oponer las armas a las de sus enemigos, concluyó un infame tratado con el Rey Moro conocido como el trato de las cien Vírgenes, y en que Mauregato se obligaba a dar como tributo anual para harem del Sultán cien doncellas de las más hermosas de Castilla, tratado que se cumplió anualmente con toda exactitud y que ha seguido siendo valedero por muchos años después, dejando en consternación a las pobres familias que veían arrancar de su seno a las más bellas y puras de sus hijas para prostituirlas en el serrallo del Sultán. La cantidad de cien vírgenes que han cantado hoy con sus sienas orladas de coronas al día de la Independencia y libertad de Chile, han formado para mí un contraste agradable con aquellas otras cien vírgenes españolas que lloraban mientras marchaban en grupo para Córdoba al serrallo del Sultán. Parece que éstas vengan ahora el ultraje hecho a sus hermanas y que desafían la tiranía cantando himnos a la libertad. Aquellas lágrimas de cien vírgenes movieron al fin el corazón y orgullo castellano hasta que sacudieron para siempre el yugo de los moros. Estas cien vírgenes de hoy cantan a la libertad que les dieron sus padres de la tiranía española, e inflaman el corazón de los jóvenes con el sagrado ardor de la independencia y la libertad. Mucho poder es Cien Vírgenes Unidas, y sin resistencia cantan o lloran con ellas los que las ven cantar o llorar.

Sábado 18 de septiembre

No ha habido ayer ni hoy parada militar por precaución tal vez por lo tempestuoso que se presenta todavía el tiempo político en Chile. Sin embargo ayer y hoy ha habido mil otros juegos que compensan al público del placer perdido en la vista de las paradas militares. En la Plaza de la Victoria ha habido equitación o sea maroma; un quiebra o rompe cabeza para los muchachos, un palo encerado con una onza de oro y ropa para el que consiga subir, que al fin después de muchas tentativas en los días, hoy a las dos, en presencia de toda la ciudad, se subió un marinero, se vistió rápidamente, tomó dos botellas de champaña que había en la punta y bajó en medio de ruidosos aplausos. Había además un chanco de cuya cola encebada se prendía la soberanía del pueblo. Ningún baile se da en celebración del 18 pero se habla de uno que se dará por el bello sexo al General Blanco²⁴¹ en su despedida para Santiago.

Lunes 20 de septiembre

En los tres días de fiestas del 18, lo que más ha contribuido para la solemnidad de ellos ha sido el teatro que muy eficazmente ha ayudado al festejo del aniversario. Se han dado tres excelentes piezas, tal vez las mejores que hemos visto en esta temporada. Cada una de ellas, a subida del telón, ha sido precedida por el canto de la canción nacional, o alguna alocución del aniversario pronunciada por alguno de los actores o actrices del teatro. Por lo demás hay muchos que dicen que las fiestas han estado muy frionas (sic), que jamás han visto otras iguales en lo insípidas. Por mí, es decir que lo mismo son si queda otro modo, desde que no tenemos parte en ellas los que no somos nacionales, como por ejemplo, yo. Además estoy triste, no falta nada a mi bienestar pero le falta todo, todo a mi corazón. Dios mío, yo sufro mucho y no sé decir de qué. Lloro como los niños de pecho, sin saber cuándo ni por qué. Algo hay de menos o de más que así afecta tanto mi presente y porvenir. Así concluyen los versos que compuse a bordo, tal vez nada he hecho más a mi genio carácter y posición en que me encuentro, ¡Dios mío, cómo recuerdo lo pasado!

²⁴¹ Manuel Blanco Encalada (1790–1876). General de las independencias, nació en Buenos Aires y se instaló en Chile después de la campaña libertadora al Perú. En Chile tuvo una larga carrera militar y diplomática. Ver la entrada del cinco de octubre de 1852.

Chile, Valparaíso. Martes 5 de octubre de 1852

Hoy es uno de los días más tristes que he tenido en mi vida. Díganlo sino los renglones que están dirigidos a mí mismo, en mi libro copiador de cartas, foja 119. Ojalá que pudiera olvidarme para siempre la causa que me motivó tanto dolor, por más que exista la memoria de mi sufrimiento. Hay cosas a que el diario mismo, con ser un secreto para uno mismo, no debe contener la causa de algunas horas de amargura porque, tal vez, uno deba perdonarlas porque vienen de quien vienen ... Yo he sufrido mucho, muchísimo hoy pero quiero olvidar ya, y que mi diario también olvide, la causa de tanta pena.

Esta noche tendrá lugar el gran baile que se da al General y Almirante de Valparaíso, Don Manuel Blanco. Yo estoy convidado ya, pero no sé si tenga alientos para ir allá estando mi alma como está.

Miércoles 6 de octubre

Anoche se dio el baile al General Blanco por el bello sexo de Valparaíso. Fue el baile en el teatro y estuvo concurridísimo. Todo el salón estaba rodeado de dos hileras de asientos, y ambos estaban llenos de señoritas sin que un solo asiento hubiera sido ocupado por ningún caballero. Yo fui al baile, como lo ve mi diario, pero no bailé sino una polka para pagar un compromiso. El salón fue adornado por una comisión, pero todo él a la idea de nuestro compatriota Don Carlos Lamarca y su señora.²⁴² Todos los palcos estaban ricamente adornados de blanco y celeste y en cada uno de los palcos había una letra componiendo el nombre del Gral. Blanco. Se le cantó al abrirse el baile una canción por seis o nueve señoritas. En el banquete se pronunció un sentido discurso por la Sra. Lamarca en nombre del bello sexo de Valparaíso dirigido al Gral. Blanco, quién contestó en iguales términos de ternura por su pueblo de Valparaíso. Se cayeron dos señoritas con los caballeros encima ... del modo más picante.

Viernes 8 de octubre

Son las siete de la mañana en que salgo para Santiago acompañado de mi amigo José Ramón Montt, sobrino del actual Presidente. Ayer estando en la mesa del Hotel de la Unión, me dijo

²⁴² Carlos Lamarca. Nacido en Galicia, llegó a Buenos Aires siendo joven y se convirtió en comerciante. Instalado en Valparaíso, se dedicó al comercio con Mendoza y participó en la política de la emigración argentina. Después de la caída de Rosas, se convirtió en cónsul de la Confederación Argentina y posteriormente de la república unificada.

que se iba a Santiago y que quería un compañero a toda costa. Que iba solo en su carruaje, que haría la primera jornada a su hacienda y que de allí pasaríamos a Santiago. Concluí por admitir su propuesta, nos citamos para hoy a estas horas y heme ya en el carruaje de viaje, tomando estas notas en mi cartera.

Me ha venido este paseo muy a tiempo y será el primer sacudón después que salí de San Francisco. Mi intención desde que llegué aquí de visitar a Constançita, mi Tío Gabriel y Tomasita que están allí, no esperaba para realizarse más que una buena comodidad. Ahora viajo con un buen amigo en un magnífico carruaje, pasearé un día a caballo en la hacienda y seré introducido a la sociedad de Santiago por el sobrino del Presidente, el león de allí, y por mi tío, el hombre más respetado tal vez de aquella capital.

Son las once del día en que hemos llegado a una posada que está entre los Molinos de viento y el pueblo de Casa Blanca. La posadera nos ha servido una hermosa cazuela como no se toma ni en el mejor hotel sino es en el campo. Ya este departamento pertenece al dominio del señor Montt como jefe de campaña y tal vez esto ha contribuido para que la posadera nos trate mejor.

Ferrocarril

Al subir el alto de los Molinos alcanzamos el cortejo fúnebre del Sr. Obispo Elizondo, muerto hace dos días de resultas de haber comido por 20 en el convite que se dio por la instalación de la primera piedra del Ferrocarril de Santiago a Valparaíso, el 1º del presente²⁴³. Son seis los carruajes que lo acompañan, y en uno de ellos va el querido sobrino del Obispo difunto. El cadáver va en uno de los seis carruajes en un cajón herméticamente cerrado. Dicen que lo embalsamaron ayer y que ha costado toda la operación dos mil pesos.²⁴⁴ Yo creo que si el Obispo hubiese podido hablar, habría protestado contra la exorbitante suma que le llevaban.

Las doce y media del día y vamos a salir de Casa Blanca para Orrego, hacienda del Sr. Montt, distante de aquí no más que una legua. Este pueblo de Casa Blanca es bien bonito y pintoresco. Las casas no son muy hermosas, pero para no ser una gran ciudad son muy buenas. No puedo dar fe de las casablanquinas porque aunque algunas se han asomado a las ventanas al pasar nuestro coche, no he podido verlas bien.

¡Qué diferencia, Dios mío, entre estos pueblos, con una edad cien años, y aquellas hermosas ciudades de California improvisadas en menos de dos años, y disputando en lujo y

²⁴³ Diego Antonio de Elizondo Prado (1802–1851), obispo y senador, una importante figura de la facción pelucona.

²⁴⁴ El embalsamamiento era un proceso nuevo por ese tiempo que llevó a cambios importantes en las prácticas funerarias, motivo del asombro de Navarro.

comodidades a las más antiguas de Europa! Parece que se resiente del carácter español, y uno no puede ver la diferencia que hay entre el americano del Norte y el del Sur sino en estas circunstancias. No hay duda que somos indolentes y sin genio emprendedor. Cuando se viaja por las poblaciones del campo en California entonces se nota lo que son los yanquis. Aquí todo es miseria y atraso en el campo desde las casas y sus comodidades hasta las cementeras de las haciendas.

Santiago. Sábado 9 de octubre de 1852

Ayer entre las dos y tres de la tarde llegamos a Orrego, hacienda perteneciente al Sr. Montt. Desde antes de llegar a las casas vimos ya algunas sementeras de trigo y cebada que están muy hermosas. Las casas no son de mucho lujo, pero lo suficientemente cómodas y bien amuebladas. Una caja de música nos entretuvo hasta que nos trajeron de comer. Después de levantarnos de la mesa, ya el mayordomo nos tenía prontos los caballos y salimos a recorrer la hacienda. Yo montaba el caballo de Montt, un potro negro que le ha costado 500 \$. Pero en verdad que jamás he visto un caballo más hermoso y de mejoras obras. La hacienda es hermosísima, y los campos están ahora en medio de la primavera como mejor se les pudiera desear.

Hemos salido esta mañana de Orrego a las ocho de la mañana, y hemos llegado aquí a las 7 de la noche aún de día. Yo me he bajado en el Hotel Inglés, el mejor que hay aquí. Hemos tenido un hermosísimo viaje. Llegamos a Curacabí entre las 10 y 11 del día. Hemos parado a almorzar a un hotel francés. Allí encontramos recién llegado también el cortejo fúnebre del Obispo, compuesto de clérigos, frailes y monigotes y algunos amigos de Arriagada, entre ellos nuestro amigo el Dr. Ferrier. El pueblo de Curacabí es poco más o menos que el de Casa Blanca, pero con más humos de ciudad. La cuesta del Prado, una de las más bonitas y elevadas que he subido en mi vida, es muy notable por las miles de vueltas que contiene.

Son las 7 y media de la noche. Acabo de recibir del Sr. Montt un billete incluyendo un cartel de invitación para el gran baile que se da esta noche en celebración del 18 de Septiembre que se dejó para hoy. Vaya proeza, quién sabe si pueda asistir porque voy ahora mismo a ver a mi tío y demás familia. ¡Dios mío, qué sorpresa van a tener ellos que no sospechan siquiera que estoy acá y que me van a ver después de 4 años!

Domingo 10 de octubre

Anoche no vi a Tomasita porque andaba con una amiga en busca de arreglo de cuentas con su confesor. La he visto solamente hoy. Cuánto gusto ha tenido la Ñata de volverme a abrazar.

Mi tío y Constancita me recibieron anoche con muestras del más cordial afecto, lo mismo mi Sra. Dolores, madre de Constancita. Una sorpresa agradable me causó el encuentro con Remedios, hermana de Constancita, a quién conoce ya mi diario desde mucho tiempo atrás en Concepción ...

El baile que debía tener lugar anoche ha quedado para esta noche. Ya veremos las bellas de Santiago. Hoy he sido presentado al Sr. Luna y sus dos hijas que son unas de las más bonitas y más de moda y más ricas también de Santiago. Me llaman su primo y he sido tan bien recibido que parece que los primos se hubiesen conocido desde hace mucho tiempo. A las 10 pusieron el carruaje de mi tío y fuimos con Constancita y Tomasa a ver a mi primo Gabriel a la Academia Militar. Es ya todo un joven, me ha gustado mucho porque ama mucho su carrera. Nos hizo muchísimas pruebas difíciles de gimnástica.

De allí fuimos a casa del Sr. Luna, no en la ciudad sino en Yungay, una casa quinta de lo más hermosa y poética que yo he visto en mi vida. Cuántos lujos en la casas y qué hermosos los jardines, Dios mío. El Sr. Luna y sus dos hijas llegaron luego en su magnífico carruaje con dos caballos más blancos que la misma nieve. Me han hecho mucho cariño las niñas en el jardín particularmente, qué amables son y qué nombres, Dios mío. La una se llama Clara Luna y la otra Zoila Luna. Verdad es que son tan claras y hermosas como ella. Ya estamos en baile para esta noche y ya veremos allá.

Lunes 11 de octubre

Anoche tuvo lugar el baile anunciado. Principiaré por decir que yo entré al salón bajo los mejores auspicios, acompañado del Sr. Luna, Comandante General de Armas, íntimo amigo del Presidente y del Sr. Montt que, a más de ser sobrino del Presidente, es el león de Santiago. ¡Había anoche 400 señoritas y menos de 200 caballeros! ¡Al momento de verme entrar con Luna y Montt y verme extranjero principiaron todos los ojos a clavarse en mí, como por encanto! ¡Cuánto puede la buena compañía! Luego me vieron en tanta intimidad con las Lunas, las más hermosas y atendidas, y los jóvenes principiaron a parar la oreja. A más de uno atormentaron ellas, haciéndome cariños a mí. Al Monte Cristo y demás jóvenes me presentaron como a su primo, etc. ¡Bailé dos veces con Zoila! Pero, ¡Dios mío! ¡Jamás he sentido estrechar tan fuerte mi cuerpo al cuerpo de una mujer! ¡Sus pechos me habrían taladrado el mío si, en vez de ser de carne, hubiesen sido de alguna otra materia más sólida! ¡Apenas creía yo! ¡Mi boca rozó dos veces la suya y sus dos pechos descansaban sobre el mío! ¡Como si de propósito me tuviera estrechando entre sus brazos!

Santiago. Martes 12 de octubre de 1852

Hoy he paseado con Tomasita por el cerro llamado Santa Lucía. Mucho tiempo hacía que ella no daba un paseo tan hermoso. Le ha hecho mucho bien y ya quisiera emprenderlo de nuevo. Ayer también dimos otro paseo por el Tajamar que es uno de los más concurridos de esta capital. De vuelta del paseo hemos hablado en el Telégrafo con Samuel y Mardoqueo. Tomasita ha estado muy contenta de verse contestada a sus preguntas en menos de seis segundos y otras al momento como si estuviese conversando con la misma persona de silla a silla.

He visitado los principales edificios de Santiago, como ser La Moneda, las Cajas, los templos de la Compañía, Catedral y Santo Domingo, que me han parecido hermosísimos. La Moneda es un edificio de una cuadra en cuadro, de dos pisos y sumamente trabajado. La Compañía es toda ella de piedra y por dentro es magnífica en su trabajo.



*F. 17: Plaza de la independencia*²⁴⁵

Aún me dura el recuerdo del baile. Allí encontré a mi amigo Valdivieso (Samuel) quién me presentó a su hermana que es bien bonita. Me encontré allí además con Horacio Serrano y toda su familia, inclusive la Rosita Esquella, con quién él bailó seis o siete veces. Hubo en el baile

²⁴⁵ *Atlas de la historia física y política de Chile por Claudio Gay.* Paris, En la Imprenta de E. Thunot, 1854, lámina, www.memoriachilena.cl. Imágenes consultadas el 22 de enero de 2022.

caídas muy escandalosas y cayeron las Lunas, las de [ilegible] como la Teresita Blanco, la Srta. Sánchez y la Zoila Luna, que llegó a hacerse mal un brazo. El piso estaba muy malo y eso fue la causa de que se cayeran tantas parejas. Por lo demás el baile ha estado suntuosísimo en todo.

Bailé la tercera polka con una señorita muy hermosa quién me presentó Montt. Como bailase ella tan bien, en una vez que descansábamos me dijo que se acompañaba perfectamente conmigo. Yo le dije que yo me acompañaba mejor todavía. Rodando así la conversación vino ella a decirme, “nuestros apellidos tienen algo de parecido, Navarrete y Navarro tienen alguna analogía”. Si más tardamos iba yo a hacerme conocer por primo suyo, etc.

Miércoles 13 de octubre

Anoche he estado en la ópera, y me ha tocado una ópera lindísima por serme muy conocida y traerme a más muy frescos recuerdos de California. El teatro estaba lleno, pero no tanto como en el baile, es decir había menos niñas. Nada queda por verse aquí en materia de señoritas después que se ha estado en un baile Nacional como el de antes de ayer. En 400 señoritas que asistieron estaba lo más selecto de Santiago. Mucho lujo y elegancia noté en todas las señoritas, y lo contrario en los caballeros. Mal vestidos algunos y otros un poco elegantes, pero feos como un dolor de muelas y huasos sin maneras como aldeanos. En balde quieran ser siquiera como los de Valparaíso. Nunca lo conseguirán, porque aquí falta mucho el roce y trato continuo con los extranjeros que es lo que da el verdadero tono y maneras pulidas.

Anoche en el teatro estaban muy bien puestas todas las señoritas. También estaba la mujer del Presidente a quién conocí en el Baile. La representación ha estado magnífica. La Rossi se lo valió anoche y dicen que pocas veces ha estado mejor. Yo recuerdo a Belén al momento que principió aquel célebre dúo en que Belén y Adelaida echaban su resto.

Jueves 14 de octubre

Son las 4 de la tarde en que llego de Peñalolen. Salí a las 8 de la mañana con el Sr. Tagle en su carruaje. Hemos atravesado lo mejor que hay a los alrededores de Santiago en materia de haciendas hacia el lado de la cordillera. A las 10 llegamos a la hacienda del Sr. Tagle, que es hermosísima. Después de un hermoso paseo por la quinta y los jardines volvimos a la casa, almorzamos ricamente y pasamos a Peñalolen distante 5 leguas de Santiago. Esta hacienda es de la hija del señor Egaña. Dios mío, yo no tenía ni siquiera idea de que se pudiera realizar lo que se pinta en las novelas en cuanto a gusto y maravillas en el campo. Esta hacienda es la realidad de algunos jardines pintados por Dumas en el Montecristo. Quién pudiera describirla. Al

frente de la entrada hay un hermoso juego de aguas que baja desde un cerro próximo y como el agua que viene en descenso se ha podido hacer con ella tres o cuatro descansos y tajamarcitos y un sinnúmero de juegos con el agua. Al desprenderse del cerro, corre por una acequia en que hay mil tablillas de cobre metidas en el enladrillado de la acequia; y cuando el agua pasa, como evitando los escollos, forma mil rizos y salta como echando perlas. Luego hay dos arcos de aguas que rompen del suelo y que se encuentran en el aire. Uno pasa por debajo de los arcos sin que le toque una gota de agua. Es una miniatura que bosqueja los arcos de agua de Saint Cloud. Más abajo el agua cae a un estanquillo cuadrado, y de cada esquina del estanque nace una columna de agua que sube para arriba como seis u ocho varas, y después caen como una lluvia de diamantes las gotas que se desprenden de las columnas. Después baja a otro departamento, que es ya el jardín que está en el patio. Allí se divide el agua en mil canaletitas formando columnas de agua que suben ocho o diez pies y caen después a los recipientes. Hay floreros de porcelana de China en todos los costados del jardín. Más de una milla en cuadro componen los dos otros jardines, que están llenos de calles de rosas de arrayán, y con hermosa estatua al fin de cada calle o cenador. Allí está el Apolo, el Mercurio, la Venus y mil otros dioses. En uno de los cenadores hay una diosa que está con un vaso en la mano sirviendo el néctar a los demás dioses. Por medio de un resorte el agua sale por la botella que ella tiene en la mano y viene a caer en el vaso que tiene la otra, causando así a la vista más bonita.

Santiago. Viernes 15 de octubre de 1852

Son las 11 y media del día en que salgo para Valparaíso, ocupado del Señor Montt y otro amigo suyo que me lo acaba de presentar. Ayer a las 4 de la tarde llegué a Peñalolen en el coche del señor Tagle. En casa encontré a las señoritas Luna que estaban de visita. En la noche me fui al teatro, y me hallé con la señorita Luisa Herrera en su palco y pasé la noche mejor de lo que creía. Mientras estuve allí llegó el señor Ministro Varas²⁴⁶, casado con la hermana de Luisita. Qué agradable es ella, y cómo consentiría en dejarla su primo.

Hacienda de San José. Sábado 16 de octubre de 1852

Ayer viajamos todo el día sin mucho de notable que mencionar hasta el pueblo de Melipilla. Allí nos detuvimos a comprar algunos juguetes de la loca que trabaja allí y pasamos ya con el

²⁴⁶ Antonio Varas (1817–1886). Ministro y hombre fuente del gobierno de Montt, posteriormente participaría en la fundación del Partido Nacional.

sol dentro. Hemos llegado a esta hacienda de San José anoche a las ocho de la noche. Hemos dado diez leguas de vuelta por venir a esta hacienda a visitar al célebre General Flores²⁴⁷. Y no me pesa saber yo cuánto valoraría este viaje, habría hecho veinte leguas por hablar con este hombre. El General Flores después de su última fatal expedición al Ecuador ha venido a desterrarse en esta hacienda hasta quién sabe cuándo. Esta hacienda, que es la más rica que yo he visto, tiene dos molinos y las casas en que ahora estamos son un verdadero palacio en elegancia, en lujo, en lo grande y en lo magnífico de sus jardines y huertas. Pero dejando esta descripción para más tarde, volvamos al General Flores. Llegamos aquí a las ocho y fuimos introducidos a las piezas que ocupa el héroe americano. Le encontramos solo en su cuarto leyendo a la luz de una lámpara de noche. Apenas nos divisó se levantó con todo cariño y se adelantó a recibirnos. El señor Montt, con quién ya tiene amistad el General, me presentó como a uno de sus mejores. Me dio la mano el General y después de algunas palabras *d'encouragement*²⁴⁸ nos invitó a sentarnos. Antes de media hora pude ya conocer qué laya de hombre tenía delante de mí. Y cuando más iba sabiendo lo que era, más pequeño y apocado me veía. Pero este hombre, grande como nadie ahora en América sabe serlo, sin dejar de ser muy amable, su conversación tan sencilla como instructiva, no tiene nada del tono afectado y sentencioso que estos grandes hombres suelen tomar por la costumbre que han contraído a mandar y a que se les respete y crea un evangelio hasta la más insignificante palabra. El mismo General suscitó el asunto de su última desgraciada expedición y tuve lugar de preguntar por los oficiales que de California se le vinieron a incorporar. Conocía, me dijo, a Bill Owens y a Belt. Del primero, tan sanguinario como era en Stockton, me dijo que se había portado muy cobarde, no así Belt que le merecía el título de intrépido y a más, hombre de orden. Me dijo que los chilenos se habían portado todos muy mal “con muy poca bizarría y sin palabra”. Pasamos después a hablar de la República Argentina que él conoce más que yo, sin embargo de no haber estado allí jamás. Me dijo que el Gral. Paz merecía la reputación más grande y capaz que todos los demás al presente.

Hablando después sobre Rosas, me contó que éste le había escrito varias cartas cuando el Sr. Flores se aprestaba a salir de Inglaterra con su expedición hacia fines del 49. Rosas le prometía no contrariarlo en sus miras a trueque de que el General Flores influyese en la prensa europea en su favor. “No le contesté,” dijo el General Flores, “y después ha publicado contra mí folletos infinitos llamándome salvaje Unitario. Jamás me ha gustado ni oír hablar de la política de Rosas. Nunca he mirado bien ninguno de sus actos. Muchas veces me he visto en su caso de dictador o supremo Gobernador de una República con ilimitados poderes, pero jamás me acuerdo haber cometido un acto siquiera parecido a los de Rosas. He fusilado como él, pero jamás sin

²⁴⁷ Gral. Juan José Flores, héroe de la independencia y presidente de Ecuador entre 1830 y 1835 y luego entre 1839 y 1845. Por estos años se encontraba exilado en Chile.

²⁴⁸ *De ánimo*. Traducido del francés.

proceso, jamás de noche, y nunca sin la sentencia de un tribunal competente.” Montt le observó que siendo los argentinos de carácter tan indómito, tan exaltados en sus opiniones, que cómo Rosas había podido entronizarse sobre ellos y humillarlos hasta no tener siquiera fuerza de sacudir su tiranía. “Yo me explico esto de ese modo,” nos dijo. “Tres naciones hay en el mundo que siempre serán dominadas, o al menos influenciadas, por caudillos como Rosas. Esas tres naciones son la República Argentina, Argelia y Venezuela. Los tres son pueblos pastores y como, tales sus masas seguirán siempre a los gauchos más expectables de entre ellos. Así siguieron los argentinos a Quiroga, a López y a Rosas; así siguieron los argelinos a Abdel Kader²⁴⁹ y así sucedió en Venezuela con N. N. (sic). Esto es una ley invariable y que jamás dejará de regir en esos pueblos”. Nuestra tertulia así duró hasta las once en que nos retiramos muy contentos de la amabilidad del General. El Sr. Flores habla inglés, francés e italiano. Tenía usando una caja de rapé de oro puro, regalo de la Reina Cristina en España. Sobre su mesa estaban mezcladas *pêle-mêle*²⁵⁰ otros mil regalillos de príncipes y duques europeos o personas notables. Entre esos regalos figuran los cordones y órdenes de Caballero dadas a él por el actual Papa Pío Nono. Nosotros tuvimos una buena cena después de retirarnos del General.

Mucho es lo que tengo que escribir y consignar en mi diario sobre el General Flores. Pero por ahora tomé solamente las notas que más tarde me servirán de recuerdo para fines que convenga. Estoy lleno de gusto porque he conseguido importantes y ricas notas para mi diario. La posición en que este hombre se encuentra por ahora y lo único que ha podido contribuir a que yo tenga la suerte de poseer los documentos que poseo.

Después de almorzar salimos a pasearnos por el jardín con el General. Es de advertir que desde anoche el General ha notado que yo no soy un mero curioso. Sabe que hablo los idiomas como él, que estudio mucho y que las cosas que hablo con él son para instruirme sobre asuntos de nuestra historia contemporánea más que para oírlos por mera curiosidad. Por este motivo es que el General me ve y habla con cierta deferencia. En el almuerzo hemos hablado de todos los autores clásicos antiguos y modernos y lo he encontrado fuerte en todos los ramos. Él ha hecho un parangón probando muy bien que estos últimos apenas son en su capacidad un bosquejo de aquéllos o cuando más imitadores. Lo mismo piensa hablando de poesía, y a propósito citó muy a tiempo algunos versos de Ovidio y Virgilio.

Como decía antes, después del almuerzo nos paseábamos por uno de los jardines, y como recayera la conversación sobre la batalla de Ayacucho, le pregunté yo si era verdad que allí se encontraba una división de argentinos. “Muy cierto,” me dijo, “y era en el ejercito la más

²⁴⁹ Dirigente argelino que resistió a la colonización francesa en las décadas de 1830 y 1840, antes de exiliarse en Francia tras su derrota final. Vivió sus años finales en Damasco. Sarmiento lo compara con Rosas. Domingo Faustino Sarmiento, *Civilizacion i barbarie: Vida de Juan Facundo Quiroga i aspecto físico, costumbres i habitos de la Republica Arjentina*, (Santiago: Impr. del Progreso, 1845), p. 287.

²⁵⁰ *Desordenadamente*. Traducido del francés.

acreditada, y la que mejor se portó”. Después rodando la conversación, recayó sobre el libertador Bolívar, y a propósito le dije yo que sabía de memoria un brindis que Bolívar dijo en Lima en obsequio suyo. “Ya que Ud. hace reminiscencia de eso, venga conmigo y le mostraré ese brindis de puño y letra del mismo Libertador”. Fuimos en efecto a su casa, y del fondo de una especie de valija sacó un libro diciéndome, “voy a hacer con Ud. señor Navarro lo que no he hecho con muchos aquí”. Y en seguida me mostró un libro que contiene las cartas de Bolívar a Flores de su puño y letra. El libro es de tapas de terciopelo carmesí con broches de oro. En una de las tapas dice en letras de oro, “A la posteridad”. Y en el otro lado dice, “Cartas de Bolívar a Flores”. Abrió el libro y me lo puso por delante. Yo no sé explicar la emoción tan profunda que me causó la vista de esas cartas de puño y letra del hombre más grande de la América del Sur, y al ver su firma misma al pie de cada una de las cartas. Yo las he leído, poseído de un respeto santo y religioso con quién evoca el mundo para la historia grandes acontecimientos olvidados o ignorados por los demás hombres. Lo cierto es que yo he estado temblando, no sé si de gusto o respeto al leer y releer las cartas. Al momento que el General me dejó solo para ir a su partida de billar tomé mi cartera y con medias palabras o en abreviaturas he copiado las cartas que siguen. Ellas son un tesoro para mí porque estoy seguro que después del General Flores no hay un hombre en el mundo americano que posea un tesoro tan importante como son las cartas del Libertador Bolívar. Pasmado me he quedado al ver la veneración y respeto con que el mismo Bolívar hablaba del General Flores como el Héroe de Sud América. Realmente ahora lo sé; este hombre es más glorioso que cuantos existen hoy en Sud América. Las cartas son como siguen:

Desde Lima a “Diez millones de gracias mí querido General Flores. Mucho le debo a Ud. más de lo que puedo decir ni pagarle, pero más le debe a Ud. la patria y la gloria de Colombia. Ayer pronuncié un brindis delante de mi Estado Mayor y le llamé ‘el ángel de las batallas, el joven héroe de 21 años’. Hoy ese elogio me parece mezquino y raquíctico para lo Ud. vale. Adiós, mi General, yo lo admiro y lo admirarán más todavía los que vengan más tarde”.

Firma Simón Bolívar

Otra dice así: “Muy satisfecho estoy de su conducta, pero un poco descontento porque es demasiado bueno para política. Ya se ve como quién no tiene más que veintiún años, y se encuentra a la cabeza de un grande ejército. Cada día le admiro y le respeto más. Le desea a Ud. paz y prosperidad, su General y mejor amigo”

“Simón Bolívar”

Otro día: “Tengo vergüenza de hablar de Ud., mi querido General Flores, porque jamás puedo expresar lo que siento de admiración y entusiasmo por Ud. Cada una de sus heridas en la

batalla de Tarque, que hablan con más elocuencia que yo de su valor, de sus glorias y de los triunfos para la patria. Dichoso Ud., mi querido General, que ha hecho tanto por la patria y la gloria de su país. Adiós, le desea paz y dicha, su General y particular amigo”

“Simón Bolívar”

Al leer estas cartas y verme a mí lleno de asombro, me dijo el General Flores, “yo me río a veces de los hombres, que sin otros títulos que algunos años de servicio pasivo o una que otra escaramuza, publican en vida sus biografías y las inundan de cuanto pequeño accidente ha pasado en su vida como otros tantos hechos gloriosos. Con una de esas cartas y la firma de ese hombre pudiera yo oscurecer a más de uno, pero jamás mi vanidad me ha incitado a echar mano de eso. Aún estoy vivo, y pudiera ser que hechos nuevos hablen más enérgicamente que esas mismas cartas, ¡por más grande que sea el que las escribió!”.

Le he preguntado cuántos años tenía cuando fue hecho General, refiriéndome a lo que el mismo Bolívar dice en su carta, y me ha contestado que sólo tenía entonces 21 años como el mismo Libertador lo dice. Cuando Bolívar tuvo que venir a Lima dejó todo el ejército constante de 30 cuerpos y 16 generales a las órdenes del joven General de 21 años, con preferencia a todos los demás generales antiguos de cincuenta años para arriba. Esa sola confianza del Libertador prueba para mí el valor de este hombre. “En la batalla de Tarque, a que se refiere el Libertador, recibí once heridas, entre ellas dos balazos y un lanzazo feroz. Mi caballo cayó muerto, acribillado de heridas. Dos balazos habían en mi silla, y uno en el freno de mi caballo.” Después de esa batalla fue hecho General en el mismo campo. Hablando estábamos de estas mismas cosas cuando llamaron mi atención dos hermosas espadas colgadas en la pared, y yo me aventuré a preguntarle, “¿Alguna de estas espadas, General, es antigua y le ha acompañado en alguna de sus campañas?” “No, señor Navarro, esta otra es de un ayudante que murió a mi lado en esta misma expedición. De dos espadas más una se conserva en el museo de Bolivia y la otra la regalé a un amigo”. Figúrese, mi diario, si habré quedado yo contento con este hombre que sin ningún título me ha prestado tanta deferencia, hasta hablarme con tanta franqueza de cuanto he querido yo saber. Después de esto nos hemos dirigido al salón de billar y hemos jugado seis mesas. Viendo que yo las ganaba, principié a hacer de modo que se desquitase. Lo notó y me dijo, “aunque muy acostumbrado a que se me rindan todos, no me ha gustado que me den lo que no merezco, yo sé que Ud. se está dejando ganar”. Durante el juego ha dicho mil chuscadas a las bolas, con toda la sencillez que lo haría un niño. Al despedirme me dijo, “gracias, señor, por su visita; por más malos que seamos algunos hombres nunca somos indiferentes a las muestras de aprecio que se nos dan”.

Hoy, antes de salir para Orrego, hemos ido a visitar los molinos. Encontre los magníficos y de muy sencilla maquinaria. La familia de Mr. Obsman, antiguo vecino mío, habita las casas, y la

señora me ha hecho mucho cariño. Viendo ya una guitarra en el salón, pregunté por la persona que la traía y luego, a llamado de la señora, entró una bella señorita de 16 a 18 años. A mis repetidas invitaciones, tomó la guitarra y tocó un valsecito muy malamente. Yo, que al fin iba a pasar por no saber nada, fui vendido por Montt que entró en ese momento, y dijo que tocaba muy bien. Tomé la guitarra y toqué la aria final de la Luchía²⁵¹ y algunas variaciones. Pero ni la señora ni la señorita hallaban como expresar su admiración, y la señorita dijo al fin, “Dios mío, cuando hubiere tocado yo a saber lo que era usted en la guitarra”. De buena gana le enseñaría yo cuanto sé en la guitarra.

Son las siete y media de la noche en que llegamos a Orrego. Tengo mucha hambre y más sueño que hambre. Qué buena noche que pasé en San José. El departamento de alojados está lujosamente amueblado. Hay en cada cuarto un catre de bronce, un sofá y sillas de crin, una cómoda de caoba, espejo de cuerpo entero, lavatorio, etc. etc. Aquí no es menos la comodidad aunque sea menos el lujo.

Domingo 17 de octubre

Son las siete y tres cuartos de la noche en que acabo de llegar a Valparaíso y a nuestra casa. Salí de la hacienda del señor Montt en su coche con tres caballos de remuda y dos mozos a las dos de la tarde. Toda la mañana la hemos empleado en pasear a caballo por toda la hacienda. Me ha hecho un viento horrible en todo el camino, y como venía solo me he entretenido leyendo las cartas de Lord Chesterfield en todo el camino.²⁵²

Samuel y Mardoqueo, a quienes encontré vistiéndose, acaban de irse al teatro dejándome mi boleto y luneta para que me reúna con ellos luego. No sé la pieza que se da.

Lunes 25 de octubre

Anoche a las dos o tres de la mañana nosotros, que dormíamos en las piezas que dan a la calle en la casa del cerro, fuimos despertados por una luz que de improviso invadió nuestros dormitorios. Corrimos a las ventanas con Samuel a ver lo que la causaba, y nos encontramos con que era el gran vapor City of Pittsburg que estaba ardiendo. Por toda la bahía se extendía la luz como si fuera de día, y los botes y lanchas y aún las gentes mismas de a bordo que procuraban salvar al buque se veían perfectamente. No podía darse un espectáculo más hermoso

²⁵¹ Seguramente Lucía de Lammermoor de Gaetano Donizetti.

²⁵² *Letters to His Son on the Art of Becoming a Man of the World and a Gentleman* (1774).

e imponente a la vez. Y nosotros podíamos gozar bien de él porque nuestra casa está en la cima del Cerro dominando todo Valparaíso y la bahía. Todos los esfuerzos por salvarlo fueron inútiles y a las 11 en punto, después de haberle tirado con las lanchas cañoneras unos quince balazos, se fue a pique. Todos han salvado. Las causas del incendio creo que se deban a unas mujeres que tuvieron creo que un baile a bordo, etc. El vapor debía salir para California a las 11 horas en que acabó de quemarse.²⁵³

Valparaíso. Lunes 1 de noviembre de 1852

Son las 4 de la tarde y las campanas suenan en todas las iglesias con el doble por los muertos. Yo acabo de llegar del Panteón donde no esperaba jamás haber encontrado un espectáculo semejante. Las calles por donde se va al panteón apenas pueden transitarse, tal es la concurrencia tan grande que asiste allí. Es el paseo de moda, es el punto de reunión de todo Valparaíso, es, en una palabra, el lugar de la cita donde van todos los que quieren verse y ser vistos, o tratar de alguna intriga. Las veredas de las calles han estado hoy desde las 2 de la tarde como si fueran otras dos sendas interminables de hormigas. Así he llegado yo al Panteón, sin dejar en un solo momento de ir haciendo quites de un lado y otro para abrirme paso. Llegué hasta el Panteón, pero qué vista, ¡Dios mío! No me parecía estar en la mansión de los muertos, sino en un elegante jardín, punto de reunión de lo más selecto y escogido de la ciudad. ¡Cuántos elegantes jugando con sus bastones, cuánta hermosa y coqueta niña luciendo su talle, su elegancia de vestido y formas, y cuánta mirada provocativa y profana, en medio de la muerte misma!

¡Qué comedia, Dios mío! ¡Otras bellas, ricas y jóvenes, durmiendo ya el sueño eterno entre la inmundicia y podredumbre, sin que les quede ni memoria siquiera de la hermosura que atentaban, mientras que estoy presente, van saltando por sobre las tumbas de sus hermanas del mundo, admirando las flores, leyendo la inscripción de cada lápida y coqueteando sobre los mismos restos mortales de otra virgen que fue. ¡Unas llenas de vida y esperanzas, ostentando lujo, juventud y hermosura en medio de las mismas calaveras, símbolo de la muerte y de la nada que somos! Unos ojos vivos, centelleantes, esperando la ternura, la pasión, el amor, la rabia, el dolor al lado de otras dos amabilidades de una calavera sin vida, sin movimiento, sin forma ni hermosura, sin impresión sino la significación del lugar donde un año antes habían otros dos huesos, dos estrellas en lugar de ojos, ¡como les llamaren los profanos admiradores! ¡Tanto olor, tanta rica esencia en las unas, y tanta podredumbre y mal olor en las otras! Sin embargo creo que de las 4 o 6 mil personas que había allí ni siquiera una se pasó

²⁵³ Después de esta entrada siguen cuarenta páginas de poesías y canciones de Ramón Gil Navarro que hemos decidido omitir pues interrumpen el relato del diario.

un momento sobre una tumba a hacer las consideraciones que yo acabo de hacerme. Cada una de las niñas se ocupaba más o menos de parecer bien y hacerse admirar del presente objeto de tu atención, cada joven se llegaba a este o aquel sepulcro porque allí había algún grupo de hermosas que admirar. Sin embargo, costaba centrarse en esta horrible profanación de la mansión de los muertos, la piadosa exaltación con que rezaban de voz en cuello algunos centenares de pobres en la capilla del panteón, sin que el bullicio y cuchicheo de la concurrencia en el patio del panteón turbase por un momento sus oraciones religiosas. Había un ciego que hacía coro en el osario, y que después encabezaba la vía sacra, rezándola de memoria y recitando a todos los demás oyentes con mucho fervor la historia de cada uno de los pasos del Salvador en su camino al Monte Calvario. Después de pasearme por todos los jardines y mausoleos de cada tumba, leyendo las inscripciones de uno en uno y otros los hermosos epitafios sin magníficos adornos, fui al extremo del panteón, visité la capilla y luego volví a pararme en una de las puertas de la iglesia que da al panteón. En ese momento era cuando el ciego del que hablé antes, hacía rezar la vía Sacra. La procesión estaba en ese momento bajo de los sauces llorones, cipreses, matas de rosas y claveles que cobijan algunos sepulcros junto a la puerta de la iglesia. No podía darse una vista más pintoresca. El ciego decía en vos alta, “esta es la quinta estación”. Un silencio profundo y religioso reinaba en esa parte del panteón, mientras se oía el murmullo de los elegantes y las risas de las niñas en otras partes. Entonces solo recordé, por decir así, que estaba en un panteón, me acordé del día de ánimas en Catamarca y mi corazón se llenó de luto, pero de gusto al mismo tiempo, al recordar aquellas épocas pasadas de mi vida.

Busqué con especial cuidado la tumba del General Lavalle y la encontré no muy lejos de la de Don Diego Portales, el héroe chileno y mártir de la Patria²⁵⁴. Yo tomé mi lápiz de mi cartera y escribí sobre el mármol blanco de la tumba del General estas palabras, “¿os acordáis, General, de un niño a quién acariciaste entre la muchedumbre en tu entrada triunfal a Catamarca a fines del año 41? Ese niño para quién ya tu nombre era una veneración, es ahora un hombre y te venera y respeta como a uno de los padres de su patria. ¿Qué es de tu gloria y qué es de tu patria misma? ¡Ni siquiera tus cenizas has podido volverle a su seno y duermes olvidado en tierra extraña! Todos pasan por sobre ti sin siquiera detenerse al leer la inscripción de la lápida ... ¡No importa! Tu gloria existe en el corazón y la memoria de tus compatriotas, y el niño a quién abrazaste un día te consagra su pensamiento y como argentino derrama sobre tu tumba olvidada una lágrima de dolor.

Después hallé la tumba de mi tío Andrés Ocampo, y tal vez no había un día que no pensara en él. Pobres muertos, todos se olvidan de ellos y hasta en el día que la iglesia ha consagrado a

²⁵⁴ Diego Portales (1793–1837). Hombre fuerte del gobierno chileno antes de su asesinato en 1837 en el contexto de la guerra con la Confederación Perú-boliviana.

su memoria, todo el mundo los olvida. Vienen a la casa misma y sobre sus propios sepulcros olvidan al muerto por el vivo ...

Por lo demás, el panteón es uno de los más hermosos que yo he visto en mi vida. Las lápidas son muy hermosas, y algunas hay de mucho lujo y elegancia al mismo tiempo. Este es el recuerdo que me queda del día de los difuntos en Valparaíso. Ha estado el día hermosísimo y sin viento que acá, es notable. Amaneció nublado y ha estado así todo el día. Tal vez las ánimas han preferido un día así para que los pobres que no ruedan en carruaje no se cansen y mortifiquen en venirles a visitar desde tan lejos.

Jueves 4 de noviembre

Son las cuatro de la tarde, acabo de comer en el Hotel de la Unión y he venido a nuestra casa sobre el cerro. Acá cerca tenemos unas hermosas vecinas, las señoritas Cressy, hijas de un inglés que conocí mucho en California y que además es amigo mío. Y en Concepción conocía a Rosita Pérez, hermana de madre de éstas hermosas niñas. La relación se ha anudado de nuevo y bajo los mejores auspicios. Son tan hermosas estas niñas que yo creo que hay muy pocas en Valparaíso que se le puedan comparar. Pero son pobres, y esa es la única razón porque ellas no lucen ni figuran en la alta sociedad como las primeras. Cuánto vale la plata y cuánto desmerece al que nace pobre. ¡Ellas son hermosas y virtuosas y sin embargo muchas dirán, son pobres!

Valparaíso. Viernes 5 de noviembre de 1852

Nada hay de notable que valga la pena de decirle a mi diario. ¡Hoy viendo yo con dolor mi vida y mucho menos fecunda aquí que lo era en California! Si no es ya alguna dolencia del corazón la que tenga que comunicarle, o algún nuevo sufrimiento, ninguna otra cosa se me ocurre. He escrito a Catamarca ya muchísimas cartas con el objeto de ver si hay campo allí donde pueda hacer yo y entrar en una vida de más peligros, de mayores esperanzas, de glorias y turbulencias, en fin, la vida política. ¡Y se reirá mi diario! Ha sido, bien lo sabe, el sueño de mi vida y al venirme de California no ha sido otro el propósito que me había trazado, que el pasar allí y bajo los auspicios de mi tío sentar la plaza en todo. Meterme a cuerpo perdido en la política, tomar para ella la prensa que tenía mi tío el gobernador desocupada, instituir un papelucho y servir a los intereses del país y de vez en cuando, a los míos. Pero ha muerto mi tío Manuel y no sé cómo recibirá el que lo ha heredado mis propuestas, hechas por mi primo Manuel José Navarro. Tampoco hay allá en aquel país virgen, un instituto de educación, y también había pensado meterme en eso contando conmigo mismo para los ramos de inglés, francés, latín,

italiano y portugués, música, literatura, etc. y buscar otros profesores para los otros ramos y un compañero para ayudarme a dirigir. He hablado de esto a Manuel José y espero su contesto. En fin, yo solo sé en qué buena California voy a entrar allá, una vez que consiga un poste en qué apoyarme por los primeros meses.

Viernes 12 de noviembre

El Club Constitucional argentino de Valparaíso ha triunfado completamente en sus ideas sobre los demagogos de Santiago. Los resultados que aparecen de los sucesos de la República Argentina dicen muy claramente que las ideas y opiniones de nuestro Club eran las más sanas y acertadas. Se ve que la marcha del Gral. Urquiza reprobada por los argentinos de Santiago es ahora por sus resultados el objeto de las alabanzas de esta prensa y la extranjera. Se ha contestado por nuestro Club la nota pasada por el de Santiago y yo soy quién he tenido la honra fregada de sacar en limpio los catorce pliegos que contiene nuestro credo y nota contestación a los de Santiago.²⁵⁵ Actualmente se ha dado a la prensa las dos notas y demás circulares de nuestro Club para que juzgue el público si nuestra marcha es sana, patriota y ajena a todo interés particular. Yo he estado redactando las actas del Club ahora por ocupaciones del propietario, y confieso que no es de lo más agradables el tal trabajo. Todas las provincias han contestado satisfactoriamente a las circulares que les ha pasado nuestro Club rogando y aconsejando que se tengan firmes en su propósito de organización nacional pactado en el acuerdo de San Nicolás. Todas están por la reunión del Congreso y el directorio del General Urquiza.

Valparaíso. Lunes 22 de noviembre

Son las 12 del día. En este momento acabamos de recibir un parte telegráfico de mi tío Gabriel que dice así, “Samuel acaba de celebrar su enlace entre diez y once del día de hoy en la Catedral”. Al fin se ha realizado el matrimonio del primero de la segunda era de la familia Navarro. El primero de la familia Navarro se ha casado con la última persona de la familia Ocampo. En Samuel y Tomasita se han unido las dos ramas de nuevo; nuestro primer vástago con el último de la familia Ocampo. Este matrimonio que ha sido tan contrariado por el tiempo, por la fortuna, por las familias, es decir, no creyendo en una verdadera inclinación de una y otra parte, este amor que ha durado diez años y al que se ha opuesto la distancia, la ausencia de mi

²⁵⁵ *La nota y el credo de los argentinos residentes en Santiago y la contestación con los documentos justificativos por el Club Constitucional Argentino instalado en Valparaíso.* Valparaíso: Impr. del Diario, 1852.

hermano, la solicitud de ricos pretendientes de la mano de Tomasita y mil otras cosas, se ha coronado al fin. Dios quiera que sea feliz matrimonio como desgraciado y perseguido ha sido su amor. Mañana nos dará Samuel los pormenores de su enlace, en cuanto a la ceremonia y yo a mi vez se lo diré a mi diario.

Martes 23 de noviembre

Se ha concluido hoy nuestra casa en Valparaíso y será estrenada por el primer hermano que se ha casado. Hoy o mañana llegará Samuel con su esposa Tomasita, y formará en casa la nueva familia. Nuestra casa es una de las más hermosas de Valparaíso, al menos en cuanto a la vista y local, no quiero que se llame la mejor pero sí una de las pocas que en Valparaíso no dejan ya qué desear. Está situada en el cerro que está frente a la plaza de la Victoria, dividiendo así la ciudad dejando a la derecha el Almendral y el puerto a la izquierda. Domina toda la ciudad sin que quede una sola casa que no se vea desde la nuestra. Domina toda la bahía y se pueden contar uno a uno los buques anclados, los que entran y salen. La casa tiene 21 piezas y todas están completamente amuebladas a la orden del día con un sí es, no es inglés todo ello (sic). Todas las piezas tienen un bonito papel y el del comedor, un mosaico de varios colores y calidades. El comedor además contiene sus muebles necesarios, y su despensa a continuación con un hermoso armazón y cajones para víveres y botellas. El servicio es de rica porcelana y los cristales de lo mejor que se conoce en el país. La cuadra está perfectamente amueblada aunque no hay lujo sino gusto en todo, lo mismo digo de la cuadrita o salón que sigue, que sirve para tomar el té o de costurero para las niñas.

Nosotros todos formando una familia y teniendo a su cabeza a Samuel y Tomasita en defecto de mamita, que cuando ella esté, hará de madre de todos, viviremos hermanos, sobrinos, tías, etc., sin mío ni tuyo. Trabajaremos todos los hermanos en sociedad sin que ninguna tenga más derecho que otro en lo que lleguemos a tener algún día. Haremos feliz a mamita, Tomasita y nuestras hermanas que tanto han sufrido y que tanto merecen. He ahí nuestro proyecto de vida.

Valparaíso. Miércoles 1 de diciembre de 1852

Mucho tiempo se ha pasado sin que yo haya abierto mi diario con la misma regularidad que lo hacía antes. Pero espero que en lo que voy a escribir en él, quedará muy satisfecho por las hambres que ha padecido en muchos días. Lamartine dice en su prólogo a las Confesiones, que la vida agitada de joven, a veces, y otras lo turbado de una conciencia que no podrá sujetar a

examen sin ruborizarse, hacía que él no llevase su diario con regularidad y constancia diaria. Lo mismo y en las mismas palabras digo yo. Sin embargo sé que nada siento en mi conciencia como para ruborizarme por ella al presentarla a mi diario. Sin embargo, la agitación de la vida comercial que llevo en Valparaíso me quita mucho de lo concertado que yo tenía, y mucho también del tiempo que pudiera dedicar a mi diario, y no es sino a hurtadillas que yo puedo escribir algunos renglones en él.

Siempre mi diario es sabedor de mis sentimientos más íntimos de mi corazón y no sería malo que le dijera lo que ha pasado por él en estos últimos tiempos, como quien hiciera un balance de intimidades. Vamos a ver. He sufrido mucho, muchísimo y sépalo mi diario durante los dos últimos meses. Mi corazón ha llorado como siempre por desencantos y desilusiones, solo que a las que me refiero me han sido muy dolorosas porque me tocaban muy de cerca. Dicen que yo me engaño, y que soy demasiado orgulloso y susceptible ... Así dicen mis hermanos, Mardoqueo y Samuel. Pero yo creo que no es así; o ellos no me comprenden o yo a ellos no los entiendo, lo cierto es que no estamos de acuerdo en el modo de pensar en muchas cosas. Siento en el alma decirlo en mi diario pero es mi único amigo y él solo sabe lo que no diré ni a mi madre. No quiero sembrarlo de lágrimas que me recuerden ingratitudes porque sufriré toda mi vida. Quiero olvidar que me han agraviado hasta hacer sangrar mi corazón de dolor, quiero perdonar y quiero que mi diario no tenga mis recuerdos de esas penas porque ellas culparían mucho a personas que amo y me pertenecen. Cuando quiera yo ver algo de los tormentos a que me refiero, leer solamente los ligeros renglones que se registran en mi libro copiador de cartas en fecha 5 de octubre y después en la de 11 de noviembre. Si intenté en estos dos últimos meses, no he querido abrir mi diario día a día, porque sus páginas habrían sido escasas a contar las angustias de mi corazón, mis sufrimientos y embates conmigo mismo, y porque no quiero que ni él siquiera conserve recuerdo de las personas que me han hecho llorar y sentir su ingratitud. ¡Ante Dios y mi diario yo los perdono! Nada me queda ya sino el dormido recuerdo de mis tribulaciones. Gracias, Dios mío, por haberme vencido y no puesto en mi diario ni una plumada de lo que ha torturado mi alma y de los que han sido causa de ello. Yo los perdono y los amaré como antes, olvidará pues mi diario como me olvido yo ...

Lunes 6 de diciembre

Conforme he tenido en estos dos últimos meses más dolor en mi corazón y lágrimas en mis ojos, ha habido otras veces que mi alma ha revivido con el consuelo y la alegría. Así es la vida; llora un día y ríe al siguiente. Sufro de ilusión y desengaños en los que creo que deben ser amargos por muchas razones, y cobra simpatías y apreciaciones entre los extraños, y amado, respetado, admirado y atendido. ¡Cuán grande es Dios! en sus infinitos caminos y sendas por

donde nos conduce. Cómo nos muestra de diferentes modos que todo es pasajero y sin estabilidad ninguna en este mundo. Hoy nos hace llorar el mismo que hizo nuestra dicha ayer, ¡somos hoy el ídolo de los que ni nos conocíamos ayer!

Yo he tenido mucho lugar de observar estas anomalías. Mi vanidad ha tenido en estos dos últimos meses mucho pasto con qué encenderse. Me han buscado, me han considerado, me han llenado de adulaciones y merecimientos, me han amado, en fin, con toda la pasión y locura de un primer amor. Si hablo de mi guitarra, debo decir que no hay laya de triunfo que no haya emergido entre las que me han visto, ni laya de elogio que no se me hayan tributado. Se han reunido para verme en varias partes, mucho de lo mejor y más de tono, y he tenido la suerte de agrandar hasta arrancar lágrimas a las bellas, y arranques de entusiasmo a los jóvenes, a ya un magnífico, a los viejos. He oído cumplimientos en seguida y lisonjas que si fuera menos experto, me habría enloquecido con ellas; elogios a quema ropa y sentidos y expresiones, demostraciones de afecto como la siguiente de una señorita, ¡qué feliz la que pueda llamar mía en guitarra!

Valparaíso. Miércoles 8 de diciembre de 1852

Hace hoy un calor insoportable y no hay siquiera un soplo de viento que lo mitigue. Hoy es aniversario de la Purísima Concepción, que tantos recuerdos tuve del tiempo de colegio en la República Argentina. Yo acabo de llegar de hacer algunas visitas, entre ellas a mi preferida. Por una de esas casualidades de las que el amor cuenta a millares, he formado una entusiasta amistad con unas señoritas, las más hermosas que yo he conocido en Valparaíso si no las más ricas. Había oído ya hablar de ellas como muy notables por su hermosura, y al verlas yo me he admirado cómo no han ponderado aún más. Realmente es lo más hermoso que yo he visto en lo femenino en Valparaíso. Con motivo de haber conocido y teniendo intensa amistad con el padre en California, se ha formado nuestra amistad tan estrecha e íntima como lo era con aquel en California. Son pues mis nuevas amigas, la envidia de las bellas en Valparaíso y el eterno sufrir de los jóvenes. La mayor es una verdadera pintura representando el tipo inglés puro, y su mirada es toda una hermosura. Blanca como la nieve y con unos ojos azules tan hermosos y brillantes como el diamante de la Corona del Emperador del Brasil. Es alta y de formas redondas como hechas con torno. Tiene un pecho blanco y terso, como un capullo de algodón que se abre, y una cintura que se abarca con las dos manos sin dificultad. El pelo es el rubio cabello de ángel, que se llama vulgarmente, pero tan sedoso y abundante que por cada hebra daría yo ... no sé qué. Esta es la pobre pintura que puedo hacer yo de este ángel, agregando a su cuerpo un alma sencilla pero ardiente y llena de entusiasmo. Esta es mi hermosa y amable Carolina Cressy, que así se llama.

La hermana menor, doble hermana todavía es la mezcla del tipo español con el inglés. La hermosura del cuerpo con lo ardiente del alma, la perfección de las facciones y todas las formas

reunidas a la gracia y sal española. Es alta como su hermana pero no tiene ni pelo rubio, ni ojos azules. Sus cabellos son negros, pero aún más negros y hermosos son sus ojos. Es blanca como el ámbar y de un cutis terso y trasparente a la vez, limpio y suave como la hoja de la diamela. No es posible pintar una perfección igual de cuerpo. Quisiera retratarla como la acabo de ver en este momento. Pero es imposible, muy imposible. Tenía hoy un sencillo vestido de verano de muselina con muy pequeñas puntas color de violeta. ¡Dios mío! No es posible ver una perfección igual de formas. Está en sus 16 años y es robusta como un botón de rosa, pero su cintura es tan delgada que forma el más hermoso contraste con lo ancho de sus espaldas y lo voluptuosamente pronunciado de sus caderas. Estas tienen un contorno tan redondo que parece hecho en torno, tal es lo exquisito de sus formas. Su pecho es blanco y tan saliente y bien formado que bien podrán servir de modelo al que quisiera hacer una obra suya ese pecho. Parece que se abstiene y revela contra el corsé y el vestido que la aprisiona, eso dos globos, que en lo blanco y trasparente, son iguales a los que hacía de purísima y blanca nieve en las cordilleras de California. Su color rosado, con el sonrojo mismo del pudor, es lo más hermoso que darse pueda. Agregase a este cuerpo un alma ardiente como la de un poeta, sencilla y franca a la vez, en la sonrisa en los labios y la ternura en el corazón, y se tendrá una lejana idea de los que es Florentina C. Tres meses más o menos hace que la conozco, y en este corto intervalo de tiempo ya somos más amigos de lo que vulgarmente se llama o se entiende por amigo. La una es mi amiga, mi hermana en confianza y ternura y la otra es ... la otra es ella ... Largos días he luchado y vacilado en mi elección ¿quién no vacilaría? Igualmente hermosas, puras y tiernas, ¡como la madre misma de uno! Pero al fin, el corazón se va donde están las únicas prendas que él solo sabe buscar y encontrar. Viéndome muchos días indeciso (por más que sabía que ambas me amaban) un día que yo jugaba con mi hermosa lapicera de oro sobre la mesa después de tomar el té, y después de haber tocado la guitarra, la mayor tomó un trozo de papel y escribió estas palabras que paso en seguida: “quién pudiera saber lo que prefiere su corazón y a dónde se dirige”. Bien hacía en preguntármelo porque yo no distinguía hasta entonces a ninguna; ambas eran para mí, amigas en atenciones y miramientos. Mi elección se fijó pocos días después, triunfó la menor, y como ella me decía después en medio de algún sonrojo, “¡no era justo que amase a otra porque yo también sé desde el principio!” ...

¡Dios mío! ¡Cuánto he hecho para hacer que la otra me ame como a hermano! Al fin lo he conseguido; su ternura es completamente fraternal ahora. Y cuánta dicha es, Dios mío, ser amado de esta criatura tan hermosa de cuerpo, y tan ángel en sus virtudes morales. Yo he llegado a formarla en su carácter y a quitar de ella lo vicioso que pone en las mujeres la mentida sociedad. Ahora ella es todo lo que yo quiero que sea ... Allí paso las más de las noches. Ella compone y adorna mi guitarra, le arranca lágrimas siempre, lo mismo que a la otra hermana, y entonces salen sus palabras con la misma facilidad que sus lágrimas y él “yo te amo” es el premio supremo. ¡Cuán feliz soy, Dios mío, en algunos momentos!

Valparaíso, Sábado 11 de diciembre de 1852

Aún no hacía muchos días que yo principiaba a llamarme feliz aquí, cuando ha llegado un accidente a hacerme que tome de nuevo mi eterna cantinela de “soy muy desgraciado”. Parto para Concepción en este momento, digo en una hora o dos más. Al sufrimiento que me causa esta separación tan repentina, agréguese el modo cómo voy, el buque en qué me embarco, sin camarote para mí porque están todos tomados, con una hora de plazo para aprontar mi equipaje, mis libros y arreglar cuanto tengo en Valparaíso en negocios particulares; arde mi alma con justo resentimiento y todo yo soy un saco de dolencias en este momento, pero que nadie más las sabe que yo y mi Diario. ¿Y a quién decírselas? ¿Tengo, yo, acaso, quién me comprenda? ¡No! ¿Tengo quién realmente simpatice conmigo y cuyo corazón y confianza hacer el desahogo de mi pensamiento oprimido? ¡No! ¡Los negocios lo mandan! Muchas veces hemos tomado por pretexto los negocios para ponerlos al frente de mezquinas y ridículas acciones ... Los negocios lo son también para mí ... pero hay quién dice “primero los negocios, que mi familia y los sentimientos más íntimos de mi alma”. Según eso, yo haría mal en dar a ellos ni un momento de mi tiempo. He sabido que debía partir a Concepción una media hora antes. Son las dos de la tarde y tengo ya armado mi equipaje. Me voy y dejo todo en completo desarreglo. ¡Carajo!

Acabo de estar en casa de Florentina y son las tres y media de la tarde. ¡Se figurará el efecto que en ella había hecho el anuncio de mi partida tan repentinamente, cuando anoche nomás estaba no tan lejos, y cuando ella escribía para mí estas palabras “yo también te amo”! Cuánto dicha anoche para tanta plegaria hoy. Así es el mundo y cada momento nos da lecciones pero jamás aprendemos. Yo estoy en este momento en el jardín con ella y Carolina, y cuán conmovida estaba. Nos detuvimos bajo de un parrón, y allí estábamos hablando como hablan con toda confianza en la intimidad dos hermanos muy queridos. ¿Sería que amo mucho yo a esta criatura, o que su hermosura me deslumbra y me fascina? De veras pocas niñas he visto hasta hoy que, como ella, reúnan tanta perfección física y tantas buenas prendas morales. ¡Y cuántas protestas me ha hecho, llenas de sentimiento y de pasión! Pobre, ya mucho me ama para no hacer sino meses que me conoce. ¡Si ella supiese que llevo intenciones de no volver al menos por mucho tiempo!

Domingo 12 de diciembre

No salimos ayer al fin como pensábamos, y nuestro viaje quedó para hoy. Son las nueve de la mañana y estamos a bordo del Águila que va saliendo del puerto a pasos contados. Hay calma. El día está nublado y amenaza cerrar mucho. El vapor del norte viene entrando pero

no tenemos tiempo de esperar. El día está hermosísimo y se ve el muelle lleno de miles de espectadores que aguardan el vapor.

Yo estuve anoche en casa de Florentina. Estaba para salir pero antes tuve reunión solo con ella un momento, y supe cuánto quería saber, cuánto había en su corazón de amor y respecto por mí. Pobre ella ... Al fin yo la veré otra vez y sabré entonces si ella es digna de que yo piense en ella como pienso ahora. Salgo de Valparaíso bajo las mismas impresiones que dejé en San Francisco. ¡Veremos otra vez si soy más feliz que ahora al dejar otra ciudad!

Jueves 16 de diciembre. A bordo a la altura del Maule

El Águila se balancea con una calma no completa y a tiro de fusil de la costa, frente al Maule. Se ven perfectamente los trigales y algunos ranchos de labradores. La parte de terreno frente a donde estamos es quebrada, pero muy llena de bosques y de toda clase de vegetación. El día esta nublado, y corre norte pero una brisa que apenas nos empuja dos o tres millas. El día está lindísimo. Me recuerda aquellos días de verano en la República Argentina en que tan bien suelen venir los nublados. Todos los pasajeros estamos sobre cubierta y nos divertimos en ver los objetos de tierra. Hemos tenido sures horriblemente fuertes capaces de acobardar al muy intrépido. Pero hemos pasado bien estos cuatro o cinco días a bordo. Veremos el resto. A petición de todos los pasajeros yo he armado mi guitarra y he tocado a bordo 4 o 5 veces recibiendo en pago lo que siempre, ¡elogios inmerecidos por muy exagerados!

Concepción. Domingo 19 de diciembre de 1852

Son las seis de la tarde. Llegué a Talcahuano a las dos de la tarde a causa de una calma que nos ha tenido casi todo el día en la bahía. Encontré a Talcahuano tal como lo dejé el 9 de marzo del 49. Todo es pobre y sin muelles, sin casas, sin aduanas. No es extraño que así haya encontrado a Talcahuano cuando a Valparaíso he hallado tan atrasada en comparación con California.

Tomé después de desembarcar un birlocho en que cupimos cuatro pasajeros y nos vinimos a Concepción. Talcahuano está ahora medio enfiestado con la llegada del magnífico vapor peruano Amazonia y está lleno de los vecinos respetables de Concepción que han ido a visitarlo.

He llegado a casa a las cinco de la tarde. Nadie sabía que yo debía venir. He llegado pues a la puerta de calle después de cuatro años de ausencia. La puerta estaba cerrada. Me bajé del birlocho, lo pagué y entré al zaguán. Oí bulla adentro del patio y entré ... Dios mío, qué sorpresa ... Tres o cuatro gritos partieron a un tiempo diciendo Ramón Gil, y un momento después estaba en los brazos de Parmenia y Aurelia. En seguida ha salido mamita de su cuarto, me ha

abrazado y entrado de nuevo en su cuarto llorando. ¡Dios mío, cuánto placer después de cuatro años de ausencia, tan llenos de peligros y amarguras! En seguida ha venido Darío, todo un hermoso joven de veinte años y me ha estrechado en sus brazos con igual placer. Nadie tenía ni siquiera la idea de que yo estaba tan cerca de aquí. Emilia no está aquí.

Hace algunos días que se fue a Chiguyante a pasar una temporada. Mi tío Domingo llegó hace un momento de Talcahuano, porque también había ido por la novedad del vapor acompañando al intendente el señor Rondizzoni. Este me ha mandado saludos por medio de mi tío, prometiéndome una visita para mañana. Don Ignacio acaba de salir de aquí; ha venido también a verme. Siempre amable y lleno de chistes. Juan está también en Chiguyante y no vendrá hasta mañana. Yo tengo el ánimo de venir mañana muy temprano a sorprender a Emilia. ¡Cuánto gusto van a tener ambos de verme llegar allí cuando ni siquiera se figuran que podía venir! Más despacio paso a mi diario cómo está Concepción y cómo me han recibido sus habitantes.

Lunes 20 de diciembre

Son las 7 de la mañana en que salgo para Chiguayante a ver a Emilia. Juan acaba de llegar de allí y como tampoco sabía nada de mi viaje, casi ha muerto de sorpresa cuando lo he abrazado de atrás. ¡Cuánto gusto ha tenido el pobre Juan! Lo he encontrado bueno aunque algo avejentado. Parto pues a sorprender a Emilia y mis primas Leonor y Encarnación que no presumen siquiera que yo pudiera llegar.

Son las seis de la tarde y estoy de vuelta de Chiguayante. En el camino encontré a Juan Galán, su hermano Miguel y Concha. El primero compañero de padecimientos en California, y los segundos antiguos amigos. Estuvimos media hora a la sombra hablando muy contentos y en seguida nos despedimos. Llegué a Chiguayante, y como la casa de Emilia dista unas tres cuerdas del camino real, dejé mi caballo en la casa de un inquilino en el camino y me fui de a pie. Entré a la quinta saltando algunas cercas, y me coloqué abajo de un espeso sauce. La casa estaba colocada en una altura, domina la quinta, el jardín y toda y la llanura que se extiende a las márgenes del río Biobío. Algunos sirvientes me vieron, éstos llamaron a otros, y todos juntos principieron a hablar como interpeándose unos a otros, quién sería aquel intruso que había entrado a la quinta saltando por sobre las cercas. No podían creer que fuese un ladrón porque era todo un caballero perfectamente vestido con su rico puñal de plata a la cintura, su magnífico reloj y cadena de oro, etc. Al fin partieron todos, corriendo al parecer a avisar aquella novedad a la señora. No me equivoqué porque un momento después vi salir a tres señoritas muy elegantes y principieron fijarse en mí con la misma admiración que lo habían hecho los criados. Su admiración crecía más cuando veían la impavidez con que yo me quitaba el sombrero y saludaba o me sentaba abajo del adobe. Cuánto gusto tenía yo de ver a Emilia y mis primas después de

4 años. Tan cerca como estaba yo de ellas podía ver hasta los más pequeños movimientos y los gestos de admiración que se hacían unos a otros. Yo saqué mi cartera y principié a escribir en ella lo que sigue en medio de la admiración suya que crecía con cada licencia mía.

Son las nueve y media de la mañana, y estoy abajo de un árbol en la quinta de mi hermana Emilia en Chiguayante. Ella está a mi vista en el balcón a 20 pasos de aquí acompañada de mis primas Leonor y Encarnación. Me ven y se llenan de admiración; otras veces se ríen, probablemente llamándome intruso. Yo les he hecho un reverente saludo, el que me han contestado las tres con una inclinación de cabeza. Si supiera Emilia que es su Ramón quien está tan cerca de ella en este momento después de 4 años de ausencia.

Concepción. Sábado 25 de diciembre de 1852

Después de la sorpresa que di a Emilia en Chiguayante y mis desahogos de familia, nada ha pasado en mí, notable. Emilia fue completamente sorprendida en Chiguayante. Luego que me reconocieron, dieron a un tiempo un grito de sorpresa y corrieron donde yo estaba; ¡qué placer tuve yo en abrazarlas! Subí al balcón con ellas, y allí principió el sin número de preguntas y curiosidades. Pocas veces he sido tan completamente feliz. Emilia quiso volverse a Concepción conmigo y así después de un magnífico día pasado en Chiguayante ordenó al mayordomo ensillar los caballos y hacer los aprestos para volverse a Concepción, donde llegamos ya anocheciendo.

Son ahora las 12 de la noche en que acabamos de volver por los yacimientos. La noche está muy hermosa y se ven muchas señoritas paseando por los nacimientos. Cuatro años ha que yo paseaba en esta misma noche teniendo del brazo a las señoritas Versines. Aún no las he visitado de vuelta de California. Quién sabe si a estas horas se acuerdan ellas de los paseos que nosotros hicimos.

Domingo 26 de diciembre

Mamita y las niñas están, desde el día siguiente al que yo llegué, tomando los baños de mar en Penco. A un día que había sanado completamente de la enfermedad de los oídos, ha contraído otra enfermedad en las narices de la que parece que se mejora con los baños. Parmenia está un poco compungida por el excesivo trabajo material. Se impone pesadísimas tareas, y Aurelia, que antes partía con ella los trabajos, está ahora imposibilitada de ayudarla. Es imposible encontrar dos criaturas más dignas e interesantes en medio de su orfandad. Rodean de cuidados a mamita, la alivian en todo trabajando desde que amanece hasta que anochece y para gozar

después de tantas tareas y privaciones, no tienen más que su familia, su casa, sus hermanos y sus mismos quehaceres. Yo quisiera más que nunca ser rico ahora para proporcionarles cuanto menos en cuanto merecen por su virtud y contracción. No me separo más de ellas. Estuve siempre al lado de mamita para cuidar de su vejez, y hacer más soportable y grata en lo que sea posible la existencia de las niñas. Renunciaré si es posible a los grandes negocios y a mi vida ambulante y aventurera por quedarme al lado de mamita y las niñas. Desde hoy les pertenezco para siempre en cuanto soy y valgo. ¡No me separaré de ellas jamás!

Lunes 27 de diciembre

En Penco he tenido la satisfacción de encontrarme con mi antiguo amigo el señor Don Agustín Méndez y toda su familia. Me han hecho el mismo cariño que el de siempre y las mismas protestas de fina amistad. Para todos estos viejos amigos yo les hago el efecto de un resucitado, pues que todos me han contado por muerto desde el año 50 en que se aseguró mi muerte hasta en el seno de mi misma familia. ¡Todos al verme exclaman llenos de admiración “pues yo lo veía entre los muertos, como es esto por Dios”! Cuatro años he faltado en Concepción y en ese tiempo mi historia para los penquistas ha sido la siguiente. Fui a California, salvé los apremios, triunfé del costoso aprendizaje, hice mi fortuna en seguida, mandé un buque en el nombre de mi hermana, me aprestaba yo mismo a volver cuando fallecí víctima del cólera según unos, y según otros a manos de asesinos yanquis. Pues ni lo uno ni lo otro, yo estoy vivo y muy bueno y de vuelta en medio de mi familia y antiguas relaciones.

Jueves 30 de diciembre

He estado en casa de las señoritas Versines el jueves, digo el domingo pasado, y he repetido mi visita hoy. Cuánto gusto han tenido todos al volverme a ver después de haberme creído muerto como todos los demás. Nuestra íntima amistad ha vuelto a anudarse de nuevo con la misma fuerza y buena fe que antes. Ernestina dio una exclamación de sorpresa, la primera vez que me vio y se adelantó hacia mí, tendiéndome la mano con estas palabras, “R. G. cuanto gusto tengo de volverlo a ver”. Después han entrado una por una las niñas, mi señora Anita y por fin el señor Versines, quien me ha recibido con el mismo placer e intimidad que antes. Me han visitado y mandado saludar ya todas las personas más respetables de Concepción. Muy agradecido y satisfecho estoy particularmente a las muestras de amistad que me han dado todos los jóvenes viniéndome a visitar todos en diferentes reuniones. Ya sabrá mi diario lo que soy yo acá ...

Concepción. 1 de enero de 1853

Mi vida ha comenzado a ser más agitada y tambaleante que la que era en las quietas y pacíficas entrañas de California. No es pues de extrañar que mi diario, el amigo de mi vida, reciba ahora menos comparecencia que antes. No es que yo no tenga siempre muchísimas cosas que hacerle, y que él sea menos íntimo para mí, pero he dicho que mi vida es más de movimiento ahora y he ahí la causa porque no estoy todos los días en mi diario.

Apenas llegado a Concepción que fuera el teatro de mis primeros ensayos en todos los tramos de la vida, apenas parado en la cuenta todavía de lo que soy y seré más tarde. ¿Rememoraré las frías cenizas de algún primer amor? ¿Volverá a arder de nuevo el fuego de aquellas primeras ilusiones? ¿Qué rumbo tomará pues mi corazón? ¡Ojalá que yo mismo pudiera saberlo! Él es tan sensible a la hermosura, a la poesía y al amor que apenas puedo responder por él una vez que en su camino hay alguno de esos tres escollos ... Hoy he principiado a publicar “Los chilenos en California”.²⁵⁶ Veremos lo que de ello sale.

Volví a ver hace pocos días a mis íntimas y antiguas amigas las señoritas Versines. Después de cuatro años me han sentido todas con el mismo afecto y ternura tal vez que antes había entre nosotros. Ernestina dijo al verme, “¡Ramón Gil, cuánto gusto tengo de verlo! Ana Antonia decía que la mujer que, sin ser pariente, llamaba a un hombre por su nombre de bautismo, ¡estaba tan cerca de amarle que no falta ya como decírselo!”. ¡Ella me amaba antes y mucho, con la fuerza del primer amor! No se olvida el primer amor así nomás. Su corazón ha latido primero por mí, y yo en Chile tal vez pueda decir lo mismo, “el mío ha latido primero aquí a impulso de sus miradas”. ¡Vine muy niño, y ella era niña también! ¡Nos amamos mucho y antes de gozar de ninguna de las prerrogativas del amor ya me marché! ¿Después, qué habrá sido de su corazón? ¡Del mío mi diario lo sabe! Echemos un velo sobre lo pasado.

Jueves 6 de enero

Como siempre la novedad es muy poderosa en las mujeres, y rara es la que se libra de esa influencia. He tenido lugar de notarlo en infinitas épocas de mi vida. Ahora lo noto de nuevo y con dobles pruebas. Yo hago ahora la novedad (apenas quiero decir por qué, aunque sea para mi diario, me avergüenza de hablar de mis triunfos), y mañana la otra y más tarde que sé yo quién. Así es la historia del capricho de las mujeres y en mis pobres recuerdos campea más de una parecida. Mi guitarra hace furor entre todas las niñas, un fanatismo por ella llega hasta no dejar ninguna de adorarla con algo, inicio en ella el sueño y a quien hacer reproducir los

²⁵⁶ Efectivamente comienza a publicarse el 1/1/1853.

sonidos que las enamora. Apenas hay quién no hable de mi guitarra en todas las ciudades. Jamás se ha oído nada mejor ni se creía que en la guitarra pudiera hacerse tanto portento de ejecución y hermosos sonidos. Las aficionadas a la música se vuelven locas, y en esto no se exceptúan tampoco los artistas que hay acá. ¡Qué extraño es, pues, que las niñas se vuelvan locas! Las Versines, más inteligentes que todas en música, me dan un valor músico que no merezco y un entusiasmo que llega a ser delicioso. Algunas gotas de lágrimas dicen en todas ellas hasta dónde las ha entusiasmado mi guitarra y tocado a las puertas de su sensibilidad. Más son las primeras de esa fama que me han dado y apenas hay familia que no pida, estando en su casa, que haga el favor de mandar a casa por mi señora, así le llaman a mi guitarra. Ella pues es ya conocida de todos y de todas, ¡y de cada una de ellas tiene un recuerdo o un adorno!

¿A dónde se va mi corazón? Muchas se lo disputan. La una dice que me ama lo mismo que los primeros días de amor, que en su corazón ha sido fiel y que en estos años de ausencia apenas se ha adormecido, pero que ahora despierta con doble fuerza y entusiasmo por su primer amor. Me recuerdan todas las pequeñeces de esa primera pasión, esos recuerdos de flores de pelo, esas mil nada, prendas volantes de esos primeros rayos de pasión. Esa prueba es verdad que siempre recuerda y que el recuerdo se ha hecho ahora más vivo, ha resultado más fresco y con doble entusiasmo. Apenas tengo para que decir quién es ella ... hablaba más de ese mismo amor antes de irme a California ...

Otra, a quien favorecen circunstancias pasajeras, más intensamente, más persistentes, no más ardientes, pero menos recordada, más fácil y accesible me arrastra más, quizá sin tanto prestigio de amor ni de hermosura. No apasiona, fascina, no enamora, sin embargo ella puede más ahora que aquella ¿será para concluir más luego? Fruta madurada a fuerza de ciencia y de estudio, ¿será que no tenga la [ilegible] de la que sazona por su naturaleza sin estudio y sin incentivos? Sin embargo, esta última habla ya sin rubores, no niega nada, pide amor en trueque, y no disfraza en mi presencia ninguna de sus sentimientos ni deseos. Juanita se lleva ahora no mi amor, mi primer entusiasmo, esa locura y primera ligera fantasía, hija como he dicho antes de circunstancias excepcionales.

Otras en fin sin ser tan claras como las anteriores mienten tal vez el amor que no sienten, y parecidas momentáneamente por esa influencia de la novedad, por el prestigio “de la guitarra, del recién llegado, del extranjero, del escritor, y bien parecido muchacho” como calificaba una de 25 a 30, revolotean en mi derredor como otros tantos picaflor en derredor de la miel de alguna flor, pero no les doy más crédito que el que ellas me dieran a mí, viéndome decir lo mismo a todas las que me miran y buscan atraerme. Si yo fuera siquiera más fatuo y menos escrupuloso ... Entre esas de que hablaba hay una, sin embargo, que me persigue y quien temo de veras es entre las que tienen marido pero no mi amor. Hermosa como ninguna y el ídolo y la deseada de todos los jóvenes.

Concepción. Lunes 15 de enero de 1853. Los chilenos en California

Yo mismo no puedo todavía tomar mi decisión de la nueva vida que llevo por acá. Los asuntos íntimos y de corazón más o menos los sabe ya mi diario. La fascinación, la novedad, el prestigio de que está rodeado el joven que como yo, toca, canta, baila, viste elegantemente y llega del extranjero con tal cual conocimiento de sociedad de costumbres, de política, de literatura y qué sé yo, todo eso tal vez reunido hace que yo sea el más plus ultra entre las bellas, ¡Juguete del mundo! tal vez mañana otro con menos méritos sea doblemente aplaudido y acariciado.

Los Chilenos en California, que sigo publicando en el *Correo del Sur*, me ha dado todavía doble prestigio, no solo entre ellas sino entre todos los vecinos de Concepción. Historia de los Chilenos en California de los años 49 y 50, en esa época fecunda de acontecimientos raros, en costumbres originales, primitivas algunas, muy civilizadas otras, costumbres excepcionales, otras hijas del conjunto y laberinto de tantas naciones y razas, creencias y calidades, hijas también de las circunstancias, la historia de esos sucesos decía, ignorada todavía por todos, que nadie ha escrito sobre ella, eso es lo que interesa y hace que se rodee de prestigio quién primero escribe, porque esa historia, como lo indica su nombre, se contrae principalmente a la referencia de asuntos chilenos. Además, los “Chilenos en California”, que publico tienen por principal tema un suceso hermoso en el que jugaron el primer rol muchos jóvenes hijos de Concepción, de entre los cuales perecieron unos, otros fueron azotados, otros mutilados de las orejas por baldón, todos víctimas de arbitrariedades de los yanquis. Ese suceso, sabido antes en ahora, en embrión por los mismos jóvenes que salvaron de ese San Bartolomé, es el que ofrezco en todos sus detalles por notas que tomé yo en mi Diario allí en el teatro mismo de la escena, al humo de los balazos y jugando yo a mi vez uno de los principales papeles en el drama, el de traductor de las órdenes y decretos de los yanquis, intérprete de ambas partes, y testigo ocular de todas las escenas. Este trabajo es mi primer ensayo literario, que por suerte a falta de mérito ha venido acompañado del prestigio ante dicho. He aquí todo lo que hace e incluye para ser, sin merecerlo *l'enfant gâté*²⁵⁷ de estas gentes en todos los círculos de su sociedad.

Martes 18 de enero

Con fecha 23 de diciembre he principiado a desempeñar el cargo de colaborador del Mercurio de Valparaíso. El Mercurio es el diario de Sud América que más crédito tiene en Europa y toda Sud América por la antigüedad que cuenta y por la independencia de sus editores en todas las épocas y administraciones. Tiene ya 25 años de existencia, que para un diario es ya

²⁵⁷ *Niño mimado/consentido*. Traducido del francés.

su jubilación. Fue instituido por tres o cuatro jóvenes argentinos entre ellos el Sr. Calle²⁵⁸ y mi tío Ramón Ocampo. La circulación es grande en toda América y en Europa lo es también, sin competencia alguna, más leído que todos los diarios de América. A mí se me ha encargado la redacción de todo lo concerniente a todas las provincias del sur, que al fin ellas son las que más importan de toda la República. La marcha comercial, sus intereses locales, su administración gubernativa y judicial, sus municipalidades, sus caminos, sus puentes, sus correos, su progreso intelectual y material, su riqueza, su civilización y cuánto sea de interés general, he aquí lo que formará los epígrafes de mis artículos. Se me abonan 500 \$ al año, que nada valen como riqueza para mí, pero que son de alto precio por lo honorífico de su puesto. Me honra más que llena mis bolsillos, es cuanto quiero. Yo pienso dar a la redacción de mi correspondencia un tinte más directo al que se le ha dado a los demás hasta hoy. Para ello cuento con mi experiencia práctica de mis 4 años de California entre la nación más adelantada del mundo y en el contacto de todas las naciones de Europa, ¡con que he podido tomar algo de sus ideas y su civilización!

Miércoles 26 de enero

Son las tres de la mañana. He pasado la noche en vela hasta ahora en que mando ensillar para marchar a Chillán. Llevo en mi compañía a mi S. Anita y Ernestina Versines que irán hasta los baños. Voy solo con ellas y mis mozos. Se han dado en estos días algunas tertulias en las que ... y de las que he logrado resultados inequívocos. *Many things to say to my journal, but another time*²⁵⁹ ... “El primer beso, a la modestia hurtado, el primer nudo del pudor desata” dijo Varela.²⁶⁰ Y yo, sin ser Varela, repito ahora lo mismo. Por supuesto que diez o doce besos deben hacer más que uno, a juicio de todo contador. Las rosas clavan pero cuando por cada una se obtiene media docena de besos, no importa que corra la sangre de las manos que las coge. *My God! What reminiscence that of tonight! We have been walking down the alameda and in returning, I noted her thousand kisses. I, hi! I never stole her a kiss, she gave me of her own accord and consent. Juanita told me! How I love you, my angel, take from me all that you want, and give me a thousand kisses in return! We were about of a cuadro behind the others, stealing roses from a garden in returning from the alameda!*²⁶¹ ¡Qué feliz es Dios mío quien tiene todo lo que quiere y aprecia!

²⁵⁸ José Luis Calle. Emigrado de Mendoza que enseguida jugó un importante papel en la política argentina desde Chile. Proprietario y redactor de *El Mercurio* entre 1833 y 1838.

²⁵⁹ *Muchas cosas que decir a mi diario, pero en otro momento.* Traducido del inglés.

²⁶⁰ Varela, Juan Cruz. “El primero beso”.

²⁶¹ *¡Dios mío! Qué reminiscencia la de esta noche. Hemos estado caminando por la Alameda y al volver le di mil besos. Yo, ¡hola! Nunca le robé un beso, me dio de su propio acuerdo y consentimiento. ¡cuánto*

Collanco. Jueves 27 de enero de 1853. Notas de mi cartera

Son las 12 del día y estamos en Collanco cerca de la hacienda de mi tío Domingo, la Quebrada. Salimos de Concepción a las cuatro de la mañana con una luna hermosísima. Trasnuchados y sin dormir un momento, hoy el sol nos ha mortificado doblemente y para andar con señoritas me ha parecido buena jornada a 10 leguas de la ciudad. Estamos pues a orillas del camino parando el sol en los corredores de una casa bastante buena. Qué peligroso es viajar con señoritas hermosas y con antecedentes como los que hay: la satisfacción si [ilegible] por sí sola, con la comunidad de los bienes en un camino. Llega con la conversación de horas enteras y contando inmediato a establecerse una especie de paternidad, ¡si es que paternidad puede haber entre personas que se han amado en el primer amor! Ernestina viaja en mi mejor caballo y cada momento está más contenta de él. Hemos hecho una sola cama como hacen los que viajan para pasar el sol. Mi señorita Anita se ha acostado en una de las almohadas, y yo y Ernestina hemos tomado la otra. ¡Qué diablos, quien duerme ni repara en su palpitante seno que sube y baja como la ola del mar! ¡Quién diablos, puede estar así sosegado cuando tiene la cabeza apoyada en la misma almohada que descansa la suya una mujer de 17 años, hermosa y pura como pensamiento de ángel, y cuando uno sabe que es amado por esa mujer! ¡Sentir su aliento, el roce de su cabello, la palpitación agitada de su corazón y por fin, leyendo a Espronceda en sus amores con fuerza! ¡Diablos, si es peligroso viajar con hermosas!

Viernes 28 de enero

Hemos alojado anoche en la hacienda de un señor Martínez, y de nuevo si nuestra cama no era común, al menos entre la mía y la suya no había más que un baúl porque dormimos en el comedor por el mucho calor. Luchar así cuando se ama y es amado tal vez por respeto a lo que deja uno en Concepción ... A la madrugada me fui yo a bañar a un arroyo y de vuelta hallé ya a mis compañeras bien vestidas. Ernestina queriendo lo hermoso del huerto y de los árboles propuso un paseo, a que no queriendo acompañarnos, me dijo “¡vamos nosotros, es tan floja Anita!”. Tanto candor y confianza había en la invitación que salté yo de gusto. Fuimos en efecto y luego nos perdimos dentro de la espesura de los árboles y a mucha distancia de las casas. Todos allí sin más testigos que Dios, nos paseamos mucho tiempo ... yo saqué mi cortapluma y gravé mi nombre en un manzano, luego a vista de ella gravé el suyo al cabo, y ella asistiendo a lo que yo quería significar, me dijo, “enlazados con algo los dos”. En seguida

te amo, ángel mío, toma de mí todo lo que quieras, y devuélveme mil besos! ¡Estábamos como a una cuadro detrás de los demás, robando rosas de un jardín, al volver de la Alameda! Traducido del inglés.

le dije “pongamos ya a hacer castillos en el aire, ¡a ver quién los ponga más bonitos? “Me gusta la idea”. Hicimos mil y un castillo en que figurábamos ambos impuestos de amor y de dicha, y huyendo del bullicio del mundo, y solos en una hacienda como al presente. ¡Cuánto amor, cuánto recuerdo de aquel primer amor cuatro años antes! Todo pasó tácitamente por nosotros en aquellos momentos. ¡Cuánta dicha! ¡Y cuán honrado y caballero necesita ser uno para tener a su lado un ángel de quién es amado y no estrechando entre sus brazos y robarle mil besos siquiera! ¿Y la otra? ¿And her sister of the thousand kisses?²⁶² Lo que prueba lo que dije en 6 del presente; el primer amor no se olvida ... ¡La otra embota, no enamora, fascina ni seduce por amor! Escogí mal.

Son las 12 del día y estamos pasando el sol en una cancha de bolas frente a las lagunas de Abendaño a 4 cuadras de distancia. La misma cama común y los mismos martirios, ¡qué diablos! Hoy durante todo el camino me ha hablado ella de aquel tiempo recordando las prendas dadas entre ambos por primer amor, los bailes, las tertulias, los nacimientos en que ella me regaló una siempre viva, ¡lo que esa flor significó cuando me la dio! Digo, quien quiera si uno no es capaz de volverse loco con una respuesta de esa laya. ¡Concepción, qué sus ojos son los más hermosos que hay entre las niñas! ¿Y qué no es hermoso en ella?

Hace un momento que fuimos con Ernestina a ver las lagunas y buscar agua. La he tenido del brazo, hemos andado lejos de las casas por entre hermosos árboles y no he dirigido durante toda la excursión una sola palabra sobre nuestro amor. Para los caballeros, la confianza que se hace de ella es la peor traba en el amor, ¡es el grillo y la cadena que está en sus pies y sus manos y su boca!

Sábado 29 de enero

Anoche viajamos toda la noche con la luz de la luna hasta llegar a Chillán. Qué hermosa noche, Dios mío. Largas horas y más largas distancias cabalgábamos juntos, sus piernas con las mías, estableciéndose entre nosotros la comunicación de una chispa eléctrica que se comunica a toda la cuerda de una parte a otra. Jamás se agotaba para nosotros la conversación, siempre sobre el mismo tema, variaciones en todos los temas. Muchas confesiones, conversaciones contadas por tal fin, todo cuanto puede hacer feliz a dos que se aman. ¡Agregaré a todo eso lo hermoso de la luna! Y agregaré más las mil veces que la montura se descomponía y era necesario bajarse para componerla. “Vaivén”, decía ella entonces, “¡yo lo entiendo!”. Así llegamos a Chillán anoche a las doce y media y en este momento salgo yo para San Carlos. ¡Nos veremos mundo!

²⁶² *Y su hermana de los mil besos*. Traducido del inglés.

Concepción. Lunes 7 de febrero de 1853

Después de una permanencia de dos días en San Carlos regresé a Chillán el sábado y permanecí allí hasta el domingo 30. *One of the little candy that is necessary to have when one begins to make love to a girl impeached me to see Ernestina on my return from San Carlos. I know that she is in disappear now. We will see about that when she returns here.*²⁶³ Llegué aquí el 5 de este mes, después de haber pasado por Cucha sin haber entrado a las casas a causa de la aprensión que ellas me inspiran desde que fue allí donde mi padre contrajo la enfermedad que le mató. Los días van acá como comenzaron en cuanto a asuntos de corazón. Cada día hay algún nuevo adorno que agregar a la guitarra, y una prenda que presentar al corazón. Para la bola y sigue la danza, y venga todo lo que es bueno y agradable, no hay que desecharlo, tiempo vendrá en que tenga que pagar esos mismos triunfos y goces porque para mí, un día se llora y otro día se goza, y el día de placer es más corto siempre que el día de pesar. Juanita lleva siempre su capricho adelante, y ¡qué diablos le haré yo! Volveré a repetir aquí lo que decía en California al abandonar aquel trío mejicano cuyo triple capricho no pude llenar sin ser un D. Juan Tenorio.²⁶⁴ ¡Oh! Quizá soy infeliz, porque me aman a la vez, más que pudiera tal vez pagar solo un corazón. Si tuviese que repetir esto a propósito de iguales circunstancias. Qué diablos, me ponen sitio dos a la vez, and sisters too, que en cuanto a las demás no importa. “Mientras el amor que yo les miento”, como dice Tassara²⁶⁵. Aún no me olvido de la noche en que partí para Chillán, y de que le hablé a mi diario. Pero otra vez el recuerdo del viaje, esas escenas, la reminiscencia del primer amor en sus detalles. ¡Por qué diablos! No tiene uno veinte corazones para dar uno entero a cada una, por qué se les ha puesto que a cada una se le puede dar uno enteramente. Y con qué se queda uno para hacer frente a las demás exigencias que le vayan viniendo ... ¡Mejor es no hablar más porque me estoy poniendo qué sé yo cómo!

Martes 15 de febrero

Es una noche oscura, tenebrosa, noche de conspiradores, de ladrones o de amantes; todos pueden cobijarse bajo el toldo negro y misterioso de nubes que cubren el cielo. A consecuencia de no sé qué negativa de parte de Juanita, le escribí yo como suelo en circunstancias tales con más

²⁶³ *Uno de los pequeños caramelos que hay que tener cuando uno comienza a hacer el amor con una niña impidió que viera a Ernestina al volver de San Carlos. Sé que ha desaparecido ahora. Lo veremos cuando vuelva aquí.* Traducido del inglés.

²⁶⁴ Se refiere al drama romántico de José Zorrilla, *Don Juan Tenorio. Drama religioso-fantástico en dos partes* (1844).

²⁶⁵ Gabriel García Tassara (1817–1875), escritor romántico, poeta, periodista y político de origen español.

esperanza y rectitud que las heces de su veneno. Llevaba desaparecida por demás, me entregó ella misma esta noche en una bolsa, un billete o qué sé yo qué con más lágrimas que las de una Magdalena, que no es necesario echar en escena aquí. El concluía así: “por Dios, venga a verme esta noche a la una o las dos y verá que es falso cuánto usted cree, etc.”. Habíame dado no sé qué día de estos un cabello de su hermoso pelo, y creo que yo no estimándolo bastante, pedí algo más, se negó, o rodeó al menos ello es que de allí el pretexto de desavenimiento que ha tenido por resultado el billete que he copiado.

¿Querrá creer mi diario que más de una hora he estado luchando entre el deseo de acudir a la cita y el recelo de un compromiso? ¡Pues así es la pura verdad! Pero he dicho antes que la noche está oscura, como tramas de ministro, y que ella pertenece a las enamoradas, a los ladrones o conspiradores, y siendo así la he tomado por mi cuenta. Juan estaba ya acostado pues que es mi compañero en defecto de Darío, que se halla en Valparaíso. Eché a mis hombros la de torear y héteme en campaña con una oscuridad que ni mis manos veía bien. Extravió calles, doy vueltas, llego y rasco los vidrios de la ventana. La luz se apaga como por encanto y un momento después está ella en mis brazos. Quién no ha tenido en sus brazos en una noche semejante una criatura joven y hermosa, pura y enamorada, no puede tener idea de lo que yo he gozado. Desnuda como se sale de la cama sin más que el gran chal de cachemira, era enteramente la figura de la sonámbula, con la diferencia que esta estaba despierta, y poniendo su alma, sus cinco sentidos, en cada beso, en cada caricia. Por demás, es decir, que yo me he olvidado del pretexto del agravio y que he hallado tanto de ello como del Concilio de Trento. Dios mío, cuánto cuerpo revelado a mi tacto y mi sentido. Su pecho muy blanco y muy terso, sus torneados brazos todo ha sido abandonado sin reserva en mi sed de amor. ¡Cuánta dicha para no merecer nada yo! Apenas lo creo y sin embargo siento todavía en mis oídos sus palabras de caricia, ciento sus manos jugando con mi pelo, y siento sus labios chispeantes de amor y de deseo posados sobre los míos en un largo y eterno beso. A un maldito sereno se le antoja dar las tres y recorrer la calle. Maldito seas mil veces. ¿Qué hacer? “Me voy, no quiero comprometerte, viene ya el sereno”. “No te vayas por Dios, hay de modo que no te vea”. Quién puede negarse a semejantes palabras. Retirarme de la ventana y me encuentro en una puerta a guisa de cuña. Pero los serenos no son tontos y ven a media legua cuando tienen que cantar la nona. “Hola, ¿quién vive?”. “Mire, hombre, soy yo, qué quieres, nada, que voy a pitar, pasa. Llevarlo a la policía”. Sé discreto y serás recompensado. Bueno, me responde. Meto la mano al bolsillo “maldición, no tengo plata conmigo”, sin embargo, dice un nombre supuesto de otro guardián y le digo que me aguarde en la alameda mañana a la noche. Se va el sereno y vuelvo yo a mi dicha interrumpida. Más de una hora ha pasado ya allí entre martirios y entre venturas. Maldita y tirana reja, quién las inventaría. ¡Qué horrible es tener en sus brazos lo que se ama, y tener por medio una reja!

Concepción. Viernes 18 de febrero de 1853

Mi diario ha visto ya la precipitación con que yo salí de Valparaíso, y la mala impresión con que me despedí de allí, no en cuanto a mis asuntos particulares y de corazón como los llamo, sino en cuanto a asuntos de mis hermanos. Pena me da decirlo, pero si no dijera a mi diario cuánto pasa por mi alma, no sería depósito fiel de mis impresiones en general. Mis hermanos me han agraviado hasta lo más hondo de mi alma y cuanto más haya podido influir en ese agravio las esperanzas que yo traía desde California y que han sido fallidas, no puedo decir todavía. Se han equivocado ellos con mi carácter y tendencias, y sin convencerme ni tratar de entenderme me han agraviado. Testigo sea mi diario de que no lo estampo aquí para perpetuar odiosidad alguna entre ellos, ¡no! Dios lo sabe, yo los perdono aquí abajo y ante Dios. Se lo digo a mi diario para no dejar de ser fiel a mi costumbre de estampar los acontecimientos de mi vida, y muy particularmente los que van derecho a mi corazón. Lo estampo porque ello va a influir en el resto de mi vida y mis acciones, lo estampo porque he jurado decirles algún día, “os habéis equivocado conmigo, me habéis agraviado hasta lo más sensible de mi corazón, habéis sido bajos, hasta cierto punto conmigo mirándome con frialdad, porque me habéis visto llegar sin fortuna. Pero no recordasteis que el cimiento de la vuestra me ha costado a mí cuatro años de peregrinación y sufrimientos en California, olvidasteis que yo os di eso con que principiasteis a trabajar, por fin, fuisteis tan ingratos que echasteis en olvido que yo os mandé La Elisea y que cuando la visteis anclar en Valparaíso, levantasteis las manos al cielo y dijisteis *Bendito sea mi hermano Ramón* y que escribisteis enseguida estas palabras en una carta, “eres un ángel Ramón y Dios sabrá compensar tu generosidad y sufrimientos por nosotros”. En fin, olvidasteis todo eso para tratarme con frialdad a mi llegada de California, porque venía sin fortuna y sin prestigio, porque creías que os venía a ser una molestia y de carga a vosotros.

Pues bien, se ha pasado de eso mucho tiempo, me retiré de vosotros, me retiraría como a un desterrado con media hora de plazo, en un buque sin camarote a hacer guía en días de navegación en un buque a vela en vez de en uno de vapor. Me heriste en lo más sensible de mi alma, y yo juré que un día me verías elevarme y ganar mi subsistencia, sin auxilio vuestro, me verías descollar en negocios, sin auxilio vuestro, pues que en California os uniste para hacer lo que hice y daros lo que os di, juré que me verías ser el primero en sociedad, que me verías ser querido, buscado, llamado en todos los círculos, adorado de las mujeres, respetado de los hombres, querido y consultado por los jóvenes. Y juré que tendría fortuna un día y un asiento en sociedad en lo más alto de ella y todo sin auxilio vuestro, y ya lo veis, tengo lo que juré tener y os pruebo que me agraviasteis sin justicia y que fuisteis ingratos y desconocidos y un tanto viles en nuestro modo de proceder conmigo. Hoy mismo antes de dos meses de ausencia de mi lado puedo principiar a decirles ya que se equivocaron conmigo. Me he presentado en sociedad con nuevas recomendaciones en Valparaíso, y ya ve mi diario cómo he sido recibido. Ya sabe lo

que valgo en el comercio, en la sociedad, en la prensa, y en la intimidad y confianza de todo el mundo. Ya sabe mi diario que soy colaborador del primer diario de la América del Sur, y que quien obtiene esa confianza es algo más que un cualquier cosa. Sabe mi diario que sin crédito aún establecido en esta plaza, he comprado 14.000 \$ en harinas, las he embarcado y vendido ya en Valparaíso (por esos mismos hermanos) dando una ganancia de 6.000 \$. Quien gana seis mil pesos en dos meses puede ganar su vida y su pan en lo futuro sin la asistencia de los demás. Quien domina en una sociedad desde los hombres hasta la última mujer debe valer algo. Quien es oído y respetado de las primeras autoridades y de los hombres más viejos y ricos debe sin duda no ser un niño en cabeza aunque lo sea en edad. Quien habla y escribe en 5 idiomas a la vez algo vale en estos tiempos y alguien ha dicho que vale otros tantos hombres quien posee otros tantos idiomas. Quien tiene su carrera abierta en literatura, quien tiene en su cabeza las ideas de aquellos pueblos civilizados, sus costumbres, sus leyes, su modo de trabajar y progresar, quien posee ese caudal de experiencia algo tiene hecho para no morir de hambre donde quiera que su destino le arroje.

Sí, yo me conquistaré un puesto un día a donde no podrán verme sino mirando para arriba. Yo soy joven niño todavía, soy estudioso tal vez porque me creo todo, estudio todo, miro todo, saco partido de todo, tengo voluntad de hierro, libertad, y ambición honesta, orgullo fundado en mi honor, y santo émulo, ¿por qué pues no me he de levantar un día? Mis miras son santas porque mi divisa será gloria, honor y fortuna para mi familia y mis semejantes.

Concepción. Sábado 5 de marzo de 1853. Memento dos

Qué diablos, si yo mismo me admiro de repente de cómo soy yo el héroe, el non plus ultra para casi todos en general ¿Por qué tienen capricho todas las que encuentro en mi camino, y por qué juegan o fingen a enamorarse? No; ¡qué diablos! Fingen algunas, fingen que sería capaz de creerles serio ... porque llevan la ficción hasta darle una cita y entregarse en cuerpo y en alma ... ¡Vaya un modo de fingir amor! Yo quisiera ser su juguete de ese modo todos los días. Qué me mintieran amor hasta darme estas y entregarme a mí sin reserva alguna, hasta no negar nada de lo que puede dar una mujer. Ahí no me importará que me engañen ...

¿Quién no ha visto un tipo como el siguiente?

Mujer hermosa semejante al ideal de señorita, la condesa de Arville, voluptuosa como ninguna, franca y amable como la virgen sin amor todavía, fina, espiritual y un si es no, es coqueta como las cortesanas del siglo de Luis 12, ardiente como una andaluza cuyo tipo físico representa, altiva sin fatuidad, condescendiente y amable sin demasiada libertad, ídolo de los jóvenes y envidia de los damas, cantando como ninguna, bailando mejor que muchas, elegante

como una francesa y por fin, perfecta en cuerpo y acaso en alma como el ideal de un poeta en delirios ...

¿Quién no se enamora de una mujer así, quién es capaz de resistir a sus encantos por más que en su corazón esté ocupado en una o dos hermosas más? Quien no pecara así, tire sobre mí la primera piedra ... ¡Y qué feliz fuera quien fuese capaz de enamorar hasta la locura una mujer así!

Sí, tal es ella ... He dicho antes a mi diario que me perseguía una mujer, una hermosa, un ángel, que a no ser uno otro, casto José, no pudiera sino sucumbir ... Digo sucumbir porque en otros casos que el mío, amando y siendo amado, no hay quién diga sucumbir ... se daría uno de santo con poder decir a fuerza de tanto llorar he conseguido esto. Pero el que es amado, y ama otra mujer para satisfacción de su conciencia, cuando ama una segunda al mismo tiempo, dice como yo, "sucumbo".

Hay personas que aman y lo dicen, lo sienten y no pueden sino declararlo, a trueque de torturas sin fin e ineficaces a la vez. La que ahora me ocupa ha filosofado sin saberlo con Paul de Kock,²⁶⁶ y una vez que ha amado y ha visto que de veras sentía esa pasión no ha tenido miedo que sus ojos la vendan, que sus acciones y palabras dejen poco por decir, al que era objeto de su amor. Más de una vez hace que yo había sorprendido su secreto, pero soy desconfiado y soy poco jactancioso y jamás lo digo a mi diario cuando las cosas no pasan de ilusiones y trocan en la realidad como ahora.

Son las doce del día y apenas creo que sea tan feliz ... ¿Será sueño? No, caramba, que es verdad, son las doce del día y estoy muy lejos de dormir. No ha muchos días, creo que el 15 del pasado, conté a mi diario una aventura nocturna no menos feliz que ésta, con la diferencia sí, de que en esa ocasión había una reja de por medio y que era de noche y oscura como ninguna ... Esta vez no había rejas, es de día, y ¿ella me amaba más acaso ésta que aquella? ¿Amaré más yo a este ángel que a aquel querubín? He ahí lo que yo mismo no puedo responder. He ahí lo que me prueba que es mentira que uno no pueda amar a dos o más personas a la vez. Miente quien diga que el amar una mujer (que no es su esposa) si ve otra igualmente hermosa que lo ame, que no le sorprenda porque ama a otra; miente quien dice que no puede amar a esa segunda mujer tal vez con el mismo entusiasmo que a la primera, solo que sea la primera su mujer, que en ese caso hay circunstancias casi que hacen imposible otro amor al menos de la misma especie. Que hayan diferencias y muy grandes entre un amor y otro concédolo muy de mi grado. A veces se ama, a veces no, sino que se desea; se excita uno unas veces, otras es tan puro y sosegado el amor como el de hermana, como el de un ángel, en una palabra, unas veces se fascina uno con los atractivos personales, ama muy bien material que espiritualmente y es más locura que impresión del corazón ...

²⁶⁶ Escritor romántico francés (1793–1871).

*Pero Dios mío, qué feliz he sido. To be in the arms of she who loves, to be happy, and as happy as one may be in the arms of a woman. To wonder about all her charms without any opposition, to plunder one's head in [a] bosom palpitating with love and desire, to touch those gloves as white as snow, and as full as stone marble ... to say to her "be main my angel" and to be answered, "I love you so much that I can refuse you nothing".*²⁶⁷ Dios mío, es cuanto puede haber de ventura y de Buena suerte ... *Andares fortuna jubat tímidos que repelit*²⁶⁸. ¡Quién lo creyera, y dicen que no hay aventuras amorosas sino en la oscuridad de la noche! Y dicen que en pueblos pequeños no se mueve una paja sin que sea público antes de un minuto, ¡mentira! ¡Gracias! ¡Oh! ¡Thank my Agustina! Corner of Vermeulen!

Concepción. Miércoles 9 de marzo de 1853

Cuatro años hacen hoy de que salí para California. Hoy es aniversario de una de las épocas más célebres en mi pobre historia. ¡Qué día este tan hermoso entonces en que me arrancaba a mi familia, a mis amigos y a mi amor y mis proyectos para integrarme al capricho de los vientos como los aventureros de Colón, para entregarme a la sed de oro del torrente aventurero del *auri sacra fames*²⁶⁹ que arrebatava a todos para llevarlos a California! ¡País allá cerca del polo del norte marcado apenas en las cartas geográficas, distante de Chile dos mil leguas lo menos! Y allí era donde yo iba a embarcarme en este día el 49 en Talcahuano. Como todo aventurero podía salir bien en la expedición, y podía con más probabilidad perecer víctima de las olas o del furor de aquellos salvajes y escapados de presidio de que ya se hablara tanto por sus crímenes en California. Mi diario sabe las penas a millares que sufrió mi alma en la navegación al desembarcar en San Francisco y en todo el tiempo después. Mi diario sólo sabe los sufrimientos sin nombre, los trabajos, las feroces y angustias de las miserias y peligros que he sufrido en los cuatro años de California, y él sabe también las horas de ventura y de dicha que he saboreado a través de tanta miseria y padecimiento ... Otros días han venido, he sobrevivido a esos sufrimientos corporales, a esas angustias y amarguras del alma, otro sol y otras esperanzas han lucido después de tanto padecer, lo que bien prueba que todo pasa, ¡y que como la dicha también la pena! Hay penas que van pasando, poco a poco sin sentir, lastiman pero no matan, duelen pero tienen fin.

²⁶⁷ *Estar en los brazos de la que ama, estar feliz, y tan feliz como se pudiera estar en los brazos de una mujer. Maravillarse de sus encantos sin oposición, sumergir su cabeza en un seno que palpita con amor y deseo, tocar esos globos tan blancos como nieve, tan llenos como marfil de piedra ... decirle "sé mi ángel" y ser contestado, "te amo tanto que no te puedo rehusar nada".* Traducido del inglés.

²⁶⁸ *Anda la fortuna favorece a tímidos que repiten.* Traducido del latín.

²⁶⁹ *"Maldito deseo de oro",* Virgilio, *Eneida*, 3, 56–57. Traducido del latín.

Martes 15 de marzo. Memento

Ayer ha sido para mí un día tan feliz como el del 5. La misma dicha, el mismo género y bajo los mismos auspicios ... Mi bajel ha cambiado de rumbo como siempre, por lo pronto ... Después del 15 del mes pasado supe su cuarentena y no entra en mi puerto. Un pretexto cualquiera solo basta para entablar un entredicho mientras. Además, otra vez he dicho a mi diario que a veces sucumbe uno porque lo buscan sin amor, tal vez como uno cree. Dije que embotaban a veces algunas personas, los sentidos de uno, más bien que enamorar. Así sería tal vez con Juanita pues que ahora se aparece poco a mí imaginación, sin embargo que me cortaría una mano por ella porque de veras la quiero pero más como a hermana. Trabajaré porque ella sienta por mí lo mismo, y creo que aunque me cueste si lo consigo, he de querer esta criatura como a mi legítima hermana, como una amiga muy adorada. Rara vez se renuncia a un amor a favor de una hermana, y rara vez se quiere dejar de ser la amada en vez de ser la hermana. En cuanto a la amiga y compañera de viaje, ella es lo que será el primer amor, rara vez se olvida y después del viaje a Chillán, cómo es posible que no ame a esa criatura. Es tan encantador el recuerdo del primer amor y sus detalles, es tan influyente en el corazón del hombre, todos los demás pasan, él se incrusta en el corazón de uno y llega a formar parte de su ser. Sin embargo, aún venía entre mí y ella el entredicho que yo tuve en Chillán, y no me parece aún oportuno levantarlo. Sé cuánto sufre y padece, me lo ha dicho muchas veces, “quiero hablar sola con Ud.” Me he excusado fundándome en que no me satisfaría. ¡Pobre! Si supiera cuánto la amo por lo mismo que veo su franqueza, su corazón invariable, su circunspección y su virtud en todo sentido. ¡Pobre ángel! Al fin eres y serás más amada que todas las demás. Mientras tanto van los días y a uso de Luis 14 hoy es ésta la que reirá ... ¿Caerá luego? ¿Quién sabe! ¡Es tan buena, tan amante, tan ardiente, tan hermosa, tan adorada y deseada de todos! ¡Oh! *Vanitas vanitatum*.²⁷⁰ ¡Tal vez no amaré tanto a ésta si no viera que en ello tiene pacto mi orgullo con qué alimentar su vanidad! ¡Si no viera la envidia que causara a los demás, si supieran que yo soy de entre tantos quien solo puedo decir mando aquí! ¡Oh *vanitas*! ¡Pero qué horas, Dios mío! ¡Oh! ¡Tantos recuerdos me traen siempre!

Sábado 19 de marzo

El pueblo entero presenta ahora un espectáculo de contemplarse. Por todas se ve movimiento y agitación, por todas partes hay ruido y confusión, pero en el ánimo de todos se ve el placer, la alegría, el contento del que espera una fiesta. Se enarbolan banderas, se barren las calles,

²⁷⁰ *Vanidad de vanidades. Eclesiastés* (Ec. 1, 2). Traducido del latín.

se adorna la plaza, se levantan arcos triunfales, se alistan los batallones, rueda la artillería, se aprestan salones y la muchedumbre, pájaro que revolotea, como de vanguardia ante toda fiesta o catástrofe, contempla al anuncio de la gran fiesta que se espera. El Presidente de la República acompañado de sus ministros y plana mayor entrará a Concepción a las 5 de la tarde y de ahí todo el movimiento y aparato de la ciudad. El Presidente visita las provincias, especialmente el Sur para reconciliarse con su principal enemigo en la última revolución. Viene a decirle a Concepción “Me habéis hecho injusta guerra, triunfé de ti y en vez de venganza, vengo a buscarte y reconciliar tu afecto ... Ve lo que falta, ¡pide y se te dará!” ...

Concepción. Domingo 20 de marzo de 1853

Dios mío, mi mano tiembla al tener que estampar aquí el recuerdo más angustioso de mi vida, el suceso más ingrato a mi memoria y la escena más dolorosa que contará en sus anales mi diario. Ser insultado y no poder clavar su puñal en el corazón del atrevido e insolente, ser injuriado y no poder atravesar la cabeza del malvado con una bala, ¡es más de lo que puede soportarse ya! El insulto del padre al hijo, el de éste al padre, el del hermano al hermano, están destinados por la ley de la naturaleza a quedar impunes aquí en la tierra y sin venganza de quién los recibe, ¡aunque Dios se encarga de su castigo! La naturaleza y Dios han querido humillar el orgullo del hombre una vez en la vida diciéndole, “eres sin tacha y sin mancha, pero tu orgullo es demasiado y yo lo bajaré sin que puedas vengarte de quien te humille”. Sí, y Dios cumple su sentencia haciendo que un hermano injurie a otro, y que este no pueda clavarle el puñal en el corazón sin ser partido y desnaturalizado. Sí, yo te perdono Mardoqueo, tus injurias y tu villanía tanto más villano y miserable cuando yo no he abierto siquiera mis labios, para contestar una de tus injurias, sino que con sobrenatural poder te he oído y soportado como lo ha oído mi hermano Darío, tus inmundicias que no las dijera un marino, una placera, un presidiario sino tú, ¡con tu boca de sentencia más miserable mil veces que el prender a una mujer indefensa! Para ti el caso es el mismo porque canalla como eres no has tenido la suficiente delicadeza para ver que yo no podía desafiarte para mermar tus insultos, que yo no podía levantar armas contra ti, por ser mi hermano, para ceñirte en los límites del caballero. ¡Quien insulta a un hombre que por cuales quiera circunstancias no puede tener satisfacción, es más que cobarde, un miserable más que canalla indigno del nombre de hombre, y más criminal asqueroso sin pudor ni caballería! ¡Yo te perdono pero no te olvido! No te haré ni pensaré mal alguno, pero si te queda conciencia en un corazón como el tuyo, en una alma infame como la que posees, el remordimiento te perseguirá mientras respire, y mientras no caigas de rodillas a mis pies y digas perdóname y olvida, porque entre mí y tú desde hoy no hay otra satisfacción posible, tanto más cuanto que has sido injusto tanto más cuanto no he reprimido ni desplegado mis labios para responder

a tus razones; de modo que ese remordimiento más llevaras para toda tu vida sobre tu infame corazón.

Séame testigo, mi Dios que me oye y ve desde los cielos, y mi diario ante cuyo tribunal no miento jamás, séanme testigos de que he permanecido más mudo que una tumba mientras se desataba en injurias este hombre sin honor y sin caballería, séanme testigos de que no habiendo vuelto ninguna de sus inmundas injurias, me queda el derecho de mi dignidad ofendida para divorciarme de él de cuanto son y tengo para él por haber nacido de un mismo vientre; me queda el derecho de retirarle mi hablar, mi vista, mi cariño y fraternidad, y despreciarlo como el más inmundo reptil que se encuentra en el cenagoso fango, pues tal lo ha mostrado en la suciedad de sus insultos. Testigo es mi diario de que jamás ha llegado a mis oídos ni presente ni ausente la voz de un hombre injuriándome. Mi carácter me ha mantenido hasta hoy virgen de insultos de hombre alguno, y este reservado para mi hermano el miserable papel de ser el primero ... Dios eterno, tú que vez y oyes la justicia de mi resentimiento no erijas más clemencia ni perdón que el que me es posible darle a ese hombre por ser cristiano y redimido con tu sangre, ¡y porque tu mandas que perdonemos como tú, siendo rey de los cielos y tierra, perdonaste al hombre que te crucificó!

I must forgive him, and really, I do forgive him, but will never forget his injuries for my dignity sake. My God, the only avenger of all injustices made to his creatures forgive him to as I do! For the first time in my life I have heard from my brother the most disgusting, the most revolting insults, the most crushing injuries that a man can heard from the mouth of a man ... I have suffered and I suffer the most humiliating tortures that a man can ever endure for injuries made to him ... But he is my brother, and my religion, my society, my heart impeaches me to kill him to revenge me. I did not answer a word, not a word to so many insults and that give me the right to treat him like a coward, like a disgusting reptile. I discard him; I do not know him as my brother, he is divorced me from every thought that can exist between us. As God is my judge, I forgive him but I will never forget. I do not deceive for him anything bad, but will never recognize him as a brother, as my relative. Will never forget his injuries until he fell down upon his knees and ask my forgiveness. There is no satisfaction possible between us but that Until that arrives, nothing between he and me; then that will happen, then I will fill it to my journal that he my forgive too!²⁷¹

²⁷¹ Debe perdonarlo, y realmente lo perdono, pero nunca me olvidaré de sus injurias, por el amor de mi dignidad. ¡Dios mío, único vengador de todas las injusticias hechas a sus criaturas, perdóndalo como yo lo hago! Por la primera vez en mi vida he escuchado de mi hermano los insultos más asquerosos, insultantes, las injurias más apabullantes que un hombre pueda escuchar de la boca de un hombre ... He sufrido y sufro las torturas más humillantes que un hombre pueda soportar por injurias que le han hecho ... Pero es mi hermano, y mi religión, mi sociedad, mi corazón me impide matarlo para vengarme. No le contesté un a palabra, ni una palabra, a tantos insultos que me dan el derecho de tratarlo como un cobarde, como un reptil asqueroso. Me desentiendo de él; no lo conozco como mi hermano, él se ha divorciado de cada pensamiento mío que pueda existir entre nosotros. Como Dios es mi juez,

Concepción. Martes 5 de abril de 1853

Después de haber tenido entre nosotros al Presidente de la República Don Manuel Montt desde el 20 del mes pasado, acaba de embarcarse hoy en el Cazador para Valparaíso. Mucho esperábamos de su visita aquí, pero todos los decretos de los ministerios nada contienen de sustancial. Paja y mucha paja es lo que se ve en ellos. Los editores del Mercurio me han escrito diciéndome que en la redacción del Sur, que me está encargada, hable alto y claro sobre la verdadera impresión que ha causado la visita de Su Excelencia en el sur ... No dejaré yo de decir claro como el agua lo que realmente hay en todo. Nos han engañado y han querido como vulgarmente se dice quedar bien sin gastar.

Se ha dado un magnífico baile el 3 al Sr. Presidente y sus ministros. Hemos bailado como uno locos, así como se baila cuando al mover los pies en la danza salta también de gozo el corazón. El shotis, baile nuevo, me ha dado esta noche iguales triunfos que la guitarra. Para la vanidad, voy a decir a todo el mundo “es imposible bailar mejor ya”, y a las bellas “quién no será feliz bailando con Ud. si baila mejor que todos, y una luce al hacer la pareja con Ud.” ... He gozado mucho, tal vez porque el día ha sido muy feliz también.

Esta es la primera vez que Ernestina ha podido hablarme a solas. Dios mío cuánto amor, cuánta pasión en su alma y también, coquetería su disfraz. Sus lágrimas asomaron a sus ojos varias veces y traté de contenerlas antes que fuera notable ...

¡Pobre Ángel! Ella, que fue mi primer amor, que ahora es el más fuerte porque el primer amor tiene encantos, ella, que es en mi corazón la preferida, sufre más. Cuánta dicha he tenido al verla contenta, estrechando mi mano contra su abultado seno, diciéndome, “¡oh! gracias, gracias, ahora voy a estar contenta toda la noche, ¡con cuánta injusticia me has hecho sufrir desde Chillán!”. Esta noche se dará un segundo baile y nos veremos mucho frente a frente.

Viernes 8 de abril. ¡El Mercurio y yo, ambos!

Antes de ayer he firmado la escritura de venta a favor de D. Olaf Liljebach por los terrenos que me quedaban en California, recibiendo a la pérdida la suma de 1151 \$ al contado por ellos. ¡Bueno! aún me quedaba ese recuerdo de mis cuatro años de peregrinación. Pero el dinero recibido hará fuerte base para una fortuna aquí, o para emplearla en cosa que merezca la pena

lo perdono pero nunca olvidaré. No lo engaño por nada malo, pero nunca lo reconoceré como mi hermano, como un pariente. Nunca me olvidaré de sus injurias hasta que se caiga de rodillas y me pida perdón. No hay satisfacción posible entre nosotros aparte de eso. ... Hasta que ocurra, nada entre él y yo; entonces pasará, ¡entonces llenaré mi diario para que él me perdone también! Traducido del inglés.

para mí, que me recuerde siempre aquella época y lo que me costó adquirirlo. He recibido también seis onzas de oro sellado a cuenta de mi colaboración en el Mercurio. Ese dinero vale para mí más que miles y en cada centavo de él hay gloria para mi orgullo y dulce satisfacción. ¡Cuán grato es recibir las primicias de su escasa capacidad y conocimientos! ¡Con que algo valgo puesto que soy colaborador del primer diario de América! ¡Traslado al 18 de febrero y a los que allí campean!

El martes tuvo lugar el baile tanto tiempo anunciado. ¡Qué diablos! A dónde voy a dar yo. ¡Otro sol y otra luz se anuncian en el horizonte de mis amores! ¡Otra mujer a quién no busco me solicita y me arrastra a mi pesar! ¡Dios mío, conozco lo que obra en ella! ¡La envidia de otras ha hecho nacer en su corazón un volcán que la devora! Linda como un ángel, siendo el ídolo de los hombres y la sabia de las mujeres, no ha podido soportar que el joven que se dice el presente, el chiche de las niñas, el león entre ellas, no se haya rendido a sus pies antes que a los de otras. Mucho, muchísimo tiempo a que yo penetre lo que pasaba en su alma, he preferido para mí mismo equivocarme hasta que ahora no me es dado ya dudar, puesto que en el último baile me ha hablado con toda la franqueza de que es capaz, me ha dicho sin disfraz cuánto pasa en su alma ... ¡Oh! *I am guilty in this last affair! Perhaps she may forget a passion that is not legitimated by pure and true love!*²⁷² La rosa tiene siempre espinas y esta es muy espinosa. ¡Oh! No tengo yo la culpa en ello ...

15 de abril

Mi vida se desliza feliz, y si no serena en el corazón a causa de que es él tan loco, al menos cuanto es posible tenerlo tranquilo cuando se tiene un corazón como el mío. Grandes son mis miras y proyectos para el futuro. Voy entrando de lleno en los negocios, y mi barco es empujado por muy feliz viento. ¡El porvenir es mío! Yo haré de la sociedad mi instrumento en cuanto pueda, y la influencia que en ella llegue a adquirir por cualquier lado por gloria o por riqueza, será empleada en el bien general de mi familia y en alivio de los desvalidos. Ellos tendrán en mí algún día un pilar en que afirmarse. Tengo la mitad de mi corazón para el pobre y ardiendo serles útil alguna vez y la otra mitad buscando los medios de que pueda valerse. Qué dichoso seré cuando pueda hacer feliz a algún pobre, a algún miserable que puede ser algo, y que no es porque de él se ha olvidado todo el mundo. ¡Oh! ¡Yo seré algo algún día y entonces la ley de igualdad será mi regla y la de aquellos sobre quienes yo pueda influir! Mucho amor a mis prójimos, pero veo que más amo a ellas que a ellos ... Qué hacer por Dios, mi corazón es tan

²⁷² *¡Soy culpable en este último asunto! Tal vez se olvida de una pasión que no se legitima por el amor puro y verdadero.* Traducido del inglés.

sensible a sus gracias y sus caricias. ¡El amor acaso es en mí la pasión más santa! ¡A ella debo muchos sentimientos heroicos!

Concepción. Sábado 16 de abril de 1853. Mementos

Siempre los sábados han sido para mí días muy felices desde el colegio en que en la tarde de cada sábado descansaba de las horas de toda la semana, y esperaba con dicha en el corazón el día domingo. Hoy ya joven, hombre de negocios y que hacemos de obligación el sábado y también para mí un hermoso día en que terminan los trabajos de la semana y espero el domingo como quien espera una carta de amor, como quien espera desde la víspera la fiesta y el placer. Hoy pues ha sido para mí un día muy feliz, muy feliz en realidad. Cuando la dicha se ausenta de uno por algunos días es doble feliz cuando vuelve a saborearla ¡Vermeulen! No es un nombre práctico sin duda, ¡pero el misterio que el tal nombre añade vale mucho! ¡Qué hermosa, Dios mío! ¡Qué ardiente y que enamorada! ¡Hay dichas en la vida que resarcen años de padecimientos! *I recollect her words, and they sound yet in my ears when she is on my arms. "Oh! What a bliss, my God! I am dying of pleasure, Oh. Etc." Who is not happy with such [a] lovely creature so warm with love, so mad, so happy in her moments of love and passion!*²⁷³

Jueves 21 de abril. Memento

Las tormentas del corazón en los amantes traen siempre bonanzas muy peligrosas, si puede haber peligro en entregar el amor con todo el abandono y delirio de un febricitante (sic). Los días de dicha de amor y embriaguez como este no son nunca demasiados. Ellos vienen y se van como pasan todas las cosas perecederas de ésta, ¡no deja sino vaciedad, ansia y dolor en nuestro corazón! Más se goza y más se sufre después. Tú, Vermeulen, tendrás tal vez que llorar más tarde desdicha y abandono como la Teresa de Espronceda, o seré yo quien sufra torturas alguna vez por desamor o frialdad. No lo espero y creo que no llegará un día en que me arrepienta de amarte, y en que tú sufras por mí. Cuando cese la locura de amor y vaya extinguiéndose ese volcán de pasión y deseos con la saciedad, tú serás mi amiga y la amistad entonces, más dulce, más serena, más duradera, suplantarán el amor y sus locos delirios. Entonces seamos tal vez doblemente felices porque nuestro sentimiento será más legítimo y duradero.

²⁷³ *Recuerdo sus palabras, y suenan aún en mis oídos cuando está en mis brazos. "¡Oh! ¡Qué dicha, Dios mío! Me muero de placer, oh, etc." ¡Quién no estaría contento con una criatura tan ardiente de amor, tan loca, tan feliz en sus momentos de amor y pasión!* Traducido del inglés.

Lunes 25 de abril

El 8 de este dije a mi diario que un nuevo sol asomaba en mi horizonte iluminando con nuevos fulgores mi porvenir de amor. Vea lo que dije entonces y si entonces preví mal. Dios mío, ¡qué linda es y que peligrosa para la paz y quietud del que posee un corazón como el mío! Ella me arrastra y yo infeliz dejo fascinarme porque no estoy arriba de ningún hombre y soy miserable como el último de todos ellos. Aquel que haya encontrado en su camino una mujer altamente colocada, hermosa como la ilusión de un poeta, rodeada de juventud y hermosura y de alto rango, y que esa mujer le haya dicho, “te amo como no he amado nunca, sufro y padezco por ti, me ahoga la pasión que me inspiras; sin culpa mía, sin pensarlo tal vez, me veo presa de una pasión como no había conocido aún, y ¿serás tan cruel que no me compadezcas? ¿Me verás llorar y no secarás las lágrimas que causas tú con un beso de tus labios? El hombre que haya oído hablar así a un ángel en apariencia de mujer, y que no haya sucumbido, ¡a ese hombre tira sobre mí la primera piedra! ¿Quién puede por Dios dejar de responder a amores de esa laya?

Yo he puesto un fingido obstáculo, un agravio fingido, para no responder y no peligrar desde el día que obtuve su confesión, pero ¿qué hacer si se ha destruido ese obstáculo? ¡Pobre criatura! Quisiera tener veinte corazones para darte uno que no esté ocupado ... Pero quién no tiene más que uno, pero grande como un mundo para contener amor, te daría la mitad, si te contentas ... el resto no es mío, y aún turno tal vez lo que pertenece a otros para darte a ti. ¡Oh! La mejor boca y la más espinosa ...

Miércoles 27 de abril

Mañana o pasado debo salir para Valparaíso en el Bergantín Rubí. Voy allí a traer a mamita y a las niñas que están acompañando a Tomasita desde el mes de enero. Yo pasaré a Santiago por 8 o 10 días en asuntos de importancia y no volveré aquí hasta principios de junio. Más de una secará sus lágrimas en la falda de su delantal y más de una tendrá en sus labios y en su memoria mi nombre y el del Bergantín Rubí. Sobre todas tú, E., que amas como ninguna sin crimen, sin interés, sin coquetería, sin saber por qué, porque eres fiel al llamamiento de tu corazón y porque él sufrió su primer latido de amor a impulso de mis miradas. Tu amor ha sobrevivido a cuatro años de ausencia y así vive siempre el primer amor. Ha sobrevivido a mis pequeñas influencias y como la mujer virtuosa, como la amante y tierna esposa sufres, tienes celos pero me amas más. ¡Oh! Yo también te amo más que a todas, ¡tú lo sabes!

Concepción. Domingo 1 de mayo de 1853. Notas de mi cartera a bordo del bergantín Rubí

Son las 4 de la tarde en que me embarco a bordo del bergantín Rubí para Valparaíso. Voy en compañía del obispo de Concepción D. José Hipólito Salas²⁷⁴, P. Peña y Ugarte, jesuitas y el Sr. Belmar, secretario de su señoría el obispo. Los jesuitas a quienes conozco desde mi niñez en el colegio, y el Sr. obispo a quién he sido presentado en Concepción, todos me prestan una deferencia que no merezco. Estamos a 4 o 5 millas de la Isla de la Quiriquina y tenemos una calma de aquéllas que los marineros llaman chicha.

Las 9 de la noche. Apenas corre una brisa muy suave y andamos muy poco. Hemos estado sobre cubierta con el obispo desde que entró la noche gozando de la luna y de la serenidad de la noche. Hemos conversado de mi viaje en California, de aquellas costumbres, de las tormentas en el mar, de la superstición de los marinos, y de todas estas cosas de que solo uno habla a bordo. El obispo es una de esas personas eminentemente sabias y que por lo mismo, oyen con gusto la relación de costumbres extrañas, de fenómenos desconocidos para todo el que no ha viajado mucho por mar. Esta es la primera vez que el Sr. Salas entra a bordo de un buque de una vela, y no ha conocido la mar sino para venir a Talcahuano. Es un sacerdote según Jesú Cristo, sin fanatismo y sin esa miserable hipocresía que degrada a los sacerdotes de nuestros días. Se marea mucho y se retiró a su pesar ahora poco a su camarote.

Lunes 2 de mayo

Tenemos ahora mejor viento que ayer. Andamos a un largo y de tres a cuatro millas con ola de proa. El padre Peña ha dicho misa ya a bordo, habiéndole ayudado a todos a pesar del balance que hacía casi imposible que el cáliz se mantuviera sin caer. Cada día estoy más contento con el obispo que me ha cobrado mucho cariño. El Padre Peña le ha dicho al obispo que he estudiado teología y que soy fuerte en la materia. Que él me examina de los tratados de la Encarnación, de la Trinidad, de la Fe y de la visión beatífica. Las creencias es lo que más hermana a los hombres. El señor Salas ve que quien ha estudiado teología tiene con su carrera y su misión un punto más de contacto, y esto, agregado a las inmerecidas alabanzas del P. Peña, ha hecho que el obispo y el señor Belmar me estimen mucho ya. Llevamos muy buena navegación. Son las tres de la tarde y andamos algo regular, aunque creo que tendremos sur luego.

²⁷⁴ Obispo de Concepción durante tres décadas, también fue profesor en el Seminario, el Instituto Nacional y la Universidad de Chile. Participó en la fundación de la *Revista católica*.

Martes 3 de mayo

Llevamos hoy malas muestras. Tenemos virazón del norte y no me parece que se pasará mucho antes que le tengamos muy recién. Los marineros y el capitán hablan pestes y juran como hombres de mar y no tienen pelos en la lengua para hacerlo delante del obispo y de los padres. Dicen que ellos tienen la culpa de que tengamos mal viento, que no está lejos de que nos suceda una desgracia tampoco; porque siempre que han llevado frailes a bordo les ha sucedido algo malo y otras sandeces por este estilo. Llevamos también a bordo un joven perdido que habiendo salido de Valparaíso ahora seis años se ha corrompido completamente viajando a bordo de buques balleneros de marinerío. Habla los cuatro idiomas más populares y jura y blasfema de Dios y sus santos y canta en voz alta en la cámara canciones tan inmundas y deshonestas que un mismo marinero se ruborizaría de oírlas, entre otras el célebre “Pélame la punta de California”.

El señor obispo y los padres sufren y toleran todo esto como si estuviesen acostumbrados a viajar porque en las diligencias y a bordo es donde hay reuniones heterogéneas y se codea uno con gente non santa. ¡Pobres, cuánto sufrirán ellos!

El obispo trae su madre de leche, que es una pobre viejecita, y ésta lleva consigo en la misma cámara una muchachita hija suya o adoptada como de 14 o 15 años. El maldito Northenflick, que así se llama el joven me habla siempre en inglés y me propone algún mal juego con la muchacha, del que lo hago desistir. En seguida le dirigió palabras obscenas, y anoche nos reíamos al mismo tiempo que teníamos mucha rabia. La viejita y la hija duermen sobre el suelo mismo en la misma cámara. Northenflick se levantó anoche y robando la caja de rapé del padre Peña le vació en las narices de la vieja y de la chicuela y en seguida se pone en el camarote a reírse de los estornudos. Casi reventamos de risa a un tiempo con las infelices sirenitas que estornudaban por venirse sin acompañamientos.

Miércoles 4 de mayo

Ayer hemos tenido mal viento y hoy no es mejor. Cuando no es calma es norte, que nos hace perder en vez de ganar. El señor Salas va mejor de su mareo, lo mismo que el Sr. Belmar. Hay una guitarra a bordo y anoche tuve la ocurrencia de encordarla y tocar sobre cubierta. El obispo y demás pasajeros gustaron tanto que me instaron bajase a la cámara a tocar. Salí al cabo a las instancias del señor Salas y bajé a distraerle por más que la guitarra era bien mala. Abismados se han quedado todos al oírme y el señor Salas dice que jamás había oído tocar un instrumento con tanta perfección.

Concepción. A bordo. Jueves 5 de mayo de 1853

Hoy tenemos un viento mejor que el de ayer y se atreven a decir que a las 12 del día estaremos en Valparaíso. Vamos viento a un largo y andamos tres o cuatro millas porque tenemos ola por la proa. Hoy es día de la ascensión del Señor, y el padre Peña acaba de celebrar con mucha reverencia. Hoy hace ocho años he vuelto después de salir del colegio a ayudar a misa porque todos estaban mareados. El obispo y demás pasajeros mareados han oído en misa desde sus camarotes. El señor Salas quiere que lo acompañe a Santiago en su coche y estaremos en su casa unos seis u ocho días y dice que le avisen oportunamente el día de su partida para que vayamos juntos. Le he hecho ver lo imposible que me es acceder a su obsequio por más que tendría en ello mucho placer, y sería yo el favorecido y teniendo a mi tío Gabriel en Santiago no sería propio que fuese a alojarme a otra parte. Le he prometido sin embargo que viajaremos juntos a Santiago si me desocupo pronto en Valparaíso, y que nos veremos todos los días en su casa o en la mía.

Son las 7 de la noche en que acabamos de botar ancla. Ya no es permitido desembarcar a estas horas y tampoco viene ya la vista del resguardo. Sin embargo, unos guardas que rodean la bahía nos han visto fondear y atracaron a bordo. Les hemos dicho que traemos al obispo de Concepción y gravemente enfermo y que es necesario que hable el comandante del Resguardo para que mande desembarcar. Mediante esta mentirilla ha venido el comandante y vamos ya a tierra. El obispo, los padres y yo solo hemos sido permitidos desembarcar.

Las 12 de la noche. Llegué a casa y sorprendí a todos en la cuadra. Miré por las ventanas del salón y vi a mamita y a las niñas, Parmenia, Aurelia, Tomasita, Samuel y un joven que después me fue presentado por Báez. ¡Entro adentro sin que me sientan aún y todos dan un grito de sorpresa y me estrecharon sus brazos!

Valparaíso. Martes 10 de mayo de 1853

Vuelvo a Valparaíso después de 6 meses de ausencia y de viajes por las provincias del sur. He encontrado a mi familia muy buena y con muchos deseos de volver a Concepción. Mucho movimiento como siempre en Valparaíso, mucho comercio, teatro y conciertos como no faltan jamás.

He encontrado a Florentina más hermosa que nunca, y su amor no es menos mío después de una ausencia de seis meses que lo era el día de mi partida. Viviendo en la soledad y el retiro no es extraño que no haya podido olvidarme ni un solo momento. En todas estas noches pasadas después de mi llegada de Concepción he estado en su casa y he pasado a su lado horas muy felices. Pocas cosas más perfectas he visto en Valparaíso, mi diario sabe esto ya desde tiempo atrás. Es tan hermosa en alma como en cuerpo, pero de su hermosura haría un artista su modelo y

de su alma no puede ser de nadie sino quien posea su amor y a quien ella dice con la sonrisa de un ángel! “yo te amo más que tú a mí ¿vos lo verás mañana?”. Esta es una de sus criaturas que Dios muestra al mundo para locura de los jóvenes y la infidelidad de los maridos. Una de esas hermosuras delante la cual toda rodilla se dobla, todo corazón palpita de amor y toda imaginación se exalta hasta el heroísmo. Yo me había vuelto loco si esta criatura no me hubiese amado desde el momento que la conocí. “Cuanto tú estás con la guitarra en la mano y haces vibrar una de aquellas notas, como en la aria final de la Lucía, siento dolor en mi corazón ... quisiera estar sola contigo ... para darte un beso. Pero tú, parece que no me amas entonces porque no me miras como otras veces”. Tales suelen ser sus palabras en aquellos momentos que puede dirigirme la palabra sin ser oída.

¡Qué dicha es ser amado así por una criatura tan encantadora, a la vez que es idolatrado uno de las hermanas y de la madre y hasta de los sirvientes! Después del té, cuando no hemos podido conversar a solas, solemos encontrar algún luego, “el oráculo”, por ejemplo, ese libro, el primer detonante de todo amor que principia y necesita una ayuda, un intérprete. Yo saco mi lapicera y principio a transcribir en alguna hoja de papel. Ella adivina mi pensamiento, hace como yo. Saca una hermosa lapicera de oro que yo le regalé, y busca también su jirón de papel. Yo recibo rasgos, frases, para ella le digo lo que quiero, lo que pienso, lo que supe. Me toma el papel mientras nadie pone atención y lee y contesta cuanto es necesario, cuanto yo quiero. Así conversamos en secreto y hablamos de nuestro amor sin que nadie se aperciba siquiera. ¿Vendrás mañana en el día? “Vendré a las 10 o las 11 de la mañana”. “Te esperaré en el jardín a tu llegada y te tendré flores, ¿te gusta?”. “Yo te las pagaré con un beso, ¿te gusta?”. “¡Qué hazaña pagarme con plata mía!”. Tales o semejantes son los diálogos que en esos jirones de papel solemos entablar. En seguida me guardo yo los papeles porque son cartas comerciales acerca de la laya. ¡Qué fecundo es el amor en invenciones!

Santiago. Jueves 12 de mayo de 1853. Notas de mi cartera

Ayer a las doce del día llegué a Santiago. No habiéndome podido venir con el obispo he tenido que esperar hasta ahora. Salí de Valparaíso antes de ayer a las nueve de la mañana. Teniendo por compañero en el birlocho a un hombre vecino de Valdivia que viene a ver a su hijo al colegio. A las dos de la tarde llegamos a Casa Blanca habiendo caminado de 9 a 10 leguas. Comimos solamente una magnífica cazuela y nuestro birlocho partía de nuevo como un rayo, y llegamos a Curacaví a las siete de la noche, 9 leguas. Cenamos y dormimos magníficamente, y partimos muy de madrugada llegando a Santiago a las doce en punto.

He encontrado a mi tío, Constancita y demás familia muy buenos, y como siempre han tenido muchísimo placer de verme llegar tan repentinamente. Aquí está Remedios, hermana de

Constancita, con quien también hay cenizas frías de un amor pasado. Hoy está más interesante que nunca, pero dejémosla en paz, aunque viviendo en una misma casa y viéndola a todas horas, rara vez podrá uno dejarse de acordar del tiempo que fue.

Viernes 13 de mayo

Antes de mi ida a California, como hace un año según recuerdo, viajando por Chillán, me dijeron que un malvado joven había casado con una señora algo mayor ya por su riqueza solamente. Que en la misma noche de casados le dijo el joven “me he casado con su hacienda y su dinero, no con ti”, y que pocos días después le había pegado y marchado y hecho cargo del Membrillar, hacienda muy rica de la Sra. a orillas del Itata. Hacia un año que ella y sus tres hijos vivían en la última miseria. El malvado estaba rico ya y amancebado con su misma criada en la hacienda de quien tenía ya dos hijos o tres. La dueña de casa donde yo alojé me contó esta triste historia y yo le dije que haría algo por la Sra. Al día la Sra. fue a mi casa con sus hijos, le tuve lástima y me hice cargo de su pleito dándome un poder general para seguirlo. Firmó también una contrata conmigo en que se obligaba a arrendarme la hacienda por seis años una vez que yo la recobrará, y yo me obligué a seguir el pleito en primera y segunda instancia de mi costa aunque durara 6 años. Durante mi ausencia en California, se ganó ante el obispo de Concepción y vino en apelación al arzobispo de Santiago. Mi tío Gabriel me defiende, y a más de un año va que está en estado de sentencia y no pude conseguir teniendo tanto influjo en la corte que se despacha porque el arzobispo no es accesible ni por el presidente de la república. La afectación de este asunto me ha traído aquí, y contándole mi amistad adquirida con el señor Salas, me ha dicho él que es el único influjo que hay para el arzobispo y si de él no se consigue algo, es de esperar hasta que le venga en antojo al arzobispo por lo que he resuelto hacer de tripas corazón y verme asimismo con el señor Salas.

Domingo 15 de abril

Me presenté ayer en casa del Obispo y ¡cuál fue su placer al verme! Me vi confundido con tanto miramiento por mí, que apenas merezco ser su amigo. Tenía de vista al fiscal de la Curia, al Secretario del obispo (el señor Salas dejó de ser secretario para ser obispo de Concepción) y diez dignidades religiosas a quienes me presentó, diciéndoles que era uno de sus diocesanos de Concepción y que había tenido el gusto de formar mi amistad a bordo. Con semejante recomendación todos me recibieron perfectamente, en seguida me preguntó por mi tío, que es aquí tan expectable que desde el presidente abajo todos le conocen. Estuve más de una hora con la compañía del obispo y demás eclesiásticos, porque no era posible cortar su conversación que se

redujo a preguntarme el estado de la iglesia en California y las diferentes sectas, etc. a que pude responder perfectamente porque conozco al obispo Farnelli de allí y todas las demás sectas y templos que hay en San Francisco.

Al fin supliqué al Señor obispo se dignase oírme dos palabras a solas. Se apresuró al momento a llevarme a su estudio y diciéndole yo el apuro en que me encontraba y hecha toda la relación del asunto, me contestó, “me alegro mi amigo de que haya llegado una oportunidad de probarle lo que un empeño de Ud. vale para mí. Hoy mismo pasaré al Palacio del arzobispo y me veré con él para hacer despachar su asunto lo más breve posible”. No tuve palabras con qué agradecer tanta bondad y me sentí conmovido al ver tanta generosidad para mí, nada merezco. El conoció lo que pasaba en mí y se apresuró a sacarme del paso diciéndome que me convidaba al día siguiente para ir a la Recoleta dominica a ver el altar de mármol. A lo que prometí que estaría listo a la hora indicada. Mi tío ha quedado altamente satisfecho de mi buena suerte ...

Lunes 16 de abril

Acaba de estar en casa el Sr. Belmar, secretario del obispo Salas, quien me ha mandado hacer una visita, escribiéndome una carta al mismo tiempo para darme razón de su comisión y excusarse de no poder venir a causa de muchas recepciones con el mismo arzobispo. Uno de los párrafos dice así, “me he visto con el señor arzobispo y como me presta una amistad que no merezco, pues de su nobles temas me ha prometido que el asunto será despachado muy luego. Me ha ordenado al mismo tiempo que diga al fiscal de la Curia que pase hoy mismo su visita, lo que he ejecutado ya, y si Ud. se espera unos tres o cuatro días más, puede llevar a Concepción el pleito concluido”. Mi tío ha quedado más que nunca prendado del obispo y contento con “la adquisición” que he hecho yo.

Santiago. Miércoles 18 de mayo de 1853

No pudiendo esperar más tiempo en Santiago por las muchas ocupaciones que me llaman a Valparaíso antes de regresar a Concepción, tengo que dejar hoy mismo la capital y volver a Valparaíso. El obispo acaba de escribirme una nueva carta en la que me promete correr de su cuenta el negocio que le he recomendado. Me manda algunos cuadernos de un folleto religioso que se ha publicado y me suplica lleve otros al intendente y al señor Parreño en Concepción. Me dice también que tendrá mucho placer en cultivar mi amistad epistolar por todo el tiempo que estemos separados. Le he contestado, como ya es de presumir, honrándome mucho con su amistad y el deseo que manifiesta de que nos escribamos. Por mi parte siento por este hombre una amistad y un respeto sin límites.

Mi tío, de quien voy no menos contento que del obispo, se ha portado conmigo con una generosidad y confianza que me hermanan sobremanera. Todos los días salíamos a pasear por Santiago presentando a los magnates y ricos de la capital, haciéndome conocer los templos, las grandes fábricas y demás monumentos. Durante nuestros paseos me hablaba de sus proyectos, de su edad avanzada y quebrantada salud por sus tareas, de lo que debía ser de su mujer y sus hijos una vez faltando él ... pues que no hay un hombre en la casa todavía. Muy despacio diré a mi diario cuánto pasó de nuestras confidencias entre nosotros y el resultado de mi viaje de 8 días aquí en que tanto motivo he tenido para enorgullecerme.

Mi tío me ha cedido diez mil pesos que tiene en poder de la testamentaria de Palma para que trabaje con ellos, por todo el tiempo que yo quiera. Tomado el Membrillar, que por mi contacto estará luego en mi poder, me fio de todos los demás negocios. El Membrillar es un poco de oro. 10.000 \$ para trabajar, el Membrillar, las relaciones y amistades con que he sido honrado algo vale todo eso. Traslado a mis hermanos y al 18 de febrero.

Valparaíso. Viernes 20 de mayo

Salí de Santiago el 18 a las 10 del día acompañado de un hijo del general Aldunate, oficial en la marina chilena, que teniendo que venir también a Valparaíso tomó conmigo la mitad del birlocho, y a fe que me salió magnífico el compañero, hemos hecho un magnífico viaje y muy divertido. En 4 horas y media llegamos a Curacaví, 14 leguas. Después de comer alguna cosa marchamos y llegamos a Casa Blanca a las 7 de la tarde. La luna estaba hermosa y nos pusimos a pasear por el pueblo, ver las hermosas mientras se preparaba nuestra cena. Encontramos algunas paseando que nos hurgaron el cuerpo cuando vieron charreteras y espada en mi compañero y talma sobre mis hombros. No eran feas, eso es lo peor. Más de las cinco y media de la mañana hemos partido de Casa Blanca y hemos llegado aquí a las 9 antes que pusieran el almuerzo en la mesa, que es un buen acontecimiento. Están todos buenos en casa y hubo gran bulla con mi llegada. He recibido hoy de Ramos 1.382 \$ pertenecientes a mi tío Domingo y 1.159 \$ de mis terrenos vendidos en California. Tengo que ir al puerto y con mi diario seguir otro día. También iré luego a ver a Hortensia ... ¡qué diablos!

Viernes 27 de mayo

Se han pasado como un sueño, y días sin hablar a mi diario. La vida de Valparaíso es tan ajetreada que falta el tiempo para todo y la noche es corta para sus asuntos que no son de especulación sino de corazón. He estado dos veces en el teatro, y dos otras en los conciertos

de los célebres artistas Loubald y Grenen. Después hablaré de ellos y de lo que he escrito yo sobre ellos y sobre la policía de Santiago. Las noches he pasado todas o con pocas excepciones al lado de Hortensia. Cada día obtengo de ella alguna nueva prenda de amor y cada día cobra ella doble influencia sobre mi pobre corazón. Me ama con delirio, como ella dice, y sin saber por qué ni para qué. El amor marcha siempre por escalones y aunque sea lenta su marcha rara vez deja de dar un paso adelante cada día. Se principia por verse, primero, después por palabras y persuasiones y, más tarde, por palabras, luego por pequeñas licencias y mutuas concesiones, por confidencias y quejas de frialdad, etc., después por dobles palabras y al fin, cuando ya nada contenta, por peticiones más amorosas, fáciles de concederse, por ejemplo, por un beso, una carta ... y ganas ya, qué más. Yo he pasado ya por toda escala cromática de amor y de pruebas y me inquieta ver que se acerca el momento de pedir algo más, que no es fácil dar sin sacrificio, ¡qué diablos! ¿Por qué es preciso ir siempre adelante? Anoche me regaló una hermosa cadena de su pelo adjuntando un billetito ... Ya esto me va pareciendo poco, ¿qué más quiere mi insaciable corazón?

Lunes 30 de mayo

El 3 del entrante nos embarcaremos para Concepción en el Vapor Nueva Granada. He concluido satisfactoriamente todos mis negocios que me traían a Valparaíso. Anoche estuve en casa de Hortensia, donde me encontré con algunos familiares que querían verme tocar la guitarra. Tenían un buen instrumento, y pude hacerles abrir la boca por algunos momentos. No me gustó poco el que hubiera mucha gente. Pude hablar con Hortensia más libremente. Dios mío, qué feliz soy. Me ha regalado anoche su retrato pero yo quiero más aún ... tengo sed de amor y de ventura que debe apagarse en sus labios. He dicho quiero verla sola sin testigos, sin ojos que midan mis acciones, sin oídos que pesen mis palabras de amor. Mucho costó por supuesto pasar de lo imposible a lo realizable. Al fin llegamos a que no había oportunidad dado el caso de asentimiento ... para el fin, no faltó y faltará modo, tengo su promesa, lo demás basta a mí buscarlo. ¡Mientras tanto besaré su retrato mientras no pueda besarla a ella!

Constitución. Sábado 4 de junio de 1853. Notas de mi cartera

Ayer a las dos de la tarde salimos de Valparaíso a bordo del vapor inglés Nueva Granada, con destino a Concepción. Hemos navegado con felicidad aunque con un norte furioso que comienza a engrosar. El vapor va muy cargado de pasajeros y entre ellos hacen parte mamita y Parmenia, habiendo dejado Valparaíso para acompañar a Tomasita. Son las dos de la tarde,

y estamos en el puerto de Constitución cuya población distinguimos apenas desde a bordo. Las casas parecen bonitas, y el puerto solo tiene el defecto de tener la barra que impide la libre entrada y salida en el puerto, a no ser que los buques sean remolcados por un vaporcito. El vaporcito viene ya a recibir la correspondencia, y los pasajeros que vienen a desembarcar en Constitución. Llegamos mañana a Talcahuano, y espero en Dios que el viento no será más de lo que hasta aquí aparece.

¡He estado en Valparaíso en lo mejor de mis días! Qué diablos, faltó el tiempo y ni ella ni yo fuimos felices como creíamos ser. Mil inconvenientes, mil ocupaciones mías han hecho que su deseo y el mío no se cumplan. Llevo conmigo su retrato y amarrada a mí, su cadena de su hermoso cabello, eso me consolará mientras llego de nuevo aquí. Antes de un mes estaré aquí de vuelta y entonces tú respirarás mi aliento y yo el tuyo. Hasta entonces ángel, adiós. Traigo también un par de hermosos canarios que me ha regalado para recuerdo. ¡Gracias y adiós!

Talcahuano. Domingo 5 de junio de 1853. Notas

Son las tres de la tarde. He visto la muerte a dos pasos de mí, y cuando escribo en mi cartera aún dudo que esté vivo. Pero gracias, Dios mío, al fin vivimos yo y mi familia escapando al más horroroso temporal. Desde la madrugada del día tuvimos ya un norte que engrosaba de mal en peor. A las once fondeamos en Talcahuano en medio ya de un deshecho temporal. Nadie pensó en desembarcar, pero el capitán dijo que pasaba inmediatamente a Lota y no había sino elegir entre quedarse exponiendo su vida o marcharse tal vez hasta Valdivia. Me resolví al fin a desembarcar como quiera que fuese a prevenir algo para comodidad de mi familia. Pero no bien hubo desprendido el bote cuando vi la locura que había cometido, y probable que era el que naufragáramos porque las olas pasaban por sobre nuestra embarcación, nos la llenaban de agua y no tardaríamos en volcar completamente, tal era lo furioso y recio de la tempestad. Ofrecíles de media onza a una y dos onzas a los marineros porque volviéramos a bordo, pero aunque lo intentaron, era imposible. Se podía ir cien veces a tierra y no volver un paso atrás. Jamás he visto tan cerca la muerte, a cada cerro de agua que venía y pasaba por sobre nosotros creía sería la última que vería. No creí nunca haber salvado mi vida, a no ser la gran providencia de Dios. Una ola vino y me llevó la boa, el sombrero, sobretodo, botándome a mí sobre el borde del bote, llevando mis anillos de las manos y qué se yo qué otra cosa que traía en mis manos. Una tercera ola vino y entonces barca, cajones y pasajeros, todos fuimos al agua. Yo me agarré ante todo de la embarcación y la dicha que estábamos ya cerca de tierra porque la embarcación varó luego y entonces salvé yo por ella hasta tierra, saliendo los demás marineros a nado cada uno por su lado. Mientras esto sucedía y yo me sacudía del agua en medio de la multitud de curiosos que se asoman a la playa a presenciar esta laya de catástrofes, veo que otra

embarcación venía de a bordo. Un presentimiento pasó por mi imaginación, tomo un antejo, miro, era Darío que venía a bordo trayendo a mamita y Parmenia. El infeliz no sabía a lo que se exponía y había ido a buscarnos en una chalupa sin verse conmigo. Caí de rodillas diciendo, ¡Dios mío, salvadlos! A cada ola que venía, a cada grito que oía de las señoras, mi corazón se partía en pedazos y ya me parecía verlos nadando exánimes a todos sobre el agua. ¡Cuántos siglos de angustia pasaron por mí! Al fin la embarcación se acercaba a tierra, pagué y aposté marineros que entraban hasta dentro a tomar las señoras porque era peligroso atracar. Yo y ellas entramos con el agua a la cintura, yo tomé en brazos a mamita y otro hombre a mi hermanita y salimos a tierra en medio de los vivos de los curiosos. ¡Gracias a Dios! A estas horas estamos cerca de un fuego muy bueno secando nuestra ropa y pronto partiremos para Concepción.

Viernes 10 de junio

Acabo de llegar a casa de las señoritas. Cuánto placer he tenido de volverlas a ver. Parecía que veía algo de mi familia, y el recibimiento casi de locura que todos me han mostrado al verme desde el viejo papá, al más pequeño de la familia, todo ha contribuido para poder saborear mucha dicha al volverlos a ver. Ernestina se tenía apenas, tal era el contento que en todo su semblante se manifestaba. ¡Oh! Quién pudiera Dios mío darte un abrazo después de tanto tiempo. Su intención vale para mí y yo así le agradezco, le contesté. Para todos he traído alguna pequeñez de Valparaíso y para Ernestina un riquísimo escritorio costurero con todas las herramientas y útiles necesarios. La primera carta que escriba será para Ud. y en ello yo mismo me daré un placer. Gracias, ángel mío.

Concepción. Miércoles 15 de junio de 1853

Los días subsiguientes a mi llegada de Valparaíso y Santiago han sido de verdadera fiesta para mí. De todas las familias me han mandado el recado de saludo, o me han mandado algún hermoso ramo de flores o cosas así por el estilo. En todas partes el volverme a ver no parece sino que ven llegar a alguno de la familia, tal es el aprecio inmerecido con que todas las familias se han mostrado. Desde Santiago y Valparaíso he escrito varios artículos que se han publicado en el Correo del Sur y el Mercurio y que han sido altamente celebrados por todos. De modo que los hombres por su lado también, sea ya eso, esa estimación que me prestan, se han mostrado muy atentos a mí. Mi corazón rebalsa de gratitud y reconocimiento a tanto favor y tanta bondad de todas estas familias, para quiénes no he contraído otro mérito que la estimación sincera con las miras de todos.

Viernes 17 de junio

Mi guitarra ha hecho ahora doble furor que antes. Algunas piezas nuevas estudiadas en Santiago de los libros de mi tío Gabriel, el Carnaval de Venecia, a imitación de Siberi, y Zamacueca con variaciones, etc., todo esto ha contribuido para que me tributen ahora elogios que realmente no merezco. Una noche está mi guitarra en una fiesta, otra en otras, y así no hay noche que no esté invitado con ella a alguna reunión. Mi señora es invitada a un tiempo conmigo. Por mayor cariño llaman mi señora a mi guitarra, porque yo digo que es por ahora mi única esposa, ni pues los billetes van a mí y mi señora. Ayer toqué en presencia de algunas familias y tanto conmovió a todos la pieza que toqué, una de las nuevas, “La Calma”, que tres o cuatro con miramiento alguno dejaron correr sus lágrimas de sus hermosos ojos. En verdad la pieza es de arrancar lágrimas a cualquiera, no digo a personas aficionadas, impresionadas por alguna pasión, sensibles y con tal cual antecedentes. Había un silencio grave mientras tocaba, y solo podían oírse las notas de mi instrumento y los latidos del corazón y algún suspiro arrancado de lo más hondo del alma sin restricción alguna. ¡Vermeulen! Yo vi sus lágrimas y las agradecí porque salían el doble [ilegible] que las vertía ... Mas vi también los ojos de E. llenos de lágrimas mientras aún contemplaban extasiados, y sus dardos fueron a dar a lo más hondo de mi corazón, a aquella parte en que depositan las lágrimas, la expresión más sincera del sentimiento del hombre. Qué dicha es para uno ver lágrimas en los ojos de la querida, y saber que el amor y la ternura, el objeto amado que las arranca. Viejos, jóvenes, señoritas y viejas, artistas y aficionados, todos estaban pendientes de cada nota, de cada trino de mi instrumento, como el que quiere no perder palabra del orador, y aguza sus oídos y escucha con los sentidos y potencias. Yo no me enorgullezco de tanto triunfo, un sentimiento de gratitud y reconocimiento al favor con que me aplauden ofusca y hasta mata los excesos de orgullo. Siento que más me mencionan, y que más ternura y afecto y tal vez humildad tengo por todos los que me dan tanta prueba de distinción y de afecto. La gloria y el triunfo llenan de ventura mi corazón, y mi alma se siente arrebatada de gratitud y de amor para todas esas personas que me aman. Para mí, mi orgullo se subleva y echa espuma cuando soy injustamente humillado o mal mirado, ¡en los tiempos mi ternura sale adelante del orgullo y mi gratitud de retaguardia!

Lunes 25 de junio

A mi llegada aquí no he encontrado ya algunos de mis muchos íntimos amigos. Algunos recados inteligibles para mí solo es lo que he venido a encontrar de ellos después de mi viaje. La Vermeulen siempre buena, siempre humilde, como son ... antes de ser humildes por supuesto, ¿mi corazón está ya volviéndose más juicioso? ¡Ojalá! ¡Tengo una hermana ya! ¡Qué difícil es

hacer una hermana de una mujer que lo ha amado a uno con locura! Pero mi dicha llega hasta abril. ¡Oh! ¡Y cuánto la amo y la quiero ahora! Nada tengo reservado para ella y siento que daría por ella cuanto es dable por la hermana que más se quiere. Para ella yo soy su hermano y cuánto pasa por su vida, cuánto ella tiene de secreto y santo en su alma, debe saberlo su hermano. Yo, por mi parte, siento que amo a esta criatura con toda la ternura de un hermano y que me vuelvo buen muchacho y virtuoso a su lado. Así era preciso, una de ellas debía ser mi hermana. No podría amar a las dos sin ser un malvado. Dios mío, quién creyera que yo haría mi hermana con tanta virtud, sensibilidad y pureza de sentimientos de aquél ángel que el 15 de febrero, como lo sabe mi diario ... ¡Silencio! ¡Nada de lo pasado! El presente y el futuro será el solo objeto de recuerdo para mí y el ángel a quien llamo mi hermana. Un velo sobre esas horas de ventura si se quiere, pero que ahora son ya lejísimos porque el santo y puro nombre de hermana no debe admitir ni siquiera el recuerdo de esas horas.

Miércoles 29 de junio

En pocos días más saldré para las provincias de Ñuble y Maule, y quizás en una excursión doblemente larga que la que acabo de hacer a Valparaíso. Hemos tenido algunas tertulias y no es preciso decir que me ha ido tiernamente. Una angelical criatura, *the golden head*²⁷⁵, ha caído en mi camino y dice que no pasará sobre ella. ¡Qué diablos, cómo se viene uno! En una sola noche ella ha hecho y dicho cuanto ha dejado de hacer y decir. “Volverá luego”. “No sé” ¡Vaya! Qué desgraciado soy ahora que Ud. parecía que era más mi amiga, ahora se va, yo no iré a la tertulia de ... Y ¿por qué? ¡Porque no estará Ud.! Dios mío, ¿y qué? S. porque V ... Ud. hace tan bien y me acompaña tanto, yo ... Qué voy a hacer, ella es mi compañera de shotis. ¡Dios mío, y ni ha de ser uno!

Chillán. Lunes 4 de julio. Notas de mi cartera

Salí de Concepción el 2 a las 2 de la tarde acompañado de A. Alemparte y M. Peso. Llegamos a Rafael, el maldito lugar, y a pesar de que yo traía las llaves de la casa y de los aparadores que la Sra. de Urrejola tuvo cuidado de darme para que nada nos faltara, a pesar de esto, hemos pasado una noche de soldados en derrota pues que ni agua caliente nos ha dado el mayordomo. Maldito sea, es la tercera vez que esto me pasa con él, yo lo recomendaría a su patrón. Nos perdimos al día siguiente y después de andar todo el día vinimos a salir de este lado de Ránquil

²⁷⁵ *La cabeza dorada*. Traducido del inglés.

y alojar en casa de Pedro Casanueva, cuya mujer es hermana de Lucas Palma, mi antiguo dependiente. Por esas casualidades dimos con la casa esa donde nos trataron muy bien. Hoy pues en la tarde solamente y casi de noche he llegado a Chillán que tanto conoce mi diario y a casa de mi mejor e imponderable amigo el Sr. Agustín Méndez. Como de costumbre, él, la señora, sus hijos y hasta los sirvientes que me miran como uno de la familia por el largo tiempo que residí con ellos y por la estrecha amistad que nos une; me han recibido con las muestras del más grande placer.

Miércoles 6 de julio

Fiel a su promesa, el Sr. obispo Salas me ha escrito desde Santiago mandándome el pleito concluido a favor de su influjo y actividad. Recibí su carta dos o tres días antes de salir de Concepción y en ella veo que, más que la ganancia del pleito, la adquisición de la amistad del obispo es un verdadero tesoro. Su carta es llena de afecto y para que más se estreche nuestra relación me ha confiado algunas comisiones que he desempeñado con todo placer antes de salir de Concepción. He venido pues a Chillán con la sentencia en los bolsillos para hacerla efectuar. He sabido que algunos envidiosos han pretendido hacer que la señora retire su poder de mí y que trate de anular nuestro contrato de arriendo de la hacienda para cuando el pleito salga, poniendo por excusa que fue botado el arriendo y ofreciéndole tres tantos más por él. A mí, que nadie me meta el dedo en la boca, he tomado mi partida y mis medidas y todo ha producido el efecto deseado. Al llegar, dije a la señora que el pelito aún no había concluido pero que yo necesitaba un poder más amplio, más nuevo, para entender en resolver su interés, dotales y gananciales, no como antes tenía poder de litigar en su nombre. Accedió la señora porque no había medio, yo diciéndole que estaba cansado de tantos gastos. Al fin redacté el poder yo, conforme había convenido con mi tío para ponerme a salvo de todo. Incluí además una cláusula en el poder diciendo “que desde el día que se me entregara la hacienda por concluido el pleito, si quería darle entonces el arriendo que por seis años me tenía hecho en contrata firmada el tanto de julio del 45. He aquí como he elevado a escritura pública el contrato de arriendo, y he obtenido el poder más amplio y general que darse pueda ... Ya lo tengo firmado en mis bolsillos por más que ello ha sido una empresa difícil. ¡Ahora sí que puedo avisarle que el pleito está concluido!

Lunes 9 de julio. Quirihue

Son las dos de la tarde en que acabo de llegar a Quirihue. Al pasar por una ventana, alguien dio un grito de sorpresa y era Teresita González, una de mis íntimas amigas de Concepción. Me

volví y héteme aquí alojado en la casa, y también alojado en casa del juez de Primera Instancia ante quien vengo con mi escrito, el Sr. González es padre de Evarista. He salido de Chillán ayer a las 2 de la tarde, alojado en la hacienda del Sr. Illanes donde él me mandó dejar al otro lado del río Ñuble y cerca del río Changaral. Después diré algo a mi diario sobre Chillán. Por más que me quieren hacer quedar aquí, no puedo ahora. Tres invitaciones me han llegado de familias de acá para tertulias, pero me he negado. Mis negocios adelante y más cuando necesitan prisa me hago ciego a los encantos de las bellas. Por fin ha venido el señor Mac Namera, médico inglés que está aquí empleado, a invitarme de nuevo de parte de una familia, y me he excusado con lo mismo que antes ...

Martes 12 de julio

Antes de salir el sol partí de Quirihue para esta hacienda del Membrillar ayer lunes. Calculaba que se me entregara la hacienda en que ahora estoy; cediendo a muchas instancias me quedé el domingo en Quirihue. Pero partí ayer y llegué a alojarme a la casa del Sr. Mendivieso que está a 3 cuadras de las del Membrillar. Ayer mismo encontré en el pueblo del Portezuelo al juez que viene cometida la diligencia (porque tengo suerte para todo), y hoy a las ocho de la mañana comparecimos ante Don Ignacio Acuña, tenedor de la hacienda a quién se le hizo saber el decreto y sentencias de servicio, por el que no siendo ya marido de la Sra. Arraigada se le mandaba entregar inmediatamente la hacienda. Este hombre que ejecuté otra vez por la falsa esperanza casi se muere de miedo, le ha causado enfermedad como en la anterior ejecución, y dijo que no entregaba la hacienda. Y que las sentencias no eran ciertas, que el pleito lo iba a ganar él y no yo, etc. Para dejar de oír desvariar, el juez dio la orden a los vigilantes para que llamara a testigos y proceder desde luego a la entrega judicial. Esta se ha realizado en presencia de todo el inquilinaje quiénes han quedado a mis órdenes lo mismo que la hacienda con sus límites, casas, bienes y cuanto se conoce por ser de la señora. He permitido a Don Ignacio que se quede en la casa hasta que tenga donde irse, aunque es tan villano que no merece semejante confianza de mí, ¡tantos sufrimientos como ha causado a la Sra. y tantos costos que a mí me ha originado en seis años de pleito!

Chillán. Viernes 15 de julio de 1853. Notas de mi cartera

Llegué ayer de vuelta a Chillán donde D. Agustín y demás apenas creían que haya desempeñado mi objeto, teniendo que andar con jueces, con abogados, con escrituras, con diablos que para una sola pequeñez se demoran 15 días. Ello es verdad, el asunto está desempeñado y la

hacienda en mi poder. He dejado ya mayordomo por lo pronto mientras llega Rifo, y al mismo suplente he dejado 40 \$ para que principie los trabajos de barbecho ...

Qué hermosa y cumplida señorita está la Carmelita, a quien antes de irme a California hacía yo cariños como a una chiquilla. Es la más bonita y cumplida de las hijas del señor Méndez, a quién tanto debo por su modo de portarse conmigo. La Carmelita para aquí y en Concepción mismo pasa por una de las más notables hermosuras. ¡Es un contratiempo y riguroso vivir alojado y bajo el techo donde hay una hermosura así!

He conocido en mi anterior viaje a Chillán, la leona entre las casadas. La señorita Merino esposa del señor Santaño con quien tengo íntima amistad. Es una sola casa con la del señor Nieves que no hay día, rato ni minuto que no pidan que les toque la guitarra. He sido invitado en reuniones a su casa con su solo objeto, y otras veces él y toda la familia me han invitado para verme tocar. De veras que la señora de Santaño merece el nombre de leona. Es hermosa más que todas las chillanenses y de un trato fino y algo de cortés. ¡Merece bien el nombre de leona!

Domingo 17 julio

He encontrado hoy con la mujer de Lucas Palma, mi antiguo dependiente, que fue a California donde le vi en un hotel y que abandonó hasta hoy a su mujer y sus hijas. La una, la mayor había casado a los quince años y es viuda ya, porque su joven marido murió en Loncomilla dejándole una hijita.²⁷⁶ La otra tiene ahora 16 años y es tan hermosa como un ángel. Las dos son bonitas al fin. Estas criaturas saltaban pequeñitas aún en mis rodillas ahora 5 años y me querían porque había vivido dos o tres meses con ellas en Penco en un negocio de maderas que tuve allí. ¡A penas me vieron, saltaron al canto de tres! Están en la última miseria, y acaso sin tener qué comer hoy. Sabiendo eso, vine yo a verlas. He dado al chiquito un cuarto de onza para dulces y ellas tendrán qué comer con eso por algunos 15 días siquiera. ¡Pobres! ¡Qué dicha es el hacer bien!

Huerta. Martes 19 de julio

Salí ayer de Chillán precipitadamente y alcancé a alojarme en Cucha, antigua residencia de mi Tatita por muchos años y donde al fin contrajo la fatal enfermedad que nos lo quitó tan joven aún. Estoy ahora en la Huerta, hacienda de los Estuardos, a orillas del Itata que también conoce mucho mi diario el año 48 y 49.

²⁷⁶ Se refiere a la Batalla de Loncomilla (1851) donde se enfrentaron las fuerzas de Manuel Bulnes y José María de la Cruz en el marco de la revolución de 1851.

Supé antes de ayer que Acuña se había querellado de despojo y obtenido una providencia, haciendo paralizar mis trabajos mientras se aclare esto. Cuánto perjuicio va a acarrear el procedimiento de este pícaro, al mismo tiempo que para él nada le valdrá. Entonces no tendré con él misericordia y le arrojaré a la calle como merece. Un villano, un criminal de esa laya no merece compasión y es un menguado quien se la tenga, porque ese fomentará con eso el crimen y la villanía. Quien ha escrito que las sentencias que yo tengo son falsificadas y que el pleito no se ha concluido y que una vez finalizado no duda que será en su favor ... Hasta dónde lo llevará este miserable el deseo de la maldad. Tiene una siembra de trigo de que recogerá 4.000 \$ lo menos y cree que metiendo enredas debe alcanzar a cosecharlo, y de allí viene tanta mentira y maldad. Pero ¡dónde era conmigo! Iré a Quirihue, y si es necesario iré también a la ciudad de Cauquenes o hasta Santiago mismo, y juro por mi alma que este infame será castigado por mí como merece. Me costará mucho, me hará sufrir mucho, porque los pasos judiciales son indispensables y doble difíciles en medio del invierno. ¡Pero ahí de él, una vez que yo le tenga otra vez en mi mano! Acabo de hacer un propio a Concepción y ¡le esperaré!

Nepuheng, Viernes 22. Memento 4

Llegué a esta hacienda ayer a las 11 del día, y desde aquí resolví hacer un propio a Chillán aunque yo tuviera que esperarlo aquí. Estuve perfectamente tratado *by the mistress of the house*,²⁷⁷ cené mejor y como me sentía con dolor de los ojos anoche, me recogí temprano en mi cama. *But my god! What a bliss, what happy and piquant adventure, I shall relate it in every detail when I be less occupied. All the circumstances are of the most incredible nature and myself am astonished at so wonderful events. But my god, what charm and what a bliss. Oh, Lord, one is capable to be mad.*²⁷⁸

Las doce y media de la noche serían cuando, durmiendo en pos de ilusiones gratas, soñando despierto con las más doradas ilusiones, cuando sin preparación alguna sobreviene un horrendo temblor de tierra que nos pone a todos en el mayor espanto y consternación. Salgo yo desnudo al corredor de la casa, enseguida sale la señora y los criados todos en *pruribus cordobanis*²⁷⁹ y como estaba cada uno en su cama. El temblor fue tan fuerte y tanto horror nos causó que cada

²⁷⁷ *Por la ama de casa.* Traducido del inglés.

²⁷⁸ *Pero Dios mío. Qué dicha, qué aventura feliz y picante, relataré todo en todos sus detalles cuando esté menos ocupado. Todas las circunstancias son de la naturaleza más increíble, y yo mismo me asombro de tantos acontecimientos maravillosos. Pero, Dios mío, qué encanto y qué dicha. Oh, señor, uno puede enloquecerse.* Traducido del inglés.

²⁷⁹ *Picazón cordobesa.* Traducido del latín.

uno no trató sino de salvar como pudo ... Pero cuál fue mi espanto cuando me vi como estaba y vi también a la señora y los criados en camisa y con la verdad descubierta. Pero, Dios mío, ¡qué escapada! Sí, ¡qué escapada! El recuerdo de esta noche vivirá sin marchitarse en mi memoria por toda mi vida ... *What a mixture of pleasure and terror. What a happiness in having escaping so fearful a catastrophe*²⁸⁰ ... ¡Pobre señora, qué vergüenza debió pasar anoche!

Cauquenes. Lunes 1 de agosto de 1853. Notas de mi cartera

El miércoles 27 del mes pasado a las 2 de la tarde llegué a esta ciudad de Cauquenes y a casa de nuestro buen amigo el Sr. Don Miguel Barriga, regente de la ilustrísima Corte de Apelaciones de Concepción.²⁸¹ Encontré solo al Sr. Barriga que me recibió cordialmente haciendo disponer de mis caballos y equipaje, y haciéndome traer refrescos y cerveza mientras llega mi Sra. Trinidad. ¡Ésta, acompañada de mi hermana tocaya, no tardó en llegar! Demostraron infinito placer al verme en su casa cuando menos lo pensaban y cuando me creían aún en Valparaíso. Desde que he llegado no he tenido sino muchos motivos de gratitud y sincero afecto por toda la familia del señor Espinoza, suegro del primero. Me han dado un magnífico alojamiento y como el señor Barriga, por su alto puesto y antigüedad de residencia, es el decano de la provincia, él me ha introducido a toda esta sociedad principiando por el gobernador de la Provincia D. Antonio Avellano, hasta concluir con todas las respetables familias de aquí.

La siguiente noche de mi llegada, tuvimos una reunioncilla en la casa por invitación de mi S. Trinidad y me animé a tocar la guitarra. El domingo 30 tuvimos un gran baile que anualmente acostumbra dar en su casa el cura de Cauquenes, D. Ignacio Mora. No es preciso decir que yo regenteaba aquí, está demás. Solo yo y mi tocaya bailábamos polka, mazurcas, shotish y que hacían repetir a cada momento porque nadie más lo baila aquí. Mi tocaya es a quien más ... la que más me gusta de todas las que aquí están. ¡Sí, lo sabe y lo pregunta por no dejar nomás! *There are the two sisters ... to whom of the two will I choose?*²⁸² Hay dos señoritas que son unas de las mejores y más bien vestidas. ¿Cuál será la mejor de las dos? Las dos son muy hermosas.

²⁸⁰ *Qué mezcla de placer y terror. Qué felicidad haberse escapado de una catástrofe tan aterradora.* Traducido del inglés.

²⁸¹ José Miguel Barriga Castro (1816–1886). Diputado en varias ocasiones, integró la comisión que revisó el Código Civil de Andrés Bello (1855) y fue ministro de la corte suprema (1857–1886).

²⁸² *Hay dos hermanas, ¿a cuál de las dos voy a escoger?* Traducido del inglés.

Lunes 8 de agosto

Nada se ha resuelto aún sobre el asunto del Membrillar. La cuestión será sobre si las copias de las sentencias de divorcio sin que hayan venido los autos valgan para hacerme entrega del Membrillar. Las sentencias son auténticas copias de la original y sacadas con todos los requisitos para valer en juicio. Como se levantaban dificultades en Quirihue por lo salvaje de los jueces, pedí que este juez de Letras se abocase a la causa y aquí estamos. Acuña ha promovido una porción de artículos pura paja y que tienden todos a demorar la entrega hasta lograr su cosecha. Pero nada logrará. He instruido de la causa al juez Frías, a quien me presentó el S. Barriga, y la cosa andará derecho y andando, así la ganaré luego.

He escrito un folletín titulado “Las cuatro cosas de Cauquenes”.²⁸³ Ha sido publicado en el Correo del Sur y ha venido hasta acá de mano en mano, juntamente con otro que escribí en Chillán titulado “El angelito”. Ambas composiciones son leídas en casi todas las reuniones y aplaudidas más de lo que merecen. La última me ha dado una gran popularidad. El intendente y el cura, el juez de letras y demás personas respetables los han celebrado mucho.

Lunes 15 de agosto

Ayer hemos tenido una tertulia en casa del Sr. Frías, juez de letras de la provincia, y en días pasados, el jueves, otra en casa del intendente cuya mujer es una amable señora madre de la esposa del intendente Sotomayor de Concepción.²⁸⁴ Mi vida pasa aquí en los días que no me ocupa el pleito entre tertulias y bailes, aquí y allí, entre convites y comidas ya entre una familia, entre otra. Por una singular coincidencia yo habito el mismo cuarto que habitó mi tío Román Ocampo cuando estuvo acá de juez de letras ... Cuando esté menos ocupado haré a mi diario ciertas confidencias probadas de que no me es posible ocupar ahora. Ya ve pues que en la vida de Cauquenes dejo en blanco los asuntos del corazón porque los trataré después.

He hecho dos propios a Chillán, siempre en asuntos del pleito; espero el último para que resuelva el juez a buscar la hija de D. Méndez, que es cuanto se requiere para la decisión.

D. Agustín Espemoria, padre de mi tía Trinidad, es el hombre más gracioso que yo he conocido, y me ha tomado tal cariño que no para de estar sin mí un momento. Sabe un sinfín de cuentos y anécdotas picarescas que me hacen reír como jamás he reído, hasta enfermarme.

²⁸³ “Cauquenes (de nuestro corresponsal)”, *El correo del sur*, 6 de agosto de 1853.

²⁸⁴ Rafael Sotomayor Baeza (1823–1880). Partidario de Montt en 1851, Intendente de Concepción entre 1853 y 1859. En California, parece haberse cruzado con Ramón G. Navarro. Posteriormente fue Ministro de Hacienda (1876–77) y de Guerra durante la Guerra del Pacífico (1879–80).

Mis horas las reparto jugando ajedrez con el señor Barriga, o revisando los códigos civiles, o hablando de literatura; otras veces paseamos por el puente y otros paseos de la ciudad. De noche, como no lo puedo acompañar a la malilla, él se reúne a los viejos y yo a las niñas, que son muchas las que vienen aquí por amor a la guitarra y al baile. Otras veces jugamos comercio con las niñas y harto comercio hacemos todos durante el juego ...

24 de agosto

Hoy se ha sentenciado el pleito después de tantos días de espera. La sentencia es “que Acuña al término perentorio de cuatro días me entregue la hacienda del Membrillar, abonándome costas, gastos y perjuicios por todo el tiempo que me he demorado reteniendo la hacienda desde el día que se me hizo la primera entrega”. ¡Oh! Lo dije, que nos veríamos las caras aún. ¡Hola! Malvado, vas a ver ahora como se trata con los caballeros, y como se avasalla a los villanos como tú. Vas a ver ahora qué distinción hay en mí de tratarme bien a jugar a dos cartas. ¡Vas a ver también, hombre perverso, cómo trato a los caballeros y como humillo a los ruines como tú, que has sumergido en la miseria a una noble familia arrebatándole su fortuna por 10 años para vivir amancebado y tener tres, cuatro, seis hijos con tu misma cocinera! Nos veremos, ya me tendrás allá, infame, y tú pagarás el haberme hecho correr por todas partes en el rigor del invierno, haberme hecho postergar mis otros negocios, haberte atrasado en el tiempo de los trabajos de la hacienda y haberme perjudicado en tantas otras cosas. ¡Allá voy, infame, espérame que ya llego!

Parral. Sábado 26 de agosto de 1853. Notas de mi cartera

Son las 6 de la tarde en que acabo de llegar al Parral. Salí de Cauquenes a las 7 de la mañana y he venido por infernales caminos hasta aquí. Estoy alojado en casa del General Don Domingo Urrutia²⁸⁵ a quién he sido recomendado desde Santiago por el Sr. Arraigada y desde Concepción por mi tío Domingo.

El objeto que me trae aquí es cobrar unos pagarés valiendo 3.000 \$ que un señor Villagrán debe a mi tío Ventura, quien me dio esta comisión según contrata, pagándome 12 onzas de oro por mi diligencia, cobre o no cobre, además de mis gastos de viaje. El señor Villagrán

²⁸⁵ Domingo Urrutia Vivanco (1791–1888), militar de la independencia y hombre político. Se plegó al levantamiento revolucionario encabezado por José María de la Cruz. Después de Loncomilla, desilusionado, no volvió a actuar en política.

está atrasado, no quebrado, según me dice el mismo S. Borretia, pues que el tal Villagrán está casado con una viuda muy rica, sobrina del mismo general Borretia. Este señor es uno de los generales caídos con la caída del general Cruz en su última revolución. Es muy rico y tiene dos hermosas hijitas de 16 y 17 años; ¡qué edad y qué caras! Sin embargo tengo sueño y como me mojé al pasar a vado el caudaloso Perquilauquén me voy luego a la cama sin fijarme mucho en las niñas por más que ellos han mandado buscar guitarra porque el médico de Cauquenes ha dicho que toco la guitarra.

Parral. Domingo 27 de agosto

Son las 12 y media del día en que acabo de llegar del Ajial, una hermosa hacienda a 2 leguas del pueblo, propiedad de la esposa del Sr. Villagrán. Me he visto con este señor, y según las instrucciones de mi tío y sus más vehementes deseos, serán pagados en bienes, y entre noche y mañana arreglaremos en la casa los documentos con el señor Villagrán. Me he visto convidado a tomar el té y no faltaré. Su mujer tiene tres hijas, que han sido educadas en Valparaíso, y cuya casa está enteramente montada a la última moda. Dicen que son muy bonitas, fama asentada en Chillán, en San Carlos y Cauquenes.

Estoy de vuelta de mi visita de casa del S. Villagrán. ¡Pero qué agradable y singular aventura! En la casa me esperaban por anuncio del Sr. Villagrán, que había dicho a las niñas que les llegaba un joven de Valparaíso, que tenía negocios con él, etc. La cuadra estaba sahumada y completamente adornada y un riquísimo brasero chisporroteaba lleno de carbón cerca del sofá. Yo esperaba con impaciencia ver llegar a las niñas de quienes me había formado la mejor idea y de cuya hermosura tenía buena opinión qué se yo por qué. Pero cuál fue mi sorpresa y la suya ... cuando en una de las tres señoritas reconozco una hermosura criatura que conocí en Valparaíso por accidente ... ¡y con quién después tuve íntima relación de amor eléctrico de palco y de platea como quién dijera! En el mes de noviembre la conocí en Valparaíso en el teatro casi todos los días de teatro, concierto o baile. Jamás supe yo quienes eran, porque siempre las vi con la madre. Teníamos señas convenidas para sentarme yo siempre en el mismo lugar y vernos todas las noches, hablando ese lenguaje mudo, más expresivo tal vez que el de palabras. Las demás niñas dijeron que me habían visto en Valparaíso, ella se sonrojó, bajó los ojos y no dijo nada. ¡Qué hermosura está, Dios mío, y en qué circunstancias vengo a encontrarla, en que tengo que ejecutar tal vez a su padre y afligir y desposeer a su madre! Es preciso salir luego de aquí. Esta noche he adelantado demasiado sobre lo de Valparaíso y si me voy, el pobre de mi tío ... ¡pero no! ¡Mi deber adelante! Trajeron una originalísima guitarra y toqué, pero cuánta admiración, cuánto elogio, cuánto amor en recompensa en cada una de sus miradas. ¡No! Es preciso salir luego de acá y no pasar de mañana sin cobrar la deuda ...

Me tocaron el piano y oí algunas bonitas piezas. Dios quiera que no las vuelva a ver más. ¡Es preciso salir mañana mismo!

Lunes 28 de agosto

Salgo para San Carlos dentro de dos horas. Gracias a Dios. He cobrado la deuda de mi tío según él lo quería, con doble ventaja todavía. Tengo en mi bolsillo el documento de mancomún con su mujer, en que ambos hipotecan la hacienda del Ajial al cumplimiento del documento de [ilegible] en que me han pagado la deuda. Los bienes estarán puestos en Constitución en el próximo mes. Me voy sin volver a ver al ángel de anoche, la peligrosa sirena que tanto miedo me inspiró anoche. Quién creyera le he tenido miedo, y de ese miedo y de las derrotas en que es vencido mi corazón y satisfecha mi pasión, de esas no me avergüenzo. Tal vez nos veremos algún día. Mientras tanto queda hermosa ... que en otras circunstancias no te habría temido, mi diario es testigo.

San Carlos

Son las 8 de la noche en que acabo de llegar a San Carlos, y mi encuentro con Belisario Raroch y Leoncio Palma en casa de Bamondes, de casualidad. Ellos vienen al balance de Bamondes y quedarán aquí por tres o cuatro días y yo partiré mañana para Chillán, donde no estaré más que horas o tan sólo un día cuando más.

Concepción. Lunes 5 de septiembre de 1853

El 1º de este mes de septiembre me fue entregada por segunda vez la hacienda del Membrillar en virtud de la sentencia del juez de letras. Yo, que venía de Cauquenes tan preparado para hacer pagar caro, muy caro, las maldades y villanías de Acuña y las costas y perjuicios que me ha erogado por pura malicia y mala fe, he sido ablandado como un niño una vez vista su humildad y su miseria. Le he tenido lástima al fin, y en vez de arrojarlo de la hacienda, lo he dejado en las mismas casas permitiendo tener sus animales e intereses allí hasta que pueda salir como Dios le ayude, sin graves perjuicios. Eso quiere decir que mi corazón es reducible como el de un niño a la vista de la humildad y de la desgracia, y que no me vengaré jamás de nadie, pues que este hombre, mi mayor enemigo y que más mal me ha hecho que todos, ha sido beneficiado por mí, en vez de castigado, cuando estaba en mi mano el hacerlo en justa remuneración de

mis intereses perjudicados. He arreglado allí ya la mayordomía, los inquilinos, he ordenado los trabajos, dado órdenes sobre [ilegible], y hecho cuánto había que hacer según el tiempo me lo permitía, estoy aquí de vuelta después de haber andado dos meses cabales, ¡los más rigurosos del invierno por todos los pueblos del sur y adyacentes!

Sábado 10 de septiembre

Se acercan ya las fiestas nacionales del 18 de septiembre. Todo es movimiento y alegría en todos los círculos de la sociedad. Las familias vuelven ya, hablo de las que habían huido del invierno a Cauquenes y otros puntos. Mi Sra. Trinidad llegó ayer con mi tocaya y yo estuve a verlas en el momento. ¡Qué placer tuvimos todos en volvernos a ver en Concepción! Ha habido algunas tertulias a que he sido invitado en preferencia; se han establecido tertulias jueves y domingos, entre cuatro y seis principales familias de acá y allí nos reunimos todos los que formamos el círculo selecto y promisorio de ese. He encontrado a mis amigos de acá tan amantes y buenos conmigo como siempre. Vermeulen cada día más sinceramente *attached to me*. *The first effervescence is passed, for me at least ... but now remains the true friendship and the love yet, but love with calmness*²⁸⁶. Mi hermana cobra en mi corazón nuevo derecho cada día y cada hora, la quiero con más sinceridad y fuerza. La abnegación por mí raya en locura, pero esa locura solamente que es permitida tener por el hermano y nada más. Lo pasado el 13 de febrero pasó ya muy lejos. Ernestina es cada vez más acreedora y digna de ser amada. ¡Cuánta virtud y cuántas relevantes prendas hay en esta criatura de 17 años, a quien en familia debe ya tal vez ser [ilegible] y la posición que ocupa en sociedad. Siempre buena, fiel y amante, siempre reservada, prudente y moderada como ella sola, sí, como ella sola.

Domingo 18 de septiembre

Las fiestas han comenzado desde ayer, y hoy todo siendo algazara y movimiento en toda la ciudad. Anoche paseamos a ver los fuegos que estuvieron magníficos. La concurrencia en la plaza era asombrosa. Cuánto lujo y elegancia, cuánta hermosura y grandeza en todas las familias. ¡Yo tenía del brazo a Ernestina y qué feliz he sido, Dios mío! Cuánta dicha es tener colando de su brazo a la que más se ama. Qué elegante y hermosa estaba anoche, pero más que todo ¡qué

²⁸⁶ *Vermeulen cada día más sinceramente unida a mí. La primera efervescencia ha pasado, para mí por lo menos ... pero ahora permanece todavía la verdadera amistad y el amor, pero amor con calma. Traducido del inglés.*

ardiente y enamorada! “Cuánta dicha tengo, decía, después de tanto tiempo, en que apenas logro yo el hablarle mientras otros pasean y bailan con Ud. Cuánta ventura después de dos meses de ausencia, con escucharme sin decirme nada, sin una seña siquiera. Nadie sufre como yo y sin embargo ... Por Dios, sea conmigo menos terca, menos cruel, porque al fin ¿por qué hacerme sufrir si es cierto que me ama más que a todos? ¿No es cierto que estarás siempre a mi lado ahora y que bailas más conmigo? ¡Dios mío! Ciertamente es, gastaré ahora mis horas más contigo que con nadie, aunque de todos, pueden disputarte nuevas preferencias pero el corazón, ¡jamás! Cómo tiembla tu mano y tú entera también ... Es que cuando estoy contigo y tú tomas mi mano ... no sé qué es lo que me pasa. Esa mezcla de tú y vos, es como la lucha entre el amor y el deber, nada hay que revele más al amor y la ternura que la palabra empleada para dirigirnos al objeto querido.

Viernes 30 de septiembre

He estado en todas las tertulias y bailes que se han dado en estos últimos días. Antes de ausentarme, le dije a mi diario sobre un nuevo astro *the golden head* que asomaba y se mostraba en mi horizonte ... Después de mi venida, las relaciones se han estrechado, ello ha marchado adelante y anoche me decía en su casa cuánto es preciso decir para desvelar su amor. ¡Cuánta dicha, por Dios! *All the time I am on the window to see you pass and I am happy at least in seeing you pass. You never look at me, oh! You have so many to look at ... But what happy would I be if I was all the time with you as I am here now ... Do you feel the same Oh! I think not. You ...* “*My mode of treating you gives you to know that I love you since I first saw you*”. *Indeed, she is a most interesting creature.*²⁸⁷ Qué hacer uno cuando en su camino encuentra una joya de tanta estimación y valor. ¿Le dará un puntapié y la arrojará a un lado del camino?

Concepción. Sábado 1 de octubre de 1853

Yo he recordado mucho anoche a nuestro infortunado Varela, el norteamericano por antonomasia. Lo he recordado por una de sus máximas en la que yo creo que es más acertado y feliz que en todas las demás. Anoche he pasado yo uno de los momentos más dulces de mi vida,

²⁸⁷ *Estoy en la ventana todo el tiempo para verte pasar, por lo menos estoy contenta al verte pasar. No me miras nunca, ¡oh! Pero estaría tan contenta si estuviera contigo todo el tiempo, como estoy aquí ahora ... ¿te sientes igual? ¡Oh! Creo que no. Tú ...*”. “*Mi modo de tratarte te hace saber que te amo desde que te vi por primera vez*”. *Efectivamente, es una criatura muy interesante.* Traducido del inglés.

tanto más dulce cuánto que ha tardado tanto tiempo en llegar, que ha costado tanto ... “Amor que no lidia pronto esta de la saciedad”, dice Breton y yo agrego a eso “amor que lidia y triunfa es la única dicha en la vida”. Yo he obtenido anoche un triunfo, no, era premio a mi amor tan puro, tan grande, tan antiguo. Qué hermosa estaba Ernestina, jamás la he visto más encantadora, más seductora y amable. Tal vez no influyó para que yo fuera más ardiente y atrevido. Hay placeres en el amor que no dejan amargo alguno tras de sí; yo he pasado anoche por un placer. Habíamos quedado solos en el piano después de una hora de hablar de amor e inflamar los sentidos con venturas y ardientes confesiones. Tardaba la que fue a encender la lámpara ... Había oscuridad en la cuadra, y yo y ella sentados junto al piano habíamos dejado de hablar. Un pensamiento me torturaba, una idea había pasado por mi mente, un deseo me quemaba el corazón y sin embargo guardaba silencio, no me atrevía y eso prueba que la amo y la respeto. ¿Qué tienes? Me dijo al fin. ¿Y tú, qué tienes? Yo nada ... no sé por qué tiemblo, no puedo tocar ... siento que las fuerzas se han ido. Eso mismo pasa por mí y eso mismo prueba que ambos sentimos en secreto la misma necesidad, el mismo chispeante deseo, ¿quieres darme un beso? ¿Pero quieres dármelo con toda tu alma gozando tú como yo, y como no cediendo a instancias ni ruegos? ¿Pero, R., cómo? ... Di sí o no y ¡sí gozarás tu como yo en ese beso, y sí serás feliz como bebiendo el amor en mis labios! ¡Sí, toma el beso y que él sea como tú lo quieres! Un beso eterno y dulce como la miel de la flor sino en la oscuridad mezclándose a las armonías vibrantes todavía del piano. ¡Tras el beso vino un abrazo, y más estrecho todavía que el mutuo comercio entre el cuerpo y el alma y su seno redondo y palpitante se estrechó sobre mi pecho con todo el entusiasmo y pasión de un primer beso! ¿Se puede gozar más? ¿Se puede ser más feliz sin crimen y sin falta? Tras el abrazo vino la luz, y allá nos tomó en nuestros mismos asientos para un mundo de dicha había ya en nuestros corazones. He aquí porqué me acordé de Varela, porque él ha dicho “el primer beso a la modestia hurtado. El primer nudo del pudor desata. Y ya es difícil que combata la hermosa al amante idolatrado”.²⁸⁸ Veremos si el vate es profeta también.

Domingo 16 de octubre

Se han dado dos magníficos bailes en honor del intendente y de su señora. Concepción no ha visto jamás en lo que tiene de existencia bailes más lujosos, más concurridos, más patriotas, más de humor ni más hermosos. Jamás he salido yo más contento de mi ... Tengo pasto para encender mi vanidad y subirme como el humo hasta los cielos. Sería largo relatar tanta cosa. Una me decía ... “Le mandan este pensamiento, recíballo y la que se lo manda dice que baile por ella y se acuerde una vez siquiera en el baile”. La que enviaba el recado era *the golden head*.

²⁸⁸ Para “El primer beso”, ver la entrada del 23 de enero de 1853.

La estrella polar que alumbra ahora más que todas y que me decía que no está satisfecha *when she is not with me*²⁸⁹. Otra decía “cómo se convence que Ud. no tiene nada ya que pedir más ... por horas enteras te olvidas de mí”. Pobre Vermeulen, sin embargo no era cierto, me distraía pero no me olvidaba. Otras me decían ... Pero dejemos todas esas, y volvamos a hablar de la de arriba, de la del “primer beso a la modestia hurtado” de que hablo en el párrafo anterior. Fue proclamada la reina del baile por casados, solteros, viejos y jóvenes. No ser tanto yo para infatuarme con lo que amo, pero en realidad a decir de todos, era la reina de la fiesta. Qué dicha sentía yo cuando oía decir; qué hermosura, esta es la mejor sin duda, y cuando oía a las mujeres que son las jueces más severas, “pero mirá fulana, no es ella la mejor del baile, qué elegante y qué linda está”. Ellas no se figuraban que yo las oía y que mi corazón se hinchaba de ventura. Bailando con ella me decía “eres tan feliz como yo, las niñas dicen que tú eres el mejor en el baile, que bailas mejor que todos, que envidia me tuvieran si supieran que yo soy a quien tú amas”. Y tú, que dices hasta ahora, tú no me has dicho sino lo que ellas dicen, y yo soy tan feliz, más que tú tal vez ...”. Y digo ... qué diré yo que no lo sepas tú, diré que se me hace corto este baile, y que quisiera más bien estar sentado contigo en el piano como aquella noche.” ¡Dios mío! Qué dicha siente uno cuando su querida recuerda a las horas de ventura que ha pasado con uno ...

Miércoles 19 de octubre. Mementos

Son las doce de la noche en que vuelvo a mi cuarto. Siento que Darío duerma, pues que a estar despierto le contara la singular aventura que acaba de pasarme, y sin nombrarle el Santo haríamos comentarios. Pero apenas creo ... Más de ocho y media me dirigía yo por una calle vacía. La noche estaba y está oscura como un misterio. ¡Noche de aventuras y de ladrones y de enamorados! Caminaba yo envuelto en mi talma cuando de un lado oscuro de la calle de O'Higgins oigo pronunciar mi nombre. Me di vuelta ... me acerco a una mujer vestida de negro, cubierta con un manto. “¡Dios mío!”, me dijo, “he corrido tras de ti y no me oías”, toco el vestido y era de seda. ¡A ver el santo, Vermeulen! Ángel mío, tú aquí. Dios mío, en qué viaje te has puesto, pero aquí nos pueden sorprender y ver conmigo. Hay unos prendosísimos (sic) zancos tras de ... en un sitio apartado, y la noche estaba oscura a esas horas como ahora. Llegamos allí; gracias a Dios, sin ser vistos, hemos pasado una media hora la más dichosa que darse puede, no se encuentra dicha en el goce sino cuando él es con algún peligro grande. Dios mío, “qué vas a decir tú ahora y cómo entras sin que te vean, le decía”, cuando la razón estaba muy fría, tengo yo modos de salvarme sin que se aperciban, no hay nadie en casa, lo tengo todo previsto, ¡dame un beso y adiós!

²⁸⁹ *Cuando no está conmigo*. Traducido del inglés.

Chillán. Lunes 5 de noviembre de 1853. Notas de mi cartera

Salí de Concepción el 27, a las 2 de la tarde, con un viento como jamás se ha experimentado igual. Mucho me pesó el haber sido consecuente con mi palabra esta vez y haber salido con tanta intemperie pues que no se veía a dos pasos de uno, tal era la polvareda que había. Pero momentos antes de salir estuve en casa de V. y como dije que salía, por más que las niñas decían que era imposible, que me moriría, por lo mismo yo dije que saldría y salí. Llegué el 28 al Membrillar, y habiendo dejado en orden todo, y siguiéndose la casa que he principiado a hacer para habitación mía, he venido a Chillán donde estoy desde ayer a las 12 en que llegué a casa de D. Agustín. Me entregaron luego la llave de mi cuarto que se mantiene siempre cerrado y listo para cuando yo llegue.

Cada día noto en la familia más cariño y bondad hacia mí. Yo por mi parte los quiero a todos como si fuesen algo que me pertenecen desde mucho atrás. A veces pasa una idea por mi cabeza que llega y pasa, más ligero que una exhalación en una noche de verano. Quién sabe, me dije, si Dios nos une más que lo que la amistad nos ha unido hasta acá ... *I know already that miss C. is something touched, that I am not at all indifferent to her. She is so pretty, so innocent, so lovely and so pure. I never told her a word but, my love, it is not necessary to speak. It is impossible to live under the sunroof, meeting one and another every instant, playing the guitarra and the piano together without feeling love of something of the kind.*²⁹⁰

Miércoles 9 de noviembre

Acabo de hacer un negocio que desde luego me asegura una ganancia cierta de dos a tres mil pesos. Después de luchar con mil y mil inconvenientes, y con otros mil competidores por la misma cosa, acabo ya de firmar una contrata con la Sra. por la que le compro su parte en la cementera de trigo que tiene en el Membrillar. La cosecha no bajará de cuatro mil fanegas y según la contrata ya me pertenece la mitad. El trigo que está ya fuera de riego no tendrá plaga alguna, y así el negocio no tiene inconveniente que lo estorbe. Sin embargo, el tercer artículo de la contrata dice, “Navarro pagará por cada fanega de trigo que recibiere de pertenencia de la Sra. 12 F., y firmará por ellas un pagaré cuando acabe de recibir, a un año de plazo, contado desde el día en que concluya de recibir el trigo.” Tengo además el poder para pedir cuenta liquidación y

²⁹⁰ *Ya sé que a la señorita C. le ha tocado algo, que no le soy en absoluto indiferente. Es tan bella, tan inocente, tan hermosa y tan pura. Nunca le dije una palabra pero en el amor no es necesario hablar. Es imposible vivir debajo del techo de vidrio, encontrándose uno y otro en cada instante, tocando la guitarra y piano juntos sin sentir algún tipo de amor. Traducido del inglés.*

partición de gananciales, dándome según escritura el 5 % de cuanto recoja la cosecha de trigo de la que me toca ya el 5 % que debo recibir sin pagar, como por medio de honorario a mis trabajos. El trigo vale 30 p., y desde luego el negocio me deja más de un 100 por 100 a más de lo que el poder me concede (5 %), de lo que reciba por gananciales, que no será menos de 10 a 12 mil pesos. El negocio del trigo y el 5 % me aseguran una ganancia neta para dentro de dos meses de 4.000 \$ lo menos. Agréguese a esto, que estoy ya en posesión de la riquísima hacienda del Membrillar por la que me ofrecen de arriendo 3.000 \$ anuales y quien ofrece tres debe ganar otros tres. Yo calculo, pues, mi ganancia neta anual en la hacienda de 5.000 a 6.000 \$ libres. A mi cuenta solo tres onzas mensuales que tengo que dar a la Sra. para su sostén por el término de seis años que es nuestra obligación de arriendo. Ahora seis años cuando hice la contrata con la Sra. no sabía lo que esto valdría más tarde. Que una cementera sembrada en terreno desconocido que ha dado cuádruple fruto del que se esperaba. Calculando pues de 6.000 \$ la ganancia, son 36.000 a los 6 años por esta parte del negocio, dejándome mi libertad a salvo para todos los demás negocios. En Chillán, Quirihue, Concepción y demás pueblos a la redonda cuento con amigos como D. Agustín Méndez que más que amigos, parecen padres, y me estiman más de lo que merezco. Hombres acaudalados y que me prometen cuanto yo necesite para mis negocios y trabajos. Traslado a mis hermanos al 10 de febrero. ¡Nos vemos, mundo, frente a frente!

Lunes 21 de noviembre

El sábado 19 del presente, se ha principiado a publicar en el Correo del Sur “Los billetes de amor”, un folleto que he escrito aquí en mis horas perdidas. Acabo de recibir cartas de Darío mandándome el primer número en que ha aparecido la publicación y diciendo que ha tenido una brillante aceptación. El mismo editor del Correo del Sur me dice en su carta, “gracias mi amigo, hombres como Ud. son los soldados del progreso y los protectores de la prensa, la protegen de todos modos y de donde quiera. Su publicación honra a mi pobre Correo y él le pagará como mejor pueda”. Los billetes de amor tienen por objeto criticar ciertas costumbres de sociedad muy malas y muy arraigadas por desgracia. Verá de ellos la mala y malísima costumbre de hacer el amor a todas las mujeres que se encuentra en el camino sin intención de enamorarlas siquiera, sino porque sí, que a las mujeres no se debe hablar de otra cosa. Hay mequetrefes que ni piensan lo que hacen y sea casada, sea soltera, sea vieja, joven, pobre o rica no hay asunto en ella sino el amor y fuera siquiera un interés de sacar algo, nada ... El amor de palabras por una noche y adiós. De modo que se ridiculiza el amor, y se favorece como cosa de nada, y de allí viene también cierto empacho y coquetería demás en las niñas, que no la gastarán sino fuera así. Critico en “Los billetes del amor” las cartas amorosas, y el estilo tonto y ridículo que se emplea para escribirlas. “Los billetes de amor” es una publicación en defensa de la niñas, y ellas por eso

la estimarán en más de lo que vale. Además, leerán con doble interés cuanto se anuncia bajo mi nombre. Saben que soy colaborador del Mercurio y que éste me hace también muchos elogios, de allí el prestigio que me acompaña al publicar cualquier cosa. Ya nos veremos las caras allí, hermanas mías. Pero dormid tranquilas, pronto publicaré otra carta llamada “El coquetismo” y será para ellas, para tomar la revancha de “Los billetes de amor”. Ellas también necesitan un buen zurriagazo y lo tendrán, no haya miedo.

Concepción. Lunes 5 de diciembre de 1853

Ayer domingo ha tenido lugar la primera presentación de la compañía dramática que se ha exhibido en la hermosa pieza de Intrigas para Marieri. He escrito ya algo al Mercurio sobre esta compañía y sus trabajos. Seguiré diciendo algo, no vayan a creer los señores actores que no hay acá quién les diga algo cuando menos con ser silbados. Más de un mes hace ya que una nueva estrella asoma su radiante cabeza por el horizonte de mi vida en sociedad ... Tengo la costumbre de soñar despierto, haciéndome ilusiones que sean muy ideales, y no cuento a mi diario mis asuntos sino cuando ya pasando la ilusión tocan en la realidad del amor. Esta vez hemos pasado ya las palabras de doble sentido, las miradas, las confesiones, etc. Hemos llegado ya al “¿Me amas tú?”, “¿Como a mi vida! Y Ud., ¿me ama?”. “¡Sí y mucho, como no he tenido nunca por ningún hombre!”. Ya es pues pasado el tiempo de esas pequeñeces en que uno demora un mes o dos para hacerse conocer y obtener una declaración; ya ella no tiene misterios conmigo ni yo con ella. Cuando nuestras manos se encuentran, se estrechan hasta no desear más ... Si la oportunidad nos permite, mientras paseamos de noche, su mano va siempre en la mía y las palabras, “¡cuánto te amo! ¡Qué feliz soy, que no creía que pudiese ser amada por ti! Te adulan tantas a la vez ...”.

Este nuevo astro cuenta 17 años, es hermosa y tal vez pudiera servir de modelo a una virgen de Murillo, es elegante más que todas tal vez, y como es altamente puesta puede hacer que su elegancia no carezca de ninguno de sus caprichos. Me falta una Pepita a mi colección de oro, y esta es la que llena todos los vacíos. Últimamente hemos tenido muchas tertulias en que nuestro amor, como ella me dice, “se ha hecho tan necesario como la vida”. Cada vez que nos vemos lo primero que me pregunta es, “¿cómo está su cabeza?”. Lo perdido de la cabeza significa en nuestro idioma, locura de amor. “Yo tengo tan mala cabeza ahora que la creo perdida para siempre, pero soy feliz así porque. ¡Ud. padece por mí lo mismo!”. Anoche al ir y volver del teatro, qué felices hemos sido. Su mano busca abrigo en la mía al momento que la tomo del brazo y sus primeras palabras que se siguen a esta acción es, “¡muy perdida debe estar mi cabeza cuando yo la dejo que haga Ud. lo que quiera!”. Y, “Ud. no tiene placer en eso mismo ¿qué yo hago?, sino es así, ¡yo no quiero hacerlo más!”. “Si no sintiera dicha no le permitiera eso a Ud.”

“Los billetes de amor” que he publicado han hecho su efecto en todos los círculos. Las niñas sobre todo me dan las gracias por lo que en ellas las defiendo. Ya veremos qué dicen cuando publique el folletín de “Las coquetas” que les preparo.

Sábado 10 de diciembre

Hoy he sido nombrado síndico de los intereses concursados de D. Juan Gerardo Corte, que ascienden a 50.000 \$. Todos son acreedores reunidos judicialmente ante el juez de letras para tratar de sus intereses y nombrar un síndico, tenedor e interventor discuten en mucho la materia, sobre si considerarían a Corte esperar, y la administración de sus intereses. Yo, como representante de mi tío Domingo, tomé la palabra y peroré o disparaté por un cuarto de hora en favor de Corte, y pareció que todos se adhirieron a mi opinión. Se llamó a votación y se acordó que Corte tendría la administración de sus intereses, bajo la tutela de un interventor a quien rindiese cuentas y entregase el dinero reunido cada día del mes, el interventor debía ser autorizado para manejar cosas o fondos que creyese rendibles a buen precio. Se procedió a la votación para ese síndico y recayó unánimemente en mi sacratísima persona con excepción de un solo voto. Desde hoy, pues, soy el síndico de esos intereses con el interés para mí, que se acuerda a los curadores de bienes de menores. Tras todo el 18 de febrero, no por el interés que esto me deja, sino por lo honorífico del cargo para la confianza depositada en mí.

Membrillar. Martes 20 de diciembre

Salí ayer de Concepción después de transados y arreglados todos mis negocios de allá que crecen y se ramifican insensiblemente. Vea sino lo que yo era en su círculo en diciembre del año pasado y entonces verá la diferencia. Principio a ser lo que yo quiero ser y lo alcanzaré algún día mediante Dios, mi honradez y mis honradas miras y fines.

Se ha comenzado la cosecha de la gran cementera del Membrillar, que se calcula por prácticas que pasará de 4.000 fanegas de trigo las que se levanten. En toda la primavera no hay una siembra tan grande y que tan bien se haya dado. Dios quiera no más que no falten los brazos para cosecharla porque tan grande como es, no creo que dejemos de tener también grandes dificultades al cosecharla.

La cosecha me pertenece a mí por mitad por haber comprado a la señora su parte el 9 del pasado. Ahora me resta tratar con Acuña sobre los bienes gananciales y para ello tengo que ir a Quirihue para hacer la escritura pública de convenio. Según el poder general que tengo de la señora, tengo autoridad para tranzar por lo que yo quisiera, dándome a mí por mí trabajo el 5 % de todos los intereses que yo recibiré por medio de gananciales.

En otro lugar menos apurado haré el balance del año en mi diario. Veré entonces lo que he sufrido, lo que he gozado, lo que he ganado o perdido, lo que he aprendido de más en experiencia y desilusiones y también las nuevas que han surgido por [ilegible]. Veremos en el libro de mi corazón mis dichas y pesares, mi presente y lo que me promete el porvenir en este estado del corazón. Aquí dan fin los acontecimientos del 53 hasta ver su balance.

Ranquil. Domingo 1 de enero de 1854. Notas de mi cartera

Aquí me tiene mi diario desde ayer en que he venido a asistir a esta gran fiesta de Ranquil. Siempre hay algo curioso para el observador en estas fiestas de los pueblos interiores. Además de eso, aquí residen en el verano las señoritas Reyes, íntimas amigas en Concepción, pero he tenido el sentimiento de no encontrarlas aquí. Al menos he visto en lo que hacen consistir estas gentes lo bueno de las fiestas; en las tapadas, y en el que más brutalidades hace en las ramadas donde se bebe, se canta, se juega, se baila y se enamora. He comido en casa de Juan de Dios Reyes y me he alojado anoche en casa del cura. He tratado la oportunidad de mandar a Concepción un folleto que tenía escrito para el Correo del Sur titulado “Muerte de D. 53 y Nacimiento de D. 54.” Él es una rasqueta de caballos pasada por las espaldas del gobierno en tono de farsa y de fandango, pero contiene las verdades más amargas y decidoras que puedan darse.

Martes 3 de enero

De vuelta en la fiesta de Ranquil me tocó venir con la señorita de Daza, una aldeanita de lo picante y seductor que pueda encontrar en su género, pues que a su bonito físico reúne viveza y ese salero (sic) de aldea que no se encuentra en las ciudades. Nos [ilegible] venir de noche y a caballo, y como la luna estaba oscura ... Mucho tiempo hace que nos conocemos porque vive a media legua de mi hacienda, así es que pueda de extrañar que su amor fuera más viejo que del domingo a esta parte. “Si Ud. me quiere yo sé que será por diferencias nomás, como Uds. llaman, tiene Ud. tantas jóvenes lindas en Concepción, sin embargo me conformo con lo que me dé.” Pues no ha de conformarse ...

Quirihue

Son las tres de la tarde en que acabo de llegar a Quirihue acompañado de D. Ignacio Acuña, ex marido de mi protegida y el juez del distrito D. Anselmo Villalobos. Hemos venido a firmar la

escritura de transacción por los gananciales. He encontrado a Evarista y resto de familia tan buenos y amables como siempre.

Son las siete de la noche en que hemos firmado la escritura y quedado completamente desocupado. Mis compañeros de viaje se han vuelto ya, y yo me quedo aquí tanto para cobrar a un deudor un pagaré, como para ceder a tanta instancia que hacen en la casa por tenerme algunos días más. Sin embargo partiré mañana para el Membrillar.

Concepción. Viernes 13 de enero

Llegue ayer del Membrillar habiendo salido a las siete para bajarme aquí del caballo a las cinco de la tarde. Por la noche fui a casa de Ernestina Versines para llevarlas al teatro. ¡Cuánto placer tuvo al verme! Las hallé vestidas para salir ya, y la sorpresa fue tanta mayor cuando ni siquiera me esperaban. En el teatro tuvimos muchos momentos muy felices después de muchos días de ausencia. A la [ilegible] del teatro su mano descansaba en la mía con esa confianza y placer que se tiene solo cuando se ama y se estima a la vez. En la mano que yo tenía asida, sentía sonar su pulsera cuya compañera había perdido al ir al teatro, y que yo la hallé en la escala. “Guarda esa pulsera para ti para recuerdo de esta noche”. Ella es de piedras cornalinas amarradas por broches de oro. Así se pasó entre halagos y ternuras de noche. Pero, ¡Dios mío! en medio del placer y la ventura más completa, ¡qué cerca estamos del pesar! Hay ya una barrera insoportable entre mí y E., ¡al menos así lo juzgo por mi carácter! ¡Todo se acabó hoy, y de un amor de seis años no queda sino el recuerdo de haber sido feliz en ser amado por ella con su primer amor! ¡De haber sellado sus labios con los primeros besos del amor más grande y puro! Tengo a la vista una carta de su padre en que me dice “que el mundo interpreta mal mi amistad y visitas a su casa, que al menos no vaya yo allí por corto tiempo, hasta que se pase el primer torbellino de habladurías”. La carta es la más comedida y respetuosa que pueda darse, y me asegura que él me probará que ahora más que nunca me estiman más en su familia pero que se ve obligado, etc. ¡Dios mío!, yo no he visto más y acabo de contestarle una carta como mi cólera y su injusticia merecen. “Ud. me pide unos cuantos días de ausencia de su casa, yo le concedo esa ausencia para siempre ... de hoy en más, sálvame de los umbrales de ella sin que Ud. me pida perdón”. Así concluía mi carta.

Sé de dónde viene el soplar y la villanía. Hay un soltero que se atreve a pretender la mano de E., un asno en cuatro partes, cuyas propuestas y billetes me entrega E. todos los días. E. le aborrece como el pecado mismo, lo mismo las demás niñas. Pero el viejo y la hermana mayor dizque decían que no casándome yo con E. porque es pobre, etc., no hago sino hacerla perder esa suerte, etc. De modo que han creído remover un obstáculo, el único para llevar a cabo en villanía, y entre el interesado y la hermana casada han forzado una calumnia que conociendo

mi carácter altivo, han pensado justamente que yo no me ocuparía en desvanecerla, y rompería al momento. ¡Qué villanía! ¡Qué miserables! ¡Qué magno y vil procedimiento! Aseguro con mi honor y mi vida que ahora más que nunca logran nada de E., no porque ella piense que yo me case con ella. Jamás ha cruzado esa palabra por incidencia entre nosotros; nos amamos con amor, no con mentira, y he ahí la única causa porque yo sé que lo que han hecho con ella va a enfurecerla, y que muriera cien veces antes que mirar siquiera a quien quieren sacrificarla ... ¡Oh! su corazón es bueno, tierno, yo la conozco porque la he cultivado, y la semilla que en ella está sembrada dará siempre buen fruto, ¡tiene hondas raíces que he sabido enterrar más y más cada día! ¡Miserables! ¡Vanas esperanzas! Todo podéis hacer pero menos suplantarme en las cenizas. Yo la amaba con ternura y honradez como ama un caballero a una señorita honrada y virtuosa, yo la he respetado, ahogando mis delirios de amor y mis ímpetus y fogosidad de joven; la he respetado como a la virgen purísima de quien uno piensa hacer su esposa. Ahora bien, ¡miserables! Vosotros la habéis hecho infeliz, nada os debe ya, me habéis injuriado villanamente, nada os debo tampoco. ¡Nos veremos mundo! Ellos y yo no os debemos, nos debemos sino una acción miserable, ¡respondiendo vosotros ante Dios y los hombres de lo que suceda!

Concepción. Viernes 20 de enero de 1854

Por íntimo amigo del S. P. y mío, hombre de alta formalidad por la edad y posición, ha venido hoy a verme sin duda enviado por aquel, aunque él solo dice le interesa la oficiosidad por mí y el S. V. Mi carta, a propósito del asunto del 3, ha causado una gran consternación en la familia. No podía ser de otro modo, desde el padre hasta el niño más pequeño me querían como un hermano, como un miembro de familia, y cuanto podía decirse. Enestina está desesperada y ha asegurado que pues la hacen infeliz con el menor motivo; y se resignará, pero que no esperaban de ella sino doble desprecio y escarnio a sus miras para con ella, por los viles medios que han empleado, ¡y su primer paso será no volver más la vista al individuo que para granjearse su mano se ha valido de la villanía más negra que pueda darse! Según P. M. querían con la carta escrita a mí, que yo me declarase, etc. ¡Doble villanía, doble miseria e insulto a mí! Ese no es el modo de tratar un caballero y un amigo a quien dicen que deben tanto. Decirme que no vuelva a la casa por algunos días, no es decirme “qué es lo que Ud. piensa respecto de mi hija”, sea franco y caballero como yo lo soy al preguntarlo. Yo entonces habría dicho lo que sentía en mi corazón y lo que pensaba para el futuro. ¿Por qué no se me llama, si se quiere, y se habla de silla a silla como debe un caballero con otro y un amigo con otro? ¿Por qué, además, esa prisa, ese sobresalto con un caballero de honor como yo, tanto más cuando E. no quiere siquiera que se hable del individuo que creen perder en mi defecto? Dice M. que jamás pensaron que yo me exaltase tanto y tomase la carta en el sentido que la he tomado, prueba de ello es que el S. V. y

todos no ven la hora de verme, ¡carajo! Se han equivocado conmigo, me han creído joven de broma, han creído que asegurarían su dicha para su hija y un lustre para su familia, pero sus medios son villanos y vergonzosos como los de gente mercenaria y comerciante con la mano de sus hijos. ¡Carajo y cien veces carajo! Me han insultado, me han agraviado en lo más hondo de mi alma, han rasgado a pedazos mi corazón porque yo la amaba como a mi vida y porque los quería a todos ellos como cosa mía, ¡ahora nada tengo que considerar con ellos! La han hecho infeliz a quien pudiera haberles dado un día pan y posición social, ella no les debe ya sino su desengaño y su eterna lobreguez y orfandad en su corazón, sí, porque ella no amará más que a mí ya. Dará su mano algún día pero no su corazón que fue, es y será mío. Dará su cuerpo a quien lo compre pero su alma vivirá con mi recuerdo y ¡guay! del que ponga fuerza su voluntad y haga su esposa de la que al dar su mano no puede dar su corazón.

¡Los he querido, los he protegido, les he dado el tino y brillo que tienen ahora! Por seis años los he colmado de bondades y atenciones y en pago me han roto el corazón en pedazos, han procedido conmigo con la villanía más negra y cochina que darse puede ... ¡Carajo! Ahora nada les debo sino una injuria, un agravio hondo que irá en mi corazón grabado por largos años. Antes, Uds. y amor, ahora, yo y mi orgullo ofendido, ahora la injuria de Uds. y mi amistad ofendida. Dios quiera que más tarde no os pese. Pero tarde ya, ¡lo que habéis hecho con quien os amaba y respetaba como miembro de su familia! Pero Santo Dios, ¡qué va a decir el público que sabía que yo y ella éramos tan unos como el cuerpo y el alma! Dios eterno, las malas lenguas van a encontrar ahora pasto a su maledicencia, y ella va a caer sobre su ángel de bondad y brillo, el joven no pierde sino que gana, ¡es ella, ella la que al fin perderá! ¡Pero no! Todavía he de protestarle que le amo, haciendo el sacrificio más grande que puedo hacer en mi vida, sí, el más grande que puedo hacer, domar mi orgullo y ese horrendo sacrificio ¡por ti y por tu honra, ángel mío! Pero aquí, en mi corazón, ellos y esa mujer, serán lo que deben ser, ¡aquí adentro nada más para ellos, que está cerrada para siempre la fuente de mi amistad! ¡Para siempre, sí! Carajo. Vosotros sabéis un día a quién habéis injuriado, a quién habéis perdido. Vosotros llevarías sin remedio toda la injusticia y villanía que habéis cometido, ya estáis sintiendo hoy mismo el remordimiento, pero ya es tarde, ¡ya os conozco y no haya miedo que me engaños! ¡Yo la amaba con pasión de primer amor, con ternura y honradez, con pureza y respeto como se ama a la virgen a quien uno debe llevar una vez al altar! ¡Vosotros me habéis injuriado, me habéis sido ingratos y villanos, me habéis desgarrado el corazón, me habéis hecho infeliz a mí, habéis cortado el porvenir de ella, haciéndola eternamente desgraciada ahora y conjuro a que respondáis ante Dios y los hombres de lo que suceda!

Oíd y gradad en vuestra memoria estas palabras que yo os repito ahora como D. Juan Tenorio. “Llamé al cielo y no me oyó, y pues sus puertas me cierra, de mis pasos en la tierra, responde el cielo y no yo”. Yo he llamado con mi amistad y mi honradez seis años seguidos a la puerta de vosotros, me la habéis cerrado villanamente, me habéis hecho infeliz, habéis injuriado a

un caballero que os ofrecía riqueza y posición social, habéis torturado a un ángel sin mancha haciéndola infeliz, ella y yo, pues nada os debemos, ¡y pues vuestras puertas me cerráis de mis pasos en adelante responded vosotros y no yo! Y pues sois tan vil vos, mujer envidiada, pues que habéis vendido vuestra maquinación para obtener la mano de tu hermana para un canalla que os ha pagado tal vez, ¡de mis pasos en adelante responded vos y no yo!

Concepción. Miércoles 1 de febrero de 1854

El 29 del mes pasado, día domingo, tuvo lugar la bota al agua del vaporcito Nación al Quiltreu que se destina a la navegación de los ríos del sur. Los dueños, los señores Binimelis, mis amigos, me pidieron escribiera en el Correo del Sur algo sobre este acontecimiento y los complacé poniendo un hermoso artículo bajo el epígrafe vapor Quiltreu en la crónica local.²⁹¹ Se dio al efecto de la bota un convite general a todo lo selecto de Concepción. El intendente Sotomayor fue el padrino. Yo fui llevando a mi señora Juanita Zañartu y su hija Clarita desde Penco.

Yo pasé por mi primer martirio allí con respecto al asunto, pero al fin he salido bien, gracias a Dios, y ya de hoy en adelante me será fácil portarme lo mismo en sociedad con ellas ... No fue Ernestina, que hace algunos días que guarda cama y yo bien comprendo el motivo, ¡pobre ángel! Haciendo de tripas corazón, (yo que dominaba todo el salón) y me fui derecho a los asientos ocupados por ellas y como si nada, nada, hubiera pasado saludé, sosteniendo la mano con mucho cariño a esa mujer que tanto mal me ha hecho y a quien tanto he estimado. Montó tal placer al verme que me quedé sorprendido de tanta imprudencia, jamás la he visto más amable ni más cariñosa conmigo, jamás. Pero yo me mantuve sereno y formal, y en dos palabras le di a entender que comprendiera y estimara el paso generoso que acababa de dar por el que dirían del público, etc. Me contestó que siempre me había creído un caballero, y que no veía qué motivo podía tener para tratarlas con menos amistad que antes cuando toda la familia desde la cabeza hasta el más pequeño me querían y respetaban tanto, etc. “Eso yo lo sé”, le contesté, y luego me senté al lado de mi hermana. ¡Pobre ángel! No pudo sostener sus lágrimas al verme otra vez cerca de sí y tuvo que ocultar su cara con su pañuelo. “Hermano”, me dijo, “todas hemos tenido tal consternación cuando se recibió su carta que si Ud. nos hubiera visto nos hubiera tenido lástima; nadie, ni mi papá sabe lo que ha hecho porque la que ha hecho todo es la A. y nadie más. Pero hermano, Ud. no debe hacerle caso, por Dios, no haga lo que prometiera su carta. E. no ha estado a la cuadra desde ese día y ese individuo, sabiendo la disposición en que ella estaba para con él, no ha vuelto tampoco. Todos, hasta las

²⁹¹ “Crónica local. Vapor Quiltreu”, *El Correo del sur*, 31-01-1854.

niñas y los chiquillos y criados preguntan por qué Ud. no ha ido”. A pesar de todo lo que soy, me mantuve firme y le dije en respuesta, “hermana, no todo es concluido entre mí y la familia de Ud., menos el afecto y ternura que profeso a Ud. y demás niñas y el amor que tengo por E. Eso no se acabará jamás, pero viera solo en mi corazón y de lejos ... Uds. en sociedad serán para mí como siempre, las querré y las trataré como fue antes, pero mientras no se me dé una satisfacción plena como yo la quiero, mientras esa mujer no me pida perdón, yo no salvaré los umbrales de la casa jamás. Siempre las querré, lo mismo a cada una de su grado, pero mi amistad y amor será de lejos y no de intimidad como antes. Ya ve que ahora mismo nadie sabe entre toda esta sociedad que hay nada, nada sospechará, y así como las trato ahora las trataré siempre que me encuentre con ustedes en público, aunque cuando esté con ustedes esa [ilegible] me costará doble sacrificio, pero qué hacerle”. Así acabó nuestra conversación, confiado siempre en que yo y ella al menos nos escribiríamos cada día. “A E., dígale, hermana”. “Qué le dirá”. “Ud. sabe ... dígale estas únicas palabras: resignación y esperanza. Dios mío, qué infeliz va a ser ella, hermana, ¡pobrecita ella, que en nada tiene la culpa y que llora sola!” Qué hacerle, siempre el inocente sufre más.

Y para que más les doliera a ellas su entredicho conmigo, parece que todo se había conjurado a hacerme ese día el hombre de la fiesta. El intendente y los dueños de la fiesta me llamaron dos veces a brindar en público en alusión a la solidaridad, yo ordenaba bailes, yo los ponía, yo les pedía la música, yo traducía los brindis en inglés y francés y las niñas todas tenían su vista en mí. Por la primera vez he tenido orgullo de verme así tan querido por los unos y tan mimado por las niñas. Dos de ellas, sí, allí estaba la pepita de oro, ¡qué hermosa, Dios santo! “¿Cómo te va?”, le pregunté al bailar con ella shotis. “Mal, porque apenas tienes tiempo de verme ... sos tan necesario ... ¡y te buscan tanto!” ¿Y la cabeza cómo está? “Malísima, nunca más mala, pues jamás he sentido lo que ahora siento”. Estreché sus manos para su desahogo. “Gracias”, así, nada me quedó entonces por experimentar de bueno para mi orgullo ofendido pocos días ha con el suceso del 12. ¡Oh! ¡Nos veremos mundo! Llamé a sus puertas con mi amor y mi honradez, y para tus padecimientos se cierra, de mis pasos en adelante, ¡respondan ellos y no yo!

Viernes 3. El Comercio del Sur

Acabo de firmar una contrata con el Sr. Don Carlos Hoffman cuyos principios, entiendo, son del tenor siguiente. “R. G. Navarro es obligado a redactar el periódico El Comercio del Sur tres veces en la semana, debiendo aparecer el primer número el 14 de febrero en que estamos. 2. Navarro cumplirá su redacción, mandando sus editoriales cuando esté ausente de Concepción, y su ausencia y trabajos así podrán durar ese mes sin que deje de pagársele su mismo sueldo.

3. Don Carlos Hoffman es obligado a pagar a Navarro por su redacción seis onzas de oro sellado cada primero del mes.” Los demás artículos son parecidos y hechos para mayor formalidad. Esta redacción no me ocupará tres horas al día y el turno vendrá tres veces a la semana. Yo asistiré a la imprenta, cada vez que haya que salir el Comercio que será tres veces a la semana, para dar la forma y arreglo a la redacción; por lo demás, en una semana puedo dar por hecho lo que ha de publicarse en un mes. Mi tío y toda la familia están tan contentos de esto. Ven que un miembro de su familia vale algo pues que es colaborador del Mercurio y va a ser fundador del Comercio del Sur. Algo vale a quién se prefiere y se busca así. ¡Traslado a mis hermanos y al 18 de febrero!

Quirihue. Lunes 6 de febrero de 1854. Notas de mi cartera

El jueves, digo el viernes después de firmar la contrata de redacción del Comercio del Sur, salí de Concepción para la hacienda con objeto de pasar a Quirihue a cobrar unos pagos, arreglar trabajos en la hacienda y volverme para el 14 de éste a redactar el primer número del periódico. Dos o tres días antes del tres paseábame yo por la alameda con Darío, cuando se acercó a mí, mi amigo González y me dijo, “la S. Emilia, que debía ir con mi hija y S. a Quirihue, no va ya porque está enferma, pero en su lugar hemos asegurado que vaya la señorita Ernestina que también está indispuesta y necesita de salir. Ve a pues, cuándo podemos salir, pues que saldríamos sino juntos para mejor pasar el camino. Quien me daba estas noticias no sabía el bálsamo vivificador que derramaba en mi corazón con sus palabras. Yo afecté ser muy indiferente al cambio y dije que vería si podía salir junto con él. La contrata que debía firmar el 3 me impidió el acompañarlos habiendo ellos salido el 2, aunque tampoco habría salido con ellos por no dar algo porque crean ellos que busco mucho su sociedad, aunque no contando por delante el fantasma negro, ellos son siempre para mí lo que antes. Vine a la hacienda y de allí pasé a la hacienda de Estuardos, donde se me esperaba con 8 niñas y junto, entre ellas, la señorita Merino y los Estuardos y algunas más de Quirihue.

Debí haber salido ayer para acá, pero al viejo D. José Prado se le antojó morir, y su antojo fue todavía más arriba porque me dejó de albacea de sus intereses ascendentes a más de 20 mil pesos. Así es que desde las cuatro de la tarde de ayer en que se dio principio a sus disposiciones, no he comido ni dormido hasta que se acabó el testamento, casi al mismo tiempo que su vida al aclarar de este día. Así pues, sin tardarme siquiera, que al fin me dormiré largo, noche a caballo y me pasé en camino. El sueño me venció en el camino a las 9 de la mañana y mientras una buena mujer me hizo una cama, al almuerzo me senté y me dormí hasta las 11 del día. Me levanté, y después de almorzar seguí viaje a la Capilla de Lorquen. Recibí de Silva parte de su pagaré más de la mitad y salí para acá donde he llegado al entrar el sol.

Jueves 9 de febrero

Hace ya tres días que estoy acá acompañado de Enestina y de mi hermana. Solo los que sienten como yo y ella, y los que han sufrido un golpe como el del 13 del pasado, pueden figurarse y bosquejar en su imaginación la dicha que habremos sentido al encontrarnos por primera vez después de tanto sufrir. Estaban en la mesa cuando yo llegué y la algazara y común alegría fue tal que en un momento sentí que las lágrimas de placer venían a mis ojos. Los viejos dueños de casa, mis amigos, sus hijas, mi hermana y E. todos a la vez parecía que veían llegar al objeto más querido y deseado. Sin saber e instintivamente me dirigí primero a E. y sus dos manos buscaron amparo y abrigo en las mías. Me esperaba porque estaba elegantemente vestida y sabía que debía llegar por momentos, por mi equipaje que había llegado horas antes.

Desde entonces hasta ahora nuestra vida ha resbalado como un sueño entre la dicha más pura y más grande que pueda haberse. Ella me ha contado sus pensamientos y torturas, y sus ruegos para conseguir el venir acá, donde cabía que al fin podía verme y gozar de su amor con toda la fuerza y virtud de su alma. Viviendo bajo el mismo techo, estando juntos a todas horas y no hablando sino de nuestro amor algo, hemos recuperado ya de lo que hemos sufrido. Pasamos largas horas solos en el piano y otras veces tocando la guitarra, o acompañando piezas con muchos instrumentos, leyendo artículos míos en el Mercurio o en el Correo del Sur. Jamás nadie ha visto dos criaturas más felices ni más enteramente ligadas con un solo pensamiento de amor, así identificados con una sola esperanza a su dicha en el porvenir, unidos con una sola idea de nuestra ternura y felicidad al presente. Acabamos ahora de llegar de un paseo por el pueblo a la luz de la luna. Dios mío, qué feliz soy. La cuadra está llena de gente y hay bulla adentro y movimiento; yo estoy sentado solo al fresco en la puerta de calle. Las niñas salen y vuelven adentro después de hablar conmigo un momento. Así han estado, y E. queda sola conmigo. La calle está sola, ni un alma ni un ser viviente. Dios mío, quién puede soportar estando a solas con su ídolo, con su ángel, teniendo la luna y el misterio del silencio de la soledad, quién todo eso y un corazón de volcán sin poder un beso siquiera. La soledad y el silencio os oyeron un beso muy eterno, y más largo que la esperanza del hombre, más puro que el aliento de un ángel, más ardiente que el corazón de un poeta. ¡Dios mío! Mi Ramón, ¿con qué pagamos tanta dicha? Con ser buenos y hacer el bien que podamos. ¡El alma del hombre feliz de vuelta se engrandece y quisiera sacrificarse para hacer el bien a alguna acción cívica a favor de los demás! Cuánto bueno crea el amor en las almas que no son vulgares.

Domingo 12 de febrero

Tres días más se han pasado y mi diario, y mi cartera, y el Comercio del Sur, y el Mercurio y mis negocios no deben agobiarme porque por la primera vez los desatienda. Me falta el tiempo para

gozar y ser feliz, y sobra para llevar y poner. ¡Dios mío! ¿Con qué puedo pagarte tanta ventura? *I am not dreaming, it is true. She is been in my arms, she gave me a thousand kisses in return of mines, her full bosom is has been tight opposed against the mine, she is been in my arms for 15 minutes and her lips have been plugged at mines all the time. Oh! My god, what a happiness. But Honi soit qui mal y pense!*²⁹² ¡Si guay del que piense mal de su honor por eso! Guay del que crea que en esa cita ha pasado ella ni yo de los límites que su deber y mi honor nos imponen. No, ella y yo hemos sido felices, como se puede en los brazos de su amante quien ama como nosotros, pero ¡sin faltar al deber y a la fuerza de nuestro amor! ¡Oh, sí! Honi soit qui mal y pensé. Maldito sea quien piensa mal.

Quirihue. Lunes 13 de febrero de 1854. Notas de mi cartera

Anoche ha sido para mí una de las noches más felices de mi vida, aunque a decir verdad no encuentro diferencia entre un día y otro, entre una y otra noche de las que paso aquí. Puedo decir que en los años que cuento de mi existencia, no han pasado para mí días más venturosos que estos. Viviendo al lado de ella, estando con ella a todas horas en todas partes, en la mesa, en las tertulias, en el piano, en los paseos por la ciudad de noche, en las excursiones a caballo, por fin, siendo amado de ella hasta la locura y la idolatría, ¿qué más dicha puedo desear? Harto bien hago en gozar así; no tardarán en llegar días de lágrimas y de pesar de cruel separación y entredicho. ¡Oh! ¡Dios mío que horrible idea! “Yo no encuentro en los días de mi vida otros más venturosos que éstos, tú no sabes, no puedes juzgar mi Ramón el caudal de dicha, de ventura, de bienestar que gozo en estos días que estás tú a mi lado. ¡Tú no sabes lo que yo he sufrido siempre, y por lo mismo no puedes juzgar ahora el tamaño de mi dicha!”. ¡Así me hablaba anoche, mientras nos paseábamos a la luz de la luna más hermosa que jamás se haya visto! Ahora dos noches tuvimos otro igual paseo al de anoche a merendar a la luz de la luna, al campo, a un lugarcito que se llama aquí el alto del membrillo. Después de la merienda cada uno busca su propia comodidad. Ella y su amiga se sentaron en mi capa, y después de la merienda, más por juguete que por otra cosa, todos nos recostamos sobre la yerba. Ellas se sentaron en mi capa y yo a su lado con esa confianza que se tiene en el campo en quien nadie repara. Su pelo reposaba con el mío y su aliento pasaba de sus labios a los míos, con el calor todavía como el que se siente en un beso. Su mano estaba entre las mías, y mientras los demás estaban en algazara nosotros

²⁹² *No estoy soñando, es verdad. Ella ha estado en mis brazos, me ha dado mil besos a cambio de los míos, su seno repleto se ha estrechado al mío, ha estado en mis brazos durante 15 minutos y sus labios se han enchufado a los míos durante todo este tiempo. ¡Oh! Dios mío, qué felicidad. Pero ¡maldito sea quien piensa mal!* Traducido del inglés y el francés.

conversábamos sobre nuestra dicha. ¡Cuántas palabras de ternura y de amor, tan insignificantes y sin embargo que tanto dicen con el acento del amor! “¿Tienes sueño, hijito? Duérmete, yo te cuidaré, ¿quieres que te cante para que duermas? ¿Quieres un beso? Ah, ¡pícaro! Ahora recién respondes y te incorporas, ¡antes no me hacías eso! Vaya, pues, sosiéguese hijito, haga tuto. ¿Sabes lo que es hacer tuto? cuando se mece al niño en la cuna, se le dice para que duerma, que haga tuto, vaya, pues, hijito, haga tuto, ¡yo lo cuidaré!”. ¿Quién no es feliz de ese modo con ese amor y esas palabras?

Anoche, después de pasear en la ciudad haciendo algunas visitas, fuimos a merendar un pavo al mismo lugar. Mientras andábamos en la ciudad, tuvimos un momento de dicha tanto más grande cuanto menos lo esperábamos. Al volver a la casa para ir al paseo, nosotros, que íbamos atrás, vimos de repente que nuestros compañeros habían dado vuelta una esquina dejándonos completamente solos ... El mismo pensamiento pasó como un rayo por ambas imaginaciones. Se desprendió del brazo, y en abrazo nos estrechamos, más a la par que cimarrón en la soledad de la calle, nos dimos dos o tres besos más ardientes y puros que el alma misma que arde de amor ... Todo pasó tan ligeramente que no se notó siquiera que hubiéramos perdido un paso de andar ... ¡Dios, estaba E. tan hermosa ayer, con su traje completamente negro de gros de seda y su peinado a la María Antonieta que le da un aire de tanta pureza y candor!

Anoche, pues, como en noches pasadas, cada uno buscó su comodidad. La capa me salió estrecha y tuve que sentarme muy cerca de ella, que sé yo cómo fue que mi mano fue a quedar “*exactly under her leg that I touched it without anything between my touch and her skil [silk? Skin?] or chair, not any her socks or pantalones. My hand touched her full leg, même sa jarrettière que je voulais prendre tant, j’ai acté tant pour de plaisir et d’amour. At first she attempted to withhold her leg, feeling the could [cold?] of my hand upon her pure skill [silk?] and fearing any one could see us. But I prayed and she permitted me to do as I pleased with these words.*”²⁹³ “Qué pícaro es mi hijito, qué atrevimiento ... qué engreído y *gaté*²⁹⁴ que estás hijito, y no tienes miedo que yo me enoje. Vaya, qué picardía, yo te castigaré por ese atrevimiento y no te daré un solo beso en toda la noche. ¡No teme, hijito, que cumpla tu sentencia!”. “Si a eso te atienes, doble pícaro que eres”. Así pasamos una media hora, hasta que llegó la merienda o cena, qué sé yo qué era, y ahora me pesa no haber tomado la liga que había conseguido desatar ya. Cuánto me pesó después no haber previsto que comiendo pavo me emporcaría las manos y que no podría tenerlas

²⁹³ *Mi mano fue a quedar exactamente por debajo de su pierna, a la que toqué sin nada entre mi toque y su seda o carne, ni siquiera sus medias o pantalones. Mi mano tocó su pierna entera, aun su liga, a la que quería tomar tanto, actué tanto por el placer como por el amor. Al principio intenté negar su pierna, sintiendo el frío de mi mano sobre su seda pura y temiendo que cualquiera lo viera. Pero rogué, y permitió que hiciera como me pareciera con estas palabras.* Traducido del inglés y el francés.

²⁹⁴ *Malcriado o consentido.* Traducido del francés.

donde antes estaban. E. se ríe mucho de esta ocurrencia que yo le hice notar y me decía, “¿ves? eso te sucede por malo que tú eres, hijito, y por lo pícaro que te has puesto”.

Viernes 17 de febrero

Mañana debe tener lugar un paseo a que están convidadas las niñas, yo y toda la familia y algunas personas del pueblo de la hacienda de Quirihue, 4 o 5 leguas de acá. ¿Y qué hay, dirá mi diario, de la redacción del Comercio del Sur que debía aparecer el 15 de éste? Qué has de ... Esta es la primera época de mi vida que soy tan feliz como deseo y esta es también la primera vez que cedo a las lágrimas de mi querida para quedarme a su lado unos días más. Mi diario sabe que jamás he faltado a mis obligaciones por el amor de una mujer. El Comercio del Sur me esperaba. E. fuera de estos días de ventura que yo le doy ni espera más, sino torturas y ausencia, aislamiento y soledad, ¿cómo negarle lo que me pide, cómo negarme a mí mismo mi ventura?

Qué hermosa noche la de anoche, tuvimos un paseo donde el cura, pero más feliz fui de vuelta del paseo que en la casa del cura. ¿Tienes hambre hijito, de un beso o de dos? Me decía al volver, “¡tengo hambre de mil!”. Tú los tendrás luego y como tú quieras.

¡Oh! qué dicha, ella cumplió su palabra y ¡yo los tuve como quise! “¡Vaya, nomás, pues ... no, pues, de los cómo se deben!” ... “¿no me dijiste que cómo yo quisiera?”. “¡Es verdad! no más pues, no nos echen de menos”. “*For the last time, I want to kiss your eyes*”. “*Well, do as you please*”.²⁹⁵ “Eres feliz ahora, no estarás triste, ¿no? Porque me haces estar lo mismo”. ¡Diario! *Honi soi qui mal y pense*²⁹⁶. ¡Maldito sea quién juzgue mal de su honor por esta cita! No, ¡ella está pura como los ángeles!

Quilpulemu. Sábado 18 de febrero de 1854. Memento. Notas de mi cartera

Son las 12 y media de la noche y cerca de la una de la mañana en que nos recogemos. Llegamos aquí a las 11 y se nos sirvió un suntuoso almuerzo. Podemos decir que las 5 leguas de Quirihue aquí me han parecido un sueño. He venido todo el tiempo con E. y andando al lado de ella, es sabido que ando con mi dicha a la par. Mi mozo llegó anoche del Membrillar trayendo una riquísima carga de fruta y mi escritorio, que tanto ha dado que hacer a E. por saber lo que yo quería sacar de él. Cuando supo que era lo que yo quería buscar allí, se complacía en presagiar

²⁹⁵ *Por la última vez, quiero besarte los ojos. Bien, haz como quieras.* Traducido del inglés.

²⁹⁶ *Maldito sea quien piensa mal.* Traducido del francés antiguo.

que no vendría mi escritorio, etc. Al fin, para ella importaba más que para mí que llegara ... ¡Allí estaba mi retrato que tanto quiere ella poseer! Apenas creo yo en mi propia ventura. Me encanta el persuadirme que no estoy soñando y que mi dicha es una realidad. ¡Pobre ángel! ¡Cuántas horas de ventura te debo! ¡Cuántas pruebas de amor que rayan la idolatría! ¡Oh! Déjame, ángel mío, que recuerde las minuciosidades y antecedentes de mi dicha. Día vendrá, quizás aciago para ti y para mí, en que ambos no tengamos más que el recuerdo de estas horas de ventura. Mucho sufriremos, tal vez, y entonces el recuerdo solo será dicha. Ahora veo que Varela hablaba la verdad, y conocedor del corazón del amante, jamás se equivocó en sus profecías, cuando aquello del primer beso que yo recibí a propósito de cosa semejante,²⁹⁷ *the first of October, I think.*²⁹⁸

Después de almorzar esta mañana, salimos a andar y pasamos por un hermoso bosque de membrillos, a quien yo dije como el viajero que busca sombra y abrigo *tu es spes mea.*²⁹⁹ “¿Qué es lo que dices, hijito?”, me dijo ella. “Yo le avisé lo que decía, y lo que aquello significaba ... Quién no ha gozado como Espronceda, con su Teresa, no puede saber las horas de ventura que yo he saboreado con E., Dios mío, ¡qué momentos! ¡Oh! Ellos están marcados en mi imaginación con caracteres para siempre indelebles, y allá cuando los años hayan marchitado su juventud, cuando la vejez haya enfriado mi corazón, entonces todavía vivirá puro el recuerdo de mi ventura en esta noche, como vivió en Ana de Austria 30 años después de su cita con Lord Buckingham, y yo, después de muchos años diré también, como ella decía al recuerdo de aquellas horas de ventura, ¡aún después de vieja! Por más años que tenga el corazón del hombre, ¡siempre hay en él un rincón que se mantiene fresco y joven como el sagrario donde viven los recuerdos felices y la imagen de su primer amor y sus goces!

Mi corazón es pequeño ahora para contener tanta dicha, rebasa de contento y amenaza estallar de su quicio. ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Qué palabras puedo emplear para pintar mi ventura, ni colores suficientemente vivos habrá en mi paleta para dibujar el cuadro de mi amor y mi dicha! ¡Oh! ¡No! Es mejor dejarlo a mi imaginación pues que sabe concebir mi ventura pero mi lengua no sabe expresarla ... La luna rayaba por la mitad de los cielos, diré ya en mis recuerdos después de muchos años, la noche estaba serena y la luna filtraba en luz plateada y hermosa por entre el espeso ramaje que nos abrigaba. Yo miraba a través de los rayos de esa luna los rayos chispeantes de sus hermosos ojos negros en que se retrataba mi imagen y su amor. Quién no ha deseado unos ojos, mil y mil veces, no sabe lo que es ventura, quien no ha saciado su sed de amor en esos labios más frescos y puros que la rosa en la mañana, no sabe lo que es la pasión de amor. Sí, ángel mío, un día vendrá en que tu leas estas páginas y en que yo te recuerde tus

²⁹⁷ Para la poesía de Varela, ver entrada del 23 de enero de 1853.

²⁹⁸ *El primero de octubre, creo.* Traducido del inglés.

²⁹⁹ *Tú eres mi esperanza.* Traducido del latín.

raptos de amor, tus caricias, y tu pasión y la mía. Un día vendrá en que tú, siendo mía como del hombre el pensamiento, como tú decías esta noche, en mis brazos, un día vendrá en que ambos veremos estas páginas reclinando el uno en el regazo del otro. Un día vendrá, lo espero, en que sin temor al ojo del celoso y malicioso, sin miedo al qué dirán, gozaremos libremente otra noche como esta en que yo seré tuyo con toda la legitimidad del amor, de las leyes y de las costumbres de la sociedad. Dios mío, ¡quién no ha descansado su cabeza sobre tu tierno y palpitante seno, no sabe lo que es amar y ser amado, gozar y sentir que se goza al mismo tiempo! ¡Quién no ha escuchado como yo tus caricias en esta noche, quién no ha sentido en su cabeza un bolearse a cada beso tuyo no sabe lo que es pasión y delirio de amor! “¡Vaaaya! ¡Tú estás loco, hijito! Vayámonos, pues” ... “Un beso más y vámonos”. “Tómalo, tú haces lo que quieres de mí y yo jamás consigo nada ... hasta para que te quedes me causas tantas lágrimas” Pobre ángel, ¡día venturoso en que yo te pagaré tus caricias y la dicha que te debo!

Más días para gozar lo hermoso de la luna, nos fuimos todos a pasear llevando allí la guitarra. Todos pendientes de mí cuando yo tomo la guitarra con mis manos. Había un montón de paja y allí nos botamos todos jugando como niños. Al fin, cada uno se acostó, buscando su propia comodidad y yo encontré lugar al lado de E., que tenía mi capa. Sus manitas entre las mías y su cabeza casi rozando la mía, así hemos pasado dos largas horas mirando la luna *and pondering and looking about our lives of tonight ... about these moments of true happiness of an hour before*³⁰⁰. Sus pulseras estaban aún en sus puños, se los sacó y me los dio para eterno recuerdo de esta noche de ventura. Ellas tienen muchas partículas de paja para que el recuerdo sea más vivo. Ahí están esos mudos testigos de tanto amor y tanta ventura, ahí están a mi vista para recordarme en momentos de dolor, estas horas de ventura, los mayores que cuente el curso de mi vida. “Una vez sola se ama en la vida, una vez sola se es joven y se tiene ardiente corazón para gozar y sentir. Y mientras vivamos tú y yo recordaremos estas horas que tal vez no volverán jamás”. “¿Quién será más feliz de los dos, hijito, tú o yo? Creo que no hay criatura más feliz que yo en el mundo, ¿no es así hijito?”. Tú lo dices y ojalá lo seas más tarde también.

Quilpulemu. Lunes 20 de febrero de 1854. Notas de mi cartera

La vida es ávida solo y pesada cuando en nuestro camino no encontramos el amor y la simpatía. Cuando esto sucede todos los trabajos y cumplimientos son llevaderos, y aún hay ocasión en que sufriendo somos más felices. Eso es lo que yo he aprendido ayer tarde y anoche. No acostumbrado a beber, me hicieron brindar ayer y tomar de diferentes licores más de lo que yo podía

³⁰⁰ *Considerando y mirando nuestras vidas de esta noche ... estos momentos de felicidad verdadera de una hora antes.* Traducido del inglés.

soportar. Al levantarme de la mesa sentí que me indisponía y me fui a mi cama. Un copioso vómito fue el resultado, pero como ni era el licor que me hacía mal sino la mezcla de muchos y malos, el vómito no paraba. Los dueños de casa, mi hermana, E. y todas las niñas fueron a mi cuarto y todas a porfía trataban de hacerme algún remedio, ¡qué dicha es estar enfermo cuando es atendido por la ternura de su querida y la amistad e interés de todas las niñas a la vez! A las once de ayer, conseguí mejorarme un poco y me fui a la cuadra donde todos me esperaban, sin embargo mi debilidad era tal que no podía estar sentado. A las diez de la noche se propuso el paseo a la trilla a cenar como antes de anoche, yo salté de contento y todos se opusieron a que yo fuera, diciendo que me haría mal el frío de la noche en el estado en que me encontraba, ¡pero Dios mío! ¡Quedarme yo y privarme de lo que allí debía gozar! ¡Primero muerto! Yo tomé a E. del brazo embozada en mi capa y caminaba tan débil, ella me impedía que caminara a prisa, así es que quedamos largo trecho atrás. La noche ha estado hermosa, lo mismo que la de antenоче. Yo, en calidad de enfermo, estaba retirado del resto de los demás, sumido en la paja, pero a mi lado estaba E. recostada cerca de mí con sus manos entre las mías. Así pasamos más de una hora en medio de la dicha más completa. Sin embargo, mi indisposición se reveló hacia el fin del paseo y nos fue preciso retornar. Yo me recogí a la cama y el vómito no tardó en venir. Esa noche me había limitado, pues, siempre la misma descompostura. Todos vinieron a mi cuarto antes de retirarse a dormir y todas las niñas se ocuparon de remedios. Las doce de la noche, la una y mi vómito seguía en pequeñas interrupciones. Los señores mayores se habían retirado, ya solo quedaban las cuatro niñas, todas ocupadas de mí, E. velaba a mi cabecera, y por más que hacía, no podía conseguir que se retirasen a dormir, desgraciadamente me era difícil fingir mejora para que consistieran en irse, porque el vómito volvía cada 10 minutos.

Cuánta ventura experimentaba a pesar de mi enfermedad con sus caricias y sus palabras. Sus lágrimas brotaban al verme sufrir, pero sus besos me aliviaban y los míos causaban sus lágrimas. ¡Con cuánto cuidado me sostenía en sus brazos, me acomodaba mi ropa y me prestaba toda clase de consuelo! Con qué ternura y amor resbalaba sus manos por mi frente y jugaba con los rizos de mi pelo, acompañando a la acción tantas palabras de amor y de ternura. “¿Mucho sufres, hijito? Pobre, está frío tu cuerpo y tu corazón no late lo mismo, ni siquiera porque te tengo en mis brazos ... ¿no eres feliz? ¿Y no quieres un beso?”. “¡Dame mil si quieres, ese es el único alivio que siento! ... tú te equivocas, mi cuerpo está débil y frío pero mi corazón arde como un volcán por ti y a tu cariño, y mi sangre circula en mis venas como plomo derretido. Las de los remedios volvieron, y para calentar mi cuerpo fue preciso que se acostaran sobre mí ... E. se inclinó a mi oído y me dijo “tengo celos y envidia hijito”. Pues no ha de calentarme una, tenía sobre mí sentada una hermosa señorita de 18, y a su cabecera mi querida y el ídolo de la vida, en sus brazos descansaba. No tardó en quedarse dormida la que se sentó para calentarme y la otra que también se sentó sobre la cama. E. solo velaba teniéndome en sus brazos. “Hijita, ve qué horas son, mi reloj está en mi chaleco a la cabecera”. “Cuántos papeles tiene, mi hijito, en sus bolsillos, ¡ay!

como quisiera llevarme la cartera ... Aquí está tu reloj y tu guardapelo que pende de una cadena, está sin pelo porque no le doy uso al que yo te compuse para usted y ¿por qué no tienes la cadena de mi pelo en vez de ésta de oro? Es verdad que me preguntaste la hora ... Son las tres de la mañana hijito". Ya me había mejorado y a fuerza de constancia conseguí que se recogieran. Al fin se despertaron las dormidas y se retiraron todos. E. volvió so pretexto de buscar su pañuelo, ¡y dejó su alma en su último beso estrechándome contra su terso y ardiente seno por la última vez!

Quirihue

Mi viaje ha sido todavía doblemente feliz que a la ida. Cuántas veces se descompuso la montura, cuántos besos pagados en cada bajada y cuántos mil otros enviados al aire a cada momento. ¡Mi hijito, cuánto te amo! De mí quien será más feliz de los dos, yo no, ¿es cierto? Yo, hijita, porque soy amado de ti, que eres la más hermosa y buena entre las niñas. Dicen que soy hermosa, tal vez me engañan, pero soy feliz con que tú dices que lo soy solamente. Las horas de ventura tocaban a su fin ... ¡Dios mío, yo debo partir, debo separarme de este ángel, es decir de todo este tesoro de dicha y de amor! ¡Pobre ángel! ¡Lleva el solo recuerdo de nuestra separación! ¡Qué hacerle, ello es previsto, es indispensable! ¡Oh! ¡Dios mío! ¡Venga mi voluntad en mi auxilio y venga la conciencia de mi deber a resolverme!

Martes 21 de febrero

¡Son las dos de la tarde en que me arranco a su amor y a mi dicha, bajo las más tristes y desagradables impresiones! Oh, Dios mío, su lágrima es la ternura de mi alma, quema mi corazón ... ella se separa de mí y qué separación, tal vez para no vernos por mucho tiempo sino de lejos. En cuanto de mi dicha, yo he olvidado que su padre me ha agraviado, me ha injuriado a su vez y que esto pone entre mí y ella una barrera, ¡quién sabe hasta cuándo! ¡Oh! tiene razón para llorar, tengo motivos para que sangre de dolor mi corazón. Quién creyera ayer y antes de ayer, los seres más venturosos del mundo y hoy ya los más infelices ... ¡La dicha es un elixir que se bebe en un vaso agujereado, que cuando lo llevamos a los labios se ha derramado todo ya!

Concepción. Miércoles 1 de marzo de 1854

El 20 salí de Quirihue a las 2 de la tarde y llegué a casa de Silva entrándose el sol. Recibí el resto del pagaré, cambié caballo y salí con la noche para venir al Membrillar. A las ocho y media

llegué a La Huerta y encontré allí a dos señoritas Estuardos y la señora de Silva del Taiguen. Un momento antes habían llegado los jóvenes Campo y María, ambos compañeros en el paseo de Quilpulemu. Un triste recuerdo pasó por mi imaginación, un suspiro de ahogo en mi garganta, pero nadie se apercibió de esta situación mía porque mi semblante volvió a tomar el aire que uno tiene que asumir en sociedad para no hacer a los demás testigos de sus impresiones. Al día siguiente, les di en mi casa un convite a los jóvenes Quirihueños, pasaron el día más agradable y contento que podían desear según ellos decían, brindamos mucho, bebimos cerveza y buenas bebidas y cuánto puede desearse, pues que nada falta en casa, me hicieron muchos cumplimientos sobre la casa, sus empapelados, amueblado y lo bien ordenado. Una de ellos, María, me dijo maliciosamente que yo suspiraba muy seguido y yo, no guardando ocultar la tristeza interior que me consumía, invité a mis tres amigos, inclusive a la Sra. Estuardo, a que me acompañaran con un brindis. Es de advertir ya que fue muy entusiasta y expresivo, y que caía todo sobre E. y los tristes recuerdos del placer perdido. A las cuatro o cinco de la tarde se marcharon, diciéndome que me esperaban en la noche, y se llevaron la guitarra. Dios mío, mi alma no estaba para cantar sino para llorar. El recuerdo de las lágrimas de E. y su amor pasaba por mi corazón dejando un hondo rastro, como el de un ascua encendida. En la noche me ocupé de los arreglos de la hacienda para marchar al día siguiente. Escribí una larguísima carta a E., bajo cubierta de mi hermana, que confié a Estuardo que partía al día siguiente para Quirihue con sus hermanas. El jueves salí para Concepción; dejé el Membrillar a las ocho de la mañana y llegué aquí a las seis de la tarde, encontrando a Darío en la calle, que me conoció desde dos o tres cuadras.

Viernes 10 de marzo

Mi vida pasa, y pasa sin sentir ahora. En balde me sumo hondamente en los negocios a ver si puedo distraerme, imposible, su imagen me persigue donde quiera, pobre ángel. He recibido de ella dos largas cartas por el correo, una del 26 de febrero y otra del 4 del presente, cuánta dicha he tenido en esos días que las he recibido. Cuando mi ánimo esté más en paz se las haré leer a mi diario, porque ellas pintan un poco al ángel que las escribe. Grandes triunfos he tenido desde que llegué aquí, hasta pasto que quemar en la hoguera de mi vanidad, pero ¿de qué me sirve todo eso! Las familias me han hecho muchas invitaciones a verme tocar, he tenido pendiente la respiración de toda una ciudad en un baile, oyéndome tocar y los bravos y aplausos de todos los jóvenes y niñas apenas encontraban eco en mi corazón. En una última reunión había muchos jóvenes de Santiago y Valparaíso, entre ellos el actual redactor de *El Mercurio*,³⁰¹ mi amigo ya, y

³⁰¹ Santiago Godoy, redactor entre 1852 y 1854, con una separación de 10 meses entre el 26 de noviembre de 1852 y el 3 de octubre de 1853, en razón de la situación política en el país. Raúl Silva

todos se hicieron lenguas para ponderar mi habilidad. De las señoras y señoritas nada es preciso decir. P. estaba allí y más enamorada que nunca me decía, “ahora si mi cabeza está perdida, pues a manera que yo ando más parece que le encuentro frío, pensativo ... ¿No me ama tanto como yo? ¿Qué le he hecho yo? Pero ya se ve, todas prenden de Ud., y no es extraño que divida atención”. Otras cosas parecidas oía de otras, y todas a la vez parecían convenirse para hacerme revivir y enamorarme pero apenas sentía gratitud, amistad por ellas y cuando por obligación temía contestar en lenguaje de amor a la mala de la cabeza. Yo me repetía los versos que decía a E. para que se recordara al verme en sociedad. Y en el seno gentil de otras mujeres, que me mienten el amor que yo les miento. Ni un momento siquiera, ni un momento celestial evitará te olvidé a ti ...

Pasando ayer por su casa estaban todas sus hermanas en la puerta, todas saltaban de gusto al verme, cada una estiró su mano y me pasó las flores que tenían con la misma bondad y franqueza que lo hacían antes cuando yo era para ellas lo que un hermano, es decir antes que me agravara su padre. Los niños y chiquillas me salieron al encuentro y me saltaban, llamándome cada uno con su nombre y preguntaban por qué no había ido a su casa tanto tiempo. Yo agradecí todas estas muestras de ternura en todos, casi hasta las lágrimas, y pasé mi camino antes que de mis ojos brotara algo que dijera lo que pasaba en mi interior. El domingo estando de visita en casa de S. cuando llegó mi L. con una de las niñas. Me alargó la mano más amistosamente que nunca y entabló conversación conmigo con aquella naturalidad que antes la hacía tan querida para mí. Me dijo que había estado con mamita y que encargó la visitara. Me tocó las piezas que más yo le festejaba antes. En cuanto a Ag ... su alegría no podía contenerse. “Todos los días salimos a la puerta a ver si lo vemos, vaya que duro es Ud. porque no se olvida del todo”. ¡Siempre seré el mismo, pero de lejos!

Samuel llegó el 5 del presente en el vapor y vino consigo Mr. Monvoisin³⁰² y Godoy, redactor del Mercurio, con quién nos hemos puesto de acuerdo para escribir. El Comercio no aparecerá hasta mayo, tal vez porque Larens ha faltado a su palabra dada a D. C. Hoffman para entregarle la imprenta en tal día de febrero. Mejor en mayo, estaré más tranquilo para la redacción del papel. He arreglado los negocios de Corte, y ayer coloqué a interés 3.000 \$ pertenecientes a los acreedores, todo va magnífico. La última carta de E. me dice que saldrá ella de Quirihue por ayer u hoy. Yo salgo mañana para la hacienda y la encontraré en el camino, la esperaré, si no en Rafael, y por fin volveremos a tener algunos momentos de dicha después de tanto sufrir. Pobre

Castro, *Prensa y periodismo en Chile, 1812–1956* (Ediciones de la Universidad de Chile, 1958), p. 148–50.

³⁰² Raymond Auguste Monvoisin, (Burdeos, 1790–Boulogne-Sur-Seine, 1870) Pintor viajero, una parte importante de su obra la realizó en distintos países de Sud América. Tuvo un destacado rol en Chile y Argentina. Manuel Bulnes lo había invitado a dirigir la Academia de Pintura. Aunque no logró llevarse a cabo esa iniciativa, vivió temporalmente en Santiago realizando retratos a algunos miembros de la clase alta local.

ángel, sus cartas son tristes y tiernas como el de la amante y la madre al mismo tiempo. ¡Dios quiera favorecerla!

Membrillar. Martes 14 de marzo de 1854

Salí de Concepción el sábado 11 pasando, según la última carta de E., que nos encontraríamos en Rafael pues que ella debía salir del 9 al 10, y así lograríamos estar un día juntos en el camino. Llegué a Rafael encontrando solo en el camino a las señoritas Estuardo, quienes me dijeron que E. debía venir ya en camino, que debía salir el día después que ellas. Me alojé en casa de mi amigo D. J. Francisco Urrejola, hermosa casa que está enteramente a la orilla del camino y desde cuyos balcones puede mirarse los que entran y salen del pueblo. Esperé todo el sábado en compañía de Daniel, y mi esperanza se acabó con el día, sin embargo la noche estaba tan hermosa que aún esperé otra vez que pudieran llegar. El domingo paré también en Rafael, fui a misa y volví, se pasó todo el día esperando desde el balcón y como el día antes volvió a fallar la esperanza. El lunes esperé hasta mediodía, pero desesperé al fin porque no había indicios. Qué triste cosa es desesperar después de haber sentido deseo y esperanza. ¡Viaje de mujeres! Se resiente siempre de su palabra y nunca se cumple para el día que se promete, esto es lo que ha sucedido y por eso he dejado de ver a E. Pasé de Rafael a Bularco a ver una hacienda que debo arrendar. Ocupé toda la siesta en mirarla y llegué aquí ayer a las cinco o seis de la tarde después de haber pasado el río a vado.

Viernes 16 de marzo

He encontrado la cosecha muy atrasada. Aún no se ha acabado siquiera de emparvar. Verdad es que 4.000 fanegas de trigo no se cosechan así nomás. Una o dos eras están ya trilladas que acabadas de aventar darán muy cerca de 2.000 fanegas. Falta pues más de la mitad que emparvar y trillar, quiera Dios que el invierno no nos toque aún en la cosecha. Toda la culpa es del malvado de Acuña, a quien dejé que pagara peones un medio más que todos para reunirlos acá. Consiguió el tener más de 50 peones, y porque se vio así desprevenido de peones bajó el precio a un real y he aquí que todos se le fueron de nuevo.

Lunes 20 de marzo

He tratado el recurso de demandar ante el juez 30 peones de Cucha que me deben cantidades de plata y trigo. El juez ha pedido miles, ha mandado pagar inmediatamente, ellos han dicho

que no tienen “pues al principio no querían venir a trabajar, aun rogándoles siendo que me debían, ahora o me pagan el resto, o van al trabajo o los 30 o van al cepo, elijan de las tres cosas.” Ni hubo remedio, aún he conseguido peones y de ese modo espero luego concluir la emparva de la isla que es la más numerosa. Todos los demás trabajos de la hacienda están ya por principiarse y nada se puede hacer por falta de peones, todos los absorbe la cosecha.

Domingo 26 de marzo

Hoy he escrito a Maximino. Por él debo tener noticia y cartas de E. Él es el amigo encargado y convenido de servirnos en ausencia. He escrito pues una carta que no es para él sino en el sobre. ¡Pobre E.! Ella, como yo, se ha chasqueado tal vez, penando verme. Ahora estamos imposibilitados de escribirnos por correo porque para acá no hay correo. Va ya más de un mes que nos separamos, me parece un siglo y más largo que de ordinario. Yo paso aquí mi tiempo entre mis libros y mis trabajos. Escribo para el Mercurio largos artículos que despacho por el Correo de Qirihue, escribo folletines para el Correo del Sur de Concepción. En estos últimos días he escrito uno muy largo y que me parece regular titulado “Fatuidad o el Cortesano en Provincia” que tanto vale.³⁰³ Es escrito para criticar la preeminencia que quiere tener el que es de la capital sobre el provinciano, aunque el primero sea un asno, sólo porque nació en la capital. Esta vez ridiculizo tanto al de la capital, que más de uno quisiera no haber nacido allí. En estos trabajos de literatura empleo gran parte de tiempo. Otras veces estudio a Larra,³⁰⁴ a F. Gerundio³⁰⁵ y a otros clásicos; otras veces estudio literatura inglesa y francesa. Después estudio con empeño el Prontuario de los juicios y el de derecho. Por estas alturas no hay más abogado que yo y como *necessitas caret lege*³⁰⁶, también sabré ser abogado con el tiempo pues que hasta he sido siempre lo que he querido a fuerza de estudio y aplicación.

Después de todos estos estudios teórico prácticos, me entrego a mi guitarra, que al fin su estudio no me es penoso ni árido sino muy placentero y feliz. Con mi guitarra en las manos tengo el archivo de mi vida por delante, y mis recuerdos pululan por entre cada armonía de ya como evocados por la magia de una pitonisa o hechicera. ¡Cuántos recuerdos, cuántos triunfos, cuántas pasiones declaradas, cuántas épocas felices, cuántos secretos de amor, cuánta dicha y ventura me recuerdan mi guitarra, y de cuánto ha crecido el volumen de mi historia de mi

³⁰³ “Fatuidad, o sea el cortesano en provincia”, *El correo del sur*, 29-04-1854, y ss. Ver también la entrada del 30 de abril de 1854 y ss.

³⁰⁴ Mariano José de Larra (1809–1837). Autor romántico español.

³⁰⁵ Probablemente haga referencia a Gerundio de Campazas, personaje de ficción inventado por José Francisco de Isla y Rojo, novelista jesuita español del siglo XVIII.

³⁰⁶ *La necesidad carece de ley*. Traducido del latín.

corazón posee ella! Ella y mi diario son los espejos de mi vida, y en ellos puedo leer y ver como en mí panorama el cuadro entero de mi vida, sus colores vivos y frescos, sus pinceladas más o menos pálidas y sus colores más o menos indicativos de dicha y de pesar.

¡Cuántas horas he gastado con E. sentado al piano a su lado con mi guitarra en las manos sacando piezas, acompañando otras y hablando de nuestro amor y nuestra dicha! ¡Por qué volvéis a la memoria mía, tristes recuerdos del placer perdido! El recuerdo de la dicha que es ida sirve de dogal al pensamiento. Cada recuerdo de ventura es a la par que halagüeño, tormentoso y duro para el corazón. Por eso bien hacía Espronceda en decir por qué volvéis a la memoria mía, etc.³⁰⁷ La dicha trae pesar, no hay duda, porque el pesar solo da un estado feliz a otro menos venturoso y ya penoso. Un tío mío, el Dr. Ocampo, dijo en un poema titulado la muerte prematura, que compuso en sus últimas agonías, “¡Qué mundo engañoso, con tu dicha ilusionáis porque todas nuestras glorias son vísperas del dolor!”. ¡Qué evangelio! ¡El día de dicha es víspera siempre de dolor!

Membrillar. Martes 11 de abril de 1854

Después de tener las eras en estado de trillarse, ha venido en la semana pasada el primer temporal de invierno tan fuerte, tan persistente como en los meses de junio y julio. Ha llovido como un diluvio por 6 días seguidos hasta que al fin no llueve más porque las nubes no encierran en su seno más agua que botar. Así es que casi ocho días después del aguacero, nos hemos ocupado en deshacer los montones y secarlos y fletar con el dueño de las yeguas ante las autoridades, por obligarle a cumplir su contrato de trillar de que quería rescindiera a causa del agua. Al fin se le ha obligado a trillar y hemos ya la yegua a la era.

A las 7 de la mañana he despachado un propio a Darío remitiéndole 380 fanegas de trigo comportando 1284 al precio de plaza. El trigo ha levantado un poco de precio y se encuentra a 27 \$ en vez de 25. He escrito de nuevo a Maximino y esta es la tercera carta, porque también la he escrito con fecha 30. Pero hasta el 5 de este aún no había llegado a Valparaíso y ese el motivo porque mis cartas han quedado archivadas hasta ahora y no sabía yo el motivo, lo que me hacía impaciente a la verdad. Mi vida aquí no ofrece particularidad alguna que pueda confiarle a mi diario, se pasa muy monótona, y tengo que decirle que de las 24 horas del día estudio 12 y que hago un estudio general, en que entra la literatura, la política, la jurisprudencia, la economía política, los idiomas, la guitarra, en fin, que es mi placer en mis ávidas horas de trabajo y monotonía. Además, escribo mucho más que un descocado, o más que un escribano con la sola diferencia de que yo no robo en lo que escribo, porque a decir verdad 500 \$ al año

³⁰⁷ Espronceda, José de, “Canto a Teresa”.

que me paga el Mercurio por mi colaboración no es mucho y si apenas justo. ¡A propósito! Ha ya año y medio (desde el 25 de noviembre del 52) que soy colaborador del Mercurio y tengo la más completa satisfacción en contar a mi diario que la empresa está más satisfecha que nunca de mis trabajos y que testigo de eso es las indebidas alabanzas que me tributan en el Mercurio sus directores. No he tenido una sola polémica por mis trabajos, y tal vez en toda la república sí, en toda la república no se han escrito artículos más fuertes contra el gobierno y su administración, si no viera el artículo llamado, “balance del 53” en el Mercurio, “muerte de D. 53 y Nacimiento de D. 54”, en el Correo del Sur, y la oposición y la imparcialidad o los lame pies en el Mercurio y otros. Lo que quiere decir que, a pesar de escribir con tanta acritud y mordacidad, mis artículos llevan un tinte de imparcialidad que se resalta en cada palabra, en cada oración que hago. En estos últimos días he escrito muy concienzudos artículos bajo el epígrafe de Administración de Justicia, uno de mis principales temas, entre cuyos artículos es de notar el que lleva el epígrafe “tinterillos”. En el mes pasado he escrito otra serie de artículos no menos libres, bajo el epígrafe “trigo en yerba”, atacando a los intendentes de provincia y jueces de letras por un arbitrarismo (sic) con que han dado una circular prohibiendo las compras de trigo y otros cereales en yerba. Esos artículos por su profundidad y libertad me han valido muchos aplausos en casi todas las provincias del sur. Así es como mi correspondencia y mis trabajos en la prensa tienen suerte para ser bien recibidos. En estos últimos días he concluido para el Correo del Sur un folletín que es bastante bueno a mí ver y que lleva el título de “Fatuidad del cortesano en provincia”.

Domingo 16 de abril. Pascua de Resurrección

¡Vaya un Domingo de Pascual que no es nada alegre! Así mienten los proverbios y los dichos generales. Se dice siempre “alegre como una pascua”, etc. y ya es de ver por esta pascua que no es muy acertado el vocablo. Vea si no mi diario este domingo de Pascua y dígame si tengo razón. Desde las 12 de la noche en que se suele cantar la misa de resurrección ha corrido un viento que no le envidiará el más desecho huracán del Golfo de Méjico. A estas horas en que escribo, las 12 del día, el viento es tan fuerte que ha volado algunos ranchos y tejas de mi hermosa casita. Al viento se acompaña un torrente de agua, que pareciera a aquellos chubascos de la línea en que el agua propiamente puede decirse cae a campo raso botada a cántaros. El día no es día sino que es noche, porque hay oscuridad y las nubes parece que se arrastran por el suelo dejando a la vista más que un círculo, una cuadra hasta donde puede verse, lo más está envuelto al parecer en niebla, que no es otra cosa que agua y agua pura, cristalina como la que echaba la regadera española en la canción “no más agua” ... El día está frío como amor de vieja y feo como mujer encinta, oscuro como conciencia de escribano y fastidioso como un

dolor de muelas. Zumba el viento por las rejas de las ventanas y clamorea a quejumbres “ayes” como el perro que aúlla en noche oscura como mal agüero, presagiando alguna desgracia con su prolongado y dolorido ladrar. Los árboles se doblan hacia el lado del sur, y a cada ráfaga de viento un millón de hojas vuela de cada árbol y se columpia en el espacio, siguiendo la marcha forzada que les impone el huracán. ¡Pare con ilusiones arrancadas del corazón por el viento del infortunio y llevadas por los aires en juguete sin rumbo ni destino! ¡Hojas del árbol caídas, juguetes del viento son, las ilusiones perdidas, ahora hojas desprendidas del árbol del corazón! ¡El divino Espronceda sabía ver, como hoy veo, volarse unas hojas cuan confieso esa quintilla! Y dicen que una pascua es emblema del placer y del encanto. ¡Mentira! Agréguese a esto que lo menos que nuestra cosecha se pierde con esta agua, que perdemos 2 o 3.000 \$ quizá, porque nos ha pillado trillando y desprevenidos, ¡y dígase que una pascua es alegre! ¡En cada hoja de más que vuela al huracán va prendida una esperanza nuestra, una ilusión hecha juguete del viento! ¡Qué alegre Pascua!

Membrillar. Miércoles 19 de abril de 1854

Por un supremo decreto del 1º del mes pasado se ha ordenado levantar el censo de la República, y se ha señalado el 19, 20 y 21 de éste para que tenga lugar la leva a un tiempo en toda la República. Yo he sido comisionado, diré mejor, para levantar el padrón del distrito en que está el Membrillar. Hoy, pues, mi casa ha sido hormiguero que ha hervido con más de 1.500 personas de ambos sexos que es el total de habitantes que tiene mi hacienda. Y parecía que apenas sacaría 500. De los 1.500 dejo la mitad que la formarán las mujeres, los viejos y las niñas, y me quedan 750 hombres de armas llevar, número muy reducido todavía para hacer una revolución. Pienso que el Gobierno, por lo que a mí toca, no se inquietará mucho. No le revolveré el país ... lo que yo quisiera revolver fueran más bien las costumbres, pero no con la punta de la lanza sino a cálamu recurrente.

Hoy es el primer día bueno que hace después de un horroroso temporal que principió el sábado santo a las doce o una. El tiempo canta gloria antes que la cristiandad entera, y su pascua fue muy expresiva que la muestra, porque hasta perdió el juicio. No puede decirse otra cosa del tiempo porque contrarió a los preceptos de la naturaleza, ha llovido con sur, con este y poniente, cuando en la presente estación sólo hay licencia para que llueva con norte. Pero como el objeto del tiempo no era sino perjudicarnos y perder nuestras cosechas, he aquí que se empeña con los genios de estas comarcas y llovió con todos los vientos. *Deus dedit ipse tollit.*³⁰⁸

³⁰⁸ *Dios da y Dios quita.* Traducido del latín.

Jueves 20 de abril

Vaya una singular aventura. Yo estaba tocando la guitarra en mi cuarto sentado a la ventana que da hacia el río y muy embebido en un hermoso pasaje del Carnaval de Venecia, cuando de repente Victorino abre la puerta y con aire asustadizo me dice, “señor, acaban de llegar dos señoras y dos caballeros, y no sé si ...”. “Imbécil, ve a Don Nicolás que los haga desmontarse y pasar para adentro.” Entretenido con mi guitarra, no había notado que estaba ya muy oscuro y que necesitaba vela. En la precipitación por ver qué niñas eran, salí de mi cuarto sin prender luz. Niñas había dicho y luego mi fantasía me las pintó ya como a dos hermosas criaturas que viajaban; dos Amazonas cariales y seductoras como la Amazona misma. Salgo pues, saludo y una voz plateada me respondió, “buenas noches señor. Si Pudiera Ud. darnos alojamiento, no podemos pasar más adelante y amenaza llover”. “Cómo no, señorita, tendré muchísimo placer.” Y diciendo esto me acerco y tiendo mis brazos a bajarla. Pasan para adentro, estaba oscuro todavía, ¡maldición! mi curiosidad me picaba, la noche estaba oscura y no veía yo nada de su cara. Tomé la caja de fósforos y froté uno; pero mis ojos no se fijaron en el fósforo ni en la vela que debíamos encender con él, sino que fueron como flechas a clavarse en el rostro de la alojada ... Dios mío, ¡qué horrenda visión! Apagué el fósforo con la mala impresión y el chasco ... ¡Mi alojada era más fea que un dolor de muelas y su hija apenas tiene 8 años! ¡Vaya que es chasco! tanto hice por pintármela bonita en mi imaginación que por lo mismo me pareció doble fea. ¡Qué hacerle, paciencia! No perdamos todo, hagamos una buena obra, me dije, y desde entonces sólo pensé en obsequiarlas. Es una señora que viaja para San Carlos y que viene de Concepción. Eso hizo batir mi corazón de placer y rebozar mi alma con mil memorias, y no lo di todo por perdido. Viene de Concepción, nombre del lugar que encierra lo más querido en la vida para mí, mi familia y mi querida ... ellos ... más de cuatro hay también por allá que sienten latir su corazón en compás de tres por cuatro en semifusas, cuando suena en sus oídos el nombre del Membrillar.

Viernes 21 de abril

Es acto de Dios que no hemos de tener buen tiempo ni siquiera para hacer aquellos trabajos más urgentes y precisos. Son las cinco de la tarde, y desde esta mañana a las doce que llueve con esa agua que regularmente se llama mojatodo. Ha llovido hoy con sur y con todos los vientos conocidos y por conocer. ¡Qué diablos! ¡Qué hacerle si no quiere el tiempo componerse! Soy de opinión que no debemos hacerle fuerza, dejarle será mejor, no me gusta rogar a nadie. El mayordomo acaba de estar en mi casa, es preciso que sepa mi diario que él vive en la bodega a 40 o 60 cuerdas de aquí. “Señor, el lavar cal ha dado 126 arrobas de mosto, 80 más de lo que

se calculaba por lo malo de la cosecha de este año”. Bueno, qué más tenemos hoy: “señor, se han guardado 100 \$ más de trigo con lo que hay ya en el granero 662 fanegas que conducir a puerto en primavera”. Qué más tenemos hoy: “he dado orden de aprestar los aperos de siembra para dar principio al 1 de mayo, según su merced me ordenó ayer, y he puesto 12 peones en los barbechos. Según orden de su merced. ¿Y qué más te ordené? “Se ha dado principio a secar el aguardiente y me parece que quedará muy bueno, señor, aquí traigo una muestra”. Yo tomo, lo pruebo, tiene 20 grados. Que salga menos de 19 lo hará resecar porque no quiero ni necesito licor de esa clase sino de 20, “bien, señor”. ¿Qué más tenemos hoy?, nada más, señor, hasta mañana, pues, hasta mañana, señor. Mi mayordomo Fermín es un activo e inteligente hombre de quien yo pienso hacer un diputado a las cámaras que hará roncha por ella. Al menos espero que se expedirá mejor que el diputado C. que el borrico D., y G., que siempre en las discusiones se duermen y cuando llega la votación se despiertan azorados, se refriegan los ojos y no tienen más tiempo que para decir, me atraco. ¡Oh, vosotros que hacéis las leyes, quién pudiera haceros a vosotros de nuevo y llenar con algo vuestra cóncava mollera!

Membrillar. Domingo 23 de abril de 1854

El Portezuelo. Son las 10 de la noche que acabo de llegar a casa. Salí esta mañana para ir a misa a la parroquia y no he vuelto sino ahora. Llegado al pueblo supe que estaba allí la Sra. de Estuardo con la señorita Silva del Taiguen. Me fui a verlas, tuvieron mucho gusto, o lo aparentaron, que en este mundo ella va lo uno con lo otro. Debían volverse al Taiguen y yo prometí acompañarlas. En seguida volví a casa del cura, comí allí, me habló de religión y de asuntos del obispado, etc. Él sabe que yo soy muy amigo del señor Salas, el obispo actual. A propósito, en estos días he recibido una carta del señor Salas desde Santiago siempre con la misma bondad y afectividad para mí: me congratula sobre mi futura redacción del Comercio del Sur y se da él mismo el parabién de que haya caído en mis manos.

A las dos de la tarde, salimos del Portezuelo yo y las señoritas en cuestión: hemos tenido tres leguas de buen camino, quiero decir muy divertido. No es preciso decir a mi diario que hablé yo durante esas tres leguas que se hicieron hoy día. Nos llovió en el camino y aquí es donde quería que los asuntos llegaran. Me quité la capa de goma y la puse sobre las espaldas de una de las niñas, y yo mismo se la abroché. La señorita Silva se quejó de que los adornos de su sombrero se mojaban, etc., saqué mi pañuelo para forrárselo, pero fue preciso bajarse, hícelo así y ella conmigo, mientras arreglaba yo el embrollo. ¡Cuánto que hacer y cuánta nota he dado yo! Tal vez Ud. conoce que tengo placer yo en desempeñar estos ligeros oficios, y por más que lo sienta, ¡no se atreve a confesarlo por no serme deudor! Llegó el momento de decir algo, ¡es tan bonita y tan joven!

En el Taiguen hemos demorado; a estas horas hemos salido solos desde esta tarde que llegamos. Son tan amables. Llevo a Rosita a la huerta y yo me vine acá donde he llegado sano y salvo, ¡según lo está viendo mi diario!

Concepción. Jueves 27 de abril. Notas

Ayer a las cinco de la tarde me puse en mente el irme a Concepción. Hice tomar caballos, llamé mozo y salí ya entrándose el sol, con la mira de viajar toda la noche y golpear la puerta de mi cuarto a Darío a las dos o tres de la mañana. Llegué al río ya de noche y los barqueros no querían pasarme, no conociéndome desde la opuesta orilla, pero ¡oh! *Auri sacra fames*, ¡que todo lo puede! Ofrecí un peso a cada uno, en vez de un real que vale el pasaje, y el barco estuvo a la orilla, donde yo estaba en el mismo momento. Pasé el río a las ocho en punto y seguí mi viaje a toda prisa. Aunque la noche no estaba muy clara, y mi mozo no sabía el camino por ser uno horroroso, yo no trepidé en ninguna parte y a las once o pocos menos llegué a Rafael, 12 leguas del Membrillar. Había anoche un frío horroroso, y yo cometí la imperdonable calamidad de venirme en cuerpo gentil. Al pasar por el pueblo de Rafael, en una de las canchas de bolas, había dos hombres con un hermoso fuego en que sazonzaban un costillar de chancho. Me llegué a ellos, me calenté un rato al fuego y marché.

A las 4 leguas, más o menos, desconocí el camino que llevaba y no dudé ya de que me había extraviado. Llegué a una gran fogata que tenían unos arrieros a la orilla del camino, y pregunté si llevaba bien mi camino para Concepción. “Señor, me respondieron, está Ud. muy bien para el Tome, y el camino que Ud. debía haber tomado ha quedado a dos o tres leguas más atrás, es mejor ir ahora al Tome que volver”. ¡Qué fatalidad para quien venía de trasnochada con un frío horrible, y con ansias de llegar! ¡Tres leguas perdidas en tal camino! ¡Es tarde! Marché al Tome y llegué allí más muerto que vivo de cansado. Encontré un sereno en la calle y le pregunté por la hora ¡las dos! Me bajé del caballo y me tendí en los corredores de la casa de Ferrer, ¡donde unos años antes he pasado tantos felices momentos! Algunos de los mismos personajes que partieron conmigo esos momentos duermen tranquilamente, ¡sin saber que yo descanso mis fatigados miembros sobre los ladrillos fríos de los corredores de su casa!

Sin comer, sin dormir, caminando por malos caminos toda la noche en un frío horrible, me sentía imposibilitado para seguir mi marcha. Pregunté al sereno si había por allí alguna posada donde tomar una taza de té, me contestó que no y que solo en los cuartos podían abrir para vender aguardiente ... Conocía mis deseos de tomar té, pero no me venía mal un trago para soportar el frío y componer mi cuerpo. Compré una botella, di al sereno uno o dos vasos, tomé yo un trago o dos y con eso me refresqué al uso yanqui, y seguí mi camino a las tres de la mañana por la villa del mar respirando el aire saludable que se siente allí. Y cuanto tengo andado

en el mundo, no conozco un camino más hermoso que el del Tome a Concepción. Dos veces me extravié, hasta que al fin, rendido del todo, me llegué a casa de una infeliz viejita, que así a la parte de la madrugada había encendido en su rancho un fuego en que se calentaba, al mismo tiempo que me senté a la orilla del fuego y me dormí como muerto. Después ya de día le di dos reales a la viejita y marché. Aquí estoy ya donde he llegado a las seis de la mañana sin poder dar un paso y casi muerto de fatiga y de hambre. ¡Qué calaverada!

Concepción. Viernes 28 de abril de 1854. Una ingrata de más y una ilusión de menos

Mi diario sabe los pormenores y minuciosidades del amor de la idolatría que nos profesamos con E. Sabe las escenas de Quirihue, las de Quilpulemu, las del alto del Membrillo, las de los paseos campestres, las de los bailes, por fin, todas aquellas en que hemos bebido en la copa del amor a largos y saboreados tragos ... Sabe nuestros mutuos juramentos de amor, nuestros sueños de aventura, ¡conoce mi diario además nuestras dos almas en una, nuestros dos cuerpos con un solo corazón y un solo pensamiento! Pues, bien de todo ese tesoro de amor y de dicha no queda sino un desengaño, y un recuerdo para después. ¡Seis años de amor y de ventura han concluido de un solo golpe para mí! Apenas puedo darme cuenta de ello, todavía sólo existe el hecho, no de la causa, y en medio del dolor que no me cansa en medio del sacudón hasta su raíz que acaba de romper mi corazón, ¡mi razón apenas puede discernir y apreciar mi situación!

En medio de mi ansiedad por saber de ella, creyendo darle dicha y ventura y alivio a su padecer después de dos meses de ausencia e incertidumbre, le escribí hoy como le he escrito siempre, una larga carta incluyéndole una especie de diario escrito para ella desde que nos dejamos de ver. Ella, en vez de tomar esa correspondencia que le llevaba la vida y la dicha y besarla y llorar de placer como antes, haciendo mil extravíos para mostrar su contento, me ha vuelto las cartas y ese diario con estas palabras: “que no le conviene recibir más cartas mías que no sabe si hacen bien”.

¡Dios eterno! ¿Qué ha sucedido que ha podido hacer que ella, que me ama hasta la idolatría, haya dado este paso? Ella, que espera una sola letra mía como su único consuelo y su dicha, ¡volverme mis cartas! ¿Acaso ha dejado de amarme? Primero, creyera que no es cierto lo que yo estoy escribiendo aquí. ¿Ha oído consejos de otros? ¿Ha sido influenciada por ajena autoridad o voluntad? No, ¡mil veces no! Influencia en ella, de Dios abajo, ¡no la ejerce sino yo! ... ¿Ha desconfiado del emisario, y ha querido ponerse al abrigo de las malas interpretaciones? No, porque cuanto va de mí, es para ella sagrado, es bien hecho y ella lo recibe sin replica, ¡sin pensar siquiera que fuera malo! Pero el hecho existe, ¡y mi corazón sangra de dolor, y mi amor

lleva un horroroso desengaño! ¡Oh! esto es inaudito, es infame, es injusto, y ella es, Dios mío, ¿quién lo hace?

Pues bien, ya he llorado aunque mi corazón y mi amor, ¡venga ahora mi razón y mi orgullo ofendido, venga mi altivez por mi amor ultrajado en su parte más noble y generosa! ¡Nada ahora de corazón ni de lágrimas, que he llorado y sentido lo bastante ya, tan injustamente! ¡Venga mi orgullo por esa injuria recibida en mi amor, venga la fuerza de mi voluntad en mi auxilio para defenderme por tan ingrata sin razón! Desde hoy en más, E. tú no eres nada para mí ... al menos tu no lo verás, no lo sentirás, ni tendrás mi compasión de ti, ni te daré tampoco amor ni compasión a su vez. Tú lo has querido, me has injuriado injustamente, no has querido leer las cartas que te prometían dicha y pasiones, lleva tú sola el mal que te has hecho y que me has hecho a mí ... No se puede dejar de amar a su primer amor, ¡es imposible! Yo te amaré mientras viva, pero tú no lo sabrás nunca, ni lo oírás, ni siquiera te atreverás a pensarlo, porque en mi rostro y mis acciones tú no verás sino la calma y la frialdad, la indiferencia hasta el extremo más alto. Yo no dejaré de recordarlo, una vez sola se ama en la vida, y esa vez, tú lo sabes, ha sido tuyo, pero nada, nada más de mí veras ni oírás que te autorice a creer que te recuerdo siquiera. Tú eres muerta para mí y debes verme lo mismo para ti. Dios mío, injuriarme así tan sin razón, tan sin piedad ni por ella, ni por mí ... ¡Oh! no lo dudo, vas a llorar sangre de dolor y de arrepentimiento, ¡pero ello será ya tarde!

Sábado 29 de abril

Hay amores que es preciso alimentar y uno de esos es el de Vermeulen. ¡Qué hacerle! ¡La quería a ella y cómo negarme a sus deseos! Pobre Vermeulen. La arrastran a uno y uno es miserable. Ayer a la mañana pasaban los sucesos que quedan referidos a mi diario. A las doce recibí un recado de ella en que me decía que le perdonase su reacción, que no sabía lo que había hecho, que le mandase las cartas y que las recibiría como su único consuelo, que quiso borrar su acción a costa de su sangre, que la perdonara en nombre de ese mismo amor que tanta dicha me había dado. La que me dio el recado es íntima amiga suya y mía, ¡pobre Vermeulen! Yo contesté que nada tenía que hacer ella conmigo ni porqué pedirme perdón ... que está todo finalizado entre ella y yo, ella era dueña de hacer lo que mejor le viniera en gana, ni recordarse más de mí para cosa alguna. En cuanto a que le mandase de nuevo las cartas, que no, no volvería ella a verlas más, que más cartas estaban escritas para E. a quien yo creía que me amaba como a su ídolo y en quien creía y esperaba ... que no siendo ella la misma persona para quién fueran escritas, que no había para qué desear ni pretender verlas ... A las tres de la tarde la misma amiga pudo verme y darme de nuevo otro recado en que decía que corrió a la puerta al llamar al emisario de quien rehusó recibir las cartas, pero que ya era tarde, que eso le ha costado muchas lágrimas

y una enfermedad, que tenga por Dios compasión de ella y que consienta en verla siquiera por la última vez ... La amiga ha reunido sus ruegos a los llantos de la otra, pero me he negado, aunque llora sangre mi corazón, ¡he dicho mil veces no, no! Más tarde ha vuelto a verme diciéndome que ella vendrá a su casa y que como mi antigua y verdadera amiga, me ruega oiga la satisfacción que quiere darme E. Me lo ha rogado con lágrimas en los ojos y sin poder ver mis lágrimas que siento por ella, he dicho que vería si me era posible. La cita es para las siete en casa de mi amiga ... Las diez de la noche. Estaba yo sentado en el estudio de mi tío, y como no puedo echar de mi la tristeza que me domina, mientras mi tío Luis lee un folleto escrito por mí, yo estaba con mi cabeza reclinada con mi mano derecha en actitud de triste meditación. Así estaba cuando tocan a las ventanas. Sé lo que eso significaba y no cambié de posición ni me di vuelta ... mi tío siguió leyendo, entusiasmado, y ellas parando de nuevo, rasgando la ventana. Me han mandado cuatro recados y he triunfado al fin. No he querido verla y se ha vuelto a su casa así. ¡Dios mío, que tenga yo que tratarla así!

Concepción. Domingo 30 de abril de 1854. Un folletín

Ayer ha principiado a publicarse en el “Correo del Sur” un folletín escrito por mí y titulado “Fatuidad o el cortesano en provincia”. Lo primero que se ha publicado ha sido recibido con entusiasmo y aplausos. Hago una crítica al santiaguino que a juicio imparcial es muy bien en toda. El objeto del folleto es ridiculizar la fatuidad del de la capital que por haber nacido en la capital del estado se cree merecer todo, saberlo todo, y ser más que el provinciano en todo. Mi tío leía el folletín del primer número anoche, mientras yo le oía con triste placer sus elogios. Una publicación así es aquí un acontecimiento, y por supuesto el autor va de brea en brea por más que ella nada merezca. Ella ha debido leer eso anoche, y en vez de sentir placer y orgullo al oír elogios dirigidos a mí, habrá sentido partirse en dos su corazón por la gloria de su joven y su porvenir, le permitían ya y podía decir que le pertenecían antes de estos últimos días ... Dos meses y días hace que no nos habíamos visto, después de los venturosos y memorables días de Quirihue. Dos meses para pasiones que se aman como nosotros, son siglos que no meses. E. como es pues de presumir, debía tener desesperación por verme, tanto más cuanto ese deseo se ha mellado más y más por mi negativa de verla ni escribir. Si a pesar de mi tristeza de ayer me había resistido como un príncipe, como otro Murat, que se engalanaba el día que debía ser fusilado; Mr. Laforte había peinado mi cabeza como nueva y mi vestido no era indigno en nada de tan elegante parecido, ahora me fijo en esas nimiedades en que jamás me he fijado, porque ellas han influido algo en los sueños que llevo refiriendo. Yo apoyaba mi cabeza en mi mano derecha, en la actitud de la más profunda meditación y sin atender el entusiasmo y elogio cuando mi tío leerá mis escritos. Era la

hora de la cita y pensaba en ella, en E. y el recuerdo de su conducta vagaba en mi corazón en pedazos.

Eran las siete esta noche, hora para la cual mi amiga y suya me había citado. De advertir es que nada puedo yo negar a esta amiga y que la esperanza que le di de asistir a su casa fue tomado por un compromiso nada más ... jamás pensé cumplir aquello a que únicamente di esperanzas después de tres recados y hasta lágrimas para conseguirlo. Triste [ilegible] y raros sucesos los que trae a veces el amor empleado así. *The friend who so powerfully interest herself for E. has a sentiment equal to that of her friend and that is not all, she knows that G. loves E. as a madman, etc. How is it that she triumphs upon her jealousy only for E.'s sake? ... Oh! This woman is no common, I know her this time ... and I love her the best for her qualities*³⁰⁹. Decía, pues que a las siete estaba yo en la actitud que acabo de describir, estaba en el estudio de mi tío que da a la calle, estando las ventanas abiertas podíamos ser vistos ambos perfectamente desde fuera. De repente sentí que tocaron los vidrios y supe que eran ellas, E. y su amiga ... no cambié yo la posición. Mi tío no sintió nada embalado como estaba con la lectura. Siguieron en la ventana por un momento y dieron un segundo golpe, mi tío esta vez lo sintió, y me dijo, mirándome, “he alcanzado a ver un chal de cachemira blanco y deben ser niñas las que han golpeado ... y como aquí hay un joven y un viejo, ¡tú consentirás en que no ha sido a mí a quién querían llamar la atención! Di un tino de chanza a mi respuesta y todo pasó. Un momento después me llegó un recado de la amiga diciéndome que me esperaba. Respondí que luego iría. Luego llegó otro y otro más, y al fin respondí que no esperasen porque no iría. ¡Hoy en la mañana he visto a la amiga y cuánto me ha costado desagraciarla! Es más, después de lo que le prometí anoche en un momento dado ... Dice que E. lloró mucho al verme sentado, y al parecer tan triste e indiferente a su llamado, que estuvo viéndome mucho rato por la ventana como paralizada, como fascinada, sin poderse mover, que es probable que a ella le cueste una enfermedad, tal era la aflicción desesperante que tuvo anoche al ver que yo persistía en no verla ni oírla. Acabo de recibir un ramo, el más hermoso que haya visto en mi vida. Dentro de las flores viene un billete concebido en estos términos “te mando ese ramo para que se lo des a R. G. en mi nombre. Dile que pienso en él y feliz si el que se muestra tan cruel conmigo, tendría piedad de ver sufrir así a su E. a quién tanto amaba. Por Dios, hijita, ve si tú consigues que me vea y que me oiga si quiera un momento. Que si puedes conseguir que me escriba, pero no, ¡ay! por Dios, de manera que le vea nada más que un momento ¡porque sufro tanto y soy tan infeliz!”

³⁰⁹ *La amiga que se interesa tan poderosamente por E. tiene un sentimiento igual al de su amiga, y no es todo, ella sabe que G. ama a E. como un loco, etc. ¿Cómo es que triunfa sobre sus celos solo por el amor de E.? ... ¡Oh! Esta mujer no es común, la conozco esta vez ... y la amo mejor por sus cualidades. Traducido del inglés.*

Dios me ha dado un corazón en que no puede abrigarse la venganza por más justa que ella sea. Me ha pedido la amiga en el momento que le dé mi palabra de acceder al pedido de E. y de lo que he prometido. He cumplido mi palabra, he visto y oído a E. He estado con ella y nuestra entrevista no ha dado para ella mejores resultados que todos sus recados. Previendo ya, he hecho de fierro a mi corazón, le he visto flaquear mil veces ante la seducción de ese ángel en figura humana, de esa criatura a quien tanto amo pero que tan hondamente me ha ultrajado. Ha llorado, ha protestado no estar en su juicio cuando ha hecho lo que ha hecho, “que en ese momento acababa de confesarse y que, etc.”. Tal vez comprendo ya. Por fin me ha dicho, “¿no te he probado mi amor aún a costa de sacrificios y de lágrimas, te olvidas de eso Ramón y no me perdonas?”. “Hasta me acuerdo de ella y pluguiera al cielo no tener tan presente las horas de ventura que te debo, ni no me costaría tanto olvidarte. Pero tú me has herido en lo más hondo de mi alma y no hay remedio para curarla, necesitas mucho ... Te he amado más de lo que puedo explicarlo, ausente de ti no he dejado de recordarte, y para prueba he escrito un diario para ti en que he hablado contigo a cada hora como mi único consuelo, por dos veces te he escrito día a día cada cosa, he venido con el único objeto de verte y cuando te escribo, mandándote ese diario y avisándote lo que pensaba, lo que proyectaba, después de dos meses de ausencia, tú me has vuelto esas cartas, me las has arrojado a la cara, pagando así el más encumbrado amor, sin dignarte ver siquiera lo que te escribía. ¿Y así dices que me amas? ¿Y quién ama vuelve sin leer las cartas que son su dicha y porvenir? Llore Ud., pues, ¡porque ahora desconfía mi corazón!”

Concepción. Lunes 1 de mayo

Es preciso que el agravio que ha infligido E. a mi amor sea muy horrendo para que amándola tanto yo como a mi alma misma, me tenga fuerte y sin bajar de la posición que he asumido respecto de ella. No se esperó nunca ayer que yo dominara mi amor y triunfara con mi orgullo ofendido. Dios mío, quien nos vio en aquellas horas benditas de suprema ventura, y quien nos ve ahora después de los meses de ausencia en que más se ha encendido el amor con la prohibición. Apenas estreché yo la mano que tantas veces he tenido pegada a mis labios en éxtasis de ventura, apenas he fijado mi vista en esos hermosos ojos en que me he retratado tantas veces, y en cuyas húmedas y cristalinas pupilas he bebido a largos tragos el amor y la dicha ... No esperó E. que yo pudiera domar todo su volcán de amor para no bajar a ser lo que era, por más que ella me conoce mi primordial defecto, ¡mi orgullo y altivez! Para ella no ha probado de mi orgullo ni de mi altivez porque esas pasiones no se emplean con quienes uno ama en la vida como yo la amo. Su desesperación llegó a su colmo cuando me vio levantarme del asiento y decirle, “una vez sola se ama en la vida: una vez sola se tiene primer y único amor; yo he amado a Ud. de esa manera y ese amor no se olvida. Yo seré para Ud. en mi corazón el mismo, en mis

acciones y a sus ojos nada más que un extraño, a quien hará Ud. de cuenta que no ha conocido jamás. He llegado a desconfiar de que Ud. no me ama con lo buena y demasía que yo le inspiré un día y como yo le he amado, y desde que eso es así no hay ya dicha para mí. Adiós E. Si alguna vez vuelve a amar Ud., siga los consejos de su corazón, no la influencia de los extraños”. “Dios mío, y ya me tratas de Ud. y quieres matarme, dejándome así”. Esas palabras que yo oí ya en la puerta trajeron lágrimas a mis ojos y hubiera caído en sus brazos si no hubiera detenido a un mismo momento más ...

Carta

¡Las dos de la tarde! Tengo a mi vista una carta de E. cuyo tenor es como sigue, en algunos de sus párrafos que copio, “después de un día como ayer, era de esperar una noche como la que he pasado. Dios mío, ¡qué horas de agonía y de pesar, qué largas y angustiantes! No he dormido nada y he sufrido mucho. Te veo siempre en sueños agraviado conmigo, y tu frente nublada en mi contra. Después de algunos párrafos así, “Dios mío, dice, perdóname, mi Ramón, lo que he hecho, ¡yo no sabía si haría bien para ti mismo! Ante Dios que me oye y me ve, te protesto que te amo más que nunca y que tu agravio me cuesta más penas que las mismas que tú te hubieras atrevido a imponerme con su castigo. Perdóname, hijito (¡dispensa que te llame así recordando aquellas horas tan venturosas!) perdóname y ámame lo mismo porque soy para ti la misma que fui. No creas que quiero anudar unos lazos que se han roto por más desgracia, y que por eso trato de persuadirte mi conciencia, no, mira, créame por Dios, te juro que no tengo culpa, ¡veme de rodillas, te pido que me perdones y que me escribas para alivio de mi dolor! ¿Me negarías eso? ¿Negarás esa pequeñez a tu E., a quien tanto has amado y a quien ves de rodillas pidiéndote perdón? Tú sabes que jamás he mentido, conoces algo de mi carácter, y cuando caigo de rodillas y te pongo las manos pidiéndote perdón, lo siento así, ¿me perdonas?

¡Dios mío! ¡Qué pregunta y qué postura para pedir! ¡Pedir de rodillas! ¡Ángel mío! ¿Por qué me has agraviado para que yo consienta en que tú estés de rodillas ante quien te ama como a su vida? Le he contestado y el fin de mi carta de un pliego es como sigue, “no has llamado en vano a las puertas de mi corazón. ¡Sí, te perdono, y te escribo concediéndote ambas cosas que tú pides! ¡Yo te perdono el mal que me has hecho y las torturas que me has hecho sufrir tan injustamente en vez de premiar tanto amor para ti! Pero al perdonarte no puedo arrancar de mi corazón la desconfianza de que te he hablado, ojalá que pudiera un día creer otra vez que me amas con el delirio que antes, ¡y que de Dios abajo no hay influencia humana que pueda más que la mía sobre ti! Así te creía antes, pero quien duda si ha de recibir o no cartas del ídolo de su vida, cuando antes no consultaba si hacía bien o mal en eso, esa persona ha sido influida ya, y aunque tú me ames, ¡no es ese amor como yo lo quisiera porque es capaz de oír consejos

de otros cuando antes no los oía ni recibía sino del ídolo de su vida! ¡Ojalá que un día pueda otra vez creer que tú me amas como me amabas en aquellas horas de ventura que tú misma recuerdas con lágrimas en los ojos! Yo seré para ti tu ángel de la guarda y velaré por ti como sobre mi hija, mi querida, mi madre, porque tú tienes de todos esos sentimientos santos en mi corazón ... Pero ello será en secreto, y sin que tú misma te apercibas de cerca, de lejos presente o ausente estaré a tu lado, más sin reclamar nada de ti; ahogando en mí cuanto pudiera darte a conocer mi amor. No negaré que te amo, y que tú serás mi primer y último amor, pero también te juro que no habrá quién reine en mi corazón otra vez como tú reinaste. Te amaré pues en secreto y sin que tú puedas sospecharlo. Tú has clavado un puñal en mi corazón y has dejado una herida por donde ha entrado la duda y el pesar. Mientras desde dentro de mí crea que no me amas con aquella demencia que llegaba a la idolatría no admitiré un amor que me parezca vulgar. No dudo que me amas, no. Pero creo que oyes consejos ... y quien oye consejos no ama como yo entiendo el amor ... Sé feliz E.

Martes 2 de mayo

Hoy vi de nuevo a E. en casa de la amiga, ¡y cuán distinto semblante tenía! Se veía de nuevo vida y amor en sus ojos y animación en todo su semblante. ¿Cómo estás ahora? “¡Dios mío! Mucho mejor, al fin siquiera te veo y me miras y consientes en escribirme aunque estás muy lejos todavía de volverte a ver como antes en que cada mirada tuya, cada acción era una caricia”. ¡Pobre ángel! La dicha de su alma se revelaba en cada uno de los lucimientos de su rostro. “Dónde vas a pasear esta noche”, me decía. “No me iré de casa mientras tu permanezcas aquí”. “¡Oh! mil gracias mi Ramón, no esperaba yo ser tan feliz”. Fuimos en seguida al piano y tocó todas aquellas hermosas piezas que son para ambos como el símbolo de nuestra dicha en aquellas horas en que pasábamos uno al lado del otro, yo con la guitarra y ella en su piano. Quiso luego que le tocara la guitarra, y por la amiga reuniéndose a ella en sus ruegos, mandamos traerla de casa. ¡E. no ha podido oír sus piezas de piano sin dejar de humedecer sus ojos a cada instante! ¡Bajo qué distintas circunstancias oía yo estas piezas dos meses ha! A las diez yo, mi amiga y su marido fuimos acompañándola a su casa. Pero no tomé su mano entre las mías, ni le pedí nada de cuanto en otras circunstancias suele ser regla para nosotros. ¡Pobre E.! Quiera Dios hacerte más feliz.

Concepción. Jueves 4 de mayo de 1854

Sigue publicándose el folletín llamado “Fatuidad” en el Correo del Sur, y el papel, contrario a mis esperanzas, es tomado con avidéz ahora para leer el folletín. Las niñas lo llenan de elogio

y le dan más mérito que el que tiene en realidad. Los jóvenes se llenan de placer al leerlo porque dicen que es en defensa de ellos como provincianos. Los más viejos y formales ven en ese escrito con más severidad, y lo hallan muy bueno porque en él pruebo que ese aborrecimiento y desprecio que se tiene a las provincias por la metrópoli nace en el niño de colegio que araña a su condiscípulo provinciano, y que para insultarlo no halla otro apodo que llamarle provinciano; crece así ese odio en el adulto, después en el joven, más tarde en el encanecido magistrado que no puede desprenderse de este odio concebido en niño. El provinciano que fue rebajado no olvida tampoco ese mal trato, y más tarde el General provinciano y el Ministro de la capital vuelven a odiarse encontrándose en el camino de la vida pública, se hacen la guerra y de ahí resulta la desgracia de las provincias, que son postergadas en todo. Los jóvenes hacen círculo y leen el folletín en coro llenándolo de aplausos.

La enferma de la cabeza de Pepita cada día más mala la tiene. “Nunca la he tenido tan mala como ahora, no puedo estar un solo instante sin pensar ... tal vez Ud. no hace lo mismo y se le va componiendo y es verdad, es que tiene tantas a qué atender. Hay veces que estoy muy triste, porque veo que no tiene Ud. por mí el amor tan grande que yo tengo por Ud. ¿De qué me sirve el que me llamen bonita y que me envidien mi fortuna, si no me ama Ud. la mitad siquiera de lo que yo lo amo?”. ¡Pobre niña! No tengo yo la culpa que a los 16 años me hayas elegido por tu primer amor en despecho de tantos que te circundan, tal vez porque eres rica y bonita. Desgraciadamente yo no puedo darte tu primer amor, que ese es dado ya y E. es dueña legítima de él, y en las circunstancias presentes apenas tengo entusiasmo para mostrar que en ti soy indiferente y que tú no lo eres tampoco para mí. Sí tengo por ti un tierno sentimiento, tal vez más noble y grande que el que puede ofrecerte otro hombre. ¡Pobre criatura, es tan feliz en tanto cree que la amo y la prefiero a todas! ¡Eres digna de ser amada por todos y cada uno de los hombres que tengan corazón e ideas porque tus cualidades y hermosura no son comunes!

Afectado como estoy en estos días de ese sentimiento de ingratitud que veo o creo ver en algunas personas, he dedicado algunos párrafos a mi folletín apostrofando los ingratos. Jamás he escrito con tanta fuerza contra los ingratos, cada una de mis letras en esos párrafos es una saeta disparada al corazón de los ingratos en política, en amistad, y por fin, en amor ... en este último sentimiento he sido todavía más agrio y fuerte que en los demás.

Carta

E. me escribe con ese motivo y se queja de la injusticia de mi escrito, tomando para ello por supuesto mis palabras, “yo no te he sido ingrato, hijito, tú lo sabes ... ¿Por qué haces ese agravio a mi amor? ¡Por mi honor te juro que jamás te he dicho una sola palabra que no la haya sentido, ni jamás te he dado una caricia que no haya partido de mi corazón para ti solo! Dios, me ve y

oye bien mi corazón, la sinceridad de mi amor y la verdad de lo que te escribo. Más de una vez te he probado que no te he mentado, amor, jamás, mi genio y mi carácter no me lo permiten. Otras, mi Ramón, te habrán mentado, amor, pero no cuentes hijito, en ese número a tu E.” De veras si alguna vez hubiera yo de decir de las mil mujeres que me han amado o fingido amarme a cual he creído y distinguido de todas, esa sería E.

Lunes 8 de mayo

Pepita me decía anoche que por qué había escrito el folletín del sábado con tanta acritud contra los ingratos en amor. “¿Quién le engaña a Ud. y quién es la que ha causado ese escrito tan amargo y heridor? ¿Le he engañado yo acaso alguna vez, tiene Ud. motivo siquiera para creer que alguna vez he sido yo ingrata? ¡Oh! Lo dice Ud. tal vez por otra, en ese caso no soy yo quien debo responder”. “Nunca había descubierto celos en Ud. y no dejo de tener satisfacción en haberlo descubierto porque me sabré guardar de ellos ... es una pasión que abomino y no me gustaría que la tuvieran las personas a quien yo amo ...”. “Yo no tengo celos pero ... ya se ve de quién va a tener celos Ud.”

Carta

Acabo de recibir una larga carta de E., y quejarse en ella de que siempre la trato con severidad después de tanta satisfacción, después que no ha dejado ya medio sin tentar para enmendar su falta. “Te ves siempre triste a mi lado, siempre dudando y haciéndome carecer hasta de las más sencillas palabras de amor. ¿Tan pronto has dudado, Ramón mío, de aquellas horas venturosas que pasamos en Quirihue, las más felices de mi vida para mí, desde que tengo uso de razón? ¿A un punto hasta has olvidado ya los sacrificios que me cuesta tu amor, y las pruebas que tú tienes de la idolatría con que te amo? ¿Qué más quieres, qué más puedo hacer por ti? De rodillas te he pedido perdón, y todos los días que Dios amanece lloro por haber devuelto tus cartas en un momento de imprudencia, y desde entonces he sufrido todo eso, ¿no hay bastante todavía para hacer que tú me perdones? Por Dios, Ramón, vuelve a ser el que antes, tu taciturnidad y desconfianza me matan. Yo he rezado anoche porque en la religiosidad con que te amo, rezo a un tiempo por ti y por mi madre muerta”.

Perdonar E., no es olvidar, he contestado yo. Ya te perdoné ante Dios el haberme ofendido, pero no arranco fácilmente del corazón el recuerdo triste que nos queda en el de una acción mala que se ha cometido con nosotros. ¡No creas por Dios que te amo menos, no! Pero ya te he dicho también la conducta que me he trazado. Tus quejas me arrancan el corazón, y yo mismo

sufro torturas, al ahogar las palabras y caricias con que quisiera colmarto. Pero no, tú me has hecho desconfiar y no te queda otro recurso que triunfar de esa desconfianza con tu conducta en adelante. ¡No cierro las puertas a mi corazón y ya lo quiero, Dios mío, que tú vuelvas a ser lo que eras!

Concepción. Miércoles 10 de mayo de 1854

El folletín de Fatuidad que he escrito sigue publicándose y los últimos números ha recibido la misma buena aprobación que las anteriores. Todos me felicitan y niñas, jóvenes, viejos, ricos y pobres me adulan y dan la enhorabuena. En una palabra, tengo la dicha que todos están contentos de mí, y que mi carrera va en escala ascendente a largos y brillantes pasos. Mis correspondencias y escritos en el Mercurio me han valido muchos amigos y elogios también de personajes distinguidos. Mi pobre reputación como escritor siquiera va cimentándose, y yo espero un día mediante Dios, mi ambición y mi estudio, que más de cuatro verán el que hoy es un átomo todavía, ¡algo que se pueda distinguir sin necesidad de microscopio! ¡Traslado a mis hermanos y al 18 de febrero de mi diario!

Carta

Ayer he recibido una larguísima carta de E. Pobre, se queja siempre, y a fe que hartito cierto es lo que dice, pero a ella sola se debe su mal. Yo quisiera secar cada una de las gotas de lágrimas que derrama con un ardiente beso, pero lo he dicho, su acción ligera y desconsiderada de volverme una carta, ella a mí, su acción, decía, abrió en mi corazón una anchísima herida que no puede cerrarse así nomás. Pensar que ha habido un poder humano que influya para que ella me vuelva así una carta, no solo me causa una tan mala impresión que en balde la veo de rodillas, en balde llora sangre mi corazón de dolor, sin embargo yo sigo siendo inexorable al menos en aquello que es indispensable serlo.

Eso quiere decir que el amor que yo había inspirado en ella era uno de aquellos en que no se piensa ni se obedece sino con su amante a los impulsos de su pasión. Sea eso demasiado y sea bueno, así quería yo que me amase, así me amaba y así la correspondía yo también. Dos cuerpos en uno, dos almas con un solo corazón, con un solo pensamiento, su amor y su porvenir, he ahí como yo entendía nuestro amor, como yo lo quería y lo sentía. “Escríbeme, por Dios, cuántas veces puedas, tú sabes que no hay para mí otra dicha ni otro consuelo en la vida ... En mis horas de estudio y de música, allí entra también mi pesar porque donde quiera, recuerdo que mi Ramón no es el que era, que estás en todo y no me hablas de amor, que estoy sola y no

recibo ninguna caricia, ninguna tierna palabra de amor, mis manos no van ya dentro de las tuyas y mis labios ha ya mucho tiempo que no reciben un beso suyo. Yo espero, mi Ramón, que estos se repetirán, las escenas de Quirihue, tú sabes también porque alimento esta esperanza que no dudo que se realice ahora, ella está allá y que yo debo ir con más frecuencia”.

Pobre E., yo lloro contigo, he contestado, pero no puedo hacer lo que mi corazón no me dicta ... Yo no te daré ni un beso ni una caricia ni una palabra como aquellas que tú extrañas mientras tu no vuelvas a dar a mi corazón la confianza que le quitaste y esa no la darás con palabras sino con obras; veremos tu conducta, veremos si vuelves en adelante a ser lo que eras cuando me devolviste una carta, por miedo a tu confesor o qué sé yo. Mientras tanto, yo te amo como siempre con la diferencia de que soy reservado, y que tú no lo puedes saber cuándo estás conmigo porque nada te lo mostrará. En cuanto a escribirte, esta será mi conducta. Antes no contento con escribirte cada día, te escribía un diario para hablar contigo a cada hora y contarte lo que hacía, lo que pensaba, lo que esperaba, lo que sentía por ti. Tú me devolviste injustamente una carta sin previa ofensa y estando en la mayor paz y dicha. Me arrancaste el corazón de dolor, pero Ramón ya no te escribe más. ¿Lloras y pides perdón? Lloro contigo y te perdono. Le pides de rodilla que admita una carta tuya y te contesto, te contesto y nada más. No aventuraré una carta mientras tú no la pidas con otra, temo que tu confesor otra vez te intimide y me vuelvas alguna que te escribo y entonces no te perdonaría ya ni yo lo soportaría más. Con que no esperes que te escriba si no me lo pides con otra, si así no lo quieres, llora, por mí, y por ti también, porque no será de otro modo.

¡Pobre ángel mío! ¡Que yo tenga que dirigir a ella palabras y cartas así! Dios mío, herir a quien se ama es el más grande sacrificio, y bien hizo Dios en probarlo con Abraham cuando le ordenó sacrificar a su hijo Isaac. Pero ello es preciso, y esta vez o me amaré como yo quiero y la amo, que es como entiendo el amor, ¡o se quedará con su confesor en lugar de su amante y su porvenir!

Viernes 12 de mayo

Debo salir para la hacienda en una o dos horas más. La de la mala cabeza me decía anoche al pedirle más órdenes al despedirme. “Le encargo que no se le ponga la cabeza cada día más mala como yo la tengo, que no me ame hasta la locura ni como yo la amo”. ¿Se acuerda de lo que Ud. me debe? “Sí, y muchísimo, y ojalá pudiera despedirme a solas de Ud., se lo pagaría para que me deje de cobrar ... ¡es tan exigente Ud. cuando se le debe algo!” ¡Qué hermosa estaba anoche esta criatura! ¿Pero quién puede dar total cabida en su corazón a otra imagen, cuando está la de E. retratada en él? Pero es preciso que los hombres no dejemos de conocer la hermosura de una mujer donde quiera que la encontremos.

Las doce del día. Acabo de recibir un billete de E. y la infeliz pena en mi ausencia, como si perdiera algo de su corazón. “Dios mío, en las circunstancias en que quedo, te ausentas y tal vez llevas contigo todavía esa horrible idea, ese recuerdo infeliz para mí y para ti, esa acción mía que tú interpretaste mal y que fue causa para que tanto te resintieras. Yo te besaré y serás feliz, recibe mil besos que te doy no como se deben sino como tú sueles pedirlo”. Pobre E. Verdad es que llevo conmigo ese mal recuerdo, pero también llevo conmigo tus últimas palabras. Sé feliz, pobre ángel, ¡yo te amo también por más que ahogue la expresión y palabras de ese amor!

Membrillar. Domingo 14 de mayo de 1854. Un buen negocio

Salí de Concepción el viernes con mira de alcanzar a Santa Rosa a casa de D. Toribio Reyes, pero se me hizo tarde y sólo alcancé la Quebrada. Juan estaba allí, y por supuesto que pasé una noche magnífica acompañado con él.

Al día siguiente a las siete salí de la Quebrada y llegué a casa de D. Toribio Reyes a las once y media o doce del día en circunstancias que el buen señor había comido y acostado a dormir la siesta ¡Qué contraste, qué calamidad! Yo no había probado bocado, y no había esperanzas de remediar ese mal, mientras el buen señor no despertara. Yo tenía que tratar el negocio y tenía que esperar dos horas para que se acabara su siesta, o verme sin realizarlo, pero que era peor todavía. Sobre esto, estaba hablando con José del Carmen, cuando el viejo recordó qué sé yo, por qué motivo media hora después de haberse acostado. Llegué en buena hora, el viejo había recibido en la mañana periódicos y leía muy entusiasmado el folletín *Fatuidad*, publicado por mí, dijo que estaba maravillosamente escrito.

Baste decir que antes de la una le tenía ya compradas con trato cerrado 2.000 arrobas de mosto exquisito con las más exorbitantes ventajas para mí. Un negocio de 6.000 \$ y en que no dejaré de ganar 1.800 \$ de mano a mano.

Hoy he comprado también toda su cosecha al cura Santana que es el mosto más rico que se conoce en todas las provincias del Maule y Concepción. En estos dos negocios he satisfecho mi prospecto completamente habiéndolos realizado a medida de mis deseos. Traslado al 18 de febrero de 53 y a mis hermanos.

Sábado 20 de mayo. El Manual del Buen Tono

Tengo ya más de la mitad traducido de esta obrita que se publicará luego para el uso de la juventud. Es la obra más completa que yo haya visto en su género y voy a aumentarla con mil notas interesantísimas tomadas de la práctica que tengo del asunto y de los autores más afamados que

han escrito sobre urbanidad, como Lord Chesterfield, La Bruyere, Feijóo, Boileau y otros varios. La voy a vender al Mercurio, aunque el Correo del Sur me ofrece grandes ventajas porque lo prefiera a él. Este trabajo de literatura que me ocupa ahora a más de la colaboración que sigo con el Mercurio de Provincias, Mercurio Diario y Correo del Sur, que cada día me producen más venta y aplausos.

Siembras

Pienso que acabaré mis siembras a fines del mes, o primeros días del entrante. ¡Sembraré 100 fanegas, o un poco más, que me darán una cosecha de 1.000 o 1.200 porque la mayor parte está sembrándose en tierra virgen! Para ser el primer año es un mundo sembrar 100 fanegas cuando aunque se tenga plata faltan los aperos y menesteres de una hacienda que no pueden reunirse sino de poco en poco. ¡La siembra de tierra virgen me dará el doble de la otra! ¡Lo que es ser virgen! ¡Todo es nuevo, vigoroso, productor, mientras que lo viejo es ya cansado, débil, achacoso y estéril! ¡Oh! ¡Es mucha cosa lo virgen! Desde las plantas hasta la tierra y desde la tierra a los hombres, lo virgen indica vida y potencia, mientras que lo viejo es agonía y esterilidad. ¡Oh! ¡Dios, se ve en lo virgen más claridad que en lo decrepito y que en todo!

Miércoles 24 de mayo. La Prensa para nosotros

Las siembras van a concluir y con ellas mi permanencia en el Membrillar. He sembrado 103 fanegas de trigo que por la calidad del terreno y cultura que se le ha dado, me prometen para el año de 1.500 a 2.000 de trigo limpio. Durante mi permanencia acá he concluido de traducir la obrita el Manual del buen tono, que va a publicarse en el Mercurio. Sigo siendo colaborador del Mercurio, con la diferencia que hoy se me pagan 500 \$ al año y una obra de cada una que salga de la imprenta, que esto es mucho para no tener que escribir sino cuatro cartas al mes. Verdad es que ellos me pagan un crédito y no mi trabajo. Además, se me ha propuesto que escriba la agencia general del Mercurio que siempre será de 200 a 300 \$ mes al año. Además del interés pecuniario que me da la colaboración, son incalculables las ventajas que proporciona la prensa cuando la tiene a su disposición. Ya quisieran mil comerciantes dar 6.000 \$ al año para poder disponer como yo a favor de sus intereses de la columna del primer papel de Sud América. He hecho que Darío tome la correspondencia del “Diario” y pronto seré yo redactor del Correo del Sur de Concepción, sin abandonar la colaboración en el Mercurio, y así de esa manera habremos abrazado toda la prensa de Chile al menos la más importante, la más influyente fuera y dentro del país. ¡Todo el mundo sabe lo que quiere decir disponer de la prensa! Yo seré como

el pirata de Espronceda, ¡no me abandone la suerte!³¹⁰ Y veremos lo que somos; ¡nos veremos mundo a la vuelta de pocos años a ver si puedes resistir la fuerza combinada, a la honradez y brío de cuatro corazones jóvenes!

Concepción. 14 de junio de 1854

Mi corazón ha pasado en el último mes por muchas alternativas de dicha y de pesar. Mi diario sabe los últimos sucesos de Quirihue con su desenlace en Quilpulemu, sabe perfectamente las cartas recibidas desde ella en Concepción, mi vuelta aquí y finalmente todo lo que ha pasado entre E. y yo en el mes pasado, antes de sustraerme yo para el Membrillar. Mil veces ha flaqueado mi corazón bajo el peso de otros mil tormentos a cada carta suya, a cada entrevista con ella. Todo eso sabe mi diario porque todo ha pasado antes que yo fuera a la hacienda. He vuelto en los primeros días de este mes, como dije antes, después de haber pasado muchos días muy tristes. ¡Pobre! Ella quiere vengarse, dice, y va a casarse con un hombre a quien por mí y delante de mí, le ha hecho los más vergonzosos desaires, ¡hasta verla yo por su ningún disimulo para burlarse de él! ¡Pobres mujeres! ¡Quieren vengar al entregarse así al hombre que no aman, por torturar al que aman según ellas! ¡Pobres! Un casamiento no es una chanza, es un nudo eterno y por un vil capricho con ellas, los que se hacen infelices para toda su vida. ¡Casarse con el que se aborrece, por venganza de aquel de quien se ama! ¡Infelices, preciso es estar loca, y preciso es E. que tú lo estés, pues que te conozco tu prudencia y buen juicio, superiores a los de todas las mujeres que he tratado! Preciso es que tu despecho te haya ofuscado hasta los últimos átomos de razón. ¡Pero de todo acúsate tú, y a nadie más culpes! ¡Tú, te has labrado esas desgracias por ti sola!

15 de junio

Nunca he desesperado yo en medio de mis propios sufrimientos. Todos los grandes desquicios del corazón, como todas sus locuras de ventura, tienen su fin. Si no fuera así, el hombre no pudiera sentir las transiciones que es en lo que consiste las altas y bajas del corazón a que nosotros en nuestro modo de explicar llamamos dicha o pesar. Yo he pasado los días de tortura y de lucha y hoy, gracias a Dios, atravieso los de calma, aunque no pueda decir de dicha porque la transición no ha podido ni puede ser tan repentina.

³¹⁰ José de Espronceda, “La canción del Pirata”. Ver entrada del 27 de junio de 1852.

Mi corazón ha tenido que ceder a los irresistibles llamamientos de otro de quien se había desviado para ir derecho en busca de otro que reunía en sí las simpatías del pasado y los encantos del presente. Mi diario sabe la historia de ese amor, su argumento, sus excesos y su desenlace único que debía tener, ¡caso el más sencillo y natural, viéndolo bien! Hay ahora un nuevo encanto, un nuevo no sé qué, que yo no me atrevo a llamar pasión pero que tampoco puedo negarle el nombre de amor. El estado del corazón de cada hombre es el mejor termómetro para pesar su facultad de amor. Si su estado es feliz, los halagos del amor rebotan en él, aunque no esté enamorado. Si está triste y torturado, ese corazón admite el bálsamo del consuelo y si la persona que lo derrama es una mujer y si esa mujer es joven y hermosa, está dicho todo ... en vez de derramar consuelo, vierte el amor, gota a gota, envuelto en los disfraces de palabras amigas que van derecho al corazón. Tengo experiencia en esto. Pienso, había mucha simpatía, mucha inclinación, amor si se quiere, hacía Pepita desde un año, pero jamás había sentido antes con mi alma su benéfica influencia. Mi corazón ha sangrado muchas veces bajo el peso del dolor y la tortura de la aflicción del amor y sus venenos de miel, con esas circunstancias y la he visto, me he presentado a ella, y cada una de sus palabras de amor han caído sobre mi corazón como gotas de purísimo rocío sobre suelo polvoroso y sediento. Su amor tiene otros encantos, porque en medio del orgullo de su sensatez, su corazón deja ver para mí como un libro. ¡Su amor es franco y sincero, no me engaño, porque yo no le conozco sus confesiones en demasía, sus palabras hacia mí con la maldita destreza del práctico en amores! ¡No! Yo no gozo en oír lo cándido de sus palabras cuando pinta su amor, como la domina, como la hace sufrir y llorar a veces. “Dios mío, me dice, no quisiera verlo más bien cuando Ud. está formal conmigo, cada palabra me quema el corazón y quisiera llorar aún delante de todos. Muchas veces mi papá me pregunta por qué estoy triste y por qué no quiero estudiar y yo tengo que mentir por no decirle la verdad”. En estos últimos días he sido muy feliz, muy acaso todo cuanto es posible serlo habiendo estado tan pocos días ha de un sacudimiento tan horrendo para mi corazón.

Talcahuano. 16 de junio

Me voy a Valparaíso esta tarde y me voy feliz porque mi corazón está lleno de pruebas de afecto y de ternura. Él vive de eso, qué hacerle. La gloria, la riqueza, los honores no le hacen mella, pero los sentimientos afectuosos lo doblan siempre como lo doblan los reveses en la amistad o el amor. En estos últimos días he recibido las más inequívocas pruebas de amor de ella, y las más positivas muestras de estimación pública. Concepción puede decirlo con orgullo, me pertenece en cuanto al afecto de sus habitantes, desde la primera categoría hasta el último mendigo. He podido notarlo, frailes, clérigos, viejos, jóvenes, militares, políticos, opositores y ministeriales, todo el mundo me ha dado pruebas de una estimación que acaso no merezco.

He recibido cartas del obispo Salas llenas de palabras cariñosas y con algunos encargos que trataré de cumplir.

El señor intendente Sotomayor me distingue como uno de sus mejores amigos. El Comercio me respeta, y los jóvenes me honran todos con su amistad. En los bailes y reuniones de cualquier clase, mi voz va delante. Acaso es el prestigio del escritor que se encima en el parecer de todos para ser requerido y buscado. Acaso cada uno me lisonjea porque cree necesitarne alguna vez. Sea de ello lo que fuera, soy feliz con ser estimado así.

Valparaíso. 20 de junio de 1854

Hace algunos días que llegué de Concepción y me encuentro en Valparaíso. Vine en el Vapor Nueva Granada y tuvimos un muy buen viaje. A bordo viene el presunto novio de Ernestina, según se dice, a proveerse de los necesarios domésticos para su casamiento. Él parece muy feliz ... ojalá lo sea, no le tengo envidia ninguna, sé que no será amado. Los editores del Mercurio me dieron anoche una comida como al colaborador más popular del papel. El novio fue invitado por mí a tomar una copa a la salud de su futura ... ¡el buen novio admitió y brindó conmigo! ¡Qué farsa! Yo brindaba de buen corazón al recuerdo de mi amor y a los goces que él me proporcionó, él brindaba a los futuros goces que se prometía. ¡Pobre E.! Tengo conciencia ante Dios que tú no serás feliz. Ese hombre es indigno de ti por más altamente puesto que esté; yo lo sé y tú lo sabes, no lo amas, le aborreces, al contrario. ¡Dios te proteja! ...

He cerrado trato con los editores del Mercurio para imprimir El Manual del buen tono, y hemos ajustado de la manera siguiente. Se imprimirán dos mil ejemplares que se venderán a 1 \$, de ello se sacarán los gastos de impresión, 200 \$, y del residuo nos partiremos, quedando la propiedad del libro a mi favor para imprimir de mi cuenta siempre que yo quiera.³¹¹ Quedo más que nunca bien acreditado con los editores del Mercurio, lo mismo que con todos los que están a la cabeza de la prensa pues todos me conocen ya en mis trabajos periodísticos. He tratado también con Fornero para las agencias del sur de la República y quedan cedidas a mí con el 10 % de comisión y de los pagarés de la casa que yo cobré con 5 %. Estoy, pues, contento, la prensa es nuestra hoy. Darío tiene la colaboración del sur en el Diario, yo tengo el Mercurio y el Correo del Sur, con que nos podemos llamar dueños de la opinión de la prensa. ¡Gracias, Dios mío! Concebí este plan y hace tres años que lo he trabajado en silencio montando de escalón en escalón sin que nadie se aperciba de ese trabajo, tan lento y sostenido. Hoy, gracias a Dios, he conseguido lo que quería, puedo servir a mi país porque la prensa de Chile ejerce en la República Argentina y

³¹¹ No hay ningún ejemplar en la Biblioteca Nacional de Chile o de Argentina aunque sí aparece en catálogos de la época.

en todo Sud América una gran influencia, ¡me versaré en todas las cuestiones de interés público y me haré conocer, al fin, de todos, al mismo tiempo que me abro una carrera y un porvenir!

21 de junio

He vuelto apenas llegué a casa de mis antiguos camaradas. He tenido la misma suerte que antes. ¡Soy amado con la misma franqueza y pasión que antes, Dios mío, he pasado algunas noches muy felices! ¡Qué hermosa criatura es! Pocas he conocido de una hermosura más fresca y más brillante, y ¡qué suerte es el poder decir soy dueño del corazón de esa mujer en todas sus partes! Anoche tuvimos un paseo de capricho a una trilla a gozar de la claridad de la luna. ¡Cuánto goce! ¡Cuánto amor, cuánta pasión, cuánta confesión! Qué hermoso es tener una querida al lado en medio de una noche hermosa en que todo es poesía y todo es amor hasta el mismo silencio de la noche. Florentina me ha regalado anoche una hermosa trenza de su pelo y un medalloncito conteniendo su retrato. ¡Qué linda estaba al darme esas prendas llena de pudor y timidez! Yo tenía allí mi guitarra y le pagué su amor, haciéndola llorar de conmoción, tocándole la Lucía y algunas otras variaciones. Habla tanto mi guitarra que cuando a mí me falta algo para decirles a mis queridas, ella me suple ... ¡a veces ella habla con más elocuencia! ¡Soy muy feliz con ella!

Santiago. 23 de junio

Salí de Valparaíso ayer y estoy hoy en Santiago a las doce del día. Qué sorpresa he causado a mi tío Gabriel y Constancia que no pensaban en verme. Los he encontrado buenos y me han llenado de obsequio como siempre. Mi tío me ha aprobado una porción de proyectos, está contento de mí y de lo que hago. Me basta este distinguo y respeto mucho su opinión.

A la una he ido a casa de mi antigua conocida y amiga en Concepción y en mis demás excursiones del Sur. Mi diario la conoce, pues que ella ha figurado ya en la historia de mi corazón. Qué sorpresa tan agradable tuvo al verme, pues no sabía siquiera que hubiera estado por venir. Siempre la misma, me lloró un poco y hubo quejas y qué sé yo, pero ¡un beso lo arregla todo! Es tan poderoso un beso después de una ausencia de seis meses para arreglar cuentas como las mías. Pero ¡qué diablos! ¡Cómo evitar y cómo cerrar las puertas a mi corazón para que no corresponda cuando te aman, cómo ser sensible a las bellezas de tanta hermosura! Estará corrompido mi corazón porque se agranda como el de Salomón a que a muchas beldades obsequia gustoso, ¡somos así y sólo yo lo confieso! ¡Oh! Si fuéramos a ver la conciencia de todos, como yo patentizo la mía en mi diario, creo que no habría quién me tirara una piedra y que quedaría absuelta en mis pequeñas picardías ...

25 de junio

Son las doce del día en que estoy en mi cuarto listo para marcharme a Valparaíso. He hecho cuanto tenía que hacer, he tomado de mi tío para Navarro y Ocampo 8.000 \$ a interés y he quedado también expedito en otros asuntillos que traía aquí. He estado con ella sólo una hora. ¡Dios mío, qué bien empleado el tiempo! Qué hermosas son las conquistas cuando cuestan mucho, qué hermoso es, por Dios, el rendir la altivez y el orgullo soberbio de una hermosa. ¡El amor tiene entonces dos encantos, el de la pasión que se llama amor, y el de la vanidad satisfecha!

Anoche estuve en el teatro y me encontré con mis primitas las señoritas Lunas. ¡Qué hermosas estaban las chicuelas y qué amables!

Concepción. 14 de julio de 1854. Corte y su concurso

Volví de Valparaíso el 5 del presente y desembarqué en medio de un temporal lo mismo que el año pasado. Varios amigos fueron a Talcahuano a encontrarme, entre ellos, Sotomayor, hermano del intendente y gobernador de la Provincia. No encuentro novedad alguna ni en mis relaciones ni en mis negocios. Estoy más que nunca contento y satisfecho de mis amistades. En cuanto a mis relaciones íntimas, cada vez hay más amor, cada vez mayores pruebas de su parte. Pepita me ha contestado, si se puede decir, el hecho de haberle creído sus promesas e ínfimas concesiones. Si las torturas a las que llamamos muestras y pruebas constituyen su dicha, y la verdad misma del amor para nosotros, yo soy muy feliz porque tenga de ella todas esas pruebas. En estos días hemos establecido tertulias y particulares, un día en cada casa y la pasamos perfectamente. Soy muy feliz también en la armonía con que me han brindado todos los jóvenes de Concepción, ninguno sale de mi círculo.

En un ruidoso concurso de Corte importando 50, o 60 mil pesos, el juez de letras en reunión de acreedores me ha nombrado síndico de esos intereses con facultad de ponerlos en administración o cuidarlos por mí mismo. Entonces, en esos intereses hay haciendas de gran valor. Yo correspondo a esa confianza pública rindiendo cuentas cada mes por más que no las piden.

17 de julio. Mementos

Mi diario conoce el amor de aquella hermosura, amor que me ha buscado y me ha arrastrado más bien que sido buscado por mí. Ese amor, que tuvo sus desenlaces allá en los primeros días de marzo del 53 y que, como en mi diario, me persigue de nuevo como me persiguió entonces.

Yo tiemblo más con una mujer enfurecida por creerse olvidada o abandonada ... que al diablo mismo. Son capaces de perderse, por perder a aquel de quien creen vengarse. Pues hoy me rindo a esos temores y satisfago caprichos de esa hermosura por quien yo suspiré una vez, y por quien miles suspiran hoy. Así son las cosas, me diera por dichoso con librarme de sus caricias y otros dieran mitad de su vida por sus caricias. ¡Qué diablos, anomalías del amor! Pero estoy en el deber de pedir perdón a mi corazón y a mis afecciones puras y legítimas de que me ocupe un instante de ese asunto. Pues ya he dicho para satisfacción de las afecciones legítimas de mi alma, mi corazón no toma parte y no hago sino sucumbir a necesidades creadas por una calaverada. ¡Dios mío! ¡Y es tan hermosa ella, y tan llena de un millón de atractivos! ¡Es tan querida, tan festejada! Así es el mundo.

22 de julio

Mis negocios gracias a Dios siguen viento en popa. Encuentro suerte en cuanto pongo mano y todo me sale bien. Digo mis negocios porque aún continúo separado en mis propias ocupaciones y trabajos. Mis negocios de campo desde que tomé la hacienda del Membrillar me han salido perfectamente. He fundado magníficas relaciones en todos los departamentos vecinos al Membrillar, todas las personas de los pueblos a la redonda me buscan y consultan, les sirvo y me sirven cuando los ocupo. En estos últimos tiempos he hecho algunos negocios que me han salido perfectamente bien.

Chillán

He estado en Chillán, y mis antiguas amistades allí siguen más estrechas que nunca. Jamás he reñido. Qué recuerdos he resucitado allí. Aún hay calor en las cenizas de aquellos pasados amoríos. Carmelita dice que me amaba en secreto sin imaginarse nunca que yo fuere capaz de corresponderle. ¡Vaya! ¡Si le comprendía! ¡Y qué hermosa chiquilla es! Sin embargo su estado es un veto a toda pretensión que no sea legítima.

Crónica

El presente novio de Ernestina que volvió conmigo de Valparaíso aún no se apura a cumplir su palabra, y sin embargo me ha dado parte ya antes de que el enlace se verifique. ¡Qué locura! El diablo de novio creo que es un tuno. Es un corrompido de orden y su casa en un quilombo

en que se arruinan los jóvenes. Le juega grueso allí y creo que la autoridad quiere de veras tomar medidas sobre este asunto. ¡Pobre ángel! ¡La suerte que te espera es muy horrenda y solo la puedo saber yo y tú porque ambos sabemos que te casas sin amor! Y yo por mi parte sé más que tú; el que te arrastra es un canalla, es un vil corrompido sin principios de ninguna laya, sin carácter, y sin crédito ya. Creo que eres muy infeliz, ¡de veras! Dios mío, ¡por qué la sociedad tiene sus exigencias y por qué no puedo yo protegerte! Yo no te olvidaré nunca porque te amo de veras, y en mi amor hay más de la pasión y el ardor por tu hermosura y tus encantos, hay amistad, ternura de mi parte. ¡Oh! No soy ingrato E., por más que tú lo digas en tus cartas, y el diario lo sabe, no la he dejado de amar, y me vienen frescas a mi memoria las horas de suprema dicha que te debo ... ¡Oh! Dios mío, jamás habrá en mi memoria una mujer más bendecida que tú en todas las horas en que te recuerdo. Sea de mí lo que fuere, yo te amaré siempre en secreto y te amaré como amante y como hermano a la vez, porque no mereces los dos afectos. Pobre E. Yo sé que tú me amarás lo mismo pero no te compadezco para el porvenir.

Familia

Mamita vive y vive feliz con nosotros. Todos los hijos vivimos reunidos hoy y todos estamos consagrados a su dicha. Aún están las cosas con Mardoqueo en el mismo estado y lo mismo Darío con mi tío. Dios dirá cuándo se acabe este estado violento. Mi tío Domingo vive muy feliz con sus hijas y Emilia nuestra querida hermanita. ¡Gracias a Dios!

Concepción. 14 de agosto de 1854

El Correo del Sur, periódico de Concepción, entra hoy a ser redactado por mí por contrata hecha con los dueños de la imprenta. Se me pagarán seis onzas de oro sellado mensualmente, y mi obligación es redactar el papel en jefe y dirigir su marcha quedándome la libertad de redactarlo de donde quiera que me encuentre, pues que esta obligación es lo mismo que la que tengo estipulada con el gobierno del Mercurio, que soy su colaborador desde cualquier parte de la República no señalándose el lugar desde donde debo escribirlo. Así, de esa manera, ni la colaboración del Mercurio, ni la redacción en jefe del Comercio del Sur me impiden mis negocios y correrías por todas partes.

Hoy he dado el prospecto del Correo del Sur exponiendo al público la marcha libre e independiente que va a adoptar el papel, y los intereses y cuestiones que va a ventilar. El Comercio estaba arruinado y dejaba ya de existir pues que no tenía 100 suscriptores en total. He

prometido en mi prospecto muchas y muy útiles tareas para el sur; he prometido amenizar la redacción literatura crítica de costumbres, crítica teatral, política, agricultura, variedades, crónica local, interior y exterior, etc., etc., he prometido mucho, pero lo cumpliré y aún más allá de lo prometido porque quiero que se conozca de una vez por todas de lo que soy capaz cuando para alguna empresa comprometo mi voluntad, mi inteligencia y mi honor.

18 de agosto

El Correo del Sur marcha a las mil maravillas. Se mandó el prospecto a todas partes, y hoy solo de la ciudad tenemos más de 300 suscriptores cuando no había cien en toda la provincia. Los editores se contentaban con 200 por la capital a lo sumo, y a los 4 días ha montado ya a 300 sin contar con los demás pueblos de la provincia y el exterior. Hemos calculado que la suscripción no bajará de 600 y esto no había pasado siquiera por la imaginación de los dueños de la imprenta. Mi prospecto y primeros artículos han merecido el aplauso universal. De todas partes se reciben los parabienes. Está contenta la autoridad, está contenta la oposición, están contentas las niñas y contentos el comercio y los hombres más notables. Dios me ayude nomás a sostener el papel tal cual está montado, porque trabajo como un tostado para dar abasto yo solo a todos los ramos y secciones que he abrazado en mi programa.

20 de agosto

Mi vida ha tomado hoy una nueva paz, habiéndome lanzado de hecho en la vida pública como uno de los redactores de la prensa chilena en el Mercurio y Correo del Sur. Mis quehaceres han doblado, mis tareas son hoy duplicadas pues que tengo a mi cargo la prensa del Sur, la colaboración del Mercurio y mis negocios particulares. La prensa y los trabajos literarios son solo accesorios y de ellos me ocupo a la par que de mis negocios de que forma un ramo de la prensa, en tanto por los sueldos que gano cuanto por el prestigio que con ella se gana. Todos los días, después de haber dado curso a mis negocios, me voy a la redacción y vengo dos horas allí en inspeccionar los trabajos en arreglar, folleterías, crónica, editoriales y comunicados. A veces todo el papel es escrito por mí y cuando no me han tiempo los duplicados trabajos en el día, trabajo de noche. Mi nuevo carácter me ha puesto ya en contacto del resto con los frailes, los clérigos, los militares, los comerciantes, los jóvenes, los obreros, la policía, los artistas dramáticos, etc. Todos vienen a visitarme a la redacción y cada uno expone lo que quiere y lo que

le parece que debo escribir para él y quien no logra reunir en torno suyo toda una población y multitud heterogénea no es un periodista. ¡Lo veremos!

28 de agosto

¡Gracias a Dios marchó perfectamente con mis tareas literarias! La sociedad paga mis afanes, recibiéndome en su seno como el mejor de sus amigos. Me dispensan todos un millón de consideraciones. El estado mayor, es decir, las bellas, me han dispensado ya sus más expresivos homenajes. Todas y cada una de ellas me han dado sus más expresivos parabienes por mis trabajos. Somos tan vanos y pequeños que la sociedad hace de nosotros lo que quiere. Nos gana y nos mimas con solo algunos y mostramos estimación y aprecio. Por mi parte, soy más que nadie sensible a esos halagos, no puedo negarlo, y hoy las manifestaciones que he recibido, en todos los círculos de la sociedad me han dado alas, me han alentado y llenado de entusiasmo y esperanza.

¡Mis trabajos hoy serán dobles porque tengo la única recompensa que quería, el gusto y satisfacción de todos! ¡Qué susto siente ella, Pepita, en oír a toda la sociedad y a las niñas en particular llenarme de elogios, ya sean merecidos o exagerados, y poderse decir toda su gloria y mía porque a mí es a quien ama! ¡En efecto que he merecido subir cien escalones en su cabeza y decir a mi querida, mi gloria te pertenece como mi corazón!

Concepción. 14 de septiembre de 1854. Memento

No es posible dejar de abandonar una mujer a veces. El amor tiene sus amarras, y sus efectos duran más que el amor mismo. Otras veces se equivoca en amar lo que no es más que pasión sensual. Otras veces se ha amado de veras a una mujer hermosa y llena de atractivos, porque es imposible resistir a los encantos de ciertas divinidades, pero ese amor satisfecho en sus caprichos suele amortiguarse y a veces cansar y hasta causa fastidio. Cosas iguales me han pasado y me están pasando prácticamente ahora. Es tan hermosa, tan festejada, tan llena de cuánto puede fascinar la vista y los sentidos de un joven. He ahí lo que me decía cuando amaba con esa ceguera de los primeros días ... Hoy no ha dejado de ser mi hermana, mi protegida, mi adorada de todos los conjuntos e influencias para ser amada, pero el capricho está satisfecho y el fastidio comienza a pronunciarse. Pero ahora entra esa obligación del caballero, la gratitud, que no permite abandonar ni olvidar del todo a quien ha amado y de quien es amado hasta la distracción y la locura. Eso es lo que me pasa a mí ahora. ¡Ella me arrastra, qué diablos! Pero en nada se parece a lo que en mí queda del amor con Ernestina. Ese debió ser cuanto es grande, como es

el amor porque mediando las mismas circunstancias aún la amo como se ama a una querida, a una hermana, a una amiga, como se ama un primer amor, en fin ... Voy a veces arrastrado porque mi corazón no es ya de ninguna de ambas. La E. concluyó, se casará o no, eso es cuento suyo, su matrimonio se ajustó después de mi separación. La amo aún como a amiga y creo que así la amaré siempre. La otra, la que me lleva a mi pesar, ya cayó el ídolo de ese pedestal, no queda pues ilusión ni misterio, queda gratitud o lástima, eso no lo puedo explicar yo. Mi corazón pues no es de ninguna de ellas; ¡es todo de Pepita como es mío el suyo!

16 de septiembre

El Correo del Sur sigue a las mil maravillas. Lleva un mes de redactado por mí, y en todo este tiempo he sido aplaudido por todos. La prensa de Valparaíso ha saludado mi redacción, llenándome de aplausos y elogios. Lo mismo la de Santiago y Copiapó. El Mercurio ha copiado la mayor parte de mis artículos, haciendo mucho panegírico de su importancia. La suscripción de los departamentos ha satisfecho completamente nuestros deseos. El obispo de Concepción y otros personajes me han escrito felicitándome por mis trabajos.

Las bellas me están muy agradecidas sobre todo porque he escrito algunos artículos de costumbre en que abogo mucho por ellas y sacudo el polvo a los jóvenes. Estoy, pues, lleno de satisfacción por ese lado, todas a porfía se disputan mis trabajos para leerlos y cada una se los aplica, ¡qué farsa! José Antonio Torres, famoso literato de Santiago, me escribe llamando su amigo y su colega e invitándome a trabajar de acuerdo ... en política y jesuitismo. Creo que los jesuitas esta vez van a ser ensuciados por la prensa.

He publicado en el Correo del Sur una larga poesía titulada el Copihue, flor muy querida y festejada aquí; flor silvestre pero más hermosa que cuántas hay de jardín. Las niñas se han vuelto locas con sus versos y cada una los ha creído suyos, o se ha visto personificada en la flor a quien tantos cumplidos y apostrofes lindos le hago. Pero la dueña es ella sola, Pepita. A ella se los he dado de acción y de corazón. ¡Oh, Dios mío, y qué bien me los ha pagado! ¡No esperaba tanto! Pobre ángel, cada día adquiere nuevos títulos a mi cariño.

24 de septiembre

Como lo sabe todo el mundo, el 18 de septiembre es el aniversario de la patria de Chile. Él se ha pasado lleno de festejos y fiestas de toda clase. En el paseo a la pampa, al campo de Marte, toda la juventud montada en magníficos caballos y en medio de toda la concurrencia, me eligió su general en jefe para dirigir sus evoluciones. Acepté porque todo el mundo principió a gritar

y decirme que si no aceptaba se me tendría por hostil a ellos. Más de 200 caballeros arrogantemente montados obedecían a mi voz y hacíamos evoluciones como la mejor caballería, con aplauso de toda la concurrencia. Sobre todo fue muy celebrada una carga que dimos a los pasos al escuadrón de caballería que con los demás batallones jugaban al ejercicio. El comandante los mandó cargar, y mi escuadrón que estaba a su retaguardia cargó también, llevándonos en nuestro empuje por delante a los pasos que montaban malos caballos y metimos en ellos tal desorden que todo fue confusión. Esto produjo estruendo y aplausos de los demás batallones y de toda aquella concurrencia de todo el pueblo de Concepción. Allí andaba E ... pobre criatura, me veía figurar a la cabeza de 200 jóvenes y ser el jefe de ellos, ser el héroe de aquella fiesta, y no podía decir como cuatro meses antes ... es mío el corazón y pensamientos de ese joven, ¡me pertenece en todo! Su presunto novio no andaba allí. Creo que antenoche ha sido arruinado en el juego a los dados juntos con otros sobre quienes ha caído ya la autoridad.

Pepita se ha portado como una verdadera Eloísa con el Abelardo. Ayer tuvo lugar el gran baile en celebridad del aniversario y me había prometido darme una hermosa cadenita de su pelo. Cumplió en palabra, y yo recibí en medio de un apretar de su hermosa mano aquella inequívoca prueba de su amor. Pobre, antes de ahora en los días pasados, la hacía llorar mucho con mis cartas llenas de crueldad y acritud por majaderías de las que no me faltan. ¡Pobre ángel!

Concepción. 12 de octubre de 1854. El Padre Esquiú

Hoy llena toda la República Argentina la fama de este joven orador, mi amigo y condiscípulo desde latinidad en el colegio de Catamarca. Ha pronunciado dos hermosos sermones en la Matriz de aquella ciudad, el uno con motivo de la jura de la Constitución y el otro al establecerse las autoridades constitucionales. La prensa de todas partes se ha desatado en elogios preguntando al mismo tiempo de dónde ha podido salir ese famoso orador allá en los rincones de Catamarca. Yo he querido hacer a mi vez un elogio de mi amigo y condiscípulo y responder a esas mil preguntas. He trabajado pues su biografía al mismo tiempo que hago los comentarios de sus obras, doy noticia de su vida con pormenores muy interesantes sobre sus primeros años, sus estudios, su noviciado y demás accidentes de su vida religiosa. El Correo del Sur está publicando desde el mes pasado esos trabajos de que hablo, que he confeccionado yo en obsequio de mi amigo y condiscípulo. El folletín se tituló "El Padre Esquiú, la Religión y el Estado".³¹²

³¹² *El Correo del sur*, entregas publicadas entre el 12 de septiembre y el 5 de octubre de 1854.

18 de octubre

Tengo entre manos en el periódico que redacto la cuestión de indígenas, cuestión grave para Chile y de mucha trascendencia. Mi objeto es patentizar lo ineficaz de las misiones para reducir los salvajes, hacer conocer sus depredaciones, la usurpación de la Araucanía que ellos ocupan, y por fin los perjuicios que resultan a Chile de no incorporar de una vez a Arauco al territorio de la Nación, perteneciéndole en la carta geográfica.

El Correo marcha perfectamente. He publicado en sus folletines varios artículos de costumbres que han sido muy aplaudidos. El Elegante, la Coqueta, La Santurrona, El cura de misa y olla, y otros por este estilo. Todos están contentos con la publicación que cada día aumenta la suscripción y me hacen protestas para que no deje jamás la redacción del papel. Ellas por su parte están satisfechas y tan contentas de mí, que me prestan distinciones muy marcadas y que yo recibo lleno de gratitud.

Ernestina ha estado en casa anoche. ¡Dios eterno! No creía que su visita me hiciera tanto efecto. Sigue siendo la amiga de mi hermana y se visitan siempre. Yo fui quien las recibí a E. y su hermana mayor. Una alegría imposible de ocultar se vio en el semblante de E. al estrechar mi mano, y sus palabras tan temblorosas e inciertas, tan tímidas y cortadas ... todo, todo me prueba, ella me ama y me ama con locura como yo, me ama, yo lo sé, como que ahora estoy escribiendo esto. ¡Sí, no me cabe duda su amor, su pasión es doble, hoy de lo que era en aquella bendita y venturosa noche de Quilpulemu en 18 de febrero, en esa noche la más hermosa de mi vida, y la más hermosa también que han alumbrado los cielos con la brillantez de su luna, y la que campeará en mi imaginación mientras yo viva! ¡Dios eterno! ¡Qué noche! ... Pero volvamos a ella. Yo la recibí y me senté junto a ella con toda aquella fría y glacial política que forma a veces contraste con la ternura y latidos de corazón. Un mundo de ideas y recuerdos pasó por mi memoria como debió pasar por la suya. Seis años de amor y de ventura pasaron por nuestra memoria desfilando como los soldados de un ejército en revista, uno a uno con sus sentimientos, sus goces, su tristeza, sus llantos y sus horas de placer. ¡Seis años de amor que están lejos ya! Miento, ella y yo nos amamos más que nunca, y yo solo sé que ella se casa por capricho y por venganza, ¡pero que en el alma, su corazón y toda ella me pertenecen! A propósito al tunante, parece que se da a conocer y que ella misma renuncia a su venganza porque no sabía hasta dónde era indigno y villano el hombre a quien quería sacrificarme en medio de su despecho. ¡Pobre ángel! Yo estuve con ella unos 15 minutos hasta que vino mamá y mis hermanitas, ¡y me salí del salón inmediatamente y no las vi más! Dios mío, quién lo creyera ahora. Tanta distancia y no hacen sino algunos meses que yo contemplaba la inmensidad de los cielos en sus brazos ... en una noche de luna, noche de verano en que sus manos corrían por mi frente y jugaba con los rizos de mi pelo, meses nomás a que pasábamos largas horas de placer y de amor sentado el uno al lado del otro y sin más testigos que nuestro amor ...

meses nomás a que pasábamos días enteros inventando caricias y títulos y denominaciones de ternura con que apellidarnos ... ¡meses nomás a que pasábamos los días sentada ella al piano y yo con mi guitarra como dos seres nacidos para mantenerse el uno del otro! ¡Y hoy qué distantes estamos!

Concepción. 28 de octubre de 1854. El 25 de septiembre de 54 y el 20 de marzo del 53

Mi diario sabe lo que pasó el 20 de marzo del 53, y es preciso que sepa también lo que ha pasado el 25 de septiembre de este año. Mardoqueo ha pasado por un suceso en que no ha hecho más que su deber como caballero, pero que algunas gentes enemigas suyas han desfigurado, infiriéndole algunas calumnias. Esto lo ha afectado de tal manera que ha estado a punto de perder el juicio, porque ninguna desgracia le afecta tanto a él como el que se diga o comente sobre su honor. Mardoqueo vivía casi aislado desde el suceso aludido. Yo no había cambiado una palabra con él desde un año antes, desde el 20 de marzo del 53. El 25 del mes pasado estaba yo en el cuarto de mamita, y de repente oigo unos sollozos y palabras tan lastimeras, que sin saber de dónde provenían, o mejor sin averiguar quién las arrojaba, y animado solo del amor fraternal, me lancé a la sala que estaba a oscuras y recibí en mis brazos a Mardoqueo, que había intentado caer de rodillas ... “Yo, soy yo, Mardoqueo, ¡tu hermano que vuelve a ti cuando infeliz!”. Un mar de lágrimas nos bañó a los dos. No es esto todo; llegó mi tío y se reunió a la escena llorando, y después llegó Darío y abrazó a mi tío con quién por frioleras estaba en entredicho desde más de un año y medio. ¡Dios mío, que escena tan feliz y tan grande la que siguió! Por eso es que quiero recordar el 25 de septiembre.

Concepción. 17 de noviembre de 1854

Salgo a las 10 del día para el Membrillar y Chillán. Me lleva a Chillán el arreglo de varios asuntos entre otros el de entenderme con doña Mercedes sobre la cuenta de gastos de su pleito, y la otra el de ver al Dr. Juan Molina, que ha quedado en darme 2.000 \$ a intereses y que habiendo muerto, han firmado tal vez como recibidos por mí cuando solamente hablamos del negocio.

Dejo a Darío por los ocho días que falte, encargado de separarme la Crónica local del Correo del Sur. El periódico va magníficamente y va mejor por lo contento que tengo a todos con la redacción.

Llevo al Membrillar a Aníbal, venido en el Jesús María, un buque nuestro. Este muchacho va a pasear al Membrillar y servirme de compañero en mi viaje.

Chillán. 20 de noviembre de 1854

Estoy en Chillán desde ayer, lugar de felices recuerdos, lugar de mis primeros ensayos, mi teatro, en una palabra, en que tantas escenas he representado, ya cómicas, ya trágicas y dramáticas. Por lo pronto estoy contento de mi experiencia. He visto al Don Juan Molina, de quien me habían dicho que era muerto. Está mejor ya y probablemente sanará muy bien. He arreglado con él el negocio y creo que será despachado luego. Solo me resta cobrar a la Sra. Arriagada, y son unos dos mil pesos. Creo que me veré en la dura necesidad de retener en la cárcel a Lera, al menos los síntomas así lo indicaron.

El Dr. Agustín Méndez no está aquí, pero fiel a mi amistad he alojado en su casa y siempre he encontrado la misma franqueza, la misma amistad paternal en la casa, la misma distensión en las muchachas. Es la primera vez que veo a Carmelita después de su casamiento; las primeras palabras que hemos cruzado han sido muy embarazosas. ¡Oh! ella recuerda aún que me ha querido mucho y que yo la he amado y respetado también, como a ninguna mujer quise. Soy el mismo para la casa, la misma estimación y ternura de parte de doña Juana Paula y el mismo interés paternal de parte de todas las muchachas ... ¡pobre criatura! Hoy me decía que nunca llegó a figurarse que yo la hubiera amado. Que creía era una dicha tan grande para ella que no se la quiso figurar siquiera porque no le fuera a salir falso. Y veo que ella no es feliz ... ojalá lo sea en adelante cuando la familia venga a ser su segunda vida.

21 de noviembre

Está aquí la de la aventura del 22 de julio, pero no la he visto. Las cosas han volado de manera a hacer difícil una visita con los resultados de aquella del 22 de julio. Cría a su hermoso niño de 7 u 8 meses tan hermoso como ella, según dicen, yo no lo conozco. Su marido no está aquí por eso no he pensado visitarla para conocer siquiera ese hermoso niño tan ponderado. El marido no es muy hermoso que digamos, si el niño es lindo habrá salido a la madre ... ¡A propósito! Un casamiento hecho en Quirihue en marzo ha dado de producto un hermoso niño en junio. Ni cincomesino por Dios. Soy conocedor de esos antecedentes, que por un lado se ligan con los de 18 de febrero que conoce mi diario ... ¡Oh! *misterium absconditum in equanlis a Deo*³¹³. Es mejor que no le cuente nada de esto a mi diario ... Ella y la hermana de E. y yo mismo no darían bola con el asunto aunque creo comprenderlo.

³¹³ *Un misterio escondido por Dios*. Traducido del latín.

Membrillar. 22 de noviembre

Después de tres días de permanencia en Chillán, vuelvo al Membrillar y me encuentro a la Candelaria en casa, mi antigua sirvienta en California que ha venido a visitarme con su marido. He arreglado mis negocios con Molina y llevo los pagarés para que se me entreguen los dos mil pesos. No tengo costumbre de que me vaya mal jamás ... así es que estoy contento de mi expedición y me vuelvo mañana a Concepción después de haber honrado completamente mis miras en mi viaje.

Se me esperaba ayer en el Portezuelo porque había corrido la voz que yo estaría allí para hallarme en la fiesta, pues Aníbal había dicho que yo había prometido volver precisamente. Muchachas y amigos me esperaban impacientes y había lustro, mucho, muchísimo, estoy seguro. Pero antes el deber que el placer, y antes la obligación que el amor. Mis trigos están perfectamente buenos y espero una gran cosecha. Todo va bien en la hacienda.

23 de noviembre. ¡A la República Argentina!

Son las cuatro de la mañana en que salgo para Concepción. Acaso no volveré a la hacienda hasta el año que viene y no seré yo, por supuesto, quien haga la cosecha este año. Me voy a la República Argentina porque es preciso que vaya y no deje morir el nombre y el prestigio de la familia Navarro en mi país. Lloro sangre mi corazón al separarme de Chile, pero es preciso, no hay remedio. Mi propia fortuna así lo quiere, y es preciso llorar un rato para gozar un año. Adiós, pues, orillas del Itata tan fecundas en memorias queridas para mí. Adiós orillas del Ñuble, adiós Gachupín y tantos lugares donde quedan mis recuerdos y mis esperanzas. No os olvidéis de mí, en un año, sedme fiel como os prometo ser ...

Concepción. 9 de diciembre de 1854. Un Palco

Hace algunos días que está aquí la famosa compañía de Rondón que ha dado ya algunas funciones teatrales. El director me mandó de regalo un palco como el redactor del Correo del Sur. Cree amarrarme las manos con un palco de 60 o 70 \$, valen bien algo, pero no un redactor imparcial que debe hacer la crítica de las buenas o malas piezas, de los buenos y malos actores.

13 de diciembre. Tomasita, Samuel y Aníbal

Debía salir yo mañana para la República Argentina, embarcándome en el Nueva Granada para ir a Valparaíso, pero ella ha conseguido esta vez, concediendo a su turno, el que yo me quede hasta el 23 para irme en un buque de vela con Tomasita, Samuel y Aníbal que se encuentran aquí desde el 5 de octubre pasado. Qué bien me ha ido en estos últimos días con ella. Tomasita me ha sido buena hermana y buena amiga. En estos últimas noches de lustro he quedado muy contento, a pesar de que ha habido lágrimas de por medio, lágrimas tuyas al saber mi expedición a la República Argentina. ¡Pobre ángel! ¡Pobre Pepita! Temo no sé por qué, me decía, se vaya allá, no temo que me olvide, ¡pero no tengo esperanza de que vuelva pronto y entonces, tan sola, tan sin ninguna persona que ame y me haga cariño a cada instante! Demás está decir que yo sentía sus palabras como puñaladas, pero he tenido que consolarme primero para entrar a consolarla. Dios mío, amo mucho a esta criatura y es tan digna también de ser querida.

Una plata de clavel

Cada vez más tengo pruebas de su amor y del sincero afecto que me profesa toda su familia desde el padre y su esposa hasta el último de la casa. Qué feliz es uno cuando es querido así y cuando encuentra una segunda familia en el amor de los extraños. La madre me ha mandado una planta de clavel de regalo con más de 100 claveles floridos matizados de blanco y amarillo, lo más precioso que puede verse. Ella, por su parte, me ha regalado algunas plantas más de las de su jardín. ¡Cuánto mérito tienen para mí!

20 de diciembre

Me preparo desde hace muchos días para mi expedición a la República Argentina. Me despido de todos mis amigos y arreglo todos mis asuntos comerciales y litigiosos. ¡Cuántas simpatías dejo aquí! ¡Cuántas amigas, cuántos amigos y compañeros de samba! Jamás me había conformado ni resuelto partir sin tener la conciencia de que mi viaje no ha de durar más que cuatro meses a lo sumo. ¡Oh! sin eso, ella misma no me habría dado licencia. Veamos pues el balance que dejo aquí para tomarlo cuando vuelva y notar las diferencias. De Pepita es en vano repetir, nunca mujer alguna ha amado como ella al menos de las que yo conozco ...

Antuca, la del amor a fuerza, la hermosa y apetecible criatura, la Vermeulen, la del 16 de abril del 53 queda así, queda siendo la mujer enamorada y firme hasta en su modo de amar. La celosa

siempre de sus derechos y los disputa siempre, no se deja usurpar sino cuando ya ve que es imposible. Me he despedido de ella como en el 16 de abril, qué buena amiga y qué lindo corazón. Verdad es que Dios no hace feos cosas con almas de oro, regularmente las feos como no están contentas con su suerte, lastiman y son de mal corazón.

E., la del 18 de febrero, la de Quilpulemo. Infeliz, no quisiera recordarla, me lanza el corazón. Pero es ella quien se ha labrado esa suerte, es ella quien lo ha querido por no dejar de ser mujer como las demás. El canalla ha hecho lo que yo pensaba después de comprometido, se ha mandado mudar. Pero qué imbécil. La abandonó, y para soñar siquiera con el amor de E. dijo que se casaban por razones que sabe mi diario aceptó ella, y después él se arruinó, se descubrió lo que es, se fugó sin haber obtenido más de ella que el que prometió ser su mujer. ¡Pobre! Quería, llena de despecho, presentarme su propia desgracia, su casamiento, para hacerme sufrir, ¡infeliz! ¡No me causaba celos! ¡Sabía que no le amaba! ¡Sabía que me amaba más de lo que cabe en lo posible en una señorita, en una mujer! Hoy pues, ella es doble infeliz. ¡Oh! del fondo de mi corazón yo deseo que seas feliz. Te amo y te compadezco, por más que veas en mi semblante una glacial indiferencia.

La del vestido a la bandera argentina dice que no usará más festejado vestido mientras yo vuelva. Qué preciosa criatura, qué amable y ardiente es ... ¡Oh! es muy buena para amiga, es *comme il faut!*³¹⁴

23 de diciembre

Dejo a Darío apoderado general para todos mis asuntos. Le dejo instruido en los negocios del Membrillar, en los asuntos de Acuña, de Juan Molina, en los del concurso Corte y también queda encargado de la correspondencia del Mercurio, mientras yo estoy ausente en la República Argentina, desde donde seguiré siendo el colaborador del Mercurio según convenio. Le dejo plenamente instruido y autorizado para que gestione mis asuntos.

Anoche me despedí de ella, fue la noche de la cena antes de la despedida. ¡Dios mío! ¡Cuánto hemos tenido que decirnos, cuántas protestas de amor! ¡De veras se necesita valor para separarse de un ser de quien es amado y a quien se ama con todas las fuerzas! “Tiemblo, decía, cuando me imagino que va a faltarme por tanto tiempo, no sé por qué no puedo resignarme a que se vaya tan lejos y por tan largo tiempo”. ¡Pobre ángel! Queda segura, tus últimas palabras de tu billete “te amaré toda mi vida” van gravadas en mi alma. Yo también te amaré siempre, sea de mí lo que fuere.

³¹⁴ *Como se debe.* Traducido del francés.

Valparaíso. 1 de enero de 1855

Nos embarcamos en Talcahuano el 23 a bordo de un hermoso buque de vela y llegamos aquí con la mayor felicidad el 27 a la mañana. Veníamos a bordo Samuel, su Tomasita, yo, Aníbal y Amelia, que aunque de un [ilegible] ya por persona.

Estoy pues en Valparaíso desde el 27, y he pasado ya días muy felices después de ocuparme de mis aprestos de viaje, el cual debe realizarse en muy pocos días más. Mi antigua amiga y toda su familia están buenos, y ella es siempre la misma criatura amante sin dobles, la misma querida, llena de ternura, la misma belleza sin quebranto ni desprestigio. Qué hermosa criatura es y qué buena. ¡Florentina! Tu nombre lo dice, eres flor, eres rosa florida en mañana de primavera. Fui a su casa al día siguiente de mi llegada y como estaba ya oscuro, salió ella misma a preguntar quién era. Al verme me equivocó con su cuñado. ¡Oh! y se precipitó en mis brazos ... yo la recibí dándole las gracias aunque fuera el abrazo equivocado, pero al verme dio un grito formidable y corrió adentro avergonzada. Toda la familia se volvió un alboroto ya con el placer de verme llegar y haciendo idea a Florentina por su chasco. Mucho me temo que la equivocación haya sido de intento.

4 de enero

Hoy he tenido uno de los días más felices que puedo esperar gozar en Valparaíso. Fuimos a un cerro por pasatiempo y por aprovechar la noche más hermosa que he visto en mi vida. Nos encontrábamos a lo más alto del cerro llevando provisiones para tomar mate allí. Qué felices hemos sido. Cuánto goce en esa escena campestre sentados todos sobre la paja, y ella más hermosa que la misma luna recostada a mi lado jugando como juegan los niños. Miento, no eran tan inocentes nuestros juegos. Las últimas prendas de amor con su retrato y unas flores que me dio allí mismo como reliquia que debe acompañarme con mi viaje a la República Argentina. Dios mío, ¡cuántas protestas de amor! ¡Cuántos juramentos, cuántas caricias! Pobre criatura, la amo mucho pero creo que sufre ella más que yo con nuestra separación.

Quillota. 6 de enero

Son las 5 de la tarde en que llegamos a Quillota habiendo salido de Valparaíso con el Sr. Don Fernando Arias a las 12 del día en medio de un calor horrendo. Ambos viajamos para la República Argentina. Yo llevo en mi viaje mil y un objetos fuera de los imprevistos. Debo hacer mucho allí, es un viaje en que llevo puestas mis esperanzas porque vuelvo a mi patria después de

11 años de aprendizajes, experiencia y viajes en el exterior, vuelvo, decía, a ver que no se olvida el nombre de Navarro fundado por tan beneméritos hombres. Llevo el poder de todos mis hermanos y el de mi madre para recibir las casas, las haciendas y demás intereses pertenecientes a los Navarro y disponer de ellos a mi antojo o según mejor lo creyera conveniente. Así mismo llevo los poderes de todos los Ocampo para recibir sus casas, sus haciendas y demás intereses y darles igualmente el empleo que yo quisiere. Eso en cuanto a lo que llevo en vista, no sé lo que haré además de todo esto ... ¡Algo creo que voy a mover allá!

El Mercurio

Me tendrá siempre entre sus viejos colaboradores. Por un nuevo convenio seguiré siendo en la República Argentina el colaborador para escribir cuánto yo quiera, desde dónde crea conveniente y sobre todo, lo que a mí se me venga a las mientes. Con fecha 3 del presente mes el Mercurio ha publicado un folletín haciendo el elogio del Manual del Buen Tono y recomendándolo como una obra importante para los jóvenes que se educan. Allí mismo el Mercurio me hace justicia y me tributa muchos elogios como uno de sus más antiguos colaboradores. El buen tono acaba de imprimirse, y he tenido la satisfacción de regalar algunos ejemplares de la obra perfectamente bien empastados a mis amigas de Valparaíso. Florentina recibió su presente con todo el gusto que le fue posible demostrar, fue la correspondencia de su retrato y como memoria mientras yo volvía a la República Argentina. A Concepción he remitido un ejemplar con una parte de lo más rico que he podido hacerle, va dedicado a la señorita Pepita Sanders.

Domingo 7

Anoche tuve el gusto de encontrarme aquí con las señoritas Riveras, mis antiguas amigas a quienes conoce mucho mi diario pues Malena y Matilde, que están aquí, son hermanas de Dorotea cuyo nombre figura en más de una página de mis primeros pasos en el mundo. Mu-chísimo placer demostraron al verme. Qué lindas están todavía, y qué ...es mejor callarlo ... son tan seductoras. Anoche mismo nos reunimos aquí con dos jóvenes ingleses que hacen también el mismo viaje con nosotros a la República Argentina. Ellos son míster Miller y míster Nelson.

Anoche hemos pasado por la noche en el Teatro, diremos pues se ha dado aquí una magnífica función de volatines por aquel negro Sánchez que ya otra vez encontré en Concepción a mi vuelta de California. Quillota es el paraíso de Chile, el paseo fabuloso de los *dandys* de Valparaíso y Santiago en el verano. Más amores y aventuras ha visto este pueblo que pelos pueblan

mi cara. Aquí se han desarrollado dramas comentados en las capitales y que han tenido su desenlace en estos paseos, desenlaces más o menos escandalosos, desenlaces más o menos romancescos ...

Son las siete de la mañana en que salimos para San Felipe, la comitiva compuesta de los señores Miller-Navarro-Arias-Nealson y nuestros sirvientes. Yo llevo siempre a mi inseparable Gregorio que ya ha hecho conmigo la campaña de California. Llevamos la intención de llegar hoy a San Felipe aunque sea matando caballos. Vamos por caminos hermosísimos, llenos de poesía y escenas las más pintorescas. Ya tendremos peores caminos en trueque.

San Felipe. 9 de enero de 1855

El mismo día 7 que salimos de Quillota, nos adelantamos con el joven Miller a las 4 ó 5 leguas para ver si podíamos llegar a San Felipe y aprestar arrieros antes que llegasen nuestros compañeros. Hemos venido por el camino muy divertidos y pasando por mil parajes hermosísimos donde ahora diez años recuerdo estuve con mi familia cuando pasé a Chile desde mi país. Galopamos casi todo el día sin interrupción alguna y sin conocer el camino. Pasamos ríos, cuevas, pantanos, y muchos malos pasos, pero al fin llegamos a San Felipe a las cinco de la tarde. Fuimos derecho a casa de Don Sinforoso Navarro, más por recuerdo de que allí alojé diez años antes que por deseo de quedarme allí. Eloy, mi antiguo compañero de California, y su hermano, me enseñaron la Fonda Francesa, y aquí estamos desde antes de ayer, pero ya muy próximos a salir en marcha después de haber contratado nuestros arrieros.

¡Y va de aventuras! Una hora después de llegado aquí, vino Sabino Ovalle a convidarme a una tertulia donde me dijo me presentaría como a su mejor amigo, etc., pues se daba una hermosa tertulia esa misma noche. Rodando la conversación, me dijo el nombre de la persona que daba la tertulia. ¡Poco faltó para que yo saltase del asiento al oír ese nombre pues jamás se me había figurado cómo ni a qué se podría haber venido allí a esa persona que tanto ha figurado en la historia de mi vida, persona tan querida, tan amada, tan ...! ¡Pues nada más cierto, estaba ella aquí Trinidad y era a ella a quien querían presentarme! Dios mío. Ella, que daría un mundo por ver a su amigo acaso preferido, había de admitir que le presenten al que tal vez tiene más títulos que todos a su estimación. Desde luego me vestí como suelo vestirme cuando quiero parecer bien y le dije a mi amigo, “muéstreme su casa y déjeme que yo quiero sorprenderla”. En efecto, entré a la casa envuelto en mi talma, me entré hasta el patio en medio del cual había un hermoso jardín. Me afirmé en la reja y esperé. La suerte quiso que al mismo instante saliera ella de una pieza y fuera a atravesar el patio pasando cerca de mí. ¡Dios mío, ella me hacía a 200 leguas, y olvidándome tal vez, estaba allí, iba a rosar su vestido! Al pasar pues cerca de mí, la llamé por su nombre y me presenté a ella ... ¡Ahogó un grito de sorpresa, y cayó casi desfallecida en mis brazos!

Dios eterno, ¡qué sorpresa tan agradable! ¡Estaba vestida de baile y toda su persona despedía las más exquisitas fragancias! Imprevisible e imposible, las mil preguntas que se atropellaron a un tiempo y la escena que siguió a ese momento. ¡Qué ventura tan singular! Me llevó a un cuarto separado pues que yo declararé mi determinación de no entrar al baile y quedarme solo con ella, los momentos que quisiera acordarme. Me los acordó todos los que pedí, ¡pobre Trinidad! ¡Tal es de buena, de amable y siempre tan bella y tan fresca como en aquellos venturosos días con que debido a un pleito y mis cercanías pude formar tan interesante relación! Muy largo sería relatar todo lo que ha pasado después del domingo en que llegué. Baste decir que me amarré de San Felipe y que en vez de horas he estado dos días ... Pobre, “¡a qué vendría Ud. turbar mi tranquilidad para irse al día siguiente! A qué vendría Ud. a vender tanta escasez de ventura para verlas desaparecer de nuevo”. Así me decía un rato antes de despedirse de mí. Debe estar un mes más y luego volverse a Santiago, ¡pues ha venido a pasar unos días de campo!

Santa Rosa de los Andes. 10 de enero de 1855

¡Y va siempre de aventuras! ¡Qué diablos, todo parece que se combina para llenar de incidencias mi camino! Salido ayer de San Felipe llegamos a Curimón, 3 leguas y media, cerca de las once del día. Al pasar por una de esas hermosas haciendas que son innumerables aquí, nuestro arriero dijo, “aquí es la casa de Doña Z. y aquí están ahora sus sobrinas.” Me tomó esto de nuevo y paré desde luego mi mula, diciéndoles que me fuesen a aguardar a Santa Rosa que yo llegaría después pues solo había una y media leguas. Entré a la casa y pregunté por las Señoritas Lunas, mis primitas, hijas del Coronel Luna paisano y pariente nuestro. ¡Cuál fue la sorpresa de ellas al verme llegar! En efecto, allí estaban Zoila Luna y Clara Luna, ¡nombres divinos como las mismas personas que los llevan! Me presentaron a su abuelita, una ochentona que había tenido una hija que había sido novia de mi tío Ramón Ocampo, y la vieja idolatraba a mi tío como la sombra de su hija muerta en vísperas de casarse. Así es que adquirí dobles títulos a su amistad como primo de sus nietas y como sobrino del hombre a quién quería ella como a hijo. Pasé ayer todo el día en paseos por el campo y a las haciendas vecinas teniendo el brazo a Clara que desde ahora dos años desde una noche en un baile de Santiago y después en el teatro es la que más cariño y ternura me ha prestado como a su primito. Hemos tenido horas de gran aventura y placer, recordando a la luz de una Clara Luna anoche todos los trozos de ópera más conocidos. Pues yo tenía mi guitarra, y con ella me hacía entender más que con las palabras ... No han querido dejarme venir, y aún quería que pasase con ellas unos ocho días. “Haga, primito, una locura, locura de buen gusto es verdad, quédese para consolar a dos pobres señoritas que hasta hoy están ya dos meses en destierros ausentes de la capital.” Con cuánto gusto habría hecho yo esa calaverada ¡y si ella no hubiese parado allí no más!

Cerca de la Cordillera. Viernes, 12 de enero de 1855

Son las seis de la mañana en que nos ponemos en marcha. Ayer, habiendo salido de Santa Rosa, no hemos tenido novedad alguna en el camino y hemos llegado con toda felicidad a los Rodeos Largos cerca de las Cruces. Hemos alojado cerca de dos hornos de fundición de propiedad del Sr. Zerronieta. Por una grandísima casualidad estamos alojados en la casa del mismo hombre que ahora diez años nos trajo de la República Argentina para Chile. Me ha nombrado uno por uno los individuos de mi familia y recordado cada una de las minuciosidades de aquel viaje. Es una rara coincidencia. Él está ahora pobre y además un poco viejo y achacoso. Le he dado algunos reales en obsequio de los individuos que condujo ahora diez años. De Santa Rosa aquí, 11 leguas.

Son las seis de la tarde en que llegamos aquí pie de la cordillera y estamos listos para emprenderla mañana a la madrugada. Hace un frío horrendo, y estamos entre cerros que casi no se les ve parte que no esté cubierta completamente de nieve. Hemos atravesado hoy magníficos paisajes y gozado de vistas magníficas, caídas de agua desde 400 pies de altura como una faja blanca extendida sobre los cerros, así aparecían esas aguas espumantes; ríos magníficos, Las Vacas, el Salto del Soldado, que trae una curiosa tradición, La Laguna, inmenso océano en el centro de los cerros. Pueden verse todas estas descripciones en el Mercurio para quién las guardo con las notas que aquí voy tomando a la ligera.

Argentina y Chile, 1855–1856

República Argentina. Sábado 13 de enero

Vuelvo a poner el nombre de mi patria a los diez años que me despedí de ella. Nada hay más solemne que una salutación a su país, después que uno ha peregrinado por el mundo diez largos años en que ha pasado por todas las alternativas de la fortuna. Estoy en la cima misma de los Andes que divide a Chile de la República Argentina. ¡La escena es imponente y al saludar de nuevo a mi país, gruesas gotas de lágrimas se me han arrancado de mis ojos! Son las seis de la mañana, el sol naciente apenas, refleja sus dorados rayos en los nevados copos de los Andes. Se ve el horizonte amarillento aún, y los tibios rayos del sol naciente comienzan apenas a dar calor a nuestros miembros entumecidos por el frío glacial de las nieves. Nosotros descansamos sentados después de haber trepado hasta los cielos para salvar la cordillera; nos brindamos ron de Jamaica con Miller y como quién dice tomamos un trago a la salud de nuestra patria. Allá a lo lejos se oye el cencerro de la tropa, único eco, único ruido que turba el imponente y grave silencio de estas montañas, que están ahí para testigos mudos de la libertad de la República Argentina y Chile por el ejército libertador de los Andes venido de mi país. Recuerdo a Pepita y la ocasión no podía ser más solemne; ¡hoy que olvido Chile y el mundo por mi país, te recuerdo, pobre ángel! ¡Porque ocupas todo mi corazón, al menos toda esa parte que es dable a la sensibilidad y el amor! Recuerdo que algo me encargaste, y yo cumplo, llevándote una flor nacida entre Chile y la República Argentina, ¡como símbolo de tu amor y el mío!

Salimos a las cuatro de la mañana para pasar la Cordillera, antes de que vinieran los vientos reinantes que son furiosos por acá. Pasamos toda la cordillera en dos horas, una para subir y otra para bajar. Son las doce del día, y estamos en el célebre Puente del Inca. Yo estoy bajo su bóveda, que es a manera de un espacioso salón de donde brotan en diversos departamentos ojos de agua hirviendo, y otros fríos como la misma nieve y a una vara de distancia unos de otros. El puente es una maravilla del mundo porque es formado por la naturaleza y tiene media cuadra de ancho. Por abajo pasa el río en espumosos torrentes, y sus enturbiadas aguas más embravecidas que un huracán. Bajo la bóveda que forma el arco hay varias mesetas donde se pueden acomodar hasta veinte y más personas. Desde el puente mismo nace una vertiente que derramando sus aguas perpendicularmente por el aire, y cortado los rayos del sol, forma la vista más pintoresca vista, pues se ven todos los colores del iris en esas aguas que se evaporan en el aire a través de los rayos del sol. Dejo esta descripción por muy larga para nota de cartera

y porque la daré más íntegra en el Mercurio. Llegamos a las seis y media de la tarde a inmediaciones del puente de palo denominado de Las Vacas.

Domingo 14 de enero

Salimos esta mañana muy temprano y pasamos el puente del río de Las Vacas. Es una magnífica construcción hecha por un inglés y a petición del gobierno de Mendoza. Es un puente digno de Norte América o Europa. Ahora diez años pasamos este río en andarivel y hoy lo hacemos en un magnífico puente. A inmediaciones del puente está la primera guardia de la República Argentina y perteneciente a Mendoza.

Hemos andado hoy como unos bárbaros africanos a fin de llegar a Uspallata, primer pueblo argentino al venir de Chile. Lo hemos conseguido a fuerza de andar como ya he dicho antes. Qué gusto hemos tenido al llegar aquí. Hemos encontrado una buena fonda y de dueño de ella al célebre Negro Chabo que figuró en la revolución de Chile. Aquí hemos sabido también la paz de la Confederación Argentina con Buenos Aires. He escrito para el Mercurio y he mandado todas esas importantes noticias.

Uspallata. Lunes 15 de enero de 1855

Llegamos anoche a Uspallata y nos encontramos con muchos alojados en la fonda del Negro Chabo. Son las seis y media de la mañana en que vamos a partir para llegar a Villavicencio siquiera, que está a 15 leguas de aquí. Uspallata va a ser pronto un lindísimo e interesante pueblo al pie de la Cordillera. Diez años ha que pasamos por acá con mi familia y entonces apenas había un rancho viejo semejante a las Casuchas de la Cordillera. Hoy hay magníficos establecimientos de ganados, buenas casas y grandes y muy hermosos potreros de alfalfa. Sobre todo esta villa tiene una vista magnífica.

Son las seis de la tarde en que llegamos a Villavicencio después de un penoso camino lleno de polvo y de cuestras más o menos escabrosas. Al salir de Uspallata visitamos el establecimiento de minas de cobre de D. Felipe Correas. Este señor nos recibió con mucha amabilidad y nos anduvo mostrando todos sus hornos y demás lugares de trabajo del establecimiento, regalándonos además algunas muestras de metales. Él se consume aquí mientras su señora pasa la vida muelle de Valparaíso y se hace llamar la bella de las bellas. ¡Pobre Elena, es cada vez más seductora para tener que vivir siempre separada de su marido!

El pobre arriero que salió con nosotros de San Felipe, conduciendo unos franceses, está aquí, y le han robado unas cuatro mulas, casi todo su haber. Está sin poder seguir su camino.

Al salir del establecimiento de Correas, Miller tuvo su aventura. Se encontró en el camino con la esposa de su tío y su tío en persona (el Sr. Balastro) que fue a Europa a pasear su fortuna. La linda esposa de este viejo ha tenido su época ruidosa en los anales del amor y crónica escandalosa. Amaba a Miller, joven, buen niño y actual compañero de viaje. Después de mil lances amorosos el tío y sobrino rompieron lanzas causando un escándalo hermoso y en que, como sucede siempre, se disculpaba a los jóvenes criminales y se ridiculizaba al viejo. Resultó que el viejo se llevó a su esposa a Europa, casi causando la muerte del joven y de ella misma. Hoy venía Miller contándome esos mismos sucesos cuando se nos apareció una lúcida cabalgata. Era el viejo, su linda esposa y sirvientes que volviendo de Europa, a donde fueron ahora dos años, venían de nuevo pasando para Chile ¡Qué novelesco encuentro! ¡Se vieron, se conocieron y pasaron cada uno a su destino sin poderse decir una palabra! ¡Así es el mundo y así es el amor!

Mendoza. Martes 16 de enero

Son las ocho de la mañana en que acabamos de llegar a Mendoza. Salimos de Villavicencio a las ocho de la noche para caminar de noche, más bien estas 15 leguas de mal camino y en que la estación es un doble inconveniente. La noche estaba lindísima, casi como de día, y nuestra caravana era una de aquellas orientales en que al paso de los camellos se canta, se ríe, se cuentan anécdotas de viajes, etc. El fraile franciscano que nos alcanzó en los Rodeos Largos venía también con nosotros, juntamente con una señora mayor a quién él acompañaba con dos hombres más. Nuestra caravana se componía de mí, Miller, Stevenson, y Arias Don Fernando, nuestros tres sirvientes, el fraile, la señora y sus dos pajes y seis arrieros, entre todos, 16 o 20 personas. La noche era una de las más hermosas que puedan darse. La luna reinaba en los cielos en medio de una calma y serenidad poética y misteriosa a la vez por las soledades de qué íbamos rodeados.

A la una o dos de la mañana hicimos alto en los Cerrillos a 8 leguas de Mendoza. Dormimos hasta venir el día en medio de los cantos de los peones a la orilla del fuego, y los gritos de los que cuidaban la tropa. Partimos al amanecer, y habiéndonos adelantado con Mr. Stevenson hemos llegado a Mendoza a las ocho de la mañana. Estoy instalado en una magnífica casa de los jóvenes Marcó. Apenas llegué mandé las cartas de recomendación y vinieron a verme Emilio Villanueva, Luis Marcó y demás hermanos y me han traído a esta inmensa casa ocupada por solo los jóvenes. Estoy perfectamente alojado y en medio de los más amables amigos que pudiera desear. Así ha terminado mi viaje hasta Mendoza con la mayor felicidad. Quiera Dios que así sea para adelante.

17 de enero

Ayer mismo conocí el resto de la familia de Leonorcita González y Marcó que tan dignos amigos se han mostrado. Leonorcita tiene a más tres hermanas, dos solteras, muy jóvenes y una casada, Tomasita, mujer de E. Villanueva. Estoy gozando de la más franca y amable hospitalidad y muy bien tratado de todos los mendocinos.

Hoy me han visitado los señores Zapata, Arroyo, Blanco, Nathan y otros sujetos de importancia. Nada pues tengo que quejarme de mi buena estrella que me hace siempre muy querido de cuantos encuentro en mí camino.

Mendoza es una bonita ciudad, muy populosa y llena de grandes y buenos edificios. La estación no la favorece al ojo del viajero, porque el polvo de las calles lo ensucia todo. Las casas son lujosas por dentro, pero de pobre aspecto por fuera comparadas con el interior. No hay bellezas por lo que he podido ver así a la ligera, son feas en lo general las mujeres; hay muchos cotos y este defecto se extiende hasta la alta clase. Sobre todo hay negros y negras como un diluvio. Los caballeros son mucho mejores que las niñas en cuanto a físico, ¡no sé si serán buenas en lo demás porque hasta ahora no les he pedido nada ni me han dado nada!



F. 18: La plaza de Mendoza antes del terremoto del 20 de marzo de 1861³¹⁵

³¹⁵ W. Loeillot, litografía, Berlín, S/F. En Burmeister, *Description physique de la République Argentine*. Museo Saavedra.

Mendoza. 20 de enero de 1855

Hoy he visitado al Sr. Gobernador Segura³¹⁶ a quién me ha presentado el Sr. Zapata don Martín, que en pocos días más casará con la hija del mismo Leonor Segura. Es un hombre amabilísimo y lleno de buenas prendas; me ha hecho mil ofrecimientos y llenado de atenciones en la visita. Hemos hablado de mil mejoras que piensa establecer aquí en relación a la cordillera y Chile.

En los pocos días que hace que estoy aquí he tenido lugar ya de observar las divisiones políticas. He escrito largas correspondencias al Mercurio y quedo muy consolado de lo que he visto en materia de opiniones. Las divisiones de que antes nos han hablado en Valparaíso no son en la esencia de las cosas sino en la forma.

Quedo muy contento de esa sociedad. Mi guitarra se ha hecho notable aquí, no sé con qué títulos lo mismo que en Chile. Me ha ido perfectamente en Mendoza en cuanto a asuntos de sociedad. ¡Hay muchas que aman mucho mi guitarra! En cuanto a mi misión, con respecto aquí está llenada también perfectamente. El Gobierno me dará todos los datos necesarios de esta provincia para la obrita que pienso escribir dando a conocer las provincias argentinas después de la caída de Rosas, su política pública, sus productos, etc., para llamar con eso la inmigración.

El Manual del Buen Tono ha sido muy aplaudido aquí y muy en particular por los señores Zapatas, directores de los mejores colegios de educación en Chile.³¹⁷ El Sr. Zapata, que en pocos días abrirá un establecimiento de educación, un colegio en forma, ha adoptado la obrita para la enseñanza de los jóvenes y ha comprado por mi conducto cien ejemplares a la librería del Mercurio en Valparaíso.

El padre Esquiú, la celebridad oratoria en la República, ha estado aquí en el mismo día que yo he llegado. Mi condiscípulo, mi amigo de infancia el Esquiú, para quién he escrito su biografía y comentarios de sus obras, ha estado cerca de mí y ni él ha sabido ni yo tampoco, y se ha regresado sin que le haya visto. Una hora hacía que se había marchado cuando fui a saber por él. ¡Hace diez años que no nos vemos!

A San Juan. 23 de enero

Son las cuatro de la tarde en que salgo de Mendoza para San Juan acompañado de Brihuega, un hermano de las niñas de este nombre que conocí en San Juan ahora diez años. Hace un sol

³¹⁶ Pedro Pascual Segura (1802–65). Gobernador federal de la provincia de Mendoza en dos ocasiones (1845–47, 1852–56), sucedió a su pariente José Félix Aldao después de la muerte de este último. Fue depuesto por sus diferencias con Rosas antes de ser elegido de nuevo después de la batalla de Caseros en 1852.

³¹⁷ Manuel José y Martín Zapata, emigrados de Mendoza, abrieron varias escuelas en Chile y su provincia natal además de publicar en el campo de la educación y participar en la política de emigrados en Chile.

fuerte y caluroso; sin embargo tenemos la mira de andar mucho y la mayor parte de noche para evitar el rigor de la estación.

Son las seis de la noche ya en que llegamos a los de Cabrera, especie de posada a 6 leguas de la ciudad. Tenemos una luna hermosa, y el paraje donde estamos es hermosísimo también; corre a orillas de la casa un lindo arroyuelo bordado en sus riberas por altos montes y cañaverales. Nos han hecho una buena cena que ha sido servida por una linda muchachita. Saldremos a la madrugada para evitar el sol y ganar terreno en un camino que es tan lleno de polvo y tan expuesto a los rayos del sol.

24 de enero

Hemos salido hoy de día de casa de Cabrera a causa de haber perdido una mula en la madrugada. Por suerte hemos tenido un día nublado y hermoso, y el camino que es eterna travesía lo hemos tenido lleno de agua hasta estorbarnos, tales han sido las lluvias de estos últimos días. Estamos en los Ramblones a la una de la tarde habiendo galopado muchísimo. Llámase Ramblones a una especie de arroyo que reúne todas las aguas de estas llanuras y las conserva para dar agua a las tropas que atraviesan estos desiertos. Hay muchos hermosos árboles que dan sombra en este lugar, cosa que no se ve en las 25 leguas que media de lo de Cabrera aquí.

Son las cinco y media de la tarde en que llegamos a Huanacacho 5 o 6 leguas de los Ramblones. Allí comimos alguna cosa, dormimos una media hora y salimos en seguida para llegar aquí, que es una estancia bien provista hasta de niñas porque hay seis a falta de una y todas son bastante donosas. Hemos andado pues 30 leguas desde esta mañana temprano.

San Juan. 25 de enero de 1855

Salimos de Huanacacho a las cuatro de la mañana y llegamos al Pocito a las diez del día andando 14 leguas en seis horas. Llegamos cerca de Tadeo Rojo, hermano de Rudecindo, antiguo compañero mío en California. Rudecindo había ido al pueblo un momento antes y sólo estaba en su casa su señora. ¡Qué hermosas fincas las del Pocito, cinco mil cuerdas de alfalfa y fincas de viña! Tratamos mucho de política con Rojo (Tadeo) que es un verdadero Rojo, un demagogo de cuenta, etc., pero anduvo bien conmigo y convenimos en muchas cosas. El Sr. Rojo me prestó un rico caballo y salimos de su casa a las dos y media de la tarde en medio de un sol abrasador y hemos llegado a la ciudad a las cuatro y media, después de un largo galope.

Me bajé en casa de Agustín Herrera y Lima (su casa nueva), y apenas conocí a Benjamina, que me salió a recibir a la sala. *Oh! my God! what change. She was young and beautiful, she is lade*

*now and old. Oh, my first love when I was in San Juan. She is now another person. See the notes of those times in my journal*³¹⁸. Me lleva a la tienda de Agustín después de un rato. Me muestra mi cuarto, me instalo, estoy dos o tres horas y no sé nada de mi tía Leonor. Se lo advierto a mi tío Agustín y dice que mandará avisar, etc. Llega la noche y aún nada sé de ella; me veo con Juan Crisóstomo Quiroga en la tienda de Agustín, y él me dice que me llevará a mostrar la casa de mi tía de quién es muy amigo. ¡No admito y paso la noche sin verla!

San Juan. Jueves 1 de febrero de 1855. Benavídez

Ha llegado a ser un íntimo amigo mío. Vine recomendado a él, y se ha portado conmigo como yo no lo merecía, pues me ha hecho atenciones dignas de más alta persona que yo. Me ha dado un paseo a su quinta, presentándose a su señora y a su hija la más bonita señorita de San Juan. ¡He aquí el caudillo, el tigre, descrito por Sarmiento!³¹⁹ Miserable, ha calumniado a vivos y muertos y a Benavídez le ha calumniado más que a todos porque no ha cedido a sus insinuaciones anárquicas. He encontrado en Benavídez no un gaucho sino un Tocqueville en política, un hombre de trato fino y amable y sobre todo, un hombre franco y humilde a la vez. He llegado a inspirarle la más profunda confianza y estoy iniciado por lo mismo en todos sus secretos políticos. Dejo esos comentarios para después. Basta decir que he sido recibido aquí como un príncipe tanto por mis parientes como por todas las principales familias de San Juan.

Después de mi llegada, al día siguiente estuvo a visitarnos mi tía Leonor a quién yo no había querido ir a ver antes de saber algo de ella pues no había mandado saludar siquiera el día antes, falta todo de mi tío Agustín que no había avisado que yo venía en camino y que le había escrito desde Mendoza. Mi tía vino a casa y me llevó a la suya mostrándome un cariño maternal que no se ha desmentido hasta hoy, antes se aumenta cada día. Lo mismo se ha portado Igarzábal y mis primas Leonor y E. Esta última de 10 o 12 años. Leonor es una hermosa criatura, capaz de enorgullecer al primo más altivo y orgulloso. Es amable como una mujer de corte, con todo el velo de pudor y recogimiento de una señorita modesta y pura hasta en sus más pequeños movimientos. Es bonita, es llena de prendas capaces de cautivar el corazón más huraño. Baila bien, es graciosa, querida y respetada de todos y llena, en una palabra, de cuanto puede hacer querida una señorita. Mi prima, diciéndolo todo de una vez, me causa orgullo, es una criatura

³¹⁸ *Dios mío, qué cambio. Era joven y bella, y es fea ahora y vieja. Oh, mi primer amor cuando estaba en San Juan. Ella es otra persona ahora. Ver las notas de aquellos tiempos en mi diario.* Traducido del inglés.

³¹⁹ La descripción de Benavídez en *Facundo* (1845) retrata un “despotismo” más “blando y pacífico” que el de Rosas, “el único caudillo de Rosas que no se ha hartado de sangre, pero la influencia barbarizadora no se hace sentir menos por eso” (p. 79).

digna de ser amada de cuantos la vean. Envidia tengo desde hoy al que se haga dueño de su corazón y de su amor. *But can I be envious of her love? Does she loves anyone? Who is the happy mortal? My God, what happiness to be loved by such an angel as my cousin! What! Am I to be the privileged in the heart of this girl?*³²⁰

Lunes 5 de febrero

La familia de mi tío Agustín y todas las demás parientes me han obsequiado mucho. La Manuelita de Carril, de quién mi diario tiene conocimiento, está en este número. Pero desinteligencias entre la misma familia ha hecho que se sientan por mi venida a casa de mi tía. Tienen rivalidad injusta, a mi ver, con mi tía, y sobre todo sus ideas no son iguales ni en política ni en usos sociales ni en nada. Benjamina *is now an old girl, you know that I mean, she is now the contrary of all that she was ten years ago!* Imposible es creer cuanto cambio hay en ella y todas las demás *in their physic or persons!*³²¹ Andrés Herrera, María, Rudecindo, los Quiroga, Coll, Laspiur y todos los demás principales sujetos me han visitado ya. Mi tía Martina y sus niñas han estado también, lo mismo que los amigos de mi tía Leonor y la Iribarren, *the old one! J'ai vu toutes les jolies femmes de San Juan, et selon on m'avait dit une cousine est sans doute la reine de toutes ! Oh ! Mon Dieu, si je puis me croire à moi-même !! Elle m'aime avec toute cette force d'une première et romanesque amour. Mon bien je suis un fou en donnant accès à mon cœur à un amour semblable. Mais puis je me résoudre à ne pas reprendre à sa franchise naïve, à des paroles pleines d'amour, de tendresse et de naïveté. Oh ! Mon Dieu, je comprends que j'aime aussi follement qu'elle ! Elle est si belle, si bonne, si séduisante. Elle est si constamment près de son cousin, et [bien] sûr elle est si cherché[e], elle est si entouré[e] de adorateurs qu'elle ne veut pas écouter parce que son cousin est son rêve d'amour et d'amitié pour elle ... Mon Dieu, mon Dieu ! Que faire, comment la sauver et se sauver au même temps ! Il faut parler*³²².

³²⁰ ¿Pero puedo ser envidioso de su amor? ¿Ama a alguien? ¿Quién es el feliz mortal? ... Dios mío, ¡qué alegría ser amado por un ángel tal como mi prima! ¡qué! ¿Seré yo el privilegiado en el corazón de esta niña? Traducido del inglés.

³²¹ ¡Es ahora una niña vieja, tú sabes lo que quiero decir, es ahora todo lo contrario de todo lo que era hace 10 años! ¡Imposible es creer cuánto cambio hay en ella y todas las demás en su físico o persona! Traducido del inglés.

³²² La Iribarren, la vieja. ¡Vi todas las bellas mujeres de San Juan, y según me habían dicho una prima es sin duda la reina de todas! ¡Oh! Dios mío, ¡si puedo creerme a mí mismo! Ella me quiere con toda la fuerza de un primer y romanesco amor. Mi bien, estoy como un loco dando acceso a mi corazón a un amor semejante. Pero puedo resolverme a no reprender su franqueza ingenua, a palabras llenas de amor, ternura e ingenuidad. ¡Oh! ¡Dios mío, entiendo que amo tan locamente a ella! Es tan bella, tan buena, tan seductora. Está tan constantemente cerca de su primo, y por supuesto ella es tan buscada,

Jueves 8 de febrero. El tres de febrero

Benavidez nos dio un hermoso baile en ese día, y después hemos tenido varios otros en algunas casas particulares. Me he divertido muchísimo en todos esos bailes y más en el del 3 de febrero, aniversario de la caída de Rosas en Caseros. He escrito al Mercurio sobre asuntos políticos sobre lo que es la oposición de aquí y sobre varias cosas de importancia política. Creí haber estado aquí ocho días a lo más y he aquí que van trece días a que llegué sin que ni yo me anime a partir; y sin que me lo permitan ni mi familia, ni el General Benavidez que me ha tomado un gran cariño ... *But nor Benavidez nor my family are so powerful as my cousin, the angel of the country! My God, why have I come here and known her? I'm a fool in all this ... I'm [in] love to the madness and she loves me in the same way, and I should have departed! But who is the man in the world who could renounce to the caress of an angel, of a handsome girl. Oh! the first kiss voted to the modesty is the first pas to the ... Oh! My Lord, if I could only be different to the others mens! But I am the last of all, and the first to enjoy the bliss of love ... Oh! the first kiss!*³²³

San Juan. Viernes 9 de febrero. Memento

¡Son las cuatro de la tarde y hace un calor horrendo como el que hace sólo en San Juan! La siesta en todas partes y más aquí, se asemeja a la media noche, porque no hay un ser viviente que no busque el reposo y el silencio a estas horas del día. Así es que para los amantes, la hora que más se asemeja a la media noche, es la siesta, hora de meditación, de recogimiento, de misterio y hasta de superstición. Yo me hallo en una hora y muy bien pudiera decir aquí: lo que decía en Melones, California, cuando comparo la serenata. “Todo en silencio duerme ya. La luna en el cenit brilla. Y del jardín por tu orilla, ¡mi indeciso paso va! ¡Me palpita el corazón de esperanza! ¡Ven a mí, no temas, no! ¡Yo soy tan feliz en este instante, como cabe serlo a un simple mortal! Un mundo de delicias y un mundo de recuerdos encierran esta siesta para mí ... ¡siesta que tanta semejanza tiene con aquélla de Melones en que hallé las memorias de Lamartine en una choza y entre las

está rodeada de adoradores que ella no quiere escuchar, porque su primo es su sueño de amor y amistad para ella ... ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué hacer, cómo salvarla y salvarse al mismo tiempo! Hay que hablar. Traducido del francés.

³²³ *¡Pero ni Benavidez ni mi familia son tan poderosos como mi prima, el ángel del país! Dios mío, ¿por qué vine aquí y la conocí? Soy un loco en todo esto ... ¡estoy enamorado hasta la locura, y ella me ama de la misma manera, y debía marcharme! Pero quién es el hombre en el mundo que pudiera renunciar las caricias de un ángel, de una mujer hermosa. ¡Oh! El primer beso dedicado a la modestia es el primer paso al ... ¡Oh! ¡Dios mío, si solo pudiera ser distinto de los otros hombres! Pero soy el último de todos, y el primero en disfrutar la dicha del amor ... ¡Oh! ¡El primer beso! Traducido del inglés.*

escarpadas soledades de California!;Memento! ¡Sí, me acordaré mientras viva de esta siesta que tantos encantos tiene para el poeta, para el joven, para el hombre de recuerdos, para el joven que prende su vida en las ilusiones del amor y de la amistad! *My God! What happiness! ¿Should I go now? Could I depart after those moments of divine happiness? All the best of poetry and love have been realized for my in this siesta! All the words are nothing to express the supreme happiness of those fine moments!*³²⁴;Cuánto debe uno a la buena fortuna! Yo que soy más poeta de lo que parecezco, he encontrado cuántas ilusiones y goces puede afectar a uno en un alma joven y sensible. Estoy en el seno de mi familia, mía porque soy tan querido de mi tío y primas como lo fuera de mis hermanas y mi madre. Y después, ¡no es una dicha incomparable tener una prima como Leonor! ¡Pobre ángel! Vive como desterrada del lugar que le corresponde. *What a handsome creature! She is an angel in all her movements and she carries her robe blanche comme les nuages de été sur le sommet de la montagne. Elle avait sa robe blanche et transparente, légère comme les nuages. La poitrine palpitante terse et visible était à peine visible, comme si les trésors de son sein de vierge ... quand avait besoin de respirer l'air fraîche après une prison continue!* *My God, is all this a rêve? Is all this something of the oriental nights! No! All is a reality! Oh! an hour in her arms! There is no price to be compared to such a kiss!*³²⁵Aún no sé cuándo marche, es preciso que me arranque a las caricias de mis tíos y primas porque cuánto más goce de ellas, más difícil me será alejarme. Vaya estos cuantos días de placer y de ventura, ¡estas ilusiones realizadas por los cuatro años de peregrinación y peligros en California! ¡Vaya estos días de dicha y de ventura por tantos ratos amargos que acaso no escapen del surco de mi vida! ¡Oh! Gracias a quien debo tanta dicha y felicidad. Cuando dije que era más poeta de lo que parecía, no me equivocaba. Sigo con mis parientes y los recuerdos que ellos me traen, más de lo que nadie puede creer.

Domingo 11 de febrero. ¡Memento!

Es la palabra de tradición y de recuerdo, y “Memento” es la misma palabra con que en el día de cenizas nos recuerda que somos polvo y que en polvo hemos de convertirnos. Sin embargo,

³²⁴ *Dios mío, ¡qué dicha! ¿Debo marcharme ahora? ¿Podría partir ahora después de tantos momentos de dicha divina? ¡Toda lo mejor de la poesía y el amor se han realizado para mí en esta siesta! ¡Todas las palabras no son nada para expresar la dicha suprema de estos buenos momentos!* Traducido del inglés.

³²⁵ *¡Qué criatura hermosa! Es un ángel en todos sus movimientos y lleva su vestido blanco como las nubes de verano en la cima de una montaña. Tenía su vestido blanco y transparente, ligero como las nubes. Los senos tersos y secos eran apenas visibles, como si los tesoros de su seno de virgen ... ¡cuando necesitaban respirar el aire fresco después de una prisión continua! Dios mío, ¿es todo esto un sueño? ¿Es todo esto algo de las noches orientales? ¡No! ¡Todo es realidad! ¡Oh! ¡Una hora en sus brazos! ¡No hay ningún precio comparado a un tal beso!* Traducido del inglés y del francés.

el “Memento”, como dije antes, es también la palabra de recuerdos y tradiciones y en los recuerdos figuran en la vida del joven el orden de la vida, los placeres de la juventud, las horas de amor, de ventura y de ilusiones a cuáles más deseadas. También hoy ha sido un día caluroso y tomé una siesta semejante a media noche. Todo en silencio duerme ya ¡y hasta yo escribo en silencio después de haber dormido una hora! ¡Mentira! ¡No he dormido! Se tiene siempre la costumbre de decir he dormido cuando se acuesta a la cama, ¡siendo así que hay veces que jamás se está más despierto! *I have been happy now as I was two days ago! Oh! I am happy all the days of each week but in someone I am happiest than in others!*³²⁶

Miércoles 14 de febrero

Debía haber partido ya pero no me ha sido posible negarme ni dejar de condescender con los empeños que me han detenido. San Juan, a pesar de sus calores, presenta encantos a que no es fácil resistir. Yo al menos no los puedo resistir, porque vienen de mi familia y mis amigos, dos cuerdas que vibran fuerte en mi corazón. Paso pues estos días en San Juan rodeado de cuánto placer puede encontrarse en el seno de una familia que es la mía y que me idolatra como yo la idolatro. Yo divido mi tiempo entre ella y mis tareas literarias y apuntes que pienso publicar titulado “Las provincias argentinas después de la caída de Rosas”.

Viernes 16 de febrero. Memento 2

Así es la vida humana y todo lo que existe bajo la bóveda del firmamento. Todo caduca, todo es variable y cambiante como las escamas del camaleón. En medio del placer y de la ventura más completa, ¡una pequeñez nos envenena el corazón y convierte en amargura los más saboreados momentos de placer! *I am exposed to a great danger, to a misfortune perhaps and all this in the same hour in which I was so happy as I could desire.*³²⁷ Todo esto prueba lo efímero de nuestras cosas y placeres, ellos pueden convertirse en desgracia en un momento. ¡Oh! *The incertitude is a torment ... a mere causality! But causality that can produce, perhaps, a misfortune!!!*³²⁸ Al menos

³²⁶ *¡He estado contento ahora como lo estuve hace dos días! ¡Oh! ¡Estoy contento todos los días de cada semana pero en algunos estoy más contento que otros!* Traducido del inglés.

³²⁷ *Estoy expuesto a un gran peligro, a una desgracia quizás, y todo esto en la misma hora en la que estaba tan contento como pudiera desear.* Traducido del inglés.

³²⁸ *La incertidumbre es un tormento, ¡una mera casualidad! Pero una casualidad que puede producir, quizás, una desgracia.* Traducido del inglés.

habré pagado caro una desgracia para mí, pero aún no la pago cara! *I have been so happy now! As happy as I was in the 9th of this same month.*³²⁹

Yo que vivo de recuerdos y de ilusiones tengo un tesoro en esta página de mi diario. Tengo una copiosa provisión para gozar en todos los años de mi vida en que pueda recoger estas páginas. ¡Allá en el silencio de la vida más templada, ya con los años seré feliz al abrir mi diario en esta sola página y recorrerla en todos sus detalles!

Angaco. Martes 20 de febrero de 1855

Son las once del día en que llego a la Villa de Angaco, 7 leguas al norte de la ciudad de San Juan. No es preciso decir a mi diario que voy en marcha ya para la Rioja y Catamarca. Debí salir el domingo pero cedí a empeños suyos ... y postergué mi viaje hasta hoy. Apenas tengo valor de recordar la despedida de mi tía y primas a quienes dejo sumidas en la más triste consternación. La amargura de la despedida ha principiado para la familia, desde ahora tres días en que anuncié mi viaje. Pero no me ha pesado el haberme quedado el domingo, he tenido un día más de dicha, aunque ayer ha sido como víspera de partida. ¡Oh! Remember forever, Ramón, the siesta of Sunday. Oh! What happiness my God! Nothing *is been denied to me ... There all is yours, my dear ... What charms and treasures!*³³⁰ ¡Qué tesoros, Dios mío! Otra vez en California, mi diario me ha oído llamar tesoros, pero eran piedras falsas a lo que entonces llamaba tesoros comparado a los presentes. Me recuerdan las célebres palabras de Reynolds, “*The exuberant bust of the girl, her virgin and white bosom like the bottom of the rose*”.³³¹

Mi tío y las niñas me han acompañado hasta aquí y estoy en casa del Sr. cura Olmos, pastor de este curato, donde pasaré el día hasta la tarde. Estoy en una pieza de alto desde donde se ven todos los campos y alfalfares de San Juan, el río y las llanuras del norte. ¡Qué hermosa vista! Aquí se respira un aire fresco en medio del sofocante día que hace hoy.

A inmediaciones de Famacoa. Miércoles 21 de febrero

Las seis de la mañana y estamos a 14 o 16 leguas de San Juan. Salimos al entrarse el sol de lo del cura Olmos con intención de andar toda la noche. Ésta no ha sido muy clara y en vez de llegar

³²⁹ *¡He estado tan feliz ahora! Tan feliz como lo estaba el 9 del presente.* Traducido del inglés.

³³⁰ *Recuerda para siempre, Ramón, la siesta del domingo. ¡Oh! ¡Qué dicha, dios mío! Nada me negaron ... Todo es tuyo, mi amor ... ¡Qué encantos y tesoros!* Traducido del inglés.

³³¹ *El busto exuberante de la niña, su seno virgen y blanco como el fondo de una rosa.* Traducido del inglés.

a Famacoa hemos tomado el camino del Valle Fértil dejando el del Peñón que anduve ahora diez años, el 45. Este extravío lo hemos notado ya de día porque hicimos alto ya al amanecer sospechando que íbamos mal.

Notas de mi cartera

Las diez del día, hace un calor cual no se ha visto jamás; vamos andando al rumbo y sin más práctico que el instinto. Marchamos en este momento por interminables llanuras de salitrales donde no se ve un rastro, una huella, donde el suelo no mantiene un solo arbusto ni pequeño ni grande. El horizonte es sin fin, y las salinas en que el sol se refleja aparecen a lo lejos como un gran océano sin término. A cada momento cree uno ver un gran lago y son salitrales en que se refleja un sol radiante que quema como un horno encendido.

La una de la tarde. ¡Ya el sol es insuportable! Hemos trasnochado anoche, no hemos almorzado y sobre eso nos ha tomado este sol, que desespera, que consume; no hay refugio, no hay sombra, no llevamos camino alguno, vamos al rumbo y ni esperanzas de encontrar agua. ¡Dios mío, qué horrenda situación! Pararse sería perecer, y seguir andando es morir de calor ... Me adelanto de la tropa y galopo 3 leguas sin cesar. Gracias a Dios, encuentro un arbusto pequeño. Me bajo de la mula y con mi chal puesto sobre el arbusto hago sombra para la mitad de mi cuerpo y me recuesto, durmiéndome con ese sueño fatigoso y turbado a cada paso. La tropa ha seguido mis rastros y ha pasado ya hace media hora. El sol va declinando, hay menos calor.

La providencia no falta jamás. Después de galopar 2 leguas desde donde me bajé a reposar, he encontrado la tropa que había hecho alto para la jornada a las márgenes del Zanjón, un río con bastante agua. ¡Gracias a Dios!

Jueves 22 de febrero

Hemos andando hoy todo el día después de pasar el Bermejo, donde hemos tomado ya conocimiento del camino. Vamos al Valle Fértil, acaso estaríamos allí ya si no nos hubiéramos extraviado.

Son las ocho de la noche, y estamos alojados al pie de la cuesta después de haber pasado una quebrada de más de 14 leguas de largo. He encontrado viajeros que van a San Juan, y he escrito a mi tío Igarzábal. También hemos encontrado algunos pobres recogiendo algarroba, que es muy abundante y muy buena; he sentido no poder llevar algún poco para Chile donde no se conoce. Son las ocho de la noche y estamos alojados al pie de la cuesta que treparemos mañana. Hemos hecho noche en medio de la quebrada.

Viernes 23 de febrero

Hemos pasado hoy la cuesta y andado otras 10 leguas por una quebrada estrechísima llena de asperezas. En verdad que la cuesta y demás caminos desde ayer son doble escarpados y peligrosos que los de la Cordillera. No hay comparación entre uno y otro. La única ventaja que hay de venir por el Valle Fértil en vez de tomar por el Peñón, es que el camino es más derecho y que se ahorra un poco de camino. Son las nueve y media de la noche, y estamos a dos horas y media del Valle Fértil, habiendo alojado cerca de un hermoso riachuelo.

Sábado 24 de febrero

Son las seis de la mañana y estamos en el pueblo del Valle Fértil, donde al pasar por una casa me he encontrado con Isaac Quiroga, antiguo compañero de California. Había venido esa mañana misma de la estancia Berro, su estancia, que linda con Aguango, la nuestra. Es la una de la tarde en que llego a Aguango. La estancia nombrada y célebre de nuestros antepasados, el pequeño principado de mi abuelo Ocampo, no es lo que era en su vida, ¡que contenía 9.000 vacas fuera de los puestos! Sin embargo la quinta es hermosa y está cuidada, hay uvas que nos ha dado el mayordomo, lo mismo que muy buenas sandías. Estoy en el mismo saloncito que servía de habitación a mi abuelo. Ahí está en un nicho frente a la puerta de cuero, un nicho que contenía la virgen patrona de la estancia que se conserva en muy buen estado todavía. En otra parte del cuarto está un montón de marcas de todos los antecesores a mi padre como las armas de nobleza de sus distintas familias. Los hombres que cuidan la estancia lo hacen por encargo de mi tío Francisco [Herrera] de San Juan. Sobre el umbral de la sala está esta inscripción: 1768. ¡87 años tiene hoy! Son las ocho de la noche y estamos a 8 leguas de Aguango.

La Iglesia. Domingo 25 de febrero

Salimos esta mañana a las seis y media de un lugar a 8 leguas de aquí. Son las ocho de la mañana en que hemos llegado aquí, que es una estancia bastante grande. Lo notable que aquí hay es una hermosa muchacha de unos 16 o 17 años de edad, blanca y rubia a la vez, en una palabra, es tan bonita que parece una flor perdida en medio de un árido desierto. Aquí he encontrado un enviado del Sr. Iribarren, y he escrito con él a San Juan a mi tío y demás familia. Hoy es día domingo y las muchachas tienen sus vestidos de fiesta, dándoles esto un aire más de bonitas aldeanas. El día está nublado y principia a lloviznar. Hermoso día, templando el calor de la estación quita también el polvo tan incómodo para los viajeros.

Son las dos de la tarde en que llegamos a los Colorados donde ahora diez años alojé con mi familia; la viejita que entonces habitaba estas casas había muerto. He encontrado aquí a Don José Morales, pariente nuestro y hermano de los Morales que fusiló Quiroga, y pariente cercano. Tiene una niña bonita de quince años. He dormido la siesta en su casita y he sido bien tratado por él y su hija, una linda e inocente criatura que me trataba de primo y me encargaba no dejar de volver. Son las ocho de la noche y alojamos a 4 leguas de Tuctum hacia el camino de la Rioja.

Rioja. Lunes 26 de febrero

Son las seis de la mañana en que nos ponemos en marcha. Hay de aquí 18 leguas a la ciudad. A poco andar conocemos que nos habíamos extraviado del camino que solo volvemos a encontrar a las nueve de la mañana.

Son las seis de la tarde en que llego a la ciudad. Al entrar a los arrabales de la población encontré un caballero que acompañaba a caballo a una señora. Pasamos cerca el uno del otro, saludamos ... más que sorpresa, era mi tío Ángel [Mariano de la Colina] y mi tía Concepción que se dirigían al baño. Yo los conocí y los llamé por su nombre, pero qué gusto tuvieron cuando supieron que era su sobrino quién les hablaba. Nos volvimos a la ciudad y allí fue una nueva escena de placer que rayaba en locura. Las niñas me esperaban pero no sabían cuándo debía llegar; mis cinco primas se colgaron de mi cuello casi a un tiempo, todas a la vez me dirigían preguntas al mismo tiempo que repetían sus abrazos. ¡Cuánta dicha he experimentado al ver estas muestras de cariño, yo, que he pensado tanto, que he soñado en California y otras partes en estas escenas que tendría después de diez años de ausencia! ¡Dios mío, soy muy feliz en volver a ver a mi familia, en recibir tantas caricias, en volver a ver el aposento, la cuja, el lugar mismo donde vi por primera vez la luz del día! Sí, estoy en esa misma pieza en estos momentos.

Miércoles 28 de febrero

Hoy he despachado al arriero José María Rodríguez, que regresa a San Juan, y con el mismo escribo a Benavidez sobre algunos de los asuntos que me ha confiado para este gobierno y el de Catamarca. He escrito igualmente a mis tíos y primas. Quién fuera como el que va a volverlas a ver.

Me han visitado ya todas las personas que componen la sociedad de la Rioja en lo más alto de ella, lo mismo que todos los parientes que son muchísimos. He visto al Gobernador que me ha recibido con los brazos abiertos, invocando el parentesco que nos une y la amistad íntima con

mamita, su prima. En efecto Don Francisco Solano Gómez, actual gobernador de la provincia, es nuestro pariente inmediato.³³² Tanto él como su ministro se han puesto en mis manos “para que Ud. nos aconseje lo que crea que debemos hacer en el crítico estado en que se encuentra el Gobierno, a causa de los asuntos de Septiembre en que el Gobierno Nacional ha desaprobado todo lo obrado por este Gobierno”.³³³ Tal franqueza no ha dejado de hacer su efecto en mí y prevenido como venía no he podido dejar de conocer que tienen buena intención al menos.

Ojalá pueda sacarles del mal paso en que están, ya que con tanta franqueza han recurrido a mí para que les aconseje. Mi tío Amaranto [Ocampo y Luna] se había marchado dejando una carta escrita en que me recomienda sus asuntos contra el Gobernador Bustos,³³⁴ el ex gobernador ha estado también a visitarme y me ha mostrado las cartas de Benavidez en que le dice que se aconseje de mí para todo, que haga lo que yo le diga en sus gestiones contra el Gobernador. He aquí que unos y otros se entregan a mí. Yo estoy en el caso ahora de dirimir estas cuestiones, pero ¡qué peligroso es el paso para ello! ¿Cómo hacer para no agraviar a nadie? Consultaré mi conciencia y obraré, ya que la providencia me ha colocado en una situación en que puedo decidir la cuestión y zanjar todas las dificultades ¡Ya veremos! ¡Nada más de política por ahora!

Rioja. Lunes 3 de marzo

He encontrado muy formadas a aquellas de mis primas que aún quedaban niñas a mi pasada para Chile como Admentaria, de quién conserva recuerdos mi diario y muy bellos y dorados recuerdos en verdad ... Arsenia y Elvira son las que se les sigue, muy bellas e interesantes criaturas. Sin embargo no hay mucho que fijarse para ver que es Admentaria la reina de la familia y la más bella muchacha de la Rioja, según pública voz y fama extendida hasta San Juan. De más está decir que los souvenirs sont *fraiches chez elle, comme je l'ai senti aussi ! A double raison*

³³² Gobernador de La Rioja en dos periodos (1854–1857) y (1862–1863). Durante su gestión tuvo numerosos roces con el gobernador que lo precedió, Manuel Vicente Bustos, que motivó algunos alzamientos.

³³³ En la Revolución del 11 de septiembre de 1852, los porteños –oriundos de Buenos Aires– se levantaron a la autoridad de Urquiza, vencedor en Caseros, y se revelaron a la posibilidad de promulgar una constitución nacional. Las consecuencias de dicho levantamiento llevaron a la República Argentina a estar particionada, de facto, entre el Estado de Buenos Aires y la Confederación (es decir, el resto de las otras provincias), situación que duró más de seis años.

³³⁴ Gobernador de La Rioja en tres periodos (1848–1854, 1857–1860, 1863–1864). Ha logrado a través de sus gestiones una gran capacidad acomodaticia, pues siempre tuvo fluidas relaciones con los poderes centrales de turno, en su primer mandato con Juan Manuel de Rosas, en su segundo con el presidente Urquiza y en el tercero con Bartolomé Mitre.

aujourd'hui qu'elle est une demoiselle et que je suis un jeune qui avais eu de fantastiques rêves avec Admentaria en ma rappelant de nos premières confessions amoureux ... Ne s'est pas la première fois que ... à présent tout ça s'est une réalité ... Comme elle est belle !³³⁵

Rioja. Lunes 5 de marzo de 1855

Son las tres de la tarde en que salgo de la Rioja para Catamarca después de haber permanecido siete días entre mi familia, lleno de goces y de recuerdos porque la Rioja es un Jerusalén que está lleno de recuerdos y de reliquias. Me acompaña Jacinto Rincón, mi antiguo amigo de infancia y discípulo, que hoy es ya un hombre casado y con dos hijitos, me acompaña igualmente mi tío, Ángel Bustos, y algunos parientes más hasta el Pozo de Vargas. Se hace necesaria urgentemente mi presencia en Catamarca a los mismos objetos de arreglar los asuntos de esta provincia que no puedo tomar sobre mí antes de hablar con el Gobernador de Catamarca y mis primos, según las instrucciones del Gral. Benavídez. Debo volver pronto, pues según esto, y acaso con todas las cosas arregladas ya para entonces, se me ha propuesto el nombramiento de Senador al Soberano Congreso, no habiendo querido aceptar el Ministerio General de la Provincia. Nada puedo resolver antes de volver a Catamarca.

Capayán. Jueves 8 de marzo

Llegué anoche a Chumbicha a las siete y media de la noche y me alojé en la misma casa que alojamos ahora diez años al retirarme para Chile. Salí de allí a la madrugada y he llegado a Capayán a las seis y media de la mañana, al salir el sol. ¡El honrado primo Pepe [José Navarro y Molina] estaba en el comedor en mangas de camisa y tenía delante de sí una muchachita de diez años, quién de rodillas repetía los rezos que Pepe le enseñaba! Las mismas, mismísimas costumbres patriarcales de ahora diez años sin variación ni un tilde. Belisaria está en la ciudad a causa de la repentina muerte de mi tío Isidoro. Aún están en la puerta de la sala estas letras grabadas con cortapluma por mí "R. G. N. 1843". Dios mío, con qué placer vuelvo a ver el lugar de procedencia de mi familia paterna, la estancia y heredad de los Navarro, este Capayán, teatro de mis primeros años y escenas de niño, de colegial, etc. etc.

³³⁵ *Los recuerdos son frescos en ella, ¡como yo los sentí también! Con doble razón hoy que es una señorita y que soy un joven que había tenido sueños fantásticos con Admentaria, recordándome nuestras primeras confesiones amorosas ... No es la primera vez que ... en este momento todo esto es una realidad ... ¡Cómo es bella! Traducido del francés.*

Son las doce del día en que acaba de llegar Moisés Soria de la Concepción, a quién escribí apenas llegué, avisándole de mi llegada y diciéndole que avisara al Sr. Gobernador que en el acto pasaría a verme con él allí, pues acababa de saber a mi llegada que se encontraba allí desde dos días antes a una entrevista con el Coronel Balboa. Con qué júbilo y muestras de singular aprecio me ha recibido Moisés, diciéndome que mis primas Sorias están locas de gusto y desesperadas por estrecharme en sus brazos. En estos momentos también acaba de llegar mi tío Mauricio quién está aquí al objeto de sus quehaceres habiendo dejado la familia en Catamarca. ¡Dios mío, qué viejo y desconocido está! Las lágrimas se me han derramado al sentir el ver la sombra de mi padre en mi tío ... También está conmigo mi tía Melchora. Me marchó para la Concepción donde me espera el Gobernador y mi primo Manuel José y todo los que acompañan a Lascano.³³⁶

La Concepción

Son las cinco de la tarde en que acabo de llegar a la Concepción. Soy recibido en los brazos de mi primo Manuel José, enseguida me sorprende agradablemente mi tío el cura Segura, el Gobernador, después Amadeo Maza, y otros muchos antiguos conocidos. Dios mío, qué encantador es esto de pasar de recuerdo en recuerdo, de emoción en emoción volviendo a ver tanto pariente, tanto amigo de infancia, etc. etc. Manuel José está formado completamente y es un gallardo muchacho. He tenido tiempo de hablar con el Gobernador antes que despidiese a Balboa ... Se marcha ahora a la ciudad pues no esperaba sino que yo llegara para hacerlo. Yo pasaré mañana a la ciudad.

Estoy en casa de mi tía María del Señor después de haberme despedido del Gobernador que se ha vuelto a la ciudad. Dios mío, cuántas primas, tías, amigos y sirvientes me han recibido en sus brazos. Toda la familia me esperaba en el patio sabiendo que estaba con el Gobernador y que debía llegar luego. “Prefiero a mi tía en mi primer abrazo”, dije, cuando vi que todos se aprontaban para bajarme del caballo con aquel placer digno solo de parientes que se quieren mucho. Mi tía, Genoveva, Argentina, Natalia y Corina y su esposo y condiscípulo mío fueron los que me recibieron. La casa entera, el pueblo todo, que al fin, todo depende de nuestra familia, antigua aquí, se pasó en movimiento y agitación con mi llegada. Cuántas preguntas, cuántos cariños y caricias de mi tía y mis primas. Se puede sufrir con paciencia los trabajos y azares de la vida con tal que uno tenga momentos como éste. Mi tía está joven aún y feliz como pocas madres porque es idolatrada de sus hijos, y Moisés, que es un modelo de amor filial, un

³³⁶ Sinforeano Lascano, gobernador de Catamarca (1854–1856). Aliado político del ex gobernador Manuel Navarro. Sancionó la primera constitución de la provincia en 1855.

dechado de caballería y honradez, ha dado a su familia con diez años de trabajo continuo una alta posición cual le corresponde. Genoveva está siempre hermosa como era ya antes de que yo me fuera. Diez años han pasado sobre ella sin dejar ni rastro siquiera en su semblante fresco y expresivo, y en la brillantez de sus ojos que han robado el azul de los cielos ... Corina está quebrantada en su salud, ella que era la menor y con quién yo tenía más que hacer por ser de mi edad. Las demás no tienen alteración casi en su fisonomía. ¡Dios mío, qué feliz soy en medio de tantos seres queridos!

Catamarca. Viernes 9 de marzo

Son las once de la mañana en que acabo de llegar a la ciudad de donde partí diez años ha para Chile, emigrado con mi familia por la guerra de Rosas y desterrados por el Gobernador de esta provincia D. Santos de Nieva y Castilla. Salimos de la Concepción esta mañana al rayar el día, en compañía de mi prima Corina, su esposo Gregorio Moreno y una señorita tucumana. Hemos tenido un viaje lindísimo, muy divertido, pues no he sentido en qué tiempo hemos pasado 11 leguas que nos separaban de la ciudad. Hemos pasado por Villapima, Miraflores y el gran mistol simbólico que sirve de sombra en medio del camino y donde ahora diez años fue nuestra despedida con los que nos acompañaron. Después hemos pasado por Coneta y al fin por la Vista Larga y Tiorco, teatro de mis primeros ensayos en agricultura. Catamarca está completamente mudada, aumento de población, de edificios muy buenos, mayor comercio y mil mejoras públicas debidas a la paz y nueva era que nos rigen. He parado en casa de mi tía Javiera, donde Manuel José me había preparado un magnífico alojamiento. Mi tía Javiera y Juanita me han recibido con las muestras del más tierno afecto, pues no han podido contener sus lágrimas al abrazar al hijo de la parienta y amiga más íntima que han tenido.

Lunes 18 de marzo

Todo Catamarca me ha visitado y llenado de muestras grandísimo de afecto. El Gobernador se ha portado perfectamente, pues me presta el mayor aprecio y deferencia, y ha convenido con el mayor gusto en todo lo que le he transmitido de parte del General Benavidez y del Gobernador de la Rioja. Los padres Franciscanos para quienes he traído algunos regalos, como en recuerdo de su discípulo, me han llenado de obsequios particularmente, los Achávales, mis lectores y mis condiscípulos Esquiú, Pesado y otros. Mi tío el cura Segura, Don Pedro, Don Gregorio, Don Jacobo y sus hermanos han hecho iguales distinciones. Mis parientes todos me han llenado de halagos y muestras de cariño, particularmente la familia de mi tío Mauricio que hoy ocupa nuestra

casa. ¡Dios mío, cuántos recuerdos tristes y venturosos a la vez que he evocado al visitar mi casa después de tantos años y tanta peregrinación! La casa de nuestros padres, el teatro de mi niñez en donde hasta los últimos rincones me interesan, porque no hay un pedazo de suelo en ella que no me traiga un recuerdo. Aún he encontrado vivo al negro y fiel esclavo Matías, el que ha servido de ayo a toda la familia de mi padre desde niños y el que en seguida ha guiado nuestros primeros pasos cargándonos en sus brazos. Vive la Lauriana y Magdalena, la Francisca, Rosa, todos sirvientes nuestros, algunos de ellos esclavos. Un mundo de recuerdos encierran ellos para mí ... ¡Los he recibido como debía, los he regalado y recompensado bastante en recuerdo de sus amos!

Miércoles 20 de marzo

Los padres franciscanos, reunidos en comunidad, me han obsequiado con unas solemnísimas honras por el alma de mi padre. Ellas han tenido lugar hoy con gran pompa y una concurrencia numerosa de parientes, amigos y otros altos personajes. Le había regalado yo un riquísimo (sic) para el convento, y para que fuera estrenado el día del Patriarca y la comunidad me han contestado que el mejor modo de estrenarlo a su juicio era usándolo en unas honras para mi padre. Jamás he oído ni visto cosa más solemne, ni jamás me han conmovido más los cantos de iglesia, me han hecho llorar durante toda la ceremonia. En seguida he visitado una por una todas las celdas y parajes del Convento en compañía de todos los padres y de mi distinguido condiscípulo Esquiú, el célebre orador de la Constitución de Mayo.

He encontrado nuestra casa en muy buen estado y con un valor triple al que tenía. Sus dos quintas son las mejores que hay en la ciudad y he tenido propuestas de compra por la casa que no he querido aceptar. La dejo alquilada en un precio más alto que todas las casas de esta ciudad. He rescatado un documento que había contra el mismo título de la casa, pagado sus intereses y liquidado todo. He adquirido una mina por donación o regalo, mina muy importante en el Fuerte donde está la Restauradora que se ha vendido por seis mil onzas. He adquirido otra acción de valor de 1.000 \$ en la compañía minera del Rosario sobre pertenencias existentes, y trabajándose ya en el Fuerte con un capital de 30.000 \$. He conferido poder especial a mis primos Octaviano y Manuel José Navarro para correr con todos mis asuntos. Todo esto he realizado en los pocos días que he estado aquí, pues no tengo tiempo de demorarme aquí.

Jueves 21 de marzo

Salgo hoy para la Rioja en cumplimiento de una comisión de este Gobierno, y para acabar de cimentar sus relaciones interrumpidas desde los asuntos de Bustos. Llevo igualmente

encargo de concluir el asunto pendiente contra Don Santos Nieva y Castilla por su revolución contra este Gobierno, ¡a ver si yo creo conveniente acercarle el indulto que él pide por medio del Gobierno de la Rioja! ¡Así es el mundo! Él me desterró con mi familia en el 45 y diez años más tarde el mismo niño va a ser su juez. Este Gobierno se empeña con todas sus fuerzas y lo hace lo mismo el de San Juan porque me queda este año y acepté un asiento en el Congreso para servir a estas pobres provincias que no tienen hombres que las representen en las críticas circunstancias que hoy atravesamos ... ¡Creo, pues, que volveré a Catamarca!

La Concepción

Después de un hermoso viaje acompañado por Corina, Moreno, Justina, el cura Segura, Manuel José, Rudecindo, el Gobernador, etc. hemos llegado a la Concepción y dando una sorpresa agradable a toda la familia, pues dejamos nuestros caballos en cierta parte de la hacienda y entramos de a pie sin ser sentidos hasta el comedor donde estaban reunidos todos a las siete de la noche principiando a comer. Qué gusto han tenido todos, y cuánto placer he tenido yo al volverme a encontrar aquí. He hecho citas a Mardonio y Pepe para que vengan a tratar del arriendo de la hacienda de Capayán, y realizado eso mañana partiré para la Rioja sin otra detención.

Rioja. Domingo 8 de abril. Pascua

Salí el 25 del mes pasado a las doce del día acompañado de José Rearte, el mismo servidor que tantas veces salvó la vida a mi Tatita en tiempo de Maza. Mardonio me acompañó hasta Chumbicha. Allí encontré a Bedoya, quién dio cartas para la Rioja; al entrarse el sol partí de Chumbicha y dormimos cerca de Amilgancho a las doce de la noche. Yo he venido solo con José en lo montado. Partimos de allí, y a las seis o siete de la mañana entraba a la Rioja con grande admiración de todos que no creían que hubiera andado tanto.

¡Soy electo Diputado al Congreso! Según carteles fijados desde ahora tres días, hoy a las doce ha tenido lugar la elección de Diputados y he sido electo yo canónicamente, sin perder un solo voto. Muy satisfactorio me es de veras ver la simpatía que me tienen expresada de una manera tan inequívoca. ¡Oh! Ellos saben bien lo que hacen, tal vez ganarán un ciento por uno en el negocio, porque sé pagar así yo a los que me muestran distinción. El Gobernador y Ministro se dirigen en todo por mí y no se da un paso sin mi consejo; me prestan pues la más alta deferencia.

Martes 10 de abril. Memento

¡Con cuánta dicha pongo en mi diario esta palabra! Ella significa la realidad de muchos sueños de amor y de ventura, de muchos recuerdos que mi diario me conoce en California mismo, recuerdos habidos y mantenidos en mi imaginación desde ahora 10 u 11 años en que tuve vacaciones aquí mismo, desde el 45 en que pasé para Chile con mi familia. Más de una vez mi diario me hizo recordar el nombre de mi prima Armentaria, como la más querida de todas, como la dueña de muchos y hermosos recuerdos aún en el extranjero. La dejé de 12 años más o menos en una época en que yo tenía 16 o 17. A mi vuelta la he encontrado, *plus belle de ce qu'elle était auparavant, plus amoureuse, la plus belle de la Rioja, son nom était répandu partout jusqu'à San Juan pesant la envie de ma cousine Leonor ! Oh ! Is not a true happiness to be loved to the madness by such an angel? Is not a divine happiness to enjoy her love in all the different types of passion and enjoyment?*²³³⁷

Viernes 13 de abril. Memento 3

El espacio y el tiempo me faltan para contarle a mi diario los acontecimientos felices en que la suerte me brinda desde que llegué aquí. *My happiness is without bornes! I would not desire anything more. I have enjoyed it in those last days, as can be a simple mortal in this life. If there is a paradise in this world, I have enjoyed it in these fifteen days. See my journal on the page. Then I will write better and remember all that I cannot now do so ... But what an adventure is happened to me last night with Adelaida! My God. Memento quia pulvis es, et in pulverem reverteris!*³³⁸ Ved también más adelante Santos Nieva ...

Domingo 15 de abril. Nueva era en mi vida

Anoche a las ocho recibí mi diploma de Diputado al Primer Soberano Congreso Legislativo de la Confederación Argentina, por la Provincia de la Rioja. Las actas de los Departamentos han

³³⁷ *A mi vuelta la he encontrado más bella que lo que era antes, más amorosa, la más bella de la Rioja, su nombre estaba difundido por todos lados hasta San Juan, ¡pesando la envidia de mi prima Leonor! ¡Oh! ¿No es la dicha verdadera ser amado hasta la locura por tal ángel? ¿No es la dicha divina gozar de su amor en todos los diferentes tipos de pasión y goce?* Traducido del francés.

³³⁸ *¡Mi dicha es sin límites! No desearía nada más. He gozado de ella en estos últimos días, como un simple mortal en esta vida. Si hay un paraíso en este mundo, he gozado de él en estos quince días. Ver mi diario en la página. Entonces escribiré mejor y recordar así todo lo que no puedo hacer ahora ... pero ¡qué aventura me sucedió anoche con Adelaida! Dios mío. Recuerda, hombre, que polvo eres y al polvo volverás.* Traducido del inglés y del latín (Génesis 3:17-19).

sido tan satisfactorias como la de la Capital. Casi canónica ha sido la elección por mí. Son los dos de la tarde en que salgo para Catamarca después de haber recibido todas las instrucciones y encargos del Gobernador para la alta misión que se me ha confiado. Tengo también el honor de ser el portador de la Constitución de la Rioja para presentarla al Congreso para su sanción. Me acompañan el Gobernador, el Ministro, Jacinto Rincón, Nicolás Carrizo y otros vecinos notables de la Rioja. Voy pues a unirme a mi primo Manuel José Navarro para marchar juntos al Congreso. Qué sueño de dicha se ha realizado para él y para mí, que vamos a hacer juntos esta campaña. Sus empeños, los de Benavídez, los del Gobernador Lascano, los de Bedoya, los de todos se han realizado, pues que han tocado todos los resortes en su mano para hacerme aceptar la diputación por la provincia, ¡no habiendo admitido antes cuando se me ofreció!

Catamarca. Martes 17 de abril

Salí el 15, y caminé toda la noche hasta las doce. Dormí y partí a la madrugada llegando a Chumbicha a las ocho de la mañana. Casi muerto de cansancio, alojé un momento en casa de mi huésped, donde me dieron algunas sandías mientras descansaba un momento. Marché a las nueve y llegué a las once y media a Capayán. Estuve con Pepe, y haciendo citar a Mardonio para la Concepción, me marché allí a las cuatro después de haber dormido un rato como para descansar. Llegué a la Concepción y seis cuadras antes de la casa de mi tía di con Enriqueta. Qué sorpresa tuvo, pues venía de casa de mi tía y se había hablado allí de mí, esperándome ya casi sin esperanzas. La levanté en las ancas de mi caballo e hice que mi sirviente tomara el niño que traía en los brazos y marchamos. ¡Dios mío, que algarazara cuando me vieron llegar! ¡Qué júbilo, qué muestras de placer en mi tía y mis primas, tan clara y sinceramente manifestadas! Largo y muy largo sería decir cuánto he gozado, cuánto han gozado mis primas al verme volver. Enseguida hicieron venir a las lindísimas hijitas de Enriqueta, y pasamos en sarao toda la noche. ¡Qué bellas criaturas son! ¡Adelaida! *Oh! There is no mistake, you love me*, dudé la primera vez que estuvo conmigo en el otro viaje ... *And the first love at fifteen years is very dangerous.*³³⁹

Miércoles 18 de abril

He llegado a casa de mi tía Javiera a las doce del día, y encontrando a todos en la mesa a excepción de mi tío, que está en la Isla, y Octaviano, recogiendo el diezmo. Qué sorpresa cuando

³³⁹ *No hay ningún error, me amas, dudé la primera vez que estuvo conmigo en el otro viaje ... ¡y el primer amor a los quince años es muy peligroso!* Traducido del inglés.

me han visto entrar sin esperarme siquiera. He encontrado a Manuel José y toda la casa en preparativos para el viaje, y la ciudad entera en preparativos para un baile que nos darán antes de partir para el Paraná al Congreso, ¡idea del Gobernador y demás catamarqueños!

Catamarca. Martes 24 de abril de 1855

Son las nueve de la mañana en que salimos de Catamarca para el Paraná. Viajamos con mi primo Manuel José en una hermosa y cómoda volanta tirada a cuatro caballos. Nos acompañan hasta dos leguas fuera de la ciudad, el Gobernador, su Ministro, el cura Segura, sus hermanos y otros ciudadanos notables. Han sido tan pocos los días que he estado en Catamarca, y tan varios y múltiples los sucesos que han pasado por mí en estos últimos días, que no he tenido tiempo de escribir nada en mi diario, ni lo tendré tampoco hasta no estar de pie en el Paraná. Las notas que después ponga en mi diario darán a conocer algo de mi vida en estos últimos 15 o 20 días tan fecundos en acontecimientos. Dejo tiernas memorias en Catamarca y más de unos bellos ojos se han humedecido a mi partida. ¡Quiera Dios que alguna vez vuelva a encontrarme con las señoritas González!

Miércoles 25 de abril. La horqueta

Anoche ya un poco tarde llegamos a las Breas, estancia de mi tío Manuel Navarro, a leguas de Catamarca; de allí hemos salido esta mañana y hemos llegado aquí a la Horqueta a las cinco de la tarde. Vamos viajando por la posta y con la mejor comodidad, pues no nos aburrimos un momento. El movimiento del carruaje es muy suave, leemos el Isaac Laqueden³⁴⁰ con mi primo, conversamos como dos jóvenes, de nuestros proyectos a venir, de nuestras aventuras, de nuestros amores. Jamás he podido imaginarme siquiera que pudiera hacer un tan hermoso viaje.

Jueves 26 de abril. El bordo del Chañar

Anoche después de llegar y estar alojados, nos ha venido una furiosa tormenta y ha llovido como nunca he visto llover, parecía el diluvio. Esto nos hace un horrendo perjuicio porque el carruaje no va a poder marchar sino muy despacio y nosotros llevamos mucha prisa, pues las Cámaras se abren el 1º de Mayo y somos ya 26 de Abril. A las ocho recién vinieron los caballos, y hemos andado 14 leguas hasta aquí que es el bordo del Chañar a la entrada a la travesía.

³⁴⁰ Dumas, Alexandre, *Isaac Laquedem ou, Le Roman du juif errant*, París: La librairie théâtrale, 1853.

Viernes 27 de abril

A las doce de la noche hemos salido y desde luego nos vimos en un océano de agua de más de 40 leguas a todos vientos. A esas horas nos era casi imposible encontrar la senda. Las salinas así llamadas, son una llanuras sin principio ni fin, salitrales inmensos donde no hay un solo árbol y llenas de agua hoy por las tormentas que han caído. Veinte veces hemos perdido la huella y otras tantas hemos quedado empantanados en los barriales, teniendo que salir nosotros a caballo para poder sacar el carruaje. Al fin, así entre mil trabajos hemos llegado a las doce y media a las Toscas, la primera posta después de la travesía. De allí hemos partido a las dos y hemos llegado a los Socavones a las ocho de la noche, habiendo caminado 24 leguas por entre barriales.

Sábado 28 de abril. Los Devisaderos

De los Socavones hemos salido temprano hoy y hemos llegado a los Devisaderos a las siete y media de la noche. Esta es una buena posada donde estamos bien tratados. A la madrugada saldremos de aquí y llegaremos al Tala a las seis de la mañana o cinco si nos fuese posible, porque llevamos la intención de llegar a Córdoba el domingo. Vamos viajando por campos tan hermosos como no he visto igual sino en California. Los pastos parecen más bien alfalfares que naturales; tan pronto son bosques de árboles y montes impenetrables. ¡Grandes tropas de caballos hermosísimos y de animales vacunos se ofrecen a la vista a las orillas de estos campos inmensos!

Domingo 29 de abril. Los Talas

Aquí hemos llegado antes que el día quisiera asomar. Encontramos a todo el mundo durmiendo y nosotros nos acostamos de nuevo en los cuartos de la posta sobre algunos catres de cuero mientras despertaban las gentes. Salimos a las seis, hemos pasado las postas del Salitre, Guerra y Moyano.

Córdoba. 29 de abril

Hemos llegado a Córdoba a las 6 de la tarde. Estoy en la ciudad de las tradiciones, en la ciudad de los doctores, en la ciudad más hermosa y grande de la Confederación después de Buenos Aires. Mi diario tendrá su descripción en otra parte pues tampoco tengo tiempo de escribir aquí,

debiendo ocuparme de visitar sólo esta gran ciudad. A las siete llegó mi tío Amaranto y Rubén a casa de Doña Tomasa donde nosotros hemos alojado, esta señora es suegra de Manuel Ocampo, hijo del tío Amaranto. A las siete y media nos trajeron invitaciones para el baile de tabla en el teatro y mientras nos estábamos vistiendo, llegó Mardoqueo Molina, antiguo amigo y condiscípulo desde la infancia. Asistimos al baile pues es la mejor oportunidad para ver el bello sexo reunido y por más que esté cansado, no soy hombre que me rindo cuando hay algo que ver y estudiar.



F. 19: Litografía de la catedral de Córdoba³⁴¹

Lunes 30 de abril

Anoche fui a la filarmónica en el teatro y pude ver toda la sociedad de Córdoba reunida. Tuve el sentimiento de no ver a mi prima Carolina, que es una de las bailarinas buenas en Córdoba. Había estado a las nueve y se había marchado porque no iba dispuesta para baile. Hoy he recibido recado de ella, haciéndome anunciar una visita para esta tarde, pero yo no esperaré que ella venga, iré yo a verla. ¡Pobre señora, mi tía Saturnina! Nada sabe de Cupertino, su único hijo varón, su esperanza.

³⁴¹ Léon Pallière, 1858, litografía, Museo Saavedra.

Hoy me he ocupado de visitar todos los templos y antiguos monumentos de la ciudad que son hermosísimos y dignos de llamar la atención del más indiferente. Mi primo Rubén me ha servido de guía en mis visitas.

He visitado también el Paseo de Córdoba, que merece la celebridad que tiene, pues yo creo que es una maravilla. Hablaré después de todo esto.

Mi tía Saturnina ha estado a visitarme con Carolina y no me han encontrado; yo he ido a su casa y he sido recibido con el más expresivo cariño. ¡Qué amable y digna criatura es mi prima! No es bonita pero es llena de prendas que la hacen querida de todos los que la tratan. Me ha prometido llevarme a varias casas de sus amigas, quiénes según ella la han mandado felicitar por la llegada de un primo tan lleno de méritos, buen mozo, etc. No hay qué admirarse, ¡son rentas de todos los que llegan y de los que como yo, tienen parientes en todas partes!

Rosario. Lunes 7 de mayo de 1855

El miércoles 2 del presente partimos de Córdoba en la diligencia y hemos traído el siguiente itinerario. El 2 a las cinco llegamos a la primera posta llamada La Punta del Monte, a 5 leguas de la ciudad. En la noche dormimos en un solo cuarto catorce personas que veníamos en la diligencia, inclusive un fraile y una vieja. Traíamos un célebre tenor cómico, Rizo, que cantaba divinamente todas las canciones de su tierra la Andalucía. Partimos el 3 a las ocho y llegamos al anochecer a los del Tío Pujio, donde dormimos; pasamos por las postas siguientes: las del Río 2º, 6 leguas, de allí a lo de Méndez, 5 leguas. De allí a Oncativo, una legua, campo célebre porque allí fue donde Paz triunfó sobre Quiroga, tomando prisionero al célebre fraile Aldao³⁴². De Oncativo al Desgraciado, 3 y media leguas. De allí a los Espinillos 3 y media. De allí a los de Pedraza 5 y 5 al Tío Pujio donde alojamos.

Del Tío Pujio salimos el 4 a La Villa Nueva ciudadita, edificada por López, hijo del Quebracho, 5 leguas, muy bonita ciudadela con un templo magnífico. De la Villa a la Herradura 5 leguas. De allí a Bustos 5. De allí a las Tres Cruces 5. De allí al Fraile Muerto 4 leguas. Allí dormimos teniendo relación con Campillo, hermano del Ministro actual de Hacienda. Se llama esa posta que ya es un pueblo Fraile Muerto, porque allí se castró un fraile y murió de eso al día siguiente. El cinco hicimos las jornadas siguientes.

Del Fraile Muerto a los Zanjones 4 leguas. A Barrancas 4 leguas; al Saladillo 4 leguas; al Lobatón 5. Lugar célebre por las muertes de Liniers y sus cuatro compañeros más. De Lobatón a

³⁴² En la batalla de Oncativo (1830) se enfrentaron en Córdoba las fuerzas unitarias al mando del General José María Paz, contra las federales que seguían a Facundo Quiroga, siendo vencedoras las primeras.

la Cabeza del Tigre 5 leguas; a la Cruz Alta 5 leguas, fuerte contra los indios. A la Guardia de la Esquina 4, allí dormimos.

Ayer pasamos por varias otras postas, cuyo nombre no recuerdo, entre ellas la Posta de donde se robaron las niñas Gallegos los indios que después han sido rescatadas en Chile en Arauco y viven tres en Hualqui donde las dejo yo. He visto a la madre y a las señoritas menores hermanas de las cautivas y me han oído con el más grande interés la relación de la libertad de sus dos hermanas que yo relacioné en el Mercurio. Ya sabían de la libertad, pero no de cierto. Es romanesca la tal aventura. A las 6 de la tarde de ayer domingo entramos al Rosario.

Viernes 11 de mayo

El Rosario es una hermosa ciudad exactamente como las de California en su movimiento y progreso fabuloso en poquísimos meses. Es el puerto jefe de la Confederación, y su comercio es muy activo. La ciudad está materialmente sobre la misma barranca del hermoso río Paraná, el más majestuoso del mundo y acaso el más pintoresco por las montañas de árboles que bordean las riberas. La ciudad del Rosario es la más grande después de la de Córdoba y rivaliza con ésta en la novedad y hermosura de sus edificios. Si alguna ventaja hay de una a otra ella está por el Rosario en la hermosura de sus edificios. En el Rosario me he encontrado con Villanueva y N. González, mis amigos íntimos en Mendoza, aquí está también el Sr. Gómez Don Gregorio, que es administrador de aduanas. Los campos que se pasan desde Córdoba al Rosario son una maravilla del mundo en sus pastos, en la riqueza de la tierra. Son llanos donde no se ve la más pequeña ondulación en el terreno y la vista se pierde en el horizonte sin ver un solo árbol a no ser los ombúes que como genios del desierto, hacen guardia velando aquellas soledades, uno en cada milla. Los pastales entreverados de trébol cubren la tierra sin que ninguna otra yerba se entreviese con ellos. Ingentes sumas de gauchos paciando por esas llanuras da doble realce poético a esas pampas desiertas. La vista del viajero se extasía y cree que así debió ser el Paraíso terrenal que perdimos con la culpa de nuestros primeros padres. El río frente a la ciudad está lleno de buques y la escuadra brasilera llegada de su expedición hostil contra el Paraguay hermosea también la vista del puerto. El Rosario tiene un hermoso teatro y he asistido a algunas representaciones muy buenas.

Paraná. Lunes 14 de mayo de 1855

A las nueve de la mañana del día 11 salimos del Rosario en el vapor Buenos Aires, el más porrón inservible de cuantos vapores hay en el mundo. Debiendo haber echado doce horas de

navegación, hemos empleado tres días para llegar aquí y no hemos fondeado sino a las once de la noche de ayer, no pudiendo desembarcar ya a esa hora porque del puerto a la ciudad capital de la Confederación hay cerca de una legua de camino.

El viaje por el río Paraná desde el Rosario es lo más hermoso y divertido que puede darse. No creo que haya un río más hermoso, más grande, de corriente más suave y de márgenes más pintorescas por los bosques que bordan sus orillas. Largas distancias corre el vapor, deslizándose al parecer por entre bosques de sauces, pues a veces pasa tan cerca de ellos que uno cree tocarlos con las manos. ¡Qué nación tan privilegiada la que posee un río como éste!

A las nueve de la mañana hemos llegado a esta hermosa ciudad capital provisoria de la Confederación Argentina. Nos alojamos provisionalmente en el Hotel de París. A las doce pasé mi nota de aviso al Gobierno Nacional y a las dos tuve la nota contesto del Ministerio del Interior, mandándome avisar las órdenes dadas a la Tesorería, etc.

Paraná. 21 de junio

Esta noche hemos discutido la ley sancionada por el Senado que aprueba el decreto del Gobierno de 15 de septiembre declarando cuáles son abogados nacionales. Ese era el contenido del primer artículo. El segundo dice que en adelante sólo las Cortes inferiores expedirán títulos de abogados probada la idoneidad. Este asunto pasó a Comisión antes de ir esta noche a la Cámara y compusimos la Comisión el Dr. Luque, yo y el Dr. Corvalán. Informamos por qué se sancionará esta ley en todas sus partes. El asunto pues ha traído esta noche muy acalorados debates por parte de los doctores de Córdoba, Lucero y Ferreyra que no quieren que hayan otros abogados que los de su país. Ferreyra tomó la palabra después del Ministro que apoyaba el proyecto, y se perdió en su discurso de una manera tan vergonzosa que toda la Cámara se río sin poderse contener, lo mismo que se despoblaron los asientos cuando habló el Dr. Calixto González pues nadie pudo contener la risa cuando dijo “que hasta las señoritas habían sido abogadas en Roma como Segismunda, Hortensia y otras que sólo perdieron el derecho de abogar cuando una de ellas cometió un desliz con un juez.” Imposible es pintar la hilaridad de la Cámara. Por lo demás, Lucero ha estado ridículo esta noche pues ha sido un cómico que ha llorado, reído, pateado, accionado, gritado y hecho otras mil impropiedades durante su discurso que ha salpicado con embestidas al Ministro y a las provincias del interior. Se puso a votación el artículo y nos ganaron la votación triunfando Lucero que consiguió atraerse algunos votos. Todo el mundo quedó sorprendido con semejantes resultados, pues Lucero proponía, en lugar del artículo desechado, lo más sendos disparates ... Yo tomé enseguida la palabra, y dije que “por ser la hora muy avanzada no quería molestar más a la Cámara, pero que me reservaba para la sesión siguiente para contestar al Diputado Lucero algunos trozos de su discurso en

que desde luego”, decía, “había incurrido en errores muy marcados, y vertidos en un lenguaje poco digno de aquel recinto ... poco parlamentario”. Se levantó la sesión ... ¡Carajo! Ellos han cantado victoria esta noche, ¡nos veremos mañana! ¡Lo prometo!

22 de junio

Hoy en el día convinimos nuestro plan de ataque. A veces las circunstancias más pequeñas hacen fracasar los proyectos más grandes y bien combinados ... A la oración le dio un ataque a Rosita y el diputado Achával, su padre y el Dr. Luque, faltaban a la sesión, pues el médico y el padre se ocupaban de la enferma, dos de nuestra banda. Puesto en la Cámara, noté esto y se lo hice notar al Ministro y luego convinimos en obrar. El plan era difícil; se trataba nada menos que de traer al padre y el médico arrancándolos del lado de la enferma en peligro. A mí, a mi vez, me lloraba sangre el corazón, porque Dios sabe cómo quiero yo a Rosita, pero ahí estaba el verdadero sacrificio. Fui volando antes que se abriera la sesión y me introduje hasta el dormitorio de la enferma. Pobre ángel, cuánto sufría. La llamé por su nombre y le dije “Rosita, ¿sufre mucho?”. “No tanto, Navarro, mil gracias”. “Por un momento Rosita, en nombre de lo que más ame Ud. voy a quitarle a su papá y su médico, pero ellos volverán acompañados de mí y de todos sus amigos. No puedo decirle más, dispénsese”. “Bueno pues, admito la oferta con placer”.

Llegados a la Cámara el diputado Aráoz pidió que se reconsiderase el artículo desechado en la sesión anterior, pues que habían diputados que no había presentes y otros que habían votado sin plena conciencia. La indicación fue apoyada por la mayoría cayendo esta indicación como una centella en medio del campo enemigo, pues no se esperaban semejante ataque. Después de un largo debate sobre si el reglamento permitía la reconsideración, debate en que triunfamos siempre y en que ellos perdían terreno, se puso a votación y ganamos por 14 votos contra 10. El Presidente declaró, pues, en alta voz, que estaba de nuevo en discusión el artículo desechado la noche anterior. Esto sólo era ya un triunfo. Se discutió pues acaloradamente por una y otra parte, defendiendo Lucero hasta sus últimos atrincheramientos. Por fin se puso a votación después de haber el Ministro vertido flores y razones a la vez. Ganamos la votación por 14 votos contra 10 y se oyó la voz del Presidente como la de Dios en el Tabor decir en voz alta: “la Honorable Cámara ha aprobado el primer artículo presentado por la comisión y sancionado antes por el Senado”. ¡Qué lindo triunfo! Os lo prometí y cumplo con mi promesa. ¡Doctores de Córdoba! ¡Soy muy pequeño pero os haré guerra porque os creo polilla en nuestra patria!³⁴³

³⁴³ Es evidente que existió una división notable en el seno del Congreso de Paraná. Si bien no llegaron al punto de conformar facciones nítidamente definidas, existió cierta tensión entre los representantes de Córdoba y los del resto de las provincias por asuntos varios y competencia por el poder.

Se puso en discusión el artículo 2º y se cruzó de nuevo un acalorado debate entre ambos partidos. Lucero, picado con su derrota, se vertió en términos muy insultantes dirigiéndose al Ministro y habló por cuatro y dijo que “el desconocer la autoridad del Congreso para imponer abogados a las provincias era una grosería, era un error craso, grosero”, etc. El Ministro dijo, “señores, me veré obligado a retirarme de este honroso recinto, pues que no me creo con la suficiente calma para oír a los diputados expresarse en estos términos. Si hay algo de grosero en toda esta cuestión es sólo el lenguaje del señor diputado Lucero, por lo demás no veo nada de grosero, repito, sino sus palabras”. ¡Gran sensación! Lucero obtuvo la palabra y dio cumplida y debida satisfacción al señor Ministro, diciendo que se había expresado mal, lo confesaba, pero que no había sido su ánimo ofenderle. Se puso a votación el 2º artículo y fue aprobado igualmente. De manera que hemos triunfado, y aprobando además la ley sin quitarle ni ponerle una letra. Se levantó la sesión.

Doctores de Córdoba, lo prometí y lo cumplo, no prevaleceréis con vuestros sofismas de Universidad, argumentos sólo para los ignorantes. Sólo servís vosotros para enredar las cuestiones a título de doctores y sois todos más ignorantes que uno de nuestros muchachos de escuela hoy. Os sacan de las Siete Partidas y no sabréis entonces ni hablar vuestro idioma.



*F. 20: Casa de Gobierno de la Confederación, Paraná*³⁴⁴

³⁴⁴ Carl Muller, Berlín, S/F, litografía, Museo Saavedra.

Paraná. Lunes 25 de junio de 1855

Ayer ha sido un día lluvioso y frío como la misma Cordillera. Pocos días de invierno he visto más feos ni en California. Tanto más notable cuando que el 24 es el Veranito de San Juan, en que suelen haber muy hermosos días, aún en el rigor del verano. No ha habido ninguna tertulia particular y hasta el Club ha suspendido su baile para un mejor día. He ahí pues un día feo y triste como el corazón del que escribe, pues que yo ayer ni era ni dejaba de ser; no vivía en el presente por vivir en el pasado, por nutrirme de recuerdos. ¡Oh, ténpora! ¡Oh, California! ¡Oh, Chile! ...

Don las doce de la noche más o menos. Fui a la Cámara y después de algún debate sancionamos el proyecto del Gobierno para depósito libre por dos años, sin gravamen de ninguna clase. En seguida se leyó una nota del Gobierno en donde daba cuenta éste a la Cámara de que el Gobierno de Santa Fe solicitaba licencia para su Ministro Seguí, hoy diputado, por no poder expedirse sin él ... Yo tomé la palabra y dije, “soy de opinión que la Cámara no tome en consideración semejante asunto mientras el mismo interesado no acompañe su solicitud en toda forma. El Gobierno no puede ni debe pedir licencia para nadie, sin que el que deba ser licenciado haga a su vez su solicitud. Mal puedo yo pedir a la Cámara licencia por ejemplo para el Diputado Lucero, sin que él consienta en que se le dé licencia y la pida por los trámites ordinarios”. El señor Seguí dijo que ya tácitamente lo había pedido y que ahora lo pedía explícitamente ante la Cámara. “Que la Cámara no conocía jamás en asuntos expresados tácitamente ni nadie, que en cuánto a hacerlo ahora ante la Cámara, eso no bastaba porque tampoco ésta conoce de asuntos verbales”. Después de alguna discusión entre mí y el interesado se resolvió por votación que presentase su memorial en forma y que se ocuparía de él la Cámara en la segunda sesión.

El Coronel Francia, que estaba en la barra, nos convidó después de terminada la sesión para ir a su casa, y accedimos. Allí encontramos una numerosa reunión de señoritas jugando la lotería. Allí estaban las cuñaditas de Francia, lo mejor y más selecto de las paranaenses y lo que se ha dicho de los cachafaces nuestros colegas, ¡se ocupan de mí y de mi primo! ¡No me atrevo a negar la imputación! Tomamos parte en la lotería y fuimos enseguida acompañando nuestras amiguitas hasta su casa. Así se concluye esta noche 25 de junio de 1855.

Jueves 28 de junio

Ayer y hoy hemos tenido sesiones, y la Cámara se ha ocupado de sancionar el contesto al Mensaje del Presidente que estaba encargado yo de redactar. Yo he tenido que sostener sólo las observaciones de todos los majaderos a esta o aquella palabra más o menos dura, al hablar de

las provincias, de las revoluciones y la anarquía, etc. He hablado pues como un descosido y en algunas ocasiones con mucho calor porque tenía justicia para ello. Por ejemplo, no querían algunos que en las contestaciones dijera “Gobierno disidente de Buenos Aires”, etc. Yo sostuve que a todo trance debíamos consignar en todos nuestros documentos esa protesta eterna contra la separación de Buenos Aires, y desde que era una verdad y un hecho a nadie se insultaba llamando Gobierno disidente al de Buenos Aires. A pesar, pues, de que hemos trabajado mucho y molestándonos discutiendo, hemos gozado también y nos reímos con los discursos de González. Esta noche se desplomó la Cámara y la barra también cuando comenzó con su figura de caricatura y vocecita tiple su discurso en esta forma, “Honorable Cámara de Diputados. Veo señores que el Diputado que me ha precedido (Aráoz) se estriba ... se estriba ... ¡se estriba señores en quizá!”. ¡Dios eterno, jamás me he reído tanto, todo el discurso fue salpicado de cosas tan originales como esta! A las once se levantó la sesión, habiendo acabado de Sancionar la contestación del mensaje.

Sábado 30 de junio

Anoche hemos tenido una bonita tertulia en casa del señor Ramírez, tertulia casera y por lo mismo mejor para divertirse que los grandes bailes en que todo es etiqueta y estrechez. Después del baile del Club dado por el señor Ministro Derqui³⁴⁵ por el bautismo de su hija, esta es la vez primera que hablo con ella sobre asuntos de corazón que en aquella vez anduvimos no muy bien. Mas esta vez he quedado contento de mí y de ella. ¡No hay como un arreglo después de un resentimiento! En ningún caso son más felices los amantes. Gracias Luisa, ¡eres tan hermosa como sensible y ardorosa en tus sentimientos! Hemos bailado hasta las doce anoche y yo salí tan contento como nunca en el Paraná. No pedí mucho pero obtuve cuanto pedí ... eso al menos me garantiza el estado de su corazón.

Llego de las Cámaras a las diez y media de la noche. Hemos tenido reñidos debates sobre la cuestión de los senadores, y al fin, por mayoría, deseamos el proyecto de la Comisión para adoptar el de Lucero, que es igual en el fondo pero en la forma, el uno es un proyecto de comunicación y el de Lucero es proyecto de Ley. Al fin sancionamos en lo general el de Lucero que

³⁴⁵ Santiago Derqui (1809–1867) fue un político de origen cordobés que actuó como ministro del Interior del presidente Urquiza. Luego sería designado presidente de la Confederación Argentina en 1860, sucediendo al propio Urquiza. En ese mismo año debió renunciar debido a la derrota de las fuerzas confederadas en la batalla de Pavón, lo que significó el triunfo de las fuerzas porteñas lideradas por Bartolomé Mitre. Las consecuencias inmediatas de estos sucesos llevaron a la reunificación argentina, es decir, de Buenos Aires con el resto de las provincias, bajo la tutela de la primera y de la figura del propio Mitre, que llegará a la presidencia del país en 1861.

dice que los señores Zuviría y Galán dejaron de ser senadores, habiendo admitido la Cartera de Ministros. Zuviría hijo dijo que la Cámara se ocupaba de personalidades ... Se le llamó al orden y Lucero y Laprida dijeron que constase en el acta que ellos protestaban contra semejante injuria, etc.

Paraná. Domingo 1 de julio de 1855

Hoy muy temprano estuvo aquí el edecán del Presidente, coronel Nadal, a invitarme de parte de Su Excelencia a acompañarlo a comer. A las tres nos sentamos a la mesa después de haber conversado sobre varios asuntos en el salón desde las dos. Antes de ir a comer, me dijo el Presidente que Huergo (Delfín) acabado de llegar de Buenos Aires, le había dicho que hablando con Sarmiento al tiempo de embarcarse, éste le había dicho que estaba fatigado ya de los porteños y que quería venir al Paraná ... pero, ¿qué diría el Presidente, Elías y otros mil de quién ha escrito tanta injuria? A esto agregaba el Presidente, “¡qué mal me conoce todavía ese hombre ingrato! Ni él ni nadie es mi enemigo y si hoy viniera aquí le colmara de favores como a otros muchos ingratos”.

En la mesa siguió la conversación sobre este mismo punto y el Presidente habló de la ingratitud de los porteños, de Madariaga a quién dio 30 onzas un día, parte de su ropa para que se sublevase el día siguiente ... y así otros mil; lo mismo habló de Pirán, a quién había hecho Brigadier y fue el primero en encabezar la revolución de Buenos Aires. Pero el General, hablando de la ingratitud inaudita del pueblo de Buenos Aires que le quiso asesinar al día siguiente de quitarles el tirano de 30 años, se enterneció y casi con voz balbuceante dijo estas palabras, “les destrozó el tirano que los había reducido a esclavos, les llamo hermanos, les doy libertad y porvenir y en recompensa mandan asesinarme ... ¡Ingratos! ¡Qué les había hecho yo!”. Nos contó enseguida, y lo atestiguó con su secretario, que durante el tiempo que estuvo en Buenos Aires daba 2 onzas de oro diarias para su mesa y que jamás recibió un medio de las cajas sino para dar a Mitre, Sarmiento, a Vélez Sarsfield, a Alsina; ¡Mitre le llamaba mi Padre! Hablando del cintillo, dice que con él se dio el grito de revolución y federalismo de los pueblos en tiempo de Artigas, pero que no es el cintillo de Rosas sino el de aquel tiempo, y que las masas lo conocían y lo adoraban ya que él lo mandó guardar como el único medio de no dividir, a esto agregó, “por Dios que me oye si yo hubiera sabido que con un cinto celeste o con una mortaja blanca hubiese podido constituir el país, me las hubiera puesto y ordenado a los demás que se la pusieran”. Estuvimos en la mesa el Dr. Viso, Dr. Aráoz, y yo. Elías, los Coroneles edecanes y nadie más.

De vuelta de comer y yendo para San Miguel encontré a Luisa y sus hermanas y las acompañé hasta su casa donde tomamos mate en familia, me fue bien.

Lunes 2 de julio

Acabo de llegar de las Cámaras. En la de Diputados, hemos tratado el asunto pendiente sobre los senadores. Por una moción hecha por Ferreyra dijo que la Cámara debía resolver si se debía o no llamar al orden al Dr. Zuviría hijo por haber injuriado a la Cámara en la sesión del sábado, y no habersele entonces llamado al orden por haberse ausentado inmediatamente después de su discurso. Lucero apoyó y habló mucho sobre la falta, sobre el insulto ... etc. Zuviría protestó ante la Cámara por no haber proferido semejante insulto y si lo profirió, no fue con ánimo de insultar, niega el aserto de culpabilidad. Se resuelve que la Cámara discuta si había o no lugar al castigo pedido por Ferreyra. La barra estaba como nunca concurrida y había grandes personajes y señoritas. Después de esta solemne declaración sobre la Cámara yo tomé la palabra en defensa de Zuviría y, ya sea la justicia que la asistía o ya la simpatía de la persona, me atraje la mayoría y algunos aplausos de la barra; me apoyaron con bravos discursos Frías y Manuel José Navarro. Mucho se debatió pero, al fin, con vergüenza de los acusadores y vengativos, salió absuelto, ¡triumfamos!

Quedó sancionado el proyecto de Lucero que dice que los señores Zuviría y el General Galán dejarán de ser senadores al aceptar la cartera de Ministros. Ruidoso asunto; pero hemos pasado sobre todo en obsequio de la justicia.

Domingo 7 de julio

Según una moción hecha por mí en la Cámara, se sancionó que nos ocuparíamos de sesiones diarias para discutir el reglamento de debates y conocer de otros asuntos de vital interés para el país. Desde el 2, pues, todas nuestras sesiones diarias son para sancionar el reglamento de debates que ofrece siempre discusiones.

El tiempo está pésimamente malo; lo mismo que en el sur de Chile, llueve la mayor parte del invierno hasta el fastidio ya. Son días tristes aquí los días lluviosos como son hermosos los días buenos en que pasea todo el mundo y en que los campos se ven tan llenos de verdor.

El señor Zuviría ha elevado su renuncia del Ministerio de Justicia, Culto, etc. por mala salud. Esto es lo notable que hoy ocurre en el Gobierno. Se le aborrecía mucho ya por sus conocidos trabajos contra la Constitución. No andan bien tampoco el señor Derqui y Gutiérrez, creo que no se quieren ... esto es lo que puedo juzgar así por sobre la ropa. Tampoco hay fraternal amistad entre Derqui y Carril, Vicepresidente. Sea de ello lo que fuese, esto no se trasluce en los actos de gobierno porque todos marchan uniformemente. Quiera Dios que así sea. La Cámara de Senadores está siempre enredada con los asuntos de Obispos. No se ha resuelto nada aún.

Paraná. Martes 10 de julio de 1855

Llega el correo de las provincias y tengo innumerables cartas de Catamarca, Rioja, Córdoba, San Juan y también de Buenos Aires y Montevideo. Todos los parientes me escriben sin excepción de ninguno, y muy buenas cartas a fe. De Catamarca se dice que había llegado Gutiérrez y viene para acá. De Buenos Aires me escribe Ángel, y de Montevideo mi tío, su padre, y su carta es consulta sobre si debe o no admitir el nombramiento de diputado suplente que se le ha conferido por Santiago del Estero, atendido a que él es contrario completamente al orden de cosas establecido en la Confederación después de Caseros, etc. Mucha impresión me ha hecho esa disconformidad de ideas. Le he dicho en carta fecha de hoy que no acepte de manera alguna, porque acaso luego le mandase diplomas de Senador por la Rioja o San Juan

Se ha pasado ayer la festividad del 9 de julio sin gran aparato. Anoche hubo un hermoso baile en el Club Socialista. Siempre recordaré a la calificada reina del baile anoche, que tanta semejanza tiene aquel hermoso busto de cera en una peluquería de Valparaíso que tenía muchos enamorados. Dios mío, qué hermosa criatura, tal vez es lo mejor que he visto ... y qué bien me ha ido con ella. *“Since I first saw you, I always have desired to talk with you, because for all the deputies you are for me the best for a good and true friend. My friendship is offered to you and I will be happy if you feel the same for me”. These are their words, I answered to her in the same language. What happiness, my God! Oh! There is no mistake, she loves me perhaps ... A married woman never speak in there terms if she is not in love. She talk with me for the first time. She says that she shall be in the baile to see us!*³⁴⁶

Miércoles 11 de julio

Llego de la Cámara a las diez y media de la noche después de haber obtenido un brillante triunfo sobre el bárbaro proyecto de Ferreyra sostenido por Lucro, proyecto tendiente a destruir a los diputados que no concurren por razón cualquiera a las Cámaras en tal o cual tiempo.

He tenido la gloria de iniciar la oposición contra el proyecto, hablando contra él como me ha sido posible, denunciándolo ante la presidencia de la Cámara como anticonstitucional,

³⁴⁶ *“Desde que te vi por prima vez, he siempre deseado hablar con Ud., porque de todos los diputados es para mí el mejor para ser un amigo bueno y verdadero. Mi amistad se ofrece a Ud., y estaré feliz si Ud. siente lo mismo por mí”. Estas son sus palabras, le contesté con el mismo lenguaje. ¡Qué dicha, Dios mío! ¡Oh! No hay error, me ama quizás ... una mujer casada nunca habla en estos términos si no está enamorada. Habla conmigo por la primera vez. ¡Dice que estará en el baile para vernos! Traducido del inglés.*

como impolítico, como brutal. He hablado y expuesto razones muy sólidas, a mi juicio, para destruir cada uno de los ocho artículos de que constaba el finado. La cuestión se hizo muy interesante, la barra estaba concurridísima y todo el tiempo esperaba con ansia la votación. Muchos diputados se me plegaron a la oposición y hablaron después de mí. Por fin, después de un largo debate, se dio por suficientemente discutido el punto y se procedió a votar y el Presidente declaró en alta voz “La Honorable Cámara ha desechado el proyecto por 14 votos contra 11.” ¡Bravo! ¡Bravísimo! nos dijeron desde la barra, y después de salir a las antecámaras muchos señores senadores nos felicitaban a los que habíamos contrariado y opuesto con la palabra al finado proyecto. Ver la orden del día 11 de julio donde más o menos está mi discurso.

Viernes 14 de julio

Estoy de vuelta de la Cámara a las diez de la noche. En esta sesión se ha hecho el sorteo de los señores diputados que deben salir en el primer bienio según la Constitución. La diputación de la Rioja ha salido en el primer bienio, y lo que es más notable, los salientes son todos doctores sin doctorado como son los de Córdoba. Se han nombrado también las Comisiones Permanentes y a mí me ha cabido la Comisión de Peticiones y Negocios Extranjeros. La componemos cinco diputados: Urquiza, Uriburu, Navarro, Rius y Laprida; por lo demás no ha habido asuntos de grave interés en estos días. Los senadores siguen enredados con la cuestión de la Diócesis de San Juan; aún no se sabe lo que resultará y van ya tres sesiones sobre eso.

Domingo 16 de julio

Quiere Dios que contra costumbre tengamos días muy buenos. Hoy es un magnífico día de aquéllos que a las márgenes del Paraná se cree uno transportado al Edén, perdido por culpa de una mujer. ¡A propósito de ellas! ¡Hoy vienen sin el estado mayor, y no es esta una de las menores dichas, para hombres de alma sensible, la mujer es el solar y consuelo del hombre! No tengo qué quejarme, con las del Paraná me ha ido y me va bien como con todas las demás que he conocido en esta vida en varias partes del mundo. ¡Hay aquí algunas criaturas angelicales, y si no fuera así, no se preciarían las mujeres del Paraná al Edén que perdimos por el capricho de una mujer! Dicen. Mas no lo digo yo, que Dios me ha echado al mundo para perdición de ellas, que yo y mi guitarra, ¡somos un encanto y tentación peligrosísima! ¡No es nuevo pero otras lo han dicho, y lo han palpado antes!

Lunes 17 de julio. Quema del papel moneda

He sido nombrado por Ministerio de Hacienda en la Comisión que debía presidir la quema del papel desmonetizado. Este acto ha tenido lugar hoy y hemos reducido a cenizas en este primer día 799,555 \$. La operación no ha sido sencilla porque después de contar el papel hemos tenido que quemarle con toda prolijidad en un gran fogón en que he hecho yo de inquisidor mayor, es decir, de atizador. Queda para eterna memoria de este acto los dos fragmentos que están a la vista en esta página de mi diario.

Paraná. 15 de julio de 1855. Mi llegada a Paraná, mi Diputación al Congreso. Notas y recuerdos

Mi vida, por más que no parezca así a primera vista, es más rara y romancesca de lo que parece. Mi viaje a la República Argentina es toda una novela, con episodios dignos de figurar en los romances de Byron, con la sola diferencia de que los sucesos secretos de mi vida son los más dignos de notarse y los que menos traigo a consideración si no es como para recordarlos a mi diario, no como para cantarlos. En la Rioja, sobre todo, me han pasado cosas de muy feliz recuerdo y he jugado un rol lleno de incidentes curiosísimos. ¡El asunto de Nieva por ejemplo! Mi diario sabe que di, antes de salir de Catamarca, un acto público sobre el Misterio de la Encarnación en Teología. Fue ese acto en San Francisco, en la iglesia donde asistió todo el pueblo. En el ramillete que mamita presentó en esa ocasión había mistelas verdes y celestes, y el Gobernador Nieva, entonces en el terror de Rosas, se enfureció tanto de ver cosas celestes que nos desterró con plazo de ocho días. Mi familia, en medio de sus lágrimas, salió desterrada el año 45, y yo, al pasar por casa del Gobernador, me despedí de él y le dije “algún día le haré acordar de esto”. El año pasado Nieva hizo una revolución, y habiéndola errado huyó de Catamarca, y desde allí hacía tres meses que se interponía el influjo del gobernador de la Rioja para que se le perdonase, etc. El Gobernador de Catamarca, sin saber estos antecedentes, entre otras comisiones que me confió en abril de este año al ir yo a la Rioja, fue el de juzgar a Don Santos Nieva y darle el indulto si quería o creía yo conveniente. Largo sería relatar los pormenores de este acontecimiento. ¡Don Santos Nieva apareció a mi llamado y temblando delante del mismo a quién había desterrado diez años antes, llorando delante del niño a quién había hecho llorar él, me pidió su indulto poco menos que de rodillas! Yo le recordé sus hechos con nosotros y le dije, “en mi mano está secarlo en el destierro o hacerlo volver a su país y su familia. Voy a pagarle lo que Ud. hizo conmigo y mi pobre familia en el 45”. Me senté a la mesa y escribí su indulto, es decir, la carta pidiéndole al Gobernador. Dos días después llegó, y ese hombre en medio de su gratitud no hallaba suficientes palabras respetuosas con que nombrarme, ni suficientes halagos qué hacerme.

A mi llegada al Paraná he tenido lugar de ver nuevas escenas muy notables en mi viaje. El solo título de Diputado al Congreso es una cualidad de infinitas prerrogativas. Los de Buenos Aires daban por fenecida la Confederación si el Congreso no se reunía, era la última prueba a ver si éramos o no Nación organizada. El Gobierno Nacional, por su parte, tenía fe y esperaba que el Congreso efectivamente vendría a darle todo el ser que le faltaba. Era pues la cuestión de si se reunía o no el Congreso. Los enemigos decían que no y trabajaban en ese sentido. El Gobierno decía que sí, y a cada diputado que llegaba era una salva de elogios y vivas, una partida más que perdía Buenos Aires. Faltaban tres diputados para completar el número que la ley exige, y Buenos Aires comenzaba a gozarse en su triunfo cuando el Nacional del 14 de mayo hizo una salva de hurras en su editorial contra las apuestas de Buenos Aires y concluía con estas sacramentales palabras, “está reunido el número para la apertura del Congreso, ¡han llegado hoy los señores diputados Don Manuel José Navarro, Don Ramón Gil Navarro y Don S. Laspiur! ¡Qué chasco se llevan los de Buenos Aires!” Ya puede figurarse mi diario con estos antecedentes cómo seríamos recibidos por el Gobierno, por la sociedad y por las bellas que tanto aman la novedad si a ella se reúne la juventud.

Tenemos con mi primo Manuel y Achával una de las más bonitas casas del Paraná, en la calle más concurrida y aristócrata, y la más vecina a las familias de más altura en la ciudad. Desde el primer día ni una hora cesaron las visitas de diputados, senadores, generales los más notables, ministros, el Vicepresidente, todo el personal de Gobierno y toda la sociedad de Paraná. Nuestro prestigio se extendía hasta las bellas porque se decía que éramos muy jóvenes, buenos mozos, y que tocábamos divinamente un instrumento cada uno, partes esenciales para llamar la atención femenina. Mi llegada y estadía aquí no ha podido ser más triunfante en cuanto a consideraciones y confianza del Gobierno. Yo venía además acreditado por el Gobierno de la Rioja para concluir varios asuntos pendientes con el Gobierno Nacional. ¡Venía altamente recomendado por el Gobierno de Catamarca y el General Benavídez, el que lleva el timón de la organización en las provincias! El Vice Presidente en ejercicio de la Presidencia me invitó a comer y me trató con el más alto miramiento y las mayores pruebas de estimación. Me visitó el Ministro Derqui y desde el mismo momento ya me mostró tal confianza por mí que me inició como Ministro del Interior en todos los pormenores del gobierno, además, muy luego, nos entendimos sobre los asuntos de la Rioja que terminé felizmente, llegando la confianza del ministro hasta encargarme que yo mismo redactara las notas y cartas particulares para el gobierno de la Rioja, indicándome que muy luego se me daría la redacción de un papel dedicado a las sesiones del Congreso.

El ministro Zuviría me ha recibido en sus brazos, diciéndome, “Ud. es hijo del hombre a quién he llamado hermano por espacio de muchos años, muerto él Ud., es mi hijo y los míos propios quiero que sean sus hermanos. Trátame pues como padre y como a viejo que lo ha de ayudar en sus amores con las bellas. Venga aquí a comer todos los días, que al fin se distraerá más porque en mi mesa somos muchos.” Esto me dice el Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública.

El Sr. Ministro de Hacienda el Dr. Campillo estuvo también a visitarme en los primeros días y hoy es tal la confianza que tiene conmigo que entra y sale de casa a todas horas. Su amistad es más de confianza por esta razón. Es gran tocador de guitarra y muy afamado en la República, pero dice que en mí ha encontrado su maestro y que mi guitarra es la mejor que ha visto. Se vuelve loco de gusto cuando me oye tocar, así es que siempre está conmigo a todas horas.

El 21 de mayo tuvo la Cámara de Diputados su primera sesión preparatoria. A las siete de la noche estaban ya reunidos los diputados en las antecámaras de la Cámara. Qué hermoso son los salones de la Honorable Cámara de Diputados. Y qué imponente espectáculo el que presentaba el salón de sesiones. Tiene la Cámara 23 varas de largo por 15 de ancho y es de tres naves divididas por seis columnas de cada lado. Las columnas son redondas y con bases llenas de molduras y chapiteles cerca de la techumbre. El recinto de los diputados está dividido del lugar de la barra por todos los costados por una alta reja de fierro. Hay 38 sillones forrados en damasco celeste y puesto en el óvalo de la Cámara simétricamente. El salón tiene un alfombrado de tripe de lo más rico que puede darse, lo mismo que la antecámara destinada para los refrescos y descanso de los diputados. Los sillones y sofás son forrados en terciopelo carmesí. En medio del salón pendía del techo una hermosa araña de 20 luces. En la cabecera del frente del salón se eleva un entarimado donde hay tres mesas con carpetas de damasco de seda lacre. La del Presidente, que es la del medio, es más alta que las otras. Todas tres estaban alumbradas cada una por una lámpara. El Presidente, sentado en el sillón del medio, tenía a su derecha al Secretario de la Cámara y a su izquierda, al Pro Secretario. Jamás había visto yo un golpe de vista más imponente. Los diputados que debíamos prestar el juramento e incorporarnos no penetramos al recinto donde habían tomado asiento los diputados y permanecimos en la antecámara.

El Presidente, en medio de un respetuoso silencio, proclamó abierta la sesión y dijo que, debiendo incorporarse algunos honorables miembros, se procedería a nombrar una Comisión que examinase los diplomas de los dichos diputados. Así se hizo y se pasó a cuarto intermedio. Vueltos los diputados a sus asientos se leyó por el Secretario el informe de la Comisión que decía haber encontrado en debida forma los diplomas presentados; en seguida el oficial de sala nos invitó de parte del Presidente a pasar al recinto de la Cámara a prestar el juramento. Jamás, como he dicho antes, he visto un acto más imponente que el juramento prestado por los diputados. Todos los diputados de pie, lo mismo que el Presidente, secretarios y curiosos de la barra, éstos con el sombrero quitado, oían en voz alta el juramento de cada uno de los diputados. Sobre la mesa del Presidente está el santo libro de los evangelios. Me acerqué a la mesa con el corazón palpitante y lleno de las más extrañas emociones. Puse la mano sobre el Misal, y el Presidente pronunció la forma del juramento en estos términos, “señor diputado, ¿juráis por Dios Nuestro Señor y estos santos evangelios respetar, cumplir y hacer cumplir esta Constitución y desempeñar fielmente el cargo de Diputado de la Nación con que habéis sido honrado?”. “Sí, juro”, respondí con voz entrecortada por la emoción. El Presidente continuó, “si así no lo

hicieréis, Dios y la patria os lo demanden”. Y a una respetuosa seña del Presidente pasé a tomar mi asiento en el ala derecha en el tercer sillón.

Algo de nuevo y sublime pasó por mi corazón al ocupar un sillón en el Primer Congreso Legislativo de mi país. Algo de extraño y misterioso, con mezcla de placer y de respetuoso asombro, se apoderó de mí en el acto de ocupar mi asiento de Diputado entre tanto hombre ilustre y patriota. Mi corazón se ensanchaba de placer y mi imaginación recorrió con orgullo y como por magnetismo la historia de mi vida, llena de azares y de trabajos, mi carrera pobre es verdad, pero debida toda a la fuerza de mi voluntad y mi honradez, mis conocimientos escasos es cierto, pero debidos a mí sólo sin maestro alguno, sin profesores, sin elementos de aprendizaje, mi pequeña fama como escritor, muy pequeña es verdad, pero alcanzada a fuerza de estudio y tenacidad, conquistada palmo a palmo desde la más pequeña escala hasta llegar a ser colaborador de los más acreditados periódicos de Sud América. Toda esta pequeña carrera, y todo el mundo de pormenores contenidos en ella, pasaron por mi imaginación en un instante para venir a terminar en aquella noche en que ya era todo un Diputado de la Nación con altos fueros y pingüe renta. Una pobre carrera es verdad, pero ¡no tan pobre que no me causara orgullo al verme ocupando un asiento en el soberano Congreso a los 26 años de edad!

Lleno del más noble orgullo me veía colocado allí por la voluntad y el voto espontáneo de veinte mil habitantes. Tenía el placer por la altura de mi puesto y la dignidad que investía. Tenía terror por la misma altura del puesto, su responsabilidad y mi poca suficiencia para desempeñarlo; tenía orgullo por verme honrado tan en corta edad con título para que tantos hombres habían gastado tantos años de afanes y de estudio, y tenía por fin esperanzas porque mi corazón lleno de patriotismo y de fe por la causa de nuestra organización se presentaba valiente en el campo legislativo y lleno de vigor y de entusiasmo para emprender los trabajos de la organización. Se levantó la sesión a las diez de la noche.

El 24 llegó el Presidente y fue recibido por la manera más placentera y llena de entusiasmo. Cuánto placer tuve al conocer al héroe argentino, al libertador de la República Argentina, al inmortal campeón de Caseros. Lleno de respeto y gratitud estreché la mano que me alargó al ser introducido a él como Diputado de la Nación y miembro del Club Argentino de Valparaíso. Se me ofreció con mucha amabilidad como mi amigo, etc. ¡El 25 a las doce del día se hizo la apertura solemne del Congreso!

Paraná. Martes 18 de julio de 1855

Se ha tratado hoy en la Cámara de la renuncia del diputado Seguí, Ministro de Santa Fe, y me he opuesto a su admisión fuertemente por la misma razón que argüí para darle licencia cuando la solicitó. Dije cuando solicitó su licencia que debíamos acordarla por el mismo bien

de la Cámara, porque si no se le daba licencia temporal haría su renuncia y entonces, por ser demasiado mezquinos, íbamos perder el todo en vez de una parte pequeña.

También se trató de la licencia solicitada por el señor Frías para aceptar el empleo de contador de 2º, y como miembro informante de la comisión sostuve todos los ataques de la oposición hasta que triunfamos por una considerable mayoría. Pronto vamos a tener importantes negocios que discutir; por ahora solo hemos estado llenando el tiempo y dando curso a mil asuntos de rutina que se han introducido a Secretaría. La Cámara de Senadores ha sancionado la ley de depósitos tal cual la dimos nosotros.

Jueves 20 de julio. El Chaco y Salado

Hoy se ha hecho el pago a los señores diputados y senadores a costa de grandes y nobles sacrificios de parte de nuestro pobre erario. Se ha hecho pues con desembolso de más de 50.000 \$ para pagar a todos los diputados hasta el último medio que se les debía. El mismo Sr. Presidente satisface muchas veces los gastos indispensables a fin de no interrumpir la marcha del Gobierno. Hoy mismo el Sr. Presidente acaba de dar una prueba inequívoca de su alto patriotismo. Ha promovido una suscripción para abrir un camino recto desde el Paraná a Salta por el Chaco 180 leguas en vez de 400 por el camino antiguo. Vista la falta de recursos en el erario y no desmayando con este colosal inconveniente ha promovido una suscripción al efecto y la ha encabezado con 120 onzas de oro.

Esto grande es patriótico. Estos son hechos, no palabrería y frases bien compuestas con que los gobernantes suelen entretener a los pueblos. Ese camino es nada menos que el porvenir del país porque liga el litoral con aquellas apartadísimas y ricas regiones, hasta dar un mercado más cerca y cómodo que el Pacífico para los pueblos bolivianos. La exploración del Salado en el vapor Yerba, desde la bajada (Paraná) lleva ya 50 leguas y va sobre dos brazas de agua según propio que hizo ayer el explorador. El Salado es el río que pasa a 30 leguas de la ciudad de Santiago y desemboca en el Paraná.

Viernes 21 de julio. Jurar la Constitución

Esta noche se ha sancionado el proyecto del Ejecutivo sobre el juramento que se exige a los empleados nacionales antes de recibirse a su cargo, lo mismo que a los que no lo hayan prestado antes y que lo harán ahora so pena de no poder seguir con sus empleos. Ha traído alguna disposición de parte de los demagogos que decían “que no se podía obligar a jurar la Constitución a los que antes no lo habían hecho por estar disconformes con ella, y aunque fueran empleados

debían exonerarles de esa ley”. ¡Con que bárbaros!, ¿el gobierno ha de confiar sus intereses a hombres que no creen en él? Se ha de hacer sacerdotes de una religión política a hombres que no creen en ella. ¡Oh! Sois muy, muy estúpidos vosotros los doctores de Córdoba (excepto los que no lo son). ¡Sea por amor de Dios! Triunfamos, como triunfa siempre el buen sentido.

Esta noche hemos negado la pensión que solicitaba la mujer de Don Felipe Ibarra, no porque no hubiera justicia para pedir, pero habríamos abierto concediéndola una ancha puerta a mil solicitudes con doble mayor justicia y en el estado de deficiencia en que se encuentra el Tesoro Nacional habría sido esto impolítico. Esto además de mil otras razones.

Lunes 23 de julio. Diócesis de San Juan

Seguimos en sesiones diarias a ver si damos vado así a los mil y un asuntos que tenemos que tratar sobre leyes reglamentarias de la Nación. Tal vez no haya memoria de que ningún Congreso que se haya ocupado con más patriotismo de los intereses de sus pueblos. Ambas Cámaras se disputan la gloria de trabajar de día y de noche y todos los diputados son animados de una misma idea, organizar la Nación, y dar leyes que desarrollen la industria y el progreso del país.

¡Son las diez de la noche en que se acaba la sesión! Hemos discutido y sancionado esta noche el Proyecto de ley sobre la Diócesis de San Juan autorizando al Ejecutivo para que cuando una provincia cualquiera quiera erigirse en Obispado a su costa pida las bulas correspondientes, etc. hasta que el erario Nacional pueda por sí tomar los gastos de ese Obispado de la cuenta. Además, por la ley que acabamos de sancionar, queda declarado que San Juan es la cabeza del Obispado y que Mendoza y San Luis quedan sujetas a aquella Diócesis como lo estaban antes. La terna presentada para un Obispado es 1º fray Nicolás Aldazar 2º Provincial Don Timoteo Maradona 3º Presbítero Don Luis Gabriel Segura.

Se ha discutido también esta noche el proyecto declarando libres de derecho los aparejos y máquinas de minería, ladrillos refractarios, azogue, fierro, etc. con el objeto de proteger la industria minera.

Miércoles 25 de julio

En sesión de esta noche se ha sancionado un proyecto de ley concediendo franquicia a los artículos de minería con el ánimo de proteger la industria. Quedan pues libres de derecho las máquinas y aparejos completos para minas, lo mismo que las herramientas y el azogue, etc. etc. Chile no ha dado todavía una ley igual a pesar de que la necesita. Se ve, pues, que marchamos

en todo sentido de acuerdo con nuestro programa, conceder franquicias a las industrias para atraerlas a nuestro país principiante. Tenemos hoy un día magnífico. Van ya dos semanas de muy buenos días que en este mes y estación son muy raros aquí. ¡Hemos paseado en los ratos que nos dejan nuestras multiplicadas tareas!

Paraná. Jueves 26 de julio de 1855

Anoche he tenido una noche feliz en toda la extensión de la palabra feliz. *I was last night with her and told her all my sentiments and love. She is been so happy that she could no excuse or refuse me nothing. She told me also that she loved me with all the force of a pure and first love since she first knew me. We have been together about an hour all alone. Oh! What happiness, my God, to be loved by an angel as my Luisa. We have convened all our plans for the future respecting the mode of talking of our love all alone. And what should say the other two girls of all this if they knew the last night revelations? Poor [ilegible] and my little parent Juanita she loves me and too much I should think by the appearances. But she is so good and handsome my Luisa. All is going well in those things! All is for the better.*³⁴⁷

En la sesión pasada ganamos una cuestión en un proyecto de que fui motor, esto es en cuanto a las sesiones diarias que tendrán lugar cuando el presidente, en vista de la acumulación de asuntos, lo tenga por conveniente determinar. ¡Mucho gusto da triunfar en todo!

Sábado 28 de julio

El Nacional Argentino ha pasado de las manos del Dr. Eusebio Ocampo a las de Don Benjamín Villafañe y a las mías. Pero he aceptado la colaboración sólo por los meses que nos quedan de sesiones porque marcharé a Chile después y acaso antes con misión del Gobierno a las provincias del Interior. Yo debía haber redactado un papel aquí por encargo del Gobierno, pero la prensa mandada a traer tardaba y en ese estado me he decidido escribir en el Nacional mientras

³⁴⁷ *Estaba con ella anoche, y le dije todos mis sentimientos y amor. Está tan feliz que no podía excusarme o rehusarme nada. También me dijo que me amaba con toda la fuerza de un puro primer amor desde que primero me conoció. Hemos estado juntos alrededor de una hora, solos. ¡Oh! Qué dicha, Dios mío, ser amado por un ángel como mi Luisa. Hemos convenido todos nuestros planes para el futuro, respetando el modo de hablar de nuestro amor a solas. Y ¿qué dirían las dos otras niñas de todo esto si supieran las revelaciones de anoche? Pobre [ilegible] y mi pequeña pariente Juanita, ella me ama y demasiado, pienso por las apariencias. Pero esta tan buena y linda mi Luisa. ¡Todo va bien en estas cosas! Todo para mejor. Traducido del inglés.*

duran las sesiones. He dado principio el 24 con un artículo sobre el “Argentino Independiente” de Tucumán, un periódico que ha salido allí del rojo más subido. Pero lo hemos peinado bien y mi artículo de estreno ha hecho buen efecto. Siempre la influencia de la prensa es benéfica cuando hay buena conciencia y rectitud en los escritores.

Domingo 29 de julio

Hoy se me ha anunciado por el Sr. Ministro Derqui que el Gobierno va a mandarme en misión especial a las provincias del Interior a varios arreglos nacionales con los gobernadores. Me mandarán antes de las sesiones últimas de septiembre si así conviene a los negocios que llevo en comisión, y si no, se esperará al fin de las sesiones. Yo me he excusado alegando el tiempo tan largo que hace ya a que ando ausente de mi familia y mis negocios, pero se me ha contestado que todos están en el mismo caso, etc. El Presidente me decía hoy en la mesa a propósito de esto mismo, “no se apure Sr. Navarro, la novia lo esperará si lo quiere bien, ¡y si no, más vale que la olvide pues no merece que Ud. la ame si no sabe esperar un año más!”. Estas bromas del Presidente vienen a causa de que le han dicho que yo estoy de novio en Chile.

Lunes 30 de julio

Las Cámaras van ocupándose siempre con la misma asiduidad en sus trabajos. Ambas cámaras trabajan ya en sesiones diarias y es muy marcado el patriotismo de ambas corporaciones pues que parece que los une un mismo objeto y pensamiento.

El Gobernador de Córdoba acaba de poner al Presidente y a las Cámaras en un grave conflicto. Ha cometido nada menos que una violencia y desobedecido las órdenes del Gobierno. Con fecha 26 de febrero de este año, el Gobierno dividió la República en cinco divisiones militares dando un jefe a cada una de ellas al objeto de uniformar la acción de las fuerzas militares y moverlas a objetos nacionales, etc. El Gobierno de Córdoba dice que no es atribución del Gobierno hacer eso; que él es capitán general de sus fuerzas y que el Gobierno Nacional no debe inferirse en eso, que por lo mismo no da cumplimiento al decreto del Gobierno declarando cinco circunscripciones militares. Además de esto ha desobedecido no queriendo poner en Córdoba en circulación 600 \$ cobre que el Gobierno ha mandado. El Ejecutivo se ha dirigido a las Cámaras pidiendo lo que de derecho convenga.

Se cree que la Cámara de Diputados acusará al Gobernador de Córdoba y que por la primera vez tendremos un Gobernador en los bancos de los acusados. De un modo o de otro se hará un escarmiento que sirva de ejemplo y de norma a los demás Gobernadores. Qué hermoso es esto,

que la justicia y el escarmiento principie por los más altos, al fin sabremos a qué atenernos, y sabrán los Gobernadores que ya ellos son Reyezuelos que no están sujetos a la ley y a las nuevas instituciones que rigen para todos.

Martes 31 de julio

Son las dos de la mañana en que llego de un magnífico baile dado en el Club Argentino. Me ha ido bien como siempre. La concurrencia ha sido numerosísima y muy escogida. *On nous chercher toujours parce que rien ne se fait pas sans nous autres ... On parle toujours parmi les belles des Députés Navarro puis nous sommes les plus jeunes au Congrès et les plus ... Nous verrons après ! Il faut dire qu'on nous aime beaucoup!*³⁴⁸

Santa Fe de la Bajada. Jueves 2 de agosto de 1855

Son las dos de la tarde en que llegamos a Santa Fe después de un viaje de cuatro horas por el río. El pasaje hasta esta ciudad es lindísimo porque las márgenes del río están llenas de bosques de una robusta vegetación. Hemos pasado varias islas muy hermosas entre las que es notable la llamada de los Lazarientos por estar allí el Lazareto que encierra los infelices que padecen esa enfermedad. Estos desgraciados, a quienes se arranca de su familia, de sus amigos, del mundo y de la sociedad, son retirados en vida a otro mundo, a vivir entre fieras; qué hacerle, ello es preciso para evitar el contagio de miles. Los Lazarientos salen a la orilla del río y esperan que pasen los botes para implorar una limosna pero parece que hasta la caridad huye de ellos porque aún los buenos no quieren llegarse a ellos temiendo el contagio.

El puerto de Santa Fe es lindísimo y jamás faltan en él veinte o treinta buques con un comercio muy activo. Se parece al puerto de Stockton. Los mástiles de los buques disputan la altura a las azoteas que se elevan casi al lado de ellos ostentando sus hermosos antepechos. Allí mismo en el puerto está el paseo público sobre la barranca del río que domina todos los valles, los bosques y cuya vista alcanza hasta el Paraná. Santa Fe es un pueblo hermoso y lleno de recuerdos, una ciudad grande de hermosos edificios y vistas pintorescas. La ciudad corre de sur a norte y por

³⁴⁸ *Nos buscan siempre porque nada se hace sin nosotros ... Hablan siempre entre las bellas de los diputados Navarro porque somos los más jóvenes del Congreso y los más ... ¡Veremos después! ¡Hay que decir que nos quieren mucho!* Traducido del francés.

este lado del río tiene veinte cuadras pobladas; de naciente a poniente no tiene más que ocho cuadras.

Viernes 3 de agosto

Tenemos el gusto de estar en reunión de un amigo de infancia y condiscípulo, Quintín Valle, actual oficial 1° del Ministerio de Gobierno. Es indecible el placer que ambos hemos experimentado al encontrarnos después de diez años de ausencia. Nosotros (yo y mi primo Manuel José) hemos venido a cumplir una promesa de visita hecha al Gobernador Cullen³⁴⁹, nuestro íntimo amigo, quién cuando estuvo en el Paraná nos instó hasta obligarnos para que viniésemos a pasar unos días con él. Tendremos pues unos ratos felices aquí, pues que los emplearemos en paseos a caballo, en carruaje, que a fe mía bien los necesitaba yo, porque iba sintiendo el peso de la tarea que me he dado en tres meses. Las bellas santafecinas están ya en campaña con nosotros y nos han mandado recado ofreciéndonos su casa. Es verdad que aunque a todos los diputados se los trata como a príncipes, sin embargo nosotros, para las niñas, somos diputados de 25 años, tocamos varios instrumentos, somos solteros y hasta que disque somos los más hermosos muchachos del Congreso. He ahí pues las prendas más que tenemos para las santafecinas.

Martes 7 de agosto

Hemos estado aquí cinco o seis días y debíamos habernos vuelto al Paraná ayer a no ser el empeño del Gobernador Cullen que aún quería saber si no esperábamos hasta esta noche en que se nos da un magnífico baile en el salón que ha servido para sus sesiones el Congreso Constituyente y donde se ha sancionado la carta que hoy nos rige. Hemos pasado sin sentir estos días, ya entre nuestros amigos ya entre las bellas de noche, ya paseando en carruaje fuera de la ciudad con el señor Gobernador. Hemos ido a su estancia que está tres leguas donde hemos visitado a su señora y niños. La primera es una excelente y hermosa señorita. La estancia es lindísima y sobre las márgenes del Salado, con una vista muy pintoresca sobre una hermosa laguna monstro que hay en esas inmediaciones.

Ayer hemos visitado todos los templos de esta ciudad que en estos días han estado muy llenos de concurrencia por las fiestas de Santo Domingo en que ha tenido parte San Francisco, que salió a media plaza a esperar a su amigo con todo el aparato de que son capaces en Santa Fe para estas fiestas. A propósito de San Francisco, he presenciado esa procesión y visto aún los lugares

³⁴⁹ José María Cullen (1823–1876) fue gobernador de la provincia de Santa Fe entre 1854 y 1856, bajo su gestión se sancionó la primera constitución provincial.

manchados de sangre donde un tigre entrado a ese convento en el año 1825 en abril se devoró tres frailes y un hombre del pueblo. El tigre había salido de una isla inmediata, pasado el río que está contiguo al convento, entrado a la quinta, pasado de allí a la sacristía donde fue matando uno a uno a los frailes que iban llegando. He visto las manchas de sangre que atestiguan este horrendo suceso.

Miércoles 8 de agosto

Son las cuatro de la mañana en que llegamos del baile que nos ha dado el señor Gobernador. Ha estado magnífico, como lo esperábamos, y a mí me ha ido tan bien como no lo esperaba. ¡Oh! llevo recuerdos muy hermosos de este baile. Jamás he sido más feliz en conquistar acaso lo que no merecía ni esperaba. ¡Qué hermosas estaban las señoritas! Ellas quedan de luto como nosotros, nos vamos dejando aquí un profundo recuerdo, tal vez nuestro corazón.

Son las nueve de la mañana en que nos embarcamos para volver al Paraná y llevamos en nuestra compañía la madre y las hermanitas del Sr. Ministro Gutiérrez.

Paraná. 10 agosto de 1855. Cuestión Córdoba

Hemos tenido cuatro borrascosas sesiones a propósito de la célebre cuestión del Gobernador de Córdoba que se resistía a obedecer el decreto del 26 de febrero con que el Gobierno Nacional había dividido la República en cinco circunscripciones militares. Si la cuestión ha sido borrascosa, no es decir esto que hayamos estado divididos en la oposición, sino porque una parte de la Cámara quería ser más rigurosa y fuerte en su resolución que lo que quería la mayoría. Ríos ha sacado sus pies del plato y ha sido el autor de un proyecto monstruo dando por honorable la conducta del Gobernador de Córdoba y por nulo el Decreto del Gobierno Nacional del 26 de febrero. Este infeliz hombre que no es capaz de hablar ha prestado su boca para que hable Zuviría que no quería sacar la cara en esta cuestión. De él ha sido el proyecto de Ríos y de él el discurso escrito que el boticario leyó en la Cámara. Don Calixto González, por el contrario, dijo hablando del crimen del Gobernador de Córdoba, “aberraciones mortales, digo mal señores, aberraciones mortíferas, también digo mal, estocadas furibundas al corazón de la patria”. El orador de Hortensia y Amancia tenía aliento y sigue, “me acercaré un poco más a la cuestión señores. Estos crímenes deben castigarse cruelmente, que baje ese gobernador, que baje ese Ministro, que debían saber derecho para no faltar su deber,” etc. etc.

Estos discursos han sido el sainete de la tragedia. El resultado ha sido la sanción de una ley declarando ley también el decreto del Gobierno del 26 de febrero, y una minuta de comunicación en que el Congreso lamenta cruel y amargamente el extravío culpable del Gobernador de Córdoba, dando por muy reprehensible y criminal su conducta. Yo, en esta vez, me he batido fuerte porque me he encontrado cara a cara con Zuviría, autor de todas estas cosas como hijo del viejo ex-ministro. Luego van a publicarse por separado las actas de estas sesiones sobre este asunto.

15 de agosto. Natalicio del Presidente

Hemos tenido el 9 un baile magnífico en el Club Argentino dado al Presidente en obsequio de su cumpleaños por los señores Diputados y Senadores. Es el mejor baile que se ha dado aquí y lo ha hecho mejor la presencia del Sr. Presidente que fue el primero que llegó al baile y el último que se retiró. Yo he sido el pato de la boda esta noche, me monopolizó el Presidente casi toda ella, pues se llevó conversando conmigo, contando varias cosas importantes, entre otras la vida y milagros del General Hornos, su procedencia y demás cosas que le pertenecen, etc. dándome todos estos datos minuciosamente, “para que escriba algún día, si se le ofrece”. Enseguida me hizo bailar un baile a su nombre, un vals con una niña con quién quería coquetear, la tal no era muy liviana y casi me desconcertó una mano. Por lo demás, el baile ha estado lindísimo como ninguno.

17 de agosto

Son las cuatro y media de la tarde en que llego de casa del Señor Presidente. Me hizo convidar esta mañana muy temprano a comer con él y llego recién de allí. La conversación ha rodado sobre política, sobre las provincias, etc. Yo he recibido cartas de los Gobernadores de Catamarca y la Rioja en que se me da parte de haber concluido perfectamente las cuestiones que se me encargaron arreglar aquí y sobre que había escrito de orden al Presidente en los términos acordados. Todo se ha concluido a medida de nuestros deseos. Al comunicarle esto al Sr. Presidente y mostrarle las cartas, se llenó de contento como jamás lo he visto y tomando las cartas dijo en plena concurrencia de sus ministros de quince o veinte personas, “ya lo ven señores, este es el mejor modo de darme los días el señor Navarro, ha sabido felicitarme bien hoy día”. Y enseguida les contó todo lo arreglado con el Gobernador de la Rioja en la espinosa cuestión del 20 de septiembre del año pasado. El Gobernador de la Rioja por su parte me llama “su pariente, su mejor amigo, su salvador, etc.”. ¡Gracias a Dios! esto es todo

lo que yo pretendo para quedar contento de mis trabajos por la causa de la organización, no es mucho pedir.

20 de agosto

Un baile muy bueno hemos tenido anoche en el Club Argentino, dado por mí y mi primo a las hermosas de Paraná, en verdad que mi diario me entiende, además de que confieso que el baile ha sido para las más bellas del Paraná. El baile ha estado lindísimo, mucho buen humor, muy ordenado y concurrido a la vez. Se ha acabado a las dos de la mañana como ningún baile, pues los demás sólo han durado hasta la una.

Sigo redactando el Nacional Argentino y sigo publicando algunos artículos sobre la Araucanía y las Pampas sobre la necesidad en que están Chile y la República Argentina de concluir uniéndose al efecto con los salvajes que hacen presa hasta en sus familias.

El 18 hemos acabado de sancionar la Constitución de Catamarca que ha sacado pocas enmiendas.

Paraná. Miércoles 22 de agosto de 1855. Constitución de Catamarca

Con las correcciones que constan en la orden del día y la de la atribución 27 de la Legislatura provincial, hemos sancionado la Constitución de Catamarca el 19. Hemos sancionado además la Ley sobre el período legislativo y los diputados suplentes de ambas Cámaras. Se susurra de la prorrogación de las sesiones con fundamento o sin él. La verdad es que si fuéramos a concluir los asuntos antes de ir, no concluiríamos jamás. Nunca un Congreso alguno del Universo concluye los trabajos de que tiene que ocuparse; siempre quedan de un año para otro estos sobrantes.

El Senado se ocupa hoy de discutir la ley y minuta que hemos sancionado en la Cámara de Diputados sobre el asunto de Córdoba. Se discute mucho porque son viejos los Senadores y porque entre ellos está el único germen de oposición anárquica a nuestras instituciones y modo de ser, con todo, creo que ha de pasar allí la ley y la minuta tal cual nosotros la hemos redactado.

Jueves 23. Constitución de Mendoza

Anoche hemos concluido de sancionar la Constitución de Mendoza con las correcciones que constan de la orden del día y las sancionadas por el Honorable Senado. En todas las

Constituciones hemos hecho casi las mismas correcciones porque todas adolecían de los mismos defectos.

El Presidente sale mañana para su estancia después de haber obtenido su licencia del Congreso solicitándola por el mal estado de su salud y varios arreglos urgentes en la provincia. Anoche sancionamos su licencia en la Cámara. Propuestas: las del Sr. Beláustegui sobre empréstito y establecimiento de un banco aunque más ventajosas que las del Señor Buschental, han sido desechadas antes de ayer en el Consejo de Estado a que fueron invitados diputados y senadores. ¡Se publicarán estos documentos!

¡Mi tío Pancho, a quién he presentado al Señor Ministro y al Presidente, habiendo obtenido el despacho de lo que solicitaba, se vuelve mañana o pasado aunque creo que va a Buenos Aires!

General Benavidez: marchó perfectamente; siempre adelante en el afecto del Presidente, los Ministros y demás del personal de Gobierno. Siempre se me mandará en Comisión especial del Gobierno a las provincias del Interior a los arreglos pendientes sobre varias cosas. Acabo, en este momento, de recibir cartas del Gral. Benavidez que me anuncian, lo mismo que al Gobierno Nacional, alguna desavenencia entre el poder eclesiástico y ejecutivo de aquella provincia. ¡Aún no sabemos qué partido tomar! Hoy discutimos la Constitución de San Luis.

Viernes 31 de agosto

En los días 23, 24 y 25 hemos discutido y sancionado la Constitución de la provincia de San Luis con las reformas que constaba de la orden del día. El 27 hemos sancionado después de alguna discusión la Constitución para la Provincia de la Rioja con las enmiendas y anotaciones que constan de la orden del día. Tenemos sesiones diarias desde ahora tres meses y en verdad que el sacrificio va siendo ya pesado. ¡Trabajar de día en las comisiones y de noche sesiones, sin excepción de ninguna noche, aún los días de fiesta, es más de lo que puede exigir el patriotismo!

El 28 hemos tenido una acalorada sesión sobre los tratados de Buenos Aires. En virtud de la gravedad del asunto, la Cámara no quiso que se expidiera sobre este asunto la Comisión Permanente y nombró una Comisión especial compuesta de los Señores Sánchez, Lucero, R. G. Navarro, Laspiur, Corvalán, Gordillo y Ferreyra. La Comisión se expidió informando a favor del proyecto de Lucero, desaprobando los tratados en la parte comercial donde son una ignominia para la Confederación. La Cámara en la sesión del 28 sancionó la desaprobación de los tratados en la parte antedicha. Carril, Gutiérrez y Campillo no esperaban este golpe pues no tuvieron ellos sino 4 votos a favor. El 29 y el 30 trabajaron a muchos diputados y vilmente se rindieron a sus sofismas y anoche pidieron reconsideración de la sanción del 28. Nosotros llamamos a los cuatro Ministros a que nos explicaran la mente del Gobierno en este asunto.

Concurrieron al llamado y a pesar de ser día de Santa Rosa y fiesta de guarda, la sesión ha sido de las más concurridas y largas que se hayan visto.

Los Ministros estaban en desacuerdo, Derqui del Interior decía que el Gobierno no creía peligroso el desaprobar los tratados, Gutiérrez decía que el Gobierno quería la aprobación porque creía peligroso desaprobarlos, esto le trajo una gran impopularidad pues que sus mismos partidarios jamás habían pretendido la aprobación de esos inicuos tratados, a lo más se atrevían a pedir el aplazamiento para las sesiones venideras.

Por el artículo 1º de esos tratados la Confederación pierde el derecho de legislar sobre su Comercio y Aduana, se verá por eso si no será inicuo. La sesión fue muy acalorada y el Ministro Gutiérrez, que hablaba a favor de los tratados, fue aplastado más de una vez por los discursos de los diputados. Se levantó la sesión a las diez de la noche.

Ya ve mi diario cómo he pasado el día de Santa Rosa. No he tenido que visitar más que una Rosita, era bastante. Anoche estábamos convidados para un baile a casa del General Echagüe.

Fuimos un momento después de retirarnos de la Cámara. Hoy es mi día y el de mi padre, aunque no es el día en que nació. Hace un calor fuerte y un viento tibio pone más pesada la atmósfera. Me han regalado muchos ramos hasta esta hora del día, las doce. Yo me lo he pasado escribiendo para el Nacional, para el Mercurio y para mi diario. Así se pasa el aniversario.

Paraná. Martes 4 de septiembre de 1855

El 1º de este mes han sido ejecutados a tiro de fusil los dos hermanos Caraballos por haber dado muerte a dos individuos, uno tío de los expresados Caraballos. Han sido fusilados el día de San Gil, y eso ha sido mal festejo para mí. Los Caraballos eran de aquí y su clase era media pero tenían relaciones con la alta clase, entre otras, también ellas conocían a estos dos hermanos y sentían por ellos. Más bien que ellas no hayan dicho esto cuando no era tiempo ya que los Diputados de la Nación pidieran la vida de un criminal.

Plan descubierto: el Presidente ha escrito dos cartas, una al Vicepresidente y otra a Don Ángel Elías, en que les avisa que Zuviría había inducido a Salazar (un Coronel) para que saliese por las calles de la Capital en una asonada gritando abajo los Ministros, abajo el Gobierno. Este descubrimiento pone el colmo a las maldades del viejo Zuviría y ha acabado de poner en transparencia sus tramas de derrocar el orden de cosas establecido. Ver las dos cartas que fielmente copiadas existen en mi poder.

El Gobierno ha dejado por fin traslucir su división que no había resultado sino a fuerza de política y diplomacia. Con el asunto de los tratados de Buenos Aires se ha arrancado la máscara a todo el personal del Gobierno. Yo veo los partidos siguientes. El Vicepresidente que arrastra

tras sí a Gutiérrez y acaso a Campillo y Galán. El Ministro del Interior Dr. Derqui que no va con Carril ni Gutiérrez y que tiene un inmenso partido en las Cámaras, particularmente la de Diputados. El Presidente General Urquiza va bien con todos y es el único que puede mantenerlos unidos a todos aunque sea en apariencia, pero sus secretas simpatías y respeto están por Derqui en realidad, el único Ministro fuerte y que no se doblega ante nada y que, en una palabra, es terco como un ministro.

Miércoles 5 de septiembre. Presupuesto

Nos ocupa ya desde dos o tres sesiones. Hemos hecho un mundo en tener siquiera un presupuesto al segundo año de nacer la vida constitucional. Aunque él no sea perfecto sin embargo nada deja que desear. Tenemos un déficit que en la realidad no existe porque las rentas se han calculado muy bajo y los gastos muy altos.

Acusación: la antigua Legislatura de San Juan acaba de acusar al Gobernador Benávidez ante la Cámara de Diputados por haberse, dice, alzado con la suma del poder público, etc. Esta acusación es una que se debió haber presentado el año pasado y por esto trae la fecha del 4 de diciembre del 54. De modo que no existe ni acusador ni acusado porque ya Benávidez no es gobernador. Sin embargo, fuimos nombrados en comisión especial para fallar este asunto y aconsejar a la Cámara los diputados siguientes Uladislao Frías, Ramón G. Navarro, Dr. Aráoz, Gordillo, Torrens, Uriburu y Ferrerya. La Comisión en sesión particular me ha nombrado secretario informante y me ha entregado todos los asuntos referentes a esta cuestión.

Viernes 7 de septiembre

Vamos trabajando en sesiones diarias en el presupuesto. Ya es esto demasiado pesado porque además tenemos que trabajar de día en las comisiones y nosotros estamos con la acusación de Benávidez, enredados en mil y un documentos y antecedentes que nos ocupan todo el día.

Prensa para Catamarca: por el Ministerio del Interior (Dr. Derqui) conseguí los valores para una imprenta. Lo prometido es deuda, y ayer, recordándole esto mismo, volvió a reiterarme su más formal promesa. Pero para evitar el que los demás miembros del Gobierno paren la oreja sobre esto, creyendo que son miras particulares de Derqui, hemos convenido en hacer que el Gobierno de Catamarca escriba una nota oficial al Ministerio del Interior, pidiendo los valores para la imprenta y comisionándome a mí para recibirlos. Hoy hemos escrito ya, y de allí se hará un propio con este sólo y único objeto.

Sábado 8 de septiembre. Misión a las provincias

El Ministro me ha vuelto ya a hacer la intimación formal de que me prepare a marchar en la misión a las provincias de que ya antes hablé a mi diario. Creo que son muchos y varios los asuntos que voy a llevar en comisión. Estoy pues, según esto, casi del todo resuelto a admitir si ella no me toma más del tiempo necesario para pasar a Chile en el mes de diciembre. Cada día tengo que agradecer alguna prueba más de bondad y de confianza hacia mí de parte del Gobierno Nacional.

Ya las sesiones se nos van haciendo insoportables porque no sólo son diarias sino también de a dos por día, fuera de los trabajos de la Comisión que son muchos y graves. ¡Qué buena lección les diéramos a los de Chile si estuvieran presentes, ellos que no pueden reunir sus Cámaras ni dos días a la semana!

¡Anoche ha habido un magnífico baile en el Club Argentino a que no he asistido por asistir a la Cámara!

Paraná. Lunes 10 de septiembre de 1855

Está muy entrada la primavera. Hemos tenido algunos días de un horrendo calor, como si estuviésemos en el mes de diciembre o enero. Ya se siente una seca perjudicial después de las continuadas aguas de mayo, junio y julio. La primavera se muestra en el Paraná doblemente poética por las quintas llenas de árboles que se visten de hojas y flores a gran prisa. Los bosques que bordan las márgenes del majestuoso y delicioso Paraná están también llenas de verdura, dando mayor encanto a la suave corriente de las aguas. ¡Los diputados y senadores ven más poéticamente la primavera, porque ella trae la clausura del Congreso y el recuerdo de la familia que cuenta los días y las horas por ver llegar a su seno los ausentes de cinco y diez meses!

El Presupuesto: hace algunos días que discutimos el presupuesto para lo que nos habíamos declarado en sesiones diarias. Más ahora acabamos de decretar sesiones de día y de noche. ¡De modo que ya no nos queda tiempo para nada y es tan árida la discusión del Presupuesto que ella nos cansa por dobles motivos!

Viernes 14 de septiembre. Cartas de Chile

Después de ocho meses de silencio, recién hace tres días que he recibido cartas de mi familia que han venido a sacarme de la más horrenda ansiedad. Mardoqueo y Perkins habían estado desahuciados y algunos desastres más han sido la causa del silencio, pero felizmente el 28 de

julio la salud de la familia quedaba completamente restablecida y Darío ha hecho un portentoso negocio con Saavedra, que le dará una utilidad segura de 30.000 \$. Nuestros negocios marchan hoy de la manera más halagüeña.

Senadores: el Senado ha sancionado la incompatibilidad entre los cargos de Ministro y Senador en proyectos de Ley que fue de nuestra Cámara en que decíamos que habían dejado de ser Senadores los actuales Ministros Zuviría y el Gral. Galán. Han cuerpeado los hijos del senador, ¡qué vergüenza! Ya sabíamos la incompatibilidad, señores, la Constitución la establece en el artículo 88, ¿de qué nos sirve, pues, viejos chotos, que vosotros repitáis lo que la Constitución establece si no aplicáis el caso a las personas que han motivado la cuestión de que se ha ocupado el Congreso?

Dr. Manuel Bustos: Acaba de llegar de la Rioja con un asunto de manías y con nuevas quejas contra aquel Gobierno por violación de la Constitución y de las garantías del ciudadano.

Domingo 16 de septiembre. Carta del Presidente

He recibido carta de S. E. el Sr. Presidente desde su hacienda fecha 4; del Presidente tengo que agradecer esta nueva muestra de consideración después de tantas que me tiene dadas. Su retrato es una prenda que guardaré como reliquia, primero por ser del héroe que en Caseros destruyó a Rosas después de 20 años de tiranía, y en segundo lugar por haber sido llevada por él esa miniatura. Más tarde esa prenda ha de ser de un mérito indisputable.

El Nacional Argentino: sigo colaborando en el Nacional Argentino, el papel Oficial del Gobierno, y a pesar de ser espinosa esa tarea más que cualquiera otra en el periodismo, ha andado feliz hasta hoy. Con fecha 11 del presente escribí un artículo sobre el Sr. Cousiño, artículo que ha sido por todos muy bien recibido especialmente por el Vicepresidente y los Ministros porque prepara las vías para el levantamiento de un empréstito de poder de Cousiño y demás capitalistas chilenos.³⁵⁰

Lunes 17 de septiembre. Cartas a los Gobernadores

De la Rioja y Catamarca he recibido cartas muy satisfactorias, muy particularmente de los Gobernadores de aquellas provincias. El de Catamarca me da las gracias por haberle conseguido del Gobierno una imprenta para la provincia, al mismo tiempo que él y demás ciudadanos

³⁵⁰ Muy probablemente Matías Cousiño (1810–1863), capitalista que ganó su fortuna en el auge triguero e invirtió después en la minería carbonífera en el sur del país.

respetables me dan las gracias por la refutación que he hecho al Argentino Independiente de sus artículos contra Catamarca y Balboa. Una salva de elogios me han mandado todos. El Gobernador de la Rioja ha visto mi carta desaprobando una porción de sus actos, carta que casi era insolente porque lo retaba, en una palabra, valido de la amistad con que me trata, ha visto, decía esa carta, por el lado de la buena intención que la dictaba y de la manera más amigable me hace un *confiteor y mea culpa* lleno de franqueza y generosidad. Concluye diciéndome que seguirá con los ojos cerrados mis consejos y mis insinuaciones. Que en cuanto a la elección de Senador que le recomiendo, ella recaerá en mi tío Ángel, como se lo pido. Gracias a Dios, esta influencia que he llegado a adquirir será de hoy en adelante para hacer el bien solamente dentro y fuera de las provincias donde puede ejercerlas.

Martes 18 de septiembre

Son las doce del día y estoy en mi cuarto este día de solemnes recuerdos para Chile y de solemnes recuerdos para mí también. Para Chile es el aniversario de su Independencia y de su emancipación política, sellada con la sangre argentina en Chacabuco y Maipú. Para mí, a más de esos recuerdos, encierra los de tierna memoria, horas de placer y de ventura pasadas entre el torbellino del júbilo y al lado de mi querida. Los bailes, los paseos, las comidas, todo está sazonado con la presencia de ella a mi lado, con la diferencia que ese ángel de ventura no ha sido la misma en todos los 18. A veces han sido dos a la vez, otras veces ha sido diferente la de cada año. Mi diario conoce los nombres de todos estos seres que seis u ocho años han gozado conmigo por amante de las fiestas del 18.

Después de mi vuelta de California han pasado tantos acontecimientos por el campo de mi corazón que apenas se puede uno dar cuenta de tanta variedad y disculparla, sino acordándose que el dueño de ese corazón tiene 26 años hoy y ¡que su alma ardiente y sensible a la vez no puede sino admitir la vida turbulenta y borrascosa de un corazón novelesco y amante!

Paraná. Miércoles 19 de septiembre de 1855. Chile

Las particularidades de mi diario consisten más que todo en el contraste que fueron los acontecimientos de una fecha dada con los del año siguiente en la misma fecha. El 19 de septiembre del año pasado, descrito en 24 del mismo mes, forma contraste formal con la monotonía de mi vida en este año. ¡Monotonía! ¡Entendámonos! ¡Monotonía en asuntos amorosos, en asuntos de corazón nada más! ¡Porque en verdad no se parece a monotonía las borrascas de un Congreso al tratar día y noche de asuntos políticos en que hay tantas ideas encontradas! Quién me

diría el año pasado que el mismo R. G., que capitaneaba la juventud de Concepción, montada a caballo en el campo de Marte, ¡había de tener hoy en ese mismo día que discutir gruesas cuestiones políticas desde su asiento en el Congreso y mezclado a tantas notabilidades argentinas en todo sentido! Quién diría que el jovenzuelo a cuya voz obedecían 400 jóvenes más para entregarse a locuras juveniles en un paseo a caballo, ¡había hoy vestir toga de Diputado al Congreso y discutir en este mismo día serias y secas cuestiones políticas!

Son las tres de la tarde en que salgo de la Cámara, y a estas mismas horas mis compañeros del año pasado corren acaso en el campo, ¡sin el jefe que tenían el año pasado! ¡No es verdad que en esto hay contraste? ¡Lo que es la vida y el destino que empuja cada uno! ¡Mi posición hoy y mi posición el año pasado! Altos intereses de política desempeño hoy aquí ligado con los hombres más eminentes de la República desde el Presidente hasta el último de los Gobernadores! No soñaba con esto el año pasado ...

Mientras tanto en esta noche y mañana habrá grandes bailes en Concepción y también allí me echo de menos yo. Dios mío, yo, que era el alma de aquella escogida sociedad, uno de los miembros de la sociedad, aquella que los jóvenes llamábamos de galeotes, estoy hoy encadenado a las bancas de un Congreso, ¡y mezclado entre viejos cuyo corazón ha dejado de creer en el amor siglos ha! El Senado tiene once siglos y medio de edad juntando los años de sus senadores (20 por ahora). Y ella, Pepita, ¡me amaba con tanta pasión, con tanta idolatría, ella, que moría de pena cuando yo le decía me voy a la República Argentina! Ella, que decía en su billete de despedida, “te amaré toda mi vida”, ¡si me echará de menos en los bailes a que va asistir! ¡También este otro contraste que forma este día y el del año pasado!

Sábado 22 de septiembre. Diócesis del Litoral

El miércoles 19 hemos mencionado la creación de una Diócesis titulada Litoral, compuesta de las provincias de Entre Ríos, Santa Fe y Corrientes, dando facultad al Poder Ejecutivo para que haga esta creación y para que el Ministerio del Ramo pase al Congreso el presupuesto de los gastos que demande dicha ejecución.

Sueldo de Senadores y Diputados: también queda sancionada la Ley que establece las dietas y sueldos del Congreso. Los Senadores y Diputados ganan 480 \$ mensuales y un peso por legua cada vez que vengan al Congreso.

Privilegio exclusivo: hemos concedido anoche en la Cámara a Don José Barros para que haga ladrillos refractarios en la provincia de la Rioja. El privilegio es por ocho años. El solicitante me lo debe todo a mí; acaso ni soñaría él conseguirlo, me lo debe exclusivamente, quién sabe si me lo agradecerá. Yo he influido con todos los colegas en el Gobierno y yo he presentado la Ley y sostenido su discusión en la Cámara.

Banco Beláustegui: en oposición al proyectado, y contratado ya por Bushental con el Gobierno, se presentó ahora un mes el del Sr. Beláustegui agente de los banqueros (Troie Shouvel y Ca. de París). El Gobierno, antes de considerar sus proposiciones (que dicho de paso son inicuas) reunió en su consejo Diputados, Senadores, ministros, comerciantes y toda clase de personajes en número de 44 y fue el voto universal aconsejar al Presidente no admitir esas propuestas pues además de no ser en nada mejores a las Bushental, tenderían a hacer que el Gobierno quebrantase a la fe pública de la Nación empeñada en el otro banco, pues aunque fuera cien mil veces mejor, eso no sería razón para que la Confederación faltase a su palabra empeñada en el contrato con Bushental.

Más los malvados enemigos de nuestra organización, los que de todos hacen un arma para combatir el Gobierno que protege esa organización, algunos de esos malos hombres, haciéndose agentes de los dobles malos argentinos de Buenos Aires, han echado la semilla de la discordia, tomando por instrumento el Banco y propuestas de Beláustegui. Los porteños, para dividir las Cámaras y el Gobierno y desacreditarla ante la opinión del país, han entablado trabajos en el Rosario, en Santa Fe y el Paraná, validos esos pueblos del derecho de petición han elevado solicitudes insolentes al Congreso para que enmienden los padres de la patria los errores y perfidia del Gobierno que ha perjudicado la Nación con el contrato Bushental. La enmienda, dicen las peticiones, debemos hacerla aprobando las propuestas de Beláustegui, etc. ¡Malvados! ¡Malos argentinos, seréis avergonzados! ¡Yo os lo juro!

Paraná. 28 de septiembre de 1855. Misión Confidencial

Con esa fecha he recibido una nota del Gobierno Nacional en que me comunica haberme nombrado en misión confidencial cerca de los Gobiernos de Catamarca, Rioja y San Juan. A la nota vienen acompañados los pliegos de instrucción, fuera de las secretas instrucciones que he recibido desde ahora un mes para el desempeño de esta misión. También llevo para cada uno de los Gobernadores una nota del Gobierno Nacional que me acredita en el antedicho carácter. He aquí la nota pasada a mí.

“Ministerio del Interior Paraná Septiembre 28 de 1855. Al Sr. Diputado por la Provincia de la Rioja, Don Ramón Gil Navarro. El Gobierno Nacional ha dispuesto en esta fecha conferir a Ud. una Comisión Confidencial cerca de los Gobiernos de Catamarca, Rioja y San Juan, cuyas bases se encuentran detalladas en el pliego de instrucciones que se le adjunta. A fin de que sea Ud. recibido debidamente por dichos Gobiernos para el desempeño de su misión, se acompañan pliegos de comunicación que le acreditan en este carácter. El Gobierno Nacional, contando con sus honrosos antecedentes, ha encargado a Ud. esta Comisión de cuyo buen desempeño espera

obtener los resultados que ha tenido en vista al confiarla. Con tal motivo tengo la satisfacción de ofrecer a Ud. mi consideración, etc.

Dios guarde a Ud.

Carril-Santiago Derqui”.

Los pliegos a los Gobiernos de Provincia dicen así: “Ministerio del Interior, Paraná, septiembre 28 de 1855. A S. E. el Sr. Gobernador de la Provincia de Catamarca. El Gobierno Nacional ha encargado al Señor Diputado Don Ramón Gil Navarro de un Misión Confidencial cerca del Gobierno de V. E. y espera que por su parte sea atendido dicho comisionado, dándole entera fe y crédito a cuanto a nombre del Gobierno Nacional se le diga por él a V. E. Con ese motivo me es grato ofrecer a V. E. mi distinguida consideración.

Dios guarde a V. E. muchos años

Carril-Santiago Derqui”.

En los mismos términos están concebidas las otras notas a los Gobiernos de San Juan y la Rioja. Las instrucciones son muy extensas y amplias, pero en el fondo se reducen a ciertos arreglos en aquellas provincias y a influir para la fusión de los partidos que aún subsisten y encaminar el personal de las administraciones al objeto siempre de la paz y la organización. Ha habido algunas denuncias de arbitrariedades contra el Gobierno de la Rioja, y a eso se encamina también mi misión. En una palabra, son muchos los objetos de ella según las instrucciones verbales y por escrito que he recibido.

Carta del Presidente: “San José, septiembre 26 de 1855. Señor D. Ramón Gil Navarro, Diputado al Congreso Legislativo. Mi estimado amigo: Agradezco muy sinceramente los ofrecimientos que me hace al regresar a Chile. Vaya Ud. persuadido de que quedo muy satisfecho de los importantes servicios que como miembro del Congreso ha prestado al país y que he simpatizado mucho con las bellas cualidades que lo adornan. Sé que su patriotismo no necesita ser estimulado, pero debo interesarme como amigo por su regreso en mayo. Le deseo un viaje feliz y al saludarlo me es grato asegurarle que soy su afectísimo amigo.

Justo José de Urquiza”.

Me retiro del Paraná lleno de placer y de honor porque he cumplido una difícil tarea, la de empezar y concluir mi misión en la capital siempre en ascenso de crédito para con el Gobierno Nacional y de todos los que me han conocido. No es muy fácil en política llevar día a día por cinco o seis meses una carrera de ascenso y estimación y desempeñado muchas comisiones a la vez sin tropezar en algo. Por eso me enorgullece y llena de placer el ver que hasta el último momento se me ha llenado de honor y estimación.

Domingo 30 de septiembre. Clausura del Congreso

Hoy ha tenido lugar la clausura del Congreso, cuya festividad se ha hecho con todo el aparato y magnificencia que demandaba el caso. Jamás he visto yo mayor entusiasmo, ni más inmensa y lucida concurrencia en el templo donde ha tenido lugar la ceremonia. Las tres naves de la Matriz estaban llenas de gente, y una de ellas hermoseada por la más lúcida y bella concurrencia femenina. Concurrieron los ministros extranjeros y hubo gran parada en la plaza desde muy temprano. El templo estaba adornado con lujo desde la víspera, y se había convidado por esuelas a los ciudadanos de más nota. El Congreso estaba dividido en dos alas, la Cámara de Diputados a la izquierda y la de Senadores a la derecha. El Vicepresidente se puso de pie y leyó con voz conmovida y entusiasta el más brillante discurso. Durante la lectura, sus ojos y los de los Congresales se llenaron de lágrimas de placer al presenciar la ceremonia tan grande y tan nueva entre nosotros. Grandes descargas vinieron a saludar estas palabras. Están cerradas las sesiones del Primer Congreso Legislativo. Esta noche tendrá lugar un gran baile dado a los Diputados del Congreso que se ausenten mañana.

Rosario. Martes 2 de octubre de 1855

Son las ocho de la mañana en que desembarcamos en el Rosario. Salimos ayer del Paraná a las cinco de la tarde en el vapor Asunción, que vino desde Buenos Aires con el objeto único de traer el Congreso. Efectivamente anoche, a bordo, hemos podido tener sobre las aguas del Paraná una última sesión porque venían todos los Diputados y Senadores. ¡Qué hermoso viaje, Dios mío! Bajábamos el Paraná andando diez o doce millas por hora y en una tarde nublada amenazada con una tormenta de verano. Las márgenes del río de uno y otro lado cubiertas de una vigorosa vegetación, lo majestuoso de las aguas del Paraná, la hermosura de la tarde, la vista que presentaba la cubierta del vapor con cuarenta y seis amigos reunidos, un Congreso completo, todo esto embellecía poéticamente nuestro viaje. A más de uno se han escapado ayer hondos y sinceros suspiros con la vista última que arrojábamos sobre la encantadora ciudad del Paraná donde la noche habíamos despedido en un gran baile tantas y caras afecciones. Habíamos querido oír a esas horas los suspiros que allá en la ciudad respondían a los nuestros. ¡Oh! ¡Estoy seguro que eran muchos!

A las seis y media de la tarde cayó un fuerte chaparrón de agua estando aún nosotros sobre cubierta. Un cuarto de hora después tuvimos que admirar el más grandioso espectáculo que podía presentar la naturaleza para venir a hacer más poético aquel viaje encantador. Dejó de llover repentinamente y en el acto mismo se ostentaron sobre el horizonte dos arcos iris uno sobre el otro, que por la primera vez en nuestra vida los veíamos todos los allí reunidos en tan

hermosa extrañeza. Arrancaban de un punto dado de la tierra y se perdían en otro punto, formando el arco más completo y con los colores más vivos que jamás habíamos visto. Siete hermosas fajas contenían cada arco de modo que entre ambos ocupaban un ancho espacio.

Hemos pasado una hermosísima noche tertuliano a bordo de diversas maneras entre todos los amigos hasta las doce de la noche. A las dos de la mañana el pito del vapor anunciaba que habíamos llegado al Rosario, y no hemos desembarcado hasta las ocho de la mañana.

Las diez del día. Nuestro amigo Cullen, el Gobernador de Santa Fe a quién hemos encontrado en el Rosario, nos ha llevado a su casa y dado un magnífico almuerzo que ha terminado en este momento, lo que casi ha sido causa para que nos quedáramos, pues el vapor movía ya sus ruedas para seguir su marcha a Buenos Aires. Hemos pasado con Cullen un magnífico rato recordando nuestras correrías por Santa Fe y el Paraná en que tanto hemos gozado. Verdaderamente nuestro amigo Cullen es el hombre más fino y el amigo más excelente que podemos tener. A las diez en punto hemos partido para Buenos Aires. Yo y mi primo Manuel, Zuviría y Urquiza somos los únicos diputados que pasamos a Buenos Aires, los demás compañeros han quedado en el Rosario para seguir su marcha a las distintas provincias del interior.

San Nicolás de los Arroyos

A las dos de la tarde hemos llegado a este hermoso pueblo sobre el Paraná que será célebre en los fastos de nuestra historia por haberse celebrado allí el pacto llamado de San Nicolás, en que los Gobernadores de Provincia convocados por el héroe de Caseros firman el compromiso de constituir la Nación y llamar al efecto el Congreso. Ese pacto ha sido la piedra fundamental de la organización que hoy alcanzamos. He tenido al partir del Rosario una agradable sorpresa. Al volver de tierra a embarcarnos, me encontré con Manuel Álvarez y Don Marcelino Augier, ambos viajeros destinados a Buenos Aires y Montevideo.

Estamos de vuelta de la ciudad de San Nicolás, que es muy grande y populosa para figurar independientemente. Sus calles son anchas y muy pobladas, los edificios muy modernos y bastante lujosos, en una palabra, el pueblo entero está montado en pie de adelanto y progreso muy remarcable. Lo mejor que he visto después de edificios y casas serias para un viajero, es una hermosa rubia que vive cerca del puerto y con quién yo y Augier, que paseábamos la ciudad, hemos pasado una media hora deliciosa. Estaba en la ventana de su casa y con la recomendación de buen mozo y viajero que jamás tiene vergüenza, me llegué a ella y formamos relación en el acto, de esas magníficas relaciones que uno forma sin ser presentado y atendido sólo a la *sans façon* del viajero. ¡Oh! ¡Si vuelvo otra vez por acá nos veremos ángel, frente a frente y entonces!

Isla Martín García: anoche hemos pasado también una hermosa noche a bordo. Salimos de San Nicolás a las tres de la tarde después de haber recibido a bordo a la familia del Sr. Ponce

compuesta del viejo y dos preciosas señoritas. Este Sr. Ponce resulta ser catamarqueño y amigo íntimo de mi Tatita con quién hizo su viaje desde Capayán a Córdoba cuando Tatita venía a los estudios. De esta manera fui presentado por él a sus hijas bajo los mejores auspicios.

Son las diez de la mañana y estamos frente a las Islas de Martín García que dividen Buenos Aires de la Banda Oriental y que son también el objeto en cuestión en la demarcación de límites entre aquel estado y la República Argentina. Son las cuatro de la tarde en que llegamos a Buenos Aires, que inmensa ciudad, ¡en verdad, es la Emperatriz del Plata!

Buenos Aires. Miércoles 3 de octubre de 1855

Son las cuatro de la tarde en que llegamos a Buenos Aires. Qué imponente es la vista de la ciudad desde el mar. Jamás me había figurado yo que Buenos Aires fuera tan grande y tan rica en edificios. Dicen que la Emperatriz del Plata tiene dos leguas de largo y una de ancho, y que la población va ya cerca de los 200.000 habitantes, lo que en verdad creo exagerado. He aquí por fin la heroica Buenos Aires convertida hoy en pasturaje de los indios y en presa de los mil partidos que devoran sus entrañas.

Hemos alojado con mi primo Manuel José en el Hotel Provence, el más de tono y lujo que hay en la ciudad y el que se lleva todos los viajeros. Las piezas que nos han dado son muy buenas y nada nos queda que desear. Tenemos de compañero a Zuviría, nuestro colega del Congreso. También ha venido con nosotros Diógenes Urquiza, hijo del Presidente. que creo pasará mañana para Montevideo.

Jueves 4 de octubre

Ayer a las seis estando en la mesa se me apareció mi tío Pancho Ocampo³⁵¹ que me esperaba ya. Mis primas las señoritas Ocampo se habían valido de él para mandarme saludar lo mismo que la Sra. de mi tío Juan Cruz Ocampo pues éste está en Montevideo. Después de comer fuimos con mi tío Pancho a visitar las primas hijas de mi tío Gabriel. Llegamos primero a casa de Elvirita la señora de Del Sar, y siento decir que no he recibido buena impresión de esta primera visita. Acostumbrado a no hacer casi distinción entre los primos y los hermanos en nuestra familia, he encontrado un tibio, por no decir frío, recibimiento. Ella se excusa con que no me ha conocido jamás y que por consiguiente me tiene vergüenza en la primera visita. Agregaba que

³⁵¹ Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, futuro suegro de Ramón Gil Navarro.

en las posteriores ya sería muy distinto. Sin embargo, soy fanático en esto, y creo mucho en lo que se llama la primera impresión para formar enseguida lo que se llama simpatía o antipatía.

Don Félix Frías, redactor del Orden, el mejor periódico de Buenos Aires, estuvo anoche y hoy volvió por la mañana. Traje para él cartas de introducción del Sr. Gutiérrez, Ministro de Relaciones Exteriores de la Confederación. Me ha ofrecido su diario para que escriba en él lo que yo quiera. Me pidió ayer que escribiera algo sobre la clausura del Congreso Argentino, y hoy le di un largo artículo haciendo esa descripción.

Viernes 5 de octubre

Anoche he conocido a las primas Laurentina, Etelvina y Teodomira que no había visto aún. Laurentina es casada con Alsina, un bello joven, Etelvina es de Carlos Tejedor y Teodomira aún no tiene dueño. He sido recibido magníficamente por estas primas, muy especialmente por Laurentina que es una inmejorable criatura. Como yo se lo decía anoche mismo, ella ha sido mi prima aún antes de hablarle, la sangre y la simpatía a la vez hicieron su oficio y está decidido, la quiero más que a todas desde luego. Teodomira es una preciosa niña de 16 años, elegante más que bonita, mas no por esto deja de ser linda y seductora en toda la expresión de la palabra. Las tías son unas señoras inmejorables que me han tratado como a verdadero pariente desde el momento mismo que me han visto.

Los diarios de Buenos Aires hablan hoy de nosotros y nos dan la bienvenida como Diputados al Congreso, que debemos ver y palpar las cosas para llamar más prontamente la unión. La Crónica redactada por el primo político Carlos Tejedor contiene hoy un imprudentísimo artículo impugnando la resolución del Congreso Argentino sobre llamar a Buenos Aires a la unión, etc. y llama a esa manifestación palabras y nada más, atacando de esa manera la sinceridad de los Diputados Argentinos y todo esto en circunstancias que tratamos de entendernos.

Yo no he podido soportar semejante impudencia y he contestado en el acto un larguísimo artículo que se publicará mañana en el Orden. La cuña para buena ha de ser del mismo palo, he aquí que los primos a manera de introito de amistad se encuentran en el campo de la discusión desconvinando en ideas. ¡Oh! Veremos donde va él a dar con su impudencia. ¡Qué estreno de amistad conmigo, por batirse en la prensa!

Sábado 6 de octubre

Nos han invitado muchos y altos personajes y tengo la satisfacción de ver en todos ellos muy buena disposición para la unión. ¿Será acaso que sólo nos han visitado las personas sensatas? Entre los que nos han visitado se cuenta el Sr. Fragueiro, antiguo ministro de Hacienda de la Confederación.³⁵²

He dado ya con Angelito, hijo de mi tío Ángel Navarro, hermano de mi padre. Qué bello joven y cuánto placer he tenido al encontrarse conmigo. Su hermanita Sofía es igualmente interesante a pesar de ser aún una niña de 12 a 13 años de edad. Mañana partiré para Montevideo acompañado de mi primo Ángel, y me lleva allí el deseo de visitar a mi tío a quién no tengo el gusto de conocer.

Estuve anoche en la Opera y tuve el gusto de pasar la noche con el Dr. Barros Pasos, pariente y paisano nuestro. La ópera estuvo magnífica y conocí por la primera vez a la célebre Ida Edelvira³⁵³, el cisne del Plata.

Estado Oriental, Montevideo. Martes 9 de octubre de 1855

Son las seis de la mañana en que fondeamos en la hermosa bahía del puerto de Montevideo. Qué hermosa vista presenta al viajero que entra por primera vez a visitarlo. Los buques llegan aquí hasta los muelles, que tienen de largo una cuadra, ¡es decir que la ciudad es bañada por las olas del mar y que los buques están casi tocando las murallas de la ciudad! Qué diferencia de Buenos Aires donde los buques fondean al completo desabrigo y a dos leguas del puerto o desembarcadero. Entrando de Buenos Aires, el viajero tiene en su derecha el memorable cerrito donde las fuerzas de Oribe acantonaban cuando se sitió esta plaza por diez años. Antes del Cerrito está otro cerro en cuya cima está el Telégrafo. Ambos presentan la vista más pintoresca que puede darse. A la izquierda se eleva el grande y precioso edificio de la Aduana, la mejor que he visto en todos los países que he recorrido. La hermosa ciudad de Montevideo se ve levantarse sobre un terreno lleno de ondulaciones graciosas que dan a sus calles un lindísimo aspecto.

Salimos ayer de Buenos Aires a las cinco de la tarde en el vapor Menay. Hemos hecho toda la noche una hermosa navegación a pesar de una tormenta que nos persiguió desde la rada de Buenos Aires. A bordo trajimos a la mujer de Prudencio Rosas, hermano del tirano, y una hija de la señora como de 15 años, muy bonita. Hemos desembarcado en medio de un copioso aguacero,

³⁵² Mariano Fragueiro (1795–1872), político cordobés y ministro de hacienda de la Confederación en 1854, emigrado en Chile publicó sobre cuestiones de la banca y las finanzas públicas.

³⁵³ Cantante lírica de origen italiano que se destacó en las principales salas de Buenos Aires, Montevideo, Río de Janeiro y Santiago de Chile en la década de 1850.

y yo y Ángel convenidos en sorprender a mi tío, su padre, lo hemos conseguido perfectamente. Qué placer tan grande ha tenido cuando después de estar con él algunos momentos le he dicho yo, “soy su sobrino Ramón Gil”. Mi tío Ángel está tan joven como para no calcularle sino 36 años y pasa de 50 ya. Su pelo rubio le estorba por su abundancia, y ni una sola cana viene a descubrir el secreto de su edad. Nos hemos alojado en el Hotel del Vapor, el mejor que hay en la ciudad.



F. 21: *Catedral de Montevideo*³⁵⁴

Miércoles 10 de octubre

Ayer, al momento de saberse mi llegada, estuvo a verme mi tío Juan Cruz Ocampo, el rey de los tíos, como lo he calificado desde el momento mismo en que lo he visto. Me ha llenado de ofrecimientos pero no de aquéllos de pura política, sino de los que hacen los buenos amigos y parientes. Urquiza le había avisado que yo quedaba en Buenos Aires y de él ha sabido todo lo que me concierne. El Sr. Lafone, el millonario aquí, la influencia y notabilidad de ambas riberas del Plata, ha estado también a visitarme.³⁵⁵ He tenido para él cartas de recomendación del Dr. Alsina y como además tiene íntima amistad con mi tío Juan Cruz, me ha dispensado las más galantes atenciones.

He paseado hoy por toda la ciudad y no me canso de admirar su belleza y su situación topográfica. Está casi dividida por un brazo del mar y esto es lo que forma su más ventajosa situación porque todo ella es casi una isla que se eleva como una paloma sobre las aguas del Plata.

³⁵⁴ Adolphe D'Hastrel, 1848, acuarela. Museo Saavedra.

³⁵⁵ Samuel Fisher Lafone, padre de Samuel Alejandro Lafone Quevedo. Importante capitalista y empresario uruguayo.

He estado en las murallas destruidas del antiguo sitio y tenido lugar de admirar la heroicidad de este gran pueblo que, como un nuevo Troya, resistió diez años a un sitio rigurosos. Se da un gran baile esta noche en casa de Vaudrix y estoy yo invitado.³⁵⁶

Jueves 11 de octubre

Anoche tuvo lugar el célebre baile en casa del Sr. Vaudrix. Ha sido dado en obsequio del Sr. Amaral, Ministro Plenipotenciario del Brasil y a cuyas órdenes está el ejército que hoy está en esta ciudad en clase de protección. Asistí al baile y fui presentado a todo lo más alto y distinguido de la sociedad, pues mi tío Juan Cruz, hombre de fortuna y de grandes negocios, es también de infinitas relaciones. El Ministro de Portugal Ligt Acevedo es amigo mío desde Paraná, me ha presentado a todo lo más selecto de esta sociedad en ambos sexos. Entre las señoritas que me han presentado he conocido la mujer de Maza, la hija de Oribe, una linda y excelente mujer.

Entre la misma concurrencia de señoritas tan preciosas he visto la reina de ellas, la más bonita y elegante a la vez. Qué preciosa criatura y qué elegancia, por Dios, llevada ya hasta lo incomparable. Rara vez me causa novedad una mujer, acostumbrado como estoy a ver tantas y de olvidarlas al día siguiente, y tantas bonitas he visto ya en esta vida que no me causan novedad ya así nomás como quiera. Eso mismo prueba que lo que he visto anoche es muy preciosa cuando me ha causado tan honda impresión desde el primer golpe de vista. Es lo que el francés llama *brunette*, y el andaluz mi morena, un cutis terso y fino como un terciopelo con unos ojos más grandes que un cielo y más negros que un misterio. ¡A todo esto se reúne un cuerpo y una gracia como jamás he visto! Me salí del baile porque realmente me impresionó mucho esta muchacha y por lo mismo, no quise bailar con ella ni con nadie. Fui presentado al padre sin saber que la bella del baile le pertenecía tan de cerca. Mi tío es amigo íntimo de la casa y me he prometido presentarme allí.

Sábado 13 de octubre

Mi tío Juan Cruz vino a almorzar conmigo al hotel, y enseguida hemos ido a pasear en un magnífico coche a la ciudad de la Unión, que está a una legua de aquí. Es una gran población que va uniéndose ya con Montevideo, fue formada en el tiempo del sitio y hoy es una población de unas cinco mil almas. Lo más notable que allí hay es el templo hecho construir por Oribe que

³⁵⁶ Muy probablemente Mariano Baudrix, porteño federal que vivió en el exilio en Montevideo, cuñado del historiador chileno Diego Barros Arana.

realmente es una cosa preciosa. Hemos dado hoy un bonito paseo. ¡Esta noche seré presentado en casa de la señorita Reyes, la del baile!

Montevideo. Martes 16 de octubre de 1855

Dije a mi diario que había visto en el baile de Baudrix una belleza, la reina del baile y le dije también la impresión que semejante vista me hizo. Habría dado algunos días de vida por oír la hablar, por tener relación con ella siquiera, aspirar a más en aquel momento me parecía una insensatez aún en secreto. La impresión era demasiado viva para poderla soportar más, y me salí del baile. Dos o tres veces se me figuró durante el baile que esa beldad me miraba, pero deseché ese pensamiento casi con vergüenza, ¡la reina del baile fijarse en mí, presentado allí por la primera vez! ¡Qué locura!

Mi tío Juan Cruz me presentó antes de ayer en su casa. Dios mío, que placer tuve yo al entrar al salón y verla otra vez, me pareció que ella sentía lo mismo. Entré bajo los mejores auspicios y fui recibido con las mayores distinciones por el General Reyes, padre de Hercilia (así se llama), y de dos señoritas más. ¡Es una casa de alto y las niñas son de una educación esmeradísima! Creí pues en la primera visita que yo había hecho en ella la misma impresión. Se habló de música y H. tocó en el arpa divinamente unas variaciones sobre el Hernani, igual habilidad mostró en el piano. ¡Qué bien estaba con el arpa a su lado! Me dijo que había oído decir que yo era un artista con la guitarra, que tenía esa noticia desde que estaba en el Paraná, etc.

Hoy ha tenido lugar el primer concierto del niño Lloveras, sanjuanino, que ha venido conmigo desde Buenos Aires y que tan amigos míos son el padre y el hijo que apenas tiene once años y ya es un artista. Fui invitado por Sr. Gral. Reyes para asistir al palco de su familia; Dios mío, qué placer tuve yo. Fuimos en efecto, yo la acompañaba y tuve la suerte de estar colocado a su lado. Al concluir la función se desató un furioso huracán de agua, viento y rayos, inclusive truenos que hacían temblar el teatro. Tuvimos que esperar una hora más, pero como no paraba tuvimos al fin que salir. La noche estaba oscura como un misterio, grandes relámpagos venían de repente a alumbrar nuestro camino, hasta quedar ciegos por un momento con la fuerza de los relámpagos. Yo la llevaba del brazo ... y era necesario que ella se apoyase en mí casi con abandono para no caer. Dios sabe lo que hablamos en medio de aquella noche tenebrosa y tempestuosa como nuestros corazones en aquel momento ... En el cielo había una tormenta y en nuestros corazones otra mayor. El cielo se rasgó en dos con un horrendo trueno y se vio todo lo que pasaba en torno nuestro con la claridad de un relámpago. Mi corazón también en medio de una tormenta desechó un estallido, se abrió y mostró lo que en él pasaba con toda la claridad de una confesión. ¡Dios mío, que dicha! ¡También el de ella se abrió, y una idéntica confesión se formuló en sus labios con

aquella languidez que trae consigo una gran lucha! Dios mío, que grandioso y perfecto ha sido para mí la tormenta de esta noche, asemejada en todo a la que se desataba en nuestros corazones ... ¡y qué imponente y altamente misteriosa fue nuestra declaración mutua de amor al son de los truenos y a la aterradora luz de los relámpagos! Las dos de la mañana. Qué feliz soy, Dios mío.

Viernes 19 de octubre

Son las diez de la mañana de un hermoso día después de los tempestuosos de ayer y antes de ayer. El sol se ostenta radiante sobre las mansas aguas de la bahía de Montevideo. La ciudad inmensa del Estado Oriental se agita en todos sus ámbitos entregada a su movimiento comercial. El paquete de Europa ha llegado anoche y ha traído dos cosas muy notables. ¡Ha traído al rey de los pianistas del mundo, al divino Thalberg,³⁵⁷ y la caída de la Torre de Malakof³⁵⁸ en poder de los aliados! ¡Qué grandiosa noticia! Tuvimos esta nueva anoche y todo el mundo la festejó. Dos torres han caído anoche para el que vive en Montevideo ... ¡La Torre de Malakof y la otra muy alta e inexpugnable casi en que se encastillaba el corazón de la más hermosa de las orientales! ¡Dos torres caídas!

¡Dios mío, quién no ha amado en esta vida y quién no lleve un corazón vigoroso y sensible a la vez, quién no ha sido joven e impresionable no puede saber cuánta ventura cabe en un “yo te amo” arrancado al corazón de una divinidad que uno adora! Yo he oído esas palabras anoche en medio de una catarsis de placer. ¡Por eso decía que habían unido dos torres de Malakof y la que yo sitiaba! Algo me debía ella por figurar que había tardado y por las que en medio de su brío entusiasmo me dijo que pidiera lo que yo quisiera, por repetir una de ellas. Yo le pedí su corazón, pues ya podía pedirlo después de aquella noche de tempestades. “Es suyo, me contestó”. Después le dije que la dejaba en depósito, en poder, al ausentarme para Chile. “Se equivoca, me contestó, el corazón que yo le he dado se lleva Ud., ¡y ya lo siento que hace apresto de viaje como Ud.! Cuando se ama y se da un corazón, continuó, se lo lleva la persona amada”. ¡Dios mío, cuánta dicha había en esas palabras!

Lunes 22 de octubre

Después de una noche feliz, el día de hoy ha sido para mí, doble venturoso. Mi vida se resbala en olas de ventura y de amor. Nunca he sido tan feliz, es decir, jamás mi dicha ha sido tan completa, porque no soy solo feliz en el amor, ahora, sino en todo lo que me rodea y me toca

³⁵⁷ Sigismund Thalberg (1812–1871), pianista y compositor de origen suizo.

³⁵⁸ Torre de Sebastopol asediada durante la guerra de Crimea (1853–1856).

de cerca. Son las dos de la mañana en que llego de casa del General Reyes. Han tenido lugar hoy las carreras inglesas a tres leguas de la ciudad en un campo hermosísimo. Allí fuimos acompañados de las señoritas Reyes. Qué día tan completamente feliz. ¡Yo y Hercilia éramos compañeros! Ya puede figurarse lo que hablaríamos en tres leguas de ida y tres de vuelta y completamente solos. ¡H. montaba hoy el más furioso caballo que yo haya visto jamás! Verdad es que tiene la fama de ser la más jineta que se conoce en el país. A cada momento pensaba yo que la haría pedazos. Pero ella dominaba completamente al furioso animal. ¡Cuánta dicha es amar y ser amado y hablar con el objeto de su amor todo un día oyéndose prodigar las más tiernas y cariñosas caricias! Hemos gozado de toda esa ventura y ella se ha abandonado a toda esa dicha que se siente cuando ya se ama mucho y se tiene confianza a la vez.

¡Esta noche debo recibir de sus manos la primera muestra de los amantes felices, un billete incluyendo un rulo de sus renegridos cabellos!

Montevideo. Miércoles 24 de octubre de 1855

Montevideo sigue tranquilo por más que se teme una revuelta en el momento que se ausenten las tropas brasileras que hoy están de estación en esta plaza en número de cuatro mil hombres.³⁵⁹

Hoy he visitado las partes de la ciudad que no había visto y cada día quedo más encantado de la posición topográfica que ocupa. He visitado la Iglesia Matriz y el gran Teatro que se construye actualmente. El primero es uno de los más hermosos templos que he visitado y digo lo mismo del teatro, pues es ya de lo más grande y cómodo que puede esperarse.

¡Ella!: según su promesa hoy tengo a la vista un hermoso rulo de su renegrido cabello y el papel en que viene envuelto es un finísimo y hermoso billete. Solo el que ama y es amado por una divinidad puede comprender el goce que trae una prenda de esta especie, trofeo de una conquista y de un amor el más franco y simpáticamente declarado entre ambos.

Oribe: tuvimos hoy un hermoso paseo a la quinta del Sr. Reyes, cita en el Miguelete a inmediaciones de las fincas de Oribe³⁶⁰. Hemos pasado un día magnífico, pues la familia me ha

³⁵⁹ Hacía poco tiempo había sucedido la Rebelión de los Conservadores (agosto de 1855), un movimiento insurreccional contra el presidente Venancio Flores. El conflicto terminaría de manera pacífica, con la postrera renuncia a la presidencia del propio Flores, en septiembre de 1855. La situación política al arribo de Navarro a Montevideo era muy inestable.

³⁶⁰ Manuel Oribe fue un militar y político oriental, presidente constitucional de 1835 a 1838 y creador del Partido Nacional. El general Fructuoso Rivera, su oponente político, lo derrota y lo obliga a irse del poder en 1838, y termina exiliado en la Confederación Argentina. Desde allí se vuelve un aliado del gobernador bonaerense Juan Manuel de Rosas, para quien terminaría combatiendo contra las fuerzas de la Coalición del Norte. En 1840 lograba vencer a las fuerzas de Juan Lavalle, y se ocuparía de la “pacificación” del interior argentino, la que se llevó a cabo con un alto

llenado de inmerecidos obsequios a que no seré ingrato jamás. Conociendo el General Reyes los deseos que tenía yo de conocer a Oribe, me ofreció presentarme en su quinta y hoy cumplió su promesa. Llegamos a su quinta y el Tirano Oriental nos recibió con la mayor cordialidad. Le fui presentado a él como un diputado al Congreso Legislativo Argentino, etc. y me trató con la mayor amabilidad. Jamás he visto un hombre más amable y de más tono en su casa. ¡Cuán poco se puede conocer el corazón de un hombre por su exterior! En la sangre que ha derramado este hombre puede navegar un buque y, sin embargo, su apariencia, su aspecto venerable no le delatan como a un monstruo tal. En seguida nos enseñó su quinta, y debo confesar que tampoco he visto nada más grande ni más bien ordenado. Él, en persona, fue enseñando todas las clases de plantas y de flores que contenían sus jardines. ¡He ahí lo que es este hombre que ante el mundo ha alcanzado una celebridad tan funesta!

Jueves 25 de octubre

He comido hoy en casa del Sr. Lafone, el millonario del Plata. Es una casa montada a la inglesa en todas sus minuciosidades y he quedado encantado el tratar a la señora y sus hijitas que son unas bellísimas criaturas. La mujer de Lafone es hermana de Emilio Quevedo, a quién conozco mi diario por unos de mis mejores amigos de California.

Se ha dado el segundo concierto del niño Lloveras que ha causado furor en esta sociedad por su habilidad. He asistido a estos conciertos y a todas las funciones teatrales acompañado de las señoritas Reyes y he sido por ello doblemente feliz, gozando de tan amable y seductora sociedad. Qué gusto da de veras ver el refinado buen tono de la sociedad montevideana. Las señoritas son la misma elegancia que acompañada de su hermosura hacen de ellas unos ángeles.

¡Tengo a la vista una larga carta suya llena de las más tiernas y seductoras palabras de amor! Dios mío, yo no creo que jamás haya habido en dos personas más espontánea y libre simpatía. ¡Ni es tampoco dable el gozar más con un amor que lo que yo he gozado con la pura y franca amistad amorosa de este ángel! ¡Qué hermosa es y qué alma tan linda tiene!

nivel de violencia y le granjeó una imagen entre los antirrosistas de “degollador y asesino”. Ver: Etchechury, Mario, La devastación “como cálculo y sistema”. Violencia guerrera y faccionalismo durante las campañas del Ejército Unido de Vanguardia de la Confederación Argentina (1840–1843), Foro PolHis: <http://www.historiapolitica.com/foros/movilizacion-militar/>

Sábado 27 de octubre

He pasado muy felices días en Montevideo, tal vez como los he pasado en parte alguna en mis largas correrías. Mi tío Ángel Navarro me ha proporcionado muy buenos ratos, ¡sin embargo, me causa dolor verle en los rangos de la demagogia y unido a la política de Buenos Aires respecto a la Confederación!

Hoy hemos tenido un nuevo paseo con la familia Reyes a su quinta. Me dieron este paseo para que me quedara, pues pensaba haber marchado hoy a Buenos Aires. La señora y niños fueron en el coche y las señoritas a caballo acompañadas de mí, de Guido y su hermano. El caballo de H. se enfureció demasiado, y yo me vi en el compromiso de darle el mío y montar ese tigre que todos creían que me haría pedazos. ¡Pero yo lo dominé y todo anduvo bien! ¡Qué precioso paseo, Dios mío! Ya puede figurarse cuánto gozaría yo en él. Fuimos a parar la vista a un bosque y ¡allí estuvimos una hora tendidos en la verde yerba y al lado cada uno de su pareja! ¡En medio de cuánta dicha se resbala mi vida aquí en Montevideo!

Domingo 28 de octubre

Vine por cinco días y he estado ya veinte y tantos, lo que por sí solo prueba que me ha ido perfectamente bien. Ángel se volvió a los ocho días, quedando yo a seguirle muy pronto, pero ¡esta vez yo propongo y ella dispone!

Son las once y media de la noche más preciosa que puede pasarse. Hoy fuimos todos a comer allí en familia, y fui a las doce en medio de una tormenta de lluvia. ¡El día principió bien y más feliz que nunca! Uno es más feliz cuando menos lo espera, a veces. Ella cumplió su promesa, y yo pude decir con Varela, “el primer beso a la modestia, hurtado. El primer nudo del pudor resalta. Y ya es difícil, muy difícil que combata”. Dios mío, no es posible que yo pinte aquí la extensión de mi dicha en ese momento. Quién me hubiera creído tan feliz cuando en aquella noche del baile me hizo tan fuerte impresión su primera vista, y cuando yo en medio de mi admiración fantástica no me atrevía a aspirar ni a verla de frente siquiera. Quién creyera hoy hasta dónde alcanza mi dicha. ¡Qué recuerdo el del cronómetro para mí y para ella! ¡He pasado la noche allí hasta ahora, después de comer!

República Argentina, Buenos Aires. Jueves 1 de noviembre de 1855

Antes de ayer 30 me embarqué en Montevideo en el vapor Menay. Debí partir de allí el 29 pero no salió el vapor a causa de un horrible pampero que impidió todo movimiento marítimo. En

trueque, pasé el día en casa del Gral. Reyes donde me quedé hasta la noche. Al fin fue preciso abandonar antes de ayer esa vida de ventura y placeres. Todo el cariño de la familia es todo el puro y sincero amor de un ángel para volver a Buenos Aires. No es preciso decir que pasé allí el día hasta la hora del embarque. ¡Dios mío, qué despedida! *Elle a pleuré plusieurs fois, prenant mes mains entre les siens près du piano, et me disait, " Oh ! Combien je vous aime ! Et combien je vais devenir malheureuse quand vous serais parti ! Mon Dieu, je n'aurais pas ce ciel de plaisir et de bonheur que pour mon malheur après l'avoir perdu. Mais ne m'oublie pas, pitié " !* Apres toutes ces paroles pleines de tendresse et d'amour elle ne pouvait rien refuser à un amant qui s'absentait, peu de moments après. *Oh ! Quel souvenir ! Elle est tombée dans mes bras et un long et tendre bisou fut notre adieu á nous autres seuls ! Mon Dieu, comme j'étais heureuse dans ce moment ! Puis, elle tira de sa poitrine un guardapelo en or, et me le donna après l'avoir embrassé plusieurs fois.*³⁶¹

He dicho antes que es preciso ser joven, amar y ser amado por un portento de belleza y de verdad es para saber lo que yo gozaría con aquella triste pero dulce despedida.

Después de esto, me quedé dos o tres horas más con la familia, hasta la hora de partir en que me despedí y fui acompañado a bordo del padre y del hermano, lo mismo que de mis tíos Ángel y Ocampo. Lafone vino a bordo conmigo acompañado de Mr. Poucel, un hombre muy bien educado y muy buen amigo. Llegué a Buenos Aires ayer después de una feliz navegación y tuve la suerte de encontrar a mi primo Manuel que, acompañado de Gregorio, me esperaban en el gran muelle. Qué placer tuve al ver a mi primo después de veinte días de ausencia. Así he concluido como un sueño un paseo de veinte días a Montevideo. ¡Oh, yo volveré, no haya miedo!

Domingo 4 de noviembre

El amor de aquel ángel, cuyo recuerdo me persigue tenazmente, ha hecho que me distraiga de la política y de todos los asuntos serios que deben ocupar a un viajero. ¡No me pesa! Los asuntos del corazón son los verdaderos asuntos de esta vida y es preciso que uno sea joven cuando tiene 26 años y que acepte todas las condiciones que le imponen esa edad y un corazón sociable

³⁶¹ *Lloró varias veces, tomando mis manos entre las suyas y diciéndome, "¡Oh! ¡Cuánto le amo! ¡Y cuánto voy a ser infeliz cuando parta! Dios mío, no conocí este cielo de placer y felicidad sino como mi infortunio, después de haberlo perdido. ¡Pero no me olvide, piedad!". Después de todas estas palabras llenas de ternura y de amor, no podía rehusar nada a un amante que se ausentaba, pocos momentos después. ¡Oh! ¡Qué memoria! ¡Ella cayó en mis brazos y un largo y tierno beso fue nuestro adiós para nosotros solos! ¡Dios mío, cómo estaba feliz en este momento! Entonces, sacó de su pecho un guardapelo en oro, y me lo dio después de haberlo besado varias veces.* Traducido del francés.

y apasionado como el mío. No me pesa, repito, la política y el diarismo dan sino sinsabores y momentos muy ingratos en la vida. ¡Salve, oh! Felices momentos de Montevideo.



F. 22: Vista de Buenos Aires desde el muelle de la Aduana³⁶²

Decía, pues, que mientras yo he dormido el sueño del amor en Montevideo han sucedido algunos trastornos en Buenos Aires. Flores se vino de Montevideo e hizo una tentativa de Revolución que aunque no causó ningún efecto, puso, sin embargo, todo el estado sobre las armas e ¡hizo subir las onzas a precios fabulosos! Los indios, por otra parte, han invadido la campaña sur de este estado en los días 28 del pasado y 6 y 9 del presente, derrotando en batalla campal al ejército de Hornos de dos mil hombres y robando miles de ganados después de incendiar las poblaciones que asaltaban. Así es que Buenos Aires está en consternación. Bien lo merece por sus extravíos políticos. Hoy no hay dos opiniones uniformes en toda esta ciudad. Todo es desorden y desquicio, y la impotencia del gobierno llega a tanto que no puede ni aún defenderse contra el ataque de los bárbaros. Buenos Aires está perdido para siempre: ¡la riqueza de sus campos y ganados es despojo de los indios, y el corazón de la ciudad está roído por la carcoma de cien partidos políticos sin principios y sin política fija! ¡He ahí lo que es Buenos Aires!

³⁶² Deroy, 1861, París, litografía, Museo Saavedra.

Martes 7 de noviembre. Thalberg

Ha dado ayer su segundo concierto. ¡Rehusaré completamente pintar este hombre portentoso que con su piano hace pensar en brujerías y demás cosas fantásticas! Es preciso oír al rey de los pianistas para formarse una idea. Mienta quien diga que es posible describir una sola de las maravillas de este hombre sentado al piano. Mil instrumentos suenan a la vez bajo sus dedos y todas las emociones del hombre se retratan en cada una de las notas que saca a su instrumento. Quien le oye, llora, ríe, canta, se enfurece, bendice, suplica, goza y sufre sin saber qué cuerda le mueve a todos estos arranques del corazón. El pueblo de Buenos Aires en medio de sus desgracias se ha olvidado de todo para adorar a Thalberg. Las señoritas lloran y se desmayan en el teatro y los hombres en sus aplausos se vuelven unos locos. ¡Mi hermana Tomasita ha sido muy feliz porque tiene lo que nadie! Su álbum está en mi poder y yo le supliqué al Divino artista pusiera en él un recuerdo. Thalberg asintió y puso su caricatura que es su vivo retrato caricaturado, puso la fecha y la firma. Verdadero capricho de artista que ha dado que hablar a la prensa de Buenos Aires.

Sábado 10 de noviembre

Debemos partir mañana o pasado para las provincias. Poco me agrada Buenos Aires después de haber estado en la encantada ciudad de Montevideo. A mi vuelta he visitado mucho a mis primas, particularmente Laurentina y Teodomira. Mi vida y mis placeres están divididos aquí del modo siguiente. Mis primas Ocampo me llevan gran parte del tiempo, lo mismo que Sofía Navarro, mi otra prima. Otra parte la tiene la familia de mi tío Juan Cruz, que son mis verdaderos parientes y amigos. Allí como las más veces, y allí me encuentro con Mármol, Julio Mansilla, la Agustina Rosas, Aldunate y otras notabilidades. De noche mi tiempo es para el teatro o para mis amiguitas Puig que han llegado del Paraná al mismo tiempo que yo llegaba de Montevideo. Después de llegar de Montevideo encuentro que mi corazón se entusiasma poco o nada. Ni la hermosura de mi prima Teodomira, ni sus seductoras gracias me hacen olvidar un solo momento los misterios de Montevideo. Aborrezco esta ciudad tan criminal en su política como fatua y loca en sus pretensiones y por eso hasta sus mujeres no me causan ni un átomo de ilusión. ¡Quisiera partir luego, luego!

Buenos Aires. Martes 13 de noviembre

Son las once del día en que parto para el Rosario en el vapor Asunción y voy acompañado de Manuel José y José Angelini, este último un joven italiano que llevamos para preceptor en el Colegio de Catamarca. Había leído algunos escritos míos en el Orden, hablando de Catamarca, y vino a verme para que lo llevara allí pues es desgraciado, joven víctima de los sucesos políticos de Roma.

Buenos Aires queda en un estado lamentable de desorden y desquicio político. Los indios han destruido el Ejército, robado las haciendas y quemado los pueblos que han invadido. En el interior las revoluciones se suceden cada día, lo que quiere decir que en la Capital y en la campaña todo es desorden. La Misión Peña³⁶³, que marcha al Paraná con propuestas de unión, está ya para partir de un día a otro. A Buenos Aires no le queda más recurso que unirse a la Confederación, pues es el puerto de salvación que le queda para sujetar la devastación de los indios y las revoluciones diarias. Sin embargo, soy de opinión que la misión Peña nada hará, supongo que lleva propuestas porteñas, es decir absurdas y fatuas lo que es seguro, ¡no será ni oído, mucho menos admitido por la Confederación! ¡Oh! Con este hecho, Buenos Aires se pierde.

Rosario. Jueves 15 de noviembre de 1855

Son las nueve de la mañana en que llegamos al puerto del Rosario, después de una hermosa navegación por el anchuroso y quieto Paraná. Estuvimos muy apurados por un pampero en la travesía hasta las Islas de Martín García, pero de allí aquí la navegación ha sido deliciosa. Hemos atravesado inmensas praderas y espesos bosques, que de uno y otro lado bordean las barrancas del ancho río Paraná. Lo limpio de sus aguas, lo apacible de su corriente dan a este río un aspecto a la vez imponente y dulce. Con cuánta envidia vería la población exuberante de Europa estos inmensos terrenos que se extienden a las márgenes de un río navegable, esos bosques llenos de maderas y de frutos silvestres y, en una palabra, esos mil elementos de riqueza que existen muertos aún en nuestras manos, mientras que la población Europea muere de hambre, a falta de espacio y de trabajo ... Hay de Buenos Aires aquí de 80 a loo leguas.

³⁶³ Juan Bautista Peña (1798–1869), político y financista porteño quien además de haber ocupado en varias gestiones el cargo de ministro de hacienda, logró –a pesar de la incredulidad de Navarro– un importante acuerdo de paz entre el propio Estado de Buenos Aires y la Confederación Argentina en 1856, situación que duraría hasta la batalla de Cepeda en 1859.

Sábado 17 de noviembre

Hemos alojado en casa de Rusiñol y Fillol, los empresarios de las Mensajerías Argentinas que hoy cruzan el territorio y, comunicando los hombres y las ideas, han puesto en práctica en poco tiempo la Constitución de Mayo. Da placer el ver el progreso de este pueblo puerto a la vez para la Europa y las provincias del norte. De un lado se ve a la Europa, representada en los buques de todas las banderas que obstruyen el puerto, y del otro ya sobre las barrancas a todas las provincias argentinas en las mil carretas que conducen sus frutos para cambiarlos con las manufacturas europeas. La libre navegación de los ríos, inmensa base de granito en que está basada nuestra política después de Caseros, hace que veamos este inmenso progreso en esta ciudad y todas las de la Confederación. El Rosario tenía ahora tres años unas cuantas casas de paja y hoy es una hermosísima ciudad de 10 a 20.000 habitantes. La Aduana ha producido en 17 días, 60 y tantos mil pesos fuerte. Luego se reirá de Buenos Aires este puerto que lleva trazas de ser un emporio de comercio.

Domingo 18 de noviembre

Son las doce del día en que partimos para Córdoba. Jamás se ha visto un convoy semejante. No ha bastado una sola mensajería para todos los pasajeros, y la empresa ha puesto una más y dos inmensos carros para los equipajes. Esta acumulación de pasajeros la causan ahora una gran caravana de ingleses y franceses que van con todos sus útiles de minería a establecer trabajos en las minas del Fuerte, pertenecientes a Lafone. Cuatro mensajerías hay por mes a Córdoba y no dan ya abasto, tal es el inmenso tráfico que hay para las provincias del interior. La compra de las minas del Fuerte por Lafone ha hecho en la Confederación una completa revolución, porque es sabido que los millones de este hombre y del extranjero, lo mismo que su industria, va derramarse a torrentes en la provincia de Catamarca y el resto de la Confederación.

Ayer tuvimos un paseo a caballo con nuestra patrona y una hija del Coronel Echagüe, con cuya familia he hecho muy buena amistad. Esta señorita es la leona del Rosario y lo merece porque es muy bonita y muy espiritual. *I have been very happy in her society because in three days our friendship is changing to love! Oh! If I should stay only fifteen days instead of three!*³⁶⁴

³⁶⁴ *¡He estado muy feliz en su sociedad porque en tres días nuestra amistad está cambiando al amor! ¡Oh! ¡Si me quedara solo quince días en vez de tres!* Traducido del inglés.

Posta de la Candelaria, alias Vallejos. Lunes 19 de noviembre

Anduvimos ayer doce leguas hasta esta posta, habiendo salido a las doce del día. Pasamos las postas siguientes. Del pueblo a la Posta del Estado, Dos Ombúes, 4 leguas. A la de la Horqueta 3, y a la de Vallejos 5, que hacen las 12. Me he entretenido anoche hablando con la viejita viuda de Vallejos, que me contaba la invasión de los indios que ahora 18 años le llevó tres hijas. Estas son las mismas que el año pasado han sido rescatadas en Arauco (Chile) y de cuyo suceso di cuenta en el Mercurio de Valparaíso, teniendo yo la redacción del Sur. Desde entonces la señora no ha visto a sus hijas y las espera en esta Candelaria según cartas que ha recibido de ellas desde Hualqui.

Posta del Lobatón camino a Córdoba. Martes, 20 de noviembre de 1855

Ayer salimos de la Posta de Vallejos a las seis de la mañana y anduvimos 18 leguas del modo siguiente. De Vallejos a los Desmochados 6 leguas, Arequito 4, Guardia de la Esquina 5, Cruz Alta 4, Cabeza del Tigre 4, Lobatón 5. Hemos andado con mucha suerte, a pesar de que traíamos un tren tan inmenso que apenas podemos movernos. Hay una guardia entre la Posta de los Desmochados y Arequito. Esta posta de Arequito es célebre por ser el lugar donde se desbandó el ejército del General Paz después de ser él capturado a bolas. De ahí vino la división y después la guerra civil que ha durado 20 años hasta Caseros. En la Cruz Alta hay otra celebridad y es que allí murieron aquellos cinco hombres ilustres que fueron víctimas inocentes e innecesarias en la revolución de la Independencia. De las letras de cada uno de sus nombres se compuso la palabra Clamor, que ha seguido en tradición hasta nosotros. Los nombres son los siguientes: Concha, gobernador de Córdoba; Liniers, Virrey de Buenos Aires; Allende, Coronel; Moreno, tesorero y gran político; Orellana y Rodríguez. He estado en el lugar mismo donde fueron ejecutados estos cinco ilustres hombres.

Posta de la Herradura

Hemos andado la tercera jornada constante de treinta leguas de esta manera; el Saladillo 5 leguas; Zanjón 4; Barrancas 4; Fraile muerto 4; Tres Cruces 4; Manco Bustos 4; Herradura 5. Hasta aquí vamos con mucha suerte y a no ser las nubes de mosquitos que nos invaden, llevaríamos un camino muy feliz. ¡Qué inmensidad de campos y qué pastales! Los caminos no pueden ser mejores, son una tabla de billar sin la más pequeña oscilación; las pampas se pierden en el horizonte ...

Miércoles 21 de noviembre. Oncativo

Son las siete de la noche en que llegamos a esta posta y hemos andado 30 leguas. A Villanueva y Río Tercero 5 leguas, Tío Pujio 5, Chañares 5, Espinillo 5, Desgraciado 5, y Oncativo 5. Villa nueva es un pueblo bastante grande que tiene una iglesia muy bonita y que debe su adelanto a López, hijo del Gobernador de Córdoba, que tenía aquí un ejército mantenido con las haciendas de los que él titulaba contrarios para despojarlos de ellas. Hemos pasado el Río Tercero casi a nado. Los carruajes han pasado tirados por cinco yuntas de bueyes. El río es hermoso y muy fácil de contener un puente que daría inmensos valores al estado o a quien lo pusiera. Oncativo, alias Laguna Larga, es célebre por ser el lugar que lleva el nombre de la gran batalla dada entre Quiroga y el General Paz en que triunfó este último, tomando prisionero al Fraile Aldao. Las casas donde nosotros estamos alojados esta noche distan pocas cuadras del lugar mismo donde sucedió la batalla.

Córdoba. Jueves 22 de noviembre de 1855

Son las seis de la tarde en que llegamos a la ciudad habiendo andado 16 leguas desde Oncativo. A Méndez 1, Moyano 4, Jeromito 6, Córdoba 5. Un inmenso gentío se agolpa a las calles a ver el tren de las dos diligencias con dos carros conduciendo más de 40 pasajeros. Hoy hemos tenido un día hermoso, y aún nos ha llovido un poco al llegar aquí. Yo, mi primo Manuel, Angelini y nuestros sirvientes estamos alojados en el Hotel nuevo, llamado de la Nación. Gracias a Dios que hay dos hoteles en esta ciudad de 30.000 habitantes, y que no tenía un solo lugar destinado al alojamiento de pasajeros. El Dr. Colombres y Purcel, compañeros de viaje, lo mismo que Augier, se han ido a otro Hotel por falta de piezas.

Domingo 25 de noviembre

Córdoba está tranquila con esa tranquilidad de la muerte. La prensa ataca al Gobierno por su marcha retrógrada y por su obstinación en no nombrar Ministro después de haber salido Zuviría que tanto error lo hizo cometer. Este es un pueblo que en nada ha progresado después de Caseros, porque su política ha sido así entre sí es o no es constitucional. Pueblo de doctores, algo se asemeja al demagogo y turbulento de Buenos Aires. La Constitución Provincial debe jurarse aquí el 30 según órdenes impartidas ya.

Nos han visitado ya muchos sujetos y hecho algunos regalos. Quién más se ha distinguido con nosotros es mi parientita Rosita Achával, hija de nuestro colega y mi amigo Achával, que

vivía con nosotros en el Paraná. Mi diario sabe mi relación con esta parientita, una de las más bellas señoritas en el Paraná.

He visto de nuevo a mi tía Saturnina y Carlina a quienes he encontrado muy buenas. Siempre he sido muy bien recibido de su amiguita la Manuelita Lastra, que es una de las bellas que dominan Córdoba.

Lunes 27 de noviembre

Después de cinco días de permanencia aquí debemos partir mañana para Catamarca. He visitado la familia de mi tío Pancho Ocampo donde he tenido muy buenos tratos. Su señora mi tía es una amabilísima señora y sus dos hijitas son hermosas y amables como chilenas que son³⁶⁵. Qué linda y alegre es una de ellas. Ayer he pasado la tarde en una quinta en compañía de mi prima Carlina y la Manuelita. ¡Qué linda estaba y que ladeada también! No me lo ha dicho, ¿pero soy yo lego en la materia para no saberlo? *She loves me!*³⁶⁶ ¡Cuánta plata hemos contado! No se puede oír a un joven hablar de amor tres días seguidos y no sentir algo, cuando ese joven arrastra el prestigio de buen mozo en todas partes. ¡Yo aquí habré algo hecho a mi pasada que se ha marcado más ahora! ¡En otra vez que pase tendré algo más que decirle a mi diario sobre ella!

Córdoba. Martes 28 de noviembre de 1855

Son las diez de la mañana en que partimos para Catamarca en un coche de cuatro ruedas y acompañados del Dr. Colombres y el joven Angelini que, como dije antes, llevamos de profesor de varios ramos para el establecimiento de educación de Catamarca. Vamos viajando por la posta porque tenemos gran prisa de llegar a Catamarca. El Gobernador nos ha apostado cartas en el Rosario y Córdoba, haciéndonos saber la necesidad que siente de que nosotros estemos allí para varias medidas gubernativas que hay que tomar. Además de esto, yo llevo también mucho apuro porque tengo que hacer allí en la Rioja y San Juan, que pasar a Chile y aún que volver como me lo pide en su carta el Presidente. Por otra parte, estoy ya un poco cansado pues en un año he viajado tanto como es incapaz de creerlo, atendidos los empleos que he desempeñado. Salí de Concepción en diciembre y de Valparaíso en enero para la República Argentina.

³⁶⁵ Evelina y Malvina Ocampo y Argüello, nacidas ambas en Chile como consecuencia del exilio familiar. Con Malvina se casará Navarro en 1860.

³⁶⁶ *Ella me ama*. Traducido del inglés.

Llegué a Mendoza 150 leguas, para pasar a San Juan 50 leguas; de allí a la Rioja 100 leguas; partí a Catamarca 50 leguas; volví a la Rioja 50 más; después Catamarca 50. Partí para Córdoba 120, de allí al Rosario 130. Al Paraná 40 o 50. De allí a Buenos Aires 150. A Montevideo 40, de vuelta a Buenos Aires 40, al Rosario 100. Córdoba 130, Catamarca 120 y de allí lo que tengo que andar a la Rioja 50, a San Juan 100 y a Valparaíso 130. Suma en todas 1640 leguas y otras tantas más o menos tengo que hacer en marzo para volver al Congreso y regresar a Catamarca. ¡Se necesita pulmón para viajes así, tanto más cuanto que la mayor parte de ellos son a mula y por caminos malísimos!

Catamarca. Martes 4 de diciembre de 1855

Mi diario sabe ya el trayecto que hay que hacer de aquí a Córdoba, por lo mismo he creído inútil repetirlo pues que ya lo tiene marcado en mi viaje en abril. En el que ahora hemos hecho de Córdoba aquí no hemos tenido novedad alguna, a no ser en las Salinas que, como la vez pasada, las hemos encontrado en malísimo estado. El coche se empantanó allí, y fue preciso descargarlo completamente y caminar nosotros de a pie más de una legua para poderlo sacar del mal paso en que había caído. En los Algarrobos y en los Portillos fuimos muy bien recibidos por Don Alejandro Herrera, antiguo amigo y pariente de mis padres. Desde allí aquí nuestro viaje ha sido muy feliz hasta aquí.

A dos leguas de la ciudad nos salió a esperar lo más notable de Catamarca reunido a nuestros amigos y parientes. Jamás he visto pueblo más entusiasta en sus demostraciones. El pueblo entero estaba en movimiento con nuestra llegada, pues sabía desde cuatro horas antes por Rodríguez que se adelantó a nosotros. Las calles estaban atestadas de gente y la plaza lo mismo, pues corría a ella la población como si hubieran entrado en ella generales en triunfo. Las señoritas se ostentaban o en las ventanas o en las puertas de calle, en una palabra, no he visto jamás tanta novedad para dos simples muchachos que vuelven del Congreso. En un momento se ha llenado la casa de todo lo que hay de más alto y notable en la ciudad, pues toda ella parece un jubileo y apenas podemos recibir los recados que se nos envían de todas las familias. Yo estoy lleno de gratitud por estas singulares demostraciones de afecto tan marcadas y tan sinceras. Todos mis parientes, que son innumerables, se han agolpado aquí a felicitarme sin esperar que se pase la segunda hora siquiera de nuestra llegada. Mi tía Javiera es quién más ha demostrado el inmenso placer que siente al vernos otra vez.

Viernes 7 de diciembre

Tres días ha que llegamos y aún no se han cortado las visitas de día y de noche. No ha quedado un solo catamarqueño de ninguna clase ni de ningún círculo que no me haya visitado. Esto me lisonjea sobre manera porque veo que el pueblo entero me corresponde en el afecto sincero que le profeso.

He presentado al Gobierno los credenciales que me acreditan en el carácter de enviado en Misión Confidencial por el Gobierno Nacional cerca de éste, y he sido recibido con toda la atención y respeto que se me deben por el carácter que invisto. Es admirable el celo y amabilidad con que me buscan y me atienden los que componen la oposición. Acaso piensan ganarme para su raya, equivocados están cuando creen que me he de ladear a partido alguno que no sea el que represente los intereses bien entendidos de la provincia.

Además, el Gobierno de Lascano está altamente acreditado con el Gobierno Nacional por su marcha constitucional, prudente y sumisa a la vez a las órdenes del Gobierno general. Lascano no necesita sino un buen ministro que reúna más prestigio para llevar una marcha inmejorable.

Mañana 8, día de la Virgen, se jura en la Capital y Departamentos la Constitución Provincial. Está ya todo preparado.

Catamarca. Sábado 8 de diciembre de 1855

Hoy ha tenido lugar la jura de la Constitución Provincial y el acto ha sido lleno de solemnidad y entusiasmo. El batallón de infantería, compuesto de 500 plazas vestido de uniforme y con su banda de música de treinta hombres, formaba en la plaza frente al Cabildo, local que se había destinado para la jura. Un inmenso gentío llenaba la plaza y obstruía las calles desde las ocho de la mañana. A las ocho y media se presentó el Gobernador con un lucido acompañamiento muy numeroso, y poco después llegaron las comunidades religiosas y tomaron asiento. Después de leer la sanción del Congreso, aprobando la Constitución de Catamarca y el oficio del Gobierno Nacional al remitirla, se le leyó la ley de la Asamblea Constituyente que admitía y prohijaba las tres únicas reformas hechas en la Constitución. En seguida, se leyó esto en voz alta en medio del más profundo silencio y en presencia de un pueblo entero congregado al efecto. Después de un discurso del Gobernador, preparando al pueblo al juramento, todo el mundo se puso de pie y fue repitiendo solemnemente el juramento dicho en voz alta por el Gobernador. En seguida, se pronunció otro discurso del Gobernador, exhortando al pueblo al cumplimiento del más santo y solemne de los juramentos.

En seguida, todo el cortejo se dirigió a la Iglesia donde debía tener lugar la solemne función a la Purísima, pues para mayor grandiosidad del acto de la jura se habían unido

dos festividades. La función estuvo magnífica, lo mismo el sermón que se predicó por el R. P. fray Wenceslao Achával en que dedicó magníficos trozos a la Constitución jurada. En seguida se cantó el Te Deum después del cual toda la concurrencia volvió a casa de Gobierno.

Mañana debía fusilarse un reo, condenado a muerte desde ahora diez y puesto en capilla ya. Varios ciudadanos respetables, entre otros las padres Achavales y Esquiú, me suplicaron pidiese el Gobernador por la vida del reo. Lo hice así y fui apoyado por la mayor parte de los asistentes y la vida del infeliz se salvó a la sombra de la nueva Constitución. Él fue el primero que gozó de sus beneficios. ¡Realmente donde todo un pueblo bulle de júbilo y entusiasmo, no debía haber uno solo que llorase en día tan grandioso para la patria!

Sábado 15 de diciembre

Los días llamados de la Virgen constituyen en Catamarca una época célebre, y el mes de diciembre pierde su nombre y toma el de los días de la Virgen. Son nueve días de fiestas solemnísimas a que concurre toda la provincia y de todas las ciudades hermanas y hasta de Chile y Bolivia, tal es la celebridad de esta fiesta y los portentosos milagros que la Patrona del Valle hace a favor de sus devotos.

La ciudad de Catamarca presenta en estos días un aspecto de un inmenso pueblo, porque la ciudad se hace pequeña para recibir la población que acude de toda la República, no sólo de la provincia. Es una especie de feria en que el comercio toma un movimiento sorprendente. Los fuegos que se queman en cada una de las nueve noches del novenario principian al anochecer y concluyen a media noche, y son tan buenos como los mejores que pueden verse donde quiera. Es un verdadero Sebastopol ardiendo cada una de las noches de la Virgen.

Compra de Capayán: hoy me han otorgado escritura pública por la hacienda de Capayán que he comprado a mi tío Mauricio en los términos siguientes: 200 \$ al contado y 800 a un año de plazo, contando desde la fecha. Con esta adquisición nuestra hacienda de Capayán recibe un valor de un 1.000 %, pues se aumenta en su mitad en agua y tamaño. Hoy la propiedad de Capayán, fuera de casas, fincas y derechos de agua, abraza un área de más de trece leguas, y los campos comprendidos en este territorio son acaso los mejores para la cría de ganados. Yo pienso en este año mismo formar una gran estancia de criadero que tenga correspondencia con los trabajos a plantearse en las fincas. ¡Capayán es un tesoro incalculable!

Lunes 17 de diciembre

Funciones teatrales y de equitación han tenido lugar en estos días de la Virgen. Daba gusto ver anoche el teatro improvisado, lleno en sus treinta palcos de una inmensa concurrencia de señoritas perfectamente vestidas y lo mismo que los jóvenes. La pieza representada por aficionados estuvo más o menos buena cosa, como las representadas en otras partes por iguales actores. En el teatro improvisado había muy cerca de dos mil personas.

Catamarca es el pueblo que más progresa en la Confederación. Las propiedades han adquirido un valor de 1.000 % y su agricultura, su pastoreo y su minería produce millones ya a la provincia. Lafone ha introducido ya sus capitales para el laboreo en grande de las minas, lo que equivale a decir que el extranjero ha puesto su pie ya en Catamarca, trayendo su industria y su riqueza para la explotación de nuestros elementos vírgenes.

Las casas han cobrado un valor inaudito, y todo se ha encarecido de la misma manera, síntomas inequívocos del progreso con que marcha su pueblo. Mi casa tres años antes alquilada en 5 \$, se alquila ahora nueve meses de mi pasada en 12 \$, cosa nunca vista ni oída en la provincia, pues bien ¡ahora queda alquilada por un año en 20 \$! A pesar de los muchos edificios que se levantan en la ciudad, no se encuentra una casa ni un cuarto que alquilar.

La ciudad tiene hoy un aspecto nuevo y elegante. Sus edificios son muy a la moda. Las torres de la Matriz están hoy hermoseadas, con un hermoso reloj público obra de un padre franciscano catamarqueño. ¡Es un portento de habilidad!

Catamarca. Jueves 20 de diciembre de 1855

Parto esta tarde para la Rioja, después de haber experimentado en los días de mi permanencia aquí toda clase de demostraciones de todas las personas que componen la ciudad. La mayoría de los ciudadanos me han ofrecido sucesivamente el Ministerio y después el Gobierno de la Provincia, mostrando los deseos de que no me ausente de aquí y que preste mis servicios al país. Me he llenado de gratitud con estas muestras inequívocas de adhesión hacia mí, y he prometido servirles en cuando me sea posible y no contrario a mis negocios y hábitos establecidos.

Por parte de mis parientes, como de mis amigos y condiscípulos he recibido muy inequívocas muestras de un afecto grande por mí. Gregorio Moreno, Moisés Soria, David, etc. se han distinguido en su estimación por mí. De mis primos Navarro nada digo, ellos son hermanos para mí y con esto queda dicho todo. Mi tía Javiera en su comportamiento conmigo es una madre, no una tía.

El General Balboa me ha escrito nuevamente del Fuerte y Belén, augurándose “su eterna gratitud y amistad por los servicios tan distinguidos y desinteresados que le he prestado”. Alude

a los artículos que he publicado en la prensa del Paraná en defensa suya, pues era vilmente atacado con calumniosos conceptos por la prensa de Tucumán, y yo sin tener amistad con él emprendí su defensa cuando redactaba el Nacional Argentino en Paraná.

Hemos tenido algunas tertulias y también en ese campo he sido perfectamente tratado, con distinciones muy marcadas de parte de todas las principales señoritas. Me separé pues de Catamarca lleno de gratitud sincera, y con el firme propósito de consagrarme en mi poco valor al desarrollo de su progreso y protección de sus intereses. Quiero que mi diario contenga las obligaciones que tengo para con este pueblo y la protesta que hago de consagrarme a su servicio.

Son las cinco de la tarde en que parto para la Rioja acompañado del Gobernador, Octaviano y Manuel José Navarro, Rosendo Segura, Gregorio Moreno, los Mazas, el Coronel Guzmán y otros amigos que han querido ir conmigo hasta dos o tres leguas de aquí. Moisés pasa conmigo hasta Coneta y me acompaña esta noche para volverse mañana.

Rioja. Domingo 23 de diciembre de 1855

No he andado tan feliz en este viaje. Desde Miraflores me llovió hasta Villa prima y me mojé completamente. Llegué a Capayán el 21 a las ocho de la mañana, habiéndome separado en Coneta de Moisés a las dos de la mañana. En Capayán pasé el resto del día en ver mi hacienda y la que últimamente he comprado a mi tío Mauricio. En la mía, Mardonio ha hecho algunas reformas de importancia, ha plantado 1.000 plantas más de viña y 100 higueras cuyo plantel no han malogrado sino una que otra planta. También está actualmente haciendo reparaciones en los edificios que a la verdad estaban muy destruidos. He quedado muy contento con todo lo que he visto en Capayán y dejo todo convenido para ulteriores trabajos tanto en las fincas como en la estancia que pienso poblar en los mismos campos de Capayán.

El 21 en la tarde salí de Capayán y me llovió hasta Chumbicha las 7 leguas sin interrupción alguna, de manera que llegué a casa de Rodríguez completamente mojado. Llovió toda la noche y el día siguiente 22 hasta las diez en que salí. Dormimos de este lado de Amilgancho, para madrugar y llegar temprano a la Rioja. Madrugué en efecto pero apenas anduve media legua, se descargó el agua a torrentes y duró por tres horas. Viendo que no paraba, tomé mi paraguas y seguí el camino y por la primera vez de mi vida he visto este fenómeno, pues me han llovido las diez leguas de Amilgancho aquí sin parar un solo momento. He llegado aquí a las nueve de la mañana y el agua ha seguido por dos horas más con la misma fuerza.

Martes 25 de diciembre

He encontrado a la familia sumida en consternación, pues tiene a mi prima Sergia enferma de gravedad y desahuciada de los médicos. Ella prorrumpió en llanto, echándose en mis brazos, pobre criatura; su estado es afligente y de veras no le veo yo remedio alguno. Su enfermedad es una aneurisma y muy adelantada ya. Así es que todo es duelo y aflicción en esta casa antes llena de bulla y de risa. Hoy día de pascua de Navidad ha tenido lugar la jura de la Constitución, y por más que ha querido hacerse con solemnidad, no ha habido sino muy pocos ciudadanos que concurren y unos cuantos hombres del pueblo. Con motivo de la leva para el contingente, se ha esparcido la voz en los hombres del pueblo que esta reunión para la jura era para tomarlos y mandarlos en el contingente. Eso ha contribuido para que no haya reunión de pueblo. ¡Qué diferencia con Catamarca!

Da pena ver el miserable estado en que se encuentra esta ciudad, que no es ya sino un montón de ruinas y el asilo forzoso de unos cuantos hombres decentes. Toda pintura de la miseria de este pueblo no dará una idea de la realidad. Hubo algunos discursos en la jura de hoy, y yo pronuncié uno algo largo, retratando las miserias de la Rioja y exhortando a los ciudadanos a la fusión bajo la nueva Constitución para propender al progreso general de la provincia.

Rioja. Martes 1 de enero de 1856

La casa entera está enlutada y por todos los ámbitos de ella no se oye sino llanto y desesperación. Sergia ha muerto a las doce y media de la mañana de este día. No ha querido saber nada del año 56 y ha finalizado con el 55. Nadie esperaba que muriera anoche por más que ella estaba muy mala. Pero no ha habido síntomas de muerte sino hasta el momento de expirar. Ayer pocas horas antes de morir se chanceaba conmigo y hablaba muy tranquila. Yo solo tengo que estar en calma para velar sobre todos y sobre todo a la vez.

Ha muerto en un día festivo en que el pueblo de la Rioja con toda su campaña se encuentra entregada a la fiesta de San Nicolás de los Naturales, en que la plebe se entrega a las mayores extravagancias, vistiéndose unos de gigantes, otros de indios, otros de alférez y bailando delante del santo en las procesiones.³⁶⁷ Esto hace que no se encuentre un hombre de quién disponer

³⁶⁷ O fiesta del Tinkunaco, es una celebración anual que se realiza entre el 31 de diciembre y el 3 de enero. Dicha celebración, de raigambre colonial y de enorme popularidad en La Rioja, constituye una amalgama de elementos religiosos cristianos con tradiciones de origen aborigen (diaguita y quechua). Ver: Guiliano, Juan Carlos. "Evolución de la ritualidad del Tinkunaco. La Rioja, Argentina (siglo XVI hasta la actualidad)". *Revista Historia Autónoma*, 15 (2019), pp. 115–134.

para los preparativos del entierro. ¡En qué conflictos me encuentro! Realmente aquí pago lo del Paraná, Buenos Aires y Montevideo.

He principiado el año con un mortuorio, ¿cómo concluirá? ¡No me pesa! Habría temido más comenzarlo con una bacanal. Las cosas de esta vida son tan percederas que el dulce del placer no se acaba de sentir bien cuando llega lo agrio del pesar, y nada hay más terrible que no estar preparado a él. ¡Mejor cien veces es la transición del pesar a la ventura que de la alegría a la tristeza! Por cierto estoy conforme con haber principiado el año con un mortuorio. Ya haremos en otra parte el balance del 55.

Viernes 4 de enero

Llegado aquí, he presentado mis despachos que me acreditan como enviado del Gobierno Nacional cerca del de la Rioja, y he sido recibido en tal carácter y tratado con mucha distinción y deferencia. He encontrado esto en un estado lastimoso de desorden. Largo sería enumerar una por una las cosas que han formado el juicio que acabo de emitir. Baste decir que no hay Gobierno, y que todos los ramos de la Administración están en el mayor abandono y miseria. Todo esto es debido a la división que domina en todos los habitantes de la Rioja. En cumplimiento, pues, de mi Misión Confidencial e instrucciones recibidas del Gobierno Nacional, he convenido con el Gobierno en la manera y forma de cambiar la situación del país. Felizmente, los que forman la oposición se han echado en mis brazos y creen que cuanto yo haga ha de ser en su favor y obsequio. He aquí como para parte del Gobierno y de la oposición soy el llamado a avenirlos, pues el Gobernador se ha entregado completamente a mi consejo. He hecho pues lo posible para conseguir el fin.

He conseguido ya avenir a mi tío Amaranto con el Gobierno, pues es el que encabeza el partido llamado de oposición. También he hecho que se una la familia de mi tío Ángel a la del Gobernador que estaba en disidencia. Hemos tenido pues una última sesión en la que hemos convenido que Gómez no será reelecto como lo pensaba y que en su lugar será elegido mi tío Don Domingo Villafañe (casado con una hermana de mi madre) y que su Ministro será Don Amaranto Ocampo, como el único hombre de luces en la provincia. Villafañe es querido en los Departamentos, es Coronel de uno de ellos, está en perfecta armonía con Peñaloza el *iustum potesta* de la Rioja y además tiene infinitos amigos en uno y otro partido. Todos han quedado perfectamente contentos con este arreglo y han de comenzar los trabajos para llevar a cabo el pensamiento. No hay quién no se dé por satisfecho de lo pactado, ya en uno ya en otro partido. ¡Gracias a Dios que en este arreglo me ha tocado tener parte como uno de tantos siquiera!

Domingo 6 de enero. He sido elegido diputado por Catamarca

Son las nueve de la mañana. Yo escribía hoy a las siete en mi diario cuando sentí que alguien se desmontaba del caballo. Me asomé a la ventana y vi a mi sirviente, José, de Capayán. Venía enviado de propio por el Gobernador de Catamarca quién me comunica haber sido electo Diputado al Congreso por el voto unánime y espontáneo de toda la provincia de Catamarca. Manuel José, Moisés, Moreno, Severo Soria y otros parientes y amigos me escriben, dándome la noticia y felicitaciones de tan plausible acontecimiento. “Todo Catamarca,” dice el Gobernador, “se felicita de este buen suceso y me apresuro a comunicárselo para que apure su marcha a Chile y vuelva luego para las últimas medidas en que hemos convenido”.

Por lo que a mí me toca, está demás decir que he recibido esta noticia con un indecible placer y lleno de gratitud otra vez por el pueblo de Catamarca que no se cansa de hacer conmigo las más altas y distinguidas demostraciones de afecto. ¡Oh! Yo sabré pagarle muy bien porque si me faltan aptitudes, me sobra buen deseo y firme voluntad. Queda resuelto y sancionado que volveré de Chile en esta Cordillera y que pasaré por Copiapó para estar del 10 al 15 de abril en Catamarca.

Martes 8 de enero. Memento 2

He debido poner esta palabra en el día 26 y también el 28 del pasado, porque en ambos *have I been very happy indeed and do remember them!*³⁶⁸ Mucho tengo que agradecer el cuidado con que me tratan mis primas a pesar de la aflicción que las abrumba. ¡Admentaria ha sido esta vez también tan buena prima como antes! ¡Cuánto buen recuerdo le debo desde la infancia hasta hoy mismo!

La familia va consolándose ya del golpe tan fatal que ha sufrido ahora ocho días. He necesitado toda mi persuasión y paciencia y todos mis recuerdos juntos para poder consolarlas y que entren de nuevo en la vida normal y pacífica de donde las ha sacado la muerte de Sergia. Yo he pasado días muy tristes en verdad, pero lleno de contento porque he acompañado a la familia en el trance más afligido de su vida y de ellos me hago un verdadero placer. Pobres, ¡qué habría sido de ellos sin mí en esta vez!

³⁶⁸ ¡He sido en efecto muy feliz y los recuerdo! Traducido del inglés.

Rioja. Jueves 10 de enero de 1855

Debo salir mañana para San Juan. Me ha demorado la conclusión de varios asuntos con el Gobierno, particularmente el de la rica mina Berdiona en que he sido nombrado juez ad hoc para resolver un artículo acaso del que pende todo, es decir declarar si el asunto ha de seguir la tramitación que lleva o si ha de volver a los jueces de Minería de donde se le han sacado equivocadamente.

Doce años ha que yo vine a la Rioja por la primera vez de vacaciones. Felicinda era tan joven como yo entonces, y a decir verdad yo no pasé sin conocer que mi primita era una bellísima criatura. ¿Nos amaríamos entonces? Creo que sí. Cuatro o seis meses después se casó, contra todo el torrente de mi parecer. Hoy llora ella con aquellos recuerdos y me dice, “Ramón ¿por qué no vi yo las previsiones de niño, de hermano, y de amigo?”. ¡Pobre ángel!

He sido feliz hoy y debo recordar este día como recuerdo aquéllos en que venía de vacaciones a la Rioja por primera vez, doce años hace de eso. ¡Cómo vive uno con los recuerdos y cómo suceden cosas tan raras reuniendo prolijamente esas memorias! Por eso es tan grande el objeto de un diario, porque en él se encuentran al pie de la letra los recuerdos y allí pueden compararse fechas y buscar efemérides y a veces de muy rara celebridad ...

Sábado 12 de enero. Memento

De nuevo me ha demorado en mi partida el asunto de la Berdiona y me he quedado hasta el lunes para imprimir a este gravísimo asunto una vía legal y justa. En él están interesados, ya de un modo ya de otro, todos los ciudadanos y de él pende gran parte de la fusión política que me ha encargado el Gobierno Nacional, pues es la manzana de la discordia en toda la extensión de la palabra.

He pasado en la Rioja días de horrendo calor en que acaso ha faltado el aire para respirar. La estación está en su mayor rigor, y en medio de ella tengo sin remedio que atravesar los más áridos y desiertos campos hasta llegar a San Juan y de allí a Chile. Mas estoy ya acostumbrado a no tener en cuenta las estaciones y las intemperies. Que Dios me ayude y adelante.

Hoy ha hecho un día de calor muy grande. Sin embargo, no me quejo de él, no me he aburrido hoy, al contrario, he sido muy feliz en este día como poner un Memento a la cabeza de lo que escribo ... Felicinda es muy acreedora a mi afecto particular, pues le debo muy sinceras pruebas de cariño, cariño que no ha desmayado un ápice en doce años. Quiero que mi diario sepa que le debo mucho afecto y particular cariño.

Miércoles 16 de enero. En viaje para San Juan

Son las ocho de la mañana en que parto para San Juan. Anoche ha caído una tormenta furiosa después de mucho tiempo de seca en que los riojanos perecían ya a un tiempo con sus arboledas y sementeras. La casa de mi tía queda convertida en un verdadero mortuorio ahora. A tiempo de despedirme ya no se veía sino un llanto general, y las niñas se abrazaban de mí dando gritos como si se les ausentara para siempre un hermano o un padre.

Yo a mi vez sirvo poco para estas escenas y por mi parte debo confesar que he sufrido mucho y hecho más todavía por no llorar. Las quiero como a verdaderas hermanas y he sentido al despedirme un pesar muy grande. Pobre Arsenia, ella ha sido al fin la más amante, la más cuidadosa y llena de atenciones para mí. ¿Debo decir la parte de cariño que, para en particular, le reservo en mi corazón? Amo mucho esta criatura que al fin es digna de ser amada por todos, que extraño es que la ame un primo.

Los Talas de la Rioja, aquí hay 6 leguas y se llama Los Talas por unas inmensas sombras a que se da el nombre de Talas porque los árboles que las forman son Talas. Mi tío Amaranto, Granillo y mi tío Ángel Mariano me han acompañado hasta dos leguas más acá de la Rioja.

Mi tío Ángel Colina debe salir el 28 del presente para San Juan, conduciéndome a Segundo su hijo, a quién yo debo llevar conmigo para Chile a darle educación. Es preciso que se forme el que ha de ser padre de esta infeliz familia. Es el único varón y, gracias a Dios, es un excelente muchacho. Hoy tiene de 15 a 16 años.

Jueves 17 de enero

Son las siete de la mañana en que llego a los Colorados. Recordará mi diario que vive aquí Don Nicolás Moral, pariente nuestro y uno de los vástagos de más ilustre familia de la Rioja. Quiroga fusiló al padre de éste y dos hijos en un solo banquillo. Llegué anoche a las nueve a Tuctun, 18 leguas de la Rioja, y no encontré una mata de pasto para los animales. Me dormí a las diez u once, y nos levantamos a las dos o tres de la mañana en que salimos marchando para los Colorados, 5 leguas por inmensos y pesados médanos. Yo llegué aquí a las siete y he encontrado a la familia lo mismo que antes. Siempre la bella Eudoria como una perla perdida en un lodazal. El viejo no pudo conocerme mas ella me conoció al instante. Paro aquí hasta la tarde para hacer comer mis animales en un alfalfarito que me ha franqueado el viejo.

Son las tres de la tarde y estoy solo en el cuartito con la señorita Eudoria. Yo dormía o hacía que dormía mientras ella siempre tenía su coser. Qué bella y qué espiritual ha estado esta criatura. ¿Se acordará de mí? Ya lo creo.

Aguango. Viernes 18 de enero de 1856

Son las nueve de la mañana en que llego a Aguango, estancia de mi abuelo y donde él hizo la fortuna inmensa que después le sirvió de sudario a causa de las persecuciones de Quiroga que le acarrearón la muerte. Salí de los Colorados ayer tarde y vine a la iglesia a la oración, poco más o menos seis leguas; pasé de noche por las Casas Viejas, 2 leguas, y fui a dormir una o dos leguas de este lado de las ya dichas Casa Viejas. De allí he salido marchando con el día y he llegado aquí a las nueve de la mañana, 8 a 9 leguas de las Casas Viejas.

He encontrado al estanciero siempre amable y bueno. Este hombre está de cuenta de Barbero, marido de Doña Mercedes Herrera, hija de Don Francisco Herrera, que tiene parte en la estancia. La huerta está lindísima pues después de pasar un desierto tan desierto da placer encontrar una quinta llena de árboles frutales de toda clase.

El estanciero debe pillar mañana los tres más hermosos potros que hay en la estancia y tenerlos prontos para que me los conduzca a San Juan mi tío Ángel a su pasada por acá. Dice el estanciero que son preciosos animales y aunque así no fueran, tendrían para mí un inmenso valor por el recuerdo que en ellos se encierra. Yo los llevaré para Chile y los tendré allí como reliquias.

Sábado 19 de enero

A las cuatro de la tarde salí ayer de Aguango y anduve 3 o 4 leguas hasta hallar pasto. Dormí muy temprano y partí a las doce y media o la una de la mañana con una luna como el mismo día. He llegado al Valle Fértil (9 leguas de Aguango) antes que amaneciera, pues aún no había un pie ni un solo ser viviente en todo el pueblo. He caminado toda la mañana a pesar del sol y he venido a pasarlo a las once del día al mismo lugar de la Quebrada donde hay una piedra que forma casa y donde mismo pasamos el sol el año pasado.

Atravieso estas 120 leguas que separan la Rioja de San Juan en la más cruel estación del año. Voy sufriendo unos calores como los que deben hacer en los desiertos de la Arabia. Pero el método que llevo para caminar hace que no sufra tanto. Paro antes de las once o doce y no marchó sino en la tarde. A la oración paro para hacer comer los animales y marchó enseguida toda la noche. Así es de la única manera que uno puede salvar el sol. Yo he andado 15 o 16 leguas desde que partí esta madrugada. La quebrada del Valle Fértil, antes y después de trepar la cuesta de Chávez, es larga y monótona y de un malísimo camino pero es llena de agua y pasto que en este tiempo es el todo para el viajero.

Domingo 20 de enero. El Zanjón

Tengo que referir a mi diario la más grande desgracia que me haya sucedido en mis viajes. Dios mío, aún no me canso de poner las manos al cielo y dar gracias por haber salvado la vida tan providencialmente, pues bien puedo decir que he nacido de nuevo ayer. Es el caso como sigue. Después de bajar la cuesta de Chávez y ya al anochecer, veníamos buscando en la angostura de la Quebrada un lugar para pasar la noche. El camino era ya en ese pasaje lo más horroroso que yo he conocido en mi vida. Al bajar un salto bastante empinado noté que la silla se había ido ya al mismísimo pescuezo de la mula. Noté el peligro e intenté bajarme para componerla mas la mula comenzó a dar corcovos tan feroces que no podía bajar montado sin fijeza alguna sobre el pescuezo de la mula, hasta que este animal me levantó por los aires y me tiró de cabeza sobre unos riscos que estaban al frente. Aquí es lo providencial de mi existencia. He caído de arriba abajo como un cuete, sosteniendo todo el peso de mi cuerpo sobre el pescuezo, ¿cómo no se ha tronchado éste y causado la muerte como al Duque de Orleans y otros tantos iguales casos? ¡Dios lo sabe por qué me ha salvado!

¡Cuando volví en mí estaba bañado en mi sangre, había recibido dos grandes heridas en la cabeza y de allí corría la sangre a rollos! La pierna izquierda había sufrido dislocación, en la cadera, en el pecho, en la espalda y hombro derecho y en una palabra en casi todo el cuerpo, había recibido dolorosas contusiones. Una puntada fija y tenaz sobre la tetilla izquierda me privaba la respiración libre. La desviación de la pierna me causaba por otra parte cruelísimos dolores. Me era imposible moverme. Gregorio me lavó las heridas de la cabeza con un chifle de agua que le quedaba.

La noche fue una de las más pésimas y angustiosas que he pasado en mi vida. Los dolores por una parte, y las tristes reflexiones que mi situación me traía, me causaron un insomnio febricitante. Estaba a 50 leguas de San Juan donde podía encontrar médico y recursos. Nosotros no teníamos ni agua ya. Quedarme allí era perecer, marchar en aquel estado cuando ni en mi cama podía moverme, era casi imposible. Dios mío, que horrendo es sufrir una catástrofe así en medio de un desierto y escaso de todo auxilio y socorro. Es capaz de volver loco al más fuerte.

Amaneció pues y era preciso marchar a no ser que me resolviese a sufrir los contratiempos de la falta de agua y toda clase de recursos cabalmente en el paraje más miserable. Me vistieron los peones y me pusieron de pie, en al acto me descompuse hasta perder conocimiento, tal era el estado de debilidad y postración en que me encontraba. Al fin después de una hora me levantaron sobre la mula y me dieron las riendas en la mano. Dios sólo sabe lo que sufría a cada paso del animal. Todos mis dolores se habían renovado y a todos ellos juntos los soportaba a cada movimiento del animal; para mayor desgracia el camino que debía andar toda la mañana era de lo más malo que puede existir sobre la tierra. A las diez llegamos a 3 leguas de la embocadura de la quebrada con un sol que ardía el mundo. Me hicieron bajo de un árbol una sombra

con mi chal, y bajándome con todo cuidado me hicieron acostar. Demás está referir lo que he debido sufrir con ese camino y andando de esa manera.

A las cuatro de la tarde nos pusimos en marcha de nuevo y hemos llegado al Zanjón a las seis y media de la tarde, 9 leguas de la boca de la Quebrada. El río lleva un agua como barro pues la hemos bebido, como si fuera destilada. ¡Qué rica la hemos encontrado después de la travesía!

Angaco. Lunes 21 de enero de 1856

Llegamos ayer al Zanjón a las seis y media de la tarde. El río venía lleno de agua y más turbio que un barro, pero así nos pareció tan rica como la de una hermosa y fresca vertiente. Yo llegué ya un poco mejor de mis dolores y allí pude tomar alguna cosa. Estuvimos en el Zanjón hasta que el sol se entró. Enseguida ensillamos de nuevo y cuando quería oscurecer salimos marchando para andar toda la noche. La luna estaba preciosa y la noche, que por los ardores del día parecía ser muy calurosa, estaba fresca por un viento del sur.

Atravesamos las salinas, un inmenso territorio tendido de sábanas blancas como la travesía de Córdoba, y en eso empleamos hasta las doce y media de la noche. Por mi reloj anduvimos 9 leguas hasta salir hasta el primer monte después del terreno salitroso. Dos o tres noches hacía que yo no dormía y el sueño me rindió. Paramos un par de horas mientras dormimos un momento y marchamos enseguida. Nos amaneció cerca de los Hornillos, pero luego nos vino un viento del sur tan furioso que nos quería arrancar de los animales, tal era la violencia con que soplaba. Nos daba de cara y arrastraba nubes de polvo que nos ahogaban.

Por salvar el viento principié a galopar, creyendo que Angaco no estaría tan lejos aún, pues creía llegar a las ocho de la mañana. Me equivoqué; creí que me había extraviado por lo que tardaba en llegar, pero era la distancia sola, pues no llegué sino a las doce del día después de haber galopado desde las siete de la mañana. Estoy en la casa del cura de Angaco el señor Don José Olmos, que me ha recibido con el mayor cariño, pues hacía mucho tiempo que me esperaba. Del Zanjón aquí unas 20 leguas largas.

Las cuatro de la tarde; he pasado aquí todo el día y no me moveré hasta mañana pues he revivido aquí con los cuidados y amistad del cura que está loco de contento conmigo. He encontrado aquí los Mercurios de noviembre, diciembre y parte de enero, y también por ese lado lo he pasado bien, porque he sabido cosas de alto interés del sur de Chile. Ha vuelto un chasque, mandamos a mi tío Igarzábal. ¡Me esperan!

San Juan. Martes 22 de enero de 1856

Son las doce del día en que acabo de llegar a la ciudad. Salí en el coche del cura esta mañana a las ocho y aunque de las posesiones del cura hasta la ciudad no hay sino cuatro y media leguas, sin embargo hemos demorado todo este tiempo en pasar los malditos puentes y en seguida el río y los mil brazos o esteros que se le siguen. El río ha estado hasta hoy intransitable y los que se atrevían a pasarlo encontraban su tumba en él. Sin embargo, yo lo he pasado muy bien, haciendo primero vadear con los peones para que el coche no sufriera.

He encontrado a mis tíos, a Leonorcita, y Elvira buenos, y tan amantes y cariñosos como siempre. Apenas puede haber otros parientes que en sus demostraciones de cariño sean tan extremosos como ellos. Yo soy muy feliz desde que piso esta casa porque me creo ya en la mía sin diferencia alguna. Leonor, hermosa como siempre.

Sábado 26 de enero

Estoy muy mejorado de mis heridas y aún de la pierna, que con el galope antes de llegar a Aguando entró en su quicio sin necesidad de manos médicas. Los cuidados y cariños de toda la familia me han mejorado en cuerpo y en alma, pero venía herido en mi cuerpo y triste de alma como nunca. ¿Pero quién puede seguir sufriendo física y moralmente cuando tiene a su lado ángeles como los que yo tengo? Las penas se ahuyentan y los dolores físicos o calman o no se sienten cuando se tienen médicas y primas como las que yo tengo. En el fondo de mi corazón hay un inmenso depósito de amor y de gratitud para ti Leonor, que en tu cariño empleas tanta ternura y solicitud. No haces sino pagar el inmenso cariño que tiene tu primo. ¿Y qué diré de mi tía Leonor, de mi tío, de Elvira y toda su familia? ¡Digo otro tanto! Padres que fueran no emplearían conmigo tanto tierno afecto y solícito cuidado.

Me han visitado innumerables familias y todos estos días ha recibido mi tía felicitaciones por mi llegada. Entre los primeros amigos que me han visitado están los Quirogas, Laspiur, Lloveras, y otros cuyos nombres se me escapan.

Lunes 28 de enero. Memento

La vida es un campo inmenso que no es uniforme y que al atravesarlo encuentra el hombre flores y espinas, verdura y aridez. Tan pronto se extasía el alma en contemplaciones majestuosas y divinas, como se enluta el corazón en la llobreguez de una noche y fealdad de vistas y escenas. La vida es igual a ese campo. No ha mucho que yo lamentaba una desgracia y hoy tengo que

grabar en mi diario un día más de ventura, en el cómputo de mi existencia. Pero Dios mío, ¡las palabras son esta vez ningunas y no expresan mis ideas y por lo mismo la descripción de la felicidad que siento se me escapa! Sin embargo el recuerdo de este día vivirá en mi memoria, y la imaginación será prolija en recordar los detalles y las sensaciones que abraza. *On a dit que les anges viennent du ciel, il y a un des anges ici-bas, hélas ! Celui que j'ai vu aujourd'hui, surpasse en la description en beauté, en amour ; oui ! Mon Dieu, que je suis heureux de l'avoir trouvé dans mon chemin. Mon journal ! je ne confesse [ilegible] jamais les souvenirs de ce jour-ci que je te confie !*³⁶⁹

San Juan. Viernes 1 de febrero de 1856

Estoy ya casi del todo mejor del accidente causado en la cuesta del Valle Fértil. Las heridas de la cabeza han cerrado ya, y la pierna ha dejado de molestarme, y la puntada al pecho que me impedía la libre respiración va desapareciendo completamente. En pocos días más no quedará ya sino el mal recuerdo de aquel suceso. El General Benavidez ha estado a visitarme y hemos tenido ya algunas conferencias sobre el modo de mejorar la situación del país y traer a camino los extraviados políticos de San Juan. El General ha cobrado la libranza que le incluí para que me la cobrase por los valores a cuenta de mis sueldos de Diputado; ha percibido 800 \$ y quedan para pagarse en la Aduana del Rosario 1400 restantes del año que finaliza en abril. También el General había recibido y tenido en perfecto cuidado mi equipaje remitido desde Córdoba y el caballo que le acompañaba. Se ha portado bien este buen amigo y a fe que me debe altas consideraciones, pues que ha un año que salgo a la pasada en su favor en la prensa de Chile y en la de la Confederación. Benávidez, después del General Urquiza, es la columna en que se descansa garantida la Constitución Argentina, pues es la primera influencia en las provincias del interior.

He encontrado a los opositores de San Juan idem por idem como los dejé. Siempre locos, siempre visionarios, siempre injustos, siempre ingratos hacia Urquiza y como siempre, también unidos de vida y muerte con los demagogos de Buenos Aires. Estos infelices lo dicen acá y aún quieren hacer creer que su oposición es puramente local y a Benavidez, y no al Gobierno Nacional y la actuación de la Confederación. ¡Imbéciles! para hacer creer habían de ser más cautelosos en sus relaciones con Buenos Aires, pues la prensa de allí les llama correligionarios políticos a los disidentes de aquí y hermana a la provincia de San Juan. Además, éstos no se

³⁶⁹ *Se dice que los ángeles vienen del cielo, ¡hay ángeles aquí abajo desgraciadamente! El que vi hoy día supera en la descripción en belleza, en amor; ¡sí! Dios mío, que soy feliz de haber encontrado mi camino. ¡Mi diario! No confieso [ilegible] jamás los recuerdos de este día que te confío. Traducido del francés.*

miden en sus públicas manifestaciones de odio contra Urquiza y todo lo malo que vomita la prensa bonaerense encuentra eco nauseabundo en los opositores de acá. Yo les he quitado la máscara a este respecto en un largo artículo que he escrito para el Mercurio con fecha 20 del presente.

Sábado 2 de febrero. Mementos

En medio de los horribles e insoportables calores que hemos estado sufriendo en San Juan, tenemos hoy un día de invierno casi, pues la atmósfera está cargada de pesados nubarrones, y una llovizna menuda causa más la semejanza a un día de invierno. Por lo mismo es el día más hermoso y fresco que yo he visto en este país, pues que a más de esto, todo esto contribuye a hacerlo además de hermoso, muy feliz. Al frente de los recuerdos de este día va la palabra que mi diario conoce por significativa de dicha y de ventura, pues no la profano ni la prodigo mucho, pues no siempre es del todo feliz como para ponerla. Abraza recuerdo de personas, de objetos, de circunstancias como ahora también el recuerdo de los detalles más minuciosos que son las flores y los colores de ese inmenso bordado que se llama el placer, la dicha del hombre. ¡Dios mío! Yo tengo esta vez muy bellos detalles que recordar, muchas minuciosidades, ¡cada una de ellas capaz de formar un mundo de ventura! ¡Qué tiernos, Dios mío! Qué hermoso ideal convertido en pura y palpada realidad. Cuando el corazón del hombre goza todo lo que su ardiente imaginación pinta y borda en el lienzo del pensamiento, ¿a qué más dicha puede aspirar en esta vida? ¿Qué otros goces le restan ya? ¡Ninguno! ¡No entra pues por la misma pintura esa dicha y esos recuerdos, es preciso separarlo de la memoria y de la imaginación!

El Gobernador de la Rioja en carta escrita con fecha 20 de enero me dice que yo he sido electo Diputado al Congreso por aquella provincia. Es tarde ya, he aceptado la diputación por la provincia de Catamarca.

Martes 5 de febrero

Hace un día casi frío en medio de la estación más horrorosa de calor. La naturaleza entera parece regocijarse en día así. Está nublado y fresco, porque un viento sur purifica la atmósfera a más de refrescarla.

El Gobernador mandó ayer un edecán suyo a visitarme en su nombre, pues que él no podía por estar enfermo en cama. En seguida me mandó un regalo de una bandeja de naranjas y cuatro dulceras de dulce de la más rica clase. San Juan es uno de los pueblos más atrasados que

he visto en el camino de la regeneración política y del progreso desde Caseros aquí. Está todo aquí en el mismo estado que antes de la caída de Rosas en materia de progreso. ¿Por qué aquí no ha dado frutos la paz y la Constitución Nacional como en las demás provincias? Porque aquí los partidos políticos no han abandonado el campo de la lucha y han agotado sus recursos y sus fuerzas en estériles contiendas de puro círculo local. ¡Que sirva de ejemplo el atraso de este pueblo a los que aún se ocupan de partidos políticos!

San Juan. Miércoles 6 de febrero de 1856. Mementos

Hoy marca el tiempo un día tan hermoso y nublado como el de ayer, pero éste es mejor, infinitamente mejor que el de ayer, ¡y para decir porqué basta fijarse en el episodio de hoy! Los días de la vida en que uno puede llamarse feliz son tan raros como los días nublados en San Juan, como dice qué sé yo quién. Bebemos la dicha en un vaso agujereado que cuando le llegamos a los labios, está ya vacío. Si hay horas del día en que son mejores que otras, ¡las de la tarde son las que yo estimo como mejores aquí! *Je suis heureux comme on peut l'être dans ce monde. Il n'a rien que manque à mon bonheur, parce que la réalité remplace l'idéalisme que je me faisais* !³⁷⁰

Se acerca mi marcha para Chile y no me quedan ya sino cuatro o seis días de San Juan. Como voy a volver en abril, me apresuro para tener en Chile un mes siquiera de estada. ¿Cómo encontraré aquello de donde faltó desde el año pasado? Algo mucho tal vez ha de influir en mi modo de pensar ... para más tarde ... el estado en que encuentre mis relaciones de corazón que he dejado allí. Pensaré en estrecharlas más si se han conservado intactas ... Las olvidaré para siempre si las encuentro frías, y desde entonces no habrá para mí más mujeres que las argentinas. Pero confío, casi tengo evidencia de que Pepita es la misma que dejé, y aún me atrevo a decir que ¡la inclinación será acaso ahora más exaltada por mí? ¡Era tan ferviente y amorosa en su última carta de despedida! ¡Veremos!

Domingo 10 de febrero. Memento

Se han pasado tres días en que no he vivido tan contento. Retuviera en este mundo si no tuviera que narrar en mi diario días tristes y aún infelices al lado de otros muy venturosos. Acaso esa mezcla de dicha y de pesar, esas alternativas continuas hacen que el hombre goce más en esta vida porque no disfrutaría su dicha si no tuviera que sobrepasar después de los pesares. Para

³⁷⁰ *Soy feliz como se puede ser en este mundo. No hay nada que falte a mi dicha, ¡porque la realidad reemplaza el idealismo que me hacía!* Traducido del francés.

gozar es preciso sufrir, es decir, experimentar transiciones, lo demás sería monotonía, y esta no cuadra ni en la dicha ...

Hoy he tenido uno de esos días felices en toda la extensión de la palabra. Nada ha faltado a mi contento. Pobre Leonor, ¡cuánto te debo a ti por los días de ventura que he pasado aquí! ¡Oh! *Je suis doublement heureux parce que je te vois aussi heureuse que moi, aussi tendre et sensible que celui à qui tu fais rêver rêves d'or. If ever I could go to heaven for you, my Leonor, I should do it instantly. These souvenirs will make me happy forever!*³⁷¹

Tres o cuatro días ha que tengo conmigo a mi tío Ángel Colina que ha llegado de la Rioja trayendo a Segundo, que yo debo llevar a Chile conmigo para su educación. Todas las niñas me han escrito de la Rioja y sus cartas son como de verdaderas primas a un primo que las ama con ternura y sin doblez.

El General Benavidez me ha entregado en estos días 800 \$ valor de una libranza que le envié desde el Rosario para cobrar a la Aduana Nacional de mi cuenta. Esta libranza se me dio por el Ministerio de Hacienda por cuatro meses de mis sueldos de Diputado y yo la endosé a favor del general a mi pasada para Buenos Aires porque venía contra esta Aduana y yo podría estar aquí hasta cuatro meses después, como ha sucedido en realidad.

Martes 12 de febrero. Memento

Pensé salir para Chile, pero mi viaje queda para mañana según parece porque ha caído una lluvia como un diluvio que impide una porción de quehaceres y aprestos.

Rosas: se dice que Rosas ha llegado a Montevideo en este paquete antes de la salida del Correo del litoral. Los diarios anunciaban que venía y ahora parece que se afirma la noticia. Yo escribía desde Montevideo en octubre y en vista de la marcha que llevaban allí las cosas decía "... que ya Oribe estaba allí, que dos meses después influirá en la política y que acaso en poco tiempo Rosas mismo volvería a las riberas del Plata". He ahí cumplido mi pronóstico.³⁷² ¡En Diciembre Oribe ha dominado la política y sofocado la revolución de Muñoz y Torres, y en febrero llega Rosas! ¡Quién tiene que responder de este negro horizonte que se levanta de nuevo por el litoral y que amenaza hundir Montevideo y acaso Buenos Aires en el mismo estado que antes del 3 de febrero? Buenos Aires tiene que responder ante Dios y los hombres de las desgracias que se preparan, ¡él las preparó con su revolución del 11 de Septiembre! En las provincias

³⁷¹ *Soy doblemente feliz porque te veo tan feliz como yo, tan tierna y sensible como aquel a quien tú haces soñar sueños de oro. Si pudiera ir al cielo por ti, mi Leonor, lo haría instantáneamente. Estas memorias me harán feliz para siempre.* Traducido del francés y del inglés.

³⁷² Como tantas otras veces, la noticia era falsa. Rosas no volverá jamás del destierro en Inglaterra.

no causa alarma ninguna la venida de Rosas, está tan consolidado aquí el orden que se oye la noticia como cualquiera otra insignificante.

¡Cuanta dicha tengo que marcar hoy en mi diario! ¡Pensé que hoy sería el día de despedida y me he despedido tan bien poniendo un memento a la cabeza de este artículo! ¡Cuánto se quita a la amargura de la despedida cuando uno se despide así lleno de ventura y con todos los por-menores e incidencias de la dicha! ¡Gracias! ¡*Merci bien*, Leonor!

San Juan. Miércoles 13 de febrero de 1856. Memento

También en tierra hay las mismas preocupaciones tontas que a bordo. El arriero me dijo ayer que no había venido el martes a emprender la marcha porque jamás salía en ese día, pues que era el que traía siempre desgracias en los caminos.

Tampoco saldremos hoy, le dije porque en los miércoles tengo para mí que suele ser malo casarse y embarcarse. Así es que mi viaje queda para mañana, pero nada he perdido en la demora, he ganado más bien en vez de perder, lo dice bien el epígrafe del día.

¿Qué fuera de los que se ausentan de la patria y de los objetos más caros para su corazón, si el ausentarse no tuviera el consuelo del talismán de una buena despedida? ¿Qué fuera del infeliz amante si el ausentarse del ídolo de su vida no hiciera provisión de consuelo y de ventura en los besos y caricias de su hermosa mitad? ¿Con qué cesaría el fastidio y la monotonía de la separación si su memoria no fuera ocupada en el recuerdo de las caricias al tiempo de la despedida, y de los detalles y minucias de su ventura?

Para los corazones sensibles es necesario el alimento de que acabo de hablar, no podría vivir una vez separado de su cielo sin el recuerdo feliz de sus goces que, semejante al rocío, ¡vivifica las plantas que se doblan en su tallo al calor riguroso del estío!

Jueves 14 de febrero

Salgo de San Juan para Chile hoy a las cuatro de la tarde. ¡Hoy mismo parte también el Constituyente para el Paraná, constituyente de 80 hombres y conducido por el Mayor Álvarez!

Son las ocho de la mañana y hace un día hermosísimo pues está completamente nublado. El tiempo ha refrescado porque el martes y lunes ha llovido de una manera nunca vista en San Juan. Llevo pues este consuelo más al separarme de tanto objeto querido.

Dejo a San Juan aletargado, dormido como siempre en cuanto a movimiento administrativo. Dividida la población entre opositores y ministeriales no hay fuerza directiva para los negocios públicos. ¡Así van estas cosas!

Viernes 15 de febrero

Son las cinco de la tarde en que llegamos a los Pedernales a 15 leguas del Pocito. Salimos esta mañana del Pocito a las siete con un día nublado y no hemos tenido contratiempo alguno en el camino. Viajo llevando en mi compañía a Segundo Colina que va a educarse a Chile a poder de mi tío Domingo Ocampo. En las Flechas nos hemos reunido con Don Manuel Espinosa, condiscípulo mío que desde hoy es ya compañero de viaje hasta Chile. Llevo al arriero Rodríguez, que me condujo el año pasado a la Rioja.

Sábado 16 de febrero

Hemos salido a las siete de la mañana con un día lloviznando y hemos venido a almorzar al Acequión, 5 leguas del Pederal, nos ha hecho una mañana preciosa. Son las seis de la tarde en que hemos llegado a las Cuevas donde iremos a alojarnos. Es un lugar horrible y frío como la misma cordillera. Llevo siempre a mi compañero, al inseparable Gregorio, el sirviente que me acompaña desde California.

Domingo 17 de febrero

Hemos pasado bien la noche aunque con frío, menos los loros, pues de los cinco que llevaba no quedan ya sino cuatro pues los perros me han comido ayer al mejor de todos, acaso el más hablador. Nos hemos adelantado para venir a almorzar al agua del Guanaco, 7 leguas de las Cuevas. Allí encontramos un guanaco en la misma agua, que parecía en efecto el genio de aquellos lugares. De allí hemos venido a Uspallata, otras 7 leguas, y todo el camino es bueno.

Lunes 18 de febrero

Paramillo de las Vacas, donde llegamos a las seis de la tarde, habiendo salido de Uspallata esta mañana a las siete. Anoche nos ha caído una gran tormenta en Uspallata y unas señoras que pasaron ayer mismo han perdido sus mulas y están paradas un poco más adelante. Hasta aquí traíamos un camino precioso y sin contratiempo alguno.

Martes 19 de febrero

Las tres de la mañana en que salimos marchando, dejando un macho amarrado para uno de los peones que se ha quedado por ahí durmiendo, habiendo ido a cuidar las mulas. Las cinco y media de la mañana en que llegamos a la casita de las Vacas, donde encontramos las señoras y nos acompañamos con ellas. Es una vieja y una rubia de 17 años, me quedo con ésta para el pico de la Cordillera. Las dos de la tarde en que acabamos de bajar la Cordillera, habiendo comenzado a subirla a las doce del día. Hemos puesto pues dos horas y media en esta operación. Corto y llevo unas flores de la misma cumbre de la cordillera lo que divide a Chile de la República Argentina. ¡Llevo estas flores a Pepita Sanders, en prueba de mi amor y del recuerdo que ese amor me trae! ... Las cinco de la tarde en que alojamos en los Ojos de Agua, habiendo hecho una jornada hoy de más de 30 leguas ítem más el paso de la Cordillera.

Miércoles 20 de febrero

Son las cinco de la noche en que llegamos a Santa Rosa, primer pueblo de Chile. Salimos de los Ojos de Agua a las siete, habiendo pasado allí la noche perfectamente. Hoy hemos tenido un camino muy bueno y sólo nos hemos separado de nuestras compañeras al llegar a este pueblo. ¡Pobre Rubia! ¡Hemos viajado juntos tres días! ...

República de Chile, San Felipe. Jueves 21 de febrero de 1856

Son las siete de la tarde en que llego de Santa Rosa a esta ciudad de San Felipe, y vengo a comer al hotel donde un francés, su dueño, me hace mil obsequios a propósito de mis escritos que ha leído en el Mercurio. Pero el mejor de los obsequios que he recibido de él, es saber que aquí están los Cresi y por consiguiente, la Florentina. Dios mío, ¡qué sorpresa voy a darle! ... mi diario sabe quién es ella, como dice Don Francisco de Quevedo. Las doce de la noche y estoy de vuelta a casa. ¡Dios mío! ¡Cuánto placer he tenido al verla! y ¡qué feliz he sido! Florentina estaba sola, vestida de blanco y sentada sola su alma a la luz de la luna, más hermosa la he visto cuando la he encontrado y robado un abrazo antes que ella pudiera volver de su sorpresa. Dios mío, qué linda, qué linda está, parece que cada día aumenta su belleza. Me ama como siempre, y me ha preguntado al verme por la cadena de su pelo y de su retrato ... ¡Oh!, ella sabía que yo debía guardarlos bien ... Cuánto hemos hablado, cuánto hemos tenido que contarnos en un año de ausencia. Con qué placer recordaba ella mis escritos y la noticia de haber sido electo Diputado al Congreso. Sentía por mi ausencia y se alegraba por la senda gloriosa que recorría.

¡Para después sabrá mi diario cuánto ha pasado en estos dos corazones que se aman con tanta pasión! He allí el placer de los viajes y de la renovación de escenas ...

Viernes 22 de febrero

Dormí anoche en casa de Espinosa, hermano del joven que ha sido mi compañero. Despacho a Gregorio por tierra a Santiago y Concepción, y lleva cuatro caballos y una mula muy ricos. Son las nueve y salgo de casa de Laspiur para Valparaíso, siempre acompañado de Segundo. Dejo mi equipaje para que marche a Valparaíso. Las doce del día en que llego a Yayai, una fonda, y comemos más que regalar a 6 reales por persona. Las cinco de la tarde en que llegamos a Quillota, al Hotel Inglés donde nos alojamos, teniendo una muy buena cena y camas. Hemos andado hoy de 20 a 30 leguas sin descansar.

Valparaíso. Sábado 23 de febrero de 1856

Son las dos de la tarde en que llegamos con Segundo a Valparaíso y subimos a nuestra casa. Encuentro a Aníbal en la calle y no nos conoce. Sorprendo a Samuel, a Rondizoni, Gabriel, Ismael, ¡embotellando vino en el comedor! ¡Con qué placer he abrazado a estos deudos después de un año de ausencia! Tomasita está en Concepción y sé que todos allí se encuentran buenos. ¡Con qué placer he vuelto a ver Valparaíso donde tanto he gozado y donde hay para mí tantas personas queridas, tantos amigos! Los editores del Mercurio y demás amigos me han hecho grandes felicitaciones por mis escritos y por mi diputación al Congreso.

Miércoles 27 de febrero

He sido visitado por todos los argentinos que ocupan aquí alguna posición ya comercial, ya literaria o política entre otros por nuestro encargado de negocios el Sr. Lamarca, Borbón Vega, Videla, etc. Estoy agradecido de todos y muy contento de lo que he hecho porque me he captado la voluntad y el aprecio de todos.

Los editores del Mercurio, en cuyo diario he trabajado cerca de cuatro años, me han felicitado mucho. Me han pagado mis haberes por mis trabajos en el Mercurio durante mi permanencia en la República Argentina, y he vuelto a cerrar contrata para seguir con ellos desde cualquier punto de la Confederación.

Sábado 30 de febrero

He paseado en el ferrocarril hasta la Viña del Mar y hemos hecho un viaje de 3 y media leguas en 15 minutos. Los trenes andan perfectamente, y yo he tenido hoy ocasión de ver este nuevo germen de progreso por fin hecho práctico en Valparaíso.³⁷³ ¡Cuándo llegará el día en que veamos rodar un tren a Vapor en nuestro país! ¡No tardará mucho! Hemos visto caer una tiranía de 40 años, y levantarse en un día una nueva era para el país. Hemos visto volverse mares nuestros ríos y flotar en ellos todas las banderas del mundo, hemos viajado en preciosos vapores donde antes no había entrado ni una balsa; ¿por qué no hemos de ver luego ferrocarriles al paso que llevamos? ...

El 2 debo salir para Concepción en el vapor y llevo conmigo a Aníbal y a Segundo.

Valparaíso. Domingo 2 de marzo de 1856

Son las doce del día en que salimos marchando de Valparaíso para Concepción en el vapor Polinesien. Nos embarcamos a las nueve de la mañana, pero sucedió un contratiempo en la máquina y no hemos podido salir hasta estas horas en que se ha compuesto. El vapor corre velozmente alejándose de Valparaíso, y a manera que sus hermosos edificios van desapareciendo entre el enjambre de buques que dejamos atrás, me parece que el corazón cobra fuerza y eficacia y la imaginación se expande, creyendo ver las orillas del Biobío en Talcahuano y las praderas preciosas que circundan la hermosa y poética ciudad de Concepción. Vamos en un solo cuarto yo, Aníbal y Segundo Colina, que pisa por la primera vez a bordo de un vapor, como ven también sus ojos por la primera vez la grandiosidad de los mares. ¡Qué espectáculo es éste para el que lo ve por primera vez! Llevamos a bordo muchas señoritas y amigos, entre otras, las señoritas Solares de Santiago ...

Concepción. Martes 4 de marzo de 1856

Son las diez del día en que llegamos a Concepción y sorprendemos a todos los de la familia que no tenían ni siquiera idea de que pudiéramos llegar. En la puerta de calle de casa he encontrado a Tomasita que salía con sus dos hijitas Amelia y Elisea a hacer algunas visitas. ¡Dios mío, qué

³⁷³ Después del éxito del Copiapó-Caldera, el Estado chileno buscó construir el ramal Santiago-Valparaíso. Ese proyecto se inició durante la presidencia de Montt en 1852, y finalizaría recién 11 años más tarde. Para 1855 ya se había concretado el tramo Valparaíso-Viña del Mar.

sorpresa tan agradable! Un año ha que he salido y después de correr toda la República Argentina y Oriental estoy de vuelta en Concepción, esta ciudad de mis simpatías y recuerdos donde tengo lo que hay de más querido para mí en la vida, donde me he educado, donde por primera vez ha latido mi corazón lleno de juventud y de ilusiones, donde, en una palabra, he dado los primeros pasos en mi carrera en el mundo.

Hemos llegado a Talcahuano antes de salir el sol, después de un viaje muy bueno. Aníbal y Segundo se han mareado muy poco, y han gustado mucho del viaje. He encontrado a toda mi familia muy buena, pero me falta Parmenia y Mardoqueo, que están en el Membrillar.

Domingo 9 de marzo

He pasado algunos días tristes en Concepción y he echado de menos la República Argentina. Necesito decir algo a mi diario. Él conoce quién es Pepita Sanders y qué rol juega ella en el destino de mi vida. Me fui siendo de aquí amado de ella, como yo podía desearlo y como se ama cuando se comprende el amor. Tengo a la vista unas últimas palabra escritas a mí en los días antes de separarnos y estas palabras, ¡yo te amo! En estas tres palabras hay una historia de tres años de amor y de ternura para nosotros. Un año ha que me fui de aquí, y a mi llegada suena en todo el pueblo que ella se casa con un joven Smith. Mi amor por ella, o más bien el amor de ella hacia mí, ha hecho que yo no crea semejante cosa. Yo he ido a la chacra donde está ella y su familia y con el antecedente de lo que se dice la he tratado con frialdad, casi con indiferencia. He hecho una larga visita en la que he recibido de ella y de toda su familia la más perfecta y cumplida acogida como yo podría pedirla. Más de una vez ha recordado ella nuestros recuerdos ... he fingido no comprender, y dicho indiferentemente que sé lo que se dice en el pueblo. Al responderme me ha dicho que ella es la misma que fue y que su corazón no ha variado, etc. etc. Yo he dicho que no creo porque los hechos desmienten las palabras ... He aquí el estado de las cosas en cuanto a mi corazón. He creído ver infidelidades en todo, en los sentimientos, en la amistad y en el amor y he perdido un mundo de ilusiones. Tengo un desabrimiento horrendo y quisiera estar lejos de aquí.

Miércoles 12 de marzo

Han venido unos temporales horribles y llevamos ya cuatro días de una lluvia incesante con borrascas de viento. La naturaleza y los corazones están en borrasca. Mucho temo que la Cordillera se cierre con estos temporales porque es seguro que allí es nieve lo que aquí es viento y agua. He resuelto partir el 14 y me vuelvo sin haber, puede decirse, descansado siquiera del

viaje y visitado mi familia como quería por quince o veinte días más. Corren muchas cosas y cuentos en la ciudad, y es preciso que lo sepa mi diario. Se dice en todos los salones y fuera de ellos que el casamiento de Pepita Sanders con Smith está disuelto. Que ha habido llantos y explicaciones de la niña al padre. Se dice que mi venida ha causado todo esto. Sin embargo yo nada sé en todo esto pues he guardado una fría reserva en este asunto. ¡La ciudad entera se ocupa de esto!

Concepción. Jueves 13 de marzo de 1856

Se ha corrido el misterio de las cosas. Ayer he sabido lo que ignoraba todos estos días y lo que formaba el tópico de las conversaciones. El Sr. Sanders, a quién pido órdenes ayer para la República Argentina, se sorprendió sobre manera a que volviera tan pronto cuando había creído que estaría un mes más. Pocos momentos después, a las diez de la mañana me hizo llamar a su casa, suplicando le hiciera el favor de conferenciar un momento con él. Fui a su casa y con la franqueza y caballería que caracteriza a un inglés me dijo el objeto para que me había llamado que era el avisarme lo que había pasado con respecto al sonado casamiento de Pepita. Me avisó todo y me descubrió la verdad de las cosas.

“Yo y mi familia,” me dijo, “debemos a la amistad de Ud. una sincera explicación. Ayer después que Ud. se despidió en la chacra, ha llorado todo el día mi hija y me ha dicho la causa de ese llanto. No necesito repetirla a Ud. Es falso que ella haya consentido en casarse con ese otro joven, yo había dado mi palabra condicionalmente, es decir si ella quería, pues yo en estas cosas no hago sino la voluntad de mis hijas. El joven esperaba y trabajaba por el consentimiento de ella hasta que ha llegado Ud. ... He sabido que ella no quería ya ese enlace con ese joven y ayer mismo le escribí retirando mi palabra. Le hago a Ud. estas confidencias con el único interés de pagar el tributo que debemos a su amistad y con ningún otro fin, créalo Ud.”

Esta conferencia duró largo rato en que yo pagué como pude la confianza que había recibido, pero sin ir adelante en una palabra más. Guardé una reserva cual me correspondía y nada más. Ayer, después de esto, fui invitado a comer a la chacra y pasé allí la tarde y un rato de la noche hasta las nueve. ¡Pobre ángel! Aún se veían huellas de su llanto en sus ojos. Estuve con ella en el piano y pude hablar con ella sin testigos. Me confirmó lo que me había dicho su papá, agregando estas palabras, “al fin verá que no soy yo falsa como Ud. decía, sírvale esto de prueba para que vea que me ha hecho sufrir injustamente. Yo soy la misma y he de ser siempre igual. Ojalá que Ud. sea tan constante siempre y que no tenga yo más bien qué quejarme de Ud.” Guardé con ella la misma fría reserva que con su papá, no así en cuanto a las protestas de mi cariño. No adelanté oferta ni promesa alguna y solo concluí, “veremos si en un año más a mi vuelta es Ud. lo que acaba de decirme”. He ahí la verdad de las cosas. En cuanto a ella yo no he dudado jamás,

la conozco o creo conocerla. ¡Pobre ángel! ¡Después de lo que hablamos en el piano seguimos recordando todas esas mil nada en que dos amantes hacen consistir su dicha! Recorrimos toda nuestra época pasada y, Dios mío, ¡con cuánto placer nos contábamos nuestras propias impresiones! Concluimos por hablar del hermoso loro que le he traído yo de la República Argentina y de las mil gracias que dice, “mucho quiero mi loro, pero es porque me lo ha dado Ud.”. “Guárdelo bien, y vea de tenerle las alas cortas para que no se vuele.”. “Pierda Ud. cuidado”.

Viernes 14 de marzo

Son las cuatro de la tarde en que me embarco a bordo del Polinesian para Valparaíso. Hemos tenido seis u ocho días de un temporal espantoso y por eso no hemos salido ayer que era el día fijado para la marcha. Jamás he visto llover tanto, y mucho me temo que la cordillera se haya cerrado con estos temporales venidos tan inesperadamente. Hoy mismo no ha cesado el temporal sino muy tarde ya.

Sábado 15 de marzo

Llevamos una navegación feliz y estamos en el Maule donde paramos una larga hora para recibir la correspondencia. Tengo siempre la mente fija en la Cordillera y creo que es infalible que se habrá cerrado con estos temporales. Esto sería el atraso más grande en circunstancias que el Presidente nos llama con la mayor precisión a todos los Diputados.

Me parece un sueño mi estada en Concepción. Me ha parecido allí como una verdadera visión, pues después de un año o más de ausencia he vuelto para estar solo diez días con mi familia. Dejo a todos muy buenos, y sólo traigo el pesar de no haber visto a Parmenia y Mardoqueo que aún están en el Membrillar. Los veré si vuelvo. ¡Mi diario conoce a Ernestina en el 18 de febrero de 1854! Pobre ángel caído, la he visto una vez pero no le he hablado. Se casa y ojalá fuera cierto. ¡Memento!

Valparaíso, domingo 16 de marzo

Son las nueve de la mañana en que llegamos a Valparaíso después de un viaje muy feliz. Son horribles los estragos que ha hecho el temporal. La mar se ha llevado el muelle de fierro del Sr. Cousiño y muchos buques han ido a pique. Hace un día hermoso y la ciudad de Valparaíso se ve hoy doblemente hermosa con las mil banderas que se ven flamear sobre las casas y con los

mil buques completamente empavesados. La plazoleta de la aduana presenta una vista hermosa con los millares de marinos que pululan allí puestos de domingo. De nuevo he sorprendido a Samuel que aún no me esperaba.

Jueves 20 de marzo

Son las nueve de la mañana del Jueves Santo en que salgo de Valparaíso para la República Argentina después de haber permanecido aquí cuatro días desde mi regreso del sur. La Cordillera está cerrada con los últimos temporales de estos días pasados, y todo el comercio de San Juan y Mendoza está aquí sin salir una carga. Quedan aquí otros diputados del Congreso Argentino como el Sr. Pizarro, Zapata, Delgado y el General Pedernera, que aún no ha llegado de Lima con su familia.³⁷⁴

He recibido tres mil pesos de mi tío Domingo para un negocio de ganadería que voy a establecer en le República Argentina. Yo pongo otros tres mil pesos y tendrá una tercera parte de las utilidades y yo dos terceras.

Quillota, vienes 21 de marzo

A pocas leguas de Valparaíso comenzó a llover ya, y nos hemos mojado ayer de lo lindo. He venido acompañado del Sr. Delgado y de Larenas, Don José Dolores que va conmigo hasta San Felipe. A las cuatro de la tarde llegamos a Quillota en medio del agua; no impedía eso para que toda la juventud de Valparaíso en carruajes y a caballo se viniera a pasar estos tres días aquí, que es un verdadero jubileo. Salimos de Quillota a las cuatro de la mañana para San Felipe en medio de los preparativos del viernes santo, que yo voy a pasarlo viajando y tal vez trepando la cuesta.

Son las seis de la tarde en que llegamos a San Felipe habiendo pasado una hora solamente en Yayai para almorzar. He encontrado todas las calles en guardias para privar la entrada a caballo pero yo he podido pasar hasta la quinta de Javier Navarro.

Sábado 22 de marzo

Las noticias que hay de la Cordillera son malísimas, no dan paso y tenemos que esperar aquí qué sé yo hasta cuándo. Ello, en fin, paciencia y la tengo gracias a ella a quién he encontrado

³⁷⁴ Cabe destacar que Zapata, Delgado y Pedernera vivieron en el exilio durante el periodo rosista, y los dos primeros fueron miembros del Club Constitucional de Valparaíso.

todavía aquí en San Felipe. Sí, gracias a Florentina que voy a llevar con paciencia estos días aquí. Está buena, pero más hermosa que buena todavía. ¡Pobre ángel! ¡Te debo, mi diario lo sabe, momentos muy felices de mi vida, te debo momentos de amor y de ventura que yo a mi vez te los he pagado como he podido o como pueden pagarse esos tesoros! Eres ángel mío, cada vez más bella y más elegante. Es así, la verdad. Tiene a su alrededor veinte adoradores, pues es lo mejor que hay en esta ciudad, pues reúne al prestigio de su belleza, el ser porteña y tener todas las minuciosidades del arte y de la moda con ella. ¡Qué hermosa es, ser preferido por una belleza así sobre 20 más, y ser dueño de su corazón y de los tesoros del amor que encierra! Ayer tenía en mis manos la cadena de su pelo, y el retrato en miniatura que ella me había dado. ¡Ella se llenaba de placer al ver el entusiasmo con que yo hablaba de aquellas prendas!

Martes 25 de marzo

Son las doce y media de la noche en que llego. Dios mío, qué feliz he sido esta noche. La luna estaba y está como si fuera de día, ni más ni menos. Salimos a pasear con Florentina y fuimos en una larguísima distancia en un *tête à tête* el más hermoso. La llevaba yo del brazo y es de advertir que llevaba talma. Dios mío, cuán felices hemos sido. Esta noche se han realizado para nosotros los mil sueños poéticos que ambos hemos visto descritos. Cuántas tiernas expresiones siente el alma cuando tiene de su brazo una belleza y pasea con la luz de la luna, poniendo a ella por testigo de las caricias que da y recibe en el silencio de la noche en que apenas se oyen otros ruidos que los latidos del corazón y las tiernísimas palabras de amor que se cruzan a cada momento. Su mano en la mía y otras veces la mía en la suya, estrechadas, así hemos andado inmensas distancias. Qué linda estaba con su vestido blanco y seno prominente y terso velado a medias por el finísimo tul de su camisolín. ¡Infeliz quien no te admira, más infeliz quien te mira y te tiene que dejar!

San Felipe. Sábado 27 de marzo de 1856. Nota de mi cartera

Son las cinco de la tarde en que marchó a atropellar la cordillera para pasar a la República Argentina. Está completamente cerrada y algunos comerciantes han pagado 300 \$ para que les abran una huella aunque sea pequeña. Escribo esto al lado de Florentina mientras ella bastilla un hermoso pañuelo de seda que llevo de recuerdo. Oigo mil palabras de ternura y consuelo, Dios mío, así debe ser para soportar una separación. Ella me ha pedido que le escriba algunos renglones en una hoja suelta y se los dejé de recuerdo; ha conseguido su pedido, pobre ángel, ¡cuándo volveré a verte!

Viernes 28 de marzo

Anoche a las nueve de la noche llegamos a las últimas casas de los Andes donde nos esperaban nuestras cargas. Voy acompañado de Espinosa que vino conmigo. Llevo en él un excelente compañero. Salimos marchando al salir el sol, pero apenas le vemos la cara a éste porque está oculto entre gruesas y agrupadas nubes. Aquí el viajero al pasar los Andes llevaba vista fija en el cielo y cuando él se nubla, se nubla también el corazón del transeúnte porque el temporal es casi seguro y Dios sólo y los que lo han padecido ya saben lo que es un temporal en la Cordillera. ¡Son las cuatro de la tarde en que llegamos a la Guardia Vieja!

Sábado 29 de marzo

Anoche a las nueve mientras cenábamos han llegado de la República Argentina, Campbell, Peña y otros, y dicen que apenas y muy apenas da paso. El día está hermoso y son las diez de la mañana en que salimos marchando para ir al pie de la Cordillera. Nos han acompañado dos franceses más desde la Guardia Vieja que van a Mendoza. Se han vuelto de aquí y de más abajo muchísimos pasajeros desesperando ya de pasar. Las doce del día y el tiempo amenaza un temporal. Negras y pesadas nubes se ciernen sobre nuestras cabezas y un viento que arrecia más y más. Las cuatro de la tarde en que llegamos a la casucha del Juncal.

Domingo 30 de marzo

Dios mío, qué noche hemos pasado y qué día el que tenemos encima. A las nueve de la noche comenzó el temporal. ¡Vosotros, los que no habéis estado metidos en las entrañas de la Cordillera cuando ésta se muestra en toda su espantosa y sublime grandiosidad a la vez, no sabéis cómo se sufre en una noche en que cayendo la nieve en gruesos copos para no ser cubierto por ella y sepultado como los montes que cubre, se refugia a una miserable casucha desde donde ve derramarse la nieve sobre el mundo entero al parecer, y en donde va muriendo la esperanza, el valor a manera que la nieve se levanta del suelo media vara, una vara, dos varas! ... ¡No sabéis cómo se sufre cuando no podéis huir adelante ni atrás, o cuando en medio de aquel frío intenso no podéis daros fuego por que no tenéis leña! ¡Oh! es horrible situación.

Las doce del día y sigue nevando, y para mayor desgracia, las mulas han huido con el temporal y se han vuelto para abajo.

Es de noche y más de veinte personas estamos agrupadas en la pequeña casucha del Juncal. Cada uno hace sus proyectos; la mayor parte de los presentes se vuelve a Valparaíso a

esperar el verano venidero, yo formo mi resolución de volver a Valparaíso, irme a Bolivia y de allí a la República Argentina. En estos proyectos estamos cuando se me aparece Celidón, el arriero que me llevó a Mendoza el año pasado. ¡Dios lo trae! Acaba de pasar la Cordillera con su tropa y nos dice que podemos pasar mañana. Le he ofrecido pagarle bien y se compromete a ayudarnos mañana en el paso. ¡Ya lo veis, no debéis jamás perder la esperanza y la fe!

Lunes 31 de marzo

Son las seis de la mañana en que nos ponemos en marcha, por sobre la nieve y haciendo una huella, es decir abriéndola nosotros. ¡Qué espectáculo, el mundo entero debajo del cielo es nieve! Las nueve de la mañana en que comenzamos a trepar la Cordillera. Dios mío, vamos por una senda de una tercia de ancho donde apenas cabe el vaso de la mula y los terrones de nieve que se derrumban van a dar a un precipicio de más de cuatro cuadras de profundidad. Las once y media del día en que coronando la cordillera, coronamos nuestro triunfo. Dios mío, qué placer, estamos en la casucha de la cumbre y tomamos unas botellas de oporto para la puna. Vamos ahora bajando, hemos triunfado por consiguiente.

República Argentina, Puente del Inca. Martes 1 de abril de 1856

A las seis de la tarde del día de ayer cantábamos victoria al pie de la Cordillera. No he experimentado en mi vida un placer más intenso y completo. Habíamos caminado a pie todo el día casi; habíamos concluido de pasar la Cordillera cayendo y levantándose, y al ponerse el sol estábamos a salvo ya. Imaginad lo que es el peligro que atravesábamos y ved entonces lo que valen las palabras, estábamos salvos. Al anochecer llegamos al Puente del Inca donde ya teníamos leña y pasto, y donde ya la verdura del suelo nos decía que no estábamos entre la nieve. Nos hacía una noche divina y toda la naturaleza entera parecía sonreírnos. La luna, las estrellas, el cielo limpio y sin nubes y un aire más tibio, todo parecía que nos felicitaba de nuestra dicha. Veía mi porvenir grande como un mundo y mis esperanzas centuplicadas, no parecía sino que acababa de nacer de nuevo y veía el mundo lleno de dicha y la senda de la vida sembrada de flores. Me alegraba de ver los árboles doblegarse suavemente con la brisa tibia de los campos, me alegraba de ver correr el río del Inca y pasar por debajo del puente, rebosaba de placer al oír cantar los pájaros y balar el ganado que pacía en aquellos valles, ¡en una palabra, parecía que por la primera vez de mi vida admiraba al Creador en sus obras y a la naturaleza en la grandiosidad de sus espectáculos! ¡Oh! cuando me abrume

el pesar, debo abrir mi diario y recordar las escenas de ayer y de hoy para ser feliz de nuevo con su recuerdo.

Hemos llegado después de caminar todo el día cerca del Paramillo de las Vacas. El camino está sembrado de cargamentos y aquí hemos tenido que dar todo nuestro bastimento a unos quince peones que perecían de hambre después de quince días que están estacionados aquí.

Miércoles 2 de abril

Son las siete y media de la noche en que llegamos a Uspallata después de haber trabajado mucho en las Laderas con 700 bueyes que pretenden pasar la cordillera. ¡Vana esperanza! En una de las laderas se derrumbó un hombre en días pasados, y su cadáver se ve a la orilla del río cerca de las cortaderas. Vamos marchando con mucha felicidad hasta ahora. Aquí hemos encontrado alimentos frescos y hemos hecho una buena cena de la que teníamos gran necesidad.

Jueves 3 de abril

Las doce del día en que salimos marchando de Uspallata. Gregorio quedó atrás con el equipaje y nosotros nos adelantamos para llegar a las Cuevas. Son las nueve de la noche en que llegamos. Dios mío, qué frío tan intenso hemos experimentado esta noche en la pampa cerca del agua del Guanaco. Traíamos vino, así hemos podido soportar algo, pues sentíamos más frío que en la cordillera. Hemos conseguido hacer fuego y calentarnos con Espinosa. Las once de la noche llega el equipaje.

Viernes 4 de abril

Son las cinco de la tarde en que llegamos al Pedernal, a la misma casa de Don Cornelio, después de haber hecho una buena jornada hoy y sin el menor inconveniente. Cuando uno ha salvado de un peligro inminente, todas las escenas le parecen agradables y la naturaleza le parece más viva y rica que antes. Este lugar que yo creía árido lo encuentro hoy hermoso, lleno de grutas y de verdura, sería que antes no me fijaba en nada de esto. Nos han dado una buena cena y nos acostamos temprano porque debemos madrugar con Mr. Thomas e ir a San Juan temprano adelantándonos.

Sábado 5 de abril

Salimos del Pedernal a las dos y media de la mañana y hemos andado diez leguas de mal camino sin parar en parte alguna. El Gringo no ha podido seguir mi marcha y lo he dejado atrás, ya con sus peones y niños.

Son las nueve y media en que llego al Pocito, 20 leguas de donde salí. Jamás he galopado tanto y verdaderamente tengo ansias por llegar a San Juan. Me demoran una hora en la posta para darme un caballo que pido para cambiar el mío.

Las once y media del día en que llego a San Juan para ser recibido en brazos de Leonorcita. Estaba sola en la sala y asomada a la ventana a tiempo que yo llegaba. Dio un grito de sorpresa al verme, y salió como una loca a recibirme en sus brazos. Dios mío, qué abrazo de tanta dicha y ventura después de haber salvado la cordillera. Mi tía Elvira y todos están agrupados en mi derredor y me ven y me tocan a ver si soy yo que he salvado y si estoy sano y sin lesión alguna. Soy el primero que pasa la cordillera después de quince días de que está cerrada con los temporales del 11 del mes pasado. Quepo apenas en mí mismo de dicha, qué hermosa está Leonor, *and I am loved as I have been for these three years! Oh, she is so beautiful and passionate!*³⁷⁵

República Argentina, San Juan. Jueves 9 de abril de 1856. Memento

Tanto más grande es la dicha que uno alcanza y tanto más ha debido sufrir para alcanzarla. Es principio y acción aplicable a todas las cosas que mucho le cuestan, mucho vale. En amor he dicho. Bretón de los Herreros dice “amor que no lidia, cerca está de la saciedad ...”, tanto más querido es el tesoro que uno posee cuanto más le ha costado adquirirlo. La palabra puesta al encabezamiento de este recuerdo dice que yo he sido muy feliz como puede ser quien tiene un corazón lleno de eficacia para el goce y el sentir. La dicha que rebalsa en mi alma quisiera hacerla partícipe a los demás. De aquí es que creo que no hay hombre feliz que cometa un crimen, porque el alma llena de ventura piensa mucho en el bien de sus semejantes, se torna generosa y caritativa! Mi vida va resbalando felizmente como nacida de nuevo al pasar la cordillera.

Viernes 10 de abril. Memento

He aquí al pie de la letra unos cuantos renglones puestos en mi escritura con la fecha de hoy, “Cuánta dicha y ventura he tenido hoy. ¡Vale la pena el haber arriesgado su vida en la

³⁷⁵ Soy amado como lo he sido durante estos años. Oh, ¡es tan bella y apasionada! Traducido del inglés.

cordillera y sufrir tanto para tener una hora de tanta dicha! ¡Pobre ángel! Tú no eres capaz de comprender toda la inmensidad del amor que mi robusto corazón tiene para ti. ¡Sé feliz, ángel mío, por lo que yo he sido hoy! “Tú también has sufrido como yo”. ¡Con qué delirio acaricia uno los tesoros que posee y cómo se estaría en ellos la mirada y la imaginación poética del que es joven e ideal como yo! No extraño que el miserable cuente sus dineros y le sonría al verlos lucir sobre una mesa. ¡No son tan grandes ni tan valiosos esos tesoros como los tesoros que adoso y que bendigo! ¡Oh! Ojalá que se grave eternamente en mi memoria el recuerdo de este momento feliz y de este día; porque con este recuerdo he de endulzar muchas penas más tarde. ¡Leonor! Tendrás tus recuerdos como el mío, ¿tienes también recuerdos de tesoros?

San Juan, miércoles 16 de abril

Sabe mi diario que suelo ser muy feliz en San Juan y no debe extrañar que se lo confiera a cada paso; hoy tengo la misma dicha que apuntar que el 9 y el 10. Esta vez he pasado, como siempre, días muy felices y su recuerdo ha de existir para siempre en mi memoria. Estoy en medio de mi tía y de mis primas como si estuviera en medio de mi madre y de mis hermanos. Mi tía me quiere como a su hijo, no como a su sobrino. Valgan estos días de indecible ventura por tantos otros en que el pesar ha hecho presa de mi corazón.

El General Benavidez me visita siempre y con la misma amistad que antes. Este desgraciado pueblo sigue siempre dividido. Ahora creo que comienza la desavenencia del General con el Gobernador Díaz, creo que éste aspira al próximo Gobierno Constitucional, y Durán crea otro partido que cree oponer al del General. Éste ha puesto bien sus cimientos y en dos años que se ha retirado estudiosamente del gobierno ha hecho que sus enemigos le aborrezcan menos que a Dios, ¡por consiguiente hoy es deseado ya en el mando por los mismos que se decían antes sus enemigos!

Jueves 17 de abril

Debí salir hoy pero me he quedado para mañana cumpliendo un compromiso, pues a mí también se me ha cumplido una promesa. Es preciso hacer al ausentarse dos provisiones, una para el alma, otra para el cuerpo. Los viajeros regularmente se ocupan más del cuerpo al salir a un largo camino, yo me ocupo de hacer copiosa provisión de dicha para el corazón. Soy más espíritu que materia, esa es la verdad. *Poor little one! She is been crying for these three days like*

*a Magdalena! Oh! My Lord, his love is a true misfortune for this angel; she cannot be consoled with my absence.*³⁷⁶

Viernes 18 de abril

Son las cinco de la tarde en que salgo marchando para la Rioja, con Espinosa y mi inseparable Gregorio; me acompaña mi tío Igarzábal y el clérigo Lynch hasta Angaco, casa del cura Olmos. ¡Dios mío! Apenas he podido arrancarme al llanto y la desesperación de la familia. Pobre Leonor, yo agradezco tus lágrimas y tu pesar, tal vez como tú no lo comprendas. Pero al fin ... ¡así debe uno despedirse de sus tesoros, bebiendo en ellos la dicha para mucho tiempo después! ¡Adiós!

Angaco. Sábado 19 de abril de 1856

He pasado el día en Angaco en casa del cura Olmos, donde llegué el 19 de enero pasado después de la catástrofe que tuve y donde fui tan bien atendido. Es un excelente amigo que me ha dado mulas y arriero que me lleve hasta Catamarca sin interés alguno. Sépalo mi diario a los fines que convenga. Anoche, a las nueve, llegó el General Benavídez a despedirse de mí y estuvo conmigo hasta las once en una conferencia privada, pues me ha encargado de varios arreglos como General de la División de San Juan, Mendoza, Rioja y Catamarca para que hable y los ponga de acuerdo al Gobernador de la Rioja con el de Catamarca. El General se despidió de mí a las doce de la noche.

He salido de Angaco al entrarse el sol y hemos llegado al Pajonal a las ocho de la noche.

Domingo 20 de abril

Salimos marchando con el sol esta mañana, y después de pasar el inmenso llano de salinas con Espinosa llegamos al Zanjón a media tarde, donde nos encontramos dando agua a los peones. Cargamos y marchamos hasta la puerta de la Quebrada donde hicimos noche. Yo marchó aún bajo impresiones tristes ... esta noche debe tener lugar un baile en San Juan y mientras a mí me ahoga el silencio y la soledad, mil jóvenes parejas se envolverán en el torbellino de la danza y se

³⁷⁶ *¡Pobrecita! ¡Ha estado llorando por tres días como una Magdalena! ¡Oh! Señor mío, su amor es una verdadera desgracia para este ángel; no puede consolarse con mi ausencia.* Traducido del inglés.

entregarán a las emociones tiernas. ¡Pobre Leonor! No te hago la injusticia de creer que tú has de gozar mucho en este baile. Son las nueve de la noche y de veras me siento triste como nunca porque puedo decir con Tassara, “esta es la hora en que cuánto amor querría– Arrancado a tus brazos maldecía– De la infortuna aurora, el resplandor –Y ahora”.³⁷⁷

Lunes 21 de abril

Salimos marchando a las seis de la mañana y entramos a esta eterna Quebrada en que uno marcha entre dos paredes. Las doce del día y estamos en el mismo paraje donde, en el mes de enero, hube de perder la vida, con el suceso que conoce mi diario. Aún se ven grandes manchas de sangre donde me sucedía aquella desgracia, pues la peña en que caí es blanca y aún no ha lavado del todo la sangre las aguas ...

Las dos de la tarde en que pasamos la cuesta en cuya altura cree uno ver todo el mundo, tan elevada es. Las tres de la tarde en que alojamos en el Salto, en medio de la Quebrada. Estoy al lado del fuego mientras conversan los peones; yo estoy abismado en mis propios pensamientos y esos pensamientos son para ti, Leonor, ¡que a estas mismas horas hablas del baile de anoche con los que te han acompañado a gozarlo!

Martes 22 de abril

Las seis de la mañana en que nos ponemos en marcha desde el Salto. Hace un viento horrible y frío como el de la misma cordillera. Las diez en que llegamos al rancho de Chávez, ¡tiene dos hijas buenas mozas! Las tres de la tarde en que llegamos al Valle Fértil. Hemos cenado a las siete y media de la noche. Son las ocho y todos duermen, mientras yo velo con mi libro en la mano. La noche está oscura ... A estas horas leía en mi cuarto y con Leonor sentada a mi lado, jugabas conmigo, ¿te acuerdas?

Miércoles 23 de abril

Hemos salido a las seis de la mañana del Valle Fértil y llegamos a Aguango, estancia de mi abuelo, a las diez del día, hay 8 leguas de distancia. Pasamos el sol mientras cazamos algunas

³⁷⁷ En el original: “Esta es la hora –en que los tiempo en que amor quería– arrancado a tu seno, maldecía – de la importuna aurora el resplandor”. *El Desvelo. Obra poética y en prosa de Gabriel García y Tassara.*

torcazas. Despachamos los peones adelante y nos quedamos aquí por un rato más, pues el sol no está como en abril sino como en enero. Nos ponemos en marcha a las cuatro y marchamos por el camino muy divertidos con Espinosa, tirándoles muy buenos tiros a las liebres y las perdices.

Jueves 24 de abril

La pérdida de una mula ha hecho que salgamos de aquí muy tarde, pues se han ocupado los peones hasta las nueve de la mañana sin poderlas pillar porque se han reunido con unas mulas chúcaras. Hemos llegado a las Casas Viejas a las doce y tomo de allí una mula hasta los Colorados o la Rioja. Son las tres de la tarde en que llegamos a los Colorados, mi alojamiento de costumbre. No está la belleza encantada en estas soledades, se ha ido a los pueblos ...

Viernes 25 de abril

Las tres de la mañana en que me pongo en marcha y me adelanto ya con Gregorio para ir a la Rioja. Las nueve de la mañana en que encuentro a Don Nicolás Rodríguez que lleva 800 vacas para San Juan. Me dice que Manuel José se ha marchado ya al Paraná el 18, después de esperarme muchos días y creía ya que no pasaba la cordillera.

Las once del día en que descanso en las hermosas sombras del lugar llamado Los Talas. Las dos y media de la tarde en que llego a la Rioja y los encuentro aún en cama a todos. Con qué alegría me han recibido.

República Argentina, Rioja. Sábado 26 de abril de 1856. Memento 2

Es de noche, y oscura está ella como para llamarla noche de amantes y de ladrones ... Llegué ayer y encontré a todos muy buenos, excepto los enfermos de política porque jamás sanan. Dejémoslos a ellos que al fin son insuperables. Yo he sido muy feliz esta noche y nada me falta en este momento sino el que fuera mi dicha eterna, lo que siendo imposible no hay para que pensar más en ello ... Admentaria está cada vez más hermosa, ojalá que sea tan feliz como yo lo deseo. Son las ocho de la noche y como he dicho, esta noche está entoldada y muy oscura. Esta es verdaderamente una noche para una aventura amorosa, noche de recibir y dar caricias, sin más testigos que las sombras, sin más ruido que los latidos del corazón y los besos del amante, noche, en fin, de saltar por una ventana y parecer el ladrón sin ser sino amante.

Qué dichoso fuera quien realizara estas ilusiones y estos sueños fantásticos que acabo de apuntar.

Domingo 27 abril. Memento 2

Nada contento estoy con la noticia que he tenido que se ha marchado Manuel al Paraná. Voy a tener que hacer solo el viaje desde Catamarca, después de haber andado tanto ya en mi viaje de ida y vuelta a Chile. El tiempo es ya avanzado y debo pasar muy luego a Catamarca.

He sido hoy tan feliz como ayer ... casi no puede ser de otra manera cuando uno llega recién después de un largo viaje para caer en los brazos de tanta hermosa prima, de tanta buena tía y de tan amables parientes. ¡Pobre Felicinda! Con qué religiosidad guarda ella la camisa empapada en sangre que yo llevaba el día en que hube de perder la vida en la Cuesta de Chávez. Ella se acuerda lo que era para su primo cuando tenía quince años, entonces yo era muy feliz y aún no había saboreado la desgracia que hoy la mata a pausas ... ¡Pobre niña!

Martes 29 de abril

Salgo de la Rioja a las cinco de la tarde después de cinco días de permanencia. Mi despedida es siempre regada con lágrimas como ahora. Pobre prima, ¡con qué les pagaré tanto cariño! ¡Con el mismo cariño que yo les dispense!

Dejo a la Rioja en el más espantoso mal estar. Gómez ha sido reelecto y el malvado Dávila queda en el Ministerio, trayendo al país entero una verdadera ruina. Causa lástima el ver esta provincia sin ley nacional ni provincial, pues que todas se violan, sin administración de justicia, sin legislatura, sin gobierno de ninguna laya. Qué infamia, Gómez había pactado conmigo (en nombre del Gobierno Nacional) que trabajaría por un candidato que uniera todos los partidos y un nuevo ministerio, etc. etc. y ha faltado a todo ... Yo, a mi vez, acabo de decirle que he de combatir su ministerio y a los hombres que tiene a su lado de frente y como caballeros, y empleando para sacarlos de su lado, toda mi influencia cerca del gobierno, en la prensa, con mis amigos, de aquí y de allí. ¡Lo veremos!

Catamarca. Sábado 3 de mayo de 1856

Son las once del día en que acabo de llegar de la Rioja y me encuentro con Octaviano (el Sr. Gobernador Electo). He tenido un camino feliz aunque un poco largo para los viajes que suelo

hacer de la Rioja a aquí. En Capayán he estado un día para ver el puesto del Loconte que he comprado a medias con mi primo Mardonio. Es una riquísima estancia con todas las ventajas apetecibles, y allí voy a poblar por lo pronto. He dejado a Mardonio 50 \$ para hacer el potrero y mañana entrego a Astudillo 103 \$ para rescatar el documento que firmó Mardonio por dinero para la compra de Loconte.

He encontrado aquí a todos muy buenos y muy contentos con la popular elección de mi primo Octaviano. Todos mis parientes están en perfecta salud y muy contentos con mi llegada.

Catamarca. Sábado 10 de mayo de 1856

Hace siete días que he llegado aquí hoy sin la menor novedad. Nada hay de notable aquí que contarle a mi diario. Manuel José ha salido el 18 del pasado no esperándome ya, pues pensaba que los temporales de marzo me hubieran cerrado el paso con la cordillera, dejándome a mí del otro lado. Yo debo seguirle luego, pues saldré dentro de pocos días, acaso en dos o tres más.

He entregado al Sr. Lobo 3.880 \$ para comprarme vacas para poblar las estancias de Loconte y la Carpintería, cuyo ganado creo deberlo poder recibir en Octubre a mi vuelta del Paraná. Me comprará ganado por valor de 5.000 \$ si encuentra vacas, pues yo aun ofreciendo dinero adelantado no he podido hacer contrata alguna y me he valido del Sr. Lobo para que me haga las compras despacio. El ganado está carísimo, y piden de 13 a 15 \$ por vaca con ternero al pie.

De política le diré sólo a mi diario que aquí ha habido grande movimiento y grande efervescencia en las elecciones, pues se quería reelegir a Lascano y el pueblo y la provincia pedían a mi primo Octaviano. Este ha sido al fin electo, y no se ha visto en Catamarca entusiasmo más grande ni alegrías más completas en todos los departamentos que el día en que ha sido electo Primer Gobernador Constitucional Don Octaviano Navarro.

*Les affaires féminines vont comme ça, on fait ici tout ce qu'on peut faire dans une semaine. Je m'en vais laissant de souvenirs ici, comme partout! Qué diablos, on ne peut pas empêcher qu'on les aime.*³⁷⁸

Raygones. Martes 13 de mayo

Son las once del día en que salgo de Catamarca para Córdoba y me conduce Soria, hijo del capataz de mi tío Jacobo Segura. Me acompañan hasta las orillas del pueblo David y Moisés

³⁷⁸ *Los asuntos femeninos vienen así, se hace aquí todo lo que se puede hacer en una semana. Me voy dejando recuerdos aquí, como en todas partes! Qué diablos, no se puede impedir que se les quiera.*
Traducido del francés.

Soria, mis primos. El primero me ha regalado un caballo overo que es en el que hago mi viaje ahora y que parece bueno. Me acompaña hasta Córdoba el Sr. Lucien, hijo y socio del librero Lucien de Buenos Aires. Llevo siempre a mi inseparable Gregorio. Son las cinco de la tarde en que llegamos a los Raygonés a casa de mi tío Jacobo Segura y dormimos aquí.

Miércoles 14 de mayo

Llegamos a lo de Don Diego anocheciendo, habiendo salido a las siete y media de la mañana. Anoche fuimos tratados perfectamente por mi tío. Nos ha hecho una mañana nublada hasta las Breas, allí hemos almorzado y caminado después sin cesar, hasta que hemos llegado a lo de Don Diego anocheciendo. Traemos un camino divertido y cómodo con mi compañero Lucien.

Jueves 15 de mayo

Salimos a las seis de lo de Don Diego y hemos llegado a las cinco de la tarde a la Horqueta, a casa de Sánchez. Hemos tenido hoy un día o jornada sin novedad alguna. Debemos madrugar mucho de aquí para andar las 28 o 30 leguas que nos separan de las Toscas, pasando también la travesía.

Viernes 16 de mayo

Son las dos de la mañana en que nos ponemos en marcha. Hay luna y llevamos buen viaje por eso. Las diez del día en que llegamos al Bordo del Chañar donde alojamos con Manuel y Martínez el año pasado, y donde éste mismo nos contó las historias de los salteadores que persiguió y prendió aquí en la travesía. ¡Qué lindas y preciosas llanuras son las que aquí se encuentran bajo el nombre de abras! ... Son las cinco de la tarde en que llegamos a las Toscas. Hemos pasado la travesía sin novedad alguna, aunque dos o tres veces se nos han caído las petacas allí. Por lo demás, hemos andado con toda felicidad. Desde aquí y desde mañana temprano tomaremos la posta con mi compañero, a ver si llegamos antes que la diligencia salga para Buenos Aires.

Sábado 17 de mayo

Son las cuatro de la mañana en que salimos de las Toscas marchando por la porta; llegamos al Árbol Blanco, 5 leguas, antes de amanecer. Son las doce del día en que llegamos a los Algarrobos y hemos

andado 17 leguas mortales. Nos quedamos aquí dos horas mientras tomamos mediodía. Son las ocho de la noche en que llegamos a los Divisaderos, a la Posta de Ávila y pasamos una noche entre buena y mala. Este viejo es un bribón o un buen hombre conforme está su humor bueno o malo.

Domingo 18 de mayo

Hemos salido muy de madrugada de los Divisaderos y hemos llegado a los Talas dos horas antes de amanecer. Hemos encontrado aquí a los dos correos, al que viene y va para Tucumán que se han encontrado, tomamos mate con ellos, la madrugada está fría y partimos a las cinco y media de día claro. Los caminos están intransitables. Las doce del día en que paso por Sin-sacate y me encuentro con Rosendo Segura, mi primo. Me da dulces y otras cosas comibles y marchó siempre acompañado del correo.

Son las seis de la tarde en que llegó a Córdoba. Es domingo y el pueblo tiene por lo mismo un aspecto alegre hoy.

Córdoba. 25 de mayo de 1856

Nada tengo de notable que ofrecer a las páginas de mi diario. Llegué aquí el 18, algunas horas después de la salida de la diligencia, y he permanecido hasta hoy en Córdoba, gozando de lo que puede ofrecer esta ciudad doctoral y la amistad de los parientes. Estoy en casa de mi tío Pancho, donde soy muy bien tratado y donde me recreo en las hermosuras de dos ángeles como son las niñitas de mi tía, Malvina y Evelina. Malvina será pronto una preciosa señorita con todas las prendas y dotes necesarias y llenas de hermosura y talento a la vez. Quién será el dichoso que la posea ... De veras le he de tener envidia ... ¡Es un ángel!

¡Córdoba está lleno de movimiento y de alegría porque festeja el día solemne de nuestra patria! ¡Se han reunido los Guardias Nacionales y han hecho hoy su primer debut! ¡Todo el pueblo está lleno de alegría! He visto a Rosita y hemos tenido buenos y felices ratos de conversación. ¡Las pasadas glorias sirven de dogal al pensamiento! Aún hay fuego en esas cenizas que yo he revuelto para buscar una brasa ... arde siempre ese corazón luchando entre el amor y la más pura y santa de las amistades. Los amores grandes pero desgraciados, los amores nobles y puros cuando no se logran suelen venir a parar en las más tristes expresiones de amistad. ¡Pobre ángel! Verdaderamente es un ángel y un ángel grande.

¿Mi diario conoce a la Manuelita Lastra? Creo que sí. ¡Vamos! Ella ha tenido su turno este año y no tengo yo en verdad nada de qué quejarme. ¡Es hermosa la negra y muy espiritual! ¿Nos veremos otra vez? ¡Sí! ¡Nos hemos de ver!

Al Rosario. 26 de mayo

Las doce del día en que salimos para el Rosario en la diligencia. Llevo muchos y buenos compañeros, entre ellos el Dr. Ferreyra, mi antiguo colega y amigo, el Señor Eguía, Gigena, catamarqueño, Jorquera, etc. Las ocho de la noche en que llegamos a la posta de Moyano, 11 leguas de Córdoba, donde tenemos un magnífico alojamiento.

27 de mayo de 1856

Salimos marchando muy temprano y hemos llegado al Fraile Muerto, ya de noche. Hemos pues hecho una jornada brillante y sin tropiezo alguno en el camino. Estamos en la posta y por consiguiente, en casa del Sr. Campillo, cuya amable señora es muy amiga mía.

Rosario. 2 de junio de 1856

Recién hoy llegamos al Rosario debiendo haber llegado el veinte o el treinta a lo más. Sucede que el 28 salimos marchando del Fraile Muerto y a una legua de distancia se nos hizo pedazos el carretón que conducía los equipajes y tuvimos que volver y estacionarnos tres días en el Fraile Muerto mientras se mandaba un chasque aquí para que llevase otro carretón.

El Rosario está desconocido porque mejora de día en día en su comercio y edificios, pues hoy es una ciudad tan grande acaso como Córdoba y del triple comercio que ésta. Yo me he puesto a caza de algunos terrenos que comprar y creo que conseguiré hacerlo, pues es el mejor negocio que puede hacerse hoy en este nuevo California.

6 de junio

He alojado en casa de Rusiñol y he encontrado a Manuelita y toda la familia muy buena. Mis amigos, el Sr. Echagüe, su señora y demás siempre lo mismo conmigo. Celestinita cada día más hermosa y más digna de ser amada, *et chaque jour plus amoureuse de moi, à ce qu'elle dit ... J'aime sa tendresse, si elle me trompe tant pis pour elle ... Mais c'est ne pas possible. Je comptais bien ça. J'ai encore avec moi cette jolie parce que j'ai de cheveux qu'elle m'a donnés lorsque j'étais à Rosario l'année passée. Un soir que nous avons sorti à nous promener, nous nous arrêtons pour entendre un concert ... elle si tendre, et si touchée, elle appuya [sa] jolie tête sur ma poitrine et*

*resta comme ça pendant quatre minutes. Oh ! mon Dieu, que j'étais heureux. "Vous désirez encore que je vous aime avec folie", m'ai dit-elle.*³⁷⁹

Paraná. 15 de junio de 1856

Después de un viaje feliz por tierra hasta Santa Fe, he llegado hace dos o tres días aquí y fui recibido por Manuel y mi pariente Achával, que fueron hasta el Fuerte a encontrarme. ¡Qué feliz he sido en mi llegada y encuentro con Manuel! Me parecía que hacía muchos años que no nos veíamos. Las Cámaras se habían abierto el 10 del pasado y yo me he incorporado ya como Diputado por la provincia de Catamarca, prestando ante toda la Cámara de nuevo el juramento de costumbre.

He estado con el Presidente y siempre es el mismo bondadoso y fiel para mí. Me ha recibido con la misma amabilidad que antes y me ha presentado a sus hijas Anita y Juanita, bellas criaturas ambas. No sé qué he visto en Juanita; me parece que se ha fijado mucho en mí, más de lo necesario para una primera visita. Ya veremos. También he encontrado ya aquí a la familia del Sr. Delgado, es decir Adelita y Panchita, que han venido con el papá y el cuñado Don Lucas González, diputado también por Mendoza. He estado también ya con el Ministro Derqui, que es el mismo amigo íntimo y sin doblez, me ha visitado en el acto de llegar, como todos los demás. Las señoritas Puig están en Buenos Aires.

20 de junio. Derechos diferenciales

Se habla y se discute mucho sobre las derechos diferenciales que se piensa establecer para traer el comercio directo³⁸⁰. Es la cuestión del día y se habla y trata de ella en la calle, en los hoteles, en los bailes, en las antesalas del Congreso, en los Clubs, en una palabra, se habla de ella donde

³⁷⁹ *Y cada día más enamorada de mí, [según] me dice. Adoro su ternura, si ella me engaña, qué hacerle, lástima ... Pero eso no es posible. Cuento con ello. Todavía tengo conmigo esta hermosa porque tengo pelo que ella me dio cuando estaba en Rosario el año pasado. Una noche en que salimos a caminar, nos paramos para escuchar un concierto ... ella tan tierna, tan conmovida, apoyó [su] hermosa cabeza en mi pecho y quedó así durante cuatro minutos. ¡Oh! Dios mío, que estaba feliz. "Ud. desea todavía que le ame con locura", me dijo. Traducido del francés*

³⁸⁰ La Ley de Derechos Diferenciales procuró una guerra económica en base a tarifas diferenciales, con el objetivo de aumentar los ingresos de las aduanas de la Confederación, disminuir los del Estado de Buenos Aires, y obligar al gobierno porteño a su incorporación con el resto de las provincias. En la práctica, no se lograron los resultados deseados, y el comercio internacional siguió rigiéndose principalmente a través del puerto de Buenos Aires.

quiera que se encuentren dos hombres. Le diré algo a mi diario sobre política y sobre el estado del gabinete con este motivo. Derqui es el padre del proyecto sobre Derechos Diferenciales y como tal, representa el pensamiento uniformado de las provincias. Carril, Campillo, Gutiérrez, están en su contra y por lo mismo, van indirectamente con Buenos Aires en este trabajo. La lucha es grande, aunque desigual porque Derqui es solo contra dos ministros y un Vice Presidente. Buenos Aires se arruina con esta ley porque se le hiere de muerte. Así es que trabaja contra ella con todas las armas. He aquí cómo el trabajo de ellos, los porteños, nuestros enemigos, viene a ligarse indirectamente con el trabajo de Carril, Gutiérrez y Campillo. Derqui solo lucha contra tres pero es un Sansón y acaso los pulverizará ... El poder y la influencia de Derqui en el Presidente es muy grande, así es que esta lucha va a traer la caída precisamente de algunos ministros. Esta división sobre el pensamiento de los derechos diferenciales se ha extendido a todo, y hoy la política de Derqui es la de los trece ranchos, es la Confederación; ¡Carril, Gutiérrez, Campillo son Buenos Aires y sus pretensiones! Este es el color que ha tomado la cuestión y no ningún otro. La división del gabinete ha traído la división de las Cámaras precisamente, y ante Dios y mi conciencia digo que yo juzgo que si Gutiérrez y Carril no se unen contra Derqui y contra la ley de los derechos diferenciales, no hubiera en las Cámaras un solo opositor. Ellos han creado opositores al Gobierno, criando opositores a la ley, porque a no dudarlo el pensamiento del Gobierno es por los derechos diferenciales, por las provincias en todas las fases de sus intereses. He aquí el estado de la política y de los personajes gerentes de ella. Derqui está solo en el Gabinete pero arrastra todo el pensamiento de las trece provincias y como tal, es el representante de ellas en todo sentido.

28 de junio

Ayer hemos comido con mi primo en casa del Sr. Presidente, y nos ha prestado toda clase de consideraciones. Hemos pasado un día feliz porque él es bastante a entretener sus convidados sin contar con el halago que presenta la relación y amistad de sus apreciables señoritas. ¡No lo engañé a mi diario en lo que hablé de Anita! *That is true now!*³⁸¹ Antes de ayer me mandó ella por orden del Sr. Presidente cuatro retratos de su papá de los últimamente litografiados en Europa. El recado decía que me los mandaba por orden de su papá ... Lo que se olvidó de decir fue si también la hermosa cinta con que coquetamente había atado los retratos era orden de su papá ... Es una amable e interesante criatura en todo sentido.

Terrenos: nosotros somos ya propietarios de una finca en el Rosario. Dejé tratados unos terrenos allí y al momento de llegar aquí he encontrado que Manuel gustaba de la misma idea y

³⁸¹ *Eso es verdad ahora.* Traducido del inglés.

los hemos comprado a medias. Es una magnífica compra pues están a dos cuadras de la plaza y lindan con la barranca del río. Tienen un frente de cerca de dos cuadras por un lado y en una magnífica posición. Nos han constado 4.270 \$ más o menos. Los terrenos están subiendo ya con la sola idea de la ley de los derechos diferenciales. Si se realiza, nuestros terrenos valdrán el doble en el acto.

Paraná. 6 de julio de 1856

Hoy hemos pasado un día hermoso como nunca. El Presidente nos hizo convidar a comer a su palacio a mí y mi primo y hemos estado allí desde las dos. El Presidente, que nos presta la más íntima confianza y franca amistad, llamó a las niñas, y con ese tino de contentar a cada uno de sus amigos nos instaló con ellas en la más perfecta comodidad. Un rato después me llamó a mí a uno de los balcones a mostrarme las vistas que presentaba el Paraná; cayó enseguida la conversación sobre Chile, y me dijo: “Paseémonos un rato mientras nos llaman al comedor y cuénteme con franqueza lo que en Chile se piensa de mí, de mi Gobierno y todas nuestras cosas”. A manera que yo le satisfacía sus dos preguntas, manifestaba un inmenso placer porque a la verdad no tengo que contarle sino muy buenas cosas de Chile respecto a él, a su Gobierno y nuestras cosas. Las argucias de Sarmiento y Sarratea, nada han podido en la sensatez del pueblo chileno y de su gobierno. Todo Chile nos es simpático y aboga por nuestra causa y en todos los rangos de aquella sociedad hay grande admiración por el hombre que derroca a Rosas, así como había gran escándalo por ese tirano y sus hechos. Hablamos largamente sobre este tópico. En seguida, dirigiéndose a mi primo, nos dijo, “jueguen al volante con las niñas y yo veré quién es más diestro y llevaré la cuenta del juego”.

¡Qué dicha! Nos armamos en el acto de nuestras palmetitas y el volante comenzó a volar por los aires y nosotros a acordarnos con aquel juego del de la pelota que jugamos de niños, porque se asemeja con la diferencia que éste es más noble y de tono y hecho para jugar en los salones. Yo jugaba con Anita y Manuel con Juanita y el Presidente sentado en la cabecera del salón, con su Lolita en los brazos, nos atendía, dirigiéndonos mil chanzas ingeniosas y picantes a la vez. A mí me decía que no volvía bien el volante porque estaba ciego y que más veía a Anita que el volante, a ésta le decía que ella de muy diestra se había convertido también en chambona ¡y que comenzaba a encegucer lo mismo que yo!, etc. La comida ha estado magnífica como siempre, he tenido a mi lado a mi compañera de volante, que estaba tan lujosamente vestida como una princesa oriental y tan elegante como la más fina parisiense. ¡Qué interesante criatura! ... Concluida la comida nos ha propuesto el Presidente salir a pasear, y hemos andado por todo el Paraná y aún en los arrabales. Él llevaba a su señora, mi Sra. Dolores, yo a Anita y Manuel a Juanita. Llegamos cerca de San Miguel y como yo trepidase en seguir más adelante por ser ya

bosque y despoblado, me dijo el Presidente, “hay permiso y libertad para perderse por donde a uno mejor le parezca ... ¡al menos yo tengo mi talma y no sufriré el frío de los elegantes como Uds. si se pierden por esta noche!”. Así se ha pasado este día muy feliz y divertido para nosotros. Estos días y escenas se repiten con mucha frecuencia porque el Presidente nos presta una estimación y confianza particular a nosotros.

10 de julio

Se ha organizado la redacción del Nacional bajo un nuevo pie, y hoy el Presidente me ha llamado a su despacho para decirme que trabaje en el periódico oficial como uno de tantos redactores. Que tiene íntima confianza en mis ideas y adhesión a la causa de la organización y que por lo mismo, que trabaje en la prensa en el mismo sentido que lo he hecho antes. Me ha dicho además que sostenga una colaboración continua en el mismo sentido con Chile, y que me vea con el Ministro del Interior para que, arreglando con él en nombre del Gobierno una contrata, se me pague como merecen “mi patriotismo y laboriosidad a favor el Gobierno”, ¡son sus propias palabras! ...

Sé valorar esta prueba de amistad y confianza del Sr. Presidente, y aunque conozco que es inmerecida en cuanto a valor y aptitudes, yo se la pagaré con todo lo que valgo y entregándome de lleno al servicio de su causa, porque es la causa de mi conciencia y la causa de todo argentino de buen sentido que ama la libertad y ventura del país. He hecho algunos trabajos en la prensa de aquí y del Rosario, y estoy contento con los colegas del Nacional; ellos son el Dr. Victorica, secretario del Presidente y el Dr. Alvear, hijo de nuestro gran General vencedor de Ituzaingó.³⁸²

Paraná. 11 de julio de 1856. Gran baile

Con fecha 19 del pasado, fui nombrado por el Gobierno uno de los tres comisionados de dar un baile de cuenta del Tesoro Nacional en obsequio de los tratados con Francia, Inglaterra y Estados Unidos, celebrados el 10 de julio de 1852, para la libre navegación de nuestros ríos.

³⁸² Fue una célebre batalla entre las fuerzas de las Provincias Unidas del Río de la Plata y las del Imperio del Brasil. El resultado de dicha batalla, fue favorable a las fuerzas rioplatenses lideradas por el general Carlos María de Alvear y se tuvo lugar en el actual estado brasilero de Río Grande del Sur, en febrero de 1827. No obstante, los triunfadores no pudieron aprovechar al máximo su suerte, y a la postre ambos contendientes, por mediación británica, tuvieron que firmar un acuerdo de paz que llevó a la constitución de una nueva república, la Oriental del Uruguay en 1828.

Anoche ha tenido lugar ese gran baile en el teatro que acaso será el más espléndido que se ha dado hasta hoy. El Presidente no concurrió por indisposición, pero esta indisposición ha tenido origen en los asuntos del Estado. He aquí unas cuantas palabras de lo que ha pasado y que recordará mi diario para escribir más tarde estos incidentes de los derechos diferenciales, pues todos son interesantes ...

Anoche a las 10 el Dr. Ocampo y yo fuimos nombrados del seno de la Comisión del baile para ir a traer al Sr. Presidente y su familia hasta el salón del baile. Llegamos al Palacio, y en la escala nos encontró el Coronel Ramírez, de servicio ese día y nos dijo, “mis amigos, hay orden de no dejar entrar a nadie, pues el hombre está enfermo de pura rabia y ya ven Uds. el salón está sin luz y el viejo está en un rincón como tigre empacado”, “¿y cuál es la causa?”, dijimos a un tiempo. “La orden del día del Senado en que la Comisión desecha *in totum* la ley de derechos diferenciales que Uds. sancionaron el mes pasado”. El Presidente oyó este cuchicheo y acaso nos conoció, porque gritó desde donde estaba, “¿quién anda?”. Se le avisó “que entren, es buena gente”. Entramos y efectivamente estaba en un rincón del salón. Le avisamos que veníamos a llevar a él y su familia al salón donde se le esperaba para dar principio al baile, “lleven Uds. las niñas y a Dolores, yo no voy porque estoy indispuesto. He de tener mal gesto allí y es mejor que no vaya ...”. ¡Y sobre estas palabras comenzó a discurrir y exaltarse en la manera que hablaba! Nosotros tratábamos de calmarlo, diciéndole que el Senado diferiría. “Ha de diferir,” dijo, “aunque no quiera, ¡por aquí estoy yo para velar por los intereses de esta patria que tanto nos ha costado organizar después de 40 años! Sepan Uds. mis amigos que en el Senado hay traidores ... pero sepan también que para los traidores hay horca. ¡Carajo!”, dijo exaltándose, “les auguro a Uds., mis amigos, que yo no he de perder esta cuestión por cuatro pícaros traidores. ¡Si se rechazara en el Senado esa Ley, yo haré levantar en los pueblos actas populares y dará cada argentino su voto en pro o en contra de la ley, y si resulta mayoría en su favor, entonces hay prueba de que el Senado traiciona sus comitentes y yo sé lo que merecen los traidores! Apelaré a los pueblos y ellos dirán lo que he de hacer. Si se pierde esta cuestión se pierde el país, porque el grado a que ha llegado ella, es de vida o muerte, ella se concreta en estos términos: ¡o Buenos Aires o la Confederación! Los que se oponen a la Ley son traidores, están con Buenos Aires. Ese Ángel Elías es un traidor y un ingrato a la vez. Es también un traidor y un infame Baldomero García. El primero es otro loco Eusebio ... que cree gobernar el país; ¡para el segundo le tengo hecha la mortaja, huele a muerto!”. Por más de una hora habló así el Presidente y nos hizo confidencias de alto bordo. Al fin se desahogó y viendo que era tarde llamó a las niñas y nos dijo que nos fuésemos, que él se iba a la cama. Así lo hicimos. Yo llevé a Anita ... ¡Qué bien! ... A las tres de la mañana volvimos a dejar la familia. ¡El baile ha estado suntuosísimo y muy hermoso!

19 de julio. Derechos diferenciales

¡Hoy día 19 de julio se ha roto el último eslabón de la cadena que maniató a las provincias argentinas por 300 años! El 25 de mayo nos libró de España y de su tiranía horrenda, pero Buenos Aires suplantó a la España y fue desde el año 10 nuestra segunda tirana. Hoy acaba de caer para siempre ese despotismo. El Senado ha sancionado la ley de los derechos diferenciales sin quitarle ni añadirle una coma a nuestra primera sanción. Han venido actos populares y miles y miles de personas de todas las provincias y el Senado vio realmente que traicionaba a los pueblos oponiéndose a esa Ley. Ayer fue la primera discusión en el Senado, y el Presidente mandó sus Ministros a dar cuenta de la opinión del Gobierno. La votación estaba empatada hasta ayer de mañana, hasta que cosa providencial, como todos los sucesos de nuestra organización, le llega los diplomas de Senador suplente para Barra, redactor de la Confederación y defensor nato de la ley. En el acto mismo se incorpora. En seguida, el Sr. Leiva se enferma y la oposición pierde un voto más. ¡Triunfo espléndido y glorioso!

Índice onomástico

- Abelardo (véase “Eloísa y Abelardo”)
- Achával, Benjamín 82, 211, 217, 266, 1013, 1033, 1072, 1115
- Achával, Rosita 1024, 1046, 1072, 1113
- Achával, Wenceslao 82, 110, 217, 247, 266, 501, 609, 1013, 1024, 1076
- Acuña, Ignacio 234, 253, 919, 921, 923–4, 926, 934, 935, 952, 989
- Acuña, Isaac 234, 280
- Agote, Pedro 18, 20, 23, 43, 85, 630
- Aguado, Dionisio 139, 152, 225, 242, 314, 472
- Ainza, Agustín 599, 601–2, 651, 669, 683–5, 689, 691, 698–700, 703, 706–15, 717, 732, 735, 743, 747, 749–51, 758, 769, 772, 775, 782–3, 794, 798, 800, 811–13, 815, 833–4
- Ainza, Belén 732, 735, 738, 741–2, 746–7, 749, 751, 754–5, 757, 760, 769, 772–5, 782, 787–92, 794, 797–8, 803, 809–10, 812–15, 826, 830, 867
- Ainza, Francisco (Pancho) 689, 741
- Ainza, Lola 732, 735, 738, 741–2, 746–7, 751, 754–5, 759, 767, 769, 772, 775, 782–3, 786–96, 798, 801, 803, 809–15, 826, 830, 833, 841
- Alemparte, José Antonio 145, 202, 672, 917
- Alsina, Adolfo 1057, 1059
- Álvarez, Mariano 647, 719, 720, 728, 758
- Álvarez, Tomasa 59, 62
- Aquino (Coronel) 307
- Arcos, Santiago 22, 829, 831, 834, 841, 843, 856
- Arday, Dr. 184, 187, 206, 207, 220
- Arriagada, Carmen 253
- Arriagada, Mercedes 253, 255, 864, 986
- Augier, Marcelino 1055, 1072
- Balboa, Juan Eusebio 81, 86, 483–487, 1012, 1050, 1077
- Barbosa, Merceditas 238–43, 245, 249, 253
- Bárcena, Manuel 318
- Barriga(s), Cruz (la Crucita) 120, 121, 127, 133, 138, 139
- Barriga Castro, José Miguel 922–4
- Baudrix, Mariano 1060–1
- Benavidez, Nazario 31, 33, 35, 37, 80, 92, 1001, 1003, 1009–11, 1013, 1017, 1033, 1045, 1047, 1088, 1091, 1106–7
- Besançon (General) 538
- Biggs, Mathiew 387, 390, 391, 393, 397, 419, 425, 427, 430, 450, 352–3, 501
- Blanco Encalada, Manuel 861–2, 998
- Borbón, José Cayetano 857, 1095
- Bous (Mister) 397, 413, 427, 449, 461–2, 468, 476, 477, 479
- Bretón de los Herreros, Manuel 1105
- Buckingham, Duque de 472, 946
- Bulnes Prieto, Francisco 13, 118, 120, 136
- Caddis, Eugenia 616, 671, 819, 827
- Cádiz, véase Caddis
- Calle, José Luis 890
- Cansino, Rufina 222
- Carril, Agustín del 81–2, 348, 523
- Carril, Manuelita 82, 340, 348, 1002
- Carril, Martina del 87
- Carril, Salvador María 1029, 1045, 1047, 1053, 1116
- Chateaubriand, François René de 142, 156, 301, 444, 823

Club Constitucional 32–3, 43, 98 (N.), 857, 877, 1100 (n.)
 Colina, Ángel Mariano de la 68, 150, 1009, 1083, 1091
 Colina y Ocampo, Admentaria de la 274, 372, 426
 Colina y Ocampo, Felicinda de la 67, 274, 426
 Coll, Manuel 523, 528, 533, 540, 544, 555, 560, 578–9, 1002
 Collier (juez) 423
 Concha, Narciso 224, 228, 278–9, 481
 Condesa de Landsfeld, La (véase también Aínza, Lola) 570
 Correas, Felipe 996–7
 Correas, Saturnino 525
 Coronel, Isaac 359
 Craig, (Doctor) 601, 603, 608, 610, 647–9, 653, 667, 706–7, 717
 Craig, Mariquita (María, M.) 529, 531, 601, 603, 608, 610, 622, 636, 640, 642–3, 653–4, 668, 678–91, 693–4, 696–701, 705, 707, 709, 711–13, 715–17, 723–7, 735–39, 741–59, 761, 763–79, 781–804, 809, 819–28, 833, 841, 845
 Cubas, José 97, 481–8
 Cullen, José María 1041, 1055
 Daza, Román 230, 315
 Derqui, Santiago 1027, 1029, 1033, 1039, 1046–7, 1053, 1115–16
 Dumas, Alexandre 38, 207, 343, 400, 470, 510, 527, 618, 767, 807–8, 867, 1018
 Echeverría, Esteban 120, 740
 Edelvira, Ida 1058
 Elizondo Prado, Diego Antonio de 863
 Eloísa y Abelardo 723, 776, 983
 Elordi, Luis 333, 538, 555, 625
 Enyart, Alex 54, 735–8, 757, 764, 769, 782, 791, 805
 Esopo 476, 840
 Espronceda, José de 335, 823–4, 831, 891, 904, 946, 954–6, 973
 Estuardo, Eduardo 138, 224–28, 255, 273, 277, 289, 920, 941, 950
 Estuardo, Francisco 605, 623, 675, 920, 941, 950
 Esquiú, Mamerto 131, 247, 983, 999, 1013–14, 1076
 Fernández, Borjas 256, 282, 308, 547
 Ferrier (doctor) 145, 151, 174, 200, 864
 Fragueiro, Mariano 1058
 Frías, Félix 1057
 Frías, Uladislao 1029, 1036, 1047
 Fuentes, Rosita 159, 223
 Galán, Juan 369, 738, 884
 Galán, José Miguel 1028–9, 1047, 1049
 Galup, Pedro Pablo 406, 625–6, 628, 738
 García Tassara, Gabriel 893, 1108
 García, Manuel 211, 215, 218, 266, 662, 698, 706–7, 712, 751, 789
 Godoy, Santiago 950–1
 Gómez, Francisco Solano 1010, 1080, 1110
 Gómez, Gregorio 857, 1022
 González, Lucas 1115
 Gonzalo y Zulema 743
 Gutiérrez, Juan María 38, 386, 1042, 1045–7, 1057, 1116
 Gutiérrez, Lucas 63, 82, 247
 Guzmán, Ramón 573
 Herrera, Antonio 58, 65, 68, 71, 80, 226–27
 Herrera, Javiera 1013, 1017, 1074, 1077
 Herrera, Juanita 59, 655, 888, 890, 893, 899, 1013, 1038
 Herrera, Luisa 868, 1027–8, 1038
 Herrera, Mercedes 985, 1084
 Herrera, Pedro 338
 Herrera, Tomasa 65–6, 70–1, 73, 77–80, 189, 352, 656, 865, 1020
 Herrera Lima, Agustín 77–9, 82, 84–6, 88, 654, 1000–2

Herrera Lima, Carmelita 77, 124, 654, 737
 Herrera Lima, Casimira 77, 80, 84, 86, 654
 Herrera Lima, Escolástica 77, 654, 1122
 Herrera Lima, Francisco 77-9, 81-2, 85, 88, 129, 151, 1008, 1084
 Herrera Lima, Manuelita 77, 81-3, 86-9, 93, 107, 111, 119, 141-2, 150-1, 339-40, 348, 381, 426, 523, 613-14, 617, 623, 634, 638, 650-1, 654-5, 1114
 Herrera Lima, Mercedes 77, 79-81, 86-7, 94, 107, 132, 340, 381, 383, 654
 Herz, Henri 39, 523-27, 584
 Hoffman, Carlos 940-1, 951
 Igarzábal, Rafael María 1001, 1007, 1086, 1107
 Igarzábal Ocampo, Leonor 884-5, 1001-4, 1016, 1087, 1091-2, 1105-8
 Isla y Roja, Francisco de 953
 Jara, Joaquín 429, 462, 525
 José Santos 385
 Labarca (comerciante) 242, 244-45
 Lacombe (Madame) 521, 523-5, 556, 565, 573, 613, 671, 696
 Lacourt 151, 525, 583
 Lafone, Samuel Fischer 1059, 1064, 1066, 1070, 1077
 La Madrid, Gregorio Aráoz de 11, 18, 32, 43 (n), 92, 94, 421, 482, 494, 655-7
 Lamarca, Carlos 30, 857, 862, 1095
 Lamartine, Alphonse de 19, 44, 54-6, 737, 808, 823, 878, 1003
 Larra, Mariano José de 38, 953
 Lascano, Sinforeano 1012, 1017, 1075, 1111
 Lascoque (Mayor) 489
 Lastra, Manuelita 1073, 1113
 Laspiur, Gabriel 477
 Laspiur, Saturnino 1002, 1033, 1045, 1087, 1095
 Lasvignes (Doctor) 692, 721, 771
 Lavaise, Juan 88
 Lavalle, Juan 34, 39, 95, 486, 494, 500, 875
 Leguizamont (Doctor) 695-6, 763, 829
 Lemon, Frank 404-5, 431, 510, 516, 580
 Luna, Clara y Zoila 865-8, 977, 993
 Mackay (Doctor) 24, 257, 260, 262, 281, 295, 321, 331, 348, 364, 376, 447, 461, 474
 Manselli, Matías 320
 Mansilla de Twesbury, Emilia 616-17, 671, 695, 697, 762, 764, 817, 819-20, 827
 Martínez, "Pepe" 27, 59, 107, 112, 117, 123, 128, 131, 139, 145, 215, 266
 Mármol, José 35, 310, 601, 716-17, 832, 1068
 Maturano 428-9, 432, 435, 481, 502-3, 535
 Maza, Mariano 97, 481-4, 487-9, 491-8, 561
 Maza, Ramón 178, 318
 Méndez, Agustín 184, 253, 886, 918-20, 923, 931-2, 986
 Méndez, Carmelita 920, 923, 978, 986
 Mezzara, Amelia 626, 677-80, 682, 684
 Milnes (Mister) 359, 364-5, 476, 481, 707
 Mix, Alfredo 563, 635-8, 642, 644, 649, 668, 675, 682, 684-6, 707, 714-17, 724, 822, 856
 Montt, José Ramón 862-5, 867-70, 873
 Montt, Manuel 37, 862, 902, 923 (n.), 1096
 Monvoisin, Raymond Auguste 951
 Moreno, Gregorio 59, 60, 62, 482, 1013, 1015, 1077-8, 1081
 Moyano 380, 398, 402, 409, 420, 422, 427, 451, 459, 464, 468, 477, 481, 535, 603-5, 624
 Navarro, Javier 857, 1100
 Navarro, Manuel 86, 104, 107, 483
 Navarro, Manuel José 857, 876-7, 1012-18, 1029, 1033, 1041, 1056, 1069, 1078, 1081, 1109, 1111
 Navarro, Octaviano 15, 1014, 1017, 1078, 1110-11
 Navarro, Onofre 96, 99, 103, 405-6, 627
 Navarro, Sinforoso 96, 99, 992

- Navarro Ocampo, Aníbal 79, 231, 817, 858, 985, 987-9, 990, 1095-7
- Navarro Ocampo, Darío 36 (n.), 59, 64, 66, 86, 102, 105-6, 111, 115, 121, 145, 150, 152, 182-3, 185-6, 193, 206-7, 218-19, 222, 227, 230-1, 235, 238, 244-5, 247-8, 250, 253-5, 340, 346, 360, 369-70, 375-7, 386, 388-9, 393-4, 410, 421-2, 424, 443, 452, 463-4, 468, 477, 482-4, 488, 490, 500, 503, 508, 515, 516, 646-7, 817, 845, 884, 894, 900, 915, 930, 932, 941, 950, 954, 959, 972, 979, 985, 989, 1049
- Navarro Ocampo, Elisea 21, 24, 28, 59-60, 80-1, 106, 108-11, 117, 127, 146, 150, 163, 185, 189-92, 194, 201, 210, 217, 317, 353, 365, 477, 488, 490-1, 503, 543, 545, 564, 585, 657
- Navarro Ocampo, Emilia 59, 72-3, 127, 188-9, 194, 203-6, 239, 259, 264, 376, 394, 452, 477, 490, 500-1, 503, 549, 884-5, 941, 979
- Navarro Ocampo, Mardoqueo 23, 37, 105, 109, 111, 113-14, 122, 124-31, 135-6, 142-4, 152, 157, 172, 177, 188-9, 193-5, 201, 203-8, 219-23, 227, 230-1, 251-2, 259, 265, 279, 298, 306, 320, 346, 349, 360, 369, 375-7, 388-9, 393-4, 410, 412-13, 417, 421, 424, 443, 445, 452, 463, 467-8, 482, 500-1, 503, 510, 516, 522, 558, 567, 569, 575, 595-6, 600, 602, 612, 623, 627-8, 630, 632, 648, 656, 658, 672, 677, 704, 781, 856-7, 866, 873, 879, 900, 979, 985, 1048, 1097
- Navarro Ocampo, Parmenia 42, 59, 83, 99, 188-9, 194, 231, 394, 503, 515, 817, 883-5, 908, 913-15, 1097, 1099
- Navarro Ocampo, Samuel 13, 23, 82, 84-7, 90-3, 96-7, 99, 102, 105-6, 108, 113-14, 121, 124, 128, 130, 134-9, 144-7, 150, 159, 161-2, 190, 193, 201, 209, 220-1, 227, 230-1, 234, 250, 265-6, 279, 295-6, 306-16, 319-22, 330-4, 337-40, 345-8, 351-3, 357-60, 363-5, 368, 370, 376-78, 380-2, 387-8, 390-407, 410-17, 421, 424, 432-449, 453, 457, 460-68, 477, 479, 500-4, 507-10, 516-35, 542-51, 556-9, 563-5, 567-8, 570, 573, 577, 581-7, 590-8, 600, 602-4, 607, 610-14, 620-3, 627-30, 635-41, 644-9, 551-6, 662, 668, 672, 674-7, 680, 682-6, 691-3, 696, 700, 705, 707, 710, 712, 714-17, 721, 725, 730-3, 736, 738, 740-3, 746-7, 749-51, 755-8, 761-4, 779, 781, 787 (n.), 796, 799, 802, 804, 818, 829, 856-8, 866, 873, 877-9, 908, 951, 988, 990, 1095, 1100
- Navarro Molina, José (Pepe) 656, 1011, 1015, 1017
- Navarro Segura, Ángel 1050, 1058-9, 1065, 1080, 1083-4, 1123
- Navarro Segura, Beatriz 97, 639
- Navarro Segura, Isidoro 59, 1011
- Navarro Segura, María del Señor 64, 639, 1012
- Navarro Segura, Mauricio 60, 64, 90, 267, 271, 639-40, 660, 1012-13, 1076, 1078
- Navarro Segura, Ramón Gil (tatita) 59-60, 85, 87, 105-7, 109, 111, 114, 117, 121, 135-8, 145, 150-2, 154, 172, 182-7, 193, 206-7, 210, 223, 226, 229-30, 247-55, 259, 320, 346, 353, 365, 368-70, 376, 390-4, 407, 417, 445-6, 452, 496, 500, 503, 513, 536, 575, 591, 602-3, 645, 704, 730, 857-8, 920, 1015, 1056
- Ñata, véase Ocampo Herrera, Tomasita
- Nieva Castilla, Santos 20, 31, 58-9, 81, 83, 1013, 1015-16, 1032
- Ocampo Doulong, Francisco Antonio (Panchito) 129, 255, 1045, 1056, 1073, 1113
- Ocampo Argüello, Malvina 15, 1073, 1113
- Ocampo Dávila, Benjamina 77-8, 80, 83, 86, 88, 93-4, 107, 129, 185, 340, 363-4, 383, 426, 559, 590, 638, 654-5, 1000-2
- Ocampo Dávila, Delfina 109, 117, 121-2, 126-7, 131, 136, 139, 143, 175, 182, 195, 200, 202-4, 221-2, 231, 251, 254, 349, 360, 369, 386, 393, 628, 858
- Ocampo Herrera, Concepción 274, 372, 1009
- Ocampo Herrera, Constanca 85, 92, 97, 99, 100, 224, 640, 856
- Ocampo Herrera, Domingo 21, 105, 113, 150, 172, 192, 500, 885, 891, 912, 924, 934, 979, 1093, 1100
- Ocampo Herrera, Leonor 1001-2, 1087
- Ocampo Herrera, José Gabriel 21, 31-2, 97, 99, 101, 197, 255-6, 863-5, 909-10, 976
- Ocampo Herrera, Ramón 85, 100, 102, 256, 320, 368-70, 394-5, 417, 462, 470, 501, 592, 630, 890, 993

Ocampo Herrera, Rosa (mamita) 28, 59–60, 63–8, 70–1, 75–6, 84, 97–107, 110–14, 120, 146–7, 154, 185, 188–94, 203–7, 210, 215, 217, 221, 223, 248, 259–60, 270, 274, 348, 365, 369–70, 376, 390, 393–4, 417, 423, 443, 445, 452, 456, 463, 482, 486–91, 496, 536, 559, 575, 582, 590–1, 603, 628, 645, 704, 732, 838, 845, 855, 857, 878, 883, 885–6, 905, 908, 913, 915, 951, 979, 985, 1009–10, 1032

Ocampo Herrera, Tomasita (Ñata) 85, 96, 98–100, 102, 255, 257–61, 264, 267, 273, 291, 320, 331, 337, 340, 358, 368, 370, 376, 394, 407, 417, 446, 456, 466–7, 473–4, 500–1, 508, 515–16, 536–7, 546–7, 558, 575, 595, 600, 612, 638, 648, 674, 677, 841, 856, 863–4, 866, 877–8, 905, 908, 913, 988, 990, 998, 1068, 1095–6

Ocampo Luna, Amaranto 1010, 1020, 1080, 1083

Ocampo Luna, Ventura 84–5, 128, 602, 857, 924

Ocampo Martínez, Juan Cruz 1056, 1059–61, 1068

Ocampo Ocampo, Cupertino 100, 102, 181, 333–9, 365, 406–7, 517, 519, 527, 528, 530, 537, 555, 625–6, 628, 677, 691, 695–6, 738, 777–8, 781, 794, 1020

Ocampo Pando, Constancita 96, 331, 863–5, 909–10

Ocampo Pando, Gabriel 865

Ocampo Villafaña, Juan Marcos 169, 225

Orellana (capataz) 350, 354, 358, 362, 367, 371, 374, 377–8, 380, 383, 553, 556, 1071

Oribe, Manuel 23, 504, 1058, 1060, 1063–4, 1091

Palma, Ignacio 106, 208, 227, 256, 321, 349, 394, 427, 503, 602–3, 884, 912

Palma, Lucas 918, 920

Palma, Manuel 136

Palma, Salvador 182

Pando Urizar, Constancia 255, 863, 976

Pando, Remedios 141, 143–4, 256, 265

Pardo, José María 187–8, 203, 205

Peiro, Máximo 351–2

Peñaloza, Chacho 1080

Perkins, William 23, 27, 42, 45, 54, 705, 710, 721, 732, 779, 782, 786–7, 828, 1048

Piñero, Miguel 209

Polo (cacique) 373–4, 385

Portales, Diego 11, 875

Pradel, Adelaida 220, 648, 677, 701, 706, 741, 794, 804, 809, 833, 867, 1016–17

Quevedo, Emilio 519, 528, 531–3, 535, 537–8, 540–2, 544, 547, 550, 563, 1064

Quevedo, Francisco de 1094

Quiroga, Abel 409, 415, 417–18, 432, 517, 550–1, 547, 576, 581, 589, 598, 622, 626, 672, 817, 827

Quiroga, Isaac 340, 404, 406, 432, 517, 534, 550–1, 576, 581, 589, 622, 626, 672, 817, 827, 1008

Quiroga, Isidro 117, 146, 148, 339, 340, 393, 404, 415, 417, 432, 517, 550–1, 547, 576, 581, 589, 622, 626, 672, 817, 827

Quiroga, Facundo 11, 20, 35, 90, 456, 655–8, 870, 1009, 1021, 1072, 1084

Quiroga, Juan Crisóstomo 1001–2, 1087

Reyes, J. José 208, 218–19, 234

Rioseco, Domingo 308, 310, 312, 345, 347, 356, 373, 378–9, 385–6, 388, 396–8

Rioseco, Tomás 256, 282, 286, 308, 310, 312–13, 345, 347, 356, 362, 373, 375, 379, 385–6, 388, 396–8

Rivera, Abelina 195, 200, 208, 218–19

Rivera, Dorotea 155, 163, 172, 182, 200, 202–3, 222, 223, 250–1, 386, 521, 665, 991

Rivera, Matilde 128, 199, 224, 470, 991

Rodríguez, Casimiro 23, 54, 59, 436, 462–4, 467, 475, 532–3, 535, 543, 551, 554, 557, 579, 584, 592, 605–6, 623–4, 632, 676, 700–1, 707, 736, 817, 829

Rojo, Rudecindo 340, 348, 354, 369, 379, 381–2, 533, 535, 540, 544, 551, 560, 582–4, 589, 622, 628, 631, 633–5, 637–9, 641, 644, 647, 649, 653, 670, 777, 781, 1000

Rondizoni, Adolfo 128, 503, 521, 569, 630, 799, 1095

Rosas, Juan Manuel de 10–11, 14, 25, 30, 32–36, 42, 90–1, 95–6, 100, 178, 219, 234, 318, 433, 456–7, 467–8, 475, 479, 492–5, 500, 601, 616–17, 622, 695, 764, 787, 819, 828, 862, 869, 870, 999, 1001 (n.), 1003, 1005, 1010, 1013, 1028, 1032, 1049, 1058, 1063, 1090–2, 1117

Rosas, Prudencio 1058
 Rossi (Señor y Madame) 100
 Rufino, Leandro 461, 465, 477, 550, 571, 589, 612
 Salas, José Hipólito 906–8, 910–11, 918, 958, 975
 Sánchez, Juan de Dios 339–40, 348, 354, 369, 379, 381–2, 406–7, 410, 415, 417, 432, 447, 450, 459, 464, 469, 500–1, 516, 559–60, 589, 597, 799, 866–7
 Sanders, Pepita 741, 991, 933, 940, 967–8, 974, 977, 981–3, 988, 991, 995, 1051, 1090, 1094, 1097–8
 Saravia, Federico 319, 324, 333, 337, 412
 San Benito de Palermo 277
 Scollen, (juez) 355, 385, 391, 401, 403, 407, 409, 419, 423, 428, 430–1, 447, 499, 536, 554
 Segura, Benigno 484, 486, 496, 516
 Segura, Pedro Pascual 999
 Smith, Persifor 307
 Soria, Concepción 59, 97, 544
 Soria, Ignacia 59, 98, 544
 Soria, Moisés 1012, 1077, 1081, 1112
 Soria Navarro, Corina 639, 840, 844, 1012–13, 1015
 Soruco, Camilo 412, 524, 527, 529, 577, 611
 Soruco, Santiago 412, 524, 527, 529, 577, 670–3
 Sotomayor Baeza, Rafael 923, 939, 975, 977,
 Soulié, Frédéric 832
 Sparrow, M. T. 314, 321, 327, 333, 335, 337, 360, 382, 432, 442–3, 447, 453, 457, 501, 510, 527–8, 548, 550–1, 578, 593–4, 598, 604, 611
 Stockton, Robert Field 332
 Tatita, véase Navarro Segura, Ramón Gil
 Taboureur, Regina 522
 Tejedor, Carlos 1057
 Tello 84–5
 Terán, José del Carmen 420, 435, 437, 503
 Thibault (familia) 322, 335, 407
 Torres, José Antonio 982
 Ugalde, Javiera 829, 831–2, 835, 841–2
 Urquiza, Justo José de 14–16, 37, 877, 1010, 1027, 1031, 1047, 1053–6, 1059, 1088–9
 Urrejola, José Francisco 320, 369, 952
 Urrutia, Antuca 133, 138, 988
 Urrutia Vivanco, Domingo 924
 Valero (sirviente) 199, 205–6
 Varas, Antonio 868
 Varela, Juan Cruz 800, 890, 929, 946, 1065
 Vermeulen 898, 904, 916, 927, 930, 961, 988
 Versines, Anita y Ernestina 651, 885–8, 890, 936
 Villafañe, Benjamín 1038
 Villafañe, Fernando 66
 Villafañe, Gaspar 68
 Villafañe, Luis Alberto 67, 70
 Villar Correa, Fabiera 173–4, 191, 202, 208, 218, 271
 Weaver (Mister) 465, 480, 577, 588
 Zañartu, Fabio 34, 111, 857, 859
 Zañartu, Miguel 516
 Zañartu, Ramón 187, 204, 208, 219, 233–6, 242, 253
 Zapata, Martín 37
 Zorrilla, José 277, 287, 335, 349, 544, 580 (n.) 739, 784, 893 (n.)
 Zulema, véase Gonzalo y Zulema
 Zuviría, Facundo 1028–9, 1033, 1042–3, 1046, 1049, 1055–6, 1072

El diario de Ramón Gil Navarro es probablemente uno de los autorretratos más fidedignos sobre la vida en el desierto de un miembro de la elite social hispanoamericana de mediados del siglo XIX. El carácter íntimo del escrito deja vislumbrar aspectos de la vida cotidiana, la sexualidad y la cultura material a menudo obturados en las fuentes de época. Al mismo tiempo, permite abordar temas como las políticas de exilio, el Romanticismo en boga o las representaciones nacionales desde una perspectiva novedosa.

El Dr. Edward Blumenthal es doctor en Historia (Université Paris Diderot) y profesor de estudios latinoamericanos en la Université Sorbonne Nouvelle (Francia). Es autor de *Exile and Nation-State Formation in Argentina and Chile, 1810–1862* (Palgrave Macmillan, 2019).

El Dr. Ignacio Zubizarreta es doctor en Historia (Freie Universität Berlin), investigador del CONICET y profesor en la Universidad Nacional de La Pampa (Argentina). Su obra más reciente (coeditada) es *Caseros, la batalla por la organización nacional* (Sudamericana, 2022).

www.wbg-wissenverbindet.de
ISBN 978-3-534-40736-1



wbg Academic